


LIBRO UNDÉCIMO

GUIPÚZCOA—HERNANI—GUETARIA—ZUMAYA

I

 N cuanto Cevallos se encargó de la comandancia carlista de Guipúzcoa, revistó la línea desde Alegría á Motrico, estableció buenas relaciones con la diputación, y considerando innecesario el sistema de partidas volantes, que solían entregarse á excesos que reprobaba y le ofendian, las incorporó á los batallones (1), dejando sólo la de don Ramon Amparan, cubriendo la parte de Irún á Enderlaza, para hacer el servicio de aduaneros.

Deseó Cevallos trabajasen las fábricas de la provincia y elaborasen los industriales sus manufacturas y productos; pero no permitían los liberales la salida de las primeras

(1) La partida que mandaba Agustin Chiquí al quinto batallón; las de Ima y Mugarza al sexto; las de Aramburu y Jauregui al tercero, y la de Mendizábal al octavo.

materias, ni la entrada de géneros procedentes de tales industrias en las poblaciones que ellos ocupaban, por lo que ordenó el jefe carlista el bloqueo de todos los pueblos guarnecidos por tropas enemigas; cuyo bloqueo era ilusorio en puntos como Irún, y especialmente en San Sebastián que tenía libre la comunicación marítima, y no dejó de estarlo constantemente la terrestre, aun cuando estrecharan el bloqueo los carlistas y se atrevieran á aproximarse á la ciudad con perjuicio de sus vecinos (1), hiriendo á algunos liberales.

No obstaba esto para que se efectuaran algaradas como la que ejecutó el intrépido Arcelus á Usurbil, recogiendo á cuenta de la contribución buen número de cabezas de ganado vacuno: los carlistas, en represalias, enviaron á sus dueños á San Sebastian para que regresasen con las reses ó se quedaran en la ciudad. También expulsaron de Andoain á las mujeres é hijos de los liberales, y adop-

(1) Se apoderaron de la ropa de varias lavanderas.

taron después el sistema de recoger reses en la línea liberal, como lo hicieron en el Antiguo y en Igueldo.

Con las fuerzas guipuzcoanas que estaban en la línea de Somorrostro, no podía emprender Cevallos ninguna operación importante, y pensó efectuar un somatén general para suplir la falta de aquellas; mas no era fácil tal proyecto, y dispuso una operación hácia Fuenterrabia, mandando dos compañías á reforzar las tres que por aquel punto había; «pero no pudo tener lugar el plan porque no había medio de guardar secreto», dijo, y los liberales mandaron fuerzas por mar, que ayudaron al decidido comandante de Irún don Ramón Olazabal.

Sabedor este señor de que en las inmediaciones de Fuenterrabia se hallaba alguna fuerza carlista con unos 30 ó 40 carros de bueyes para proteger un desembarco de municiones y pertrechos de guerra, dispuso una salida para cortarles la retirada por las Ventas y evitar el paso del convoy por la carretera antigua de Oyárzun; distribuyó bien su gente; mandó al parque viejo de telégrafos ópticos con una pieza de montaña á unos cuantos voluntarios (que experimentaron la fatalidad de que al tercer disparo se inutilizase el cañón), á fin de distraer las avanzadas enemigas, situadas en los alrededores de los caserios de Luberri, Aratriste y Martindocenea, mientras él al frente de sus dos compañías de migueletes efectuaba su movimiento estratégico, logrando caer sobre los carlistas, que no pudieron resistir la vigorosa acometida, y después de hacer inútiles esfuerzos por espacio de media hora, se

retiraron dejando unos 10 muertos y llevándose mayor número de heridos. Tuvieron algunos los liberales, contándose entre ellos Olazabal, que otra vez derramaba su sangre, porque nunca el temor de la muerte le hacía esquivar el peligro.

Al regresar á Guipúzcoa los carlistas de esta provincia que habían estado en la de Vizcaya cuatro meses (1), fueron relevados por el segundo, quinto y sexto guipuzcoanos, que marcharon á formar parte del grueso de las fuerzas que guiaba don Carlos. Trasládose este señor á Tolosa, y allí se concertó el ataque y toma de Hernani, para lo que se llevó á aquella ciudad la artillería de Zumarraga y Azpeitia municionada con unos 1.200 disparos de bala y granada; pero al conducirla á los puntos elegidos para constituir las baterías, resultó que había que hacer un camino, en lo que se invirtieron cuarenta y ocho horas. Ocuparon las alturas de Oriamendi é inmediatas, impidiendo la comunicación de Hernani con San Sebastian, cuyo gobernador militar señor Valcarcel envió á Arcelus con la compañía de movilizados, que en breve chocaron con las avanzadas carlistas, contra los que salió una columna de la reserva de Salamanca y voluntarios de la ciudad, mandados por su comandante el señor Aurrecoechea y una batería de montaña, distribuyéndose desde Isturin y Ayete, comenzando el bragar con los enemigos parapetados en sus posiciones y en las zanjas que habían abierto. Arcelus, con las compañías de movilizados, cargó á la bayoneta se en-

(1) Volvieron en un estado deplorable de desnudez y miseria.

contró con tres compañías que trataron de envolverlas, empeñándose un combate cuerpo á cuerpo, hasta que bizarramente apoyados por dos compañías de quintos, se replegaron hácia las posiciones liberales, experimentando algunas bajas.

Allí guiaba á los carlistas, que eran 15 compañías del quinto, sexto y sétimo de Guipúzcoa, y sostenía el combate don Leon Fortun, que se vió atacado por retaguardia por las fuerzas que salieron de Hernani, protegidas por los fuegos del castillo de Santa Bárbara y de un cañón de montaña colocado junto al convento de monjas, á la vez que por la parte de San Sebastian se hacía fuego de cañón desde Pintore. Posesionáronse las fuerzas de Hernani de las alturas de Montevideo, y temiendo ser envueltas, se retiraron á la plaza, cuya rendición se intimó aquella noche. Reunió el comandante en consejo á los oficiales de la guarnición y al alcalde don Juan Esparza: la lectura de la intimación les afirmó más en su propósito de defenderse; y á las seis de la mañana siguiente, 30 de Mayo, la batería carlista, situada en las alturas de Orcolaga, á unos 600 metros de la villa, rompió el fuego contra ésta, y media hora después la de la casería de Egurrola á 1.200 metros próximamente.

Por la tarde revistó don Carlos con Planas y el duque de la Roca la línea de sitio, presenciando el fuego, aclamándole con entusiasmo sus soldados.

La junta de defensa que se organizó en aquellos momentos adoptó acertada las más convenientes disposiciones, secundada por todo el vecindario, al que se arrojó aquel día

161 bombas y 367 granadas y balas rasas, con gran deterioro de los edificios, aun cuando pocas bombas llegaron á la población. La artillería del elegante y enhiestado Santa Bárbara contestó al fuego enemigo sin apagarle, y una sección de tiradores imponía algún tanto desde la torre de la iglesia á los servidores de la batería de Orcolaga.

Suspendido el fuego por la noche reanudóse después del alba del 31, continuando hasta las doce de aquella noche, y arrojándose sobre la villa 201 bombas y 371 granadas y balas rasas, que causaron grandes desperfectos en los edificios y obras de defensa, á cuya reparación acudían activa y arrojadamente los señores Lacunza y Cendoya. Se pretendió por la noche incendiar con petróleo algunas casas de los arrabales y lo impidió el fuego de las avanzadas.

Careciendo los carlistas de municiones, é inutilizadas algunas piezas por los certeros fuegos de Santa Bárbara, empezaron á retirarlas, dejando solo las que el 1.º de Junio dispararon 158 granadas y balas rasas, no interrumpiéndose el fuego de fusilería, que continuó nutridísimo todo el día, hasta que á las tres de la madrugada del 2 se retiraron los sitiadores, incendiando una casa situada frente á las avanzadas de la plaza. Hubo en esta tres muertos y más de 20 heridos y contusos (1).

Los voluntarios de Hernani rivalizaron con

(1) El alcalde recomendó en su parte el comportamiento de la junta de defensa, del cabildo eclesiástico y en particular del beneficiado don Juan Goicoechea, de los facultativos y de los vecinos pertenecientes á la Cruz roja.

la tropa de la guarnición en entusiasmo y arrojo, sin esquivar los puntos de mayor peligro, ni mostrarse avaros de su sangre. Produjoles contento la retirada de los sitiadores, si bien comprendiendo que volverían á atacar una población que codiciaban.

En peor estado que Hernani se hallaba Guetaria, que hacía tiempo se veía estrechamente sitiada y combatida, pasando largos períodos de tiempo sin que ayudara á sus moradores ningún soldado del ejército, hasta que sus continuadas y justas reclamaciones obtuvieron la guarnición de una compañía del regimiento de Málaga, que prestó excelentes servicios. Pudieron intentar sorpresas que si no conseguían generalmente el principal objeto regresaban con provisiones de que se carecía, llegando á faltar el agua y toda clase de combustibles.

Empeoró la situación de aquella plaza cuando los sitiadores construyeron trincheras y parapetos en el inmediato monte Garate, que domina la población, imposibilitando á los guetarianos salir por el día á la calle, lo que les obligó á construir en medio de ellas parapetos con tablas y maderos para librarse del fuego enemigo, que no cesaba desde el amanecer hasta el anochecer, causando algunas bajas en la guarnición y paisanos. Las personas acomodadas y los pescadores que no podían ejercer su industria, emigraron á San Sebastian, de donde Guetaria se surtía de agua y de los artículos necesarios para la vida, entrando y saliendo de noche los barcos en el puerto para evitar el fuego de los carlistas á menos de 300 metros, repartiéndose también de noche el agua al ve-

ciindario. Este y la guarnición se vieron precisados á sustituir el combustible con los muebles de las casas, incluso las camas, llegando á apelar á la tablazón de muchos edificios.

La escampavía *Guipuzcoana*, de la que era patrón don Francisco Ituarte, como quien conserva las gloriosas tradiciones de sus antepasados intrépidos ascendientes y descendientes del inmortal El Cano y mostrando siempre el valor y la audacia inseparables de los marineros de la costa cantábrica, sin descansar apenas un día ni un momento, llevando partes, conduciendo tropas y heridos, trasportando efectos, cruzando constantemente de Guetaria á San Sebastian, siguiendo al abra de Portugalete con el ejército que fué á salvar á Bilbao, apresando lanchas enemigas, temido de los carlistas y sin jamás temerles, prestó importantes servicios, que si eran el cumplimiento del deber, fué éste celoso, debiendo quedar Ituarte más satisfecho de su propio comportamiento que de la recompensa que por sus méritos obtuviera.

Para impedir la hostilidad que sufría Guetaria y facilitar que pudiera beber su agua potable, cortado su viaje por los carlistas, que se guarecían en Zarauz, marchó á las aguas de esta villa la goleta *Prosperidad*, y no consiguiendo su objeto, bombardeó la población, en cuya tarea le ayudó el remolcador núm. 3, y después la goleta *Ligera*, apresando estos buques al retirarse, algunas lanchas pescadoras de los pueblos de la costa. Por si se intentaba algún desembarco, tenía Cevallos en Zarauz un batallón para impedirlo.

Persiguiendo el vapor *Gallego* cuatro lanchas de Zumaya, arribaron á la orilla sin que aquel pudiera alcanzarlas, é intentándolo, salieron los carlistas á auxiliarlas: el vapor dirigió á la villa unas 40 granadas sin causar desgracia personal en ella. Esto alentó á aquella gente, y cuando días después cruzó cerca el vapor núm. 3, le hicieron una descarga, que ocasionó se bombardease de nuevo la villa.

En otros pueblos de la costa cambiaron algunos tiros los buques liberales con los soldados carlistas; y éstos ordenaron la prisión de todos los liberales de la costa, á los que se advirtió que por cada cañonazo que los vapores disparasen contra las poblaciones indefensas de la misma, sería fusilado uno de los presos, é indemnizados á prorateo entre éstos los daños que ocasionasen los proyectiles, quedando además obligados á sostener las familias de los pescadores, según la dieta que á cada una de ellas se señalase (1). Al hacerse fuego sobre Lequeitio, se previno á los presos que iban á ser diezmados; reunióse la gente en la plaza para presenciar las ejecuciones, y al saberlo el vicario de las monjas don Antonio Galletabeitia, corrió á colocarse á la puerta de la prisión manifestando que pasarían por su cadáver antes que tocar á ninguno de aquellos, y esta heroica y generosa actitud salvó la vida de muchos infelices.

VIZCAYA

II

Realizado el segundo proyecto de fortifi-

(1) Orden dada en Zornoza el 9 de Julio de 1874 por el comandante accidental don Andrés de Ormaeche.

car las alturas de Archanda, quedando para proteger los trabajos el segundo cuerpo de ejército, cuyos 14 batallones apenas contaban 6.000 hombres, disminuida antes considerablemente la guarnición de la invicta villa, tuvo que socorrer el general Castillo á San Sebastián á consecuencia del bombardeo de Hernani, con dos batallones de Gerona, y por pedirlos el general en jefe se desprendió de cuatro más, obligando esta disminución de fuerzas á reconcentrarse el resto en Bilbao, abandonándose terrenos de los que se sacaban hombres y carros para sus obras. Mandóse al mismo tiempo que éstas quedaran por cuenta del Estado sin consignarse cantidad alguna para ello, y aparecieron por otra parte dificultades, por ser el terreno piedra viva á poca profundidad, sufriendo su ejecución notable retraso.

Ni Bilbao, ni su valiente guarnición podían consentir que merodearan los carlistas en aquellos alrededores, y escondidos entre árboles y matas cazaran á personas inermes y no perdonaran medio de ofender, favorecidos quizá por hijos de la misma villa. Desde Munguía el cuartel general de los carlistas de toda aquella parte del Nervión, se destacaron los primeros que desde los altos de Santo Domingo y de Archanda comenzaron á molestar á Bilbao, dirigidos generalmente por el famoso cura de Busturia don Leon Iriarte.

En el trayecto de tres leguas escasas que media Bilbao de Munguía, hay buenas posiciones, que empiezan desde Begoña; pero á corta distancia y á la derecha del camino está el monte Abril, que mide unos 1.375 pies, y

en cuya cima nacen multitud de arroyos, afluentes unos al Nervión é Ibaizabal, y otros forman el Asúa, que desemboca también en el Nervión por el puente de Luchana. Dominando este monte el alto de Santo Domingo, era natural que los carlistas tuvieran empeño en conservarle molestando los trabajos de fortificación que se hacían, y demostrada estaba la necesidad de ocupar y fortificar el monte Abril, cuyos fuegos pueden cruzarse con los del Morro, y tener en jaque á los carlistas que se destacasen de Galdácano y del monte de Santa Marina ó Ganguren.

Salió al efecto de Bilbao una columna á posesionarse del monte Abril; tropezó con una emboscada, y una compañía del regimiento de Galicia resistió valerosamente á la primera fuerza carlista que se le vino encima y aun la embistió á la bayoneta. Estos reclutas y los de Saboya, pues lo eran en su mayoría, fueron arrojando sucesivamente á los enemigos de los caseríos y posiciones en que se resistieron. El fuego duró algunas horas, á veces muy nutrido, alternando con algun disparo de granada, repitiéndose las acometidas al arma blanca por los soldados liberales, llegando á confundirse, como lo prueba el hecho de haber disparado varias veces su revolver un oficial carlista sobre el coronel de Saboya. Aquel oficial cayó prisionero con otros oficiales y soldados carlistas, hasta el número de 34.

Antes de las nueve de la mañana, ya los trabajadores se ocupaban en abrir trinchera en el monte de Abril, donde se estableció un fuerte destacamento.

Hubo que lamentar sensibles pérdidas,

pero se satisfizo la necesidad de ensanchar la línea de defensa de aquella inmortal villa, quedando con la fortificación del monte Abril, asegurada Begaña, mansión de la Señora vizcaina por todos celebrada.

Parte de las tropas que se hallaban en Asúa se movieron también hácia ese parage, haciéndolo igualmente los carlistas; la contraguerrilla de Vizcaya y movilizados exploraban en dirección al puente de Bolueta, causando á aquellos algunas bajas y regresando con dos banderas.

Pocos días después celebróse una entrevista en el mismo puente nuevo entre el general Castillo y Valde-Espina, para tratar del mútuo respeto de lo que siempre debió ser por todos respetado; cuya conferencia permitió lisonjera tregua y el cange de algunos prisioneros, improvisándose aquel día y el siguiente una verdadera romería de Bilbao al puente ó á Balueta.

Las negociaciones que entonces se iniciaron las continuó despues el brigadier Zenarruza, deseando la neutralidad del ferro-carril y adelantar en tratos que sirvieran de base para proyectados convenios; pero no los prosiguieron los carlistas, mostrándose refractario á toda negociación el marqués de Valde-Espina, aún cuando algun otro jefe no desdeñaba inteligencias con el despedido carlista don Corpóforo García Verdugo, que obraba de acuerdo con el señor Alés.

No se desatendían por esto las operaciones militares, siendo notable la que efectuó el 9 de Julio el brigadier Cassola desde Deusto, marchando por Erandio, Lújua y monte Umbe á Munguía, donde permaneció cinco

horas racionándose, y en garantía de las raciones y yuntas de bueyes que habían de remitir al siguiente día, se llevó 37 rehenes.

Al saber Ormaeche la entrada de sus enemigos en Munguía, reconcentró las fuerzas de que disponía en Zamudio, y él marchó con el batallón de Arratia, situado en Derio á cortar la retirada de los liberales; solo pudo picar la retaguardia, y desde el monte Umbe hasta Lúña se trabaron algunos combates en los que unos y otros beligerantes mostraron bizarria. Parte de las fuerzas liberales pernoctaron en Erandio, y las compañías de Saboya subieron á Azuaga á alojarse, retirándose todos á la mañana siguiente al punto de partida.

También se veían bombardeados los puertos de Vizcaya, y en verdad que los mismos carlistas no prevenían muchas veces tal desastre. En la tarde del 24 de Julio entró en Lequeitio á la vista de los vapores liberales un lanchón con cargamento de carbón de piedra; presentóse en seguida la *Consuelo* pidiendo la entrega del barco amenazando sino con el bombardeo; envió el alcalde á dos de los presos liberales diciendo al jefe del vapor que esperara la resolución hasta el día siguiente á las doce, pues él no podía acceder á la petición, y el jefe liberal detuvo á los portadores del oficio, y rompió el fuego de cañón contra la villa. Por la noche se retiró á Elanchove, manifestando que continuaría el bombardeo hasta que se le entregara el lanchón.

COMISIÓN DE ARMAMENTO Y DEFENSA DE SAN SEBASTIÁN.—ENCARGO QUE LLEVÓ EL BRIGADIER ZENARRUZA PARA ABANDONAR LA LÍNEA

III

El 25 de Setiembre de 1873, previa convocatoria del gobernador militar de la plaza, el brigadier del Amo, se constituyó en San Sebastián la comisión de armamento, defensa y subsistencias (1), dividiéndose en dos subcomisiones; presentóse al día siguiente en la de armamento y defensa un luminoso informe del comandante de artillería señor Samaniego, que fué aceptado, así como la bien entendida exposición del señor Vea-Murguía, relativa á la libertad de tráfico, sobre lo que también presentó un buen proyecto, el señor Soraluze: el aumento de los carlistas exigió que en la sesión del 24 de Febrero de 1874, se considerasen más inmediatos y graves los peligros de la plaza, proponiéndose la terminación de una primera línea de defensa en las afueras de la ciudad, agregando á los ya concluidos, otros fuertes que la completasen: se encomendó el estudio al coronel de ingenieros señor Vuelta; le presentó con los planos en la sesión del 3 de Marzo, ayudado por el señor Aramburu, y se aprobaron y procuraron vencer los inconvenientes que á su ejecución se oponían. Relevado á poco el señor Vuelta por el señor

(1) La componían los señores Errazu, presidente; Olano, vice; Resines, secretario; é individuos los señores Aristizabal, Vea-Murguía, Soraluze, Irastorza, Goicoa, Echave, Lopetedi, Moreira, Vuelta, Samaniego, Osuna, Aurrecochea, Oteiza y Olascoaga. Después fué agregado don Manuel Aramburu.

Izquierdo, convocó el 18 de Mayo á una junta general el brigadier Zenarruza (1), quien manifestó que, por encargo del general en jefe del ejército del Norte, se trasladaba á San Sebastián á conocer y apreciar en todos sus detalles: 1.º el estado de las fortificaciones de la capital y de la ampliación necesaria que debiera darse á los medios de defensa; y 2.º la mayor ó menor dificultad que pudiera presentar el sostenimiento de las guarniciones de Hernani, Rentería, Astigarraga, Irún y Fuenterrabía, en vista de los medios con que contaban dichos pueblos para estar á cubierto de un golpe de mano de los carlistas: expuso la necesidad de construir un fuerte avanzado en Oriamendi, comenzar desde luego el proyectado en Puyo, ampliar para artillería, en lugar de serlo para fusilería, el torreón en proyecto de Mira Cruz, y estudiar el punto más á propósito para otro fuerte avanzado entre este último, y la torre de Alcolea, por creer que los accidentes del terreno en esta zona y lo débil de su defensa pudiera ser el sitio que más se prestara á guarecer al enemigo, en caso de un ataque á la población: hizo los mayores elogios de los sacrificios de todo género que la provincia y ciudad estaban haciendo, y manifestó que tenía encargo del general en jefe para dar en su nombre las gracias á las autoridades y vecindario todo de los pueblos leales por el auxilio que prestaban al gobierno.

(1) A la que asistieron los señores Errazu, gobernador militar, diputado general señor Acilona, coronel de artillería, comandante de ingenieros, comisario de guerra, Olano, Aristizabal, Aurrecoechea, Aramburu, Echave, Goicoa y Resines.

En cuanto al segundo extremo, dijo, que si bien no emitía su opinión sino en sentido de consulta, creía lo más conveniente por el momento retirar las guarniciones á San Sebastián; porque según informes facultativos, Irún y Fuenterrabía no estaban en condiciones de ofrecer una seria resistencia, y no pudiendo sostenerse ambos pueblos el uno sin el otro, era de todo punto preciso, no ya sólo modificar notablemente las murallas y fosos en el circuito de Irún, sino preparar y artillar la torre del telégrafo óptico que le domina; que de convenir en el mantenimiento de la guarnición de Irún, debía construirse otro fuerte artillado en el convento de capuchinos de Fuenterrabía, para que recíprocamente se sostuvieran las dos guarniciones; que los demás pueblos guarnecidos se hallaban en mejores condiciones relativas, pero que únicamente apoyaría en su concepto el sostenimiento de Hernani, y éste, después de construido el fuerte de Oriamendi que lo enlazaría por este medio con la capital, considerando difícil el mantenimiento de estas guarniciones por no poder el gobierno, á pesar de su buen deseo para con los que lealmente le defendían, ofrecerles auxilio alguno metálico, creyendo conveniente antes de adoptar aquella determinación y conociendo el patriotismo de los liberales vascongados, que agradecía en mucho el marqués del Duero, enterarse de las circunstancias políticas morales del país y oír la opinión de los señores convocados para resolver en su consecuencia (1).

(1) «Debo advertir á Vds., manifestó el señor Zenarruza, que el general que con gran pericia y con el deteni-

Promovi6se la discusi6n que hacia necesaria tan importante asunto, y aprobado por la junta lo que se relacionaba con la defensa de la capital, dijo respecto al segundo punto el se6or Acilona, despu6s de mostrar su gratitud al general en jefe, que la provincia sostenia un batallon de migueletes y cuatro compa6ias de movilizados, cuyos buenos servicios habian sido apreciados, y para atender al gasto que estas fuerzas ocasionaban no contaba la provincia con m6s recursos que los que podia obtener de los pueblos guarnecidos, y que aparte de que el abandono de estos al enemigo privaria 6 la diputaci6n de aquellos recursos 6nicos 6 sus m6ltiples atenciones, y la pondria en el imprescindible deber de disolver esta fuerza armada, el efecto moral de esta medida seria desastroso para los liberales del pa6s, ganando con ellos los carlistas una gran preponderancia en la parte

miento y estudio que dedica 6 todos los asuntos de la guerra ha estudiado concienzudamente el plan de campaa que conviene seguir, y se siente inclinado, militarmente considerada la cuesti6n, y yo tambi6n, porque para algo l'evo estos castillos en el cuello, 6 retirar esta l'nea. De esta misma opini6n es tambi6n el comandante de ingenieros del distrito, que est6 presente. Hernani, Ir6n, Renteria y Guetaria se encuentran muy mal; el enemigo puede atacarlos; se necesitan fuerzas para su guarnici6n; hay que atender 6 su aprovisionamiento; distraer grandes fuerzas que en un caso de ataque tendr'ian que venir en su socorro y son indispensable para proseguir con tranquilidad y desembarazo las operaciones que se efect6en con verdad y decisi6n. Esto es lo que se propone el general en jefe, y 6 fin de poder obrar con libertad, quiere suprimir todas estas peque6as guarniciones. En este caso quedar'ian Vds. reducidos 6 sus propios recursos, por no poder dar 6 Vds. el general un solo hombre ni dinero, que necesita; que podria auxiliar 6 Vds. en todo caso por mar, nunca por tierra, en caso de que fueran ustedes atacados.

dominada por ellos, en las comarcas fronterizas, y reduciendo la provincia de Guip6zcoa solo 6 la capital: en cuanto 6 Ir6n y Fuenterrabia, ambos pueblos estaban dispuestos 6 resistir y se pondrian en buen estado de defensa; que el abandono de Fuenterrabia seria entregar al enemigo un puerto abierto para desembarcar c6modamente municiones de boca y guerra, y el ceder 6 Ir6n imposibilitaria toda comunicaci6n telegr6fica con el gobierno. En el mismo sentido habl6 el alcalde, ofreciendo que la ciudad de San Sebastian «sacrificaria cuanto tenia para fortificarse de una manera tal que la librase no s6lo de ser atacada de cerca por los carlistas, sino de impedir que los proyectiles enemigos pudieran llegar al casco de la poblaci6n.» Un6nimes todos, se dispuso comenzar al dia siguiente las obras del fuerte de Puyo; se pidieron por las autoridades municipal y militar fusiles Remington, que se necesitaban, el coronel de artilleria ca6ones y artilleros para el servicio de los nuevos fuertes, y el gobernador militar viveres y municiones para el ej6rcito, migueletes y voluntarios; ofreci6 Zenarruza proveer 6 todo y se asoci6 6 lo expuesto por el diputado, alcalde y comisi6n en lo relativo 6 los dem6s pueblos guarnecidos, habiendo modificado su juicio en vista de la gravedad de las razones manifestadas; m6s no pudiendo hacer por s' otra cosa, lo apoyaria fuertemente cuando volviese al lado del general en jefe 6 darle cuenta de su cometido (1).

(1) Levantada la sesi6n a6n insisti6 particularmente el se6or Zenarruza en la mala situaci6n de algunos puntos, y especialmente Ir6n si se veia atacado, manifest6-

En la sesión del 23 de Setiembre de 1874 se acordaron algunas reformas y construir un fuerte en el alto de Ametzagaña y otro en el de Lugariz; habíase ya reconocido anteriormente y tratábase la construcción del primero para enlazar Alcolea con Mira Cruz, se acordó unánimemente que se construyera en Ametzagaña, con toda urgencia, precediendo al de Lugariz, menos apremiante.

Respecto á la conservación de la línea, el general Concha accedió á lo acordado con el brigadier Zenarruza, escribiendo que «la conducta levantada y patriótica de su diputación, de su ayuntamiento y de sus habitantes, me hubiera comprometido á hacer en su favor cuanto estuviera en mi mano, siquiera esto no estuviese acorde con lo que debiera hacerse bajo el punto de vista puramente militar (1).»

No inspirándole confianza las defensas de Pasajes, pidió un monitor para aquel puerto,

sele que lo que necesitaba era fuertes y gente; que había algunos construidos y otros en construcción; que el alcalde y demás señores habían ofrecido el dinero que se necesitase para tales construcciones, y respecto á fuerzas había allí cuatro compañías del regimiento de Africa, 70 voluntarios y unos 300 migueletes que tenían probada su heroica bravura. Como lo que sin duda deseaba el señor Zenarruza era obtener ventaja sin sacrificios de parte del gobierno y del general en jefe, y no podía quejarse de lo que había conseguido, les dijo: «pues bien, que vaya mañana mismo á Irún el comandante de ingenieros, adopte las disposiciones necesarias para la construcción de los fuertes y defensa del pueblo, sin perjuicio de someter al general en jefe esta resolución para que en vista de lo que Vds. han expuesto y del resultado de mi comunicación resuelva definitivamente sobre la conservación de los diferentes puntos de esta línea.»

(1) Carta del marqués del Duero á don Fermín Lacaña, desde Vitoria 30 de Mayo de 1874.

y ofreció enviar refuerzos de artillería y tropa para que «San Sebastián pudiera bastarse así misma; no obstante lo cual, si llegara á verse seriamente embestida, enviaría por mar fuerzas en su auxilio. Nunca lo haría por tierra, porque ciertos avances los considero como una huida á vanguardia, mucho más si van seguidos de un embarque para retirarse.

»Deseo que considere V. que con este ejército, que no es tan numeroso como se cree, tengo que cubrir una línea de más de cien leguas, y que necesito abandonarla para emprender cualquier operación sobre San Sebastián ó Bilbao, exponiéndome á que durante ella lancen los carlistas una expedición sobre Madrid.

»Si cuando el ejército estuvo en San Sebastián, don Carlos se hubiera dirigido á Madrid en vez de ir á Cataluña, la capital se hubiera visto seriamente comprometida; más apurado aún se hubiera visto Madrid si tal hubiese ocurrido durante la última expedición de Moriones, y esto es preciso evitarlo á toda costa.

»Yo espero que se evitará porque tengo gran confianza en el carácter enérgico y levantado de los habitantes de San Sebastián y Bilbao, y sé que harán lo posible para que el ejército opere sin que le embarace el cuidado de esas dos capitales.»

Desgraciados sucesos justificaron después la importancia de conservar aquellas guarniciones y aquella línea. ¿Qué hubiera sido de San Sebastián, y por consiguiente de Hernani é Irún, si al morir el marqués del Duero hubieran estado desguarnecidos estos pun-

tos? ¿Qué aspecto habría tomado la guerra? De aquí la trascendencia del proyecto y de la sesión de que acabamos de ocuparnos, ignorada no sólo del público, sino hasta de la mayor parte del vecindario de San Sebastián.

GRAN PARADA CARLISTA

IV

En honor de doña Margarita que acababa de llegar á Estella, y aún cuando no se ocupaba más que de visitar hospitales y consolar enfermos y heridos, sin que excluyera á los liberales, porque todos eran españoles, decía, ni fuera la viruela ú otra enfermedad contagiosa obstáculo á su celo generoso y caridad asídua, se efectuó el 2 de Julio una gran parada, al pie de Monte Jurra, en la extensa llanada inmediata al monasterio de Irache, formando unos 28 batallones de distintas provincias, siete escuadrones y tres baterías de montaña, mandando la línea el general Mendiry (1). A las seis de la tarde se presentó don Carlos y su esposa en sendos magníficos corceles, acompañados de Dorregaray, Larramendi, Argonz, Benavides y duque de la Roca con sus respectivos estados mayores, y de los brigadieres Iparraguirre y Oliver (1).

(1) Los batallones estaban desplegados en batalla de dos en dos, formando una fuerte columna por brigadas, formada cada una en dos batallones.

La formación daba frente á la carretera, extendiéndose la derecha hácia el hospital de Irache.—Se mandó que los batallones que tuvieran banderas las llevaran, aunque no estuvieran bendecidas.

(1) Acompañaba á caballo á doña Margarita la señorita de Flores.

Confundidos con los acordes de las músicas las atronadoras aclamaciones de aquellos guerreros, debió mostrarse don Carlos, y mostróse, en efecto, satisfecho y entusiasmado, como lo manifestó después en la proclama que les dirigió, diciéndoles que en los campos de Abarzuza habían estado admirables y excedido á las más lisonjeras esperanzas; «por eso quise presentaros á la reina para que participara de mi contento, quedando ambos en la revista complacidos de vuestro estado de instrucción y de vuestro excelente espíritu bélico... Voluntarios: cada vez estoy más orgulloso de vosotros; cada vez estoy más satisfecho de vuestro valor y de vuestra constancia; y, aunque nunca he dudado del triunfo, cada vez tengo, si es posible, mayor seguridad de obtenerle; porque con la protección de Dios, tan patente, y con soldados como vosotros, es imposible que fracase ninguna empresa. Seguid como ahora, y llegaremos pronto al feliz término de la nuestra, que es hacer la ventura de España. —Vuestro rey, Carlos».

Lo que faltaba á aquella tropa de pulcritud y elegancia en el traje, lo indemnizaban en esa marcial soltura que distingue al soldado español, y sería injusto negar á aquella masa carlista las condiciones de verdadero ejército, como lo era en su organización y en sus costumbres, y sabía batirse. Año y medio hacía que empezaron la guerra 27 hombres; aún no había pasado un año que sólo pudieron reunirse tres batallones en la frontera para recibir á don Carlos, y ahora revistaba más de 20.000 hombres, á pesar de las contrariedades suscitadas no sólo por los liberales, sino

por los mismos carlistas. Navarra tenía ya más de 9.000 hombres (1), y ya iremos viendo las fuerzas con que contaba el carlismo en las demás provincias del Norte: había además en Guipúzcoa una compañía de telegrafistas que, colocados en los altos, anunciaban con banderas los movimientos del enemigo; en Alava un cuerpo de verederos reglamentados por el señor Varona, que prestaban múltiples é importantes servicios, y en Castilla y en Cantabria compañías de guías, además de las escoltas, aduaneros y guardias forales que cuidaban de la recaudación de los impuestos y del orden. La administración y sanidad militar, que excedía en muchos casos, como probaremos, á estos institutos liberales, que con excelente personal, generalmente, no han tenido por lo común buena dirección, contaban también entre los carlistas con un personal necesario y los telégrafos eléctricos.

A las inmediatas órdenes de don Carlos, había un batallón denominado Guías del Rey, para el que dieron un contingente escogido todas las provincias, y el escuadrón de Guardias, cuyos individuos se armaban y equipaban por su cuenta; considerable gasto soportaban jóvenes de distinguidas familias por su fortuna.

(1) Según el estado demostrativo que tenemos á la vista del número y fuerza de todas armas de la división de Navarra en el mes de Junio, sin comprender las partidas volantes y personal de fábricas, y firmado por el comisario de guerra don José María Galban, da el resumen siguiente:

Ingenieros.....	401
Artillería.....	504
Caballería.....	464
Infantería.....	7.816
<i>Total</i>	<u>9.185</u>

ARTILLERÍA CARLISTA

PAGADA POR EL GOBIERNO LIBERAL—
FÁBRICAS—PROYECTO DE GLOBOS

V

El ejército carlista había adquirido verdadera importancia en el Norte, é iba á aumentarla en cuanto poseyera la artillería que necesitaba. Se enviaron comisionados á Londres que visitaron fábricas, obraron con actividad y sigilo, porque ya se había embargado un cañón al Dr. Vicente; compró don Juan M. Maestre dos baterías de campaña completas, cuatro de campaña también, destinadas á Vizcaya, y una ametralladora cedida por el Dr. Vicente, y se dispuso todo para embarcarse en el bergantín *Malfilatre*, con tres cañones más, 6.000 fusiles Berdan reformado y dos millones de cartuchos; en todo lo cual había mostrado diligente celo además del referido doctor, don Tirso Olazabal, don Julian García Gutierrez y don Bernardo G. Verdugo. Figuraban como dueños del buque y de su cargamento el capitán que lo mandaba y M.^{me} Cournet, de Bayona, y aparentemente don Tirso Olazabal.

Ya en las aguas inglesas el *Malfilatre*, había que declarar su cargamento, y consignar que los efectos que contenía y los que existían en Lóndres, debían ser expedidos para Grecia, por más que todos presumían que eran destinados para los carlistas; y lo presumía, y lo sabía especialmente la legación española por su agente el señor Palmer, que estaba siéndolo á la vez de los carlistas. Así que, en cuanto supo el señor Argaiz que, como primer secretario, estaba de encargado de negocios por ausencia del propietario, estar

listo el cargamento, corrió á Newport, y dióse tan buenas trazas que el consignatario Mr. Downing que había ejercido el viceconsulado de España, se puso á su servicio, se negó por consejo del señor Argaiz á recibir el buque, avisándolo así al señor Verdugo, con quien se avistó Palmer de acuerdo también con el secretario de la legación española, y ambos convinieron en que Palmer apareciese como dueño del cargamento, y se consignó ante testigos haberle vendido el señor Verdugo, valor recibido, todo el cargamento, siendo aquel sujeto el único propietario. Era el plan del señor Argaiz embarcar en una noche todo el armamento, llevarlo de un tirón á Londres, y de aquí á España; pero dejó á la sazón de ser secretario de la legación, y el asunto tomó otro aspecto.

Al saber el embargo el señor Olazabal, acudió al sitio del suceso, presentándose en los tribunales como dueño, haciéndolo igualmente Verdugo por los efectos que estaban á su nombre, entablándose dos litigios contra el falso comprador Palmer, é incidentalmente contra la casa inglesa de comercio Gries, á la que vendiera aquél figuradamente la parte de los efectos de guerra que aparecían pertenecer á don Tirso Olazabal; y para buscar los medios de conjurar tan grave peligro, convocó Viñalet la junta reservada de gobierno de la frontera, que presidía y con la completa aprobación de los señores Lasuen, Estrada y Ortiz de Zárate se envió á Londres con precisas instrucciones á don Vicente Alcalá del Olmo (1), cuya idea no fué

(1) Este nombró secretario á don Alejandro J. Gerdón y Doz.

seguramente muy meditada, porque en la forma que se hizo se dió mayor publicidad al asunto, que nunca debió dejar de ser muy reservado, y hasta los periódicos ingleses se ocuparon de tal encargo (1), mostrándose ofendido el señor Verdugo, y muy especialmente el señor Olazabal, que tantos sacrificios estaba haciendo y al que se consideraba el principal salvador de todo. Pero el señor Alcalá del Olmo, según manifestó el mismo Olazabal, en su escrito de amargas quejas á la junta de la frontera, «no estaba en antecedentes de la compra, y desconociendo los medios que se habían de poner en juego para llevar á cabo la expedición, no puede hacer otra cosa que relatar lo que el señor Verdugo y yo le contamos: no está enterado de las leyes inglesas, ni habla este idioma, ni pueden ver en él nuestros abogados y procuradores, sino un fiscal que se manda aquí en mengua de nuestro decoro». (2)

Y pudo haberse excusado el viaje del señor Alcalá del Olmo cuya corta estancia en Londres se limitó á enterarse de todo lo que había sucedido, consignarlo en su correspondencia y en un Diario-sumario, todo lo cual tenemos á la vista. Continuaron los señores Olazabal y Verdugo su gestión, y no considerándose bastante el estéril encargo conferido á Alcalá del Olmo, se envió al francés Mr. Pablo Laborde, para que informara exactamente á don Carlos y fuera el único que se ocupara hasta nueva orden de aquel

(1) Días antes se había enviado á don Alberto Morera.

(2) Comunicación fechada en Londres 15 de Enero de 1874.

negocio (1). Consideró Olazabal inútil la ida de este señor, y así lo escribió y lo demostró; de innecesaria la calificaron otros; siendo en último resultado un individuo más, porque se resolvió posteriormente (2) que la Junta de Navarra delegase á uno de sus individuos, para que en unión con los señores Laborde y Olazabal, dirigieran el asunto (3); que la representación oficial de los intereses que eran objeto del litigio la tuviera el segundo, autorizándole hasta para transigir, y que se adelantaran los fondos necesarios (4). Volvióse á poco Laborde sin haber influido en nada su estancia en Londres (5); continuaron Olazabal y Verdugo con el pleito; obraron con discreción y acierto, se trataron convenios tan favorables á los carlistas, como desfavorables á los liberales; mostraron aquellos mayor diplomacia y travesura, y el resultado fué que asustado el representante del gobierno español de que la continuación del pleito originaba cuantiosos gastos, y Palmer descubriera su verdadero carácter, se vino á

(1) Comunicación fechada en Durango el 12 de Febrero de 1874.

(2) En las Cruces el 2 de Abril.

(3) El 4 de Abril delegó al vocal don Esteban Pérez Tafalla.

(4) Ya se habían facilitado antes por el mismo Olazabal y por Mr. Dubrocq, que adelantó unas 600 libras esterlinas.

(5) «El señor Laborde se va, y su venida no ha modificado el asunto en lo más mínimo ni lo modificará. Va á decirle á S. M. el rey N. S. (q. D. g.) que aquí se ha hecho cuanto humavamente ha sido posible, según parecer de peritos imparciales.

Muchas cosas podría también decir si se lo dijeran, pero hoy no es posible».

Carta fechada en Londres en 12 de Junio de 1874 y firmada por el D. B. G. Verdugo.

una transacción, en la que salieron tan gananciosos los carlistas, que á costa de sus enemigos completaron un gran cargamento y se compró el vapor *Notre-Dame de Fourvieres*, cuyo nombre se substituyó por el de *London*, y unido al cargamento salvado el de ocho cañones de batalla que desde Gibraltar se trasladaron á Inglaterra (1), se embarcó todo en el *London*, y sin el menor tropiezo, con precisión matemática llegó á Bermeo el 9 de Julio de este año de 1874, y se desembarcaron sin novedad 27 piezas de artillería (2) y 200 cajones de pertrechos. Justa fué la entusiasta alegría con que celebraron los carlistas poder contar con el poderoso elemento de la artillería, que lo mismo la recibían por mar que por tierra (3). Los fondos que había recibido el señor Maestre de Jerez de la Frontera y los recaudados en otros puntos, fueron invertidos en los objetos para que se habían dado.

La artillería se empezó á organizar perfectamente, teniendo para montaña los cañones ligeros y de grande alcance de Withwort de á cuatro, que aunque no tan excelentes como los de Plasencia, eran buenos; y para batalla y sitio los Wolhiwich de á ocho

(1) Estos ocho cañones se habían dejado en Gibraltar por no haberse atrevido el buque que los conducía á desembarcarlos en las costas del N. de España.

(2) De estas 27 piezas fueron 13 compradas por varios legitimistas franceses, que las ofrecieron á don Carlos en comunicación que tenemos á la vista, contestada el 12 de Julio dándoles las gracias, y confiando realizaran en breve el ofrecimiento que hacían de otros cañones.

(3) Poco antes había enviado el señor Olazabal cuatro cañones With-Wort de acero, introduciéndolos por la frontera francesa en unas columnas de plomo para que pasaran por la aduana como objetos de adorno.

y los Wavasseur de á siete, reuniéndose á principios de Julio, sólo en el Norte, más de 50 cañones, entre los desembarcados, los cogidos á los liberales y los hechos en Azpeitia y Arteaga (1). Como contaban los carlistas con más de 30 jefes y oficiales del cuerpo de artillería, se empezó en seguida la organización de las baterías, creándose cuatro montadas, al mando de los señores Brea, Prada, Rodríguez Vera y García Gutierrez, y dos de montaña que mandaban los señores Velez y Rejero.

(1) Apremiando la dirección carlista de la frontera á la diputación de Vizcaya para que se pagasen 10.000 francos á don Tomás Ingunza, que los había prestado, escribía Mascarua: «La diputación á que he comunicado su carta y que no tiene conocimiento de que esa dirección militar le tenga hecho anticipo alguno, pues el único negocio referente á esta provincia, en que según sus noticias ha tomado parte esa dirección, es el relativo á la compra de dos ó tres cañoncitos de montaña, y para ello remitió el Excmo. señor comandante general de esta provincia—antes de constituirse esta diputación—la cantidad de 60.000 reales vellón, de cuya suma no debió exceder el compromiso contraído en nombre de esta provincia al objeto indicado; pero que, sin embargo, constituida ya la diputación, y vista la demanda que V. E. dirigía á nuestro comandante general de 30.000 reales, que según V. E. decía, eran aún necesarios para gastos de conducción, etc., etc., se le remitieron también como consta de recibo, cuyas cantidades reunidas suman 90.000 reales, con los que cree quedan bien pagados los dichos cañoncitos, que entre paréntesis no se han recibido aún, y ya son innecesarios, porque en consideración á su tardanza, esta diputación, apremiada de la necesidad, se decidió montar, y á Dios gracias funciona satisfactoriamente, una buena fábrica de cañones que nos ha proporcionado cinco, al parecer muy buenos, y que dentro de poco nos proporcionará cuanto necesitemos, si bien teniendo que hacer grandes desembolsos.....»

(2) REAL CUERPO DE ARTILLERÍA.

FÁBRICA DE VERA.

Relación de los proyectiles concluidos desde la centralización del cuerpo hasta fin de Noviembre en la expresada fábrica.

MESES	WITHWORTH			WAVASSEUR		WOOLWICH	BRONCE	BOMBAS
	7 cjm.	4 cjm. L.	4 cjm. C.	9 cjm.	7 cjm.	7 cjm.	8 cjm.	24 cjm.
Junio y Julio.....	"	"	840	"	"	"	630	424
Agosto.....	352	903	2.351	"	605	"	829	"
Setiembre.....	2.116	200	"	1.528	698	"	17	"
Octubre.....	1.730	605	1.760	908	"	226	"	22
Noviembre.....	"	456	552	126	"	1.708	646	48
<i>Total.....</i>	<i>4.198</i>	<i>2.164</i>	<i>5.503</i>	<i>2.562</i>	<i>1.303</i>	<i>1.934</i>	<i>2.122</i>	<i>494</i>

Hallábase al frente de aquella arma don Juan M. Maestre, luchando por centralizarla, como único medio de conseguir los resultados, con algunas diputaciones, quejándose de que no le facilitaban lo necesario, y de que Alava tuviese una sección de montaña «mandada por un oficial que desconocemos, hecho por no sé quién,» y que obraba independiente. Deseaba se considerase el arma de artillería como cuerpo centralizado, costeado por todas las provincias, y se concretara la fábrica de Vera á la elaboración de proyectiles, la de Azpeitia á la de pólvora para las piezas rayadas, fundiéndose allí en Arteaga material de guerra, artificios y piezas de bronce; Bacaicoa se reservaba para lo que en adelante pudiera ocurrir, áun cuando hubiera deseado tener más cercanos y mejor situados estos establecimientos. Fueron venciendo muchas dificultades; no bastando las minas de Barambio para surtir del plomo necesario, se mandó recoger el de las tuberías de casas particulares; decretóse el 5 de Junio la centralización del cuerpo de artillería, satisfaciéndose los gastos del personal y material por las diputaciones y juntas de Navarra encargadas de toda la parte administrativa, y los resultados no dejaron de ser lisonjeros para los carlistas (2).

En Francia se hacían frecuentes ofrecimientos de cañones, y un diputado de la Asamblea, Mr. de St. Victor, escribía al vizconde de Barrés, del comité carlista de la frontera, que había ofertas de cañones y de fusiles, al precio de 6 á 10.000 francos la batería completa con sus cureñas y cajones, pagándose después de introducidos en España, y pudiéndose elegir el calibre de cuatro ó de á doce. Si se prefiriesen cañones Krupp, la batería costaría 20.000 francos. Monsieur A. Teinier, desde Bayona, propuso á don Pedro Dorado venderle fusiles Springfields y Miniés, y tal vez otras clases, al precio de 22 francos 50 céntimos cada uno, puestos en España en un puerto carlista, siempre que no fueren menos de 6.000 los fusiles que se comprasen (2).

Los armeros de Eibar, para proporcionarse algún trabajo con que subsistir y sobrellevar las cargas de las contribuciones que se les imponían para las atenciones de la guerra, propusieron á la diputación en 6 de Abril de 1874, que en equivalencia de los 85.000 reales de cuota mensual que correspondía pagar á aquella villa, entregaría la misma

el correspondiente número de fusiles Remington de las condiciones, circunstancias y precio que estableciera el cuerpo de artillería, y con su exámen y aprobación (2).

El señor Olozabal avisó en Julio que por 4.000 duros se conseguirían 2.000 fusiles (compra y conducción), y se enviaron en seguida los 80.000 reales.

Comisionado el alférez don Manuel de Villanueva y Marichalar á fin de estudiar el medio de poner en práctica su invento para arrojar desde un globo granadas y materias inflamables sobre plazas enemigas, no se decidió á la ejecución la diputación guipuzcoana; acordó tratar el asunto con las provincias hermanas, y aunque se efectuaron en Alzo algunos trabajos de carpintería, no se prosiguieron, sin que pueda juzgarse de la bondad del invento, porque no llegó á practicarse.

CRECIMIENTO CARLISTA—EL GENERAL ZAVALA

VI

Con tan poderosos elementos los carlistas y lisonjeados con la victoria, se contenta-

Relación de los proyectiles que han salido de la fábrica desde el mes de Julio á fin de Noviembre.

MESES	WITHWORTH			WAVASSEUR		WOOLWICH	BRONCE	BOMBAS
	7 cjm.	4 cjm. L.	4 cjm. C.	9 cjm.	7 cjm.	7 cjm.	8 cjm.	24 cjm.
Julio.....	"	"	800	"	"	"	800	"
Agosto.....	"	680	1.200	"	500	"	200	"
Setiembre.....	"	120	800	"	200	20	600	"
Octubre.....	"	80	80	"	"	"	"	"
Noviembre.....	777	"	512	224	"	1.006	43	211
<i>Total.....</i>	777	880	3.392	224	700	1.026	1.544	211

Nota. Quedan rebajados los proyectiles que devolvieron del sitio de Irún. Vera 30 de Noviembre de 1874.—Es copia.

(1) «Las armas que le ofrezco existen y están disponibles, y pido como plazo de la entrega 10 días lo menos para el embarque y la expedición».

(2) La diputación no admitió los fusiles en pago de contribuciones por razón de suministros, hasta que se arregló este asunto posteriormente.

ron por de pronto con la obtenida en los campos de Abarzuza; y aunque no faltara quien opinara por seguir tras el lastimado ejército liberal y marchar audazmente hasta Madrid, la falta de organización, y que ni en artillería ni en caballería podían competir con los liberales, pesó en el ánimo de otros, prefiriendo para conseguir aquella organización fortificarse en su territorio, estableciendo líneas militares y aislando á las capitales en ellos enclavadas. Marcharon para Alava y Cántabria cuatro batallones alaveses y dos cántabros, quedando en sus respectivos acantonamientos los navarros, guipuzcoanos, aragoneses y vizcainos; se permitió á los voluntarios rebajarse del servicio para hacer la recolección de cereales, y en cuanto á operaciones militares se inició una inamovilidad enervante. Y era cuando más elementos reunían, porque ningún jefe liberal tuvo á su frente en el Norte ejército carlista tan numeroso, que empezaba á tener poderosa artillería, y nunca, sin embargo, se disminuyeron más las fuerzas liberales, como veremos.

A reemplazar al marqués del Duero corrió don Juan de Zavala y de Lapuente, que nació en Lima el 27 de Diciembre de 1808, hijo del celebrado marqués de Valleumbroso, cuya lealtad á España llegó hasta á abandonar por ella su familia, su patria y una fortuna brillante, no sin haber combatido personalmente hasta el último día en la guerra de la independencia del Perú, legando á su hijo hechos multiplicados de heroico valor y de firmeza de carácter, cultivados y acrecentados por don Juan. Empezó éste su carrera en

8 de Marzo del 1818, ascendiendo á portaguion en 1820, acompañando al año siguiente á su padre, que trajo á la península en cargo secreto é importante del virey, con tan mala fortuna, que montando un barco de guerra español de 12 cañones, maltratado por fuertes temporales fué atacado, vencido y apresado por la corbeta *Heroína*, corsario de Buenos-Aires, de 36 cañones. Antes de caer prisionero demostró Zavala á pesar de sus pocos años y de tan desigual lucha, valor y serenidad notabilísimos.

Continuando sus estudios, fué nombrado en Agosto de 1825 alférez de Lanceros de la G. Real. En 1827 formó con dicho cuerpo parte del ejército de observación del Tajo al mando de Sarsfield, pasando á Aragon y Cataluña con motivo de las ocurrencias de aquella época en esta provincia. Capitán del regimiento caballería de Vitoria, 4.º de ligeros, fué destinado en 1833 á las órdenes y como ayudante de campo del general Valdés, nombrado en jefe del ejército de operaciones del Norte, siendo de los primeros que asistieron á aquella guerra hasta su terminación. Al lado de tan digno general, y tomando siempre la parte más activa á que le escitaba su intrépido carácter, concurrió á las felices acciones de Barambio, Miravalles, Ceverio, Orozco, Ibarra, Salvá y Dima, á los encuentros de Muniqueeta, Santa Cruz de Vizcarriz, Mendata, Rigoitia, Arrieta, Larrahesua, Arechavalagana y Munguía, y á la salvación de las escasas fuerzas que se encerraron en la casa de las juntas de Guernica, altamente comprometidas. También acompañó al general Espartero, de quien era

ya ayudante de campo, á la llamada *segunda* de Guernica, que duró del 17 al 23 de Febrero, en cuyo día, puesto á la cabeza de una mitad de caballería, cargó dos veces á los carlistas, desordenándolos completamente y ocasionándoles pérdidas no despreciables. En la decidida cuanto peligrosa marcha emprendida sobre Bilbao por Bermeo, operación que de nuevo demostraba la osadía del general Espartero, fué de los primeros que penetraron en Bermeo en medio del fuego de de sus defensores y del de las tropas liberales, uno y otro sin dirección fija, pero ambos dañosos igualmente á los que los hacían y recibían; funesto fruto de los ataques emprendidos en las sombras de la noche.

Sería interminable la enumeración de las acciones de guerra á que asistió Zavala en aquel periodo de infatigables operaciones, combatiendo diariamente sin hallar descanso alguno, con escaso alimento, mal vestidos y peor pagadas las fuerzas liberales; pero sin faltar á la más severa verdad histórica, aseguramos que no hubo ocasión sin algún testimonio de la voluntad con que Zavala se arrojaba á los peligros, y de la serena bravura con que los vencía. Uno sólo de sus hechos servirá de testimonio entre los muchos que callamos. En una operación combinada por los generales Espartero, Carratalá y Jáuregui, resultó cercado de fuerzas superiores el primero, y Zavala tuvo el increíble arrojo de atravesar por entre las tropas carlistas con un ordenanza, que retrocedió acobardado; solo, en país enemigo y en una guerra de aquella índole, fué desde Ormaiztegui á Villafranca, dos leguas y media, á dar aviso á

Jáuregui de la situación grave en que se encontraba el general Espartero. Así mereció en justicia las continuas alabanzas y recomendaciones del que fué duque de la Victoria, de quien no se separó en el trascurso de aquella campaña, concluyendo por ganar su estimación y su confianza.

En 1835, y después de merecer la cruz laureada de San Fernando, «por el valor y bizarría que tiene tan acreditado», palabras del general Espartero, se encontró en las acciones de Segura, Miravalles y Villaro, donde fué herido gloriosamente. En Junio del mismo año fué nombrado comandante del escuadron de Húsares de la Princesa, é hizo una feliz y corta campaña en la sierra de Burgos persiguiendo al cura Merino, consiguiendo, como en todas partes, continuos plácemes y estimables consideraciones de sus jefes; habiéndose distinguido particularmente en la Peña de Cervera, «con el arrojo y decisión que tan notables son en este jefe», según decía el bravo brigadier Albuin. La primera vez que los húsares de la Princesa combatieron felizmente en el ejército del Norte, fué en las acciones de Guevara y venta de Chavarri, 27 y 28 de Octubre de 1835. Había llamado el general Córdova al comandante Zavala, que hemos dejado en la sierra de Burgos, con objeto de mejorar el espíritu y disciplina de los húsares al frente de enemigos de más sólida organización; y en efecto, el regimiento, que empezó en aquellos días su historia de brillantes hechos, concluyó siendo el primero del ejército. De Zavala dijo el general en jefe en aquellos días y en el de la batalla de Arlabán, lo que sólo acos-

tumbraba á decir de Espartero. Buenísimo fué el comportamiento de los húsares guiados por su nuevo comandante; y para acabarlos de afirmar, para convencerles de lo que pueden y valen el valor y la disciplina; para borrar el lunar de Fuenmayor, acometió Zavala lo que hubiera sido locura si no llegara al heroísmo. Hacía un reconocimiento sobre Orduña el general Espartero con noticias de encontrarse todo el grueso de los carlistas en este pueblo, y desde lo alto de la Peña, adonde empezaba á llegar el cuerpo del ejército de su mando, vió á dos escuadrones carlistas nutridos de fuerzas y galanamente ataviados. A vista de pájaro la distancia era corta, aunque la multiplicaban los zis-zas que desarrollan el descenso de aquella altura. Molestábale al bravo general el ver tan cerca y casi oír los escuadrones enemigos y sus voces mismas, pero sólo un escuadron incompleto de húsares había llegado con la cabeza de las tropas: el resto de la caballería cerraba su retaguardia. Dudando é impacientado Espartero, se decidió al fin á alejar aquellos escuadrones de su vista y dió el encargo á Zavala, el cual emprendió el movimiento al frente de aquellos pocos caballos. A la segunda carga, bien que habiendo dispersado en la primera á los escuadrones, penetró en Orduña, pueblo fortificado y con su ciudadela en la plaza, derrotando á los 200 caballos carlistas y 600 infantes parapetados en casas y aspilleras. No hubo quien desde lo alto de la Peña de Orduña no tuviese por perdidos á Zavala y sus húsares; pero ¡cuál sería el asombro y la alegría de todos al ver salir por la parte opuesta de Orduña caballos é infantes carlistas acu-

TOMO III

chillados por los húsares que, ébrios de valor y de gloria los persiguieron hasta el puente inmediato á Amurrio, dos leguas de la Peña de Orduña, en cuyo pueblo se encontraba el ejército de don Carlos con su general en jefe, Eguía, sin atreverse á salir al encuentro de aquel puñado de valientes, harto disminuidos en sus dos cargas, persuadidos de que les atacaba el cuerpo que mandaba Espartero! Toda la infantería de Orduña quedó prisionera, exceptuándose los muertos, y la ciudad tomada, y para ofrecer una prueba de la serena imperturbabilidad de Zavala, diremos que hizo tomar las armas á un peloton de infantes carlistas para obligar á rendirse á otro de sus propios compañeros, posesionados de una altura impracticable á la caballería. El general Córdova dispuso que Zavala condujera los prisioneros y trofeos á Vitoria, y al abordar la ciudad encontró el joven comandante el ejército en correcta formación haciendo honores militares, que supuso se tributaban al general en jefe..... ¡Era Zavala el objeto de esta inaudita demostración! La orden general del día concedía la cruz de San Fernando á los individuos de tropa que concurren á aquel glorioso hecho de armas, el empleo inmediato á los oficiales, la corbata de la misma orden á los estandartes de húsares, y añadía: «En cuanto al comandante Zavala, aprecio todo su mérito y merecimientos, pero á él mismo le es más satisfactorio obtener para cada adelanto en su carrera tal superabundancia de títulos como le dan sus heroicas acciones. Espero, pues, el resultado de sus propuestas (1), y por

(1) De 27 y 28 de Octubre, por Guevara y Salvatierra.

esta nueva señal que ha dado al ejército de su gran denuedo, mando se le abra juicio contradictorio para ganar por segunda vez, con la cruz laureada de San Fernando, el distintivo que señala entre los bravos á los más bravos del ejército».

La orden general del arma de caballería escribió los nombres de los húsares que realizaron aquella brillante hazaña, mandando se leyeran á las compañías y se fijase en la guardia de prevención como noble ejemplo para el cuerpo, que fué desde entonces modelo de bizarría y de todas las virtudes militares. Zavala recibió las gracias del gobierno y su pase á Lanceros de la Guardia en su mismo empleo de comandante.

Concurrió á las acciones de los Arcos y Monte Jurra, siempre señalándose, y después continuó peleando al lado de Espartero. Mandó la segunda brigada de caballería de la división que perseguía á don Carlos, y se distinguió notablemente en Barbastro, en cuya acción, arrolladas parte de las tropas liberales, cargó Zavala salvando la artillería, y en el paso del Cinca por el ejército carlista hizo á éste un batallón prisionero. También en Grá rompió el centro de aquel, que debió sucumbir con el mismo don Carlos, si el que mandaba en jefe las tropas liberales hubiese procedido con mayor previsión, como tenemos probado (1). Obtuvo Zavala por su heroísmo el empleo de coronel y se encontró en la acción de Huerta del Rey, donde «con su acostumbrada serenidad

(1) En la historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista.

y pericia militar, ejecutó un movimiento de flanco cortando la retirada á los carlistas y debiéndose en gran parte á esta maniobra el feliz éxito de aquella jornada», en la que fué batida su infantería y la caballería que pretendía cubrirla, quedando todo un escuadrón prisionero.

Como dato importante para la historia militar del período de que nos ocupamos, y testimonio altamente característico de lo que era el general Zavala, relataremos muy por cima la acción de Aranzueque, uno de los hechos más distinguidos del personaje cuya biografía trazamos á grandes rasgos. El 19 de Setiembre 1837 salió Espartero de Alcalá de Henares en busca del ejército carlista que había pernoctado en Santorcaz, el Pozo y Aranzueque. Antes de amanecer había emprendido el movimiento Zavala, mandando el cuerpo de vanguardia, compuesto de ocho escuadrones y una compañía de cazadores de Luchana. Encontró al ejército carlista en la meseta de Aranzueque, protegido por toda su caballería correspondiente al Norte, Aragón y Valencia, á la que, con su escasa fuerza dió una carga diagonal sin dejarla revolverse, desordenándola sobre su propia infantería, partícipe del pánico inspirado por tan inopinado ataque. Cantidad de muertos y 600 prisioneros, entre ellos el general que mandaba la caballería carlista, fueron el fruto momentáneo de aquella osada acometida, y decimos *momentáneo*, porque el general Oráa que marchaba siguiendo el movimiento del ejército de Cabrera, recogió á distancia del campo de Aranzueque multitud de prisioneros fugitivos del citado encuentro

de caballería. La cruz de 3.^a clase de San Fernando fué modesta recompensa de este combate; que con tal parsimonia se premiaba en aquella guerra lo que era más digno de admiración que capaz de concebirse.

Coronel en propiedad de húsares de la Princesa, mandó la caballería de las diferentes divisiones reunidas para perseguir á don Carlos, «demostrando constantemente un valor ejemplar, una asiduidad digna del mayor elogio y un sufrimiento inimitable», calificación de general tan competente como el bravo don Diego de Leon, con quien asistió Zavala también al ataque del fuerte de Barga, cuyas aspilleras tocó, sacando su ropa acribillada de balazos, y conduciéndose de modo, que dijo el mismo comandante Belascoain: «que había sido admiración de los valientes».

Se halló en la importante batalla de Peñacerrada, toma del pueblo y del fuerte en los días del 19 á 22 de Junio de 1838. Dieciocho batallones carlistas se hallaban en posición escogida y atrincherada, apoyados por ocho escuadrones y una batería, tan intactos que no habían disparado un solo tiro. El general Espartero dispuso sus columnas de ataque y previno á Zavala aprovecharse la ocasión de cargar, si se le presentaba. Arroillados por dos escuadrones carlistas unos 1.000 tiradores, se abrió éste paso por entre sus propias tropas y se arrojó á la carga con el bizarro regimiento de húsares, acuchillando y dispersando á los carlistas, obteniendo el resultado de dejar el campo sembrado de 400 cadáveres y hacer 800 prisioneros, una batería de obuses y multitud de fusiles, lanzas y

trofeos. Hecho por sí solo suficiente para ilustrar la vida de un general, produjo con justicia la admiración de ambos ejércitos. Espartero dijo á los húsares «que prefería la pelliza que vestían para honra y gloria de la patria y del ejército á sus entorchados (1)», y al volver á su campo el coronel Zavala, cubierto de sangre y polvo, colgando de su muñeca el sable tan bizarramente esgrimido, se le acercó á pie el veterano y respetable general Puig Samper, que se encontraba al frente de los batallones de la Guardia, testigos de aquel glorioso hecho de armas, y volviéndose á sus tropas, descubierta la cabeza encanecida en largos y honrosos servicios, les dijo: «Soldados, yo me honro besando la mano de este valiente,» y lo hizo profundamente conmovido. Los húsares engalanaron sus estandartes con la tercera corbata de San Fernando, y Zavala fué ascendido á brigadier por tan heroica y sin igual hazaña.

Como comandante general de la caballería del ejército continuó sus servicios en las importantes operaciones sobre Ramales y Guardamino, ocupación de Orduña, acción de Villarreal de Alava y toma del fuerte de Urquiola.

Mereciendo Zavala la entera confianza del duque de la Victoria, le comisionó éste para conferenciar con el general Maroto, pasando varias veces al campo carlista con instrucciones especiales, hasta que se consiguió el célebre convenio de Vergara: «habiendo desem-

(1) Zavala suplicó se concediera á Espartero el cargo de coronel honorario de húsares, y concedido que fué le regaló el uniforme.

peñado esta delicada comisión con el tino, prudencia y exactitud que reclama su importancia:» palabras de Espartaco (1).

En Setiembre de 1839, se encontró en la memorable acción de Urdax, última reñida con las tropas carlistas del Norte que no aceptaron el convenio. Todos los batallones navarros y alaveses, con el pretendiente á la cabeza, fueron batidos, dispersos é internados en Francia. En aquel glorioso día se distinguió, como en todas partes, recibiendo una herida en la cabeza, cargando con la mitad de su regimiento y cazadores de infantería, y decidiendo la derrota de los carlistas.

En 1840 marchó á Aragon al frente de la caballería del ejército, de que era comandante general, ya promovido á mariscal de campo, en persecución de Cabrera, concurriendo á la toma de las fortalezas de Segura y Castellote, dejando el mando del brillante regimiento de húsares, cuyas glorias están ligadas al nombre de Zavala; continuó desempeñando el de comandante general de la caballería de los ejércitos reunidos, donde con las operaciones de Morella y acción de Berga terminó la guerra civil de los siete años.

De sus mandos en Barcelona y Valencia, del de una división del ejército expedicionario á Italia, y de su intervención en los asuntos políticos sucesivos, nos hemos ocupado ya

(1) Para recompensar el duque los trabajos admirables de Zavala que produjeron el convenio, le envió la faja de mariscal de campo, que Zavala le devolvió por no creer que fuesen bastantes para tal distinción sus trabajos diplomáticos, que produjeron un convenio tan barato y tan beneficioso para los liberales.

en esta obra, debiendo añadir que en Diciembre de 1852 fué promovido á teniente general, nombrado senador del reino en 1858, después de haber sido ministro y director de caballería: ya vimos su comportamiento en la guerra de Africa, mereciendo se consignara en el parte de la acción de Sierra-Bullones, que «el teniente general don Juan Zavala comandante en jefe del segundo cuerpo, ha ilustrado con un hecho más su gloriosa carrera; de valor, resolución, tranquilidad de ánimo y acertadas disposiciones ha dado pruebas durante todo el día: á su inmediación ha sido muerto el mayor de ingenieros de su cuerpo de ejército don Plácido Mendizabal, y heridos sus ayudantes don Francisco Giron y don Manuel Jimenez, así como al comunicar una orden lo fué de gumía don José Rubi.»

El célebre día de la batalla de los Castillejos, 1.º de Enero de 1860, restableció el combate en momentos harto comprometidos, cayendo á su lado heridos de gravedad sus ayudantes, don Carlos García Tasara, don Ramón Gonzalez, don Juan Guerra, don Pedro Halcon y el oficial de E. M. de su cuerpo de ejército don Emilio Terreros. El enemigo fué arrojado de posición en posición á larga distancia del terreno de la lucha, habiendo oido Zavala de boca del general O'Donnell: «V. como siempre: Ha salvado V. al ejército y á la patria de una catástrofe;» elogio que comprenderán los que conocían el carácter glacial del general en jefe del ejército de Africa.

Inutilizado, como en su lugar expusimos (1)

(1) Tomo I, págs. 819 y 821.

y recuperada su salud al cabo de cinco años, volvió á ocupar en la gobernación del Estado los puestos en que tantos y tan importantes servicios prestaba, y muy especialmente en el ministerio de Marina, en el que dejó gloriosos é imperecederos recuerdos, para el ministro y la nación, fomentando hasta el punto que lo hizo nuestra construcción naval y nuestros arsenales, protegiendo la industria nacional con la marina ligada.

No debemos terminar estos apuntes biográficos, trabajosamente formados, por no existir ninguna biografía de este general, y estar incompleta ó más bien no formada su hoja de servicios, sin manifestar, que al nombrársele, siendo ministro de la Guerra, capitán general de ejército, recibiólo con tal desagrado, y consideróse tan ofendido, que á la faz de sus colegas arrojó el nombramiento al fuego de la chimenea.

SITUACIÓN Y FUERZA DEL EJÉRCITO DEL NORTE

VII

La desgracia del ejército del Norte no se limitó á la pérdida de su ilustre jefe, el marqués del Duero. La muerte de aquel bravo general en los momentos que más arreciaba el combate de Monte-Muru, lo suspendió pasando desde la ofensiva á una actitud inerte, sin que pueda concebirse la tranquilidad en que quedaron y permanecieron ambos campos. Las sombras de la noche afirmaron la quietud, y durante aquella emprendieron las tropas liberales un movimiento de retirada por todo extremo difícil, ya por haberse de efectuar de flanco y á la desfilada, ya por los

peligros que ofrecía el terreno desigual y enlodado, y ya por la falta de luz, condición que, por sí sola, es de la más alta gravedad para las operaciones militares, aun cuando no coincidiese, como coincidía en aquellos momentos, el ejecutarse tan arriesgada maniobra bajo el alcance de los fuegos carlistas. Basta el más elemental conocimiento de lo impresionables que son esas vastas aglomeraciones de hombres que marchan y se revuelven, avanzan ó se retiran, obedeciendo la voz de sus jefes inmediatos, sin coincidencia de planes, fines, ni resultados, para comprender el estado moral de un ejército que ataca posiciones enemigas donde halla cruda resistencia, y sin llegar á su objetivo emprende en la oscuridad de la noche una retirada hasta la distancia de ocho leguas, librándose muchos soldados del peso que les es más importante y desorientándose, como también oficiales y jefes, respecto del punto donde se hallaban los cuerpos á que pertenecían. Tanto más profunda debió ser la sensación sufrida por esas tropas, cuanto más rápido era el cambio que se experimentaba desde la victoria de las Muñecas y liberación de Bilbao á la retirada de Monte-Muru, y quizá á aquella victoria obedecería la excesiva prudencia con que permanecieron en sus trincheras los carlistas. El ejército liberal, sin ser molestado por su enemigo, se reunió en Tafalla, y allí lo encontró el general Zavala el 1.º de Julio, y allí dijo con verdad que llegaba «en circunstancias graves, pero en manera alguna peligrosas... que iba lleno de confianza y seguro de las virtudes de aquellas tropas, que ha-

biendo llevado á cabo la retirada de Abarzuza, debían tener confianza absoluta en la victoria y que la patria lo esperaba todo de ellos» En el mismo espíritu están inspiradas las palabras que dirigió á la oficialidad; sin otra aspiración que combatir al carlismo, vencerle, ni otra enseña que la de *Orden, Patria y Libertad*. Reorganizar aquellas tropas, dar energía á su espíritu, afirmar la disciplina que, según las palabras del marqués del Duero, en días felices «dejaba mucho que desear», y constituirse sólidamente, eran los primeros cuidados, los deberes principales del general Zavala.

Llevadas las tropas liberales por una maniobra poco acertada, á las orillas del Océano, y aceptada como base forzosa de operaciones la línea divisoria de las provincias de Vizcaya y Santander; descubiertas las Castillas y Aragón, abandonado Logroño y toda la margen del Ebro, el ejército liberal estaba faltando al más imprescindible de sus deberes é intereses, que era cubrir el interior del país y conservar sus comunicaciones, no sólo con su gobierno, sino con las provincias que habían de proporcionarle grandes recursos y defender la retaguardia del ejército de agresiones en que pensaban los carlistas y realizaron, en parte no escasa, con sus correrías hasta Cuenca y otros puntos. El general Zavala, después de reanimar sus tropas y organizarlas en dos cuerpos y una división de vanguardia, de moralizarlas en cuanto era posible, haciendo renacer en sí mismas y en sus jefes la confianza que tanto había decaído, avanzó haciendo entrar en línea el primer cuerpo,

situándolo en Artajona, Larraga y Lerin, y marchando con el segundo cuerpo y división de vanguardia (5 y 7 de Julio) en dirección de Logroño. Allí hubo de emprender el irremisible trabajo de formar almacenes de víveres y municiones, y solidificar su base de operaciones, fortificando en su línea á Larraga, Lerin, Lodosa, Logroño, Miranda y la misma Vitoria, casi sin guarnición ó con una escasísima, sin defensa, y cuya salvación la debió al tiempo y ocasiones que perdieron los carlistas. Mientras el ejército liberal se rehacía en Tafalla, y en momentos anteriores, al encaminarse las pocas fuerzas que hicieron la inconcebible marcha sobre Irún; cuando aquellas tropas se embarcaron para constituir una base falsa de operaciones, que tantos peligros, tiempo y sangre costó; cuando todo el ejército liberal se agolpaba delante de San Pedro Abanto y no existía un solo batallón en aptitud de socorrer á Vitoria, no fué tomada su corta guarnición por la indiferencia con que la miraron los carlistas, y no obstante, era la capital de Alava, ciudad principalísima de las provincias vascas, rica, punto de suma importancia estratégica, indispensable para dominar su llanada y de difícil auxilio, bien quisiera dársele por Vizcaya, bien por la Burunda ó la carretera de Castilla; cerrada por las formidables posiciones de las Conchas y Peñacerrada. Vitoria, pues, era una pesadilla y una alta necesidad para el general Zavala, sobre cuyos hombros gravitaban otras quizá de mayor consideración. Bilbao había quedado maltratado después de su largo y tenaz sitio: ni sus fortificaciones ni las fuerzas que le

defendían bastaban á realizar su encargo, aliviando al general en jefe y al país del peso de tamaño cuidado. Se había concebido y acordado por el gobierno un plan de fortificaciones de tal desarrollo, que exigió un refuerzo en su guarnición desde cinco hasta 13 batallones. Navarra quedaba confiada al primer cuerpo; Logroño, la Rioja, Miranda, Vitoria y la constante amenaza de una expedición carlista, al segundo cuerpo y la división de vanguardia.

España se encontraba en un estado político y militar de difícil olvido. El telegrama siguiente dirigido por el ministro de la Guerra al general en jefe (13 de Julio), compendia en breves renglones aquella desastrosa época: «Sin perjuicio de dar á V. E. conocimiento de todo por carta, he creído hoy deber adelantarle por telégrafo las novedades que ocurren. La facción mandada por don Alfonso, se ha presentado en Cañete y amenaza á Cuenca, obligándome á hacer salir de aquí toda la fuerza que tengo del llamamiento anterior y la guardia civil, quedándome en Madrid con algunos batallones de quintos en instrucción, mal armados.

En el antiguo reino de Valencia se nota agitación, preparándose huelgas en la capital, y resistencia al pago de contribuciones en pueblos tan importantes como Gandia, Sueca, Villalonga y otros. En Cataluña se ha agravado la situación estos últimos días, y además de estar los carlistas atacando á Puigcerdá y de haber sufrido un descalabro un batallón de Extremadura, se agitan en la capital los internacionalistas, lo que obliga al capitán general á aproxi-

»mar fuerzas á Barcelona. En Sevilla también, según me dice el general Makenna, se trabaja para alterar el orden, y ya ha ocurrido un motín en Ecija, ciudad importante. Todo esto me hace vivir muy prevenido y me obliga á no descuidar tantas atenciones, para lo que cuento solamente con los pocos batallones de nueva creación que me han quedado, pero con los cuales espero dominar tantas dificultades». El general Zavala contestó lacónica y noblemente: «Recibido su telegrama, puedo enviar á V. E. toda la fuerza que sea necesaria».

Además de las atenciones militares ya indicadas ligeramente, abarcando la notable distancia medida desde Bilbao á Tafalla describiendo el arco determinado por la situación del valle de Mena, Vitoria, Miranda, Logroño y la ribera de Navarra, además de la imperiosa necesidad de mantener un cuerpo de tropas en aptitud de salir á cortar la expedición carlista preparada en Bergüenda y Espejo, maniobra de suma trascendencia cuando era de primera importancia proteger el alistamiento, instrucción y armamento de la quinta en que estribaba la esperanza del gobierno; el estado político y el avance de los carlistas de Aragón y Valencia, que debían unirse á los expedicionarios del Norte, ofrecía una situación solo posible de dominar con la más delicada prudencia, pero sin dejar de hacer frente al ejército carlista de las Provincias Vascongadas, de continuar la obra, de mejorar día por día la moral de las tropas y hasta instruir las en los ejercicios elementales, de que no poca necesidad tenían.

Para responder á esa balumba de responsabilidades, contaba el ejército del Norte 54 batallones en dos cuerpos de á 20 batallones, ocho en la división de vanguardia y cinco en Bilbao, todos ellos tan escasos de fuerza que casi pudiera considerárseles en cuadro. Después de la liberación de Bilbao habían vuelto al interior los cuerpos de la Guardia civil y de carabineros, y de los que permanecieron, se colocaron nuevamente las guarniciones de Logroño, Miranda, Burgos, Larraga, Lerin y Lodosa, aumentándose (hasta 13 batallones), la de Bilbao, Vitoria, San Sebastián y los fuertes de su provincia para evitar sorpresas y desgracias; de modo que entre unas y otras bajas, ya por retirarse unas fuerzas, ya por haber de ocuparlas en obligaciones indeclinables, incluso las destinadas á proteger el ferrocarril de Santander y las que salieron para Cataluña, Aragón, Valencia y Madrid, el ejército, después del suceso de Monte-Muru, contaba 40 batallones menos para operar.

Una defensiva activa era cuanto podía intentarse hasta recibir refuerzos y organizar un tercer cuerpo, anhelo del general Zavala, para tomar la ofensiva, que no pudo conseguir; en esa defensiva era necesario oponerse constantemente á las maniobras carlistas sin dejarse atraer para ser engañado ni sorprender, exponiéndose á algun suceso dudoso ó contrario. Ese partido tomó forzosamente el general Zavala, y después de organizar sus tropas del modo referido, de revistarlas, de alentar con su severo continente la decaída moral del soldado, que algo más alcanzaba; después de colocar nuevos generales en los

huecos que hicieron seis ó siete que se apresuraron á dejar sus puestos por el mal estado de su salud, situando el primer cuerpo como queda dicho, dirigió el segundo y la división de vanguardia por Alcanadre y Miranda de Arga á Logroño, acantonando estas fuerzas en Ausejo, Alcanadre, Murillo, Agoncillo, Lardero, Villamediana, Alberite y Riva-fecha.

La actividad defensiva no podía significar en el carácter enérgico del general en jefe apatía ni impotencia: si no marchaba al enemigo era por el conjunto de deberes é imposibilidades referidas, pero por título ninguno dejó de acudir á cuantas necesidades tenían sus tropas y el territorio donde operaba, como tampoco de hacerse respetar de sus enemigos, lográndolo todo el tiempo que estuvo al frente del ejército. Con grande tranquilidad de ánimo, mandó introducir dos numerosos convoyes en Pamplona, en cuya plaza faltaba hasta el combustible, realizándose estas operaciones felizmente y sin que los carlistas se atrevieran á oponerse á ellas.

El general Villegas, capitán general de Burgos, á quien reforzó en la izquierda, batió en Carranza á Valde-Espina, é igual suerte cupo al décimo batallón navarro, atacado por una columna salida de Pamplona. Las tropas de Bilbao se apoderaban de Algorta, Bolueta y su fábrica; entretenía al ejército estos encuentros, que aunque pequeños, ninguno era desgraciado. El resto de Julio pasó sin más novedades que continuar las fortificaciones de los puntos ya indicados, y la presentación delante de Miranda del jefe don Cecilio Valluerca, que fué rechazado

hasta más de una legua por la guarnición y voluntarios, únicos que habían tomado las armas con los de Vitoria.

Pretendiendo Valluerca hacer una expedición á Castilla á fin de sacar recursos para las fuerzas de este país, tomó siete secciones del regimiento de caballería de Borbon que empezaba á organizarse y dos escuadrones de Castilla que sólo contaban doce días de formación, y con esta gente y los 100 voluntarios de infantería que Dorregaray le proporcionó, en vez de expedición hizo sólo un alarde de fuerza, que calificó de vano el ministro de la Guerra de don Carlos, y lo fué seguramente para su causa, aunque era una advertencia para la liberal, que podía considerar como un amago ó iniciativa de posteriores planes.

Los voluntarios de la Rioja se negaron constantemente á recibir las armas, dato importante para apreciar el espíritu público del país.

Agosto empezó con el ataque y ocupación de Cobetas por las tropas de Bilbao, tomado por sorpresa y atrincherado por las mismas.

Por este tiempo estallaron desórdenes en Castilla la Vieja con motivo de la quinta, y se apaciguaron.

LA GUARDIA

VIII

Ascendido don Rafael Alvarez á mariscal de campo por su comportamiento en Abarzuza, pasó con Larramendi á la línea de Alava y Rioja, cuyo mando desempeñó in-

terinamente. El mismo día que de él se encargó reconcentró todas las fuerzas en Peñacerrada, salió á las nueve de la mañana con objeto de sorprender y apoderarse de Haro, donde esperaba sacar once ó doce millones de reales; no pudo vadear el Ebro y se contentó con provocar á las fuerzas que había en aquella población, con las que cambiaron algunos tiros las avanzadas. Retiróse el carlista á Labastida, dejando un batallón ocupando la altura que domina al pueblo, racionó su gente y descansó tranquilo hasta las cinco de la tarde que se retiró á Peñacerrada.

Días después intentó apoderarse de La Guardia, y no pudo conseguirlo por la vigilancia que ejercía su guarnición; insistiendo en su propósito, hizo un reconocimiento por sus inmediaciones, le sorprendió descubrir á corta distancia de la plaza, dos casas completamente abandonadas y una de ellas medio quemada; comprendió que si conseguía alojar allí durante la noche alguna fuerza, podía permanecer oculta para ayudar á un golpe de mano atrevido, y dispuso que el comandante Urbina con dos compañías riojanas y una alavesa, marchase en la noche del 4 de Agosto á ocultarse en las citadas casas, y cuando al día siguiente abriesen la puerta de la población para salir los trabajadores al campo y hallase ocasión propicia, fuera aproximándose con los voluntarios arrastrándose por el suelo, hasta que lanzándose á la carrera penetraran en la villa y se apoderaran de la puerta del castillo antes que la cerrasen, y si no conseguían esto último, una vez dentro del pueblo, se parapetasen en las

casas, sosteniéndose en ellas hasta que acudiera Alvarez en su socorro.

A poco de marchar Urbina con las anteriores instrucciones, salió Alvarez de Peñacerrada con su división, dejando á su paso por el puerto de Herrera á Albarran con la brigada de cántabros que mandaba y cuatro piezas Witwort para impedir que el enemigo socorriese la plaza; dispuso avanzasea algunas compañías con una sección de caballería por la carretera de Logroño para establecer parejas de esta arma que noticiaran el menor movimiento de los liberales, colocando en Asua un batallón para proteger la retirada de esta fuerza y contener al enemigo retardando cuanto pudiera su marcha, continuando Alvarez con los batallones primero, segundo y cuarto de Alava, Clavijo de la Rioja y dos piezas, hasta una hora de la plaza. Hizo alto, disponiendo que la fuerza se echase en tierra en las zanjas de los lados de la carretera para mejor ocultar su número, y esperó el resultado de la misión conferida á Urbina.

Defendían el fuerte castillo de La Guardia 46 soldados cumplidos y unos 150 voluntarios de Alava (1).

A las seis y media de la mañana del 5 oyó Alvarez un nutrido fuego de fusilería por la parte donde estaba Urbina; se puso en mar-

(1) El partidario liberal, conocido por el Hereje, que defendía La Guardia, por no haber gobernador desde que Concha la desguarneció, como los demás puntos, fué días antes á Logroño á participar que necesitaba víveres, y que los soldados que habia, cumplidos de diferentes cuerpos, no tenían oficiales. Nada de esto supo el general en jefe.

cha; supo la entrada en la plaza de las compañías que aquel mandaba, que fué gravemente herido; al descubrirse las fuerzas de Alvarez les molestó durante la marcha la artillería de La Guardia, hasta que hallándose aquél en sitio conveniente, rompieron el fuego las dos piezas que llevaban consigo sobre la ciudadela y castillo, al que intimó la rendición, que fué desechada.

Molestados los carlistas por los fuegos de la ciudadela, castillo é iglesia de San Juan, que se cruzaban, mandó Alvarez avanzar las cuatro piezas que había dejado á Albarran, y con las dos que tenía cañoneó aquellos puntos; á la vez que don Casimiro Urtueta jefe del cuarto de Alava penetraba en la plaza con un batallón en compañías escalonadas, y éstas en parejas, y para distraer al enemigo y llamarle la atención por el lado opuesto, el primero de Alava y Clavijo llevaron sus guerrillas al pié de la muralla. A las cinco de la tarde pidió el jefe liberal la suspensión de hostilidades durante la noche, ofreciendo entregarse al día siguiente si no era socorrido; la negó Alvarez, previniendo que justamente aprovecharía la oscuridad para el asalto, y el resultado fué la entrega de los fuertes á los carlistas, marchando libre su guarnición á Logroño, quedando en poder de aquellos tres piezas de artillería, 325 fusiles, 600.000 cartuchos y 8.000 granadas, gran cantidad de víveres y útiles de ingenieros.

El defensor de La Guardia, conocido por *el Hereje*, había sido gravemente herido en las calles, sustituyéndole un eclesiástico.

Recibió el general en jefe la noticia de la sorpresa á las diez de la mañana del 5 por

conducto del alcalde de Cenicero, á quien previno hiciera saber á la guarnición de La Guardia, valiéndose de los medios que su patriotismo le sugiriese, que iban en su auxilio fuerzas considerables. Dispuso que el brigadier Acellana, dejando asegurado el puente de Briñas, se trasladase con las fuerzas de su mando desde Haro á San Vicente de Sonsierra, á donde había ya marchado desde Brionés el batallón reserva de Sevilla. Hasta las once de la noche no se reunió en Logroño todo el segundo cuerpo. La hora no era la más oportuna, porque se hubiera llegado á La Guardia de noche; no había pueblos donde alojar las tropas, y, según todas las noticias, se suponía hubiese acudido número importante de fuerzas carlistas. Estas consideraciones, y la seguridad de que el castillo podía y debía sostenerse, no solo veinti cuatro horas, tiempo necesario para socorrerlo, sino semanas enteras, puesto que de nada carecía para prolongar su defensa, decidieron al general aplazar la marcha hasta la madrugada del siguiente día 6, como se verificó con todo el segundo cuerpo. A las tres horas de camino encontró, con admiración, á todos los que guarnecían el Castillo de La Guardia, puestos en libertad en virtud de las condiciones de su capitulación.

No podía entrar en el propósito del general Zavala entablar un sitio, ni distraer las fuerzas separándolas de la línea del Ebro, dando lugar á que los carlistas realizasen las proyectadas expediciones, ganando una delantera que no podría recuperarse, y consiguiesen levantar el mal espíritu de los pueblos, hartos excitados con motivo de la quinta,

que tanto importaba á los carlistas impedir, y regresó á Logroño.

Conocedor del país y de la guerra, bien persuadido estaba de que los carlistas no querían ni podrían conservar La Guardia, demostrándolo así la experiencia, y que si tal se pudieran proponer, mal aconsejados, se recuperaría aquel pueblo y su castillo cuando se quisiera. Más del momento, de mayores consecuencias hubiera sido obedecer á una demostración falsa y dejar pasar el Ebro á 8.000 infantes y 700 caballos carlistas dispuestos á acrecentar los desórdenes del interior, impedir la quinta, llevarse cuantos mozos pudieran, destruyendo caminos de hierro y telégrafos, cortando las comunicaciones del ejército, multiplicando los conflictos del gobierno y variando tan peligrosamente el carácter de la guerra hasta entonces circunscrita en el N. al país vasco. Para precaver ó remediar tan grave suceso, había situado el general en jefe una brigada en Pancorbo, que debía salir al encuentro de la expedición en su marcha, si una vez pasado el Ebro realizaba el mayor de los males que en aquellos momentos pudiera caer sobre la causa liberal. Aquella brigada avanzada y las tropas que salieran en persecución de los expedicionarios, serían remedio, quizá suficiente, viéndose, como se viviría, con exquisita vigilancia y obrando con decidida rapidez. ¡Cuál hubiera sido la gravedad de la situación, si atraído cándidamente el ejército y descubierto el Ebro hubiera penetrado la preparada expedición uniéndose á Villalain, á don Alfonso y demás tropas carlistas que habían avanzado hasta el centro de la

península, amenazando su misma capital!

Que no pensaban los carlistas conservar La Guardia, lo prueba el apresuramiento de Alvarez de sacar de ella todos los efectos que llevó por Peñacerrada á Santa Cruz de Campezu, y la demolición de las murallas y castillo, diciéndonos aquel mismo jefe que lo hacía «por lo difícil que le sería conservarla, pues me vería obligado á distraer un batallón de mi fuerza para guarnecerla, siéndome tan necesaria toda la que disponía para cubrir la línea que defendía, así como para las operaciones que me proponía llevar á cabo.»

PROYECTOS DE EXPEDICIONES.—CONVOY Á VITORIA.—ACCIÓN DE OTEIZA

IX

En la necesidad de efectuar, no una, sino diferentes expediciones á Castilla, se contara ó no con algunos jefes de Madrid (1), se querían llevar fuerzas para evitar «el deplorable y triste estado de aquel territorio por el sin número de atropellos y actos de bandolerismo cometidos por Grajal y sus secuaces; pues el escuadrón titulado sagrado, compuesto de muchos jefes y oficiales y soldados, operaba en partidas sueltas haciendo cuanto les dá la gana y guiados únicamente por el espíritu malévolo del ladrón,» (2) y se pe-

(1) «Debo manifestarle que nada debemos pensar de los jefes de Madrid para la cuestión de Castilla»... Carta á Dorregaray de don Ignacio Plana, ministro de la guerra de don Carlos.

(2) Carta del ministro de la guerra don Ignacio Plana rechazada en Tolosa á 3 de Julio de 1874

día á Dorregaray le disolviese, como así lo hizo.

Pretendíase operar en Castilla con fuerzas respetables capaces de mantener una línea de operaciones sobre la base de Orduña y Valmaseda; pero lo consideró Dorregaray imposible por falta de los elementos necesarios, creyendo más fácil y conveniente emplear fuerzas que pudieran tener una gran movilidad, dando al enemigo golpes rápidos y frecuentes, y volviéndose al punto de partida para no llamar la atención del gobierno de una manera alarmante.

Se designó á don Rafael Alvarez para mandar la expedición, que se compondría de cuatro batallones castellanos, los dos cántabros, el asturiano y el regimiento de caballería de Borbon, formando brigadas á las órdenes de Albarran, Zaratiegui y Valluerca, si bien de éste se formularon graves quejas. Nombróse despues á Mogrovejo para guiar la expedición á Castilla, mas nunca se reunieron las fuerzas para ella designadas, y solo fué aquel proyecto una amenaza constante.

Tambien se trató de volar el puente de Algoncillo, sobre el Ebro, en la vía férrea entre Logroño y Alcanadre, que se salvó por lo mal que dispuso Argonz la operación, y el retraso de acudir á ella Rosa Samaniego. Pero no se evitaban otros desperfectos, y particularmente los que ejecutaba la sección de nadadores que atravesaban continuamente á nado el Ebro para inutilizar las vías telegráfica y férrea.

El 11 de Agosto entraba en Miranda el general en jefe al frente del segundo cuerpo (La Serna), con objeto de proteger la con-

ducción á Vitoria de un convoy importante de más de 300 carretas, operación delicada, ya por el estenso terreno que ocupaba en su marcha, ya por las posiciones ventajosas, desde las cuales se podía atacar é interrumpir, ya porque en el cuartel general se habían recibido noticias de que los carlistas estaban decididos á oponerse al tránsito del convoy. Dejando el general Zavala en Miranda fuerzas suficientes para hacer frente á las que trataban de pasar el Ebro, se dirigió á Armiñon y la Puebla el 12, encontrándose con seis batallones carlistas, atacados desahogada y briosamente y arrojados á suficiente distancia para que no pudieran interrumpir ni hacer peligrar la tranquila marcha del convoy, que introdujo en la capital de Alava víveres, cañones, municiones, material de artillería, dinero y tropas de infantería y caballería para servir las fortificaciones acabadas de construir en aquella ciudad, puesta ya á cubierto de un golpe de mano, á que tan ocasionada estuvo, y en perfecto estado de defensa. Los carlistas ofrecieron escasa resistencia, y al siguiente día 13, terminado todo felizmente, volvió á Miranda el cuartel general.

El mismo 11 de Agosto en que llegaba á Miranda el general en jefe para proteger el convoy, atacaba á Oteiza el primer cuerpo (Moriones), cumpliendo las órdenes que había recibido encaminadas á llamar la atención, sujetar en Navarra las fuerzas carlistas y facilitar la introducción en Vitoria del convoy referido.

No pasó desapercibido para los carlistas el movimiento de Moriones, que le espera-

ban, y empezaron con anticipación á fortificar Esquinza y las posiciones de Oteiza, bajo la dirección de don Luis de Argila; y cuando solo se habían empleado cinco días en unas obras que exigían por lo menos doce, supo Mendiry el propósito del liberal de ir á Oteiza, y reunió para hacerle frente 13 batallones y alguna artillería. Aguardó así á su enemigo, que se adelantó en tres columnas, lo cual impedía al carlista oponerle todas sus fuerzas, pues no vió Mendiry determinado el movimiento de su enemigo hasta media hora de distancia, pudiendo lo mismo ir de frente para atacar á Oteiza, que tomar el camino de Esquinza y caer sobre Cirauqui y Mañeru, en cuya última posición puso á Pérula con algunos batallones. Rompió el fuego la partida de Rosa Samaniego, extendiéndose por toda la línea, dirigió Moriones el principal ataque al centro para apoderarse del pueblo, bizarramente sostenido; mas no sucedía lo mismo en otros puntos, especialmente en la zanja defendida por algunas compañías del segundo de Navarra, que abandonaron medrosas á los pocos tiros, y era muy importante por ser la más avanzada. Aún se contuvo á los liberales por haber enviado Montoya, que defendía la segunda zanja, una compañía á ocupar la primera abandonada; pero al agotarse las municiones se mandó otra del segundo á relevar la del tercero; volvió aquella á abandonar la zanja, y al verlo Montoya, con la intrepidez que tanto le distinguía, púsose en pie sobre la trinchera ordenando que inmediatamente marchase otra compañía del tercero, más ya era tarde; la habían ocupado los liberales, y lo hubieran hecho de la se-

gunda zanja á no defenderla heroicamente Montoya y su gente, rivalizando todos en bizarría, consiguiendo contener á los liberales, que no pudieron avanzar por aquella parte.

En el centro, por donde cargó la caballería liberal, rompió la línea, penetró en el pueblo y le cruzó sin el menor obstáculo. Así salió corriendo en tropel el segundo de Navarra con su jefe don Tomás Foronda á la cabeza; fué reuniéndose de la manera que lo permitía el desorden en que estaba; con el brigadier Iturmendi tomaron á buen paso el camino viejo de Villatuerta, sin dejar instrucciones, ni despedirse siquiera de Montoya y de los navarros, que tan valerosamente seguían defendiendo el punto que se les encomendara. y que no abandonaron hasta que la resistencia no sólo era ya temeraria, sino imposible. y después de estas compañías navarras, se retiraron otras dos de castellanos que se habían inclinado á la derecha sobre un olivar que había encima del camino. Argonz acudió desde Estella para ayudar á la retirada.

Todos los carlistas están contestes en que esta acción no debieron haberla perdido, y se culpa al jefe de la brigada, quieto en Esquinza, que en vez de tener sus fuerzas ocultas no hubiera maniobrado desplegando una parte de ellas para atacar á los liberales por su derecha y conseguir una gran victoria. Aquellas fuerzas eran unos cinco batallones, y su jefe pudo presenciar la acción y sus vicisitudes sin mover un hombre. No debían tener orden de permanecer quietos cuando el mismo Mendiry censura que no atacaron al enemigo por su ala derecha.

El servicio de municiones fué deplorable: compañías hubo que no pudieron continuar batiéndose por falta de cartuchos; y aunque Mendiry mandó colocar dos piezas de batalla en la batería que pocos días antes se había construido en la altura que domina á Oteiza sobre la carretera vieja de Villatuerta á Larraga, los cañones no se colocaron por haber llegado demasiado tarde.

Los carlistas estuvieron excesivamente confiados y no preparon debidamente la posición de Licharra, que es la llave de Oteiza, y áun mal preparada como estaba, no la dotaron con las fuerzas necesarias para aprovecharlas con prontitud. Aun perdida esa posición podía haberse sostenido el pueblo por algún tiempo, mejor organizada la defensa, sin dar importancia á la caballería, que amenazaba envolverlos y no podía hacerlo por impedírselo los batallones tercero y quinto que estaban detrás. Bien metodizada la defensa, en caso de retirarse, lo hubieran podido hacer con más orden que lo hicieron, porque los obstáculos que el enemigo encontrase, le hubieran impedido perseguirles con la rapidez que lo hizo.

Las pérdidas de los carlistas no fueron tan numerosas como se publicó en partes y telegramas, sino de 156 entre muertos y heridos, siendo mayores las de los liberales por pelear á pecho descubierto. Se cogieron en Oteiza más de 1.000 fanegas de trigo.

OBRAS DEFENSIVAS—EL EJÉRCITO LIBERAL—CALAHORRA—MANDO DEL GENERAL ZAVALA

X

La jornada de Oteiza no afectó mucho á

los carlistas, que confiaban en sus fuerzas y se prepararon para nuevas empresas.

Presentóse en el campo carlista el brigadier de ingenieros don Francisco Alemany, al que se nombró comandante general de aquel cuerpo, que procuró organizar, ayudándole el ilustrado capitán don José Guerin. Había ya una excelente base con las compañías que hacía un año formara Argila, que tantos servicios venía prestando á la causa que defendía, con sus conocimientos prácticos, aún cuando no tuviera los teóricos necesarios, lo cual produjo alguna tirantez en las relaciones de aquellos jefes entre si, y que Argila presentara su dimisión, que lejos de admitirla Mendirry le encomendó la ejecución de varias obras de defensa; continuó los atrincheramientos del Carrascal y empezó una nueva línea uniéndola con las de Solana, principiando en Aberín y siguiendo por Oteiza, Esquinza al sur de Lorca y Cirauqui hasta Mañeru y Puente la Reina. Se construyó otra más avanzada que constituía la de retirada de la del Carrascal, partiendo de San Miguel, frente á Puente la Reina, hácia Obanos, Belascoain á Echauri.

Al mismo tiempo se iba estrechando el bloqueo de Pamplona.

Desmembrado en 40 batallones el ejército liberal del Norte, sin fuerzas para tomar la ofensiva, debiendo cubrir el interior, proteger la quinta y esperar los refuerzos que ésta había de proporcionarle, como se realizó después por espacio de muchos meses, aun disponiéndose de mayor número de tropas, había en cuarenta días levantado la moral del soldado, asegurándose sus comuni-

caciones, constitúidose en una base sólida, fortificándose en la extensa línea que abarca desde Larraga á Bilbao, aumentando las obras de esta plaza, construyendo las necesarias en Vitoria, que también se artillaron, é introduciendo un gran convoy en esta última ciudad, dos en Pamplona y reforzando notablemente la capital de Vizcaya, en lo necesario la guarnición de la de Alava y la izquierda á las órdenes del general Villegas, sin haber sido nunca batido, porque sería ridículo dar tal nombre á la sorpresa, con inteligencias interiores, de un punto fortificado sin importancia, que los mismos carlistas destruyeron y abandonaron, custodiado por unos cuantos voluntarios del país y cuarenta y tantos soldados cumplidos y convalecientes, en posesión, sin embargo, de cuantos medios podían apotecer para defender su puesto y sostenerse hasta ser socorridos. En los combates de Tuyo y Oteiza, como en otros de menos significación, venció resueltamente, sin que sea de olvidar que reducido con la importante baja estampada al principio de este párrafo, tenía por adversario un ejército cada día mejor organizado y armado, natural y dueño del país donde operaba, que detuvo meses enteros á otro numeroso, causándole graves pérdidas, y acababa de conseguir una ventaja en Monte-Muru, de que él mismo no se apereibió ni supo aprovechar; pero que después de los mortíferos ataques á reductos y trincheras en terreno difícil, intomables cuando se defienden con las modernas armas de precisión; después de la retirada á Tafalla y la desgracia del marqués del Duero, necesitaba ser conducido

con tanta prudencia como conocimiento del espíritu y carácter del soldado español. Perdida por entonces la Seo de Urgel, se desmembraba el ejército del Norte de numerosas fuerzas, que fueron á reforzar el de Cataluña.

Deseándose cobrar algunas cantidades del clero catedral de Calahorra, se preparaba sigilosamente una sorpresa á esta antigua ciudad romana, de lo cual se ocupaba Argonz y se encomendó á Pérula, quien, con los batallones primero, segundo y sétimo de Navarra, primero y segundo escuadrón, en combinación con las partidas aquende el Ebro para simular ataques y cortar puentes, en una hermosa noche de luna pasó con aquellas fuerzas por las inmediaciones de Lerin, y adeó el Ebro y entró en Calahorra, población abierta, sin guarnición ni defensa, y á donde se retiraban á pernoctar los carabineros que vigilaban el ferro-carril. Se apoderó de más de 29.000 duros, en su mayor parte correspondientes á la administración diocesana, y el resto al municipio, al Estado y á algun particular, cuya suma ingresó en la diputación foral.

El Ebro, en aquella estación, se pasa con agua hasta el tobillo por cien partes, siendo su escaso caudal otro motivo de desmembración de las fuerzas en operaciones. Pérula mató cinco voluntarios movilizadas, llevándose prisioneros á otros, y los carabineros, que eran unos 75 (1), y á las doce de la mañana

(1) A 79 ascendió el número de prisioneros, incluso el comandante don Isidoro Medinaveitia, el asistente carlista desertor con el caballo de Oido y el paisano Ruperto Narro.

salió de Calahorra en dirección á Lodosa, después de quemar la estación del primero de estos pueblos, almacenes y wagones de mercancías y destrozado en su tránsito casetas, postes, telégrafos y rails.

El general Zavala aceptó en Miranda con elevada nobleza el 26, la responsabilidad del salteamiento de Pérula, que había atravesado la ribera de Navarra, confiada, con particulares instrucciones de dominarla, al primer cuerpo, al cual estaba afecta la mayor parte de la caballería del ejército. Tan rendidos, tan sin aliento volvieron á sus reales los expedicionarios de Pérula, que á su paso por Alcanadre le hicieron las fuerzas de Arenzana cinco prisioneros: no podían detenerse ni para su propia defensa. Los que hayan hecho guerras civiles ó de invasión, comprenden la importancia militar de estos golpes de mano ejecutados por los que viven y luchan en su propia tierra.

El 27 marchó sobre Viana el general Ceballos, recogiendo trigo y cebada, destinado á los carlistas; y en la madrugada del 28 salió el general en jefe de Miranda con ocho batallones y algunas fuerzas de caballería y artillería hácia la Puebla de Arganzon, que ocupaba el enemigo, así como otros pueblos y posiciones de derecha é izquierda del río Zadorra. Poco más allá de Armiñon se le unió el general Blanco; la brigada Pino pasó el Zadorra por el puente Manzanos para tomar las posiciones de la izquierda, y el brigadier Oviedo, con dos batallones, siguió al frente á la Puebla, abandonada á su aproximación por los carlistas. Dos batallones de la misma brigada flan-

quearon la derecha liberal, y á su vista abandonaron el pueblo de Añastro dos batallones enemigos. Zavala, con la fuerza que sacó de Miranda, marchaba por la carretera para acudir donde fuera necesario.

Antes de llegar al pueblo de Tuyo, el carlista, que con cinco ó seis batallones ocupaba posiciones ventajosas, rompió el fuego; pero la brigada Pino, con una batería de montaña, lo fué desalojando sucesivamente, arrojándolo más allá de Tuyo: aquí hizo una resistencia más empeñada, que no impidió se le tomara la altura ó concha de la izquierda, bien defendida con algunas trincheras, contribuyendo eficazmente á tal ventaja la brigada Oviedo.

La concha de la derecha, en la que se hallaba situada una torre telegráfica con un pequeño destacamento, punto objetivo de los carlistas hacía días, fué ocupada instantáneamente, proveyéndose al destacamento de todo lo necesario.

Después de cuatro horas de nutrido fuego, retiróse el ejército liberal á Miranda, experimentando unos y otros combatientes algunas pérdidas. Loma regresó también á Victoria, de donde había salido con una columna, que cambió algunos tiros con los carlistas.

El mando del general Zavala es de suma importancia por el momento de su elección y las circunstancias en que se hallaban el país y el ejército. Las ventajas conseguidas en las inmediaciones de Bilbao, más debidas á operaciones estratégicas que á una sucesión de combates que diesen la victoria en los campos de batalla, no fueron suficientes para

TOMO III

restablecer la moral del soldado, detenido meses enteros delante de Abanto, donde perdía su salud y no pequeña parte de su aliento ante un enemigo cuya tenaz inmovilidad pretendía vencerle de su impotencia. No debe olvidarse tampoco, el modo como se constituyó en el campo en el que se mantuvo tanto tiempo, y que de todo pudo tener menos de triunfo, como hemos indicado al pasar ligeramente por la marcha sobre Irún y la adopción forzada de una base de operaciones viciosa é insuficiente. El ejército, que había sido conducido por mar á la provincia de Santander, harto sabía que, si no había maniobrado por el interior debíase al concepto de su escasa fuerza, confesado por sus jefes desde el instante en que acudieron para trasladarlo á la inmundidad del Océano. Ya en tierra, constituido y en lo posible reforzado, otra nueva desgracia aumentó sus perplejidades, debidas, quizá, más que á los hombres, á los medios que la ciencia había puesto en sus manos. Por vez primera se abrieron dobles y extensas líneas de trincheras plegándose fácil y hábilmente á las desigualdades de un terreno difícil, y por primera vez se hizo el mortífero ensayo de las armas de precisión, llamadas á crear una táctica perfectamente contraria al orden sólido y unificativo de las hasta entonces conocidas en Europa. Los soldados se arrojaban á las trincheras con el acostumbrado empuje español, pero las trincheras resistían impasibles, haciendo casi invulnerables á sus invisibles defensores, en aptitud de multiplicar sus fuegos de defensa, perfectamente cubiertos de los que le dirigían los atacantes. Si

63

éstos, en movimiento, consumieron en pocas horas 850.000 cartuchos (eran 13.000 hombres), calcúlense los que con mejor dirección pueden quemar tropas parapetadas, quietas y perfectamente cubiertas. Cuando el general Moriones decía al gobierno en su primer telegrama, que el ejército había quedado quebrantado, escribía una verdad tanto más profunda, cuanto que, además de haber sido rechazado, suceso por sí sólo de inmensa significación, existía un misterio desconocido de ambos ejércitos, llamado á dar tanta seguridad al uno como desaliento al otro. Las armas ensayadas por primera vez.

Noblemente se brindó el duque de la Torre á ponerse al frente de aquellas tropas poco afortunadas; y aumentadas en número con bien meditada organización; acrecidos sus medios ofensivos con numerosa y brillante artillería, fueron también infructuosos tres ataques consecutivos y enérgicos en las posiciones de Abanto. Mandaba en jefe el que lo era del Estado, general bravo y simpático, servido por todos como sus condiciones lo exigían... y no era más venturoso. En los tiempos modernos, no es el soldado una máquina movida sin conciencia propia, y menos puede suponerse ese errado concepto de los soldados de la raza latina. Todas esas circunstancias fueron obrando en la moral del ejército, y si venció en campo abierto en las montañas de Galdames, otra desgracia lo empequeñeció en Monte-Muru, quizá más profundamente que en dudosos ó contrarios sucesos anteriores.

La muerte del reputado marqués del Due-

ro fué para sus batallones un golpe cruel, grandemente acrecentado con la retirada á Tafalla; y como las tropas no pueden ser extrañas al espíritu del país del que son naturales, las desventuras políticas de la época entraban por tanto en la disciplina (costumbres habituales del soldado) que en los mejores momentos de aquella campaña ofrecía dolorosa idea de sus virtudes militares, aun bajo las órdenes de un jefe tan severo y respetado como el general Concha. Los momentos eran solemnes para la causa liberal.

El único ejército importante que contenía á los carlistas en las provincias del Norte, no había tenido más que un momento feliz desde la marcha sobre Irún: es indudable que empezaba á percibir la inmensa ventaja que las nuevas armas ofrecían á la defensa, y que en Monte-Muru quedó mucho más quebrantado que en el primer combate de Abanto, sin que sean para olvidar los dos importantes datos de los 40 batallones que de él se sacaron por las necesidades crecientes del interior, y la escasísima fuerza de que se componían los que permanecieron constituyéndole.

Mientras tanto, el ejército carlista aumentaba su número, organización y medios de combate; las mismas causas que debilitaban al liberal, esto es, los desórdenes políticos, el quebrantamiento de los principios religiosos y autoritario, daban mayor solidez á las filas de don Carlos, siendo de toda evidencia que hubo momentos de desaliento político en que los desastres producidos por los excesos de una libertad mal entendida, hacían al país desear la paz á cualquier costa.

El ejército del Norte, único amparo de la causa liberal, tenía que rehacerse é imponerse para que el país y su gobierno se sobrepusieran de la grave situación que atravesaban, y sin la enérgica y acertada dirección que se le dió, sin conducirlo de modo que su enemigo no aprovecharse las ventajas que había conseguido y en que estriba la verdadera ciencia militar, las consecuencias hubieran sido funestas irremisiblemente; porque dados los planes ya indicados de llevar la guerra al interior, ni hubiera sido posible orden ni administración alguna, ni se habría sacado la quinta que sirvió después para terminar la guerra. España entera adquirió tan profunda convicción de estas verdades, que se la vió, con asombro de los hombres pensadores, reducirse voluntariamente á la obediencia, sin que fuese menester dictar providencias enérgicas para castigar desmanes que no se repitieron.

En perfecta armonía con estas penurias, y dando por supuesto que nada había sucedido que obligase al ejército á retraerse ni á dudar de su poder, lo hemos visto fortificar su base de operaciones, proveer sus almacenes, creándolos, conducir convoyes importantes, constituirse con la solidez que le faltaba y campear con bizarro desahogo, venciendo las dificultades que se le opusieron, y hasta manifestando, que si no tomaba la ofensiva, en realidad imposible, era por hallarse ocupado en el más grave de los empleos, en afirmar sus comunicaciones y su línea de partida, sus hospitales, sus parques, sus subsistencias, primera necesidad de todo cuerpo de tropas, pero de la que no halló ni

rastró siquiera cuando tan gentilmente entró en línea partiendo de Tafalla y dominando el terreno de sus operaciones desde Pamplona á Vitoria, asegurando también á Bilbao de otro sitio necesitado de pronto remedio. Bilbao ha sido en las dos guerras civiles el principal objetivo de ambos ejércitos; y si para la causa liberal su posesión se ha limitado á un peligro aplazado, para la carlista habría sido definitivo. Para saber estimar lo que el ejército del Norte hizo en cuarenta días, débese tener en cuenta que el general Concha levantó todas las guarniciones, y fiando á un solo golpe el resultado que se proponía, no se ocupó de establecer ni consolidar su base de operaciones.

MOVIMIENTOS—ACCIÓN DE BIURRUN—MONTTOYA

XI

Dejamos trazado á grandes rasgos el alto pensamiento que guió al general Zavala en su corto mando del ejército, y el modo con que lo llevó á feliz término. Motivos políticos, de los que nos ocuparemos más adelante, indujéronle á dejar la presidencia del Consejo de Ministros y el mando del ejército (1) que era lo que más le lisonjaba, y

(1) Del que se despidió con esta alocución: «Soldados del ejército del Norte. —No quiero negar que he hecho el mayor sacrificio de mi vida al admitir el mando de este ejército. En el breve período que he estado al frente de vosotros, he quedado satisfecho de vuestras virtudes y convencido de que sois la mejor esperanza de la patria. Continúa obediendo á vuestros jefes, obediendo al gobierno constituido, y siendo como hasta ahora, modelo de valor, de sufrimiento, de disciplina, seguros de la gratitud del pueblo español y del constante aprecio de vuestro general, Juan de Zavala.»

con el que confiaba, una vez recibidos los re- fuerzos que se le destinaban, penetrar en el país dominado por los carlistas y derrotar- los, no permitiéndose vagar hasta conseguir- lo. Reemplazóle don Manuel de la Serna que no pudo emprender por el pronto operación alguna; basando su plan de campaña en ase- gurar primero las comunicaciones de Miran- da con Vitoria (1), la vía férrea de Santan- der, activar las obras de defensa de Burgos, para poder realizar algunos otros propósitos secundarios porque «no creo poder hacer más con las fuerzas de que dispongo, á pesar de mis buenos deseos, y aun me debilito mu- cho con las fuerzas que dejo de Miranda á Logroño; pero considero de necesidad asegu- rar á lo menos los puntos y las líneas que dejo señalados para contener al enemigo, y conforme vaya recibiendo refuerzos, iré au- mentando mi esfera de acción».

Los carlistas, en tanto, pusieron sus mi- ras en Pamplona, plaza fuerte de primer orden: en la imposibilidad de conquistarla por los medios de que disponían, pretendie- ron reducirla por hambre bloqueándola ri- gurosamente, á cuyo propósito ayudaba la situación de la ciudad, en medio del territo- rio dominado por ellos, así como las monta- ñas que la rodean. El camino de Tafalla á Pamplona les ofrecía admirables posiciones de defensa, porque la sierra de Alaiz le cor- ta, la Peña de Unzué le domina, las estriba- ciones de los montes del Perdón le dificultan, y el famoso y ensangrentado Carrascal brin-

(1) Necesitándose emplear bastante tiempo en la construcción de las obras para el sostenimiento de aque- lla línea, desistió de tal proyecto.

daba con un terreno del que no podían pres- cindir.

Después de haber estado unas fuerzas car- listas ocupando las posiciones de la línea de Estella é instruyéndose en el manejo de las armas, y otras abriendo zanjas en las Ne- gueas y sus inmediaciones, se acercaron á las mismas murallas de Pamplona, para apo- derarse de los 20 jinetes que efectuaban to- das las mañanas la descubierta, y por la ce- leridad con que la hicieron pudieron salvar- se de la sorpresa que les prepararon. Reti- ráronse los carlistas pasando por junto al cementerio, descansaron en Ororbia y por Astrain y Legarda fueron á pernoctar á Mu- ruzabal. Continuaron las fuerzas de Pérula por aquellas inmediaciones, comiendo el 14 en Cizur Mayor; la música del tercio de Navarra tocó en las eras ó en la plaza, y la gente de Pamplona se asomaba á las mura- llas para ver á los carlistas, escasamente á tres cuartos de hora, y poder presenciar có- mo recogían todo el ganado vacuno y lanar, que llevaron á la sierra de Urbasa.

Sabia Mendiry el apuro en que empezaba á verse Pamplona (1) y ocupó el Carrascal, atrincherándose en puntos convenientes al- gunos batallones. Las guerrillas del primero y tercero de Navarra, que subió éste de nue- vo en la mañana del 17 de Setiembre á la Peña de Unzué, se tirotearon con las libera- les, hasta que éstos se metieron en el bosque que hay entre Mendivil y Unzué, retirán-

(1) Cayeron en su poder dos de las tres comunicacio- nes que el ayuntamiento de la ciudad enviaba á Morio- nes el 10 de Setiembre, sin cifrar, y confiadas á tres dis- tintas personas.

dose á Barasoain y Garinoain, seguidos también por el primer escuadrón carlista, sorprendiendo los liberales en esta retirada á algunos carlistas que hacían el servicio avanzado delante de Unzué, y no estaban bien dirigidos.

La situación de Pamplona exigía pronto socorro, y Moriones mandó al cuartel general al brigadier de artillería señor Espinosa á decir á la Serna, que se comprometía á entrar en aquella ciudad un convoy de víveres y combustibles, si se le mandaba de refuerzo una brigada del segundo cuerpo, y se llamaba la atención del enemigo hácia la izquierda amenazando á Estella. Accedió el general en jefe, y el mismo día se combinó el movimiento, marchando Moriones desde Tafalla y la Serna con el segundo á situarse en Los Arcos.

Al mediar el día 18, las fuerzas liberales que avanzaban hácia Laveaga y Mendivil se tirotearon con las carlistas hasta la noche, con pequeñas pérdidas de una y otra parte, quedando los liberales en Mendivil y sus enemigos en sus mismas posiciones.

El movimiento de la Serna sobre Los Arcos, teniendo que dejar abandonada é indefensa la línea del Ebro, desde Miranda hasta Alcanadre, quedando solo un batallón de reserva guarneciendo á Haro, otro en San Vicente de la Sonsierra bloqueado por los carlistas, y unas compañías de carabineros en Cenicero y Fuenmayor, hacía posible, á juicio del general en jefe liberal, que habiendo en Alava considerables fuerzas carlistas, al ver al segundo cuerpo internarse en Navarra, bajasen al Ebro, lo pasasen por cual-

quiera de los infinitos vados, efecto de la prolongada sequía, y diesen un golpe de mano en la feraz comarca de la Rioja castellana que les proporcionase cuantiosos recursos en metálico y víveres, y destruyesen la vía férrea desde Miranda á Tudela. Por esto no se dirigió á Lerin, como pretendía Meriones, para lo que envió al coronel Contreras á manifestar que tenía enfrente todas las fuerzas carlistas, y podían maniobrar reunidos; pero no podía avanzar la Serna de Los Arcos, y mandó paisanos hácia Estella y Puente la Reina para que tomasen noticias de la situación del enemigo, en la seguridad de que no volverían, como sucedió, y darían cuenta de todo á los carlistas. También supo la Serna que sólo había en Estella dos compañías carlistas: fácil le hubiera sido penetrar sin resistencia en aquella ciudad; mas no podía conservarla, ni era fácil la salida si acudían los carlistas, como acudieron sobre Los Arcos.

Al saber estos el movimiento de la Serna, marcharon desde Puente la Reina y Valle de Ilzarbe, para atacarle, y mermadas las fuerzas del Carrascal, emprendió Moriones la marcha para entrar en Pamplona el convoy.

El movimiento de la Serna atemorizó á los pueblos de la Solana, haciéndoles el miedo culpar de traición á algunos jefes carlistas y acriminar á Alvarez por no haber acudido en su auxilio con las fuerzas alavesas.

La Serna, que no podía suponer se detuviese Moriones en Pamplona un día más de lo convenido, se retiró de los Arcos sin trabar combate con los enemigos. Ha haber tenido fuerzas suficientes, la reunión de todos

los carlistas en el Carrascal habría permitido al ejército su movimiento de avance rápido, caer sobre Estella indefensa y haber continuado hasta tomar posición en Puente la Reina: cayendo de este modo sobre el flanco derecho enemigo, se tomaban sus posiciones de flanco y revés, y si podía retirarse, aunque con dificultad, no era posible salvase la artillería; pero con los medios con que se contaba era operación imposible: el segundo cuerpo sólo llevaba 7.000 hombres, por haberse reforzado el primero con una brigada; fué de Miranda otra de la división de vanguardia, y por no haber material en el ferro-carril, sólo pudieron marchar tres batallones, pues el cuarto, que llegó tarde á Logroño, se quedó allí. Estas fuerzas hubieran sido necesarias para dejar guarnecida á Estella y conservar las comunicaciones del ejército con Lerin, punto donde estaban los almacenes.

La brigada Pérula había quedado en Puente la Reina é inmediaciones, situándose en Obanos el tercero de Navarra y el primer escuadrón, que despues de oír misa, por la festividad de San Mateo, marchó toda la brigada á practicar un reconocimiento, y en Uterga, al pié del Perdón, provisto Pérula de guías, se adelantó á examinar la carretera de Tafalla, y Montoya con tres batallones marchó hácia las bordas de Subiza, terreno áspero y quebrantado. Faltábale poco para llegar al pié de la loma que de las citadas bordas descende hasta Biurrun, cuando le avisó Pérula por su ayudante Munarriz que acelerase la marcha todo lo posible porque se veía el enemigo; así lo ejecu-

tó, subió la loma, vió á los liberales á tiro de fusil, mandó á los gastadores *frente en batalla por la derecha* y romper el fuego avanzando; fué haciendo lo mismo con las compañías que iban llegando, y encontrándose sin jefes subalternos para acudir á los puntos necesarios, se desprendió de su ayudante Balduz, dejándolo con orden de prevenir á los comandantes de compañías continuar el movimiento hácia el enemigo, siguiéndole, y corrió á escape á ponerse á la cabeza de las fuerzas que acababa de enviar por delante. Rechazó á los liberales hasta cerca de la ermita de Biurrun; fueron éstos reforzados; se encontró Montoya con que no había seguido el segundo de Navarra ni el de Castilla, y que sólo contaba con lo más esforzado de su batallón, y éste muy mermado, porque habiendo experimentado varias bajas en este brusco avance, y mal organizado el servicio sanitario, se habían retirado muchos con heridos, y empezó á retirarse, perseguido vivamente por algunas compañías de Cantábria. Subió la misma loma que había bajado; no veía á sus compañeros ni á Pérula; el liberal avanzaba, y previendo las fatales consecuencias que había de tener para los carlistas este avance, retrocedió á un pequeño accidente del terreno que le cubría á caballo, donde se le fué uniendo la gente de su mermado batallón, pues hasta le faltaban los cien aduaneros que habían ido á armarse; procuró sostenerse en aquella especie de ratonera en que le tenían sus enemigos, del que le separaba un pequeño mogote, y en tan crítica situación asomó el segundo de Navarra, que cerdeaba en ba-

jar porque el fuego era terrible. Gritaba Montoya, presentósele un comandante con la espada rota de pegar á los soldados para que entrasen en fuego; bajaron dos compañías, inclinándose las demás á la derecha para ocultarse de las balas; el capitán Allustiza dijo á Montoya: «mi coronel, ó cargamos, ó somos prisioneros; el enemigo está á unos diez ó quince pasos»; se tocó á la bayoneta por dos veces sin que se moviera la gente, y viendo esto Montoya ordenó tercer ataque, y espoleando á su caballo salió por la izquierda del mogote al frente del enemigo que se hallaba á la distancia referida, sin tocarle una bala de la descarga que le hicieron. Siguiéronle todos los oficiales y soldados del tercero y las compañías que se le habían incorporado del segundo, y continuó atacando por la citada loma, sosteniéndose contra el enemigo que tanto había adelantado de la parte de Biurrun, y haciendo fuego á la vez sobre otros batallones que de las Campanas habían subido casi á unirse con los de la loma.

Se aproxima Montoya á la altura de la ermita, toca á Biurrun, de donde se retiran los liberales retrocediendo los que habían acudido de la parte de las Campanas; entra Montoya á caballo en el pueblo con su ayudante y tres ó cuatro carlistas que tuvieron que cubrirse en las paredes de una casa para no ser fusilados por los liberales que la ocupaban; siguió adelante, y en terreno llano ambos combatientes, se recrudeció el fuego (1).

(1) A la salida de Biurrun vieron desparramados

En aquella corta llanura unas cuantas compañías carlistas, un batallón apenas, tenían enfrente lucida artillería y numerosa caballería, y en los inmediatos pueblos de Unzué, las Campanas y Tiebas numerosas fuerzas liberales.

A decididos enemigos hacían frente. Al ver desde un principio el brigadier de ingenieros señor Arroquia, que los carlistas se dirigían á Biurrun, lo avisó al general Moriones en un parte escrito con lapiz; y cuando aquel descendía de los cerros de Muruarte para unirse al general, cumplida la misión que le había confiado, advirtió la retirada de la división que ocupaba á Biurrun, oyendo á poco fuego en el pueblo. Apresuró su marcha, encontró al coronel Mendicuti, ayudante del general Colomo, que iba á pedir refuerzos al brigadier Mariné, porque las cosas se presentaban mal en Biurrun, y que el general Moriones estaba en Tiebas; informó el capitán Castro del desorden en que se retiraba la división atacada por los carlistas; que la batería que quedó en el pueblo no tenía más protección que los ingenieros vió el desastre que se producía; buscó Arroquia al general Colomo, que le halló sombrío y contrariado, dictando á pie órdenes para reunir los cuerpos y tomar posición á su espalda, protegiéndole una compañía de San Quintín, mandada por el teniente Alvarez, que tenía á raya á los carlistas; autorizó al brigadier de ingenieros para tomar la

abundantes comestibles y unos cajones, sin detenerse examinarlos ni cuidarse de ellos: tal era su belicoso ardor. Contenían los papeles de la oficina de la brigada Prendergast de la división Colomo.

disposiciones que creyera convenientes; tuvo éste que andar á sablazos para reunir algunas fuerzas, con las que tomó posiciones; llegó muy oportunamente el brigadier Terreros, que dió instrucciones acertadas; batíanse unas fuerzas mientras se reorganizaban otras; parte del regimiento de San Quintín se cubría en los pliegues del terreno, y el de Leon, que llevaba la retaguardia del convoy, contramarchaba retirándose; la brigada Prendergast, resguardada en las sinuosidades del terreno entre la carretera de Puente la Reina y el camino de hierro, *hizo un movimiento de expansión* (1); se ordenó un avance general; fué instantánea la reacción de las tropas y su denodada actitud contra el enemigo; acudió Moriones conduciendo una fuerte columna á reforzar su centro, informándole Arroquia que la línea estaba restablecida, pero no el combate, porque el enemigo no se presentaba al descubierto; conferenció después Moriones con Colomo; tomó algunas disposiciones, y precediéndole el convoy, marchó á Pamplona, donde había alguna inquietud por la alarma que habían llevado algunos fugitivos de Biurrun.

Las compañías del segundo de Navarra que no cargaron con el capitán Allustiza, y se inclinaron como dijimos á la derecha para cubrirse del fuego enemigo, guiadas por el comandante Seidel, prestaron, sin embargo, un gran servicio á Montoya, pues al verle en Biurrun los liberales y percibir el movimiento de aquellas compañías se creyeron

(1) Diario de un comandante de ingenieros —Apuntes, etc.

flanqueados por ellas y abandonaron el pueblo respetables fuerzas.

Siguió Montoya tiroteándose sin cuidarse de las que tenía enfrente, y ganando terreno, cuando se le previno de orden de Pérula, única orden que recibió, que se retirase á Biurrun; mas considerando aquel que en el momento que retrocediese caerían sobre él los enemigos que tan cerca y en tanto número tenía, contando el carlista con tan exiguas fuerzas, mandó en el acto y á voces que pudo oír el oficial que llevó la orden aunque se estuvo poco, que ninguno se retirase y continuase el fuego; pero que acudiese uno á Biurrun, que estaba cerca; á la espalda, y ordenase á los que fuesen llegando que formasen sin rebasar el pueblo (1). Llegó en

(1) Leemos en un diario de esta acción las siguientes líneas, que son notables y dan idea del desorden que hubo: «Estando haciendo fuego delante de Biurrun, se acercó á Montoya el capitán Allustiza, amezcoano, del segundo de Navarra y el sargento primero del tercero señor San Julian, joven esbelto de Pamplona, hijo de un negociante de vinos por mayor, y le dijeron había por la derecha cerca un cañon, que se podría quitar al enemigo, medio abandonado ó abandonado completamente. Se dirigió con ellos hácia la derecha, encargando continuase el fuego á los que estaban con él, y efectivamente no muy lejos se hallaba una pieza de artillería enemiga, pero como se necesitaba fuerza material para llevarla, y además para adelantar, pues cerca de ella y á retaguardia había abundantes fuerzas enemigas, aunque al parecer medrosas, como toda la gente nuestra estaba en guerrilla, se le dijo que allí cerca había compañías del segundo de Navarra de las que habían bajado con Seidel, y ordenó Montoya que se dispusiesen un par de ellas para ir con él á coger el cañon, cuyo escobillon ya estaba en nuestro poder, y como también conceptuase necesario llevar algunos caballos mandó fuesen á buscar al jefe del primer escuadron de Navarra para que fuese con algunos ginetes.» La orden terminante de retirarse hizo se abandonara la empresa.

esto el jefe de caballería don Juan Ortigosa, previniendo de nuevo la órden de Pérula de retirarse á Biurrun; lo ejecutó; dejó á su gente se esparramara sedienta por las casas en busca de agua; la formó en seguida; subió solo á la pequeña altura en que está la ermita para ver si se acercaba el enemigo; encontráse con tres carlistas, si viendo los cuatro de blanco, y especialmente Montoya. por estar á caballo, de los que servían las baterías liberales más inmediatas dirigiéndoles inútilmente algunos proyectiles; aproximábase á la vez resueltamente á la ermita una guerrilla enemiga y otra por la derecha hácia el pueblo; sostuvieron con ellas el fuego los tres carlistas; llegó en aquel momento una compañía castellana con su capitán, que la mandó á ocupar una zanja inmediata; á esta compañía siguieron las demás del batallón, que las fué mandando á ocupar las zanjas; cedió el liberal en su fuego, y terminó la acción, arrojando desde lejos algunos cañones liberales varios proyectiles.

Dejando Montoya el segundo de Navarra en las trincheras, retrocedió á encontrarse con Pérula que le abrazó, ébrio de gozo, y explicó la causa del retardo en llegar en su auxilio aquel batallón y el de Castilla, efecto del desórden que produjeron poco meditadas disposiciones. Bien satisfecho podía estar Montoya de su comportamiento, que rayó en heroísmo, y así lo apreciaron hasta los mismos soldados, regalándole lo que más estimaban del botín cogido á los liberales. Pero no obtuvo gracia alguna, y ni se accedió, como solicitó, á que se abriera juicio contradictorio para obtener si le correspondía la cruz

de segunda clase de San Fernando, cuya corbata se concedió á las banderas de los tres batallones, y ya han visto nuestros lectores quiénes la ganaron.

Las pérdidas de ambos combatientes no fueron grandes, mas sí considerables las de efectos y municiones de los liberales, que dejaron además unos 88 prisioneros.

Por la tarde llegó don Carlos con Mendiry, Dorregaray y demás de su acompañamiento; revistó el teatro de la acción y las fuerzas que en ella tomaron parte, y al llegar frente á Montoya, le estrechó la mano encargándole diese las gracias á su batallón por su comportamiento (1).

A ser otro el de algunos liberales, no triunfaran los carlistas en Biurrun, áun cuando Moriones pasara el convoy, en su mayor parte.

Hubo otros incidentes notables en esta acción, de heroísmo unos y amilanamiento otros, y momentos en que el ejército liberal pudo haber obtenido una excelente victoria ó experimentado un terrible desastre. En amargo llanto prorumpió un general, y si no fué por flaqueza propia ó debilidad de su

(1) La jornada de Biurrun originó serias desavenencias. Pensó Dorregaray ascender á Pérula á mariscal de campo, y al participárselo á Mendiry, le expuso éste que no contaba aquel más que tres meses de antigüedad en el empleo de brigadier y los había más antiguos que tenían prestados eminentes y dilatados servicios, los cuales se resentirían con justicia. Estimó Dorregaray estas observaciones; pero el mal estaba ya hecho, puesto que había dicho á Pérula que le iba á proponer para la faja, y dádole la enhorabuena; y como no lo hizo, sin ocultar que fué por oposición de Mendiry, creóse entonces la enemistad que tuvo á éste Pérula.

gente, lamentaría quizá lo adverso de su fortuna.

Dícenos un jefe carlista: «Si á la mañana siguiente al combate de Biurrun hubiera estado Zalduendo en Olcoz, apurado se hubiera visto Moriones para seguir á Tafalla. Pérula estuvo preocupado toda la noche temiendo que Zalduendo se hubiera marchado, y no paró hasta enviar á Amos Iribas á informarse, en el momento en que Moriones formaba su gente en la carretera; y al volver con la noticia de que ni la noche la había pasado en Olcoz, se indignó y manifestó á poco á Dorregaray, al frente de ocho batallones y en la plaza de Biurrun, que si así se hacía la guerra, rompería su espada. El fuego que se empezó á poco, no impidió la marcha de Moriones, que debió su salvación á la falta de Zalduendo, pues los carlistas contábamos con más de 20 batallones».

ACCIÓN DEL MONTE DE SAN JUAN

XII

Mendirry quedó el 21 en Biurrun con cuatro batallones y dos escuadrones, y los once de los primeros restantes, y los otros dos escuadrones ocuparon los pueblos de Añorbe, Ucar, Eneriz y Adios.

Moriones siguió á Pamplona con el general Catalan, la brigada Otal y las fuerzas del coronel Navascués, marchando las demás tropas á sus cantones, quedando Colomo con las brigadas Prendergast y Vital en Tiebas, y Mariné en Muruarte de Reta. Abasteció á Pamplona, y regresó el 22, dejando en Tiebas á Navascués con sus fuerzas

y la brigada Vital, á Colomo en Barasoain y á Otal en Mendivil, pernctando Moriones en Unzué, donde estaba la brigada Cortijo.

Inmediatos unos y otros contendientes, en la mañana del 23 situó el liberal sus fuerzas al frente de Biurrun, Ucar, Tirapu, Olcoz y Añorbe, é inició el movimiento el coronel Navascués.

En cuanto Mendiry lo observó, lo participó á Dorregaray y ordenó á los jefes de brigada, que tomando el camino de Tirapu, atacasen de frente y por el flanco al enemigo que tenía que recorrer un camino protegido en su derecha por las formidables posiciones de la Peña de Unzué, montes de Echagüe y la Marquesa, y por su izquierda por las alturas de Oyanzarro, de Unzué, monte de Mendivil, alto de Carasol y monte de San Juan, ofreciendo todo una serie de excelentes posiciones paralelas, apoyadas en su retaguardia en los pueblos de Muru y Mendivil por una parte, Unzué, Oricin, Echagüe y Oloroz por la otra. Ordenó bien Moriones el movimiento de retirada, y en cuanto Mendiry le vió ya determinado, salió de Biurrun con los dos batallones de la brigada Yoldi hácia Muru, cuyo pueblo encontró abandonado, replegándose los que le ocupaban sobre el tercer escalón, ó sea otra cordillera que tenían tomada á unos 1.500 metros á la espalda intermedia entre el monte de San Juan. En esta posición, si bien hubo fuego, no le sostuvo el liberal más que el tiempo preciso para replegar sus fuerzas tomando por último el monte de San Juan, que defendió hasta que las que marchaban por la carretera llegaron y tomaron posiciones en

los pueblos casi unidos de Barasoain y Garinoain, desde los cuales destacó una división á Pueyo.

Esta retirada por escalones, perfectamente ordenada, por un terreno dispuesto favorablemente por la naturaleza y en un trayecto de poco más de una legua, no ofrecía á los carlistas ocasión de lastimar á los liberales, mayores también en número, teniendo sus enemigos once batallones, cuatro escuadrones y una batería de montaña.

Según se iban los liberales acercando al desfiladero del puente de Mendivil, el fuego se acentuaba más por la derecha enemiga, sosteniendo el combate el general Colomo con la brigada Prendergast y la batería de montaña del capitán Provedo. Ya próximo al desfiladero, el combate era más rudo, y fuerzas carlistas de consideración se corrían por el Carrascal y descendían de las montañas de Unzué. Para contener al enemigo y prepararse Moriones en Barasoain á hacerle frente, dispuso que Cortijo con tres batallones y una sección de artillería contuviera la derecha enemiga, hasta que pasaron el puente las pocas fuerzas que quedaban al otro lado de las divisiones Catalan y Colomo. Preparado ya en Barasoain para el combate, y en marcha al Pueyo la brigada Vital, ordenó á Cortijo dejara la posición y el pueblo de Mendivil y se retirara sobre Barasoain; advirtiéndole que la posición que dejaba estaba ya dentro de los fuegos de su artillería, situada en este último pueblo.

Animados los carlistas por el movimiento de retirada del ejército, y alucinados por la

marcha de la brigada Vital al Pueyo, avanzaron con resolución hasta ponerse á tiro de los batallones parapetados, que rompieron un fuego nutrido y certero, al mismo tiempo que la artillería lo hacía con gran precisión sobre las grandes masas que se descubrían en los montes al otro lado de Mendivil. Los carlistas que se corrieron por el Carrascal, y habían descendido de la Peña de Unzué, trataban de envolver la derecha liberal, pero la brigada Otal, situada en Garinoain, les desplegó algunas guerrillas, y cedieron el terreno. Batíanse bien los carlistas, pero no se mostró Dorregaray satisfecho de todos, y muy especialmente del brigadier Zalduendo, atribuyéndole poca actividad en el movimiento de su brigada para el ataque, y sin embargo, los honores de la jornada correspondieron al cuarto de Castilla, primero y quinto de Navarra pertenecientes á la brigada de aquel. Hubo también quejas contra Mendiry porque había hecho retirar demasiado temprano á los dos batallones y dos escuadrones de Biurrun, cumpliendo las órdenes de Dorregaray.

Al salir de Biurrun Mendiry encargó al brigadier Yoldi condujera su brigada en columna de media distancia sin perder esta formación, puesto que debía constituir la reserva de las demás fuerzas, y se adelantó con su E. M. hasta el tercer escalón cordillera que da vista al monte de San Juan, donde recibió orden de Dorregaray de adelantar todo lo posible; la trasmitió á Yoldi que le seguía á alguna distancia; situó tres piezas de montaña contra el monte de San Juan; avanzó hasta unirse en esta posición con Do-

rregaray, llegando un cuarto de hora después Yoldi, y al fuego que el liberal les hacía desde las casas, y su artillería desde el cementerio, en cuyos muros abrió aspilleras, contestó desde el monte el carlista, y una guerrilla desde la margen izquierda del río.

En Pueyo pudieron haber sido molestados los liberales más de lo que fueron á no reflejarse también en los hechos de armas las rivalidades y disgustos que entre los carlistas reinaban.

El 24 se situó Catalan con la brigada Otal, la batería de montaña Provedo y cien caballos de Arlaban en el Pueyo, tomando el mando de todas las fuerzas. En este punto y en Barasoain se sostuvo algún fuego de cañón y de fusilería: sin ningún accidente en los días 25 y 26, el 27 se retiró Moriones, cumpliendo órdenes superiores, á Tafalla y Olite sin ser molestado.

En esta acción contaron los carlistas más de doscientas bajas, y no menos los liberales. Los heridos de éstos que quedaron en poder de sus enemigos fueron tratados como la humanidad aconseja, y muchos debieron especiales atenciones al coronel Segura, que tuvo ocasión una vez más de mostrar sus nobles y generosos sentimientos.

LÍNEA CARLISTA—INTRIGAS—RELEVO DE DORREGARAY—MANDO DE MENDIRY

XIII

Dueños los carlistas de la línea de Carrascal, dispusieron su atrincheramiento partiendo del monte de San Cristóbal de Cirauqui, ó sea de Esquinza, y terminando en la Peña

de Unzué para que fuese una verdad el bloqueo de Pamplona é impedir á los liberales aproximarse á la plaza, á no reconcentrar en Navarra fuerzas considerables; y áun en este caso, y suponiendo que un cuerpo de ejército rebasase la línea carlista por la parte de Sangüesa y se situase á su espalda, sostener el ataque combinado de todas sus fuerzas, para cuya eventualidad estaba previsto el cambio de frente que debían ejecutar para establecer una segunda línea oblicua que partiendo de la ermita y pueblo de Añorbe fuese á morir á la venta del Portillo, con una saliente de toda la sierra del Perdon. El jefe de ingenieros don Amador Villar fué el encargado de estas obras, que ejecutó pronto, empleando en ellas 11.000 trabajadores.

Ligados los asuntos de la guerra con los de la política, fueron notables y de consecuencias los que en este último terreno mediaron entre algunos jefes carlistas. Ya en Junio se quejaba Dorregaray del empleo dado al comisario don Manuel Doblas, como se había quejado antes del concedido á Romero, insistiendo en que desaparecieran las gracias fuera de propuesta, y pretendiendo se reformara la servidumbre de don Carlos, que ni al mismo ministro Plana parecía bien, ni la política que se hacía, cuando escribía á Dorregaray (1) para que no dimitiera por la cuestión Suelver, procurando desvanecer todos los escrúpulos de aquel jefe é inspirarle la debida confianza en el aprecio que le dispensaba; pero no se culpaba á don Carlos, sino á los que le rodeaban, llegando á decir

(1) Desde Lequeitio el 27 de Agosto.

el duque de la Roca, «que en la corte predominaba un espíritu de relajamiento de disciplina y falta de educación militar y social; permitiéndose hasta los ayudantes más subalternos juzgar á los generales».

Envió Dorregaray á Oliver para que expusiera sus quejas á don Carlos y removiera éste á las personas que le rodeaban; al saberlo los interesados procuraron indisponer á don Carlos con su jefe de E. M. diciéndole que trataba de imponérsele; mediaron despues sérios disgustos entre los mismos jefes, y produjo Dorregaray una fuerte queja contra Mendiry y Zalduendo, no justificada respecto al primero. Otros enemigos tenía Dorregaray, que inclinaron el ánimo de don Carlos á su relevo, en lo que tampoco Mendiry tuvo la parte que se le atribuyó; pues cuando don Carlos le habló en Estella de la probabilidad de tal relevo, le expuso: «Estando tan leal y sirve á V. M. con tal abnegación, que puede tener en él la mayor confianza. Además, las circunstancias le han colocado sobre todos nosotros de una manera natural, y le obedecemos, y respetamos sin violencia». No hizo don Carlos la menor observación, llamó al día siguiente á Mendiry, y le dijo: «He separado del mando al general Dorregaray y te he nombrado á tí para reemplazarle: ahora mismo vas á su alojamiento á comunicarle el real decreto y que te haga la entrega» (1).

(1) A Dorregaray le había manifestado que, como repetidas veces le había pedido permiso para atender al restablecimiento de su salud, y sería un egoísmo exigirle nuevos sacrificios y no concedérselo, lo hacía, pudiendo entregar el mando á Mendiry, sin que por esto

Mendiry no deseaba el mando en jefe porque comprendía la imposibilidad de llevar la guerra al término que deseara, «por causas que no debo referir; porque nuestro ejército, en cuyas filas había mucha canalla, carecía de una organización sólida basada en los rígidos principios de la ordenanza, y toda reforma radical habría causado el descrédito del reformador; porque el país se hallaba cuasi exhausto de recursos por las excesivas exacciones que había sufrido, y era de temer llegara un día en que cansados los pueblos cambiaran su entusiasta abnegación en una desconfianza perturbadora; y últimamente, porque el partido esperaba de mí mucho más de lo que un hombre podía hacer con los limitados elementos de que podía disponer, y yo no sabía hacer milagros para satisfacer sus exageradas exigencias» (1). Se separó de don Carlos tristemente impresionado, y haciéndose á sí mismo las anteriores observaciones, vióse con Dorregaray, que creyendo era el causante de su destitución, le dirigió palabras inconvenientes, que rechazó con dignidad, y quedó encargado de un mando, cuyo peso le abrumaba.

Marchó Dorregaray á Elizondo con ánimo de pasar á Francia, lo cual no ejecutó accediendo á las súplicas de Elío, que se encargó de nuevo del ministerio de la Guerra, propúsole despues del desastre de Irún el mando en jefe de Cataluña ó del Centro; optó por éste escribiéndole don Carlos una

se enfadase, pues sabía le quería y deseaba se curase pronto. En este sentido le escribió el 3 de Octubre.

(1) M. S. del señor Mendiry.

carta altamente satisfactoria, que bastaba á indemnizarle de anteriores disgustos, y partió por Cataluña á pasar el Ebro por la barca de Flix.

Dió Mendiry nuevo impulso á la instrucción de los cuerpos y obras de defensa en ejecución, proyectando otras, facilitadas por la forzada inacción en que estaba el ejército liberal, considerando el jefe carlista una temeraria imprudencia tomar la ofensiva para ir á buscarle al Ebro (1), y me-

(1) No podía el ejército liberal emprender movimientos aventurados y tenía que proceder con las precauciones más exquisitas. Las siguientes líneas del excelente libro del general Dana, que debiera ser estudiado por muchos que no le habrán leído, expresan gráficamente las dificultades con que luchaban los jefes liberales: «Luego que el jefe de las tropas se instala en la casa que le señalan para su alojamiento puede contar con que está espiado por todas las personas que la ocupan y por otras que vienen con aquel objeto; si hay que tratar de alguna operación para el día siguiente, detrás de cada puerta, de cada cortina, hay quien escucha, y ni en la comida ni en ninguna otra parte deja de estar vigilado; si se comete alguna indiscreción, si oyen alguna palabra que pueda significar algo sobre proyectos para el día ó días siguientes, en seguida sale del pueblo una mujer ó alguna niña, que lo comunica á las partidas que siempre rodean á las tropas; á las pocas horas ya tiene conocimiento el jefe enemigo más próximo. Si en una jornada ó desde algun pueblo el jefe sale con un antejo á ver el terreno, tenga entendido que nunca falta un ojo atento, que suele estar invisible, y bajo la forma de pastor ó leñador no pierde de vista la dirección del antejo, y todos los pormenores de esta sencilla operación son poco tiempo después conocidos del enemigo; para engañarles hay necesidad de detenerse á mirar algun tiempo aquello que nada importe ó la dirección que no se ha de seguir, y hacerlo como de pasada y á la ligera con los puntos ó la dirección que se quiera reconocer; hasta las campanas de las iglesias mezclan en sus toques alguna contraseña que avisa al enemigo de la aproximación ó de la salida de las tropas»

Estudios sobre la guerra civil.

nos al cercenarle el ministro de la Guerra sus atribuciones de general en jefe, sobre lo cual se quejó con razón y justicia. También consideró Mendiry perjudicial para su causa la inacción de los liberales, y propuso para sacarles de ella el ataque á Irún ó la marcha de la expedición de Castilla, lo que discutió con Maestre y Caveró, conviniendo en la imposibilidad de hacer las dos cosas á la vez, optando por atacar primero á Irún; indicaba las fuerzas que habían de efectuar el ataque, y para hacer frente á la Serna y Moriones se quedaría en Puente la Reina con 14 batallones, añadiendo: «Probablemente me veré obligado á abandonar la línea del Carrascal, limitándome á defender nuestros atrincheramientos, que comienzan en M n-jardín y concluyen en Obanos (1).»

ACTITUD DE LA DIPUTACIÓN CARLISTA ALAVESA.

—ABANDONO DE LA GUARDIA.—MOTÍN.—SITUACIÓN DEL EJÉRCITO LIBERAL.

XIV

Como si no lastimaran á los carlistas las rivalidades de algunos jefes, se suscitaron graves disensiones entre la diputación de Alava y don Rafael Alvarez, reflejándose en las tropas de la provincia que mandaba y en los actos de aquella corporación. Celosa ésta de sus fueros, aplazó el cumplimiento del decreto de don Carlos creando un tribunal militar permanente, exponiendo: «Que en esta tierra, señor, no se cumplen con menoscabo de nuestros fueros, ninguna orden ni decreto

(1) Comunicación dirigida á don Carlos, y fechada en Puente la Reina, 20 de Octubre de 1874.

de ninguna autoridad, ni del Rey, ni del Papa, más que en materia de dogmas (1).»

Nombrado Fortun comandante general de Alava, recibió bien la diputación, y lo mismo Alvarez, que se ocupaba en demoler las fortificaciones de La Guardia, lo que hubiera impedido Fortun si hubiese llegado antes, y mejorado sus defensas eslabonándolas por medio de dos reductos con el puerto de Toro en la sierra de Toloño, cuyos formidables posiciones limitan al N. toda la Rioja alavesa, difícil de ocupar con el enemigo en ellas. Pretendióse conservar La Guardia, y llegaron á hacerse algunas obras defensivas, pero faltó tiempo para que fueran eficaces.

Deseando la Serna hacía tiempo apoderarse de La Guardia, puso en acertado y combinado movimiento todas las divisiones de su ejército, y salió de Logroño en la madrugada del 8 de Octubre con el segundo cuerpo, llevando de vanguardia á la brigada Barges, siguiendo la de Espina, y tomando posiciones á ambos lados de la carretera la primera división que guiaba la Portilla. Avanzaron todas las fuerzas sin grandes resistencias, por haberse desprendido Alvarez de dos batallones castellanos que marcharon hácia Vizcaya, y tener toda su gente distribuida en diferentes puntos, convenientes todos, aunque no para defender á La Guardia de la grande acometida que se le hacía.

(1) Todas las diputaciones expusieron á don Carlos contra las infracciones de los fueros por expedir decretos y tomar disposiciones sin el pase foral, y se las contestó que tal inobservancia no reconocía otro origen que el estado anormal y de guerra en que se encontraba el país, y que lo sucesivo se guardaría y cumpliría lo dispuesto en los fueros, cédulas, etc.

Consideraba Alvarez inevitable la retirada, y aunque tenía en su poder una licencia de dos meses, y acababa de recibir la orden de entregar á Fortun el mando de la división, tuvo la abnegación de quedarse á disponer unas operaciones de resultado conocidamente desfavorable. Si Alvarez ó Fortun hubiesen tenido tiempo para concentrar más las tropas abandonando á Elciego y Viana, dejando únicamente destacamentos de observación sobre Vitoria y Miranda, podido comunicarse con el general en jefe para que despreciando la demostración de los liberales sobre Navarra acudiese con sus fuerzas á acometer por retaguardia á las de la Serna cuando entrasen en la Rioja alavesa, y aun dispuesto de las tropas de la provincia, mucho pudieron haber hecho; pero por allí estaban débiles los carlistas, por querer atender á todas partes: así se vieron obligados á abandonar La Guardia y toda la Rioja. Sin causar al enemigo apenas diez bajas, salió de Elciego el cuarto batallón de Alava con riesgo de ser copado por las fuerzas que iban de San Vicente, y el primer batallón de Alava tuvo que abandonar las posiciones de Asa, porque la Serna incomunicó desde luego á los de Viana, impuso á los de Poblacion, y envolviendo á los de Asa, tuvieron éstos que retirarse sobre los puertos, no sin haber dejado una compañía muy comprometida, en cuyo auxilio fué Fortun con tres de las que disponía en la Guardia.

Alvarez salía de esta población con los últimos carlistas cuando los liberales eran recibidos por el alcalde, que se presentó á manifestarles su abandono. Detúvose Alvarez en

los Molinos para dar lugar al repliegue del cuarto batallón, haciendo allí algunos disparos, que sólo servían para avisar á algunas otras fuerzas, y perjudicaron mucho á Alvarez, porque irritados los alaveses por el abandono de su Rioja, y recordando anteriores acusaciones contra aquél, decían que los tiros en los Molinos se habían hecho sin granadas; y mal dispuestos los ánimos, al entrar al anochecer Alvarez y Fortun en Lagran, el cuarto batallón alavés, que esperaba en la plaza alojamiento, gritó: ¡muera el general Alvarez! sucediéndose los gritos sin interrupción; trabajo le costó á Fortun hacerse oír de aquellos amotinados; pudo calmarles: dirigióles Alvarez la palabra; reprodujose la insurrección en Bernedo, apaciguándola Adelantado y Fortun; el tercer batallón reanudó el motin, pretendiendo sacrificar al jefe de los asturianos, tomándolo por Alvarez, y éste sin abdicar de su dignidad, hizo uso de la licencia que tenía concedida.

A saber los carlistas el descuido que cometió una división liberal, que en vez de emprender su movimiento por la mañana lo ejecutó por la tarde, hubieran atacado con algún éxito la izquierda de la Serna; descuido que éste ocultó á los que le seguían, porque era grave y pudo producir terribles consecuencias.

Dejando la Serna en la Rioja la división Fajardo, una brigada en la Guardia y otra en Elciego custodiando el puente de barcas, regresó á Logroño por la derecha del Ebro, lamentándose de carecer de fuerzas para efectuar serias operaciones. Componíase el ejército de dos cuerpos; el primero, que operaba

en Navarra, constaba de dos divisiones de infantería con ocho batallones cada una y una brigada de vanguardia con cuatro: el segundo cuerpo, que fué el que operó sobre La Guardia, le constituían otras dos divisiones de seis batallones cada una y una brigada de vanguardia, habiendo además una división de vanguardia con ocho batallones. Suponiendo á cada uno de éstos 500 plazas, arrojaban un total de 20.000 infantes, mas seis compañías de ingenieros, 1.500 caballos y 90 piezas, 30 de ellas de montaña. La organización que se dió entonces al ejército paralizó algun tanto las operaciones, y la falta de recursos entorpecía las fortificaciones de Logroño, Miranda y La Guardia, empezadas las de ésta á costa de los pueblos de la Rioja alavesa: por la misma falta no se podían colocar los aparatos telegráficos entre Logroño y La Guardia, y para abrir la comunicación de Vitoria con Miranda, por lo que instaba el gobierno, había que fortificar la Puebla de Arganzon y construir algunos blokaus en las alturas que la dominan y algun otro fuerte en posición conveniente, y no había dinero.

Trasladóse la Serna el 26 de Octubre á Castejon, donde conferenció con Moriones, conviniendo en que la situación del enemigo, que ocupaba una extensa línea desde Estella á Puente la Reina, Carrascal, el Pueyo hasta la carretera de Lumbier á Pamplona, era arriesgada, y oportuna la ocasión para flanquear la posición del Carrascal; y si Mendiry se obstinaba en defenderla, podría sufrir un sério descalabro y perder su artillería, produciéndose consecuencias terribles para los carlistas, atendida la discordia

que entre ellos reinaba; pero también con vinieron en que se carecía de los elementos necesarios para tal operación. Del cuerpo de Moriones, después de guarnecer los puntos fortificados, sólo se podía disponer de 10 ó 12 batallones y de igual número del segundo cuerpo y división de vanguardia. El estado pecuniario del ejército era lamentable: sólo por razón de haberes importaba su presupuesto, en operaciones, 16 millones de reales mensuales, y en Setiembre había librado el gobierno ocho y en Octubre cinco, faltando en los últimos días de este mes el haber para la tropa; el regimiento de Geroña no socorría á su gente hacía doce días; las familias de los carabineros y guardia civil pedían limosna, según manifestaba desde Vitoria el capitán general; los hospitales nada recibían, y en los primeros días de Noviembre, de resultas de haber ido á Madrid el general en jefe, se libraron cuatro millones de reales, que sólo sirvieron para cubrir las más perentorias necesidades del ejército.

FORTIN DE BEHOBIA—IRÚN

XV

Aumentada considerablemente la artillería carlista (1), prefirióse el ataque á Irún al de

(1) El 2 de Octubre desembarcaron en Motrico, sin novedad, 16 cañones de montaña de acero comprimido, 4.000 fusiles Berdan reformado y 500.000 cartuchos, que se cargaron en 96 carros para distribuirlos; y doce días después desembarcaron también cerca de Fuenterrabía seis cañones Krupp de acero de á ocho, 400 granadas para los mismos, 1.000 espoletas, 1.000 frictores, 2.500 fusiles y 270.000 cartuchos.

TOMO III

Hernani: considerado éste más conveniente por el comandante general de Guipúzcoa (1); se facilitó al fin un camino para la conducción de la artillería (2) y sólo se pensó en aquella conquista que habían de presenciar los franceses, procurando superar cuantos obstáculos se presentaban, que no eran pocos, aconsejando Argonz y otros que se desistiera de tal plan por la dificultad de construir el camino para llevar la artillería, áun conduciéndola en carretas del país.

En la provincia de Guipúzcoa, en tanto, si no había habido notables encuentros, no faltaron ruidosos escándalos (3).

Molestaba á los carlistas el pequeño fortín del puente de Behobia, donde había un destacamento de migueletes y carabineros, que apenas sumaban unos treinta hombres, y para conquistarle, dispusieron un gran carro blindado, provisto de granadas de mano, petróleo, mangas y otros pertrechos para comba-

(1) A últimos de Agosto fué comisionado don Amador Villar para hacer un reconocimiento sobre toda la línea de Hernani hasta el Bidasoa, opinando que el ataque debía principiar por Irún por considerarle más fácil de tomar que Hernani, pudiendo atacarse después los demás puntos fortificados de la línea.

(2) No hubo mucho acierto en el designado por Berastegui, Leiza, Ezcurra y Zubieta para terminarle en Santesteban.

(3) Y los hubo de todos géneros, pues á la vez que Loma se veía precisado á desarmar á algunos voluntarios, y del campo carlista desertaban otros; se empujaban á desgraciadas mujeres, sin más delito que ser unas, esposas de voluntarios liberales, y ser, ó suponer á otras, portadoras de noticias particulares. Tolosa y algun otro pueblo presenciaron de estos espectáculos tan crueles como repugnantes, lamentados por todas las personas sensatas, que condenaban además la inhumana forma con que se efectuaban tan bárbaros castigos.

tir el fuerte y á sus defensores. Protegido el carro por suficientes fuerzas, y ocupadas las casas contiguas al fuerte, algunas de las cuales se hallaban á menos de 20 metros de distancia de aquel, acercóse el carro á unos 30 metros, lanzando granadas de mano y petróleo; mas como el destacamento notara que se veían los pies á los conductores de aquel infernal instrumento, les dirigió tan certeros disparos, que tuvieron que abandonar el carro, con pérdida de muertos y heridos. En seguida intentaron incendiar con petróleo y otros combustibles, que en gran cantidad condujeron, poniendo en gran aprieto á aquella pequeña guarnición, que contestaba prefería perecer quemada á rendirse.

Viendo el comandante militar de Irún don Juan Arana el inminente riesgo en que se hallaban sus compañeros, dispuso una salida de la guarnición, apoyada en la artillería, que funcionó con notable acierto; pero tanto enemigo se le presentó enfrente, y en tal serie de trincheras colocado, que dificultaba el avance, hasta que los certeros disparos de la artillería hicieron abandonar las primeras trincheras, reconcentrándose en otras, donde se defendieron tenaces.

Interin la principal fuerza batía estas trincheras, 30 migueletes se lanzaron á la carrera por la carretera, despreciando el horroroso fuego del enemigo, al que no contestaban, y armados de bayoneta desalojaron á los carlistas de todas las casas, prendiendo fuego á las más próximas al fuerte con los mismos combustibles con que aquellos pensaban incendiarle aquella noche. Gran admiración causó este arrojado de los migueletes

en los espectadores franceses, cuyas autoridades mostraron simpatías por los carlistas. El carro blindado, granadas, municiones y otros pertrechos de guerra cayeron en poder de los liberales, que tuvieron solo dos bajas al llevar á efecto tan arriesgada operación, causando á su contrario muchas.

Del descalabro que experimentaron pensaron indemnizarse en Irún, débilmente fortificada, y de importancia para los carlistas por hallarse en la frontera, é interceptando el puente de Behobia y el ferrocarril, lo cual les quedaba libre aquel punto para introducir los efectos que recibían del extranjero. Decidióse en un consejo de generales celebrado en Estella, á principios de Setiembre, el ataque á Irún, que hasta mucho tiempo después no se le participó á Cevallos, y el 31 de Octubre se le confirió el mando de la línea de defensa, ocupando y fortificando las posiciones con zanjas y trincheras, quedando encargado de dirigir el ataque el ingeniero general señor Alemany, con quien se pondría de acuerdo, destinando las fuerzas que tuviera por conveniente para la acometida de la plaza. Pusiéronse á sus órdenes el marqués Valde-Espina y don Manuel Lopez Caracuel, y para artillar las posiciones de Santiagomendi, Choritoquieta y San Marcos, pidió Cevallos algunas piezas de montaña, que no se las mandaron entonces, y colocó convenientemente sus tropas (1). Insta-

(1) Desde la ermita quemada, alto de Urnieta, Goiburn hasta Pagollaga el primer batallón y siete compañías del segundo, unos 1.000 hombres á las órdenes del brigadier Aizpúrua y coronel Iturbe; en Pagollaga cuatro compañías del cuarto al mando del comandante Ocha-

lóse Cevallos en la venta de Astigarraga y Alemany en Vera. Al marqués de Valde-Espina le encomendó cubriese con tres batallones (1) la parte comprendida entre Zamalvide y el monte Jaizquibel, y dió á Caracuel el mando de otros tres para conservar las posiciones que ocupaban. Cevallos no contaba más que con unos 1.400 hombres para cubrir una línea de más de cuatro horas, desde Pagollaga á Zamalvide.

Establecidas las baterías y dispuesto todo para el ataque, comenzó éste en la mañana del 4 de Noviembre en celebridad del santo de don Carlos: duró todo el día, continuando á los dos siguientes con más lentitud por no abundar las municiones. Acudió don Carlos á presenciar la toma de Irún; Alemany encargado del sitio, escribió á Valde-Espina, aunque Cevallos era el jefe, pidiéndole algunas fuerzas para efectuar el asalto (2), y tuvo

gavia; en Santiagomendi, el sexto (unos 500 hombres), guiados por el coronel Lopez y el teniente coronel Blanco; en Choritoquieta cuatro compañías del cuarto, 240 hombres, mandados por el teniente coronel Fortuny, y por Perez Dávila el quinto batallón en San Márcos; en Oyarzun el tercero á las órdenes de Carpintier y de Izazu, y á las de Bañuelos, Folgera y Vicuña el sétimo y octavo en Lastaola.

(1) Al día siguiente le dió el batallón de Guías que acababa de llegar; más no pudiendo alojarse cómodamente en Oyarzun, prefirió marchar cerca de Irún.

(2) Y decía: «Cuándo la Francia y la Europa nos están contemplando, cuando tan alto hemos puesto nuestro nombre en estos dos días de sitio no vayamos á echarlo á perder, ni á desacreditarnos, mayormente en la presencia de S. M.»

Elío decía á Cevallos: «Que se tome á Irún, y nos conviene que sea pronto, y el honor de las armas está muy comprometido por estar á la vista en Francia y caeremos en el ridículo más vergonzoso si la cosa no sale bien.

Cevallos que desprenderse de parte de las que tanto necesitaba, cuyo mando encomendó al coronel Chacon, que regresó á los dos días no muy satisfecho de Valde-Espina ni de Alemany, y sin que se hubieran utilizado sus fuerzas, consideradas quizá insuficientes.

Veía Cevallos algún desórden, lo cual le tenía disgustado, y sobre todo las pocas tropas con que contaba, con las que más sostenía sus posiciones una línea de guerrillas que de batalla, sin más reserva que una compañía. Así exponía al ministro que la línea de batalla que tenía que sostener, la peor que se podía escoger, considerada militarmente, porque estaba bajo los fuegos enemigos, á los que si rechazaba no podía perseguir por estar amparados por sus fuertes y cañones; que sobre ser extensa la línea carlista estaba poco guarnecida, y si se interceptaba el camino de Pagollaga, quedaría sin comunicación con la provincia y por consiguiente sin retirada ni aprovisionamiento, por lo que urgía tomar á Irún y fortificar San Marcial. A todo esto contestaba Elío que sostuviera las posiciones á toda costa y no fuera tan pesimista. Se le enviaron, sin embargo, seis piezas con Rayero y el quinto de Navarra con Zalduendo relevando éste á Caracuel.

Empezaron á atacar á Irún cuatro baterías, colocadas, una al Oriente de la plaza y á espaldas del monte de San Marcial con seis piezas; otra en la altura de Ibayeta y al Sur de la población con tres morteros y dos obuses; en la prolongación del mismo monte y cerca de la anterior había otra con cinco cañones, y á mayor distancia y en la loma

del mismo cerro, la cuarta con cuatro piezas, sumando estas veinte. Al tercer día del ataque se colocó una nueva batería cerca de Aldabe con dos piezas de á ocho.

Las defensas de Irún consistían en dos fuertes establecidos en el Parque y Mendivil, el primero con cuatro piezas y el segundo con tres; una pieza de á ocho en la torre de la parroquia; seis portales aspillerados, barricadas en las salidas de la población y unas débiles paredes que circundaban parte de ella. Los puentes de Behobia, de Santiago y la cabeza española del internacional de Hendaya, estaban fortificados y defendidos por migueletes y carabineros; en el río una lancha cañonera con una pieza de á doce, dos trincaduras con un cañón de á ocho cada una, y dos escampavías tripuladas por 18 hombres que hostilizaron á San Marcial, Ibayeta y grupo de casas de Azquemportu. Se conservaban así las comunicaciones con Francia, con Madrid por telégrafo y con San Sebastián por mar, y se situó uno de los alcaldes con su secretario en Santiago, quedando el otro en la población atendiendo solícito á todo (1).

La guarnición se componía de siete compañías de tropa, tres de migueletes, una sec-

(1) Varios españoles liberales residentes en Bayona, y un caballero italiano remitieron cantidad de mantas, sábanas, hilas y dinero, ofreciendo enviar más socorros si seguía el ataque, y se extrañó que la asociación de la Cruz roja y otra católica creada para alivio de los heridos en campaña, nada remitiesen.

En Irún quedó abandonado el servicio religioso por emigrar á Francia el párroco y todos los beneficiados y coadjutores, y haber muerto el único capellán de ejército que había en la guarnición á los primeros disparos de la artillería carlista.

ción de ingenieros, otra de artillería, 49 carabineros y 100 voluntarios.

Sin el previo aviso de costumbre comenzó el fuego de cañon, y por la tarde el bombardeo que produjo varios incendios, no pudiéndoles apagar con agua por haber cortado los carlistas las cañerías teniéndose que apelar á la arena. En este día arrojaron los sitiadores 1.340 proyectiles.

Para evitar los terribles efectos del bombardeo, emigraron á Francia las mujeres, niños, enfermos, ancianos y algunos extranjeros que se habían acogido á la casa consistorial. Continuó el fuego el 5; el 6 establecieron los carlistas en Aldabe una nueva batería con dos piezas; presentóse por la tarde Loma, regresando á poco á San Sebastián, bastando esto para impedir el asalto preparado para aquella noche, y continuó el fuego con gran lentitud hasta el 10, experimentando los liberales en los siete días unas 41 bajas, á pesar de los 4.500 disparos hechos á la villa, contestados por 600. Las mayores pérdidas fueron en los edificios, incendiándose 11 y quedando 33 destruidos.

El valor de los defensores de Irún no decayó un momento, compitiendo todos en abnegación y entusiasmo: presenciaban millares de franceses aquella lucha y esto servía de emulación á liberales y carlistas.

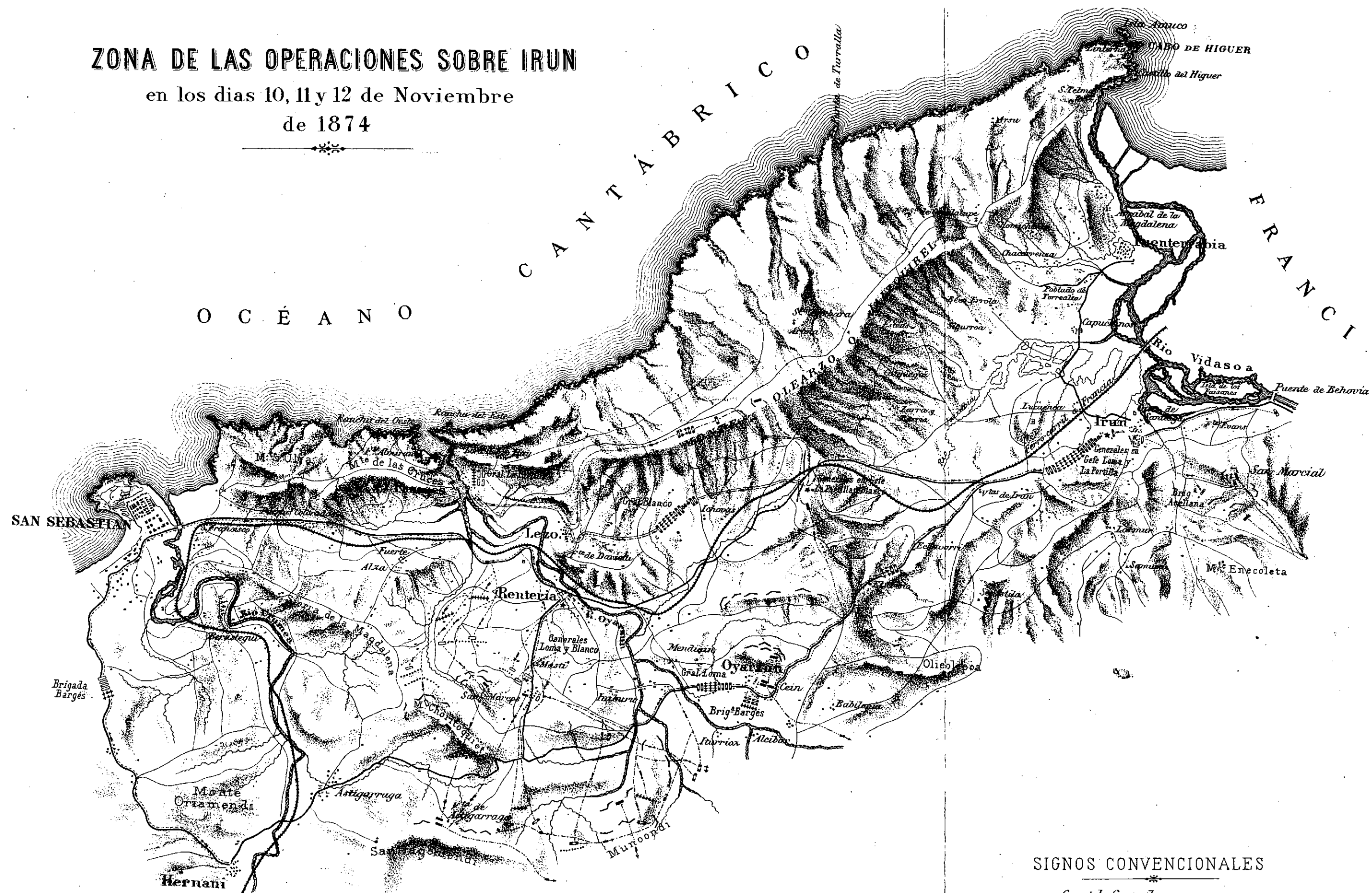
ACCIÓN DE IRÚN

XVI

Al saber la Serna el 4 de Noviembre en Cenicero el bombardeo de Irún, embarcó en 33 trenes parte de las tropas situadas en Lo-

ZONA DE LAS OPERACIONES SOBRE IRUN

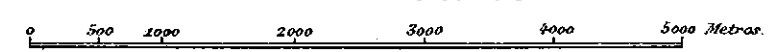
en los días 10, 11 y 12 de Noviembre
de 1874



SIGNOS CONVENCIONALES

- Quartel General *
- Día 10 □
- Día 11 ▣
- Tropas liberales Día 12 ○
- Caballería ⚔
- Artillería ⚡
- Fuerzas Carlistas —
- Trincheras Carlistas ~

Escala de $\frac{1}{60.000}$



ex. Rojas - Editor

groño, Miranda de Ebro, Cenicero y Bribiesca, venciendo grandes inconvenientes, por carecer en las estaciones de rampas y muelles, sufrir á la intemperie un furioso temporal de aguas, y sin más luz por la noche que dos faroles y unas cuantas velas de sebo (1). En cuanto llegaron estas fuerzas á Santander pasaron á bordo de los buques preparados, y el 9 desembarcaron en San Sebastián.

La Serna halló al enemigo fuertemente atrincherado en su extensa línea, las carreteras con varias cortaduras y árboles por el suelo, y ayudándole el terreno que presentaba de suyo magnífica defensa; pero habían cometido los carlistas un gran yerro no construyendo un reduto ni obra formal en el alto de Jaizquibel, donde se apoyaba su derecha, y era el flanco donde morían las trincheras. Descubierta esto, el triunfo era ya de los liberales; mas era preciso que no se apercibiesen de que por allí les iban á envolver, y al efecto empezaron los liberales á maniobrar por su derecha. Una brigada se situó el 9 en Hernani, practicando un reconocimiento por aquel lado: las tropas que se acantonaron en Pasajes y Lezo abandonaron estos puntos y fueron á Rentería; otra brigada á Astigarraga.

(1) En cuanto se indicó la necesidad de trasladarse á Irún el ejército, el ministro de la Guerra, señor Serrano Bedoya, remitió á la empresa del ferrocarril todos los datos necesarios, no solo para reunir el material indispensable para la conducción de las tropas, municiones y raciones, sino que determinó días, horas y fuerzas con tal precisión, que á medida que fueron llegando los últimos pudieron embarcarse. Así manifestó el jefe de la empresa que era la única vez que se le daban tales datos.

A las nueve de la mañana del 10 supo Cevallos el movimiento del enemigo; mandó que se situasen las fuerzas en las trincheras y las defendiesen á toda costa; envió á su ayudante Dorronsoro á prevenir á Zaldueño, y á Laborde lo hizo dos veces, y la fuerza de aquel que debía estar reunida, no fué á colocarse en los parapetos porque estaban comiendo los muchachos. Avisó á Valde-Espina que lo hiciese á su vez á Alemany.

En la madrugada del 10 todas las tropas de la derecha liberal se reconcentraban sobre Rentería; á las ocho se empezó el ataque de las formidables posiciones de San Marcos, y no siendo apoyadas las fuerzas que ocupaban un parapeto á la derecha de Zaldueño entre Zamalvide y Gacischusqueta, le abandonó después de pocos disparos, atacó el liberal de frente, y á las dos se envolvían y tomaban las posiciones á costa de 160 bajas (1). A los jefes y oficiales hasta teniente

(1) Al ir el quinto de Navarra á ocupar sus parapetos los encontró en poder del enemigo y se trabó el primer combate, corto, pero sangriento, teniendo que retirarse aquel batallón. En el acto mandó Cevallos la compañía de Guías, única reserva de que disponía, á proteger la retirada del quinto; mas cuando llegó ya estaba el enemigo posesionado de la altura y caserío de Zamalvide. Viendo Cevallos comprometida la artillería la mandó retirar, y su jefe Rayero, hizo antes algunos disparos, y cargando con serenidad sus piezas se retiró bajo el fuego contrario sin perder una acémila.

«Dueño ya el enemigo de Zamalvide, trató de envolver mi derecha, mientras atacaba de frente San Marcos y Choritoquieta: la compañía de Guías y las del segundo, cuarto y quinto se sostenían con valentía sin ceder un palmo de terreno: el teniente coronel Perez Dávila se arrojó dos veces á la bayoneta matándeles con esta arma 17 migueletes y 13 del veintidos de línea, cuyos despojos conserva su quinto batallón. Viendo el enemigo esta

coronel heridos, concedió el general La Serna en la orden del día 10 en Rentería, el empleo inmediato y cruces pensionadas á los soldados que se hallasen en el mismo caso.

En el consejo que celebró La Serna expuso el general la Portilla la ventaja de atacar á los carlistas por su derecha, en lo cual convinieron todos por ser evidente; y con el perfecto conocimiento que tenía del terreno el jefe de E. M. G. señor Ruíz Dana, se confió á la Portilla la misión de acometer por aquella parte. Loma se trasladó de Rentería á Pasajes con seis batallones, debiendo embestir por la parte de Oyarzun; la Serna y Blanco por el centro y Portilla por la iz-

insistencia trató de nuevo de envolvernos por Zamalvide y por la parte de Santiagomendi, con lo cual hubiese conseguido cortar la retirada de los que continuaban defendiéndose en San Marcos y Choritoquieta. En la parte de Santiagomendi sostuvo valientemente su posición el comandante de la partida volante don Francisco Iturriaga, y no teniendo fuerzas de que disponer para proteger mi derecha, adelanté la compañía de ingenieros con su capitán Olaran, y reuní todos los asistentes poniendo á su frente á mi hijo, al teniente Ferrer y el abanderado Martín, los cuales no dejaron avanzar al enemigo por aquella parte. Más tarde, y reunido ya el quinto de Navarra, sostuvo la retirada con tres compañías más del sexto de Guipúzcoa. Los guipuzcoanos que defendieron San Marcos y Choritoquieta no abandonaron su posición sino después de haber quemado el último cartucho, habiéndose batido durante tres horas y media uno contra ocho.

»El enemigo no pasó de la venta de Astigarraga y carretera de Oyarzun á Hernani, pero había logrado interceptarme con el general Valde-Espina. Este no había mandado ni un sólo batallón en mi auxilio á pesar de que el teniente coronel Blanco me dijo después que había ido á buscarlo para proponerle le permitiese atacar al enemigo por el flanco con su batallón cuando vió á los navarros comprometidos, pero no pudo encontrarlo».

Declaración de Cevallos en el proceso que se le formó.

quierda; se apoderó Loma de aquella villa con solo unas 60 bajas; vencieron las demás columnas los obstáculos que se les presentaron, y Portilla, utilizando tres diversas vedas, realizaron sus tropas, bien guiadas, la penosa subida del Jaizquibel. Envuelto entre la niebla que velaba la inhiestada cima de aquel monte, inundando á la vez el fondo de los valles, á que más tarde tendría que descender, siguió marchando sin ver ni ser visto: dos compañías de Estella, constituidas en extrema vanguardia, se aproximaron á las derivaciones del promontorio Oleaso, habiendo ya traspuesto una extensa trinchera que dificultaba el paso; mal defendida, fué evacuada después de algunos disparos; y considerando este obstáculo el preludio de otro que podría detenerle, caso de procurarlo cualquiera fuerza enemiga, y entrara ya en su cálculo converger al punto que se le tenía designado, hizo se asegurase la posesión del citado promontorio que representaba el centro y culminante altura del Jaizquibel, y esperando allí sería resistencia, vió con sorpresa que sólo había dos compañías carlistas atrincheradas; rompióse el fuego, poco tiempo sostenido, por aquellos que se retiraron dejando dos prisioneros, y disipada entonces la niebla, y libre ya Portilla de toda preocupación por su vanguardia, tomó la áspera senda que había de conducirle al flanco y retaguardia de las trincheras, bien construidas, especialmente en el telégrafo viejo de Irateguieta y en el collado de Gainchurisqueta, cuyas perfeccionadas obras hacían peligrosa la marcha en columnas hacia Irún: se dirigió á envol-

verlas, y al descender por la pendiente del Jaizquibel, tuvieron los carlistas que abandonar sus posiciones por no quedar cortados y prisioneros. Los numerosos pelotones que pululaban en los caseríos, y que acudían apresuradamente á las trincheras, renunciaron pronto á su propósito de defenderse por las granadas que lanzaba la batería Plasencia del capitán Iranzo, diez veces aplaudido por el acierto con que las dirigía desde la falda del Jaizquibel. Cuando Portilla descendió al valle fué trasponiendo trincheras sin disparar un tiro (1), y los carlistas acu-

(1) Son notables los siguientes apuntes de un jefe carlista, el señor Folguera.

«El sétimo batallón ocupaba la cordillera de Jaizquibel, excepto dos compañías que se hallaban sobre Rentería; dieron al jefe la orden de retirarse caso de que la columna liberal intentase pasar por aquella cordillera; pero no siendo la orden por escrito, hizo caso omiso y continuó en su puesto. Volvieron á mandarle un oficio por medio del jefe del quinto con el mismo objeto, pero como no era del comandante general siguió ocupando su posición. De diez á doce de la noche vino otro ordenanza á decirle que de orden del general se retirase, porque segun confidencias iba á pasar Loma con 14 batallones por aquel punto, y también fué despedido. Al siguiente día se le presentó por la mañana el comandante segundo jefe don José R. Garmendia con las tres compañías que guardaban el paso de la cordillera por la parte de Guadalupe sobre Fuenterrabía, y preguntado con que orden venia, enseñó una escrita con lapiz en la que efectivamente el jefe de E. M. del general Valde-Espina coronel Carpintier daba esta orden de su puño y letra y firmada por él. En vista de esto le mandé inmediatamente á ocupar otra vez su puesto, pues suponía que el general Valde-Espina no podía dar orden tan descabellada tratándose de un punto tan importante y en aquellas circunstancias: le oficié diciéndole lo sucedido y la determinación que tomé; me contestó también de oficio que había hecho perfectamente y que continuase la fuerza en el mismo orden establecido. Aquella noche vino un batallón alavés á relevar al sétimo trayendo la

mulados sobre las veredas que surcan la falda del Alcafe iban apresuradamente hácia Arichulegui. Portilla, cumpliendo las órdenes que había recibido, mandó se respetasen todos los caseríos, aunque estuviesen abandonados por sus moradores.

Estando Portilla en la cumbre de Jaizquibel, y Loma apoderado de Oyarzun, el general Blanco avanzó hácia el collado de Gainchusqueta simulando un ataque de frente á sus trincheras, corriendo sus defensores al descender las fuerzas de Portilla del Jaizquibel envolviéndoles.

Reuniendo Cevallos, que se hallaba en Santiagomendi, la gente que bajaba de las posiciones, protegió su retirada, y al saber que la artillería había pasado de Pagollaga dejó donde estaba alguna fuerza, marchó con las demás al caserío de Aguirre antes de anoecer, envió al batallón Navarro á Andoain y los guipuzcoanos quedaron en los altos de Urnieta, Goibaru y Pagollaga observando á la columna que se hallaba en Hernani.

Restaba á la Serna apoderarse del monte de San Marcial, que no defendieron debidamente los carlistas, á pesar de haber á su intermediación 13 batallones; dos liberales, tomando por distintos lados la subida, se apo-

orden por escrito y diciéndome el jefe de palabra que marchase inmediatamente á Oyarzun donde se hallaba S. M. el rey.»

El coronel don Antonio Carpintier, por su propia cuenta, dió al capitán don Julito Arana la orden de que hiciese, en caso de ser atacado, una débil ó ligera resistencia y se replegase á su batallón.»

Dictámen fiscal en la causa contra Cevallos.

deraron, arma al hombro, de aquella célebre altura.

El triunfo de los liberales fué completo, y no á mucha costa, y si no fué grande tampoco la pérdida material de los carlistas, padeció mucho su fuerza moral ante los franceses, que presenciaron la embestida á Irún y la retirada.

Con más ligereza que buen consejo compararon dos ayudantes á Cevallos de la derrota (1), y bastó esto para que el ministro de gobierno de don Carlos publicara en el *Cuartel Real* este telegrama: Habiéndose retirado el general Cevallos de las importantes posiciones que ocupaba, dejó el paso libre al enemigo, que quemando y devastando todo ha podido llegar hasta Irún. Las tropas que sitiaban esta plaza se han retirado con todo el material de guerra en el orden más admirable, sin haber perdido ni un solo pertrecho. S. M., á pesar de haber acudido al sitio del combate en cuanto tuvo conocimiento de haberse roto el fuego, encontró ya abandonadas las posiciones que debían haber defendido el general Cevallos y el brigadier Caracuel, y cuya pérdida hizo insostenibles las demás. S. M. ha permanecido al frente de los batallones, no sin gravísimo riesgo de su persona, sin retirarse hasta que lo había verificado el último soldado. El espíritu del ejército inmejorable (2).»

(1) Y hasta se esparció la voz de que había entregado al enemigo tres batallones castellanos y la artillería por 50.000 duros.

(2) Este telegrama, no fundado en datos oficiales, no sólo se publicó en el periódico carlista, sino que se fijó en las esquinas, y el conde de Belascoain se apresuró á

En cuanto vió Cevallos tan impremeditado y grave documento, dirigió á don Carlos una sentida comunicación manifestando que despues del desprestigio y la ofensa que le infería el telegrama publicado, se veía obligado á dimitir el cargo de comandante general de la provincia en el brigadier Aizpurua, y pedía se le formase la correspondiente sumaria en averiguación de los hechos que se le atribuían. No consiguiendo ver á don Carlos se retiró á Labayen con dos ayudantes, su hijo y el señor Ronré.

Abrióse el proceso, siendo Pérula el defensor de Cevallos y Larramendi el fiscal; probóse de una manera evidente su inculpa-bilidad, y las faltas que otros cometieron; el mismo fiscal apreció en todo su valer las declaraciones del procesado, y lejos de pedir para él la menor pena, propuso el sobreseimiento, la rehabilitación de Cevallos ante la opinión pública y que se invalidara el anterior telegrama: no tuvo que hacer grandes esfuerzos el defensor para evidenciar la injusticia cometida, y el consejo (1), después de oír un sentido discurso de Cevallos, demostrando la gravedad que entrañaba el origen de su proceso, la terrible situación en que se encontraban todos los generales, expuestos á ser deshonrados por prejuzgarse sus actos, sin más que el dicho de un mal intencionado ó de un ignorante, y que al cabo de seis meses de martirio con su desgraciada familia, no había pedido á nadie clemencia,

enviarle al extranjero, en calidad, sin duda, de director de Comunicaciones.

(1) Compuesto de los señores Mendiry, Argonz, Iturmendi, Yoldi, Bosque, Arellano y Landa.

porque esperaba se le hiciese justicia, sentenció (1) absolviendo por unanimidad á Cevallos, con todas las notas favorables, declarando nulo y de ningun valor el telegrama de 12 de Noviembre, dándose al documento en que tal declaración se hiciese toda la publicidad que aquel tuvo, y que no se procediera á otras actuaciones sobre la conducta de Valde-Espina y de Zalduendo, por la imposibilidad de justificar la verdadera causa de que el enemigo rompiera la línea. Publicóse esta sentencia en orden del día al ejército, mas no en el *Cuartel Real*, como se prevenía. y con la publicidad que el infausto telegrama.

Si Cevallos no lo sabía, podía haber comprendido que había prevenciones contra él, y que por opinar desfavorablemente al sitio de Irún, se llamó á Mogrovejo para que dirigiera las operaciones; pero llegó tarde, y no opinó Elío porque se le diera la comandancia general de Guipúzcoa, que acababa de encomendarse interinamente á don Domingo Egaña, diciendo que encargarle del mando de aquellas tropas no era un ofrecimiento demasiado brillante ni lisonjero, habiendo muy pocas fuerzas.

REGRESA EL EJÉRCITO LIBERAL Á SU LÍNEA
ATAQUE EN SAN MARCIAL

XVII

Las tropas liberales que acababan de triunfar, y hacia días que no recibían socorro por no haber en la caja del ejército una peseta, se encontraron en Irún sin paga y sin ra-

ción; podía elaborarse pan en San Sebastian y había etapa, pero los pocos carruajes de que se disponía estaban ocupados en el servicio preferente de trasportar heridos. Trabajosamente pudo hacerse en la noche del 11 una ración de pan, sin etapa, carne ni vino, y no habiendo dinero, ni fiándose el vino en Bayona, lo cual no decía mucho en favor de nuestros representantes, aun cuando pudiera disculparse á la administración militar, el resultado fué que el soldado estuvo completamente desatendido.

Amaneció el 12 lloviendo en los valles y nevando en los montes de Aya; y como ni la toma de Irún, ni la de San Marcial podían satisfacer como único resultado del triunfo obtenido, no sólo era conveniente sino necesario seguir tras los carlistas hasta Vera, al menos para inutilizar su excelente fábrica de municiones y obtener otras ventajas: el temporal obligó á suspender el movimiento para el día siguiente; y como el 13 continuara el temporal, y siguiera la carencia de víveres y dinero, hubo que adoptar la funesta resolución para la causa liberal de que su ejército regresara á San Sebastian. A continuar á Vera hubieran experimentado un gran desastre los carlistas, como lo temieron, y el mismo jefe de E. M. G. el ilustrado señor Dana, se lamentaba de que la falta de dinero para pagar el espionaje les tuviera sin noticias ciertas de lo que pasaba en Vera, de donde los vecinos habían sacado hasta los muebles, considerando seguro el avance del ejército liberal.

Regresó la Serna á San Sebastian donde tuvo que apelar al patriotismo del ayunta-

(1) En Estella el 29 de Abril de 1875.

mieato y de su vecindario para que, bajo su garantía particular, le prestasen 15.000 duros, y volvió á embarcarse para Santander, siguiendo á cubrir la línea del Ebro, abandonada por acudir á Irún. Como quedaba desguarnecido San Sebastian, donde se necesitaban para operar más fuerzas de las que allí había, dispuso el ministro que volvieran cuatro batallones, ya que no los había dejado la Serna. El ministro de la Guerra había teleografiado al general en jefe preguntándole si después de dejar fuerzas suficientes al general Loma, creía conveniente trasladarse rápidamente á Bilbao, y en combinación con el general Villegas marchar á Miranda; pero no recibió el general este telegrama y continuó por entonces la divergencia de los jefes liberales que había en Bilbao, que es lo que trataba de remediar el ministro.

Cercanos á Irún, los carlistas, no se conformaban con que estuviera en poder de sus enemigos el monte de San Marcial, que tanta utilidad les proporcionaba por su situación: hallándose en Celain de Vera Aizpúrrua y Vicuña. trataron de apoderarse de él por sorpresa, y la víspera del día designado, que fué el 25 de Noviembre, se situó Aizpúrrua por la noche en el caserío de Amarain enfrente de la ermita de San Marcial y sobre Lastaola. El señor Vicuña que mandaba el octavo de Guipúzcoa, reunió su fuerza antes de amanecer, poco más adelante de aquel caserío, ordenando á un comandante, que con dos compañías rompiera el fuego en la cadena de Irún para llamar la atención por aquella parte. Al clarear el día se lanzaron fuerzas carlistas á la bayoneta sobre dos ó

tres casas y un fortín en construcción, de todo lo que se apoderaron, degollando á algunos de sus defensores, ascendiendo á 32 los que murieron en el caserío de Lobrisu. El teniente don Miguel Fernandez que ocupaba el caserío Sistiagacoborda defendióse con heroísmo, y á pesar de las intimaciones que se le hicieron, las despreció, sin arredrarle, ni á su gente, los muertos y heridos que le causaron á un metro de distancia.

El jefe del sétimo carlista de Guipúzcoa reunió hasta tres veces su escasa fuerza para apoderarse de la ermita de San Marcial antes de que llegara el socorro de Irún, pero retrocedían muchos á las descargas de los liberales, y formando algunos gastadores y una sección escasa, se situó á unos 30 metros de la ermita sosteniendo el fuego, hasta que consumidas las municiones, no enviándole las que pidió, ni aun 40 ó 50 hombres de refuerzo, puesto que ni Aizpúrrua ni Vicuña volvieron á tomar ninguna otra disposición y se marcharon con las fuerzas que tenían, dejando solos y sin orden alguna al jefe del sétimo con sus escasas fuerzas, no pudo resistir el empuje de los miguelotes.

En cuanto el gobernador de Irún, señor Arana, se apercibió del ataque, envió á San Marcial dos compañías de miguelotes al mando de don Prudencio Arnao, que en cuanto llegó á la ermita cargó con sus valientes, precediéndole el teniente Uranga, y se apoderaron á la bayoneta de todas las posiciones, causando á los carlistas considerables bajas, porque era terrible el pelear de los miguelotes, exasperados con las víctimas que habían causado sus enemigos.

Ninguna ventaja obtuvieron los carlistas de aquel hecho de armas, y culpóse á los que le prepararon, de mal dirigido, pues habiéndose conseguido, lo más difícil, que fué apoderarse de los caseríos y del fortín, no se dió disposición alguna, se mezclaron los individuos de unos batallones con los de otros, se introdujo el desorden, y lo que empezó con una victoria acabó por una derrota. Perdieron armas, efectos y hasta la bandera del sexto de Guipúzcoa.

Aún más perdió el país con el incendio de muchos caseríos por unos y otros combatientes en las jornadas del 10 y 11. Prohibida severamente esta barbarie por el general la Serna, evitó algunos incendios, no todos: era conmovedor el espectáculo que ofrecían familias enteras de niños, mujeres y ancianos, vagando desnudos y hambrientos por aquellas montañas buscando llorosas albergue y pan.

ACCIONES DE URNIETA

XVIII

Al encargarse don Domingo Egaña de la comandancia general de Guipúzcoa, dió el 15 de Noviembre en Andoain una entusiasta alocución á los jefes y voluntarios, recordándoles la antigüedad de su carlismo, su fe y lealtad jamás doblegadas, su amor á la Ordenanza, de la que era esclavo, y que no tenía más grito que victoria ó muerte.

Pocos días después la diputación liberal de la provincia hizo oír su voz maternal, que fué profética (1), y al aceptar Loma por

(1) Esta notable alocución, impresa en vasconce y castellano, merece ser reproducida íntegra.

cuarta vez el mando de las fuerzas de Guipúzcoa, recomendó á sus pacíficos habitantes no abandonar sus hogares al aproximarse las tropas que respetarían personas y haciendas; que si lo hacían, ellos serían los responsables de los daños que sufrieran al

«GUIPUZCOANOS: En el verano de 1870, cuando la Providencia se complacía en derramar á manos llenas sobre nuestro tranquilo solar sus divinos dones, minaba el génio del mal nuestra felicidad para convertirla en injustificable fratricida lucha. Cual madre cariñosa, debí exhortaros á mantener la paz, y al verificarlo por medio de mi alocución de 27 de Agosto, terminaba con estas palabras:

Sed cautos: no escuchéis péfidas sugeriones: oid la voz maternal que nunca engaña.

Hubo entonces, y existen hoy, hijos leales que coadyuvaron á mis saludables fines; pero desgraciadamente, los que forman la multitud, han seguido opuesto rumbo, sin que ni aquel ni mis posteriores consejos hayan hallado acogida en sus corazones.

A estos hoy me dirijo, con la esperanza de verles apartarse de los escollos del mal, por donde con ciego frenesí se precipitan.

¿Qué habeis logrado con empuñar las armas?

Apartaros del regazo maternal, y convertir la dicha de vuestros hogares en desolación, luto y lágrimas.

Sacrificar la fortuna de amigos, adversarios y neutrales, á la insaciable rapacidad de osados tiranuelos.

Ahuyentar de nuestras risueñas playas, nuestros amenos valles y nuestras montañas queridas, los innumerables viajeros que hallando en su delicioso seno, solaz, descanso y alivio á sus dolencias, remuneraban generosamente la hospitalidad que recibieran.

Cegar los fecundos manantiales de riqueza creados en nuestro suelo á costa de prodigiosos esfuerzos, privando del preciso sustento á infinitos seres que hoy gimen en la indigencia.

Convertir nuestros campos en inmenso receptáculo de sangre humana, de sangre española, y en palenque donde el extranjero contempla los estragos de nuestras discordias.

Y finalmente, causar la ruina de nuestra noble España, á cuya ventura tenemos el deber de coadyuvar, como lo hicimos en mejores tiempos y los verificamos al

ser ocupados por los soldados; que los alcaldes y curas párrocos salieran á recibir á las columnas en operaciones al aproximarse á los pueblos de aquellos, y á los carlistas les aconsejó depusieran las armas, pudiendo establecerse donde mejor les conviniera hasta que el fin de la guerra les permitiera volver á sus hogares, estando dispuesto á ser inexorable dentro de la ley con los que desatendieran su consejo.

presente los que sostenemos y acatamos al gobierno constituido.

Enorme, como veis, es el daño que habeis causado. Aun sin acrecentarlo, sus huellas aterradoras sólo podrán borrarse durante largos años con el concurso de incalculables sacrificios, dejando, empero, cruenta memoria en los anales patrios.

Hora es ya de que consulteis la sana razón y contribuyais al bien común, sacudiendo el torpe yugo que os humilla y deshonra.

Si un día os pareció fácil empresa la conquista del sólio de Castilla para vuestro jefe, debeis al presente considerarla como un delirio. Además de los poderosos elementos militares que os combaten, vienen fuerzas formidables que os quitarán la más remota esperanza de triunfo.

Carlistas guipuzcoanos: Si no quereis agregar á nuestros actuales infortunios otros de elevada esfera que afecten al porvenir, necesario, preciso es, que abandonando á sus remordimientos los ambiciosos causantes de tantas desgracias, depongais las armas prestando obediencia á las autoridades legítimas.

Aquí os esperan la libertad, paz y la facultad de residir donde más os convenga, hasta que podais sin riesgo uniros á vuestras familias.

Reflexionad. Basta de guerra y tribulaciones. Evitad á vuestras personas las consecuencias de una lucha inútil, y á vuestro nombre los anatemas de la posteridad.

De mi diputación general en la M. N. y M. L. ciudad de San Sebastián á 3 de Noviembre de 1874.—El diputado general, *M. Roca-Verde*.—Por la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa, su secretario, *Joaquín de Urreiztieta*.

Considerada por los carlistas esta proclama como preludio de invasión, se desocuparon muchos caseríos inmediatos á San Sebastián, aprestándose sus habitantes á marchar al monte, sin esperar algunos á las fuerzas liberales que salieron de aquella ciudad en la mañana del 7 de Diciembre guiadas por los generales Loma y Blanco, marchando hácia Hernani. Envió Egaña á Aizpúrua para que les hicieran frente; peleóse con bravura; se hizo uso del arma blanca; rebasaron á Urnieta los liberales, pero reforzados sus enemigos tuvieron que retroceder hasta Hernani con algunas pérdidas, dejando en poder de los carlistas 38 prisioneros.

Bien supuso Egaña que ni Loma ni Blanco podían dejar impune la anterior retirada de sus fuerzas avanzadas despues del combate que sostuvieron en los campos de Urnieta, y allegó más carlistas, teniendo sobrado tiempo, pues hasta el medio día del 8 no salieron los liberales de Hernani, en tres columnas, la de la izquierda sobre Goiburu y Pagollaga, la de la derecha hácia el monte Burunza, y la del centro por la carretera á Urnieta. A todas hizo frente el carlista; acudió desde Villabona á tomar parte en el bregar don Antonio Diez de Mogrovejo, y se peleó hasta con encarnizamiento, sucediéndose las cargas á la bayoneta, batiéndose la mayor parte de los carlistas á cuerpo descubierto y bajo los fuegos de Santa Bárbara.

El mismo ardimiento al empezar el combate demostró que se necesitaba armonizarlo con la prudencia. Sin dar tiempo á que las alas efectuaran su movimiento de avance en-

volvente, se adelantó el centro trabando combate los soldados de Huesca y Luchana; observa el enemigo que el fuego de los costados aún no podía ofenderle; sale de sus trincheras, carga sobre el centro, retroceden algo los soldados bisoños, se arremolinan, se esfuerzan los jefes por impedir la confusión, son heridos, y lo es Loma; le reemplaza Blanco; Murcia y Puerto-Rico restablecen en buenas condiciones el combate, experimentan los carlistas sensibles bajas, es también herido su general Mogrovejo y el resultado de aquellas acciones, fué ensagrentar dos días los campos de Urnieta, que lándose al frente de ellos contemplándose ambos combatientes, y obligando el récio temporal que reinaba á regresar los liberales á San Sebastian.

Las bajas de éstos y de los carlistas excedieron de 600 entre muertos y heridos contándose entre los primeros el comandante de caballería, ayudante del general Blanco, señor Cobos.

VIZCAYA.—ACCIÓN DE SANTA MARINA

XIX

En Vizcaya se organizaban los carlistas y sostenían encuentros más ó menos importantes en los altos de Arraiz y Larrasquitu y en el barrio de Retuerto. Reemplazó á Valde-Espina, don Elicio Berriz, que se dió á conocer el 11 de Setiembre, diciendo que seguiría los pasos de su antecesor, que contaba para vencer con el valor de los vizcainos, que ostentaban títulos gloriosos alcanzados al servicio de los grandes monarcas de Castilla, y concluía su orden del día victoreando á la

religión, al rey y á los fueros. También fué nombrado comandante general de marina de Vizcaya y Guipúzcoa don Federico Aurich, baron de Bretauville, con quien tuvo Berriz desagradables contestaciones por cuestión de autoridad, dándole á la vez algo que hacer á Berriz las circulares que don Juan Bautista Rendon pasó á sus anteriores compañeros de armas para que, como él, se pasaran á los liberales.

El incendio de las magníficas fábricas de tejidos y harinas denominadas de Miraflores y el Ponton, sosten de centenares de familias, si no fué un acto de feroz venganza, puede considerarse como un acto de barbarie, que justificaba la grave acusación que dirigió públicamente á sus autores el ayuntamiento de Bilbao.

El 26 de Octubre salió por la parte de Algorta la segunda brigada que mandaba Cassola, dividida en dos columnas, dirigiéndose la primera por el pueblo de Guecho á los de Berango de Sopelana ocupados por los carlistas, que los abandonaron después de una corta resistencia, y la segunda por Lejona y los cerros de Ubedamburu hasta coronar la sierra de Urduliz, desalojando sucesivamente á los enemigos de todas sus posiciones.

Reconcentrados los carlistas en el monte de Santa Marina, atacaron á los liberales, arreciaron en su empuje al ver la retirada de éstos, que la sostuvieron bizarramente; peleóse más con la bayoneta que con el fuego, y distinguéronse entre todos los soldados de Saboya, que impidieron en más de una ocasión la derrota de la columna liberal, que por escalones prosiguió su interrumpida re-

tirada. Dirigió la acción el brigadier carlista don Andrés de Ormaeche, que cargó con los batallones de Guernica y Orduña. Sobre 100 bajas experimentaron liberales y carlistas, quedando éstos en sus posiciones celebrando su victoria.

NEGOCIOS CARLISTAS

XX

No podían estar disgustados los carlistas en el Norte al terminar el año 1874. No era peor su situación: tenían un ejército aguerrido, poseían cerca de 100 piezas de artillería excelente, é iban formando un respetable cuerpo de caballería (1).

Afanándose algunos jefes por introducir mejoras estudiando todos los adelantos que se hacían en Europa, hasta se pensó en construir puentes con pellejos llenos de aire.

Dispuesta la instalación de un tribunal superior (2), para la mejor elección de los magistrados que habían de componerle, se pidió á cada diputación el nombre de dos abogados de reconocida fama en la provincia; se restableció por decreto de 12 de Agosto de 1874. el tribunal superior de Estella, creado por el abuelo de don Carlos, residiendo por entonces en Oñate (3); efectuóse con toda solemnidad la apertura del tribunal el 16 de Diciembre del mismo año (4), que presentó á poco proyectos de legislación, para cuyo

(1) Hé aquí el estado que manifiesta la fuerza del cuerpo de caballería, con expresión del armamento:

REGIMIENTOS.	Jefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.	Sables.	Tercerolas.	Lanzas.
Del Rey (Navarra).....	65	567	433	190	161	»
Borbon.....	59	442	406	275	278	»
Cazadores de Castilla.....	66	375	306	172	94	69
TOTAL.....	190	1.384	1.145	637	533	69

Estella 13 de Octubre de 1874.—El general director general, *Marqués de Valde-Espina*.

(2) En Octubre de 1873 pidió la diputación carlista de Guipúzcoa se nombrara un corregidor que administrara justicia, «sin perjuicio de que á su tiempo se restableciera la autoridad judicial en su integridad foral.»

(3) Se componía el tribunal de un presidente, seis oidores y un fiscal, dividiéndose en dos salas, una de lo civil y otra del crimen, presidido cada una por el decano de sus oidores; su organización y atribuciones se acomodarían á las que tenían con arreglo á las leyes recopiladas del antiguo Consejo de Navarra y á las antiguas Chancillerías; los negocios gubernativos judiciales se resolverían por el acuerdo del tribunal en pleno, que propondría la legislación civil y criminal que hubiese de

regir en las cuatro provincias vasco navarras en la parte que no fuese objeto de sus fueros especiales, teniendo en cuenta que el código penal había sido declarado sin vigor por el corregidor de Vizcaya en su territorio.

(4) Para habilitar el local, empapelado, compra de enseres de escritorio, sellos, damasco de lana para dosesles, etc., etc., se gastaron 8.800 reales.

Componían el tribunal don Salvador Elío, presidente; don José Climent, fiscal, y magistrados los señores don Francisco García Ramírez, don Antonio Molero y Moya, don Donato Iguzquiza, don Estanislao Sevilla Villar, don Pedro Agustín Garamendi y don Santiago Esquivias; secretario de gobierno y escribano de cámara, don José

exámen ofició el ministro de Gracia y Justicia don Pablo Díaz del Río á las diputaciones á fin de que delegara cada una un letrado ó persona versada en los fueros y leyes especiales, por si en algo se oponían á la legislación foral.

En ese mismo día 16, asistió también don Carlos á la apertura de la universidad de Oñate, leyendo el discurso el presbítero vicerector don Salvador Ordoñez Abadía, y tomando la borla de doctor en derecho civil los señores Barrio Mier y Zugarramurdi.

Mostraba grande interés don Carlos por la instrucción pública, y se dirigió de su orden el 3 de Febrero una circular á todas las diputaciones, para que no sólo la atendieran, sino que la fomentaran, presentándola como fuente de ilustración y moralidad de los pueblos; y si las provincias Vascongadas y Navarra no tuvieran acreditado el exquisito esmero con que han mirado siempre la instrucción pública, las contestaciones que dieron bastarían á colocarlas á la cabeza de las más ilustradas. Se autorizó á la villa de Vergara para establecer en el seminario vasco-navarro un colegio de primera y segunda enseñanza bajo la dirección del obispo de

Ferra de Mena; relatores, don Atanasio de Pando y don Enrique García; escribano, don Francisco Requena, y tasador don José San Juan y Villanueva, habiendo además un oficial de Secretaría (don Eladio Corisa), un auxiliar, dos escribientes, dos porteros de sala y tres ugières.

El presidente cobraba 500 reales mensuales y 300 los magistrados, además de las raciones, consignándose la cantidad de 10 duros mensuales para gastos de material. El importe total ascendía mensualmente, según las nóminas que tenemos á la vista, á reales veillon 5.856 con 50 céntimos.

Urgel, dándose validez académica para todos los efectos civiles á los grados de bachiller obtenidos en el seminario: parecían competir autoridades y diputaciones en sus afanes por el mejoramiento de la instrucción, barómetro de la civilización de los pueblos.

Como al principio de la guerra quedaban los heridos en los caseríos al cuidado de sus habitantes ó de la asociación de la Cruz Roja, fué la creación de hospitales objeto de preferente atención para las diputaciones carlistas, habiendo alguna, como la de Guipúzcoa, que tenía establecidos en la provincia 22 (1) para heridos y enfermos de todas clases. No por esto dejaba de haber sitios y ocasiones en que era lamentable el estado de los hospitales y la asistencia de los que á ellos se llevaba, y muchos males remedió la señora de Calderón, cuyos generosos sentimientos y caritativos

(1) Había en ellos 1.106 camas, 22 capellanes, 21 médicos, 56 hijas de la caridad, 33 practicantes, 68 enfermos y 30 mujeres para asistencia ó limpieza.

Los estados que tenemos á la vista de las diputaciones y del cuerpo de sanidad militar, son notables, y lo es también la *Estadística de los enfermos y heridos ocurrido en las fuerzas del ejército del Norte y de la izquierda desde Marzo de 1875 á fin de Marzo de 1876*, por don Vicente Pérez y Martínez, Inspector Médico, etc.

De él resulta este resumen en los 27 hospitales establecidos.

	Existencia anterior.	Entrados.	Salidos.	Muertos.	Quedan.
Enfermos.....	3.195	67.004	65.154	2.763	2.282
Heridos.....	565	4.702	4.458	422	387
<i>Total.....</i>	<i>3.760</i>	<i>71.706</i>	<i>69.612</i>	<i>3.185</i>	<i>2.669</i>

En Febrero de 1876 entraron en los hospitales 1.248 heridos.

esfuerzos, considerados como en bien de la humanidad, son dignos de loa.

Merécela también, y en primer término, doña Margarita, fundadora de la asociación de la *Caridad*, que la ejerció de una manera digna y elevada en favor de los enfermos y heridos, sin excluir á los liberales, que la deben muchos la vida y la gratitud por las esmeradas atenciones y exquisito cuidado que la merecieron. Justa fué la bendición que otorgó S. S. Pío IX, por dos veces á la *Caridad*, la medalla que se creó para premiar los grandes servicios que se prestaran en favor de los heridos y de los establecimientos para su curación. Doña Margarita quería hacer que la caridad, además que virtud, fuera un deber y una institución, á la que consagraba toda su existencia, debiendo consagrarla también los que la ayudasen. Sabía sin duda aquella señora lo que significaba la orden de la *Caridad cristiana* establecida en Francia por Enrique III, para los soldados estropeados en servicio del Estado, y las demás Ordenes para ejercer la caridad, y quería que en nada desmereciese á las más santas la que ella fundaba, enseñando á todos con el ejemplo (1).

La duración de la guerra multiplicaba los gastos, que se iban haciendo insoportables, aun cuando las diputaciones procuraban cubrirlos religiosamente. El cuarto militar de don Carlos, que constaba en Agosto de 1873

(1) Ayudaronla eficazmente el ilustrado y celoso sacerdote don Manuel Barrera, y el entusiasta legitimista Mr. Guillermo Burgade.

(2) Las tenía en Urdax, Valcárcos, Lanuza, Puente la Reina, Estella, Alsásua, Gugui, Vera y Sangüesa.

de cinco personas, y costaba 2.000 reales mensuales, le constituían en Diciembre de 1874, 17 individuos con un haber mensual de 7.800 reales. Navarra recaudaba en sus aduanas (2) cerca de 700.000 reales al mes, y las había en que excedía esta cantidad, á la que se deben añadir de 2 á 3.000 reales mensuales por derechos de arancel en el bloqueo de Pamplona que recaudaba la partida de Mendizabal, é ingresaban en tesorería con honrada exactitud. El presupuesto mensual en Navarra de todos los cuerpos é institutos militares, hechas las deducciones que prevenía una orden del 15 de Mayo, ascendió en este mismo mes á 446.576 reales 97 céntimos y en el de Setiembre á 557.226 reales 95 céntimos (1).

Desde que se estableció el 15 de Agosto de 1873 la diputación de Guipúzcoa hasta el mismo mes de 1874, el movimiento de caudales en tesorería fué de 14.570.746 reales 39 céntimos de entrada y 14.367.273,85 de salida.

En Vizcaya, desde la instalación de su diputación hasta el 31 de Diciembre de 1874 presenta un activo de más de 9 millones de reales y un pasivo casi equivalente, no incluyendo los ingresos por bienes nacionales y censos, ni las cantidades facilitadas á buena cuenta por la tesorería general; adicionando los suministros en especies desde 1870 que

(1) Además de todas las armas, las partidas, justicia militar, comandancias, brigadas, guardia rural, resguardo de Estella, escolta de la comisión de suministros, policía militar, prisiones militares, depósito de Zudaire, cuerpo de inválidos y revistas militares, se incluían las fábricas de Bacaicoa y de Vera y las de cartuchos de Abarzuza, de Urdax, de Riezu y de Estella.

importaban cerca de 44 millones, daban un total de 53.

La situación material de las provincias se agravaba diariamente, contribuyendo no poco á empeorarla los mismos centros administrativos y militares que se creaban: quejábanse Guipúzcoa de que en ella residiesen los ministerios, el vicariato general, con toda su parte castrense, el supremo tribunal de justicia, cuerpo de artillería con su academia, la administración militar con su intendencia, la dirección de telégrafos, y otras, no habiendo pueblo regular que no estuviese invadido, y cuando llegaba alguna fuerza no podía alojarse, como sucedió más de una vez: y se quejaban todas las provincias de su situación financiera, sin saber de dónde sacar nuevos recursos, llegando los apuros hasta el punto de que don Carlos, para aliviarla, ordenó se pagaran de su peculio los haberes de su cuarto militar y de las tres secretarías de Estado y del Despacho correspondiente al último trimestre del año.

Es evidente que la principal atención era la guerra, las armas y municiones; y como aquellas eran modernas y el consumo de las segundas extraordinario, todos los jefes pedían constantemente cartuchos. Eran continuos los apuros de las fábricas que los hacían, porque escaseaban los ingredientes, y se afanaban las diputaciones por introducir de Francia hasta el plomo, de que se carecía, así como chapas de metal, etc. etc. (1).

(1) Mme. Cournot se afanaba en Bayona para servir á los carlistas, siendo activo comisionado en Vera don José de Picavea.

Se compró plomo á dos y medio reales libra, y hasta se

Las provisiones no faltaban por lo general, y aunque se cometían ménos abusos que en el campo liberal, los había, si bien solían tener inmediato correctivo. Era más inmediata la vigilancia, que imposibilitaba el establecimiento de fábricas de vino, como en Castro-Urdiales, cuyo nocivo líquido, que de todo tenía ménos de vino, se vendía al soldado á dos reales cuartillo, teniendo en una ocasión el jefe de E. M. señor Ruiz Dana que derramar á puntapiés algunas cubas. No fué sólo en el campamento de Somorrostro, sino en Logroño, donde se daba al ejército un vino que nada tenía de uva, á nueve reales la arroba, estando en aquella ciudad el verdadero vino á siete: 20 reales más barato ofrecía uno de los primeros capitalistas de la ciudad la fanega de trigo, y era preferido el que sin ser mejor era más caro. No se daba tampoco á los carlistas capotes fabricados con esparto, como se dieron alguna vez á los soldados liberales, que se les caían á pedazos al

llegó á ofrecer á 70 pesetas quintal. Una partida de 2.303 kilos se pagó á 70 francos los 50 kilos.

Don José Ramon de Aldasoro facilitó de Roma alguna máquina de cartuchos del fabricante don Cosáreo Perona, y para montarla fué el ingeniero romano don Raimundo Pesaresi, y escribió reservadamente que iba á traer consigo un oficial de artillería del Santo Padre inventor de un cañon que cada minuto con un solo artillero disparaba hasta treinta cañonazos ó tiros á tanta distancia como los cañones Krupp: además transformará á su nuevo sistema dos ó tres cañones cada día de los antiguos que ahora tiene el ejército carlista entre manos ó en activo servicio arreglandoles de modo que estos antiguos cañones tiren la bala á doble distancia de la que ahora alcanzarán. Dicho inventor, ó yo, llevamos dos modelos en bronce como nuestros con los que él y yo hemos hecho las pruebas con grande admiración mía y buen resultado.—No sabemos más sobre esto.

poco tiempo; y por último, pues seríanos interminables en este asunto, los mismos carlistas formaron expedientes de negocios de mal género hechos con los liberales. (1)

RELACIONES INTERNACIONALES

XXI

Evidente la protección que el gobierno francés dispensaba á los carlistas produjo grandes quejas de los liberales en las cámaras de Inglaterra; se censuró aquella tolerancia y se mostraron simpatías hacia el gabinete de Madrid pidiendo su reconocimiento los mismos periódicos franceses. Consideraron justificadas las quejas del gobierno liberal y levantaron enérgicamente la voz contra la parcialidad manifiesta de las autoridades francesas; vióse precisado á hacer algo Mac-Mahon; se internó á Elío y á algunos otros carlistas; pero no estaba en el interés de los pueblos fronterizos concluir con un tráfico que les era sumamente beneficioso; y ofendían por otra parte al ministerio francés las exigencias sobre este asunto de la Prusia, aunque delicadamente expuestas.

Algunos motivos de disgusto dieron los

(1) Como el siguiente documento que poseemos original, podíamos presentar muchos.

«Ejército Real.—Comandancia general de Navarra.—Cuando la columna republicana estuvo últimamente en la villa de Los Arcos, Mamerto Rubio, vecino de la misma, suministró al enemigo algunos miles de raciones de carne; pero teniendo noticia que obtuvo recibo de un número mucho mayor que las suministradas, lo pongo en noticia de V. S. para su conocimiento.

»Dios, etc.—Estella 20 de Diciembre de 1874.—El comandante general, R. Argonz.—M. I., comisión de su ministros y pagos.»

carlistas á Alemania; no merecía seguramente tomarse en cuenta lo que se habló respecto á intervención; siendo beneficioso para los liberales el recibimiento oficial de sus representantes en Berlín, Lóndres y París, y el reconocimiento del Poder Ejecutivo que ejercía el general Serrano, hecho por aquellas naciones.

Estaba resuelto por el gobierno que al obtener el reconocimiento de Europa se dirigiera al gabinete francés una amistosa nota, haciéndole un resumen de cargos por el abandono en que tenía la frontera; esto sólo en el caso de que las cosas siguieran el mismo curso que antes del reconocimiento, y procurando no excitar la susceptibilidad francesa. Con calma, y con la mayor prudencia, se estaban preparando los documentos que habían de acompañar á la nota, cuando el gobierno recibió la noticia de los últimos desembarcos de armas y municiones hechas en Motrico: entonces se sintió herido en su dignidad el gabinete, y echando á un lado consideraciones ya indebidas, ordenó al marqués de la Vega de Armijo que redactara una enérgica nota basada en las pruebas ya recogidas. Hecho el trabajo, á los ocho días tenía el señor Ulloa la copia remitida en consular. Por telégrafo se comunicó la aprobación del Consejo de ministros, y la nota fué entregada en el ministerio de Negocios extranjeros, provocando el precipitado regreso del duque de Decazes, á la sazón ausente de París.

Asombróse el ministerio de Mac-Mahón al conocer el enérgico lenguaje del gabinete español, y sin contestar nada al marqués de la

Vega de Armijo, dió sus instrucciones al conde de Chandordy, el cual saliendo de los usos diplomáticos, se presentó al duque de la Torre para manifestarle que su gobierno consideraba esta nota como una provocación de Prusia, pues no podía comprender que España empleara semejante lenguaje sino contando de antemano con el apoyo de Alemania para el caso de que Francia por dignidad, no accediese á lo que pedía en tono tan altanero. Por lo demás, añadió, el gobierno francés se hallaba dispuesto á internar á los carlistas, á separar al prefecto Naudaillach y á cubrir herméticamente la frontera, todo ello en breve plazo; si bien después de la nota, esto se hacía poco menos que imposible. El duque de la Torre contestó que él no podía tener conocimiento de las quejas del gobierno francés, sino por conducto del Consejo de ministros, y que, por lo tanto, debía dirigirse al ministro de Estado á exponerlas. No satisfizo mucho al conde de Chandordy esta respuesta y antes de ver al señor Ulloa, esperó contestación á un largo telegrama que dirigió á París.

Participó el duque á los señores Sagasta, Ulloa y Romero Ortiz lo sucedido y convinieron en que la cosa era grave; y que si el gobierno francés, llevado de sus prevenciones contra Prusia, insistía en atribuir la secreta inspiración de la nota al gabinete de Berlín, podía estallar un conflicto por nuestra causa, en cuyo caso habría que temer el auxilio directo de Francia á los carlistas; pero el señor Romero Ortiz, disintiendo de sus compañeros, que eran de opinión de con-

temporizar, manifestó que debía insistirse en

la energía de la forma empleada, demostrando de paso, que ninguna inteligencia previa se había tenido con Alemania, aunque sí se contaba con el apoyo moral de esta potencia y con el de las demás de Europa, por lo cual se les había dado copia de la nota. Prevaleció esta opinión en la conferencia, y fué más tarde aprobada en Consejo de Ministros. Así que, cuando se presentó de nuevo el conde de Chandordy al señor Ulloa reproduciendo las amenazadoras quejas de su gobierno, se encontró con que el nuestro no retrocedía un ápice, y que en todo caso, apelaba al juicio y contaba con el concurso de todas las potencias europeas, que ya tenían conocimiento de los sucesos. A las dos de la tarde se separaban el ministro de Estado y el representante francés, y á las siete de la misma se recibía en Madrid un telegrama diciendo que el gobierno francés había acordado ordenar á los prefectos de la frontera que internaran inmediatamente á todos los carlistas, sin excepción ni pretexto, y que bajo la más estrecha responsabilidad, se impidiera por tierra el contrabando de guerra. Al mismo tiempo se comunicaban las órdenes para la entrega á nuestra marina del vapor *Nieves*, cogido en el puerto de Socoa con cargamento para los carlistas.

Interesaba á éstos estar representados en algunas naciones de Europa y nombraron sus delegados oficiosos, que sin dudar de su inteligencia y buen deseo, no obtuvieron favorables resultados para la causa que representaban, aun cuando algunos de aquellos representantes eran personajes en la misma nación que desempeñaban su cargo. Pero

había entre los mismos carlistas quienes se encargaban de esterilizar los mejores propósitos, y no satisfechos con el ataque de que fueron objeto las cañoneras alemanas *Nautilus* y *Albastros* en las aguas de Pasages, le repitieron en las de Guetaria con el bergantín *Gustavo*.

No faltaban carlistas que se quejaban de estos y otros excesos; si bien es verdad que, fuera por la falta de dirección de los actos del partido (1), ó porque no se imponía una voluntad superior á los discolos, hacían éstos mucho daño, y obligaban á decir al comisario régio de Madrid don Juan Ignacio Berriz, en comunicación reservada (2): «así se ve que el solo anuncio de disidencias en los jefes del ejército de V. M., produce aquí más desaliento que la mala nueva de un revés en las armas».

ADMINISTRACIÓN Y HACIENDA.—PEDREGAL.

—ECHEGARAY.—CAMACHO

XXII

No adolecía de menos faltas el gobierno liberal; pero contaba con más elementos que los carlistas, con mayores fuerzas, y adoptó medidas de rigor más ó menos convenientes: declaró en estado de sitio todas las provin-

(1) Así escribía el señor don Gabino Tejado: «Veo con gusto que el *Cuartel Real* se esfuerza en ser algo, y según mis noticias, va á ser auxiliado por útiles cooperaciones. Pero ni eso, ni mucho menos *La Voix de la Patrie*, es lo que necesitamos: Europa nos pide bastante más; pues si bien sabe perfectamente, y aplaude, y admira lo que hacemos (se entiende la Europa católica), está ansiosa de saber lo que haríamos si Dios nos diese el triunfo...»

(2) Fechada en Madrid á 12 de Octubre de 1874.

cias de España, constituyendo comisiones militares permanentes: creó 80 batallones de reserva extraordinaria, formándose un batallón en cada uno de los 80 distritos en que se dividía el territorio de la Península; disolvió todas las sociedades políticas, y se embargaron los bienes de los carlistas, lo cual produjo en el campo de estos medidas de represalias, atropellándose por una y otra parte los fueros de la justicia.

Era deplorable la situación rentística, y la guerra exigía dinero. El honrado señor Pedregal, al dar cuenta como ministro de Hacienda del uso que había hecho de las autorizaciones concedidas al Poder ejecutivo, dijo que el principio dominante en la gestión financiera había consistido en vendar los ojos al contribuyente, aplazando el pago de las enormes deudas contraídas para sufragar gastos muy superiores tal vez al estado de la riqueza dacional en el tiempo que se contrajeron; así se condujo á la nación á que la deuda consolidada estuviese representada por el capital nominal de 35.000 millones de reales. En vez de usar el ministro de la autorización de las Córtes, demandando recursos al crédito, que hubiera precipitado la hacienda en el abismo de la bancarota, prefirió la impopularidad de aumentar los tributos, haciendo sentir al pueblo todo el peso de los sacrificios que las guerras civiles imponen, para que las maldijera.

Renovó á su vencimiento el préstamo de 400 millones del banco de París, é hizo otras renovaciones precisas; redujo la deuda del tesoro de 250 millones á 215; desechó, á pesar de sus apuros, cuantas proposiciones

se le hicieron para negociar los *Pagarés de Riotinto*, por considerarlas desventajosas, dejándolos en mejores condiciones que les había recibido, por mejor garantidos, y en la Memoria presentada á las Córtes el 2 de Enero de 1874 (1), y que está impresa con los documentos á que se refiere, explica claramente su honrada gestión. Si no llegó á discutirse y aprobarse por los representantes de la nación, lo ha sido por la conciencia pública.

En no más favorables circunstancias se vió precisado á encargarse de la Hacienda el señor Echegaray. Apremiado también por la falta de recursos, consiguió que el Banco español, á cambio de convertirlo en nacional, aceptase las delegaciones que habían sido entregadas al Banco de París en pago de una parte de los 400 millones, que así como al señor Pedregal, abrumaban á Echegaray: realizó, precisado por la necesidad, una emisión de treses con los que tuvo valo-

(1) Estos pagarés que estaban suscritos por una de las casas de mayor crédito en Inglaterra, y que el señor Pedregal intentó convertir en metálico por medio del Banco de España, en cuyo establecimiento no encontró á la sazón todo el apoyo que era de esperar; esos títulos que constituían la parte más saneada del Tesoro, y que habrían podido utilizarse para comunicar vigoroso impulso á las operaciones militares, cual era el propósito del señor Pedregal, ó que habrían podido tener otro destino igualmente laudable, desaparecieron después de una de esas operaciones de crédito que no reportan beneficios al Tesoro, ni alivio al contribuyente, ni gloria á la Administración; se llevó á efecto esta operación de crédito para pagar los cupones de la deuda exterior, que en realidad no fueron satisfechos, ó lo fueron en parte, y se hizo el contrato con la casa deudora en los mismos ó parecidos términos que se propusieron al señor Pedregal.

res pignora para los préstamos, y pudo rescatar los treses que estaban en poder del Banco de París. Sacó á pública subasta el contrato del timbre, mejorando sus condiciones; contrató el pago del cupón exterior, modificado después por el señor Camacho, é intentó realizar el arriendo de los tabacos, observando el principio de arrendar cuanto buenamente pudiera arrendarse. Así, pues, con la creación del Banco nacional obtenía el Tesoro 500 millones de reales, al 5 por 100, y con el arriendo del timbre un anticipo de 100 millones.

El señor Echegaray debía proveer de recursos al ejército y buscarlos cuando acaecía el fracaso de Somorrostro y San Pedro Abanto, y el que después se ha mostrado insigne poeta dramático de arrogantes ficciones, tenía delante de sí la realidad de la falta de recursos, para acudir á abastecer un ejército numeroso y nuevas fuerzas que había que reclutar, ante el desastre que impresionaba tristemente á toda España y desalentaba á los más esforzados. Fácil es la censura y la murmuración cuando no se ve el abandono y la soledad en que se dejaba entonces al ministro. Los interventores de recursos no lucían á la sazón su habilidad; los proyectistas y arbitristas proponiendo panaceas y específicos rentísticos, y el censurar el modo como se arbitraron y lograron recursos á muy alto precio, cuando lo que importaba era reunirlos, serán en lo general actos muy políticos, muy parlamentarios, pero había que probar antes si en igualdad de circunstancias habrían, si no todos los censores, algunos de ellos, sabido afrontar ta-

mañas dificultades. Nos referimos á lo que atañe á la gestión directa del ministro; pues en cuanto á informalidades de oficina, á ciertos desórdenes burocráticos, el mal es crónico y creciente.

Al señor Echegaray reemplazó el 13 de Mayo don Juan Francisco Camacho en no mejores condiciones de existencia; bien conceptuado, se confió fundadamente en su gestión rentista; fueron más las esperanzas que las realidades: defraudadas aquellas, se vió que era el nuevo ministro más hombre de detalles que de elevados pensamientos.

La existencia efectiva que encontró en la Tesorería central era de 518.259 pesetas, de las que procedía deducir 202.487, que debían haberse satisfecho aquel mismo día 13 de Mayo para pago de una atención de guerra. Quedaban á disposición del Tesoro 315.672 pesetas; y había que atender al pago de 13.459.059 pesetas que importaban en aquellos momentos las obligaciones más perentorias del Tesoro, por necesidades de guerra, que no podían dilatarse ni un solo día, pues las de esta clase se elevaban á 21.450.000 pesetas. En las cajas de provincia había 2.012.000 pesetas, suma necesariamente insuficiente para las atenciones que pesaban sobre ellas. Los valores dados en garantía de los préstamos, ascendían á 489 millones de pesetas en renta perpétua del 3 por 100, á 26 millones en bonos del Tesoro y á 25 millones en billetes del mismo. Existían además valores en cartera; pero á excepción de 588 millones de pesetas en títulos del 3 por 100, no se podía disponer de los demás fácilmente.

Aunque refractario al sistema que se se-

guía en los préstamos y adelantos al Tesoro, consiguió de importantes capitalistas cantidades para hacer frente á las primeras atenciones, dándoles las seguridades posibles de que no comprometerían sus intereses, ¡tanto desconfiaban! y que no se efectuaría la circulación forzosa de los billetes del Banco. Hacía tiempo se vendían en el mercado las garantías de préstamos, y el señor Camacho restableció la confianza renovando los pagarés. Estableció despues la próroga forzosa por tres meses, impulsada por la apremiante necesidad del día, del momento; efectuó una operación con el Banco de España, centralizando en este todos los títulos dados en garantía, para que á su vez aquel establecimiento garantizase el pago de las respectivas obligaciones del Tesoro, cuya medida fué altamente beneficiosa, pues por el pronto, cerca de 3.000 millones en títulos que estaban dados en garantía á particulares quedaban centralizados en el Banco lo menos por dos años, y se alejaba del mercado la amenaza constante de que fueran á él, como estaba sucediendo, haciéndose además las renovaciones en mejores condiciones. Ajustó cuentas con el Banco de París, el de Castilla é Hipotecario, y se afaná en muy breve tiempo en formar, en medio de las circunstancias que se atravesaban, un presupuesto debidamente estudiado; tanto más necesario, cuanto que venía rigiendo por autorización el que había sido votado para 1872-73, con las modificaciones que introdujo la ley de 6 de Agosto de 1873. Había una necesidad apremiante de recursos y se buscaron en todas las formas de tributación posibles, se disculpaban diciendo

que eran necesarias, que la salvación del país lo exigía.

A la enorme suma de la deuda flotante del Tesoro, 254 millones de pesetas, se agregaba un déficit en el presupuesto de 74 á 73 de 349 millones que había de sostener por la deuda flotante si no se arbitraban más medios de pago que los que había preparados y conocidos. Había que restablecer la tributación necesaria, haciendo revivir los obstruidos veneros de las rentas ó impuestos; si bien de una manera transitoria, y preparándose para los futuros presupuestos de la paz y de la reorganización rentística; y á fin de hacer contribuir á la riqueza en sus diversas formas y manifestaciones, se acudió además de la tributación que existía, al restablecimiento del impuesto directo de consumos, del de la sal, renunciando á su estanco, y del de las cédulas personales. Aumentáronse además otros impuestos, acreciéndose el presupuesto del Estado con 192.988.277 pesetas (1).

(1) Los ingresos que ofrecían las contribuciones é impuestos existentes, calculados sin exageración y sin atribuirles otra importancia que la que se fundaba en la recaudación que se iba obteniendo, bastante difícil por cierto en aquellas circunstancias, eran:

Contribuciones é impuestos.....	}	515.673.097 pesetas.
Propiedades y recursos de todas		
clases existentes.....		

Reunidos los ingresos que aparecen de estos dos datos, ofrecían el resumen del presupuesto general de ingresos para 1874-75, en la forma siguiente:

	PESETAS
Contribuciones é impuestos y recursos existentes.....	515.673.097
Aumentos é impuestos restablecidos ó creados.....	192.988.277
TOTAL igual al resumen del presupuesto	708.661.374

Arrostró el señor Camacho la impopularidad que algunas de sus medidas tenían que producirle; experimentando además el desengaño de calcular rendimientos que no correspondieron á sus previsiones. Las providencias que tomó para cortar los abusos en las negociaciones de la deuda flotante eran dolorosas quizá, y podía escogerse otra forma; pero sobre ser esto cuestión de apreciación, produjo beneficiosos resultados.

El señor Camacho, como los que le precedieron en el más difícil de los ministerios, en el período revolucionario, tuvieron que hacer esfuerzos titánicos para afrontar de alguna manera las necesidades más apremiantes, y lo eran casi todas, con especialidad las que se referían al orden público. No estableceremos esa separación imposible entre unas y otras administraciones, que á todas alcanza por igual el aplauso del objetivo que tenían, y por igual la crítica de los medios de realización subordinados á la realización de la necesidad del momento que se impone de una manera incontrastable, y obliga á realizar una operación al que á ella ha sido siempre refractario.

Por lo demás, é imponiéndonos el sacrificio, en obsequio de la brevedad, de no extendernos en consideraciones rentísticas y examen de actos, terminaremos manifestando que los presupuestos del señor Camacho han sido la base de los sucesivos, y todos los ministros han venido respetando y admitiendo cuantas novedades y reformas introdujo el ministro que lo era en un período de necesaria dictadura, no en una época normal, y después sin guerra; así que, lo que puede

disculpase en el ministro de la revolución, es culpable en la restauración, especialmente desde el fin de la civil contienda.

EL GENERAL SERRANO BEDOYA—PROYECTOS
DE CAMPAÑA

XXIII

Al verse el general Zavala censurado ó combatido más ó menos directamente por una parte de la prensa ministerial, cuando más se afanaba para emprender la campaña, siendo dueño de la voluntad del ejército á cuyo frente estaba, pudiendo haber hecho desde Miranda de Ebro tanto ó más que lo que hizo Espartero desde Más de las Matas, se contentó con venir á Madrid, y si pudieron satisfacerle las explicaciones que recibió en Consejo de ministros, desconfió necesariamente de la actitud en que se colocó algún periódico que recibía elevadas inspiraciones, y dimitió la presidencia del Consejo de ministros, la cartera que desempeñaba y la jefatura del ejército del Norte, sin vacilación admitidas.

Reemplazóle en el departamento de la guerra el general don Francisco Serrano Bedoya, que hizo su aprendizaje de las armas en la guerra civil de los siete años; ayudante del duque de la Victoria en 1840, no se separó de su lado, ni en el destierro, sufriendo resignado las amarguras y persecuciones que durante once años fueron consecuencia de su afecto, gratitud y lealtad. Confinado en Aragón, y preso en Zaragoza en 1854, sólo por sus antecedentes políticos, el triunfo del movimiento de aquel año le repuso en el empleo

de brigadier, ascendiendo á mariscal de campo por sus servicios al frente de una columna que fué en persecución de los carlistas que se levantaron en Aragón. Halláronle los sucesos de 1856 de segundo cabo de Castilla la Nueva y gobernador militar de Madrid; retirado á su casa, fué otra vez elegido diputado á Córtes; obligóle O'Donnell á aceptar la comandancia general del campo de Gibraltar, y en este destino, y en las capitánías generales, de Burgos, Vitoria y Valladolid, y en la Dirección de la guardia civil, sirvió con su acostumbrada lealtad sin renunciar á sus principios políticos. Dimitió en 1866, á la caída de O'Donnell, el cargo que desempeñaba; fué deportado á Canarias en 1868, de donde regresó con los demás generales á realizar la revolución de aquel año; confiriósele el mando militar de los distritos de Andalucía, Extremadura y Granada, aunque sin fuerzas, teniendo que combatir las numerosas masas de pueblo armadas y seducidas por el socialismo, y no accediendo el gobierno á que se formase un ejército que hubiera evitado posteriores desastres, dimitió aquel cargo. Se vió precisado á aceptar la reorganización de la guardia civil, así como después la dirección de infantería y al exigir lo deplorable de las circunstancias el sacrificio de todos, corrió sin vacilar á encargarse del mando del ejército y capitania general de Cataluña, donde ya vimos lo digno de su comportamiento, por lo que pidieron los hombres de bien de todos los partidos y clases de la sociedad continuara al frente del Principado cuando fué sustituido por el general López Domínguez. Dispuesta tenía en-

tonces el general Serrano la operación para salvar la brigada Cirlot; pidió al Gobierno concurrir á ella en cualquier puesto, y fué en el que era debido, á que le invitó aquel general.

Vencida su resistencia para que aceptara el ministerio de la Guerra, decidió no ocuparse más que de ésta, aplazando toda solución política para la conclusión de aquella, siendo preciso llevar á aquel departamento la inteligente dirección de que le privaba la dimisión de Zavala, áun cuando mientras estuvo éste en el ejército del Norte no se mezclaba en los asuntos ministeriales. Encontróse con una infantería compuesta en su mayor parte de batallones de reclutas, con pocas clases á expensas de los batallones veteranos, obtenidas hasta tal punto, que sin completarse ni con mucho la organización de aquellos se habían desorganizado éstos, con más de 6.000 hombres que habían pasado á sus casas heridos ó enfermos, y cuyo paradero se ignoraba, con la creación de 80 batallones para servir dentro de su provincia respectiva, con que había que adquirir caballos y armamento: trató de hacer frente á todo; tuvo que empezar por efectuar nombramientos tan importantes como el de general en jefe del ejército del Norte y la capitania general de Castilla la Nueva, para los que no fué impulsado por afecciones personales, como hacía conocer previamente á los elegidos, y «aceptaban éstos el salvador propósito de dedicar á la guerra los comunes esfuerzos prescindiendo, en tanto, de toda otra política, establecía así un solidaridad entre su libertad y su honra, más inquebrantable que

la que establece sin interrupción el sentido moral en las sociedades cultas». Así lo tiene consignado el mismo señor ministro, y así lo comprendió alguno, toda vez que dimitió en cuanto llegó á su noticia el movimiento de Sagunto. «Con esta excepción, añade, y la de otro general que había servido en el Norte al lado del marqués del Duero y que *no faltó al gobierno*, los demás que propuse y fueron aceptados para diversos mandos según las necesidades imperiosas del servicio lo reclamaban, venían como yo del campo de la revolución á la cual habían servido hasta entonces: la previsión humana tiene sus límites que á nadie es dado traspasar, y menos aún á los caracteres leales. ¿Cómo desconfiar del jóven brigadier que había hecho casi toda su carrera sirviendo á la revolución, al que suponían ideas avanzadas en política, enlazado por parentesco y relacionado con altos funcionarios que lo recomendaban, y que elegido en consecuencia para el mando de las fuerzas que destinó á la persecución exclusiva del cabecilla Lozano, desempeñó esta honrosa misión con acierto y fortuna, mereciendo por ello una distinción honorífica y quedar en turno para el ascenso inmediato que estaba en el ánimo del gobierno concederle á la primera ocasión de nuevos servicios? ¿Podía yo desconfiar *nunca*, dados sus antecedentes, oídas sus manifestaciones previas y repetidas, del general que propuse y fué aceptado con aplauso para el mando del ejército del Centro, cuando un lamentable incidente hizo preciso el relevo del que venía ejerciéndole?...»

Atendió el nuevo ministro en lo posible á

las apremiantes necesidades de Cuba (1), y respecto á la guerra carlista, tiempo hacia que abrigaba la creencia de que conseguida con poderosos refuerzos y en una ó dos campañas la pacificación del Centro y Cataluña, podía caerse después con todas las fuerzas sobre el Norte, donde los carlistas, quebrantados moralmente, agobiados por el número, y cansados de una lucha estéril no podrían resistir mucho tiempo. Con el mismo pensamiento el brigadier don Joaquín de la Gándara, encargóle el ministro le formulara por escrito, le sometió y otros de los generales la Serna (2), Bassols y uno anónimo á una junta de directores de las armas, generales y brigadieres, la que eligió una comisión para que los estudiase é informase; se discutieron los de los señores Gándara y la Serna, hallándose en el primero grandes analogías con el de Narvaez cuando propuso en

(1) Había pedido la autoridad militar de aquella Antilla 12.000 hombres organizados, y se le contestó que se satisfaría inmediatamente esta necesidad, contando únicamente para ello con la recluta voluntaria; y á los pocos días de encargarse el general Serrano Bedoya del ministerio, le pidió el capitán general de la Habana oficiales y tropa para cuatro escuadrones y que los refuerzos que se le enviaran fueran soldados instruidos sorteados en los cuerpos y que llegasen á la isla á fin de Setiembre ó principios de Octubre, y se decía esto el 20 de Setiembre.

El sorteo para Cuba era imposible, como lo manifestaron todos los generales en jefe cuando se les consultó. No por esto dejó de atender el ministro de la Guerra á tan importante necesidad en cuanto le fué posible, y envió hasta fin de Diciembre 9.068 hombres según el estado que tenemos á la vista, expresivo de los viajes de los vapores y el número de hombres que cada uno llevó.

(2) El plan que se suponía del general la Serna, lo era, según creemos, del general Serrano Bedoya.

1838 reforzar el ejército del Centro con 40.000 hombres, teniéndolas el de la Serna (1) con el del general Córdova respecto á las líneas: también el marqués del Duero manifestó más de una vez la necesidad de atender desde luego á la pacificación del Centro, que era seguramente la parte más vulnerable de los carlistas. Y si se hubiera sabido entonces que, en vez de los 15.000 hombres que la junta juzgaba que había en armas en el Centro, eran poco más de la mitad de aquella cifra, nadie hubiera dudado un momento en el inmediato resultado del plan que se discutió á la vez que el de la Serna en varias sesiones y se aprobó por todos.

Dedicóse sin descanso el ministro, ayudado por los directores de las armas y el entendido subsecretario señor Montero Gabuti, á llevar á cabo lo acordado; redujo el número de los batallones en las dos reservas que se hallaban en servicio, disolviendo los necesarios para dotar á ocho compañías fuertes cada uno de los restantes, destinando las clases sobrantes á la reserva provincial, efectuándolo al frente del enemigo y en cor-

(1) Proponía la Serna el establecimiento de una línea defensiva de bloqueo de las provincias Vascongadas y Navarra, que comenzando en las costas del cantábrico se extendiese hasta el Bidasoa por Medina de Pomar, Miranda de Ebro, Logroño, Larraga y Pamplona, desde donde llegaría á Irún por la carretera que desciende al valle del Baztan, asegurando esta línea con las fortificaciones necesarias y las comunicaciones con Madrid por los ferro-carriles del Norte y de Zaragoza. Se adoptaba también la ofensiva para mantener á los carlistas en constante alarma é impedir expediciones, y se consideraban necesarios para ejecutar este plan 95.000 hombres con 3.650 caballos y 126 piezas de artillería.

to plazo, elevando así á 1.100, 1.200 y más hombres el efectivo de cada batallón; unificó los haberes de la tropa, rebajados ya por Zavala para la segunda reserva y la extraordinaria provincial; llevó á los ejércitos numerosos y bien nutridos batallones con excelente personal, que por el pronto guarnecían las plazas y puntos fuertes, dejando disponibles para operaciones las fuerzas que relevaban; adoptó diferentes medidas útiles é importantes relativas á la completa reorganización del ejército; renovó la contrata de 130.000 fusiles con la casa Remington de New-York, depositando en Lóndres las sumas por cuya falta podía considerarse caducado el contrato (1); y el duque de Bailén en Alemania, el brigadier Sanchez Mira en Africa y la compra continua en la Península, proporcionaron 4.223 caballos, con los que remontó los regimientos y aumentó los quintos escuadrones (2).

Reforzado el ejército del Norte con 32 batallones, completados los aprovisionamientos de boca y guerra, y adoptado un plan de campaña envolvente que teniendo por objetivo del momento y obligado el levantamiento del asedio de Pamplona, debía poseisionarse de las importantes líneas del Ega, bajo Arga y del Zadorra primero, y de la

(1) A la salida del ministerio dejó el señor Serrano Bedoya, unificado el armamento del ejército y un sobrante de cerca de 40.000 fusiles de las remesas recibidas y en viaje, debiendo ser en poco tiempo mayor esta cifra.

(2) Tenía la caballería en 1.º de Setiembre de 1874, 11.173 caballos, y adquiridos hasta 31 de Diciembre 3.471. Total 14.644.

de Zubiri despues (1), con facilidad de apoderarse de la artillería que al enemigo sería difícil retirar del Carrascal, y tambien quizá de Estella, en cuyo caso, quedaba quebrantado notablemente é introducido el desconcierto en sus filas; era evidente la conclusión de la guerra. Sólo dependía de la estación el principio de estas operaciones.

CONSPIRACIÓN ALFONSINA
PRONUNCIAMIENTO EN SAGUNTO

XXIV

Cuando mayor gravedad iba adquiriendo la guerra, más conspiraban los partidarios de don Alfonso, á los que se unían los descontentos que produce toda situación política: arreciaban sus trabajos á la vez que el gobierno ponía el ejército en condiciones de obtener á poco esfuerzo valiosos triunfos. Pero la pasión política es ciega, no tiene entrañas, y proclamando patriotismo es á veces parricida.

Habíanse engrosado las filas alfonsinas, y si algunos obraban por convicción, los más iban en busca de personales medros (2). Se

(1) La memoria sobre la campaña del Norte, en la que se consigna el proyecto de líneas de bloqueo, se explica detalladamente el establecimiento de estas, y se propone además de la línea del Zadorra la del condado de Treviño, dando así á Vitoria la importancia que le corresponde por su situación central y estratégica.

(2) Si refiriésemos la multitud de nombres, que inmodestamente se han exhibido ellos mismos, alegando sacrificios que no han hecho y presentando como negociaciones y servicios importantes el asistir á algunas juntas, ser humildes mensajeros de un recado ó portadores de una carta, llenaríamos muchas páginas, que necesitamos para mejor emplearlas, huyendo también

les acogía porque se necesitaba sumar, aunque no dejaba de conocerse el valer de cada uno, sin excluir á tantos que se presentaban como redentores y manifestaban disponer de valiosos medios con que jamás contaron (1).

No hallaban tantos los principales jefes, y sufrían, además, si no desengaños, terribles disgustos, proporcionados por quienes menos debían darlos. Fueron graves las escenas ocurridas en París en Agosto de este año, y opúsose el rey don Francisco, hasta donde tenía autoridad para ello, á que se ligara la persona y el porvenir del príncipe don Alfonso á determinados sujetos, *apartándole por completo de la tranquila resignación en que debe esperar los fallos de la nación española* (2) ¡Triste espectáculo era seguramente el que presentaban los impacientes partidarios de la restauración, alejando al jóven príncipe de la autoridad paterna y haciéndole prescindir de la maternal!

Arrecian los trabajos de conspiración y obligan al ministerio, al ver la ineficacia de

de hacer un libro de convenidas y fructíferas exhibiciones de personas en vez de hechos que merecen consignarse por notables.

(1) En todas las causas se presentan redentores, y no lo hizo con poco empeño entre los carlistas el conocido catalán don José Puig y Llagostera, que tanto se movió en la frontera proponiendo con mucha formalidad una alianza entre las fuerzas que se pronunciasen y los carlistas; que entraran juntos en España don Alfonso y don Carlos, «procediendo cada cual como mejor lo entienda y por los medios que mejor le plazca, á la completa extirpación de la demagogia...» ¡Con qué febril empeño se movía entre liberales y carlistas, sin que podamos comprender á qué opinión se inclinaba más!

(2) Palabras escritas por don Francisco Asis María en una carta fechada en París 12 de Agosto de 1874. —7 rue Lasueur.

su circular del 2 de Noviembre, á pasar otra reservada á los gobernadores de provincias (1), en la que después de exponer lo mal que correspondían á la tolerancia del gobierno los partidos de oposición en momentos tan difíciles añadía: «Si sus trabajos para destruir la obra de la revolución de 1868 se hubieran mantenido en el terreno que la prensa y la discusión ofrecen en todos los países libres al explanamiento de las ideas, el gobierno hubiera permanecido tranquilo espectador del deber y del ejercicio de los que consideraba sus derechos; pero lejos de esta templanza; de esta calma, que no sólo el estado excepcional del país exigía, sino que ya había sido aconsejado por el gobierno en repetidas y razonadas órdenes, una fracción del partido llamado alfonsino, olvidando los consejos de la razón, desoyendo el grito del patriotismo ante el espectáculo de este país desangrado por la terrible lucha civil, anteponiendo su interés de bandería á todo sentimiento de abnegación y al bien público, apartándose de la noble conducta que áun individuos de su mismo partido aconsejaban, no sólo continúa en su propósito de combatir al ministerio, conducta que este respetaría, sino que cegado por la pasión, agita al país, perturba la política generosa y patriótica de un gobierno que no impone soluciones, y que sólo exige de los partidos el aplazamiento de las cuestiones políticas hasta acabar con el común enemigo...» Para evitar este mal se disponía el destierro á otras provincias de los individuos de los comités alfonsinos y

(1) Fechada el 26 de Noviembre y firmada por el señor Sagasta.

de cuantos les ayudaran, y así se ejecutó, lo cual en nada imposibilitó los trabajos de conspiración, en la que se mostraban impacientes los moderados, con los que se concertó el señor Cánovas del Castillo, y al que dieron grandes disgustos, que no merecía seguramente, indignándose con razón con quienes «después de haber defendido flojamente el trono de Isabel II, nada habían sabido ni podido hacer para levantar el de su augusto hijo (1).» Cánovas había dicho á don Alfonso que *no entendía apelar á conspiraciones, ni las toleraba siquiera*, para restablecerlo en el trono; pero no pensaban así otros, intentando alguno efectuar un pronunciamiento en el ejército para proclamar á don Alfonso, y lo pretendió de nuevo en Tafalla ante el cadáver del marqués del Duero, que no había consentido lo que consideraba entonces un atentado político. Discrepando de todos el señor Cánovas del Castillo, decía con profunda convicción á los que de insurrecciones le hablaban: *para realizar el derecho no se necesita derramar sangre; basta con saber esperar* (2).

(1) Historia de la Restauración por el señor don Federico Díez de Tajada.

(2) En efecto, el señor Sagasta dijo en las Cortes: «El mismo señor Cánovas del Castillo sabe que no es verdad que aquel gobierno no procediera con absoluta abnegación; y lo sabe tanto, que él más que nadie criticó y se opuso al movimiento de Sagunto. Y se opuso ¿por qué? Porque temió que aquel movimiento, si salía mal, hiciera después imposible la situación que descaba. ¿Y por qué había de salir mal, si ninguno se oponía? Porque se abrigaba el temor de que si el gobierno se hubiese opuesto, no hubiera venido don Alfonso (*Rumores*). Es más, señores diputados, cuando se presumió que aquello pudiera producir complicaciones en España si el gobierno

Era indudablemente el general Martínez Campos el más ferviente y decidido alfonsino. Con ese carácter noble que no admite vacilación ni duda cuando tiene la convicción de lo justo de su proceder, no podía ocultar sus sentimientos ni su impaciencia. No ocultaba á nadie que desde que volvió de América estaba decidido á consagrarse á la causa del príncipe Alfonso, por considerarla desde 1868 la única posible para el bien de España. Al marchar á Cuba quiso separarse de los compromisos que pudiera atraerle la amistad con determinadas personas y ganar tiempo y posición combatiendo por la integridad de la nación; cuando volvió, se consideraba poco todavía y no quiso destino alguno en la monarquía de don Amadeo, habiendo dicho al conde de Valmaseda que contase con él cuando le necesitase: en Febrero de 1873 consideró las circunstancias á propósito para lanzarse al combate; y sin duda al ver las divisiones y pequeñeces de los encargados entonces de la causa, se indignó de que se dejase á un lado ó poco menos al conde, y

oponía resistencia, con el gobierno se quería transigir; y se le propuso que continuara y se le dijo que no se quería más que cambiar la situación interina, en definitiva; pero que todo podía quedar lo mismo hasta que don Alfonso viniera á España. (El señor presidente del Consejo de ministros: ¿Cuándo y quién). La víspera de formar ministerio. Los mismos generales que se sublevaron; el mismo telegrama de Martínez Campos, el mismo telegrama de Jovellar lo dicen así terminantemente, y de palabra lo decía todo el mundo. Así es que en aquel movimiento no hubo ni una voz en contra del gobierno, ni en contra de la Constitución; el movimiento no tenía más objeto que traer al príncipe don Alfonso, ni más ni menos; pero nada contra aquel gobierno; al contrario, se creyó que aquel gobierno le apoyaría».

Congreso, sesión del 16 de Marzo de 1876.

se perdiera en aquella ocasión, que era en efecto favorable á su intento.

Nunca creyó Martínez Campos viable la República, y aceptó el mando dos veces con ella, porque aunque modestamente, desconfiaba de sus fuerzas, no quería que el ejército pereciera por la indisciplina y que triunfase don Carlos ó el cantonalismo, y no dejó de contribuir, y con buen éxito, á su propósito. Fué á Cataluña en Diciembre, porque ya vislumbraba los sucesos de Enero del 74, y en ellos una excelente ocasión, en la que rompiéndose la legalidad, podía, cuando menos avanzar mucho la causa que defendiera; lo intentó, según nuestros informes; pero respetos militares y carencia de noticias favorables de Madrid, se lo impidieron. Seguramente que lo consideraría como una fatalidad; así como un cúmulo de circunstancias entonces reunidas que interesaban personas y cosas, debieron modificar algún tanto sus ideas, y en nuestro concepto, decidirse á no admitir mandos para faltar al deber militar; pero si le obligaban á tomarle, y se le presentaba la ocasión, no consideraría como obstáculo la indecisión de ningún general por mucha que fuese su respetabilidad.

Estaba en el castillo de Bellver, Marzo de 1874, y no podía menos en aquella situación de afirmarse en sus ideas. Debíó considerar además como una fortuna y ocasión de nuevos prestigios, el ser destinado entonces al ejército del Norte á adquirir otros lauros en las difíciles y gloriosas operaciones que salvaron á Bilbao. A la vez que cumplía como soldado su deber, sin esquivar lo más mínimo, antes deseando derramar su sangre

por la patria, y adquirir méritos, que era su pesadilla, para ser así más útil á don Alfonso, no dejaba de pensar un momento en el que se debía aprovechar para reclamarle, que tal proclamación aceleraría el término de tan destructora guerra.

Consideraron personajes alfonsinos como un acto de intencionada y alta política, felicitar á don Alfonso con motivo de su cumpleaños, y su contestación fué considerada como un manifiesto, y lo era efectivamente (1), y digno. Este escrito, y la salida á poco para el ejército del Presidente del Poder ejecutivo, avivaron los deseos de los que estaban dispuestos á prescindir de toda consideración de utilidad, y hasta de la oposición resuelta de los personajes más importantes del partido alfonsino.

La falta de pruebas impedía al gobierno proceder contra esos generales, que consideraba perturbadores y en el caso de adoptar contra ellos una providencia gubernativa, que alejándoles, desconcertara por el pronto sus proyectos y pudiera ejercerse sobre ellos más exquisita vigilancia: se encomendó la ejecución á la autoridad competente, que por actos y continuas protestas de adhesión al pensamiento del gobierno merecía toda su confianza, y más especialmente la del ministro de la Guerra, á pesar de que no le había conocido ni tratado hasta que le confirió el mando que desempeñaba; rechazó esta autoridad la denuncia respecto del general Martínez Campos declarándola calumniosa, dió explicaciones detalladas que justificaban su

(1) Véase número 12.

seguridad, y respondió en último término de la conducta del general, á cuya virtud fué suspendida la providencia contra él dictada. En efecto, pocos días antes había escrito el señor Martínez Campos á doña Isabel y al señor Cánovas, diciéndoles que, visto que llegaba la época final de su compromiso, y que no tenía medios para hacer el pronunciamiento que produjese la restauración, desistía de todo trabajo y se retiraba á Avila, para lo que pedía pasaporte al general Primo de Rivera.

Muchos desengaños y no pocas contrariedades debió haber experimentado el general Martínez Campos para tamaña resolución, si persistir en ella pensaba; por que eran grandes los compromisos que con doña Isabel y el señor Cánovas contrajo (1). Había experimentado antes algunas vicisitudes, como las consignó en su exposición al príncipe de Asturias (2);

(1) Véanse en el número 13, sus cartas á doña Isabel y á don Antonio Cánovas.

(2) *A S. A. el príncipe de Asturias.*

Señor: Al contestar en el mes de Marzo último una carta de S. M. vuestra augusta madre, me ofrecí á sostener la causa de V. A., por considerarla íntimamente ligada á la de mi patria, y ser la única solución posible para resolver los males que desde 1868 se han ido agravando cada vez más.

Desde entonces he trabajado lo que me ha sido posible, que es bien poco, y he obedecido las órdenes todas que se me han dado, aunque las haya considerado contraproducentes. He propuesto en ocasiones varias medidas que no se han considerado prudentes, y una vez quise desistir al ver mi impotencia y considerar que yo en día dado podría tal vez ser un obstáculo. Cedi, empero, y desde mi modesta posición, ya en combinación con otras personas, ya por mí, he hecho algunos trabajos que he creído habrían dado el resultado suficiente para levantar la bandera de V. A.; pero personas tal vez de

y no era extraño se le considerase, sino desligado de todo compromiso, resuelto á renunciar á iniciativas que estimaba no eran apreciadas como debieran serlo. Pudo, pues, decir el general Primo de Rivera, al presidente del Consejo de Ministros y al ministro de la Guerra que intentaba arrestar al general Martínez Campos, que era éste incapaz de ejecutar el acto que se le suponía, tanto más cuanto que el honor y el deber exigían que no levantase bandera alguna mientras hubiese carlistas en armas. Martínez Campos es mi compañero de armas, conozco su lealtad, respondo de él como de mí mismo y aseguro al gobierno que no pertenece á la raza de los traidores. Dudar de él sería dudar de mí: arrestarle significaría de parte del gobierno una revelación de temo-

más instrucción que yo, pero de seguro de menos convicciones, no han creído que era lo bastante: tres veces me ha ocurrido esto, y á los que he comprometido, les he tenido que decir que aguardasen en vez de cumplirles mi palabra.

Mi crédito con el ejército y con el público se va gastando rápidamente. Me he hecho incompatible con el señor don Antonio Cánovas, que podrá ver con más calma y lucidez el estado de los asuntos; pero yo creo que no va por buen camino, y he creído de mi deber acudir á V. A. rogándole me autorice reservadamente para obrar independientemente de don Antonio Cánovas, á pesar de que esto tendrá el inconveniente de que no encontraré recursos metálicos, tan necesarios para el pago del soldado, cuyos haberes percibe con gran atraso, ó bien que V. A. se digne devolverme la palabra empeñada con su majestad, y retirándome de la gestión activa del movimiento, quede en libertad de negarme á todo paso ó procedimiento que no sea de mi agrado. No acuso á nadie, ni defiendo mi razón, porque no creo que debo ocupar la alta atención de V. A. con relaciones enojosas: aguardando con ansiedad la resolución de V. A. pues los momentos son supremos.—Arsenio Martínez de Campos.

res sin motivo. Puedo afirmar al gobierno que Martínez Campos no se ocupa en el día de política. Su preocupación constante es el sostenimiento de su familia; por lo que piensa retirarse con ella á Avila para vivir más económicamente y aislarse de la política. Esta actitud verdadera del general Martínez Campos, duró poco.

El conde de Valmaseda había enviado emisarios á las provincias de Alicante, Valencia y Murcia, y escrito por entonces Martínez Campos al brigadier Daban pidiendo su cooperación, que prestó al instante; y viendo éste que se tardaba el pronunciamiento, confirió el 4 de Diciembre con el general Carbó que mandaba la división, y con otros; enviaron á Madrid al comandante señor Aznar, que regresó el 13 á Segorbe sin órdenes ni instrucciones terminantes; escribió el brigadier Daban el 23 al general Martínez Campos, que únicamente podía comprometerse á iniciar el movimiento hasta fin de Diciembre, y esta carta decidió al general Martínez Campos, que obrando sólo por su cuenta, contestó á Daban que arrostrando dificultades él haría el pronunciamiento. Así lo escribió al señor Cánovas (1). Y en efecto, salió de Madrid en la noche del 26 de Diciembre con el brigadier Bonanza y el coronel don Antonio Daban, disfrazados de paisanos, el amigo que les esperaba en Valencia les ocultó en casa de un grande de España, partícipe del secreto, como jefe del partido alfonsino valenciano; el general Daban (don Luis) en cuanto recibió el telegrama convenido con su hermano,

(1) Véase número 14.

envió á su ayudante Aznar á Valencia á decir á los conjurados que había creído oportuno aproximarse al general en jefe, para lo cual había dejado alguna pequeña fuerza para defender las fortificaciones en construcción de Segorbe, trasladándose con el resto de su columna á Sagunto. Aznar añadió á Martínez Campos, que casi todos los jefes militares de Valencia, lejos de oponerse al pronunciamiento que se preparaba, se adherían á él y le prestarían su ayuda, asegurando así su concurso. El general Castillo era el único con quien no contaban.

Las tropas que Daban tenía á sus órdenes en Sagunto eran dos batallones de infantería, algunos escuadrones y poca artillería; y aunque escasa la fuerza, confiaba en que todo el ejército del Centro secundaría inmediatamente.

Era preciso no perder tiempo: Martínez Campos partió con sus compañeros á Sagunto en la noche del 28, en una tartana. Al llegar á la antigua y célebre ciudad, conferenciaron con don Luis Daban, y resolvieron informar telegráficamente al general en jefe del ejército del Centro, de sus proyectos, ofreciéndole incondicionalmente se pusiera á la cabeza del movimiento, previniéndole que en todo caso, al despuntar el día, el general Martínez Campos, con la brigada Daban y las fuerzas que pudieran reunir en el trayecto, se dirigirían á Valencia después de haber dado el grito. Por el telégrafo y mensajeros seguros, se avisó á las demás brigadas dispersas del ejército del Centro para que acudiesen á reunirse á la brigada Daban en su marcha sobre Valencia.

Dadas en Sagunto las órdenes convenientes para estar todos preparados, antes de las ocho de la mañana del 29, resonaron en las calles trompetas y clarines, reuniéronse las tropas, y aunque acostumbrados los saguntinos á tales llamadas, reuniones y marchas, les sorprendió algo que no se explicaban, pero que no era común, así como el cortejo que á Daban rodeaba. Los mismos soldados y oficiales notaron con asombro que un jefe de más elevada categoría que el de la brigada, rodeado de ayudantes de campo, también de elevado rango, estaba entre ellos; y como ignoraban con certeza de lo que se trataba, creyóse que se iba á alguna sorpresa contra los carlistas. Tomado el camino de Valencia, á los dos kilómetros, se mandó alto y formar el cuadro en un olivar, constituyendo dos de los lados la caballería é infantería, y los otros dos la artillería. Presentaron las armas, y en medio del cuadro las banderas y estandartes, se presentó el general Martínez Campos, quien expuso á aquellos 1.800 hombres las ventajas de la restauración, que el único medio de concluir la guerra era tener una bandera y un rey representante de las antiguas tradiciones de la España católica y monárquica, siendo rápida entonces la pacificación del país que les devolvería á sus casas y familias y les estimuló á secundar sus esfuerzos para poner en el trono á don Alfonso XII, al que proclamó en nombre del ejército y de la nación. Le victorearon y á Martínez Campos (1).

(1) Había manifestado el general que dejaba en libertad á los que no quisieran seguirle, y solo un capitán, cuyo nombre sentimos ignorar, salió de las filas y dijo,

Jovellar que había teleografiado á los generales Despujol y Macías, á los brigadieres Lasso y Morales, á los capitanes generales de Aragón y Valencia y á los gobernadores militares de plazas ó puntos fuertes, dándoles conocimiento del suceso y añadiendo: «confío en que V. E. se encontrará inspirado por el mismo patriótico sentimiento que determina mi actitud, y que adoptará sin consecuencia disposiciones análogas, comunicándome á la brevedad posible lo que juzgase oportuno», salió á las cuatro de la tarde para Nules con la media brigada Morales. La noche fué de cuidado para Jovellar, por recibirse noticias sobre dificultades en Valencia; y con esta disposición de ánimo emprendió la marcha al amanecer del 30, recomendando antes á su compañero no precipitase la entrada en la ciudad si había realmente peligro de colisión; no existía este, y el general Martínez Campos fué recibido aquella mañana con entusiasmo por la guarnición y alguna parte del vecindario.

En uno de estos altos de la marcha hecho en la Puebla de Granals, Jovellar que no había formalizado la proclamación con acto alguno de pública solemnidad, dirigió la palabra á las tropas (1), que contestaron con

que, aunque alfonsista, jamás se había pronunciado y quería no mezclarse en una sublevación ni aun á favor de su ideal, permitiéndosele abstenerse del juramento y seguir libremente en la columna.

(1) En estos términos:

«Soldados: Venís haciendo la guerra con entusiasmo y constancia, con valor y gloria; pero ignorais cual ha de ser el fruto de vuestras virtudes militares y de la sangre que se vierte: ni aun siquiera conoceis la causa porque os batís.

«Podrá llegar un día en que, libres ya de las fatigas

entusiastas victoriosos, y continuó para Valencia, donde después de una jornada de 50 kilómetros, entró á las 8 de la noche. Recibió en la capitania general á los comités alfonsinos y á las comisiones de los cuerpos, pronunció un discurso inspirado en la confianza del venturoso resultado de la proclamación del rey, conferenció con Martínez Campos y otros; con las fuerzas que fueron llegando pudo disponer inmediatamente de 10 batallones, algunos escuadrones y una docena de piezas de artillería, y se aprestó para marchar á Albacete y acercarse á Madrid con

y peligros de esta fratricida lucha, volvais al hogar de la familia á disfrutar los beneficios de la restablecida paz; pero ¿al amparo de qué eficaces leyes encontrareis garantidos vuestro reposo y vuestros deseos?

»El país atraviesa por una serie interminable de situaciones imprevistas, anómalas é inseguras, que mantienen todos los ánimos intranquilos y todos los intereses en alarma. De aquí ha nacido una aspiración general, que es la que llega á una solución definitiva.

»Cada uno de vosotros sabe ya cual ha de ser esta solución: todos conoceis el feliz acontecimiento que la ha iniciado y simpatizais ardorosamente con él.

»Nuestros compañeros de la brigada Datan, á las órdenes del valiente general Martínez Campos, han proclamado Rey constitucional de España al Príncipe de Asturias, don Alfonso XII, en los célebres campos de Sagunto: y yo, intérprete de vuestros patrióticos sentimientos, os convoco ahora aquí, para repetir el mismo grito en este solemne acto.

»Vosotros deseábais con impaciencia que llegase el momento de restablecer en vuestras banderas el escudo real, enseña de honor y símbolo de gloria, que tantos hechos grandes representa. Aclamemos, pues, al Rey, y al continuar la marcha, entremos como nuestros compañeros en la noble ciudad de Valencia, cuna de la nueva monarquía, con la esperanza del porvenir.

»Soldados: Viva Alfonso XII, Rey constitucional de España».

Repitióse tres veces este viva.

una parte de aquellas fuerzas, confiando que la guarnición respondería al movimiento, á no ocurrir el caso que consideraba improbable, de que por combatirlo el gobierno, consiguiera traer tropas del ejército del Norte, al cual se suponía con el mismo espíritu alfonsino que el del centro. Entre tanto todas las demás fuerzas de este último debían irse reuniendo para las eventualidades futuras; en lo cual no perdían los carlistas, que se veían con bastantes puntos libres de enemigos.

Al regresar á Sagunto, telegrafió el general Martínez Campos al presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra, diciendo que tenía la alta satisfacción de anunciar la proclamación que había hecho, que el gobierno no podía dejar de aceptar aquella solución, que era la que deseaba el prebto y la que podía salvar de la anarquía y de la guerra civil adoptando como programa el manifiesto del príncipe.

Adherido gustoso al movimiento el general Jovellar, lo participó así al ministro de la Guerra (1), diciendo que no había tenido noticia de lo sucedido hasta después de consumado, ignorando también la llegada de Martínez Campos; que le constaba que el espíritu de los cuerpos era alfonsino, por lo que «el movimiento había encontrado pronta y grata acogida entre todos ellos, así como en la gran mayoría del país... y que un sentimiento de levantado patriotismo que se inspiraba en el bien público y en la necesidad de conservar unido el ejército para hacer frente á la guerra civil

(1) A las tres y treinta y dos minutos de la tarde del 29 de Diciembre.

é impedir la reproducción de la anarquía, le impulsaba á aceptar el movimiento y á ponerse á su cabeza» (1). El ministro de la Guerra le contestó inmediatamente: «Sabida por mí y por el gobierno la conducta de V. y el uso que ha hecho del mando que el mismo gobierno había confiado al general y al.... nada tengo ya que decirle como no sea recordarle su despedida, las conferencias que la precedieron, y que el ejército del Norte se halla al frente del enemigo.» Destituyóle del mando, encargando á todos los jefes de fuerzas no obedecieran sus órdenes; pero como se decía á los soldados que don Alfonso era la paz, ¡viva don Alfonso! gritaban.

El señor Martínez Campos ofreció al general Castillo ponerse á sus órdenes si se adhería al movimiento; más no permitiendo á éste la severidad de sus principios militares hacerlo así, ni los de su honor faltar á los deberes que tenía respecto al gobierno que le había confiado el mando de la capitania general de Valencia, lo consideró como un acto de deslealtad, altamente inoportuno al frente del enemigo, se negó repetida y resueltamente á ponerse al lado de los que siempre fueron sus amigos, no se decidió á hacerles frente, y se limitó á pedir al gobierno le relevara, fundándose en la situación difícil en que sus antecedentes y afinidades le colocaban.

(1) Y añadía: «Me he decidido á ello en el momento más solemne de mi vida, y creo interpretar de la mejor manera posible el cumplimiento de mis deberes en tan grave y complicada situación. Deseo que el gobierno, hecho cargo de esto, me juzgue con equidad, y cualquiera que sean las consecuencias espero tranquilo el fallo de la historia.»

CONFLICTO Y PROPÓSITOS.—PRISIONES.—CONFERENCIAS CON LA SERNA Y EL PRESIDENTE DEL PODER EJECUTIVO

XXV

Gran contratiempo era el pronunciamiento de Sagunto para las operaciones iniciadas, y rudo golpe recibía el gobierno en tan críticas circunstancias, aunque no imposible, ni mucho menos, de remediar, porque una corta brigada no era el ejército, y con energía y actividad podía ahogarse en su origen la insurrección. Comunicáronse al efecto órdenes oportunas, y avisado el jefe del Poder ejecutivo, adoptó á su vez y con relación al ejército del Norte las que creyó convenientes para prevenir y resistir; tomaron también sus providencias las autoridades de las provincias, enviando todas sus protestas de adhesión incondicional, incluso el capitán general de Castilla la Nueva, que esta vez ya no respondió de nadie, y si bien se hizo intérprete de los deseos de muchos, ofreció hacerse matar si era preciso, al lado del ministro de la Guerra, antes de faltar á su confianza y amistad, en cumplimiento de su deber, aunque con el propósito, según declaró en las Cortes, de no dejarse relevar. La evolución del general en jefe del ejército del Centro cambió el aspecto de todo y decidió la cuestión; no se iba á contrarrestar á una brigada, sino á un ejército.

En cuanto se supo en Madrid el pronunciamiento de Sagunto, una comisión, compuesta de las personas que más habían contribuido á la revolución de Setiembre, entre

los que se hallaban los señores Topete, Oreiro, Zorrilla, Montero Ríos, Martos, Pedregal, Becerra, Castelar y otros que previamente habían celebrado una junta, se presentó al señor Sagasta, ofreciéndole incondicionalmente su cooperación y la de las masas de que disponían; pero tales seguridades les dió el ministro y especialmente respecto al capitán general, que creyeron se ahogaría la sublevación. Esto no obstante, se pusieron de acuerdo con el gobernador civil y hasta llegó á hacerse una especie de distribución de fuerzas para el caso en que hubiera que apelar á las armas, no dudando del triunfo. porque contaban, dijeron, con algunas tropas de infantería y caballería de la guarnición, con que los ingenieros no procederían contra el gobierno, y que no les faltaban inteligencias en ciertas clases del cuerpo de artillería. Si hubiera llegado el caso de obrar, hubieran experimentado tristes desengaños.

Se prendió á los señores Cánovas del Castillo, Escobar y otros, para seguir la costumbre de prender á los que se consideran jefes ó partícipes de una insurrección, y ninguna de las dos cosas eran. En otra parte de Madrid se conspiraba más belicosamente y se reunían personajes cuyo entusiasmo crecía con los progresos que hacía el pronunciamiento de Sagunto. No estaba, ni quería estar con ellos el señor Cánovas, hombre de ley, que tenía completa seguridad del triunfo de la causa que dirigía, y comprendía lo innecesario de la fuerza, que suele ser el recurso de la falta de razón, y consideraba el pronunciamiento como una calaverada. En su profunda fe, no participaba de la febril

impaciencia de los que deseaban conseguir un objeto sin reparar en los medios. El señor Cánovas, no quería, como ya lo hemos visto, la insurrección, que podía producir encuentros de funestísimos resultados para el país, que es siempre la víctima inconsciente y resignada de las disensiones políticas, de las divisiones y miserias de los partidos.

El ministro de la Guerra participó al Presidente del Poder ejecutivo y al general la Serna lo efectuado en Sagunto y las providencias que había tomado para rechazar toda sugestión contra el gobierno, «puesto que además de ser el deber de todos, no hay un solo español liberal y honrado que no rechace tales sugestiones, útiles únicamente al bando carlista.» Había marchado á Tafalla el duque de la Torre y contestó el general la Serna estar en un todo conforme con las apreciaciones del ministro, asegurándole la lealtad del ejército «que sólo piensa hoy en batir á los carlistas.» Anuncióle el ministro que el gobierno se ocupaba en que se dirigiese á Miranda todo el material disponible del ferro-carril; conferenció la Serna con el duque, convinieron en esperar á Moriones, al que llamaron; les participó el ministro que era urgente saber la actitud del ejército del Norte, porque de ella dependía la más ó menos enérgica que habían de tomar las pocas tropas que existían en la capital, pues entre ellas había algunos cuyos jefes se concretaban á responder de la tranquilidad pública, lo cual no le satisfacía, porque si las fuerzas insurrectas se dirigieran á Madrid, no era seguro las combatieran con las armas; la Serna contestó, que el ejército, sin excepción

de armas, cumplía la misión que le estaba encomendada al frente del enemigo; el ministro le replicó que había otro enemigo en campaña, y sería de alta conveniencia que la artillería del Norte, por medio de un acto público y solemne, diera un mentís á los que la calumniaban, suponiendo contar con su cooperación para apoyar la bandera levantada en Sagunto, y la Serna añadió: «Ya he dicho á V. E. que sin excepción de armas, el ejército del Norte cumplirá como bueno la alta misión que le está encomendada, y no creo prudente exigir más.»

Después de conferenciar la Serna con el gobierno, y con el Duque de la Torre, reunió en Logroño á los jefes de división de brigada y de regimiento (1), y todos convinieron en que el ejército obedecería á sus jefes: el señor Molins, coronel del segundo de artillería de montaña, manifestó que no se batirían con los de Sagunto; Barges dijo que sus tropas se batirían con los carlistas, dudando lo hicieran con los pronunciados y con la guarnición de Madrid; pero el coronel señor Gregori declaró que sus soldados se batirían, sin excepción, con quien les mandara el general en jefe, y Pieltain añadió que si no se combatía al pronunciamiento se retiraba.

El Consejo de ministros había enviado el 29 con el carácter de urgentísimo, un telegrama al Presidente del Poder ejecutivo diciéndole que si contaba con la lealtad y decisión del ejército debía ir á Madrid con el

(1) Señores Pieltain (don Cándido), la Portilla y Fajardo, los brigadieres Acellana y Barges y los coroneles de los regimientos.

mayor número de fuerzas posibles para combatir. «No olvide V. E., añadía que en las guerras civiles la presteza es el todo. Hasta que V. E. decida, el gobierno se sostendrá á todo trance contra todos, á pesar de que la escasa guarnición de Madrid tiene sus vacilaciones.»—«Cuento, contestó Serrano (1), con la lealtad y decisión de estas tropas; pero me es indispensable conferenciar con Moriones y la Serna, lo cual verificaré á la madrugada, y en seguida lo comunicaré á V. E.» Llegó el general Moriones dos horas antes de la en que se le esperaba; conferenció en el acto el duque con la Serna, Moriones, Dana, Terreros y Alberico, y conviniendo en la gravísimo de las circunstancias, resolvió, de acuerdo, se dispusieran desde luego ocho batallones divididos en dos brigadas para que marchasen sobre Madrid, yendo el duque con la primera del primer cuerpo, por Zaragoza, y la otra del segundo por Miranda; quedaban además dispuestos seis batallones para dirigirlos á donde conviniese, dejando asegurado que el carlista no adelantaría un paso sobre la línea liberal; y por si los carlistas de Aragon amenazaran á Zaragoza ó la extrema derecha, no creía conveniente separar fuerzas en demasía. Pidió el material necesario en las estaciones de Miranda, Castejon y Casetas para la marcha de las dos brigadas, avisó después que se activaba envío de las cuatro batallones por Miranda y los otros cuatro por Casetas, así como la reunión de los seis para atender á eventualidades, que tenía consigo un batallón

(1) Desde Tudela el 29 á las diez y veinte minutos de la noche.

con el cual podía salir desde luego; pero deseaba que el ministerio le dijera terminantemente si lo hacía ó si esperaba á que llegaran á Madrid los ocho batallones, «en la inteligencia de que esto se demoraría á tercero día cuando ménos.» A poco (diez de la mañana) telegrafiaba lo siguiente: «En este momento llegan en tren expres de Logroño el general Fajardo y brigadier Serrano á manifestarme de parte del general en jefe y demás jefes y oficiales que en junta habían acordado hacerme presente que el segundo cuerpo de este ejército permanecía leal, pero que las tropas no se hallaban dispuestas á batirse con sus compañeros sublevados; además me han dicho que los cuatro batallones de aquel cuerpo, que según el acuerdo de esta madrugada y orden reiterada por mí debían salir para esa, no lo han verificado por resolución de la citada junta.»

El ministro de la Guerra telegrafió al Presidente del Poder ejecutivo: «En mi concepto y en el de muchos, esta guarnición con el capitán general está sublevada. Ha habido un momento en que he estado preso en el ministerio. Sin embargo, llamado el capitán general y amonestado severamente, me ha manifestado que no podía faltar ni á V. E. ni á mí, habiendo en seguida retirado las tropas que por su orden sin duda habían venido á desempeñar aquel cometido (1). El general

(1) El general Primo de Rivera protesta que no sólo no estaba en connivencia con los que conspiraban para la restauración, sino que se oponía á estos trabajos considerándolos prematuros, y manifiesta también que ni pensó en prender al ministro de la Guerra. (a)

(a) Lo sucedido fué que al salir el capitán general á dar cuenta al ministro de la decidida actitud de los je-

Primo de Rivera ha marchado á los cuarteles á disuadir á los cuerpos. Voy á ver al presidente del Consejo, y diré á V. E. después lo que ocurra ó sepa. En apariencia completa tranquilidad.»

Después fué la famosa conferencia de varios ministros con el duque de la Torre, que comenzó á las siete y media de la noche: es notable y merece ser conocida íntegra y exactamente.

Presente el ministro de Estado saluda al duque de la Torre, dispensándole que venga por el momento sólo, porque sus compañeros conferencian con el capitán general.

El ministro de la Guerra ha visitado los cuarteles acompañado del capitán general y de los directores de las armas. Toda la artillería y un batallón y cuatro compañías de infantería alojados en San Gil y la montaña están virtualmente pronunciados, y sólo conservan una actitud aparentemente pacífica y condicional en el fondo. El batallón de Jaén, cuatro compañías de ingenieros y dos pequeños escuadrones de caballería se han ofrecido incondicionalmente al gobierno; pero no cree el ministerio que llegaría su obediencia hasta hacer fuego á los otros si se echasen á la calle. De todas partes y principalmente por el capitán general, órgano hoy de las aspiraciones de la tropa que fraterniza con el movimiento, nos llegan noticias de la impaciencia que aqueja por los simpatizadores y la dificultad de contenerlos. En esta situación crítica é insostenible para un ministerio que, no estando al lado del jefe del Estado, no tiene fuerza ni autoridad para resolver nada, hemos llamado al consejo al capitán general, y yo acabo de tener con él una polémica que reduce á lo siguiente:

«La guarnición, le he dicho, coloca al ministerio en una situación imposible, pues queriendo secundar el movimiento no se decide á pronunciarse, y pretendiendo mantener el orden y la disciplina se irrita porque dice

les de la guarnición (tanto más decidida cuanto que hasta pensaron entenderse con el general Quesada si no se prestaba á ponerse á su cabeza Primo de Rivera) temió el oficial de guardia le apresaran, y adoptó oficiosamente medidas alarmantes, que hizo el general Primo de Rivera que cesaran en cuanto las supo.

va á venir el duque de la Torre y amenaza echarse á la calle antes de que esto suceda; ¿qué quiere entonces la guarnición?»

El capitán general contestó que podíamos aceptar la bandera levantada por Martínez Campos, á lo cual repliqué que eso no lo haríamos nunca en nuestra posición, aun cuando fuéramos alfonsinos, y mucho menos no siéndolo ninguno. «Le coloqué en el dilema de que ó se pronunciaran arrojándonos del ministerio, ó que nos dejasen el tiempo suficiente para que viniendo V. á Madrid pudiese dar con entera libertad la solución que su patriotismo y dignidad le dictasen.» El capitán general contestó: «que la guarnición temía que V. llegase con fuerzas que provocasen un conflicto con las de Madrid, pero que si venía V. solo, él trabajaría á las tropas en el sentido de que diesen un plazo para sostener el orden, respondiendo el capitán general de la persona de V. y de su autoridad como jefe del Estado.» Hasta aquí yo, y ahora comienza el ministro de Fomento, que siguió discutiendo con el capitán general cuando yo vine al teléfono.

El duque de la Torre.—Que hable el ministro de Fomento.

El ministro de Fomento.—He dicho al capitán general que yo me colocaba entre los vencidos y que no quería ninguna consideración como gobierno; pero que hablaba en nombre de mi país y que no había en la situación creada más que estas soluciones para el ministerio: ó defenderse hasta ir con la demagogia, y buscar un pacto en interes de todos, que en todo caso debía celebrarse con el jefe del Estado, y si el señor Primo de Rivera quería asociar su solución con la tutela personal del duque de la Torre, para lo cual se consideraba con fuerzas en la guarnición de Madrid, lo primero que había que hacer era colocar al jefe del Estado en condiciones dignas, sin exigirle que viniera solo, sino como tuviera por conveniente: y el general Primo de Rivera tuvo que confesar que para que se levantase con condiciones de algún porvenir la monarquía que se quería crear, era preciso evitar á toda costa una lucha, y contar, hasta cierto punto, con el apoyo ó con el consentimiento del actual jefe de Estado: que por su parte no veía inconveniente en que V. viniera solo ó acompañado, pero que la guarnición de Madrid estaba recelosa, quería á toda costa evitar una lucha, y no la veía dispuesta á consentir que V. viniera con elementos para contrariarla. Dijo que si V. venía respondía de su persona y autoridad y que aguardará la

resolución de V. y del ministerio hasta la madrugada. Si V. quiere oír al capitán general vendrá al momento al aparato y sírvase V. contestar á esta pregunta antes que á ninguna otra.

El señor duque.—No hay necesidad de que yo hable más que con los ministros que lo han sido, al ménos hasta este momento. Yo no puedo ir solo ni acompañado bajo el amparo tutelar, que agradezco, del capitán general que con la guarnición se impone al gobierno. Cuando haya otro ministerio nombrado por los hoy rebeldes, podré aceptar esa tutela por si es posible que me dejen vivir tranquilo en un rincón. La situación es insostenible; es preciso que se resuelva pronto para honra de todos.

En la estación tengo un tren con un batallón; otros siete están en marcha. Debo saber si detengo estos movimientos; y para ser leal en todo, debo decir dos cosas: 1.ª Que no busco colisiones, porque solo aprovechan á los carlistas, nuestros comunes enemigos, 2.ª Que el general la Serna y otros generales me han manifestado esta madrugada que estas tropas, tan leales y disciplinadas, repugnarían, les parece, romper el fuego contra sus compañeros. Deseo se desate ó corte el nudo, y si les parece á mis queridos amigos los ministros, desistiré de mi marcha esta noche.

El ministro de Estado.—Suprema es la situación en que se encuentra el ministerio que debe resolver en un minuto una cuestión preñada de dificultades gravísimas. En tal situación pide órdenes al jefe del Estado y consejo leal al cariñoso amigo que acababa de darnos con su contestación una prueba más de su noble patriotismo: V. conoce todos los datos del problema. ¿Qué debemos hacer?

El señor duque.—Si la resistencia es imposible, si el capitán general ni se rebela ni obedece, si así no se puede continuar ó relevar al capitán general, y la guarnición saldría á su defensa, ó abdicar en sus manos ese efímero y poco decoroso poder.

El señor presidente del Consejo de ministros.—La resistencia es posible si contamos y cuenta V. con la lealtad activa de ese ejército, y si con algunas fuerzas pudiera V. venir rápidamente á Madrid. En este caso intentaríamos aquí la lucha esperando los refuerzos inmediatos que de ese ejército pudieran venir. En otro caso tememos que los recursos lleguen cuando hayamos sido vencidos haciendo la situación de V. comprometida é imposible.

El señor duque.—Rápidamente podría ir sólo con un

batallón; los otros tardarían dos, tres ó cuatro días; no podría llevar artillería ni caballería, al menos rápidamente. Las tropas se mantienen en disciplina y obediencia, pero ya he dicho lo que piensa el general en jefe y algunos otros generales, que conocen mucho su espíritu, por si llegara el caso de hacerles romper el fuego contra sus compañeros. Es preciso no olvidar el engreimiento de los carlistas á la vista de estos hechos.

El señor ministro de Estado.—El ministerio, en vista de la imposibilidad de la resistencia, podría reunirse con V. en el punto que designara y en el caso de que juzgue que la resistencia, imposible aquí, es posible en otra parte.

El señor duque.—No puedo responder á la última pregunta, porque no tengo seguridad. Si el gobierno quiere que nos veamos fuera de Madrid, podría ser mañana temprano en Sigüenza, Guadalajara ú otro punto.

El señor ministro de Estado.—Si el gobierno se había de aproximar á V. sólo para conferenciar, no hay tiempo, porque en nuestro concepto estaremos derribados esta misma noche; hacíamos la proposición por si V. quería conservar la legalidad de su presidencia enfrente del poder que se levanta, arrojando como ministros y buenos amigos de V., todas las consecuencias de este paso.

El señor duque.—Si no tuviéramos los carlistas enfrente yo hubiera tomado la iniciativa para proponer esto á mis queridos amigos los ministros. El patriotismo me veda que se hagan tres gobiernos en España.

El señor ministro de Estado.—El ministerio cree que V. obra con el más levantado patriotismo, pero exigía nuestra lealtad hacerle esta proposición. Así las cosas nos parece que puede V. quedarse en esa suspender el movimiento de las tropas hacia Madrid. En esta hora suprema, más para el país que para nosotros, nos despedimos de V. quizás para mucho tiempo, enviándole un cariñoso abrazo y esperando que V. nos envíe en cambio una palabra que indique la honradez, la lealtad y el profundo afecto con que le hemos servido.

El señor duque.—Reciban Vds. todos, mis queridos amigos, mi gratitud inmensa por su amistad y cariño; por la lealtad, honradez y energía con que en estos calamitosos tiempos han desempeñado sus espinosos cargos: ofrézcanme Vds. á sus familias con ternura, y les recomiendo á todos mis amados hijos y mi querida esposa. ¡Adios, mis nobles y queridos amigos!

El señor presidente del Consejo de ministros.—Adios;

la duquesa y los niños están seguros. Nos despedimos de V. con lágrimas en los ojos. El ministro de Estado manifiesta á V. que, desde su marcha, la única persona á quien ha visitado el general Serrano Bedoya ha sido á la señora duquesa de la Torre.

El señor duque.—Mil cosas á Rosario y á mi querido amigo el general Serrano Bedoya.

El señor presidente del Consejo de ministros.—Adios, mi querido general ahora vamos juntos y tranquilos á esperar los sucesos y á cumplir los deberes que nos impone el patriotismo.

El señor duque.—Adios, mi querido Sagasta, hasta que nos volvamos á ver y á abrazar. (Nueve de la noche.)

Terminada la anterior conferencia, se reunieron los ministros en Consejo, en el que se presentó el señor Primo de Rivera anunciando que una comisión de todas fuerzas que guarnecían á Madrid solicitaba ver al gobierno. Se permitió que entrasen en el salón, y Primo de Rivera expuso, en nombre de toda la guarnición que ésta se asociaba al movimiento del ejército del Centro y que intimaba á aquél se adhiriese á aquella bandera ó cediese el puesto. El señor presidente del Consejo, en nombre de sus compañeros, protestó de aquel acto de fuerza, ó más bien de las circunstancias, añadiendo que no quería emplear para su defensa otras fuerzas que las que él había organizado y armado para vencer al carlismo y defender la sociedad, que eran las que deslealmente se le volvían en contra. Abandonaron entonces los ministros el edificio, poblado ya de personajes de la situación política que se inauguraba, é iban á aprovechar los elementos que en fuerza de abnegación, sacrificios y trabajo incesante se habían acumulado para concluir la guerra civil.

Primo de Rivera dirigió un despacho-cir-

cular—30 Diciembre—á los gobernadores civiles y presidentes de audiencias, participándoles la proclamación de don Alfonso, y que en aquel momento se constituía nuevo gobierno, cuya composición participaría. Al general Martínez Campos le felicitó por el triunfo obtenido, manifestándole que el gobierno provisional le había nombrado general en jefe de Cataluña, á donde le rogaba marchase, por ser su presencia necesaria. Se desconfiaba del general Lopez Dominguez. Saludó también al general La Serna, al que consideraba como jefe de aquel ejército: dijo al general Latorre: «vuestra causa ha triunfado, felicito á V. E. y le ruego venga enseñada». No faltaban partidarios á la restauración, y entre los que se adhirieron á ella, los había si no convencidos muy convertidos, porque algunos se mostraban antes implacables enemigos, y otros, para que no se les tildara sin duda de tardíos, decían que se habían adherido á la nueva situación desde el día antes; es decir cuando no se había resuelto aún en Madrid.

El mismo día 8 de Diciembre, que se organizó en Logroño el ejército del Norte en tres cuerpos á las respectivas órdenes de los generales Moriones, Pieltain (don Cándido y Loma (1), resolvió el Presidente del Poder ejecutivo de la República concurrir personalmente á las operaciones militares ejerciendo el mando en jefe del ejército con el

(1) Cada cuerpo se formaba de tres divisiones mandadas los del primero por los generales Colomo, Catalan y Merelo; las del segundo por la Portilla, Fajardo (don Ramon) y Tassara, y la del tercero por Villegas, Blanco y Morales de los Rios, que mandaba la división de Vizcaya.

cual concurriera á las mismas, desempeñando las funciones de jefe de de E. M. G. el que fuera general en jefe de aquel ejército y se dirigió desde luego al del Norte, y á los pocos días comenzaron las operaciones que se estuvieron preparando hacia un mes. Merelo había pernoctado en Caparrosa, Ruiz de Alcalá en Villafranca, y Navascués practicó un reconocimiento sobre Aibar, y Sada peleó con los carlistas que se le opusieron haciéndoles 20 prisioneros. Si no se proseguieron en grande escala las operaciones, debióse á la crudeza de la estación, en pleno invierno, abundante en lluvias y nieves; pero se preparaban para en cuanto lo permitiera el tiempo.

Así dijo el ministerio en sus postrimerías, que en el momento mismo en que el jefe del Estado movía el ejército del Norte para librar una batalla decisiva contra las huestes carlistas, utilizando los inmensos sacrificios que el gobierno había exigido al país, y éste otorgado con tan noble patriotismo, algunas fuerzas del Centro, capitaneadas por los generales Martínez Campos y Jovellar levantaron al frente del enemigo la bandera sediciosa de don Alfonso de Borbon.

Creyó que no tendría eco en los ejércitos del Norte y Cataluña ni en ninguno de los diversos distritos militares, y se equivocó por completo, pues los mismos jefes que el 29 protestaban contra el pronunciamiento se adherían á él 30, y muchos con entusiasmo. Desde luego ganó bastante el país en que no bubiese otra civil contienda.

1875

PLAN DE LIZARRAGA.—DORREGARAY.—QUESADA.—OPERACIONES

XXVI

Contando á la sazón el ejército carlista del Centro 10.486 infantes y 704 caballos, hallábase en Chelva Lizarraga el primer día del año de 1875, cuando supo lo sucedido en Sagunto, que consideró motivo de excisión entre las tropas liberales, consignándolo así en la orden general del ejército. Para aprovechar las circunstancias, mandó á Gamundi y Boét marchasen á tomar á Guadalajara; á Velasco y á Cucala á la ribera, por delante de Valencia, llamando hácia allí la atención del enemigo, y él con Vallés á apoderarse de Aranjuez, rompiendo el ferro-carril (1) antes de que le utilizase don Alfonso á su venida á Madrid. Podía favorecer este movimiento la concentración de las tropas liberales en las capitales; pero Velasco y Cucala no pudieron vencer la resistencia que opusieron los defensores de Vinaroz, aun cuando empezaron el 6 la embestida, sorprendiendo la guardia de San Francisco y atacando con gran empuje hasta el teatro, y por la orilla del mar hasta junto á la plaza de San Agustín, teniendo que retirarse dejando algunos muertos, heridos y cerca de 40 prisioneros (2); y

(1) Así lo había ordenado en un bando, el fusilamiento de los empleados, é incendiados los trenes de mercancías y pasajeros dejando á éstos en libertad después de conducirlos dos jornadas distantes de la vía.

(2) La brigada Morales Reina, que estaba en Torreblanca, bajó á Alcalá, y á las nueve de la noche salió para Vinaroz, haciendo una gran marcha, y llegó á la madrugada del 7.

Gamundi y Boét, no pudieron tampoco, por enfermos, ejecutar la parte del plan que les estaba encomendada. No le consideró Lizarraga frustrado: mandó á Vallés que avanzase sobre Aranjuez y Molina, y para ayudarle fué á Ademuz; y si no pudieron apoderarse los carlistas del Real Sitio, bien protegido, penetraron en Molina en la noche del 13, á pesar de la valerosa resistencia de algunas compañías del provincial de Madrid; teniendo ambos combatientes, muertos, heridos y prisioneros, y la ventaja los agresores de llevarse armas y recursos.

Nombrado Dorregaray general en jefe del Centro en Noviembre último, pasó el Ebro el 7 de Enero y conferenció el 10 en Cherta con Velasco, que le habló de las cosas y de las personas poco satisfactoriamente, avistóse el 21 en Rubielos de Mora con Lizarraga, que demostró asimismo la enemistad que había entre los jefes, el estado lamentable en que todo estaba, y refirió sus poco edificantes escenas con don Alfonso. No podía seguramente mostrarse Dorregaray satisfecho del estado en que lo hallaba todo en el país que se le encomendaba, y se propuso con decisión y energía extirpar abusos y establecer el orden posible, ya que no se hiciera la ilusión de que fuera el necesario, porque eran extraordinarios los abusos que en todos los ramos existían.

Nombrado Jovellar ministro de la Guerra, se confirió el mando del ejército del Centro al general don Genaro de Quesada; encargóse de él en Valencia el 5 de Enero, contando un efectivo de 33.099 hombres, 1.294 caballos, 772 mulos, 30 piezas montadas y 24 de

montaña (1), las fuerzas navales del Ebro y los Alfaques que las componían dos vapores y cuatro buques de vela, montando 13 cañones y algunas contraguerrillas; saludó al día siguiente á los habitantes de los distritos militares de Aragon y Valencia y á los soldados, ofreciendo á todos una próxima paz obtenida de grado ó por fuerza; concedió á los cuatro días ámplio y general indulto á los carlistas que se presentasen, según le había autorizado el gobierno, así como para negociar reservadamente con algunos jefes carlistas, á fin de provocar defecciones é introducir la desunión en su campo, y protegió el viaje del rey á Madrid desde Valencia, donde desembarcó el 12, victoreado por el ejército y el pueblo.

Disminuidas las fuerzas de Quesada con las que escoltaron al rey, que las envió el gobierno á Cuenca y Sigüenza, tuvo que mantenerse á la defensiva. Para conocer la situación y necesidades de la costa de Levante, fué el 16 por la vía férrea á Castellon, de aquí embarcado el 17 á Vinaroz, volvió á embarcarse por la tarde para Peñíscola y regresó á Valencia. De acuerdo con el gobierno, entabló correspondencia con Dorregaray para verificar un cange de prisioneros, consultó el carlista con don Carlos, concertándose después en Madrid un tratado que se mostró empeño en ocultar, y del que ya nos

(1) Segregando de estas fuerzas las de las guarniciones, que ascendían á 13.449 hombres, 718 caballos, 340 mulos y las 30 piezas montadas, quedaban para operar 19.650 hombres, 576 caballos, 423 mulos y 24 piezas de montaña. El general Jovellar se llevó unos 1.500 hombres á Madrid.

ocuparemos, y siguió Quesada otras negociaciones con algunos jefes carlistas para conseguir de ellos la misma adhesión que de Cabrera, costando la vida á algunos.

No se desatendieron por esto las operaciones, aunque mermadas las fuerzas liberales por haber dispuesto el gobierno de la división Despujol, para aumentar las que iban á levantar el asedio de Pamplona; salió Quesada de Valencia, uniéndose á la brigada Velasco, cerca de Segorbe; forzó la de Arnaiz el 27 el puerto de Domeño, débilmente defendido por los carlistas, y penetró en Chelva. Había llegado Dorregaray á esta población tres días antes, y confiando en la vigilancia de Monet, le sorprendió la aproximación de los enemigos, sin previo aviso, causando grande alarma en el numeroso é inútil personal que llenaba aquel pueblo; no confiaba en sus fuerzas para resistir á las liberales, y marchó á Tuejar, dejando una sección de su gente para retardar el avance de los enemigos y dar tiempo á que se desocupara el pueblo.

A él acudió también Quesada por el Pico del Remedio; se rescataron prisioneros, y se hicieron otros; se impusieron contribuciones; siguió Arnaiz tras Dorregaray, que se retiró de Tuejar con tres cortos batallones, dejando dos en los alrededores de Domeño para llamar la atención del enemigo y caer sobre él, si podía; llegó hasta Talayuelas, y al saber que Quesada atacaba el fuerte del Collado, marchó á sus inmediaciones. Intimó, en efecto, el jefe liberal la entrega del fuerte al que le defendía, que desdeñó las dos intimaciones que se le hicieron, y aunque comprendía Que-

sada la inutilidad del ataque, quiso ensayar su efecto, contando con algunas inteligencias en su recinto y por saber pensaban llevar pronto artillería, de que entonces carecían sus defensores. Después de un fuego inútil, que consumió las cuatro quintas partes de las municiones de artillería, se retiró, prosiguiendo á Valencia: habiendo vuelto á Chelva Dorregaray, preparó Quesada otro movimiento combinado por las mismas tres columnas que acaban de efectuar el anterior. Mientras se efectuaba, la división carlista aragonesa perfectamente guiada por Gamundi y Boét, ejecutó varios movimientos para desorientar á su enemigo, y desde Oliete se presentaron en dos jornadas ante Daroca, la asaltaron y se enseñorearon de ella después de diez horas de porfiado bregar, que fué valerosa la resistencia que opusieron sus defensores, hasta verse reducidos al último baluarte. Quedaron prisioneros unos 184 hombres, incluso el jefe de aquellas fuerzas coronel don Federico Sancho, al que formaron causa y mostraron grande empeño en fusilar, indultándole don Carlos. Se apoderaron de 140 caballos con sus monturas y regresaron á Oliete, felicitando después Dorregaray con una entusiasta alocución á aquellos aragoneses que tan noble hecho de armas habían llevado á cabo, dejándoles animados para mayores empresas.

Quesada atribuyó este desastre al desamparo en que las atenciones del Norte habían dejado á la provincia de Teruel, y á la repentina marcha de diez y ocho horas que hicieron los carlistas, que ejecutaron bien su plan.

Combinado el nuevo movimiento de Quesada sobre Chelva, emprendióle el 9 de Febrero, situando convenientemente sus brigadas; sostuvo la de Zendeja algún fuego de fusil y cañon en Alcubla, y se efectuó la acometida avanzando Hediger por Domeño, Zendeja por las Peñas de Dios y el general en jefe con la brigada Arnaiz por la casa de la Parra, y al cabo de tres horas de combate, poco empeñado, se apoderaron de la línea; se retiró Dorregaray y descendieron los liberales á Chelva: aquí permaneció Quesada disponiendo algunos movimientos hasta que se dirigió al Villar con la brigada Arnaiz; se sorprendió después á un batallón enemigo, causándole algunos muertos, heridos y prisioneros, habiéndose podido obtener mayores resultados si Hediger no hubiera incurrido en el error de suponer enemigas en el primer momento á las mismas fuerzas liberales, lo que permitió á los carlistas salvarse de un completo desastre.

Llamado Quesada con urgencia á Madrid, se interrumpieron las operaciones y Dorregaray se dirigió á Aragon, donde no estaban tan mal como en otras comarcas del Centro los negocios carlistas. Algo tuvo que hacer, aunque mucho habían hecho Gamundi y Boét, mostrándose estos entusiastas é incansables.

MANDO DEL GENERAL ECHAGÜE.—LA CENIA.—
CERVERA DEL MAESTRE.—CHERTA.—TRAGÓ.
—CHELVA

XXVII

El general don Rafael Echagüe reemplazó á Quesada en el mando del ejército del Cen-

tro, (1) del que se hizo cargo en Valencia el 27 de Febrero y se incorporó á él en Sagunto el 1.º de Marzo (2); marchó por Nules á Villarreal para caer sobre Alcora donde se hallaban Cucala y otros jefes carlistas con sus fuerzas, y el primero, que el 17 de Febrero había atacado cerca de Castellon de la Plana á la columna Montenegro, á la que causó unas 50 bajas, no esperó ahora á Echagüe que se detuvo en Villarreal á dictar algunas disposiciones. Calculando los movimientos del enemigo se dirigió por Sagunto y Torres-Torres á Segorbe, concibió una operación combinada para caer sobre Dorregaray, y al llegar á Viver recibió un despacho del ministro de la Guerra participándole que la brigada Ciriot se hallaba en Bañolas rodeada de todos los carlistas, y aunque no disponía el capitán general de Cataluña más que de 900 hombres salía con ellos á ver si llegaba á tiempo de socorrerlos; que había temores de alteración del orden en Barcelona, guarnecida sólo con 500 hombres, y que

(1) Contaba el ejército entonces con 21.454 individuos de tropa; pero en aquel mismo mes quedó reducido á 17.326 por haberle segregado por varios conceptos 4.128 hombres.

(2) Allí publicó este bando: «dispuesto á oponer el necesario correctivo á los esfuerzos del carlismo para prolongar la guerra civil, ordeno y mando: Art. único. Las familias de los individuos que perteneciendo al actual reemplazo, sirvan en las filas carlistas, y en defecto de aquellas los pueblos, pagarán una multa de 10.000 reales por cada mozo, que se hará efectiva por todos medios, exigiéndose la responsabilidad en el orden del grado de parentesco y empezando por los padres ó tutores. Las autoridades locales quedan encargadas de la ejecución de este bando.—Cuartel general de Sagunto 1.º de Marzo de 1875.—Rafael Echagüe.»

si limitando Echagüe por breves días sus operaciones pudiese enviar á aquella ciudad dos batallones, prestaría al gobierno un señalado servicio, y prevenía al efecto dos vapores en Valencia. Desistió Echagüe de su operación por acceder á lo que el ministro deseaba; retrocedió á Sagunto; dejó en Segorbe la brigada Chacon; envió á Nules al general Montenegro, y con 2.700 hombres volvió á Segorbe. Ordenó Lasso y Calleja operasen sobre Cantavieja mientras él lo hacía por Sarrion; salió el 11 con este propósito; supo en Viver que Dorregaray había abandonado á Mosqueruela y Cantavieja dirigiéndose hácia la Plana y á Uldecona; suspendió su movimiento, y sabiendo que el carlista se aprestaba á proteger un desembarco de armas, se propuso estorbarlo: el 12 marchó á Onda; en un combate de vanguardia destruyó la comandancia carlista de Tales; siguió á Nules el 13; pernoctó en Castellon el 14, y salió el 15 para Vinaroz habiendo Dorregaray retrocedido.

Dos meses llevaba Dorregaray en el Centro y tenía necesidad de un hecho de armas que le enalteciese é inspirase confianza. Estaba bien situado en Mosqueruela con tres batallones y dos escuadrones, los mejores del Centro, los cinco batallones aragoneses entonces entusiasmados por la sorpresa de Daroca y tres escuadrones en Aliaga y Camarillas.

El jefe liberal Lasso había salido de Teruel á cobrar las contribuciones en Orihuela del Tremedal y otros pueblos de la sierra de Albarracin, llevando 1.500 infantes y de 80 á 100 caballos. Sabía Dorregaray que volvía

inmediatamente á Teruel y de allí había de bajar á Alcañiz. Con hacer una corta jornada desde Mosqueruela se unía con los cinco batallones que había en Aliaga y Camarillas, y podía salir al frente de Lasso, fuera por Aliaga ó por Montalban: no lo hizo, y Lasso efectuó sin obstáculo las marchas previstas. Las posiciones no podían ser más favorables para los carlistas: peñascos inaccesibles, montañas y malezas.

Ni contra Lasso, ni en ningún hecho de armas aprovechó Dorregaray el establecimiento de su cuartel general en Mosqueruela, punto estratégico para acudir con prontitud al socorro de las fuerzas de Aragon y Maestrazgo ó al de las de Valencia y Castilla.

La brigada Morales, que tenía en Vinaroz su centro de operaciones, se había dirigido el 7 desde desde Triguera á la Cenia á verificar al día siguiente un reconocimiento por Rosell; al efectuarlo tropezó con el enemigo, con quien peleó casi todo el día, experimentando algunas pérdidas unos y otros combatientes y atribuyéndose ambos la victoria.

No pudiendo la brigada Morales, de resultados de esta acción, hacer frente por sí sola al grueso de las fuerzas enemigas, y sabiendo Echagüe que estas estaban el 17 entre Traiguera y San Mateo, marchó hacia Calig con las brigadas Sequera y Morales, supo que Alvarez esperaba en la fuerte posición del pueblo y Castillo de Cervera del Maestre y fué al enemigo resueltamente; peleóse con bizarría en aquellas alturas, gastándose 89.146 castuchos de fusil y 102 granadas; atacó á la bayoneta el primer batallón de Ouenca á los que defendían la ermita de los Angeles, y

tuvo ocasión de distinguirse el jefe de E. M. señor Coello.

Pasaron de 150 las bajas que experimentaron ambos combatientes, no habiendo sido mayores por permitir en muchos puntos la escabrosidad del terreno resguardarse á los que hacían fuego: pernoctó el jefe liberal en San Mateo, siguió por la carretera de Castellón forzando el paso para alcanzar á Cucala, que ocupaba á Cuevas de Vinromá, pero se retiró á Alcocer, se cañoneó á su retaguardia, penetró la brigada Morales en Benlloch y el general en jefe con la de Sequera en Cabanes (1). Volvió Cucala á Cuevas de Vinromá marchando á Serratelle á la presentación de la brigada Montenegro, con la que cambió algunos tiros; Calleja, en tanto, había efectuado algunos movimientos sobre los carlistas reunidos en Valderrobles, no pudiendo avanzar más que hasta Torre del Compt por la inferioridad de sus fuerzas: Arnaiz tuvo un pequeño encuentro con Adeluntado, y Lasso condujo un convoy á Calatayud.

Al recibir Echagüe el 25 un telegrama del ministro diciendo que Pérula emprendía una expedición al Centro por Cinco Villas (2),

(1) En el parte publicado en la Gaceta del 20 de Marzo, se omite que, «El general en jefe seguía á Castellón;» lo cual era justamente retroceder. Vi el telegrama original. Háse dicho después que fué «para reponer las municiones consumidas, buscar fondos, conducir los heridos, y saber lo que pasaba en el territorio de su mando». —Narración militar de la G.^a Carlista.

(2) Medió con este motivo una conferencia telegráfica, en la que el general Echagüe manifestó la imposibilidad de obrar por falta de fuerzas, sin desatender alguna zona importante, y decía al ministro le designara á cuál había de atender con preferencia; y éste contestó

dispuso que Montenegro pudiera hacerla frente; modificó las órdenes dadas á Calleja y Lasso, y no dejó de llamar la atención de aquel general, lamentándose de que ahora, como al pedir los dos batallones, tuviera que renunciar, por la iniciativa del ministro, á operaciones que pudo considerarlas algo decisivas. El gobierno había indicado la conveniencia de marchar á Teruel, dado orden directa á Calleja para que limitase mucho su acción sobre el Maestrazgo, y estuviese á la mira de la expedición; y si esto produjo inacción en aquella fuerza, no podía culparse de ello á Echagüe, ni de la marcha á Teruel. Trasládose Echagüe á Sagunto el 27 esperando allí fondos, condoliéndose de que no se le enviase el refuerzo siquiera de tres batallones, y se le devolvieran los dos que envió á Cataluña; de que no pudiera hacerse entonces un esfuerzo tan infinitamente menor que el que se hizo dos meses después, y cuando aseguraba que con él habría concluido la guerra en el Centro.

En combinación con otras fuerzas salió el general Echagüe de Castellon el 5 de Abril; atravesó la sierra de Espada y fué por Vall de Almonacid á Cárrica para seguir á Segorbe y Teruel, en cuyo día entraban por Verdun 1.000 hombres procedentes de Navarra. Esto le afirmó más en su determinación de seguir á Teruel, á donde llegó el 12: tal movimiento sobre el flanco indujo á éste

que creía conveniente que trasladándose de Sagunto á Sarrion avanzase hasta Teruel; operación que consideró arriesgada por la escasa fuerza que llevaba, y que realizó, sin embargo el general Echagüe felizmente.

á ir hácia la Plana y el litoral, situándose Cucala, Alvarez y Pancheta en Benicarló, y Vallés en Gandesa, marchando otras fuerzas carlistas hacia Cherta y Miravet.

Montenegro, que el 14 fué á Onda, regresó el 17 á Castellon, de donde salió el 18 para Benicarló; y habiendo llegado el 19 á Vinaroz en persecución del enemigo, que se retiró, trasladó el jefe liberal rápidamente algunas fuerzas en carros de Uldecona, y envió por delante al brigadier Borrero á sorprender en Cherta á unos 300 carlistas. Penetró en el pueblo, redujo al enemigo á la iglesia y á una casa que estaba fortificada, y al llegar Montenegro, se rindieron los carlistas. Se recogieron los heridos y el armamento, y con unos 220 prisioneros, incluso su jefe el Nen de Prades, mortalmente herido, marcharon á Tortosa. Los muertos carlistas, según el brigadier Borrero, ascendieron á 57, incluso unos 25 ahogados en el Ebro: las pérdidas de los liberales entre muertos, heridos y contusos, excedieron de 60 (1).

Desgraciadas estaban las comandancias carlistas, pues dos días antes de la sorpresa de Cherta, cuyo comandante se presentó en Tortosa, el comandante Manglano sorprendió las de Paracuellos, Cardenete y Véllora, y Calleja después la de Alloza.

Sabedor Delatre de que Castell se hallaba en Tragó con propósito de invadir la pro-

(1) En la orden del día 21 dada por el general Montenegro en Tortosa, hizo una especial mención del comportamiento del primer batallón de Cuenca, caballería de Sagunto y voluntarios de la Cenia, y del digno jefe el brigadier Borrero.

vincia de Huesca, y que Ortés y Baró ocupaban el puente de Montañana, salió de Benabarre á las diez de la mañana del 22, trabóse el combate á la mañana siguiente, sostúvose vivísimo el fuego, cuando creyó Delatre el momento oportuno mandó tocar paso de ataque, y á la cabeza de la columna á la carrera, conquistó la primera posición retrocediendo el enemigo hasta una cordillera de rocas que le servía de parapeto: intentó también posesionarse de aquel punto atacando de flanco; caían muertos ó heridos varios oficiales y mucha tropa; en el mismo momento cargaba la caballería carlista la izquierda liberal; la hicieron retroceder los ginetes de Delatre, y viendo éste la imposibilidad de tomar la posición defendida por triplicadas fuerzas, y expuesto á ser envuelto por la izquierda, mermada su pequeña columna é insostenible su posición, se retiró sobre su izquierda hácia Camporrobles, conteniendo al crecido número de carlistas que procuraban rebasarlo. Al llegar á las inmediaciones de Nachá hizo un supremo esfuerzo para contener el impetuoso avance de los carlistas que le acosaban, continuando el fuego hasta las seis y media de la tarde, hora en que un fuerte temporal de agua separó á los combatientes, marchando los carlistas á Estopiñán y los liberales á Nachá, á una hora de distancia unos de otros. Cerca de 200 hombres perdió Delatre, incluso unos 80 prisioneros, un capitán y cuatro alféreces; siendo menores las pérdidas de los carlistas, que obtuvieron el único triunfo que contaron en el Alto Aragón en esta y la pasada guerra, y sobre un jefe del valor y actividad de Delatre.

Pasó Castell el puente Montañana y se dirigió á Benavarre. Esto hacía crítica la situación de Delatre, y le envió refuerzos Echagüe, acudiendo también la brigada Catalán, procedente de Cataluña, que debía cubrir los pasos del Noguera, y Lasso y Delatre empujar al enemigo en aquella dirección. Retrocedieron á Cataluña los carlistas que de aquel país procedían; pudo disponer Echagüe de las fuerzas que envió al alto Aragón y el cuartel general que había permanecido en Castellon para ultimar las condiciones de un cange que debía verificarse en Cabanes y Castellote simultáneamente, se trasladó á Satorbe para estar á la vista de Teruel molestada por Gamundi; avanzaron algunas fuerzas hasta Jérica; descendió Dorregaray el 1.º de Mayo á Cherta; se movieron en combinación las brigadas liberales, haciendo retroceder á los carlistas que habían descendido hácia el Ebro; entró el 6 en Morella la tercera división levantando el bloqueo de esta plaza, y al salir de ella sostuvo un tiroteo con los carlistas, que la disputaban el paso, sin conseguirlo.

Días antes, el 2 de Mayo, sorprendieron los liberales á Villar del Arzobispo, causando algunos muertos.

Temiendo Echagüe una expedición carlista á la Mancha, decidió hacer una demostración ofensiva sobre el Maestrazgo, tomando por objetivo á Villahermosa, y otra vez á Chelva: se apoderó Montenegro de Villahermosa, que abandonaron los carlistas; destruyó los talleres de herrería y carpintería que éstos tenían, apoderándose de muchos efectos, y el general en jefe, de Chelva, cayendo sobre

ella por el pico de Chelva y cuesta del Tiñoso. Retirados antes los carlistas hácia Tuedjar, salióles al encuentro el teniente coronel de Estado Mayor señor Jimenez Palacios, tiroteándose con ellos en las Peñas de Azud: al llegar el brigadier Chacon asumió el mando de las fuerzas; confió el de las más avanzadas al coronel de Estado Mayor don José Galbis; dió un ataque general á las posiciones carlistas, y éstos las desalojaron.

Llegadas las armas que con ansiedad esperaba Dorregaray, se fijó su desembarco en la parte de la costa próxima á Alcalá de Chisbert en los días 16, 17 y 18 del corriente Mayo; y habiendo pernoctado Montenegro el 15 en Cuevas de Vinromá, se ordenó á Alvarez que llamara constantemente la atención de los liberales lejos de Alcalá. No separándose Montenegro del trayecto de Cuevas á Vinaroz le provocó Alvarez, trabándose un pequeño combate de avanzada. Peleóse al día siguiente con más empeño en los llanos de Salsadella, continuando su marcha los liberales y guareciéndose sus enemigos en la Muela de Chert, desde donde Alvarez puso en ejecución su empeño de amagar la Plana, para que Montenegro, al correr en su auxilio, dejase libre las inmediaciones de Alcalá. Montenegro siguió á Trahiguera el 17, y viendo Alvarez que se alejaba, fué á pernoctar á Cuevas de Vinromá; dejó aquí un batallón para que entretuviera á los liberales cuando se presentasen, y unas y otras fuerzas estuvieron moviéndose por aquellas inmediaciones (1).

(1) En orden general del 15 en Cuevas de Vinromá; y en la del 16 desde San Mateo, manifestó Montenegro á

El general en jefe salió el 19 de Chelva, estuvo en Losa del Obispo, reforzó en Segorbe á Montenegro; siguió por Liria á Valencia; el 21 salió con fuerzas de Segorbe para Sagunto, poniéndose en comunicación con el general Montenegro que se hallaba en Villareal, á fin de concertar una acción común sobre los carlistas reunidos que habían ocupado á Alcora; más ya estaba aceptada la dimisión que había hecho, (1) fundándose en que no le era posible operar eficazmente con las fuerzas que le dejaban, disminuidas en 4.000 hombres desde que se encargó del mando, teniendo la convicción de que había el propósito de no aumentárselas, y así dijo al despedirse del ejército:

»Me sucede un general entendido, que con los numerosos refuerzos que trae, y que las exigencias de la guerra no han permitido, sin duda, poner á mis órdenes, os conducirá seguramente á la victoria».

Se encargó interinamente de la jefatura del ejército el capitán general de Valencia don Manuel Lassala, el 22 de Mayo.

DORREGARAY EN EL CENTRO.—FUSILAMIENTO DE MONET Y CODINA.—ACCIÓN DE ALCORA Ó IJUCENA

XXVIII

Dorregaray participó á don Carlos (2) el deplorable estado en que lo encontró todo en

todas las clases y tropa su satisfacción por sus excelentes condiciones de valor y disciplina é inmejorable espíritu.

(1) En Castellón el 22 de Abril.

(2) Desde Manzanera el 14 de Febrero de 1875.

el Centro, diciéndole que el país estaba arruinado hasta el punto de que había muchos pueblos que en solo tres meses habían pagado trece trimestres de contribución, no incluyendo en esta suma los pedidos de raciones, que ascendían á otro tanto; que se habían cometido infinitos desaciertos, imperado las cuestiones personales, cometiendo infinitos robos un considerable número de individuos del ejército á ciencia y paciencia de las autoridades, y sabido todo esto por los habitantes, había cundido el desaliento y el cansancio; que en Hacienda existía el más espantoso y repugnante caos; que era nula la organización civil, y tan mala la militar, que eran muy contados los que tenían una ligera idea de sus deberes y obligaciones; que había muerto la moral de las fuerzas, que se desbandaban á la vista del enemigo; considerando la dificultad de reanimar aquellos soldados pedía encarecidamente le enviase al ménos dos batallones navarros para que sirvieran de ejemplo á aquellas tropas, y manifestaba que había enviado al fuerte del Collado dos cañones, que desde que se cogieron en Cuenca habían estado enterrados (1).

(1) Don Carlos le contestó desde Estella el 7 de Marzo entre otras cosas lo siguiente: «Yo sabía que no era muy halagüeña la situación de ese país y de mi ejército, pero no creí llegase al estado deplorable en que tú me lo presentas. Sin embargo, para remediar tamaños males, cuento con tu perseverancia, con tu energía y actividad nunca desmentida, que tan maravillosos resultados dieron en este país mientras estuvo confiado á tu custodia... Porque conozco tus facultades excelentes te envié á ese país, con la esperanza de que te estimularían tus propios hechos del Norte... No puedo en el momento man-

En buen estado los negocios carlistas en Aragon, tuvo ménos que hacer, y se dedicó á los distritos del Maestrazgo y Valencia, pues en Castilla no tenían los carlistas más terreno que el que pisaban. Organizó los gobiernos militares, comandancias de armas y administraciones de correos; consiguió que se uniformaran los jefes y oficiales y usaran las divisas de sus respectivos empleos; nombró á don Fernando Ordoñez, reconocida su competencia, comandante general de caballería para que la organizara debidamente; se fundó el colegio militar del Centro, dirigido por don Antonio Martí Soriano (1); casi nula la artillería y enterrada, además de las dos piezas que se enviaron al Collado, únicas que tenían cureña, se artilló con otras el castillo de Miravet y se remitieron las otras dos piezas á Cantavieja; se plantearon maestranzas y fundiciones; se creó una academia práctica, y bajo la base de oficiales é individuos de tropa procedentes de ingenieros, se mandó crear una compañía en cada una de las divisiones, destinándolas después á los fuertes para la continuación de las obras. Se procedió á la organización de la administración militar, para la que se estableció en Vistabella una academia; hubo que crear todo lo correspon-

darte la fuerza que me pides, pero aprovecharé la primera ocasión que se me presente favorable para enviar á tus órdenes dos batallones de los que has conducido varias veces á la victoria. En cambio recibirás pronto buenos oficiales, á propósito para dar instrucción y ejemplos de valor á esos voluntarios.»

(1) Habiendo empezado á funcionar en Marzo, para Junio habían ya salido del colegio tres promociones de cadetes á oficiales en número de 30 á 40.

diente á la Sanidad militar y ordenar lo concerniente al cuerpo jurídico-militar, y respecto al clero castrense, no dicen mucho en su favor las cartas que escribió el obispo de Urgel y Sor Adelina Crobat, además de otros documentos que podíamos exponer. Estos trabajos, en los que tanta parte tuvo el ilustrado señor Oliver, activo jefe de E. M. de Dorregaray, no podía ménos de dar favorables resultados, y hasta se aumentó en más de 2.000 hombres el ejército del Centro, á pesar de la lucha que se entabló con algunos jefes que no se prestaban á la subordinación debida (1).

Los hubiera reducido en breve á no empezar á ser escuchada la seducción en las filas carlistas desde la declaración alfonsina

(1) Don Rafael Alvarez oficiaba que no le era posible continuar al frente de su comandancia general si no se quitaba de su lado á Cucala. Se mandó que en último extremo se le enviara al Norte, pero que procurase evitarlo porque allí no sabían qué hacer con él, y se le ordenó incorporarse al cuartel general donde aún trabajó para promover un conflicto entre sus fuerzas.

Don Eudaldo S. de O'Rian, jefe E. M. de la división de Villalain que se encomendó á don Manuel Salvador Palacios, dimitió por no estar al lado de ninguno de estos dos jefes, y fué grande la discordia que se produjo y el desaliento en las fuerzas de Castilla, reducidas á 400 infantes y 80 caballos.

Palacios no pudo operar por la línea de fuertes y guarniciones que había constituido desde la Jara á Molina de Aragon el brigadier Golfín, que guiaba una fuerte columna. Envió, sin embargo, algunas fuerzas al Burgo de Osma y otras hasta Huete.

Al regresar Palacios á Noguerauelas y caer enfermo, entregó el mando al brigadier Albarrán, enterándole de las posiciones del enemigo y del número de fuerzas con que contaba, y al llegar Albarrán á Checa, fué sorprendido, salvándose milagrosamente con la mayor parte de su fuerza, en lo cual estuvo hábil.

de Cabrera, aun cuando tanto se le denigró en sendas alocuciones, y declaróle también traidor su constante amigo Gamundi. Mostróse empeño en destruir el ejército del Centro; corrió Patero á Castellon; escribió á Alvarez y á Oliver, quienes enviaron las cartas á don Carlos, como la mejor protesta de su lealtad, y se adoptaron infinitos medios, que sirvieron algunos de pretexto para terribles fusilamientos. Nos referimos á los de don Joaquin Codina y don Manuel Monet. ejecutados con más arbitrariedad que justicia. Prescindiendo de la parte poca honrosa que cupiera al tendero de Chelva A. B. y de las diligencias de Codina en Valencia para proporcionar á Monet un salvo-conduto para mejor dirigirse al Norte, los papeles que le ocuparon no eran prueba ni motivo bastante para condenarle á muerte: los mismos trámites del proceso, y ciertos incidentes (1) demostraban su irregularidad. Se abrió la indagatoria, registrándose los papeles sin hallar en ellos nada relativo á traiciones, y en tal estado, acabó el proceso, sin testigos, sin prueba alguna referente á los supuestos crímenes, ni concedida á los sumariados para justificarse, sin dictámen de au-

(1) «Adelantado limitóse á decir á Codina, que si entregaba lo necesario para uniformar la división, se echaría tierra al asunto y no se haría caso de la carta del señor A. C. y pase al enemigo. Justamente indignado Codina, respondió:—«No soy ladrón. Ni mío ni del rey tengo nada para hacer uniformes; puede V. fusilarme desde luego si gusta.—Nada, replicó, según parece, Adelantado, de los ahorros me uniformará V. la tropa; y si no pasará mal; vaya V. á casa y le doy de tiempo hasta mañana para pensarlo.»

Las páginas de la guerra por Blay.

dictor, ni elevación á plenario, ni confesión con cargos, ni acusación fiscal, ni defensa, ni consejo de guerra, y para complemento de tanta ilegalidad «no estuvieron en capilla los supuestos reos el tiempo necesario, pues se les mató inmediatamente, después de decirles (no notificarles) que iban á morir, sin más tiempo que el preciso para confesarse, ejecutándoles en día festivo, cosa prohibida por la ley, sin formar cuadro la tropa, y todo por una simple orden de Dorregaray (1).»

La ejecución fué en el Collado el 6 de Mayo, día de la Ascensión, y al siguiente dirigió Adelantado una orden del día encabezada con la de Dorregaray para que se fusilase á Monet y Codina, diciendo que solo quería á su lado carlistas consecuentes, que el que así no pensara se retirase, para lo que no encontraría obstáculo, porque estaba resuelto á que se pagara con la vida la más pequeña falta de lealtad, y terminaba diciendo: «No envilecerse accediendo á las seducciones de los que, convencidos de su impotencia con las armas, apelan á toda clase de medios por reprobados que sean para allegarse á media docena de traidores. Al tras-

(1) Las páginas de la guerra.

Creyendo que se solicitaría la aprobación de don Carlos para la ejecución de la sentencia, se pidió desde Madrid su indulto, pero ni hubo tal consulta, ni se tuvo en la corte de don Carlos la menor noticia de tal sentencia hasta después de ejecutada, según los documentos que tenemos á la vista.

Codina escribió desde Ademuz al segundo jefe económico de Chelva que, «no era la supuesta traición la causa de su muerte, sino que su vida se vendía por 12.000 duros, y que se le fusilaba por lo más deshonesto de este mundo, esto es, por ladrón.» Y no se le recibieron cuentas.

mitir Dorregaray lo dicho por Adelantado, acusaba á Monet y Codina de peculados, causa de las privaciones que los voluntarios sufrían, y de vendidos al gobierno. Monet y Codina podían ser conspiradores y aun autores de grandes crímenes; pero ni aun se intentó probarlos, y su muerte, según lo expuesto, más que un castigo podía calificarse de un asesinato.

Estaba pendiente la causa formada á don Manuel Marco, en la que no constaba más que la declaración del procesado; hizo Dorregaray, según ofreció á aquel en Olot, que se activase ó más bien se declarase lo que procedía, como se hizo en Mosqueruela en orden general del 1.º de Marzo, diciendo que el proceso no podía afectar en lo más mínimo á su honra y reputación militar, ni servir de nota desfavorable en su hoja de servicios. Marco agradeció mucho á Dorregaray su interés, y deseó, como era natural y consecuencia del fallo de la causa, ocupar el mando de que fué despojado, que le desempeñaban Gamundi y Boét, de quienes estaba muy satisfecho Dorregaray; así lo escribió á don Carlos, y que consideraba á Marco más á propósito para presidente de la diputación, como lo deseaba el país y lo pedían personas de posición y arraigo, que se unirían á él entonces. No aceptó Marco este puesto, insistiendo ser general con mando de fuerzas; suplicó Dorregaray á don Carlos le mandara aceptar la presidencia, ó en su defecto le llamara al Norte; y considerando que la permanencia de Marco en aquel país «alimentaba esperanzas de gentes que anteponen el interés personal al de la causa, creaba disgus-

tos y perturbaba por completo (1),» antes de resolver don Carlos, se molestó en su residencia de Fortanete á Marco, quien creyendo ajado su decoro, escribió una sentida carta á Dorregaray, y se marchó el mismo día.

Continuando las operaciones militares, chocaron de nuevo liberales y carlistas el 26 de Mayo en las sierras entre Alcora y Lucena, ocupadas anticipadamente por Dorregaray, que fué acometido por las brigadas Montenegro, Chacon y Morales, avanzando al amanecer desde Castellon y Onda hácia Alcora en buen orden. Trabada la lucha, valerosamente sostenida por ambos combatientes, se dieron cargas á la bayoneta, se recuperaba con encarnizamiento el terreno que se había cedido á mayor empuje ó fuerza (2) y cansados los liberales y ham-

(1) Exposición á don Carlos el 5 de Marzo de 1875 desde Mosqueruela.

(2) La brigada Chacon estaba ya largo rato sosteniendo el fuego contra Dorregaray, cuando éste mandó á su corneta de órdenes tocar retirada á la carrera, fingiendo que le intimidaba extraordinariamente el vivo fuego de cañon que recibía. Entonces el batallon de reserva de Baeza avanzó con rapidez hasta colocarse á muy corta distancia de los carlistas; pero éstos á la voz de ¡doble derecha! hicieron una evolucion y resistieron valerosamente el empuje de aquel. Aquel batallon, tanto por el cansancio de los soldados como por la superioridad numérica del enemigo, tuvo que retroceder, pero llegaron de refresco y con gran oportunidad Mérida y Figueras, y cargando á la bayoneta se trabó una lucha empeñada, que terminó operando los carlistas, aunque con orden, la retirada. Este movimiento les salvó de una derrota completa, pues la columna del centro, atravesando un profundo y casi impracticable barranco, les iba cortando la fuga.

Muchos carlistas se posesionaron de un corral de ganado, cuyas tapias aspilleraron completamente, dejando

brientos, siendo ya las cinco de la tarde, se replegaron sobre Alcora. Dorregaray, que esperaba nuevo avance creyendo que sus enemigos tendrían á Lucena por objetivo, pues Alcora no fué disputado, no comprendía cómo al ver los liberales la dispersión de algunos batallones carlistas y notar la escasez de municiones, no hicieran avanzar alguna fuerza por la vertiente izquierda del rio Lucena, pues asegurada su retirada á Alcora, amenazaba la permanencia carlista en Lucena, cuyo punto habría tenido que abandonar: retiró el liberal sus tropas á Lucena, punto de partida, y Dorregaray con la brigada Villalain fué al castillo de Villamalefa á estar á la expectativa de los movimientos que intentaran, y atacar su flanco izquierdo, caso de avance. Desde allí dió las gracias al día siguiente á sus voluntarios por la que calificaba brillante victoria conseguida en los campos de Lucena, añadiéndoles: «Ya estareis convencidos de que la organización que os he dado y los jefes que os dirigen son causa de que siempre vayais á la victoria.

«Seguid obedientes como hasta ahora; tened ciega confianza en mí y en los jefes que os mandan, y con la protección de Dios, que jamás nos falta, conseguiremos en breve la victoria, que la patria y el rey sabrán agradecer» (1).

abierto un boquete por la parte que mira á Lucena para escapar en caso de apuro; mas tan desesperada resistencia quisieron hacer, que se aislaron completamente, y estrechados por las tropas sucumbieron en número de 18 ó 20 cosidos á bayonetazos.

(1) En el mismo día 27 añadió al parte de la acción el siguiente oficio:

«Para que V. M. pueda formarse una idea exacta del

Montenegro dió también las gracias á sus tropas en nombre del rey y del gobierno en la órden del día, fechada en Alcora el 27, felicitándose por el «completo triunfo alcanzado por todas las tropas que concurrieron á este glorioso hecho de armas sobre las facciones reunidas, tomándoles la población de Alcora y sus formidables posiciones hasta las inmediaciones de Lucena, y en una extensión de más de una legua de desarrollo, á pesar de lo atrincherados (no tenían trincheras los carlistas) que estaban, y poniendo además á las facciones en completa dispersión, persiguiéndolas hasta muy cerca de Lucena, causándoles considerables bajas, entre ellas á su titulado general Alvarez y produciendo gran desaliento en sus filas, porque habían presentado la acción con un carácter decisivo y llenos de esperanzas, no solo por haber logrado reunir todas sus fuerzas, sino por la naturaleza de sus posiciones, que eligieron y prepararon tan fuertemente.»

mérito de la acción de Lucena, debo hacerle saber que las fuerzas del Maestrazgo solo contaban con 1.500 hombres armados, y como tienen 500 fusiles Berdan, para los que no hay un solo cartucho, solo pudieron entrar en fuego unos 1.000, la mayor parte con fusiles lisos y miniés, con gran escasez de municiones. Los tres batallones de la brigada Villalain, solo cuentan con 1.100 fusiles, en su mayoría de iguales sistemas que los anteriores y con gran escasez de municiones. Estas son todas las fuerzas con que he hecho frente á 12.000 hombres y 12 piezas; y si no se hubiese retirado precipitadamente un batallon de la brigada Cucala, hubiéramos destrozado completamente las columnas enemigas. La falta de jefes que aquí se siente, hasta el punto que no tengo uno á quien confiarle la brigada de Castellon, y las grandes penalidades y trabajos que aquí sufren, son causas que hacen indispensable, en mi juicio, darles las recompensas que tan justamente han merecido.»

Las pérdidas de ambos combatientes entre muertos y heridos excedieron de 600. No había habido en todo el año en el Centro acción más sangrienta.

Notóse en este combate que estaban de otra manera dirigidos los carlistas; así que cuando se desbandaron algunos batallones de la brigada de Castellon les cargó la escolta del general en jefe, y no sin grandes esfuerzos se logró contener aquel principio de dispersión (1).

Alvarez quedó en Lucena, para hacer avanzar algunas fuerzas á Alcora en cuanto los liberales regresaron á Castellon, marchando entonces Dorregaray á Vilahermosa. Aquí se habían vuelto á establecer los talleres de cartuchos; pero ni uno había hecho, ni una onza de plomo tenían la diputación é intendencia; se enviaron agentes á todas partes; se avisó á las juntas secretas de Madrid y Valencia, y se mandó recoger cuanto plomo se hallara, que fué lo que más produjo.

Cucala ocupó á Alcora, desde donde mandó el 29 inutilizar el canal que servia para regar los arrozales, avisando que seguiría cortado mientras no se pagase el importe de 10 reales por cada uno de los jornales que regaba.

JOVELLAR.—CARIÑENA.—MIRAVET

XXXIX

En cuanto fué preparando el general Jovellar, que desempeñaba el ministerio de la

(1) Hubo un jefe que viéndose detenido en su vergonzosa huida por un soldado de caballería, sacó el revólver para hacer fuego sobre él y continuar huyendo.

Guerra, las fuerzas y elementos que se destinaban (1) para terminar la del Centro, marchó el 8 de Junio á Valencia, saludó el 10 al ejército diciéndole que iba á emprender una campaña vigorosa para concluir la guerra, «obra todavía difícil, es verdad, pero no superior á nuestros medios y á vuestra constancia y bravura,» y dispuso la fortificación de Vivel del Río, Sarrion, Lucena y San Mateo, por sus circunstancias estratégicas en el terreno que ocupaban los carlistas, encargándose de terminar las obras en diez ó doce días, fuerzas correspondientes á las divisiones y brigadas de Montenegro, Estéban, Lasso y Borrero.

Los carlistas, efectuaron en tanto algunas operaciones insignificantes, hasta el ataque á Cariñena, llamando la atención sobre Alhama de Aragon y Sigüenza. Desde Montalban, punto de partida de la división aragonesa, marchó ésta en dos jornadas á Cariñena, en cuyas inmediaciones se presentó en la noche del 4 al 5 de Junio, penetró en la plaza á las dos de la madrugada por la parte del foso

(1) Según un estado que tenemos á la vista, el de las fuerzas disponibles por el pronto de infantería, caballería y artillería, incluso las columnas localizadas era de 126 jefes, 1.511 oficiales, 40.158 soldados, unos 2.000 caballos y 76 piezas de artillería, no incluyendo las fuerzas de carabineros de las cinco comandancias del distrito, la brigada de trasportes, administración y sanidad militar que en este caso pasaban de 50.000 hombres. El total de las fuerzas propiamente de operaciones ascendía á 30.000 hombres, en números redondos, además de las pequeñas columnas locales del Noguera, Cinco-Villas, Siloca, Híjar, Monreal, Castellon, Liria y Almansa; y las guarniciones correspondientes. Las fuerzas carlistas que mandaba Dorregaray ascendían á 12.521 hombres y 1.050 caballos.

y se prendió al comandante militar don Sebastián Cossío de Leon. Al apercibirse en la población de que estaban dentro los carlistas, prodújose el desconcierto y confusión consiguientes á una sorpresa en noche oscura; refugiáronse unos en la iglesia y otros en los fortines y las torres; hostilizóse al invasor, y éste que no desaprovechó el tiempo, retiróse al día siguiente, llevándose cerca de 60 personas entre prisioneros y rehenes (1), 70 caballos y muchos efectos. Impresionó, como no podía ménos, la sorpresa de una villa de más de 3.000 habitantes, fortificada y guarnecida por una compañía de infantería, 100 movilizados y 50 caballos, bien mandados todos por el perfectamente conceptuado comandante militar señor Cossío. Hubo algunos muertos y heridos de una y otra parte.

Gamundi, desde Cariñena, marchó con su presa por Herrera á Villar de los Navarros, y huyendo de Lasso tomó el camino de Bea; consiguió atravesar la carretera de Montalban, penetrando en el escabroso terreno de su izquierda, poco antes que los liberales llegasen á aquella carretera; avanzando éstos llegése á trabar un pequeño combate, con escaso resultado. Pudo seguir el carlista para Aliaga, llevar los prisioneros á Cantavieja, y evadiendo Gamundi la persecución de las columnas de Lasso y de Calleja, las causó con sus marchas y contramarchas.

Situadas en Tronchon y Villarluengo las fuerzas carlistas de Aragon, enviado Boét á

(1) Iba entre estos unaseñorita.

Cantavieja para atender á su completo abastecimiento, y dado el mando de aquella plaza á don José García Albarrán, que aumentó algo las fortificaciones, obligando á trabajar en ellas á todo militar de cualquier graduación que fuese, atendió Dorregaray al avance de sus enemigos, reconcentrando sus fuerzas en la comarca de Cantavieja, ménos las de Adelantado, al que obligó Borrero á retroceder hacia Rincón de Ademuz.

Alvarez se lamentaba de falta de municiones, que hasta le impedían molestar la fortificación de San Mateo, aunque no cortar el agua; aumentó los víveres en Miravet, considerándolos, y las municiones, abundantes, á pesar de avisarle el gobernador del fuerte la víspera de empezar el sitio, que tenía escasas existencias de ambas cosas (1); regulares fuerzas carlistas eran dispersadas en Gandesa y Pinell, y la guerra iba ya tomando un aspecto extraordinario.

Reconcentrado el grueso de los carlistas en el Alto Maestrazgo, después de haberse visto en la necesidad de ceder todo el resto del territorio en que se enseñoreaban, ocupaban un frente de operaciones angular cuyo vértice era Mosqueruela, y cuyos lados se extendían hacia el Norte por Cantavieja, Tronchon y Castellote el uno, y hacia el Este el otro por Villafranca, Ares, Cati y Chert. Buena situación para defender á Cantavieja, propósito tanto más indicado por los carlistas, cuanto que se dejó que los fuertes de

(1) Y decía: «Sospecho se habrán estado racionando del almacén y se habrán embolsado las que en dinero han estado percibiendo.»

Flix y Miravet cayeran en poder del general Martínez Campos, que acudió de Cataluña, según había convenido en Madrid con el gobierno, contrariando su firme propósito de ir á conquistar la Seo de Urgel (1). Los carlistas no se decidieron, para protegerlos, á alejarse tres jornadas de aquella plaza, temerosos del avance sobre ella, que consideraron inminente, á pesar de los preparativos que requería, y al ver suspendidas por Jovellar las órdenes de fortificar á Vive del Río y Sarrión por exigirse largo plazo.

Miravet, antiguo castillo templario, sobre inaccesible roca, muros sólidos de 120 palmos de altura y bastante espesor, podía resistir el empuje de las fuerzas que le acometieron. Formando un semicírculo en la derecha del Ebro, cuya base la constituía el curso del río: ocupaba el centro, el pueblo el Miravet, separado de su castillo unos 500 metros hacia el Sur; la izquierda del Ebro completamente cubierta, no permitía escapar á los defensores del castillo. Tres baterías colocadas, una cerca de Benisanet, otra junto al cuartel general y la última en el centro, vomitaron infinidad de granadas contra las obras recientemente construidas por los carlistas, las cuales cedieron al choque de los proyectiles, ofreciéndose el fuerte en toda su primitiva desnudez y quedando los sitiados dueños de él solamente.

Alvarez envió el 22 dos compañías y dos rondas más sobre las fuerzas que ya tenía sobre Miravet, á pesar de la falta que le hacían y que tenía sobre sí algunas, continuan-

(1) Véase el documento núm. 15.

do mal la herida que recibió en la acción de Alcora; creyó en la existencia de algun traidor en el castillo de Miravet, que fuertemente acometido, pidió parlamento, esperando ser socorrido, y á las veinticuatro horas se rindió en la tarde del 24, quedando prisionera su guarnición, compuesta de más de 200 hombres, que fueron á Monjuich (1). Se cogieron cuatro cañones, 156 fusiles y varios efectos. Exasperado Alvarez con esta pérdida, la consideró como una traición (2). No creemos lo fuera; pero no se esperó mucho el auxilio, que aunque no hubiera sido suficiente, habría permitido demorar la rendi-

(1) Dijo el general Martínez Campos en el parte oficial:

«Las guerrillas de Arapiles y Príncipe ni de día ni de noche (con la claridad de la luna) han dejado acercarse á las almenas á ningun enemigo.

»Los carlistas no se han portado mal; han recibido 1.200 granadas, contestando al fuego siempre que le interrumpíamos; nuestras bajas consisten en un soldado muerto, nueve heridos y ocho contusos graves de las piedras que saltaban. Las del enemigo las ignoro; creo que son dos oficiales heridos, cinco individuos de tropa muy graves, seis leves, bastantes contusos, y no sé los muertos.

»El efecto que en los pueblos ha causado la toma de los castillos no me lo podía yo imaginar, aunque no des conocía su muchísima importancia.»

(2) «Día 26 —Miravet, Flix y algunos batallones estaban trabajados por el enemigo para entregarse el día de San Juan.—En Miravet había víveres para dos meses y medio; además del agua que ya tenían, en la noche del 21 y todo el día 22 estuvo lloviendo muchísimo, y pudieron recoger gran cantidad en la cisterna. La voz pública acusa á Vallés de no ser ajeno á lo que sucede; yo nada afirmo. Usted ha visto que las citadas cartas le nombran, y recordará lo que le dije en Lucena respecto á San Mateo.—Martínez Campos marcha sobre Gandesa.

»Día 27.—Se insiste en la traición de Miravet.»

Comunicaciones de Alvarez á Dorregaray.

TOMO III

ción, teniendo en cuenta que la fortaleza era inexpugnable.

El mismo Martínez Campos, al dar cuenta de que en el momento de empezar la entrega se presentaron varios batallones por las alturas del Sur, dice lo siguiente, que es notable respecto á este punto y á lo fuerte que era Miravet:

«Dí orden á Pando para que contestara lo menos posible y no marchase al encuentro de ellos por lo avanzado de la hora y lo crítico del momento, en el que tenía los oficiales encargados de recibir el castillo y unos cuantos soldados en la plataforma del mismo; la fuerza carlista que no había hecho entrega aún de las armas quería resistirse; sus oficiales estuvieron á punto de ser arrollados; pero era la hora; el fuego se suspendió un rato, y se hizo la entrega.

»Cuando he subido al castillo he visto, aunque está bastante destruido, su fortaleza, tanto mayor por la irregularidad, el espesor de los muros y su altura en los edificios aislados: imposible el escalamiento sino por sorpresa; imposible la brecha, asaltable sino por la mina, y ésta difícilísima y costosa en bajas: sin embargo de estar casi apagados los fuegos por los disparos de nuestra artillería y fusilería y deterioradas por los mismos las cureñas, los víveres encontrados y el agua eran pocos, y si yo hubiera estado penetrado antes, como me convencí luego, de que la defensa había sido tan buena, tal vez les hubiera concedido los honores de la guerra. Además de los prisioneros ya citados, se han rescatado 32 presos que tenían por opiniones y servicios á nuestra causa.»

Dejando guarnecido Miravet, marchó Martínez Campos á Mora de Ebro, siguió solo con su cuartel á Alcañiz, donde conferenció con el gobierno, y continuó hácia Cantavieja.

Flix se habia rendido el 18 á las fuerzas que envió con Gamir, obteniendo este triunfo en dieciséis horas, si bien distaba mucho Flix de ser la fortaleza de Miravet, ni estaba artillada.

VARIAS OPERACIONES
ACCIÓN DE MONLLEÓ Ó DE VILLAFRANCA DEL CID
QUEJAS DE DORREGARAY

XXX

Trasladado de Vizcaya al Centro el general Salamanca, dedicóse activo al establecimiento de telégrafos, que tan buenos resultados le habían dado en Cataluña; movióse con acierto; inspiró gran confianza en los pueblos, mostrándoles algunos su gratitud declarándoles hijo adoptivo, y arrostrando el 25 de Junio los obstáculos que Adelantado le opuso en Domeño, penetró en Chelva, que quedó definitivamente en poder de los liberales.

Por indisposición de Despujol se habia encargado el 17 de aquel mismo mes del mando de la tercera división el general Weyler; recorrió con buen éxito el distrito que se le habia encomendado, con bien combinado propósito; pernoctó el 29 en Forcall; derrotó el 30 en Mirambel y Tronchon á los carlistas de Aragon; impidióles su intentada marcha á Cantavieja, y obligóles á retirarse en grupos, que se reunieron enseguida. Unas 100 bajas entre muertos, heridos y contusos, experimentaron ambos combatientes. Pernoctó

Weyler en Tronchon; siguió por el penoso paso de la Muela de Cantavieja á Fortanete, donde habia pernoctado Dorregaray la noche anterior; dirigiéndose por Cañada de Benatanduz, recibió en la mañana del 2 de Julio un oficio de Jovellar informándole del movimiento de concentración que parecia efectuaban los carlistas en Cañada de Benatanduz, para proteger sin duda á Cantavieja, previniéndole no perdiese de vista este natural intento y estuviese á la mira, operando en un corto radio alrededor de Cantavieja, tal como en la línea de Mosqueruela, Fortanete, Tronchon y Mirambel, ínterin los enemigos no rompiesen en una dirección determinada, en cuyo caso debería perseguirles. Weyler permaneció en Fortanete disponiendo la salida de la brigada Lasso para Cañada; fué después á conferenciar con el general en jefe á Cantavieja, y convinieron en perseguir á los carlistas, á cuyo efecto, y sufriendo un fuerte temporal, marchó el 3 hácia Villaluengo, donde le fué preciso pernoctar; siguió el 4 á Castellote con un cuarto de ración de pan, como en los días anteriores; continuó á Mas de las Matas y á Calanda, y al saber que sus enemigos habian pasado el Ebro, quemando después las barcas, se fué á Alcañiz, y de aquí á Híjar y Escatron para pasar aquel río.

Borrero en Rubielos el 29 y Montenegro el 30 en la Muela de Chert habian peleado con los carlistas: limitado el terreno de éstos crecía la importancia de Cantavieja, pues aunque no era una gran plaza fuerte, ofrecía alguna defensa, pudiendo servir de base de combinadas operaciones. Allí

se esperaba dar el último golpe á los carlistas del Centro y allí se dirigió Jovellar, y á encontrarse con Dorregaray que se hallaba en Villafranca del Cid, con dos batallones de Valencia, el de guías del Centro y el escuadron del mismo nombre, armados unos 400 hombres con Berdan, para cuyo fusil no había cartuchos, y más de 80 procedentes del cange de Cabanes, desarmados.

Jovellar marchó desde Lucena el 28 á Vistabella con la brigada Bayle, y siguió á Villafranca del Cid. Al llegar al río Monlleó, para donde hay una bajada rápida y áspera, continuando después del paso de éste, subiendo violentamente durante hora y media por un barranco escarpadísimo y dominado por inaccesibles alturas en los flancos, desembocando al terminar esta subida en un terreno de pendientes más suaves, cubierto de bosque claro y cercas de piedra, encontró libre el tan peligroso barranco, salvándolo sin dificultad. Dorregaray recibió tarde el aviso y las primeras fuerzas que envió á reparar el descuido, se encontraron ya en el Pla del Moverra al escuadron de caballería de Villaviciosa, bien guiado por el comandante Manglano, que mandó echar pie á tierra á su gente y con las terceroles y parapetados detrás de una cerca sostuvo media hora el avance del enemigo. Llegó Bayle con algunos batallones, cuando ya no podían sostenerse más los de Villaviciosa; adoptó con su serena bizzarria oportunas y acertadas disposiciones; generalizóse el fuego extendiendo la línea de combate las nuevas fuerzas de unos y otros combatientes que se iban allegando; dieron los guías del Centro dos

brillantes cargas á la bayoneta, obteniendo momentáneas ventajas, y viendo Dorregaray que su infantería escaseaba de municiones, poniéndose á su cabeza, dispuso dos cargas á la bayoneta que obligaron á retroceder á los liberales: reforzados éstos pelearon con tal empeño extendiendo su línea por ambos flanchos, que se retiraron los carlistas en la más completa dispersión. Ni aún los jefes pudieron ir juntos, pues el que lo era de E. M. señor Oliver se vió cortado del cuartel general, y con alguna fuerza se dirigió á Igluesuela del Cid, donde encontró al coronel Rivera con algunas compañías que habían sufrido la misma suerte.

Villalain halló la muerte en aquella acción que produjo á ambos combatientes unas 300 bajas entre muertos y heridos. Cucala, que afecto, á pesar suyo, al cuartel general, no tenía mando, al ver lo que sucedía y llevado de su natural arrojo, se puso al frente de algunos restos de fuerzas que aún se sostenían, les alentó infundiéndoles nuevo ardor, mas viendo que era ya inútil toda resistencia se fué retirando llevándose seis prisioneros, y pernoctó en Mosqueruela, participando Dorregaray á don Carlos lo sucedido, diciéndole entre otras cosas: «En todo el tiempo que aquí llevo, ni un solo fusil se me ha enviado; y las municiones escasean de tal manera, que apenas pueden hacerse más de tres horas de fuego en ningún combate.—A pesar de que la situación no podía ser más insostenible, y que es una temeridad tratar de sostener una lucha contra enemigo tan poderosísimo, contando con elementos tan insignificantes, deseando como siempre

complacer los deseos de V. M., he procurado y procuro que todos continúen en sus puestos hasta llegar á donde humanamente sea posible... el completo abandono en que nos vemos han hecho decaer de tal modo el espíritu en pocos días, que jefes, oficiales y soldados están desanimados hasta un extremo alarmante; y todos, sin exceptuar uno solo, completamente desesperanzados y abatidos. Fortifican todos los pueblos que pueden facilitarnos algunos recursos, y hacen que los demás inspire temor lo poco que podían darnos, no pudiendo, por lo tanto, ya ni aún dar la ración diaria. V. M. comprenderá en su claro criterio que no me es posible responder de situación tan alarmante, y cumple á mi deber exponerlo con sinceridad á V. M. (1).

Las bajas en uno y otro campo se aproximaron á 300.

Antes de las anteriores quejas había enviado Dorregaray comisionados á exponer á don Carlos la situación del ejército del Centro (2), y aunque era evidente la buena vo-

(1) Este escrito se cruzó con una carta de don Carlos del 1.º de Julio desde Zornoza, participándole los cambios que en el personal del ejército había decretado para la más pronta realización de sus proyectos de operaciones, á fin de dar al ejército de Dorregaray los auxilios materiales que su situación reclamaba. «Vive persuadido, por lo tanto, de que pronto, muy pronto, sentirás la influencia de estas disposiciones, y de que todo mi deseo no es otro que verte en posición de luchar y vencer, distrayendo de tu lado una parte de tus enemigos».

(2) Aún continuaba en el Norte el infatigable don Victoriano Camps, procurando armas para el Centro, y hallándose en Elorrio, recibió una carta de Dorregaray en la que le decía: «Si se me mandan 10.000 fusiles, respondo con mi cabeza que dentro de mes y medio estoy en Madrid.» Era en Mayo.

luntad de don Carlos, porque estaba en su propio interés, podían más los enemigos que Dorregaray tenía en la córte, sabiendo presentar con más artificio la bondad de su conveniencia ó el interés de su inquina que el beneficio de la causa y de su rey, y suelen tener estos á veces la desgracia de creer mejor á cortesanos falsos que á súbditos leales.

Fué también al Norte Doñamayor y á Cataluña Oriol á solicitar éste de Savalls una parte de lo ofrecido en Olot; aquel había pedido á Dorregaray le enviase 10.000 hombres á Cataluña, ó sino una brigada, cuyos pedidos eran como contestaciones al que se le hacía. En cuanto á Doñamayor, ni consiguió por el pronto los auxilios ni la aprobación de las propuestas de recompensas que llevaba, que dieron motivo á escenas bien poco edificantes. Don Carlos ofreció lanzar á Castilla la expedición preparada, y escribió á Savalls que marchara sobre Martinez Campos y pasara el Ebro, disponiendo además saliera otra expedición para Aragon, nada de lo cual se efectuó. Don José Niceto de Urquizu y algunos otros se interesaron para auxiliar á Dorregaray, y don Carlos, por último, dió á Doñamayor una recomendación colectiva para las diputaciones Vascongadas y Navarra, encareciéndoles la necesidad apremiante de que aquel ejército fuera socorrido inmediatamente; y se añadía en el oficio, firmado por el señor Iparraguirre: «Lo

También el señor Camps manifiesta que había poco interés en varios jefes superiores del Norte para proteger á sus compañeros del Centro, haciendo una excepción del ministro de la Guerra señor Llavenera, de don Cayetano Freixá y de algún otro.

que el general Dorregaray únicamente necesita son armas, y como las diputaciones de estas provincias se comprometiesen en reuniones que tuvieron lugar en Vergara á facilitar 8.000 fusiles para la expedición de Castilla, S. M., eximiéndolas de aquél, desearía lo cumplieran en favor de nuestros hermanos del Centro. Ellos pueden hacer que el triunfo de la guerra no se dilate, y por esta razon, comprendiéndolo así la diputación de Vizcaya, ha accedido á lo que S. M. indicaba, facilitando armas y municiones al coronel Doñamayor. Él explicará á V. E. los medios de que dispone para hacerlas llegar pronta y seguramente á su destino, y el rey, conociendo la lealtad de V. E. y de la provincia que representa, no duda imitará el ejemplar que le ha dado Vizcaya.» Esto se decía el 3 de Julio, cuando estaban pasando el Ebro las fuerzas del Centro.

En corroboración de lo que se quería auxiliar á Dorregaray, manifestaremos que Llavanera puso en contacto á Doñamayor con Camps, que fué á Zumarraga, donde recibió una comunicación de aquél diciéndole se habían concedido para el ejército del Centro 10.000 fusiles y una respetable cantidad para gastos de conducción, y con 2.000 fusiles Remington que Camps tenía ya concertados podían poner aquel ejército en disposición de resistir á Jovellar. En Elorrio, donde había un almacén de fusiles nuevos, y era la residencia del señor Urquiza, encajonáronse con gran diligencia 2.000, se condujeron en carretas á Zumarraga y de aquí los transportaron en ferrocarril á Tolosa, más 40 cajas de municiones, habiendo quedado en tanto Do-

ñamayor en Elorrio encajonando más fusiles. Camps avisó al jefe de los contrabandistas para enviar las cajas inmediatamente á Aragon, y el mismo día en que el encargado de aquellos llegó á Tolosa se recibió la noticia de haber pasado el Ebro Dorregaray (1).

CONSEJO CARLISTA — TRABAJOS DE SEDUCCIÓN

XXXI

Libre el paso para Cantavieja, con el triunfo de Monleó, Jovellar con las brigadas Bayle y Chacon, que formaban la división Esteban, salió el 30 de Villafranca del Cid, y por Iglesuela llegó á Cantavieja, trabándose un sostenido tiroteo de fusil y de cañen. Abrazáronse ante la plaza Jovellar y Martínez Campos, y se dispusieron los trabajos de sitio.

El 1.º de Julio marchó Dorregaray á Villarluengo, donde estaban Gamundi y Boét, y con la asistencia de Palacios, Adelantado, Oliver y Ordoñez, se celebró consejo bajo la presidencia del general en jefe, que expuso el estado en que se encontraba el ejército y

(1) «A los pocos días, escribe Camps, fui llamado por el rey por si yo podía proporcionar un buen confidente para que se dirigiera á Barbastro en busca de Dorregaray, entregándole un oficio para que se viniera hácia Navarra con todas sus fuerzas, á las que en seguida se las equiparía y armaría con Remington: en el momento le presenté y entregué dicho oficio á un joven natural del Alto Aragon; y aunque fué á caballo, y con premura, no halló á Dorregaray, que ya había marchado á Cataluña, y solo halló al coronel don José Agramunt (conocido por el cura de Flix), el que con parte de dos batallones se dirigió hácia Navarra, á donde llegó á costa de marchas muy forzadas.»

el país, invadido y arruinado; la crítica situación en que se hallaban; derrotadas las fuerzas sin poderlas racionar, y sin cartuchos, que se había llegado á tal situación por falta de auxilios, carencia de municiones y prevista invasión del territorio por las fuerzas enemigas, manifestando que era preciso acordar una solución que salvara al ejército.

Conformes todos en la necesidad de marchar al Norte para cambiar el armamento y regresar al Centro con mayores elementos de existencia, manifestó Palacios que la marcha debía hacerse por Castilla, cuyo terreno conocía; Gamundi expuso su conformidad, y añadió: «que preveyendo sucedería aquello, opinaba hacía ya tiempo deber hacerse lo mismo que ahora, porque no había querido dar á conocer su opinión por temor de que se hubiera interpretado en sentido de cobardía ú otra cualquiera, siendo su parecer que la resolución adoptada debía ejecutarse en seguida, y efectuar la marcha por el Alto Aragón, pasando el Ebro por Chipriana y Caspe»; opinó lo mismo Boét; Adelantado difería solo en que la marcha debía ser por Castilla; todos convinieron en la precisión de abandonar inmediatamente el Centro, y se enviaron tres oficiales al general Alvarez con orden verbal para que siguiera la marcha que iniciaban los del consejo; olvidósele al primero que llegó, el punto al que debía concurrir, que era Caspe, y pasaron veinticuatro horas más hasta la llegada de otro de los oficiales. A Cantavieja y al Collado se decía que clavaran los cañones, salieran de los fuertes y se incorporasen á las fuerzas

que quedaban operando (1). Eran éstas dos batallones de Aragón, al mando de don Manuel Madrazo, distribuidos en partidas, además de la mayor parte de las que allí operaban, y en Valencia y el Maestrazgo las de aquellos distritos.

Antes de abandonar el Centro, debemos exponer algunos de los trabajos de seducción. Comenzaron al tratarse del cange de prisioneros. Al escribir á Dorregaray se le incluyó una copia de las bases de reconocimientos de empleos á los que se presentasen, sin nada decirle, y Dorregaray la devolvió, añadiendo en P. D. en la carta en que trataba del cange, que en la que había recibido se había encontrado aquel papel, puesto por casualidad, y le devolvía, porque á hombres como él no se haría tal insulto.

Hablóse mucho de don Joaquín Mallen como agente del gobernador civil de Valencia, señor Candalija, á la vez que de Dorregaray y de Oliver, y este mismo señor dice, aunque equivocando el nombre de Mallen, al que llama Mariano, que comisionado en diferentes ocasiones para la compra de armamento y municiones en territorio liberal, hallándose en Valencia con encargo de adquirir 100 carabinas Remington, fué descubierto y llamado por el gobernador civil, que creyó encontrar en él un instrumento á propósito para sus planes; y si no le interesó sinceramente por la causa liberal le halló

(1) La orden para Catavieja no pudo llegar, y el jefe del fuerte Collado, á pesar de recibirla de persona bien conocida de él, é ir firmada por Adelantado en nombre de Dorregaray, la creyó falsificada, y quiso fusilar al portador, que permaneció dentro del fuerte.

dispuesto para la seducción, y aprovechó también Dorregaray para preparar una emboscada á los liberales, que no pudo efectuar por haberse empezado antes las operaciones. Tenemos á la vista las revelaciones que con su firma hizo el teniente del sexto de Aragon don Luis Guardiola, y lo único grave que hallamos son estas palabras que supone dichas por Mallen al ayudante Borrero: «Estais perdidos; pronto ireis á Francia. Ya ves los tráfugas del gobierno desempeñan los mandos más importantes, y te aseguro que la mayor de ellos están ya sobornados por el enemigo. Juro haber visto en la gobernación de Valencia las firmas de Oliver, jefe de E. M. del ejército del Centro, y de Adelantado, comandante general del reino de Valencia. Estos dos oficiales generales se comprometen á entregar las fuerzas de su mando. Esfuérzase por seducir á Dorregaray: está vacilante y perplejo; pero los que le rodean, habiéndose comprometido á faltar á su juramento de fidelidad á Carlos VII el día del convenio, el gobierno de Madrid tendrá preparado un vapor en San Carlos de la Rápita, con el objeto de conducir á Dorregaray al extranjero, en el caso en que rechazara á última hora las condiciones propuestas.»

Desde luego haremos notar que Oliver no mandaba fuerzas; podía estar en tratos con sus antiguos compañeros los liberales, el señor Adelantado que las mandaba, pero no se vió el resultado de los trabajos que se hacían en la escala que era de esperar. Y es extraño que, con tantos medios como se pusieron en juego para introducir la discordia y la

confusión en el ejército del Centro, no hubiera habido una terrible colisión destruyéndose mutuamente.

Los carlistas de Madrid, que estaban bien servidos en algunas altas dependencias, avisaron al momento que Jovellar había llevado sellos iguales á los que usaba Dorregaray y otros jefes; que habían ido al Centro excelentes falsificadores de letra, y se denunciaban mil sucesos con más ó menos exactitud (1).

Después de los fusilamientos de Monet, don José Fernandez Corredor, que reconoció á don Alfonso, dirigió una enérgica alocución á los voluntarios del Maestrazgo para que depusieran las armas, «por que la guerra

(1) «Por aquí anda un sujeto que dice llamarse Vicente Codino; es alto, rubio, con patillas, y ha mandado hacerse un sello con el rótulo Dios, Patria y Rey: Comandancia general del reino de Valencia; tiene pasaporte del ministro de la Guerra...—Hoy ó mañana saldrá para Zaragoza un tal Félix, con una orden del ministro de la Gobernación para el gobernador de Zaragoza á fin de que le de 1.500 duros á cuenta de los 12.000 por que se compromete á entregar la plaza de Cantavieja. El Félix está en inteligencia con un teniente coronel llamado Santos, que dice fué ayudante de Vallés. En la orden que lleva se previene al gobernador que se ponga de acuerdo con Félix para todo lo referente al asunto, y que cuando convenga debe acercarse á Cantavieja. Despujol con fuerzas de su mando á fin de favorecer la operación.—En efecto salió Félix el día 12.—En este mismo día recibí los dos volantes siguientes en carta anónima.—Acaba de salir un comisionado con fondos para el Centro. Cuenta con inteligencias con tres jefes. Si hay medio, avítese á Dorregaray directamente sin intermediación de otros jefes.»

Dábase cuenta hasta de las instrucciones que se daban al gobernador civil de Valencia, señor Candalija, y procedían algunas noticias de personas bien informadas por ocupar puestos oficiales.

era impía»; tomaron parte en estos trabajos los barones de Ribesálbes, y muy especialmente don Corpóforo García Verdugo, procedente de los carlistas, que ya desde el año anterior venía trabajando con fe y actividad para producir deserciones en su anterior campo, ayudándole el señor Alés, ó más bien protegiéndose mutuamente en esta tarea, de acuerdo con el gobierno (1).

Mucho se asedió á Dorregaray, grandes ofertas se le hicieron y por muy elevados personajes, pero no nos consta, á pesar de nuestras investigaciones, que consiguieran su intento; y hasta en el proceso que se le formó, no hay declaración que le acuse fundadamente de deslealtad.

Se le ha censurado el que no distribuyera sus fuerzas, y esto no lo podía hacer quien al tomar el mando del Centro disolvió las partidas sumándolas en batallones por su deseo de que la guerra fuese regular y se formase un ejército como en el Norte. Y no era

(1) A fines de 1874 se escribía del ministerio de la Gobernación á un gobernador civil de las provincias Vascongadas:

«Comprendo la necesidad cada día más imperiosa de llevar adelante nuestros trabajos de zapa para conseguir en un corto plazo la desmoralización del ejército carlista.

»Para los obstáculos que se nos ofrezcan y puedan allanarse por medio del dinero, estamos dispuestos á proporcionar lo que haga falta.

»A los jefes que se comprometan á presentarse con sus fuerzas, ofrézcales dinero, sin reparar en mil duros más ó menos.

»La cantidad estipulada será depositada en el punto del extranjero que ellos mismos fijen.

»Es preciso á todo trance y por toda clase de medios concluir la guerra.»

imposible formarle, porque lo había hecho Cabrera, y con buen éxito. Dorregaray cometió faltas, mas no le podemos culpar de traidor ni de promovedor del desastre del Centro.

CONQUISTA DE CANTAVIEJA Y DEL COLLADO

XXXII

Apercibidos los carlistas para la defensa de Cantavieja, derribadas la mayor parte de las casas del arrabal, comenzó el fuego en las inmediaciones al aproximarse el 30 de Junio las fuerzas liberales: al retirarse por una falsa alarma dos compañías carlistas, quedó sosteniendo el fuego por espacio de media hora la que mandaba el capitán madrileño Sater, procedente del ejército carlista del Norte, hasta que al verse solo y próximo á ser envuelto, se retiró tan ordenadamente que fué elogiado.

El 1.º de Julio rompióse el fuego contra la plaza, aproximando cada día los sitiadores sus potentes baterías; en la noche del 3 entró un oficial con un oficio de Dorregaray, y cuando en la tarde del 4 se tocó alto el fuego y se arboló bandera de parlamento en lo alto de la muralla, á pesar que con anticipación se había hecho saber el objeto, fué tal la excitación y disgusto de los sitiados, que prorrumpieron en voces de *antes morir que rendirnos; esto es traición*, y algunos quisieron poner una bandera negra hecha con un vestido de mujer. El objeto del parlamento era pedir un médico y una caja de aparatos quirúrgicos, de que carecían por completo, y no había más que un practican-

te, falleciendo tres heridos por no poder hacerseles la amputación; dieron los sitiadores un estuche de bolsillo con instrumentos quirúrgicos, no pudiendo facilitar médico, y una caja de cigarros para el señor Albarrán: concluido el parlamento volvió cada cual á su sitio, rompiéndose á poco el fuego por una y otra parte con más vigor; taparon por la noche los ingenieros carlistas con maderas los tres boquetes abiertos en la casa llamada del diputado, que formaba línea recta con la muralla y parte de ésta; el fuego de cañon y fusilería del 5 imposibilitaba andar por las calles, por lo que se mandó taladrar las casas por el piso bajo para recorrer la población; abierta una brecha practicable, al acudir los sitiadores al asalto (1), opúsoseles

(1) Componíase la columna de asalto de 50 voluntarios de cada batallon, y estaba soportada por el de cazadores de Manila y uno de Cuenca. Mandadas estas tropas por los pliegues del terreno más próximos á la plaza que había, cubiertas de la vista de ella, puestas todas las fuerzas sobre las armas, y preparada la operación por medio de un vivo fuego de fusil y cañon sobre la brecha y las partes del muro que podían defenderla, se dió á las nueve de la noche á la columna de asalto la orden de avanzar. Esta trepó por un barranco al arrabal mencionado que solo dista cien pasos de la brecha. Un vivo fuego de la plaza se opuso á su marcha; el muro, las guardillas y la torre del pueblo lanzaban un torrente de plomo, que hubiera hecho horrible carnicería en la columna si la oscuridad de la noche no hubiese imposibilitado que las balas fuesen bien dirigidas. Dueña la columna de asalto del arrabal, partes de ella avanzaron dos veces contra la brecha tan resueltamente, que al pié de ella murió gloriosamente el teniente coronel de marina señor Herrera, y hubo soldado que al replegarse sus compañeros, quedó sobre el apuntillado muro clavado en las bayonetas enemigas. Pero los escombros del arrabal y la oscuridad de la noche, que antes habían protegido á los liberales contra el plomo contrario, les perjudicaron entonces, impidiendo que los soldados llegasen al muro

TOMO III

con 23 voluntarios el valiente Sater, quien dice: «al llegar al primer relleno que daba frente á la brecha, ya no pudimos pasar de allí; algunos estaban dentro y nos hacían fuego á distancia de unos 20 pasos; nosotros les contestábamos lo mismo; á los cinco minutos el señor Escalona y comandante Morinchón se presentaron en la escalera; el fuego continuaba, pero observando que avanzaban, se lo hice presente al teniente coronel Escalona, el cual me contestó: «Usted sabe cumplir con su deber y con su palabra, porque es un militar digno»; con cinco soldados más que habían llegado me dirigí á ellos y les grité: «seguidme, cobardes, á la bayone-

en el orden y formación precisos; y como además la brecha, aunque estaba elegida donde ningún fuego de flanco podía defenderla, y era bastante accesible, no podía ser acometida más que por dos hombres á la vez, y había sido coronada con un parapeto de sacos de tierra, el asalto se declaró por el momento imposible, y la columna encargada de él se dedicó á atrincherarse en el arrabal, cuya posesión se había ganado, y á formar caminos cubiertos para comunicarse con la batería que tenía á retaguardia.

Dice otro actor del sitio:

«El ataque á la plaza fué vigoroso. La columna de asalto lanzóse á la carrera sobre la brecha, que se hallaba á un metro de altura del nivel del suelo; pero los carlistas habían aprovechado la oscuridad de la noche rellenándolo con sacos de tierra y vigas cruzadas, de modo que apenas podía escalar. Sin embargo, el empuje de nuestros soldados fué tal, que amedrentó á los defensores, los cuales retrocedieron; mas un valiente, no hemos de negarles esta cualidad á nuestros enemigos, apareció con una tea en la mano, gritando á los suyos:—«¡Cobardes, aún no ha entrado el enemigo! ¿Por qué huís?»—Y aquel grito estentóreo, que todos oímos, reanimó á los suyos, que volvieron al muro, haciendo fuego, y arrojando sobre los soldados que escalaban la brecha, camisas incendiarias y grandes piedras, que aplastaban á los sitiadores».

73

ta», y dando el ejemplo avanzamos hasta encontrarnos dentro de una estancia reducida todos revueltos; la lucha era cuerpo á cuerpo; en aquella oscuridad nadie sabía lo que otro hacía; el humo asfixiaba; unos gritos infernales se oían en los de fuera que gritaban, arriba, arriba; los de atrás empujaban á los de adelante, las cornetas tocaban paso de ataque, y yo gritaba á los míos, á ellos, voluntarios, á ellos; no sé explicar lo que pasó; á los pocos momentos la brecha se veía libre y perdido el terreno que habían ganado; entonces mandé hacer fuego; en este momento me avisan que atacan por el corral; bajo, llevando algunos voluntarios; los coloqué convenientemente en las tapias y mandé hacer fuego; pero la oscuridad de la noche no me permitía ver si intentaban algún asalto por aquel lado; el fuego de una y otra parte continuaba; en esta actitud dijo el teniente coronel que necesitaba luz, y desde una casa inmediata se alumbró con una materia inflamable que produjo el incendio del balcon, que era de madera, y se comunicó al rafe del tejado; con esta iluminación veía perfectamente los movimientos de el enemigo, y pronto me desengañé que nada había que temer. A las ocho y media empezó el asalto, eran las doce y todo había terminado; no se oía más que algún disparo y los ayes de los heridos. Si tardo quince minutos más en poner el centinela en la brecha, Cantavieja aquella noche hubiera sido una página de horror y sangre para la historia. Las felicitaciones que recibí de mis jefes y de mis compañeros, fueron para mí la satisfacción más grande».

El 6 por la mañana, empezó el fuego como de costumbre, aunque no tan continuado: á los pocos momentos se pidió parlamento para recoger los muertos y heridos que había al pie de la brecha; frente á ella y á corta distancia, se encontraba entre los escombros el cadáver del teniente coronel don Segundo Diaz de Herrera, jefe de la columna de asalto, un gastañor y algunos otros soldados: al recoger los liberales sus muertos, quisieron hacerlo de las armas y pertrechos diseminados por el suelo, lo que se prohibió por no ser lo pactado, ni dueños del campo. Terminada la operación, volvió á romperse el fuego, y á poco pidieron los sitiados parlamento. La falta de municiones para continuar la resistencia por más tiempo, obligó á aprovechar aquellas circunstancias que favorecían para tratar la capitulación y sacar el partido posible.

Pretendieron primero los carlistas salir con los honores de guerra y quedar libres con armas y bagajes, y se estipuló al fin que la guarnición sería cangeada en cuanto tuvieran prisioneros con quienes rescatarlos; los jefes y oficiales residirían en Zaragoza ó Valencia, bajo la vigilancia de la autoridad, pero fuera de clausura si daban su palabra de honor de no volver á las armas mientras no fuesen cangeados, y ni oficiales ni soldados podrían ser sometidos á represalias, ni enviados á presidio ni Ultramar en concepto de prisioneros (1). Tomaron posesión de la plaza los señores Junquera, Ballinas, Alvarez y Reinloin, á los que se entregó la diputación

(1) Véase núm. 16.

carlista de Aragón, la plana mayor de la plaza, personal de las maestranzas é intendencia, compañía de cañetes, de veteranos, una sección de artillería y tres batallones de infantería, sumando un total de 170 jefes y oficiales, 50 cadetes, 1.600 individuos de tropa y varios paisanos (1), rescatándose un oficial y 50 prisioneros liberales.

En la tarde del mismo 6 de Julio, al son de las bandas de los cuerpos y de una salva de 21 cañonazos, entraron en la plaza los dos generales en jefe que habían firmado la capitulación, acompañados de su plana mayor y de un batallón del ejército del Centro y otro del de Cataluña.

Aún pudo haberse prolongado más la defensa, á no haber tan gran disgusto en todas las clases por el proceder del gobernador de la plaza y su jefe de E. M. metidos en la sacristía de la iglesia durante el sitio, no faltando quienes tuvieran siniestros propósitos contra ellos. Se batieron bien; sólo se suspendía el fuego para pedir medicamentos para los heridos, que daban gustosos los sitiadores, y continuaba después con no menos empeño. Al ver que lejos de ser socorridos había atravesado el Ebro Dorregaray con casi todo el ejército, y no les quedaba ya esperanza alguna, se reunió consejo de jefes y oficiales, evidenciándose lo crítico de las circunstancias, y se consideró una necesidad y un deber la capitulación, que fué honrosa.

El sitio de Cantavieja produjo unas 200

(1) Recibió la comisión de entrega 2 cañones de á 8, rayados, procedentes de Cuenca, 1.400 fusiles, 600 disparos de cañon, 80.000 cartuchos de fusil, sables, bayonetas, víveres, etc.

bajas al ejército liberal, no siendo mucho menores las de los carlistas, por el nutrido y sostenido fuego de cañon á corta distancia, arrojándose á la plaza unos 3.000 proyectiles.

Jovellar y Martínez Campos dieron las gracias á sus tropas por su bizarro comportamiento. También les dieron á los defensores de Cantavieja (1).

Había quedado en el interior de la provincia de Valencia, y en la parte más quebrada de las ásperas montañas de Chelva y en el pueblo de Alpuente, el fuerte del Collado, construido en una alta y cónica montaña que por la parte Norte presenta cinco bancos de piedra, formando otros tantos acantilados de cinco ó seis metros de elevación, los cuales la hacen completamente inaccesible por aquel lado, y por el Sur hay una gran pendiente formada de tierras de sembradura desprovistas de arbolado; ensáchase por Levante, ofreciendo una áspera punta de peña á Poniente, teniendo enfrente al alcance de la artillería moderna la sierra del Buitre. A la defensa natural agregaron los carlistas algunas obras notables, pudiendo servirse del Collado, más como un punto de apoyo donde tener almacenes de repuesto, que como plaza fuerte capaz de resistir un prolongado sitio.

No era tan fácil, sin embargo su adquisición; sí una necesidad después de conquista-

(1) Martínez de Campos, sabedor del heroísmo del señor Sater y de su generosidad para con unos prisioneros liberales, le propuso sirviera en el ejército á sus órdenes, y le contestó agradeciéndolo que no le era posible aceptar, porque estando prisionero quería seguir la suerte que sus compañeros.

da Cantavieja. Se trató de reducir antes á su gobernador don José Jover, y don Trinidad de Juan le escribió una carta (1) el 8 de Julio, en la que después de referirle la marcha de Dorregaray y la pérdida de aquella ciudad, le invitaba, no á entregar el castillo, sino á proclamar á don Alfonso mediante reconocimiento de sus empleos y condecoraciones. No dieron resultado estas negociaciones; acudió Salamanca á apoderarse de aquella fortaleza, bloqueándola el coronel Portillo con su columna compuesta de las contraguerrillas de Alpuente, Utiel y parte de las de Solaz, cuatro compañías de Granada y 80 caballos del Príncipe; estrechó más el cerco Salamanca que acudió con nuevas fuerzas; con Sequera y otros se consiguió situar la artillería en el cerro Moratilla Grande y en la Muela del Buitre, é intimada la rendición en un volante, en otro largo y audaz la rechazó la junta de guerra y defensa, (2) que asumió todas las atribuciones, añadiendo que todos esperaban con impaciencia la hora del ataque. Comenzó éste, jugó bien la artillería, llegaron las tropas al pié del fuerte para abrir un barreno, y viendo los carlistas lo inútil de sus esfuerzos pidieron una capitulación como la de Cantavieja, y negada por Salamanca se rindieron á discreción confiando en la generosidad del general (3). Ocupó-

(1) En el membrete impreso decía: Paz. Patria y Rey, ¡viva Alfonso XII!

(2) Firmaba como vocal el secretario Pedro Delgado.

(3) Y añadía en el oficio fechado el 18 y firmado en nombre de la junta por don Telesforo Tortosa, «qué teniendo en cuenta la inexpugnable posición que ocupa este fuerte, se rinde para evitar toda efusión de sangre,

se el fuerte en la madrugada del 19, quedando además en poder de los liberales 327 prisioneros, entre jefes, oficiales é individuos de tropa, dos cañones, armas y varios efectos.

Con la conquista del Collado se completó la fácil pacificación del Centro, pues las partidas que quedaron se extinguieron poco á poco.

El general Salamanca saludó desde el fuerte del Collado á sus soldados en la orden general del 19, diciéndoles que á ellos se debía la completa pacificación de la provincia de Valencia, hasta el punto de no quedar un solo carlista armado.

MARCHA DEL EJÉRCITO CARLISTA DEL CENTRO
Á CATALUÑA

XXXIII

Parte de las fuerzas carlistas marcharon en la mañana de Julio por Alcolea y Alcorisa á comer á Calanda, donde se agregó la división valenciana, continuando hácia el Ebro, sufriendo horroroso frío y copiosa lluvia. Pasando aquel río el 3 por Caspe los valencianos y por Chipriana Dorregaray con las demás fuerzas. Reunidas el 4 las dos divisiones en Bujaraloz, siguieron á Castejon de los Monegros, al día siguiente á Sariñena, destruyendo el ferro-carril y quemando la estación y por Peralta, Berbegal, Tormillo, dejando á la derecha el castillo de Monzon donde parece se encontraba Delatre, fueron

estimando el espíritu humanitario que revela su atenta comunicación, fechada en el campamento frente al Collado el 16 de Julio corriente».

á Barbastro, en cuya ciudad permanecieron dos horas; siguieron á Huerta de Vera y Aehuesca, pernoctando en S.ese los aragoneses, en Briegos los valencianos y en Cásbas el general en jefe con el cuartel general, el escuadron y el batallon de guías. Se descanzó el 7 en los mismos cantones, llegó Alvarez con la división del Maestrazgo á Angues, una hora de Cásbas, habiendo tenido aquel día una escaramaza con los liberales; reunióse la caballería de Aragon y de Castilla al grueso de las fuerzas, y aquel ejército, que contaba con más de 7.000 hombres (1) y una pieza de montaña, estaba á trece horas de Navarra.

Como al aproximarse los carlistas á los pueblos los abandonaban sus moradores, imprimió Dorregaray una circular para que no lo hicieran, inspirando confianza aun á los de opuestas opiniones políticas.

Marcharon el 8 hácia la alta montaña por Morrano, Rodella, Otín, Letosa y Moreate á pasar el río Ara para pernoctar en Bolta-

(1) División aragonesa: Batallones primero, segundo, cuarto y quinto, compañías de guías de la misma, ronda de Muñoz con unos 200 hombres y de Fabara con 100; la de las Parras quedó en el Bajo Aragon.

División de Valencia: Batallones primero, segundo, tercero y cuarto, y su caballería.

División del Maestrazgo: Tres brigadas de tres batallones, Gandesa, San Mateo y Castellon, muy cortos los batallones, sobre todo los de la primera por haber caído prisioneras las fuerzas pertenecientes á la misma en Flix y Miravet. El batallon guías del Centro como de unos 200 hombres, todos con fusil Remington y batallon Guías del general.

Las divisiones tenían su dotación correspondiente de caballería, y además el escuadron de Guías del general que, con los 150 caballos de Castilla, componían un total de 800.

ña y Ainsa, permaneciendo en aquella comarca hasta el 11.

Weyler, pasó el Ebro el 7 en persecución de los carlistas que llevaban cuatro días de delantera, y por causas ajenas á su voluntad, siguió marchando con la tropa cansada, con un calor excesivo, por terreno llano, sin arbolado ni agua, habiendo momentos en que les alarmó la multitud de soldados semi-asfixiados que iban quedándose en el camino, y que iba recogiendo dejando á retaguardia un batallon con los rezagados. A fuerza de trabajos y detenciones, llegó la vanguardia á Bujaraloz, tres horas antes que los rezagados, y convencido de que los carlistas no podían dirigirse á Navarra, cuyo paso se participó estar cubierto por las brigadas Moreno Villar y Golfín, pisándoles el brigadier Delatre la retaguardia, y considerando que con la ventaja que le llevaban no le sería fácil darles alcance si continuaba su pista, como le había ordenado el ministro de la Guerra, le pareció más conveniente cortarles por la derecha, tomando la dirección de Ontiñana; más avisándole el capitán general que considerable número de carlistas estaban en Sariñena, se dirigió á este punto, variando su proyecto: los movimientos de los enemigos desde Cásbas, seguidos de Delatre, hicieron nuevamente á Weyler dejar su pista y marchar por la derecha á su encuentro, para lo cual fué el 8 desde Sariñena á Barbastro para ir á Ainsa y Boltaña; pero al llegar á Peralta, se le ordenó por segunda vez ponerse sobre la pista del enemigo por el camino más corto, y lo cumplió, sufriendo una gran contrariedad y con el

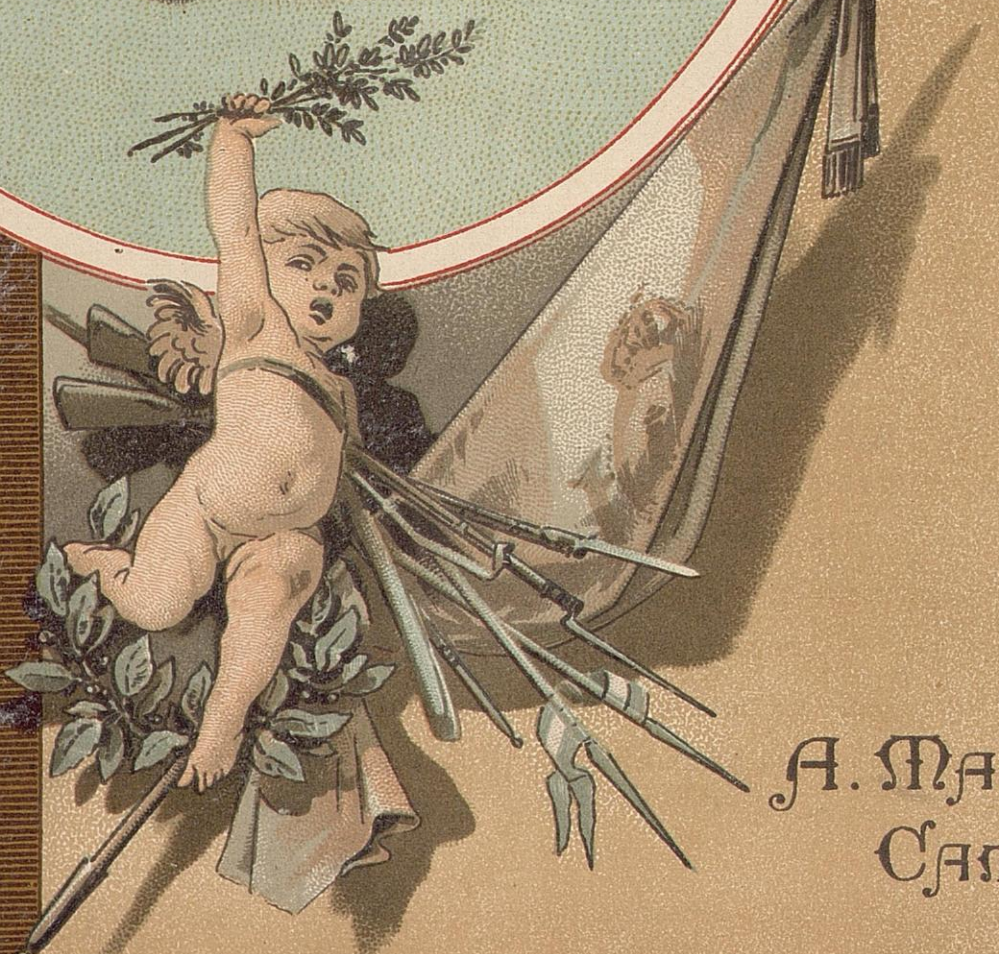
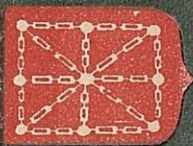
convencimiento de lo que sucedió: esto es, la ida de los carlistas á Ainsa y Boltaña. Marchó á Barbastro, siguió á Eraus el 11, el 12 continuó para Campo, allí esperaba batir á los carlistas, á no oficiarle Delatre suplicándole se uniese á él cuanto antes, por encontrarse combatiendo contra fuerzas superiores, sin conseguir el resultado que deseaba, y necesitar con urgencia refuerzos, lo cual repetía al márgen del oficio: contra las consideraciones que asimismo se le hacía sobre la inconveniencia de no seguir á Campo, varió de dirección marchando hácia Ainsa y Boltaña con gran sentimiento suyo, según lo manifestó. Por mala vereda se dirigió á la ermita de la Sierra, que le indicaba Delatre, y próximo á cruzar el Cinca, supo que los carlistas debían estar ya en Campo, Morillo del Campo y Benasque, y que el encuentro que citaba Delatre había sido sólo con cuatro compañías aragonesas de la extrema retaguardia, estando el grueso de las fuerzas á considerable distancia. Disgustado cambió de dirección y fué á Campo á donde llegó el 13, pudiendo allí convencerse de las ventajas de su proyecto y del rudo golpe que pensaba dar á su enemigo, á no ser por el oficio de Delatre, quien en las veinticuatro horas siguientes nada volvió á decirle sobre lo innecesario del auxilio que con tanta urgencia había pedido.

Sorprendida la ronda de Fabara, haciéndola algunos prisioneros, siguió el 11 su marcha el grueso de los carlistas en dirección opuesta á la de sus perseguidores, pasando el Cinca, menos la brigada de Gandesa y un esquadron de Castilla, fuerza que quedó corta-

da, y la primera que llegó á las provincias Vascongadas. Pasando el río Esera fué á pernoctar á Campo la división de Aragon con el cuartel general, batallon de guías y escolta de caballería, quedando en los pueblos inmediatos las divisiones de Valencia y del Maestrazgo. Al día siguiente, 12, por el puerto de la Múria, siguieron á pernoctar á Pon de Suert, primer pueblo de Cataluña, quedando en Bonanza é inmediaciones la división del Maestrazgo, y la de Valencia en Noales, incorporándose estas dos divisiones el 14 con la de Aragon y cuartel general en la Pobra de Segur.

Los perseguidores de los carlistas no pudieron ya cortarles el paso á Cataluña, ni alcanzarles antes de verificarlo, abrigando sólo la esperanza, no realizada, de que la brigada de Lérida se hubiera situado sobre Noguera Ribagorzana para impedirles el paso. Weyler siguió su ruta por malas veredas, acampando en pueblos miserables, sufriendo su tropa fatigas y privaciones, y al llegar el 14 á Aren supo habían pasado los carlistas el Noguera, y que Martínez Campos desde Tamarite había ido á Benabarre el 13, seguido á Pon de Montañena, pasado por allí el Noguera con sus tropas y después el brigadier Catalan con su brigada, que era la destinada á la provincia de Lérida, dirigiéndose todos hácia Tremp.

La persecución, sin embargo, no estaba debidamente ordenada; se dirigía algunas veces desde Madrid y se cometieron graves faltas. Debieron haber sido atacados los carlistas al salir de Barbastro, y Weyler culpa á Delatre de que siguiera al enemigo en vez



A. MARTINEZ
CAMPOS.

de perseguirle, y dice: «Si atacaba era á alguna de las fracciones ó rondas que habían quedado á retaguardia, consiguiendo así, como vulgarmente se dice, espantar la caza, impidiéndome llegar á tiempo, y todo lo que no se hiciese contra el grueso de la facción no daba resultados positivos. La razón natural dice además, que teniendo él menos fuerza que yo, era el que debía esperar en posición para cerrarle los pasos, y yo perseguirle, y conocedor del país, bien conocía la necesidad de cubrir Ainsa y Boltaña: si yo tenía que seguir su pista, nada hacía con ir delante de mí; tanto más cuanto que si el enemigo le hacía frente podía verse comprometido, comprendiéndolo así él mismo al pedirme auxilio, exagerando la resistencia que encontró, y si por el contrario á él no le hacían frente, menos habían de esperarme á mí. Tan perjudicial me fué para estas operaciones la brigada Delatre, que desearía no hubiera existido.» Es indudable el deseo de Weyler de batir á los carlistas antes de que penetraran en Cataluña, á donde sentía ir, así como la mayoría de sus oficiales y soldados por causas anteriores. También Jovellar tuvo más de una vez el propósito de seguir persiguiendo á los carlistas en Cataluña; pero en Sariñena recibió un telegrama en el que se le preguntaba si desde que entrase en Cataluña llevaría la dirección de las operaciones el general en jefe de aquel ejército; Jovellar, que había pedido ir sólo como auxiliar, marcando así el carácter modesto de su concurso, vió en esto, aunque no lo fuese, un indicio de poca confianza en su dirección, se sintió de la pregunta, entendió que lo mejor que podía hacerse era

enviar, como lo verificó, las tropas que conducía á disposición de su compañero y volverse con el cuartel general al Maestrazgo para ultimar la pacificación.

Terminada la guerra en el Centro, se reforzó el ejército de Cataluña con dos divisiones, y el general en jefe de aquel volvió al teatro de las anteriores operaciones para observar desde su frontera la de los carlistas del principado, cuidando especialmente las márgenes del Ebro, para dirigir las operaciones de las provincias no empeñadas en el sitio de la Seo de Urgel, que iba á emprender Martínez Campos.

CATALUÑA

EL GENERAL MARTINEZ CAMPOS — TRABAJOS

CABRERISTAS

XXXIV

El 14 de Diciembre de 1831 nació en Segovia don Arsenio Martínez de Campos, cursó la carrera de E. M. hasta Abril de 1852 que ascendió á teniente, y efectuados los dos años de práctica quedó agregado al E. M. de Valencia. Desempeñó después varios cargos, incluso el de subprofesor de la escuela; ascendió por gracia general en 1854 á comandante de caballería; fué dos años después en la expedición que al mando de Dulce marchó á Aragon, siendo agraciado con la cruz de Carlos III por el bloqueo de Zaragoza; volvió á enseñar en la escuela de E. M.; concurrió al ejército de Africa asistiendo á 16 hechos de armas, derramando su sangre, y mereció la cruz de San Fernando de primera

Clase, el grado y empleo de teniente coronel y una mención honorífica. Regresó á la península con Makenna por los sucesos de la Rápita; encargóse nuevamente de su cátedra hasta que fué destinado á la expedición de Méjico; al regresar de ella continuó ejerciendo su cargo de profesor; dado de baja en la escuela, desempeñó su destino en varias capitánías generales; fué en 1869, á su petición, al ejértito de Cuba, en el que tuvo ocasión de desempeñar brillantes servicios, premiados con el empleo de brigadier, que en 1870 le confirió el duque de la Torre como regente, y continuó en Cuba hasta la primera mitad de 1872, dirigiendo personalmente multitud de combates, no llegando á dormir ni habitar en población dos días seguidos durante nueve meses. A su regreso á Madrid quedó de cuartel, hasta que el gobierno de la República le nombró en 15 de Marzo de 1873 gobernador militar de la provincia de Gerona, donde ya le vimos operando, y en su posterior mando de capitán general de Valencia y después de Cataluña, en el ejército del Norte y en Sagunto últimamente.

Nombrado capitán general de Cataluña y general en jefe de aquel ejército, en cuanto proclamó á don Alfonso, tomó posesión del mando, saludó al ejército y á los habitantes del Principado,—Barcelona 5 Enero,—tomó algunas disposiciones políticas sobre indulto á los desertores, neutralización de las vías férreas y abolición del sistema de represalias, fundando en cambio el de devolución de prisioneros, heridos y canges periódicos de los demás. Era esto variar el aspecto de la guerra, proscribir sus horrores y establecer

toda la humanidad posible en esta calamidad odiosa. No podían menos de ser bien acogidas tales disposiciones por todo el que poseyese algún sentimiento de generosidad y nobleza (1).

Los carlistas denigraron el pronunciamiento de Sagunto, increpando que una insurrección militar fuera el escalon para subir al trono el nuevo rey; la diputación catalana (2) refería varias insurrecciones anteriores, y decía á los catalanes que eran de prueba aquellos momentos, que debían abrir los ojos y cerrar los oídos para no dejarse embaucar por fementidas promesas. Savalls publicó también en Olot el 6 una orden del día juzgando severamente el hecho de Sagunto y permitiéndose muy terribles consideraciones. Predisponíase á los carlistas á no escuchar palabra de seducción, sin reparar que esta misma se infiltraba en su campo.

Deseos algunos catalanes de que fuera Estartús perdonado por don Carlos, inició Argila su reconocimiento, y regresando del Norte á Cataluña, llevó el encargo de que el mismo Estartús dirigiese una exposición á don Carlos. Al visitar á aquel en Arles, hallábase con él don Manuel Homodes, sobrino de Cabrera, manifestándole que éste se veía asediado para que se pusiera al frente del ejérci-

(1) Ya se había neutralizado en el Centro la orden de Lizarraga sobre la circulación en ferro-carriles, según escribió don Luis de Trelles desde Valencia el 6 de Febrero al señor Montesino, director de la empresa del de Madrid á Zaragoza.

(2) Desde San Juan de las Abadesas el 4 de Enero, firmando los señores Mestre y Tudela, Solá, Morales, Sitjas, Marcio, Rocafulgura, Coronas y Campos y Cuenca.

to carlista, pero no quería presentarse á don Carlos antes de que los generales y jefes le escribieran una carta en la que manifestaran aquel deseo: enseñósele la fórmula del escrito en el que se consignaba que convenidos los firmantes del mal giro de los negocios y la mala dirección de la parte militar, cansados de una lucha estéril, veían el remedio en Cabrera, al que llamaban y se obligaban á proclamarle general en jefe del ejército, «reconociéndole desde ahora como árbitro de nuestras diferencias, á fin de que inspirándose en el consejo de españoles ilustrados á la vez que buenos creyentes dirija las operaciones de la guerra como mejor convenga.» No dejó de comprender Argila que aquel escrito encubría otros fines, á lo que Homedes le repuso que casi todos los jefes estaban acordes, que Dorregaray pondría sus fuerzas á disposición de Cabrera, y que hasta con Savalls contaba.

Con copia Argila de aquella carta, por candescendencia, pudo costarle caro, á no haber hablado antes con Savalls sobre este asunto, del que era sabedor, pues tenía también otra copia, y haber obrado con nobleza; así que el mismo Savalls para sincerarse del atropello cometido con Argila culpaba á los..... de la diputación. Estos se dirigieron á don Carlos denunciando tales trabajos, Savalls aprovechó la misma circunstancia para decir á aquel señor (1) que, «sin duda aprovechándose del estado afligidísimo en que se encuentra Cataluña por la falta de dirección militar y política, y del mal acierto por la lentitud

(1) Desde Olot el 31 de Enero de 1875.

del que tiene el mando superior, he descubierto una especie de conspiración basada con Cabrera, que podría ser de funestísimas consecuencias, dado el cambio de la situación del gobierno enemigo, y en la que vienen trabajando desgraciadamente algunos jefes (1).»

D. Carlos contestó á la diputación y á Savalls excitando el celo de ambos para descubrir cuanto se maquinase y que cualquiera que fuese la persona que se supiera ser instrumento, fuera sometida á un consejo verbal y castigada sin demora. Se contuvieron algun tanto los trabajos que se hacían en Cataluña, aunque no era donde más resultados daban (2).

ATAQUES CARLISTAS

GRANOLLERS—PRADES—PELIGROS

XXXV

Aunque al comenzar el año de 1875 se hallaban los carlistas catalanes tan divididos ó

(1) Y añadía protestando de su acendrado y verdadero cariño á don Carlos, que no descansaba en su vigilancia, que empezaba por prender á todos los jefes que se hallaban comprometidos, hasta que don Carlos autorizara la entrada de Cabrera, y si éste llegaba á hacerlo en Cataluña sin esperar real autorización ni venia del comandante general, le prendería y le sometería á un consejo de guerra como subversivo.

Tristany pretextó también de tales proyectos.

(2) «Convencidos los enemigos de que les era completamente imposible atraerlos con sus palabras, trataron de hacer ver que mis batallones se presentarían por compañías á indulto, por lo que, pagando infinidad de perdidos liberales, pensaron vestirlos con el modelo de nuestro uniforme, é introducirlos en sus grandes ciudades y pueblos, como Barcelona, Gerona, Mataró, etc. Mi indignación fué grande al tener semejante noticia, y determiné emprender operaciones, para demostrar que en los pechos de los carlistas se seguía alentando el deseo

más que antes, Tristany, Moore, Camat y otros inauguraron sus operaciones tratando de apoderarse por asalto de Balaguer en la madrugada del 1.º de Enero, rechazándoles la guarnición de la plaza, y se retiraron á pesar de lo respetable de su número y llevar caballería y artillería.

Más para hacer salir la guarnición de Lérida que para poseer á Cervera, la atacó Tristany sin éxito, é insistiendo en su empeño volvió á atacarla el 5 y de nuevo fué rechazado: Savalls, que desde Olot había marchado á Mieras y operado en combinación con Morera y Aymamyr para caer sobre la división Esteban, fué hácia Santa Coloma á pernóctar el 9; en cuyo día, al saber que desembarcó don Alfonso en Barcelona, en vió á Morera y á Aymamyr con orden de atacar á Mataró, sobre la que cayeron el 10 con regulares fuerzas y artillería, determinándoles la duración del combate en tres ó cuatro horas, para evitar que la aglomeración de fuerzas enemigas les cortara la retirada: atacaron impetuosamente (1); fueron obte-

de pelear y morir por el triunfo de tan santa y noble causa.»

Parte de Savalls.

(1) Los carlistas acometieron á la torre llamada San Sagimont y se apoderaron de la barricada inmediata á la fábrica del gas. A los voluntarios que custodiaban la torre, mandados por el capitán señor Farigola, les intimaron se entregasen bajo promesa de respetarles la vida; pero el señor Farigola creyó que se le tendía un lazo y se defendió con los voluntarios hasta que pudo salir abriéndose paso á la bayoneta. Dos voluntarios tardaron en salir y fueron degollados. Los carlistas hicieron varios disparos de artillería contra la ciudad, y la infantería llegó hasta la calle de la Habana. El capitán Farigola, al frente de su compañía de voluntarios, tomó la ofen-

niendo ventajas, y al avisarles que acudían fuerzas de Barcelona y otros puntos se retiraron, eludiendo la persecución.

Dos días después salió el general Esteban de Gerona con la brigada Cirlot, y en las alturas inmediatas á Santa Coloma de Farnés atacó á las fuerzas que mandaba Savalls, trabándose porfiado combate en aquellas posiciones en que esperaban los carlistas, y de las que se retiraron, haciéndolo el liberal al día siguiente á Gerona con sus heridos.

Mientras el general Martínez Campos efectuaba una operación hácia Olot con la brigada Saez de Tejada y Cirlot, se dirigió Tristany desde Mayá á la importante villa de Granollers, capital del Vallés, en cuyo centro se halla, cabeza de partido judicial, con más de 5.000 almas y á una hora de Barcelona por ferro-carril. Pasando por delante de Castelltersol sin hacer alto, fingiendo una expedición por la parte de Caldas de Montbuy, llegó hasta Coll de Rosas, y ordenó á Muxí se dirigiera con su cuarto batallón de Barcelona por San Feliú de Codinas á Granollers, á donde caería Tristany, que desde Centellas había ido por la carretera de Vich. Dispuesto y efectuado el asalto en la noche del 18, viéronse los liberales sorprendidos, y localizaron la defensa en las plazas Mayor y de las Ollas, iglesia, cuartel, fuerte Par-diñas y torres Invencible y Victoria: reforzó siva flanqueando la orilla del mar, mientras otra compañía, mandada por el capitán señor Ibran, les batía por la parte de la montaña. Viendo los carlistas la tenacidad de los defensores, y que había caído muerto el comandante de su artillería don Juan Muñoz, emprendieron la retirada recogiendo sus muertos y heridos.

Miret las compañías que atacaban á los primeros puntos; se estableció Tristany en la calle de San Francisco; despejadas las plazas Mayor y de las Ollas, arreció la defensa de la iglesia y cuartel, que formaban un solo fuerte por su gran proximidad; les cañonearon para proteger con el fuego de la artillería el avance de la infantería á las puertas de los edificios para incendiarlos; se cañoneó también el fuerte Pardiñas y la torre Invencible; se rindieron los primeros despues de alguna resistencia, sin dar lugar al uso de la artillería; los defensores de la Invencible la abandonaron; atacó Galcerán la torre Victoria, que también fué rendida, y dueño Tristany de la mayor parte de la población, dispuso la demolición de las murallas y fuertes, y á la mañana siguiente se retiró desistiendo de rendir á los decididos defensores de la iglesia y cuartel, lo cual no era fácil, ni podían invertir en esto el tiempo necesario, sin verse acometidos por fuerzas liberales y en terreno decididamente favorable á estos.

El ser de noche la invasión, en pueblo rico, y el embriagamiento de los invasores fué causa de punibles excesos, de asesinatos, de criminales atropellos y hasta de actos de feroz barbarie y crueldad, que si no se autorizaron se cometieron por algunos, y si no produjeron honra proporcionaron abundoso botin, mal adquirido, con el que se retiraron los carlistas, llevándose algunos prisioneros, rehenes, 30 caballos, 150 fusiles, cajas de municiones y efectos de guerra, experimentando mayores pérdidas que los liberales.

Terrible efecto causó en estos lo sucedido en Granollers, y Nicolau reforzado en Mo-

lins de Rey con un batallon de la división Weyler, tuvo que hacer una marcha de 85 kilómetros desde Igualada, donde se encontraba, para ir en socorro de Granollers.

Martinez Campos efectuó su operación hácia Olot, pernoctando el 16 en Mieras y rompiendo el 17 el fuego en Santa Pau con parte de las fuerzas de Savalls, que se retiraron de las alturas que ocupaban; pernoctó el jefe liberal en Olot, dejando escalonadas sus fuerzas por medios batallones en las alturas inmediatas para proteger el regreso, que se verificó en la madrugada del 18; y esta rápida expedición con solo 3.500 hombres alarmó á los carlistas respecto á la seguridad de su capital: por consejo de Lizarraga se atrincheraron las alturas y pasos que podían defenderla.

En la provincia de Tarragona peleó el 26 en Prades el grueso de los carlistas que mandaba Tristany con la pequeña columna que guiaba el coronel Picazo, que acudió al encuentro de aquellos por órdenes de Weyler, rechazando cargas de caballería y de bayoneta, sosteniendo el combate más de tres horas, y emprendiendo despues una retirada ordenada y honrosa. El Fijo de Ceuta, que era el batallon de Picazo, ocupaba el llano de Albarca, y los carlistas ganaban terreno por el lado de Vilanova de Prades; era una temeridad sostenerse un minuto más en terreno tan expedito á la caballería: creyendo los carlistas dominar aquel flanco con una masa de cerca de 2.000 hombres, dieron un rodeo para ganar el paso de Albarca y la carretera, pero en la misma llanura dos compañías de voluntarios de Cornudella, sosteniendo el

pueblo de Albarca, destacaron la mitad de su fuerza y 30 bravos contuvieron el ímpetu de los carlistas; por el otro lado los movilizados y Niubó con otras dos compañías de voluntarios de Cornudella y carabineros, mantuvieron los desfiladeros de la Guifella, hasta que la tropa estuvo en posición cerca de Albarca, marchando después todos á Cornudella con sus heridos, siendo considerables las bajas de unos y otros combatientes. Allí pidieron municiones por haberlas agotado.

Weyler, que se movió solícito para proteger importantes poblaciones de la provincia, incluso la capital, que no tenía fuerzas suficientes para resistir á las que guiaba Tristany, llegó oportunamente á Vendrell, atacada ya por los carlistas, que tenían el grueso de su gente en La Bisbal, y les obligó á retirarse, salvando así aquella población, que le recibió entusiasmada. El general en jefe con las brigadas Nicolau, Arrado, y fuerzas de Mola y Martínez y Saez de Tejada obró activo, obligando á Tristany á evacuar la provincia, viéndose apurado en algunos puntos, salvándole la niebla de ser alcanzado por su perseguidor.

Marchó Tristany á la provincia de Gerona, y Martínez Campos reorganizó sus fuerzas y convino con el jefe carlista un tratado en obsequio de los heridos de ambos campos (1), y otro de cange.

Como si el jefe liberal no tuviera bastante

(1) Como hemos de ocuparnos en capítulo especial de todos los canges, damos aquí á conocer el tratado de enfermos y heridos.

Los capitanes generales y generales en jefe de los ejércitos contendientes en este Principado, debidamente

con los carlistas, supo que los federales andaban en tratos con aquellos prometiendo un levantamiento de 8.000 hombres, que si algunos creían exagerada esta cifra, no la consi-

autorizados por sus respectivos gobiernos, han convenido lo siguiente:

«Para la seguridad de enfermos y heridos:

»1.º Los enfermos y heridos serán respetados y auxiliados mutuamente por ambas partes beligerantes, donde quiera que sean encontrados.

»2.º Los pueblos quedan libres de establecer hospitales para aliviar la suerte de los enfermos de ambos campos.

»3.º Se dará una orden general de ambos ejércitos, mandando sean cumplidos los artículos anteriores, y conminando á sus contraventores, haciéndose extensiva esta orden á los voluntarios movilizados del ejército alfonsino, comprometiéndose ambos generales á cumplirla y hacer cumplir bajo su palabra de honor.

»4.º Ambos ejércitos pueden mandar sus enfermos y heridos á los baños minerales siempre que vayan provistos de un pase del general del ejército respectivo.

»5.º Todos los gastos que ocasionen los enfermos y heridos en los hospitales, serán religiosamente satisfechos por el ejército de su procedencia.

»6.º Cuando se hallen restablecidos no se les impondrá impedimento alguno para que marchen á sus respectivos ejércitos, sirviéndoles de salvo-conducto, hasta la primera fuerza que encuentren de su campo, el alta del hospital ó certificado del alcalde del pueblo.

»7.º Cuanto en este convenio se estipula ha de observarse estrictamente, sin variación ni enmienda, hasta quince días después de haberse denunciado por alguna de las partes la cesación de los acuerdos.

»Ambos generales empeñan su palabra de honor de que cumplirán lo estipulado, á cuyo objeto firman por duplicado el presente contrato, y lo sellan con el de su oficio.

»Cuartel general de Súria 13 de Febrero, de 1875. — El teniente general, *R. Tristany*.—Hay una rúbrica.—Hay un sello que dice: Dios, Patria y Rey.—Ejército Real de Cataluña.—Estado Mayor general.—Barcelona. 25 de Febrero de 1875.—El teniente general, general en jefe *Arsenio Martínez de Campos*.—Hay un sello que dice: Ejército de Cataluña.—Estado Mayor general».

deraban otros absurda. Algo hizo Martínez Campos y más hubiera hecho ha haber tenido policía, que él y el gobernador solicitaban en vano y la adopción de otras medidas. Estaba sin embargo resuelto si el peligro arreciaba, y teniendo en cuenta el puesto que ocupaba, á destituir los ayuntamientos que no le inspiraban confianza, sustituir la policía, con otra que él nombrara, y evitar desmanes de la prensa. La benignidad se tomaba por debilidad. Cataluña estaba en distinta situación que otras provincias, ó más bien se hallaba en condiciones excepcionales por los elementos allí influyentes ó poderosos. «El descontento, decía el general, cunde en las clases conservadoras y empiezo á notar algo de vacío: va pasando lo que dije al gobierno de 3 de Enero del año pasado, que me costó un castillo, sin que por eso dejara de ser exacto. El elemento conservador desconfía, y los indiferentes que estaban gozosos porque creían la paz próxima y ahogadas las exageraciones revolucionarias, están asustados.

A esto había que añadir que ya se daban voces subversivas en algunos puntos, que ciertos actos del gobierno se censuraban por sus mismos amigos, y que la política empezaba ó continuaba teniendo exigencias, que no podían ser totalmente desatendidas. Afortunadamente, para el gobierno podía confiar en el prestigio de la autoridad militar de Cataluña, para hacer frente á tantos peligros.

MANDOS—ACCIÓN DE BAÑOLAS—EXPEDICIÓN DE MARTINEZ CAMPOS Á OLOT—SUS COMUNICACIONES AL MINISTRO DE LA GUERRA

XXXVI

Al participar don Carlos á Tristany su

nombramiento de capitán general de Cataluña, le recomendaba la unión con Savalls y mucha actividad en las operaciones para que el enemigo no tuviera un momento de sosiego, y á Savalls, al que había nombrado teniente general, le encargó la misma actividad y que estuviera muy prevenido contra los que tomando el nombre de Cabrera trataban de introducir la división de aquel ejército. Esto se escribía en Estella casi el mismo día en que se reunía la diputación de Cataluña para ocuparse de una carta de Perpiñán, en la que exponían las ventajas para la causa carlista de que Cabrera se encargara del mando, y se excitaba á la diputación para que se dirigiese al mismo; y esta corporación que había expuesto á don Carlos el 1.º de Febrero un proyecto de mensaje proclamando la jefatura de Cabrera, acordó exponer sencillamente al primero la propuesta que se le hacía, delegando al secretario don Luis R. de Cuenca y al habilitado para aquella sesión don Pedro Pujador, para informarse en Francia del fundamento y lealtad de la proposición hecha, y poner en manos de don Carlos el acta de la junta «manifestando con lealtad al rey cuanto dichos comisionados crean conveniente sobre el origen y fines del plan de conferir mando al conde de Morella, recibiendo las instrucciones que tenga á bien comunicarles S. M., á fin de ilustrar con ellas á la diputación respecto á un asunto de tanta trascendencia (1)». Enseguida se describió la actitud de Cabrera.

(1) «Sin más acuerdos, y rezadas las preces finales de costumbre, se dió por terminada la sesión» y firman Juan Maestre y Tudela, José de Solá, Francisco de Subirá

Marchó Lizarraga á Cataluña á tomar el mando en jefe para el que fué nombrado el año anterior, y se encontró con una carta de Elío rogándole se entendiese con Tristany, á fin de que se quedaran los dos en aquel país dividiéndose amistosamente el mando; Tristany reclamó y Lizarraga envió á su jefe de E. M. don José Ferron y Saavedra; pero llegaron en esto las órdenes reponiendo á Tristany en la jefatura del ejército y llamando á Lizarraga al Norte. No agradó esta resolución á Savalls, y de acuerdo con Castell y la diputación, se empeñó con Lizarraga para que no se marchara hasta que resolviera don Carlos, al que se mandaron pliegos pidiendo se relevara á Tristany y se nombrara á Lizarraga ó á otro general (1), cuya misión llevó el jefe de la caballería señor Villagalin, llamándose al fin á Tristany y nombrándose á Savalls; mas no se conformó ahora Tristany, y mandó segunda vez al señor Argüelles. Don Carlos deseó que Lizarraga se quedara en Cataluña hasta nueva orden, á la vez que Tristany le ordenaba saliese de aquel país, no pudiéndolo conseguir, lo cual produjo grande aspereza entre ambos jefes; se encontró Lizarraga á las órdenes de Savalls, y marchó Tristany al Norte, después de resignar el mando y despedirse el 30 de Marzo

Iglesias, Francisco Javier Sitjar, José de Macía, Joaquín de Rocafiguera, José Coronas y Campos, Pedro Pujador, secretario habilitado. Estos señores expusieron desde Pau el 7 de Marzo á don Carlos contra la actitud de Cabrera, y pedían instrucciones.

(1) También don Juan Castell desde Ripoll el 18 de Febrero elevó una sentida exposición contra Tristany, manifestando las ofensas que había recibido y haciéndole inculpaciones por hechos militares.

con sentimiento de sus voluntarios, recordando que cuando entró en Cataluña sólo un puñado de valientes respondió á su voz, y ahora dejaba 21 batallones, cinco escuadrones, cerca de 100 piezas de artillería y un fuerte de segundo orden. Recomendóles la subordinación y la obediencia á sus jefes.

Nuevamente atacaron los carlistas á Cervera el 16 de Febrero, logrando esta vez ocupar algunas casas, que abandonaron después de una lucha tenaz con los 500 hombres de la guarnición, dejando además de algunos muertos, 40 prisioneros.

Constante pesadilla de Savalls apoderarse de Puigcerdá, aprestóse para el sitio, encomendando al coronel don Luis de Argila las obras necesarias, ayudándole la diputación á pesar de oponerse Tristany: no bastando las compañías de zapadores ú obreros militares que había organizado don Luis de Mas, ni pudiendo obtener de los batallones los individuos que tenían oficio, puso Savalls á su disposición los jefes y oficiales que había en el depósito de los mismos, mandó que los pueblos facilitasen los paisanos necesarios, abonándoles su jornal, y escogió del de Vallfogona, al mando de Plandolit, y entre los que se hallaba don Pedro Grau (1), ocho ofi-

(1) Hecho éste prisionero en 1849, fué absuelto por el consejo de guerra, y reclamado por la parte civil por exacciones y fusilamientos durante la guerra de los siete años, se le condenó á 20 años de presidio en Ceuta tomó parte en la guerra de Africa, cuyo comportamiento mereció que O'Donnell le indultara, le concediera la cruz de San Fernando, y le ofreciera una graduación en el ejército, lo cual rehusó, y la cruz, aceptando sólo la libertad, que obtuvo.

ciales de los más jóvenes y aptos que le sirvieron de vigilantes.

A la brigada Cirlot, que operaba en la provincia de Gerona, se le había prevenido moverse por Bañolas, Besalú á Anglés y la Sella; no pasó de Bañolas y creyó prudente volver á Gerona; al saber por la noche Savalls en Olot la situación de Cirlot en Bañolas, distribuyó sus fuerzas convenientemente dirigiéndose él con cuatro batallones y tres piezas de artillería á marchas forzadas en dirección á Besalú, donde se les incorporaría el cuarto de Gerona y dos secciones de caballería y después de un pequeño descanso seguir á Bañolas, al mismo tiempo que Auguet con dos batallones bajaba de Olot por Mieras á ocupar las posiciones de la Mota, que interceptan el camino de Bañolas á Gerona, cortando así la retirada á los liberales. Al amanecer del 5 ya estaba Savalls á un cuarto de legua de Bañolas; descansó su gente, y cuando una hora después oyó tocar llamada y que tomaban los liberales la carretera de Gerona, mandó ocupar á la carrera la población de Bañolas y picar la retaguardia enemiga. Al ver Cirlot, ya en marcha, aproximarse sus enemigos, hizoles frente en el llano de Cors, ya pasadas las posiciones de la Mata, y ocupando las de Borgoñá. A desalojarle de éstas corrió Aymamyr, y desde Cors Miret, y aunque jugó bien la artillería liberal, fué irresistible el empuje de los carlistas, y se fué aquel corriendo á Cornellá sosteniendo bizarras cargas á la bayoneta. Repusieronse los liberales antes de llegar á la venta de la República; organizóse la resistencia; cedió ante las continuadas cargas de la ca-

ballería carlista y continuó Cirlot retirándose á Gerona, molestándole de flanco Auguet, que á haber podido llegar antes á la Mata, ó haberse dilatado algo el principio de la acción, el desastre de Cirlot hubiera sido completo. Siete horas duró el bregar en el que ambos combatientes experimentaron grandes pérdidas, pudiéndose calcular en mucho más de 200 (1).

Reconocida por Savalls la importancia de lo conquista de Olot, importaba también la conservación de esa rica villa de más de 11.000 habitantes, y cuya posición permite dominar casi toda la provincia de Gerona. Había establecido en ella su cuartel general y oficinas, y en las inmediaciones sus almacenes, y para mayor seguridad dispuso el atrincheramiento de los pasos obligados. Mas la línea que se proponía defender era demasiado extensa para poderla conservar con las fuerzas de que disponía, pues formaba un semicírculo de más 5 leguas.

Noticioso Savalls de que se aprestaba su enemigo á ir á Olot, lo avisó á Tristany que aún ejercía el mando en jefe, y aunque había indicado que acudiría, no lo hizo.

Martinez Campos, en efecto, había comprendido la importancia que daba á los carlistas la posición de Olot; de aquí su expedición á fin de Enero, que ya referimos, y el que ahora la dispusiera más formal, para que

(1) Al enviar Savalls el parte de esta acción á don Carlos decía: «y si como siempre he dicho á V. M. fuese dirigido este ejército por un hombre de conocimientos militares, reuniendo actividad y energía, sería obra de pocos meses el que en Cataluña no dominase más bandera que la santa representada por V. M.»

fuera más definitiva. Con 9.500 hombres, 440 caballos y 16 cañones Plasencia (1), se aprestó á la operación, saliendo de Gerona el 16 de Marzo con la división de su inmediato mando, simulando una marcha á Besalú, y por la Sierra de San Clemente fué á pernoctar á Amer, mientras Estéban, que había salido de Vich, el mismo día se apoderó de Esquirol con pequeño tiroteo. Avanzó el 17 favorecido por la niebla, y engañando al enemigo sobre el plan que se seguía, concentró sus fuerzas en el paso de Coll-sa-Cabra; pasado el Coll-sas-Vilas torció á la izquierda para ir á tomar el camino de Vich á Olot y bajar la cuesta del Grau al valle de Bas, donde debía reunirse con Martinez Campos, que había ocupado sin resistencia seria la ermita de Nuestra Señora de la Salud, y seguido por las Planas y San Feliú de Pallerols, á ocupar, sin más que ligeros tiroteos, la sierra de Santa Cecilia, desde donde emprendió la bajada al valle de Bas. Siguió la marcha al Coll del Grau, grandemente atrincherado y defendido por el grueso de los carlistas, y cuando empezaban á bajar las acémilas y bagajes, rompieron el fuego los enemigos que se habían aproximado ocultándose en los accidentes del terreno, y las trincheras, sosteniendo el combate la media brigada Frances que iba á retaguardia, la que protegió la difícil bajada de la impedimenta, custodiada por dos com-

(1) Constituían estas fuerzas la división del general en jefe, compuesta de la brigada Ciriot y Nicolau á las ordenes del general Estéban y la de Saenz de Tejada á la del jefe; y una columna mandada por el teniente coronel Camprubí.

pañías de ingenieros. Protegieron luego cuatro compañías de cazadores de Barcelona la retirada de aquella media brigada y la caballería protegió á su vez la de estas compañías, cuya operación costó unas 60 bajas.

La poca defensa del Grau de Olot, una de las posiciones más fuertes de aquella zona, consistió en que Martinez Campos que había llegado á la ermita de la Salud una hora antes que Estéban al Grau, pudo colocarse á retaguardia de la posición, y cuando empezó el combate, avanzó por retaguardia con objeto de que el enemigo se retirara antes que el ataque de Estéban, creciera el ánimo de las tropas con la toma de las trincheras y decayera la confianza que los carlistas empezaban á tener en tal sistema, viendo tomada esta posición y la de Castellfullit, antes, delante de las cuales las tropas habían sufrido la terrible derrota de Nublas, la retirada de Cadás y otros varios intentos. El éxito fué completo: el soldado se creyó capaz de tomar todas las trincheras y los carlistas no volvieron á construir otras.

Reunidas las fuerzas liberales en el llano Bas á seis kilómetros de Olot, avanzaron en buen orden retirándose los carlistas; pero haciéndose ya de noche, no se consideró prudente el avance por la blandura del terreno, á causa de la lluvia, y se situó el cuartel general con la caballería, en las Presas, durmiendo las demás fuerzas en las casas de campo, tomadas algunas á tiros.

En cuanto al día siguiente cesó la lluvia, se emprendió el ataque por la izquierda; pasaron algunas fuerzas el rio Fluviá, se tomaron las trincheras de las faldas de Piña y

desde allí envolviéndolas los de Montolivet, avanzó Nicolau por la derecha y Estéban por el centro, y los carlistas abandonaron sucesivamente sus posiciones, Olot y San Francisco, retirándose á las alturas de San Andrés del Coll, cañoneado por 10 piezas que se pusieron en batería junto al puente de madera. Ocuparon las tropas el 18 la villa desierta por orden de Savalls, ocupándose sus nuevos dueños de apagar el incendio del Hospicio, producido por los carlistas; se aseguró la comunicación con Gerona; se ocupó Castellfullit sin resistencia, lo mismo que las alturas de Canadell, Cos, Ladebesa y Monrós que aseguran el paso del desfiladero; acudieron de nuevo los carlistas á las sierras de la Piña, San Miguel del Mont y San Andrés del Coll, y al pueblo de Ridaura; situaron una avanzada en la sierra de Castellar; aún estaban alojándose las fuerzas liberales en Olot, cuando sus enemigos rompieron el fuego con un cañon Plasencia desde la Guixera de Ventulá, á una distancia de 2.300 metros de la villa, y como no dejaba de molestar este cañon á los trabajadores que ejecutaban las obras de fortificación y atrincheramientos, se trató de apoderarse de él, lo intentó el 21 la brigada Saenz de Tejada por valle de Viaña, que defendía el primer batallón de Gerona llamado de Savalls, se vió atacado por el flanco Morera que era el jefe de aquel punto avanzado de Ventulá, logrando retirar con grandes pérdidas la artillería, esto es, una pieza Plasencia y media batería de montaña, teniendo á sus órdenes el 4.º batallón de Gerona y una compañía de chiquillos mal armados, llamada

del «Requeté,» se tomaron las posiciones carlistas y la elevada ermita de San Miguel del Monte, dando apenas tiempo para retirar el cañon; pero ya fuese porque los liberales hubiesen consumido las municiones ó por la resolución con que atacaron las fuerzas que envió Savalls guiadas por Auguet, reconquistaron al arma blanca lo perdido, se dieron cargas á la bayoneta, ejecutándose dos consecutivas, acudieron Miret y Aymamyr por ambos flancos de los liberales, que se retiraron al fin perseguidos por los carlistas y protegidos por la artillería, y en el momento de bajar al valle de Ridaura, se corrió un batallón carlista para cortarles la retirada, pudiendo contener este movimiento el despliegue de algunas fuerzas que llevó oportunamente el general Martínez Campos. Cerca de 100 bajas experimentaron los liberales en estos combates (1).

Continuaron los trabajos de atrincheramientos, y el fuego de fusil y cañon; se fortificó á Olot y Castellfullit; salían columnas hasta este punto y Bañolas en busca de los convoyes que desde Gerona se enviaban á Olot, hubo armisticio y conferencias el Jueves y Viernes Santo, y el día 29 regresó Martínez Campos á Barcelona.

Desde allí había manifestado antes—12

(1) En este día telegrafió Savalls á don Carlos: «Hace cuatro días sostenemos fuego de fusilería y artillería contra la columna, fuerte de 11.000 hombres, mandados por Martínez Campos. Esta tarde, despues de cinco horas de reñidísima lucha, hemos alcanzado gran victoria sobre él, obligándole á encerrarse en Olot.—Muchas bajas al enemigo, prisioneros, armamento y municiones en nuestro poder.»

Marzo—al ministro de la Guerra, que los carlistas de Cataluña iban cambiando su modo de ser, y por el mucho tiempo que llevaban dominando el país y las ventajas adquiridas el año anterior, les habían dado importancia y enaltecido su espíritu, contribuyendo á ello no poco la organización que habían adoptado. «En realidad, su número, no ha aumentado; pero aunque nos sea sensible decirlo, su infantería es aguerrida y su caballería arrojada». Considerando necesario atacar al enemigo, decía: «Yo creo que si sigo á la defensiva, como tengo muchos puntos que guardar, y son débiles todas las columnas, ocupando nosotros la circunferencia sin medios de comunicación, y ellos el centro con caminos expeditos, pueden caer sucesivamente sobre puntos débiles y conseguir ventajas parciales, aumentando su fuerza moral y rebajando la de nuestros soldados, que no es ya, por desgracia, muy levantada. Por lo tanto, he pensado intentar un ataque á Olot, en el que si no salgo airoso, no creo perder lo que con la inacción; pues todos saben, y en mi concepto exageran, las dificultades de esta operación, cuyo mal resultado se consideraría más bien como hijo de una imprudencia ó fatuidad mía que como un suceso desgraciado. Lo único que podrá sucederme, es que quede incapacitado para seguir en este distrito». No incapacitado, sino victorioso, como hemos expuesto, regresó á Barcelona, para volver en breve á campaña, pues como dijo el 19 desde Olot, «no soy á propósito para una guerra defensiva; ni mi carácter, ni mis condiciones, ni el crédito que por fortuna tengo en el Principado, me permiten limitar-

me á la expectativa, corriendo el peligro de llegar tarde á todas partes». Y añadía: «el ejército por más que esté á la defensiva, necesita tomar la iniciativa de vez en cuando para mantener levantada su moral. Nos vinieron á buscar al llano; tuvimos que retirarnos ante la superioridad numérica; era necesario irlos á buscar á la montaña detrás de unas trincheras; tomarles el punto que habían presentado como inexpugnable, y contestar á la alocución de Savalls con nuestra embestida á Olot.... lo menos que podía hacer era venir á Olot, ó dejar el mando del distrito. Y finalmente... que no me parece digno para el ejército español, que en el Norte, en el Centro y en Cataluña estemos todos á la defensiva. Cuando en Sagunto levanté la bandera de Alfonso XII, creí que en el Norte tomaríamos una poderosa iniciativa. A S. M., á V. E. y al gobierno me he ofrecido para ir al Norte, para llevar al Consejo de generales el peso de mi convicción, y tomar la ofensiva, pero mis ofrecimientos no han sido aceptados. Ahora haré lo que pueda en Cataluña, no devolviendo sin protesta las fuerzas que se me envían, y continuaré pidiendo más para poder seguir adelante. Grandes eran las dificultades que se me presentaban: los carlistas por un lado y los amigos por otro, acordes opinaban que era imposible venir á Olot. Las trincheras que tenían aquellos en casi todos los pasos, el número de fuerzas de que podían disponer, y las que yo podía reunir sin dejar completamente abandonado el distrito, aconsejaban tal vez que no viniese; pero bien estudiado el plan, comprendí que haciendo determinados movimientos, podía distraer la

atención del enemigo, y llegar sin obstáculo hasta la línea que va del Grao de Olot á San Tiscele, donde me proponía presentar la batalla ó en Olot. Si ésta era empeñada, esperaba, aun á costa de mucha sangre, alcanzar un triunfo material, y si no moral.»

El 23, después de reseñar los combates que siguieron á la toma de Olot, dice: «El país no me obedece, porque no puedo imponer pena de la vida como los carlistas..... Si no hubiese venido á Olot, como iban á empezar los trabajos carlistas por los desfiladeros de Amer y el de Vallfogona, todas las tropas disponibles del Principado no hubieran podido entrar aquí: son posiciones más fuertes que las que rodean á Estella. Las defensas de Castellfullit, Santa Pau, el Grao y Oix eran terribles trincheras de legua y media de largo y de dos metros de ancho, delante de los escarpados, y con fuegos convergentes. En las alturas que rodean á Olot por el Norte, están haciendo los carlistas grandes trabajos, á tiro de cañon, pero como no tengo municiones bastantes de artillería no puedo impedir las obras. Si hago salidas, detengo dichas obras por un momento, pero no puedo extenderme, y cada día me costarán más bajas».

Decía el 24: «Los enemigos han impuesto pena de la vida á todo el que traiga víveres y materiales para obras y carbón; y como generalmente cumplen este género de promesas, los pueblos, algo por afición política y mucho por miedo, no dan auxilios ni prestan trabajadores. Se avienen á pagar multas, pero esto no me resuelve la cuestión. El sistema de bloqueo que han adoptado, es terri-

ble, y casi no se puede combatir, sino empleando los mismos medios que ellos. Tratan de quitarme toda clase de recursos; están desesperados con la pérdida de Olot, y quieren concertar todos los elementos de que disponen para reducir á ruinas la población;... de 800 á 1.000 paisanos trabajan diariamente en sus obras defensivas, y realmente, por lo que he visto, son estos trabajos notables..... No crea V. E. que exagero las dificultades: son muchas pero el enemigo es torpe. Si después de tomar yo á Olot, hubiera hecho otra operación distinta de la que he llevado á cabo, ya hubiera tenido tal vez que abandonar este punto. Lo digo hoy, porque ya lo puedo conservar, pero he tenido que encerrarme para ello. Estoy ya empeñado en la ofensiva, y es casi necesario que para primeros de Mayo empiece á ocuparme de la Seo de Urgel; para esto necesitaré 8.000 hombres, cuatro meses, tren de sitio, un batallón de ingenieros y otro de artillería».

Y por último, dijo el 25: «que según sus noticias parecía ser una realidad la unión de federales y carlistas, basando su alianza en la concesión de fueros á Cataluña, en la autonomía administrativa, en el aumento de jornales y en la disminución de horas de trabajo, con objeto de ganarse la masa obrera; habiéndose comprometido los agentes federales á levantar 8.000 hombres, y empezado á ejercer propaganda entre los francos y demás fuerzas movilizadas; que para la realización esperaban las compliaciones que habían de surgir con la quinta decretada últimamente, peor recibida aún que las anteriores; que la provincia de Barcelona estaba en descubierto

de más de 6.000 hombres, correspondientes á sorteos anteriores, paseándose impunemente la mayoría de aquéllos por la capital, y pueblos de importancia, no teniendo la autoridad civil medios para hacerse obedecer, y seguía trazando el triste cuadro que presentaba Cataluña, á la vez que los carlistas aumentaban su gente, ordenando quintas, haciendo exacciones y explotando el fanatismo de los payeses y habitantes de las montañas.

CONFERENCIA MARTINEZ CAMPOS
CON SAVALLS Y LIZARRAGA (1)—MENSAJERA
DEL GOBIERNO

XXXVII

Como habían quedado bastantes muertos y heridos de ambos combatientes y apurados de municiones los carlistas, pues había participado Morera que tenía que hacer uso de las granadas cargadas de tierra como proyectiles sólidos, y á pretexto de ser días de Semana Santa, acordó Lizarraga con Savalls, escribir al general Martinez Campos pidiendo suspensión de hostilidades desde el Miércoles Santo hasta el Sábado de Gloria; aprovecharon estos días para traer municiones, cuyo depósito tenían en Ripoll, y en efecto, dada tregua alpelear por la solemnidad de aquellos días, y deseando saberse lo que había sido de un comandante ú oficial desaparecido en el combate anterior, acudió á los

(1) La importancia que se ha dado al hecho que sirve de epígrafe á este capítulo nos obliga á ser hasta minuciosos en referir la conferencia, valiéndonos de los datos que hemos reunido.

carlistas un capellan y otros individuos, hallaron, al fin, el cadáver enterrado, y permitiendo Savalls le llevasen á Olot, ayudaron algunos carlistas á conducirlo; les invitaron á entrar en Olot, como lo verificaron; acogióles bien Martinez Campos, y les dijo que cuantos desearan entrar en la población á recoger los equipajes que hubiesen dejado, ó á cualquier otro asunto, podían ir con toda seguridad de que fuesen molestados en lo más mínimo y hasta les daría escolta si la desearan. Al decir esto, los que habían estado en Olot, la mayor parte aprovecharon la oferta, y jefes, oficiales y tropa bajaron á la población mezclándose con las fuerzas del general Martinez Campos, fraternizando con ellas, aceptando los obsequios que les prodigaban las tropas liberales. Muchos significaron sus deseos de acogerse á indulto y no volver al campo carlista, lo que rehusó en absoluto Martinez Campos, manifestándoles que los que quisieran presentarse lo hicieran desde el campo carlista, pero que de ningún modo los admitía de aquella forma. Entre tanto, varios jefes á las órdenes del general Martinez Campos, subieron á Ventola á visitar á Morera, de quien habían sido compañeros en la guerra de Cuba, abrazándose como antiguos amigos.

Pasó Morera por la noche á Ridaura, donde tenían el cuartel general los referidos generales carlistas. Encontraron á Savalls excesivamente encolerizado contra los que habían entrado en Olot, prometiendo castigar severamente á cuantos hubiesen ido á dicha villa, comunicando al propio tiempo á Morera que había venido del cuartel real su nom-

bramiento ascendiéndole el rey á brigadier por su comportamiento en la batalla Bañolas contra Cirlot (tenía entonces 24 años), y después de darle cuenta de sus impresiones en presencia de todos, dijo Morera á Savalls que Martínez Campos, lo cual era perspicaz invención de Morera, según manifiesta el general, deseaba tener una conferencia con él, á lo que replicó malhumorado, que no quería tratos con esos pillos más que con la punta de la espada, añadiendo Morera que creía que al día siguiente le escribiría sobre el particular. Savalls, manifestó rotundamente que de ninguna manera quería ver ni hablar al liberal, y llamó á Lizarraga, que enterado del asunto, dijo: «Pues yo no veo inconveniente, y creo que nada perdemos concediéndole la entrevista; ¡quién sabe! Martínez Campos, si bien es el restaurador de la monarquía liberal caída, no tiene ideas malas». No convenció esto á Savalls para conceder la entrevista, y tanto insistieron Lizarraga y Argila en una nueva conferencia, que escribió al jefe liberal; contestó Martínez Campos la aceptación (1), asistieron puntuales Savalls y Li-

(1) Mediaron estas comunicaciones:

«Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez de Campos
Ridaura, 24 de Marzo de 1875.

Muy señor nuestro y leal adversario: Hemos recibido esta tarde la *noticia* de que deseaba usted celebrar una entrevista con nosotros, y como caso de tener lugar ha de ser en días muy solemnes para la religión católica, rogamos á usted que mande, si persiste en su deseo, suspender los trabajos de fortificación y toda clase de hostilidades.

Si como esperamos, no tiene usted inconveniente por nuestra parte se darán las órdenes oportunas para que cesen las hostilidades, y acudiremos al Hostal de la Corda el día y hora que usted mismo designe.

zarraga, llegando media hora más tarde el jefe liberal al que recibió Morera acompañándole hasta donde se hallaban Lizarraga y Savalls, deshaciéndose en excusas y culpando su tardanza á la duración de los oficios divinos, á los que había asistido en Olot; á lo cual Savalls exclamó con más naturalidad que cortesía: «¡Hipócritas todos esos liberales! Vaya que ustedes saben cubrirse con el manto de la religión cuando les conviene.» Desentendióse Martínez Campos de aquella inconveniencia; se alegró de conocer personalmente á Savalls, y se habló de la guerra y de sus desastres, insistiendo el jefe liberal en lo

Con este motivo se ofrecen de usted SS. SS. Q. B. S. M.
—Savalls.—Antonio Lizarraga.»

El general Campos contestó:

«Excmos. Sres. D. Francisco Savalls y D. Antonio Lizarraga.

Olot, 25 de Marzo de 1875.

Muy señores míos y de toda mi consideración. Al salir de los oficios he recibido la atenta carta de ustedes, que no he contestado antes por la indicada razón. Desde luego, y en vista de la solemnidad del día, he mandado cesar el fuego y suspender los trabajos, conforme á la indicación de ustedes.

A mucha honra tengo el saludarles á ustedes y verles personalmente: deseaba, sí, entenderme con alguno de ustedes dos, porque habiendo sabido que había en el ejército de ustedes variación en los mandos, necesitaba saber de boca autorizada si seguía el convenio que he celebrado con el Excmo. Sr. D. Rafael Tristany, y además ver de arreglar un pequeño incidente, pero no me atrevía á molestar á ustedes personalmente.

Indiquen ustedes hora y acudiré al Hostal de la Corda, si les es á ustedes posible, hoy ó mañana: yo no llevaré conmigo más que mis cuatro ayudantes y cinco ordenanzas, y el jefe interino de E. M.

Aprovecha la ocasión de ofrecer á ustedes el testimonio de su consideración su seguro y atento servidor,
Q. B. S. M., Arsenio Martínez de Campos.

honrosa que sería para todos hallar el medio de concluir tanta desdicha: Lizarraga se afaná entonces por convencer á su contrincante de que él solo podía concluir de una vez con todas las calamidades de la guerra civil, proclamando allí mismo á don Carlos como único rey legítimo de España; y Martínez Campos, por un acto sin duda de habilidad diplomática, contestó: que si bien llevaba tres cuartas partes de buena, compromisos sagrados no le permitían hacerlo; pero que los carlistas se unieran á él y ambos ejércitos aplastarían la revolución para siempre y darían días de paz y ventura á la patria... Se trató de regularizar la guerra, y Campos cedió Camprodon á los carlistas como depósito de prisioneros de guerra, hospitales, etcétera, no pudiendo entrar en aquella villa ni refugiarse en ella las fuerzas carlistas. La anulación de tal convenio debía avisarse con dos meses de anticipación. Después de beber un vaso de agua, se separaron los generales citándose para nuevos combates.

En las dos horas escasas que duró la conferencia, habló muy pocas palabras Savalls, y por la parte carlista llevó Lizarraga casi exclusivamente la palabra. Morera acompañó á Martínez Campos á Olot, donde permaneció hasta la noche, con unos 3 ó 4.000 que le acompañaron. Algunos solicitaron indulto y acogerse á la bandera liberal, á los cuales contestó Martínez Campos.—«Regresen ustedes á su campo, y después que hayan cesado las circunstancias actuales, cuando su jefe ordene que se rompan las hostilidades, serán ustedes aquí bien recibidos é indultados».

Durante la entrevista, habían bajado bastantes carlistas á Olot (1).

Savalls se fué á San Juan de las Abadesas, con su E. M. (2) y en vez de volver al día siguiente á unirse con Lizarraga, como lo ofreció, le avisó Tristany para entregarle el mando, y marchó á encargarse de él y á inspeccionar la Seo de Urgel, quedando Lizarraga con solo 2.000 hombres frente á

(1) Al día siguiente encomendó Savalls á don Luis de Argila, la misión de enterar á don Carlos *de las ocurrencias de Martínez Campos*, palabras textuales de Savalls, y para que tomara alguna seria providencia respecto á Tristany, que no le entregaba el mando. Con sendas cartas de Savalls y Lizarraga, llegó Argila á Tolosa (Guipúzcoa) á los cuatro días de su salida de Ridaura; considerándole al principio agente de Cabrera fué mal recibido, pero se conoció al fin su lealtad y fué bien tratado.

En la comunicación que llevaba Argila decía Savalls á don Carlos lo siguiente: «Martínez Campos solicitó una entrevista conmigo y el general Lizarraga, la cual tuvo lugar el Viernes Santo, habiendo durado una hora poco más ó menos. En ella se trató de los compromisos otorgados por el señor general Tristany, respecto al establecimiento de hospitales y depósito de prisioneros, tocando de paso la cuestión política, pero por nuestras contestaciones pudo observar nuestra decisión de vencer ó morir por la causa de V. M. Notamos su abatimiento, confesando francamente de que estaba arrepentido de su obra en favor de don Alfonso, y que el gobierno era impotente para terminar la guerra ante nuestra decisión y constancia, concluyendo por decir que él abrigaba los mismos sentimientos que nosotros y que si en su mano estuviera sería el primero en proclamar á V. M. (a).

(2) Compuesto del señor Morera, jefe, y de los señores conde de la Jara, don Luis Delas, hijo del barón de este nombre, Batllé, rico propietario del país, Baireda, de Olot, Trujillo, oficial que fué de marina, y del señor Farré, su secretario.

(a) Exposición fechada en Ridaura el 30 de Marzo de 1875, cuyo original poseemos.

Olot, y de las tropas de Martínez Campos quien al siguiente día de la conferencia con Savalls, publicó un bando en contestación á lo dispuesto por aquel jefe carlista, que venía á recrudecer la guerra y á empeorar la situación de los habitantes de Olot (1).

La entrevista en el Hostal de la Corda,

(1) «Habitantes de Olot.—Ayer, al celebrar una entrevista con el jefe de las fuerzas carlistas, tuve por objeto humanizar la guerra: mi pretensión era que no se impusiera pena de la vida á los paisanos que, obedeciendo á la autoridad ó á la fuerza, prestasen los auxilios pedidos.

»No solo no conseguí un objeto al que tan interesado estaba el buen nombre español y la conveniencia de las poblaciones rurales de Cataluña, sino que hoy ha recibido el alcalde de esta villa un escrito de don Francisco Savalls, imponiéndole pena de la vida á todo el que entre ó salga de este pueblo desde mañana á las doce del día y dictando el bloqueo. Impotente el enemigo para arrojarlos de esta población, quiere hacer pesar sobre los vecinos de ella la ira de su vencimiento; no se atrevió á defenderla, os abandonó y ahora quiere castigaros; comparad la diferencia de conducta, y deducir vosotros mismos la consecuencia.

«Como no puedo permitir se saquen recursos de Olot, vengo en disponer:

»1.º Queda prohibida la salida de personas que lleven efectos de ropa ó víveres, siendo multados los que traten de hacerlo con el doble del valor de los objetos que conduzcan, y decomisados éstos.

»2.º Si alguno sostuviera inteligencia con el enemigo será sujeto á un consejo de guerra.

»3.º Las personas que abandonasen sus casas, no tendrán derecho á reclamación alguna por pérdidas reales ó supuestas.

»4.º Todos los que tengan existencias de víveres presentarán una nota de los mismos en la alcaldía, en la inteligencia de que á los que hiciesen ocultaciones se les decomisarán todos los que tuvieren.

»Lo que hago saber á los habitantes de esta población para su conocimiento.

»Olot 27 de Marzo de 1876.—El capitán general, Arsenio Martínez de Campos.»

fué objeto de misteriosos comentarios y graves acusaciones en el campo carlista; nos hemos valido de datos del mismo Lizarraga, que nada tenía de amigo de Savalls, pues así como le acusó de otros hechos, no habría omitido hacerlo si le hubiera considerado en tratos con el enemigo; aunque los interesados no habrían sido tan cándidos que no guardarán bien el secreto. Del mismo Savalls tenemos recientes documentos de su puño y letra, indignándose de que se dudase de su carlismo constante, refiriendo lo sucedido en la conferencia, y terminando su carta con estas palabras: «Todo esto que yo digo lo juro delante de Dios y los hombres».

Por entonces, la señora de Massot, prima de Savalls, y de familia liberal, se presentó á éste proponiéndole en nombre del gobierno de Madrid, no que hiciera traición á la causa carlista, ni que vendiese á su ejército, porque le constaba no sería traidor á su rey, sino que se retirase de España bajo cualquier pretexto, prometiendo no volver á empuñar las armas, y en este caso pidiese cuanto deseara. Escuchó á su prima con desdeñosa sonrisa, y pudiendo apenas contener su enojo, la encargó dijese en su nombre á los que la enviaban, á quienes llamó mercaderes de honras, «que Savalls nunca descendería tan bajo en la escala social como aceptando cualquiera merced de prohombres del liberalismo, causa de la ruina de nuestra amada patria, y que yo solo tengo un Dios y un rey, á quien serviré mientras conserve un soplo de vida.».

No pareció muy bien al gobierno la entrevista de Martínez Campos con Savalls y Li-

zarraga, en la que si pudo haber perjuicio para algunos sería por los carlistas. El jefe liberal no tenía por qué negarse á celebrarla, pudiéndose considerar como se consideraba superior á ellos; así que no creemos le afectara tal desaprobación. Martinez Campos podía quejarse de que no le enviaban las fuerzas que necesitaba; de que teniendo 1.000 hombres menos que el general Lopez Dominguez, por las bajas naturales que había habido, se paseaba por sitios donde no se veían soldados hacía mucho tiempo: iba á buscar al enemigo á la región de las nieves; sabiendo hacer de un desalentado ejército otro que andaba 12 leguas diarias; que cuando iba con su general en jefe, superior é inferior en fuerzas á sus contrarios, marchaba confiado en que no le había de suceder lo que estaban acostumbrados á sufrir. Si cuando fué á Olot, hubiera podido enviar 4 batallones á Ridaura ó Ripoll, hubiese adelantado dos meses. Esto no obstante, no creemos que el general afirmase que bastasen las armas para concluir la guerra, y en aquellas montañas.

FORTIFICACIONES—QUEJAS—MOVIMIENTOS—CENSURAS—ENCUENTROS—MOLINS DE RUY

XXXVIII

Encargado el general Arrando del mando de la primera división que ocupaba á Olot y Castellfullit, se fueron terminando las obras de fortificación y atrincheramientos en aquellas alturas; se ocupó en Batet la iglesia y varias casas cerrándose los intervalos con barricadas y emplazándose un cañon Krupp además de los que se emplazaron en otros

puntos; cerráronse con barricadas aspilleras las boca-calles de Olot; se aseguró la posición de Castellfullit, y se emprendió en Abril la gran tarea de dar estabilidad y permanencia á las fortificaciones provisionales de Olot y Castellfullit, puntos de tanta importancia. Su posesión, daba la de la alta montaña de la provincia de Gerona, constituía una continua amenaza contra Ripoll, San Juan de las Abadesas y Camprodon, servía de depósito para las brigadas de operaciones, podría proteger la derecha de un cuerpo de ejército que remontase el valle del Ter en socorro de Puigcerdá, y también de punto de partida para ocupar alguno de los puntos estratégicos de dicho valle.

No contando Lizarraga más que con 2.000 hombres para hacer frente á los liberales, reunió á los jefes á fin de mostrarles el abandono en que le había dejado Savalls; uno de ellos hizo ver que había muchos motivos para desconfiar y estar prevenidos. Lizarraga los tenía además de disgusto; no quiso aceptar el cargo de jefe de E. M. G. que le ofreció Savalls, ni quería ninguno en aquel ejército donde se encontraba desairado después de haber sido nombrado su general en jefe, haberse hecho teniente general á Savalls, y seguía él siendo mariscal de campo, afectándole la división y miserias de que veía ser víctimas y el ejército y aún las corporaciones y altas individualidades carlistas de Cataluña (1).

(1) Escribía desde Olot el 1.º de Marzo lamentándose de que por la disidencia de los jefes, ni se hacían combinaciones, ni se lanzaba nadie á operaciones importantes, y añadía: «Y esto es tanto más sensible cuanto que el

El mismo Savalls, al dar las gracias á don Carlos por su nombramiento de capitán general de aquel principado, le consideraba «delicado y espinoso atendiendo el estado de desorganización en que se encontraba el país y el ejército.» Llamó á don Juan Castell, le encargó el mando de la segunda división, compuesta de las fuerzas de las provincias de Lérida y Tarragona, «con las que decía no se podía emprender operación alguna por su estado de descomposición,» y nombró jefe de E. M. G. de Cataluña á Morera.

Recorrió Savalls el distrito de su mando, y al dar cuenta de ello á don Carlos, insistió en la deplorable situación del país y del ejército; se ocupaba con insistencia y bien poco piadosamente de Tristany, aun cuando «no era su voluntad perjudicar en lo más mínimo la reputación de su antecesor»; decía que los 21 batallones que expresó haber dejado organizados, eran más bien 21 compañías desorganizadas, desnudos sus individuos y adeudándoles 60 socorros; que la Seo de Urgel, considerada por él más importante por su nombre y situación que por sus condiciones de defensa, estaba abandonada, careciendo de víveres, municiones y hasta de agua, habiéndola sin embargo atendido, y que el país estaba esquilado por haberse cobrado muchos trimestres adelantados.

Organizó Martínez Campos sus fuerzas en

país está ávido de orden y cansado de cuestiones; y me prometó recursos si me quedo, pues confía en que los emplearé mejor que hasta ahora se ha hecho, al mismo tiempo que se me ofrecen ocasiones de poder dar grandes golpes, militares, que evidentemente no se darán á continuar el general Tristany, por la rivalidad que entre los jefes catalanes existe.»

TOMO III

el mes de Abril, en cuyo día 1.º sorprendió Gamir, que mandaba en Tarragona, á Moore en Aleixar, distinguiéndose en el combate el teniente coronel Ortega, que acababa de tomar el mando del batallón cazadores de Reus: se hicieron unos 250 prisioneros, además de 18 muertos y 14 heridos. Galcerán había sufrido poco antes otro descalabro por la guarnición de Manresa; y el general en jefe, sin detenerse apenas en Barcelona, desde su llegada de Olot, salió de nuevo á campaña: el 5 estaba en San Quirse de Besora al frente de la brigada Nicolau; atacó el 6 las posiciones de Ripoll, entró en esta villa, marchó por Prat de Llusanés y Borredá á Berga, cruzó las altas montañas del Cadi, cubiertas de nieve, y avanzó á la Seo de Urgel á practicar un reconocimiento para en breve ir á tomarla, como dijo á sus soldados en Manresa el 21. Creyeron algunos jefes carlistas que iba á tantear no muy leales voluntades y ver si podía contar con la debilidad de otras; de todas maneras, ejecutó un simple reconocimiento, regresando por Puigcerdá, Berga y Manresa á Barcelona. Este movimiento fué notable por lo rápido, salvando brevemente casi en una marcha la distancia de 30 leguas que media entre Gerona y la Seo de Urgel, burlando los cálculos de Savalls, ó permitiéndolo éste.

Lizarraga, en tanto, había reunido el 5 todas las fuerzas que ocupaban la línea de Olot, que ascendían á unos 4.000 infantes, 100 caballos y 4 piezas, y marchó á Ripoll para pasar por allí antes que Martínez Campos: entretuvo en el camino á los liberales el batallón guías de Tristany, y dió tiempo á que

76

situara Lizarraga algunas compañías en los altos de Ripoll para que molestaran á las fuerzas que entraban en esa villa, dirigiéndose después los carlistas á Capdevanol.

Al saber Lizarraga que Martínez Campos había ido á la Seo, corrió á este punto desde Santa Coloma de Farnés, pretendiendo cortar la retirada al jefe liberal; pero encontró en Prat de Llusanés á Savalls, le entregó las fuerzas, fueron juntos á Ripoll, Lizarraga se dirigió á Vidrá con cargo de presidir la diputación y regular la administración y el ejército, y Savalls bajó á Breda, sosteniendo un encuentro poco importante.

Castell efectuó por entonces la expedición á Aragon, batiéndose en Tragó con Delatre, que trató de oponérsele.

Disgustado Savalls de Tristany y Lizarraga de aquél, se culpaba al primero de pasar el tiempo en Ripoll ó en las inmediaciones de Vich, casi sin combatir; de no ayudar á la diputación para regularizar la administración, ni aumentar el ejército, ni contener los progresos del enemigo, ni ayudar con armas á sus compañeros del Centro «que le habían pedido algunas de las que debían sobrar en Cataluña», y empezó á deducirse de todo esto que estaba de acuerdo con Martínez Campos, explicando cada uno á su manera la conferencia en el Hostal de la Corda, que tenía bastante que explicar, si no por lo que entonces sucedió, por hechos posteriores, en los que intervinieron personas que aún viven y no se atreven todavía á facilitar las pruebas de lo que se tiene la convicción.

Savalls, por su parte, censuró el que Lizarraga no hubiera detenido á Martínez Cam-

pos desde las alturas inmediatas á Ripoll, y parece que á Lizarraga le faltó el jefe de uno de los batallones que debía haber ocupado un punto importante.

En las alturas inmediatas á Breda peleó con los carlistas el 21 el coronel Bonanza, que mandaba interinamente la brigada Nicolau, y dos días después Arrando, que había salido de Olot con parte de sus fuerzas chocó con las de Savalls en Santa Coloma de Farnés, distinguiéndose en uno y otro encuentro la caballería carlista mandada por Morera. Se efectuaron algunas otras operaciones; hubo varios encuentros en los últimos días de Abril y estrecharon los carlistas el bloqueo de Berga y Puigcerdá.

Si Mola en San Feliú de Codina y el Fijo de Ceuta en Santa Perpétua pudieron obtener alguna pequeña ventaja sobre los carlistas en los primeros días de Mayo, indemnizáronse de ella sus enemigos el 16 en el Bruch, arrojándose sobre un convoy de potros que marchaba de Igualada á Barcelona escoltado por un batallón del Príncipe y 300 hombres de la guarnición de aquella villa; se trabó encarnizado combate, y sin la oportuna llegada de la brigada Nicolau el desastre hubiera sido grande.

Don Ramón López Charós, subinspector de cuerpos francos, rondas volantes y milicias movilizadas, puso todas estas fuerzas en disposición de prestar excelentes servicios á la causa liberal, y los prestaron, operando con actividad, diligencia y acierto, en hechos parciales ó á sus órdenes, como en La Bisbal, Albiñana y Santa Lucía contra Baró, Caragol y otros.

Antes de concluir el mes, la brigada Aracoz, reforzada con la guarnición de Vich, hizo una expedición por Montesquiu á Ripoll, á donde llegó después de sostener algún ligero tiroteo: el brigadier Ortiz, jefe de E. M., conduciendo un convoy á Igualada chocó en Vallbona con respetables fuerzas carlistas, pudiendo seguir su camino; y poco después, el 2 de Junio por la noche, numerosos carlistas atacaron en Blanes á la columna del Rayo, apoderáronse del Arrabal, haciendo algunos prisioneros, con los que se retiraron al ser de día. El 7, los carlistas de la provincia de Gerona intentaron apoderarse de Olot, con cuya pérdida no se conformaban; empeñaron reñido combate, sosteniéndole la artillería, y tuvieron que desistir de su propósito. Y como si no fuera bastante atender á los carlistas hubo que hacerlo á la partida federal del Noy de Badalona, autorizada por ellos (1), que penetró de noche en la villa de Sans, casi en Barcelona, apoderándose del alcalde para que entregara los fondos del ayuntamiento. Imposibles las partidas federales, fué capturado á poco el Noy con algunos de los que le seguían, y disueltas las partidas de Longau, Bosch y otras.

Algo se mejoraba la situación que en algunos sitios atravesaba la causa liberal, res-

(1) »Se autoriza á don José March (a) Noy de Madalona para que pueda formar fuerzas y organizarlas. Preven- go á los comandantes militares, jefes de batallon y de ronda para que no le molesten en nada, antes bien le den el apoyo posible.

»Cuartel general de Ripoll 18 de Abril de 1875.—El capitán general, Savalls.—Va sin enmienda.—Hay una rúbrica.—Hay un sello azul que dice: Capitanía general de Cataluña.—Dios, Patria y Rey».

pecto á la cual había participado Macías el 2 al ministro de la Guerra que abrigaba grandes temores hasta por la capital «en atención al pacto convenido entre carlistas y demagogos, de cuyas resultas se empezaba á realizar una huelga para auxiliar á las facciones», añadiendo ser insuficientes las fuerzas de que disponía para vencer las dificultades que se presentaban. Al pedirle el Ministro explicaciones, le contestó que la situación era insoportable, por exigirle las clases acomodadas que Arrando permaneciera en las cercanías de Barcelona, ante el temor de que la invadieran los carlistas aprovechando una alteración del órden causada por los republicanos y obreros; porque contando con el buen espíritu de la mayor parte de la población y los 2.300 que la guarnecían, autorizaba á aquel para que regresara á la provincia de Gerona donde era necesaria su presencia.

Savalls, que desde Castelltersol se había dirigido hácia Monistrol de Monserrat y San Vicente de Castellet, se encaminó por Esparraguera y Martorell (invadida esta poco antes por don Mariano Coloma) á Molins de Rey, el 25 (á 12 kilómetros de Barcelona), la atacaron por varios puntos las fuerzas de Miret y otros, y las escasas y muy inferiores que constituían la guarnición mandadas por el señor Capdevila, se vieron reducidas á un faerte que tuvieron que abandonar por haberlo incendiado el enemigo; se replegaron á la iglesia, de la que salieron cuando la columna Chacon organizada oportunamente por el general Macías en Barcelona atacó á los invasores de Molins, y batiéndose en las calles hicieron desocupar la villa á los carlis-

tas, que no desaprovecharon el tiempo que en la población estuvieron: á poder disponer de cuarenta y ocho horas, pensamiento tenían de intentar un golpe de mano sobre Barcelona, donde infundían temor las atrevidas algaradas de los carlistas al llano de la capital, que no podía considerarse segura de un golpe de mano. Ha haber acudido la brigada Lacorte no celebraban su triunfo los carlistas ni recorrieran con tanta seguridad las orillas y llanos del Llobregat. Por la tardanza de este jefe, confirió el general Macías el mando de aquella columna al coronel Alvarez Villamil, llamando á aquel á Barcelona (1):

De nuevo acudieron los carlistas á Molins de Rey (28 Junio); penetraron sin resistencia, se dirigieron á la iglesia, en la que se habían encerrado los artilleros de plaza y voluntarios que constituían la guarnición: contestaron con una descarga á la intimación de rendirse; continuó horrible el fuego, luchándose con verdadera desesperación; cedieron los tambores de los ángulos del tem-

(1) «El general en jefe, al tener conocimiento del suceso, expresó su disgusto por la falta de actividad de una de las columnas que debió perseguir á Savalls, en lugar de verificar movimientos inútiles, para envolverle ó intentar cortarle la retirada; y dispuso que para lo sucesivo se tuviera presente había ordenado; que el objetivo de los movimientos de las tropas fuese buscar al enemigo; que no quería temores ridículos como los de Berga; que si se repetía el hecho de que una columna no persiguiese al contrario, cuando éste no le superase en la mitad de la fuerza, haría un escarmiento ejemplar, y que asumía él la responsabilidad si ocurría un revés, siempre que el jefe y la tropa cumpliesen con su deber». Narración militar.

plo á los disparos de la artillería carlista; hallaron éstos medio de que penetrase en la iglesia una materia asfixiante, y agotadas las municiones de los liberales, aceptaron una honrosa capitulación, saliendo de la iglesia con armas, batiendo marcha y al compás de una música carlista (1). Rechazaron la proposición de tomar parte en las filas de don Carlos y los llevaron á la alta montaña, de donde retrocedió Savalls intentando llamar la atención de la columna enemiga destinada á proteger las obras de fortificación de la Junquera. Envió algunas fuerzas á provocar á los liberales que salieron de la población, regresando á ella con algunas bajas; mas se acercó Arrando, dividió sus fuerzas, atacó á los carlistas, éstos le rechazaron causándole también algunas bajas, se rehicieron los liberales, y se retiraron sus enemigos.

FUERZAS CARLISTAS

SITUACIÓN DEPLORABLE—ACUSACIONES MÚTUAS
CONCESIÓN Á CATALUÑA DE LOS FUEROS
DE TIEMPO DE FELIPE V

XXXIX

El distrito de Barcelona podía no haber quedado desatendido como pretendió probar el general en jefe, pero las fuerzas que dejó no impidieron las fructíferas excursiones de los carlistas, y que éstos penetraran dos veces en una población como Molins de Rey, á media hora de la capital, y se alarmara ésta temiendo ser invadida, aunque sólo fuera

(1) El que hacía de comandante militar era el capitán de artillería don Ramón de Barnola, por ausente el señor Capdevila.

momentáneamente, y sin que pudiera en ocasiones evitarlo la vigilancia de las autoridades por la escasez de fuerzas de que disponían.

A tener más los carlistas y estar mejor dirigidas, gran daño pudieron haber hecho entonces á la causa liberal; pues apenas llegaban á 8.000 infantes, con 444 caballos y 22

piezas de artillería, según el estado aproximado que formó el 1.º de Mayo el jefe de E. M. de Savalls don Alberto Morera (1), lamentándose aquél de falta de oficiales inteligentes y de carecer de administración, de todo lo cual culpaba á su antecesor. Lamentábase también Lizarraga de la situación en que todo estaba en Cataluña, comisionando para que

(1) RESUMEN de las fuerzas de que se compone el ejército real de este Principado y armamento del mismo.

INFANTERÍA	PERSONAL		ARMAMENTO		
	Jefes y oficiales.	Tropa.	Fusiles.	Bayonetas.	
1.ª División.....	1.ª Brigada.....	152	2.004	2.010	2.010
	2.ª id.....	176	2.030	2.040	2.040
2.ª División.....	3.ª id.....	191	2.057	1.700	1.700
	4.ª id.....	78	976	976	976
TOTAL.....		597	7.067	6.726	6.726

CUERPOS	PERSONAL		ARMAMENTO		Caballos.	Cañones.	Machetes.
	Jefes y oficiales.	Tropa.	Fusiles y carabinas	Bayonetas.			
Estado Mayor general....	52	454	400	400	25	»	»
Caballería.....	48	336	396	»	444	»	»
Artillería.....	19	203	»	»	21	22	50
Ingenieros.....	11	103	102	102	3	»	»
Mozos de escuadra.....	21	260	267	267	3	»	»
Resguardo militar.....	9	152	152	152	2	»	»
TOTAL.....	160	1.568	1.317	921	498	22	50

TOTAL GENERAL

Jefes y oficiales.	Tropa.	Fusiles y carabinas.	Bayonetas.	Caballos.	Cañones.	Machetes.
757	8.365	8.043	7.647	498	22	50

Cuartel general de Pruit, 1.º de Mayo de 1875.—El brigadier jefe de E. M. G., *G. Alberto Morera*.

Las fuerzas liberales sumaban un total de 40.682 hombres, 1.380 caballos y 40 piezas; de cuyas fuerzas ocupaban guarniciones 16.086 hombres, 886 caballos y 17 piezas.

informara de ella á don Carlos á su capellan don Bonifacio Marin: el jefe de E. M. de Savalls, señor Morera, consideró cuestión de días la disolución de aquel ejército, si no se resolvía el conflicto Tristany-Savalls; Castell escribía terribles cartas contra Tristany, y la diputación de Cataluña comisionaba á su secretario general para que siendo intérprete de sus sentimientos expusiera á don Carlos «los gravísimos males que pesaban sobre aquellas provincias y era indispensable extirpar de raíz, si se quería que la sangre vertida por los soldados de V. M. no haya de ser estéril, y que los sacrificios que él se imponía respondiesen con algo que fuese una compensación de aquéllos;» añadiendo que era impotente aquella corporación para encauzar la marcha de los negocios públicos.

Escribía don Carlos á Savalls estimulándole para vencer las dificultades, y le contestaba aquél (1) que «la situación affigidísima en que se encontraba aquel principado en su parte administrativa, hacía embarazoso por todos conceptos el mando superior, en términos que es del todo imposible quedar airoso ante V. M., organizar el ejército y disciplinarlo, pues ni la diputación ni la intendencia había medio de que cooperasen en asunto de tanta trascendencia.» Envió también á su jefe de E. M. señor Morera á exponer á don Carlos los males que había y el modo de remediarlos, y al mismo tiempo se trataba en Cataluña de la manera de sustituir á Savalls con Lizarraga: no atreviéndose á hacerlo de frente, don José de Palau

(1) Desde Ripoll el 29 de Mayo.

propuso se le llamara al Norte con pretexto de tratar de una operación que se simulaba, no dejándole volver de allí, y destituir á los señores Ferrer comandante de mozos, al inglés jefe de carabineros y al italiano comandante de armas de Ripoll, bien mal calificado.

Interminables seríamos presentando mútuas acusaciones: las personas más distinguidas auguraban desastres en Cataluña, cuya situación se calificaba como el período de la perdición no lejana de la causa, si pronto no se remediaba: se presentaba al ejército desorganizado por su indisciplina y desmoralización, negándose capacidad á su jefe; la política convertida en una terrorífica dictadura ejercida cínica y escandalosamente: la administración económica convertida en organizado latrocinio (1), y «bajo el punto de vista moral, la blasfemia, el robo, el asesinato, la violación, el adulterio y la impiedad, bajo todos sus aspectos llevada al cinismo y paseada en triunfal escándalo desde las villas y los pueblos hasta las más solitarias cabañas.» Todo esto se decía y escribía, y ante nues-

(1) «Desde el último alferez que manda una ronda, hasta el capitán general, todos están autorizados para cobrar contribuciones, cuyo fondo nadie sabe cómo se invierten, entre quiénes ni para qué sirven: cinco arrobas de oro parece que recogió cierta expedición al Ampurdán, y á los dos días siguientes se debían á las fuerzas reales de 25 á 30 socorros á cada soldado.»

Juan Vidal de Llabotera é Iglesias.

Quizá influyera algo en estas acusaciones la mala voluntad que Savalls tenía á este señor, al cura Masanas y á algunos otros «á los cuales he tenido que sacar de este principado por sus chismografías.»

Savalls.

tros ejos tenemos muchos de estos escritos en los que hay párrafos que por decoro y patrióticas consideraciones no trascribimos.

Sucedió por este tiempo la adhesión de Cabrera á don Alfonso, en cuyo hecho fundaron algunos tantas esperanzas, sin faltar quien las tuviera respecto á la guerra en Cataluña, á la que atendió el antiguo caudillo tortosino que ya de antes procuró la insurrección del ejército carlista, facilitando á los jefes liberales agentes que les ayudaran, teniendo alguno de éstos que prescindir de aquellos y tratar directamente con los jefes enemigos, con muy contada excepción, como la del señor Arus, que ofreció muchas presentaciones de carlistas y recibió algún dinero para el mejor éxito de sus trabajos, el cual marchó hácia Vich con la brigada Mola.

También fué enviado á Cataluña con la mayor reserva D. A. C. para facilitar la adquisición por venta de la Seo de Urgel, y no dió resultados.

La conclusión de la guerra en el Centro empeoró la situación de Cataluña; considérase apurada la misma diputación carlista al ver además las muchas defecciones que había, y con la calificación de la *última locura*, propone su vicepresidente á la sazón señor Mestre y Tudela la creación de los *cruzados Marianos* cuyo «objeto principal sería defender los derechos del catolicismo, y el secundario auxiliar la legítima causa de don Carlos VII y por este medio reconquistar para la nación española la unidad religiosa.» Imponía á estos cruzados abundantes rezos, y seguramente que la diputación ó su vicepresidente esperaba más de Dios que de los

hombres; pues en cuanto á considerar secundaria y como auxiliar la causa de don Carlos, no lisonjearía á éste mucho.

Don Manuel de Mila de la Roca, representante de la diputación en la corte carlista, propuso el aumento de esta corporación, que la componían siete en vez de 16 (1), y que se la diera toda la importancia que merecía.

Cataluña, que había sido el núcleo de la guerra que se sostenía, era ya lo que acababa de ser el Centro, un foco de disolución, y por las mismas causas, por la rivalidad de los jefes, el desorden de la administración y la indisciplina y poca docilidad de los soldados. Sabían morir y repugnaban obedecer. No se les daba en muchas ocasiones buenos ejemplos, y no se supo aprovechar el entusiasmo de aquellos voluntarios, de tanta abnegación, de tanto valor y de tanto sufrimiento.

Para entusiasmar á los catalanes publicó Savalls la concesión hecha por don Carlos de los *Fueros vigentes en Cataluña en tiempos de Felipe V* (2).

EL EJÉRCITO DEL CENTRO HASTA SU DISOLUCIÓN

XL

Las fuerzas del Centro pasaron el Segre el 15 de Julio, pernoctando este día los aragoneses en Oliana, los valencianos en Peramola y los del Maestrazgo en otro pueblo inme-

(1) Para cubrir las vacantes designaba á los señores Cisteré y Cisteré, Palau y Huguet, Pujador y Graells y Cuenca.

(2) Véase el documento núm. 17.

diato. Dice uno de los itinerarios que tenemos á la vista: «Desde este punto se desertó el brigadier Cucala, vendiendo su caballo en el valle de Andorra en 40 duros.» Descansaron tres días, y otros tres despues en Solsona las divisiones de Valencia y del Maestrazgo, mientras los aragoneses fueron á Pont á unirse con las fuerzas de Castell, al que escribió Dorregaray desde Ainsa el 11 de Julio, solicitando su apoyo, pidiendo municiones y recursos para los 20 batallones y 800 caballos que llevaba, añadiendo que su situación era bastante tirante (1); siguieron á Torá, penetraron todos en la provincia de Barcelona, en Calaf se encontraron ocupada por los liberales la montaña que le do-

(1) También escribió á Savalls, el cual le contestó: «Las Palmas 5 Agosto 1876.—E. I. don Antonio Dorregaray, querido amigo: En contestación á sus atentas, que en número de cinco acabo de recibir en este momento, debo decirle que si usted cree indispensable nuestra entrevista, puede dirigirse hácia Amer con una pequeña escolta á fin de no llamar la atención del enemigo, en razon á que tengo tres batallones de la brigada de Gerona, practicando una operación difícilísima, y atendida la situación que ocupan, podría sernos fatal que vinieran fuerzas enemigas. Yo creo que lo hablado con el general Alvarez, es lo mejor que se podría hacer, porque es materialmente imposible que ambos ejércitos podamos vivir en este Principado, teniendo en cuenta la falta de municiones, que V. E. habrá ya notado, y que difícilmente se puede remediar. Sería una gran satisfacción para mí, poder tener al valiente ejército del Centro á mi lado, con el cual de seguro batiríamos al enemigo. á no ser por la falta mencionada; pero amigo, tal como estamos, si permanecemos juntos, temo un desastre que puede ser fatal para la causa que defendemos.—Referente á lo que me dice de los 2.000 fusiles, como no existen, al menos que yo sepa, es imposible entregárselos. Sin otro particular se repite de usted afectísimo amigo y compañero S. S. Q. B. S. M., *Francisco Savalls*.»

mina, á pesar de lo cual permanecieron los carlistas en la población hasta las doce de la noche, felicitándose de que no se les arrojara algunas granadas, que habrían causado grandes desgracias, como las causaron las que arrojaron al amanecer cuando los carlistas estaban á cinco horas de distancia.

Marcharon aquellos por Pinó al santuario del Milagro en el que se reunieron las divisiones del Maestrazgo y Valencia procedentes de Solsona; conferenciaron Dorregaray, Palacios, Alvarez, Castell, Adelantado y otros; fueron aquellas divisiones á ponerse á las órdenes de Savalls, y la de Aragon con el cuartel general y Castell á Solsona; pero contramarcharon á Sanahuja por ocupar la primera población los liberales. Continuaron marchando, quedó el 26 en Orgañá el coronel catalan Guiú con el segundo de Aragon, que sufrió á los pocos días una sorpresa en la que perdió entre muertos, heridos y extraviados más de 100 hombres; se simuló en 29 en Sort el fusilamiento de siete aragoneses desertores, efectuándose, para imponer, todos los preliminares; repasaron el 31 (1) el Segre, pernoctando y descansando en Solsona, hasta el 2 de Agosto, que pasaron el Llobregat haciendo noche en Gironella y permaneciendo del 4 al 6 en Prats; aquí se reunie-

(1) «Deserción del factor Jesús Andreu con bastante dinero, y era hechura de Adelantado y de Ponce de Leon».

Itinerario de las marchas y sucesos ocurridos en la retirada del ejército del Centro hasta su disolución é incorporación de algunas de sus fuerzas á las del ejército del Norte, ó bien apuntes para la historia.

ron casi todas las fuerzas del Centro, incluso las divisiones de Valencia y del Maestrazgo, que habían estado en Balsarení, San Feliú de Caserras, Prats de Llusanés, San Quirse de Besora, batiéndose el 27 en Vilá de Ller y teniendo que retirarse para no ser flanqueados por la derecha á causa de haber abandonado los catalanes las posiciones que cubrían, siguieron por Vidrá y San Esteve de Embas á la provincia de Gerona; en la de Lérida alcanzó Chacon el 29 en Orgañá á la retaguardia de Castell y de Dorregaray; penetraron en la de Barcelona, llegando el 31 de Julio á Arenis de Mar; retrocedieron á Canet de Mar, yendo á pernoctar á la rectoría de Monegros; batiéronse en San Salvador de Breda con la columna de Weyler; y por Arbucias, Viladrau, San Jaime, Mollá, Oristá y San Pedro de Perafita, en el que se despidió por enfermo Adelantado, fueron el 6 á Prats de Llusanés. Aquí se presentó también el francés Mr. Pablo Laborde con pliegos de don Carlos para Dorregaray; se tomaron varias determinaciones; se ordenaron distintos movimientos; fué sorprendida la brigada de San Mateo, mandada por el brigadier Navarrete, al poco tiempo de haberse alojado y haber evacuado el pueblo un batallón catalán; uniése ésta al retirarse en mal estado á las demás fuerzas; otra sorpresa sufrió el 8 (1) la misma brigada en el punto avanzado que ocupaba en Valmañá; se deshizo el 9 el camino del día anterior (2), descansando el 10

(1) «En este día se desertó el hijo menor de Cucala con unos 20 caballos». Se presentó á indulto en Reus, con los oficiales, sargentos y tropa que le siguió.

(2) Reunidas todas las fuerzas en Castelladral hubo una alarma falsa por haberse tenido que detener en la

en Gironella; por Borrada y Pobla de Lillet, tomando las fuerzas distinta dirección, guiando las de Valencia el coronel Ponce de Leon, y después Palacios, pasaron á cinco horas de la Seo de Urgel, oyendo el fuego de artillería que en ella se hacía; se hizo saber el 14 en Sort á los jefes que se iba á emprender la marcha para el Norte, necesitándose andar cuarenta y ocho horas noche y día; marcharon por mal terreno é innacesibles montañas, acampano el 15 en un monte donde rezaron el rosario, y el P. Ambrosio, capellan de E. M. de la división de Valencia, les exhortó al sufrimiento; siguieron por terrenos innacesibles hasta el punto de tenerlos que desandar, por indicación de contrabandistas, que se buscaron á buen precio, como prácticos; disgustó esta contramarcha á los carlistas, rendidos de sueño, hambre y cansancio; decayó su ánimo; marcharon algunos grupos á Francia, otros se quedaron rendidos, desaparecieron muchos, dirigiéndose no pocos á los batallones catalanes que cobraban diariamente y no sufrían tanto; al volverse á subir rudas pendientes iban quedando muertos mulos y caballos, y los carlistas que siguieron aquella marcha llegaron al heroísmo en el sufrir. Entraron en el Sort el 18 por tercera vez, habiendo estado todas las fuerzas por segunda á trece horas de Navarra; retrocedieron á Orgañá; sostuvo aquí la acometida de los liberales el batallón que cubría el Coli de Nargó que no recibió oportunamente la orden de retirarse, y lo hicie-

montaña el cuarto batallón de Valencia mandado por Pastor, por estar pasando la carretera de Cardona á Suria una columna liberal.

ron todos á la carrera vadeando el Segre y reuniéndose en Figols, pernoctaron en la Bausa y pueblos inmediatos, descansaron, y en la noche del 25 llegó Mr. Pablo Laborde con fondos para Dorregaray.

Ordenóse al batallón de San Mateo unirse á Castell, pero le sublevó el comandante Arbolero, estuvo en inminente peligro de ser asesinado su legítimo jefe, que huyó para salvarse, y Arbolero marchó con el batallón, ignorándose cuáles fueran sus miras; más tuvo la mala suerte de encontrarse con Castell que acababa de ver á Dorregaray, le hizo retroceder á la Bausa, y al día siguiente 26 le fusiló.

Rendida la Seo, emprendió Dorregaray la marcha para el Norte con los guías y primero de Valencia; ordenó á Palacios buscara á Adelantado y le entregara sus fuerzas (1), y el batallón de San Mateo se le llevó Castell.

Marchó Palacios á cumplir lo que se le ordenaba; al pernoctar el 28 en Alpens supo que Savalls se hallaba en San Quirse de Basora, y le ofició cortés poniéndose, y sus fuerzas, á su disposición; más no le contestó, y al saber que Adelantado había entrado en Francia, siguió al frente de sus batallones, asediado por las columnas liberales: sabe después que Castell había cogido en Agramunt 116 caballos con todo su equipo, y que dos columnas enemigas le seguían de cerca,

(1) «En el momento que V. E. reciba este oficio emprenderá la marcha con los batallones segundo, tercero y cuarto de Valencia en busca del brigadier Adelantado, á quien entregará sus fuerzas, y V. E. se agregará al cuartel general del general Castell, ó el más próximo, que será el de Aragon. El coronel Guiu le servirá de práctico.—Dios, etc.»

y marchó con dos batallones paralelo al enemigo, mandando otro al campo de Tarragona para llamar hácia allí la atención y allegar á la vez recursos, por carecer de ellos completamente, á pesar de haberlos exigido al intendente Soler: pasó á tiro de cañón del castillo de Cardona; elució la activa persecución que se le hizo; obró en combinación, obedeciendo las órdenes de Castell; pero las circunstancias iban siendo críticas; presentáronsele el 12 de Setiembre los jefes de las fuerzas que llevaba pidiéndole licencia para irse á las Provincias Vascongadas, «prefiriendo morir en el camino donde iban á buscar una muerte dudosa, á la cierta que les esperaba permaneciendo en Cataluña;» que Narrat, Baró y otros habían disuelto sus fuerzas por algunos días, y eran las del Centro el blanco del enemigo; por lo que decidióse la marcha (1), que se emprendió en la madrugada del 14, huyendo de dos columnas liberales que subían á San Llorens, y evacuaron Gamundi y Boét: se fué á Orgañá; aquí se presentaron al general Palacios todos los jefes, muchos oficiales y el comisario Escriú de Castellar para despedirse de él; les aconsejó cómo debían conducirse en la marcha, abrazándose todos enternecidos; pasó la expedición los ríos Noguera Pallares, Noguera Aragon y Cinca, sin obstáculo alguno; «pero

(1) Palacios les contestó: «Ya ven Vds. mi estado: yo quisiera acompañarles, pero me faltan las fuerzas, y succumbo en el camino sin gloria. Extiéndase un acta que exprese las razones que Vds. aducea y firmada por todos yo me quedaré con ella para cubrir mi responsabilidad y Vds. pueden llevarse una copia.»

Así se hizo, y dicha acta figura en el interrogatorio que se hizo á Palacios en la sumaria de Dorregaray.

la perversidad de los guías les hizo internarse en Francia (1).»

En la mañana del 15 llegaron á Orgañá Gamundi y Boét con la brigada del Maestrazgo y la fuerza de su división, ambas muy mermadas; les comunicó Palacios la determinación de la brigada valenciana, y acordaron dirigirse hácia Tremp para llamar la atención de los liberales. Palacios con Guiu fué á punto más seguro á reponerse para poder atravesar por Francia, como lo efectuó, presentándose en el Norte.

Otras fuerzas penetraron el 16 en la provincia de Huesca por Castelló de Sort; y por Benasque, San Juan de Plan, de donde se retiraron las liberales, Gestain Bielsa y Parzan llegaron al pie del Puerto de las tres Forquetas el 18, lloviendo ocho horas sin cesar, y cerrando la noche con fuertes aguaceros que apagaban los fuegos, á los que hubo que renunciar, teniendo que acampar sin un árbol donde guarecerse. Cedió la lluvia al amanecer del 19, y emprendieron de nuevo el movimiento de subida: los voluntarios fatigados y los caballos hambrientos no podían superar la áspera pendiente del terreno, ni vadear los torrentosos nacimientos del Cinca que aumentados por la lluvia se precipitaban mugientes en el valle: al forzar el paso en algún punto que parecía fácil, dos caballos y el resto de la brigada fueron arrastrados por la corriente. «Seguimos como una legua ú hora de camino, y éste se encontró más pendiente y resbaladizo; la infantería ni á gatas podía subir; los caballos desfallecidos se quedaron algunos, y otros, sólo á costa de hombres

(1) Itinerario antes citado.

del país, que les ayudaron, llegaron á la cumbre de la cuesta de cerca de cuatro horas, pero muy malparados, y después de rodar monte abajo varias veces, descendimos para cubrir otro punto menos penoso, y al llegar frente á Gabarnie (Francia), debiendo continuar flanqueando la frontera, dirigida la vanguardia por falsos guías enemigos, la hizo entrar en dicho Gabarnie, y se consumó la traición» (1).

De todas las fuerzas del ejército del Centro solo pasaron al Norte el batallón de Gan-

(1) Itinerario de la división de Valencia en sus últimas jornadas hasta su internación en Francia.

Un amigo nuestro nos escribió á la sazón, entre otras cosas, lo siguiente: «Determinó nuestro general en jefe emprender la marcha hácia el Norte, del modo siguiente: Batallón de guías del general; primero idem de Valencia con Dorregaray á vanguardia; segundo, tercero y cuarto de Valencia á su retaguardia, ocho días después; á los pocos días ya tuvimos noticias de haber pasado los primeros con mucho peligro, y teniendo que internar cuatro compañías guías de Valencia, seguimos nosotros la marcha; mas al faltarnos dos jornadas del primer pueblo de Navarra nos fué preciso pasar el puerto de Pineda, penetrar en territorio francés para poder pernoctar aquella noche en un pueblo español inmediato: ya habíamos caminado cuatro horas, cuando al pasar cerca de un pueblecito de Francia que se llama Gavarni, he aquí que cinco gendarmes nos interponen el paso, avisándonos que de ningún modo á buenas podíamos volver á España; que si nos proponíamos hacerlo á la fuerza manchábamos la causa que defendíamos vulnerando las leyes de una nación extranjera: en cuestión amistosa estuvieron con el primer alcalde de dicho pueblecito nuestros jefes; pero en balde fueron nuestras súplicas ni reflexiones; á las dos horas ya toda la fuerza había hecho entrega del armamento, excepto los señores oficiales que lo verificaron al día siguiente: en resumen, á los dos días ya nos dividieron, mandando unos á Limoges y otros á Perigueux, donde usted me tiene, como siempre, á su disposición.»

desa, unos 30 caballos guías del general, que con parte del primero de Valencia se completó un escuadrón, porque la mitad del primero que iba con Dorregaray tuvo que internarse en Francia. De los demás, unos se fueron con los catalanes, y otros, aunque los menos, á las filas liberales, terminando así un ejército que tanto trabajo costó formarle y organizarle.

MOVIMIENTOS—ACCIÓN DE BREDÁ—LA DIVISIÓN
ARRANDO Y SAVALLS

XLI

En persecución Weyler de los carlistas del Centro, se dirigió el 15 de Julio á Tremp; quedó á las órdenes de Martínez Campos quien le previno que el 17 fuese por Pobla de Segur á Sort y Rialp, y el 18 á Castellbó, sin que pudiese variar estas instrucciones sin justificado motivo. Las cumplió exactamente haciendo una jornada larga y penosa por la naturaleza del terreno, con veredas que obligaban á marchar uno á uno, componiéndose la división de 6.900 infantes, 350 caballos, ocho piezas de montaña, mulos de brigada, bagajes, etc. Por este movimiento los carlistas del Centro quedaron á la derecha libres de persecución, pudiendo descansar y reponerse.

A virtud de lo prevenido por el general Martínez Campos, pernoctó Weyler el 18 en Castellbó, y en Tuyxent el 19. Sabe el general en jefe que Savalls se proponía atacar á Puigcerdá (1), para lo que se condujeron tardíamente dos morteros de la Seo, á pesar

(1) Esperaba Savalls apoderarse de ella antes de la llegada de los ejércitos vencedores en el Centro.

de haber echado Argila un puente sobre el Segre en doce horas, y que en vez de llegar á su destino los morteros, el jefe que los conducía los arrojaron al Segre para que no cayeran en poder de Martínez Campos; dirigióse éste despues á Puigcerdá y de allí á sitiar á la Seo.

Con su tropa fatigada, estropeada y hambrienta se dirigió Weyler el 20 á San Lorenzo de Morunys con ánimo de atacar y perseguir á Alvarez y Adelantado; obligándole el lamentable estado de su división á quedarse en San Lorenzo, marchando al amanecer del día siguiente á Solsona, que los carlistas dejaron exhausta de recursos. De acuerdo con Arrando marchó Weyler el 26 á Ripoll y aquél á Alpens, siguiendo Arrando á San Quirse y Weyler á Besora para atacar por flanco y retaguardia á los enemigos, como lo efectuó el 27 en Vila de Ller, al mismo tiempo que Arrando rompía el fuego en San Quirse, abandonando los carlistas, guiados por Savalls, todas sus posiciones, ocupadas para impedir la marcha de un convoy.

Dos días despues se dirigió Weyler por Esquirol á atacar á Savalls, Adelantado y Alvarez; pero al llegar á aquel punto le comunicó Arrando la conveniencia de no emprender movimiento hasta no saber la llegada de un convoy, y permaneció en Esquirol. Marchó despues á Granollers y de aquí á Breda, donde esperaban los carlistas que desde la provincia de Gerona habían realizado una rápida excursión á la costa (1) con

(1) «Ordenados por Savalls varios movimientos, y observando Adelantado que era aquél poco práctico del te-

ánimo de penetrar por sorpresa en Mataró, y retrocedido á virtud del movimiento de Weyler.

Confiaba Savalls en obtener señalada victoria aún cuando había fracasado el proyecto sobre Mataró, por lo que retrocedieron Auguet y Adelantado: dió seis horas de descanso, pernoctando acampado á cuatro leguas de Breda, á donde llegó á las ocho de la mañana del 1.º de Agosto; mandó tomar posiciones y esperó á Weyler que estaba en San Celonís á tres horas de distancia. A pesar de esto, envió á Auguet y á Adelantado con sus respectivas fuerzas á Arbucias á procurar viveres, quedóse solo con dos batallones catalanes y valencianos que en junto sumaban

rreno, llamó á Miret, que se hallaba á la sazón sin mando, y dijo Savalls: «Ya que Miret se está tocando la panza, él podrá acompañarle; pero usted, Adelantado, no se fie de él y tome las disposiciones que crea oportunas; que si ustedes llegan á tomar los puntos que le indico, y tienen ustedes tiempo sobrado para ello, le aseguro á usted que se divertirán ustedes: no hay remedio: esas columnas han de perecer irremisiblemente.» Savalls había desconfiado siempre de Miret, le tenía por alfonsino, y sobre todo, de autor de las disidencias que tuvo con don Alfonso y doña Blanca tan funestas para el carlismo en Cataluña.

Viendo Savalls que no se movía el enemigo por la parte de Vich, corrió con las pocas fuerzas que tenía á Vidrá, á donde acudieron las valencianas, aragonesas y catalanes en desórden. «¿Qué es eso? gritó Savalls; respondiéronle que los liberales subían de San Quirse y estaban cerca; y Savalls exclamó: «Ese... de Miret... Ya el corazón me decía que no me flara de él, y hasta de Adelantado me temía. Esa canalla han perdido el Centro y vienen á perdernos; pero como hay Dios, que se descuiden, que he de ser cruel con ellos.»

Mandó Savalls hacer alto; se fueron reuniendo las fuerzas; ordenó seguir al Grao de Olot, verificándolo él con su escolta y algunas fuerzas á Collsacabra, donde pernoctó, y desde allí continuó á Ameria y á Marina.

sobre 1.600 hombres, y á la hora se presentaron las tropas de Weyler que atacaron impetuosas y se apoderaron de las posiciones enemigas, conquistando á la bayoneta la más elevada, á pesar de la empeñada resistencia que opusieron los carlistas. En este momento, en el que terminando el día coronaba la victoria los esfuerzos de los liberales, y en el que el batallón de Segorbe se dirigía á envolver los dispersos enemigos, un grupo considerable izó bandera blanca, pidiendo entregarse al segundo de Almansa y que se suspendiera el fuego, lo que concedido sin las precauciones debidas y con un exceso de confianza muy punible, se adelantó el teniente coronel á conferenciar, y mientras unos y otros fraternizaban y se abrazaban, cargaron sobre ellos considerables fuerzas carlistas, produciendo una gran confusión, que obligó á Almansa á retroceder, hasta que rehecho y apoyado por Segorbe, rechazó á la bayoneta á los carlistas, haciéndose dueño otra vez de aquella posición. Lleváronse algunos prisioneros carlistas, y ambos combatientes experimentaron en junto cerca de 400 bajas, diciendo aquellos que Weyler habría sufrido un rudo descalabro si los catalanes hubieran acudido en auxilio de los del Centro, como estos esperaban, por los avisos que anticipadamente se les habían mandado: sólo dos batallones valencianos llegaron á tiempo para oponerse á que los liberales verificaran un movimiento envolvente. Retiráronse los carlistas á Arbucias, y los liberales, fatigados de pelear y de calor, sin agua, ni vino, ni comestibles de ninguna clase en Breda, pasaron resignados la noche y hasta las dos de

la tarde del siguiente día, por lo que no pudo continuar la persecución hasta el 3 (1), que fué á Viladrau.

Estando en operaciones, recibió instrucciones del general Jovellar, que le felicitó por la acción de Breda, previniéndole que el 8 tuviese una brigada en Moyá y la otra en Castelltorsol (2); se dirigió al primero de estos puntos, y el 9 cesó en el mando de tan brillante y sufrida división, que en un mes atravesó siete provincias experimentando grandes privaciones, hasta el punto de dejar en diferentes hospitales 800 enfermos graves.

Tratando Savalls de aprovechar la reunión de catalanes y aragoneses para socorrer la Seo, pidió recursos á la diputación, que le ofreció 6.000 duros; distribuyó sus fuerzas entre Torelló, San Vicente y San Pedro, creyendo que el nuevo jefe de la brigada Weyler caería sobre ellos; subió el liberal á Manlleu á seis kilómetros de Torelló, dispuso el carlista que algunas compañías del primero de Barcelona provocasen al enemigo á

(1) «Debo consignar con sentimiento é indignación, que alguno que por su elevada graduación, y por el cargo que entonces desempeñaba debía estar enterado de estas causas, esparció la noticia de que por *falta de disciplina no se había aprovechado la victoria*. ¡Nunca había mandado él mejores tropas!»

Memoria justificativa del general Weyler.

(2) Tal disposición era efecto de un plan de Jovellar en el que por medio de un movimiento general y combinado de las fuerzas que á sus órdenes operaban se lograrse en siete días arrojar á todos los carlistas entre la desembocadura del Ter y el cabo Cervera, ú obligarles á entrar en Francia por el trozo de frontera limitado por dicho cabo y el nacimiento del río Muza; plan del que se desistió.

combatir; no aceptó éste el reto, en los tres ó cuatro días de expectativa; supo Savalls que Arrando llegaba á Olot, envió á Auguet para que impidiera á todo trance que penetrara en la Cerdaña, y él marchó por la noche hácia Ripoll, al saber el movimiento de las fuerzas de Manlleu. Arrando simulaba la salida de Olot para atacar á los carlistas, y mientras se ocupaba en esto la guarnición, fué con su columna en dirección opuesta; subió por el Val de Ubach hácia Camprodon, donde estaban los prisioneros liberales; y como se amenazara fusilarlos si penetraban en la villa (había unos 300), pasó tocando las casas, se dirigió á San Martín de Vilalonga sin dar el menor descanso á sus fatigosas tropas, y penetró en Francia para evitar el encuentro con los carlistas que subían por Ripoll para oponerse á su marcha. Racionada la división Arrando, volvió á España penetrando en la Cerdaña por Puigcerdá, burlando á los carlistas que ha haber sido más previsores podían haber dado un gran disgusto á Arrando, cuyas tropas sufrieron mucho, especialmente en el campamento de Coma de Vaca, privadas de ración, de leña, entre las nieves de los altos Pirineos y con chaquetilla de verano.

Dos batallones que había mandado Savalls en Ripoll á la Cerdaña se apoderaron de un convoy de pan que de Puigcerdá se dirigía á la Seo. Estos dos batallones se vieron apurados por ignorar el movimiento de Arrando, y versé amenazados por una fuerte columna que subía de la Seo por Bellver: retrocedieron á reunirse á las fuerzas de Savalls en Ripoll, cuyo jefe, sin que la di-

putación le enviara los recursos que ofreció, y amenazado constantemente por dos ó tres columnas encargadas de perseguirle, sin municiones, ni dinero, y pudiendo reunir apenas 3.000 hombres, manifestó no podía socorrer á la Seo, y retrocedió.

SORPRESAS—COLUMNAS LIBERALES
—ENCARGO DE DON CARLOS Á SAVALLS—
ÓRDENES DEL DÍA

XLII

Habíanse verificado en el mes de Julio diferentes pequeños encuentros favorables unos y adversos otros, sin que cedieran los carlistas en sus actos de audacia, como el de invadir 30 hombres el pueblo de San Andrés de Palomar, de 12.000 almas. Penetraron en él de noche, cogieron á los serenos, prendieron con ellos rehenes, tocaron los clarines llamada á la carrera para reunirse todos y marcharon corriendo con su presa, aumentada con la que hicieron en Moncada, sin que nadie les molestara. Esta apatía en pueblos tan importantes informaba cuál era el espíritu público.

Virgili, comandante de un batallón carlista, detuvo en Arbós (1) el tren de Reus, cogió rehenes y los puso en libertad, conminando al alcalde de esta villa con que si no entregaba 10.000 duros en el plazo de ocho días fusilería á cuantos vecinos cogiese. Fueron

(1) Días después los 60 voluntarios de este pueblo se batieron en Vespella contra más de 200 carlistas que les atacaron y rodearon, rindiéndose los voluntarios después de consumir el último cartucho y batirse á bayonetazos.

notables las exacciones en Torregrosa y en otros puntos; era preciso contenerlas, y mientras Martínez Campos se ocupaba del sitio de la Seo de Urgel, se encargó Jovellar de la dirección de las operaciones en el resto de Cataluña operando con la división Montenegro y la brigada de caballería de Moreno Villar. Estéban operaba en parte de la provincia de Lérida, impidiendo el socorro de la Seo; Arrando estaba encargado de la derecha del principado, provincias de Barcelona y Gerona, en combinación con la división Chacon, antes Weyler; seguía en el Ampurdan la columna Camprobí y estaba confiado el llano de Barcelona á la brigada Acellana y á las columnitas Lacussant y Vallejo.

Para tener á raya en la provincia de Tarragona á algunas rondas y un par de batallones, muy cortos, operaba el brigadier Gamir con sus columnas de batallón; y para guardar el Ebro y el Maestrazgo había quedado la división Salamanca, estableciendo puestos de defensa y vigilancia, telégrafos ópticos y eléctricos de campaña en toda la longitud del río por donde podía temerse lo repasaran los carlistas, empleando en todo lo mucho que hacía, esa constancia y actividad que tanto le distinguió.

El brigadier Sequera había quedado encargado de dirigir las columnas de ocupación del valle del río Blanco.

Con la concentración de las dos brigadas de la primera división del ejército del Centro en Cervera y Lérida, que terminó el 4 de Agosto y con la ida de la brigada Moreno Villar que en los mismos días cruzó el Noguera y se adelantó hasta Balaguer y el

llano de Urgel, quedó en Cataluña casi todo el ejército del Centro. Cassola con la primera brigada y Moreno Villar con la mixta procuraban alejar del llano de Urgel á Castell que desde la marcha á la Seo de la brigada Catalan recorría aquel terreno con sus fuerzas; y al mismo tiempo la cuarta división observaba desde Cardona y Manresa las avenidas de las montañas situadas á la izquierda del Llobregat, en las que los carlistas del Centro y la mayor parte de los catalanes se habían refugiado desde que las divisiones Weyler y Arrando les arrojaron de la marina.

También Estéban con la brigada Bayle y 500 hombres de la guarnición de Manresa desvió el 6 de Suria á Dorregaray y alcanzó su retaguardia; pero recobró aquella noche el jefe carlista su anterior dirección; entró en la mañana del 7 en Vall-mañá, y avisada á tiempo la brigada Chacon, llegó desde Cardona á obligar á los carlistas á internarse en las montañas.

Fué precaria, seguramente, la situación del ejército carlista del Centro en Cataluña, que debió haber sido más auxiliado de lo que lo fué, y como lo encargó don Carlos á Savalls, añadiéndole: «Ya que no pudiste verificarlo antes hazlo ahora con el interés que pondrías en todo lo que de tí dependiese (1).» Ya le había dicho días antes, el 26

(1) Y añadía: «Al propio tiempo es preciso vigiles cuidadosamente por la conservación de la Seo de Urgel, á donde el enemigo dirige al presente sus miras. La falta de municiones ó de otros recursos de guerra no podrá ser excusa aceptable, porque un capitán general que como tú disfruta tan amplias atribuciones, debe y puede adquirir cuanto le haga falta para el buen éxito de las empresas que se le confían.

de Junio: «Pero hay otra cosa que urge sobre manera ó que preocupa mi atención singularmente.—Sobre mi leal ejército del Centro han caído numerosas fuerzas enemigas con ánimo de aniquilarle. Es necesario, pues, apoyarle decidida y eficazmente, y al efecto es mi deseo que inmediatamente marches sobre las fuerzas de Martinez Campos con todas las que tú puedes disponer después de cubiertas las primeras y absolutas necesidades del servicio en esas provincias de tu mando.—Tu acción no debe limitarse á seguir los movimientos de aquel, sino que debe extenderse hasta pasar el Ebro, si es preciso, en auxilio del ejército del Centro, que es nuestra vanguardia sobre Madrid, y por esta razón interesa á nuestra causa conservar tanto como al enemigo destruirle.»

Nunca más necesaria la unión y el mútuo auxilio, por lo mucho que se trabajaba para seducir carlistas; lo cual produjo la orden general del 16 de Julio en Oliana, que es notable (1), el que pocos días después, el 25,

«Espero asimismo que arreglarás las diferencias que puedan existir entre tí y la junta de la manera conciliadora y prudente que deben emplear las autoridades que saben hermanar la justicia con la consideración y la templanza.

«Porque conozco lo que vales exijo mucho de tí, en la seguridad de que corresponderás dignamente á todo. Espero no tener motivo de queja contra tí, y que tampoco la tenga el general Dorregaray.

«Que Dios te guardé, etc.—Carlos.

«Vergara 16 de Julio de 1875.»

(1) «Orden general para el ejército del Centro de 16 de Julio de 1875, en Oliana.—Habiendo llegado á mis noticias que los enemigos de nuestra causa tratan de sobornar jefes, oficiales y voluntarios, que propalan voces subversivas para perturbar los ánimos de los demás, cumple á mi deber reseñar á todos la verdadera situación de este

diera otra Savalls en San Pedro de Torelló, en la que decía que las fuerzas del Centro habían pasado el Ebro para desbaratar los planes de Jovellar y comparsa; que como buenos carlistas pelearían juntos hasta derramar la última gota de sangre; que aguardaba al enemigo con las puntas de las bayonetas, esperando por la intercesión divina una victoria completa, pues la guerra era santa y justa, y debía gritarse vencer ó morir. Al trasladar Alvarez á sus fuerzas este orden del día para que vieran lo unidos que

ejército, para que una vez sabida por todos no se extralimite ninguno en propalar la menor idea que tienda á alterar el orden, porque sin distinción de clases serán pasados por las armas.

»Lo precipitado de la marcha que hemos hecho; lo misero del terreno que hemos atravesado, y el corto espacio de tiempo que en los pueblos se paraba, impidió el poderse racionar los cuerpos con la regularidad que yo hubiese deseado: esto ha hecho que la brigada que me acompaña correspondiente á Aragon y un batallón de guías se les satisfaga hoy una ración al cuarto día que no la habían percibido. Sé que se os dice que estas fuerzas están al corriente, con el malhadado fin de buscar perturbaciones. No escuchéis á esos miserables que se valen de medios tan ruines.

»La división del Maestrazgo, la de Valencia, todas están iguales, como también la de Aragon: todos habeis sufrido lo mismo, y por eso á todos os admiro del mismo modo por vuestra resignación.

»Una corta cantidad que había, de la cual se creyó poder dar quincena á la tan necesitada clase de oficiales, ha habido que distraerla para poder dar algún día la ración, porque la miseria de los pueblos que atravesábamos hacía imposible efectuarla de otro modo, y sin embargo, se comenta no se ha hecho la distribución pensada, por lo que valiéndose de todos los medios, quieren alterar el orden de todas estas fuerzas, modelo hasta ahora de resignación y sufrimiento.

»No escuchéis á los que valiéndose de vosotros como instrumentos quieren ocasionar disgustos y perturbacio-

estaban con el ejército de Cataluña hasta que don Carlos dispusiera el regreso al país natal, les manifestaba su esperanza de que el día que midieran sus armas con las del enemigo, darían testimonio los voluntarios del Centro de estar animados del mismo espíritu, fe y ardor que los catalanes.

Esto hacía que arreciaran los trabajos de seducción, y los mismos que se pasaban á la bandera liberal eran los mayores instrumentos para seducir á sus anteriores compañeros, á los que dirigían proclamas como la que imprimieron en Vich (1), desmintiendo que se enviase á Cuba á los que se acogiesen á la amnistía, que no se les guardasen las consideraciones merecidas, que ellos habían abandonado el campo carlista por haber prostituido los jefes la espada, prolongando una guerra tan desastrosa como estéril, y reconocido á don Alfonso por considerarle más legítimo que don Carlos, habiendo desaparecido con su proclamación las causas que produjeron la guerra.

nes, sin tener en cuenta el ejemplar que estoy decidido á hacer en el primero que me presentéis de los que tan mal os aconsejan.

»Yo no tengo preferencia por ninguno de este ejército: todos sois iguales para mí: todos sois voluntarios del rey, valientes y sufridos, y esto me hace que por todos me interese del mismo modo, sin dar á ninguno la mentida preferencia de que os hablan.

»Esto os lo asegura vuestro general en jefe, *Antonio Dorregaray*.—Es copia.—El coronel teniente coronel jefe de estado mayor, *Ignacio Peñaranda*.

(1) El 3 de Agosto de 1875, firmada por los señores don Estéban Sauri, don Enrique Bravo, don Antonio Dambilla, don Adrian Martinez, don Juan Vila Pintado, don Francisco Reig, don Xic de Roda, don Miguel Ferrer, don Juan Falcó, don Roque Rimbau.

La toma por los carlistas de San Martín de Maldá, las desgracias que siguieron á este hecho, el descalabro que Vila de Prat, causó á la columna del Panadés mandada por Vallejo, en San Quintín de Mediona el 20 de Agosto, y otros que se efectuaron en Cataluña, prescindiendo de las marchas de las fuerzas del ejército del Centro, ya narradas, no tienen la importancia que el sitio de la Seo de Urgel.

SITUACIÓN DE LA SEO.—INTERÉS DE LOS CARLISTAS EN CONSERVARLA.—RESOLUCIÓN DE LIZARRAGA

XLIII

En cuanto el general Martínez Campos regresó del Centro, tuvo que acudir rápidamente á levantar el sitio de Puigcerdá de que tuvo noticia en Orgañá; y á pesar de haber llegado á este punto las tropas á media noche, á las 4 de la madrugada salió por Tres Pons persiguiendo á Dorregaray hasta cerca de Arfa: rodeando la Seo alcanzó los morteros que iban á servir para el sitio de Puigcerdá á las 2 de la mañana siguiente cerca de Belver, donde supo que Savalls con la noticia de su aproximación abandonó aquella noche el sitio. Libre por el momento de Dorregaray y de Savalls, consideró como el golpe más seguro y decisivo para destruir á los carlistas la conquista de la Seo de Urgel, de más nombre que importancia, porque artillados sus fuertes con monumentales cañones grabados y cincelados por fuera y lisos por dentro (1), ineficaces ante la artillería mo-

(1) Mr. Domingo Monnier, inventor de un cañon rayado que se cargaba por la culata, y de gran alcance,

derna, carecía de poderosos medios de defensa, y de las necesarias obras para la misma.

La posición de la ciudad episcopal á la derecha del Segre, rodeada por todas partes de elevadas montañas, próxima la inmensa sierra del Cadi, que esconde en las nubes sus gigantescas moles, y defendida solo por una vieja tapia aspillerada, no podía ofrecer gran resistencia. Había que limitar esta á tres fuertes que á modo de centinela se ostentan en igual número de cerros de una pequeña cordillera. La ciudad en el llano, y en el monte los fuertes dominándola y amenazándola, tan insignificante la importancia de aquella como grande el interés de ellos. Eran estos la Ciudadela y el castillo, y la torre de Solsona, unidos entre sí por un camino que había sido cubierto: en un declive entre la ciudadela y el castillo, se sienta el desventurado Castellciudad, que si la paz permitía construir moradas hasta las paredes de los fuertes, la guerra las destruyó.

A su espalda y de los fuertes y á tiro de fusil de ellos se levanta la sierra del Cuervo que los domina, y los posee el que se hace dueño del Cuervo. Así como los antiguos, tampoco se habían cuidado los liberales de erigir en aquella sierra un fuerte que defen-

que había presentado en el Norte un pequeño modelo de cuatro centímetros de diámetro y 75 de longitud, mereciendo los elogios de los señores Maestre, Guzman y otros se presentó á Savalls y Lizarraga, y el 29 de Julio se firmó el contrato por el que se comprometía á transformar la artillería de la plaza, llevando de Francia los tornos y demás necesario, debiendo terminar su obra en menos de ocho meses; pero ya era tarde.

diera los otros tres, y los carlistas no quisieron hacer más que sus antecesores, y como dice muy oportunamente el ayudante de Lizarraga, señor Hernando, «por considerar que ya habría tiempo de hacerlo cuando estuviéramos en Madrid. El caso es que llegó el sitio y esta posición tan interesante no tenía más que una mala torre con un par de cañones para su defensa, ni contaba con más obra de fortificación que unas cuantas zanjas abiertas en ella por los prisioneros de Nouvilas, bajo la dirección del distinguido jefe de ingenieros señor Argüelles.» Y añade: «Sin contar con la ciudad, tenían los carlistas que sostener dos líneas: la formada por la Ciudadela, Castellciudad, el puente de Balira el castillo y la torre de Solsona, que estaban en el mismo plano, y la segunda, que se componía solamente de la sierra del Cuervo á espaldas de la primera.»

Encomendada á Lizarraga, con omnímodas facultades, la defensa de la Seo y sus fuertes, procuró emplear todo su celo, efectuó reuniones diarias con los jefes militares y de administración, con el vicepresidente de la diputación señor Mestre, para impulsar los trabajos de los talleres de artillería é ingenieros y obras de defensa (1), concluyendo

(1) Envióse á la Seo á don Luis de Argila que inspeccionó minuciosamente los fuertes, recorrió los alrededores y se convenció de que al haber querido conservar aquella fortaleza se había cometido una grave falta, por carecerse de medios para abastecerla y sostener un sitio, y porque las fortificaciones requerían una transformación completa y costosísima. Se continuaron las obras modificándolas; fijóse su pensamiento en la sierra de Corp, contigua á la Ciudadela y que la domina, y al emprender la construcción de un torreón ó reducto, se em-

todas las juntas con lamentaciones por falta de recursos y elementos; no se obtenían los necesarios, y se hacían las obras mal y de prisa; desertaban los voluntarios á quienes trabajosamente se alimentaba y se iba introduciendo la confusión en todo, en lo cual no tenía poca parte Lizarraga por la pretensión de ser universal, queriéndolo hacer todo por sí, sin conocimiento práctico, no dar los mejores resultados este celo, ni la facilidad con que oía á personas hipócritas acusaciones calumniosas, dejándose engañar y cometiendo por ende lamentables injusticias. El oír misa todos los días era una gran recomendación para Lizarraga, y los que trataban de explotarle, no faltaban al divino Sacrificio para prepararle infernal. Víctima de tales denuncias fué el capitán procedente del ejército don J. Dominguez, y otros.

La Seo excitó la atención pública y preocupó á los carlistas: antes de que á ella fueran los liberales escribía Savalls á don Carlos: «El enemigo, según confidencias, quiere atacar los fuertes de la Seo de Urgel; si los que la guarnecen tienen alma y se resisten solamente quince días, estoy convencido que no los tomarán; pero como faltan hacer allí muchas obras, pues que las que se habían hecho para nada servían, me temo no podrán resistir la artillería de grueso calibre que el

peñó Lizarraga en que se rehabilitase la torre de Solsona, y pudo conseguir Argila que no se desatendiesen sus proyectos y el de construir fuertes en las Forcas. Conocía la precisión de interceptar el camino ó los tres caminos que conducen á la Seo por Orgañá, Tosas y la Cerdaña, y los resultados probaron su acierto, y lo útiles que hubieran sido estas obras.

enemigo trae allí pasándola por Francia, por esta vecina nación que tanto mal nos hace y que con mi poco criterio considero esto como una intervención». Don Carlos le contestó: «La conservación de la Seo nos es absolutamente precisa, cueste lo que cueste.—Si necesitas eficaz apoyo para rechazar al enemigo ponte de acuerdo con Dorregaray y dispóned entre ambos los medios más convenientes para castigar á aquel terriblemente.—Querer es poder para quien tiene fé y lealtad. A estas virtudes debemos nuestras glorias.—Debes, pues, á todo trance impedir al enemigo que se apodere de aquella plaza, y espero que lo harás así aunque sea á costa de dolorosos sacrificios.—Esta victoria será la que más te honre.—Que Dios te ayude, tu afectísimo Carlos» (1).

Aunque Lizarraga conocía el propósito de Martínez Campos y sus aprestos, confiaba en que las fuerzas de Savalls y de Dorregaray no le dejarían pasar por los terribles desfiladeros que tenía que atravesar, habiendo sitios en los que bastaban dos compañías para contenerle, y que, aun pasando, había de establecerse en una zona alejada de su base de operaciones, en un país escaso de toda clase de recursos, y á propósito para que las fuerzas carlistas pudieran fácilmente cortarle las comunicaciones y sitiarse. Esto, y el que la artillería de sitio solo podía ir por Francia, le hacía considerar cosa irrealizable el intento del jefe liberal. Los dos caminos que conducen á la Seo, el de Puigcerdá y el de Pons, los tenían cerrados Savalls y Dorregaray; y dice

(1) Cuartel Real de Tolosa 27 de Julio de 1875.

el señor Hernando desde la Ciudadela: «Ayer (17 Julio) estábamos ayudando desde aquí al general Savalls en su tercer sitio de Puigcerdá, y hoy están aquí los enemigos: ayer estaban entre éstos y nosotros 16 batallones carlistas al mando de Dorregaray, y hoy no nos separan de ellos más que piedras, árboles y algunas varas de distancia (1)».

Encontróse Lizarraga, sin esperarlo, (2) con los enemigos al frente, cuando Savalls sitiaba á Puigcerdá, y estaban allí casi todos

(1) Y continúa: «Los alfonsinos han venido de la manera más inopinada. Las fuerzas carlistas del Centro habían llegado á las inmediaciones de esta plaza; ayer estaban en Orgañá, Oliana y Pons, los generales Dorregaray, Adefantado, Alvarez, Boét y Gamundi con los batallones del Maestrazgo, Aragon y Valencia, cercando el paso de esta al enemigo. Alvarez que estaba en Orgañá se hallaba en comunicación con nosotros y á su demanda se le habían enviado desde aquí varias cargas de municiones, para que distribuyera á sus soldados y se estaba buscando calzado para enviarles. Esta madrugada con objeto de hablar en Orgañá á Dorregaray y animar á su ejército, salieron de aquí el señor Obispo de la Seo, y el vicepresidente de Cataluña. En el camino encontraron á unos paisanos, que les advirtieron no siguieran adelante, pues las fuerzas carlistas habían marchado hacia Solsona, y ya estaban en Orgañá las alfonsinas. Volvieronse, porque estando en Orgañá, los enemigos habrían pasado ya los terribles desfiladeros y no tenían dificultades para llegar á la Seo, de modo que no tardaríamos en verlos más de lo que tardaran en recorrer las tres leguas que de nosotros les separaban.

(2) Pronto había olvidado que el general Martínez Campos al volver del reconocimiento de la Seo el 17 de Abril, anunció que para Mayo, volvería con las fuerzas todas, no á reconocer sino á sitiar la Seo de lo cual había dado cuenta al Gobierno. Los carlistas aprovecharon el laxo de tiempo en reparar las brechas, montar artillería, y tratar de rayar cañones con operarios franceses; pero no tuvieron cuidado de arreglar los aljibes, ni llenarlos de agua, confiando en que la traida de aguas que pasaba por Castellciudad, satisfaría esta necesidad.

los artilleros é ingenieros de la Seo y un convoy de municiones y dos morteros en el camino de la Cerdaña; no contando la plaza más que con el segundo batallón de Lérida que no sumaba 300 plazas, é inválidos y veteranos, casi todos desarmados, no habiendo ni aun la gente precisa para cubrir el servicio. No se desanimó y atendió activamente á todo, decidido á abandonar la ciudad y encerrarse en los fuertes defendiendo lo posible la sierra del Cuervo, y sostenerse á todo trance, dando tiempo á que Dorregaray se rehiciese y en combinación con Savalls le auxiliasen.

La llegada á la Seo del cuarto batallón de Lérida que por no caer en poder de los liberales acudió á refugiarse á la Seo, animó á todos é hizo exclamar á Lizarraga: «Ya puedo sostener algún tiempo la ciudad y reforzar los otros puestos.» Fueron acudiendo los artilleros que habían ido al sitio de Puigcerdá, y si todo esto producía gran contento, le amenaguaba la convicción de que entre aquellos denodados carlistas había algún traidor, pues solo éste hubiera clavado un obús, obstruido un cañon y roto la maquinaria de hacer cartuchos.

SITIO DE LA SEO.—ESCARAMUZAS.—BOMBARDEO

XLIV

El reconocimiento que vimos efectuó el general Martínez Campos, en Abril último, de la Seo de Urgel y sus fuertes, que daban preponderancia á los carlistas, les aseguraban vasto territorio, les servían de base de

operaciones y les proporcionaban grande efecto moral, le afirmó más en su propósito de conquistar aquellos puntos á pesar de las dificultades que se oponían, aun por el mismo gobierno; pues aunque se le ofreció enviar el material necesario que reclamó, se le ordenó aplazar la operación; y como el general la consideraba absolutamente necesaria para acabar la guerra en Cataluña dimitió el mando, cuya dimisión no aceptó el gobierno y le llamó á Madrid á tomar parte en una conferencia para trazar el plan de campaña que terminase la guerra. En esta conferencia se acordó contra su opinión y voluntad cooperase Martínez Campos con parte de su ejército á la conclusión de la guerra del Centro, como así lo hizo y lo referimos. Empeñado ahora en la conquista de la Seo, fué venciendo inconvenientes, empleando acertadamente toda clase de medios y abriendo caminos de Rivas á Belver y de Belver á la Seo. La imposibilidad de conducir el tren de sitio, podía vencerse llevándole por Francia: entró en negociaciones para que aquella nación tolerase el transporte por su país hasta Puigcerdá, de una gran parte del material y después de obligar á Savalls á abandonar el sitio de Puigcerdá—19 Julio—aprovechó la oportunidad de hallarse en el valle del Segre para emprender el sitio. Telegrafió desde Puigcerdá á Barcelona para que le enviaran á toda prisa el material necesario, que debía ser transportado una parte por Francia y la otra por Vich, Ribas y Coll de Tosas y el 21 salió de la capital del antiguo principado un convoy escoltado por los señores Weyler y Ahumada: á las fuerzas que guiaba se le

fueron agregando en el camino otras y cañones; pasó el desfiladero de Congost: Arrando y Weyler protegieron su marcha, abandonaron los carlistas, guiados por Savalls y Alvarez, las excelentes posiciones que ocupaban, pasando el convoy sin dificultad los desfiladeros de San Quirse y de Ripoll; aumentaron las dificultades desde Rivas, por falta de caminos, teniendo que habilitarlos los ingenieros según dijimos, hasta llegar á Coll de Tosas, que Martinez Campos había hecho ocupar; penetró la columna y el convoy en la Cerdaña, y sin dificultad en Puigcerdá.

Con las brigadas Nicolau, Saenz de Tejada, Catalan y fuerzas sueltas, que contaban 9.730 hombres, 300 caballos y 10 cañones, se aprestó al sitio, arregló el camino de Puigcerdá á la Seo, pues sin la primera era imposible el sitio de la segunda, y el 22 la acordonó ocupando á Alás, Anserall, Arfá, Adral y las alturas de la Bastida, de Navinés y llamada Piá de las Forcas, no pudiendo ser completamente eficaz por la noche el bloqueo por la escabrosidad del terreno y la gran extensión. Por si intentaban los carlistas socorrer á los sitiados por el camino de Tres Ponts á Orgañá, que era el más peligroso para los sitiadores, le inutilizó el capitán de ingenieros don Luis Pando.

Los defensores de la Seo continuaron llevando víveres de la ciudad á los fuertes, y embargaron telas de vestidos para hacer saquetes de pólvora para los cañones: aunque esta abundaba, era del año 23 y de tan mala calidad, que la tenían que mezclar. Regresó á la ciudad el señor Obispo de Urgel, que al saber que iba á ser sitiada prefirió ir á su

Sede que marchar á Francia ó Andorra, y á las cuatro de la tarde del 21 gritó el centinela del Macho *¡ya están ahí!* Corren todos presurosos á la muralla, les ven acercarse á la ciudad á poco más de un kilómetro, poniéndose bajo los cañones de los fuertes; dispara el de 24 de la batería de San Armenogol; se detienen los liberales viendo que no está abandonada la ciudad; ocúltanse unas fuerzas en un bosque y otras vadean el Segre y se dirigen á Alás, con uno de los dos Krupps; lanzaron los carlistas algunas granadas á los del bosque; una compañía carlista fué á molestar el paso del río; se tiroteó con una guerrilla, y á las diez de la noche llegaron los sitiadores hasta las tapias de la ciudad, sin contestar los centinelas á los tiros que les dirigían.

Establecido el 22 el cerco, no faltó tiroteo y algunos cañonazos; ofició Lizarraga á Savalls y Castell, que haciendo grandes esfuerzos podría sostener el sitio todo lo más un mes.

No podía creer Savalls que Castell con sus cinco batallones catalanes, uniéndose con Dorregaray, estando bien municionados, según él (lo cual no era exacto), no se opusieran al paso de los liberales, al menos en Orgañá y Tres Ponts, cuyos puntos podían ser defendidos con un puñado de hombres; mas Castell se había dirigido hacia Solsona, y las fuerzas de Dorregaray se retiraron delante del enemigo, como lo hizo también el batallón mandado por Guiu.

Los sitiados continuaron arduosamente el 23 sus trabajos, no vagando ni los talleres día y noche: levantan los sitiadores parapete-

tos y baterías, abandonan los carlistas la ciudad, y no habiéndola ocupado los liberales, volvieron algunas fuerzas carlistas para seguir sacando efectos y talando las arboledas, retirándose á los fuertes al terminar el día.

Aunque comprendían los sitiados las malas condiciones en que se hallaban respecto de sus enemigos, no decaía su espíritu, alentado religiosamente, pues al concluir todas las tardes de rezar el rosario victoreaban á la religión, al rey y á Cataluña; levantaron una cruz en medio de la plaza de armas, que colocaban los soldados como bandera, saludándola con religioso respeto; celebraron en su día la fiesta del patrón de España y el santo del primogénito de don Carlos, y al izar al amanecer la bandera nacional en la ciudadela, fué saludada con las salvas de ordenanza: oyeron después las fuerzas libres de servicio la misa que dijo el señor obispo, que bendijo después á las tropas, pidiendo á Dios auxilio en la lucha, fé y valor en el combate, abnegación y constancia en los sufrimientos y paciencia y firmeza en las penalidades, dirigiendo además una breve y sentida exhortación recordándoles la protección que Dios y el Apóstol habían dispensado á los soldados de la fé, añadiéndoles: «Si quereis la victoria, haceos con vuestra conducta dignos de ella, y, si Dios nos tiene escogidos para que muramos por su causa, no os de pena, que nuestro sacrificio será fecundo y nuestros hermanos en la fé sacarán fruto de nuestra sangre». Con entusiastas aclamaciones y vivas se acogieron estas palabras.

Para que pasara el recaudador Roca, encomendó Lizarraga al comandante don Cefe-

rino Escolá sorprender y apoderarse de la avanzada que tenían los sitiadores en el cerro de Macía, y si no la sorprendió por la vigilancia que ejercían los liberales, que hicieron una descarga á sus enemigos en cuanto los vieron cerca, no impidió esto que los valerosos Escolá, Mirats y los 60 hombres que les seguían, corrieran al parapeto enemigo, saltaran la zanja que le defendía, vencieran la resistencia que les opusieron y se apoderaran de él causando seis muertos, ocho prisioneros y una dispersión completa. Se apoderaron de 23 fusiles Remington, tres cajones de cartuchos y efectos de guerra, incendiando cuanto no pudieron conducir y pasando Roca con su escolta.

Presentáronse Castell y Dorregaray en las alturas á la vista de los sitiadores, y se empeñaron reñidos combates, con bastantes pérdidas de los carlistas: enviaron los sitiados á Roca á informar á Savalls y Castell de su situación, pedirles multitud de efectos y que molestasen á los liberales; ocuparon éstos la ciudad; les ofició Lizarraga para que la evacuasen si no querían ser bombardeados, contestando que no la evacuaban y que habían avisado al vecindario el bombardeo; recorrió Lizarraga á caballo los fuertes, arengando á cada guarnición sin ocultar los peligros y penalidades que había que arrostrar en un sitio que prometía ser largo y terrible; que había que resistir con energía, peleando con valor y sufriendo con firmeza; y rompieron el fuego los cañones de la ciudadela, castillo y torre de Solsona contra la ciudad desde las doce á las tres de la tarde, contestando cuatro cañones Plasencia desde el estribo conti-

guo al pueblo de Alás, fuera del alcance de los cañones carlistas, introduciendo, á pesar de la distancia, más de 30 proyectiles en la plaza de armas, pabellones y talleres, produciendo el consiguiente destrozo, pero sin causar más que un herido leve en la ciudadela y tres en Castellciudad.

En represalia de la acometida del cerro de Macía, pretendieron los sitiadores sorprender á la compañía que estaba en la sierra del Cuervo, que se batió admirablemente y rechazó á los liberales cargándoles á la bayoneta.

Avanzaron los sitiadores á Monferré, trabóse un combate que parecía no tener otro objeto que mostrar el heroísmo de aquellos soldados que avanzaron hasta 500 metros de la muralla, recibiendo descargas de metralla; retrocedieron á Monferré con algunas pérdidas; se completó el acordonamiento el 31, y en este día, tres baterías dirigieron sus fuegos á la torre de Solsona y á la ciudadela, sufriendo á mansalva los disparos de Navinés y las Forcas, no pudiendo contestar con fruto á tanta distancia, aun cuando no dejaron de hacer fuego. Molestaban también mucho los tiradores liberales emboscados en las orillas del Balira y del Segre en el camino de Andorra y en Monferré, porque á todas partes llegaban las balas de sus fusiles.

Retirada á las seis de la tarde la batería de Navinés, bombardearon los carlistas la de la ciudad, reventando la última bomba en el seminario nuevo, causando grandes destrozos en la batería enemiga.

Al insoportable calor del 1.º de Agosto se añadió desde el amanecer un terrible caño-

neo, avanzando los sitiadores la batería de la ciudad hasta las Taulerías para batir á Solsona casi á boca de jarro, á 400 metros, y mandó Lizarraga concentrar sobre esta batería todos los fuegos, disparando con febril precipitación cañones, obuses y morteros. Aparecen nuevas baterías sitiadoras, defiéndose con teson la torre, cuya artillería dirige el jóven alférez don Lucas Puerta, con valiente serenidad, y con no ménos esfuerzo guía los fuegos de la ciudadela el coronel del arma don Francisco Segarra; se desfogonaron las piezas de Taulerías, teniendo que suspender sus disparos, continuando solo los suyos las piezas de montaña, y al terminar el cañoneo se vió lo mucho que había sufrido la torre; se retiraron los cañones del piso superior, por imposible su juego, y aunque desmantelada aquella fortaleza se la ordenó sostenerse hasta el último extremo, que rechazasen los asaltos que se intentasen, y como postrer recurso, la volasen antes de abandonarla sus defensores.

BOMBARDEO.—COMUNICACIONES DE SAVALLS Y DE DON CARLOS.—EL 11 DE AGOSTO

XLV

Como si se hubieran agotado municiones y esfuerzos medió un gran silencio al anterior pelear interrumpido sólo por algunos cañonazos (1); menudean éstos el 3; pasa el 5 las

(1) Un proyectil penetra en uno de los almacenes de cartuchos de la ciudadela, revienta en cien pedazos, rompe uno de ellos un cajón de pólvora, la esparce por el suelo y no se inflama.

líneas sitiadoras un confidente, por el que sabe Lizarraga que Guiu con dos batallones estuvo cerca del cerro de Macia sin atreverse á romper la línea, sorprendiendo aquel puesto, lo cual era una contrariedad para los sitiados, que contaban con uno de aquellos batallones para defender con más éxito la sierra del Cuervo y Castellciudad, y se atribuyó á falta de decisión de Guiu el no hacer lo que Lizarraga le había encargado: el capitán Chaves que mandaba las piezas Krupps, impidió la construcción de una nueva batería en el monte Navinés, que al fin levantaron después los sitiadores, que cada día estrechaban más el cerco; dejaron sin agua á Castellciudad, teniendo que bajar á buscarla al Balira; á cuyo contratiempo para los sitiados se añadió el de acabarse las espoletas para granadas Krupps: no importa, dijeron: arrancaban las de las granadas que les tiraba el enemigo y no reventaban, las arreglaban y se las devolvían con nuevas granadas (1).

Llegó el 7 el segundo convoy de víveres que se había conducido por Francia, y el 8 el tercero; se construyeron nuevas baterías á pesar del vivo fuego de cañón de los fuertes; incendió una de sus granadas una casa de la Seo; arreció el fuego de los sitiados, y los sitiadores les enviaron entonces una lluvia de granadas. En la sierra del Cuervo se hizo más vivo el fuego de las guerrillas.

En este mismo día 8 escribía Savalls desde Ripoll á don Carlos lamentándose de lo triste y affigidísima que era la situación en que se encontraba; decía que la falta de di-

(1) Se daban 2 reales por espoleta á los soldados, y en cuanto caía un proyectil corrían á arrancársela.

nero y municiones le privaba de vencer al enemigo; pedía tres ó cuatro millones de cartuchos y de 40 á 50.000 duros para que los fuertes de la Seo fueran la fosa de todo el ejército liberal; y refiriendo lo que sucedía en el sitio, y dando cuenta de sus operaciones, se prometía derrotar á una columna liberal que acababa de llegar á Vich, si no llegaba otra en su auxilio; y entonces, con un movimiento combinado con Castell marcharía sobre Martínez Campos, «que no tendría otro remedio que meterse en Andorra ó entregarse, pues que cuando llegaran las otras columnas que podrían venir en su socorro, el golpe estaría dado (1)».

En la contestación que le dió don Carlos le recordaba que en anteriores cartas le decía, que si la plaza de la Seo resistía quince días, el ejército liberal sería vencido, esperando que esto se realizase, pues había pasado aquel plazo; que contra sus fuertes debía estrellarse el ejército alfonsino, por numeroso que fuese, y que había tomado las medidas necesarias para que llegaran á su poder en breve plazo las municiones que pudiera enviar: agradecía en otra carta al obispo de Urgel su entusiasmo y le estimulaba, y decía á Lizarraga, que al verle defendiendo aquellos fuertes bajo la protección de la cruz por la fé cristiana levantada, los consideraba inexpugnables.

Construyen los liberales nuevas baterías;

(1) Acababa diciendo que si por tres ó cuatro días no dejara pasar Francia convoyes de víveres que entraban todos los días en Puigcerdá, y de allí iban á la Seo, tendrían que levantar el sitio ó morir de hambre, por lo asolado que estaba aquel país.

llevan trabajosamente á la de Monferré dos cañones rayados de 12 centímetros, y los morteros de 27 que se extrajeron del río; procuran los sitiados impedir los progresos de sus enemigos, haciendo vomitar á sus cañones y obuses metralla, balas, granadas y bombas (1), y obtienen algunos parciales resultados; pero no impidieron que en la noche del 10 quedasen en disposición de romper el fuego, además de las baterías que ya existían, cuatro más, construidas por los ingenieros, ayudados por trabajadores de infantería y artilleros, sumando un total de 9 baterías con 28 cañones y 2 morteros, ascendiendo las fuerzas sitiadoras á 10.000 hombres, 300 caballos y 5 baterías Plasencia (2).

(1) Encargado el alférez Serra con un cañon de á 24 de desmontar los de una próxima batería que molestaba, al segundo cañonazo conocieron los sitiadores la intención, y desde la batería de Navinés que dominaba á la de San Odon, dispararon con furia sobre ésta; Serra bajo aquel fuego mortífero continúa sereno el suyo, sus balas rozan las ruedas de los cañones enemigos, y al rectificar la puntería, una granada de Navinés revienta encima de él, prende tres saquetes de pólvora que conducía un artillero, se envuelve en humo y llamas toda la batería, resuena un grito horrible de dolor y angustia, y entre la espesa humareda se ve á Serra ardiendo, á sus piés una masa humana informe, y voraces llamas extenderse por el ángulo de la batería. Murió el artillero conductor de los saquetes, y quemado Serra y otro artillero los llevaron á curar.

Los servidores de la batería que había producido aquel estrago salieron de ella á contemplarle, y una granada disparada por el alférez Puig, con uno de los Krupps, estalló en medio de aquella multitud de curiosos, sembrando entre ellos la muerte.

Hernando.

(2) De los 12 cañones de á 12 de bronce solo uno estaba útil, por tenerse que componer los otros á causa de lo blando del grane.

Señalado el día 11 para el combate general, los cañones sitiadores arrojaron proyectiles con celeridad vertiginosa, envolviendo en fuego á los sitiados por todas partes, y aunque la artillería de éstos hizo heroicos esfuerzos para contrarestar á la enemiga, era abrumadora la superioridad de ésta: emprendieron después la marcha las columnas dispuestas para el ataque, y aunque resistieron bravamente los carlistas que defendían las posiciones del Cuervo, eran poco más de 200 hombres, incluso los 50 que de refuerzo recibieron, les atacaron por tres distintos puntos las columnas de Saenz de Tejada, de Catalan y de Bonanza, llegando simultáneamente á la cima del monte, del que se apoderaron con pérdidas sensibles, causándolas también.

Los nuevos poseedores del Cuervo se acercaron á Castellciudad; les cogieron al descubierto desde San Pablo y les ametrallaron los carlistas; se les inutilizaron á éstos los cañones de á 24; les reemplazaron con los dos Krupps en medio de la lluvia de balas y de toda clase de proyectiles, pareciendo la ciudadela el blanco de todos los cañones. En aquel rudo combate encontró gloriosa muerte el capitán Chaves.

Al mismo tiempo era atacada la torre de Solsona, por el heroico coronel Pando, que herido gravemente continuó mandando: heroicamente defendida por 50 infantes sostuvieron tres horas de espantosa lucha, excediéndose en heroismo liberales y carlistas, lleno de aquellos el foso, y reducidos los segundos á 38 hombres, próximos á caer prisioneros les mandó el gobernador don Mi-

guel Robí retirarse al castillo y la ciudadela desde donde se cañoneó á la torre de Solsona en poder ya de los sitiadores, que dirigieron sus fuegos á Castelleciudad, produciendo un gran incendio, alimentado y propagado por balas incendiarias, que aumentaron los horrores de aquel infausto día.

Aterrorizados corrían los desgraciados habitantes de aquella población al ver sus casas destruidas, buscando un refugio que pedían con gritos y lágrimas las mujeres y niños, negándose los carlistas á abrir las puertas de los fuertes y prolongando aquella terrible situación; los liberales aplazaron para la mañana siguiente el permiso para que salieran los viejos, las mujeres y niños no carlistas (1).

Las pérdidas que experimentaren los liberales, aunque mayores que las de sus enemigos, no podían afectarles tanto como las 40 que tuvieron éstos en los fuertes, por la desproporción que había entre unas y otras fuerzas.

Continuó horroroso el cañoneo en los días 12 y 13, apagando la poderosa artillería sitiadora los fuegos de la sitiada, causando grandes destrozos en la ciudadela y castillo, habiendo batería como la de San Pablo, que quedó hecha una criba.

Cuando los carlistas vieron en ademán hostil á sus enemigos y avanzar á 300 pasos, salió *todo el mundo á la muralla*; tal fué la orden: la artillería silenciosa hasta entonces, empezó á lanzar metralla, se sostuvo nutrido

(1) En el incendio, por querer apagarle, sufrió graves quemaduras el vicepresidente de la diputación señor Mestre habiendo además algunas víctimas.

fuego de cañon y de fusil, é hicieron desistir á los sitiadores del ataque que intentaban.

El 14 recibieron los liberales otro convoy de Francia con seis piezas Krupp, que destinaron en seguida á las baterías, que entonces eran cinco con 34 cañones y dos morteros, enfiladas cuatro contra la ciudadela y una contra el castillo y la ciudadela de revés.

Los carlistas consiguieron desmontar una pieza de doce centímetros de la batería del Cuervo, y las demás del mismo calibre montadas y en otras baterías se desfogonaron la mayor parte.

ESPERANZAS.—DESALIENTOS.—PRIMEROS PARLAMENTARIOS

XLVI

Alentó á los sitiados la fundada esperanza de ser socorridos el 14; más duróles poco; sufrieron terrible cañoneo; prendió fuego una granada á la batería de San Armengol; consiguieron penosamente apagarle; escaseaba el agua y empezó á desmayar el ánimo de muchos. No se respetó la festividad de la Virgen; arreció el fuego hasta por la noche, y al alba del 16 renació la esperanza de socorro. Dorregaray había atacado las baterías de la sierra de Navinés, intentando sorprenderlas, suponiéndose amigos, y envolvió en el primer avance la posición que ocupaba una compañía de la reserva núm. 14, de la que quedaron prisioneros muchos soldados (1).

(1) «A las dos de la madrugada se oyó algún ruido en un barranco y bosque inmediato, y repetir algunas veces el quién vive de los centinelas; más creyendo el ofi-

Trataron los carlistas de envolver las posiciones por la derecha, pero el capitán de artillería Gonzalez Muñoz, sorprendido en el primer momento, rompió con dos piezas el fuego sobre la plaza y las otras dos las dirigió contra los carlistas, logrando contener sus adelantos; dió así la señal de alarma á todo el ejército, y tiempo á que el coronel Fuentes con las dos compañías de retén de la Seo, llegara oportunamente para salvar otra

cial de cuarto de la tercera compañía (a), que sería ganado, no hizo caso; reincidieron los centinelas en que se oía hablar; el alférez fué á participarlo al capitán; transcurrió en esto cerca de media hora; escondióse la luna; avisó el capitán de la tercera á la octava con el cabo Murillo lo que sucedía, cuyo teniente estaba ya prevenido por haber oído á los centinelas de la tercera, y al estar desempeñando el cabo su cometido, sonó una descarga, se oyeron voces de entregarse, entre algunos ayes; se vió rodeada de carlistas la octava compañía, un teniente acudió con 14 hombres á donde más cargaban aquellos y pudo contener que entraran en la trinchera, cuyos defensores al oír el fuego se levantaron espavoridos; pero las voces de su capitán don Ramon Maure y el ejemplo de los que estaban de cuarto con el teniente les animó; rompióse el fuego en toda la trinchera, rechazando tres veces á los carlistas, llegando algunos á ponerse encima de la misma trinchera; y al poco rato, y antes de amanecer, llegó el teniente Brotons diciendo que su compañía la tercera estaba prisionera, habiendo podido él escapar de entre los carlistas. Oyóse á poco el toque de alto el fuego y la seña del batallón, estratagemas de que aquellos se valieron, pero al ver la octava que estaba rodeada de enemigos, no cesó el fuego, muy cerca de las ocho de la mañana, hora en que por subir cuatro compañías de cazadores de Cataluña se retiraron los carlistas, dejando alrededor de la trinchera 18 muertos entre ellos un teniente, todos los cuales no pudieron llevarse, como lo hicieron de otros y de muchos heridos.»

Apuntes sobre lo sucedido en el sitio de la Seo de Urgel al batallón reserva número 21.

(a) Del batallón reserva núm 21, hoy reserva Figueras, núm. 61.

que tenía agotadas las municiones, (1) y cayese sobre Dorregaray con tal ímpetu, que sus fuerzas se desbandaron, dejando muchos muertos en su retirada y más de 100 heridos en San Llorens y otros pueblos.

Prueba la audacia y la confianza con que emprendieron los carlistas el ataque, el que llegaron á traspasar la sierra, corriéndose á la vertiente del Sagre. Al ver el resultado de aquel combate, trocóse la alegría de la esperanza en tristeza del desengaño, abismándose todos en sepulcral silencio.

Impaciente don Carlos por tener noticias de la Seo, se escribía con frecuencia á Savalls, y se dijo también á Dorregaray, que su retirada del Maestrazgo, que había sido deplorada, era á la sazón bendecida porque le permitía asistir al drama que se verificaba en la Seo, confiando don Carlos en lo provechosa que había de ser su presencia en el Principado. Envióse á Mr. Laborde con pliegos para Savalls, quien contestó (2) que le había causado profundo sentimiento su lectura, por culpársele de que no tuviera todo lo necesario que las exigencias de la guerra requerían: «La excelentísima diputación, señor, decía, en vez de servirme de alivio es para mí un estorbo, y tal estorbo, que antes de aquella funcionar no me faltaban municiones, ni armas, ni dinero; entró ella, me ha

(1) Viendo el capitán de la octava compañía de que nos hemos ocupado que ni recibía auxilios ni municiones, envió al soldado Benito de la Casa, que se prestó voluntariamente; atravesó la línea de guerrilla de los carlistas; dió el recado que llevaba; cogió una acémila con municiones y subió á donde estaba la compañía con grave riesgo de ser cogido.

(2) El 12 de Agosto desde Ripoll.

faltado todo, y por más que les he mandado, rogado y hasta suplicado, no he podido alcanzar más que promesas, de las cuales ni una sola me han cumplido, y esto que en Cataluña se cobra ahora tanto ó más que antes, aunque está fortificada casi toda la provincia de Tarragona.» Manifestaba que no la había disuelto por no disgustar á don Carlos, pero que envió á Morera para que le enterase de todo lo que pasaba; y cada vez que había tenido un encuentro con el enemigo, tuvo que esperarse ocho días para municionarse; que ni en tiempo de la grande persecución se debían tantos socorros como ahora; que no comprendía lo que se hacía con el dinero que se cobraba, pues según sus cálculos sobraba para los gastos, y hasta llegaba á pensar si se le desatendía expresamente, y que no podía emprender operaciones de importancia, porque después de un encuentro con el enemigo tenía que marcharse por carecer de medios de resistencia. No podía ser más desconsoladora la exposición.

Continuó el 17 el bombardeo causando grandes destrozos é incendiándose de nuevo Castellciudad, cuyo fuego apagaban los mismos proyectiles enemigos, pues las bombas derribaron las casas que ardían, si bien solía reproducirse en algún otro punto. Se hizo después más lento el fuego de los sitiadores, porque estando en el puerto de Barcelona el vapor *Express* cargando municiones para el sitio, que debía conducir á Cetta y de aquí á la Seo, se produjo una voladura que inutilizó el cargamento, causó muchas víctimas y dejó con grave escasez de municiones á las piezas de sitio. No aceptó Martínez Campos,

por hacer falta la división Arrando en la provincia de Gerona y la de Esteban en la de Lérida, el auxilio de estas fuerzas que habían acudido respectivamente al saber los ataques de Savalls y de Dorregaray, dejando Esteban las dos compañías de ingenieros muy útiles para los trabajos que habían de facilitar el ataque por la loma de Monfarré, y se ejecutaron algunas obras de sitio, cuya operación molestaban todas las noches los sitiadores con disparos de metralla.

Descubriendo el 19 los liberales un agujero en la escarpa de la luneta avanzada de la ciudadela, se creyó poderle aplicar un hornillo de mina para volarlo con dinamita y abrir brecha, mas en el reconocimiento que hizo el capitán Ortega con algunos minadores, se encontró estar á nueve metros sobre el fondo del foso, y se limitó á colocar un saco de dinamita al pie de la escarpa y darle fuego, no surtiendo la explosión grande efecto.

Terrible fué el que produjo á los carlistas una bomba que penetró por la chimenea del cuartel, lleno de gente; y aunque no ocasionó más que dos muertos y siete heridos leves, la impresión fué grande; el estado de los ánimos, las deserciones diarias de Castellciudad, y no pocas murmuraciones de los menos decididos obligaron á Lizarraga á infundir una confianza que él mismo no tenía; predicó el obispo, aquellos carlistas impresionables se entusiasmaron, y se empezaron calurosamente los trabajos de reparación. Aumentaron las deserciones en Castellciudad, de la que se apoderaron los liberales; sin ella no había agua, ni comunicación entre el castillo y la ciudadela, ni esperanza

de salvación: en aquel no había agua más que para dos días y en aquella para cuatro; esto avivó el esfuerzo de Lizarraga; alentó á todos dando el ejemplo; ordenó incendiar el pueblo para caer después sobre el enemigo; ardió á poco la población por dos partes, sosteniendo sitiados y sitiadores terrible cañoneo; para contener á los carlistas por Castellciudad, se simuló asaltar la ciudadela por la lengua de la Sierpe, y se evitó que la toma de aquel punto costase las bajas que se había presumido, no dejando de ser importantes las que hubo y de cubrirse de gloria la fuerza que se apoderó de la posición.

Con Castellciudad en poder de los liberales, estaban imposibilitados los carlistas de coger agua del Balira; y esto que empeoraba su situación, fué aprovechado por los que tenían interés en sembrar la desconfianza é introducir la discordia, empezando varios soldados á hablar de capitulación; trataron de insubordinarlos algunos amigos de Oliva; acudió Lizarraga hablándoles con energía y franqueza; apeló á su bizarria y les interesó en arrojar á los enemigos de Castellciudad. ¡A Castellciudad! exclamaron todos unánimes. Calmada ya la agitación, arreció el bombardeo produciendo nuevos incendios en aquel desgraciado pueblo convertido en montones de ruinas, y sosteniéndose valientes los liberales que apenas tenían ya donde guarecerse: al amanecer se decidió arrojarlos á bayonetazos, efectuándose una salida sin éxito, á pesar de los actos de heroísmo que ejecutaron algunos.

Los triunfos que obtenían los liberales, no hacían ceder la tenaz resistencia de la ciuda-

dela y del castillo, y se preveía un sitio largo y difícil, lo cual originó algunos telegramas, que causaron, en los que le conocieron, sensación triste: se había rechazado á los que trataban de auxiliar á los sitiados, sin que lograran rebasar la línea; pero no se podía tener la certeza de que no se repitiera el ataque de Castell con mayores fuerzas, y no sucediese uno de esos mil incidentes que destruyen en la guerra los planes mejor combinados. Empeoraba, sin embargo, la situación de los carlistas; aumentó su desaliento el capitán Requesens, que mandaba la guardia de la puerta; la insubordinó y envió á parlamentar con el enemigo á tres soldados; acudió á aquel punto Lizarraga, prendió á Requesens, relevó su compañía y sustituyó á aquel con el joven Espar. Todo era ya inútil; y cuando ya los del castillo empezaban á parlamentar, si bien no entendiéndose, rompieron de nuevo el fuego sobre Castellciudad.

Savalls, en tanto, observaba á las columnas de Arrando y Calleja y enviaba algunas fuerzas para que atacaran á los sitiadores en su extensa línea; mas no lograron romperla, ni los sitiados recibieron el menor auxilio (1). Savalls se quejaba de la falta de recursos y de que eran inútiles sus esfuerzos para distraer la atención de los que asediaban á la Seo, y tan poco enterado estaba de lo que en el sitio pasaba que el mismo 26 de Agosto

(1) El 19 de Agosto desde Besora decía aquel jefe carlista entre otras cosas á don Carlos: «Como las columnas Arrando y Calleja están por estas inmediaciones, me he quedado en observación de ellas, con el fin de impedirles todo lo posible la subida, si tratan de ir en socorro de los sitiadores de la Seo».

do de no mandarme un cartucho.—Es de notar que el general Martínez Campos tenía razón al decirme que estaba solo para operar pues á mi llamamiento cuando fui nombrado en jefe, sólo acudió Castell con sus escasas fuerzas, y tan desprovistas casi como las mías de lo más necesario. Don Francisco Savalls ni vino á entregarme el mando, ni acudió con las suyas, que eran las únicas que se encontraban en condiciones de batirse, ni conseguí verlo desde mi llegada á Cataluña, á pesar de mis gestiones para ello.»

Dorregaray, despues de recibir la carta de Lizarraga, permaneció, no obstante, á dos horas de la ciudadela hasta las cuatro de la tarde del día de su rendición, fusilando á la una del mismo un teniente coronel, primer jefe de uno de sus batallones, por una falta de ordenanza; «pues mientras las circunstancias eran más difíciles, mayores eran mis exigencias para el buen cumplimiento» (1).

Los sitiados, sin agua, pasaron veinticuatro horas de suplicio con la esperanza de socorro, no queriendo rendirse. Se convencieron al fin el 26 de que nada podían esperar; no era posible resistir más; la sed y el hambre habían producido general desfallecimiento; Escolá no volvía, y se encomendó al coronel Segarra y á Hernando ir á extender la capitulación á fin de conseguir las mayores ventajas posibles, firmándola aquel mismo día 26 (2).

(1) Carta del señor Dorregaray.

(2) «Don Joaquín Jovellar y don Arsenio Martínez de Campos, tenientes generales y generales en jefe respectivamente de los ejércitos del Centro y Cataluña, y don Antonio Lizarraga, mariscal de campo del ejército de

Protestaron en vano los carlistas contra la prisión del obispo, y antes de separarse, contaron haber 300 menos de los que empezaron el sitio, incluso los desertores, que fueron unos 130.

Dió las gracias Lizarraga á sus subordinados por su resistencia, les participó la necesidad de capitular honrosamente, y formadas las fuerzas liberales á las siete del 27, desfilaron ante ellas las capituladas, batiendo marcha, con las banderas desplegadas, las armas terciadas y las frentes erguidas. Al llegar á la puerta de la Princesa dejaron las armas en pabellones, y quedaron prisioneros

Cataluña, han pactado, en vista de la brillante defensa que ha hecho la guarnición carlista de los fuertes de la Seo denominados Ciudadela, Castillo y Torre de Solsona, que agotados todos los medios sin recibir socorro, que ha quedado sin agua por la ocupación del pueblo de Castellciudad, que ha sufrido numerosas bajas, y que tiene las obras de la ciudadela completamente destruidas y perdida la torre de Solsona, las bases siguientes para la rendición de los dos primeros fuertes:

- »1.ª La guarnición quedará prisionera de guerra, haciéndosele los honores en Castellciudad y formando pabellones entre Castellciudad y la Seo.
- »2.ª Los señores jefes y oficiales conservarán los equipajes y todos los efectos de su propiedad.
- »3.ª Serán incluidos en los camiones con arreglo á las bases que hoy existen ó existieran en lo sucesivo.
- »4.ª Las fuerzas del castillo pasarán en seguida á la ciudadela, donde permanecerán hasta mañana á las siete que se hará entrega de ésta.
- »5.ª En el castillo quedará el segundo jefe ó el que se designe, un oficial de artillería y otro de administración para hacer la entrega de los efectos.
- »6.ª Los presos por delitos comunes se entregarán con las causas.

»Y para que conste, lo firman en la Seo de Urgel el 26 de Agosto de 1875.—Joaquín Jovellar.—Arsenio Martínez de Campos.—Antonio Lizarraga.—Hay un sello.—Es copia.—El capitán secretario, Francisco Hernando.»

Labansa una carta á Lizarraga diciéndole que se encontraba desde el día anterior en aquel punto; que don Carlos le había escrito hiciera cuanto pudiese para levantar el sitio de la plaza; que no era otro su deseo, para lo que esperaba aquella noche á Castell; que no desmayasen; que si necesitaba un batallón de refuerzo, en cuanto se le pidiese se acercaría á la plaza y daría la voz ó señal que se le indicase para que pudiera entrar. Interceptada esta carta, la envió Martínez Campos á su destino con el brigadier Ortiz, autorizando á Lizarraga para que se entendiera con Dorregaray.

La llegada antes á la ciudadela de uno de los mensajeros de Dorregaray, que pudo librarse de caer en poder de los liberales, alentó á los sitiados decidiéndolos á resistir de nuevo; pero al presentarse el brigadier Ortiz con la carta de Dorregaray, y explicar algunos de sus conceptos, cesó algo el resucitado entusiasmo; se propuso Lizarraga, sin embargo, resistir, en la esperanza de inmediato socorro; concedió el liberal generosamente otras veinticuatro horas de plazo y la autorización de que uno de sus oficiales fuese á hablar con Dorregaray, y llegó hasta dar caballos para el más pronto desempeño del cometido.

Lizarraga en una extensa carta describía á Dorregaray el estado ruinoso é insostenible del fuerte; decíale que había llegado tarde, y que careciendo de todo se había visto precisado á entrar en negociaciones con el general sitiador para rendirle la plaza á las ocho de la mañana siguiente, y añadía: «que le encargaba dicho general por con-

ducto del señor brigadier Ortiz le dijera: *que nada intentara, que nada conseguiría, que estaba solo para operar y que sería una lástima fuese á desgraciarse en aquel punto.*

Dorregaray, que había ya previsto antes lo que sucedía, y comprendido lo supremo de la situación, había tratado, á pesar del lastimoso estado de sus fuerzas, de ser una ayuda para aquellos entre quienes debía vivir; que desde la Conca de Tremp había enviado á su ayudante de campo don Antonio Cosso para que hiciera saber á las autoridades catalanas sus temores, sus deseos y sus necesidades; cuyo ayudante habló en su representación con Lizarraga, con el obispo y con los individuos de la junta que se hallaban en aquel punto, y todos le declararon que no tenían medios para ir en su auxilio y que solo Savalls, que disponía de todo, podía remediar sus necesidades y ponerlos en estado de entrar en combate; no satisfecho aún Dorregaray con tal promesa, y el que le mandaran desde luego algún calzado y municiones, fué su ayudante en busca de Savalls, cuando se entretenía en Alp en sitiar á Puigcerdá; expúsole Cosso su encargo; hizo Savalls muchas promesas y dictó en el acto órdenes, que no se cumplieron; y con instrucciones que se referían al servicio le mandó regresar á la Seo; fué hecho prisionero en el camino y cesaron sus gestiones. «Efecto sin duda del sitio de la Seo, nos escribe el señor Dorregaray, que empezó en aquellos días; la plaza no me mandó los auxilios prometidos; en cuanto al señor Savalls, mantuvo siempre sus órdenes de no moverme del círculo que me había trazado, teniendo el especial cuida-

do de no mandarme un cartucho.—Es de notar que el general Martínez Campos tenía razón al decirme que estaba solo para operar pues á mi llamamiento cuando fui nombrado en jefe, sólo acudió Castell con sus escasas fuerzas, y tan desprovistas casi como las mías de lo más necesario. Don Francisco Savalls ni vino á entregarme el mando, ni acudió con las suyas, que eran las únicas que se encontraban en condiciones de batirse, ni conseguí verlo desde mi llegada á Cataluña, á pesar de mis gestiones para ello.»

Dorregaray, despues de recibir la carta de Lizarraga, permaneció, no obstante, á dos horas de la ciudadela hasta las cuatro de la tarde del día de su rendición, fusilando á la una del mismo un teniente coronel, primer jefe de uno de sus batallones, por una falta de ordenanza; «pues mientras las circunstancias eran más difíciles, mayores eran mis exigencias para el buen cumplimiento» (1).

Los sitiados, sin agua, pasaron veinticuatro horas de suplicio con la esperanza de socorro, no queriendo rendirse. Se convencieron al fin el 26 de que nada podían esperar; no era posible resistir más; la sed y el hambre habían producido general desfallecimiento; Escolá no volvía, y se encomendó al coronel Segarra y á Hernando ir á extender la capitulación á fin de conseguir las mayores ventajas posibles, firmándola aquel mismo día 26 (2).

(1) Carta del señor Dorregaray.

(2) «Don Joaquín Jovellar y don Arsenio Martínez de Campos, tenientes generales y generales en jefe respectivamente de los ejércitos del Centro y Cataluña, y don Antonio Lizarraga, mariscal de campo del ejército de

Protestaron en vano los carlistas contra la prisión del obispo, y antes de separarse, contaron haber 300 menos de los que empezaron el sitio, incluso los desertores, que fueron unos 130.

Dió las gracias Lizarraga á sus subordinados por su resistencia, les participó la necesidad de capitular honrosamente, y formadas las fuerzas liberales á las siete del 27, desfilaron ante ellas las capituladas, batiendo marcha, con las banderas desplegadas, las armas terciadas y las frentes erguidas. Al llegar á la puerta de la Princesa dejaron las armas en pabellones, y quedaron prisioneros

Cataluña, han pactado, en vista de la brillante defensa que ha hecho la guarnición carlista de los fuertes de la Seo denominados Ciudadela, Castillo y Torre de Solsona, que agotados todos los medios sin recibir socorro, que ha quedado sin agua por la ocupación del pueblo de Castellciudad, que ha sufrido numerosas bajas, y que tiene las obras de la ciudadela completamente destruidas y perdida la torre de Solsona, las bases siguientes para la rendición de los dos primeros fuertes:

- »1.ª La guarnición quedará prisionera de guerra, haciéndosele los honores en Castellciudad y formando pabellones entre Castellciudad y la Seo.
- »2.ª Los señores jefes y oficiales conservarán los equipajes y todos los efectos de su propiedad.
- »3.ª Serán incluidos en los cambios con arreglo á las bases que hoy existen ó existieran en lo sucesivo.
- »4.ª Las fuerzas del casti lo pasarán en seguida á la ciudadela, donde permanecerán hasta mañana á las siete que se hará entrega de ésta.
- »5.ª En el casti lo quedará el segundo jefe ó el que se designe, un oficial de artillería y otro de administración para hacer la entrega de los efectos.
- »6.ª Los presos por delitos comunes se entregarán con las causas.

»Y para que conste, lo firman en la Seo de Urgel el 26 de Agosto de 1875.—Joaquín Jovellar.—Arsenio Martínez de Campos.—Antonio Lizarraga.—Hay un sello.—Es copia.—El capitán secretario, Francisco Hernando.»

aquellos carlistas, que se defendieron bizarramente, y eran el obispo, Lizarraga, 148 jefes y oficiales, 877 individuos de tropa y 108 heridos (1).

Los cañones liberales saludaron el pabellon nacional que se izó en los fuertes á nombre de don Alfonso XII.

Cuatro días despues, el 30, en Puigcerdá, felicitó Martinez Campos al ejército y le transmitió las felicitaciones del rey y del gobierno, por su comportamiento en el sitio de la Seo.

El general Martinez Campos tuvo que prescindir de un ataque verdaderamente regular y apartarse en algunas operaciones de las reglas de la buena poliorcética, como se ha dicho; pero no solo hallamos disculpable esta contravención, sino conveniente. El jefe liberal llegó á verse en grande apuro; gastadas casi todas las municiones, sin medio de reponerlas, rodeado de numerosas fuerzas carlistas que amenazaban cuando menos cortar las comunicaciones, eran necesarias medidas supremas inspiradas en el peligro de la situación, de más imperiosa necesidad que las reglas de los libros, cuya práctica es la vulgar, seguramente. Y ayudóle mucho la fortuna, pues providencial pareció la presentación de los primeros mensajeros de paz.

Si apurada llegó á ser la situación de los liberales, fuélo mayor la de los sitiados: era imposible resistir más: solo Savalls podía in-

(1) Se dirigieron á los sitiados 3.808 granadas de 12 centímetros, 314 bombas de 27, 3.215 granadas Plascencia, 3.033 idem Krupp y 13 botes de metralla; total 10.333 disparos, dirigidos en su mayor parte á la ciudadela.

tantar salvarles; así le escribió don Carlos estas notables líneas: «Me prometiste salvar á la Seo y concluir con Martínez Campos si la plaza resistía quince días. Lizarraga resiste como bueno, Castell ha hecho algo: ¿serás tú el único que no contribuya á la salvación de esa fortaleza? Espera en los hechos tu respuesta, tu rey Carlos.» Ya había sucumbido la Seo cuando se escribió esta carta.

Lizarraga hizo cuanto pudo; pero él mismo acusa á sus subordinados de faltar á sus deberes, porque «huían, desertaban á docenas, y por su cuenta trataban con el enemigo. He usado la benevolencia y el rigor para contenerlos, pero el insubordinado génio de los catalanes por una parte y el no secundarme más que muy pocos jefes y oficiales por otra, han inutilizado mis esfuerzos. Aun así, no me he rendido, aunque la insubordinación llegó hasta el punto de poner en peligro mi vida y la del señor obispo, sino cuando ya el castillo estaba mal de municiones y carecía completamente de agua» (1).

Se han hecho embozadas inculpaciones á Dorregaray, desconociendo sin duda lo que anteriormente hemos manifestado, y hasta se le ha supuesto en correspondencia con el enemigo, fundándose en una carta que le escribió el general Martinez Campos desde la Seo el 26 de Agosto á las once de la noche, en la que le participaba la actitud de los sitiados, que la ciudadela no era más que un mantón de ruinas, que el estado de insurrección é impaciencia de la mayoría de los car-

(1) Comunicación de Lizarraga á don Carlos, que publicamos íntegra en el documento número 18.

listas les inducía á querer tratar con él y con el general Jovellar la rendición que había pactado, no dudando conceder los honores de guerra á tan heroica defensa, y que daría conocimiento de su carta. Niega el señor Dorregaray terminantemente, y así nos lo escribe, el que haya estado en correspondencia con el general Martínez Campos, ni mandara que en su nombre se le escribiera; niega también haber recibido la anterior carta, y aunque aquel jefe liberal nos ha asegurado haberle escrito, nos dice asimismo que no tuvo tratos de ninguna especie con Dorregaray. Es, pues, evidente que no puede formularse acusación alguna contra este jefe carlista, cuyo proceder hemos consignado con la exactitud que arrojan incontestables documentos.

A quien la opinión pública acusa y los hechos no defienden es á Savalls, al que sus mismos correligionarios condenan, y en cartas que poseemos nos hablan de traición y venta. Hemos procurado comprobar tan graves acusaciones, y su misma gravedad son el mayor obstáculo por vivir los que se supone intervinieron en este asunto. Así nos dice persona competente: «no puedo complacer á usted en lo que forma el objeto de su petición, y aun cuando pudiese suministrar con precisión y exactitud abundancia de datos encaminados al interesante fin que usted se propone, tendría que abstenerme absolutamente en honor á la persona y en observancia de los deberes que me imponen las buenas relaciones en que estoy con algunos»...

SORPRESA EN AGRAMUNT

REEMPLAZA CASTELL Á SAVALLS—DISOLUCIÓN DE LOS CARLISTAS DE CATALUÑA

XLVIII

Savalls culpó á la diputación catalana de «no haber podido hacer operación alguna cerca de los enemigos sitiadores, tanto por falta de recursos como por la de municiones» (1); procuró aquella corporación remediar tales faltas en lo sucesivo, y lo ofreció así, autorizándole en tanto para que cobrara militarmente las contribuciones, aunque con el carácter de interinidad. Pero era evidente que ni la diputación ni la intendencia, ni la administración militar, estaban á la altura de su cometido, ni de las circunstancias; harto críticas áun para mayores capacidades.

Destituído y sumariado Savalls, encomendóse á don Juan Castell el mando, «quedando encargado, como nos escribe él mismo, de dar sepultura á un cadáver, pues no era otra cosa el ejército carlista de Cataluña en aquel entonces».

Antes deseó atacar á Jovellar esperándole en las terribles posiciones de Oliana, mas no acudiendo el jefe liberal, que había llegado

(1) Exposición dirigida á don Carlos, fechada en Ripoll el 17 de Setiembre de 1875, la cual terminaba con este párrafo:

«Tengo el sentimiento de poner en conocimiento de V. M. que algunos de los jefes y oficiales que fueron hechos prisioneros en los mencionados fuertes (los de la Seo) han tomado el indulto, habiéndose otros, aunque pocos, pasado con los cabreristas».

Mostróse, en efecto, grande empeño en segregar gente de las filas carlistas, y para ello publicó en Gerona don José Estartús una alocución sobrado expresiva.

hasta Coll de Nargó, y sabiendo el carlista que estaba en Agramunt la mitad de la brigada Moreno del Villar al mando del coronel del regimiento de Alfonso XII don Francisco Enrile, compuesta de unas siete compañías de infantería, de un escuadrón de Alfonso XII y otro de húsares de la Princesa, marchó á sorprenderla y lo consiguió al amanecer del 31 de Agosto, aunque no tan completamente que no diera tiempo para que se opusiera alguna resistencia: vencida por los carlistas, apoderáronse éstos de 114 prisioneros, después de resultar algunos muertos y heridos en la refriega que se trabó en algunas calles y casas.

Siguió operando Castell sin encontrarse con Savalls hasta que se vieron el 29 de Setiembre en el camino de la Bola al Esquirol, y «como teníamos cerca dos columnas enemigas, habiendo ya recibido la noticia de que una de ellas había ya hecho movimiento hacia la parte donde nos hallábamos, resigné el mando en dicho señor» (1). Expuso que el estado de su salud le impedía dar cumplimiento á lo demás que le ordenaba don Carlos; pedía licencia para el extranjero, y enviaba á su ayudante secretario á dar las explicaciones convenientes (2). No podía ni

(1) Comunicación de Savalls á don Carlos.

Antes de la entrevista se entendieron ambos jefes por medio de sus ayudantes como si mutuamente se temieran. Savalls agradeció le quitaran tan terrible peso de encima, y al hacer entrega de los papeles no reservó ni aun los que podían favorecerle.

(2) Con una pequeña escolta, su capellán, su secretario y su hijo, se dirigió Savalls á Campredon; en vano pidió recursos para ir á Francia y Navarra á los individuos de la diputación señores Solá y Dr. Vendrell, pues

debía negarse Savalls á acudir donde le llamaba don Carlos, cuando se hacía en términos tan atendibles y apremiantes (1).

No estaba don Carlos satisfecho de Savalls, creyendo que podía haber hecho más de lo que hizo; aunque no podía desconfiar de aquel carlista, que al reunir á todos los jefes y oficiales de sus fuerzas en cuanto supo la rendición de la Seo, les juró ser el último que abandonara el campo, y les dijo que el que no estuviere dispuesto á soportar las fatigas que iban á empezar de nuevo á sufrir y sacrificarse hasta morir antes que ceder, podía retirarse, publicando el 29 de Agosto una orden general, en la que enalteciendo á los defensores de la Seo, y culpando por su pérdida á la protección de Francia, les animaba á pelear con más valor en los combates que

sólo poseía 10 ó 12 duros y tenía que socorrer á la escolta; tuvo que vender dos mulos de su brigada; hizo con su producto los pagos necesarios y pasó la frontera el 4 de Octubre.

(1) Decía así la carta: «Querido Savalls: Después de la rendición del casti'lo y ciudadela de Urgel necesito dictar disposiciones urgentes y bien meditadas á la vez.

«Difícil es conciliar ambos extremos, porque la urgencia apenas da tiempo á la meditación. Por eso he pensado llavarte y oírte; porque nadie como tú debe conocer la situación de Cataluña. Quiero, pues, que vengas, y que vengas inmediatamente. Sal de ahí tan pronto como esta orden mía recibas, y no te detengas en el camino. Ven pronto sin pérdida de un solo instante.

«Que no te detengan tampoco las operaciones militares, por importantes que sean. Más que todo importa que vengas á verme sin demora.

«Resigna el mando en el general Castell, y ven en seguida.

Te aguarda con verdadera impaciencia tu afectísimo

Carlos.

«Real de Marquina 3 de Setiembre de 1875».

habría de haber en breve. Retiró su gente, no para dejar el paso libre á los prisioneros de la Seo, como se ha dicho, sino porque no podía atacar al ejército fuerte y alentado por la victoria; subió á Ripoll á pedir recursos y municiones á la diputación, y fraccionar sus tropas en partidas y empezar la guerra de guerrillas; pero estaba la diputación amilanada sin atreverse á tomar resolución alguna, y Savalls fué á Vidrá á celebrar exéquias en conmemoración de su padre fallecido en la guerra de los siete años. No pudo volver á Ripoll por haberla guarnecido los liberales; bajó á San Pedro de Torelló, y al saber que había salido de Vich una pequeña columna hácia Ripoll, dispuso atacarla para obligar al liberal á tirotearle y recoger luego las vainas para hacer cartuchos, de que carecía. Duró el fuego unas cinco horas; perdieron los carlistas entre muertos y heridos unos 40 hombres, y recogieron 39.000 vainas, que rellenas en seguida fueron los únicos cartuchos que tuvieron.

El ejército liberal de Cataluña constaba entonces, incluso las fuerzas que pasaron del Centro, de 59 batallones de línea, 3.000 caballos, 68 piezas de artillería, tres batallones irregulares de francos, 12 tercios de ronda volantes, un batallón de ingenieros y un regimiento de artillería de á pie, arrojando un total de 53.000 hombres. Distribuyó Martínez Campos convenientemente estas fuerzas, á fin de chocar constantemente con el enemigo y quebrantar más su moral; se empeñaron varias acciones, mereciendo citarse las de la Nau, Montesquiu y la Sella; menudeaban las presentaciones á indulto, habien-

do ascendido en el mes de Agosto á 1.413, y á 1.478 en Setiembre; las rondas y las guarniciones de los puntos fortificados hacían salidas á cuatro y cinco leguas de distancia; cobraban contribuciones y cogían prisioneros, dominando al fin el país; se ocuparon puntos tan importantes como Ripoll, Solsona, Tremp y Calaf, el desfiladero de Casa Massana y la villa de Martorell; se fortificó á Besalú, Bañolas, Amer y otras poblaciones y puntos no menos estratégicos; se armó á los liberales del Ampurdam y de la marina ó costa; se efectuaron registros que dieron por resultado encontrar fábricas de cartuchos y cañones escondidos, y pudo Martínez Campos presentarse de improviso con asombro de sus habitantes en poblaciones como Ripoll, con solo su escolta y E. M., y procedente de Prats de Llusanés y de San Quirce de Besora, territorios completamente dominados antes por los carlistas.

Era inevitable la disolución del ejército carlista: empezó en el del Centro que había en Cataluña y se comunicó al de aquel país. Ya vimos la marcha de Dorregaray: Adelantado se fué á Francia, Alvarez que estaba herido en Camprodon, tuvo que emigrar cuando Martínez Campos anuló la neutralidad de aquel punto; y Rivera Vizcarro y el coronel Francisco, vivamente perseguidos no pudieron pasar al Alto Aragón, y entraron batidos en Francia, prefiriendo millares de carlistas emigrar á acogerse al generoso indulto que se les otorgaba. Boét, ostentando excelentes cualidades militares, conservó más tiempo los batallones aragoneses, que acosados tuvieron también que penetrar en la ve-

cina república, después de efectuar hábiles movimientos y sostener varios combates.

Todo esto hacía más crítica la situación de Castell, que había hecho frente á Chacon en el puente de Miralles cerca de Berga; pero abrumado por 10, 12 y hasta 16 columnas; tuvo que dividir sus fuerzas, esquivar los encuentros, y uniéndolas oportunamente caer sobre sus enemigos, como lo hizo el 20 de Octubre en Espinalvet, cayendo sobre el batallón de América y destrozándole. Poco después efectuó una sorpresa en la Pobra de Lilet, obligando á rendirse á unos 125 hombres (1) de la reserva de Barcelona, que se habían reconcentrado en la iglesia y casa de las monjas, asfixiados por el humo del petróleo y estopas con que incendiaron la puerta, después de muerto el capitán y heridos dos oficiales.

Tales triunfos no podían evitar la descomposición del ejército carlista en Cataluña; presentábanse á indulto muchos jefes, emigraban otros á Francia; expuso la diputación á don Carlos la triste situación que allí se atravesaba, y la hizo más triste y crítica el somaten general que dispuso Martínez Campos, en el que tomaron parte todos los pueblos (2), siendo inútiles los esfuerzos de Castell para impedir sus efectos, aun amenazando con fusilar al que le dispusiera en cada pueblo, y que por cada carlista que se matase pasaría

(1) Que se le fueron escapando, pues hubo día que tuvo fuego tres veces con fuerzas liberales distintas.

(2) Antes, el 2 de Noviembre, dirigió desde Barcelona una alocución á los carlistas, invitándoles, en nombre de la paz, á que se presentaran á indulto, dándoles de término hasta el 18.

por las armas á dos vecinos liberales: tuvo que penetrar en Francia con Moore y algún otro. Así pudo anunciar el jefe liberal la conclusión de la guerra civil en Cataluña, para lo que le auxiliaron casi todas las poblaciones; diciendo en su alocución del 19 de Noviembre, que se había llegado á la paz «haciendo una guerra de nación civilizada, como prometí en mi alocución de 5 de Enero. Reportemos las ventajas que nos promete el porvenir, siendo cuerdos, y olvidando que hemos estado divididos; y de este modo, la esforzada Cataluña dedicando toda su actividad, todos sus esfuerzos á la unión, á la industria y á la agricultura, volverá á ocupar el puesto á que tiene derecho; volverá á ser uno de los primeros pueblos del mundo.» En este mismo día 19 puso personalmente Martínez Campos en libertad á los prisioneros que había en Barcelona, pidiéndoles únicamente gritaran ¡Viva la paz!

SE ENCOMIENDA Á TRISTANY RENOVAR LA GUERRA EN CATALUÑA, Y Á MARCO, SEGARRA Y BOËT EN EL CENTRO .

XLIX

Con más ilusiones que verdadero conocimiento de los hechos no se consideró perdida la causa carlista en Cataluña, y se confirieron plenos poderes á don Rafael Tristany, que corrió á cumplir el delicado encargo que se le encomendaba. Hallóse sorprendido al llegar á Tolosa (Francia), con que don Martín Mirethabía solicitado una conferencia con el gobernador militar de Puigcerdá, y entablado negociaciones con el general Martínez

Campos, si bien estas negociaciones redundaban en favor de desgraciados carlistas. Pedían se concediese el regreso á los emigrados, á lo cual se accedió. En cuanto supo Miret que se desconfiaba de él escribió á Martínez Campos rompiendo con él toda relación, y así lo expuso á don Carlos al que protestó de su lealtad y consecuencia, y quejóse de la desconfianza que mostraba Tristany (1).

(1) Posteriormente, el 15 de Febrero de 1876, estando en Tolosa (Francia), no pudiendo dirigirse Miret á don Carlos, lo hizo á doña Margarita, repitiendo su adhesión y respeto, y añadiendo: «No ignora V. M. la calumnia que respecto á mi conducta y persona se ha inventado; pero de cuanto de mí se ha dicho, tengo la más grande satisfacción de poder responder á V. M. que es una mera invención: que soy hoy lo que ayer; que soy fiel á vuestra persona hoy más que ayer, porque conozco mejor el liberalismo y sus errores.

»De mi ida á Puigcerdá, de la venida del señor cónsul español á mi casa, y de mi tolerada residencia en Toulouse, se ha querido deducir que soy traidor á la causa que está personificada en VV. RR. MM.; pero quiero sepa V. M. que no soy ni puedo ser traidor; que soy y seré siempre carlista, por más que ciertas y determinadas personas se hayan empeñado en propalar lo contrario.»—«V. M. debe saber ya cuál fué el objeto de la venida del señor cónsul á mi casa, si el señor de la Canal fué fiel portador de cuanto le encargué para con V. M. y por la misma explicación de la Canal..... (Sigue una palabra inteligible) mi tolerada permanencia en Toulouse.—Réstame sólo decir á V. M. que puedo siempre responder á cuantas acusaciones formales se me hagan, repitiéndome con este motivo vuestro más fiel subordinado que V. R. P. besa á S. M.—Martín Miret.»—Es copia del original.

Y en efecto, al despedirse de doña Margarita el 21 de Abril de 1876 por haber obtenido un amigo suyo un salvo-conducto del capitán general de Cataluña, añadía: «Al participarle hoy mi partida, quiero sepa V. M. que saldré de ésta con la misma convicción que el día que empuñé las armas para defender vuestros legítimos derechos: que seré allí lo que hasta hoy, y dispuesto siem-

Rehuyó Tristany tratar con Miret; envió comisionados para procurar un nuevo levantamiento; nombró comandante general de Barcelona á Vila de Viladrau para aprovechar su influencia, é imprimió en Bayona una proclama fechada en Castelfollit llamando á las armas á los catalanes (1).

pre á servir á V. M., porque sé que vuestra causa es la causa de la justicia, la causa de la patria y de Dios, en cuyo auxilio espero, y estoy persuadido tendré la gran dicha de besar vuestra Real mano en el trono de San Fernando.»

(1) ¡CATALANES!

»Otra vez estoy en medio de vosotros. S. M. el Rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha dignado nombrarme capitán general de este principado, y aquí me teneis dispuesto á todo, hasta el sacrificio en aras de la felicidad de la patria.

»¡Catalanes! Mis antiguos compañeros de combate, ¡arriba!

»Resuene por valles y montañas el terrible ¡desperta-ferrol que ha sido en todos tiempos el grito de guerra de los esforzados hijos de Cataluña.

»Al grito de ¡desperta-ferrol los antiguos almogávares cuya sangre llevais, pasearon triunfantes nuestros pendones por el Oriente. Al grito de ¡desperta-ferrol nuestros padres destrozaron en las montañas del Bruch el ejército de Napoleón I.

»¡Desperta-ferrol pues, valientes catalanes, y á vencer ó morir por Dios, por la Patria y el Rey.

»Que la historia no diga nunca, con razón, que los catalanes apetecieron el sosiego cuando España necesitaba su sangre y sus recursos.

»¿Sereis menos valientes, menos resueltos que nuestros hermanos del Norte?

»Yo que os he visto en cien combates, sé que á nadie cedéis en valor, abnegación y sufrimiento.

»¡A la lucha, pues, mis antiguos y valerosos voluntarios! El Rey espera mucho de vosotros. Al lado de S. M., donde he desempeñado un honroso puesto, he visto el ejército vasco navarro, grande por su valor, admirable por su organización, sublime por su heroísmo.

»Ese ejército podrá resistir y vencer él sólo á la re-

Pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, encontrando el Principado en una situación que no era lo que esperaba; faltaban armas, y escribía: «Las fuerzas del Centro y las últimas de Cataluña han cometido tantos excesos en el país que le han dejado esquilmo y exhausto al mismo tiempo que se ha visto obligado á pagar al enemigo las contribuciones atrasadas». De aquí la necesidad de recursos (1) que pidió inútilmente á comités legitimistas y á otras personas, y como si esto no fuera importante obstáculo, prescindió de él, y para aprovechar lo mal que recibían los pueblos el llamamiento de los ó tres quintas, y obedeciendo la orden de lanzarse á la lacha con mucha ó poca gente, con recursos ó sin ellos, porque era necesario llamar la atención del ejército liberal en Cataluña (2), dispuso comenzar de nuevo la

volución. Pero, ¿habeis de dejarle toda la gloria? ¡No. y mil veces no! Nosotros debemos formar la vanguardia en la marcha sobre Madrid; nosotros y nuestros hermanos del Centro debemos disputar la gloria del triunfo al ejército del Norte, y á eso vengo.

»Yo he visto al Rey ébrio de entusiasmo en medio de los combates; entonces volviendo á mí sus ojos, me preguntaba: «¿Son así tus catalanes?» Yo le contestaba que sí: vosotros debeis demostrarle que no le engañaba.

»¡A las armas, pues, catalanes! A las armas, y que no caigan de vuestras manos hasta ver al Rey en el trono de sus antepasados.

»Así lo espera vuestro capitán general y paisano

Rafael Tristany.

»Cuartel general de Castellfolit de Boix, 16 de Noviembre de 1875».

(1) El comité de Bayona le dió 2.000 francos y 1.000 el señor Argüelles.

(2) Durango 12 de Diciembre de 1875.

»Mi querido Tristany: Desde que me has dejado, siempre te sigo con el pensamiento, porque me hago

guerra; expidió circulares y órdenes apremiantes para el levantamiento de partidas, esperando se reunieran algunas para pasar la frontera y ponerse al frente de ellas; pero ni sus esfuerzos, ni los de don Alejandro Ar-

cargo de tu situación, de las dificultades con que tienes que tropezar y de la necesidad de que te lances pronto al campo con mucha ó poca gente, con recursos ó sin ellos

»Recordarás que cuando Cataluña estaba sola y todos aquí se oponían al alzamiento nacional yo prometí hacerlo, y lo hice sin un cuarto, sin un fusil.

»Es preciso que tú hagas lo mismo.

»Con dinero cualquiera hace hoy el movimiento en Cataluña

»Para hacerlo sin este elemento te he escogido á tí que tienes corazón y prestigio para ello.

»El espíritu del país sé que es bueno. Unicamente se quejan de los despilfarros y robos pasados. Tú, inspirando confianza é imprimiendo desde el primer día un carácter de moralidad y disciplina al nuevo alzamiento puedes hacer desaparecer esos temores inspirando á todos confianza.

»También es preciso que hagas una política de atracción, que desaparezcan las banderías en el Principado y lo mismo utilices los servicios de los que se llaman tus amigos que los que no lo son, cuando conozcas que pueden ser útiles á la gran causa que servimos.

»El espíritu verdaderamente militar espero que se hará sentir desde el primer día, pues tus paisanos deben haber comprendido que la falta de organización y disciplina ha sido una de las causas principales de todos sus desastres.

»Cuando me separé de tí en esta villa te hubiera dado un estrecho abrazo, pues te veía marchar sereno y tranquilo hácia el peligro y los disgustos cuando todo parecía concluído en Cataluña, sólo porque yo te mandaba y el honor de tu nombre lo exigía.

»Hay momentos en la vida en que se deben calcular los medios y las fuerzas, las ventajas y las contras; pero hay otros en que sólo se deben escuchar los latidos del corazón que nos marca la senda del honor.

»Cuando yo emprendí esta lucha lo calculé todo: tenía armas; algún dinero, grandes compromisos en el ejército, y en Oroquieta fui derrotado y tuve que repa-

güelles consiguieron resultado alguno: no era posible renovar la guerra. Nada más elocuente que las sentidas comunicaciones que Tristany dirigió á don Carlos pintándole la desesperada situación de la causa carlista en Cataluña, cansados y esquilados los pueblos; que para levantar algunas partidas se necesitaban recursos para sostenerlas dos meses: nombráronse sin embargo los jefes; se

sar llorando el Pirineo. En Francia supe que los catalanes se sostenían, aunque andaban muy apurados, y juré ayudarlos.

»Había llegado el segundo caso: cerré los ojos y á palo limpio hice el movimiento sin recursos, sin medios, sin nada, pues hasta la esperanza parecía muerta en más de un noble pecho.

»¡Demencia, locura, crimen, gritaron todos! Pero el tiempo me dió la razón: había obrado bien, y Dios me recompensó.

»Tú has visto aquí los resultados de aquello que llama el vulgo *sublime locura* y yo llamo *voluntad de hierro, cumplimiento de un gran deber*.

»Esto vas á hacer tú ahora, y porque se lo que es, te escribo estas líneas pidiendo á Dios que te sirvan de algún consuelo y puedas transmitir con el ejemplo á todos los buenos catalanes estos sentimientos que á mí me han hecho siempre gozar más de lo que la generalidad de las gentes creerían.

»He visto en los periódicos tu proclama: está muy bien: todos aquí la han encontrado admirable. Pero eso no basta; hay que hacer muchísimo más: tienes que formar inmediatamente la base del nuevo ejército catalán, que nos dará la victoria.

»Aquí seguimos serenos y tranquilos esperando la avalancha revolucionaria y confiando mucho en vosotros.

»No defraudeis nuestras esperanzas; á la lucha pronto; á la lucha con medios ó sin ellos, con esperanzas, aunque las almas vulgares estén abatidas. Dios premiará nuestra fé. El mundo os aplaudirá, y Cataluña no dejará de ser lo que siempre ha sido.

»Así lo espera tu afectísimo

Carlos».

TOMO III

les ordenó empezar el levantamiento, todo fué inútil; no contribuyendo poco á este marasmo el recuerdo de excesos y errores pasados, como lo expresaban claramente Tristany y otros muchos, y especialmente el señor Vidal Llobatera, diciendo que antes la mayor parte de los jefes carlistas más habían hecho la guerra al país que al enemigo. Fulmináronse acusaciones; expúsose la incapacidad de los jefes y sus rivalidades; la insubordinación de los voluntarios, la mala administración militar, la nulidad de las diputaciones y la falta de un sistema que aprovechara los grandes elementos que reunió el carlismo en Cataluña, muy superiores á los de la guerra civil de los siete años. Pero ahora, como entonces, adolecieron los catalanes de ese espíritu de independiente insubordinación que esterilizaba su gran valor, sus excelentes cualidades militares, su entusiasmo, sus sacrificios y hasta la propia sangre que derramaban, y de la que tan pródigos se mostraban.

A la vez que Tristany procuraba renovar la guerra civil en Cataluña, habían de hacer lo mismo en el Centro Marco, Segarra, Boét, Cucala, y otros (1). Pero también allí hacía falta dinero; se estrechó á don José Estrada para que entregase algunos fondos, que se suponían en su poder, correspondientes á la junta de Aragon; se apeló á otras personas y

(1) En 14 de Noviembre se autorizó también á don Victoriano Aguado beneficiado de la catedral de Toledo y catedrático del Seminario de Vergara para nombrar juntas y reunir recursos á fin de renovar la guerra en las provincias de Toledo y Ciudad-Real.

á diferentes medios; iba Boét organizando en Estella á los que se presentaban del Centro; trabajaba Marco, mas carecía de instrucciones concretas, y el general Salamanca, empleando toda su actividad en el distrito del Maestrazgo y orillas del Ebro que se le tenía confiado, recogió armamentos y destruía no mal organizados trabajos. Marco pedía jefes y escribía con su natural franqueza: «fué un error del partido enviar aquí á Lizarraga, Dorregaray y Adelantado: Cucala, Santés, Segarra, Boét y Gamundi, han hecho y harán siempre mucho más y recuerde V. los golpes atrevidos de estos y sus hechos no repetidos por los otros.» Marco no necesitaba estímulos de nadie; pero conocía bien su país y los elementos con que podía contar, aun cuando los hubieran esterilizado muchos.

Segarra, que desde la confianza que recibió en Cáliz, de que sería pasado por las armas por suponérsele que trataba de sublevar á su brigada, por lo que bien aconsejado marchó al Norte, (como el mismo Lizarraga le avisó confidencialmente) acompañado de su leal ayudante señor vizconde de la Torre, tuvo que escribir á don Carlos en vez de referirle verbalmente lo que le sucedía, por haberle detenido la policía francesa internándole en Perigueau; repúsole aquel señor en el mando de sus fuerzas convencido de su inocencia, y al ver Segarra disueltos los ejércitos carlistas del Centro y Cataluña, ofrecióse á marchar á aquel país á levantar su abatido espíritu. Confiósele don Carlos tan delicado cometido en 22 de Diciembre de 1875; salió inmediatamente de París con su hermano don Bautista Segarra; efectuó alistamien-

tos en Barcelona, y ya en 1876, y previa una entusiasta proclama llamando á sus correligionarios á las armas, inició el levantamiento reuniendo su partida en los puertos de Beceite (1), donde se le fueron agregando voluntarios. Aunque eran pocos, no se arredró Segarra; emprendió valiente sus movimientos, vivamente perseguido y careciendo de todo; confiaba en las fuerzas que debían bajar del Norte al mando de Boét; pero al saber al día siguiente la disolución de aquel ejército, que le comunicó Boét (2), puso en salvo su partida, única que se formó, y por Tortosa y Barcelona, de incógnito, se refugió en Francia, justamente felicitado por don Carlos y por cuantos le conocían, aun-

(1) En el mismo día prendieron en Tortosa á dos hermanos suyos y los enviaron á Fernando Pío: fueron delatados por Conte Arias, que había sido capitán carlista, y solicitaba en recompensa el reconocimiento de su empleo y el estanco de Traiguera, su pueblo. Pero la delación no era contra éstos, uno de ellos sordo-mudo, sino contra el mismo don Tomás Segarra, que se salvó por adelantar su marcha unos días.

(2) En vista de los acontecimientos que han sobrevenido, habiéndose terminado la campaña en las provincias, S. M. el Rey nuestro señor (Q. D. G.) no quiere que prosiga V. S. en un sacrificio más, que hoy sería estéril y que será muy necesario en el porvenir. En su vista procure retirarse V. S. y eludir todo compromiso á las personas que tiene comprometidas, cuyos servicios y lealtad, así como la abnegación y resolución de V. S. al lanzarse en estas circunstancias á un país completamente ocupado por el enemigo, han merecido el beneplácito de S. M. el Rey nuestro señor (Q. D. G.)

Lo que de Real orden lo comunico á V. S. para su satisfacción y cumplimiento, y á fin de que lo haga observar á cuantos individuos se encuentren bajo su mando.

Dics, etc.—Bayona 1.º de Marzo de 1876.—El comandante general de las fuerzas del Centro.—Carlos G. Boét —Señor brigadier don Tomás Segarra y Bergés.

que no todos comprendieran el sacrificio que acababa de hacer y los grandes peligros que había arrojado (1).

Así terminaron hasta los últimos intentos para renovar la fenecida guerra civil, sin

(1) Hallábase Segarra con su fuerza en la Cueva del Vidre (término del Masdebarberan) de regreso de su expedición al Bajo Aragon, rodeado de tres columnas enemigas que le impedían todo movimiento, y mandó un oficio al alcalde de Albojar para que tuviera preparadas para el siguiente día doscientas raciones de pan y vino; cuyo oficio cayó en poder del enemigo, mediante á una estratagema de Segarra para distraer la vigilancia de aquél, y como medio el más seguro de abrirse paso entre el círculo de hierro que le rodeaba.

Reunidas las columnas liberales al día siguiente en las inmediaciones de Albojar, donde creían sorprender á Segarra, quedaron burladas por el falso movimiento de éste, que pasó por la espalda del Molino de Lloret sin que el enemigo se apercibiera, utilizando la oscuridad de la noche y la protección de varios confidentes del país. Dió descanso á su gente en la Caseta del Cap, situada en la falda del monte de Turon, frente á Tortosa, fué sólo con el capitán Barrumba, en dirección á la Cueva de Turon, distante unos diez minutos de la del Cap, y cuando se disponía con su compañero á salir de la Cueva, se vió sorprendido por unos cuantos disparos de fusil, que le hicieron comprender se hallaban rodeados de enemigos: estos, con efecto, entraron en dicha Cueva, apresando á sus moradores, en tanto que Segarra tuvo que refugiarse á unos doce pasos de distancia, pudiendo oír sin ser visto las amenazas y dicterios de los soldados, que abandonaron dicho punto sin registrarle, y llevándose á los dueños de la Cueva, á los cuales tuvieron presos en Tortosa por poco tiempo.

Segarra se dirigió á la Caseta del Cap, donde momentos antes sus voluntarios se habían tiroteado con el enemigo, dispersándose aquéllos.

Después de tres días de marchas penosas por la montaña, logró Segarra encontrar su dispersada gente, la que ya se disponía á entregarse en Tortosa, creyendo muerto á su jefe ó en poder del enemigo, creyendo lo mismo Segarra de sus voluntarios.

Con motivo de la presencia de Segarra en el país, el

que los trabajos y vicisitudes experimentadas, y la completa seguridad de nuevos y mayores peligros intimidaran á aquellas almas de tan acerado temple, á aquellos corazones tan entusiastamente carlistas.

RESTAURACIÓN—DESTIERRO DEL SEÑOR ZORRILLA

L

El capitán general de Madrid señor Primo de Rivera, que había asumido todos los poderes (1), puso en seguida en libertad al señor Cánovas del Castillo, que constituyó la nueva situación, resultado del pronunciamiento en Sagunto. Personificóse la restauración en el señor Cánovas, á quien don Alfonso tenía confiado sus poderes desde Agosto de 1873; nombró un ministerio-regencia presidido por él y compuesto de los señores don Alejandro de Castro, don Francisco de Cárdenas, don Joaquin Jovellar, don Pedro Salaverría, marqués de Molins, don Francisco Romero Robledo, marqués de Orovio y don Adelardo Lopez de Ayala, encargados respectivamente de las carteras de Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Hacienda, Marina,

governador de Tortosa dió un bando prohibiendo terminantemente que ningún trabajador ó propietario pasase la montaña para dirigirse al interior de los puertos de Beceite.

(1) Al presentarse después al frente de los jefes y oficiales de la guarnición al nuevo ministro señor Jovellar, presentó su dimisión, fundándose en que se resentía su delicadeza de que se le pudiera suponer de acuerdo con los promovedores del pronunciamiento de Sagunto. Discutióse este asunto en Consejo por espacio de tres días, y se acordó al cabo continuara en el mando de la capitania general.

Gobernación, Fomento y Ultramar; confirmó este gobierno el joven monarca, que ratificó las opiniones consignadas en su manifiesto de 1.º de Diciembre anterior, afirmando su lealtad para cumplirlas, y sus «vivísimos deseos de que el solemne acto de mi entrada en mi querida patria sea prenda de paz, de unión y de olvido de las pasadas discordias, y como consecuencia de todo ello, la inauguración de una era de verdadera libertad, en que aunando nuestros esfuerzos y la protección del cielo, podamos alcanzar para España nuevos días de prosperidad y grandeza.»

Regresó don Alfonso á Madrid por Barcelona y Valencia; hizo solemnemente su entrada en la córte ostentosamente engalanada: solemnizó su elevación al trono con un acto de clemencia en favor de sentenciados por delitos comunes, é impaciente por tomar parte en las operaciones militares, corrió valiente á ponerse á la cabeza del ejército del Norte.

Las ofertas del rey no podían menos de infundir esperanzas, y teníanse también en las elevadas dotes del señor Cánovas del Castillo: esperábase que no se repitieran funestos errores pasados; que viérase al fin que las reacciones, así como las revoluciones, dejaran de ser el mismo drama sin otra variación que los nombres y las fechas; que si la intransigencia por un lado y la falta de educación política había perdido á algunos partidos, que el desconocimiento de la realidad, la falta del debido tributo á la legalidad, y aún la soberbia, no cegase á los hombres, para que se hiciera al menos un paréntesis en nuestra historia, no repitiéndose ese

instinto del suicidio que han tenido las situaciones políticas.

No podían menos de considerarse como vencidos los constitucionales y conservadores de la revolución por la manera como se había restablecido la monarquía; y aunque en el ministerio regencia había personas que tanta y tan activa y notable parte habían tomado en aquella misma revolución, no correspondieron sus actos con sus antecedentes, y obraron como enemigos de la revolución, de todos sus actos y aun de las personas.

Nada desorganiza los partidos como los sacudimientos políticos, y no está en el interés ni en la conveniencia de ningún poder anular las oposiciones, que nunca pueden temerse menos que en los momentos que siguen á su derrota; y más, si, como se proclamaba en la restauración, habían adolecido de grande impotencia hasta para sostenerse. Procuró el señor Zorrilla organizar el partido liberal avanzado, agrupándole bajo la bandera de la República y Constitución de 1869; convocó á su casa á personajes militares y civiles, para ver de adoptar la política más conveniente, dentro del círculo legal: mas no consintió el gobierno esta oposición, que no podía entonces ser temida, y tomando grandes precauciones desterró á Francia al señor Zorrilla, quien no ha podido aún explicarse por qué se le expulsaba, pues aunque alguno le dijo que por las reuniones habidas en su casa y las que preparaba, no lo creía, porque al mismo tiempo, él mismo lo ha dicho, se celebraban otras análogas, y las cartas de convocatoria se hicieron copiando al pie de

la letra las que en la prensa monárquica se insertaron para aquellas. No creía tampoco fuesen causa de su ostracismo sus antecedentes políticos; «porque yo no he sido revolucionario por sistema ó por el gusto de serlo; habiéndome parecido siempre el oficio difícil para el individuo, peligroso para los partidos, duro para los países que tienen que acudir á medios de fuerza, y solo agradable para los que lo toman como una industria; aunque necesario dolorosamente cuando los gobiernos han llegado al colmo de la inmoralidad, de la imprudencia y de la tiranía, ó los pueblos al último extremo de la degradación ó el envilecimiento. Tampoco podía atribuirlo á los principios proclamados por mí; porque estos eran de todos los revolucionarios de Setiembre, sin otra diferencia, respecto de algunos, que el haber aceptado la forma republicana, que no podía ser un delito, donde tantos hombres ilustres é inmensas masas seguían defendiéndola, y cuando yo no estaba colocado, ni por mis antecedentes, ni por mi carácter, ni por mi posición social y política, entre los intransigentes del gran partido.»

Fué este el único destierro que se efectuó, pudiendo considerarse el señor Zorrilla como la única víctima. Tomó, sin embargo, el gobierno algunas precauciones para asegurar el orden público, expidiendo circulares al efecto, y las oposiciones avanzadas se cruzaron de brazos: no se opuso el menor obstáculo á la marcha del ministerio-regencia, y á que la restauración hiciera su camino para lograr su conolidación más completa.

LI

Al recibir nueva organización el ejército del Norte, componían el tercer cuerpo y la división de Vizcaya tres divisiones, dotada la que menos con ocho batallones; pero las dejaron aisladas, sin relación ni comunicación alguna. El jefe del tercer cuerpo estaba con una división en San Sebastián y tenía la otra en Medina de Pomar; la división de Vizcaya, ocho batallones, encerraditos en Bilbao y sus inmediaciones, sin poder ayudar, siendo uno de los grandes entorpecimientos de la guerra. Estaba sola cada una de estas tres divisiones; y como no podía esperarse que se ayudaran mutuamente la de San Sebastián y Medina, no pudiendo comunicarse más que por el Océano, era lo lógico haber puesto en contacto las divisiones de Bilbao y Medina, que con pocas fuerzas más se enseñorearan de la izquierda del Cadagua, por lo que tanto clamaba siempre el general Villegas, y que tanto hubiera influido para terminar la guerra hácia aquella parte por la valiosa posesión de las minas de hierro.

A este efecto, lamentándose que se siguiera pensando en Navarra, escribió una memoria el distinguido capitán de artillería don Baldomero Villegas, demostrando, según él pensaba, la ventaja de emprender las operaciones por la izquierda de la línea liberal, estableciendo como base la línea del Cadagua, por ser país más abierto que Navarra, donde proponía se estuviera á la defensiva, exponiendo detalladamente las ventajas de su plan (1).

(1) Véase número 19.

Casi desatendida la izquierda, constaba solo con cuatro batallones de reserva, pues los dos batallones de Mallorca y dos de Ramales, tardaron en incorporarse á consecuencia de aquella gran nevada que impidió el movimiento sobre Pamplona, de los generales Serrano y Moriones. Cuando los ocho batallones estuvieron reunidos, se pensó en proteger otra vez el valle de Mena, para el que salió la contraguerrilla de Meneses al mando del valiente y sagaz capitán don Francisco Hoyos; pero era escasa su fuerza y le envió el general Villegas cuatro compañías á sostenerles un punto sobre el cual, en caso de necesidad, pudieran retirarse hasta ser auxiliados, á cuyo efecto, se previno al jefe no pasaran las cuatro compañías de Villasana. Dejándose llevar aquel jefe de sus ímpetus balísticos, avanzó tres leguas, atacó á los carlistas en la ermita de Bortedo, de cuyo punto se apoderaron los liberales á la bayoneta, y colocaron en él unos cañones que lanzaron sobre Valmaseda algunos proyectiles. Pernoctaron los liberales en los pueblos de Bortedo y Antuñano, dió Gorordo la orden á su gente que estaba en los altos entre Valmaseda y estos pueblos, se alojasen en Valmaseda, y Hurtado de Mendoza dividió todas sus fuerzas disponiendo que al día siguiente se ocuparan de nuevo los altos; mas ya estaban en ellos los liberales.

Herido el jefe liberal tuvo que retirarse, quedando en poder de su enemigo la escuadra de gastadores que, con un oficial, había dejado á la izquierda para que le guardasen el flanco; los cuales debieran haberse salvado á haber oído el toque de retirada, la que ve-

rificaron las compañías con orden, refugiándose en dos casas en las que tuvieron que rendirse aquellos 34 individuos á mayores fuerzas.

La noticia de que las que debían permanecer en Villasana (1) estaban en fuego sobre Bortedo, precipitó la bajada de la división á Mena; consultó con el general en jefe si debía atacar á Valmaseda y proclamar á don Alfonso en ella, y contestado afirmativamente, rompió la marcha; quitó á los carlistas las muy buenas posiciones alrededor de Bortedo, y por la noche, por medio de una falsa retirada, que fingió cuando aún se veía, las de Celadilla, de donde los carlistas huyeron tirándose por los barrancos y dejando en poder de los liberales algunos prisioneros, con los que se rescataron en un cange los que los carlistas habían hecho anteriormente. Pudieron entrar los liberales al día siguiente en Valmaseda con muy poco fuego, no imponiendo á sus habitantes más que una ración de vino, en la esperanza de atraerlos á la monarquía de don Alfonso; propósito infructuoso. Si Villegas sigue la cordillera hasta Gordejuela, se apodera de las Encartaciones y probablemente de los carlistas que la defendían. Esta era la opinión de muchos de ellos.

El coronel carlista Sabater alojó su batallón en Zaya, donde estuvo tres días, y á donde acudieron las demás fuerzas; permaneciendo allí hasta saber que Villegas evacuó

(1) Suspendió Villegas de empleo al jefe de las compañías, y le sumarió.

á Valmaseda y volvieron á ocuparla los carlistas.

Pensaba Villegas entonces que volvería á tener fuerzas en Mena, mas se llevó Despuiols una brigada; quedó aquel jefe otra vez con cuatro batallones y se volvió á la línea que había elegido.

Las fuerzas carlistas vizcainas, aumentadas con algunas alavesas y guipuzcoanas, guiadas todas por Berriz, tomaron la ofensiva, atacaron á Ramales, cuya guarnición, mandada por su jefe el señor Marquez, resistió con bravura (1); llegó á verse apurado, y ya había encerrados algunos carabineros cuando acudió el general Villegas, que efectuó un movimiento durante la noche con sus cuatro batallones, la batería y los 150 caballos, para coger á los carlistas por la espalda, y como no se le interpuso en los Tornos, cual pudo ejecutarlo Berriz, les hizo desistir de su empeño y retirarse con algunas bajas.

Propuestos los carlistas á dar una vuelta por el valle de Carranza, ya que no se apoderaron de Ramales lo hicieron de Guardamino, y próximos á sucumbir los carabineros, reducidos á la defensa de una casa, por apoderados aquellos del pueblo, al saber la llegada de Villegas se retiraron á Conchas, pernoctando en la casa de baños. El jefe liberal pasó en la mañana siguiente por los altos, contemplándose unos y otros mutuamente, y aunque ambos se contaban no se

(1) Fué hábil aquel jefe para libertar de partidas á los pueblos del contorno y no dejar residir ni á la junta de Cantabria en la montaña, ni á los batallones cántabros.

molestaron. Ejecutó varios movimientos; quejáronse algunos jefes que se habían repartido cartuchos falsos para el ataque del 3 de Febrero; trató don Felipe Sabater de efectuar alguna embestida parcial contra determinado destacamento de Bilbao, para lo que se proporcionó un estado exacto de las fuerzas y de su situación, no sólo dentro de la villa, sino en sus inmediaciones; levantaron posteriormente á 300 metros de Arbolancha, una bien construida batería de cuatro piezas, que rompió el fuego en la mañana del 25 de Febrero contra las posiciones del monte Abril; salieron los liberales de ellas á atacar las enemigas; rechazaron los carlistas el primer ataque; trabóse un combate rudo; retiraron los carlistas su artillería gruesa, emplazando la de montaña; se peleó con bravo tesón en los altos de la Cantera y en sus inmediaciones, y la noche puso fin á aquel sangriento bregar, que produjo más de un centenar de bajas en ambos combatientes.

Anteriormente, el jefe carlista don Manuel Rodriguez trató de apoderarse de Castro-Urdiales guarnecido por dos batallones, quintos en su mayor parte los soldados: dispuso bien la operación, pero al aplicar la dinamita el capitán Benavente para derribar la puerta elegida para la entrada, no consiguió derribarla, sino deteriorarla, y el gran ruido de la explosión produjo la alarma consiguiente y el que se retiraran los carlistas.

El general Salamanca, que mandaba las fuerzas liberales de Vizcaya, obró activo, y habría conseguido más resultados á disponer de mayores fuerzas: pidió inútilmente el refuerzo de dos batallones, exponiendo que te-

nia que guardar una extensión de 54 kilómetros, por lo que si los carlistas atacaban á la vez por sitios opuestos sería difícil, si no imposible, atenderlos, y se le negó la organización de dos contraguerrillas de á 100 hombres, fundándose la negativa en que, «debiéndose emprender las operaciones de este ejército (el de Navarra) en breve, suspendo por ahora la resolución de si ha de formar V. E. ó no las contraguerrillas». No comprendemos seguramente la razón de la negativa, pues en nada se oponían las operaciones del ejército que iba á levantar el bloqueo de Pamplona con la formación de dos contraguerrillas en Vizcaya. Estas y otras contrariedades que experimentaba el señor Salamanca le hacían decir: «En reserva, y francamente, dígame usted, amigo, ¿está la corte en Madrid ó en Leganés? ¿Queremos se concluya la guerra ó que siga? ¿Hay algún Aurich en la situación alfonsina nuevamente creada y que todos deseábamos?» (1)

No desdeñó Salamanca atraerse á los enemigos, y escribió á don Elicio Berriz, que era jefe de ellos en Vizcaya, haciéndole ofertas, no aceptadas.

Prosiguieron las operaciones en Vizcaya, y se efectuó el 12 de Marzo una salida desde Bilbao, que dió por resultado apoderarse las tropas del pequeño Serantes, donde se armó un pequeño blokaus de madera para 40 hombres, un oficial y una pieza de artillería, con objeto de inutilizar los trabajos que los carlistas habían empezado en aquellas alturas.

(1) Carta fechada en Bilbao el 3 de Marzo de 1875, dirigida al señor subsecretario del ministerio de la Guerra, don Manuel Azcárraga.

No podían menos de ser molestados los de fortificación de los liberales (1), que ocupaban casi simultáneamente el pico y el fusil, y hasta iniciaron combates los carlistas por la parte del monte Abril para distraer á sus enemigos de unas obras que habrían de molestarles, porque pretendían aquellos establecer una línea de fortificaciones que bloqueara á Bilbao. A contrarestarles se aprestó Salamanca en la parte que le era posible, y de ello se ocupó hasta su relevo por el general don Crispin Jimenez de Sandoval, al que entregó el mando el 20 de Marzo, y se despidió de su división, consignando el grato recuerdo que llevaba de todos, y especialmente de los brigadieres Macanaz y Medievela.

GUIPÚZCOA—LA LÍNEA DEL ORIA—BURUNZA

LII

En Guipúzcoa se efectuaban algunas sali-

(1) «13 Marzo.—Comandancia general, etc.—A la una atacaron seis batallones el cerro de Serantes Chico y nuestra ala izquierda por el valle Necedal, siendo rechazados y ordenada la retirada á las tres del Serantes Menor, la que se verificó sin novedad replegándonos al blokaus, ya en completa defensa, siendo mis pérdidas, que conozco ahora, diez heridos y un muerto. Sería conveniente mandase V. E. una pieza de montaña».—13 Marzo, 5 tarde.—«El enemigo en posiciones próximas al monte que ocupo, hace un fuego nutridísimo, que contesto con las fuerzas que tengo rodeando el blokaus y 40 hombres dentro de él, mas con tres batallones ha iniciado un movimiento envolvente por el lado del valle, habiendo ordenado que se refuercen con fuegos de la guarnición de Santurce, compañías que tengo colocadas en los dos montes bajos, donde está situado el blokaus pequeño. Considero muy conveniente é indispensable que venga artillería. Sigue el fuego muy vivo.

Partes telegráficas.

Hemos escogido los anteriores de entre los muchos originales que tenemos á la vista.

das desde San Sebastián, para aprovisionar á la asediada guarnición de Astigarraga, y para efectuar una diversión por la carretera de Hernani, avanzando Otal hasta las trincheras carlistas de Peticar, de que se apoderó: entrando en fuego nuevas fuerzas liberales, se ocuparon, sin resistencia apenas, varios caseríos de la izquierda de Arratzain. Llegóse por la parte de Igueldo á la trinchera de Vidarte, y al regresar por la tarde las tropas quedó la brigada Otal en la falda de Mendizorrot defendiendo algunas posiciones de las conquistadas, que servían de punto de apoyo á inmediatas operaciones.

Para llamar la atención de una parte del ejército carlista reconcentrado en Navarra, y en cumplimiento de las instrucciones que llevó á Loma el coronel Augusti, limita las á amagar un ataque á las fábricas de Azpeitia, por más alejadas que las de Vera del objetivo de las operaciones, el Carrascal, á donde no podrían concurrir las fuerzas que los carlistas destacasen para proteger sus fábricas, y á echar un puente sobre el Oria, porque «solo al anuncio de que se trataba de componer el destruído, los carlistas comprenderán que el movimiento es sobre Azpeitia, y es seguro que han de acudir para impedirlo, y que no ha de ser en corto número, pues que tienen que oponerse á las fuerzas que operan en Guipúzcoa; y siendo esto así, está conseguido el fin que se ha de proponer el general Loma en sus operaciones en Guipúzcoa.

«Deben evitarse todos los combates que no conduzcan al objetivo de la marcha sobre el Oria y tratar de establecer el puente, aunque no llegase á verificarlo por falta de medios,

dejando todos sus detalles al buen juicio del general Loma, pues que estas instrucciones solo marcan el fin de la operación; pero si las circunstancias se presentasen propicias, y se pudiese llegar á Azpeitia, se llegará, pero sólo cuando la operación se presente con todas las probabilidades posibles de buen éxito, pues que el objeto principal de esta división es llamar sobre sí las fuerzas guipuzcoanas (1).»

Recibida la orden para ponerse en movimiento que era un telegrama que decía: «*han llegado los telégrafos,*» embarcóse en la noche del 27 de Enero en Pasajes la brigada Infanzon, tomando tierra en Guetaria sin apercibirse de ello los carlistas. Ascendieron aquellas tropas á la mañana siguiente á las alturas de Garate, en cuyas posiciones penetraron primero los migueletes, que profundos conocedores del terreno, llegaron á ellas sorprendiendo á los carlistas y ocupándolas con gran contento y alivio de los defensores de Guetaria, á quienes tanto hacían sufrir desde aquellos altos.

Allí permanecieron los liberales el 28, y en la mañana del 29, Loma, con el resto de su división, unos seis ó siete batallones, salió de San Sebastián (2), marchando uno á uno por la falda del monte Igueldo, dejando á su izquierda la carretera; se apoderó de aquel pequeño pueblo y del de Usurbil, cortando

(1) Instrucciones fechadas en Logroño el 14 de Enero de 1875 y firmadas por el general en jefe de E. M. G. Pedro Ruiz Dana.

(2) En el parte cifrado que puso el día anterior al ministerio, decía: «Con dos brigadas marche al amanecer sobre Orio y trataré de echar el puente».

los carlistas en su retirada el puente provisional que tenían sobre el Oria; dejó un batallón para sostener lo conquistado; siguió Loma á Orio, donde penetró sin tener que vencer resistencia, permaneciendo en aquella villa bajo el fuego constante del enemigo, que ocupaba todas las alturas de la orilla izquierda del río, cuyo paso quería impedir á los liberales, así como hacer harto molesta su permanencia en Orio, en cuyas casas penetraban las balas carlistas.

La escasa fuerza con que había practicado Infanzon su primer acto, detuvo el movimiento simultáneo, no pudiendo avanzar porque tenía que conservar la posición de Garate, y mantener su comunicación con Guetaria, por lo que tornó á San Sebastián el general Blanco y se embarcó para Guetaria con cuatro batallones: al frente de la brigada Infanzon, avanzó por la parte de Zarauz, intentando apoderarse por retaguardia de las alturas de Zurugaray para penetrar en Zarauz, como lo consiguió el 31, si bien por falta de medios no pudo Loma pasar el Oria. Reforzó á Blanco con un batallón, que condujo desde Orio el brigadier Oviedo, y en la mañana del día 1.º una cañonera venida de Bidasoa, cuya tripulación se hizo digna del general aplauso, entró resueltamente en la ría despreciando el fuego enemigo y se presentó delante de Orio, sufriendo un vivísimo fuego de fusilería; recogió una gabarra que los carlistas tenían en la márgen izquierda; el general Loma, comprendiendo lo supremo de los momentos, ordenó al bravo batallón de migueletes que cruzara la ría; lo practicó de un modo heróico, siendo su teniente coro-

nel el señor Olazabal el primero que puso pié en tierra en la opuesta orilla; le siguieron otros y otros bajo una lluvia de balas, y la primera compañía que consiguió reunirse al otro lado del río salió en precipitada carrera, trepando por aquellas espantosas alturas con admiración y vítores del ejército: el general Loma dispuso que el nutrido fuego de su artillería y de su infantería protegiera aquel atrevido movimiento que se verificaba en la gabarra y cañonera, por una parte en que la ría alcanza unos 140 metros de anchura, y bien pronto todos los batallones se hallaron al otro lado del caudaloso río, subiendo precipitadamente y tomando las formidables alturas de Zurugaray. Unióse Loma con Blanco y se hicieron dueños fácilmente los liberales del terreno desde Orio hasta Zarauz, ocupado antes por los carlistas, que se retiraron sobre Aya.

Hallábase encargado de la comandancia general carlista de Guipúzcoa don Domingo de Egaña, procedente de la anterior guerra civil, uno de los asaltantes de Guetaria, su pueblo natal, y no queriendo adherirse al convenio de Vergara emigró, tomó parte en la campaña de 1848 y 49, refugióse en Méjico, y en cuanto se levantó de nuevo la bandera carlista corrió á defenderla, aun cuando ya contaba 60 años de edad, que no habían menguado en lo más mínimo su acendrado carlismo. No teniendo suficientes fuerzas para hacer frente á los liberales, aun contando con las compañías de casados y cadetes, acudieron de Vizcaya algunos batallones; el 29 se dió orden á Iturbe para desalojar á los liberales del alto de Garate, pero este coro-

nel pidió cañones, 4.000 cartuchos y que el batallón de Bilbao avanzase á Iraeta: desmontada la fábrica de cartuchos de Azpeitia, se pidieron á Vizcaya, y otros efectos, pues hasta los batallones vizcainos llevaban pocas municiones (1). Veíase, pues, que sobre haber habido descuido, faltó previsión. No estuvo vigilada la costa cuando se efectuó el desembarco sin apercibirse los carlistas, y no debió haber sido tan fácil como lo fué la conquista de Garate.

Acudieron solícitos los carlistas á hacer frente al peligro, siendo su mayor temor el que los liberales se posesionasen de Aya, y para distraerlos se cañoneó á Hernani; pero empeoró su situación con la pérdida de los altos de Zurugaray y el paso de la ría. Apurada la diputación por la falta de cartuchos, se quejaban de los muchos que se malgastaban, especialmente disparando contra las casas de Orio, y al participar al ministro de la Guerra que los liberales se habían posesionado de toda la costa desde Guetaria á San Sebastián decía el infatigable Dorronsoro: «sin ser militar, creo grave la situación de la provincia». Se desmontaron de nuevo las máquinas de cartuchos de Azpeitia, y cada vez se hacía sentir más la escasez de municiones. Las pedían todos á la diputación, y todos manifestaban que se iban retirando por agotárseles aquellas (2).

(1) Carecían tanto que se destinó á algunos tercios á recoger vainas de cartuchos, ofreciéndoles uno y medio reales por cada libra.

(2) Aizarna 3 Febrero, 1875.—Habiendo sido atacados con fuerzas muy considerables y consumida la munición que teníamos en el alto.—4.—Cestona.—9-noche.—El

Molestaban los carlistas desde los altos de Meagas é Indamendi, dominando perfectamente los caminos á Zumaya y Azpeitia; se emprendió el 3 de Febrero la operación de desalojarlos de aquellas excelentes posiciones, cañoneándoles primero y avanzando después los migueletes, Saboya, Puerto-Rico y las Navas, se apoderaron de aquellas dominantes alturas con esforzado arrojo, á pesar de no ser débil la resistencia. Oviedo ocupaba al mismo tiempo con Estella, Albuera y Murcia el bosque y caseríos de San Miguel de Artadí, frente á Zumaya, impidiendo cortaran los carlistas el bello puente de Oiquina, cuyo pueblo ocuparon los migueletes. El triunfo era completo en todos los puntos desde Orio á Zumaya, desde el elevado Indamendi al mar.

El 4 se abandonó á Zumaya, que la ocuparon al punto los carlistas; y en este mismo día, á pesar de la vigilancia de la marina liberal, desembarcaba don Tirso Olazabal en Ondarroa, allí inmediato, 4.000 carabinas, 14 cañones, una máquina para cartuchos, 1.000.000 de pistones y otros efectos de guerra, sin que tuvieran que vencer el menor obstáculo, conducido todo en el vapor *London*.

La actitud de los liberales de este día hizo concebir á los carlistas la esperanza de que no avanzarían á Azpeitia, que era su gran

séptimo batallón pide con urgencia municiones. Se ha batido esta tarde con cuatro compañías de migueletes en Zumaya y los ha encerrado á la bayoneta en el pueblo. El incendio que se ve de ahí (Azpeitia), es de Indamendi, que son las posiciones conquistadas ayer por el enemigo.

temor; que no vieron realizado por la dificultad del racionamiento de sus enemigos, faltando medios y elementos de verificarlo, lo cual no acreditaba gran previsión, porque empezaron las lluvias, se iniciaba un temporal que interceptaría la comunicación por mar, y temiendo las numerosas bajas por enfermos que la lluvia iba á ocasionar en las tropas, que llevaban tres días acampadas, así como perder la línea de aprovisionamiento y comunicación por mar, se decidió el abandono de aquellas posiciones, lamentándose Loma de no tener tres ó cuatro batallones más para poder guardar el terreno y su línea de comunicación por tierra, y elementos para conducir raciones, prometiéndose de este modo haber entrado en Cestona y Azpeitia. No estaban seguramente bien calculados los inconvenientes que habían de presentarse; solo se contaba con el jamás desmentido valor del soldado y se prodigaba su sangre; no fué inútilmente, sin embargo, porque aquella sangrienta operación estaba ligada con la de Navarra, y si aquí no se obtuvieron los resultados que se esperaban, hubo otras causas.

Al emprender las anteriores operaciones, acariciaba Loma la idea de extender su línea de Hernani hasta Andoain, colocándose de este modo sobre el río Oria y su afluente el Leizarán: considerando infructuoso un nuevo ataque como el del 8 de Diciembre, se decidió apoderarse de la posición dominante de Burunza por un movimiento de sorpresa y caer sobre el pueblo desde aquella. Al efecto encomendó Loma el mismo día 5 de Febrero al brigadier Oviedo tan delicada misión, y

con los batallones cazadores de las Navas y migueletes, se embarcó en Guetaria para San Sebastian, donde se le unieron cuatro compañías de Luchana, y en Hernani otras, con cuyas fuerzas debía caer al amanecer del día siguiente 6 sobre Urnieta y Andoain y apoderarse de las alturas de Burunza, realizando la operación hasta donde le permitiera el éxito de la sorpresa (1).

Llegó ya en la madrugada del 6 á Hernani (2), donde le proporcionaron ménos fuerzas de las que esperaba, por no ser muy excelente el estado de disciplina y de instrucción del provincial de Córdoba; advirtióle el coronel Crespo que toda la izquierda de la carretera hácia Urnieta estaba bien atrinchada y artillada por los carlistas, y vencidas algunas dificultades, especialmente de guías, emprendió poco después la marcha por las vertientes de Santa Bárbara á Peña Espino y posiciones siguientes; se perdieron tres cuartos de hora por equivocación de los guías, desorientados por lo espeso de la niebla, y al acometer la Peña-Espino, coronada, y las posiciones siguientes, por los carlistas, hicieron éstos una descarga que mató á dos guías é hirió á dos migueletes, y tras un momento de vacilación, avanzaron éstas de nuevo arrojando al enemigo y llegando con su incon-

(1) El señor Oviedo manifiesta y consignó, que Loma le ordenara al brigadier don Eduardo Infanzon que siguiera en su movimiento en la alborada inmediata y que S. E. lo haría tambien en persona.

(2) La guarnición de esta plaza contestó con dos descargas á los golpes que se dieron en la puerta para anunciar su presencia, porque les dejarou llegar sin que los centinelas dieran el ¡quién vive!

trastable empuje hasta las posiciones de la ermita, siguiendo después de un corto descanso á las últimas, desde las que los carlistas hostilizaban. Realizada la primera parte de la operación, situó dos compañías de Córdoba en Peña-Espino, una sección y los 50 carabineros en la ermita; atendió al racionamiento de su gente, y destacando avanzadas hácia Andoain por la vertiente del Barunza, estableció sus fuerzas en el monte.

Acuden fuerzas carlistas á Andoain por la carretera de Tolosa; juega la artillería contra los liberales, aunque sin éxito; comprende Oviedo que su posición podía llegar á ser en breve muy crítica, y no apercibiendo hácia Usurbil y Lasarte los refuerzos que por aquella parte esperaba, reunió á los jefes de los miguelotes y de tropa y al coronel jefe de E. M. don Basilio Agustí para consultarles en vista de la actitud y movimientos del enemigo, así como del espíritu de las tropas al apercibir á aquellos, y después de extenderse cada uno de los citados jefes en consideraciones sobre lo que podía intentarse con mayores fuerzas, apoyadas por artillería, y viendo que el tiempo pasaba, que el enemigo seguía su movimiento, que los refuerzos no llegaban, pidióles Oviedo su opinión, sobre la conveniencia de resistir en la posición arrojando las consecuencias ó retirarse á Hernani, votando unánimes por la retirada (1); ordenándola entonces el brigadier,

(1) Eran los señores Logendio, comandante de miguelotes, Olazabal, teniente coronel de los mismos, Serrano, teniente coronel de cazadores de las Navas y Agustí, jefe de E. M. G.

aunque asumiendo la responsabilidad, con tanta mayor razón cuanto se fortificaba su opinión particular con la de cuatro jefes que nunca habían esquivado arriesgar su vida, y «de cuya resolución no he podido menos de felicitar me por mis tropas al saber oficialmente que se habían reunido en Andoain y sus alrededores hasta diez batallones carlistas con artillería de grueso calibre» (1). Verificóse la retirada entrando las tropas sin bajas en Hernani, aunque durante la marcha fueron hostilizadas.

Loma había movido sus fuerzas, y marchaba á hacer frente á los carlistas, que suponían rodeasen á Oviedo en su excelente posición de Burunza, sabedor ya de que estaba en su poder; pero al llegar á Hernani, entrando al mismo tiempo Oviedo con su gente por otra puerta y encontrarse con el brigadier, irritóse dando evidentes pruebas de la sorpresa y disgusto que le causó el abandono de Burunza (2). En vista del des-

(1) «Ejército de operaciones del Norte.—Tercer cuerpo.—E. M.—Habiendo tenido noticias por conducto fidedigno de que se han reunido en Andoain hasta diez batallones carlistas y traído gruesa artillería, suspendo el movimiento que pensaba hacer mañana, debiendo V. S. continuar ocupando ese punto con suma vigilancia y todo género de precauciones. Al jefe del batallón de miguelotes doy orden acuda á reforzar á V. S. en caso de que por esa parte se presenten fuerzas enemigas de consideración. Déme V. S. aviso con frecuencia de cualquier novedad ó noticia que adquiriera, y si le es posible póngase en comunicación con Orio, advirtiéndole al brigadier Infanzon esto mismo para que redoble su vigilancia. Acúseme recibo de esta orden.—Hernani 8 de Febrero de 1875.—D. O. de S. E., el coronel jefe de E. M., Basilio Agustí.—Señor brigadier Oviedo, jefe de las fuerzas de Usurbil».

(2) «Si en esta ocasión, no he sabido interpretar como

acuerdo de ambos jefes, dimitió Oviedo, negándose Loma terminantemente á cursar la dimisión, encomendándole al día siguiente el mando de cuatro batallones y cuatro piezas para tomar y ocupar á Usurbil, verificando la operación victoriosamente con 30 bajas, y permaneciendo en dicho punto sin poder emprender el nuevo movimiento proyectado, por la aglomeración de carlistas en Andoain á que se refiere el oficio del 8 que ya publicamos en nota (1).

Más de 30 caseríos se incendiaron durante las anteriores operaciones entre Orio é Indamedi, habiendo algunos centenares de bajas de una y otra parte. Fué justamente sentida

era mi deseo, las de la superioridad, réstame para atenuar mi sentimiento, el convencimiento que tengo de que si hubiese permanecido en las posiciones tan feliz como brillantemente conquistadas en aquella mañana, habría tenido que lamentar la pérdida de los 1.500 hombres puestos á mis órdenes, proporcionando con ello á mi patria un día de amargo luto, y al enemigo una ventaja de incalculables consecuencias».

Parte del brigadier Oviedo fechado en Usurbil el 10 de Febrero.

(1) Después de pasar el señor Oviedo nueve días en Usurbil, le llamó Loma y le significó que por lo mismo que se había opuesto á su dimisión, se creía en el deber de aconsejarle fuese á Madrid en comisión del servicio para conferenciar con el ministro de la Guerra en vista de la excitación producida en San Sebastián juzgando la retirada de Burunza; asegurándole que se separaba de él con el mayor disgusto, y ofreciéndole un puesto á sus órdenes en cualquier mando que obtuviera fuera de Guipúzcoa.

No puede seguramente por este acto, juzgarse el comportamiento del brigadier Oviedo ni el juicio que de él formara el general tan distinto en el intervalo de nueve ó diez días. Cedió quizá, á la presión del clamoreo ó «de la excitación producida en una parte de los ciudadanos de San Sebastián y de los emigrados que habitan temporalmente en dicha ciudad, como dijo Loma».

por los liberales la muerte del valeroso capitán de migueletes don Juan F. Arrieta, y por los carlistas la del teniente Echaniz.

No se conformaban los carlistas con tener tan cerca tan incómodos huéspedes, á los que procuraban molestar de continuo, preparando sorpresas y efectuando ataques que rechazaban las brigadas Infanzon y Oviedo que guarnecían á Orio y Usurbil, relevando poco después al segundo el brigadier Salcedo. Apenas mediaba un tiro de pistola entre unos y otros combatientes en muchos sitios, como en Usurbil, que solo les dividía el río, y el tiroteo era continuo. No por esto cesó en los trabajos de fortificar la línea que se extendía desde Hernani á los altos de Zurugaray.

Continuaban las salidas simultáneas desde San Sebastián y Hernani para aprovisionar la guarnición de Astigarraga y llevar provisiones á la línea del Oria, sosteniéndose á veces reñidos combates; molestó mucho á los carlistas el establecimiento del puente de barcas sobre el Oria, que trataron de inutilizarle cañoneándole y hasta con torpedos, así como efectuar sorpresas, llegando algunas veces hasta las trincheras liberales, aprovechando la oscuridad y algún temporal de aguas, allí tan frecuentes, dirigiéndose más principalmente contra el caserío fortificado de Amasco-Echevarría, bien guarnecido.

BLOQUEO DE PAMPLONA

LIII

Codiciada por los carlistas la ciudad de Pamplona, la cercaban ya desde 1873 pe-

queñas partidas, mandando Ollo, como comandante general (1), «prohibiera absolutamente que bajo pretexto de raciones ni con ningun otro concepto entrase comestible alguno en la ciudad de Pamplona». Prohibióse también la entrada en ella de toda clase de persona de las cendeas inmediatas; que se llevasen comestibles; se quejaron todos los pueblos próximos; levantó primero Argonz (2) la prohibición de la entrada de personas, y por acuerdo de la junta de Navarra con Ollo (3), y permitiendo los liberales la extracción de artículos de comer, beber y arder, de las plazas fortificadas que estaban bajo su dominio, dispuso la libre entrada en dichas plazas de los citados artículos, mediante el pago de derechos que un arancel consignaba. El 17 de Febrero de 1874 encomendó Argonz á don José Zagusti el bloqueo de Pamplona, poniendo á sus órdenes las partidas de Mendizabal, Rosa y otras, quedando éste como segundo jefe de todas las fuerzas y jefe de la caballería. Más molesto que efectivo para la plaza este bloqueo, llegó á perjudicar á los mismos carlistas el que los bloqueadores disparasen desde el barrio de la Magdalena contra los centinelas, porque se vieron expuestos á que derribaran sus casas.

Reducida la guarnición de Pamplona en fines de Agosto, á los carabineros, guardias civiles, cuatro compañías de la reserva Cadiz y 150 artilleros del tercer regimiento de

á pié, organizóse un batallon de milicia voluntaria.

Estrechado el cerco el 1.º de Setiembre, se mandó que los artículos de comer, beber y arder, continuaran vendiéndose á los mismos precios que aquel día, aún cuando iban escaseando; faltó la carne de vaca; dejó de correr el agua de las fuentes, cortada en Subiza; ya se presentaban los carlistas á impedir á los carabineros dieran agua á sus caballos en las afueras de la puerta de la Tejería; se apoderaron de los rebaños de carneros que pastaban en las inmediaciones de la plaza, y empezaron los apuros de sus habitantes con la carencia de todo lo más necesario, aunque se había remediado algo la del agua, estableciendo una bomba que la tomaba del río que corre al pié de la ciudad. Al fin, el 21 penetró Moriones un convoy de 136 carros con víveres y municiones, y recibió un pequeño refuerzo (1). Volvió el agua á las fuentes, pero sólo por un día (2); agotáronse en horas los escasos recursos que condujo el convoy; por falta de combustible se cortó el hermoso arbolado de fuera de la ciudad, sin que por esto se pudiera producir gas, estando casi á oscuras la población, careciendo también de aceite y petróleo; no se perdió el fruto de las viñas por haber concedido Mendiri la vendimia; hubo tratos para el levanta-

(1) Dos oficiales facultativos, 25 soldados de artillería y dos compañías de reserva de Cadiz.

(2) Por orden del señor don Manuel Andía, gobernador de la plaza, el señor Pinaquy, dueño de una fábrica de máquinas, trató de hacer subir á las fuentes las puras aguas de un manantial que halló en una escavación que practicó en un cascajal que hay en medio del río y próximo á su establecimiento.

(1) Desde Muez el 16 de Noviembre de 1873.

(2) En 23 de Diciembre de 1873.

(3) De 7 de Enero de 1874.

miento del bloqueo, que no dieron resultado; continuó el diario tiroteo; se presentaron muchos casos de tifus además de disentería, siendo un paréntesis de esta triste situación el día 6 de Noviembre, que merced al aparato del señor Pinaquy, en el que también tuvo parte el comandante de ingenieros, corrió el agua en la fuente de los Castillos, cuyo importante hecho se celebró con grandes regocijos y verdadero entusiasmo, presidido todo por las autoridades civiles y militares.

La escasez de carne en una población en la que, como en toda la provincia, constituye el principal alimento de sus habitantes, era un verdadero conflicto; vendíase ya á cuatro pesetas el kilogramo, y eran muy pocas las personas que podían obtenerla, porque no cobrando sus rentas el propietario, ni sus sueldos los empleados, paralizado el comercio y toda clase de transacciones, la miseria era grande. Decidióse, pues, el general Andía á que se efectuara una salida, á pesar de lo corta que era la guarnición, con objeto de recoger la carne que existía en los pueblos comarcanos, mandó la expedición el teniente coronel Aguirre, y el resultado fué lisonjero (1), por lo que se repitió á poco á Zizur (2).

(1) Dieciocho reses vacunas, unos 100 carneros y 14 cerdos, apoderándose los forales de algunas otras reses.

(2) Aquí se apoderó de 28 vacas, 150 carneros y seis cabras.

Estas carnes se vendían en el mercado, y su importe se entregaba á la diputación á cuenta de las contribuciones que á los pueblos de donde procedían correspondían, y aún no habían satisfecho.

La prolongación del sitio iba agotando todos los recursos, aunque de 22.000 almas habían quedado reducidas á poco más de 16.700, por ausentarse muchas por el temor al bombardeo, y por facilitarse su salida para disminuir el número de consumidores. Ya no había carne el 11 de Diciembre más que para los enfermos, y para éstos se agotó el 28. Aumentó la escasez hasta de leña, disponiéndose de los tendidos y barreras de la linda plaza de toros, aun cuando era madera medio apollada (1) y la de la estación del ferrocarril; se hizo cada vez más precaria la situación de todas las clases de la sociedad y especialmente de la jornalera, lo que estimuló al ayuntamiento y á muchos vecinos á multiplicarse en obsequio de los que sufrían; se trató de organizar cocinas económicas; el precio á que llegaron varios artículos hizo necesaria la tasa; lejos de disminuir las enfermedades, crecían las defunciones; se apoderaron los sitiadores del caballo que llevaba el coche de los muertos, y aunque manifestaron después que no prohibían se enterrase en el cementerio, se había establecido ya otro fuera de la puerta de Francia.

Creciendo las necesidades, y no viéndose el fin de ellas, por carecerse, hacía tiempo, de toda comunicación con el resto de España, se mandó salir de la ciudad á todas las personas de ambos sexos que no tuvieran medios conocidos de subsistencia, por carecer de oficio ó de trabajo en aquellas circunstancias; y la ley de la necesidad, que fuerza á las cosas más involuntarias, obligó á la autoridad

(1) Se vendía á cuatro reales arroba.

á mandar que evacuaran la plaza, en perentorio término, to los los que recibían socorro de la casa de Misericordia, que eran muchos cientos de personas, ciegos, cojos y pobres de solemnidad, que sin auxilios ni medios iban á salir por los caminos, y para socorrerlos se invitó por la misma autoridad al vecindario á una suscripción que se abrió en el acto y produjo más de 8.000 reales. Aún era todo esto insuficiente; necesitándose apelar á medidas extremas, se pensó en expulsar de la ciudad á casi todo el vecindario, y cuando iba á ordenarse esta determinación se aproximaron las tropas que guiaba Moriones.

La carne de pollino y de caballo era considerada como excelente manjar (1), utilizando algunos la de gato, perro y aun la de ratas; sólo el pan continuaba siendo exquisito y al precio de tiempos normales, gracias al Vínculo, admirable creación que debiera ser imitada por todo municipio que desee buena administración, y que su gestión sea honrada y beneficiosa.

Para evitar las consecuencias de un intento asalto por la noche, los señores Landa y Cayuela inventaron unos aparatos para iluminar las inmediaciones de la muralla á bastante distancia, y ya el 1.º de Febrero el ingeniero de la diputación, señor Legarde, construyó un globo para remitir en él los documentos que acreditaban la proclamación de don Alfonso, que no se había sabido hasta el 20 de Enero, y un parte del general Andía diciendo que había disciplina y que respon-

(1) Se vendía á 10 y 12 reales el kilo, las patatas á 20 reales arroba; á 3 y 4 reales un huevo, y así otros artículos.

día de la plaza por tres meses más (1). Pero ya concluían los padecimientos de los pamploneses, en los cinco meses que estuvieron sitiados.

ANTECEDENTES—PLAN DEL GENERAL RUIZ DANA

LIV

Al regresar á Miranda de Ebro el 3 de Noviembre de 1874 el cuartel general del ejército del Norte de su expedición á Irún, el ministro de la Guerra telegrafió que, en la imposibilidad de venir á Madrid el general en jefe lo hiciese el jefe de E. M. G. general Ruiz Dana, quien presentado por aquel ministro en el consejo de los mismos, fué interrogado acerca del estado de Pamplona y medios de levantar el bloqueo, contestando que con las fuerzas que tenía el ejército podía ser abastecida aquella ciudad cuando se quisiera, pero siendo aquellas escasas para emprender operaciones importantes que dieran por resultado el término de la guerra, no se lograría más que lo que se había hecho en Irún; esto es, obtener una victoria con fuerzas inferiores á las del enemigo, sin resultado decisivo; que si se aumentaban el ejército y los recursos, se podría, no sólo desalojar á los carlistas atrincherados en la línea del Carrascal, sino perseguirlos, entrar con ellos en Estella y desmoralizarlos sin dejarles rehacerse, ni descansar, pudiéndose quizá ter-

(1) Es de advertir que este previsor general había ordenado al principio del bloqueo que no se dispusiese absolutamente de nada de los repuestos de la administración militar.

minar la guerra; porque al ocupar la línea del Carrascal habían cometido una gran falta militar, de la que era preciso aprovecharse. Preguntado si había algún plan para aquella operación contestó que sí; y al día siguiente, ante el presidente del Poder ejecutivo, el señor Sagasta, que lo era del consejo y el ministro de la Guerra, explicó cuál era la falta que los carlistas habían cometido y cuál el plan para hacérsela pagar cara.

Extendiéndose la línea carlista desde Estella, que formaba su derecha, por los montes de Esquinza, Puente la Reina, el Carrascal, Peñas de Unzué, sierra de Alaix hasta la carretera de Sangüesa, donde se apoyaba su izquierda, aunque era grande la extensión estaba fuertemente atrincherada y artillada, especialmente en Estella, en Puente y en el Carrascal. Sobre las obras de defensa que tenían en la carretera de Sangüesa, las noticias eran contradictorias. Dana, pues, consideraba en su plan que no podía atacarse de frente la línea enemiga, por el efecto que producía en los soldados el combatir contra un enemigo invisible; así que las operaciones en el Carrascal no habían de limitarse á forzar la línea y penetrar en Pamplona, sino que su objetivo debía ser ocupar por lo menos la línea del Arga, de gran importancia para los carlistas por los grandes recursos en víveres que sacaban de los valles de Aragon, Irati y sus afluentes, y para llegar á Estella é interior del país tenían que cruzar el Arga por Puente la Reina, de todo lo cual se les privaba apoderándose de la expresada línea; y al resultado material se uniría el efecto moral por las desconfianzas que se introducirían

en el campo carlista ó se aumentarían las que existiesen.

Las operaciones que se habían de ejecutar debían de ser estratégicas, como único medio de conseguir decisivos resultados, que son los que exige la guerra moderna.

En la creencia los carlistas de que las tropas liberales no entrarían en Pamplona, y no abandonando las posiciones que ocupaban para trasladarse á otras que ofrecieran mayores ventajas, tenían aquellas condiciones tales que envueltas y tomadas de flanco y de revés era difícil una retirada en buen orden, y el salvar su artillería; opinaba Dana, que «partiendo desde nuestra base del Ebro, el ejército tiene que ejecutar un cambio de frente estratégico á la izquierda, á eje fijo ó movable, según las circunstancias tácticas del curso de la operación, ó bien sea un movimiento sencillo doblando un ala estratégicamente. Nuestra derecha se ha de prolongar desde el Ebro hasta el Aragon, teniendo á Sangüesa como punto de aprovisionamiento, debiendo también ocuparse á Lumbier. En tres cuerpos deben dividirse los 40 batallones que componen el primero y segundo cuerpo, sacándose también algunos del tercero, si es posible, para emprender estas operaciones. El de la derecha, que debe partir de la base del río Aragon, se compondrá de dos divisiones, ó sean 16 batallones, dos ó tres baterías de montaña y dos regimientos de caballería. En el centro quedará una división (ocho batallones, lo menos) con caballería y artillería montada para amenazar de frente las posiciones del Carrascal, y las tropas restantes formarán el cuerpo de la izquierda.

»Una vez el cuerpo de la derecha sobre el Aragon, movimiento que no había de poder ocultarse, debía dirigirse al valle de Ibargoiti y carretera de Sangüesa á Pamplona, tanto para cerciorarse del número y disposición de las trincheras enemigas, como para inculcarles la idea de que por aquella parte se dirige el ataque; si de este reconocimiento y de las noticias que se adquirieran se tiene la seguridad de que los atrincheramientos enemigos se pueden envolver tácticamente, entonces lo que solo era un reconocimiento se convertirá en formal embestida; en caso contrario, se desistirá y se tomará con toda la rapidez que sea posible la línea de Irati, en la que ninguna trinchera han construído, dejando algunas fuerzas que anegacen el valle de Ibargoiti. Remontando la corriente de Irati por la carretera de Aoiz hasta el punto en que el general que manda este cuerpo conceptúe suficiente, ha de converger á la izquierda para envolver las posiciones y trincheras del valle de Ibargoiti; conceptuamos que bastará llegar á los pueblos de San Vicente y Ripodas, que distan unos tres kilómetros de Sangüesa, y tomar el pequeño valle de Izagan loa para caer al de Ibargoiti y seguir por él hasta Monreal para colocarse á retaguardia del Carrascal, dejando aseguradas las comunicaciones con Sangüesa, si no puede, una vez llegado á Monreal, comunicar con Pamplona, en cuyo caso ha de establecerlas con aquella plaza y cubrir la carretera del Perdon para cortar la retirada á la artillería enemiga.

»El movimiento de este cuerpo aislado hasta cierto punto y sin estar fuertemente

ligado por la izquierda con las tropas de Tafalla parece algo arriesgado, y efectivamente lo sería con otra clase de enemigos, pero no con los carlistas, cuya aptitud de combate es, en tésis general, para la defensiva y al amparo de las trincheras, que rara vez toman la ofensiva sino en nuestros movimientos de retirada, y que sus jefes no están acostumbrados á hacer maniobrar á sus tropas en los campos de batalla, sino á encerrarlas en sus múltiples trincheras, ni se oponen á los movimientos estratégicos si hay habilidad para ocultarlos.

»Desde Estella al valle de Unzué, el punto llave de la línea enemiga son la ermita de San Gregorio y los altos de Puente la Reina; tomados éstos, se cae de flanco sobre el Carrascal y se domina y cañonea á aquella población, á Mendigorria y ermita de Santa Bárbara; pero como para llegar á aquellos puntos es necesario pasar por las posiciones de Artajona y Añorbe, que están fuertemente atrincheradas, y no es posible tomarlas de frente ni envolverlas tácticamente, no nos hemos de obstinar por este lado en un ataque imposible; se ha de concretar á una seria amenaza y un fuerte cañoneo para tener en jaque la mayor parte de las fuerzas enemigas, debiendo hacerse lo mismo por la parte del pueblo, pues que el éxito de la operación lo decidirá el movimiento estratégico de la derecha.

»Siguiendo el principio de llamar la atención del enemigo sobre aquellos puntos donde no ha de ser atacado, y hacerle guarnecer toda su extensa línea, lo será también Estella, colocándose el cuerpo de la izquierda en Sesma y Lerin, haciendo reconocimientos

por las carreteras que conducen á Estella; estos movimientos y otros análogos que ejecutarán las tropas de Tafalla se han de efectuar en tanto que el cuerpo de la derecha se dirige á la línea del Aragon; el día en que hayan de emprenderse las verdaderas operaciones el cuerpo de la izquierda y el del centro, por medio de una concentración rápida y oculta, se han de dirigir á sus objetivos, que son Puente la Reina y Oteiza, y por sorpresa la carretera de Puente á Estella.

»Estos dos cuerpos deben hallarse dispuestos para emprender una vigorosa persecución en el caso de que, viéndose el enemigo envuelto y atacado por retaguardia abandone los atrincheramientos del Carrascal; las avenidas á Puente la Reina es terreno en que puede obrar la caballería; esta arma que vigila y guarda la espalda al ejército, asegura y mantiene libres sus comunicaciones y escolta los convoyes, se ha de encontrar en actitud de lanzarse al enemigo al menor síntoma de retirada ó de confusión que se observe en sus filas».

Agradó el anterior plan; se acordó que el duque de la Torre se pusiera al frente del ejército del Norte, aumentándole con 30 batallones de los formados con los quintos últimamente llamados á las armas, que se estaban organizando é instruyendo, y con alguno ya veterano, pues no se daba vagar el general Serrano Bedoya, que tan dignamente ocupaba el ministerio de la Guerra; y con los refuerzos que aquel ejército recibió se le dió nueva organización, consignada en la orden del día 8 de Diciembre (1).

(1) Véase documento número 20.

Al llegar el duque de la Torre á Logroño, le leyó y explicó el señor Ruiz Dana su plan en presencia del general en jefe, del ministro de Fomento y del brigadier señor Alberico, y queriendo el presidente del Poder ejecutivo saber la opinión del general Moriones, le citó á una conferencia en Calahorra, en la que nada definitivo se acordó; pero á los pocos días se verificó otra en Castejon, á la que asistieron el general La Serna, Moriones y Makenna, director de administración militar, que se hallaba revistando los almacenes de víveres, y Ruiz Dana, y en ella propuso el general Moriones una operación que era en la esencia semejante á la que dejamos expuesta, y que escrita tenía en su poder el duque de la Torre, y se convino en los primeros detalles, dejando los secundarios á la eventualidad de las circunstancias al momento de empezar las operaciones, que dificultaban en aquél un espantoso temporal de nieves y aguas.

Efectuada la restauración de la monarquía al emprenderse tan bien meditadas operaciones, se suspendieron; más empeorando la situación de Pamplona, vino á Madrid el general Dana á dar cuenta al Gobierno del estado de aquella plaza, y se determinó que, para mejor efectuar el ejército del Norte la importante operación de Carrascal, fuese reforzado con una división de el del Centro, mandada por el general Despujol que se puso inmediatamente en marcha.

DON ALFONSO AL FRENTE DEL EJÉRCITO.—
CONSEJO.—INSTRUCCIONES

LV

Iba reuniéndose en el Norte el ejército



más numeroso que España había puesto en campaña, lo cual prueba los elementos que había allegado el gobierno provisional, con los que confiaba terminar la guerra, y deseó el rey mandarlo. Reconcentráronse las fuerzas en los llanos de Peralta, sumando el primero y segundo cuerpo unos 40.000 hombres de todas armas, á los que revistó el 23, día de su santo, quedando el rey y el ministro señor Jovellar, altamente asombrados del brillante estado de aquel improvisado ejército, como lo manifestaron públicamente. Había dirigido S. M. el día anterior á los habitantes de las provincias Vascongadas y Navarra sendas alocuciones, diciendo á los primeros que pedía sacrificios para conquistar la paz que no querían admitir los enemigos á quienes combatía, esperando de la ayuda de Dios y del valor de las tropas vencer en decisivo combate; tocándoles á sus soldados, como veteranos, enseñarle á combatir y vencer, pues deseaba hacerse digno de los gloriosos Alfonso sus antepasados y tener ocasión de mostrar que lo era. Pintaba á los vascongados y navarros el estado de desolación del país por una guerra civil tan estéril como sangrienta, sostenida contra todo el resto de la nación, y añadía: «¿Qué motivos teneis para proseguirla? Si acudisteis á las armas movidos de la fé monárquica, ved ya en mí el representante legítimo de una dinastía, á la cual juraron en otro tiempo fidelidad eterna vuestros leales pechos, y que fué con vosotros lealísima hasta su pasajera caída. Si ha sido la fe religiosa la que ha puesto las armas en vuestras manos, en mí teneis ya un rey católico como sus antepasados, y en todas partes

recibido por los cardenales y los más piadosos prelados como el reparador de las injusticias que ha experimentado hasta aquí la iglesia, y una de sus más firmes columnas en lo porvenir. Soy, á la verdad, también, y seré siempre un rey constitucional; pero vosotros, que tan grande amor teneis á vuestras libertades venerandas, ¿podeis abrigar el mal deseo de privar de sus legítimas y ya acostumbradas libertades á los demás españoles? No lo concibo, ni espero.

»Todo, pues, me persuade á un tiempo de que no está lejano el día en que solteis de las manos las armas, que hoy esgrimiríais ya contra el derecho monárquico que jurásteis, contra la iglesia misma, representada por sus príncipes y prelados, y contra la patria.

»Soltadlas, y me evitareis el dolor de ver derramar en uno y otro campo sangre española. Soltadlas, y ayudareis así eficazmente á que recobre la opulencia de que tanto participásteis siempre, la fiel isla de Cuba. Soltadlas, y volveréis inmediatamente á disfrutar las ventajas todas de que durante más de 30 años gozásteis bajo el cetro de mi madre; y como por encanto renacerán la prosperidad y la alegría en vuestras montañas. Los hijos volverán instantáneamente al seno de sus padres; los frutos de vuestros sudores serán de nuevo sagrados, y en vez del estampido del cañon con que se os convida ahora, oireis por vuestros campos resonar el silbido de las locomotoras, que no ha mucho os brindaban constantemente con la riqueza y con todos los dones espléndidos de la civilización. Antes de desplegar en las batallas mi ban-

dera, quiero presentarme á vosotros con un ramo de oliva en las manos. No desoigais esta voz amiga que es la de vuestro legítimo rey.—Peralta 22 de Enero de 1875.—*Alfonso de Borbon y Borbon.*»

El 24 se reunió en Peralta, bajo la presidencia del rey consejo de generales, al que asistieron, Jovellar, La Serna, Moriones, Primo de Rivera (1), Ruiz Dana, Despujol, la Portilla, Tassara y Fajardo. El jefe de E. M. G. señor Ruiz Dana explicó sobre el mapa el plan ya acordado en Castejon, se rectificaron algunos detalles, y el mismo Ruiz Dana fué el encargado de redactar las siguientes

Instrucciones que se han de observar para las operaciones contra las líneas carlistas del Carrascal.

«Para emprender estas operaciones el ejército se divide en tres cuerpos. el primero y segundo que conservan su actual organización, y un tercero al mando de general Despujol, que se compondrá de los siete batallones que ha traído del ejército del Centro, la brigada Zenarruza del tercer cuerpo, los batallones de Soria, reserva núm. 9, el regimiento caballería de la Reina, tres baterías de ocho centímetros y una de 10 centímetros y una compañía de ingenieros que le dará el primer cuerpo, el batallón reserva núm. 23, dos escuadrones de Farnesio y una compañía de ingenieros del segundo cuerpo, componiendo todo un total de 14 batallones, seis escuadrones, ocho piezas de montaña que vinieron del Centro, 18 de ocho centímetros y cuatro de 10 centímetros, y dos compañías de ingenieros.

«El primer cuerpo se compondrá de 20 batallones, dos regimientos de caballería y 16 piezas de montaña, con tres compañías de ingenieros.

«El segundo cuerpo tendrá 20 batallones, dos regimientos y dos escuadrones de caballería, cuatro baterías de ocho centímetros de seis piezas cada una, otra de

(1) Que á petición de Moriones tomó el mando del segundo cuerpo que mandara antes don Cándido Pieltain.

10 centímetros con cuatro piezas, 12 piezas de montaña y cuatro compañías de ingenieros.

»Organizado así el ejército el día 26 del corriente, estará reunida en Tafalla la división Despujol, con las demás fuerzas que se le agregan: el primer cuerpo ocupará los cantones de Olite, Pitillas y Beire, y el segundo, que mandará á Tafalla la brigada Pino, ocupará las de Peralta, Falces y Andosilla.

»El día 27 el general Despujol con una brigada tomará el Pueyo, dejará otra en Tafalla en sustitución de la brigada Pino, y con el resto de sus fuerzas marchará á Artajona. El primer cuerpo permanecerá en sus cantones, excepto una división que protegerá el ataque contra el Pueyo y que volverá á pernoctar á su canton.

«En el mismo día, el general La Portilla con la brigada Arellana marchará de Peralta á Tafalla, reemplazándole en el primero de aquellos puntos una brigada de la división Fajardo para dar la guarnición á S. M. el rey; la otra brigada permanecerá en Falces. El día 28, el general Despujol se ocupará sin variar su canton, en recomponer las carreteras para tener expeditas sus comunicaciones, y en abastecer de víveres á sus tropas del primer cuerpo; una brigada ocupará á San Martín de Unx y las demás permanecerán en sus cantones, excepto las de Olite, que dejarán desocupados este pueblo. Del segundo cuerpo, la división Fajardo pasará á Olite y el general Tassara concentrará la suya en Lerin. En dicho día marchará S. M. y el cuartel general á Tafalla. El día 29 las tropas descansarán en sus respectivos cantones y se completará el aprovisionamiento.

»El día 30 el general Despujol continúa en Artajona y concluye el aprovisionamiento y recomposición de carreteras, si no hubiese terminado el día anterior.

»El primer cuerpo se concentra en San Martín de Unx, el segundo no ejecutará movimiento alguno.

»El 31 el general Despujol sacará todas sus fuerzas de Artajona y el Pueyo, hace con ellas un alarde y vuelve á los mismos puntos. El primer cuerpo avanza por Lerga sobre las líneas de Sangüesa y Lumbier; este movimiento lo protege el general La Portilla con una brigada de su división y otra de Despujol; ocupa las alturas de San Martín y regresa á pernoctar á Tafalla. El general Fajardo hace marchar á este punto una brigada que vuelve á Olite cuando el general La Portilla lo haga á Tafalla. El general Tassara pasa á Miranda del Arga.

»El 1.º de Febrero el general Despujol continúa, pero en mayor escala, su alarde de fuerzas, y deja en reser-

va la brigada Pino, á fin de que esté descansada para la operación del día siguiente. El primer cuerpo sigue su movimiento de avance sobre la retaguardia enemiga, hasta coronar la posición y alturas del valle de Urciti hácia el río Irati. Del segundo cuerpo las brigadas de la división Portilla que esté en Tafalla con la de Despujol, á la una de la tarde, emprenda su marcha al Ventorrillo que se encuentra en el cruce de carreteras, en la de Tafalla á Larraga, en donde hace alto: la brigada de Despujol desde el Ventorrillo con gran aparato de fuerzas, desfilando de á dos y dejando grandes distancias, se dirige á Artajona, procurando que su vanguardia entre de día para ser vista, y su retaguardia lo hagaya de noche; en el pueblo habrá gran movimiento para figurar la entrada de mayores fuerzas. Llegada ya la noche, sale con silencio y precauciones la brigada Pino, que ha de ir al Ventorrillo á unirse con su división. La división Fajardo, desde Olite, marcha también al mencionado Ventorrillo, al que no debe llegar antes de las cuatro ó cinco de la tarde. Al mismo punto debe marchar el general Tassara desde Miranda de Arga. Este cuerpo llevará en un carro un puente de madera para sustituir el que los carlistas han destruido en la carretera de Larraga, que no se debe echar hasta que sea de noche. También llevará otros cinco tramos para recomponer las cortaduras de la carretera. Una contraguerrilla de 80 hombres prácticos y conocedores del país, debe servir de guías al segundo cuerpo: desde Tafalla saldrá en este día á Larraga con el objeto aparente de cobrar las contribuciones, pero con el verdadero de circunvalar el pueblo y prohibir la salida de personas desde antes de oscurecer.

»El día 2 sale de madrugada del Pueyo la brigada Laso Despujol, y este general ataca con todas sus fuerzas las posiciones de Añorbe y Tirapu que son el objetivo del día. El primer cuerpo sigue la marcha en dirección á Astrain que también es su objetivo. El segundo cuerpo, con la seguridad de que el puente está echado, emprende su marcha desde el Ventorrillo á las dos de la noche, y sin entrar en Larraga, recoge las contraguerrillas y toma el camino de Oteiza por Muruzabal de Andion, y desde allí por caminos conocidos solo por los guías, se dirigirá la primera y segunda división á envolver y apoderarse de la ermita de San Cristóbal, punto desde el que se domina la carretera de Puente á Estella y por consiguiente á Lorca, que es su objetivo. La tercera división con el grueso de la artillería y caballería marcha por la carretera de Oteiza, pero sin apoderarse

de la población hasta que las otras dos divisiones estén en la ermita de San Cristóbal, quedando este cuerpo en Lorca y Oteiza, y ocupadas las ermitas de San Cristóbal y San Tirso, que deben ser atrincheradas. Si aquel día es posible se avanzará hasta Murillo y Lacar. Si en este día algunos de los cuerpos no pueden llegar á su objetivo, repetirán sus ataques en el siguiente y sucesivos, si no reciben órdenes en contrario. Los cuerpos Despujol y segundo estarán en comunicación por medio de su caballería.

»El día 3 el general Despujol por las alturas que hay entre Ucar y Eneriz, se dirigirá por las faldas del Perdon á envolver á Uterga y Obanos y caer á Puente la Reina, procurando por cuantos medios estén á su alcance apoderarse del puente sobre el Arga, y por las alturas de la derecha de Artazu darse la mano con el segundo cuerpo. Este desde Lorca ó desde donde se encuentre envolviendo las alturas de Alloz y Cirauqui después de atravesar la carretera de Puente á Estella, se dirigirá á los montes de Guirguillano con objeto de apoderarse de la ermita de Santa Bárbara; desde estas posiciones está ya á la vista del general Despujol. El primer cuerpo desde Astrain por el Norte del monte del Perdon procura ponerse en comunicación con el general Despujol, y conseguido este objeto se dirigirá á Belascoain para pasar el puente del mismo nombre y apoyar corriéndose hácia Guirguillano los movimientos de los otros cuerpos.

»Peralta 24 de Enero de 1875.—El general jefe de E. M. G., *Pedro Ruiz D'na*.—Es copia del original.

ALOCUCIONES.—SITUACIÓN DE LOS CARLISTAS.—
OPERACIONES PARA LEVANTAR EL BLOQUEO DE
PAMPLONA.

LVI

Para desvirtuar el efecto que pudiera producir en el ejército carlista la proclamación de don Alfonso, expidió Mendiry en Puente la Reina el 8 de Enero una enérgica proclama deprimiendo la restauración y alentando el valor de los soldados.

Don Carlos, dos días antes, había publicado por el mismo motivo esta alocucion:

«¡ESPAÑOLES! La revolución que vive de la mentira, al proclamar rey de España á un príncipe de mi familia, pretende absurdas reconciliaciones con la monarquía y la legitimidad.

La legitimidad soy yo. Yo soy el representante de la monarquía en España.

Y porque lo soy, rechacé con soberana energía las proposiciones indignas que los revolucionarios de Setiembre osaron presentarme antes de consumir su obra de deslealtad nefanda.

Desde entonces sabe la revolución que yo no puedo ser su rey.

Jefe de la Augusta familia de Borbón en España, contemplo con honda pena la actitud de mi primo Alfonso, que en la inexperiencia propia de su edad consiente ser instrumento de aquellos mismos que á la vez que á su madre le arrojaron de su patria entre la befa y el escarnio.

Sin embargo, no protesto. Que ni mi dignidad ni la de mi ejército permiten otro género de protestas que las formuladas con elocuencia irresistible por la boca de nuestros cañones.

La proclamación del príncipe Alfonso, lejos de cerrarme las puertas de Madrid, ábreme por el contrario el camino á la restauración de nuestra patria querida. Porque no impunemente se ataca á la altivez española por un nuevo acto de pretorianismo; porque no en vano se hallan armados mis invencibles voluntarios; porque los que supieron vencer en Eraul y Alpens y Monte-Jarra y en Castellfullit y en Somorrostro, y han sabido vencer en Abarzuza y Castellon y en

Cardona y en Urnieta, sabrán evitar una nueva vergüenza á la magnánima España, y un nuevo escándalo á la Europa civilizada.

Llamado á matar la revolución en nuestra patria, la mataré, bien ostente la ferocidad salvaje de la impiedad más descarada, bien se oculte y se envuelva en el manto hipócrita de simulada piedad.

¡Españoles!

¡Por nuestro Dios! ¡Por nuestra España! Yo os juro que fiel á mi santa misión, sostendré sin mancha en mis manos nuestra gloriosa bandera. Ella simboliza los salvadores principios que son hoy nuestra esperanza y serán mañana nuestra felicidad más colmada.—Vuestro rey, *Carlos*.

De mi Cuartel Real de Deva á 6 de Enero de 1875.»

No todos los carlistas participaban de la misma entusiasta seguridad, porque no era verdaderamente muy halagüeña su situación. La quietud en que hacía tiempo estaban aquellas fuerzas era enervante para ellas, y cundía en sus filas la inmoralidad, la indisciplina, la insubordinación y el desorden; aquella juventud quería mejor pelear que estar ociosa. Entre los ejemplos que podíamos citar, se halla el que daba el regimiento de Borbón, en el que la abundancia de desertores llamó la atención del general en jefe, que lo era Mendiry: pidió con este motivo la supresión de los cuerpos centralizados, á cuyo sostenimiento se negaban las diputaciones, para atender mejor á los demás cuerpos, casi abandonados, y siguiendo así dos ó tres meses más, «se manifestará con

cualquier pretexto una insurrección» (1). No era, en efecto, posible sostener la disciplina, estando unos cuerpos regularmente pagados y los demás desatendidos. Se hacía una excepción de la artillería.

Se descentralizaron algunos cuerpos, pero no se ordenó el descuento que propuso Mendiry para atender á los desnudos castellanos, que tanto heroísmo habían mostrado siempre y con tanta abnegación sufrían toda clase de privaciones, por lo que todos los vascongades y navarros se prestaron hasta con entusiasmo al descuento que se les recomendó para atender á sus compañeros de armas. No por esto se remedió por completo la precaria situación de las fuerzas carlistas, aun cuando ocupaban las más el país más abundante en producciones de toda especie; pero si no estaban agotados los recursos, escaseaban.

Bien comprendía Mendiry y la mayor parte de los carlistas que la conquista de Pamplona era imposible, y que había que fijar en otros puntos la atención. No dejaron de proponerse varios planes, y no era acertado el de Cavero, de fortificar y guarnecer San Cristóbal de Mañeru para defender en todo evento la línea aquende el Arga.

Iba en tanto Mendiry reuniendo fuerzas para hacer frente á las que el enemigo preparaba, dejando de hacerlo las vizcainas pretextando que en Bilbao las tenían los liberales de consideración; y al saber que Moriones preparaba un cuerpo de ejército en Olite y Tafalla para dirigirse por la parte de San-

(1) Carta de Mendiry al general Elío, ministro de la Guerra.

güesa á Pamplona, rebasando la línea carlista por su extrema izquierda y á más de cuatro leguas de sus posiciones, envió á los brigadieres Yoldi y Lerga con cinco batallones y cuatro compañías del quinto de Navarra, á la parte de Aybar á disputar el paso, siéndole imposible desprenderse de mayor fuerza, porque con 13 batallones que le quedaban tenía que cubrir la línea de Puente á Carrascal, sobrado extensa, y con grandes fuerzas enemigas á su frente.

El primer cuerpo, como vimos, tenía la misión de envolver la sierra de Alaix para caer sobre la retaguardia enemiga, ejecutando su marcha por San Martín de Unx, Lerga, Eslaba, Aybar, y atravesando los desfiladeros de las sierras de Izaga y Alaix, dirigirse á Astrain. Este era en efecto el objetivo de su movimiento, para desde aquí, «por el Norte del monte del Perdon, procurar ponerse en comunicación con el general Despujol, y conseguido este objeto se dirigiría á Belascain para pasar el puente del mismo nombre y apoyar, corriéndose hácia Guirguillano, los movimientos de los otros dos cuerpos» (1).

Emprendió el 30 la marcha el general Moriones desde Tafalla á San Martín de Unx, donde quedó aquella noche con diez batallones del primer cuerpo, diez piezas de montaña, un regimiento de caballería y el parque móvil; el general Catalán con los diez batallones restantes, seis piezas de montaña y un regimiento de caballería en Caseda: el general Primo de Rivera con la división

(1) Últimas líneas de la instrucción del 24 de Enero que publicamos en el capítulo anterior.

Portilla del segundo cuerpo en Tafalla; la división Fajardo del mismo cuerpo en Olite; el general Tassara con cuatro batallones en Lerin; el general Despujol con diez del tercer cuerpo en Artajona, y la brigada Laso, fuerte de cuatro batallones, en el Pueyo.

El día 31 fué Moriones por Lerga y Es-laba á pernoctar á Leache, Sada y Aybar; Catalán se dirigió desde Caseda con una brigada por Sada á practicar un reconocimiento á los montes de Avinzano, y el coronel Navascués, con cinco batallones por Aybar, con igual objeto, á los de Olaz é Izca. Cuando Moriones llegó á Leache á las dos de la tarde, recibió aviso de Catalán y Navascués de que algunos batallones carlistas atrincherados en dichos montes en las obras que estaban construyendo hacía cuatro días, le oponían una resistencia seria (1). Ordenóles en su consecuencia retirarse á pernoctar en Sada y Aybar respectivamente.

La Portilla se había situado en la madrugada del 31 en la parte de Olleta en las cumbres que dominan á San Martín de Unx y Lerga, con el doble objeto de proteger la marcha del primer cuerpo y fijar la atención del enemigo sobre su extrema izquierda, y en ese mismo día, Primo de Rivera, con la división Fajardo, avanzó hasta la altura del Pueyo maniobrando en las estribaciones del Unjué, protegiendo así el movimiento del primer cuerpo (2).

(1) En este reconocimiento las dos brigadas mandadas por el general Catalán, tuvieron cuatro muertos y 18 heridos, y gravemente herido el caballo del general.

(2) En Tafalla había pedido Primo de Rivera á sus

Este ocupó el 1.º de Febrero los montes de Avinzano é Izco, cuyas trincheras abandonaron los carlistas al ver los movimientos envolventes de los liberales.

A la una de la tarde, cuando ya estaban dadas las órdenes para avanzar sobre la sierra de Izaga por Sangarin y Lecaun, pasando por Izco y Avinzano, avisó un confidente á Moriones que tres batallones carlistas que había en Monreal y Salinas de Monreal con avanzadas en Idocin, y otros cuatro que estaban en la parte de Leoz, ó en las vertientes de la sierra de Alaix, decían públicamente jefes, oficiales y soldados, que si Moriones llegaba aquella noche á dormir á Monreal, ellos marcharían hasta las inmediaciones de Estella; y dice el mismo general Moriones (1): «y como este movimiento naturalmente había de ser causa de que el segundo cuerpo encontrara un seria resistencia en Esquinza, el general Moriones dió conocimiento al general Terrero, jefe de E. M. comunicándole al propio tiempo las órdenes para acampar sobre los montes de Izco y Avinzano, disponiendo además que las fuerzas del general Catalán que ocupaban el último de los montes citados, ó sea la extrema izquierda del primer

soldados dos días de sufrimientos y ciega obediencia para llegar á la paz, diciéndoles además: Alguno de los cuerpos del ejército logrará, no lo dudeis, colocarse en situación que haga al enemigo imposible su defensa é inútiles sus trabajos de trinchera, que no tomaremos de frente». Recomendó que no se derramara más sangre que la precisa, y se respetara la propiedad, porque todos eran españoles.

(1) Memoria sobre las operaciones del Carra-cal para levantar el bloqueo de Pamplona desde el 30 de Enero, al 4 de Febrero, ambos inclusive.—*Inédita*.

cuerpo, ejecutasen un movimiento de flanco hacia los montes de Sabaiza para convencer al enemigo que el propósito de las tropas era decididamente atacar la sierra de Alaix. Aun cuando la determinación de acampar sin verificar el paso del desfiladero retrasaba el movimiento del día 2, el general Moriones no titubeó en llevarla á cabo, porque la confianza que le inspiraban la disciplina y excelente espíritu de las tropas que tenía la honra de mandar, le daba la seguridad de vencer los obstáculos, y exigiéndoles un sacrificio, el de llegar con oportunidad á la batalla del día 2, si esta tenía lugar, ó el de ocupar su puesto en caso contrario. Sin embargo, esta determinación la confió el general Moriones á los generales Terrero y Colomo, al segundo jefe de E. M. coronel Pacheco y coronel Navascués, quienes comprendiendo que ante todo era preciso dejar libre al segundo cuerpo el camino de Esquinza, aprobaron el pensamiento.»

El segundo cuerpo, cumpliendo las instrucciones, vivaqueó este día 1.º en el bifurque de las carreteras de Artajona á Miranda de Arga, y Tafalla á Larraga. Este movimiento y la llegada del rey á Artajona, hizo creer á los carlistas un ataque por el centro de su línea, afirmándoles más en esta creencia el movimiento de Despujol. Desde las tres de la noche, los ingenieros del segundo cuerpo se ocuparon en echar un puente de cabalotes sobre el barranco cerca de Larraga en la carretera que debían seguir las tropas, pues el ponton estaba destruido y no era prudente componerlo hasta el último momento, porque

no se apercibiese de la operación el enemigo (1).

El segundo y tercer cuerpo cumplieron las instrucciones: en cuanto al primero ya vimos que acampó, y las razones porque lo hizo, en los montes de Izco y Avinzano, en lugar de avanzar «hasta coronar la posición y alturas del valle de Unciti, hácia el operario Irati.» como prevenían las citadas instrucciones.

Ciñendose á ellas el segundo cuerpo, emprendió la marcha á las doce de la noche, y no habiendo sido posible, como vimos, habilitar el paso del puente, desfiló por la rampa la columna de vanguardia sostenida por la división de la Portilla y seguida de la de Fajardo. El paso fué difícil por la oscuridad, lo profundo del barranco, la tierra removida y la poca anchura de la rampa, que escasamente dejaba el paso á dos hombres de frente; ejecutóse al fin; continuó la marcha á través de los campos, sirviendo de guías la contraguerilla de Navarra, en la que sólo había uno ó dos buenos conocedores del terreno, y antes de amanecer se tomó por sorpresa la ermita de San Cristóbal. Amenazando de frente la primera división mientras la segunda envolvía la izquierda, las posiciones del monte Esquinza fueron conquistadas sin resistencia por abandonarlas sus defensores. Debieron haber estado más atendidas, por-

(1) La cortadura era de consideración; tenía 9 metros de luz por 3,50 de profundidad, y la oscuridad de la noche retardó el trabajo de tal modo, que vista la imposibilidad de terminarlo para la hora fijada, se practicó una rampa para que pasase la infantería de vanguardia y habilitar de día el paso para la artillería rodada y los carros de provisiones.

que el jefe de la partida sobre Larraga avisó en la noche del 1.º que «el cojo de Cirauqui con sus fuerzas, pasando por el vado, había entrado en el pueblo de Bervinzana (1), circunvalándolo para que nadie saliera y racionándose para dos días *lo que me hace presumir que tiene algún proyecto sobre nuestra línea*»; y poco después, dijo: «Son las doce de la noche, hora en que está pasando por Larraga en dirección de Oteiza la columna enemiga, que en mi oficio de las nueve le anunciaba estaba acampada en la carretera de Larraga á Tafalla.» Bastaban estas partes para haber asegurado los carlistas la posesión de Esquinza, cuya defensa estaba encomendada á Iturmendi, con escasa fuerza.

Ya de día y habilitado, aunque no por completo, el puente, la tercera división de aquel cuerpo, mandada por el general Tasara, precedida del cuartel general y con la caballería y artillería montada, se dirigió por la carretera de Oteiza, llegaron sin dificultad momentos después de haberla abandonado el enemigo.

Aseguró el jefe del segundo cuerpo, general Primo de Rivera, las comunicaciones con Oteiza y Larraga, dió un descanso necesario á sus tropas, fatigadas con la marcha de noche por terrenos tan quebrados, dejó después la primera división en monte Esquinza, descendió con la segunda y una batería de montaña á posesionarse de los pueblos de Lorca y Lacar, sin más que un ligero combate de tiradores y algún disparo de cañón, y por la tarde llegó la artillería

(1) Fué en Larraga.

montada, y dispuso se quedase en monte Esquinza por no poderla utilizar en el valle por ser pequeño el campo de tiro, en la imposibilidad además de continuar al día siguiente por los caminos tan quebrados que había de llevar el segundo cuerpo: se consideró como un estorbo; distraería fuerzas para guardarla, y en Esquinza podía ser útil para batir la carretera de Puente á Estella, y los pueblos de Cirauqui y Mañeru que desde San Cristóbal se dominan.

El resto de la tarde del 2 se pasó cruzándose tiros las avanzadas; se tomaron precauciones, ocupando las alturas de la izquierda y frente de Lorca, en las cuales se atrincheró alguna fuerza y se establecieron en la población guardia y retenes que vigilasen por la noche. También se mandaron poner avanzadas en Lacar, y principalmente en la ermita que hay camino de Alloz; así como aspillerar casas y levantar barricadas en las calles.

El tercer cuerpo que guiaba Despujol, siguiendo las instrucciones, debía atacar con todas sus fuerzas las posiciones de Añorbe y Tirapu, que eran su objetivo; así lo hizo, después de atravesar el quebrado terreno de Negueas; pero al medio día, no pudiendo adelantar más su artillería montada, y no siendo prudente avanzar demasiado por las respetables fuerzas enemigas que tenía á su frente, retiró á Artajona toda su artillería montada, y con la de montaña y la infantería se sostuvo en sus posiciones, llamando sobre sí la atención de los carlistas, retirándose al oscurecer á Artajona.

Como se ve, el general Despujol tampoco

pudo cumplir las instrucciones, si bien no por su culpa. Si se hubiera efectuado el ataque por Astrain, los carlistas hubieran tenido que distraer fuerzas, y no hubieran cargado tantas sobre aquella división, la más débil del ejército (1).

El primer cuerpo emprendió la marcha al amanecer del 2, viéndose en la necesidad de envolver la sierra de Izaga y atender á su retaguardia observada por dos batallones

(1) Dice á este efecto la Memoria antes citada: «El tercer cuerpo debía observar atentamente antes de amanecer desde Artajona, para descubrir una hoguera en la ermita de San Cristóbal, que sería la señal de haber llegado el segundo por sorpresa y sin novedad á la posición del monte Esquinza. Si efectivamente la señal tenía lugar, el general Despujol avanzaría sobre Añorbe, apreciando las circunstancias en que se encontrara; pero teniendo presente que si el segundo cuerpo empeñaba la batalla en su marcha á la ermita de Santa Bárbara de Mañeru, tenía también el deber de avanzar á todo trance sobre las posiciones de su objetivo, Añorbe y Tirapu que dominan la carretera que pasa por Eneriz. Si por lo que oyera ó viera, tanto en el segundo cuerpo como en las fuerzas enemigas, las circunstancias le impidiesen el ataque obligándole á retirarse, daría inmediatamente aviso al segundo cuerpo para que éste lo tuviera presente, y comprendiendo por tanto que el movimiento iba ya atrasado, tomara todas las precauciones consiguientes á una situación expectante y defensiva. Habiendo preguntado al general Despujol de qué medio podría valerse para dar él mismo aviso al primer cuerpo, el general Moriones contestó que no había necesidad de dar aviso, porque su cuerpo, procurando vencer en cuatro días de marcha todos los obstáculos que el enemigo le opusiera, trataría de acudir á un punto determinado, desde el cual no sólo estuviera en condiciones de poder llegar á Astrain, sino de ver y apoyar el movimiento del tercer cuerpo; pero consignando que si éste no atacaba ni llegaba á las posiciones de Añorbe, el primero no iría á Astrain, quedando por consiguiente en completa libertad de elegir la situación que las circunstancias le aconsejasen y creyera más conveniente.»

nes carlistas. A pesar de lo penoso y difícil de su marcha, pues hubo momentos que tenía 15 batallones fuera de la carretera, el general Moriones llegó á la una de la tarde con siete batallones, una batería y un regimiento de caballería á la bifurcación de las carreteras de Monreal á Pamplona y Tafalla, punto distante de Noain unos 800 metros, colocando un batallón y un escuadrón en este último pueblo, y el resto de la fuerza en posición á derecha é izquierda de dicha bifurcación. También mandó un escuadrón á Pamplona con órdenes al general Andía para que montando las guardias los voluntarios salieran inmediatamente todas las fuerzas disponibles de infantería y caballería protegidas por el escuadrón que llevaba la orden, á ocupar los pueblos de Zizur. A las dos de la tarde se incorporó el general Colomo con otros siete batallones, cuatro piezas de montaña y tres escuadrones, que fueron situados: dos batallones á retaguardia de los que estaban á la derecha de la bifurcación de la carretera, cinco, las cuatro piezas y tres escuadrones á las órdenes del coronel Navascués en Cordovilla, y el general Catalán con seis batallones, una batería, un escuadrón y el parque móvil cubría la retaguardia, que iba observada por los dos citados batallones carlistas.

«Un ayudante del general Andía, dice la Memoria, vino de Pamplona á manifestar al general Moriones, que algunas fuerzas habían marchado ya con la caballería á Zizur, y que se estaban relevando las demás para seguir inmediatamente á aquellas; que en Zizur no había novedad, pero que en toda

la cordillera del Perdon se veían muchas fuerzas carlistas cada vez más numerosas; que el general le había prevenido advirtiese que en los últimos ocho días, hasta el 1.º de Febrero inclusive, habían tenido trabajando más de 2.000 hombres sobre el Norte del Perdon en las posiciones que dominan la carretera de Astrain; siendo de tal naturaleza las fortificaciones de tierra, que desde Pamplona se descubrían, que consideraba imposible el paso del ejército por aquel punto, ó por lo menos difícil si los carlistas lo defendían.

»Esta grave noticia, que tanto contrariaba al general Moriones, no le sorprendió, sin embargo, pues la tenía prevista, y así se lo había manifestado al jefe de E. M. el general Terrero. Noain era la llave de la operación del primer cuerpo hasta que el tercero llegase á Añorbe, Tirapu, Olcoz y Muruarte, y por consiguiente de toda la sierra de Alaix: desde Noain es el camino más corto para subir á la sierra del Perdon, porque sabido es que esta sierra forma un ángulo saliente en Arlegui y Subiza, distantes 5 y 8 kilómetros respectivamente de aquel punto.

»Situadas las fuerzas del primer cuerpo desde Zizur á Noain, las facciones no podían intentar nada contra el tercero porque quedaban cortadas; bien que el primero saliera á la sierra del Perdon por Arlegui y Subiza, que era donde menos fuerzas tenían, bien que tomando la dirección de la carretera por la venta de las Campanas y Tiébas cayese sobre Muruarte y la retaguardia de Añorbe por la carretera de Eneriz; y si el enemigo

abandonando las posiciones de Añorbe trataba de ganar por la sierra del Perdon los caminos de Astrain para los puentes de Ibero y Belascoain, el primer cuerpo tenía suficiente tiempo para adelantarse y obligarle á aceptar la batalla entre Zizur Mayor y Astrain, de 13 á 15 kilómetros distantes de Noain.

»Desde la llegada de las primeras fuerzas del primer cuerpo á la bifurcación de las carreteras, se observó que masas enemigas de gran consideración se movían al parecer en ademan hostil contra él; las posiciones que éste ocupaba de Noain por Cordovilla á Zizur, le daban la más completa seguridad, no sólo de resistir un choque, áun cuando fuera de todas las facciones, sino que las probabilidades le eran favorables, porque el terreno por donde tenía que avanzar el enemigo era despejado y podía maniobrar con holgura la caballería.

»A las cuatro y media de la tarde el general Moriones adquirió el profundo convencimiento de que el segundo cuerpo no había avanzado sobre Santa Bárbara de Mañeru, y de que el tercero no atacaba ya en aquel día las posiciones de Añorbe, dudando además que el segundo cuerpo hubiera podido vencer los obstáculos que el enemigo presentaba en la ermita de San Cristóbal; por consiguiente, perdido ya el movimiento de sorpresa del día 2, era preciso pensar en lo más conveniente para el movimiento del día 3.

»Dadas las fortificaciones que el enemigo había construido en la parte norte de la sierra del Perdon sobre la carretera de Astrain,

el primer cuerpo quedaba en muy malas condiciones para el día 3 si avanzaba hasta Astrain, porque si el enemigo persistía en defender sus fuertes atrincheramientos de la línea del Norte del Perdon, sería muy difícil apoyar el tercer cuerpo desde Astrain, pues detenido el primero con pocas fuerzas, podía el enemigo caer con todo el grueso de las facciones sobre el tercero: era por tanto indispensable no abandonar á Noain, dado que sólo desde este punto podía el primer cuerpo estar en buenas condiciones para todo lo que tuviera que hacer el día 3, cualquiera que fuera la determinación del enemigo en aquella noche (1)».

Teniendo presente el general Moriones

(1) Y continúa la memoria: «Además de estas poderosas razones, existía la de que el primer cuerpo estaba sin raciones por haberlas consumido en los cuatro días de operaciones que llevaba, esto es, el 30 y 31 de Enero y el 1 y 2 de Febrero, habiéndole sido imposible por sus marchas, siempre por desfiladeros, tomar más provisiones que las que había podido llevar consigo, distribuidas á los soldados y en las acémilas. Las fuerzas del primer cuerpo habían almorzado el día 2, pero con seguridad no tenían que cenar para este día, ni qué comer para el 3. Los pueblos de las inmediaciones de Pamplona estaban poco menos que saqueados por los carlistas, y solo en la capital podía amasarse el pan necesario y matar el ganado que el primer cuerpo había recogido en su marcha, tanto para la tropa como para la población de Pamplona. La situación de este cuerpo era insostenible, no solo por encontrarse á retaguarda de las líneas enemigas, sino también por la escasez de víveres que había en Pamplona: era, pues, imprescindible que el día 3 quedaran abiertas las comunicaciones con el tercero, y esto si el enemigo persistía en defenderse en la línea del Perdon, solo podía conseguirse ocupando el primer cuerpo Noain, Cordovilla y Pamplona, para poderse racionar y marchar á buena hora donde las circunstancias le aconsejasen».

únicamente las razones que dejamos consignadas en nota, estableció una división en Noain, Cordovilla y Tajonal, dirigiéndose con el resto de las fuerzas á Pamplona y dejando situadas en Zizur 700 hombres de la guarnición y dos escuadrones con orden de vigilar los caminos de Astrain. Antes de partir dió esta alocución, dirigida á la vez que á los soldados, á los vecinos de Monreal, entre los que no faltaría quien fuese á dar cuenta de ella á los carlistas.

«Soldados: Treinta batallones y 80 piezas de artillería mandadas por el rey están librando una batalla en el Carrascal. Tres leguas nos separan de nuestros compañeros; ayudadme y los atacaremos por retaguardia para concluir con ellos. Animo, pues, muchachos, y demostrad que sois tan sufridos para las fatigas de la marcha como bravos en el combate. ¡Viva el primer cuerpo de ejército!»

Las instrucciones ordenaban para el día 2 que el primer cuerpo «siguiese la marcha en dirección de Astrain, que era su objetivo»; pues á este movimiento estaban subordinados los de los demás cuerpos. La marcha á Pamplona, ni estaba indicada, ni era necesaria, pues para ir á Astrain, se formaba desde Noain un triángulo, cuyo vértice era Pamplona, y siguiendo de Noain á Astrain se trazaba una recta de mucho menos de la mitad de distancia. Otro general que no hubiera dado tantas pruebas de valor y aun de heroísmo como el general Moriones, podría temer el paso del Perdon, no el general que había sabido en más de una ocasión vencer tal obstáculo, y al que nunca arredraron po-

siciones como las de Velabieta, y atrinchamientos como los de Somorrostro.

Exponemos, cumpliendo con nuestro deber, las razones en que se funda el general Moriones para no haber seguido el día 2 desde Noain á Astrain, y hasta las admitimos como buenas; pero no podemos tampoco menos de exponer que la no ocupación de Astrain en aquel día tuvo terribles consecuencias, aun cuando no fuera solo el responsable aquel general, que confiaría, como no podía menos, en la pericia y vigilancia de los demás jefes más ó menos subalternos.

Libre Astrain el día 2, se dejó á los carlistas expedito el paso del Arga por los puentes allí próximos, y es fama que, cuando aquella noche estaba pasando por ellos la artillería, se avisó á Moriones tan importante novedad, sin que hiciera caso. La artillería gruesa carlista, sin tropa que la custodiase, emprendió su retirada á las once de la noche, pasó por Legarda, subió al Portillo ó Perdon, bajó á Astrain, tomó la carretera hácia Irúrzun, llegó al puente de Ibero, que anticipadamente tenía orden de volar el partidario Mendizábal, y que por casualidad no le voló, y por Echauri y Salinas se salvó todo aquel tren en Abarzuza, considerándose aquella salvación como milagrosa y tributándose grandes elogios á los que la consiguieron (1).

(1) Dice respecto á la artillería carlista la Memoria que hemos citado: «En el consejo de generales celebrado en Peralta, se trató de la artillería enemiga, conviniéndose en que no debía preocupar á los generales sino tenía lugar la batalla del día 2, y obtenida la victoria llegaban todos los cuerpos á sus respectivos objetivos, ó

No sabiéndose nada en la madrugada del 3 del primer cuerpo; no viéndosele por los altos de Gairguillano, ni oyéndose fuego, se paralizó el movimiento de avance.

Después de haber recibido Moriones, el día 3, las noticias que confirmaban el abandono de las líneas del Perdon por los carlistas, emprendió el primer cuerpo la marcha por Astrain á las alturas del Norte del Per-

sean, el segundo á Santa Bárbara de Mañeru, el tercero á Añorbe y Tirapu y el primero á Astrain, porque habiendo tenido el enemigo cuatro meses de tiempo para preparar caminos, no era ya posible el podersele coger. Si el primer cuerpo en la tarde del 2 hubiera marchado á Astrain, claro está que dejaba libre la carretera que desde Puente por Eneriz y las Ventas de las Campanas pasa por Noain á tomar después la de Monreal y Lumbier, siguiendo desde este punto por Urroz á la de Huerta para el puerto de Velate. Aun cuando el primer cuerpo se hubiese creído en condiciones de ocupar Noain y Astrain, lo cual hubiera sido una imprudente temeridad, pues el enemigo sin quebrantarse estaba en excelente disposición para caer con todo el grueso de sus fuerzas sobre uno de sus flancos, sin que el otro le pudiera auxiliar, les quedaba también á los carlistas el puente de Puente la Reina, teniendo desde allí un camino abierto hasta Artazu, desde cuyo punto existe el camino viejo llamado el de Zumalacarregui, por donde los carlistas conducían su artillería gruesa en la guerra civil anterior para atacar á Puente la Reina, y además la calzada que sale de Cirauqui y pasa por Arzoa á buscar la carretera de Arizala, calzada por la que siempre han transitado carretas; por otra parte, el país les hubiera ayudado con todos sus recursos, y disponiendo del tiempo que tenían los carlistas, sobre todo después de la retirada del general Despujol á Artajona, claro es que por la movilidad de la artillería moderna, hubieran salvado la suya aun sin tener los caminos indicados; y por último, para conseguir este objeto, su ataque á Lacar y Lorca hubiera sido más vigoroso, ya porque la necesidad se lo imponía, cuando por contar con los cinco batallones que habían empleado para proteger el paso de la artillería por Astrain, haciéndoles marchar hasta Echauri y Salinas de Oro, en cuyo punto los situaron».

don, á donde las guerrillas llegaron antes de las diez de la mañana. El coronel Navascués con su brigada, se situó sobre Belascoain, reconociendo el puente, que estaba útil, y sin fuerzas enemigas que lo defendiesen. Entre doce y media y una de la tarde, supo el general Moriones por una partida de caballería que había marchado sobre Ucar, que las fuerzas de Despujol no habían llegado á Añorbe: un paisano procedente de Puente le avisó que las tropas del segundo cuerpo estaban en Lorca, y que fuerzas carlistas ocupaban á Puente la Reina. Y dice la *Memoria*: «Lo avanzado de la hora, que hacia ya muy difícil ó casi imposible la marcha por Belascoain, tanto por los desfiladeros y bosques que tenía que recorrer, como por las formidables posiciones que debía atravesar, decidió al general Moriones á marchar sobre Puente la Reina, dejando una brigada en el norte del Perdon, ó sea en las fortificaciones carlistas sobre Astrain, entrando su vanguardia poco después de la tarde en Puente. A la llegada del general, el ayuntamiento manifestó que el jefe de las fuerzas carlistas acababa de hacerle saber que tenía orden de defender á todo trance el paso del puente. Tomadas las disposiciones convenientes, se rompió el fuego de artillería desde San Marcial por la brigada Navascués, verificando el paso del puente el general Catalán con la brigada Cortijo. La resistencia que el enemigo ofreció fué débil, pero demostró su resolución de defender las posiciones de Santa Bárbara de Mañeru, el pueblo de Artazu y la ermita de Santa Cruz del mismo. Asegurada la posesión del otro lado de Puente

TOMO III

la Reina, se dispuso un reconocimiento sobre las posiciones de Santa Bárbara, verificándolo con las compañías de Zamora el coronel comandante de E. M. don Adolfo Rodríguez y Bruzon (1), protegido por el resto del regimiento. Este jefe se adelantó hasta un tiro corto de las trincheras, adquiriendo el convencimiento de que estaban defendidas por fuerzas carlistas, y de que otras defendían á Artazu y la ermita de Santa Cruz. Ya empezaba á oscurecer cuando el general Despujol se presentó al general Moriones en el puente de Puente la Reina, y como para atacar en buenas condiciones las posiciones de Santa Bárbara era precisa la artillería rodada, se determinó que las tropas se alojaran y racionaran con las 15.000 raciones cogidas á los carlistas, y se extendieron las órdenes por escrito para la batalla del día 4, enviando un oficial de E. M. con una escolta á que diese cuenta al general en jefe de la situación del primero y tercer cuerpo, y de que á la mañana siguiente iba á darse la batalla por Artazu y los montes de Guirguillano para envolver á Santa Bárbara de Mañeru (2)».

(1) Se dijo que llegó ó pudo llegar una compañía de Zamora hasta la ermita, ó cerca de ella; y si no lo hizo, pudo hacerlo.

(2) «El objetivo del día 3 para los tres cuerpos eran los montes de Guirguillano para envolver la ermita de Santa Bárbara y de Mañeru. El segundo cuerpo debía verificarlo por Alloz, el tercero por Puente la Reina y Artazu, y el primero por Belascoain; pero el primero y el tercero debían á todo trance ponerse en comunicación antes de emprender el movimiento del paso del Arga; porque en el consejo de generales se declaró que la marcha por Belascoain del primer cuerpo no era posible

Si bastó sólo la aproximación del primer cuerpo para que los carlistas abandonaran las posiciones del Perdon, lo mismo y aún mejor que el día 3 las habrían abandonado el 2, aunque les hubiera sido más difícil el paso del Arga.

Admitimos cuanto se dice en defensa del general Moriones, á quien nosotros no combatimos, pues sólo exponemos con más ó menos detención unos hechos que tienen en sí grande importancia por las graves consecuencias que le siguieron, y así como presentamos sus razones, es justo también exponer las contrarias, no ménos atendibles.

Es evidente que tampoco en este día 3. prescindiendo nosotros de las causas, se cumplieron las instrucciones, que marcaban que por el Perdon se pusiera el primer cuer-

sin que el tercero lo verificase simultáneamente por Puente la Reina y Artazu.

»Fácilmente se comprende por lo que queda dicho, que en el caso de que el segundo cuerpo llegase al monte Esquinza, ó sea la ermita de San Cristóbal, al amanecer, sin que el enemigo se apercibiese, el regulador de la operación del día 2 era el segundo cuerpo, pues era evidente que engañado aquel, había situado todas sus fuerzas á la izquierda del Arga, debiendo por lo tanto el tercer cuerpo encontrarse con el grueso de las facciones en las posiciones que debía atacar, y que las marchas del primer cuerpo debían ser de mucho trabajo, según se significaba ya en los partes que el general Moriones dió al general en jefe el 31 de Enero desde Leache y el 1.º de Febrero desde los montes de Izco y Avinzano.

»Retrasado el movimiento por la retirada á Artajona del tercer cuerpo, y teniendo éste el día 3 el deber de abrir sus comunicaciones con el primero antes de emprender el paso del Arga, el regulador de la operación del expresado día 3 era el tercer cuerpo».

(Memoria citada)

po en comunicación con el tercero, aun cuando el enemigo se había retirado. Y siendo esto así, «¿por qué, leemos en unos apuntes, no mandó hubiese un escuadrón de caballería que en breve tiempo pudo entenderse con el general Despujol, del cual distaba poco! Además, desde la elevada sierra del Perdon ¿no dominaba todo el valle de Ilzarbe, y veía por lo tanto las tropas de Despujol que avanzaban sobre Puente la Reina? Esta falta comprometía al segundo cuerpo, dejándole aislado y cortado».

Expresaban también las instrucciones que el primer cuerpo pasase por Belascoain el Arga, y corriéndose por Guirguillano apoyase el movimiento de los otros dos cuerpos; y sin embargo, el primer cuerpo no pasó el Arga, no trató de establecer el puente que había cortado el enemigo poco antes, ni se puso en comunicación con el segundo cuerpo, que debía suponerle comprometido; pues él mismo dice: «que todo el enemigo había pasado el Arga» (1).

(1) Y dicen unos apuntes que tenemos á la vista: «No tratando el general Moriones de apoyar al segundo cuerpo corriéndose por Guirguillano á darse la mano con él por las alturas de Alloz. ¿qué hubiera sido de este cuerpo, si cumpliendo, como en los días anteriores, con las instrucciones avanza por las alturas de Guirguillano á darse la mano con él por las alturas de Alloz? ¿Qué hubiera sido del segundo cuerpo, si cumpliendo como en los días anteriores con las instrucciones, avanza por las alturas de Guirguillano para atacar á Santa Bárbara, y se halla sin la protección que debió esperar del primero, con el puente de Belascoain cortado, sin víveres, sin municiones, sin comunicación, y encargada la custodia de su artillería á la corta fuerza que debía dejar en monte Esquinza, y con una división en Oteiza que no podía abandonarla?»

El segundo cuerpo, en este día, según las instrucciones, desde Lorca y Lácar, envolviendo las alturas de A loz y Cirauqui, después de atravesar la carretera de Puente á Estella, se debía dirigir á los montes de Guirguillano para apoderarse de la ermita de Santa Bárbara; y no lo hizo, porque el retraso de la composición del puente, como de las varias cortaduras entre Larraga y Oteiza, y no haber camino de carros para Lorca ni en el monte Esquinza, impidió racionarse; porque desde la posición de San Cristóbal se vieron desfilir grandes fuerzas por Mañeru y los altos de Guirguillano, y al parecer ocupar estas fuertes posiciones; porque como no se había oido fuego de la artillería del primer cuerpo sobre la retaguardia enemiga, se supuso que éste no había llegado á su objetivo, y menos pasado el Arga para apoyarle, y porque la posición del monte Esquinza, que exigía mucha fuerza para guardarle, no podía abandonarse, máxime teniendo que dejar en ella toda la artillería montada, y era su única retirada, amenazada por las fuerzas que se vieron desfilir desde Mañeru por los altos de Guirguillano: nada se sabía tampoco de la situación de los otros dos cuerpos de ejército, por lo que dispuso el jefe del segundo no adelantar y esperar noticias para continuar al día siguiente las operaciones.

El rey había efectuado desde Oteiza una exploración á su frente tomando el camino de Murillo; los cañones carlistas de Arandigoyen le advirtieron lo temerario de seguir adelante; revolvió sobre su derecha hácia el cerro de Muniain; se presentó en Monte Es-

quinza, alojándose en la ermita de San Cristóbal, donde pernoctó en la noche del 2, y se vió tiroteado en la madrugada siguiente por los carlistas procedentes de Cirauqui, que causaron algunas bajas de los que al lado de don Alfonso estaban.

MOVIMIENTOS CARLISTAS.

—PÁNICO.—LACAR Y LORCA

LVII

No estaba Mendiry muy satisfecho de los resultados que podría obtener ante un ejército tan numeroso como el que tenía á su frente y consideraba ya levantado el bloqueo de Pamplona, pues nunca pudo ser sitiada, ni aun atacada como un párroco propuso por medio de una mina desde la Cruz Negra, cuando había una distancia por lo menos de 1.200 metros; y aun practicándose de uno y medio de ancho por dos de elevación, no se ejecutaba la famosa mina en seis meses con los escasos medios de que podía disponer. Trató, sin embargo, de hacer frente al ejército de don Alfonso, y envió, como vimos, á Yoldi y Lerga, que no pudieron oponer á Moriones séria resistencia con sus escasas fuerzas comparadas con las de su enemigo, que llegó á Monreal casi sin quebranto (1).

(1) Los enemigos de Mendiry hicieron circular que la retirada de Yoldi y de Lerga, fué á consecuencia de una orden terminante de aquel, recibida momentos antes de romper el fuego, y que una partida de 30 hombres que quedó en las posiciones que aquellos ocupaban, causó al enemigo un crecido número de bajas, sacando de esto la consecuencia que de no haberse retirado le hubiera sido imposible á Moriones forzar el paso. Nada más distante de la verdad; hemos hecho investigaciones para procurarnos la orden ó saber noticias de ella, y todo ha sido

Don Carlos, que había acudido al frente de sus tropas en Navarra, visitó el 29 de Enero las fortificaciones que se extendían desde Obanos hasta Añorbe, encomendada á Pérula la defensa del primer pueblo y á Zaldueño la del segundo. Se bendijo el 30 el pendón de Castilla destinado al batallón de guías del Rey, prestando esta fuerza el juramento de Ordenanza, y al empezar el fuego el 31 salió de Puente la Reina, acompañado del duque de Parma, para el campo del combate.

Este, aunque no en grandes proporciones, se inició valiente al siguiente día por la brigada de Pérula, tercero y sexto de Navarra, que sostuvieron y rechazaron el empuje de parte del tercer cuerpo liberal, acosándole en su retirada á Artajona (1).

infructuoso. El mismo Mendiry niega la orden y califica como una grosera calumnia el que se mandara retirar á Yoldi y Lerga; apela á ellos mismos y dice que obraron con entera independencia.

(1) «Se quejaba Pérula de que los nuestros que habíamos visto por la parte de Añorbe, no bajasen y nos ayudasen á confundir más al enemigo, con el que teníamos un fuerte fuego todo el tercero y parte del sexto; así que parecía una batalla lo que no era más que una escaramuza.

»Pérula avisó á Zaldueño, que era el que mandaba las fuerzas de la parte de Añorbe, que ayudase y bajase algún cañón, pues tenía algunos, y contestó á Pérula que no sabía donde se había metido. Sin embargo, bien conocíamos el terreno y podíamos retirarnos si era necesario. Nuestro objeto era enseñar los dientes á los que con Despujol llegaban del Centro á reforzar el Norte.

»Ya tarde, cuando el enemigo se había metido en Artajona, se aproximó el primero de Navarra, y ya casi oscuro nos retiramos á nuestro cantón de Obanos, muy satisfechos de haber contenido los dos batallones, con los flanqueos y demás á los 12 ó 16.000 hombres que por lo menos traería Despujol».

(Diario del tercero de Navarra.)

Después de recorrer Mendiry las posiciones de Olcoz, Biurrun y sierra del Perdon, bajó á pernoctar á Puente donde supo la llegada de Moriones á Monreal, y que las fuerzas procedentes de Tafalla y Peralta acampaban entre Artajona y Larraga, haciéndole esto suponer que al día siguiente atacarían sus líneas de las Nequeas. Había ya dispuesto se opusiera vigorosa resistencia en toda la línea, distribuida en cuatro trozos; fué el 2 á Biurrun á situar las fuerzas de Yoldi y Lerga, que durante la noche se habían replegado sobre dicho pueblo en vez de haber defendido el punto que se les encomendó, y al saber sobre las once de la mañana que los liberales se habían apoderado por sorpresa de Esquinza, vió destruidos todos sus planes, insostenible su posición en Puente y valle de Izarbe, y corrió á Puente á exponer á don Carlos lo que consideraba más oportuno, determinando que Argonz se dirigiese inmediatamente con cuatro batallones sobre tierra de Estella, dándole instrucciones para obrar según lo exigieran las circunstancias. Muy cerca de Eneriz, encontró dos ayudantes de don Carlos, y le comunicaron la orden de operar la retirada de todas las fuerzas sobre Cirauqui, y la dispuso en seguida.

Aquellos movimientos y cuanto sucedía, causó profundo disgusto en el soldado diciéndole muchos en alta voz que tirarían el fusil y se irían á su casa; no faltaron quienes los tiraban; no se ocultaba el despecho en unos, el cansancio en otros y el desagrado en todos: se divulgaba la palabra traidor y se llevó el pánico á Estella, donde no había más noticias que las que propalaban las mujeres

y algún vecino de Oteiza, que escapaban de la invasión con sus chiquillos y lo que podían llevar. Cortada la comunicación con Puente que era la corte y cuartel general, el pavor embargaba todos los ánimos. Así leemos en el diario de un jefe carlista: «Si los generales Despujol y Primo de Rivera nos atacan en Cirauqui, cuando los navarros decían que habíamos sido vendidos, concluye la guerra».

Dice Mendiry: Al día siguiente, 3 de Febrero, al llegar S. M. el rey á Cirauqui, sobre las nueve de la mañana, le dirigí la palabra en estos términos.—Señor: La pérdida de Esquinza nos ha obligado á abandonar la línea de Puente á Carrascal; pero estando prevista en mi plan la eventualidad de que un cuerpo de ejército pudiese venir por Oteiza á tomarnos el valle de Arizala y Abarzuza para amagar á Estella, y en combinación con el de Moriones envolvernos en nuestras posiciones del valle de Arizala, en cuyo caso mi opinión, consignada ya era, de atacarle con todas nuestras fuerzas: mi pensamiento ahora es de atacar á Lacar donde se halla situada una brigada de cuatro batallones de la división de vanguardia del ejército enemigo. El ataque, si merece la aprobación de V. M., no lo daré hasta las cuatro de la tarde, para impedir que las fuerzas enemigas de Lorca, Oteiza, monte de Esquinza y alturas inmediatas vengan en socorro de los de Lácar. Aprobado por S. M. mi pensamiento le acompañé hasta la salida del pueblo, y como se habían aglomerado sobre la carretera muchos voluntarios para ver á S. M., quedé indignado al oír de entre las voces de viva

el rey, muchas de mueran los traidores, y algunas que me designaban á mí con semejante calificativo.»

El mismo Mendiry en el parte de este hecho, publicado en el periódico oficial carlista dice que don Carlos le «ordenó que diese un rudo ataque al pueblo de Lácar;» y aquel señor nos ha manifestado que dispuso en efecto aquella acometida para animar el abatido espíritu del soldado.

Comunicó Mendiry las órdenes necesarias, y «mandó se dijese á Argonz secundara con su fuerza el ataque por el pueblo de Murillo, encargándole que su objetivo debía ser hacer frente á las fuerzas liberales que pudieran ir en socorro de los de Lácar» (1).

(1) Mendiry manifestó que el ayudante portador de esta orden, don Ramon Camon, preguntó si podría encargarse al jefe de caballería que trasmitiese la orden de Argonz, para poder volver para la hora del combate, y autorizado, la transmitió al comandante Ortigosa; y este señor nos dice que la orden que recibió de Camon fué la de trasladarse con su fuerza, de Arizala, donde se encontraba, á ocupar la retaguardia de los batallones que con Mendiry se hallaban á la izquierda del portillo de Alloz, sin decirle nada para Argonz. El señor Ortigosa recibió en Cirauqui, en la madrugada del 3 de Febrero, instrucciones verbales del señor Mendiry, en virtud de las cuales pasó con dos escuadrones navarros y dos castellanos á Arizala, desde cuyo punto debía, por las órdenes recibidas, cubrir el flanco derecho de las fuerzas de Mendiry, en el caso de un combate que aquel le anunció tendría lugar si lo consideraba conveniente, ajustando Ortigosa sus movimientos á los de sus fuerzas si no recibía nuevas instrucciones; y dice este señor: «A mi llegada á Arizala supe se hallaba el general Argonz á mi derecha, dos ó tres kilómetros distante, y como mi deber y atención lo exigían, le avisé mi llegada, y el mismo oficial que envié me trajo la orden de avistarme con él en Murugarrren ó Grocin: como la distancia y condiciones del terreno me lo permitían, y sin desatender las instrucciones

Preparado todo, ya á la tres y media de la tarde y á unos 1.600 metros de Lácar; se fueron organizando ocultamente las columnas que á los respectivos mandos de Pérula, Valluerca, Cavero y coronel Iturralde debían efectuar el ataque; ocultándose también en la carretera de Alloz las fuerzas de caballería que habían de secundar la acometida, señalada para las cuatro de la misma tarde. Colocó oportunamente la artillería, advirtió que al oír un cañonazo, que sería la señal de ataque, dos batallones de cada columna saldrían á la vez de flanco, y á la misma altura las cabezas de dichos batallones, y así que se descubriesen bajarían rápidamente al llano y á la carrera y sin pararse caerían sobre Lácar, siguiendo el movimiento los batallones de reserva; y recomendó á los jefes de columna vieran el terreno que habían de recorrer para enterarse de él; procurando no ser vistos y formaran en seguida los batallones.

del señor Mendiry, pasé á dicho punto. El general Argonz me manifestó tenía el proyecto de iniciar un ataque al cual debían concurrir mis fuerzas; le expuse entonces cuanto el señor Mendiry me había dicho por la mañana, diciéndome entonces que el concurso de mis fuerzas que daba limitado en el movimiento que proyectaba, á cubrir la izquierda de las suyas, posición que me dejaba siempre á la derecha del señor Mendiry y cubriendo el espacio que separaba á ambos. Regresé inmediatamente á Arizala, coincidiendo mi llegada con la del señor Camon, que me comunicó la orden de trasladarme á retaguardia de los batallones, etc., etc. Para que el señor Argonz no contara con el concurso de mis fuerzas, le comuniqué por don Carlos Segovia, ayudante de uno de los escuadrones de Navarra, la orden que acababa de recibir.

Exponemos tales detalles porque Argonz, ha sostenido no se le comunicaron órdenes, y que si acudió al combate fué por inspiración propia.

Ejecutándolo así, avanzaron resueltos los carlistas.

Prescindiendo de algunos opuestos pareceres sobre la oportunidad y conveniencia de este ataque, exigido imperiosamente por la situación del soldado, que era sobrado crítica y grave, porque amenazaba una dispersión completa en algunos batallones, como el octavo de Navarra (1), procuramos consignar exactamente los importantes hechos que nos ocupan.

El 2 había pernoctado el segundo cuerpo en esta forma: la brigada Bargés en Lácar con el general Fajardo, y la brigada Viérgol en Lorca con Primo de Rivera: la división la Portilla acampada en las crestas del monte Esquinza, y la división Tassara en Oteiza y alturas de la derecha, enlazándose con la división Portilla. Observándose á la caída de la tarde el paso de fuerzas carlistas por una vereda que va á la ladera de Guirguillano, se tomaron disposiciones «como jamás se han tomado en la guerra,» se ha dicho, aspilleándose casas, levantándose barricadas, haciéndose trincheras en mogotes de preciosas defensas con servicio de vigilancia, avanzando, etc., y ocurrió además, que deseando bajar don Alfonso á Lorca, le rogó Primo de Rivera que de ninguna manera, quedándose en la ermita, y dispuso que toda la artillería rodada que el ministro de la Guerra había mandado á Lorca, tomase posiciones en las mesetas del Esquinza.

(1) Los dos batallones alaveses primero y segundo y la división castellana, se distinguieron todos por su gran subordinación y excelente disciplina.

Al amanecer del 3 encargó Primo de Rivera al general Fajardo que sólo estudiara el terreno, pues sin saber que los otros dos cuerpos de ejército habían llegado á su destino, nada se podía hacer, y el avanzar sería un gran compromiso. Fué á demostrar al ministro de la Guerra y general en jefe lo peligroso de su situación si no había seguridad de la de otros ejércitos; se le contestó que sólo se sabía que Moriones estaba en Pamplona, y en su vista y después de un acuerdo, hijo de una conferencia, se dispuso suspenderlo todo, y subieron á racionarse los húsares de Pavía, haciéndolo la tropa por medio de las acémilas.

Al avanzar los carlistas hallábase el brigadier Bargés en las afueras de Lácar con los oficiales de artillería Castillejos y Ontiveros: desde luego los supusieron enemigos, y el brigadier ordenó trasladar á brazo una pieza al sitio donde se hallaba, conducir algunas municiones y romper el fuego. A esta disposición, en el acto cumplimentada, siguióse inmediatamente la de conducir al mismo punto las tres piezas restantes, por observarse con más claridad fuerzas considerables. Colocadas las cuatro piezas en unas eras elevadas, rompióse el fuego; algunas granadas parecieron caer dentro de las tropas; pero éstas, sin disparar, continuaron en ordenada marcha. Tal circunstancia, y en aspecto y correcta formación, comenzaron á infundir la duda de si serían ó no fuerzas enemigas. Al llegar á la iglesia, donde había de avanzada una compañía del regimiento de Asturias, enarbolaron bandera blanca, y entonces, como si repentinamente se hubiera

disipado aquella duda, se oyó la general exclamación de *no hacer fuego, son nuestros, son los de Moriones*. La noticia sin duda extendida ya de deber confluír aquel día los tres cuerpos de ejército en las inmediaciones de Guirguillano, el mismo desfile observado antes, quizá atribuido á ir picando la retaguardia á los carlistas las fuerzas del primer cuerpo, y el no ver hiciera resistencia alguna la avanzada de la iglesia de Alloz y Lácar, pudieron mostrar aquella general ofuscación, que cundía rápida por las fuerzas situadas dentro del pueblo, y resonaba en seguida y se repetía, y sin saberse de dónde había partido el toque de alto el fuego. El efecto inmediato de este toque y de aquellas exclamaciones, fué lanzarse fuera de las casas la tropa colocada en ellas, y desde alguna de las cuales habían comenzado á disparar.

En tanto, las fuerzas carlistas siguieron avanzando y rompieron por fin el fuego de fusil y cañón, contestado en seguida por la artillería liberal. La sorpresa y el terror producidos en el ánimo de las tropas por la evidencia de ser enemigas las consideradas propias, produjeron desorden, consternación, el invencible desaliento que constituye el pánico. A determinar lo, si no lo estuviera, debieron contribuir las voces oídas en aquellos momentos de hallarse cortados. Y el hecho era cierto. Fácilmente se comprende la mala situación de Lácar, rebasado por Murillo y metido como en el fondo de un saco entre este pueblo, el de Alloz, la granja del mismo nombre y alturas intermedias. Por este motivo, las fuerzas donde primero

cundió el desorden, presas de la consternación y entregadas á la fuga, fueron las del regimiento de Valencia, alojado en la parte del pueblo más hácia Allez y más próxima á Murillo, parte opuesta justamente á la que era objeto de lo más ostensible del ataque: por lo mismo desde allí pudo observarse más pronto y fácilmente cómo los movimientos del enemigo se dirigían á rebasar á Lácar por ambos lados de su comunicación con Lorca, y cómo retardando la fuga un momento siquiera, quedarían las tropas completamente cortadas. Al regimiento de Valencia siguió el de Astúrias, siendo su avanzada de la derecha del pueblo la primera en desbandarse. La artillería quedó abandonada, y aun cuando Bargés ordenó el envío de fuerzas para protegerla, y el comandante de artillería Castillejos fué personalmente á buscarlas, nada pudieron conseguir; al llegar al emplazamiento de las piezas retrocedían y se dispersaban. Los momentos eran supremos; la artillería, falta de todo apoyo, iba á caer en poder del enemigo. En tan crítica situación, emprendió su retirada en el mejor orden posible, colocando las piezas á lomo precipitadamente; pero seguida de cerca, acosada por el enemigo, flanqueada en el escabroso camino por donde retrocedía para ganar á Lorca, sufrió tan numerosas bajas de gente y de ganado, que llegó á encontrarse falta de éste y de los brazos necesarios, y sin tiempo también para salvar todo su material. Así se perdieron tres cañones, cuatro cureñas y 20 cajas de proyectiles; así quedaron en el camino inutilizados ó muertos por el fuego del enemigo 22 mulos

y cuatro caballos; así fueron heridos ó sucumbieron en tan desastrosa retirada 34 artilleros; así el bravo teniente Navazo encontró en aquellos campos glorioso, aunque estéril, término á su temprana existencia.

Quiso Bargés contener á los fugitivos, reorganizarlos, restablecer la defensa; nada consiguió; en sus tentativas resultó herido, como también su caballo, y viendo el pueblo, en la parte del mismo que pudo recorrer, ocupado por los carlistas, y rotos y desbandados, presa de terrible pánico sus dos únicos regimientos, no le quedó otro arbitrio sino el de dirigirse á Lorca, donde al amparo de la fuerza allí existente debía esperar reconstituir la brigada. En el camino, cerca ya del pueblo, encontróse al general de su división, que en su socorro acudía.

El general Fajardo, que al oír los primeros tiros mandó tocar llamada, y mientras se reunía Gerona se dirigió con el brigadier Viérgol, á donde se divisaba Lácar y el camino de herradura, quedó sorprendido al mirar éste y campos inmediatos literalmente cubiertos de hombres, que de una manera desatentada corrían hácia Lorca, en la más espantosa confusión. «Comprendiendo inmediatamente algo de lo ocurrido en Lácar, avancé á la cabeza del regimiento de Gerona, para cruzar la carretera de Estella y tomar el camino de herradura por donde venían los dispersos. La altura que hay á la izquierda de ésta, ocupada por un batallón de León; la de la derecha, mucho más reducida, como que casi no es más que un gran peñasco, aunque tan elevado como la otra, mandé se cubriera con una compañía de Gerona; pre-

senció el desfile de ésta y llevé la cabeza de la que la sigue hasta la carretera. En este momento me avisa uno de mis ayudantes que dos escuadrones de Pavia estaban un poco más abajo, y dirijo al coronel de Girona estas terminantes palabras: «Sígame usted y al paso ligero». Me adelanto; ordeno al coronel de húsares que siga; trato de contener aquella verdadera avalancha humana, oponiéndole como dique mi presencia, mis excitaciones, mis ruegos, mis amenazas... hasta el castigo material, y contando con que levantaría el ánimo apocado de aquellas gentes al ver tras de mí fuerzas formadas de infantería y caballería, suficientes para contener, cuando menos, á los enemigos más osados. Pero todo es en vano: mis esfuerzos y los de mi reducido E. M. son inútiles para contrarestar aquella furiosa corriente: llego á la mitad del camino, y en el sitio por donde cruza el arroyo que termina en el caserío designado en el plano por las *Bordas*, me encuentro con el brigadier don Enrique Bargés.—¡Qué vergüenza, Bargés!—Estas fueron las únicas palabras que dirigí á aquel jefe, quien hondamente afectado me contestó:—¡Mi general, es inútil todo: no es posible dominar el pánico de esta gente: voy herido, pero seguiré á usted á donde vaya! —Retírese usted si está herido, le repliqué.—pero él, viendo sin duda, lo que yo no había advertido, y era que tras de mí solo se encontraba mi ayudante Obregon, y un ordenanza, con acento conmovido calificó de locura el seguir adelante, *pues todo estaba perdido*, advirtiéndome que el enemigo se hallaba encima, y que de seguir, mi muerte

era tan segura como estéril. Le ordené por segunda vez se retirase, y lo efectuó. Vuelvo la cabeza con la esperanza de encontrar alguna gente que, secundando mi pensamiento, me ayudase á restablecer el combate; pero no veo más que espaldas; ni un grupo de cuatro hombres á obedecerme, á excepción de mi ayudante y ordenanza. Aunque en una hondonada, distingo lo que me cerca, y observo las boinas mezcladas con los roses; algún desgraciado que á mi lado cae para no levantarse jamás; otros heridos y jadeantes pugnan desesperadamente por alcanzar el abrigo de Lorca, y son alcanzados por las bayonetas enemigas; muchos aún, tan poseídos de estúpido y egoísta temor, que arrollan cuanto se opone á su frenética fuga hasta á los mismos heridos (1)».

No había acabado todo en Lácar cuando aún quedaban cerca de 400 valientes dispuestos á vender cara su vida, y no siendo auxiliados cayeron prisioneros; pero se le dice á Fajardo que todo estaba perdido; ve desfilas fuerzas en tropel, se le expone lo estéril del sacrificio de su vida, se decide á volver á Lorca no teniendo á su lado más que un ayudante; siguen los carlistas avanzando; se desbandan las fuerzas liberales que situó

(1) REFUTACIÓN AL ALEGATO TENIDO POR EL DEFENSOR DEL SEÑOR BRIGADIER DON ENRIQUE BARGÉS Y POMBO, etcétera, en la parte que alude al teniente general excelentísimo señor don Ramón Fajardo é Izquierdo.

(2) Merecen ser conocidos: don Angel Pazos y don Ramón Román Rodríguez, tenientes coroneles de Girona y Valencia; don Andrés Piña, comandante de Leon; el de igual clase don Rafael López Lázaro; el teniente de Asturias, don José de la Aldea y Gil y el capitán Villalobos.

convenientemente Fajardo; se entrega á la más vergonzosa dispersión el mal guiado regimiento de Gerona; niégase el brigadier Viergol á proteger con el batallon de Leon unas piezas de artillería, avanzadas, y huye apresuradamente del peligro, creyéndole ver aún donde la seguridad era más completa, y solo puede disponer el general para proteger aquellas piezas, de 14 ingenieros que le presenta el teniente coronel Pando, y de ocho ó diez jefes y oficiales dignos que cumplieran con su deber (2), lo cual era un mérito cuando tantos le desconocían. Defendieron las piezas (1) aquellos 14 ingenieros á los que se unieron unos 20 individuos de distintos cuerpos, ayudando todos á salvarlas; se decidió Fajardo á sucumbir antes que retroceder; y mientras un puñado de valientes, unos 50, ocupa las tres primeras casas de Lorca, que forman calle con la iglesia, y resiste á la multitud de enemigos que les acosan, el general con su Estado Mayor y parte de los jefes que le acompañaban no penetraron en edificio alguno, permaneciendo toda la tarde y hasta cerca de las nueve de la noche en las calles y sitios donde era evidente el peligro.

(1) Se publicó en el parte oficial que desde Lorca, donde se concentró la defensa que repuso el general Fajardo, á la ermita de San Cristóbal ó monte Esquinza, refugio de los dispersos, se perdieron tres piezas de artillería, y no es cierto, porque lo fueron en las inmediaciones de Lácar, desapareciendo tres desde el principio del combate, salvándose la que retiró el comandante Castillejos, y las dos que quedaron en Lorca con el teniente Santa María. Aunque expuso el general Fajardo para que se rectificase la equivocación, lo cual se hizo particularmente de oficio, previos los debidos informes, no se publicó una rectificación tan conveniente.

Un batallon, 50 ingenieros, dos piezas y dos escuadrones esperó hallar Fajardo en Lorca, y sólo encontró 13 ó 14 ingenieros y las dos piezas, inútiles y embarazosas cuando no contaba con tropas que las sostuvieran. Pocas sus fuerzas, muchos los heridos y efectos que se debían salvar y mayor el peligro no recibiendo refuerzos, pensó en retirarse llevando por delante los heridos, para lo cual tocó llamada; más en vez de disponer la retirada estimuló de nuevo el ardor de aquellos soldados, pequeños en número y grandes en valor; presentóse poco después el coronel Floran con tres compañías de Ciudad-Rodrigo, que rechazaron á los carlistas que habían invadido las primeras casas del pueblo por la parte de la iglesia, llegó luego el coronel de Valencia Delgado con la poca fuerza de su regimiento que había podido reunir (unos 100 hombres), y se organizó con tan escasa gente la defensa del pueblo, pasando la noche con algún tiroteo, hasta que al amanecer se retiraron por completo los carlistas, haciéndolo después Fajardo á Esquinza, según se le ordenó (1).

(1) Antes había dispuesto un reconocimiento; fueron recogidos nueve más de aquellos que habían pasado la noche en las inmediaciones del camino que conduce á Lácar y á merced del enemigo; aunque felizmente para algunos no fueron vistos, y ménos mal para otros, á quienes creyéndolos cadáveres, se contentaron con despojar de sus ropas. En total, unos ciento fueron los salvados por el general de una muerte cierta, sin contar los que en la tarde anterior lograron alcanzar la ermita de San Cristóbal á favor de su resistencia en Lorca. «Este resultado bastaría para mi completa satisfacción; pero lo es mayor, atendiendo á que además salvé el parque móvil, los equipajes de los regimientos de Leon y Gerona, cajas de caudales, botiquines, ganado, material de



Alaminos

El jefe del segundo cuerpo, general Primo de Rivera, acompañó á don Alfonso á recorrer la línea del monte Esquinza, y á las tres y media de la tarde del día 3 que nos ocupa, sin notar más que un desfile de infantería carlista hacia Abarzuza, se indicó á S. M. la ida á Oteiza, creyendo Primo de Rivera más conveniente á Larraga y así lo significó, despidiéndose á la mitad del camino para volver á Lorca. Cuando llegó á la ermita, de cuatro á cuatro y media, desde donde se hacían disparos á Cirauqui para desorientar al enemigo de las intenciones que se tenían, vió cañonazos desde el alto de Alloz, como hacía Lorca; corrió en aquella dirección; dijéronle á poco que se veía desde el alto correr las tropas liberales de Lácar á Lorca, buscó al general La Portilla, mandó formar la división y que bajasen con el mismo Primo de Rivera dos batallones; en esto llegó el brigadier Pando y con él otros de los de la brigada Viérgol, y éste en cabeza lesinterroga, tira de su espada y hace frente á los que huyen con un puñado de jefes y oficiales (brigadier Molins, coronel Salazar, ayudantes y escolta); escucha á Pando que manifiesta iba en nombre de Fajardo á pedirle auxilio, exclama entonces el general Primo: «allí está mi honra y nuestro honor, ó mi muerte;» algún general dice que más vale perder parte de un ejército que el todo: replica que ni abandona al bravo Fajardo, ni quería morir deshonorado; se dirige á la primera fuerza que estaba formada, tres compañías de Ciudad

ingenieros, y sobre todo, el honor de las armas, puesto que no abandoné el pueblo hasta ver en cobro todo lo dicho.» Refutación, etc.

Rodrigo, les recuerda sus hechos en Montejurra y Montaña, le aclaman, baja con ellas á Lorca, da este refuerzo á Fajardo y el recado de que iba por más. El espíritu de la inmensa mayoría era el abandono de todo; el pánico general; así lo veía el jefe del segundo cuerpo, que se encuentra al pundonoroso coronel de Valencia; le habla al honor, recoge de los suyos un centenar y baja á Lorca. Busca Primo al batallón de voluntarios que solicitaron la toma de monte Esquinza, de noche y de vanguardia, les arenga; á su cabeza llega á las eras del pueblo, y por la oscuridad de la noche, mezclóse con el enemigo hasta el extremo de que éste le matara un guía. Estuvo este batallón al lado del pueblo toda la noche; protegió á la vez el ataque del de Cáceres con uno de la Reina; se colocó en escalones el sexto de la división La Portilla, para estar dispuesto al ataque ó retirada, según conviniere, y avisó á Oteiza el general Primo con gran dificultad (1) lo que ocurría, y que todo estaba dominado y preparado para cualquier evento.

Todo en efecto había concluido; pues según el parte de Mendiry «una media hora duró el combate, quedando completamente arrollado el enemigo, que al apoyo de las fuerzas que salieron del pueblo de Lorca debió en parte su salvación, habiendo caído en nuestro poder tres piezas de artillería, sistema Plasencia, de á ocho centímetros, con el material completo perteneciente á cuatro, más de 2.000 fusiles, las cajas de los regimientos, municiones, bagajes y víveres y sobre 300

(1) Un chico llevó el parte escrito con lapiz en un papelito.

prisioneros, entre ellos 45 heridos, quedando en el campo de 800 á 900 cadáveres y llevándose el enemigo un considerable número de heridos, consistiendo nuestras pérdidas en 30 muertos y unos 200 heridos.

»Como el pueblo de Lorca dista del de Lácár 1.800 metros, y en él había situados cuatro batallones enemigos, y en las alturas inmediatas, derivaciones del monte de San Cristóbal, hubiese también otra brigada, se generalizó la acción, á que concurrió también el resto del cuerpo que se encontraba en Oteiza, consiguiendo quitarles cuantas posiciones habían ocupado hasta muy entrada la noche, en que mandé retirar las fuerzas.

»He concurrido á más de 120 hechos de armas en mi larga carrera y nunca he visto tanta heroicidad como en la batalla de ayer. Es imposible describir los hechos de bravura que tuvieron lugar, porque los regimientos de Asturias y Valencia, que ocupaban el pueblo, eran de los más distinguidos del ejército contrario, lleno de valor y abnegación. ¡Llor á los bravos que en uno y otro campo han sucumbido! No es posible que los héroes de la antigüedad pudieran elevar á tan alto grado el mérito de sus acciones guerreras que nos dejaron consignadas en la historia».

No es en todo exacto el anterior parte, pues dice que los arrollados en Lácár debieron su salvación á las fuerzas que salieron de Lorca, y ya vimos lo que hicieron antes; pero aun tenemos que ocuparnos de lo que sucedió entre los carlistas.

LA DIVISIÓN ARGONZ—MUNIAN

LVIII

En Estella Argonz, al que se habían hecho ejecutar algunas marchas y contramarchas, comprendió también que debía atacarse á los liberales que avanzaban hasta Lácár; así lo propuso á Carasa y Fontecha, ofició á Iturmendi, puso en movimiento sus fuerzas en la misma tarde del 3, y pasó á situarse en Murillo la segunda brigada de Navarra y el batallón de guías del Rey al mando de Arbolea, siguiendo el mismo movimiento Carasa y Fontecha con los batallones Clavijo, quinto de Alava y Quinto de Castilla, y Argonz fué á Arandigoyen á conferenciar con Iturmendi, que con las brigadas Cántabra y segunda de Alava debía concentrarse en el último pueblo, y cuyo jefe había subido ya á Murillo, á donde marchó también Argonz.

Independientes estos movimientos de las órdenes de Mendiry, y hasta ignorado mutuamente el paradero de estos jefes, lamentábase Argonz de no disponer de la caballería; é indeciso en tomar una determinación concluyente para mejor asegurar el ataque que intentaba, dice él mismo: «Observé que los batallones segundo y sétimo de Navarra que los tenía situados en Murillo marchaban á la carrera sin orden mía en dirección de Lácár, é ignorando la causa de aquel movimiento..., por lo que podía suceder al batallón de guías del Rey (que bajaba en aquel momento á Arandigoyen) di la voz de alto y de contramarcha, disponiendo en seguida, y para no perder tiempo por medios batallones y á la

carrera ocuparan la altura que les designé...; oí dos cañonazos y algunas descargas de fusilería; acto continuo mandé un ayudante al general Iturmen i para que con uno de los dos batallones de Alava emprendiese la marcha á la carrera en dirección de Lorca, mientras que yo á escape con mi E. M. dominé la alturita de Lácar, observando en seguida que los batallones referidos segundo y sétimo cargaban á la bayoneta á la columna que de Lácar salía para Lorca.» (1)

Terminado todo en Lácar, cuyo suelo le cubrían muchos cientos de cadáveres liberales, resistiendo Fajardo en Lorca, con muy pocos, el ímpetu de muchos y dando al mundo el crepúsculo vespertino esa tintura de tristeza que lleva en sí la transición del día á la noche, trató Mendiry de reunir los batallones contra Lácar y Lorca para continuar el ataque durante la noche, «y en la imposibilidad de conseguirlo me dirigí á pernoctar á Estella». Aquí debió añadir que impidió la reunión de fuerzas el desorden é insubordinación que en las de Lácar reinaba; y no debe prescindirse, de que no se había dado orden más que de tomar á Lácar, y aún dentro de él no se recibió instrucción alguna. Como se consiguió el triunfo con inesperada facilidad, y el éxito le auguraba mayor, algunos jefes, de *motu proprio*, fueron reuniendo su gente, sin que excedieran de 30 á 40 hombres por batallón, sin orden de nadie, y solamente por el placer de ir adelante, fueron acercándose al cerro de Muniain aclamando á don Alfonso y fingién-

(1) Memoria del general carlista don Ramón Argonz.—Inédita.

dose de Moriones; pero ocupaba aquel cerro situado en una de las vertientes del monte Esquinza el coronel Mediavilla con el batallón de Cáceres, cuatro compañías del segundo de la Princesa, alguna artillería y los ingenieros que hacían trincheras; no creyó el engaño; rompióse el fuego, que iba creciendo á la vez que la rudeza de la embestida, y fueron arrollando valientes los carlistas cuanto se les oponía, causando y experimentando pérdidas, hasta coronar el reducto.

El capitán, el teniente y el sargento primero de la compañía que cubría aquel punto daban de palos á su gente para contenerla; no se pudo contener á algunas fuerzas que con su capitán se retiraron á Oteiza llenas de pavor; acudió Mediavilla, cargó por un lado y el comandante Alday por otro; mas no impidieron que asaltaran los enemigos los atrincheramientos, llegando algunos de los asaltantes hasta las dos terceras partes del terreno ocupado por los liberales. Atacaron éstos al fin resueltamente por ambos costados y rechazaron á los carlistas, á costa de la vida de los bravos Alday y capitán de ingenieros Hernández (1), muriendo también á su lado soldados no menos valientes, quedando heridos no pocos, con 27 balazos el caballo de Mediavilla, y éste herido.

(1) El capitán don Vicente Hernandez, que se hallaba con su compañía atrincherando el cerro de Muniain, atacado súbitamente por los carlistas, hizo trepar á sus soldados las herramientas por las armas; se arrojó instantáneamente con valor heróico sobre el enemigo, deteniendo su primer impulso, y dando tiempo á que acudiera el batallón de Cáceres.

Se hizo retroceder á los carlistas, quienes antes de quince minutos se presentaron de nuevo con los mismos toques, voces y gritaría que en el anterior ataque, rompiendo ahora un fuego circular sobre el cerro; no produjo esto el aturdimiento que esperaban; hiciéronles frente los liberales con serenidad; llegaron los carlistas hasta las puntas de las bayonetas de sus enemigos, se cruzaron, y peleóse cuerpo á cuerpo, porque no satisfacía la distancia al furor de ambos combatientes, que bregaban con enconado empeño, produciendo horrible carnicería. No permitiendo la noche ser vistos ni ver apenas, blandiendo el arma con desesperación, é hiriendo á la ventura, tropezando con muertes y pisando heridos en la agonía, embotado todo sentimiento de humanidad, se derramaba sangre, se producían víctimas, y eran todos españoles y hermanos! (1).

No impidió á Mediavilla la herida seguir peleando y alentar á su gente; nuevamente son rechazados los carlistas, y de nuevo reproducen el ataque; pero es más débil este tercero, no llegando á cruzarse las bayonetas, dando ocasión para que en la retirada salieran los liberales á batirlos á campo descubierta, cobrando nuevo brío y asegurando el cerro de nuevas embestidas.

Cerca de 200 bajas se experimentaron en uno y otro campo, prodigándose actos de heroísmo, como los que produjeron la muerte de los que hemos citado, y la del jóven alférez, casi niño, don Julio Romero Marchent, que solo, abandonado, envuelto y

(1) No obstaba lo terrible de la situación para que algunos se dedicaran al robo desnudando cadáveres.

acosado por numerosos enemigos, con su espada ensangrentada y su revolver, se defendió de las bayonetas y de los tiros: el fuego era á quema ropa; el arma blanca y la de fuego se empleaba á la misma distancia; nada le intimidaba, ni le hacía desfallecer la sangre que arrojaban cinco heridas de bayoneta, hasta que mortalmente herido de un balazo cayó exánime, no sin haber matado antes á dos de sus adversarios, herido al tercero y arrancado á otro la carabina. Un valeroso carlista se mezcló entre los liberales, mató á tres é hirió al jefe, al que hubiera matado á no impedirlo un gastador dando la muerte al audaz carlista. También murió aquella noche el gastador.

El triunfo obtenido en el cerro de Muniain, si no fué una indemnización de Lácar, fué una esperanza de mayores ventajas. El valiente jefe que le obtuvo, Mediavilla, que sólo pensó en pedir municiones, no refuerzos, sin que se apurase porque no llegasen mientras tuviesen bayonetas sus soldados y él espada, fué personalmente elogiado por el rey, que le confirió el empleo de coronel, y obtuvo la cruz de segunda clase de San Fernando, por juicio contradictorio, con pensión de 2.000 pesetas.

EL CUARTEL REAL — CONSIDERACIONES

LIX

Poco después de las cuatro se empezó á oír en Oteiza, residencia del Cuartel Real, nutrido fuego hácia Lácar, y se creyó que el primer cuerpo se estaba apoderando de las posiciones de Guirguillano para ponerse en

contacto con el segundo, al paso que el tercero protegía por su flanco izquierdo el movimiento del primero: se ordenó que un oficial de E. M. saliera para Esquinza, y antes que lo verificase se presentó otro que horas antes había salido de Oteiza conduciendo raciones para el segundo cuerpo, y dijo que este era atacado por el enemigo. Oyese al anochecer el fuego más intenso y cercano, y en el monte Esquinza; Oteiza se puso en estado de defensa con la brigada de infantería de la división Tassara y la artillería montada del segundo cuerpo que estaba en el Cuartel Real, y si no se produjo el pánico, se mandó cargar los equipajes para huir y salvar al rey, lo cual hubiera sido difícil si fuerzas de Argonz desde Villatuerta avanzaran á Oteiza en vez de haberlo hecho por la izquierda. Los batallones de la división de Cantabria, al mando del coronel don Manuel Rodríguez Maillo, estuvieron contemplando á los liberales sin atacar, esperando lo mandara Argonz.

Presentóse ya anochecido un oficial de las contraguerrillas de Navarra, azorado y confuso, y manifestó al ministro de la Guerra y general en jefe que los enemigos se habían apoderado de Lácar y Lorca y estaban atacando á Esquinza, por cuya noticia se mandó detenerle y se aumentó la vigilancia. No se comprende que, con tantos jefes y oficiales superiores é inferiores á las órdenes de su majestad y generales, pudiendo llevarse avisos á Artajona y Puente la Reina en dos y tres horas, sin peligro, y pudiendo disponer á esta distancia de 34 ó más batallones, tanto se ignorase y tanto se temiese, producién-

do esto no pocas murmuraciones justas. El papelito que á la una de la madrugada entregó el muchacho enviado por Primo de Rivera, llevó consigo la tranquilidad; escrito con lápiz decía: «Querido don Manuel: Un engaño ha hecho á los carlistas dueños de Lácar: Bargés herido: Fajardo admirable en Lorca: tomo mis precauciones para la batalla de mañana: raciones y municiones temprano. —Primo de Rivera».

¡Qué distinta situación si aquella noche todo el ejército se hubiera podido reunir en monte Esquinza y sus inmediaciones, y se ataca hácia Estella por varios puntos al día siguiente, los cuales aquel día ni estaban fortificados, ni la moral de los carlistas se había repuesto por lo que habían perdido! ¡Qué distinta situación si en vez de detenerse en Esquinza el segundo cuerpo, lo deja solo guarnecido, y avanza resueltamente en la mañana del 2 sobre las líneas casi abandonadas de Estella, para rechazar desde las mismas trincheras carlistas los batallones de Argonz, que llegaron por la tarde á ocuparlas! Con eso y la aproximación rápida del tercer cuerpo, Estella sucumbía. Buen ejemplo lo que sucedió aquella noche en Estella á donde fueron los vencedores de Lácar: después del campaneó, músicas y algazara con que se solemuizó el triunfo, y cuando todos descansaban ó dormían, se tocó llamada, y al poco rato una generala rabiosa; se formaron en seguida los batallones y después de algun tiempo se les mandó retirar, produciendo este inútil temeroso alarde muchos y originales comentarios.

El ejército liberal tenía 48 batallones in-

tactos, y aún así, si como muchos opinaban, abandona el segundo cuerpo á monte Esquinza, ¿á dónde se hubiera llegado aquella noche en la retirada?

Liberales y carlistas hicieron lo menos que podían hacer, y unos y otros tuvieron en su mano la más grande victoria. No se consiguió, pero se derramó abundante sangre. Muchos cadáveres liberales están enterrados entre Lorca y Lácar. Pasaron de 200 los heridos, y de los carlistas entraron 163 en Irache, teniendo también bastantes muertos.

El botín de los carlistas fué grande; tres cañones, 1.247 fusiles, la caja de Asturias y multitud de toda clase de efectos.

Incontestable la sorpresa de Lácar, hubo fuerzas, sin embargo, como las que ocupaban la ermita, que resistieron; y mientras procuraban unos la rendición de los defensores de la ermita penetraron otros en el pueblo, donde empezaron á huir los liberales, á correr los músicos que tocaban en la plaza; presentáronse muchos soldados en calzoncillos para pasar por paisanos, sin que esto les salvara la vida, siendo espantosa la carnicería, á pesar de los esfuerzos de los jefes carlistas, pudiendo salvar á dos comandantes y unos 250 individuos más que quedaron prisioneros. Penetraron también en Lácar por la parte de Murillo los batallones primero y tercero de Castilla y segundo de Navarra, y á la bizarría ó encarnizamiento con que todos empezaron el ataque, sucedió el desorden más espantoso: mezclados los 12 batallones, sólo trataban de repartirse el botín; y en aquel momento, las cuatro y media de la tarde, dice uno de los jefes de aquella fuer-

za: «Si hubiéramos sido atacados, nuestra victoria se hubiera convertido en una derrota veinte veces mayor que la de la brigada enemiga. Todos los jefes de cuerpo hacían esfuerzos sobrehumanos para reunir sus batallones, y el que más reunía 60 hombres, con los cuales seguían en persecución del enemigo hácia Lorca».

El trastorno en Lácar fué general: jefes y oficiales bizarros había entre los que volvieron la espalda en Lácar y acreditadísimos entre los que abandonaban á Lorca. De los primeros, todos, absolutamente todos, pasaron á certísima distancia de Fajardo, que avanzaba en sentido contrario; y sin embargo de que debieron precisamente ver á su general, que con la voz, el ejemplo y el castigo trataba de reunir un núcleo de fuerza que sirviera de ejemplo á los demás, ni un solo jefe, ni un solo oficial de ninguna de las armas, ni de los institutos, cedió al impulso del deber. Otra hubiera sido la suerte de aquella desgraciada división si Fajardo cuenta con algunas fuerzas para seguir á Lácar.

Dirigió su palabra á muchos, castigó duramente á otros que ostentaban galones en el brazo y mangas, y ni la vergüenza de verse materialmente maltratados pudo disminuir el terror que se había apoderado de aquella gente. Si en un momento de lucidez la indignación ó el arrepentimiento obraban el ánimo de algún jefe pundonoroso, y en su rostro y en su acción se mostraba el deseo de protestar contra la mano que le humillaba, ó quizá el de contribuir á hacer menos sensible aquella desgracia, como el relámpago huía la idea de la mente del ofendido ó

arrepentido y se precipitaba en una más vertiginosa fuga.

El mismo brigadier señor Bargés escribió al general Fajardo: «Pasó de una estúpida confianza á un completo estupor, que se tradujo en seguida por un pánico irresistible, y se desprenden también faltas graves; aun cuando mi conciencia esté tranquila respecto á mi desempeño, ni éste ni aquellas pueden aminorar la responsabilidad que sobre mí, como jefe, debe pesar ante usted, mi superior inmediato; por lo cual le suplico encarecidamente disponga la inmediata formación de sumaria, no como de costumbre, para vindicar mi honra, sino para sufrir el castigo que, según el verdadero espíritu de la Ordenanza, debe sobre mí recaer... Felicito á usted por su brillante comportamiento...» (1).

La fuga empezó por el regimiento más distante del enemigo, y Bargés, al ver huir parte de sus fuerzas, se creyó con influencia bastante para contenerlas, y salió del pueblo á escape á conseguirlo: este fué su error; no las pudo contener, y los que le vieron correr hácia los fugitivos, creyendo huía él, abandonaron sus posiciones y emprendieron también la fuga. Cuando Bargés se convenció que no las contenía y quería continuar la defensa, se vió mezclado y envuelto en la huida general de la brigada.

Fajardo cumplió bien, y hubiera convertido el desastre de Lácar en una gran victoria sin la defección de Viérgol, pues ya hemos visto el desorden que reinaba entre los car-

listas en aquel pueblo. Mas al volver la espalda las fuerzas con que aquel general contaba, no había otro motivo que el temor que se apoderó del desventurado Viérgol, que dijo al general Primo de Rivera, «todo está perdido», añadiendo otras que ni recordar quiere este general, y dando lugar á episodios que... ¡pero hable la espada del brigadier Molins, el revolver del infortunado Urbina, y las lanzas de los ordenanzas del jefe del segundo cuerpo (1).

La desfavorable impresión que produjeron los anteriores hechos, la reveló la imprevedida ligereza con que por el ministerio de la Guerra se ofendió públicamente la conducta del comandante de Valencia don Federico Rodríguez Moya, cuando fué tan digna bajo todos conceptos, como lo declaró el consejo de guerra de oficiales generales celebrado en Tafalla. La publicación de los partes oficiales en uno y otro campo produjo grandes disgustos y justas reclamaciones: en vez de

(1) Declaraciones en la causa sobre los sucesos de Lácar y Lorca.

Se formaron procesos, y como dijo muy bien el señor Reina, brillante defensor del brigadir Bargés, tratando al final de su escrito de las consecuencias de aquellos sucesos, «implican unos y otras, y llamo con sumo empeño la atención sobre este punto, implican responsabilidades no exigidas en el proceso, y de las cuales no creo pueda desatenderse el consejo sin venir á sancionar con la santidad de su fallo una injusticia notoria. Si por motivos que respeto no cabe ya exigir estas responsabilidades, deben entenderse de hecho levantadas las demás; pero aun cuando así no suceda, aun cuando el consejo, opinando de distinto modo, entienda procedente y justo prescindir de las responsabilidades olvidadas en el proceso y dictar su fallo sobre las en él perseguidas, me atrevo á confiar, en vista de la demostrada inculpabilidad de mi cliente.» Véase documento núm 21.

(1) Refutación, etc.
TOMO III

ser la expresión de la verdad, seguían siéndolo de la conveniencia (1).

El rey visitó el 4 á Munian, felicitando á sus valientes defensores, la ermita de San Cristóbal, y revistó en la falda del Esquinza á la división La Portilla y al batallón de voluntarios, regresando por la tarde á Larraga. Aquí conferenció con la Serna y Despujol y por Artajona y Añorbe marchó á Puente la Reina.

Se mandó de Real orden se *abriera una amplia investigación para conocer las causas que habían producido los desastres de Lácar*, y en los procesos que se formaron se atendió más á lo accesorio que á lo principal, no á depurar de parte de quién estuvo la culpa originaria de aquellos sucesos. Prescindiendo nosotros de hacer el exámen de un proceso de cerca de 4.000 fólíos, y habiéndonos ocupado de todas las operaciones de los tres cuerpos de ejército, pueden estudiarse; y respecto á lo actuado por la justicia militar, de ello se ocupó extensamente en el Congreso el diputado señor general Salamanca en la sesión del 2 de Abril de 1878, quedando sin contestación los graves cargos que formuló.

(1) Entre los carlistas produjo más serios disgustos. Elío quitó del parte de Mendiry estas líneas: «Al elevar á conocimiento de S. M. el parte de esta gloriosa batalla, ruego á V. E. se sirva inclinar su real ánimo á premiar con mano pródiga los rasgos de valor de su valiente ejército. Si á mí me considera acreedor á alguna gracia, ninguna sería mas de mi agrado que S. M. se dignara relevarme del mando de este ejército, nombrando á otro general más capaz que yo para llevar la guerra á un feliz término, señalándome á mí otro puesto más modesto».

No había razón seguramente en acusar de traidor á Mendiry, ni tenían fundamento serio las cien calumnias que en su contra se propalaron (1): podía acusársele de no haber sacado mejor partido del triunfo de Lácar; pero no era de esperar el tan fácil y completo que se consiguió; porque atacar con 4.000 hombres á pecho descubierto á unos 2.000 parapetados, no deja de ser un absurdo enorme, que resultó bien por casualidad. Mendiry solo tenía á sus inmediatas órdenes 6.520 hombres, á las de Argonz 5.210, á las de Zalduendo 1.310, y cubriendo el servicio en Estella 260, que constituían el batallón de Cantabria, sumando 13.300 hombres en 24 batallones y medio. Creía esta fuerza insuficiente para nuevas operaciones. Esto le indujo al abandono de la línea de Puente la Reina al Carrascal, por lo que se determinó formarle causa, y se desistió cuando se supo que la orden había partido de don Carlos, sin que se contrariase la opinión de Mendiry; conociendo éste que, po-

(1) Hasta se dijo que le valió seis millones la entrega de Esquinza á los liberales; y contesta á esto Mendiry que, «el valiente y honrado general Iturmendi (á cuyo cargo estaba la posición y había recibido órdenes terminantes sobre el modo de cubrir el servicio) exagerado en el cumplimiento de su deber, tuvo el pensamiento de abandonar aquella posición la noche que la tomaron los liberales, bajándose con sus fuerzas á pernoctar á Cirauqui y Lorca, en la confianza de que el enemigo, que á la entrada de la noche quedaba ocupado entre Artajona y Larraga, no hubiera intentado semejante movimiento. A los que me hacen cargo por no haber procedido al general Iturmendi, les contesto que el ministro de la Guerra, general Elío, que tomó la iniciativa en el asunto, se contentó con relevarle del mando, nombrándolo miembro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina».

sesionados los liberales de Esquinza, con solo haber avanzado sus fuerzas unos ocho kilómetros para tomar la cordillera que media entre Cirauqui y Guirguillano hasta dominar el puente de Belascoain, único paso que quedaba para atravesar el Arga, quedaban envueltos los carlistas en un círculo tan estrecho, que les hubiera sido imposible salir de él. No podía Mendiry abrigar la convicción, y así lo ha consignado, de que Argonz, aunque abandonando á Estella, hubiera podido defender con los 5.210 hombres á sus órdenes las posiciones de aquella cordillera contra cerca de 30.000 que las habrían atacado, ni podía tener la ilusión el mismo general en jefe carlista de haberse sostenido en una línea tan extensa como era la de Puente á Carrascal con los 7.830 hombres que le quedaban, contra el ataque combinado de Moriones y las fuerzas situadas en Artajona, que le acometieran de frente y por los flancos.

Si Argonz, en el suceso de Lácar, recibiera ó no las órdenes de Mendiry, se hubiera situado con sus nueve batallones en la ladera delante de Murillo dando vista á Lácar y Lorca en observación de las fuerzas liberales de Esquinza y Oteiza, sin desplegarlas, puesto que aquellas tampoco lo hicieron, hubiese continuado el ataque á Esquinza; pero como aquellos batallones, lo mismo que los que atacaron á Lácar, estaban desbandados, era difícil, si no imposible, reunirlos, «atendido el carácter de los voluntarios después de un hecho de armas favorable, no habiendo concurrido sino cuatro medios batallones al punto designado, no obstante haber permanecido en él más de hora y media; consi-

derando, como no podía ménos de considerar, que el enemigo no había sufrido quebranto sino en su vanguardia, no pudiendo figurarme que los dispersos hubieran llevado el pánico y consternación á las fuerzas de Esquinza (1), pareciéndome imposible continuar el ataque, con esperanza de éxito, con tan escasa fuerza, desistí de él, y dando las órdenes para el acantonamiento, me marché á pernoctar á Estella (2)».

No tenía el ejército liberal buenas confianzas, atendiendo á cuanto sucedió el 3 y 4; y es lamentable consignar que se cometieron grandes descuidos y no pequeñas faltas.

ACLARACIONES—CONSEJO EN PUENTE—

REGRESA EL REY Á MADRID

LX

En la mañana del 4, cuando ya una brigada del primer cuerpo, la Cortijo, había tomado posición al otro lado del puente de Puente la Reina, para atacar á Santa Bárbara (1), y la de Navascués ejecutaba un movimiento hácia Artazu, para ocupar la extrema derecha de la línea, supo Moriones por el general en jefe que el segundo cuerpo había sufrido un fuerte descalabro, apoderándose de él el pánico, que había desertores en Larraga, y le decía que si las circunstancias se lo permitían era urgente enviara refuerzo.

La presencia de don Alfonso en Esquinza,

(1) Ya vimos que lejos de consternarse se batieron con heroísmo, aun cuando la sorpresa atemorizara á algunos por el pronto.

(2) Memoria del señor Mendiry.—Inédita.

con la que no contaba Moriones, ni la supo hasta que se lo dijo Despujol al noticiarle el anterior parte, decidieron al jefe del primer cuerpo á ordenar á Despujol se dirigiese á Esquinza con 12 batallones, ocho piezas de montaña y dos escuadrones, y participase al general en jefe que quedaba en Puente la Reina esperando órdenes, si bien disponía que la brigada Navascués marchase á asegurar las comunicaciones con Pamplona para el abastecimiento de aquella plaza.

Consigna la Memoria antes citada que, si en la madrugada del 4 no se hubiese recibido el terrorífico parte del general en jefe, con seguridad el primero y tercer cuerpo avanzando por Artazu y los montes de Guirguillano, dándose la mano con el segundo, hubieran llegado aquel día á ocupar una línea de batalla desde Iruñela por Arizala, Alloz, Murillo, Lácar, Lorca y Esquinza hasta Oteiza; y que cuando en consejo de generales se acordó el plan con todos sus detalles, se trató del puesto que debía de ocupar en la batalla del día 2 el rey don Alfonso, exigiéndose al general Moriones lo propusiera, y éste manifestó sin titubear que Su Majestad debía situarse en un punto intermedio entre Larraga y Artajona, desde cuya elevación presenciaria el comienzo de la batalla por el segundo cuerpo, avanzando después á unirse al tercero que marchaba á atacar las posiciones de Añorbe; con orden de no verificarlo hasta después del medio

(1) El primer pensamiento de Moriones fué volar aquel puente, y las atinadas observaciones del brigadier de ingenieros señor Arroquia le convencieron de fortificarlo en vez de destruirlo.

día del 2; y al señalar este punto al rey el general Moriones, se proponía que S. M. viera el día 2 los tres cuerpos, y avanzara á pernoctar á Pamplona, «procurando además que la verdadera victoria la alcanzara el tercer cuerpo». El general Moriones, añade más adelante, se ve en la indispensable necesidad de no poder aceptar la responsabilidad que hay derecho á exigir á los que permitieron que S. M. marchase á Esquinza con el segundo cuerpo. Esto se hizo contra lo acordado y dispuesto; y de este cambio ninguna noticia tuvo el general Moriones hasta el día 3 al anochecer, que se la participó el general Despujol en Puente la Reina. Mucho menos puede aceptar la que pesa sobre los que hicieron correr al rey un peligro sin gloria, y lo que es más aún presenciar una incalificable derrota. Si al general Moriones se le hubiera dicho que S. M. el rey iba á marchar el día 2 á Esquinza el plan se hubiera cambiado casi por completo. En este caso, aquel hubiera exigido que el general Despujol con diez batallones, ocho piezas de montaña y dos escuadrones, hubiera también marchado á Esquinza con Su Majestad, dejando solo en Artajona la artillería rodada del primer cuerpo con cuatro batallones y un regimiento de caballería á las órdenes del brigadier Jaquetot, para que se le hubiera reunido el 3 en Puente la Reina.

Aquí, pues, se reunieron el 6 los cuarteles real y general, celebrándose un consejo bajo la presidencia de S. M., al que asistieron el ministro de la Guerra, y los generales la Serna, Moriones y Ruiz Dana. Planteada la cuestión de lo que debía hacerse, opinó el

general Moriones que debían suspenderse las operaciones hasta tener aseguradas las líneas del Esquinza y Arga; el general en jefe se mostró contrario á esta idea, fundándose en que aprovechando el estado moral del enemigo, muy quebrantado, pues aunque se había presentado como un gran triunfo el suceso de Lácar, no bastaba á indemnizar el terrible efecto producido por el abandono sin combatir de las formidables posiciones del Carrascal, y consideraba por tanto conveniente continuar en el plan tan bien inaugurado, hasta caer sobre Estella; pero se acordó suspender las operaciones para fortificar los puntos ocupados, y dimitió Jovellar el mando.

El 7 marchó el rey á Pamplona, de donde regresó por Tafalla al día siguiente, y el 9 pasó el Ebro por Castejon, visitó en Logroño al príncipe de Vergara, que le consideró digno de que ostentara la gran cruz de San Fernando, y le regaló la que tan bien había ganado en la anterior guerra civil; y por Miranda, Burgos, Valladolid y Avila volvió á Madrid, con el sentimiento de no haber podido terminar la guerra.

PROCLAMA—LÍNEAS Y FUERTES—AYUNTAMIENTO
DE ESTELLA

LXI

Don Carlos saludó con esta proclama á sus voluntarios: «Vuestro heroico valor ha satisfecho todas mis esperanzas.

»Los ensangrentados campos de Lácar y Lorca han sido testigos el día 3 de la más grande de nuestras victorias, victoria que

yo he presenciado con el corazón palpitante, pero con la confianza que siempre me inspira vuestro arrojo incomparable.

»El ejército enemigo, impotente á pesar de su número para atacar nuestras posiciones, esquivó el ataque moviéndose por nuestros flancos, y ya creía asegurado su pasajero triunfo cuando vosotros habeis venido á probarle en la última jornada que nada resiste el empuje de vuestras bayonetas, y que nadie impunemente puede profanar con su planta el sagrado suelo de estos campos regados con vuestro sudor y vuestra sangre.

»En las llanuras, á pecho descubierto, habeis arrollado al enemigo cayendo sobre él como un torrente. En las llanuras de Castilla le buscaremos pronto, y allí como aquí venceremos, porque Dios está con nosotros y las bendiciones de la España cristiana nos acompañan.

»Yo os doy gracias, mis valientes voluntarios, por vuestro brillante comportamiento del día 3; las doy asimismo á los generales, jefes y oficiales que han tomado parte en el combate, y mi satisfacción es completa, porque al par de vosotros combatía también valerosamente un príncipe de mi familia, hermano querido de vuestra amada reina, y que si fué uno de los primeros que entraron en Lácar en medio del fuego de sus defensores, será en lo sucesivo uno de vuestros camaradas en el combate.

»Voluntarios: Con la ayuda de Dios y con vuestro valeroso esfuerzo, venceremos al enemigo hasta llegar á Madrid, y al retiraros al seno de vuestras familias contareis allí vuestras incomparables hazañas, pudiendo

decir con orgullo: «*Yo soy un veterano de los valientes vencedores de Lácar*».

»Damos gracias á Dios por la nueva victoria que se ha dignado concedernos, y supliquémosle fervorosamente por los que gloriosamente sucumbieron.

»Voluntarios: Tened confianza en vuestros jefes, porque son dignos de ella: no deis oídos á las calumnias de nuestros enemigos que os hablan de *convenios y traiciones*; porque no transigiré jamás con la revolución, y porque en el campo de la lealtad no son posibles las traiciones.

»Adelante voluntarios, que siempre y sobre todo vela vuestro rey y general, *Carlos*.

»Cuartel Real de Estella á 5 de Febrero de 1875».

Inmediatos y contemplánlose unos y otros combatientes, cañoneándose de vez en cuando las fuerzas liberales de Puente la Reina con las carlistas de la ermita de Santa Bárbara, y tiroteándose en casi todos los puntos de la línea, se dirigió Pérula desde Estella con algunos batallones hácia Oteiza deteniéndose á su vista, esperando la artillería que había de romper el fuego de cañón sobre el pueblo, iluminado aquellas noches por la multitud de fogatas de las tropas que le guarnecían. Proponíanse los carlistas introducir la confusión en el pueblo, sobre el que también romperían el fuego fuerzas avanzadas, y si había oportunidad, introducirse en él. Llegó la artillería, se apagaron las fogatas, por lo que Pérula consideró frustrado su proyecto y regresó á Estella con los dos jóveves parientes de don Carlos que habían ido á presenciar el ataque.

En un consejo de generales presidido por don Carlos, celebrado en Estella á los dos días del combate de Lácar, propuso Fortun fortificar La Población, el Puerto de Herrera, la Peña del Cuervo en el puerto alto de Vitoria y el puerto de Azaceta por donde se dirige la carretera de Maestu á Vitoria. En este cuadrilátero existan pueblos suficientes para el atrincheramiento de numerosas tropas, y aquellos fuertes debían servir de base para el establecimiento de una línea que partiendo de Estella, cuyas fortificaciones se acordaron en el consejo, fuera por Monjardin, San Gregorio, Codes á La Población, inutilizando después los pasos de toda la sierra hasta Herrera, y construyendo otros reductos que debieran dar por resultado la interrupción permanente del ferrocarril de Haro á Miranda, y la incomunicación de Vitoria por la carretera de Miranda, haciendo así imposible, si no difícil, el paso á Vitoria por el condado de Treviño y Zumelzu, casi siempre expedito; para todo lo cual necesitaban más fuerzas de las que podían disponer los carlistas. Se elogió este plan de campaña; pero al ejecutarlo cayó Fortun gravemente enfermo, entregó el mando de la división, y después el de la provincia, y se ocupó posteriormente en el concepto de fiscal del proceso formado á Dorregaray.

La nueva línea carlista en Navarra estaba en su mayor parte sin fortificaciones ni trincheras, y el nuevo coronel del cuarto de Navarra don Joaquin Mendoza, que ocupaba la parte de Artazu, á cuyo frente construían los liberales excelentes fuertes como el de San Marcial, los Topos, Crucifijo, San Gui-

lermo, etc., etc., consiguió útiles de los pueblos (1), formó una sección de obreros para la que se prestaron voluntariamente diez individuos por compañía del cuarto y del octavo; el teniente Biurrún trazaba de día los trabajos que se ejecutaban de noche, y se fortificó de una manera formidable Artazu y sus posiciones, formándose cuatro líneas de defensa en buenas condiciones, pudiendo pasarse de una á otra y acudir á los puntos más amenazados á cubierto del fuego enemigo.

Extendió Mendoza las fortificaciones en las cordilleras que median entre Orendain y Belascoain, asegurando los vados del Arga; no quedó por fortificar ni una sola posición de las que existen entre Artazu y el fuerte de Santa Bárbara de Mañeru, y lo mismo por la parte de Guirguillano y todas sus inmediaciones; organizó perfectamente el servicio de trincheras, á lo cual se debió que arrojando los liberales multitud de proyectiles sobre aquellas posiciones y el pueblo, que tanto sufrió, sólo experimentara aquella media brigada en todo el tiempo que allí permaneció tres muertos y siete heridos, los más de bala de fusil. Efectuó también trabajos de fortificación en los altos de Santa Bárbara de Oteiza, y en los de Dicastillo, Averin, Munian y puente de Avinzano; dirigió la construcción de zanjas y algunas obras en las avenidas de la Rioja á Navarra, y sus obreros, ayudados ya por paisanos y fuerzas de su media brigada, llevaron á cabo muchos

(1) Que los devolvió cuando los obtuvo del parque de Estella.

é importantes trabajos, sirviendo Mendoza de grande ayuda al cuerpo de ingenieros.

Estos llevaron también á cabo grandes y excelentes obras en Estella y sus inmediaciones, no sin costosos sacrificios por parte del vecindario de aquella ciudad, y estando su ayuntamiento en tal situación que no podía pagar ni sus atenciones ordinarias, y menos hacer frente á los enormes y cuantiosos pedidos de pan, carne, vino, cebada, etc., que siempre en términos violentos y perentorios hacia la comisión de suministros: lamentábase y suplicaba el municipio, se le negaba hasta la próroga y la menor dilación, pidió dinero inútilmente, hizo empréstitos forzosos de escaso resultado, repartió cuatro contribuciones dobles, cuadruplicó los derechos de puertas ó consumos y nada quedó exento de tributo. Para la construcción de los fuertes tuvo que dar las herramientas, costando 2.000 duros los picos, palas, azadones y demás utensilios; se pedían además diariamente 100 ó más hombres para trabajar en las fortificaciones, teniendo que pagar el que se eximia de esta prestación personal; tomábase el terreno sin pedir permiso al propietario, cogíanse los materiales de donde se encontraban, se obligaba á su conducción, embargándose carros y caballerías, y si bien pudieron vanagloriarse los militares de la excelencia de las líneas y fuertes que construyeron, tuvieron que lamentar los paisanos la ruina unos, y grandes é irreparables pérdidas otros (1); ofendiendo á todos la

(1) Y no era sólo Estella la que padecía, sino muchos pueblos como Cirauqui, al que pidió el general Primo de Rivera 6.000 raciones diarias de pan y vino, amenazando

altivez despótica del hombre de guerra que en tan poco tiene á la humanidad, de la que forma parte. Después de todo, veremos para lo que sirvieron tantos trabajos y sacrificios.

También se utilizaron para los trabajos de fortificaciones los prisioneros liberales, cuya suerte procuraba aliviar don Carlos, visitándoles y permitiendo á los oficiales salir á pasear con otros oficiales por evitar les insultaran; y al saber Yoldi que se defraudaba la ración á los prisioneros que trabajaban en Monjardín, se apresuró á evitar tan infame abuso.

Las recompensas que ámpliamente concedió don Carlos por los sucesos de Lácar, produjeron nuevas rivalidades y disgustos, por no haber en todas la justificación debida, cuyo achaque era general en uno y otro campo. Los carlistas, sin embargo, habían perdido más que ganado, porque no podía compararse, aún cuando pudiera ser más duradera, la línea que ahora tenían con la que antes poseían.

No admitida la dimisión que presentó Mendiry al dar el parte de Lácar, continuó en el mando, oponiendo trincheras á trincheras en toda la línea; y á la vez que los liberales desmembraban sus fuerzas, envió batallones á las tres provincias vascongadas, encargando á sus comandantes generales mayor impulso á las operaciones, quedándose en Na-

con cañonear el pueblo Mendiry le ofició que fusilaría dos prisioneros por cada cañonazo que tirase á Cirauqui; replicóle el jefe liberal que también tenía prisioneros para represalias, y parientes muy allegados de los que amenazaban, é insistió el carlista que también tenía parientes y allegados para ejercer represalias.

varra con ocho batallones navarros, dos castellanos, uno de Aragon y otro de la Rioja, pues no podían contar con los tres navarros restantes por estar uno en el Baztan y los otros dos en tierra de Aoiz y de Lumbier.

Aunque era valiente el ejército carlista, no le bastaba esa cualidad, pues según el mismo Mendiry en la circular reservada que dirigió desde Muez el 26 de Febrero á los jefes y oficiales, «no estaba el ejército en el caso de sufrir un descalabro sin que se resintiera su disciplina, ni se oyesen las palabras de traición, y como consecuencia precisa sucediera una catástrofe. Mucha confianza, añadía, debemos tener en el valor y abnegación de nuestros voluntarios: pero desgraciadamente no podrán responderme de una manera satisfactoria, porque la desidia de jefes y oficiales en el cumplimiento de sus respectivos deberes, ha permitido introducir en las filas la murmuración, oyendo como la cosa más natural las más infames calumnias sin ponerles el debido correctivo».

REEMPLAZA EL GENERAL QUESADA Á LA SERNA

—ESCARAMUZAS—EXPECTATIVA—CÁSEDA

—REPRESALIAS—FUERZAS

LXII

Mermado el ejército del Norte con la vuelta al Centro de la división Despujol, propúsose el general en jefe continuar con vigor las operaciones; para lo cual ordenó que Fajardo marchase con su división á Logroño á reorganizarla; ocupándose en tanto afanoso en aprovechar las grandes y evidentes ventajas obtenidas con el movimiento estratégi-

co que levantó el bloqueo de Pamplona, detenido por el accidente de Lácar, cuando fué relevado del mando que se confirió al general Quesada. Se encargó de él el 24 de Febrero, y al día siguiente saludó á los soldados del ejército confiando en su valor y disciplina para alcanzar el triunfo.

Pagaban las familias de los carlistas una contribución de cinco duros, que según Mendiry (1) «nos ha arrebatado de las filas muchos voluntarios incitándolos sus mismas familias á la deserción;» por lo que, y por el justo temor de que ésta aumentase, le puso en el caso de convenir con el jefe liberal la supresión del tributo, á costa de no exigirle análogo á las familias liberales, y no impedir el libre tráfico de personas y productos del país (2), dándose así un carácter más humanitario á la guerra, complaciéndose Quesada en anunciarlo á los habitantes de las capitánías generales de Burgos, provincias Vascongadas y Navarra, exponiéndoles los inmensos beneficios de la paz.

Continuaron unos y otros contendientes aumentando la fortificaciones de su línea; cuyos trabajos procuraban impedir cañoneándose mutuamente; tiroteábanse cada día las avanzadas ó descubiertas de los campamentos y puestos, y se acechaban para cazarse. Otras veces se efectuaban operaciones tan lamentables como las ejecutadas por algunas fuerzas del segundo cuerpo. Salieron de Esquinza en Abril cuatro batallones y una batería de mon-

(1) Comunicación fechada en Estella.

(2) Posteriormente se dispuso no se consintiera la conducción de caldos en dirección al territorio ocupado por los carlistas.

taña, apoyadas por otra montada y los cañones de á 24 que existían en el reducto de Alfonso XII; se dirigieron á un montecito inmediato para arrojar de él á unos 30 carlistas que continuamente le ocupaban; lo consiguieron, como era de suponer, gastando miles de cartuchos y cientos de granadas, y aún no habían regresado al campamento los soldados liberales, llevando dos ó tres muertos y varios heridos, cuando los enemigos volvieron al mismo sitio. No daban por lo general otro resultado los reconocimientos que se efectuaban hacia Santa Bárbara de Oteiza y aquellas inmediaciones, y si consideramos necesario ó cuando ménos disculpable, el efectuado por el primer cuerpo hacia el Arga, aunque fuera funesto para Echauri, pudieron evitarse algunos de estos movimientos y ahorrarse mucha sangre.

Del mismo segundo cuerpo salió después de Esquinza una brigada que llegó hasta Lorca, donde se cargó con trigo y tejas le multitud de acémilas que se llevaban por lo que los soldados llamaron á esta operación la *Batalla de las Tejas*, á la que sólo se opusieron un par de docenas de carlistas; no obstante lo cual, no faltó quien quisiera darle importancia, y dióle alguna la *Gaceta*, satisfaciendo estos hechos, sin duda, el afán del gobierno porque se efectuaran operaciones que interrumpieran la inacción del ejército.

Ambos combatientes permanecieron en esa inamovilidad enervante para el soldado; se le movía solo conduciendo convoyes ó en los relevos de fuerzas é instrucción, exigiéndola detenida la nueva juventud que llamaron á las armas liberales y carlistas.

Con el contingente que dió la quinta al gobierno liberal, ocupóse el consejo de ministros del estado de la guerra, convenciéndose de la necesidad de adoptar un plan, que «al paso que limitara la ofensiva á muy prudentes términos en unas provincias, la impulsara vigorosamente en otras, para obtener, por medio de una gran superioridad local de fuerza, más considerables y seguras ventajas.»

La paralización de las operaciones, alarmó la opinión pública, y se creó atmósfera contra el mando del general Quesada; y no dejó de participar de tal opinión el gobierno, que exploró la voluntad del marqués de la Habana para reemplazar en el Norte al jefe del ejército, contestando que no podía aceptar el mando que se le proponía, si no se aumentaban las fuerzas, pues con las que á la sazón contaba, solo podría sostenerse á la defensiva.

De resultas de las operaciones sobre el Carrascal había mejorado notablemente la situación del ejército liberal del Norte. Produciendo la quinta unos 40.000 hombres de positivo ingreso, además de cubrir las bajas ocurridas, «podía elevar la fuerza del ejército, decía el ministro de la Guerra señor Jovellar, á un total aproximado de 230.000 hombres en lugar de los 210.000 que entonces tenía.» Pidióse á los generales en jefe su opinión sobre el plan general de operaciones y el particular para el mando del ejército de cada uno, y Quesada, que acababa de mostrar la necesidad de continuar en las posiciones impuestas por la necesidad, de la que consideraba no poder prescindir, aun cuando la-

mentase el período de guerra defensiva que esto originaba; la conveniencia de seguir ocupando el pueblo de Oteiza, acordada en junta de generales, brigadieres y jefes, así como la ocupación permanente de Puente la Reina, y lo más que consideró conveniente respecto á fortificaciones y á la situación del ejército (1), llamado á poco á Madrid para conferenciar con el gobierno allí expuso su plan de operaciones.

Aunque á la defensiva también los carlistas, no desperdiciaron ocasiones como la que aprovechó la partida de Azcárate, que invadió á Cáseda, guarnecida por mayor fuerza de carabineros al mando del teniente coronel que fué hecho prisionero con diez más.

A las guerrillas de los carlistas habían opuesto los liberales contraguerrillas, y pocos escrupulosos unos y otros en sus actos, y mandando gente de más valor que prudencia, combatíanse con saña y encarnizamiento. En la mañana del 29 de Marzo la contraguerrilla de don Tirso Lacalle, conocido por el *Cojo de Cirauqui*, sorprendió á parte de la guerrilla de Rosa Samaniego en San Martín de Unx, y mató á ocho, cuya muerte sublevó la opinión pública de sus correligionarios, que pidieron represalias; acudió solicito Quesada á impedir las en cuanto supo de una manera segura que iban á tener efecto; se solicitó por los carlistas la entrega de Lacalle, que se negó; conferenciaron con Mendirry Goicoechea (don José) y Goya, aplacándole; se dirigió un telegrama á don Carlos, que estaba en Durango, exponiéndole

(1) Comunicación del 30 de Abril.

que se abriría información sobre lo sucedido en San Martín, y se castigaría á los culpables; que regresarían inmediatamente los prisioneros navarros que había en Cuba; se procuraría un cange y se gestionaría licencia para permitir pescar en las costas de Vizcaya, y pidióse también por último se suspendiera la ejecución de los que habían de ser fusilados.

En este estado, y aceptado por los comisionados el convite de comer con Mendiry, reanimando por la tarde el espíritu algún tanto decaído de los jefes y oficiales prisioneros, que temían la represalia, llegó á las seis de ella la orden para fusilar ocho prisioneros: los designados por la suerte, previas solamente cuatro horas de capilla, fueron fusilados en el campo denominado Pieza del Conde en la mañana del 7. «Este sacrificio, dice Mendiry, que hoy mismo deploro, que reclamaba la opinión pública, que en nuestro modo de ser no podía menos de ser atendida, se me impuso de Real Orden, más bien que por ejercer un acto de represalias y obligar por este medio á nuestros enemigos á que nos hicieran una guerra noble y humanitaria por satisfacer las exigencias demasiado exacerbadas de batallones y pueblos, con cuya medida indudablemente se evitó un desbordamiento que hubiera puesto en peligro la vida de los demás prisioneros». Esto dice Mendiry: á nos tros nos consta que hizo cuanto pudo, y como lo hemos expuesto, para salvar la vida de aquellos desgraciados, para evitar un acto bárbaro en aquellas circunstancias.

El día antes de su ejecución, la anunció

Mendiry al general en jefe liberal, añadiéndole que debían sufrir igual suerte otros ocho prisioneros más, «en satisfacción de otros tantos asesinatos de voluntarios cometidos por el mismo Lacalle, (los enumera), si la clemencia de S. M. mi rey y señor no los hubiera indultado».

Quezada contestó dignamente increpando el apresuramiento en fusilar ocho inocentes, consignando la negativa de los carlistas á que se abriera un doble proceso (actuando ellos en uno) en averiguación de la verdad de lo sucedido en San Martín de Unx, y que aunque tenía mayor número de prisioneros para tomar represalias, prefería «dejar caer íntegro el baldón de semejante proceder, fundado en una mera sospecha, sobre la causa carlista y sus jefes». Replicóle Mendiry que poseía datos irrecusables que probaban los asesinatos cometidos en San Martín; que aún cuando era para tiempos normales la instrucción de una sumaria se hubiera prestado á ella precediendo el compromiso de entregarse recíprocamente los asesinos, una vez probada su culpabilidad; buscaba la disculpa de unos excesos recordando otros, y se sostuvo correspondencia (1) de mútuas acusaciones, demostrando, por último el proceso que se formó, que no hubo los excesos de que se habló, pidiendo el fiscal el sobreseimiento de la sumaria. Había debilidad en algunos jefes carlistas para contener ciertos desmanes, y obligados fueron los recientes fusilamientos de Estella. Quebrantado el cré-

(1) Publicada en el *Cuartel Real* de aquellos mismos días.

dito de Mendiry, y sublevada la opinión, tenía que mostrarse dócil á sus exigencias aun cuando fueran tan tiránicas como las de exigir sangrientas represalias, ordenadas además.

Las quejas de los pueblos obligaron también á Mendiry á oficiar á Quesada que si no cesaba el cañoneo desde los fuertes, de las indefensas villas de Cirauqui, Artazu y Villatuerta, puesto que en el sistema de guerra carlista no entraba la defensa de los pueblos, ni sus líneas se apoyaban en ellos, y no continuaba la libre circulación de caldos, quedaría roto el acuerdo que lo determinaba y tomaría la guerra un carácter sanguinario; á lo que se contestó, que habiendo sido asesinado alevosamente un cabo del regimiento de Castilla, que desarmado bajó á conversar con individuos carlistas que le habían invitado á ello, prometiendo no hacerle daño, y hechos prisioneros de igual modo otros dos cabos que no habían sido devueltos, se cañonearon pueblos donde se alojaban fuerzas carlistas, según se hacía por éstas á Puente la Reina; y la suspensión de la circulación de los caldos, era por haber impuesto y cobrado el jefe carlista fuertes derechos sobre varios artículos.

El ejército liberal del Norte, contaba en 23 de Marzo con 96 batallones, 8 regimientos de caballería, 14 baterías montadas, ocho de montaña, 21 compañías de ingenieros y algunas fuerzas irregulares, que hacían un total de 78.782 infantes, 2.651 caballos y 92 piezas. De estas tropas se empleaban en guarniciones de plazas y puntos fuertes, mas la línea del Ebro, 13.900 infantes, 298 ca-

ballos, seis piezas y 793 hombres de fuerzas irregulares. Quedaban, pues, disponibles 64.822 hombres y 2.353 caballos (1).

Los carlistas del Norte reunían en el mismo mes de Marzo un total de 2.602 generales, jefes y oficiales, 30.794 individuos de la clase de tropa, incluso los sargentos primeros; é incluyendo la administración y sanidad militar, clero castrense, cuerpo jurídico y veterinario, sumaban 33.860 hombres, 1.808 caballos y 794 mulos. La artillería tenía un servicio de 79 piezas (2), se estaban montando además dos Krupps y organizándose una nueva batería de cañones de montaña. Los proyectiles de diferentes sistema ascendían á 28.235. La fuerza presente de la división de Castilla, que operaba también en las provincias, según el estado que tenemos á la vista del comisario don Isidro de Helguero, se componía de un batallón de Guías, y de los batallones del Cid, Arlanzon, Burgos, Cruzados y Palencia y un regimiento de caballería, dando un total de 355 de la clase de jefes á cadetes inclusive, y de la de tropa de 3.057 con 456 caballos. Incluyendo las fuerzas de Cantabria, el batallón de Aragón, el de la Rioja y el de Asturias, excepción hecha de los enfermos y heridos, y de los tercios de las provincias, el total de fuerzas carlistas en el Norte en Marzo se elevaba

(1) Como de estas fuerzas había 7.578 hombres cubriendo á Bilbao y sus fuertes, y 5.500 en San Sebastian é inmediaciones, no podía contarse con ellas para las operaciones que realizaban fuera de estas zonas, pues sólo por mar mantenían sus comunicaciones.

(2) En el estado del mes de Abril figuraban en servicio 85 piezas.

á 39.184 hombres y 2.341 caballos: los estados oficiales de Abril dan un total de 38.559 hombres, 2.138 caballos y 797 mulos (1).

NEGOCIACIONES CON CABRERA—CONVENIOS—
TRATOS

LXIII

Notablemente modificadas las opiniones políticas de don Ramón Cabrera, no podía continuar siendo el representante militar del partido que enalteció sus hechos y premió su constancia. Ya le vimos en 1849 peleando más bien por cumplir un deber que por defender su causa, y á algunos amigos escribía mostrando su disgusto, su cansancio y aun su repugnancia en sostener aquella lucha, que algo le contrariaba; ya vimos su conducta en la gran conspiración que sucumbió en la Rápita, y ya en Inglaterra, no era Cabrera lo que entonces había sido; adquiriendo especial aversión á la guerra, porque conocía bien sus horrores.

Consignadas dejamos las relaciones entre don Carlos y Cabrera desde 1868 hasta el ruidoso rompimiento de 1870; se había publicado en Diciembre de 1871, que no era carlista el que se manifestara cabrerista; en 1872 se avisó á don Carlos que Cabrera había dado 2.000 duros á un elevado periodista español, no carlista, para fundar un periódico, que no llegó á publicarse; y prescindiendo de los pasos y viajes más ó menos oficiosos que de Madrid á Londres hicieron Marconell, un tal Pavia y el *Chich*, ofrecien-

(1) Véase documento núm. 22.

do la adhesión de Cabrera al gobierno provisional de 1874, como otros le ofrecieron á la monarquía de don Amadeo, sin que haya el menor documento del interesado que acredite la verdad de tales gestiones, que solo tuvieron de positivas algunos miles de reales, que no muy á su gusto facilitó el señor García Ruiz, como ministro que era de la Gobernación, sólo trataremos de las gestiones que están comprobadas.

En Abril de 1873, el señor Olózaga, que representaba á España en Francia, escribió desde París al señor Figueras, presidente de la República española, informándole que se le había presentado el señor Homedes, autorizado por su pariente don Ramón Cabrera para negociar el reconocimiento de éste y su adhesión á la República, sobre cuyo asunto le escribió dos cartas, las mismas que enviaba en copia al señor Figueras, al que decía: «Si usted cree, como yo, que la adhesión y reconocimiento de la República por parte de don Ramón Cabrera, en estas circunstancias, vale más que 25 batallones de cazadores, aun cuando tanta falta nos hacen, me autorizaré telegráficamente para seguir las negociaciones». El presidente de la República se apresuró á telegrafiar en el sentido en que se le pedía.

Las vicisitudes políticas que se sucedían sin intervalo apenas, eran no pequeño obstáculo á estas negociaciones que, según los documentos que tenemos á la vista, las vemos tan pronto reanudadas como interrumpidas.

Posteriormente escribió el gobierno á Cabrera manifestándole la imposibilidad de una

inteligencia entre los elementos, que aunque cobijados bajo una misma bandera, marchan por distintos caminos y teniendo diversas aspiraciones: más claro; es público que entre los amigos de don Ramon Cabrera, que es la personificación más alta del partido monárquico tradicional y don Carlos y su camarilla hay en la cuestión de doctrinas y procedimientos diferencias esenciales; en el terreno de las relaciones privadas grandes prevenciones; y en el orden político disentimientos y agravios que cierran las puertas á toda idea de sincera concordia.» Exponía que si la existencia de la monarquía había podido ser un obstáculo á legítimas aspiraciones, no lo era ya la República, campo neutral donde todas las transacciones eran honrosas y posibles, porque ninguna humillación las dificultaba, ni recuerdo alguno las envenenaba; que el gobierno de la República no se resistiría á ninguna proposición aceptable, que nadie podía hacer mejor que Cabrera, y «que era indudable que, si puestos de acuerdo con don Ramon Cabrera los generales, jefes y personas de influencia del antiguo partido carlista que se encuentran disgustados, y en el caso de que aquel caudillo se acercara al gobierno de la República, éste, como está animado de sentimientos conciliadores, había de estar dispuesto á facilitar medios honrosos de llegar á un digno acontecimiento.»

Al mismo tiempo trabajaban algunos carlistas de buena fé para que se llamara á Cabrera, y tal eco fué teniendo esta opinión, que se vió obligado don Carlos á publicar (1)

(1) En el *Cuartel Real*, del 23 de Julio de 1874.

párrafos de una carta escrita á uno de sus más fieles servidores, diciéndole que la situación de Cabrera era la misma que el día de la junta de Vevey; que no había vuelto á ocuparse de él más que para lamentar su desgracia y extravío; que mientras no pidiera perdón de su conducta anterior, no se creyera nada de lo que se dijese; que abiertos los brazos de don Carlos á todos los españoles de buena fe, deploraba no hacer otro tanto con quien acribillado á balazos por la causa, creía fuese fuerte sosten de su trono, y que tenía el deber de mantener muy alto el principio de autoridad y los lemas de la bandera que defendía.

Cabrera escribió (1) lamentándose de la anterior publicación, y manifestando que todo lo había sacrificado á un ideal, á una aspiración que sintetizaba para él los más puros y nobles sentimientos; la salvación de la patria. «En estos instantes, como en otros tiempos, creo ingénuamente que todos los propósitos, toda la energía y virilidad de que era capaz un gran partido, deberían cooperar á restablecer el orden en nuestra quebrantada España, tratando de iniciar una era de reorganización, de moralidad y de grandeza que coincidiese con el trinfo de nuestros principios, hábilmente vigorizados con el necesario y eficaz auxilio de esa gran mayoría honrada, que vaga como nosotros, sin hallar sosiego, seguridad ni gobierno. Ciertamente que aún la opinión más lealmente profesada puede constituir un gran error; pero no merece consi-

(1) A su hermano don Juan de Dios Polo, Wentworth, 24 de Agosto de 1874.

deración ó siquiera disculpa una idea levantada y que tiende á convertir en política de atracción, en política nacional, la política de un partido?»

Don Carlos no ignoraba los tratos que se le denunciaban desde Madrid, según la multitud de cartas que tenemos. Espiados los pasos del gobierno, eran comunicados inmediatamente á la córte carlista, siendo notables muchas denuncias, especialmente las que enviaba *Versalles*, que no dejaba de estar bien enterado de cuanto se hacía, y de ciertos proyectos alfonsinos, aún cuando no tomaba parte en ellos alguna de las personas que cita.

Antes de ser proclamado don Alfonso empezó este señor á tratar con Cabrera en Londres, y cuando á virtud del pronunciamiento en Sagunto acudió don Alfonso á París, el 5 de Enero, se escribió de su parte al *Conde de Morella*, diciéndole: «Ya sabe usted, mi general, cuáles han sido sobre este particular mis aspiraciones y deseos en las diferentes entrevistas que he tenido con usted: recordará usted que en la última, debidamente autorizado, hice á usted indicaciones más formales para atraerlo al convencimiento de que, siendo seguro en un plazo más ó ménos corto el advenimiento de don Alfonso al trono, fuese usted el hombre destinado para poner término por medio de un convenio honroso para todos, á esa desgraciada lucha. Hoy aquel hecho se ha realizado ya, y vuelvo de nuevo á dirigirme á usted en la seguridad de que no voy á acudir en balde á su patriotismo. S. M. desde aquí, y el señor Cánovas del Castillo desde Madrid, y

por conducto del señor Elduayen, me autorizan á hacerlo y á proponerle, vista la imposibilidad de realizarlo yo personalmente, que se entienda usted con el señor Merry del Wal á quien dan sus instrucciones para conferenciar con usted y llegar, si es posible, como lo espero, á un acuerdo concreto sobre todos los puntos que hayan de ser luego sometidos á la aprobación de ambas partes. Terminemos, mi general, terminemos de una manera digna para todos esta funesta lucha entre hermanos, que nos empobrece y deshonra; y ayudemos todos los hombres de buena fe á levantar á nuestra desgraciada cuanto querida España de su postración actual. Estos son los deseos más vehementes de S. M. el rey y los que más me encarga trasmita á usted, asegurándole al propio tiempo la satisfacción con que le verá á su lado, después de haber contribuido, como espera, á aquel anhelado fin».

Entabláronse las negociaciones con el señor Merry del Wal en representación del ministerio-regencia, cuyo presidente telegrafió el 19 de Enero lo siguiente: «Sobre los fueros, el estado de cosas del tiempo de la reina Isabel de Borbon, ni más ni menos. Sobre empleos, todos los de los que se presenten con fuerza armada correspondiente á su grado en general, y aquellos que por ser amigos particulares de su amigo de usted estén sin mando ó perjudicados. La lealtad escrupulosa del gobierno me obliga á declarar, que si las armas del rey logran la disolución del ejército carlista por la fuerza, ni habría fueros, ni otros reconocimientos de grados que los de los amigos del amigo

de usted, los cuales merecerán siempre la consideración que éste».

Procedió con actividad y acierto el señor Merry, y á su consulta del 15 de Febrero, contestó telegráficamente el 19 el presidente del consejo de ministros, autorizándole á admitir todas las modificaciones que le indicaba, menos la que se refería á la junta clasificadora. «Se puede pactar, añadía, que ella sea completamente imparcial y compuesta de jefes de ambas procedencias; y yo, por mí, confiaría en el solo voto del general Cabrera. No me parece, sin embargo, que el decoro del rey le permite quedar tan sujeto, en cuanto á las personas, como se desea. Siendo tan buen monárquico, debe comprender mis escrúpulos. Fien no sólo en mi palabra, sino en la lealtad del rey, que es lealísimo. Asegúrele al general que no tengo impaciencia, y deseo que haga á su gusto las cosas. En cambio que excuse aquí dilaciones».

Redactábanse en tanto en Madrid las bases del convenio, en las que tanta parte tuvo el señor Pareja y Alarcón, impulsado siempre por sus pacíficos sentimientos, y considerando que esas mismas bases llevaban en sí la profunda convicción al que las conociera, enseñólas aquí á algunas personas, no faltando quien, lejos de quedar convencido, envió á la corte carlista el grito de alarma, y anunció con exactitud la salida de Madrid del señor Pareja de Alarcón, portador de las bases del convenio, que se trasmitían con exactitud, denunciándose otros propósitos del gobierno.

Comisionó el ministerio también al duque de Santofña para terminar la negociación que

tan perfectamente condujo el señor Merry, y ambos firmaron y dirigieron á Cabrera el siguiente escrito, que eran las bases que llevó el señor Pareja y con las que todos estaban conformes:

Excmo. Sr.: Los infrascritos, en virtud de las facultades de que se hallan revestidos por el gobierno de S. M. para tratar de poner término á la guerra que devora á nuestra patria, sobre la base del reconocimiento de la monarquía constitucional del rey don Alfonso XII, tienen la honra de presentar al Excmo. señor general don Ramón Cabrera las siguientes proposiciones para lograr tan elevado objeto:

«PROYECTO DE ARREGLO.

«El gobierno de S. M., anhelando poner término á la guerra civil que aniquila y arruina nuestra desgraciada patria, y sabiendo que muchos jefes importantes carlistas desean la paz, acepta la fusión de los carlistas y de todos los monárquicos alfonsistas bajo la bandera constitucional de don Alfonso XII, y se compromete á realizar, llegado el caso, dicha fusión, con arreglo á lo consignado en los artículos siguientes;

1.º Las provincias Vascongadas y Navarra continuarán gozando de sus respectivos fueros en los mismos términos que si no hubiera sobrevenido la presente guerra civil; mas el gobierno no se reputará obligado á guardar ningún género de consideraciones á aquella ó á aquellas de las indicadas provincias que no se sometan á la autoridad del rey don Alfonso XII, dentro del plazo marcado en el art. 6.º si llegara á triunfarse de su resistencia por la fuerza de las armas.

2.º Se reconocerán los empleos, grados, títulos y condecoraciones de los generales, jefes, oficiales y demás individuos que cierta y positivamente perteneciesen hoy al ejército carlista, cualquiera que haya sido su conducta anterior, tocante á sus deberes militares y políticos, por las dificultades y turbulencias de los tiempos, y atendiendo al espíritu de concordia que inspira este documento; con tal de que se presenten á dar su adhesión á la monarquía de don Alfonso XII al frente de la fuerza armada que estuviere bajo sus órdenes.

3.º Los militares comprendidos en el artículo anterior, serán colocados en los cuerpos de ejército, con arreglo á la capacidad, méritos y antigüedad de cada uno y

según las necesidades del servicio exijan; pero sin distinción de procedencia.

4.º El reconocimiento de los empleos, grados, títulos y condecoraciones de que trata el art. 2.º, no se verificará sin el previo é imparcial exámen de las hojas de servicio, despachos, credenciales ó documentos equivalentes que presentasen los interesados; y teniendo presente las distinguidas cualidades y el especial servicio que en esta ocasión prestará á su patria, se conferirán al general don Ramón Cabrera las ordinarias facultades de los directores generales de las armas para la clasificación de todos los que reclamen el dicho reconocimiento, elevando á S. M. los expedientes que bajo su dirección se formen. Para el cumplimiento de estas importantes funciones se pondrá á las órdenes del general Cabrera el número de jefes y oficiales de ambas procedencias, que el referido general estime necesarias.

5.º Las cláusulas precedentes serán extensivas á los empleados civiles si en condiciones iguales los hubiese.

6.º No tendrán derecho alguno ni disfrutarán nunca, por regla general, de los beneficios en este documento consignados, los jefes, oficiales y demás individuos del partido carlista que no reconozcan y den su adhesión á S. M. el rey don Alfonso XII, antes de la espiración de un mes, á contar desde la publicación de este documento en la *Gaceta de Madrid*.

7.º Las funciones conferidas al general don Ramón Cabrera por el artículo 4.º, se extenderán á proponer á S. M. los empleos, grados, títulos y condecoraciones que, en su concepto, deban reconocerse á los jefes y oficiales que, sin mandar fuerza armada al tiempo de presentarse, merezcan por su comportamiento ó sus circunstancias personales, semejante excepción.

8.º El reconocimiento de empleos, grados, títulos y condecoraciones á que se refiere el art. 2.º de este documento, será aplicable á todas las fuerzas carlistas de la península, bajo las condiciones consignadas anteriormente.

9.º El gobierno, de acuerdo con las Córtes, procurará reparar en lo posible los daños materiales causados por la guerra á los intereses generales y particulares de los pueblos que, por hallarse comprendidos en aquellos territorios que son hoy teatro de la misma guerra, han hecho para ello extraordinarios y forzosos sacrificios.

»Al tener la honra de dar á V. E. conocimiento de las anteriores proposiciones, los infrascritos le ruegan se sirva manifestarles, su conformidad, si la mereciesen,

sin perjuicio de formular en un documento posterior, si pareciese oportuno, el compromiso formal y solemne que constituirán desde luego, con fuerza legal suficiente en todo tiempo y caso, la presente carta y la contestación explícita y satisfactoria que esperamos del patriotismo de V. E.

»Dios guarde á V. E. muchos años.—París 11 de Marzo de 1875 —Rafael Merry del Val.—Hay una rúbrica.—El duque de Santoña marqués de Manzanedo.—Hay una rúbrica.—Excmo. señor capitán general don Ramón Cabrera, conde de Morella (1)».

Cabrera prestó su completa conformidad en otro documento que leyó el señor Pareja y Alarcón, en el que manifestaba que al obrar así obedecía á un sentimiento cristiano y patriótico, porque anhelaba la paz; que había llegado para todos la hora de hacer grandes sacrificios, siendo el primero en dar el ejemplo, sin renunciar á su historia; que deseaba salvar á su mismo partido del abismo á donde caminaba, colocándole en actitud de luchar pacíficamente dentro de la ley; ofreciendo contribuir por todos los medios nobles y dignos al éxito de esta idea «en que hemos coincidido, que seguramente será fecunda para el país y gloriosa para cuantos en ella nos empeñamos. Nosotros haremos lo humano: Dios hará lo demás. Espero tranquilo el fallo de la historia y el fallo de Dios».

En el mismo instante se levantó la siguiente acta, que poseemos original, y también se publica íntegra por primera vez. Dice así:

«El día 11 de Marzo de 1875, á las seis de la tarde, se reunieron en el cuarto núm. 38 del Hotel Mirabeau, situado en París, rue de Paix, núm. 8, ocupado por el

(1) Es copia del documento original que tenemos á la vista.

Excmo. señor general don Ramón Cabrera, los Excmos. señores duque de Santoña, marqués de Manzanedo y don Rafael Merry del Wal, comisionados por el gobierno de España para negociar con dicho general Cabrera las bases de una fusión patriótica del partido carlista y los demás partidos monárquicos, bajo el reinado de don Alfonso XII, y los señores Excmo. señor don Francisco Pareja y Alarcón, don José Indalecio Caso, don Julio Nombela, don Rafael Homedes y Cabrera y don Juan de Dios Tovar y Cabrera, amigos y auxiliares los tres primeros, sobrino el cuarto y secretario el quinto del general, que también se hallaba presente.

»El Excmo. señor Merry leyó la comunicación que con el Excmo. señor duque de Santoña dirigía en nombre del gobierno de S. M. al Excmo. señor capitán general don Ramón Cabrera, comprendiendo las bases de una fusión generosa y patriótica, proyectada por dicho gobierno y el mencionado general en beneficio de la nación y del partido carlista.

»El Excmo. señor don Francisco Pareja de Alarcón leyó la respuesta de dicha comunicación, formulada por el Excmo. señor general Cabrera, y acto continuo, con la emoción propia de quien lleva á cabo un hecho trascendental, de quien da á la patria todo lo que tiene, firmó el ilustre general su respuesta, que es un expreso reconocimiento de don Alfonso XII como rey de España.

»Un abrazo del general con los representantes del gobierno sancionó la fusión anhelada y despertó en los circunstantes la dulce esperanza de que aquel abrazo, repetido más tarde por todos los españoles, realizará la fraternidad salvadora de la patria.

»Los representantes del gobierno de S. M. y las personas allegadas al general fueron los primeros en dar el ejemplo. El acto solemne y trascendental para bien del país y gloria de los que á él han contribuido, terminó haciendo todos los circunstantes fervientes votos por la felicidad de la nación.

Y para que en todo tiempo conste y sirva de grato y honroso recuerdo á los infrascritos, levantan esta acta, de la que cada uno conservará copia, y la firman en París á 11 de Marzo de 1875.—Ramón Cabrera.—El duque de Santoña marqués de Manzanedo.—Rafael Homedes.—Rafael Merry del Wal.—Francisco Pareja de Alarcón.—Juan de Dios de Tovar.—Julio Nombela.—J. I. Caso».

Enviáronse á imprimir los anteriores documentos, y como se seguían los pasos de Ca-

brera y Pareja y Alarcón, no fué difícil adquirir de la imprenta á que se llevaron, las bases que se apresuró á dar á conocer monsieur Veuillot en su periódico *L'Univers*, con el fin de desvirtuar su efecto y dar la voz de alarma.

El mismo día 11 de Marzo dirigió Cabrera sendos manifiestos á la nación y al partido carlista, diciendo á los españoles, «que él, que había venido á personificar en su más alto grado de exaltación los sentimientos propios de la guerra civil, solo el nombrar esta calamidad le affigia, porque la conocía bien y la detestaba... A la muerte de Fernando VII, añadía, el fin de la lucha era hasta popular. Queríamos sostener todo aquel mundo de instituciones seculares, de costumbres, piadosas y de tradiciones queridas; y peléabamos, porque arrebatarnos aquel modo de ser era como expulsarnos de nuestra patria católica, española y monárquica, y por esto nuestro pecho servía de escudo al sacerdote que nos bendecía, y al rey cristiano que dignamente representaba nuestra causa.

»En 1848, aquel mundo que había desaparecido de la realidad, quedaba todavía en la memoria, entonces para nosotros el fin de la guerra estaba comprendido en la sola palabra *restauración*. Mas el presente, ¿quién es capaz de saber para qué serviría la dominación del carlismo? Ante esa falta absoluta de plan y de concierto, ¿quién nos dice que áun venciendo, después de una guerra tan desastrosa, no nos encontraremos con un mezquino triunfo de palabras y con otra guerra indispensable para alcanzar el triunfo de las ideas? ¿Quién asegura que no se está diez-

mando la juventud y asolando al país para entronizar aquello mismo que se combate? Los que no han visto, podrán decir, ¡quién sabe! pero los que hemos visto..... lo sabemos.

»Dado el cambio ocurrido desde 1833, y la triste realidad de tantos desastres, ¿qué medidas ó reformas de apremiante actualidad reformaría el carlismo en el poder? Este es el vacío que se ha querido llenar con proclamas y manifiestos que nada determinan, y este vacío es imperdonable; porque si al voluntario, lastimado en su fé y herido en su dignidad de español, le basta sentir *por qué* se bate, á la nación le importa saber lo positivo *para que* es la guerra; pero saberlo de un modo tal, que antes del triunfo, antes que llegue el día de las ingratitudes, pueda decir muy alto: ¡Aquí está escrito y sellado con la sangre de mis mejores hijos!» Disculpa á los que tomaron parte en la última lucha, y continúa: «Pero si hace cuarenta años, también yo me dejaba arrebatado por la corriente del entusiasmo, más tarde me incumbía otro deber, y lo he cumplido. Yo deseaba que el príncipe, llamado á representar las grandes virtudes del partido, aprendiera; mas luego que aprendió que tenía derecho á la corona de España, no quiso saber más. Yo deseaba que antes de pelear, si era preciso, conquistara pacíficamente la estimación y el aprecio de un país que al cabo no le conocía; y á la vez que el partido se reorganizara, y definiendo, y formulando prácticamente sus ideas, diese prenda segura de su objeto político y de su sistema de gobierno; pero mis consejos fueron inútiles y mi proceder atri-

buído á menosprecio de la patria. Para hacerme odioso en España, dijeron de mí que en la prosperidad había perdido la fé religiosa, por la que he dado tantas veces mi sangre, por la que estoy dispuesto á dar la vida; y hasta me calumniaron llamándome traidor. ¡Cómo! Traidor, sin mando alguno, sin relación siquiera ni compromiso con el príncipe, y sobre todo, ¡traidor Ramón Cabrera! Perdonad la jactancia: no hay en España quien lo crea, y el mismo príncipe que autoriza tal superchería, es el primero en saber que no es verdad».

Al partido carlista le dijo que era espontáneo y patriótico su reconocimiento á don Alfonso XII, en cuyas manos ponía la bandera que siempre había defendido y en donde estaban escritos los principios de la causa; que las mismas que en 39 y 48 destruyeron sus esfuerzos retoñaron en 1875; ensalzaba el valor de los voluntarios por conocerle, y decía: «yo quiero consagrar el resto de mi vida á influir con la energía propia de mi carácter, para que el soberano á quien deseo confiar nuestra causa haga justicia á vuestras aspiraciones; para que los gobiernos hagan menos política y más administración; piensen menos en la ciudad y más en el campo; para que atiendan á vuestros sentimientos, á vuestra educación, á vuestro bienestar; y vosotros podeis ayudarme en esta empresa, con la cual quiero terminar mi vida, robusteciendo el principio de autoridad y estimulándole con vuestra fuerza y vuestro ejemplo á hacer la justicia á todos. Si yo creyera que por el camino que seguís podíais ir al triunfo, mi sangre regaría ese camino. Para

vosotros nací; con vosotros he vivido; ¡qué mayor gloria que morir por vosotros! Siempre he estado dispuesto á acudir á vuestro lado y á daros cuanto soy; no han querido ni mis consejos ni mi persona». Recomendaba la paz, y copiaba en el escrito el proyecto de arreglo y su adhesión espontánea y voluntaria «sin que este acto quisiera decir que renunciaba á su historia».

Don Carlos consideró los actos de Cabrera como delitos de rebelión y alta felonía, y lo exoneró de todos los grados, honores, títulos y condecoraciones, sin perjuicio de que si en algún tiempo fuese habido, se le entregara al tribunal competente para ser juzgado y sentenciado con arreglo á ordenanza (1).

Cabrera se había trasladado desde París á Biarritz, y allí se levantó el 20 de Marzo

(1) A este decreto contestó Cabrera con esta carta:

CARTA DE DON RAMÓN CABRERA Á DON CARLOS DE BORBÓN

SEÑOR: Porque libre de todo compromiso reconocí como rey de España á don Alfonso XII, V. A. sin tribunal ni consejo, ni más ley que su voluntad, me impone una pena que es para todo militar más grave que la muerte. Este modo de proceder es sin embargo, mi mejor defensa. Los carlistas que aún vacilan, ya ven lo que es don Carlos y cuáles son su prudencia y su justicia.

V. A., autor de la sentencia, se ha encargado de ejecutarla; y puesto que la ejecución es un hecho, ¿qué debo yo decir? Lévese V. A. las cruces y títulos que he ganado con mi sangre; yo conservo las cicatrices que los representan, y que Dios y la historia juzguen la conducta de V. A. y la mía.

Por la paz doy gustoso cuanto he podido ganar en la guerra. Dios asista á V. A. y le inspire el único medio que le queda de cumplir un deber que puede anticipar la salvación de España.

Biarritz 26 de Marzo de 1875.—Ramon Cabrera.

un acta en la que varios generales, jefes y oficiales carlistas consignaron, que visto el tratado firmado en Paris el 11, la alocución de Cabrera al partido carlista y el manifiesto á la nación, «lo urgente que es reorganizar nuestro partido, formular prácticamente sus ideas y aprovechar la ocasión que se nos ofrece de hacer triunfar esas mismas ideas por medio de la paz; convencidos de que el tratado de Paris *no nos impone la abjuración de ningún principio*, y que por nuestra parte no seria prudente exigir más, cuando se nos facilitan todos los medios legales de obtener una cumplida satisfacción»; que reducida la cuestión á diferencia de personas, no merecía los sacrificios y horrores de la guerra; que se veían fatalmente obligados á prescindir de don Carlos, como habían prescindido de su padre don Juan, y dejando para publicaciones especiales los datos y pruebas que justificaban su determinación, reconocían á don Alfonso XII, ofreciendo servirle y defenderle.

Los adheridos al convenio de París publicaron sendos manifiestos en forma de cartas á don Carlos, despidiéndose de él para servir á otro señor, como aquellos altivos nobles que en la Edad Media se desnaturalizaban de su rey; don Juan de Dios Polo Muñoz de Velasco pedía á don Carlos la abnegación de desistir de sus pretensiones; don Juan Bautista Aguirre, dijo que se acogía á don Alfonso XII para salvar la bandera de Dios, Patria y Rey; don Domingo Caralt que por no posponer los principios á una personalidad determinada, se acogía á don Alfonso, siguiendo el ejemplo de Cabre-

ra; lo mismo expusieron Estartús, Patere, Miquel Bassols, Moreno, Mozo de Rosales, y otros, y don Eustaquio Díaz de Rada, en escrito más extenso que los de sus compañeros, expuso hechos pasados, por los que, y por considerar insensato y poco cristiano seguir combatiendo al azar en pró de una causa personal, cuyo triunfo consideraba imposible, se adhería completamente á lo que declaraba y aconsejaba Cabrera en sus manifiestos del 11; y á los que siguiesen obrando de otro modo, añadía, confundirán la constancia con el fanatismo, pues V. M. lo ha dicho solemnemente, que esa guerra sangrienta, fratricida y destructora, *los pueblos no podían soportarla arriba de treinta días*; que sus servicios y sacrificios habían sido recompensados con amargos desengaños y negras ingratitudes, y que desde el día en que por primera vez tuvo la honra de recibir sus órdenes, hasta el presente en que se veía en la sensible precisión de despedirse, había servido fiel y lealmente, sin que los ultrajes é injusticias de que había sido víctima hubieran quebrantado su sincera adhesión á don Carlos y á su familia; concluyendo con justificar la publicidad de esta carta como defensa de los agravios que se hicieron á su honra (1).

Publicáronse multitud de escritos cruzándose mútuas acusaciones; se escribieron romances; se dibujaron caricaturas; protestaron contra la actitud de Cabrera todos los

(1) En 10 de Abril se exoneró de todos los títulos, condecoraciones y empleos á los señores Rada, Polo y Aguirre.

jefes carlistas en armas; y de estas protestas necesitaron algunos y anatematizar muchos el proceder de Cabrera, para que entre determinadas fuerzas no hicieran más prosélitos las voces de paz que se presentaban unidas á la actitud de aquel antiguo caudillo (1).

Ya hacía tiempo que se había dado el grito de alerta y denunciado los viajes de Homedes y otros á la frontera de Cataluña, y hasta al Centro y á las provincias vascas, recomendándose que se confiase á Cabrera el mando de las fuerzas carlistas (2); conmovióse algo la opinión pública de estos; se consideró una necesidad se reunieran las diputaciones vasco-navarras; conferenciaron con don Carlos sus representantes, y á su virtud se dirigieron á sus representados desmintiendo que Cabrera fuera á ponerse al frente del ejército carlista, y añadían: «No podemos creer que caigais en el lazo que os

(1) De tal manera cundieron y fueron recibidas las noticias de paz en Guipúzcoa, que las avanzadas de Rentería y otros puntos se mezclaron comiendo algunos juntos y celebrando mutuamente el término de la guerra.

(2) El vizconde de Barrés, como presidente de la *Dirección militar de la frontera* escribía el 2 de Marzo desde Bayona: «No hay la menor duda que la victoria de Lácar ha sacado al país del mayor de los peligros, pues contaban los conspiradores con el descontento de la tropa al retirarse de las líneas del Carrascal para dar el golpe y hacer contra la voluntad de S. M. que Cabrera tomase el mando.. El vicario de Estella, antes acérrimo partidario de Cabrera, ha escrito en el día de ayer á sus amigos y compromisarios... y él mismo acaba de tomar el pase en esta Dirección para presentarse en Estella, con el objeto de ponerse á L. R. P. de S. M. y enterarle de todo lo referido. El diputado de Alava don Galo Sauto, ha escrito también á sus amigos, así como el señor Juanmartiñena».

tienden nuestros enemigos, ni mucho menos que os dejéis arrastrar por hombres ganados con el objeto de haceros abandonar la bandera del rey y de la patria para conducirnos al campo enemigo.

»Es nuestro deber preveniros los peligros que os rodean. Tened confianza en nosotros, y sobre todo en el rey don Carlos, que estando el primero interesado en la felicidad del país no dejará perder una ocasión para daros el triunfo y la victoria sobre nuestros enemigos.

»¡Viva la unidad católica! ¡Viva la patria! ¡Viva el rey!» (1).

Las diputaciones no creían entonces que Cabrera fuera tan adelante como fué, y no quisieron ser más explícitas. Fuélo Gamundi (2) y algunos otros, y hasta el cura don Manuel Santa Cruz, al que se supuso en inteligencias con Cabrera, publicó en Lille el 31 de Marzo una carta en vascuence, á sus amigos de la frontera, indignándose de que ellos y sus compañeros hubieran sido engañados, que los que lo fueran, siguiendo á Cabrera dejaban de ser católicos, buenos vascongados y sus amigos; que le injuriaban suponiéndole á las órdenes de don Alfonso y de Cabrera, y que había renunciado por completo á la política, y se estaba preparan-

(1) Estella 9 de Marzo de 1875.—Por el reino de Navarra: Gonzálo Fernández.—Nicasio Zabalza.—Sebastian Urrea.—Demetrio Iribas.—Pablo Jaurrieta. Por la provincia de Vizcaya: Lorenzo Mascarúa.—Juan Nicolás de Tollara. Por la provincia de Alava: Francisco María de Mendieta.—Pedro Crespo. Por la provincia de Guipúzcoa: Sotero Irazusta.—Ramón Vinuesa.

(2) En su alocución, fechada en Valderrobres á 27 de Marzo de 1875.

do para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa (1).

A su virtud ofició á Santa Cruz don Pablo Díaz del Rio, como ministro de Gracia y Justicia (2), lo bien acogida que había sido su carta, y le preguntaba si le sería grato volver á España, y contestó (3): «Que estando persuadido que yo daré más gloria á Dios Nuestro Señor y prestaré muchos más servicios á la causa de V. M. cumpliendo exactamente con el socorro divino los deberes que el Santo Ministerio me impone, he resuelto vivir alejado de toda agitación política y consagrarme en un todo al servicio de Jesucristo Nuestro Señor y á la conversión de las almas».

No se reunió el suficiente número de hombres para intentar la empresa de Muñagorri, á pesar de la proclama á los navarros y vascongados, que fechó en Peña de Larrun el 2 de Mayo don Juan Bautista Aguirre, y otras posteriores, proclamando paz y fueros la religión católica, Alfonso XII y á Cabrera; y aún cuando envió el general Blanco á Irún 300 fusiles y un batallón del Rey, estaban apercebidos los carlistas (4), y tuvo que limitarse Cabrera á exponer la conveniencia de que se establecieran depósitos en las zonas que dominaba el ejército, donde pudie-

(1) «Jaquin bezate utzi nuela osotero politicaco bidea eta prestatzen ari naicela celebratzeco Mezaco Sacrificio Santua».

(2) Desde Vergara el 24 de Abril de 1875.

(3) Desde Lille el 8 de Mayo.

(4) «Nuestro amigo Mr. Paul Laborde está en la frontera á la vista de las tramas del... de Aguirre».

Carta del señor vizconde de Barréz en Bayona á 10 de Abril.

ran acogerse y trabajar, mediante un jornal, los soldados carlistas que se sabía deseaban presentarse y no se atrevían á hacerlo: al telegrafiarlo el señor Merry al presidente del Consejo de ministros, contestó este que lo que proponía ya se estaba haciendo en Valencia con los que se presentaban, y que además del tercio de paga señalado por el general en jefe del ejército del Norte á los oficiales que reconocieron al rey, el gobierno «concedía media paga del empleo que digan tener, á todos los oficiales presentados ó que en lo sucesivo se presenten, sin examinar si son españoles ó extranjeros, cuya disposición nos autorizan á publicarla á V. E. y á mí, en los términos que se quiera (1)».

El propio día de la firma del tratado en París, el 11 de Marzo, escribió Cabrera á don Alfonso por conducto del señor Cánovas, como presidente del Consejo de ministros, una carta (2), que éste no recibió hasta fines

(1) Comunicación fechada en Biarritz, firmada por el señor don Rafael Merry del Wal, y dirigida al excelentísimo señor capitán general don Ramón Cabrera.

(2) La siguiente: «SEÑOR: En la bandera con que los españoles engrandecieron los reinados de los antecesores de V. M. hay tres principios santos: Dios, Patria y Rey. Yo los he profesado siempre, y los profesaré mientras viva. Por salvarlos y contribuir á su triunfo, por devolver á España la paz que sus desdichas reclama con urgencia, acudo gustoso á depositar en manos de vuestra majestad el homenaje de mi respeto y el testimonio de mi adhesión y lealtad. Reconozco á V. M. como rey de España, como mi rey y soberano; y al realizar este acto que me aconsejan mi conciencia y mi patriotismo, hago sinceros votos porque el cielo conceda á V. M. la gloria de restaurar la grandeza, el carácter y las virtudes, que siempre fueron el distintivo del pueblo español y la gloria de sus monarcas.

«Dios guarde muchos años la preciosa vida de V. M.»

de Abril, y la respuesta de don Alfonso (1) se la remitió el 4 de Mayo el mismo señor Cánovas, diciéndole en el oficio que original tenemos á la vista: «Al ejecutar hoy este Real mandato, tengo también el gusto de asegurar á V. E. que el gobierno estima en cuanto vale su cooperación para conseguir la paz de nuestra querida patria, y que cumplirá con exactitud los compromisos que tiene adquiridos por conducto de V. E., así como los que espontáneamente adquiriera en lo sucesivo».

El gobierno se mostraba satisfecho de su

«París 11 de Marzo de 1875.—Señor: A L. R. P. de V. M., Ramón Cabrera.—A S. R. M. el Rey de España don Alfonso XII».

(1) Decía así: «La monarquía constitucional que yo represento encierra en sí los tres principios históricos que usted me recuerda: Dios, Patria y Rey; y considero muy valioso el concurso de usted, que con tanta sinceridad y constancia los profesa para el pronto y definitivo establecimiento en España de un régimen, que hoy es el del mayor número de las naciones cultas.

«Durante el tiempo trascurrido desde que escribí usted su carta hasta que vino á mis manos, el príncipe extranjero que ensangrienta y desvasta ahora el pueblo español, le ha despejado á usted de los títulos, empleos y condecoraciones que estaba usando tanto há y con plena aquiescencia de todo el mundo, así de sus antiguos amigos como de los que un día fueron sus leales y valientes adversarios, y tanto entre sus compatriotas como entre los extranjeros. Inútil venganza es esa, porque nadie borra con la pluma lo que llega á grabar en sus eternas tablas la historia; pero el agravio tócame á mí repararlo. De acuerdo con mis ministros responsables, he determinado, por tanto, que de mí reciba usted hoy lo que otros le han quitado.

«Nunca ha desenvainado usted contra mí su espada; y estoy seguro de que, si necesitase de ella algún día, no sería la última que á mi llamamiento acudiera. Sea usted, pues, muy bien venido al lado de mi trono, que al fin él ha de cobijar de igual suerte á todos los buenos y leales españoles.—Alfonso.—A don Ramón Cabrera».

obra, y quería sin duda inculcar en el país el convencimiento de que ella, si no bastaba, ayudaría poderosamente para acabar la guerra; y aunque no consideremos nosotros insignificante, ni mucho menos, el reconocimiento de Cabrera y de los jefes que siguieron el ejemplo que les dió, no tenían mando de fuerzas, ni llevaban consigo más que la influencia de su nombre, que no bastó esta para reunir la gente que se necesitaba para pasar en armas la frontera proclamando paz y fueros. Hizo mucho más Muñagorri en la anterior guerra civil.

Eludiendo responsabilidades, y hasta haciendo poco favor á la parte que en el convenio había tomado el rey, hizo decir el gobierno que «no tenía la menor intervención en las supuestas negociaciones con Cabrera, y esperaba lograr la paz avanzando de victoria en victoria. Si existen inteligencias secretas con dicho general será por cuenta de los mismos carlistas». No se mostró el señor presidente del ministerio tan ageno á dichas negociaciones un año después, en el notable discurso pronunciado en la sesión del Congreso del 10 de Abril de 1876.

Nunca miró con indiferencia el gobierno la cooperación de Cabrera, de quien aceptaba ideas y hasta el sistema de guerra que había de seguirse. Así le escribía el señor Merry (1): «También ha dispuesto el gobierno de una manera absoluta y resuelta, que en todas partes y en el Norte sobre todo, se emplee el sistema de guerra que usted ha indicado, y que el sentido común y la

(1) En Madrid á 30 de Junio de 1875.

experiencia recomiendan. Se acaba de mandar terminantemente que las tropas no consuman más leña que la que corten de los árboles y cepas del campo enemigo; que no quede en pie una casa al alcance del cañón, ni una cántara de vino, ni una espiga en el campo, ni una res en el distrito; todo lo que no pueda servir para el ejército va á ser destruido sin compasión ni miramiento; las familias carlistas que estén en nuestras líneas van á ser enviadas al campo enemigo; los embargos van á hacerse ejecutivos, y con sus productos se indemnizará á los que hubiesen sufrido por las violencias carlistas; en fin, la guerra va á hacerse terrible; pero como debe hacerse con gente que no se da á partido, y como la harían los alemanes ó ingleses si estuvieran en nuestro caso, así terminará más pronto, y evitaremos que el país acabe por arruinarse y perderse».

Trabajaba con fe Cabrera, se movían sus agentes; entusiasmaban sus trabajos hasta el punto de pedirle «sus retratos pequeños con su respetable firma al pie, pues son varias las señoras de la aristocracia que me acosan pidiéndome ejemplares;» tratóse de tranquilizarle creyéndole ofendido porque una modificación ministerial no había sido en sentido más conservador... y por último, cuando pidió en Setiembre licencia ilimitada para Inglaterra, escribió el ministro de Estado: «se le concederá, pero dejando á su apreciación y patriotismo la decisión de la época en que debe usar de ella, si cree que su presencia cerca de la frontera puede contribuir eficazmente á quebrantar al carlismo y á la pacificación del país. Escríbele tú

por tu parte para que no se marche y para que continúe trabajando con todo empeño como hasta aquí, para desorganizar las fuerzas carlistas, que depongan las armas y aumenten las presentaciones. No veo en realidad motivo para que el general abandone su empresa, y su alejamiento podría producir mal efecto».

Se habían concebido algunas esperanzas de paz; en muchos pueblos de Navarra se firmaron sendas exposiciones pidiéndola; se circularon alocuciones demostrando con hechos evidentes los irreparables males que había producido y estaba produciendo tan enconada lucha, y si entonces no produjo todo esto el resultado apetecido por los más, fué predisponiendo los ánimos de suyo cansados, á posteriores consecuencias.

Entre los muchos que por entonces anduvieron en tratos con los carlistas fueron, don Juan Alés, recompensados sus trabajos con el marquesado de Alta Gracia, y don Corpóforo García Verdugo, procedente del campo carlista que ayudó muy eficazmente al señor Alés; se escribió á muchos oficiales y jefes carlistas haciéndoles grandes ofertas; las desechó verdaderamente importantes Mendi-ry, y la carta que el conde de Heredia Spínola (1) escribió á Pérula, la envió éste á

(1) Fechada en Madrid el 10 de Mayo de 1875, transmitida desde Pamplona por el cónsul de Costa-Rica don Isidro Vitoria, que continuó esforzándose en convencer á Pérula á que abandonase á don Carlos, á lo cual se negó siempre. En una carta fechada en Burdeos el 14 de Julio de 1876, decía Pérula á Vitoria: «Como usted y Raimuado y todo buen navarro, lamento yo el estado de nuestro país; pero díganme, amigos míos, ¿había algun medio honroso para mí pasándome al campo enemigo? No, por-

don Carlos, diciéndole que desde que fué proclamado don Alfonso se le ofrecían de nuevo millones, fajas y honores, de lo que nada había dicho hasta entonces porque no se creyera lo hacía por darse importancia, y al enviarle ahora las cartas no era por darle una prueba más de lealtad, que esas se daban con los hechos, «sino para saber si V. M. quiere que conteste, para ver hasta dónde llegan nuestros enemigos, ó quizá para averiguar si alguno de los nuestros está en connivencia con ellos». Don Carlos le contestó agradeciendo su lealtad, con la que siempre había contado, lo mismo que con su valor, y que dijera al conde que para concluir la guerra recomendara á sus amigos acudieran á él, que para todos los españoles tenía los brazos abiertos.

A Vizcaya se llevaron formales proposiciones de convenio, ofreciendo paz y fueros, reconocimientos de éstos, y de los grados á todos los jefes y oficiales carlistas que se adhiriesen, y cuatro millones de reales por cada batallón que se presentase.

También de parte de los carlistas, ó más bien de don Francisco de la Torre Gil, surgió un proyecto de convenio ó fusión de los

que todo el mundo me hubiera llamado traidor y nadie hubiera creído en mi noble modo de obrar; no quise sacrificar mis batallones á la soberbia y vanidad de don Carlos, ni continuar una lucha que además de acabar de arruinar mi país, lo hubiera inundado de sangre navarra, de esa sangre que Dios me hubiera pedido cuenta de ella; así es que estoy muy tranquilo y satisfecho: nadie me puede echar nada en cara, nunca me ha faltado el valor, lo digo sin orgullo, pero le aseguro á usted que en los últimos momentos de la guerra, tuve que luchar con lo que no todos los hombres se atreven, por más que ahora se hable y charle».

monárquicos liberales y carlistas, bajo la enseña de Dios, Patria, Rey y Ley; pero no pasó de proyecto, que hizo escribir mucho á su entusiasta autor, pretendiendo contentar á todos los partidos y á sus egregios representantes.

CONFERENCIAS EN LECUMBERRI—RIVALIDADES—

PEQUEÑAS OPERACIONES—PROYECTOS

LXIV

El 21 de Abril se trasladó Mendiry á Lecumberry á conferenciar con don Carlos, que acudió desde Tolosa acompañado del conde de Caserta y de don Antonio Mogrovejo: tratóse del medio de sacar la guerra del estado de inacción á que estaba forzosamente sometida, y expuso Mendiry con este motivo lo difícil que era conseguirlo, «supuesto que el enemigo, al que había provocado en sus mismas trincheras de Esquinza el día 5, no quiso admitir el reto ni separarse un paso de ellas, y mis fuerzas, ni por su número, ni por su calidad eran suficientes para tomar la ofensiva, y llevar la guerra dentro de sus líneas. Si tuviera confianza, añadió, en que el enemigo seguiría mi ejemplo, abandonaría este sistema de guerra de zapa, que nos mata, y formaría tres cuerpos de ejército para operar en combinación con probables ventajas, pero no nos seguirá á ese terreno, puesto que la guerra de ocupación, devastación y exterminio que nos hace, aunque lenta, es de un resultado positivo y se aprovecharía de nuestro abandono, tomando á Estella y puntos inmediatos más estratégicos, con lo cual nos privaría de un país propicio

y rico, y estrecharía cada vez más el círculo de nuestras operaciones. Además, la transición sería dura y sensible para el país, que al verse abandonado, lo llevaría á mal, y la ocupación de Estella por el enemigo nos rebajaría en el concepto de Europa, puesto que se la considera como una plaza inexpugnable».

Terminó la conferencia conviniéndose en que procurara el jefe carlista entretener la opinión pública con escaramuzas y algunos hechos parciales y preparar una expedición á la provincia de Santander, que no dejaba de ofrecer dificultades. Se ordenaron algunos movimientos á los comandantes generales de las provincias, generales con mando de división en las líneas y jefes de partidas; envióse á Pérula contra la fuerza de la brigada Goñi, avanzada en el Perdon; en las alturas de Belascoain recibió orden de retirarse y que fuera á Lumbier á proteger á Lerga, y como Goñi marchaba por la carretera y tenía el carlista que atravesar el monte de San Cristóbal y carretera de Sorauren, se encontró con Lerga que volvía de Lumbier, y le refirió el desorden que reinaba. Desde la posición que Pérula ocupaba, á media legua de Pamplona, envió á esta ciudad unas cuantas granadas, que ningún daño causaron, teniendo sólo por objeto llamar la atención de las fuerzas liberales, atrayéndolas al ventajoso terreno de Sorauren.

Empeñóse Mendiry en sacar la guerra del estado de atonía á que estaba circunscrita; sobre las poderosas atenciones del servicio, distrajéronle rivalidades, especialmente con Argonz, que desde los sucesos de Lácar se

había indispuerto con Mendiry, como lo estaba con cuantos jefes y oficiales procedían del ejército, y reemplazaban á sus amigos; mediaron poco afectuosas cartas entre ambos generales, acusándole Mendiry de sublevar en su contra la opinión de los batallones; lo expuso á don Carlos, insistiendo en su dimisión, y pidió el extrañamiento de Navarra de aquel general «como perturbador de la división (1).»

Marchó Argonz á Vergara; tratóse de reconciliarle con Mendiry, mediando don Pablo del Río; insistió Argonz en que terminaba toda cuestión «si se le probaba que había concurrido á la batalla de Lácár en virtud de orden de Mendiry, bien fuera por escrito ó verbal, determinando la persona portadora de la orden, y que se demostrara también que no había sido el segundo batallón de Navarra el que había cogido los dos cañones Plasencia;» pero no halló don Pablo medio de avenencia, pues si era evidente que Mendiry mandó la orden, no podía responder de una manera absoluta que se hubiera recibido.

Habían ocupado á Viana las contraguerrillas de Zurbano y Aldea y las fuerzas movi-

(1) Terminaba la exposición diciendo: «Comprendo, señor, los deberes que impone el mando y la necesidad que tiene un general en jefe de obrar con energía é imponer severos castigos para hacerse respetar; pero la experiencia me ha enseñado también que en ejércitos como el de V. M., en que se desconocen los deberes que á todos nos impone la ordenanza, y que tal vez por ese motivo se han dejado impunes tantos y tan graves delitos, un acontecimiento deplorable en el estado en que se hallan los ánimos podría indudablemente comprometer la existencia de este ejército».

lizadas de San Vicente de la Sonsierra y Fuenmayor, reunidas todas bajo el mando de Arenzana, en la noche del 16 de Abril; participóse á Estella aquella misma noche lo ocurrido, divulgándose en la población el hecho, aumentando las fuerzas; Pérula y Montoya, al ver que nada se disponía, se ofrecieron á ir á arrojar á los liberales de aquella población, brindándose también con la artillería el coronel Prada, y á media noche del 18 se encomendó á Montoya marcharse inmediatamente á Viana. Ni un instante perdió aquel activo jefe, aun cuando se vió contrariado en no dejarle llevar el sexto batallón reunido en Estella y tener que reunir el tercero, que estaba en Allo y Dicastillo, lo cual no fué obstáculo á su actividad; la demostró asombrosa, y llegó á Viana á la mañana siguiente, después de haber sido auxiliado Arenzana por una columna de Logroño, á la que no pudieron hacer frente las partidas carlistas que á aquel asediaban, llegando á oradar las casas inmediatas á los puntos ocupados por los liberales, á pelear cuerpo á cuerpo en la puerta del coro de la Iglesia y en otros sitios, sosteniéndose reñidos combates, y se abrió paso por entre sus enemigos, salvándose pocas horas antes de la llegada de Montoya, que había recibido tan tarde, como vimos, la orden de caer sobre Viana, donde pernoctó á pesar de haber en Logroño numerosas fuerzas liberales. Volvió Montoya á los Arcos, y enseguida fué con Pérula á la operación contra Goñi, que ya referimos.

Cubriendo Montoya el servicio por la parte de Mañeru, supo las descubiertas que hacían

diariamente los liberales; preparó la sorpresa de las dos compañías que bajaban todas las mañanas por frente de Mañeru, considerando conveniente se efectuara lo mismo por la parte de Cirauqui; emboscóse bien la gente carlista, con orden de dejar acercarse á la liberal hasta ocho ó diez pasos, haciendo entonces una descarga y cayendo en seguida á la bayoneta á hacer prisioneras aquellas compañías, volviendo rápidamente sobre Mañeru y Cirauqui con los prisioneros; más no se logró la sorpresa por disparar el fusil antes de tiempo algunos de la parte de Cirauqui, y comenzó un tiroteo que fué creciendo hasta el punto de parecer aquello una batalla por las muchas fuerzas que de Esquinza acudían. Retiráronse los carlistas auxiliados por su artillería, experimentando ambos combatientes algunas bajas. A nada conducían estos hechos aislados, cuando seguía la inacción en uno y otro ejército.

Pensóse en el campo carlista que su enemigo proyectaría algún movimiento desde Navarra sobre Aragon y se trató de formar una brigada que pasando el Ebro por Rincon de Soto, ó más abajo si era posible, se dirigiese á la parte de Borja y Tarazona, y apoyándose en el Moncayo en dirección á Calatayud, impidiese la comunicación entre Madrid y Zaragoza, y en último resultado se pusiera en contacto con las fuerzas del Centro, ó pasando por Mendavia ó Arrubal saliera por la parte de Cameros hácia Medinaceli ó Sigüenza para operar en la provincia de Guadalajara y Cuenca con el mismo objeto, ordenándose á la vez al ejército de Cataluña operase sobre el Alto Aragon

é izquierda del Ebro: la fuerza de Castilla marcharía á la provincia de Burges, comunicándose con la de Soria, para acordar movimientos con las fuerzas que operasen en Cuenca y Guadalajara, al mismo tiempo los cántabros y asturianos apoyados por algún batallon vizcaino en las Encartaciones, se correrían á inutilizar la vía férrea de Santander entre Reinosa y Bárcena de Pié de Concha, dirigiendo entonces sin dificultad sus operaciones sobre Astúrias, Liébana y cabeceras de Castilla. Tal fué el proyecto de operaciones, ó más bien de expediciones, que por entonces se formó y no llegó á realizarse, aun cuando todavía daba tiempo el estado de la guerra en el Centro, pues fué en Abril cuando se trató de realizar este proyecto.

No faltaban tampoco por parte de los liberales, mereciendo especial mención el del ilustrado brigadier señor Lopez Donato, que teniendo presente el uso que hacían los carlistas de los adelantos modernos, y el depender principalmente la resistencia de aquellos en la seguridad de la retirada, consideraba anuladas por envolventes tales condiciones, con la ocupación en todo ó en parte de los ferro-carriles, con una línea mixta de hierro y tierra, que partiendo de Amurrio, Vitoria, Alsásua, Pamplona, Tafalla y Tudela siguiera Ebro arriba por Logroño y Miranda, convergiendo las fuerzas combinadas desde todos los extremos á Estella y á sus centros. Las fuerzas que ocupasen toda la línea estarían protegidas por trenes militares con 2.000 hombres de refuerzo; establecía depósitos para el aprovisionamiento de las tropas de la línea y de los 25.000

hombres en operaciones fuera de ella, y juzgaba bastante para acabar la guerra 96.000 hombres de combate y seis meses de campaña.

LÍNEA DEL ORIA—ASPE—ABANDONO DE LA LÍNEA DEL ORIA Y DE ASTIGARRAGA—ATAQUES

LXV

La línea del Oria molestaba mucho á los carlistas, y era un constante peligro para Azpeitia y para el corazón del país por aquellos dominado; no cesaron de hostilizarla; lo hicieron fuertemente el 8 de Marzo, inutilizando dos barcas del puente con ellas construido; al día siguiente echaron á pique tres más con los certeros fuegos de sus baterías; quedó sumergido el primer tramo, teniendo que efectuarse el paso por la noche en botes y lanchas; construyeron unos y otras baterías contra baterías; no fué obstáculo el terrible temporal de aguas que empezó en la noche del 12 y continuó el siguiente día; redoblaron los carlistas el fuego sobre Añascoechevarría, posición central enemiga, la más débil, que recibió más de 200 granadas de las baterías de Aya y Valde Arraiz que cruzaban sus proyectiles de 7 1/2 y 8, sistema Withworth, sin que pudieran alcanzar los liberales, según manifestó el mismo Loma en el parte oficial, no pudiéndose por consiguiente apagar sus fuegos. Bien castigada esta posición, defendida por seis compañías á las órdenes del coronel del regimiento del Rey, don Vicente Ponce, trataron de sorprenderlas, favoreciendo á los carlistas el haber inutilizado el puente de barcas, y tener

establecida la comunicación lenta y precaria con dos puentes volantes, construidos por los ingenieros y la marina.

A las doce de la noche, favorecidos los carlistas por la oscuridad y la lluvia y en medio del mayor silencio, envolvieron la posición, atacándola por derecha é izquierda, sorprendiendo la avanzada sin disparar un tiro: los migueletes y soldados dieron la voz de alarma replegándose al fuerte; y al quien vive al enemigo, contestando éste «el relevo», rompieron un nutrido fuego sobre él (1). Media hora duró, retirándose los carlistas: pero volvieron á poco con valeroso denuedo intimando la rendición; cruzáronse las bayonetas de ambos combatientes, y pelearon de una manera heroica por espacio de una hora. Desde que se oyeron los primeros tiros hizo Loma pasara el río un batallón en barcas, situando los demás convenientemente, y á las dos de la mañana todo quedó en silencio: la oscuridad que reinaba acabada de interrumpir por los fregonazos, era interrumpida ahora por las luces de los que iban retirando los muertos y heridos, contando ambos combatientes unos 200.

Se aumentaron las fortificaciones en aquel punto sin desatender los demás de la línea; hubo el 27 del mismo mes de Marzo un reñido choque frente á Usurbil en la casa llamada de Vidart, situada á la entrada del bosque de su nombre, experimentando unos y otros contendientes sensibles pérdidas, y

(1) Precisamente dispuso Loma aquella noche no se verificase el relevo por el temporal que reinaba, lo que dió un resultado contrario la estratagema de los carlistas para que se les franqueara el paso.

se mandó talar el bosque inmediato á las posiciones liberales de Irroreta, desde donde tanto se las estuvo molestando, no pasando apenas día sin que combatiera aquella división de vanguardia, que llevaba experimentadas cerca de 200 bajas.

Bien situado y mal fortificado (1) el fuerte Aspe, centinela avanzada de Bilbao en la desembocadura de la ria, cuya navegación podía interrumpir, estaba tan abandonado el servicio, que al saberlo los carlistas, dispusieron apoderarse de aquel punto y lo consiguieron 80 voluntarios del batallón de Arratia, guiados por su coronel Isasi, en la tormentosa noche ó madrugada del 12 de Abril, apresando ó matando á los centinelas y cuidando el resto de la guarnición de salvarse más que de resistir, aunque esto no se presentaba muy fácil dado el descuido que tan bien se había aprovechado por los carlistas (2).

En cuanto el nuevo comandante general de Vizcaya, don Crispín Jimenez de Sandoval, supo el desastre, acudió con fuerzas y según manifestó en su parte, «si el enemigo insiste en permanecer en el fuerte ocupado,

(1) Sin terminar las obras, estaba franca la entrada sin foso en ella, ni puerta, ni otro obstáculo y con un recinto la fortaleza tan dilatado, que exigía una guarnición de 300 hombres al menos para cubrirle, y había una compañía de Galicia de 100 hombres y 14 artilleros con dos piezas.

(2) En el consejo de guerra celebrado en Vitoria en los días 10 y 13 de Julio de 1876, fué condenado el gobernador del fuerte y otros oficiales, absolviéndose libremente al cabo primero Ramón Miranda Sanchez y á 16 individuos más del mismo regimiento de Galicia. El alférez de artillería don Francisco Rodríguez Lemus, herido, fué recomendado.

me veo en la absoluta imposibilidad de emprender movimiento alguno para arrojarle de la posición de Aspe... y aun cuando me propusiera establecer una batería en Arriaga para batir el fuerte, sería operación arriesgada por dejar á Bilbao y á los demás puntos de esta extrema línea abandonados á sus propios recursos, sin tener con que protegerlos si fuesen amenazados». Los carlistas dieron solución á este apuro, abandonando á los dos días el fuerte, después de llevarse una pieza de artillería de á 12, intentar reventar la de 16 y prender fuego á los cuarteles, llegando con oportunidad el coronel Fernandez de Rodas á salvar del fuego varios alojamientos.

Mugurza que merodeaba por las cercanías de Igueldo, emboscóse en Vidarte para sorprender á las fuerzas que había en el caserío de Barcaiztegui, y cuando estas efectuaron su descubierta en la mañana del 27 de Marzo, se arrojaron sobre ella los carlistas matando é hiriendo á algunos y cogiendo ocho prisioneros, 25 fusiles y otros pertrechos. Pocos días después, emboscándose el mismo partidario en las inmediaciones del caserío Cachola, sorprendió á una fuerza que de Oriamendi se dirigía á San Sebastián, causándola también sensibles pérdidas (1).

Marchó Loma á fines de Marzo con un batallón á Santander á tomar el mando de un cuerpo de ejército que debía formarse con

(1) Otra emboscada efectuó la partida de Santiagomendi en las casas contiguas al fuerte de Azba, sorprendiendo á siete carabineros que se dirigían á San Sebastian, matando á cinco y aprisionando á los dos restantes.

las divisiones Portilla y Villegas para oponerse á la tan cacareada expedición carlista; quedó Blanco encargado de la línea del Oria; dispuso el ministro de la Guerra, ya mediado Abril, que amagara un movimiento el frente de la línea liberal sobre el enemigo, con objeto de impedir que éste aglomerase fuerzas hácia el Bidasoa, para impedir el movimiento que se creía iba á efectuarse en favor de la paz, cuyo principal agente era Aguirre, y ya vimos lo que consiguió.

La línea del Oria era un apuro para el general Blanco, quien considerando que iba á ser atacada por respetables fuerzas carlistas, «con artillería numerosa y superior á la mía, mucha de ella en calibre y en alcance», temía maniobrarse el enemigo entre la izquierda y retaguardia liberal, dada la facilidad con que podía hacerlo desde Lasarte, sin poderle oponer Blanco la fuerza necesaria por no disminuir demasiado su frente.

Quesada telegrafió entonces al gobierno lo difícil de la situación de Blanco, indicando se le dejara en completa libertad de acción para que pudiera abandonar la línea del Oria si lo juzgaba conveniente, y en 8 de Mayo se le autorizó para replegar sus fuerzas y establecerlas como creyera mejor á su seguridad.

Ordenada la evacuación de Usurbil y de la línea del Oria, comenzó la de aquel pueblo y sus inmediaciones, hostigando los carlistas á los que se retiraban. Al llegar estos al caserío de Archuvieta, en el que estaban aquellos emboscados, protegiéndoles lo accidentado del terreno, rompieron un nutridísimo fuego contra los liberales, hostilizando á la vez su retaguardia con fuerzas proceden-

tes de Zubieta y Lasarte; sostúvose el ataque, se tomaron posiciones, cañoneó la artillería á los carlistas, y á costa de algunas bajas se llegó á la Antigua, prestando los migueletes en esta operación los excelentes servicios que prestaban en todas por su valor y gran conocimiento del terreno. La retirada de toda la línea del Oria la protegió bien la artillería de montaña, escalonada, precisada algunas veces á disparar con metralla.

Si gran sensación y sentimiento causó en San Sebastian el abandono de la línea del Oria, fué mayor, y más comentado, el del fuerte de Astigarraga. La reconcentración de los carlistas en aquellos alrededores, hizo creer al general Blanco que el objeto de sus enemigos era hacer sangriento el relevo ó evacuación de aquel punto cuando se aproximasen sus fuerzas á ejecutarlo, considerando lo más conveniente telegrafiar al comandante del fuerte, que aprovechando la oscuridad de la noche y contando con la protección que habían de prestarle las fuerzas que tenía situadas anticipadamente con dicho objeto, abandonara aquel punto, previa la destrucción posible de las existencias de víveres y municiones.

El gobierno había mandado se evacuase Astigarraga, y el general Blanco consideraba imposible la conservación de aquel destacamento dominado por todas partes, por estar en lo más hondo del valle. Para evitar el combate sangriento que produciría el proteger la salida de la guarnición, fué por lo que Blanco se puso en comunicación telegráfica con el capitán de carabineros don A. N... para que abandonara el fuerte por

la noche; contestó serle imposible por la gran vigilancia de los enemigos, se le señaló un vado por donde podía salir á media noche sin ser visto, bajo la colocación de las fuerzas que se situarían en la estación de Loyola, insistió el capitán en la imposibilidad de salir, por lo que se decidió el general al sacarlo, aprestándose á efectuar la operación con dos brigadas, previniéndole por donde había de efectuar su salida, cuando se le presentó diciéndole que había burlado la vigilancia de los carlistas, exagerando precauciones y peligros que no existieron; pues entró en tratos con el jefe enemigo que le facilitó la salida de noche con todo el destacamento, armas, equipos, etc., dejando en el fuerte el material.

Tal evacuación produjo sentidos y no muy favorables comentarios para el capitán de carabineros, aun cuando no era conocido el telegrama en el que los carlistas anunciaban su fácil triunfo (1).

Los carlistas avanzaron como era natural

(1) «Andoain 4 de Junio de 1875, 10 minutos.—Villafraanca 4 id., 10-30 minutos.—Zumárraga, Vergara y Estella.—Al ministro Guerra, general en jefe, encargado del ministerio de la Guerra, diputación foral, el comandante general de Guipúzcoa.

«Astigarraga está en nuestro poder, pues habiendo sido intimada la rendición por mí en nombre del Rey N. S., antes de romper el fuego ha venido á conferenciar conmigo un oficial, autorizado por el jefe del fuerte para acceder á la entrega, siempre que á la guarnición se le permitiera pasar á San Sebastián con armas y bagajes. Celebrada una conferencia de jefes de la división de mi mando, unánimes todos, se les ha concedido marchar, lo que han verificado á las tres de esta madrugada, dejando en nuestro poder municiones, víveres, dos mulos con cañón clavado, que no obstante ha quedado en estado de servicio».

su línea con'tra San Sebastian; colocaron baterías en varios puntos de ella, atacaron vigorosamente por dos lados el fuerte de Alza, aprovechando la lluvia y la oscuridad de la noche; se retiraron al cabo de dos horas de fuego, volvieron á acometer á la una de la mañana y fueron rechazados; pocos días después se efectuó otro ataque nocturno contra los fuertes de Mendivil, el del Parque y la fábrica de fósforos del señor Zaragüeta, situada en la carretera de Irún á Behovia, haciéndose despues extensivo el combate al Torreón, San Marcial, Urcave, Santiago, Larragain y Torre Alta, peleándose con encarnizamiento, y defendiéndose el terreno en algunos puntos palmo á palmo, especialmente dentro de la fábrica de fósforos, incendiada por los carlistas, viéndose al fin obligados los liberales á saltar por las ventanas. Los refuerzos que salieron de Irun libraron á aquellos valientes de una muerte cierta, no sin haber tenido los salvadores que trabar rudo combate y conquistar á costa de la sangre de algunos las casas ocupadas por los carlistas en la carretera hasta el puente de Behovia.

Amenazada San Sebastian cada vez más de cerca, se adelantaron sus fortificaciones á los puntos avanzados de Ametzagaña y Jaizquivel; pero no estaba por allí el peligro, aun cuando eran sitios desde donde se podía lastimar á una ciudad tan distinguida por su liberalismo como codiciada por los carlistas. Era la parte de Iguelde la que había que atender, y no dejaron de ser previsoras, aunque no resultaron después eficaces, las disposiciones que tomó el general Blanco (1).

(1) Segun el siguiente parte confidencial, fechado en

EL GENERAL QUESADA Y EL GOBIERNO
GUETARIA

LXVI

No viéndose los resultados de los sacrificios que hacía el país para aumentar el ejército del Norte de la manera que se fué aumentando y deseoso el gobierno de acelerar el término de la lucha, se decidió á realizar el plan de campaña aprobado en la junta de generales celebrada en Madrid en Setiembre anterior, á la que concurrió Quesada, y se lo comunicó á éste de real orden el 16 de Abril, previniéndole le diera su opinión.

Sin esperar la contestación, el presidente del Consejo de ministros envió el 27 al oficial de su secretaría señor Torrecilla con una carta á Quesada, en la que demostrando la gravedad de la situación y la conveniencia de adoptar un plan general de operaciones para los tres ejércitos, necesitándose, una vez adoptado, un concurso activo y enérgico y la más completa abnegación de los que debían realizarlo, se pedía á Quesada su opinión sobre estos puntos:

1.º Si el estado de la línea fortificada del Arga y el Monte Esquinza permitía ya movilizar al ejército, dejando aquella confiada á su guarnición y á la división de

San Sebastián el 29 de Mayo: «He dejado en Igueldo, fuertemente atrincherado al efecto, al regimiento de Luchana, cuyo entendido coronel tiene el encargo de cubrir aquel punto y conservar las comunicaciones con San Sebastián, con objeto de proteger la construcción de un fuerte en el cuarto piso que impida al enemigo colocar en cualquier punto de la cordillera de Igueldo baterías contra esta capital y su puerto».

TOMO III

la Ribera, que debía proteger su abastecimiento.

2.º En caso contrario, en qué día fijo podría contar el gobierno con que el estado de las obras permitiera la inmediata movilización del ejército.

3.º Qué fuerzas se necesitaban para las referidas guarniciones y la columna de la Ribera, con expresión de las brigadas que debían ser destinadas á este fin.

4.º Si se consideraba indispensable la conservación del puente de Orio, y si podían reducirse temporalmente las fuerzas de Guipúzcoa sólo á las guarniciones, pasando la brigada de Blanco al grueso de su ejército.

5.º Si reuniendo bajo el mando del general Quesada la brigada Blanco, la división Villegas, todas las fuerzas expedicionarias de Prendergast y Acellana y las que quedaban á sus órdenes, después de atender á la defensa de la línea del Arga, podía prometer al gobierno dar un golpe á los carlistas para restablecer dentro y fuera de España el prestigio de la monarquía restaurada.

Añadía el presidente del Consejo que, debiéndose haber reforzado el ejército del Centro para dirigirse después al Norte y Cataluña, ya que no se hizo antes por la urgencia de levantar el bloqueo de Pamplona, estaba ahora resuelto el gobierno á ejecutarlo, siendo necesario que, si el general Quesada no podía prometerse dar un gran golpe al enemigo y prefería establecer la guerra de líneas y bloqueo, consintiese en enviar parte de sus fuerzas al Centro, así como antes había pasado al Norte la división Despujol. Le proponía además la unión de las fuerzas

de Blanco y Loma, formando un cuerpo. que, con la división sacada de Madrid, podría ofrecer grandes resultados dirigiéndose á Aragon.

Respecto al punto 4.º, los hechos que dejamos referidos contestaron, y en cuanto á reforzar el ejército del Centro, respondió que no podía desprenderse de fuerzas; no pudiendo emprender operación alguna hasta terminar por completo las obras para el establecimiento de la línea del Arga; «dejando á la apreciación de V. E., si con 24 batallones puedo y debo ofrecer dar un golpe rudo al enemigo, encerrando en sus posiciones atrincheradas y llenas de reductos, algunos de primera importancia en las ya naturalmente fuertes montañas...» Rogábale pensase en otro general que con mejores condiciones y fortuna llevase la guerra á pronto y feliz término.

Llamado Quesada á Madrid, dejó encomendado á Loma el mando del ejército, fué el 6 de Mayo á la corte, manifestó á los ministros que hasta que no estuviesen en estado de bastarse á sí propias las obras de defensa de Esquinza y el Arga, no empeñaría combates que consideraba inútiles para conquistar posiciones que habían de abandonarse enseguida, como tantas veces se había hecho, y que el territorio enemigo era invulnerable por su frente para las fuerzas disponibles por de pronto.

Grande pareció á muchos el pesimismo del general Quesada, al que hubo interés en relevar, y se hubiera relevado sin el apoyo que le prestó el rey. El 20 de Mayo regresó al Norte.

La patria de Sebastián del Cano, la antigua é inmortal Guetaria, que tanto venía sufriendo, tenía aún que experimentar todas las más terribles consecuencias de la guerra. Empeñados los carlistas en poseer aquella villa, la atacaron el 13 de Mayo, sin previo aviso, comenzando con la voladura de una puerta tapiada, llenando la mina de dinamita; al espantoso ruido de la explosión, á las dos y media de la madrugada, púsose en armas la guarnición, lanzóse el pueblo en masa á la calle, el gobernador militar don Eduardo Palacio, corrió súbito con alguna fuerza al punto de la detonación, disponiendo se tapiara al momento la brecha abierta, y se construyera una barricada: rompieron el fuego los carlistas desde seis baterías (1) levantadas fácilmente en Garatè y alturas aún más próximas á Guetaria, habiéndola á 350 metros de la muralla; contestó la plaza con las dos únicas piezas, y poco después se presentó la escuadra que guiaba Barcaiztegui, siendo importante su ayuda, por verse el enemigo obligado á dirigir parte de sus fuegos contra los buques, dejando así algún respiro á los defensores del pueblo para reparar los daños, apagar los incendios y procurar más fuerte resistencia, mezclándose con la tropa los decididos voluntarios, que más atendían á defender el hogar de todos que el propio. Las mujeres, ancianos y niños se refugiaron en una capilla abovedada, para librarse de aquella verdadera lluvia de proyectiles.

No consiguieron los cinco buques de gue-

(1) Estaban artillados con dos morteros, 15 cañones de 12 l² rayados, ocho de 7 l² y cuatro Whitwaurth.

rra apagar los fuegos de las baterías carlistas, que les habían causado algunas bajas y desperfectos en los barcos, y se retiraron á las cuatro de la tarde, con gran pena de los sitiados que tanto esperaban de aquellos poderosos elementos de combate. Volvieron los carlistas contra la plaza los cañones que se habían enfilado contra los buques; prepararon el asalto, pues la brecha estaba practicable; corrieron á ella aclamando á Carlos VII, animando los acordes de la música y los no interrumpidos toques de las cornetas; pero si decidido fué el empuje, no lo fué ménos la resistencia desde la muralla y los parapetos contruidos detrás de ella, rechazándoles con pérdida de muertos y heridos. Intentaron los carlistas al día siguiente nuevo asalto con la misma decisión que el anterior y fueron rechazados con igual heroísmo.

Veintitres horas de continuo pelear, sin alimentarse, llevaban los liberales cuando recibieron los refuerzos que se enviaron desde San Sebastián, consistentes en dos compañías, una sección de ingenieros y dos piezas de artillería, que ya no fueron necesarias, porque los sitiadores sólo continuaron el fuego de fusil, que cesó al amanecer del día 15.

El pueblo, que recibió más de 1.600 bombas y granadas, quedó arruinado; y se concibe perfectamente tanta ruina en tan breve tiempo, al ver la posición dominante y tan cercana de los sitiadores.

En la tropa, en los voluntarios y en los paisanos hubo actos de heroísmo, y en las mujeres, mereciendo citarse Josefa Antonia Azpeitia, que conducía á los heridos desde el punto en que se hallaban al hospital, en el

que les prestaba toda clase de auxilios, como enfermera que era del mismo.

Retiraron los carlistas su artillería, quedando algunas compañías hostilizando á la plaza, y el 13 de Junio prosiguió el fuego de cañon de una batería colocada en el arsenal de Zarauz, que arrojó 74 granadas; 52 volvió á recibir la desgraciada Guetaria el 14 de Agosto, y desde fines de Setiembre hasta el 26 de Enero de 1876 recibió diariamente, y aún muchas noches, los proyectiles de cañon y mortero, ascendiendo su número á 124 bombas y 2.500 granadas: acabaron de arruinar la población (1), que tuvieron que abandonar las dos terceras partes de sus moradores por la absoluta falta de medios de subsistencia (2), durando tan pertinaz sitio hasta el 26 de Enero siguiente, en que el brigadier Mariné con una pequeña fuerza que desembarcó en aquel puerto, tomó á los carlistas las formidables posiciones de Garate é inmediaciones, respirando Guetaria después de tanto sufrir, aunque sin dejar de padecer, por albergar todo el primer cuerpo de ejército por espacio de 25 días, no teniendo sus habitantes un palmo de terreno donde cobijarse, y con las casas destruidas.

Digno fué aquel desgraciado y liberal pueblo, compuesto gran parte de pobres y valerosos pescadores de la patriótica generosidad de los que iniciaron la suscripción tan ge-

(1) Las baterías carlistas arrojaron desde el 13 de Mayo hasta el 26 de Enero, 340 bombas y 4.276 granadas.

(2) De 900 almas quedaron reducidas á 150 en Enero de 1876.

nerosamente efectuada en San Sebastián (1); y si no ha recibido, como debiera, la debida recompensa de sus padecimientos, no le puede faltar nunca la gratitud de la patria por la inmarcesible página que en su ya brillante historia escribió por este sitio.

LA IZQUIERDA.—MANDO DE CARASA.—MEDIANAS Y CARRASQUEDO MOVIMIENTOS

LXVII

Las noticias de proyectadas expediciones carlistas, hicieron se atendiera un tanto á la abandonada izquierda liberal; se envió á Loma y la división Morales de los Rios, sin formarse nuevo plan; continuaron aquellas fuerzas aisladas de Bilbao, y á dos jornadas de la vía férrea; y dos divisiones con 16 batallones, hicieron, en resúmen, lo que hasta entonces se había hecho con cuatro. Loma tenía sus fuerzas en las mismas posiciones que su antecesor; después bajó á Mena, y cuando los temores eran más persistentes fortificó á Mercadillo. Produjo, en efecto, el movimiento de 28 de Abril la toma de los pueblos de Mena Mayor y Carrasquedo, y se continuó envolviendo á los carlistas, haciéndoles Villegas retirarse de Viérgol, y de Nava las tropas que avanzaban por la izquierda, y del Monté del Cuervo las del Centro. Retiráronse los carlistas hácia el Berron, y algunas granadas les hicieron guarecerse en Valmaseda; pudieron continuarse los trabajos de fortificación en Mercadillo, y se acan-

(1) Las cuentas se publicaron inmediatamente en un folio titulado *Guetirri* que es un timbre de honra para la digna comisión que en la suscripción intervine.

tonaron las tropas en las posiciones tomadas estableciéndose una línea en la que era el cañoneo continuo, hasta que Prendergast conquistó las posiciones de la Peña Complacera (Búrgos) después de rudos combates, en los que jugó la artillería y se dieron cargas á la bayoneta, retirándose los carlistas, bien y valerosamente dirigidos por Cavero, á la Peña de Igaña, apoderándose los liberales de muchos víveres y efectos que se iban dejando. Abandonada la Complacera, á los dos días la volvieron á ocupar los carlistas y siguieron haciendo fuego sobre Villasana de Mena y Mercadillo, para impedir las obras que ejecutaban los liberales; intentando también, como en la noche del 19 de Mayo, sorprender las fuerzas de la izquierda de aquella línea, establecidas en Ungo, pero fueron rechazados.

Nombrado Berriz ayudante de don Carlos, le sustituyó en la comandancia general de Vizcaya don Fulgencio Carasa, al que hizo entrega del mando de las fuerzas el brigadier don José S. Fontecha, que le estaba desempeñando.

Carasa salió de Valmaseda el 15 de Mayo para Viérgol, reconoció las líneas avanzadas hasta el Berron, y la de la derecha de este punto; fué el 18 con dos batallones y dos piezas de artillería al monte próximo á Nava de Mena á provocar inútilmente una salida de los liberales de Mercadillo; regresó á Valmaseda, á donde fué don Carlos, quien examinó aquellas posiciones, revistó sus defensores, y de todo mostróse satisfecho.

Carrion, en tanto, con unos 100 hombres decididos pasaba el Ebro el 26 de Mayo en-

tre San Vicente y San Asensio; dió frente el 27 en los Montes de Villar de Torres á sus perseguidores, guiados por el teniente Crespo, haciendo correr vergonzosamente á los 18 guardias civiles de la comandancia de Búrgos que iban con las fuerzas perseguidoras, si bien no celebró mucho su triunfo, pues aquel mismo día la compañía movilizada de Miranda de Ebro halló á los carlistas en los corrales de San Frias y Monte Juristo, entre San Millan de la Cogulla y Berceo, y los batió completamente.

Estos mismos voluntarios de Miranda, y las fuerzas de aquella guarnición, habían tenido pequeños encuentros en Armiñón y Comunión—8 y 9 de Abril—en Rivavellosa y Quintanilla el 20, protegiendo un convoy de Miranda á Vitoria; Reyes fué el 4 de Mayo á Alegria á castigar algunos desmanes y cobrar débitos, y la guarnición de la capital de Alava, bien dirigida, realizó perfectamente el 15 de Mayo la operación combinada para asegurar el camino de aquella plaza á la Puebla de Arganzón, con objeto de proteger el paso de un convoy procedente de Miranda, experimentando liberales y carlistas algunas pérdidas.

Era ya cuestión grave el abastecimiento de Vitoria, el punto más estratégico é importante de las Provincias Vascongadas, y para proteger la marcha del general Tello á aquella capital, se efectuó al extremo de la línea izquierda un movimiento hácia Berberana, quedando la brigada Muriel sosteniendo las posiciones de Carrasquedo, Medianas, Mercadillo y Covides.

En cuanto supo Carasa la disminución de

fuerzas enemigas en el Valle de Mena, corrió á las inmediaciones de Mercadillo y Carrasquedo, rompió el fuego el 20 de Junio. sostuvieron bien el combate en un principio las tropas de Muriel, pero al fin emprendieron la retirada, y no en orden de parada, como dijo el parte del mismo Muriel, quien pudo haber distribuido mejor sus fuerzas.

Una compañía que había en una casa, tuvo que rendirse, por haber consumido las municiones y muerto algunos oficiales. Los artilleros retiraron las piezas con mucha dificultad, luchando á brazo con los carlistas, y por espacio de unos días se vió fresca la sangre y despojos de los que murieron asesinados en la iglesia, profanada sacrilegamente por haber sido esta matanza de heridos indefensos que estaban en el templo convertido en hospital; no limitándose á estos horrores la ofuscación del fanatismo político y la crueldad de la guerra, que recorrieron los vencedores algunas casas del pueblo, robando y violando, costando la vida á una joven el brutal proceder de aquellos bárbaros.

Encerráronse los liberales en Mercadillo, apoderándose los carlistas de las posiciones de aquellos y de 180 prisioneros, 235 fusiles y otros muchos efectos; no siendo mayor el desastre por el admirable comportamiento de la artillería, y especialmente de su teniente señor Molezun.

Al recibir Loma en Villasante aquella misma noche el parte de Muriel, reunió sus fuerzas, corrió á las tres de la madrugada, á pesar del temporal de aguas que reinaba, en auxilio de los vencidos, á quienes

Carasa se proponía atacar de nuevo; venció la vanguardia de Loma á los carlistas que se le interpusieron cerca de Villanueva, haciendo algunos prisioneros, incluso un oficial, Queros, resultando herido por no quererse entregar; se adelantó á Villasana, se retiraron los carlistas á sus anteriores posiciones, Carasa á Valmaseda, y Loma á Mercadillo, apoderándose de todas las perdidas el día anterior, haciendo lo mismo Villegas por su derecha, no siendo grande la resistencia que hubo que vencer, pues solo tuvieron los liberales siete heridos.

Otra vez volvieron á marchar las fuerzas liberales hácia Alava, el 28 de Junio, y de nuevo se presentaron los carlistas en las posiciones ocupadas antes por los liberales, y atacaron á Mercadillo el 29; defendiéronse bien y rechazaron á sus enemigos, causándoles algunas bajas y seis prisioneros. No indemnizó esto, sin embargo, la penalidad de las marchas que hicieron algunas fuerzas, particularmente las que, guiadas por Loma, cruzaron el 28 por la Magdalena al Valle de Losa, pernoctando en Quincoces de Yuso, San Llorente y pueblos inmediatos, no sin sostener pequeñas escaramuzas para penetrar en ellos; marcharon el 30 en dirección á Orduña, y girando sobre la Peña de Angulo y desalojando de ella á los carlistas, fueron á caer bajo la Complacera, sin intentar acometer á los que de ella se enseñoreaban, disparándoles solo unos cuantos cañonazos. Se retiraron los liberales á sus respectivos alojamientos, regresaron el 1.º de Julio á Castrobarco y pueblecillos inmediatos hasta Medina de Pomar, quedando reventadas las tropas,

lastimada su fuerza moral, y asombrados de lo que veían los que seguían aquellos movimientos.

BOMBARDEO DE ALGUNOS PUERTOS DE LA COSTA DEL NORTE Y MUERTE DEL BRIGADIER BARCAIZTEGUI

LXVIII

Prohibido á los carlistas el pescar, declaró el jefe de las fuerzas navales del Norte, debidamente facultado por el gobierno, que todas las embarcaciones de pesca y los lanchones dedicados al tráfico pertenecientes á los puertos de la costa, comprendidos entre Bilbao y Fuenterrabía, ocupados por fuerzas carlistas, que fueran encontrados, serían apresados y considerados sus tripulantes como prisioneros de guerra.

Levantó gran clamoreo en los pueblos del litoral esta determinación, que arruinaba por completo á cuantos se dedicaban á la pesca, y les obligaba á emigrar, lo cual perjudicaba á los carlistas, y ofició la diputación de Vizcaya á la de Guipúzcoa excitándola á que impetrara de don Carlos «la adopción de medidas extremas, rigurosas y categóricas que obligasen al enemigo á obrar con humanidad y como lo reclaman las leyes de la guerra, haciéndosela solo á los combatientes y no á los que no luchan con las armas, é imponiéndoles por el terror á cesar en ese infame sistema de guerra que inauguran (1)». La diputación de Guipúzcoa hizo suya en todas sus partes esta comunicación; juzgando

(1) Comunicación fechada en Durango el 21 de Mayo de 1875, y firmada por los señores Piñera, Urquiza (don Fausto) y Olascoaga.

necesarios actos de rigor para contener la enemigo, necesitándose castigarle, é indemnizar en todo caso los perjuicios que causarían, con los bienes de los liberales, y así lo ofició al ministro y á los jefes superiores militares. Dispuso el gobierno el bombardeo de los pueblos de la costa, y al saber el comandante general carlista de Guipúzcoa que tenían esta misión la *Vitoria* y el *Fernando el Católico*, telegrafió á la diputación proponiendo quemar las casas de los liberales si tal sucedía, ó hacer faego á San Sebastian; y aquella corporación le autorizó para cañonear fuertemente á la capital guipuzcoana y declarar embargados los bienes de los liberales para indemnizar los daños que se causasen á los carlistas.

Efectuóse el bombardeo, sin gran decisión, aunque causando los consiguientes daños; los puertos que estaban indefensos llegaron á artillarse, y jugaron tan acertadamente algunas piezas, que practicando el 26 de Mayo un reconocimiento sobre Zumaya, Deva y Motrico, el brigadier Barcaiztegui, que salió aquel día de San Sebastian á bordo del *Colon*, reventó en su mismo cuerpo una granada arrojada desde Motrico, y le destrozó por completo, hiriendo sus cascos á los señores Alvargonzalez, Garin y Yebra, y lastimando al señor Faura y Lladó. Recibió el *Ferrolano* un proyectil debajo de la línea de flotación que le obligó á dirigirse á puerto, forzando máquina, y retiróse la escuadra llevándose el mutilado cadáver del malogrado Barcaiztegui á San Sebastian, en cuyo cementerio fué depositado con los debidos honores y el duelo de toda la población.

Pareciendo á muchos duro el bombardeo, se trató del bloqueo de la costa, y, justamente, cuando se hacía, ó cruzaban al menos las aguas de Vizcaya y Guipúzcoa los buques de guerra, se efectuó en Bermeo un nuevo desembarco de 2.000 fusiles de aguja, 400.000 cartuchos, 2.000 sables, 4 cañones y abundantes efectos de guerra. Era inútil el cruce de los buques, y no decían aquellos cargamentos mucho en favor de la vigilancia de los agentes consulares. Volvióse á pensar en el bombardeo y envió la *Victoria*, previo aviso, á Mundaca, el 26 de Junio, unos 25 proyectiles, de los que sólo algunos cascos de granadas cayeron en la población, sin causar desgracia ni daños apenas; no sucedió así días después en Bermeo, donde las 35 bombas arrojadas produjeron grandes destrozos en los edificios, sin ninguna desgracia personal. Repitióse el bombardeo de Mundaca, causando ahora algunos desperfectos en edificios liberales. Lequeitio, Ondarroa y Motrico, recibieron también las bombas de los buques liberales, sirviendo de aviso, según anunció el jefe de la escuadra la bandera roja largada en el palo mayor, y un cañonazo sin bala, lo cual era señal de que á las tres horas comenzaba el bombardeo (1).

Repitióse el 21 de Julio y días siguientes el bombardeo de Bermeo, Mundaca y Lequeitio, abandonando esta villa sus habitantes, que se libraron así de los terribles efectos de cerca de 100 proyectiles que arroja-

(1) Posteriormente, el 6 de Agosto, se anunció que el bombardeo se efectuaría en lo sucesivo á cualquier hora del día ó de la noche, sin necesidad de aviso previo ni nueva intimación con señales.

ron el *Fernando el Católico* y la *Concordia*, tomando después parte la *Victoria*; no se libró el pequeño Elanchove de recibir destructoras bombas; eran ya grandes los destrozos; se permitió previa consulta, que las familias carlistas que no tenían donde refugiarse, pudieran hacerlo en casas de los liberales habitantes en territorio enemigo; se artillaron algunos pueblos para rechazar el bombardeo; acudieron á defenderlos los tercios que tan bien iba organizando don José Niceto de Urquiza, su jefe, y ya entrado Agosto cesó el bombardeo, que no dió más resultado que producir ruinas y preparar el de San Sebastián por los carlistas.

CORRESPONDENCIA DE DOÑA ISABEL CON
DON CARLOS

LXIX

Efectuada la restauración, deseó la reina doña Isabel pasar el verano en un puerto de mar de la Península, para lo cual se dirigió al gobierno, que no creyó poder conceder la autorización, y la señaló la isla de Mallorca como lugar de residencia, lo cual consideró doña Isabel como un destierro. Enterado de todo esto don Carlos escribió á su tía la siguiente carta:

Mi querida Isabel: Sé que deseas volver á ver el cielo de la patria, y como conozco tu corazón de española, comprendo lo que sufrirás al verte privada de ir al lado de tu hijo. Yo reino en las hermosas provincias del Norte, que conoces, y mi mayor placer es ofrecértelas para que vengas á vivir aquí, en el punto y de la manera que mejor te parezca.

Si quieres ir á Lequeitio ó á Zarauz, donde estuviste en otras épocas, podrás ocupar los mismos palacios que

entonces habitaste, pues no creo posible que en tal caso los marinos de tu hijo continuasen bombardeando aquellos puertos, y si lo intentaran tengo cañones de bastante alcance para que te dejen tranquila. Si prefieres Tolosa, Vergara, Estella, Durango ú otro punto cualquiera de este territorio, todos están igualmente á tu disposición, y yo me consideraré muy feliz en defenderte y ampararte.

De todos modos, quiero que sepas que los puertos de España no están cerrados para tí, que tanto la has amado.

Te quiere de corazón tu afectísimo primo, *Carlos*.—
Tolosa 25 de Mayo de 1875.

Mi querido Carlos: Gracias infinitas por tu carta, que tan bien revela tus sentimientos. Tus ofertas me han conmovido, y bien sabe Dios cuánto te las agradezco, pero ¿qué te puedo decir en las actuales circunstancias? Que hoy no puedo más sino pedir á Dios y á la Virgen que tú y mi hijo os abracéis, y que todos juntos vivamos en nuestra amada patria á la cual deseo pronto paz y tranquilidad.

Las lágrimas se me caen al pensar que tu noble corazón es el primero que me ofrece asilo en el país donde nací y reiné. Que Dios te pague el consuelo que me das. Tú conoces mi corazón y sabes que mi gratitud para tí será eterna. ¿Quién sabe si tendré que tomar baños de mar, y pronto juntos disfrutaremos del sol de nuestra patria?

Muy feliz será para mí el día en que te vuelva á ver y te pueda dar un abrazo.

Tu afectísima prima que sabes cuánto y cuánto de corazón te quiere, *Isabel*.

El dador de ésta lo será don Enrique Romrée, que también ha cumplido tu misión, dándome el placer grandísimo de recibir tu carta. Con la misma persona podremos seguir enviándonos las cartas, pues yo te ruego me escribas; yo te ofrezco hacerlo también. De nuevo todo mi cariño y gratitud.

París 12 de Junio de 1875.

Mi querida Isabel: Acaba de llegar Romrée y ha sido para mí un gran consuelo ver que me traía una contestación tuya escrita, pues, te lo confieso, *temía á tus consejos*.

Mira, Isabel, déjate guiar únicamente por tu corazón, y los dos que sentimos lo mismo, lograremos salvar á España.

No consultes con nadie este asunto; obra como quien

eres, con decisión, y sobre todo como buena española.

Yo, que con las armas en la mano combato á tu hijo, porque la conciencia me obliga á ello, le amo con todo el corazón y haré por él cuanto pueda, aunque siga combatiéndolo con la misma tenacidad, pues creo vinculado en mi triunfo su bien y el de la patria.

Ven, mi querida Isabel: te recibiré con los brazos abiertos, y estoy seguro de que no tendrás que arrepentirte de ello. Si lo deseas, como de tu parte me lo ha manifestado Romrée, pónlo en ejecución cuanto antes.

Así tendré el inmenso amor en abrazarte en tierra de España después de tantos años de amargura.

Ya sabes que te quiere de todo corazón tu afectísimo primo, *Carlos*.—Zorzoza 24 de Junio de 1875

Mi querido Carlos: Tú que sabes cómo siento, comprenderás también el consuelo que yo también he tenido al recibir tu cariñosa carta del 24 de Junio que Romrée me ha entregado fielmente.

¿Porqué tomás á mis consejeros? Tú sabes que obro por mí *sola*, y que te quiero muy de corazón, y que siento como tú.

Sabes que lo que te he escrito no lo consulto con nadie, solo con mi conciencia y mi corazón, y que soy una verdadera española en mi manera de sentir, y en desear el bien y paz de mi patria.

Sé que á mi hijo lo quieres, él te quiere á tí también á pesar de que la suerte y la desdicha hagan que combatais el uno en frente del otro; pero Dios puede más que los hombres, y encaminará los sucesos, para que los dos os abraceis, y los dos unidos podreis dar paz á España.

Con cuánto placer iría desde luego á donde tu estás, mi querido Carlos, y que me dieras el abrazo que deseas darme y yo deseo muchísimo recibir y aceptar tu noble y generosa oferta, pero he escrito á Madrid diciendo que tengo las puertas de mi patria abiertas, sin decir por quién, y que deseo saber si mi hijo de mi alma me llama; según me contesten obraré; si me llama mi hijo, iré á cumplir allí con el deber de contribuir á la paz como los dos anhelamos; allí tendrás siempre á tu agracedida prima Isabel, que tan de corazón te quiere; si mi hijo no me llama habré cumplido lealmente y me iré y aceptaré la cariñosa oferta de mi noble y querido primo Carlos.

Pide á Dios y á la Virgen nos proteja á todos, como yo se lo pido, y les pido que te den á tí, á Margarita y á tus hijos todo género de venturas.

Cuánto deseo verte y abrazarte y que sea en tierra de España.

Cree y ten por muy seguro que te quiere con todo su corazón tu afectísima prima, *Isabel*.—París 3 de Julio de 1875.

Mi querida Isabel: Aunque esperaba verte llegar en vez de tu carta, no por eso dejé esta de satisfacerme, pues cada vez veo con más claridad los hermosos sentimientos que siempre supuse en tu corazón.

Aparte de toda consideración política, yo deseo verte aquí, porque basta que seas una prima á quien quiero y una desterrada de la patria que los dos amamos tanto y cuyas puertas yo deseo abrirte, como te decía en mis anteriores.

Comprendo que necesitas antes contar con Madrid: pero posible es que allí no seas tratada con la consideración que te es debida, y quizá obliguen á tu hijo á que te dé un desaire.

Muy propio es de tí, y mucho me alegraría yo de que pudieses servir de mediadora para la paz de España, á que aspiro como tú, y que solo se conseguirá en realidad con el triunfo de mi derecho, que es para mí un deber.

Yo quisiera que te penetrases bien de esto, y no lo dudo, siendo *tú sola* como dices, la que se ocupa de nuestras relaciones de familia.

En nombre de estas principalmente te hablo para recomendarte otra vez que vengas, y que vengas pronto.

Mucho me alegraré si te decides á traer tus hijas á las cuales quiero también lo mismo que á Alfonso, de lo cual no debes dudar nunca.

Yo sé bien todo lo mucho que vales, y quisiera estuvieras tú tan persuadida del buen lugar que ocupas en mi corazón.

Te escribo en el momento de subir al tren, para ir á recorrer las líneas de Alava, como general en jefe, pues ya sabrás que he tomado el mando directo de este valiente ejército.

Tu retrato me ha gustado y te lo agradezco; lo miro con frecuencia como uno de mis mejores recuerdos, y cuando yo tenga uno mío te lo ofreceré.

Adios, mi querida Isabel; espero que esta será la última vez que te escriba por ahora, y que sea ya de palabra nuestra primera conversación.

Te abraza de todo corazón tu afectísimo primo *Carlos*.—Tolosa 15 de Julio de 1875.

París 15 de Agosto de 1875.—Mi muy querido Carlos:

No te he escrito en todo este tiempo, esperando una ocasión para poder hacer lo que tú y yo deseamos.

Enrique está aquí detenido por mí para poderme comunicar contigo y arreglar con él el asunto que ya sabes.

La empresa es difícil, pero espero arreglar todo.

La reserva ante todo es lo que te ruega tu prima que con el corazón te abraza y que espera verte pronto, *Isabel*.

El 21 de Julio había escrito don Carlos al rey don Alfonso una carta sentida y cariñosa (1), quejándose y protestando del secuestro de los bienes de los carlistas y del destierro de estos.

Con copia de esta carta, escribió á doña Isabel otra muy extensa, en la que la estimulaba á «tomar acertadas precauciones para burlar la vigilancia de la policía de Molins y la del gobierno francés, empresa no difícil para una mujer de ingenio, cuyo más vehemente deseo es volver á ver el cielo de su patria.» Refiere la desesperación de los desterrados carlistas que, aunque arruinados, no pedían limosna sino un fusil; indignación que le causaba el incendio de montes y cosechas, todo lo cual avivaba más el entusiasmo de sus tropas y su resolución de regenerar la España que tanto amaba. «Tú puedes ayudarme á realizar tan noble empresa: rompiendo preocupaciones y salvando obstáculos, puedes ser partícipe de tanta gloria. Viniendo á mi lado puedes todavía economizar mucha sangre y muchas lágrimas; abreviar, acaso, el término de la guerra, haciendo reconocer en mí, con el ejemplo, el derecho y la justicia. ¡Qué hermoso papel te reserva la Providencia! Tu buen corazón no puede menos de llo-

(1) Véase documento núm. 23.

rar las víctimas que se han hecho en tu nombre; las que hoy se hacen en nombre de tu hijo. Reyes de hecho los dos, el sistema funesto que te impidió *hacer* el bien que tú deseabas y el que más tarde te arrojó del trono, arrojará también á Alfonso, impotente ya para realizar nada que sea fecundo en beneficio de la patria. Cuando tuve el gusto de verte en Ginebra, recuerdo que me dijiste *que te tenían en una jaula dorada para sacrificararte despues*. Desterrada ahora, ultrajada villanamente por los que todo te lo deben, atribulado el corazón, puedes sin embargo, hacer en provecho de nuestra querida España, mucho más de lo que hiciste en los años de tu reinado... Puedes ser el iris de bonanza en la deshecha tempestad que corre-mos... Cuando te escribí mi primera carta desde Tolosa, lo hice porque el verte tan injustamente abandonada indignaba mi alma: yo sabía que tus penas tendrían consuelo abriéndote las puertas de esta España que tanto has amado, y con el corazón rebosando alegría te ofrecí hospitalidad digna y cariñosa, hospitalidad española. Pero entonces no veía lo que ahora veo claramente. Entonces me impulsaba el sentimiento del deber. Hoy me impulsa el seguro presentimiento de que Dios así lo quiere. Dios lo hace, Isabel: veo su santa mano en los prodigios de esta guerra, en los azares de mis adversarios, en tu mismo corazón predispuesto á intervenir en obsequio de la humanidad y de la justicia... El triunfo de mi derecho y de mi dinastía en toda su integridad, ó nada. Salvar á España ó morir por ella. Esto dije en París cuando sólo tenía en mi apoyo la

fuerza del derecho. E-to repito hoy al frente de 80.000 valientes... Yo acepto la guerra noble, franca, leal, caballeresca. De igual manera he procedido cuando el extranjero ha amenazado á España. Yo he sido el único en retarte sin reticencia ni temores cuando así lo exige la dignidad de la nación. Por este mismo motivo, cuando Cuba estaba en peligro, la República ha acudido á mí porque sabía que había de encontrar un español».

A la anterior carta fechada en Guernica el 23 de Agosto, contestó doña Isabel el 29 de Setiembre, diciendo que no había aprobado los destierros y confiscaciones, ni aprobaría nada que fuese cruel; que admiraba como él el entusiasmo de sus tropas; que deseaba ir á su lado, pero que debía cumplir como madre, apurando los medios para llegar á una conciliación honrosa para todos. «Yo voy á escribir á mi hijo, le anunciaré mi ida á donde tu estás, y si aprueba esto, con qué alegría no iré en seguida á tu lado, querido Carlos, y si no lo aprueba iré á Madrid para que no se diga que no hago por mis hijos todo lo que debo, y allí, habiendo cumplido también con mi deber, diré lo que pienso y siento, y noblemente podré volver á tomar el camino para ir á tu lado y procurar que Alfonso y tú os deis un estrecho abrazo, ese día será el más feliz de mi vida... Ten tú también fe en mí, que te quiero mucho y muy de veras, y veremos si yo puedo hacer triunfar la diplomacia del corazón, tú y yo la pondremos en moda».

Don Carlos esperó un mes los resultados de los proyectos de doña Isabel, y el 30 de

Octubre, desde Elodio, la escribió que no le extrañaba no la dejaran ir á Madrid; que no se apurase en buscar una conciliación honrosa para todos, pues ni la había ni la podía haber. «Soy el rey legítimo de España, y como tal abro mis brazos para estrechar sobre mi corazón á tu amado hijo y mi querido primo el infante don Alfonso. Todo lo que se intente fuera de esto, es inútil». Consideraba al rey mal rodeado, y por consecuencia efímero su reinado, y el 5 de Noviembre le participaba el fallecimiento, á causa de una pulmonía nerviosa, en Zornozza, de su primo don Fernando Gouvoski, quien á pesar de haberle dejado en libertad de seguir á don Alfonso cuando este fué proclamado, no quiso separarse de las filas carlistas.

El 12 del mismo mes contestó doña Isabel, confiando en la unión de toda la familia, aun cuando en Madrid habían querido engañarla; quizá la temían; veía que su hijo no marchaba como ella quería, insistía en su deseo de ir á abrazarle, y terminaba diciendo que Enrique seguía allí cumpliendo las órdenes de don Carlos. Este respondió el 18 sintiendo que se empeñase en una paz imposible, «entre el rey legítimo de España al frente de sus voluntarios, y el instrumento de la revolución rodeado en Madrid por los que te perdieron y no deshechan ocasión de herirte y ofenderte». Se lamentaba del camino destructor que tomaba la guerra, y que haría frente á los 200.000 hombres que en su contra se reunían.

Mediaron dos cartas más; siempre doña Isabel con las mismas ilusiones de fraternal

avenencia, y convencido ya don Carlos de lo irrealizable de ella, ni aun de la tregua que, con motivo de la actitud de los Estados Unidos, propuso en su carta de 9 de Noviembre desde Durango á don Alfonso, dió su alocución de 23 del mismo mes, y cesó por entonces toda correspondencia.

MARCHA DE TELLO Á VITORIA

LXX

El Consejo de ministros consideró insostenible la inamovilidad en que estaba el ejército del Norte, y lo manifestó así á su jefe, quien contestó que no siendo voluntaria, no podía fijarla límite, como se le pedía, y que sus deseos y amor propio, si prescindiera de consideraciones elevadas, le llevarían á buscar en combates, sin analizar sus condiciones, el desenlace de aquella situación poco grata, no creyendo de buenas consecuencias el abandono de las obras que se ejecutaban, ni emprender operaciones aisladas (1).

El ejército liberal en Navarra presentaba un frente de operaciones de una extensión de

(1) Proyectóse, sin embargo, en que seis ó ocho batallones del segundo cuerpo hicieran de noche una rápida marcha para atacar á Montejurra, fundándose para ejecutar semejante operación en que el enemigo no tenía artillería en las posiciones que se trataba de atacar, según había informado algún espía, y ya estaban designados confidencialmente un general, un brigadier y los batallones que debían ser víctimas de tan temerario proyecto, cuya realización hubiera producido indudablemente una gran catástrofe, pues estaba artillado aquel punto y bien defendido; y para bien del país y del ejército no se llevó á cabo. De esta operación, cuyas instrucciones estaban comunicadas por escrito, se desistió para realizar el cange en Viana el 16, y por la necesidad de ir seguidamente en auxilio de Vitoria.

más de 40 kilómetros, y era un peligro inminente ante un enemigo que tenía de su parte el país y era activo, pero no se le utilizaba debidamente.

En peligro Vitoria, según los reiterados avisos de su jefe militar don Fernando del Pino, y dada la importancia estratégica de esta ciudad, no podía el ejército liberal consentir la incomunicación de ella con Castilla y la ocupación por los carlistas de la llanada alavesa. A este efecto, el general en jefe encomendó al general Tello la conducción á Vitoria de un convoy de dinero (1) y efectos, practicando al mismo tiempo un reconocimiento á viva fuerza, pues Quesada había resuelto operar en Alava, y organizóse el 18 de Junio en Miranda de Ebro la *división expedicionaria del Ebro* (2).

Acertadamente procuró Tello apresurar la operación, que pedía hallar grave obstáculo en el inexpugnable desfiladero de las Conchas de Tuyo, y al amanecer del 19 emprendió la marcha por la carretera de Armiñon, dejando en su avance fuertes destacamentos á retaguardia para asegurar la comunicación con Miranda, y colocando convenientemente fuerzas á derecha é izquierda para vencer los obstáculos que presentaran los

(1) Aunque lo más urgente era el dinero, en la madrugada del 19, en vez de las 500.000 pesetas para pagar á la guarnición de Vitoria, sólo se recibieron 150.000 que por cierto hubo que devolver á las cajas del ejército, pues se habían consignado equivocadamente á Vitoria.

(2) Mandaba la primera brigada el brigadier don Antonio del Pino, la segunda el coronel Rodríguez Trells, la caballería el coronel de húsares de Pavía señor Lor-secha, el comandante Pagés la artillería, y era jefe de E. M. el comandante Perez de Tudela.

carlistas, que ocupaban ya las alturas del temido desfiladero, como lo vió al llegar á la Puebla de Arganzon. Dejó aquí las fuerzas necesarias con la batería montada, la de montaña rompió el fuego, contestado con vivísimo de fusilería, lanzó Tello tres batallones al combate, los de Castilla y Barbastro se apoderaron á la bayoneta de las posiciones carlistas, y envueltos estos por frente y flanco, sostuvieron valerosamente el choque; tuvieron al fin que ceder, y lo que empezó ordenada retirada concluyó por precipitada dispersión al Valle de Subijana. Quedaron en el campo del combate 18 muertos, armamento, municiones y los botiquines de tres batallones, llevándose bastantes heridos: 12 muertos tuvieron también los liberales y algunos más heridos; distinguéronse el brigadier Pino y los coroneles Ziriza y Bugallal.

Siguió Tello su marcha á Vitoria, dejando acampados dos batallones para lo que tuvo la feliz idea de sacar de los almacenes el material de campaña necesario; dejó fuerzas en Arriñez, atacó á los carlistas que ocupaban los altos de Peña Gomecha, que abandonaron al cabo de dos horas de fuego, con pérdida de algunos muertos y heridos, y al anoecer entró Tello en Vitoria, satisfactoriamente recibido, porque había empezado á nacer la desconfianza y el decaimiento. Dos días permaneció en la linda capital alavesa, y á las cuatro de la madrugada del 22 regresó á Miranda, formando la vanguardia el batallón de Ciudad-Rodrigo, cuyas fuertes guerrillas con sus certeros fuegos entretuvieron los de los carlistas frente á Nanclores, y á la otra parte del río, pudiendo

pasar la artillería, que tomando posiciones sucesivas y en combinación con otras fuerzas, escalonándose, pudo seguir toda la división después de tres horas de nutridos fuegos, contando unos y otros combatientes sensibles pérdidas.

Después de un corto descanso en la Puebla, quedando ocupado este punto y el monte por la segunda brigada, marchó Tello á Miranda, donde entró al anoecer, pudiendo estar satisfecho de aquella breve é importante expedición que, sobre otros ventajosos resultados, obtuvo el de la ocupación y conservación hasta el fin de la guerra del desfiladero de las Conchas de Tuyo, llave de la comunicación de Alava con Castilla, y el establecimiento en el pueblo de un vasto y útil depósito de víveres y municiones.

El general en jefe se trasladó también á Miranda, á donde llegó el 23 de Junio, y el 28, á la cabeza de sus tropas fué á la Puebla de Arganzón, reconoció el terreno en que pudiera batir á los carlistas, se propuso, impulsado por su valor, hacerlo en la madrugada siguiente; supo las fuerzas que el enemigo reconcentraba, y sus formidables posiciones, y deferente á las observaciones del general Tello, secundadas por otros, desistió del ataque aceptando la responsabilidad, y ordenó el regreso á Miranda, quedando Tello en la Puebla para asegurar la posición del desfiladero y activar las obras de fortificación del mismo. Participó al ministro lo sucedido y envió á Madrid al jefe de E. M. G. á enterar al gobierno del verdadero estado de la guerra, etc., etc. El gobierno lo aprobó todo.

No quedó desatendida Navarra; se mo-

vían allí algunas fuerzas; las que pusieron al mando del brigadier Córdova, bien dirigidas, prestaron excelentes é importantes servicios; y no olvidará á Oteiza, expuesta á una epidemia, lo que en obsequio de aquel pueblo hizo el digno jefe liberal, así como en beneficio del soldado.

En constante hostilidad con los carlistas, que no desperdiciaban ocasión de molestar á sus enemigos, envolvieron á la sección de caballería que hizo la descubierta del 11 de Junio, por dejarse guiar su jefe más de su valor que de la prudencia, cumpliendo las órdenes recibidas cuyo percance procuró reparar Córdova, que rodeado de enemigos, dirigió además tres importantes cortes en el monte Baigorri, para satisfacer la apremiante necesidad de leña que experimentaba la tropa. Sufrió ésta con los disparos que la hacían desde el cerro de Lizarra, cubierto de olivos, que servían de resguardo á los carlistas; se talaron los de la parte superior del cerro; avivó esto el cañoneo de Santa Bárbara; amenazó Córdova con la continuación de la tala de los olivares si continuaba el cañoneo sobre la población, y cesó. Habían penetrado un día en el pueblo 67 granadas.

Disminuidas después las fuerzas que ocupaban á Oteiza, se hizo crítica la situación de Córdova. Ibaló siendo para otros jefes que, como la Portilla, se veían imposibilitados de cubrir sus atenciones con su cuerpo y división de la Rivera, y el mismo general en jefe pedía tropa con urgencia, porque su posición se hacía peligrosa, debiendo conservar la Puebla y las Conchas á toda costa (1).

(1) Telegrama fechado en Miranda el 4 de Julio.

Se había ordenado á la artillería carlista de Santa Bárbara que no disparase á Puente la Reina, para ver si los liberales dejaban de hacerlo á Artazu; mas al ver que estos empezaban á desmontar algunas casas de las afueras de Puente, lo consideró Pérula intolerable, y previo el permiso de Mendiry, se produjo el cañoneo de una y otra parte.

Tratóse de sorprender un fuerte que se estaba construyendo en el Perdon, según las noticias que comunicó el barón de Sangarren, encomendándose tan delicada operación á Montoya, á quien Mendiry destinaba para la comandancia general de Alava, que aquel rehusó; se hizo irrealizable la sorpresa por saberse que estaban bien prevenidos los liberales, que hasta campanillas tenían en los alambres que rodeaban el fuerte; dispuso después Montoya cañonear á los que talaban los olivares de Oteiza, y al marchar Pérula con licencia al Cuartel Real se encargó el mando de la división á Montoya, aunque había otro brigadier más antiguo. Supo que algunas fuerzas liberales se dirigían de Lerin á Allo; las vió ya en el monte de este pueblo cerca de un corral; halló medio de colocar bien la artillería que guiaba el señor García Gutierrez, que tuvo el acierto de colocar la segunda granada entre la caballería enemiga, que retrocedió, y las demás fuerzas, á Lerin, siguiendo cañoneándolas los carlistas, aunque era mucha la distancia. Poco después, el 28 de Junio, se ordenó á Montoya trasladarse con las fuerzas que se le designaba al condado de Treviño.

Terminó Julio practicándose por el general Catalan un reconocimiento sobre Sesma,

á la vez que Córdoba se movía sobre el monte Baigorri, rompiéndose desde todos los fuertes de Esquinza, Oteiza y Puente la Reina un terrible cañoneo sobre Santa Bárbara de Oteiza, Villatuerta, Estella, Cirauqui, Mañeru, Santa Bárbara de Mañeru y Artazu, respondiendo así á las instrucciones comunicadas al ejército del Norte para que se hicieran sentir los efectos del mayor rigor de la guerra en territorio carlista. No les imponía este cañoneo, ni aún á Estella, sobre cuya ciudad pasaban algunos proyectiles arrojados por cañones de 16 centímetros de bronce rayados, desde el reducto de Cáceres, como el más avanzado de los tres del Esquinza (1), y hasta se atrevieron á atacar por dos veces el anterior reducto.

CANGES

LXXI

Prescindiendo de algunos canges parcia-

(1) La situación en línea recta de dicho reducto á Estella, excede de seis kilómetros, y siendo el mayor alcance calculado por el alza de la referida pieza 3.600 metros, había que darles grande derivación para conseguir, con detrimento de los montages, que los proyectiles cayeran en la ciudad ó sus inmediaciones; pero como ésta se halla situada al pié de los cerros que la dominan y resguardan del fuego que se haga desde Monte Esquinza, aunque las granadas pasaran tangentes á la cumbre de los referidas cerros, que es el caso más favorable, salvaban en el descenso de su trayectoria el casco de la población, é iban á chocar á la orilla derecha del Ega ó á los alrededores del santuario de la Virgen del Puig, situado más alto de la ciudad.

El fuego de los morteros, que es el que se emplea para batir obras ó posiciones que están á cubierto, no tenía allí aplicación, pues siendo el máximo alcance de los de 32 centímetros de 2.800 metros, las bombas no hubieran pasado de Villatuerta.

les que se efectuaron aún sin autorización del gobierno, como el verificado por el general Salamanca, siendo comandante general de Vizcaya, nos ocuparemos de los que fueron objeto de negociaciones.

Ya en Setiembre de 1874, á la vez que se inició la idea de proponer á los carlistas un convenio, se comisionó al presbítero don Gonzalo García Guerrero y al abogado don Ricardo Font de Mora (1) para tratar la cuestión de canges en general, con don Alfonso, que mandaba los carlistas del Centro, bajo las bases que se designaban, y conformes unos y otros en humanizar la guerra, se propusieron y aceptaron mutuamente algunas modificaciones á las bases, solicitando los carlistas antes de la realización de aquellas se les diera el número de prisioneros que se les adeudaba.

Llenado este preliminar, se envió generosamente á su casa al brigadier prisionero don José de la Iglesia y dos jefes más para que gestionaran su cange y para que las bases, aprobadas ya por don Carlos, fueran un hecho: sucedió en tanto el apresamiento de Lozano, y se escribió al señor Trelles que preguntara si es que toda negociación para

(1) Al saber este nombramiento don Luis de Trelles, que se titulaba *presidente de la comisión central* de abogados para la protección y defensa de presos y prisioneros carlistas, escribió desde Bayona, donde se hallaba medio desterrado, á Dorregaray, para que no se prescindiese de él en la cuestión de canges, y pidió al jefe carlista que no tratase directamente de canges sin su mediación. Consiguió á poco ir á Madrid, entabló negociaciones, recomendó se tratara mejor á los prisioneros de Castellón de Ampurias, y se interesó noblemente por el brigadier Antón.

cange se había roto y si pensaba el gobierno hacer con los prisioneros lo que le pareciera. Se extendía la comunicación en consideraciones sobre la imposible neutralidad de los ferrocarriles; decía que era conveniencia política para los carlistas no dar cuartel, y presentaba nuevas bases, que no podían menos de ofrecer dificultad, como la ofrecieron. Procuraba el señor Trelles calmar los ánimos de sus correligionarios, muy excitados con la muerte de Lozano; se pensó en dar á la guerra un carácter á que no se pres-
tó don Carlos; expidió Lizarraga terribles órdenes y bandos, y al fin se convinieron el 19 de Febrero las siguientes reglas, que sólo han sido publicadas en el *The Times* del 19 de Marzo de aquel año:

1.º Serán comprendidos en el cange todos los prisioneros que no tengan delito común, inconexos con el estado de guerra, según el uso de los pueblos civilizados.

2.º En el cange serán comprendidos los prisioneros carlistas que se hallen en la Península y en Ultramar, teniendo para estos en cuenta ambas partes las consideraciones de patriotismo que reclama el estado de guerra de la isla de Cuba y la necesidad de conservar á toda costa para España aquella preciosa joya de la antigua Monarquía.

3.º Se dividirá para las operaciones de cange, el territorio de España en tres zonas y líneas, á saber: la de las Provincias Vascongadas y Navarra, la de Cataluña, y la de Valencia y Aragón, pudiendo subdividirse esta última, si así lo acuerda el comisionado carlista y el capitán general respectivo de uno y otro distrito.

4.º Los prisioneros carlistas de Galicia, Asturias, Leon, Valladolid, Burgos, Palencia y los de los pueblos de Miranda de Ebro, Bilbao, Santander y demás de Navarra, y de las Provincias Vascongadas, serán conducidos por cuenta del gobierno al punto más inmediato posible al que se designe para cange por el general en jefe del ejército liberal del Norte ó por el gobierno de Madrid, de acuerdo en uno y otro caso con el comisionado car-

lista. Para el cange de Cataluña serán conducidos los prisioneros de la misma suerte á Barcelona ó al punto que designe el general en jefe ó el capitán general respectivo, de acuerdo con el comisionado carlista, llevándose allí todos los catalanes que haya en las cárceles y presidio de Zaragoza y en los pueblos de las cuatro provincias del antiguo principado. Para el cange de Valencia y Aragón se conducirán los prisioneros á Zaragoza ó Valencia, respectivamente, y como queda dicho, ó al punto señalado en los términos indicados, si no se subdivide esta línea, debiendo llevarse los de las islas Baleares á Valencia. Serán incluidos en el cange de las respectivas líneas y serán asimismo conducidos por cuenta del gobierno, al punto más próximo al del cange, aquellos carlistas prisioneros que, aunque se hallen en cualquier punto de España, designe el comisionado carlista ó que manifiesten ellos el deseo de ir á una u otra parte, siempre que la designación sea previa.

5.º El comisionado carlista, á su vez, se encarga de reunir en Estella, ó en el pueblo de los ocupados por carlistas que sea más próximo al designado para el cange, los prisioneros liberales que hayan de entregarse en el cange de Navarra y las Provincias Vascongadas, haciendo lo mismo en Olot, ó en el punto que se convenga, para Cataluña, y en el que se acuerde con los capitanes generales de Aragón y Valencia para el cange del Centro.

6.º Hechas estas operaciones preliminares, se procederá al cange en línea, conduciendo cada parte sus prisioneros al parage convenido, bajo la orden de una persona civil ó militar que se designe por los respectivos jefes de los ejércitos, con listas y recibos duplicados, uno para el E. M. respectivo y otro para enviar al ministro de la Guerra, y al comisionado carlista en su caso, quienes han de practicar en Madrid la liquidación oportuna.

7.º Los que vengan de Cuba se entregarán también en una de las líneas marcadas que designará el comisionado carlista, luego que le sea conocida la lista de los prisioneros.

8.º Para los casos dudosos procederá el común acuerdo, y en su caso al arbitraje de un tercero que se nombrará por ambas partes.

9.º Los heridos, sanitarios y capellanes que no lleven armas serán cangeados sin equivalencia.

10. Será base invariable para lo sucesivo, que no se tomará, respecto á los prisioneros por una ni otra parte,

resoluciones extremas, á título de excepción, sin previo acuerdo de la otra parte y arbitraje en su caso.

11. El cange se hará en justa é igual proporción del número de prisioneros que presente cada parte, y los excedentes seguirán en los mismos depósitos hasta nuevo cange; pero cuando preceda convenio sobre ello pueden hacerse canges á crédito ó entregas de prisioneros en una línea compensables en otras, si bien nunca se puede imponer esto por una á otra parte, y mucho menos por la que ha de resultar favorecida.

12. En cuanto á los oficiales, el cange se hará de grado á grado en todas las categorías, empleo, clases é institutos, según el rango respectivo de cada uno, si es posible, y si no para las equivalencias se tendrá presente la siguiente escala:

Por un alférez, dos voluntarios ó soldados.

Por un teniente, tres id. ó id.

Por un capitán, cuatro id. ó id.

Por un comandante, seis id. ó id.

Por un teniente coronel, siete id. ó id.

Por un coronel, ocho id. ó id.

Por un brigadier, diez id. ó id.

Por un mariscal de campo, doce id. ó id.

13. Los prisioneros que por cualquier circunstancia no pudiesen ser presentados en la línea el día señalado para el cange, hallándose, sin embargo, comprendidos en los convenios, serán incluidos en canges supletorios por acuerdo de ambas partes. Mediante el mismo pueden efectuarse otros canges, cuando haya lugar á ello, bajo las mismas bases y en cualquiera de las zonas ó líneas citadas en la regla 3.^a

14. Para el depósito de prisioneros se fijarán de común acuerdo puntos ó pueblos sin importancia militar, que serán respetados respectivamente como neutrales para el objeto de la mayor seguridad y comodidad de aquellos.

15. El paraje ó pueblo en que se verifique el cange se neutralizará para este solo fin, durante las operaciones que aquel motiva, volviendo después al estado que antes tenía.

16. Acordado en esta fecha un cange de prisioneros, para que han de servir las presentes reglas, servirán las mismas para los sucesivos, generales ó parciales, durante el tiempo de seis meses, entendiéndose prorogado de hecho este plazo si antes de terminar no manifiesta algo en contrario una de las partes.

17. El comisionado carlista para canges y para los

demás asuntos de la humanidad en la guerra, disfrutará de inmunidad personal, para todos los efectos de su encargo, y en su correspondencia, franqueándosele los documentos necesarios para hacerla efectiva en donde reside, y en los viajes que estime oportuno hacer para aquellos fines. Esta inmunidad es la que hace relación á la persona, alcanza accidentalmente á los delegados que nombre durante el desempeño de su comisión, de acuerdo con la otra parte. La misma inmunidad obtendrá á su vez la persona, no militar que para objetos análogos en el campo carlista se designe con la aquiescencia del aludido comisionado.

18. En virtud de lo establecido en la regla 9.^a, los hospitales y los individuos de la «Cruz Roja», asociación cuya residencia es en campo liberal, así como los hospitales y los individuos de la «Caridad», sociedad análoga que reside en el campo carlista, serán inmunes y respetados por ambos ejércitos, bajo condición de llevar las personas á que esta regla se refiere, el uniforme ó traje de su respectivo instituto.

19. La aceptación de esta propuesta, firmada por el señor subsecretario de la Guerra del gobierno de Madrid en los dos ejemplares que se hacen, uno para cada parte, implica la obligación recíproca de honor de quedar cerrado el convenio para todos los efectos debidos, y en su consecuencia se pasarán las órdenes oportunas por cada cual en su campo.

Madrid 9 de Febrero de 1875.—El comisionado general de canges de prisioneros carlistas, Luis de Trelles y Nogueroi.—Hay un sello que dice: «Comisión de defensa y amparo de presos y prisioneros carlistas».

Quedan aceptadas las anteriores reglas con las adiciones siguientes:

A. Por punto general serán preferidos en el cange los prisioneros más antiguos.

B. La designación de los depósitos de prisioneros de nuestro ejército será hecha, si la juzga conveniente el general en jefe, por esta autoridad, de acuerdo con la otra parte, y si dichos puntos no están actualmente fortificados, no podrán serlo mientras sirvan para aquel objeto.

C. El plazo de seis meses á que se refiere la regla 16 podrá reducirse en circunstancias especiales, á solicitud de una de las partes.

Madrid 18 de Febrero de 1875.—El subsecretario, Marcelo de Azcárraga.—Hay un sello que dice: «Ministerio de la Guerra».—Conforme: Luis de Trelles y Nogueroi.

—Hay un sello que dice: «Comisión de defensa y amparo de presos y prisioneros carlistas».—Es copia.—Jovellar».

Corrió Trelles al Centro con las anteriores bases, proponiendo—24 Febrero—en Mosqueruela á Dorregaray el cange, comprendiendo al coronel liberal don Federico Sancho; pero se hicieron algunas adiciones, intervinieron los generales Echagüe y Lassala, el primero como jefe del ejército del Centro, y el segundo como capitán general del distrito; se comisionó por cada campo para que acordaran las bases de un cange, siéndolo por el liberal el coronel de E. M. don Gregorio Gimenez, y por el carlista el teniente coronel don José Oriol; desearon intervenir algunos otros, que se resentieron por verse contrariados, y no dejaron de poner obstáculos al cange; se rechazó la gestión de Patero, y fijadas las bases convenidas, que eran las mismas manifestadas al señor Trelles, se extendió el acta que debían firmar los generales en jefe, fijándose el 18 de Abril para el cange en Cabanes con los prisioneros del Maestrazgo y Valencia, y el 25 en Castellote para los de Aragón. Nuevas dificultades por falta de formalidad en unos y por escasa prudencia en otros, aplazaron el cange para el 4 de Mayo, según convinieron los señores Oliver y Gimenez Palacios, y en ese día, fraternizando liberales y carlistas, como si no hubieran sido enemigos ni hubieran de continuar matándose, se efectuó el cange (1) en medio de la más entusiasta alegría

(1) Los carlistas entregaron un jefe, cinco oficiales y 163 individuos de tropa, recibiendo 41 entre jefes y ofi-

de cuantos le presenciaron, que fueron muchos los que de todas las poblaciones inmediatas acudieron, y no dejaron de quedar asombrados los liberales del aspecto de sus contrarios, á los que consideraban como había interés político en pintarles. Con las mismas formalidades verificóse el 17 del mismo mes el cange en Castellote, recibiendo los liberales 210 individuos, y entregando cuatro más por anteriormente recibidos.

En Marzo se había verificado en San Pedro (Cataluña) otro cange (1); habiendo convenido antes (2) Martínez de Campos y Tristany, debidamente autorizados, el respeto y auxilio de los heridos, que podían mandarse á los baños minerales, con un pase; se autorizaba el libre establecimiento de hospitales, y se prescribía el religioso pago de los gastos que ocasionaran los enfermos y heridos, quedando en libertad á su restablecimiento.

En el Norte concertó otro cange el presi-

ciales y 445 de tropa, siendo el mayor número por débitos anteriores.

(1) Entregaron los carlistas al general Novillas, 8 jefes, 13 capitanes, 22 tenientes, 24 alféreces y 263 individuos de tropa; quedándose á deber por parte de los liberales, un mariscal de campo, un coronel, 2 tenientes coroneles, 3 comandantes, 4 capitanes, 17 tenientes, 19 alféreces y 181 individuos de tropa.

(2) Convenio firmado en Suria el 13 de Febrero por don R. Tristany, y en Barcelona el 25 del mismo por don Arsenio Martínez de Campos.

Había sido activo negociador de este convenio y del cange, por encargo de Tristany, el abogado don Cosme Puig.

Don Carlos mandó en 13 de Abril que se cumpliera exactamente el cange acordado, y se entregara al brigadier señor Anton Moya, aunque no había otro de igual clase para cangearle, cuya orden llevó el señor Argila.

dente de la comisión de los mismos don José de Goicoechea, autorizado por el general Quesada: en excelentes relaciones el señor Goicoechea con Mendiry, fué fácil la inteligencia, acordándose las bases de que los prisioneros liberales que tenían los carlistas se presentarían al cange sin excepción, recibiendo los defensores de don Carlos los prisioneros llegados de Cuba, y exponiendo los carlistas á la consideración de sus contrarios, que tenían entregados, sin ninguna clase de compensación de 250 á 300 heridos, siendo cuarenta y tantos aspeados que dejó en el Baztan á su paso para Guipúzcoa el general Moriones, los cuales se entregaron en Irún, considerándoles como enfermos.

Teniendo los carlistas reconcentrados sus prisioneros y las listas confeccionadas, se señaló al fin el 16 de Junio. Un mes antes debía haberse celebrado, pero no admitió Mendiry la forma en que lo presentaron los señores Trelles y Goicoechea, por no defraudar las esperanzas concebidas por las familias de los prisioneros de Oroquieta, enviados á Cuba, y esperó la llegada de estos.

Verificóse en Viana y sitio denominado de Albarguería, con músicas, gran concurrencia y la debida solemnidad, el cange (1) que tanto bien hizo y del que tan satisfechos podían estar sus negociadores y los que les au-

(1) Por parte del ejército liberal se entregaron 3 comandantes, 7 capitanes, 10 tenientes, 17 alféreces y 587 voluntarios; total 634 hombres que arrojan un total de 707 unidades.

Se recibieron un teniente coronel, un comandante, 6 capitanes, 3 tenientes, 5 alféreces, un empleado civil y 669 individuos de tropa; total 686 hombres, que representan 726 unidades.

xiliaron (1). En Logroño se recibió á los cangeados con verdadera ovación, obsequiándoles el príncipe de Vergara, las corporaciones populares, la oficialidad de la guarnición y asociación de señoras.

Continuó el señor Goicoechea gestionando para nuevos canges; se efectuó en Julio uno pequeño; no ayudaron al señor Goicoechea los que antes lo habían hecho de parte de los carlistas; se presentó como un obstáculo el destierro de Madrid del señor Trelles, aunque esto se hacia por Gobernación, y por Guerra se le dió un salvo conducto (2); mostróse el señor Trelles, no sólo menos condescendiente, sino dispuesto «á no ceder á lo que no cederíamos si estuviésemos más pujantes y superiores de lo que estamos; pero esto debe venir á mí de Vds. como consigna; pues comprenderá V. mi situación viviendo en Madrid, y aún nos veremos antes (3);» y si había algunos carlistas que entorpecían el cange de sus correligionarios en el Norte, no faltaba quienes los facilitaban en Cataluña, efectuándose el 25 de Agosto entre Vich y Manlleu el cange de unos 450 prisioneros, en medio de un gentío inmenso (4).

(1) A los señores Goicoechea y comandante de E. M. señor Lluch, don Juan Gualberto Goya y el capitán don Felix del Castillo, y al señor Trelles, los señores Junquera y otros.

(2) «El ministerio de la Gobernación me destierra; el de la Guerra me da salvo conducto para ir á esa, y me indica, poco más ó menos, que no haga caso del destierro. Esto no lo entiendo.»

Carta autógrafa de don Luis de Trelles á don José Pérula.

(3) Carta del mismo fechada en Sartaguda el 29 de Agosto y dirigida también á don José Pérula.

(4) Escribió á este propósito Savalls á don Carlos: «A

La prisión del obispo de la Seo imposibilitó nuevos canges, si bien Savalls envió al general Martínez de Campos 106 prisioneros de los que estaban en Camprodon, escribiéndole el 14 de Setiembre una carta, no muy atenta, por lo que se hacía con el obispo y con algunos otros.

SECUESTROS Y DESTIERROS.—ACUSACIONES

LXXII

Cuando los canges verificados en el Centro y Norte parecían humanizar la guerra, las medidas de rigor que adoptó el gobierno contra los bienes y personas de los carlistas, empezaron á darla ese carácter de ferocidad peculiar comunmente de las luchas civiles, y que nos hacían retroceder más de un siglo, y si comparamos estas disposiciones con las de la misma naturaleza adoptadas en la guerra de sucesión, hallaríamos más humanitario el bando que disponía que las madres, esposas, hijas ó hermanas de los grandes que habían seguido al rey á Valladolid, salieran inmediatamente de la córte y pasasen á Toledo

pesar de ser neutral (el gentío) fué testigo de una imprudencia llevada á cabo por los cabreristas, la que hubiera podido traer fatales consecuencias á no ser la prudencia de que usaron vuestros súbditos; el caso fué que uno de los dichos cabreristas andaba por allí repartiendo proclamas en contra de nuestro real ejército; pero al llegar á efectuarlo en uno de vuestros voluntarios, se exasperó de tal modo éste, que hubiera muerto al expendedor á no ser la intervención de uno de vuestros oficiales; al momento se dió parte del hecho al jefe de E. M. enemigo, quien mandó al relatado expendedor le entregase todas las proclamas y saliese del campo neutral, siguiendo el acto hasta su terminación con la más completa tranquilidad.»

en el término de cuatro días: como el duque de Vendôme se quejara de tan inaudita tropelía, contestó el general del archiduque que aquella providencia había sido para que estuviesen más respetadas y seguras, y para librarlas de los desórdenes, excesos y desacatos á que solían entregarse los soldados como la plebe á la entrada de un ejército extranjero, y decretó después que las señoras que habían pasado á Toledo pudieran regresar á la córte ó á donde les agradase. Ya nos ocupamos también al escribir la guerra de los siete años, de la determinación heroica del señor marqués de Vallgornera, y no dice todo esto mucho en favor de las providencias en igual sentido y más fuertes tomadas por el primer gobierno de la restauración.

Como se ejecutaban las medidas de rigor, y llegaban á 13.000 los destierros acordados, y á cerca de 14.000 los embargos hechos, Estella y otras poblaciones carlistas se vieron invadidas y los lamentos de los emigrados llevaron á su campo la exasperación, Mendiry se vió en la necesidad de redactar dos bandos que sometió á don Carlos por el ministerio de la Guerra, aprobándose el que se publicó el 10 de Junio. El día antes, dió en Estella el que prohibía el paso de las líneas á las carnes, cereales, caldos y demás frutos del país, por haberse roto el convenio para la libre circulación acordada de personas y frutos, por haber exigido las partidas carlistas algunos derechos, y se restablecía la circulación pagando pases y derechos arancelarios. Complemento á este bando fué el del 16, por el que se embargaban los bienes de

los liberales que radicaban en el país dominado por los carlistas, pasando á ser propiedad de las provincias en que radicaban; y los que consistían en montes y plantíos se explotarían para el corte de maderas y elaboración de carbones, destinándose una parte á la indemnización de los perjuicios que sufriesen las familias carlistas por las medidas tomadas por el gobierno, y repartiéndose la otra entre los voluntarios que hubiesen servido con lealtad en el ejército; imponiéndose á los carlistas que por librarse de las contribuciones se hubieran liberalizado, el reintegro á los carlistas fieles del total de las cantidades que por aquel concepto se hubiesen pagado, los recargos, desperfectos y daños, y 30 reales por cada día que á causa de la imposibilidad de pago hubiesen estado presos.

Como si esto no fuera bastante, dispusieron otros (1) la expulsión del territorio ocupado por los carlistas de igual número de personas ó familias que el gobierno liberal expulsara, ocupándose bienes por el duplo del valor que se ocupara á los carlistas; considerándose á los administradores ó compradores de los bienes de estos como ladrones en cuadrilla y fusilados en cuanto fuesen aprehendidos, sin más tiempo que el necesario para prepararse á morir cristianamente, confiscándoseles además sus bienes: los funcionarios judiciales y cuantos auxiliasen al gobierno, eran considerados como cómplices de robo en cuadrilla, aplicándoseles la pena

(1) Los señores don Fernando Fernandez de Velasco, don Paulino María de Quijano y don Ramón de Estrada Rábago.

de 200 palos y confiscándoseles sus bienes; mandándose el cumplimiento de estas disposiciones á los jefes de las partidas volantes.

El 29 de Junio decretóse por Gobernación la entrega á los tribunales de justicia, como reos contra la propiedad, á los que adquiriesen por sí ó por tercera persona, autorizasen ó interviniesen en las ventas de bienes confiscados por los carlistas; se despatriaba á todas las familias que tuvieran á su jefe ó alguno de sus hijos en las filas enemigas (1), á los que habiendo pertenecido á comités ó juntas carlistas no se presentasen en el término de 15 días; se establecían rehenes por las prisiones que efectuaran los carlistas, y se destinaban los productos y rentas de los bienes embargados y que se embargaran en virtud del decreto de 18 de Julio de 1874, á indemnizar los daños causados en la localidad ó en la provincia que radicasen, y á cubrir otras atenciones.

Mandóse el inmediato cumplimiento de estas disposiciones, y queriendo el general Quesada hacer sentir el peso de la guerra á todos los que con armas ó sin ellas la sostenían, contestando á lo ordenado por Mendirry, publicó en Vitoria el 12 de Julio el bando que prescribía el exacto cumplimiento del decreto de 29 de Junio; confirmaba las medidas que respecto á bloqueo del país carlista dictó en 24 de Mayo, y ordenó la recolección de las cosechas del país enemigo, es-

(1) «Se nos ocurre que á virtud del decreto de 29 de Junio don Alfonso debía ser expulsado de Madrid por tener parientes en las filas carlistas, y la infanta doña Isabel, cuñada de S. A. el conde de Caserta también debía ya estar entre nosotros por el mismo motivo.»

El Cuartel Real.

tuviesen ó no almacenadas; y si no hubiese medios de trasportarlas, se destruyeran tallando ó quemando sin consideración alguna, para disminuir así los recursos de los carlistas, no autorizando esto á apropiarse nada el soldado, ni á destruir ó quemar casas ni sus mobiliarios, castigándose con todo rigor cualquier exceso.

Pocos días después, la diputación carlista de Navarra publicó una alocución increpando la conducta del gobierno liberal y diciendo á sus correligionarios que no temieran ni se impacientaran; «la diputación vela por vosotros; que vengan familias desterradas, y todas vivirán y vivirán cómodamente con sus hermanos; porque á la diputación le sobran medios para allegar recursos sin gravar al pueblo, y mantener á cuantas familias vengan por muchas que sean. Navarra no acudirá á los medios salvajes de que echan mano los hombres de la moderna civilización, medios que reprueba la religión que profesamos, el derecho de gentes, y hasta el sentido común; cuenta la diputación con medios nobles y dignos para atender de una manera eficaz á las especiales necesidades que el enemigo nos crea, y pronto se verán una série de enérgicas medidas cuya conveniencia y resultados se han estudiado detenidamente. Confiad en vuestra primera autoridad, que se ocupa sin cesar en buscar aquello que sea más saludable, lo que adune todas las voluntades y satisfaga los varios aspectos que tiene esta cuestión de especial carácter para el reino (1)».

(1) Estella 24 de Junio de 1875.—Gonzalo Fernandez.—Sebastian Urra.—Nicasio Zabalza.—Pablo Jurrieta.

El diputado carlista de Alava señor Mendieta ordenó la buena acogida de los desterrados y su sostenimiento á costa de los liberales; y temiéndose en Bilbao el cumplimiento de los secuestros, por perjudicar más á los liberales que á los carlistas, hubo alguna lenidad, no por todos bien considerada.

La guerra prometía llevarse con todo su feroz salvajismo; pero otros sucesos, aunque con ella relacionados, preocupaban á los carlistas. Habíase dicho á don Carlos que Mendiry estaba en tratos con los liberales para entregarse con ocho batallones de la división Navarra; se hizo ir precipitadamente á Estella don Pablo Díaz del Río, ministro de Gracia y Justicia para averiguar la verdad: manifestó su misión en Abarzuza á Mendiry, contestóle éste: «Hasta ahora he podido vencer las dificultades del mando, que en nuestro ejército no son pocas, porque contaba con la confianza de S. M. Hoy que la he perdido me será imposible continuar en él, porque me considero sin fuerzas para su desempeño. Lo que me acabas de manifestar es una infame calumnia inventada por mis cobardes enemigos». Enteróle de las maquinaciones que se ponían en juego para arrebatárle el mando, y las sospechas del origen de la calumnia, y como si esto no bastara á exasperarle, presentósele en la mañana siguiente en Muez un sacerdote á quien Mendiry estimaba por sus servicios, y por ser persona de instrucción y finos modales, y encerrados en una habitación aislada, sacó un Santo Cristo de metal y le dijo: «Mi general, jure V. poniendo la mano de-

recha sobre la efigie de este Santo Cristo, que ha de guardar el secreto de cuanto le voy á decir, pues en ello está interesado el bien de la causa». Si es así, le contestó, lo juro. Entonces le manifestó que bajo el secreto de la confesión le habían declarado lo mismo que se había dicho á don Carlos, con algunos más detalles. Faltóle á Mendiry lanecesaria prudencia: sublevado su espíritu ante la insistencia de semejante calumnia, ofendióle que de tal manera se desconociesen sus antecedentes y compromisos carlistas, no se respetasen sus canas y tan en poco se tuviesen sus cicatrices y servicios; pensó en prender al sacerdote, y creyó más conveniente exigirle la presentación en Estella del calumniador. Participó á don Carlos cuanto le sucedía; pero aun tenía que añadirle que otro se le presentó á denunciarle una conjuración militar que contra él se tramaba, designando á un general, un brigadier y jefes de brigadas y de batallón, paisanos de Puente y valle de Ilzarbe, dándole cuenta de las tres reuniones celebradas en Guirguillano conviniendo en asesinarle, si por los medios que se ponían en juego no conseguían quitarle el mando; manifestándole además el general al que se acusaba de estar á la cabeza de la conjura, que prometía, obteniendo el mando, arrojar en ocho días al enemigo de todas sus posiciones de Esquinza y valle de Ilzarbe.

Intimamente convencido Mendiry de lo que contra él se tramaba, á lo que no eran ajenos oficiales de malos antecedentes, efectuó algunos cambios de mandos, y de residencia, y al poner en conocimiento de don

Carlos lo que sucedía, pedía se castigara ejemplarmente á los conspiradores. Pérula solicitó entonces un mes de licencia para restablecer su salud, y Mendiry le escribió atento para que permaneciera en su puesto, aunque era de quien más desconfiaba, y le rogaba hiciera como él el sacrificio de seguir en el mando que tenía.

El movimiento de las fuerzas liberales hizo á Mendiry trasladarse á Alava, llegando á Subijana en la madrugada del 25; pero como el enemigo le había precedido en ferrocarril, era dueño de la sierra de Tuyó; diciendo el jefe carlista que si hubiera conocido el país habría hecho fortificar aquella interesante posición, enseñoreándose así de las Conchas. Vióse, pues, obligado á establecer su línea desde Subijana á Nanclares, como á media legua de distancia de dicha sierra; línea que consideraba el mismo Mendiry indefendible, «porque los batallones tienen que obrar con entera independencia en el punto donde se les coloque, por la dificultad de las comunicaciones á causa de ser un peñasco toda la montaña á cuyo pié está la línea, con una carretera en toda su extensión que es donde precisamente tiene que ser lo más recio del combate; la montaña á la espalda tiene muy pocos caminos y cuasi inaccesibles, sin una trinchera, por la imposibilidad de abrirlas en la roca. Yo no hubiera elegido estas posiciones para dar una batalla, por la imposibilidad de dar un desarrollo conveniente á nuestras fuerzas; pero de dejarlas y retirarme á las de Villarreal y Arlaban, tengo completa seguridad de que el enemigo se hubiera contentado con llevar el

convoy á Vitoria y fortificar, como en Navarra, los puntos más estratégicos en dirección á Miranda, para tener abiertas sus comunicaciones; con todo, si nuestras posiciones tuvieran un camino para traer nuestra artillería gruesa, colocando en una altura sobre el cementerio de Nanclares cuatro piezas gruesas del sistema Whitworth, cambiaría de aspecto por la imposibilidad de pasar la Concha su artillería y caballería (1)».

Trasladado á Alava el teatro de las operaciones, allí hacían falta las fuerzas, esperando Mendiry que si llegaban á tiempo podría defenderse con algún éxito; de ningún modo si no contaba más que con cinco batallones y medio de Alava, el tercero de Castilla, la segunda batería de montaña y un escuadron del Cid; y sin embargo, oponíase la diputación de Navarra á que se sacaran fuerzas de aquel país (2). Trabajóse en las obras de defensa en las dos líneas de Subijana á Nanclares y valle de Treviño; pidió á don Carlos hubiera más energía y se respondiera al plan de guerra de exterminio que se hacía, prendiendo á todos los liberales de marcada significación, haciéndoles trabajar en las trincheras y fortificaciones,

(1) Carta de Mendiry escrita en Mendoza el 27 de Junio, y dirigida á don Rafael Triatany para que diera cuenta de ella á don Carlos.

(2) «Acaba de saber esta diputación la grave noticia de la salida de cuatro batallones de este reino en dirección á Alava. Pudiera con esa medida quedar el país expuesto á una invasión de graves consecuencias que á todo trance debiera evitarse. La importancia de Navarra en la actual lucha obliga á esta diputación á llamar la atención de S. M. sobre este punto».

Telegrama dirigido al jefe del cuarto militar de don Carlos.

lo cual, decía, sostendría á gran altura la opinión y entusiasmo de los voluntarios; escribió también al ministro de la Guerra, quejándose de que no se cumplían sus bandos del 15 y 16 de Junio; que á los liberales que á virtud de ellos había prendido el comandante general de Vizcaya los habían puesto en libertad por el corregidor, barrenándose así el principio de autoridad, y pedía el respeto de ésta y la energía necesaria; pero recibió una contestación incalificable, y se separó del mando del señorío á Hermæche, desterrándole después á Navarra. Don Carlos no quería, como se le propuso en telegrama que tenemos á la vista, se apresara en un día dado á los liberales (se los llamaba federales) de dentro y fuera del país de su dominio, como el mejor medio de satisfacer la opinión pública y sostener los voluntarios; y no fué esta ocasión la sola en que se opuso á medidas enérgicas.

Mendiry podía comprender ya que su poder estaba minado; mas atento al interés de la causa que defendía lealmente, confiaba en sus actos y su honrada conciencia.

RELIEVA PÉRULA Á MENDIRY—SAN FORMERIO—
ACCIÓN DE ZUMELZU Ó DE TREVIÑO

LXXIII

Era el plan de Mendiry en Alava encomendar á Mogrovejo con cinco batallones de la división castellana, la línea de Subijana á Nanclares, y él, con los seis de la división alavesa trasladarse á Treviño para defender aquella línea, en la que estaban ya los cuatro batallones que llevara Montoya y el de

Rioja, «con la seguridad dice el mismo Mendiry, de que el enemigo para operar su paso á Vitoria hubiera tenido que reconcentrar mayores fuerzas que las que tenía, y aún así no hubiera verificado el paso sin experimentar grandes pérdidas».

Poniéndose estaban las órdenes para emprender los movimientos, cuando entregaron á Mendiry el periódico carlista con los decretos de su reemplazo por Pérula, á quien se nombraba jefe de E. M. G., por tomar don Carlos el mando directo y personal del ejército del Norte, confiriendo á Mendiry la dirección general de infantería, y destinando al E. M. G., como facultativos, al jefe de ingenieros don Alejandro Argüelles y Riva y al de artillería don José María Pérez de Guzmán y Herrera.

Asombrado Mendiry, dejó en suspenso las órdenes, le impresionó grandemente la manera inusitada de despedirle, considerándose acreedor á mayores consideraciones (1); en-

(1) No fué culpa de don Carlos, quien el mismo día 1.º de Julio que firmó el decreto escribió esta carta: »Mi querido Mendiry: Te he dado un sucesor en el mando del ejército del Norte, y espero que ni tu reputación, ni tu nombre quedarán ofendidos, porque tu sucesor soy yo.

»Sin embargo, como aprecio demasiado tus cualidades para dejarlas sin digno empleo, he dispuesto que pases á desempeñar el cargo de director general de infantería.

»Tus especiales conocimientos de organización militar, tu laboriosidad y recto criterio, se dejarán pronto sentir benéficamente en el arma, llegando mi ejército de esta manera á lo que yo deseo que sea y á lo que debe ser; modelo de organización y disciplina, como lo es hace mucho tiempo, de valor, lealtad y entusiasmo.

»Así seremos invencibles y yo podré cumplir la misión que me he impuesto; salvar á España venciendo la revolución.

»Que Dios te guarde como lo desea tu afectísimo Carlos.»

TOMO III

tregó el mando el 5 al nuevo jefe, presentóse á don Carlos y comenzó á desempeñar su cargo con el celo que en todos sus actos ha mostrado siempre.

En cuanto supo Pérula su nombramiento, dió en Guernica el 3 de Julio, esta orden general:—«Voluntarios: Todos me conoceis. Al aceptar ahora el difícil cargo con que S. M. el rey N. S. me ha honrado, no puedo menos de ver la inmensa responsabilidad que sobre mí pesa. Me pongo bajo la protección de Dios. Con vuestro valor venceremos al enemigo.» Y corrió á encargarse del mando de las fuerzas que había en Alava para impedir el paso de los liberales á Vitoria.

El jefe carlista señor Montoya estaba estableciendo su línea, cuando al saber que los liberales habían subido á la ermita de San Formerio y desde ella hacían algunos disparos sobre las posiciones del tercero de Navarra, ordenó la ocupación de aquel punto al coronel don Joaquín Orlandi y al jefe de la partida alavesa, dándoles detalladas instrucciones; quedó en poder de los carlistas, y al participarlo á su general en jefe, le advertía que era difícil conservar la posición si no se reforzaba la línea para poder situar un batallón en el alto que era necesario fortificar, y otro de reserva en punto conveniente, porque la retirada de San Formerio era expuesta, y grave su ocupación por los liberales, pues sobre servirles de apoyo molestarían mucho á los carlistas. Impaciente Montoya, no se limitó á ceficiar, si no que envió á don Joaquín Sacanell á exponer verbalmente lo que había escrito, y que procuraría la conservación de aquel punto; pero el día 5 se le dijo

que no insistiera en San Formerio, ó no hiciera más que una demostración de fuerza sin ulteriores resultados; se le negaron los refuerzos que pedía, se le ofreció entregar la comunicación de Montoya al nuevo jefe Pérula, y Sacanell volvió con la órden de marchar para Villodas con dos batallones navarros, tercero y sexto, y entregar el mando de la línea al jefe inmediato, don José Ferron, que se hallaba en Peñacerrada: expidió Montoya en el acto las órdenes, marchó á Villodas, y de aquí, como se le previno, á Subijana.

El coronel liberal señor Nogués, que se había adelantado solo el 5 á Armiñon para que no detuvieran á su regimiento, en cuyo pueblo estaba el de Asturias, no halló muy tranquilos los ánimos: se le pidieron refuerzos para guardar la carretera, y se le anunció se preparase á ser rudamente atacado por fuerzas muy superiores, sin esperar socorro en caso de apuro; pues al coronel de aquel regimiento le habían rechazado aquella mañana de la inexpugnable ermita de San Formerio.

Hállase ésta en la cima de uno de los montes más elevados de Alava; la artillaron los franceses en la guerra de la Independencia para sujetar el país; su acceso es casi imposible á no verificarlo por Estavilla, cuyo pueblo domina, y sabiendo Nogués que la ocupaba alguna fuerza carlista de la partida de don Marcos Rodriguez, se propuso tomarla: solicitó y obtuvo permiso; mandó al teniente coronel Garate con dos compañías por la izquierda, ocultándose en el bosque, y él con otras dos subió en hilera de á uno por la

cornisa que forma la colina, muy ajeno de que le observasen desde las torres de Miranda de Ebro y desde la Puebla de Arganzon. Contemplábanle los carlistas admirados, esperando se aproximase más para despeñarle, y cuando más descuidados se encontraban, creyendo cometía su enemigo una gran locura, les atacó Garate por la espalda, y sorprendidos abandonaron la ermita sin resistencia ni pérdida de una y otra parte (1). Esta conquista facilitaba indudablemente los proyectos que tenía el general en jefe, y era una contrariedad para los carlistas, como previsoriamente anunció Montoya. Este, al que dejamos en Subijana, á donde había llegado cerca de las cuatro del 6, marchó á las doce horas á Treviño.

El general Quesada que había decidido ir á Vitoria por el condado de Treviño, ordenó desde Miranda al general Loma el 6, dejara cubierto y asegurado el puente y molino de Manzanos, y con todas las demás fuerzas á sus órdenes marchara directamente á las seis de la mañana por el punto que considerase más conveniente sobre Treviño, empleando dos batallones para el ataque y los seis restantes en reserva; advirtiéndole, que el general Tello se hallaba en la Puebla formando la extrema izquierda, ocuparía las Conchas de la derecha, protegiendo el movimiento; el brigadier Pino, dejando á su izquierda San Formerio marcharía también sobre Treviño, y el brigadier Alarcón si-

(1) Este hecho tan venturoso lo atribuyó también la *Gaceta* á fuerzas que en él no tomaron parte, pues sólo fueron las del batallon de Leon.

tuaría en San Formerio su batería para proteger la marcha de la brigada Pino. Al general Tello se le previno ocupar la concha de la derecha, dejando en posiciones la menor fuerza posible, y faldeando con toda la disponible las estribaciones de la sierra á ella unida, contribuir al movimiento de las brigadas Pino y Alarcón, á quienes se comunicaron también las órdenes convenientes.

Los carlistas habían reconcentrado sus fuerzas á la derecha del río Zadorra, distribuyéndolas en las fuertes posiciones del desfiladero de Techo y en los pueblos de Subijana, Montevite y Nanclares, que además de su fuerte posición natural, situados á media ladera en una cordillera cubierta de espeso bosque, les defendía el Zadorra. Habían inutilizado la carretera entre la Puebla y Vitoria, y á las dificultades que esto habría ocasionado para la marcha de la artillería é impedimenta liberal bajo el fuego que por el flanco izquierdo le habría sido preciso sufrir, había que agregar la difícilísima operación de pasar el Zadorra, también bajo el fuego, y atacar de frente posiciones fuertísimas.

No podía pensarse en seguir la carretera, y así lo comprendió al momento el general en jefe cuando intentó antes marchar á Vitoria sin el concurso del general Loma, por no desguarnecer la izquierda; pero no se podía prescindir de aquellas fuerzas, y hábilmente se desembocaron al amanecer del 7 de Julio en el condado de Treviño 25 batallones, siete escuadrones, seis baterías y tres compañías de ingenieros. La concentración de estas tropas y su despliegue en el campo de batalla se verificaron con rapidez y precisión

geométrica, y entre siete y ocho de la mañana habían entrado en línea y ocupado sus respectivos puestos de combate todas las fuerzas del general Quesada, cuyo plan, bien concebido, consistía en hacer un cambio de frente, sirviendo de eje la izquierda, avanzar el ala derecha, atravesar los montes de Vitoria y caer sobre esta ciudad.

El general Tello, en la extrema izquierda, ocupaba los montes de Zumelzu con cinco batallones, dos cortos escuadrones, una batería montada, una sección de montaña y una compañía de ingenieros; á la derecha de Tello, á cinco kilómetros de distancia, se situó el general Loma ocupando el pueblo de Añas-tro con ocho batallones, un escuadrón y una batería; el brigadier Pino de Muergas con cuatro batallones, tres escuadrones y una batería, y el de igual clase, Arnaiz con tres batallones á las inmediatas órdenes del general en jefe, entre Loma y Pino.

Los carlistas, unos 20 batallones con seis escuadrones y cinco baterías formaban una extensa línea, cuya derecha se apoyaba en los montes de Zumelzu y la izquierda en Mijancas, con baterías y trincheras en algunos puntos.

Así unos y otros comenzó Pino el ataque en la extrema derecha; se emplazaron las baterías de montaña, el regimiento de Castilla, avanzando, vadeó el río Ayuda, siempre peleando bien; lanzó Pino oportunamente á la carga los húsares de Pavía; Barbastro y Ciudad-Rodrigo, que habían quedado de reserva, marcharon á envolver al enemigo haciéndole retirarse, y Pino cumplió admirablemente su misión á costa de unas 28 bajas y 16 contusos.

Loma, que había partido de Manzanos, se detuvo en Añastro, concentrando sus fuerzas al frente del enemigo, coronando las trincheras inmediatas y las baterías de los altos de Basaldia, y ejecutado por Pino el ataque de flanco, empezó el suyo favorablemente; adelantó las escoltas de Albuera y Talavera, ocupándose poco después las posiciones de Arrieta, Doroño y Meaza, por un movimiento decisivo de la brigada Prendergast, dirigiéndose Quesada en tanto á Treviño, donde entró á la una de la tarde, encontrándose con buen número de raciones de pan y pienso preparadas para los carlistas. Las pérdidas de las tropas de Loma fueron un soldado muerto, dos oficiales y 19 soldados heridos; la brigada Arnaiz, afecta al Cuartel general, con el que entró en Treviño, no sufrió bajas, y la brigada Alarcón, que seguía á retaguardia el movimiento general de avance, sostuvo un pequeño tiroteo que le causó un soldado muerto, un oficial y ocho soldados heridos.

Mientras que en la derecha y centro se peleaba y avanzaba, en la izquierda de la línea se verificaba un combate sangriento. Dejando Tello fuerzas en las Conchas derecha é izquierda y en la Puebla, avanzó con los tres batallones que le quedaban, dos cortos escuadrones, una compañía de ingenieros y una sección de artillería de montaña. Tratábase de una línea de 35 kilómetros; y como el mismo general en jefe dijo en su parte, «confiaba en que el general Tello sostendría la importante posición que ocupaba, si bien con escasas fuerzas, al extremo de la cordillera.» No fueron seguramente vanas

sus esperanzas; correspondieron en efecto á aquellas tropas los honores de la jornada, y merecieron, y su general, las alabanzas que les dispensó el que lo era en jefe. Avanzaron por aquel terreno fragoso y cubierto de monte bajo; opusieronse los carlistas, estableciéndose en las formidables posiciones de Gomecha, sufriendo valerosamente el fuego de la artillería liberal; pidió Tello refuerzos al general Loma; pero se hallaba éste á cinco kilómetros; se hizo crítica su situación, y no vaciló en atacar resueltamente para obtener las ventajas tácticas de la ofensiva, localizar en Zumelzu lo más rudo de la pelea, y dar tiempo y desembarazar al general en jefe para continuar el movimiento de avance el resto del ejército. La bravura de las tropas secundó eficazmente la feliz inspiración del general y adquirió la lucha un carácter de desesperado encarnizamiento cuando los carlistas iniciaron un vigoroso ataque de frente, llegando las guerrillas á mezclarse y embestirse á bayonetazos. Logroño y Soria no cedían; éste último batallón había agotado sus municiones; era imposible relevarla en aquellos momentos; la línea de combate empezaba á ceder el terreno cubierto de muertos y heridos (1); y en tan terrible trance, el general Tello envió á su ayudante Palacio por la caballería, y cuando ésta llegó, ordenó personalmente al coronel Contreras cargar al enemigo. Este fué el instante decisivo del combate. Puesto Contreras á la cabeza de

(1) El comandante de Soria, don Policarpo Gutiérrez, á pesar de haber recibido dos balazos, permaneció en su puesto hasta el fin del combate.

98 ginetes, cargó á fondo, arrollando y acuchillando las guerrillas enemigas y sus reservas, y sembrando el campo de cadáveres.

Se municionaba en el interin Soria; reemplazábanle en la línea cuatro compañías de la Habana y el resto del batallón de Logroño; no quedaba á Tello ni un hombre de reserva; hacen los carlistas el último esfuerzo, recrudécese el combate, se cruzan las bayonetas, llegan en este momento los batallones de Alcolea y reserva número 23 enviados por Loma; amenazan el flanco izquierdo del enemigo, vacila éste, y acaba por retirarse perseguido, quedando Tello después de cinco horas de combate dueño del campo, aunque á costa de sensibles pérdidas (1) que demostraban el encarnizamiento de la pelea. Con razón telegrafió Quesada que el combate sostenido á la izquierda por el general Tello, fué de los más encarnizadas de esta campaña.

Pérula obró activo; pero los sucesos se precipitaban. Muy de mañana regresó el 7 á Villodas con el cuarto de Alava, que no se pudo concluir de municionar, porque los cajones de cartuchos que á Subijana mandó la diputación alavesa, tenían las cápsulas sin fulminante; y mientras Montoya marchaba á Treviño por Zumelzu, aquel salió de Villodas con seis batallones, dos baterías de montaña y dos escuadrones, cuyas fuerzas no se racionaron por completo: antes de llegar á

(1) Ascendieron á dos oficiales muertos en el acto, un jefe de resulta de sus heridas y 27 de tropa, y horidos un jefe, 21 oficiales y 212 individuos; contusos, tres oficiales y nueve de tropa, y 11 caballos muertos y 24 heridos.

Zumelzu, corrió por el barranco y subida al Puerto, vió en dispersión algunos soldados aragoneses, por los que supo que dos compañías se habían batido con fuerza superior liberal, hasta que consumieron el último cartucho, experimentando grande pérdida; y viendo Pérula avanzar á su enemigo, lo cual hacía muy crítica la situación del carlista, mandó también avanzar á su columna que empezaba á subir por el barranco del Puerto, y á Montoya que contramarchase rápidamente; y dicen los apuntes que del mismo Pérula tenemos: «Ignore la causa de no avanzar la fuerza enemiga, porque de lo contrario hubiera sido destrozada en el barranco de Zumelzu mi columna (1)».

(1) El señor Montoya, después de referir cuanto hizo hasta que los liberales vadearon el río Ayuda, en el parte que le pidieron y repugnaba dar, hasta que al fin lo redactó en Maestu y después no se le admitieron, copia las siguientes líneas que le pasó Ferrón: «Figúrese V. S. los momentos de ansiedad terrible que pasaría: el enemigo, reforzado á cada momento, empezaba á subir la montaña, y V. S. no llegaba, y yo, como sabe V. S., no tenía ni un soldado de reserva de que disponer para auxiliar aquellas compañías que tan bizarramente se batían, ni podía cambiar fuerza alguna de las posiciones que ocupaban sin ser inmediatamente envuelto. Pasó una hora en tan angustiosa situación, y al llegar el enemigo á la mitad de la distancia para tomar los parapetos de Ozana, comprendí que no podía esperar ni un minuto más sin ser completamente envuelto y perder las piezas, y di orden al teniente coronel de Clavijo, señor Rovira, quemandaba las compañías de Ozana, que resistiera hasta morir para salvar el resto de la fuerza; al señor coronel marqués de las Hormazas, que de las cuatro compañías de Aráico, una quedase en la altura que hay á la izquierda de Treviño para contener á la caballería mientras se salvaban las piezas, y las otras tres se dirigieran de montaña en montaña á la parte de Moraza, y las cuatro de Busto y Cucho tomaran hacia la parte de los puertos; al comandante segundo jefe de Clavijo que defendiese la

Fueron llegando algunas fuerzas, no muchas, varias, sin orden de formación y rendidos los soldados, subiendo el Puerto y entrando en fuego en el acto, con tal empuje, que hicieron retroceder á los liberales; cargó entonces la caballería de éstos, y en aquellos momentos de avanzar y retroceder, pudieron coronar el Puerto los batallones de Navarra conteniendo á sus enemigos, habiendo sabido también el cuarto de Alava, al que no se pudo hacer entrar en faego, ni salir de los peñascos que ocupó, ni á fuerza de palos.

Subían el barranco del Puerto las fuerzas de Pérula, cuando éste se apercibió de las liberales que avanzaban por su izquierda; y ordenó al resto de la columna que por detrás del Alto del Cuervo se dirigiese á la carretera del Puerto alto de Vitoria, disponiendo también que don Carlos Calderon ocupase dicho alto del Cuervo y otro inmediato á éste, y al coronel Junquera se sostuviese con dos batallones en la meseta del Puerto de Zumelzu hasta que toda la fuerza rebasara el alto del Cuervo, emprendiéndose la retirada, que ayudó á sostener Montoya, quien al llegar al Puerto alto de Vitoria, cuando se retiraba

sierra de Tovera, y yo hice á las piezas que me precedieran y bajé á Treviño, donde encontré á V. S. á las once y media, y seguí con ellas hasta dejarlas á salvo en las ventas de Armentia. Rovira y sus tres compañías cumplieron como buenos soldados la orden dada, pues estaban ya á mucha distancia y aún se batían y contenían al enemigo. No sabría como expresar á V. S. el bravo comportamiento de este jefe y su gente..... que ha resistido por más de dos horas todo el empuje del enemigo, ayudado solamente por dos compañías del quinto de Navarra, colocadas á su derecha y defendidos los parapetos hasta cuerpo á cuerpo, perdiendo un tercio de su gente y abriéndose paso, por último, al arma blanca.»

Pérula, no podía hacer más que protegerla.

Reunidas todas las fuerzas de noche en lo carretera del Puerto alto de Vitoria, marchó Pérula guiado por la luz de los relámpagos de la tempestad que hubo á pernoctar á Azaceta, y el 8 á Maestu, en cuyo día felicitó á sus soldados por la jornada anterior (1). También lo hizo el mismo día en Vitoria el general Quesada (2), después de haber felicitado verbalmente á la caballería, que «con su arrojo arrancó la victoria que tenazmente disputaban solo tres de nuestros batallones

(1) Voluntarios: El hecho de armas que habeis llevado á cabo en el día de ayer, es de los más gloriosos que registra nuestra campaña.

Nueve batallones se han batido contra más de treinta mil hombres al mando de Quesada y Loma, sin que todos sus esfuerzos con las armas pudiesen bastar á arrancarnos el Puerto de Zumelzu, tomado á la bayoneta; con cuyo arrojo evitamos ser envueltos por las masas considerables de Quesada en el flanco izquierdo entre Treviño y carretera de Peñacerrada á Vitoria.

Replegados sin que el enemigo osará molestarnos, conservando el terreno conquistado, después de causarles numerosas bajas, nos retiramos tranquilamente.

Las grandes masas enemigas, horrosos temporales, ni fatigas, pueden con vosotros.

Voluntarios; ¡Viva el rey! Pronto volveremos á combatir de nuevo al enemigo.

Vuestro general jefe de E. M. G., José Pérula.

Campo del honor 8 de Julio de 1875.

(2) Adición á la orden general del día 8 de Julio de 1875 en Vitoria.—Soldados: Vuestros sufrimientos ayer en diez y nueve horas de marcha y combates, maniobrando con el orden y aplomo de un campo de instrucción, el valor y tesón de que disteis repetidas pruebas especialmente los que en la extrema izquierda luchásteis cinco horas contra duplicadas fuerzas del enemigo, ventajosamente establecidas, han confirmado la alta idea que tenía de vuestras condiciones militares, haciéndome ver que puedo y debo confiar en vosotros.

Habiendo presenciado todo, no he escaseado mereci-

de infantería;» no debiendo omitirse la alocución del coronel Contreras (1).

Sobre 800 bajas experimentaron ambos combatientes entre muertos y heridos.

Si cuando los carlistas se retiraban hubiera salido á su encuentro la guarnición de Vitoria, el desastre fuera completo: Quesada había oficiado el 2 de Julio: «Si algún día

dos elogios, imponiéndome en el deber de recomendar á S. M. y á su Gobierno á los que en la batalla de Treviño se han hecho dignos de recompensa.

Os da entretanto las gracias vuestro general en jefe, Genaro de Quesada.

(1) «Regimiento de caballería del Rey.—Primero de Lanceros.—Orden del cuerpo de 8 de Julio de 1875, dada en la Puebla de Arganzon.

»En el día de ayer, el regimiento ha añadido una página más á su brillante historia. Noventa y ocho caballos de los escuadrones segundo y cuarto cargaron á las masas enemigas por las crestas de las montañas compuestas de siete batallones, que arrollaban nuestra escasa infantería.

«Este corto número de valientes restableció el equilibrio de la lucha, sembrando el campo de cadáveres y permitiendo que á su abrigo se rehiciera la infantería. Continuando á vuestro frente dimos repetidas cargas, sin que hiciera desmayar vuestro valor, ni la lluvia del plomo enemigo, ni la punta de sus bayonetas.

«Señores oficiales y soldados, estoy contento de todos, y nuestra mayor satisfacción es la pública notoriedad.

«Hechos como éste se compran á mucha costa. El capitán del cuarto escuadron, don Enrique Torres muerto en el campo de batalla, los soldados Antolin Ruiz y Martín Ignacel, muertos de la misma manera, 18 heridos, 10 caballos muertos, incluso el mío, y 26 heridos, que hacen total de 53 bajas, son la deuda con que el regimiento ha pagado su honor.

«En el campo de batalla, serenos y valientes; en el silencio de nuestras casas, encomendemos á Dios á nuestros compañeros, que los habrá acogido en su seno y colocado en el lugar de los valientes.—El coronel, *Contreras*».

estas tropas se aproximan á esa plaza, conviene que haga salida su guarnición con carros vacíos para tomar carga, etc., etc.» Se acusó recibo y quedaron tranquilamente en la ciudad dos batallones de provinciales, dos escuadrones cortos, una batería montada, tres compañías de ingenieros, artillería y guardia civil, y un batallón de voluntarios y miñones. Menos de la mitad de esta fuerza bastaba para hacer frente á los carlistas, que no se retiraban ordenadamente (1).

A las seis de la tarde entraba Quesada en Vitoria, y las últimas fuerzas á las diez de la noche, sin que su marcha, en medio de una gran tormenta, fuera molestada apenas, pudiendo haberlo sido mucho á quedar los carlistas en otra situación más ordenada. Estos, sin embargo, consideraron como un triunfo el resultado obtenido en el anterior combate, y así lo dijo Pérula en su alocución, como vimos.

ALGARADAS.—LOGROÑO.—VIANA.—VILLAREAL.
—EXCURSIÓN DE DON CARLOS.

LXXIV

Más que hasta entonces iban á experimentarse en Alava los rigores de la guerra. Se dispuso; cumpliendo órdenes del gobierno, el incendio de las mieses, salvando á algunas su verdor y la humedad de la atmós-

(1) Al publicar la *Gaceta* del 8 de Julio el primer telegrama del general Quesada, se suprimieron estas palabras: «eludiendo el ataque de frente y economizando así la generosa sangre de nuestros soldados». ¿Creía el gobierno que los liberales no debían eludir ataques de frente? De frente, los hubo, sin embargo.

fera; se prendió á ayuntamientos y mayores contribuyentes por no satisfacer los pedidos que se hacían; se ejecutaron algaradas por la llanada para hacerse respetar de los pueblos, á los que se imponían tributos, destierros y se distribuían entre las tropas cuantos víveres se encontraban, destruyéndose los sobrantes: en la algarada á Salvatierra se destruyeron las obras que hacían los carlistas en Argomaniz, debiendo sentir seguramente el tener que renunciar el general Quesada á su propósito de marchar desde Salvatierra por su flanco derecho á Villarreal, manifestando además aquel jefe al ministro que, habiendo conferenciado con concedores del país, adquirió el convencimiento de un probable fracaso atacando de frente las posiciones enemigas, por lo que desistía de intentarlo, estando resuelto, ínterin no hubiese un motivo fundado para variar su opinión, á no buscar al enemigo en las posiciones que había elegido y preparaba hacia ya tiempo (1).

El brigadier Otal se batía con los carlistas en la sierra de Leire, sin entrar en Lumbier, llevando á Sangüesa el ganado lanar y vacuno que pudo conducir la columna de la Rioja con la contraguerrilla y voluntarios de San Vicente de la Sonsierra; se adelantó hácia Peñacerrada, para donde había salido antes desde Vitoria el general en jefe, ocuparon aquellas fuerzas los pueblos de Peciña y Rivas, sostuvieron algunos combates, y regresaron á Logroño con lo que pudieron recoger. A incendiar mieses salió de

(1) Comunicación fechada en Vitoria el 13 de Julio.

la capital riojana el señor Arenzana, jefe de la contraguerrilla de cazadores de Alava, y se encontró con que sus enemigos estaban haciendo lo mismo en propiedades liberales, que procuró apagar, se tiroteó con los carlistas hasta cerca de Viana, quemó las mieses de sus inmediaciones, y atacado por superiores fuerzas se retiró escalando su gente.

Quesada recorría á la vez los pueblos de Elorriaga é inmediatos, recogiendo trigo y ganados: la combinación de las fuerzas de la Portilla por la parte de Urroz, las de Otal por Sangüesa y las de Golfín por Sos, facilitaron la ocupación de Lumbier y de sus inmediatas posiciones, retirándose los carlistas hacia Domeño sin oponer resistencia.

Por la izquierda, siempre importante, se movió Villegas en la madrugada del 27 de Julio hacia Vizcaya, para distraer la atención de los carlistas que se acumulaban sobre Alava: operaron bien Morales de los Rios, Ibarreta y Cuadros, y se ocupó á Viérgol desalojando al enemigo del importante cerro de San Miguel, al que subió al punto Villegas con el general Morales para observar la línea enemiga.

Al saber Carasa el avance de los liberales, salió de Valmaseda hacia la parte de Antuñano; ordenó lo conveniente á los señores Echevarri y Rodríguez Maillo, para la defensa de la línea atrincherada desde Bortedo hasta Arza, y al romper los de Villegas el fuego de cañón á las siete de la mañana, contestaron las piezas carlistas, y se generalizó el combate, que fué rudo y de grandes padecimientos por el calor que hizo aquel día, lastimando mucho á los cuerpos que tomaron

la parte más activa, cuales fueron Mallorca, Infante y reserva de Murcia, y se apoderaron de Antuñano, Bortedo, monte Pedrero y de Celadilla, conquistando estos puntos á pecho descubierto (1). Por la izquierda se tomaba á Orrantia: efectuaba Morales un movimiento envolvente por su derecha sobre Celadilla, y Villegas se le unía en Antuñano, y á Ibarreta, á las seis de la tarde, haciendo retirar los heridos y dando descanso á las fatigadas tropas (2). No lo necesitaban menos los carlistas, á quienes el calor impidió mayor resistencia en algunos puntos, aunque lo fué grande en los más, y acamparon aquella noche todas las fuerzas, incluso Carasa, esperando nuevo combate al siguiente día; pero Villegas se replegó sobre Viérgol y alto de San Miguel, volviendo á sus cantones para estar á la vista de Mercadillo, por si los carlistas intentaban atacarle ó cortarles la retirada, por lo cual dijo en su parte confidencial, no en el publicado, que no se decidió á entrar en Valmaseda (3); y la *Ga-*

(1) El teniente del batallón reserva núm. 3, don Manuel Jimeno, los soldados Antonio Castro y Andrés Santos y el voluntario de la contraguerrilla Benito Varona, entraron los primeros en la trinchera, precediendo más de cien pasos á la guerrilla.

(2) Fué tanta su fatiga por el gran calor de aquel día, que á las once de la mañana, de 730 hombres que tenía el segundo batallón del Infante, yacían en tierra sin sentido más de la mitad, y á las doce sólo podían hacer fuego un centenar escasamente, llegando momentos después al caso de que sólo una docena podían batirse.

(3) En el parte publicado en la *Gaceta*, desfigurado, como casi todos los que daba á luz el periódico oficial, consigna la pérdida de cinco muertos, 30 heridos y algunos asfixiados; y el parte fechado en Villasana el 6 de Agosto, expresa el general Villegas 20 muertos y 95 heridos.

ceta publicó que, á pesar de su avanzada situación, continuaría ocupando las posiciones ganadas, sobre las que se dice campaban las tropas, pues aunque se había conseguido el objeto, que no era otro que el distraer fuerzas enemigas para facilitar el avance de Quesada á Villarreal, permanecería allí para llamar á aquellas.

Carasa se volvió en la noche del 23 á Valmaseda, y sus batallones á sus respectivos puntos, nivelándose sus pérdidas con las de los liberales.

Al ir Pérula á mediados de Julio á conferenciar con don Carlos, dejó á los señores Calderon y Montoya encargados de hacer frente á Quesada, á cuyo encuentro salió aquel de Peñacerrada; nombróse al conde de Caserta jefe de operaciones en Alava, en cuya provincia era la guerra perjudicial para los carlistas por ocupar Quesada la posición estratégica de Vitoria, que le permitía amenazar y atacar varios puntos á la vez; por lo que Pérula quería llevar la guerra á Navarra, aumentar las fuerzas de Guipúzcoa para obligar á los liberales á acudir á los des puntos, sacando así las fuerzas de Alava, donde servían mal, quedando Caserta en fortificar los sitios importantes que se le señalarían, y en Vizcaya los inmediatos á Somorrostro, para asegurar la posesión de las ricas minas de Ortuella. Al regresar Pérula de ver á don Carlos, marchó con sus fuerzas á Viana, las adelantó el 26 hácia Logroño, y ordenó á Montoya enviase algunos proyectiles á esta capital. Ortigosa, al frente de su caballería, hizo retirar á los liberales que ocu-

paban el alto de Cantábria, y aquel brigadier, con el tercero y la batería de Llorens, adelantó algunas fuerzas hasta cerca del cementerio, y ya de noche, comenzó la artillería sus disparos (1); el quinto de Navarra había ido por la parte de Oyon, hasta tocar las guerrillas el puente de Logroño, y la media batería Plasencia, al mando de Saavedra, se situó á la izquierda de la carretera. Hechos los disparos ordenados, contestados desde la capital riojana, regresaron los carlistas á Viana, donde permanecieron el 27, y en la tarde del 28 se repitió aquel inútil cañoneo, marchando Pérula al día siguiente hácia Villarreal (2).

Don Juan de Dios Córdova, que tan importantes servicios prestara en su difícil mando de Oteiza, y al que no arredraban las mayores fatigas, que no las escaseó hasta dejar terminadas las obras y aprovisionamiento de los reductos que constituían la línea de Esquinza, se había encargado el 27 de Julio en Artajona de la división de la Ribera, reemplazando al general Catalán; corrió á Logroño en cuanto supo hostilizaban los carlistas esta ciudad, y los siguió á Viana, en la que entró después de haber derrotado á los enemigos que se le opusieron, haciéndoles 114 prisioneros armados, en la brillante carga que dió el cuarto escuadron de Numancia, y

(1) El capitán de artillería preguntaba á Montoya dónde estaba el pueblo y la distancia.

(2) Había recibido un telegrama anunciándole que el conde de Caserta, en cumplimiento de órdenes superiores, había salido para Valmaseda con respetables fuerzas, quedando debilitada la línea de Villarreal, y ofendióle esto hasta el punto de dimitir el mando que ejercía.

en los cinco días siguientes que permaneció en Viana, recogió y remitió á Logroño las existencias de granos y caldos que había en la población, incendiando despues, por orden superior, los campos y eras de Oyon, Viana, Moreda, Mendavia y Sesma, en considerable extensión de terreno. Riguroso Córdova en el cumplimiento de su deber, y noble y generoso en lo que de su voluntad dependía, recibía felicitaciones de los mismos enemigos (1) y el príncipe de Vergara aplaudía su triunfo de Viana.

Por las quejas de los que tanto perdían, pretendió Pérula batir á la división de Córdova, y avanzó Montoya hasta Aras, antiguo arrabal de Viana, á tres cuartos de hora de ella, quedando Pérula en Aguilar, para ir en su auxilio al día siguiente; pero tuvo que acudir á Alava; se encomendó á Montoya el mando de la zona de Maestu y línea de Peñacerrada, y al disgusto que le produjo el no haber peleado con los liberales que ocupaban á Viana se unió el aviso del marqués de las Hormazas de que aquellos habían entrado en Labraza, y le preguntaba lo que había que hacer. Corrió precipitadamente Montoya; no quedó muy satisfecho de lo que por allí se hacía; vió que no había entrado el enemigo en Labraza, pues no pasó de Barriobusto; avanzó del 2 al 3 de Agosto la artillería hácia Viana, cañoneando á esta ciudad desde

(1) Por el humanitario comportamiento que tuvo con los heridos carlistas, el director del personal de la Caridad, don Manuel Barrena, que con tanto celo desempeñaba su cometido, dirigió al jefe liberal un oficio que honra tanto á su autor como al que lo recibió por motivo con su conducta.

lejos, á la vez que una partida desde Cueto molestaba con su fuego de fusilería al enemigo, repitióse el cañonazo, mas no impidió esto la salida de fuerzas liberales hácia Mendavia á proseguir el incendio de las mieses, lo cual se ejecutaba en otras zonas.

Quesada dirigió el 26 de Julio desde Vitoria una alocución á los vascongados y navarros, anunciándoles que las fuerzas carlistas habían abandonado el Centro, dejando en las plazas conquistadas su artillería, etc.; por lo que imposible el triunfo de su causa, les llamaba para que volvieran á sus casas, por lo que tendrían la bendición de Dios y el aplauso de los hombres honrados. Si el general en jefe no creía conveniente operar, el ministro de la Guerra le estimulaba á ello; y en cuanto supo la embestida á Logroño y que cargaban fuerzas carlistas sobre la izquierda, decidió avanzar hasta Villarreal, prescribió los movimientos que habían de efectuar Maldonado, con las brigadas Goyeneche y Arnaiz, y los brigadieres Prendergast y Pino, y puesto á la cabeza de estas últimas, llegó á Nafarrate á las dos de la tarde del 29 de Julio, sin ser hostilizado, encontrándose, por el contrario, abandonados los pueblos por donde pasó: á la vista ya de Villarreal, dió un necesario descanso á las tropas, esperó la llegada de Maldonado á Elosu, y emprendió el ataque de las posiciones que defendían el acceso á Villarreal. Prendergast y Maldonado desde sus posiciones, atravesando á la carrera el regimiento de lanceros del Rey un puente enfilado por los carlistas, atacando el coronel Polavieja el monte de Echagüen, y el brigadier Goyeneche el alto de Murua, hiriéndole el

caballo, y ayudándole el coronel Trelles, secundaron bien las órdenes del general en jefe, pelearon todos con bizarría, y el enemigo fué desalojado de sus posiciones después de hora y media de combate.

Siguió marchando la columna hácia Elosu; percibiase ya el fuego de cañon y fusil empeñado contra Villarreal; el coronel Buitrago en su movimiento de flanco no había encontrado enemigos hasta el pueblo de Miñana Mayor, donde empezaron á hacerle fuego de fusilería; rebasó á Urbina, siendo ya cañoneado, y enfilada la carretera, fué preciso abandonarla y situar las tropas á la izquierda en posición sobre el alto de Gójáin, que dejaron los carlistas, se pusieron en batalla las piezas que llevaba, se hizo abandonar á los contrarios sus defensas, y se facilitó el avance de las demás columnas.

Las baterías liberales seguían en tanto cañoneando á Villarreal y las posiciones que le defendían; el coronel Alborni con Barbastro (1) y Ciudad-Rodrigo atacaba por la izquierda, tomando posiciones y entrando en la población; Pino lo hacía de frente con Castilla, y Prendergast con la Constitución sostenía la derecha; envolviendo el pueblo por el mismo lado, ayudando los húsares de

(1) Tanto se distinguieron los soldados de este cuerpo Andrés Baliñas Manso, Rufo Rodríguez Alonso y Carmelo García Díaz, que fueron objeto de merecidas y señaladas distinciones, instruyéndose juicio contradictorio para que obtuviera el primero la cruz de San Fernando, «la misma que lleva en el pecho el general pero ganada con más mérito y valor»; así lo dijo Quesada al frente de las tropas. Poco después era condecorado con dicha honrosa cruz en Pamplona al frente de la división de reserva.

Pavía, que penetraron resueltamente en la población conducidos por el capitán Aldecoa.

Los carlistas evacuaron á Villarreal, ocuparon las posiciones inmediatas y desde ellas sostuvieron el fuego, hasta hacerse de noche; renovóse á la mañana siguiente al irse disipando la densa niebla que á todos envolvía, y dice el general Quesada en su parte: «hubiera podido emprender nuevamente el ataque de las posiciones enemigas si entrara en mi propósito; pero me pareció debía ahorrar la sangre preciosa de mis valientes soldados en una empresa que no tenía objeto final determinado, pues que no entraba en mi plan continuar allí ni diseminar mis fuerzas para mantener expeditas las comunicaciones hasta Miranda; había conseguido mi objeto de hacer comprender á nuestros enemigos que sus trincheras no detienen á nuestros bizarros soldados, que irán á donde lo exijan las operaciones de la guerra, y juzgué también, como los hechos han venido á acreditar, que mi presencia en Villarreal había llamado ya hacia allí parte de las fuerzas enemigas acumuladas sobre Valmaseda y la Rioja; por lo tanto, ordené lo conveniente para que las tropas emprendieran el movimiento de vuelta á Vitoria por la carretera así que el convoy de heridos y enfermos se pusiera en marcha con los auxilios que desde la tarde anterior había pedido á la capital, y llegaron á las ocho de la mañana en número más que suficiente y con gran voluntad de todas las clases de la capital, que merecen bien se consigne la gratitud de este ejército (1)».

(1) Fué encargado don Braulio Sedano con su bata-

Las pérdidas fueron sensibles, aunque no muy considerables.

Acompañado don Carlos del nuevo jefe de Alava, el señor conde de Caserta, había recorrido los acantonamientos de sus tropas, recibéndole en Villarreal de Alava los príncipes de Nápoles y Parma; visitó con Tristany, Péñola, Mogrovejo y otros la línea de Arlaban, conmemoró en Aramayona el 16 el segundo aniversario de su entrada en España, oró en Cegama sobre la tumba de Zumalacarreui, reconoció la Barranca de Navarra, por Villafranca, volvió á Tolosa, fechada aquí el 25 dirigió una sentida alocución á la brigada de Gandesa (1) saludando en ella á sus ejércitos del Centro y Cataluña, el 28 otra al batallón distinguido de jefes y oficiales por su conducta en Lequeitio y Motrico durante el bombardeo; visitó en Azpeitia el hospital de sangre de Loyola y la fábrica de cañones, y marchó á Aramayona y á Villarreal de Alava á visitar el campo del combate, los heridos y las ruinas por los incendios causados por la desesperación de los soldados liberales, al ver abandonadas las casas de Villarreal y de otros puntos, que no habían de estar muchas de ellas habitadas, sirviendo de campo de pelea. Prodigando consuelos y alentando esperanzas, continuó recorriendo

llon reserva número 25 de sostener la retirada, formando el escalón más inmediato al pueblo por la derecha.

(1) Para vestir su desnudez preguntaron el 26 los señores conde de Belascoain y don Ceferino Suárez Bravo á las diputaciones de las cuatro provincias, con qué podrían contribuir al objeto en metálico ó en prendas, y estas corporaciones, á las que pareció extraña tal invitación, acordaron no contestar ó hacerlo negativamente, y no lo hicieron de una manera muy atenta.

don Carlos algunos pueblos y fué á Estella, demandándole armas muchos desterrados á quien la desesperación daba unos bríos que no habían tenido antes (1).

Se habían querido armar los tercios en las provincias Vascongadas y Navarra, pero resistió ésta (2), y no pudo conseguir tampoco don Carlos que se prodigarán las guerrillas y estas hicieran incansablemente la guerra en todos los terrenos no ocupados por el grueso de su ejército. Los extranjeros que acompañaban á don Carlos eran los mayores partidarios de esta clase de guerra, que consideraban peculiar de España, y la más adecuada para los carlistas. También se pensó en operar en Castilla, sobre lo que Mogrojo expuso á don Carlos muy acertadas observaciones.

Indignados los carlistas con los incendios y devastaciones que causaban sus enemigos, hasta se pensó en hacer la guerra sin cuar-

(1) En esta excursión lucía don Carlos la cruz de San Fernando que había usado el general don Jaime Ortega, quien la regaló en Tortosa, al ir á ser fusilado, á su ayudante don Francisco Cavero.

(2) La diputación junta carlista de Guipúzcoa, ofició el 19 de Julio á las de Vizcaya, Alava y Navarra para que organizaran los tercios, diciéndolas que habían eximido del servicio activo buena parte de su juventud mediante la redención en dinero, por lo que no eran sus divisiones tan numerosas como debieran, al revés de Guipúzcoa, que había puesto sobre las armas toda la gente útil, creando además el cuerpo de tercios forales, muy útiles en casos dados, pero desventajosa su formación por cuanto Vizcaya, Alava y Navarra pedían con frecuencia la ayuda de los batallones guipuzcoanos activos contando con que quedaban los tercios para la defensa del territorio.

Alava organizó enseguida *sus naturales armados*, obrando activo el diputado don Francisco María de Mendieta; no mostró menos en Vizcaya don José Nieto de Urquizu.

tel, y al efecto se escribía á Pérula el 31 de Julio: «Completamente autorizado te digo que de un modo verbal y por medio de ayudantes de toda tu confianza, comuniqués las órdenes secretas de que en el combate no haya cuartel; que se maten cuantos enemigos se encuentren. Son facinerosos. No publiques en manera alguna la guerra sin cuartel; pero hazla, y únicamente ten consideración con las clases y tropa heridos. Esto no excluye las capitulaciones, que se observarán religiosamente; pero en el combate deja sentir todo el rigor de nuestra justa indignación (1).»

SANTIAGOMENDI Y SAN MARCOS. — APUROS. —
MÁS ALGARADAS. — CARTA DE BENAVIDES Y
COMUNICACIONES DEL GENERAL QUESADA Y
DEL GOBIERNO. — ESFUERZOS DE LOS CAR-
LISTAS

LXXV

A virtud de la quinta se había aumentado en Julio el ejército, y ascendía á 99.158 infantes, 2.508 caballos y 116 piezas de artillería; todo cada vez más necesario, puesto que los carlistas aumentaban sus defensas haciendo poderosas las de Santiagomendi y San Marcos, que molestaban á la vez á Hernani, Ametzagaña, Rentería y Pasages. Las baterías liberales combatían sin cesar á las enemigas con más ó menos éxito, aunque sí con el empeño de no hacer imposible fuera

(1) Y añadía la carta: «En todos los documentos oficiales firmados por tí, que resalte la generosidad y se atribuyan los atropellos á causas ajenas á la voluntad decidida de S. M. y á la tuya aparentando en ocasiones determinadas castigos, y que aparezca por todos los medios imaginables se procure la guerra humana y civilizada.»

frecuentado Pasages por los buques de guerra, por ser su apostadero, y su abandono equivaldría para la marina funestas consecuencias, pues en el invierno se verían imposibilitados de efectuar muchas operaciones y obligados á suspender sus cruces en la parte más importante de la costa de Guipúzcoa. Así decía el comandante de las fuerzas navales el 25 de Julio; y el 1.º de Julio presentan los carlistas nuevas baterías. La importancia de Pasages preocupa al gobierno, temiéndose hasta un conflicto internacional; pregunta el ministro de la Guerra,—6 Julio,—al general Blanco si contaba con medios para atacar el monte de San Marcos y posesionarse de él, y en caso contrario qué recursos necesitaba al efecto; y contestó el general que, «el ataque y la conquista de dicho punto, que no hubiera sido difícil intentar y llevar á cabo por sorpresa cuando ocupábamos la línea avanzada del Oria y se hallaba el grueso del enemigo á nuestro frente, cubriendo sus más importantes carreteras, la considero hoy empresa de bastante gravedad, pues el enemigo ha aumentado para la defensa de aquella posición ya formidable de suyo, grandes fuerzas y todos sus recursos defensivos, estableciendo una serie de reductos y atrinchamientos, que ligando la defensa de unos montes con otros y flanqueándose mutuamente obras, hacen difícil su conquista, tanto más, cuanto que hoy posee también en esta provincia una artillería numerosa y de alcance superior á la nuestra».

No creía, pues, intentar el ataque sin contar con mayores fuerzas; pues constando, decía, «la división carlista guipuzcoana de

nueve batallones, de los cuales tienen hoy seis en las posiciones, y los restantes á retaguardia, á media jornada de distancia; de modo que puede calcularse que en tres horas tienen reunidos en el punto de ataque siete ú ocho batallones; yo con la fuerza que tengo á mis órdenes, tengo que cubrir una extensa línea desde Guetaria á Irún guarneciendo estas dos plazas y las de San Sebastián, Hernani, Rentería, Pasages, y los 32 fuertes que con ellas la forman; de modo que me quedarán disponibles ocho ó nueve batallones para maniobrar; fuerza como V. E. comprenderá insuficiente para atacar á siete ú ocho en posiciones tan difíciles y tan cuidadosamente fortificadas»; que necesitaba seis ú ocho batallones más y otra batería para intentar con probabilidades de éxito la operación de que se trataba. Días después,—el 28,—decía Blanco al ministro de la Guerra que los carlistas habían puesto de nuevo en batería las piezas que retiraron de Santiagomendi y empezado á construir en San Marcos un fuerte de importancia, y en la falda opuesta, depósitos de víveres y municiones, y alojamiento para un batallón; y en Urcabe, habían empezado la construcción de una batería y un fuerte. No descuidaban á la vez combatir, pues en la noche del mismo 28 atacaron á los liberales que protegían la construcción de obras en la carretera de Oriamendi á Hernani, pero fueron rechazados.

El cañoneo entre liberales y carlistas continuó sosteniéndose.

En los primeros días de Agosto, se efectuaron algunas algaradas desde Pamplona, Artajona, Mendigorria y otros puntos, veri-

ficándose pequeños encuentros como el de Alzuza, Sorchaga, etc.

Con parte del ejército liberal que había quedado en Vitoria, Pino había hecho una excursión á Alegría, y el 10 marchó la división Maldonado á Salvatierra, á cuyas inmediaciones acudieron también los carlistas; bajó al llano el sexto de Navarra para molestar á los liberales, lo hizo después Montoya con el tercero, avanzó Junquera con el sexto hasta cerca de Salvatierra, haciendo algunas descargas de fusilería; Montoya quedó delante del pueblo que hay al pie del Puerto, jugó la artillería liberal sin causar desgracia alguna; descendieron á la llanada más fuerzas carlistas, aprestándose á acometer á los liberales al día siguiente; pero estos regresaron á Vitoria sin que aquellos se apercibieran ni tuvieran tiempo más que para procurar Junquera con algunas fuerzas del sexto, molestar la retaguardia y coger algún caballo. Los liberales tuvieron en esta excursión algunos asfixiados. Maldonado tenía orden terminante de no comprometer ataque inútil, y cumplió su cometido de proteger la marcha de los vecinos que emigraban con sus efectos á Vitoria.

Al mismo tiempo efectuaba el general Villegas con la división de Morales de los Ríos, compuesta de las brigadas Ibarreta y Cuadros, una expedición sobre los valles de Carranza y Trucios para destruir las cosechas y recoger el ganado del territorio enemigo, á fin de privarles de estos recursos. Tomó parte en esta operación el comandante militar de Ramales, don José Marquez, que de noche y por sorpresa había de apoderarse de las for-

midables posiciones de la ermita del Suceso y Fuente Fría, apoyando su movimiento Villegas para caer sobre Villaverde y Trucios, y las fuerzas de Herada tomarían también de noche el alto de los Tornos, marchando por la cresta de Ordunte para apoyar igualmente y franquear la penosa subida de Villegas. Efectuóse todo esto con pequeño tiroteo, pudo bajar el jefe liberal sin disparar un tiro á Lanzas Agudas empezando á recoger ganado y destruir mieses y se reunieron por la tarde todas las fuerzas en el Callejo habiendo algunos asfixiados por el calor sofocante del día y lo penoso de la marcha: se acampó en las alturas de Manzaneda de Fañes y en las del Callejo.

Al día siguiente, 11, se propuso continuar la operación en el valle de Trucios y Villaverde, lo que no pudo evitar Carasa, aunque lo intentó, acudiendo el día anterior á hacer frente á sus enemigos, con quienes trabó reñido combate, hasta que á la caída de la tarde se retiraron los liberales con los ganados que cogieron y después de haber quemado las mieses, efectuando bien la retirada por escalones, dirigida por Villegas desde Sierra Escrita, que se había conquistado á los carlistas. Cargaron algunos de éstos impetuosamente á la bayoneta sobre el último escalon, haciendo vacilar á los que le formaban y teniendo casi en su poder una pieza de montaña, en cuyo crítico momento cargó Villegas con las escoltas y cuarteles generales; les apoyaron otras fuerzas, y después de una corta pero encarnizada lucha, contuvieron la ruda acometida de sus enemigos, causándoles algunas bajas. Cerca de 400

contaron ambos combatientes. De los liberales se distinguieron los batallones de Mallorca, Reservas números 3, 4 y 24, la caballería Albuera y la artillería y los jefes que las mandaban, y de parte de los carlistas los batallones de Durango, Guernica, Somorrostro, Cántabro, Guías de Vizcaya y artillería. Villegas volvió á Villasana y Carasa á Valmaseda.

No podía consentir Quesada las obras de defensa que construían los carlistas en las inmediaciones de Vitoria, y marchando por las alturas de Rastia se destruyeron trincheras y algún reducto, bregándose con más ó menos empeño en los altos que dominan á Villarreal é inmediatos.

La contraguerrilla de Miranda de Ebro y fuerzas de Talavera se tirotearon con los carlistas en las Alturas de Alcedo, causándoles muertos y haciéndoles prisioneros; la división Maldonado volvió el 21 á Salvatierra con 92 carros para llevar á Vitoria los efectos de los liberales que se guarecieron en la capital alavesa, sosteniéndose un tiroteo de cañon y fusilería en término de Eguillo; otras fuerzas al mando del brigadier Goyeneche, recogieron en Salinas de Añana, sal, trigo, ganado y efectos, sosteniendo también algún fuego con los carlistas, saliendo la brigada Arnaiz de Vitoria á proteger la marcha de Goyeneche, llegando hasta Poves.

A la vez que se efectuaban estas recolecciones, se fortificaba todo el trayecto de la carretera de Miranda á Vitoria (1), para con

(1) Los 10 fuertes se denominaban: 1. Blokeaus de rails (Miranda).—2. Torre de Quintanilla.—3. Torre de la Puebla.—4. Torre de Tuyo.—5. Torreón del Castillo.—6.

pequeñas guarniciones asegurar la comunicación con Castilla.

Para si no impedir suavizar en algún tanto las medidas de rigor de los liberales, escribió á Quesada don Bartolomé de Benavides, que estaba al lado de don Carlos, una sentida carta, á fin de que se quitara á la guerra aquel carácter de crueldad, contestándole el jefe liberal, que los carlistas habían dado el ejemplo al principio de la lucha, desposeyendo propiedades, talando bosques para venderlos y destruyendo casas; exponía hechos reprobados, y su conducta humanitaria en el Centro y en el Norte (1).

Quesada había obrado cumpliendo terminantes y reiteradas órdenes del Gobierno, y tanto le contrariaban, que expuso reparos no atendidos; y en cuanto supo la variación que aquél experimentó en Setiembre, pidió órdenes en contrario, y manifestó la forma en que se hacía el bloqueo, la inutilidad de los destierros en la manera que solían hacerse; que la destrucción y quema de las cosechas, después de escandalizar al país y á la Europa, daba escasos resultados positivos relativamente, pues rara vez habían podido las tropas llevarle á efecto, y en lo destruido los que más habían sufrido habían sido los propietarios, que en su mayoría profesaban ideas liberales; «y no era, decía con razón, el medio más adecuado para afirmar una monarquía legítima y constitucional, adoptar procedimientos propios de los partidos más avan-

Torre de las Peñuelas.—7. Torre de Gárabo.—8. Fuerte de San Juan de Jundiz.—9. Torre de Esquivel.—10. Torre de Santa Cruz.

(2) Véase el documento núm. 24.

zados.» Tratando de la destrucción é incendio, como general en jefe, consignaba la imposibilidad de contener al soldado, que llevaba la tea incendiaria, dentro de los límites de la disciplina, convirtiéndole en destructor de los pueblos y del país, del que debe ser siempre protector y apoyo.

Coincidió el Gobierno con las observaciones del general Quesada; pero ante la necesidad de hacer sentir al país enemigo el peso de la guerra, quería fuese riguroso el bloqueo, se le privara de toda clase de recursos, le autorizaba para entablar negociaciones de paz, y consignaba el Gobierno en su comunicación, que las presentaciones verificadas con arreglo al convenio de Cabrera y á la Real orden de 6 de Abril último, no habían producido más ventajas que la adhesión de algunos jefes y oficiales, que á nadie habían arrastrado consigo, ni habían ejercido influencia en la manera de hacer la guerra; á pesar de lo cual muchos de ellos fueron más atendidos por sus servicios especiales para la paz, que otros que constantemente habían sido liberales, y derramado su sangre por la causa de la libertad. Autorizábase también á Quesada para ofrecer á los jefes y oficiales que se presentaran con fuerzas aproximadas á sus respectivos empleos, el reconocimiento de estos para cuando terminara la lucha, y en el ínterin la mitad del sueldo que les correspondiera; y en cuanto á los fueros de las provincias exentas, estando dispuestas á deponer las armas y á reconocer á don Alfonso y su gobierno, podía tratarse con ellas sobre la base de conceder los beneficios del convenio de Vergara según

la ley de 25 de Octubre de 1839, como prenda de paz, dentro de un plazo que no excedería de dos meses desde aquella fecha, —13 de Octubre;—y en el caso de que no hubiese resultado en dicho plazo, quedaría el vencido sujeto á las leyes que le impusiese el vencedor. El 17 de Octubre se dió traslado de este último particular á los jefes de los tres cuerpos de ejército y comandantes generales de las divisiones, sin producir resultados positivos.

No preocupaban mucho por entonces á los jefes carlistas estos proyectos, ni aun la noticia de la ida de agentes con fines más siniestros (1); se alentaba por todos los medios el espíritu del soldado; organizaba Pérula varias partidas volantes para molestar á los liberales y apoderarse de toda clase de recursos, y comprendiendo aquel jefe la necesidad de impedir que el enemigo atravesara sus líneas y les estrechara, y sosteniendo bastante fuerza para presentarla en todos los puntos de ataque, optaba por la fortificación de los más débiles ó más avanzados, para que, quedando á cubierto estas obras de un imprevisto golpe de fuerza, pudiera en breve plazo disponerse de algunos batallones que á la sazón prestaban el servicio de posiciones, para formar una respetable columna de operaciones. Necesitaba Pérula cañones;

(1) El 1.º de Agosto se expidió en Azcoitia por la secretaría de campaña de don Carlos una circular á las diputaciones, informándolas de que el gobierno liberal había enviado al territorio carlista, con el título de expulsados, personas que no habían pertenecido jamás á aquel partido, de mala conducta, etc., etc.; escribe los nombres de algunos de estos sujetos y de una señora, y recomendaba la más exquisita vigilancia.

se los negaban Guipúzcoa y Vizcaya, exponiendo que también les eran necesarios; no se podían artillar todas las fortificaciones que se hacían; negaba además la diputación guipuzcoana las campanas que se le pedían para fundir cañones, y se necesitaban ya, sin embargo, esfuerzos supremos para llevar adelante la guerra, terminada esta en el Centro y Cataluña sin poderla remover, y sin conseguir don Rafael Hurtado de Mendoza, en Extremadura, á pesar de sus esfuerzos, levantar el espíritu carlista, aun halagando á los pueblos con la devolución de los bienes de propios y baldíos, demostrando una vez más aquel país que es refractario á aquellas ideas.

Dá la diputación de Navarra su belicosa alocución de 26 de Agosto; acuerda en Zumarraga con los representantes de las demás diputaciones «sostener á todo trance en el mando al general Pérula, sin permitir su relevo ó dimisión por ningún motivo», lo cual no dejaba de ser un acto de soberanía popular; y Pérula, por temperamento y porque necesitaba justificar con hechos notables como jefe del ejército la popularidad de que gozaba, se aprestaba á hacer frente aun á las fuerzas de Martínez Campos, que ya le avisaban acudían á Navarra. Don Carlos dice desde Leiza á sus amigos de Francia que la misión que había aceptado de mano de Dios la llevaría hasta el fin, sin vacilaciones, sin compromisos y sin que decayera su espíritu, estando sus partidarios dispuestos á todos los sacrificios, supliendo á la inferioridad del número el entusiasmo y el valor, y les invitaba á visitar aquellas provincias

para despertar en ellos el recuerdo de la leyenda Vandeana, y vieran la organización civil y militar que pensaba aplicar al resto de España.

Necesitaban armas los carlistas, y en la madrugada del 2 de Setiembre desembarcó el *London* en Motrico 4.500 fusiles, cuatro cañones, cajas y barriles de municiones, cureñas y demás accesorios de artillería (1); aun cuando estaban á la vista cinco vapores de la marina de guerra.

GUIPÚZCOA.—HERNANI.—BOMBARDEO

DE SAN SEBASTIAN

LXXVI

Apoderados los liberales de la importante posición de Montevideo á pesar de la resistencia que opusieron los carlistas, procuraron estos establecer su línea, defendiendo la diputación la poca artillería que poseía y había pagado, pues de todas partes se la pedían; y á la vez que fortificaban los montes que bloqueaban á San Sebastián y Hernani, intentaban apoderarse de Alza y otras eminencias, trabándose cortos pero reñidos combates en diferentes puntos de la línea, no pudiendo impedir las pequeñas excursiones

(1) Deseoso de que el desembarco se verificará con rapidez, y sobre todo de ponerlos á salvo de los peligros de un bombardeo inminente, puesto que ESTABAN Á LA VISTA CINCO VAPORES ENEMIGOS, se dispuso la traslación de dicho armamento, primero desde el muelle á la plaza, y acto continuo, desde ésta á Elgoibar, empleando para ello todos los peones y carros de este pueblo y aun algunos de Deva».

Oficio del alcalde de Motrico don Justo de Echave Sustaeta.

que se hacían desde Irún para quemar mieses, arrancar maíz y coger reses.

Era Hernani una de las poblaciones más codiciadas de los carlistas, el 29 de Mayo de 1874 intimó Cevallos á su guarnición la evacuase para evitar las desgracias que produciría el bombardeo, permitiendo la salida de las familias que lo desearan, con sus equipos, declinando el jefe carlista la responsabilidad de lo que sucediera, y se lanzaron en los días 30 y 31 de Mayo y 1.º de Junio 1.258 bombas, granadas y balas.

Días antes, el 21, avisó Hernani al gobernador militar de San Sebastian, señor Valcárcel, que se le iba á bombardear; que sólo tenían 60 cartuchos por plaza, y pedía se fortificase á Oriamendi, siendo punible que no se hubiese hecho antes, y no pudo seguramente satisfacer á aquella liberal villa la contestación que recibió. Se pidieron después camas y raciones, dimitió el ayuntamiento imposibilidad de atender á tantas cargas, después de haber accedido á cuanto de él se le exigía; se acogió á la diputación de San Sebastián, á donde fué y cuyo viaje se avisó á los carlistas, y gracias á anticipar la marcha y á casuales circunstancias, se libró de caer en manos de Iturriaga (el *Ochavo*).

Continuaron los carlistas, con varios intervalos, enviando granadas á Hernani y al fuerte de Santa Bárbara, especialmente desde las baterías de Santiagomendi, como las lanzaban también desde San Marcos á Pasages; reconocida la gran necesidad de atender á Hernani, se enviaban convoyes que costaban sangrientos combates en los que tomaba parte la guarnición de aquella villa, que bien

guiada por su comandante militar señor Crespo salía á su vez al encuentro de lo que se remitía; se fortificó al fin Oriamendi, tan importante, por lo que protegía el paso de los convoyes, aunque no le aseguraba mientras los carlistas fueran dueños de Santiagomendi, Montevideo, Orcolaga y Arbizaportu, desde donde enviaron en Junio y Julio más de 500 proyectiles; 1.285 en Agosto y 1.058 en Setiembre, teniendo la desgracia de que uno incendiara el depósito de pólvora que había en la casa consistorial, volando la mayor parte de este bello edificio y produciendo muchas desgracias.

Para facilitar las cada día más difíciles comunicaciones de San Sebastián con Hernani, se decidió Blanco á apoderarse de Montevideo, cuyas posiciones cubiertas de trincheras hacían tanto daño, y lo consiguió el 20 de Agosto, procediendo á fortificar las posiciones conquistadas; cuyos trabajos molestaban los carlistas desde Santiagomendi, y hasta trataron de sorprender aquella posición, y el fuerte de Daneta, siendo rechazados (1).

El general Trillo, que reemplazó á Blanco, dando la debida importancia á la posición de Urcabe, sobre Oyarzun, dominando la carretera de San Sebastián á Irún, así como á las posiciones de Zubelzu y Elazeta, cercanas á la última villa y también en la

(1) Al retirarse los carlistas de Montevideo y Aramburu, incendiaron 23 caseríos correspondientes á las jurisdicciones de Alza, San Sebastian y Hernani. A su consecuencia dictó Trillo muy acertadas disposiciones para impedir que el soldado se contagiase con tan abominable ejemplo.

carretera, amagó un desembarco en Guetaria para atacar á Garate (1), y partiendo á las cuatro de la madrugada del 15 de Setiembre las fuerzas liberales de Irún, Lezo y Rentería, guiadas por Arana, Salcedo é Infanzon, con órden de atacar las posiciones á la bayoneta y prohibición absoluta de hacer un sólo disparo hasta romper el día, efectuando á la vez el brigadier Vitoria desde Hernani una demostración sobre Urnieta, para distraer á los carlistas hácia aquella parte, cumplieron todos, y á poco más de las dos horas era dueño Arana de las posiciones de Zube'zo y Elazeta; Salcedo de las Peñas de Arcale, é Infanzon con Logendio del reducto de Urcade, sin resistencia (2). Túvola el brigadier Vitoria, que tomó á viva fuerza las alturas de Eguiola y Peña de Recarte, y efectuó su retirada bajo el fuego enemigo, experimentando algunas pérdidas.

Confirióse el mando interino de las operaciones militares de Guipúzcoa al conde de Caserta que se dió á conocer el 18 con una concisa órden del día, y con esta misma fecha escribía no muy satisfecho del estado en que estaban las fuerzas y los ánimos en Guipúz-

(1) El teniente coronel carlista don José de Lasa, que después de haber corrido á Garate se convenció que debía cesar la alarma que produjo la anunciada llegada de las fuerzas liberales, fué castigado por su celo.

(2) «Recibo una carta de Guipúzcoa en que hacen ver que la toma de Oyarzun y alto de Urcabe es una de las mil torpezas del general Egaña, y que esto ha proporcionado á los batallones un gran disgusto, y me he atrevido á indicarle á S. M. que sería muy conveniente que el conde de Caserta pasara inmediatamente á encargarse de las operaciones de Guipúzcoa.»

(Carta de don Francisco Cervero).

coa, pidiendo se le reemplazase para irse con los alaveses, «pues aquí no puedo y no quiero quedarme de ninguna manera».

A los pocos días le reemplazó don Eusebio Rodríguez, natural de Fuentecén (Burgos), que había empezado su carrera militar de soldado quinto en 1844, á los 20 años de edad; siguió aquella y estuvo en la guerra de Africa, cuyos servicios le recompensaron con el grado de capitán, confiriéndole la efectividad por antigüedad en 1868; y por su comportamiento en el combate y ocupación de Santander, en el que resultó herido en una pierna, se le propuso solicitase la cruz laureada de San Fernando, abriéndose el correspondiente juicio contradictorio, y se le dió el grado de comandante. Desde el hospital pasó á situación de reemplazo, de la que salió el 27 de Enero de 1872, que le destinó el gobierno de don Amadeo al batallón de cazadores de Alba de Tormes, habiéndosele agraciado el año anterior con la cruz del Mérito militar; peleó contra los carlistas en Sodupe y sus inmediaciones, en San Miguel de Basave y Arrigorriaga, obteniendo el empleo de comandante; volvió á quedar de reemplazo el 1.º de Agosto, y al año siguiente y en el mismo mes presentóse á Doregaray y á Olo. Ascendió á coronel por la acción de Velavieta, se halló en todos los hechos de armas en que tomó parte el grueso del ejército carlista del Norte en la expedición á Calahorra con Pérula, y por su buen comportamiento en la acción de Aras, dirigida por Iturmendi el 9 de Enero de 1875, fué agraciado con el empleo de brigadier, habiendo obtenido antes la cruz del

Mérito militar de segunda clase y una encomienda de Carlos III.

Difíciles eran las circunstancias para el nuevo jefe carlista, por tener que hacer frente á los propósitos de su contrario, el general Trillo-Figueroa, que anunció en la orden general del día 26 ir á Vera, para distraer así á los enemigos de su principal objeto, que era San Marcos; pero no era esto tan fácil, y se propuso hacerse dueño por sorpresa de Choritoquieta, posición inmediata á San Marcos, y que si no le domina por completo y á Santiagomendi, sería siempre muy mal vecino para los carlistas. Moviéndose Arana hácia Oyarzun, Vitoria desde Hernani, sobre Santiagomendi, para distraer por aquella parte el mayor número de carlistas posible, Infanzon con la columna de ataque, Salcedo desde Rentería á tomar las alturas de Gogorregui, y Trillo con las reservas, emprendióse el movimiento en la mañana del 28 de Setiembre; pudo llegar Infanzon, merced á la niebla, á las primeras trincheras de Choritoquieta, no seguir adelante, ni pasar Vitoria el puente Ergobia; se generalizó el fuego; conquistaron los liberales las posiciones de Gogorregui, Monondochiqui, Munoaundi y caseríos de Tebar y Gamboa; reforzados los carlistas las recuperaron, y el general Trillo, como sinceramente lo dijo en su parte, tuvo que pasar por la amargura de «retirarse al frente del enemigo; pero lo exigían las circunstancias, que pueden más que el hombre y hacen fracasar las mejores combinaciones de la guerra».

Arana, que llevaba entre sus fuerzas la

contraguerrilla cabrerista, que ocupaba la vanguardia, había efectuado el 27 un movimiento sobre Lastaola hasta cerca de Enderlaza, habiendo obligado á la guarnición del primer punto á guarecerse en Francia; no faltó en Oyarzun en la mañana del 28, atacó por la espalda de San Marcos y asaltó á la bayoneta las primeras trincheras de Monoaundi y Monondichiqui, más no pudieron seguir adelante.

La retirada de los liberales fué celebrada con entusiasmo por los carlistas, felicitándose todos mutuamente, y el jefe de la provincia, don Eusebio Rodríguez, mostró su contento en la orden general del 29 (1).

Las pérdidas de unos y otros combatientes fueron considerables, dejando los liberales 14 prisioneros.

En San Sebastián impresionó esta retirada, y por la noche comenzó el inútil bombardeo de esta ciudad desde la falda de Arratsain, aconsejado por el conde de Caserta y el señor Pagés, arrojando los cañones carlistas cerca de 200 granadas, que causaron algunos muertos y heridos. Empezaron á adoptarse las debidas precauciones y se aprestaron todos los liberales á hacer frente con varonil entereza á este nuevo peligro, que si á unos sorprendió, no faltaron quienes lo indicaron posible, y así lo dijeron á los que pudieron y debieron haber fortificado los puntos de Higueldo, que lo hubieran impedido.

(1) Desde Andoaín escribía á Pérula «Todo se debe á la Providencia, que nos protege visiblemente, pues llegó momento que si el enemigo avanza por el paraje que se hallaba sin poderse cubrir, de disponerme á tomar una carabina en unión de mis asistentes, confidentes y algunos tercios para rechazar al enemigo».

En represalias del bombardeo de San Sebastián, Hernani y Guetaria, dispuso el general Trillo el de Usurbil, Lasarte, Urnieta, Ergobia y Astigarraga, desde las baterías de Lugariz, Oriamendi, Puyo, Santa Bárbara y Ametzagaña, sin más resultados que producir desgracias y aumentar los estragos de la guerra, á lo cual contribuían también los agentes y amigos oficiosos que los carlistas tenían en San Sebastián y escribían con alguna frecuencia al conde Belascoain y á don Leon Murgurza, cuanto en la plaza se disponía y el efecto que el bombardeo causaba.

Los carlistas habían avanzado bastante su línea, que la conservaron en ocasiones dos solos batallones, habiendo unos 15 en San Sebastián. Para vencerlos ó romper su línea necesitaba Trillo más fuerzas, y las pedía, y las corporaciones de San Sebastián. Temiendo su llegada los carlistas, volvieron á llamar los tercios.

En la izquierda liberal amagaba Loma un ataque sobre Arciniega, á la que bajó la contraguerrilla á imponer la entrega de 10.000 raciones; Vítors tuvo dos encuentros con las columnas liberales de Medina y de Tobalina, en los que no fué afortunado; Carasa en cuanto supo el movimiento de Loma salió de Valmaseda con todas sus fuerzas hacia la parte de Antuñano, donde estuvo acampado hasta el 23 del mismo Setiembre, en que por haber regresado Loma á Villasana, lo hizo aquel á Valmaseda, dedicándose con su E. M. y las fuerzas que allí se hallaban á cumplir el jubileo: ¡bien ganadas tenían muchas indulgencias aquellas huestes, mal racionadas, faltando muchos días que comer á los que estaban

en la línea, y batiéndose sin embargo con valor, y derramando su sangre con prodigalidad!

ENCUENTROS.—COMUNICACIONES.—EXCURSIÓN Á ORDUÑA.—LUMBIER

LXXVII

Ocupado fácilmente Aoiz por los liberales, convertida en derrota para los carlistas la sorpresa de Lacalle en Biurun, que fué un gran triunfo para aquel guerrillero (1); no tan afortunadas las contraguerrillas de Calahorra y Alcanadre en su excursión sobre Sesma, siéndolo en Laportilla la de Miranda de Ebro, y pudiendo satisfacer al coronel don Timoteo Sanchez la victoria que obtuvo en Domeño el 4 de Octubre, á la que contribuyeron eficazmente los jefes Tenorio y Ruiz y cuantos á sus órdenes iban, eran es-

(1) Cinco días había estado el sargento carlista Oyo observando los movimientos de la partida de don Tirso Lacalle—el cojo de Cirauqui—y hallada la oportunidad, fué el joven comandante don Raimundo Camon con dos compañías de infantería y una sección de caballería, á efectuar la sorpresa; llegó á las dos de la noche del 7 de Setiembre á las bordas de Subiza, descansó su gente, y á las cuatro de la madrugada, acometió intempestivamente á los liberales, que no se habían apercibido de su llegada; se produjo una gran confusión, pero se rehicieron los sorprendidos, y vencieron, y arrojaron del pueblo, y persiguieron acuchillando á los invasores, haciéndoles más de 40 prisioneros, y contándose entre los muertos el malogrado Camon, de Puente la Reina, cuya muerte fué muy sentida por las bellas prendas que le adornaban. A no tener el comandante del fuerte Eolo y de otros dos, don Francisco Ruiz Alegría. órdenes terminantes de no salir de ellos la menor fuerza, concretándose á la defensa al verse atacados, no se hubiera limitado á dirigir algunos cañonazos á los carlistas, pues en su persecución hubiera salido.

tos hechos los únicos efectuados en Navarra en cerca de dos meses; y en Alava, sólo se hacían reconocimientos más ó menos importantes, como el practicado el 21 de Setiembre sobre las alturas del monte Arasa en combinación con el verificado hácia Maestu por Maldonado, quien días después se apoderó de los granos y efectos que almacenaban los carlistas en la fábrica de Escalmendi. El general Quesada se quejaba de falta de fuerzas, pedía los refuerzos anunciados como próximos, sin los que no podía intentar operación alguna que ofreciera resultados (1); y añadía: «Dadas las proporciones que ha alcanzado aquí la guerra, sólida organización con numerosa artillería del enemigo, su sistema general de atrincheramientos con obras de mayor importancia en los pasos obligados y difíciles en este país tan frecuente, no hay que pretender ni esperar nunca llamarlo á otro terreno para buscar en combates parciales, probables ventajas, que siempre que se obtuviesen satisfarían la impaciencia pública, pero también con dureza juzgaría el menor revés de tantas consecuencias en estos momentos... Téngase, pues, en cuenta que sin cuerpos diferentes y bastante numerosos para bastarse á sí propios con medios de alimentarse y de proveer á sus múltiples necesidades, no puede verse el enemigo seriamente amenazado, ni llamarle fuera de sus defensas á un combate en que no espera ventajas, que nosotros tampoco podemos hoy buscar (y solo si probables desastres) si avanzamos inconsideradamente al territorio

(1) Comunicación al ministro de la Guerra, fechada en Pamplona el 22 de Setiembre de 1875.

que tienen elegido y preparado para resistir».

Eran atinadas y justas las observaciones del general Quesada; y sin embargo, bastó su nuevo movimiento á Villarreal, para hacer retirarse á Fontecha é Iturralde, destrairles varios reductos, y amagar el paso por Arlaban para que se introdujera en los carlistas un pánico extraordinario. Argüelles escribe á Pérula que estaban llenos de susto y de zozobra, por haberse apoderado los liberales de las posiciones de Villarreal, teniendo que retirarse los carlistas á las alturas de Aramayona; les impone la marcha del jefe liberal por Murguía, suponiendo fundadamente que se dirigía á Orduña; mueven batallones; reúne don Carlos en Tolosa el 27 á los generales que allí se encontraban y á algún brigadier, y se acuerda que procurando dejar el mínimum de gente en las líneas, acudiesen los batallones á Llodio para desde allí oponerse á la unión de la columna que avanzaba con la que pudiera salir de Bilbao; se desea la presencia de Pérula, y aburrido éste, contesta asombrado del desorden que se introducía; de que se le hubieran movido varios batallones sin saber á donde, y añadía para que se le dijera á don Carlos: «Todos los comandantes generales tienen amenazada su línea; sólo la de Alava ha sido atacada sin que hayan acudido batallones en su auxilio; yo me encuentro aquí—Aspurz, Navarra—con un puñado de hombres; el grueso de nuestras fuerzas lo teneis, y el enemigo arrolla el punto que mejor le parece, sin que nadie les auxilie, á la expectativa ó con pretexto de que si van á atacar por acá ó acullá:

esto no puede ser así, ni yo asumo tal responsabilidad, ó dejo esto, que Dios sabe cuáles serán las consecuencias, ó que mande otro, porque yo no puedo estar en todas partes, careciendo de telégrafos y elementos de guerra para dar rápidos golpes al enemigo».

Avanza Quesada desde Villarreal á Murguía, destruyendo las líneas telegráficas, baterías y reductos carlistas, recogiendo ganado en abundancia é imponiendo contribuciones; sigue á Peña de Unzá sin ver un carlista, llega á Orduña sin ser hostilizado, aunque divisó algunos enemigos, á los que cañoneó Loma, que procedente de Quinceces acudía al movimiento del general en jefe; exigió 8.000 duros de contribución, apoderándose de algunas existencias de víveres y granos; se causan los posibles desperfectos en las líneas telegráficas, y en la mina de Barambio, y se utiliza gran cantidad de granos y víveres en Lezema y Amurrio.

Regresa Loma á Villasana, ocupando los valles de Mena y Montija y sorprendiendo en el de Carranza un puesto de aduaneros; y Carasa, que había ido el 27 de Octubre á Arciniega, situó algunas fuerzas en Menegaray, y en las posiciones de Amurrio y Luyando, para hacer frente á las que ocuparon Orduña, permaneciendo en ellas todo el día 28 y 29, y al retirarse el 30 Loma hácia Barberana y parte de Losa, bajó Carasa á Llodio, donde se hallaba don Carlos. Por Arciniega regresó el 31 á Valmaseda, á donde también acudió don Carlos, celebrando allí el 4 de Noviembre sus días. Quesada volvió el 30 á Vitoria por la Peña Nueva,

Barberana y Espejo, habiendo sufrido mucho las tropas por la constante lluvia y el mal estado de los caminos.

En Navarra se verificaban en tanto sucesos importantes. Era comandante militar interino de Lumbier el teniente coronel don Juan Matorell, aunque sin los elementos necesarios para la defensa de esta plaza, pues tenía pocos cartuchos y solicitó en vano dos cañones: al amanecer del 10 de Octubre se vió atacado por los carlistas, guiados por Zugasti y Larumbe, cañonearon la ermita de la Trinidad, á la vez que arreciaban la acometida á la villa conforme iban recibiendo refuerzos; aproximaron por la tarde dos cañones á 750 metros de la ermita, dispuso Matorell la salida de una sección de tiradores á proteger á los apurados defensores de aquella, y de un convoy de 500 raciones, por haberlas recibido ya Matorell, no pudiendo romper la línea enemiga á pesar del arrojado que para ello emplearon; se intentó después la subida de otro convoy con el mismo estéril resultado; otra columnita de 40 hombres, llevando cada uno en el morral algunas raciones, subió á proteger á sus compañeros de la ermita, que eran la octava compañía de Jaen mandada por su capitán don Crispin Miranda; pero estos valientes, alabados por los mismos carlistas, que hacía treinta y dos horas sostenían muy desigual combate, ya entre escombros y ruinas, y cañoneados á 50 metros, sin poder curar sus heridos, se retiraron á Lumbier rompiendo la línea enemiga, por la que se abrieron paso á la bayoneta, protegiendo su retirada aquellos 40 voluntarios. Dieciseis muertos,

25 heridos 28 contusos costó esta operación, quedando en poder de los carlistas 12 prisioneros.

Dueño el enemigo de la importante posición de la ermita que domina el pueblo, rompió contra él el fuego de cañón simultáneamente con el de las otras baterías, y Pérula que había llegado al lugar del combate por él ordenado, conferenció con el conde de Caserta y duque de Parma; mandó inutilizar los puentes de Agés y Zugasti, y arreció el ataque á la plaza, á cuyo socorro esperaba acudirían fuerzas liberales.

Acudió, en efecto, el general Reina desde Tafalla y Rodríguez Espina desde Puente la Reina, con orden de incorporarse á aquel, como lo hizo; entró en Lumbier en la tarde del 21, experimentando algunas bajas; incorporósele aquella noche la brigada Araoz, procedente de Berdun, y al sentir á las once de la mañana del 22 el vivo fuego de artillería y fusilería sobre el centro y la izquierda de su línea, ordenó á las baterías que habían de batir lateralmente el cerro de la ermita de la Trinidad, le rompiesen para proteger el movimiento de avance del batallón de Jaen con dos compañías de tiradores del Norte, que atacaron de frente las posiciones de la ermita, no pudiéndolas tomar á pesar de cuatro horas de porfiado combate y de haber sido protegidas aquellas fuerzas por otras de refresco, teniendo que retirarse con grandes pérdidas.

Araoz, en tanto, experimentando sensibles bajas, llegó á Domeño; el general Cuadros á las posiciones de Ripodas; Goñi había escalonado sus fuerzas en las inmediaciones de

San Vicente, observando los movimientos del ejército y los del enemigo, y todos se movieron como se les prescribió; pero los carlistas seguían dueños de la sierra de Leira, molestaban con sus fuegos, especialmente desde el cerro de la ermita, y lanzóles Reina tres compañías de ingenieros afectas al cuartel general, y poco después el primer batallón de Isabel II, lanzándose también bizarramente el general Espina al disputado cerro, en el que se avanzaba penosamente, mas sin poder coronarle, aprovechándose algunas ondulaciones del terreno para irse rehaciendo á su abrigo: áspera la subida é incesantemente acosados por los carlistas, cedieron los liberales y se ordenó la retirada, cesando el fuego por ambas partes á las siete y media de la noche, después de haberse intentado una verdadera lucha ó ascensión titánica.

Aunque extraordinariamente inferiores las fuerzas carlistas, pues Pérula sólo tuvo á sus órdenes cuatro batallones y medio, 10 piezas de montaña y dos escuadrones (1), sus posiciones no podían ser más excelentes.

Las pérdidas de una y otra parte fueron considerables; solo las tres compañías de ingenieros tuvieron más de 40: hallaron gloriosa muerte el comandante de Jaen señor San José y otros oficiales y soldados, sumándose más de 400 bajas, quedando muchos he-

(1) Por el triunfo obtenido con tan desiguales fuerzas, se concedió á Pérula la gran cruz de San Fernando con la pensión anual de 40.000 reales, con arreglo á la ley de 18 de Mayo de 1862, y como comprendido en los artículos 25 y 27 del Reglamento de la misma.

ridos en el campo, exhalando desgarradores lamentos.

Ocupadas por los carlistas las alturas que rodean á Lumbier, Ripodas, Domeño y Arbonies, y hacinadas las tropas liberales, continuaron cañoneándolas y haciéndolas experimentar bajas, si bien las sufrían aquellos á su vez por los proyectiles liberales; cesaba el fuego á petición de los carlistas para conducir sus heridos á Irurozqui, obsequiándoles los liberales en Lumbier, y se arrojaban despues mutuamente los mortíferos proyectiles. El temporal perjudicaba á todos, y Reina telegrafaba al general en jefe, diciéndole que su posición era muy crítica si seguían las lluvias. Así pasó un mes el jefe liberal esperando que el temporal mejorase «ó una oportunidad cualquiera que le inspirase una nueva resolución (1)»; deseando, sin embargo, salir de aquella penosa inacción, impuesta por tantas y diversas contrariedades. Presentábalas indudablemente el enemigo, como el mismo general decía: «que al abrigo de sus fuertes posiciones, no tan solo parece que no quiere abandonarlas, sino, por el contrario, de día en día se establece más sólidamente sobre ellas, bien por medio de atrincheramientos sucesivos, ó bien estableciendo comunicaciones dentro de su misma zona».

Había ordenado el jefe del primer cuerpo al general Espina un movimiento para intentar la subida á la sierra de Leire, á fin de atacarla en combinación por tres puntos; pero fué imposible verificar aquel movimiento,

(1) Comunicación dirigida al general en jefe y fechada en Lumbier el 10 de Noviembre de 1875.

aunque lo intentó Espina, y se le mandó entonces subiese á Berdun, para que por el Roncal, Navascués y Salvatierra envolviese la posición de la sierra; y aun cuando Espina llegó á Berdun, vió ser también imposible aquella operación, y ser la sierra por aquella parte tan inaccesible como por la de la Trinidad. Consultó Reina por medio de su ayudante señor Cortijo con el gobierno, que le concedió libertad de acción, y un refuerzo de tropas que irían á Berdun, desde donde regresó Espina á Lumbier, en medio de un molesto temporal de aguas, dejando las fuerzas de Delatre, que pasaron á Lumbier el 22 de Noviembre á poco de haber marchado el general Reina y reuniósele los generales Espina y Cuadros, que habían salido conforme se les mandaba, sigilosamente de sus acantonamientos, para que el enemigo no se apercibiese de su marcha hasta entrado el día, aunque pudo distinguirse antes el incendio de Domeño causado por los que le abandonaban.

En las pocas horas que quedó solo en Lumbier el batallón de Jaen, arreció el cañoneo de los carlistas, y á los cuatro días, el 26, en cuanto supo Delatre la conquista de San Cristóbal y Oricain, se decidió á atacar las posiciones de Leire para hacerse dueño de la disputada y ruinosa ermita de la Trinidad, cuyo abandono dispuso Pérula: tan acertadamente operaron 2 000 hombres, acometiendo simultáneamente por Salvatierra, Yessa y Lumbier, que aquella atrincherada posición sobre desnudos peñascos quedó en poder de los liberales (1), encomendándose

(1) La octava compañía con su capitán don Crispin

su defensa y la de la sierra al batallón de Jaén, felicitado por su jefe señor Martorell, así como lo fué la división toda por Delatre (1).

PÉRDIDA DE PARTE DE LA SIERRA DE TOLOÑO—
SITUACIÓN DE LOS CARLISTAS—CARTAS DE DON
CARLOS—SU DECISIÓN.

LXXVIII

Llamado Quesada el 2 de Octubre á Madrid á conferenciar con el gobierno, regresó el 17 á Vitoria, volviendo á encargarse del mando del ejército, y Loma, que le había reemplazado, el del tercer cuerpo.

En movimiento el general en jefe y en combinación con otras fuerzas, se apoderó por sorpresa el coronel Polavieja del fuerte que construían los carlistas sobre Payueta, y de 14 prisioneros, retirándose el resto hácia la Bastida, donde atacados por el coronel Lacalle, les tomó aquella población y se corrió por la sierra de Toloño. Por esta sierra se dirigió también Quesada hácia el fuerte de San León, en el puerto de Herrera, donde fué Maldonado, que avanzó el 4 al pueblo de Pipaon, y rindióse al punto su guarnición, compuesta de 71 individuos de tropa, cinco oficiales y el gobernador del

Miranda, que el 21 de Octubre se vió precisada á abandonar la ermita, acudió ahora voluntariamente al ataque y conquistó, en unión de las demás fuerzas, las trincheras de aquella posición.

(1) Según informe del jefe de ingenieros don Antonio Ortiz, era imposible la fortificación de la elevada cumbre donde había estado la ermita de la Trinidad, y sólo consideraba como puntos obligados la cresta de la ermita, donde necesitaban construirse tres blockhaus.

fuerte don Julián Ruiz Escalera, quedando todos prisioneros de guerra, con sus espadas y equipajes, y en poder de los liberales tres cañones y buena cantidad de municiones y pertrechos de guerra.

Muy sentida fué por los carlistas la pérdida de San León y de Peñacerrada, cuya defensa tenía muy recomendada don Carlos desde el mes anterior, en cartas y telegramas, por las noticias que recibía de lo codiciados que eran de los liberales los puntos de aquella línea. Pérula, que había encargado la ejecución de las obras necesarias en la sierra de Toloño al jefe de ingenieros señor Garin, ordenado á Castel que estableciera con urgencia varias pequeñas obras á 1.500 metros una de otra, para tener aseguradas las comunicaciones, y había doblado las fuerzas que habían de defenderlas, se encontró con que no se habían ejecutado sus órdenes, insistió en que se hicieran, y se quitaran de San León dos de los tres cañones que allí no eran necesarios: con las seguridades que le dió Castel respecto á aquella línea, quedó tranquilo Pérula y confiando en que el ataque que por allí hubiera sería ventajoso para los carlistas. De aquí su asombro al saber que habían sido sorprendidas las posiciones confiadas á Castel, que éste había marchado á Villarreal hácia ocho días, sin permiso de su jefe, que los tres cañones permanecieron en el fuerte y que las obras mandadas ni aún llegaron á principiarse. Culpóse á Castel del mal servicio y de la peor distribución de la fuerza, y se declaró á la vez la inocencia de don Carlos Calderón, que no pudo llegar á tiempo, y no

hubiera podido hacerlo tampoco con la antelación necesaria para reorganizar todo el servicio, como lo hubiera hecho perfectamente, si en lugar de recibir Calderon tantas órdenes contradictorias como estuvo recibiendo tres días antes, y hasta hallarse con no poder disponer del telégrafo de Vizcaya por haber desobedecido torpemente esta provincia la orden sobre centralización de telégrafos, considerándolo contra fuero, se le hubiera dejado continuar su marcha, llegando así á tiempo de demostrar lo que podía hacer, no siendo seguramente culpable de que se dejaran sorprender las 10 compañías que había en Peñacerrada y abandonar su puesto sin disparar un tiro. Más de 100 hombres faltaron del batallón de Clavijo, y en el tercero de Alava reinaba un pánico espantoso, aunque nada había sufrido.

Encargado don Simón Montoya desde Agosto de uno de los mandos más importantes de las fuerzas carlistas, aunque teniendo pocas, las dirigía con acierto y movía con febril actividad y constancia férrea, empleando siempre el celo y el valor que tanto le han distinguido; consultándole muchos y contando con él todos (1), y hasta acudiendo á él los propietarios de viñas condoliéndose de que se perdiera el fruto en las cepas por la prohibición de recogerle, lo permitió; y al manifestarle Junquera que es-

(1) Oficiábale el señor Ferron desde Peñacerrada proponiéndole varias operaciones, y el comandante de armas de Lumbier sobre asuntos del servicio, y había comandante general de operaciones en Alava y en Navarra; y Junquera le pedía con inusitada frecuencia fuerzas é ingenieros.

taba prohibida la vendimia por el general Pérula, reclamó contra tan dolorosa determinación, aunque sin éxito, por entonces. Acompañó á don Carlos á Echauri, en los primeros días de Octubre, siguiendo á Irurzun, á Sarasa y á contemplar á Pamplona; dispuso y activó Montoya la construcción de varios fuertes en sitios oportunos de la línea que se le había encomendado, designada en un principio desde el puente de Anoz hasta Belascoain y alargada al día siguiente hasta Cirauqui y despues hasta Viana; no le pareció muy acertado el nombramiento de Junquera de jefe de una división, y en cuanto supo la pérdida de Peñacerrada y de los puntos encomendados á Castel, á Ferron y al coronel Montoya, consideró poco menos que perdida la provincia de Alava, y procuró, sino indemnizar en su línea este desastre, recorrerla con la frecuencia que lo hacía, imponiendo á las fuerzas de Pamplona que salían á cortar árboles, con las que sostenía algún tiroteo: reconoció muy de cerca los fuertes liberales del Perdon para ver si podía sorprenderlos, y una vez que lo intentó, mal guiada la fuerza se perdió por el monte (1); procuró sorprender á las fuerzas que

(1) No era fácil la sorpresa por la gran vigilancia que ejercían los jefes de aquellos fuertes. Don Francisco Ruiz Alegría, que tenía á su cargo los tres de Eolo.

En la revista que hizo el jefe de E. M. G. señor O'Ryan mostróle de oficio la satisfacción que le causara el excelente modo de cumplir sus deberes. En aquella glacial altura, ejerciendo exquisita vigilancia, y en fuego constante de cañón y fusilería contra los que bajaban por las cercanías de los fuertes á impedir la entrada de comestibles en Pamplona y contra los carlistas que trataban de llevar cargas de vino á sus avanzadas, es-

salían de Pamplona, y á la vez que prestaba servicios á su causa, debieron mucho respetables intereses de liberales, pues por él se efectuó al fin en toda aquella línea la vendimia, oficiosamente impedida por otros jefes carlistas, que no comprendían sin duda el inmenso daño que hacían, así como algunos jefes liberales.

Recordando Quesada á sus soldados en su orden general del 6 de Noviembre las ventajas que sobre los enemigos habían obtenido desde el 25 de Octubre, por lo que el rey, el gobierno y él mismo se mostraban satisfechos, siguió avanzando; ocuparon sus tropas el fuerte de Valle Hermoso, sosteniendo reñido choque con los carlistas el jóven coronel comandante don Braulio Sedano, y á la vista unos y otros combatientes prometía ser la sierra de Toloño encarrizado campo de combate. Pero Pérula exponía á don Carlos la dificultad de molestar á un enemigo numeroso que ocupaba las magníficas posiciones de Peñacerrada y tenía fáciles comunicaciones con Vitoria por un lado y con Logroño por otro, cuando los batallones tercero de Alava y Clavijo habían quedado llenos de pánico, y él pasara algunos días sin contar con más fuerza que ellos y seis compañías del segundo de Navarra para hacer frente á los liberales en las inmediaciones al castillo de Población, codiciado por el enemigo; para evitarlo reunió cinco ó seis batallones más, fuerzas insuficientes para las que le oponían sus contrarios; no pudiendo im-

tuvo hasta Diciembre de 1876, aun cuando los comandantes de los demás fuertes cesaron mucho antes en sus cargos, y su recompensa fué el reemplazo.

pedir los carlistas la pérdida de Bernedo, valerosamente conquistado por seis compañías del batallón reserva número 25, guiadas por Arango y Sedano, flanqueando dos compañías de la Reina por la derecha y cargando por la izquierda la escolta del general en jefe, haciendo más de 40 prisioneros. Aquellas seis compañías fueron victoreadas por su arrojo, que les costó siete muertos y 45 heridos. El total de pérdidas de unos y otros fué considerable.

Por la tarde volvieron los liberales á sus cantones.

La situación de Pérula era gravísima; así lo expuso á don Carlos, añadiéndole que el país estaba cansado y las diputaciones languidecían por falta de recursos y no querían ayudarle. Reconoció la imposibilidad de sostener líneas extensas y la necesidad de reconcentrar sus fuerzas ante el progresivo aumento de las del enemigo, y sintiendo tener que abandonar las posiciones inmediatas á Lumbier, que sin exponerse á una derrota en otros puntos no podía dejar en ellas las fuerzas que á la sazón tenía, avisó reservadamente á Larumbe el 19 de Noviembre que, con las precauciones y reserva convenientes y sin que el enemigo se apercibiera hasta última hora, abandonase la ermita de la Trinidad y demás puntos que creyese preciso.

Avisábase á Pérula que iba á ponerse don Alfonso al frente del ejército liberal con grandes refuerzos, le afirmaba esto más en sus determinaciones, y le escribía don Carlos (1): «Los momentos son solemnes y pre-

(1) En carta autógrafa fechada en Durango el 15 de Noviembre de 1875.

ciosos. Hay que aprovecharlos pronto, sin contemplaciones, sin dejarse dominar por los acontecimientos, ni por simpatías, ni por antipatías. Hay que vencer el esfuerzo supremo que va á hacer la revolución. Si obramos bien, es decir, con decisión, unidos y sin más objeto que vencer todo obstáculo, la tormenta se disipará y nuestro triunfo será inmediato. Para esto se necesita un plan ante todo, y el plan no debe ser local ni raquitico, es preciso que sea el digno resultado de la lealtad más pura, del carlismo más acendrado. Yo me desvelo y no ceso de pensar en esto; Argüelles te dirá algo de lo que se nos ha ocurrido; pero como es tan grande la confianza que en ti tengo depositada, no quiero hacer nada que pueda estorbar tu pensamiento. Yo iría volando á donde tú estás, pero aquí hago falta, pues aquí va á hacer el enemigo un poderoso esfuerzo; convéncete de ello: mira las cosas como son, no según las impresiones del sitio en donde te encuentras y de las afecciones del corazón. Obra sobre todo con calma, actividad y sujetándote al plan fijo que se adopte como más conveniente. Dios te guarde como lo desea tu afectísimo, *Carlos*».

Y le añadía once días después: «Los momentos que te anunciaba en mi última están próximos, pero me siento más lleno de confianza que nunca. Dios nos ayudará: siempre que nos hemos encontrado en circunstancias análogas nos ha socorrido: ahora mismo, con el último desembarco, nos envía algo. Es indudable que necesitaríamos mucho más, pero quiere que por nuestra parte hagamos

lo demás; exige de nosotros prodigios de valor, de fé y de constancia.

»Hagámonos dignos de tanta gloria. Así es que pensando sobre lo que puede suceder, me afirmo en la creencia que nuestro principal punto de mira ha de ser destrozarse una columna ó un cuerpo de ejército, echarnos sobre él á lo Lácar, á la bayoneta; así economizaremos sangre y municiones é infundiremos terror. Esto conseguido, no debemos parar: es preciso dar golpe sobre golpe, con resolución, con confianza en Dios.

»Sin embargo, hay que tomar todas las precauciones, dar las órdenes de modo que ningún subalterno pueda eludir el compromiso ó retardar la ejecución de lo que se manda, etc., etc. Tengo inmensa confianza en ti y en el valor de mis voluntarios.

»Cuando llegue el día del peligro lo compartiré con vosotros, seguro de la victoria. Aquí el espíritu es excelente. Lo mismo me dice la división guipuzcoana.»

No se limitó don Carlos á alentar al jefe de su ejército, sino que estimuló á las diputaciones para que con preferencia á los demás servicios alentarán la construcción de armas, cartuchos y calzado, pidiendo nota exacta de las existencias (1), y dirigió á su ejército el 23 desde Durango una entusiasta alocución, diciendo que había llegado la hora tan deseada, víspera de grandes batallas, y que la revolución, guiada por un príncipe á quien llamaba rebelde de su familia, iba á

(1) Contestaron estas corporaciones que carecían de recursos, y que no les había dado resultado la elaboración de las chapas de metal para hacer cartuchos, y que tenían que exportarla de Francia.

intentar el último esfuerzo, después de haber empleado todos los medios, desde los más crueles á los más hipócritas. Recordaba pasadas glorias, y añadía:

«Pues bien; á corazones tan esforzados no se debe ocultar la verdad; que crecerán vuestros alientos, al compás que arrecien los peligros. Ciento, doscientos mil hombres, tal vez, arrojará Madrid sobre estas provincias; vengan en buena hora. Con soldados como vosotros solo se cuenta el número de enemigos después de la victoria: vengan en buena hora, que contra vuestros pechos se estrellará su feroz impetu, como se estrellan contra el inmóvil peñasco las rugientes olas del mar embravecido» Recuerda la titánica lucha contra Napoleón; el *no importa* de aquellos héroes; dice que la constancia es la victoria, y añade:

«A los que procuren desanimaros, despreciadlos; á los que intenten sembrar entre vosotros la desconfianza, denunciadlos á vuestros jefes para el castigo. Esperando la hora del combate, santificad vuestro corazón elevándolo á Dios, á Dios por quien combatimos, y que, una vez más, con su brazo todopoderoso anonadará á nuestros enemigos tan soberbios. Torpes manejos han hecho estériles las fatigas de nuestros hermanos de Cataluña y del Centro; pero pronto se oirá en sus ásperas montañas el grito de *desperta ferro*, y en sus cumbres tremolará de nuevo nuestra bandera iamazulada. Las demás provincias de España agítanse para auxiliarnos; que pruebas recientes tienen de nuestra abnegación y de nuestro patriotismo.

»Voluntarios, adelante. Penalidades sin cuento nos esperan; hambre, frío, desnudez, cansancio: las sufriré con vosotros. Las grandes causas necesitan inmensos sacrificios; pero venceremos, yo os lo aseguro. Voluntarios, con vuestra constancia salvaréis las santas creencias de nuestros padres, salvaréis á España, salvaréis la monarquía, salvaréis nuestras antiguas libertades. Al combate, voluntarios: pensad que si vivos, ceñirán nuestras frentes las coronas de los héroes; la palma gloriosa de los mártires cubrirá el sepulcro de los que peleando por Dios, por la patria y por su rey, mueran en los campos de batalla. Vuestro rey y general, *Carlos* (1).»

Grande era sin duda la confianza de este señor, aunque no ignoraba el peligro; pero si no el triunfo inmediato, esperaba el sostenimiento indefinido de la guerra, porque se consideraba invulnerable en las provincias vascas; así que, hija de esa misma convicción, mas deseando quizá conseguir algún respiro en la pedida tregua, fué la carta que escribió á don Alfonso, de que fué portador hasta Haro, donde se hallaba el general Quesada, el señor Zubiri, cuyo encargo desconocido fué tan comentado, y el jefe liberal la remitió al rey (2).

(1) Al dirigir esta alocución á las diputaciones vascas y navarras, sin ocultarles el peligro, las estimulaba á enardecer el espíritu público.

(2) Desfigurado este documento al publicarlo algunos periódicos, le reproducimos aquí como fué escrito:

Á MI PRIMO ALFONSO

«La actitud del presidente de la República de los Estados Unidos puede estimarse como preludio de una gue-

LÍNEA DE ALZUZA Á SAN CRISTÓBAL.—ATAQUE Y
DEFENSA DEL REDUCTO ALFONSO XII

LXXIX

Preocupados el gobierno (1) y Quesada con la situación de las tropas encerradas en

rra, si no reconoces la independencencia de Cuba. De que España haya llegado á tal ignominia responde la revolución que representas: sin ella no hubiera nacido esa rebelión parricida. Reinando yo, jamás alcanzara fuerzas; que el legítimo derecho del que manda es el único que puede reformar sin imposiciones, ceder sin mengua, refrenar sin ira, gobernar sin pasión. Pero se trata de la integridad de la patria, y todos sus hijos deben defenderla; que cuando la patria pelagra desaparecen los partidos; sólo quedan españoles. Si la guerra llega á estallar, te ofrezco una tregua por el tiempo que dure la lucha contra los Estados Unidos. Pero entiéndase bien, que la única causa de la tregua que te propongo es la guerra extranjera, y que mantengo incólumes mis derechos á la corona, como la seguridad de ceñirla. Más allá de los mares carezco de territorio que dominen mis armas, y no puedo mandar á Cuba mis leales voluntarios; pero defenderé estas provincias y el litoral cantábrico; armaré en corso á los indómitos hijos de estas costas donde nacieron El Cano, Legazpi, Churruca; perseguiré el comercio marítimo de nuestros enemigos, buscándolos, quizá, hasta en sus mismos puertos. En el caso de guerra extranjera, ¿aceptas la tregua que te ofrezco? Nombraremos entonces representantes que la regularicen. ¿La desechas? Será testigo el mundo de que la España católica ha cumplido h'dalgamente con su deber. ¿Prefieres demandarla al enemigo que te amenaza? Humíllate en buena hora; quizá á cances respiro momentáneo; pero en breve te suscitará buscados conflictos, y se perderá Cuba para la patria, quedándote la deshonra de haberte humillado, y la vergüenza de haberte humillado inútilmente.—Tu primo, *Carlos*.»

Sobre esta comunicación mediaron entre los mismos carlistas ciertas cartas, algunas poco respetuosas para don Carlos, y cuya publicación nos reservamos, aun cuando no merezca esta consideración. por nuestra parte, alguno de sus autores, si bien la merece nuestra propia dignidad y altos respetos.

(1) «No porque tema ningún contratiempo, dada la

Lumbier, aun cuando cada día iban disminuyendo los carlistas que las asediaban, y contaban los liberales 19 batallones y numerosa artillería, después de haber conferenciado el general en jefe con el brigadier Goñi en Peñacerrada el 14 de Noviembre, se dirigió desde Logroño á Navarra, llegó el 20 á Tafalla, y el 22 puso en movimiento sus tropas, saliendo la división Espina de los pueblos de Aldunate y Tabar, á Urroz, donde venció la resistencia que le opusieron los carlistas, y la que siguió oponiéndole Rosas Samaniego hasta Alzuza, cuyas elevadas posiciones coronaron, á pesar de llevar su tropa seis leguas de marcha, ser terrible el frío y estar nevando copiosamente (2).

El general en jefe, que presencié gustoso la ocupación de Alzuza desde las murallas de Pamplona, á donde había llegado con la división de reserva á la una y media, ordenó que alguna artillería apoyara con sus fuegos el avance de las fuerzas liberales.

El general Reina, procedente de Lumbier,

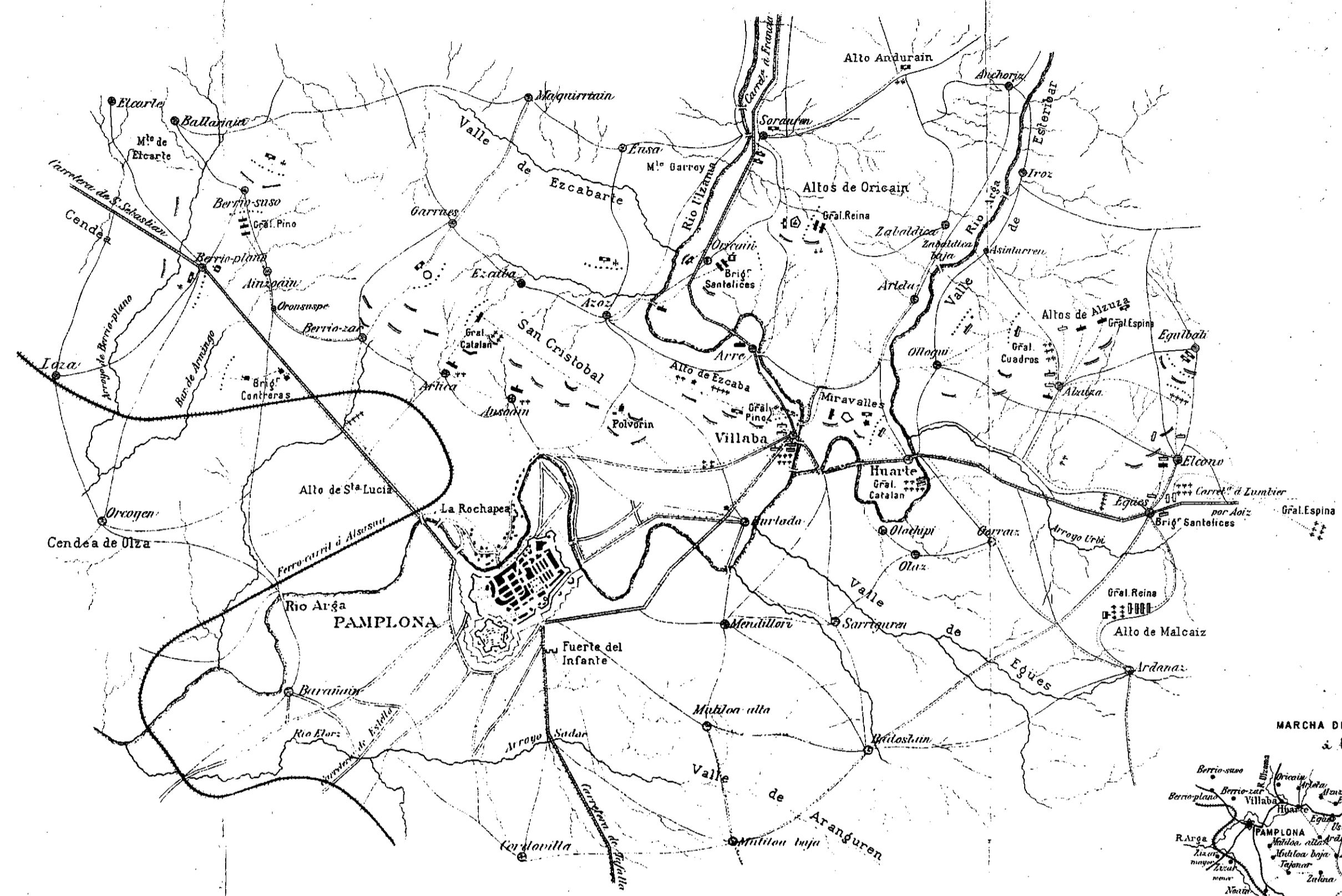
superioridad de las fuerzas de que dispone el general Reina, si no porque la inacción en que se encuentra no puede menos de ser perjudicial é influir sobre la opinión pública.»

Telegrama del ministro de la Guerra, 14 de Noviembre.

(2) Obstáculo fué el nevar en Alava para el general que salió de Pariza para marchar sobre Apellaniz y Maestu, en día sereno, y se lo impidió la nieve que empezó á caer, y desde Urarte, á un par de kilómetros de Pariza, suspendió el movimiento, ordenando al general Maldonado se alojaran de nuevo en Urarte las fuerzas que allí había de su división, retrocediendo las restantes á sus cantones de Pariza, Albaina y demás puntos en que habían pernoctado.

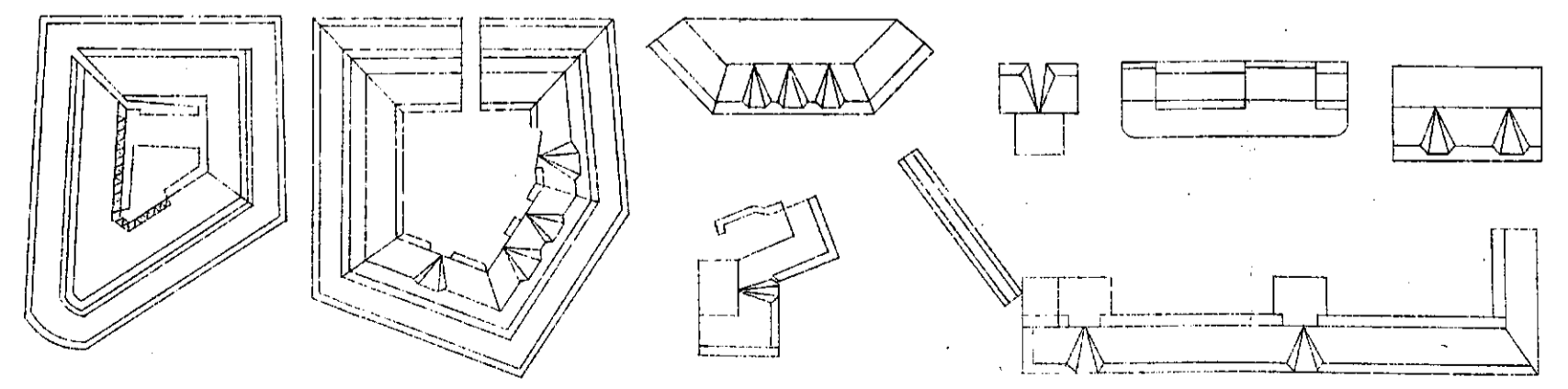
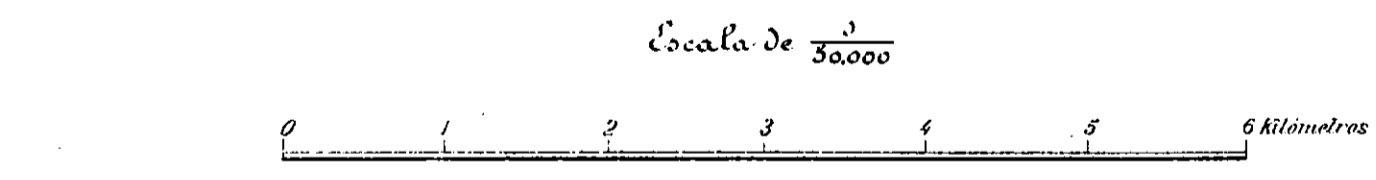
Así lo publicó la *Gaceta* en el mismo día que la toma de Alzuza.

CRÓQUIS DE LAS OPERACIONES QUE TUVIERON LUGAR SOBRE LAS LINEAS DE
ALZUZA, MIRAVALLES, SAN CRISTOBAL Y ORICAIN
 en los días 22, 23 y 24 de Noviembre de 1875.



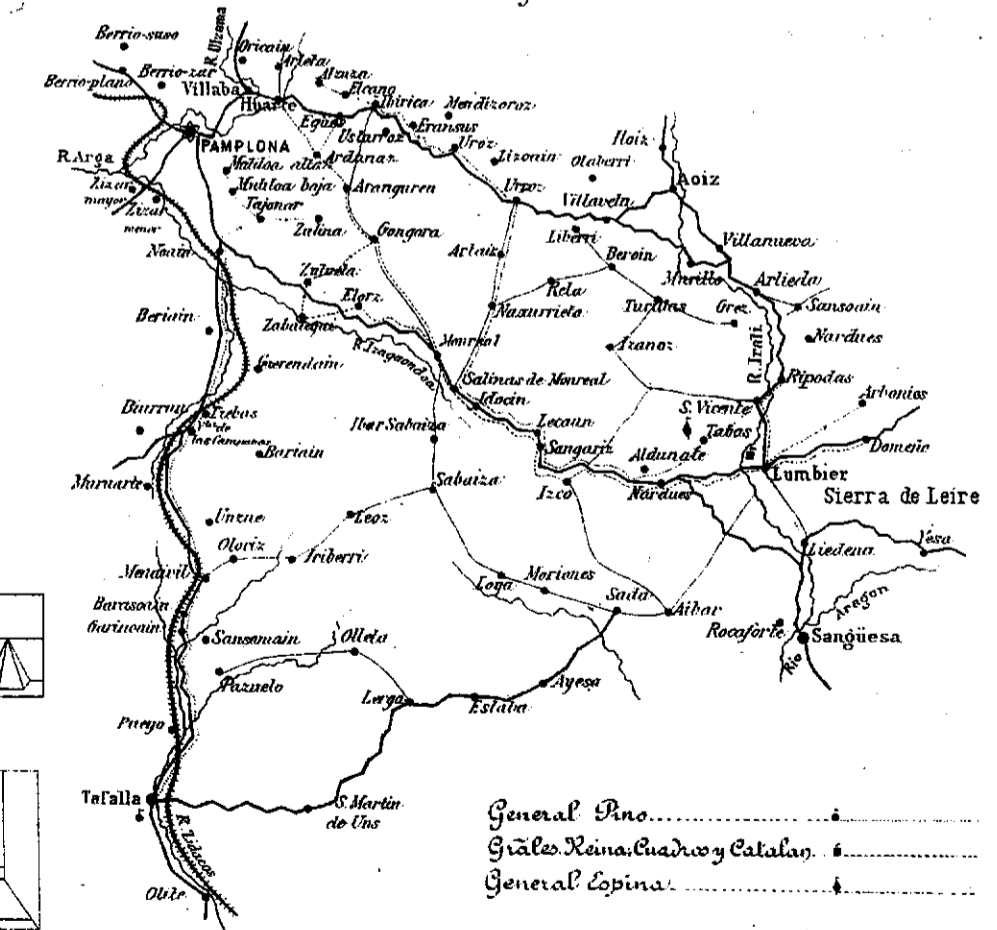
Signos convencionales:

- | | | | |
|---|-------|-----------|-------|
| Día 22 | ----- | Inf. Car. | ----- |
| Día 23 | ----- | ----- | ----- |
| Día 24 | ----- | ----- | ----- |
| Cuartel General | ----- | ----- | ----- |
| Fuerzas Carlistas | ----- | ----- | ----- |
| Trincheras, baterías y reductos carlistas | ----- | ----- | ----- |



Obras defensivas de los Carlistas.

MARCHA DE CONCENTRACIÓN DE LAS FUERZAS
 a la zona de operaciones.



- | | |
|---------------------------------|-------|
| General Pino | ----- |
| General Reina Cuadros y Catalán | ----- |
| General Espina | ----- |

(1) «No porque tema ningún contratiempo, dada la || de Alzuza.

y á pesar del temporal de nieves, «cuyo efecto sólo han podido apreciarle los que le han sentido, (1), cumplió, sin embargo, las órdenes superiores con precisión, y pernoctó en Monreal, enviando las baterías montadas á Noain, y aún continuó Reina hasta Elorz.

En la madrugada del 23 dispuso Quesada la ocupación de Huarte, cañoneándole previamente, así como el cerro de Miravalles que lo domina, y atacado con resolución por el primero de Castilla con su coronel Ziriza y el brigadier Ciria, tomando parte medio batallón de Valencia, coronaron el cerro á pesar de su reducto y numerosas trincheras.

El general Catalán entró sin obstáculo en Villaba, venciendo la resistencia que le opusieron para establecer sus tropas en los altos de Ezcaba, á pesar del fuego que toda la tarde hicieron los carlistas desde el elevado cerro de Oricain y de San Cristóbal, atacado por las baterías de la plaza y una de montaña.

Reina se incorporó á Quesada en Egues, y combatiendo parte de sus fuerzas se alojó en Huarte.

En la mañana siguiente, 24, el general Pino con la brigada Ciria y el brigadier Armiñan, envolvieron el monte de San Cristóbal, no obstante la resistencia que los carlistas opusieron por debajo de los Berrios, y la artillería de campaña desde Alzuza, Miraballes y Ezcaba cañoneaba con fuegos convergentes los reductos de Oricain, á donde

se dirigía el brigadier Santelices faldeando el cerro de Ezcaba, sufriendo nutrido fuego de cañón y de fusil de los montes de Ezcabarte, lo cual no impidió llenaran los liberales su cometido. Sostuvieron después reñidos combates con varias peripecias; envió Quesada en su auxilio nuevas fuerzas; las de Valencia que guiaba el valeroso coronel Trelles, fueron rechazadas por vigorosas y repetidas cargas; pero se rehicieron con enérgica resolución, y antes que pudieran auxiliar á Trelles las compañías de marina situadas en Huarte, que tomaron posición para apoyar el avance hácia el reducto Ichuru, atacó de nuevo al enemigo, con tan valerosa decisión, que el éxito fué completo: al grito de Viva Alfonso XII, se apoderó en breve, sosteniendo cuerpo á cuerpo encarnizada lucha, de una batería y de un reducto cerrado, con profundo foso y puertas. Los de Valencia fueron victoreados con entusiasmo por todo el ejército.

Con luminarias y campaneó celebró Pamplona la conquista de aquellas posiciones desde donde les cañoneaban los carlistas diariamente, experimentando un verdadero bombardeo, además de verse asediados, pues una vez el jefe carlista Garrido sacó de la misma estación del ferro-carril dos locomotoras, que necesitaba el conde de Belascoain, y otro día se apoderaba Mendoza (don Joaquín) de la mayor y más rica parte de un gran convoy de mercancías, siendo casi diarias las presas de ganados y efectos que se hacían casi á las puertas de Pamplona, de las que solía indemnizarse algún guerrillero liberal apresando ganados á sus enemigos.

(1) Parte del general Reina.

Preocupado don Simon Montoya con las líneas carlistas de Navarra, y recorriendo constantemente la que le estaba encomendada á pesar del mal estado de su salud, en cuanto supo la salida de Lumbier de las tropas que le ocupaban, aunque le dijeron que se dirigían á Tafalla, supuso que podrían ir á Pamplona, empezó á tomar disposiciones y mover fuerzas para reforzar la línea de que estaba encargado Junquera, y aun de la de Larumba, cuyo silencio le asombraba, así como el contenido del oficio que recibió marchando á Aoiz, que no informaban seguramente, previsión, ni diligencia. Grande la mostró Montoya, sin parar en toda la noche, empujando fuerzas, sacando á algunos jefes de la cama, y continuó hácia Pamplona por el monte: antes de llegar á la posición que había elegido Mendoza, enfrente de Alzuza, perdida por Junquera, por no tener cubierto aquel importante punto más que con parte de la partida de Rosas Samaniego, y sin haber hecho en dicha posición, llave de todo, según expresión de algunos, las obras defensivas que se le tenían ordenadas, de lo que se mofaba ó poco menos, advirtió Montoya las fuerzas de caballería que avanzaban por la carretera como amagando á Aoiz; movió las suyas, llegó á la posición elegida por Mendoza á tiro de fusil de los liberales, que ocupaban ya á Alzuza, y vió que allí no había dirección alguna, pues la posición que ocupara Mendoza, era por haberle parecido buena, no porque nadie se lo ordenara. Sin otras instrucciones Montoya que cuidar mucho de Irurzun y de la parte de Echauri, se fué con

un batallón y un escuadrón á Sorauren; conferenció allí con Junquera, á cuyas órdenes puso los batallones que tenía Mendoza en vez del primero de Navarra, que era el único que llevaba y se empeñaba le enviase á San Cristóbal en relevo del octavo fatigado, y como se quejara de que su artillería no tenía más que para dos ó tres disparos, le ofreció dejar las seis piezas de Llorens bien municionadas. Quiso que Montoya se encargase del mando de la línea, pues no la conocía ni el terreno, más que un poco por el mapa (1); procuró aquel tranquilizarle é inspirarle confianza, y como ya le dejaba Montoya cuatro batallones, dos en posición y dos en marcha, inmediatos, siguió á la mañana siguiente por detrás de San Cristóbal, asombrándole de que bien entrado el día, veía que salían de los pueblos á formar con mucha calma las compañías de la brigada Gandesa, cuando los liberales subían decididos á San Cristóbal por la izquierda. Reprendió Montoya á aquellas fuerzas, lo avisó á Junquera, á cuya línea pertenecían, y la ascensión del enemigo; encontróse á poco con Pérula y Guzman que llegaban con gente de refresco; situó convenientemente el primero de Nava-

(1) Tanto indignó á Montoya esta declaración, porque su compañero llevaba en la línea cerca de dos meses, daba instrucciones á todos los jefes de las otras líneas, molestaba con trabajadores y pedidos á todos aquellos pueblos para los trabajos de fortificación, haciendo llevar la madera hasta de Aoiz, que le contestó bruscamente: «Dígame V. de oficio lo que acaba de decirme de palabra; esto es, que no conoce V. la línea, y al momento me encargo de ella y marchó al enemigo. Ya ve V. mi estado de salud; lo mismo me da morir de un balazo que de una pulmonía.»

rra en las posiciones del boquete, y las piezas de grueso calibre de Negrete en batería frente á Pamplona (1) y la caballería hizo un amago hácia esta posición y hácia Ororbia. Ni Montoya ni Pérula podían ya remediar el desórden que había reinado, y tuvieron que ver á sus enemigos enseñoreados de aquellas eminencias, aun cuando dias después recuperase Mendoza la de Alzuza é inmediatas. Más de 400 bajas experimentaron unos y otros combatientes.

En la noche del 25, pretendieron los carlistas de la línea de Estella, guiados por su arrojo y la confianza de un desertor, asaltar el reducto de Alfonso XII en Monte Esquinza. Escogidos los asaltantes, llegaron á poner las escalas sobre la muralla del reducto sin advertirlo los centinelas, y simulando otros el asalto por la parte de Ciranqui, los de las escalas treparon por ellas, defendiendo sus cuerpos con sacos de paja que sostenían con la mano izquierda. Ya dentro del fuerte, un centinela y el teniente de artillería señor Cantero, dieron el grito de alarma; se inició una lucha sangrienta cuerpo á cuerpo, que duró más de una hora, al cabo de cuyo tiempo solo quedaron en el recinto y fosos los muertos y heridos, más de 40, con-

(1) Al felicitar el señor Guzman á Montoya, contestó-le que no sabía por qué, pues en vista de las instrucciones que tenía no había podido batirse, como era su deseo. Se lamentaron de la falta de las obras que se mandaron hacer en Alzuza, y de que en vez de tener en esta posición bastantes fuerzas, como se le tenía prevenido, sólo tenía en ella la partida de Rosas, é incompleta; y amenazando Guzman con que las pagaría todas el culpable, replicó oportunamente Montoya: «quien lo paga somos nosotros y la causa.»

tando la guarnición sobre 22 bajas. El barril de petróleo que dejaron los carlistas, demostraba su intento de incendiar las construcciones de madera del reducto.

Algunos dias después, el 16 de Diciembre, no escarmentados los carlistas, pretendieron de nuevo apoderarse del mismo reducto, bajando algunos sigilosamente y de noche al foso, en el que colocaron maderos, con los que pretendieron escalar la muralla por el ángulo Sur. Descubiertos, rompieron el fuego los que ocupaban aquel baluarte; contestó el enemigo, y vióse que éste rodeaba todo el fuerte y cercaba la estacada con ánimo de asaltarlo en cuanto los primeros se hubiesen presentado en la cima; se extendió el fuego por toda la línea, y ya no pudo ser sorprendido el fuerte ni aun sostenerse los que lo intentaban en su marcada posición: retrocedieron algun terreno, y parapetándose en sus ondulaciones continuaron el fuego por espacio de media hora, hasta que un disparo de metralla les hizo retirarse por completo y abandonar su proyectado ataque.

GUIPÚZCOA—CAÑONES DE LA DIPUTACIÓN—

PASADOS

LXXX;

Mientras en Alava se dirigían inútiles y lejanos disparos al mal llamado fuerte de Apellaniz, y se hacían excursiones tan poco fructíferas como la de 26 de Noviembre desde Urarte por la crilla del río á las ventas de Armentia, donde se dió ración de etapa para dos días, emprendiéndose la marcha

para los anteriores cantones, las reservas 5 y 25 á San Martín, continuando en los mismos puntos hasta el 6 de Diciembre, abandonaba las filas carlistas don Cecilio Valluerca, y la contraguerrilla de Miranda de Ebro batía en Subijana y Morillas á algunos enemigos.

Excepto los movimientos de las fuerzas que se relevaban en los cantones de uncs y otros contendientes, apenas se efectuaron operaciones en la extrema izquierda liberal, pues ni el fuego que el batallón carlista de Somorrostro, que estaba en el Berren, sostuvo por más de dos horas con los liberales que avanzaron por el alto de Valdespina; ni la sorpresa de Campos, Blanco y Arce en Herranz por la columna de Honorato, situada en el valle de Tobalina, que costó la vida al primero, ni el ataque por el batallón cántabro á la contraguerrilla de Guriezo, ni el ligero tiroteo de la del valle de Mena con algunas avanzadas carlistas, y algunos otros pequeños encuentros, merecen más que mencionarse.

En Guipúzcoa continuaba el bombardeo de Guetaria, Hernani y San Sebastián, habiendo día, el 29 de Noviembre, en que se lanzaron á esta ciudad 96 granadas, y á Hernani 1.500 en Octubre, 1.132 en Noviembre y 1.549 en Diciembre: no podía hacerse más angustiosa la situación de su vecindario ni más crítica la de sus valientes defensores: ¡bien ganado tenía la patria de Juan de Urbietta el título de invicta que le fué concedido el 21 de Setiembre de aquel año, poseyendo ya el de noble y leal!

Tamida de los carlistas la excursión de Quesada á Villarreal y Arlaban, por lo que

la diputación alavesa se trasladó interinamente á Oñate, y alarmados á poco con el desembarco de algunas fuerzas en Pasajes, tronó contra este puerto el cañón de San Marcos, se movilizaron los tercios (1) y empezó á haber mayor movimiento en aquella línea. Amagaron el 6 de Noviembre algunos ataques los liberales por la parte de Oyarzun; efectuábanse mutuamente pequeñas sorpresas; desembarcaban los carlistas el 26 en Motrico dos cañones de batir, 3 millones de cartuchos, 100.000 libras de plomo y 50.000 de salitre, sin que temiesen siquiera la presencia de ningún buque de la escuadra liberal, á pesar de ser en pleno día y estar algunos de aquellos á la vista (2); y la gran parada con que celebró San Sebastián el 28 el aniversario del natalicio del rey don Alfonso, fué acompañada por algunos disparos de las baterías carlistas *para tomar parte en la fiesta*, como decían en su telegrama (3). Preocupaban, sin embargo, á los carlistas los

(1) Por haberse enviado á *prevención* un batallón de estos movilizados al alto de Salinas, ofició la diputación al comandante general, lamentándose de la medida tomada cuando tan necesarios eran aquellos hombres para las labores agrícolas, á la sazón casi abandonadas; se quejaba de la poca consideración que tenían al país los militares, que ya iban faltando los recursos y amenazaba con desarmar á los tercios.

(2) El alcalde de Motrico, señor Sustaeta, decía en el oficio de aquel día, que original poseemos: «Tengo la gran satisfacción de comunicar á V. E. que á las diez y media de la mañana de hoy ha fondeado en este puerto el vapor *London*, á la vista de los buques enemigos, por lo que tuvo que simular un desembarco en Ondarrea ó al menos marchar antes en aquella dirección».

(3) Hasta aquel día llevaban lanzados uncs 928 proyectiles, y á fin de Diciembre de aquel año sobre 1.300.

repetidos desembarcos de tropas en San Sebastián; y para hacer un alarde de fuerzas, dispuso don Eusebio Rodríguez en la madrugada del 23 de Diciembre, se provocara en toda la línea á los liberales, especialmente sobre Irún y Santa Bárbara; más contestaron únicamente con el fuego de los fuertes, hasta cuyas inmediaciones llegaron los carlistas. Reconocida por éstos la necesidad de fortificar bien su línea, necesidad de que también se había ocupado Vizcaya, construyendo trincheras y obras de defensa en las líneas de Ochandiano, Urquiola y Ubidea, y trazándolas en las de Somorrostro, dispuso Guipúzcoa construir una serie de trincheras en el límite de la provincia con la de Navarra por la parte de Vera y por el paso de Azaute del ferro-carril y la carretera de Cegama á Alsásua, que empalma en la venta de Arcuruceta con la de Idiazabal; y atendiendo á la izquierda de su línea á fin de cerrar la entrada de la ría de Orio, y para prevenir en el caso de un avance de los liberales al alto de Garate, se hicieron estudios y se presentaron proyectos notables, aun cuando no todos se realizaron.

Llegaron entonces los dos cañones de grueso calibre de la diputación de Guipúzcoa (1)

(1) Escribió esta corporación el 9 de Junio á don Carlos que había dispuesto llevar dos cañones de grueso calibre, que se le declararan propiedad de la provincia, y que ningún jefe militar dispusiera de ellos, hasta que el comandante general de Guipúzcoa, de acuerdo con la diputación, creyese habían llenado el objeto que les movía á comprarlos, á lo que accedió don Carlos con la sola condición de que una vez libre el territorio de enemigos, pasarían aquellos cañones á ser propiedad del Estado.

de 13 centímetros; pero para habilitarlos se necesitaban algunos trabajos, por lo que se llevaron á Azpeitia, y según el director de artillería señor Mestre, se podían calcular 4.000 kilogramos de pólvora para 400 disparos, y en unos 13.000 kilogramos el hierro de lingote para proyectiles. El coste de cada disparo se estimaba en 140 ó 160 reales. Su misma magnitud era un grande obstáculo, pues las explanadas ó parajes donde habían de colocarse exigía fuesen de mampostería ó piedra como se usa en las fortificaciones permanentes, y su transporte, sobre todo en las retiradas, presentaría casi insuperables dificultades, no pudiendo separarlos de buenas carreteras. Fué, sin embargo, un grande acontecimiento su llegada, anunciada por el comandante general de Guipúzcoa en la orden de 28 de Noviembre, diciendo á los vo-

Solicitó la diputación que los jefes, oficiales y voluntarios de la provincia cedieran la paga de un mes para la compra de los cañones, y se negaron, fundándose en que, aunque la división guipuzcoana llevara las piezas, se apoderaría de ellas el cuerpo de artillería; que antes había sido reducida la paga á la mitad con el mismo objeto y aún no se habían liquidado las cuentas; que se les descontó medio sueldo para socorrer á los castellanos y aragoneses, y estos no cobraron, y que andando en operaciones no podían pasarse con menos de la escasa paga que tenían. Y aunque se lo manifestó así á la diputación el comandante general señor Egaña el 29 de Junio, se impuso esta corporación, se cedió la paga que pedía, cediéndola también los tercios y todos los empleados civiles, y á su virtud, el diputado general don Estéban de Zurbano pasó una circular—16 de Agosto de 1875—á todos los alcaldes, para que se abriera una suscripción por familias, invitando á que cada una entregara, como donativo, la cuota de 1 á 100 reales, sin decir que era más que para un proyecto de la mayor importancia.

luntarios que, «con elementos como estos yo también puedo decir como vosotros, cuantos más vengan más caerán».

Este era el espíritu general sin duda; aunque no lo veían de la misma manera los carlistas que se pasaban á sus enemigos, y especialmente los procedentes del Centro, á los que se tenía abandonados. También se pasaban de las filas liberales á las carlistas (1), y si desde Marzo á fin del año, no llegaron á 300, débese á las operaciones que se llevaron á cabo, pues nada trabajaba más el ánimo del soldado y le predisponía á buscar fortuna entre sus enemigos, ó á desertar para emigrar á Francia, como la inacción; si para todo el ócio corroe, para el soldado la inacción le corrompe.

PROCESOS CONTRA DORREGARAY, OLIVER, SAVALLS, MORERA, BARÓN DE SANGARREN, MARQUÉS DE LOS HORMAZAS, MENDIRY.

LXXXI

El regreso de Dorregaray al Norte despertó esperanzas en unos y temores en otros, y hasta fué objeto de alarma en la diputación de Navarra el recibimiento que aquel tuvo en Estella, que supuso preparado por los señores Ollo y Tejada, y no era si no la expresión del disgusto que reinaba, con lo que por todas partes sucedía; la protesta de aquella situación, y una evidente manifestación en favor de Dorregaray, al que no po-

(1) Según el estado que tenemos á la vista hubo mes, el de Julio de este año de 75 que nos ocupa, en que desertaron del ejército liberal del Norte 74 hombres.

día menos de inclinarse don Carlos. Por esto mismo vióse Dorregaray blanco de embozadas calumnias; rogó á don Carlos mandase abrir una información para esclarecer su conducta durante su mando en el Centro, y accedió «por conservarte en el aprecio á que te has hecho acreedor por tus anteriores servicios, ó por aplicarte el peso de la ley como al último de mis vasallos.»

El proceso se fijaba especialmente en el mando de Dorregaray en el Centro, como lo prueban los interrogatorios que se formularon, contestados más ó menos favorablemente para el procesado (1). La causa quedó en sumario, por haber emigrado todos á Francia antes de que terminase.

Procesado también el ilustrado jóven don Antonio Oliver, sin que resultara otro delito que la crítica que hacía de ciertas órdenes, que por muy elevadas que siempre sean no son infalibles, y ejerciéndose con él un rigor que sentaba mal entre compañeros y en aquellas circunstancias, elevó una exposición á don Carlos protestando de su lealtad, pidiendo el sobreseimiento de la sumaria y se le pusiera en libertad. Siguió sin embargo, el proceso con no pocas irregularidades, que no favorecían á los que en él intervenían, pues se trataba de una persona

(1) Véanse en el núm. 25 las declaraciones de los señores don Manuel Marco y don Pascual Gamundi. El teniente don Luis Guardiola, que se dijo llevó á don Carlos documentos ocupados á don Joaquín Malieu y Mezquita, y que en vano les pidió el fiscal, no probó la culpabilidad de Dorregaray.

Este, para huir de poco favorables manifestaciones, pidió, y se le concedió, trasladarse al castillo de Peña Plata.

de valer y que había prestado inmensos servicios á la causa carlista; recusó Oliver al fiscal, á lo que accedió gustoso don Carlos (1) y le sustituyó con don Leon Martinez Fortun, que de Durango le llevó á Azpeitia.

Formóse también causa á Savalls por lo sucedido en Cataluña, aunque no era él solo el culpable de algunos hechos. Con más unión y mayores conocimientos militares, la Seo de Urgel no debió perderse, entonces al

(1) Manifestaciones del señor Fortun que, amigo del señor Oliver desde que era teniente de E. M., le había dado pruebas de su amistad consecuente en su desgracia, nos añade: «Debo hacer constar que al hablar yo con don Carlos de las opiniones diversas que se sustentaban acerca de si era ó no procedente la recusación del fiscal señor Mergeliza de Vera, intentada por el señor Oliver, tuve el gusto de oír de labios del rey el noble pensamiento de que por lo mismo que el delito pudiera apreciarse como de lesa majestad, veria con suma satisfacción que la recusa se admitiera, á fin de que el presunto reo tuviera en su favor las mayores garantías de imparcialidad y de justicia.

»No vale la pena que yo refute la idea de falta de libertad en mi acción fiscal; idea que rechazo sencillamente, como la rechazará todo el que me conozca; pero cumple á mi lealtad asegurar que don Carlos me habló siempre de Dorregaray en sentido digno, con el deseo de que se hiciera luz clara y se conociese la verdad.

»Porque así procedía tuve el sentimiento de poner incomunicado al general Dorregaray, pero no en una cárcel ni en un castillo, sino en la casa en que se alojaba cuando era general en jefe; hasta que su patrón me pidió lo trasladase á otra parte ínterin duraba la incomunicación. Efectivamente, se trasladó á otra casa, decorada con lujo, teniendo á su disposición un piso entero, y permitiéndosele pasear en un extenso jardín, hasta que concluida la incomunicación regresó á su primer alojamiento.»

Tomó estando incomunicado, baños en Elorrio, en los que ocurrieron algunas pequeñas peripecias, y al marchar todos á Francia se le expidió pasaporte, acompañándole sus ayudantes y asistentes.

menos; pues bien crítica era la situación de Martínez Campos cuando se le presentaron los primeros parlamentarios, habiendo enviado antes á Madrid un telegrama aflictivo, como indicamos oportunamente, en el que mostraba que se vería precisado á levantar el sitio; y esto hubiera quizá sucedido si todos hubiesen ayudado á Castell.

No podía acusarse de traición á Dorregaray; á Savalls le acusaban algunos; se comentaban las conferencias que el general Martínez Campos tuvo con don Alberto Morera y algún otro jefe secundario, y en Julio se procesó y prendió á Morera, y hasta llegó á pedirse contra él la última pena (1). Actuó en la causa como fiscal don Emilio Martínez Vallejo, de quien Morera se muestra en sus cartas altamente quejoso por su proceder, que le califica de ilegal, etc., etcétera. Su defensor fué el coronel Luzuriaga, quien manifestó que faltaban pruebas legales para condenarle, pues no bastaban las copias de los documentos que se enviaron de Cataluña. Díjese también que los documentos que se presentaron habían sido fraguados por algunos de sus enemigos (2); mas

(1) «Tengo mi conciencia tranquila y sé soy inocente, aunque un juez, cediendo tal vez á influencias y por medios que la ley reprueba, me hace aparecer como el mayor de los culpables, y no tiene empacho en pedirme la última pena».

En la carta autógrafa en que esto dice el señor Morera, recuerda sus servicios en Cuba en favor de los carlistas, y que se presentó en estas filas con cartas de personas de la isla tan respetables como don Apolinar del Rato y don Máximo Díaz Quijano.

(2) «Farré me contó que los jefes Orri (X. del Sallens), Manuel de Calella y Luis Aymamir trataron de inutili-

lo cierto es que nada pudo probarse, y así como los liberales tenían poderosos motivos para defender á Morera, no les faltaban á los carlistas para acusarle. Se ha hecho esto más ó menos directamente á varios con motivo de los que cobraban de cierta nómina de Burdeos, y aunque también se acusó á Pérula, protestó (1).

De la causa formada á Savalls fué fiscal el coronel don Enrique Chacón. Si tuvo al-

zar á Morera. Al efecto, parece que escribieron ciertas cartas suponiéndolas escritas por personas de confianza de Martínez Campos (de quien sabían era amigo Morera), cuyo contenido naturalmente era comprometedor, pues se trataba de promesas hechas por aquel al general indicado.

«Estas cartas hicieron que fuesen interceptadas y á parar á manos de la junta que las remitió á Lizarraga. Este escribió desde la Seo á Savalls que habían ido á parar á sus manos ciertas cartas que comprometían á Morera y que las remitía á Navarra. Savalls indicó lo ocurrido á Morera, y éste me dijo á mí estas palabras: «Dices que Lizarraga tiene cartas que me comprometen, y aun que me tienen sin cuidado, te agradecería que á tu subida á la Seo tratases de averiguar lo que contienen esas cartas.» Yo fui á la Seo, pero como conocía el carácter receloso de Lizarraga, creí prudente no hablarle del asunto.

»Al poco tiempo de mi llegada á la Seo, me escribió Morera que Savalls le enviaba al Norte en comisión, pero que disgustado en Cataluña donde era imposible hacer nada de provecho, pediría al rey que le destinase al ejército del Norte ó que le mandase al Centro ó á alguna parte menos á Cataluña».

(Carta al autor de esta obra, de don Luis de Argila, en Cette el 4 de Agosto de 1878.)

(1) Diciendo: «Que el señor Morera sabrá si ha recibido alguna suma y el objeto; que yo de ese señor ni de nadie, ni antes de la guerra, ni en la guerra, ni después de la guerra, he recibido cantidad alguna, sin embargo de los muchos y repetidos ofrecimientos que se me han hecho.

José Pérula».

tos acusadores, no faltaron decididos defensores (1); pero se le hacia insufrible la situación en que se veía y expuso á don Carlos el 15 de Diciembre, que llevaba dos meses en Iturmendi incomunicado y encerrado en un cuarto, con dos centinelas de vista sin haber tenido noticia de su familia, y añadia: «¿Es posible, señor, que después de cuarenta años de sacrificios y miserias sufridas en favor de vuestra causa, y de haber perdido en ella el padre, un hermano y diez parientes, y por siete años la propiedad confiscada por los liberales, y tantas victorias alcanzadas por el que suscribe, reciba ahora una semejante recompensa? Dios se compadezca de nosotros. Justicia, señor, es lo que pide el que suscribe.—A L. R. P. de V. M.—Señor.—Francisco Savalls.»

Don Carlos le contestó que no dependía de su voluntad abreviar los padecimientos que mencionaba y que aquel señor deploraba, pues debiendo juzgar un tribunal sus actos como capitán general de Cataluña, á él debía dirigirse.

Formáronse otros procesos como el incoado contra el barón de Sangarren, acusándolo de varias tropelías contra sus subordinados y algunos pueblos del Alto Aragón en su calidad de comandante general del mismo; contra el coronel señor marqués de las Hormazas, hallando el fiscal, señor Inestrilla, culpabilidad suficiente para reducirle á pri-

(1) Entre los escritos á favor de Savalls que remitieron á don Carlos, es de los más notables, aunque un poco apasionado, el firmado por los señores don Bartolomé Grau y don José Morel. Fue enviado por conducto del presbítero don Narciso Cargol.

sión preventiva; contra don José María Herran; contra don Carlos Cardona, de la que fué fiscal el señor Albalat, y contra otros varios que ejercían cargos de menos importancia, terminándose unos y quedando pendientes otros.

Habiase mandado formar causa á Mendiry por el abandono de la línea de Puente la Reina al Carrascal; más se desistió de ello porque no tenía la menor responsabilidad en este hecho, como vimos, y cuando después de él, se le ascendió á teniente general. No volvió, sin embargo, á su anterior ascendiente; se suprimió la dirección que se le había conferido, se le dejó en una situación indefinida, la contó á don Carlos en una sentida exposición desde Ibarra el 18 de Agosto, se trasladó á Santesteban, se quejó de las pocas consideraciones que le guardaba el señor Berriz, que sucedió en el ministerio de la Guerra á Llabanera, expuso personalmente á don Carlos sus quejas, no remediadas, y aumentaren sus sinsabores hasta el punto de que el canónigo don Tomás Romero, que compartía con su hermano don Francisco los cargos militares y civiles que ejercía, se presentó á Mendiry, procedente del cuartel general, á decirle que se respiraba en aquel centro una atmósfera detestable contra él, y que su vida corría inminente peligro, á lo que contestó que sabía que sus enemigos tenían empeño en que se marchase al extranjero para hacerle responsable de algunos extravíos, pero que no lo conseguirían.

Publicóse la orden señalando á los generales de cuartel los pueblos donde debían re-

sidir, que eran en las Amezcoas, Madoz y otros inmediatos, excepto Lecumberri, en los que de todo se carecía además de lo crudo de su temperatura, pudiéndose considerar esta determinación como un sarcasmo contra generales encanecidos, y acudió á don Carlos demostrando la imposibilidad de obedecer la orden por el mal estado de su salud, suplicando se le permitiera residir en Santesteban: se le señaló por Périola á Echarri Aranz, temió también allí Mendiry por su vida, según las noticias que tenía, y pasó á Vera para ir á Francia, renunciando antes sus títulos, empleos y condecoraciones, después de exponer sus servicios y vicisitudes y lo que contra él se había hecho, diciendo que pedía permiso para emigrar por su seguridad personal, permaneciendo fiel á sus principios, sumido en la pobreza, y solicitando de don Carlos que velara por la honra del que procuró ser siempre digno soldado de su causa. Iba á regresar á Santesteban á esperar la contestación de don Carlos, cuando supo la llegada á aquel pueblo del segundo de Navarra, pidiéndose por las calles la cabeza de Mendiry, y marchó por Zugarramurdi á Añoa. Persiguióle el coronel Romero, que pretendía vengar antiguos agravios; no se atrevió á prenderle en Vera por estar allí acantonado el primer batallón de Alava, que, como todos los de aquella provincia, era adicto á Mendiry, y sólo se prendió á su asistente después de haber marchado su amo, apoderándose de su equipaje y papeles. Dice el mismo Mendiry: «Salió en nuestra persecución con la partida que le acompañaba, escandalizando los pueblos, gritando por las

calles, ¡dónde están esos traidores, que los voy á fusilar! llegando á Zugarramurdi momentos despues de nuestro paso, y conociendo que ya estábamos en territorio francés, se trasladó á Dancharinea, desde donde dirigió aquella misma tarde al comisario de pelicia de Añoa, cuatro partes, poniendo en su conocimiento nuestra entrada en Francia, la casa donde nos ocultábamos, y que los pasaportes que habíamos presentado eran con nombre supuesto (1).»

Permitiósele y á su hijo residir donde quisiera si ofrecía no hacer armas contra el rey don Alfonso, pues de lo contrario se les internaría á Tours; pidió se les extendiera el pasaporte para dicho punto, por no faltar á don Carlos; recibió á poco la extraña orden de que por haberse marchado sin real licencia del campo carlista se presentara en las Provincias á responder á los cargos que se le hicieran, y Mendiry contestó informando los poderosos motivos que le habían obligado á entrar en Francia, después de la renuncia de sus títulos, etc., y preguntaba al ministro señor Berriz, firmante de la orden: «¿Puedo esperar estricta justicia, en el juicio á que se me va á sujetar, cuando denunciada oportunamente la conspiración más abominable en contra del mando que ejercía, fueron llamados los principales conspiradores á ocupar los primeros puestos del ejército? ¿Puedo esperar buena fé, cuando justificada la infame calumnia que contra mí levantó... no se le ha exigido la menor responsabilidad? ¿Puedo esperar seguridad per-

(1) Memoria inédita del señor don Torcuato Mendiry.

sonal, cuando se ha hecho circular en los batallones y pueblos las noticias más infamantes á mi honra, sin que se haya pronunciado ni una sola palabra que me rehabilitara en la extraviada opinión? Reflexiene V. E. sobre mi difícil situación, y dígame si puedo esperar las garantías que conceden las leyes á los criminales al someterles al tribunal que los ha de juzgar».

Reiteróse la anterior orden de presentación, se mandó se instruyera sumaria en averiguación de los hechos que Mendiry denunciaba, lo cual no mostraba gran oportunidad, y expuso Mendiry que el estado de su salud no le permitía ponerse en camino, eludiendo la vigilancia de la policía, pero ofreció hacerlo en cuanto pudiese.

No se formó la sumaria sobre los hechos denunciados, y para evidenciar la parcialidad con que se obraba, se instruyó proceso sobre la inversión de unos bonos de que Mendiry había dado cuenta detallada, y hasta con exceso minuciosa, en 16 de Junio, y había sido aprobada por orden de don Carlos (1). Para malestar y ofender más al procesado, se le envió un poco meditado interrogatorio, por conducto del conde de Barrés, director militar de la frontera, que estuvo más fácil para creer calumnias contra Mendiry que para hacerle justicia y á la causa de que era correligionario y en la que

(1) Y todo ascendía á 22.542 reales, y estaba la caja con tal minuciosidad, como decimos, que había partidas como la siguiente, por la que pueden juzgarse las demás: *Junio de ídem*. Dí á los señores brigadieres jefes de brigada, Arbolea y Montoya, 160 reales para papel, pues no tenían para comprarlo, según me manifestaron.

tanta parte tomaba. Mediaron serias contenciones entre Mendiry y el ministro señor Berriz; nada podía resultar de aquel proceso absurdo, sino evidenciar escándalos y abusos de otros, no de Mendiry, á quien se escatimaban para gastos de confidencias 2.000 reales mensuales, «habiendo, como decía, un comandante general de una de las tres provincias vascongadas que se hacía pagar 8.000 reales mensuales para gastos de confidencias»; la conclusión de la guerra terminó con todos los procesos, y no pudiendo obtener Mendiry de don Carlos «un autógrafa en que manifestara que nunca dudó de su lealtad, y que las difamaciones de que fué objeto, con detrimento de su honra y reputación militar, fueron otras tantas calumnias, inventadas y propaladas por sus enemigos, que fueron también los que más contribuyeron á la terminación de la guerra de la manera más desastrosa que tuvo lugar» (1), reconoció á don Alfonso y se retiró á Behovia.

Todos los procesos de que nos hemos ocupado, perjudicaron más que favorecieron á la causa carlista, motivaron desconfianzas y que escribiera una persona que desempeñaba una dirección ministerial, á falta de ministro: «Yo ofendería el notorio criterio de V. si insistiera acerca de la gravedad del camino en que gratuitamente vamos entrando. Esta pueril manía de prender y procesar generales, puede costarnos muy cara y en un término brevísimo. Es deshacer con una mano lo que nuestros valientes soldados es-

(1) Carta dirigida al señor marqués de Velasco, y fechada en Cahors el 30 de Marzo de 1876.

tán haciendo con su valor y su abnegación. Ignoro quién es el que aumenta el fuego en los consejos del rey. Tengo sospechas de que sea nuestro paisano Argüelles, que no acredita en esto seguramente participar del buen sentido que abunda en nuestro país. Detesto los chismes y las intrigas; pero creo de mi deber participar á V. lo que pasa, en interés común» (1).

Si así se expresaba quien tan inmediato á don Carlos estaba, júzguese del juicio que por fuera se formaría de la excelencia de algunos de sus consejeros, que no se esmeraban mucho en corresponder debidamente á la confianza que en ellos depositaba.

DIPUTACIONES CARLISTAS.—ADMINISTRACIÓN

LXXXII

Casi anulada la junta de Merindades y reuniéndose poco la diputación vizcaína, atendió esta con exquisito celo á la instrucción pública y á la sanidad, para lo que creó una junta (2); dispuso el establecimiento de

(1) Carta fechada en Tolosa el 25 de Octubre de 1875.

(2) Compuesta de los señores don Carlos Maria de Orue, don Marcelino de Carredano, don Timoteo de Ucebay, don José de Garro, don Asensio de Erdoiza, don José María de Ampuero y don Eñes Storm.

Propusieron estos señores la inamovilidad del profesorado, y que se cultivara más y se perfeccionara el idioma vascongado hasta elevarlo á oficial; presentaron un estado de las escuelas existentes en los distritos de Zornoza, Durango, Munguía, Ceberio y Valmaseda, con el nombre y sueldo de los profesores, niños y niñas que asistían á la enseñanza, etc., etc., y redactaron las bases para la formación de un reglamento.

En cuanto á los hospitales, los hallaron en estado poco satisfactorio, expresando las ventajas é inconvenien-

una máquina de cartuchos en la fábrica de San Antonio de Ugarte en la anteiglesia y castillo de Elejabeitia, donde antes existió la fundición de cañones y Maestranza de artillería; organizó la imprenta del señorío, poniendo á su frente como director á don Arístides de Artiñano; se declaró disuelta la junta de Merindades, y terminado el bienio se acordó el 8 de Junio eligiera el país, con arreglo á fuero, los señores que habían de componer el gobierno universal del mismo, convocando junta general ordinaria so el árbol de Guernica para el 27 del mismo, expresando los asuntos que habían de tratarse.

Deseando la diputación que terminaba en sus funciones, que el país apreciara su gestión, publicó las cuentas, previniendo á los alcaldes las fijaran en el sitio de costumbre para que todos las examinaran, y rogaba á los curas párrocos hicieran conocer á sus feligreses que podían pasar á la contaduría general á examinar los libros y los documentos justificativos, y hacer cuantas observaciones creyesen oportunas. El balance del primer trimestre del año daba un activo de 3.840.339 reales 71 céntimos, en los que figuraban por cerca de la mitad los derechos, arbitrios y portazgos, y en el pasivo se gastaba en los hospitales cerca de 4.000

tes que tenían los establecidos en Galdácano, Castillo y Elejabeitia, Valmaseda, Guernica, Bermeo y Durango, en los que se carecía de todo lo más necesario, especialmente en la parte quirúrgica, como aparatos ortopédicos, instrumentos, vendajes de regiones, etc; que reinaba en el servicio una irregularidad y anarquía espantosas, y proponía lo que debía hacerse para el sostenimiento de seis hospitales que pudieran contener en junto 60, camas.

duros, en armamento y equipo unos 25.000, más de 3.000 las clases centralizadas, poco menos los sueldos y casi igual las fábricas de pólvora y cartuchos; el prest de todas las fuerzas 24.000 duros, presentándose el detalle de todas las partidas.

Reunidas en Guernica las juntas generales con las ceremonias acostumbradas, bajo la presidencia del conde del Pinar, como corregidor del señorío, pronunció un discurso correcto, muy adecuado á las circunstancias, y en cuanto se declararon constituidas, después de revisados y aprobados los poderes, su primer acto fué pedir á Su Santidad la bendición apostólica para Vizcaya, mostrar á don Carlos la adhesión y lealtad del Solar, y saludar al ejército carlista, gratificando á la división Vizcaina con una quincena de sus haberes. En la función religiosa predicó el magistral de Lugo, doctor don Juan Manuel Carlon; se aprobó en junta se procediese á la proclamación de don Carlos como señor de Vizcaya, y que ninguna real orden se ejecutara en el señorío sin el previo pase foral. Sin resolver apenas asuntos de importancia, hubo que proceder á la elección de gobierno, y los que tan fueristas se mostraban en lo que les convenía, prescindieron completamente hasta de lo acostumbrado para elevar al cargo de diputado general al jesuita don Francisco de Goiriena, que representaba la intransigencia, y por cuya elección mostró más que mundanal solicitud el gran número de sacerdotes que acudió á aquellas juntas (1). Y si la elección

(1) Esto nos recuerda que en el siglo pasado solicitaron los curas de Vizcaya se eximiese al vino foráneo

adolecía de los defectos de nulidad, el elegido estaba incapacitado en el mero hecho de ser eclesiástico y no tener renta, y lo estaba moralmente por su proceder anterior, al frente de una partida en Guernica, Mundaca y Bermeo, y por cuestiones con la diputación sobre rendición de cuentas. Nombrado diputado primero el señor Goiriena, y adjunto don Alejo Novia de Salcedo, no dejó de extrañarse que este señor eminentemente religioso, aceptara un cargo al que se opuso en cuanto se lo comunicaron, y se asociara á los actos de su colega.

El nombramiento de nuevo gobierno (1),

que adquiriesen, de toda clase de derechos, pretestando que era para celebrar; oponiéndose el señorío, insistieron aquellos. fueron en gran número á Guernica, aplaudían desde las tribunas á los apoderados que en la junta hablaban á su favor, y silbaban á los que en contra, é indignada la junta general, dispuso no se permitiera á los eclesiásticos presenciar sus deliberaciones.

(1) *Resumen de los señores que componen el gobierno universal de este M. N. y M. L. señorío de Vizcaya, para el bienio foral de 1875 á 1877.*

BANDO OÑACINO.—Señores diputados generales: 1.º, señor don Francisco de Goiriena; 2.º, señor don Santiago de Arana; 3.º, señor don Pablo María de Rotaache.—Señores regidores electos: 1.º, señor don José María de Piñera; 2.º, señor don Jacinto de Pujana; 3.º, señor don Elías de Zulueta.—Señores regidores en suerte: 1.º, señor don Antonio de Arriola; 2.º, señor don José Domingo de Mendataurigoitia. 3.º, señor don Angel de Ascendo.—Señores síndicos: 1.º, señor don José María de Guisasaola; 2.º, señor don José Martín de Arrate; 3.º, señor don Pedro de Burrodo.—Señores secretarios de justicia: 1.º, señor don Juan Clemente de Artaza; 2.º, señor don Santiago de Echevarrieta; 3.º, señor don Juan Bautista de Basterrechea.

BANDO GAMBOINO.—Señores diputados generales: 1.º, señor don Alejo Novia de Salcedo; 2.º, señor don Blas de Urrutia; 3.º, señor don Juan de Basozabal.—Señores regidores electos: 1.º, señor don Bernardino Diez de So-

probaba, cuando menos, el antagonismo de los individuos de la junta; temieron los acuerdos sucesivos, y se suspendieron las sesiones, pretestando tener que trasladarse á Durango la diputación. Don Carlos y la parte más sensata de los carlistas, quedaron profundamente disgustados del resultado de las juntas, por el triunfo que habían obtenido los elementos más intransigentes y de menos valer del carlismo, y en vez de volverlas á reunir como se ofreciera, recibieron el desaire de declararlas terminadas el 27 de Julio.

El 3 de aquel mes se verificó en Guernica con verdadero entusiasmo y festejos (1) la proclamación de don Carlos como señor de Vizcaya, y la jura por el mismo de los fueros, buenos usos y costumbres, de todo lo cual se levantó acta, é impresa se repartió con profusión, para que se perpetuara tan solemne acontecimiento.

La nueva diputación se consagró con actividad á la guerra, como lo más atendible: impuso al clero en concepto de donativo ó

llano; 2.º, señor don Luis de Madaria; 3.º, señor don José María Hurtado de Saracho.—Señores regidores en suerte: 1.º, señor don Domingo de Canalaachevarría; 2.º, señor don Juan Antonio de Mallona; 3.º, señor don Pedro de Itza.—Señores síndicos: 1.º, señor don José María de Echevarría; 2.º, señor don Modesto de Tellaeche; 3.º, señor don Juan José de Láspita.—Señores secretarios de Justicia: 1.º, señor don Benito Santos de Garay y Artabe; 2.º, señor don Justo de Zuazua; 3.º, señor don Juan María de Astiazaran.

Señor secretario de gobierno: señor don José Antonio de Oiascoaga.

(1) Deseando don Carlos que en tan notable día no se derramara una sola lágrima, mandó se pusiera inmediatamente en libertad á cuantos se hallaran presos ó detenidos por causas políticas.

empréstito, un millon de reales, disponiendo del producto de la Bula, excepto lo destinado al obispo, á lo cual se negaron muchos eclesiásticos, y exigió de cada vecino 20 reales para la compra de armamento (1); procuró la mejor marcha administrativa, atendiendo á los suministros de las tropas, y renovadas á fin de año las justicias de los pueblos, les recomendó la marcha que habían de seguir y el cuidado que habían de tener en cuanto afectara á la moral pública (2). También la policía, que existía desde 1874, en cuyo mes de Diciembre se portó bien en el motin ocurrido en Durango en la noche del 24, aun cuando no pudo por su poca fuerza, evitar la muerte del capitán del batallón de Orduña, don Cándido Saez, asesinado por los guardias, por lo que fueron disueltos, experimentó diferentes vicisitudes, llegó á ponerla en buen estado su jefe señor Leniz, que tenía á sus órdenes de 80 á 100 guardias con sus capitanes y oficiales, le reemplazó Goiriena con don Marcos Guinea, degeneró el cuerpo, fué justamente combatido y se suprimió.

Convocadas por la diputación las juntas generales de Guipúzcoa, se reunieron en Villafranca el 2 de Julio sin la asistencia de los procuradores por San Sebastian, Irún, Hernani, Fuenterrabia, Lezo, Rentería y Pasajes; pronunciaron sendos discursos el corre-

(1) No dando resultado este impuesto, se conminó á las justicias de los pueblos con riguroso apremio con recargo, si en un breve y fatal término no pagaban, y aun hubo necesidad dos meses despues de renovar la amenaza.

(2) Prohibía los walses en las romerías y bailes públicos como contrarios á la modestia cristiana.

gidor y el alcalde de la villa; entregó el señor Derronsoro el bastón de diputado general, leyendo la memoria de los actos más importantes de la diputación; se acordó enviar un mensaje de veneración y amor á Su Santidad, otro de adhesión sin límites á don Carlos, y uno más de gratitud y admiración al ejército, especialmente á la división de la provincia; se cambiaron saludos con las juntas de Guernica; y se nombró por aclamación, excepto el voto de representante de Tolosa, á los individuos que habían de formar la nueva diputación (1), no experimentando Guipúzcoa las rivalidades que Vizcaya, pues era pequeña y muy distinta la oposición que había.

También acordó Guipúzcoa la proclamación de don Carlos, que se efectuó el 7 de Julio en Villafranca, llevando el pendón y voz don Manuel de Unceta: pasado aquel á manos del alcalde de la villa, se efectuó el ju-

(1) Fueron elegidos: Diputado general en ejercicio, don Estéban Zurbano.—Diputado general adjunto primero, don Miguel de Dorrnsoro.—Diputado general adjunto segundo, don Ladislao de Zavala.—Diputado general suplente, don Ignacio de Lardizábal.

DIPUTADOS GENERALES DE PARTIDO

Primer partido: Diputado general, don Tirso de Olazábal.—Diputado general, don Gregorio de Lopetedi.—Diputado adjunto, don Bartolomé de Lasarte.

Segundo partido: Diputado general, don Ramon de Zavala y Salazar.—Diputado general, don José Antonio de Jáuregui.—Diputado adjunto, don Inocencio de Elorza.

Tercer partido: Diputado general, don Ramon de Veristain.—Diputado general, don Ignecio de Ibero.—Diputado adjunto, don Justo de Echave Sustaeza.

Cuarto partido: Diputado general don José Joaquín de Egaña.—Diputado general, don Primo de Goiccerro, tea.—Diputado adjunto, don Vicente de Artazcoz.

ramento, prestándole después don Carlos en la iglesia, de guardar y cumplir los fueros, etc.; de todo lo cual se levantó acta que se repartió impresa, y se acordó también acuñar una medalla conmemorativa, y se erigiera, ya que no un monumento por la penuria de los tiempos, al menos una sencilla lápida con su inscripción alusiva.

Ocupáronse las juntas generales de los múltiples asuntos provinciales que á ellas se sometían: para hacer frente á los gastos de la guerra y atenciones ordinarias, se ordenó continuaran pagando los pueblos una contribución mensual, que por entonces sería de 600 reales por fuego; se facultó á la diputación para arbitrar el medio que creyese más eficaz á fin de cubrir los 300.000 reales mensuales á que se calculaba el déficit de los gastos con relación á los ingresos; dispensó al seminario Vasco Navarro el apoyo moral, no el material, porque no se contó con la diputación para establecerle; se varió el fuero respecto á la administración de justicia, al voto de los procuradores junteros, en sentido de que fuera personal y no por fuegos, para que algunas poblaciones no absorbieran la vida política del país, y sobre las condiciones que se requerían para ser apoderados en juntas; se pusieron restricciones á los regocijos públicos; se acordó el fomento de la enseñanza de la lengua vascongada; tomó posesión del cargo de diputado general don Estéban Zurbano, y terminadas las juntas con la del 12 de Julio, entró este señor en el pleno ejercicio de sus funciones.

El estado demostrativo de productos desde 15 de Agosto de 1873 hasta 20 de Junio

de 1875 (1), da un total de rs. vn. 34.535.840,77 (2)
Y el de gastos. 34.670.346,70
Excediendo estos en. 134.505,93

Ascendían á más los productos, porque al figurar en el estado 755.963 reales 50 céntimos como cantidades ingresadas en contaduría por contribución de guerra, no comprendía las recibidas directamente para autoridades militares, que en un principio fueron superiores á las que figuran en la cuenta. Dióla también detallada Dorronsoro hasta de los fondos que recibió antes del movimiento de 1870 para compra de armamento, etc., y si mostró su apasionamiento político, evidenció asimismo su honrada gestión administrativa y su probidad loable.

Haciendo frente la diputación casi constantemente á las exigencias militares, se negó al aumento de la cantidad de 2.000 reales, fijada para confidencias, que Pérula consideraba insuficiente, y al pedirla contribuyera con el metal de campanas que le correspondiese, para que con el que facilitasen las cuatro provincias se fundiesen 20 cañones de á 12 centímetros y 30 de á 8 para defender las líneas, contestó negativamente, añadiendo que, «aunque no entendida en la materia, creía que con los elementos que ha-

(1) Según los libros de la contaduría.

(2) La mayor partida es por suministros en metálico y especie, que asciende á más de 16 millones y medio de reales; los arbitrios más de 4 millones; pasan de cuatro por empréstito y de dos las presas á los liberales, rentas detenidas, etc., habiéndose recaudado sólo 5 000 reales por anticipo reintegrable.

bía se podrían destinar algunos cañones más para la defensa de su línea y costa (1).

Esta actitud de cada diputación se acentuaba más cuando se reunían sus representantes en ocasiones solemnes, como sucedió en Estella, en Vergara y en otros puntos; y aunque las diputaciones liberales veíanse asimismo abrumadas para satisfacer perentorias necesidades del ejército, no podían obrar con la altiva independencia que las carlistas. Estas se impusieron más á los pueblos, abrumándoles á tributos, y exigiéndoles hasta el último céntimo, sin excluir á los curas ni el presupuesto de la bula. Pero si en las pocas poblaciones de Guipúzcoa dominadas por los liberales, se vieron libres de la tributación carlista, sufrieron más por ser todas sitiadas y bombardeadas, y además de los gastos consiguientes tuvieron grandes pérdidas. Con más de once millones de reales contribuyó el ayuntamiento de San Sebastián desde 1.º de Junio de 1872 hasta la conclusión de la guerra, teniendo en Octubre y Noviembre que dar al general Trillo para atenciones de las fuerzas de su mando, un millón de reales.

La diputación de Alava se esforzaba en procurar hacer frente á las necesidades de la guerra, atendido lo limitado de sus recursos, y afanoso se mostraba don Francisco María Mendieta en el desempeño de su cargo de

(1) Al insistirse con la diputación en que atendiera á las apremiantes necesidades de la brigada Gandesa, contestó que «en todos los tonos y en muchísimas ocasiones la diputación ha querido hacer comprender á las autoridades superiores, que no podía más que sostener su división, y esto con mucho trabajo».

diputado general; y en Navarra, donde si contaba la diputación con más recursos, también tenía mayores necesidades, el alma de aquella corporación, don Sebastián Urra, pedía que se mirase con interés aquella provincia y se obligase con eficacia á las demás á que diesen como ella, y escribía: «No basta que se estén haciendo bobadas de jurar fueros y levantar pendones, y luego no contribuir con nada para las operaciones de la guerra (1).»

Era achaque comun en todas las diputaciones dar con trabajo para otra provincia, y los mismos que en Navarra se quejaban de la poca eficaz ayuda de sus compañeros, hacían lo propio, y lo decían (2). Es verdad que ninguna provincia había hecho los sacrificios que la de Navarra, y todas la debían (3). Estaba en Navarra, por lo general, reconcentrado el ejército carlista, y tenía que alimentarse por lo ménos. Y es curioso saber lo que consumía, pues su improvisada y modesta administración militar, tan honrada-

(1) Carta fechada en Estella el 9 de Julio de 1875.

(2) Habla de lo que á otro se daba y añade. «Por eso lo estamos dando con disgusto. No estamos en el mismo caso respecto de Vds. Pepe no tiene un cuarto: usted estará poco más ó ménos, tan pobre como él, y por lo mismo deseo que me diga V. qué cantidad quieren Vds. que les mandemos. Ya sabe V. que la diputación no es mezquina, y que no escaseará los fondos necesarios, sabiendo como sabe que en manos de Vds. han de ser bien empleados: por lo mismo dígame, no por oficio, sino en particular, el dinero que les es necesario, y al momento se lo enviaremos.» Carta fechada en Estella el 15 de Julio de 1875.

(3) La de Guipúzcoa la debía cerca de un millón de reales, incluso 68.486 por calzado, 394.010 por cartuchos, etc., etc.

mente dirigida por el señor Larramendi, dejó tan claras sus cuentas, con tal superabundancia de comprobantes, que debemos presentar el siguiente resumen del suministro de raciones y haberes que en el mes de Junio de 1875, escogido al acaso, devengaron las clases y cuerpos del ejército pertenecientes á Navarra y Provincias Vascongadas:

RESUMEN

CUERPOS	Número de individuos.	Raciones diarias de		Raciones mensuales de		Importe.	
		Etapa.	Pienso.	Etapa.	Pienso.	Rs. vn.	Cts.
Diferentes armas.....	33.183	35.781	2.106	1.057.890	63.170	1.157.363	05
Administración militar.....	114	223	103	6.840	3.090	17.326	66
Sanidad militar.....	97	170	73	5.100	2.190	14.700	»
Clero castrense.....	100	200	100	6.000	3.000	20.466	66
Cuerpo jurídico.....	8	16	8	480	240	1.933	33
Veterinaria.....	134	212	70	6.660	2.100	10.700	»
<i>Suma total.....</i>	<i>33.636</i>	<i>36.607</i>	<i>2.460</i>	<i>1.082.970</i>	<i>73.790</i>	<i>1.222.489</i>	<i>70</i>

AJUSTE TOTAL	
Importan las 1.082.970 raciones de etapa á 3 reales una.....	3.295.530 »
Idem las 73.790 id. de pienso, á 3,50 una.....	258.300 »
Idem los haberes.....	1.222.489,70
Idem el medio real sobre haber á las clases de tropa de artillería, gastos extraordinarios.....	13.508 »
Idem los gastos de representación de oficiales generales con mando y gastos de escritorio.....	13.399,93
TOTAL GENERAL.....	4.803.227,63

De todo poseemos estados completos y detallados; pues así como sabemos que la fábrica de cargar cartuchos que estableció la diputación guipuzcoana en Legazpia, cargó desde 24 de Noviembre de 1873 hasta el 30 de Julio inclusive de 1875, 4.165.949 cartuchos, en Diciembre 177.000, y las existencias el 2 de Enero del 76 eran de 246.600, así vemos que la fábrica de Vera á cargo del cuerpo de artillería, fundía en una quincena, en la última de Noviembre del año que nos ocupa, 1.914 proyectiles huecos y concluía 1.503.

En cuanto á hospitales y sanidad militar, en general no llegaron á estar aquellos á la

altura debida, á causa de los inconvenientes con que tenían que luchar por tenerse que crear todo. El reglamento para los hospitales militares, corregido y adicionado por la junta clasificadora del cuerpo de Sanidad militar, es notable (1); se dedicó afanosamente el señor Sedano á vencer las dificultades de tanto género que se oponían á la mejor organización de todos los servicios; se escribieron excelentes memorias, se trató de

(1) Le firma: El presidente, Francisco Ramajos; el vicepresidente, Telesforo Rodriguez Sedano; los vocales, José Aguinaga é Isla, Andrés Alonso Palacios, Nazario Ciordia, y el vocal-secretario, Nicolás Abadía.

conjurar el lamentable desacuerdo que había entre la Sanidad militar, la Caridad y las diputaciones, que esterilizaba muchas veces para los mismos enfermos y heridos, los generosos esfuerzos y laudables sacrificios de cada uno de aquellos poderosos elementos; pero el carácter que empezó á tomar la guerra dificultaba las reformas, y necesitándose abreviar los trámites de muchos asuntos necesarios á la buena organización y servicio del ejército, que las disposiciones que emanaran de don Carlos llegaran inmediatamente á quienes habían de cumplirlas, y deseando aliviar las cargas que pesaban sobre las provincias del Norte, se suprimieron en Octubre las direcciones generales de Sanidad y Administración militar.

Así como no merecen nuestras alabanzas los extranjeros que tomaban una parte activa en el fomento de una guerra civil, loar debemos la conducta de Mr. Guillermo Bourgade, que abandonó las grandes comodidades de su casa para venir á sufrir privaciones; que no procuraba desgracias, sino que venía á remediarlas, y al frente de las ambulancias y en la Caridad, y en todas partes, donde alguno sufría, allí estaba aquel joven extranjero de alma hermosa y corazón de niño, consagrado exclusivamente al que padecía, y atendiendo lo mismo á liberales que á carlistas, pues en todos, como el sacerdote Barrena, no veía más que hermanos. Mucho debe la humanidad al joven Bourgade, cuyos sentimientos son tan elevados como su cuna, y deber nuestro es consignar lo que de ejemplo sirve.

ASUNTOS CARLISTAS—RECURSOS

LXXXIII

Constituyendo los carlistas en el Norte un verdadero Estado, sin que los liberales les molestaran, ni traspasaran apenas sus líneas, perfeccionaron sus fábricas de fundición y maestranza; y aunque se hallaba entre ellos, y ejerciendo autoridad, siendo carlista de conveniencia, como liberal por interés, quien había impreso, «si estuviera en mi mano barrer de un solo escobazo la descomunal araña de hilos eléctricos que enlaza la tierra y los fondos submarinos, quizá no se pondría el sol que está alumbrando, sin que se llevase á cabo esa obra», se reconoció la necesidad de restablecer desde un principio los telégrafos eléctricos, á cuyo frente y al del servicio de correos se puso al conde de Belascoain, que obró con pasmosa actividad hasta para conservar la explotación del ferrocarril desde Salvatierra á Andoain, que tan importante fué para los carlistas. A punto estuvo de establecerse la libre circulación de trenes en la línea del Norte, para lo que trabajaron con el fervoroso celo que siempre les ha distinguido los señores Ibarrola y Polak; pero no podía el Gobierno admitir las condiciones financieras y medidas militares que los carlistas exigían (1). Se estableció en Enderlaza una estación telegráfica para el

(1) El conde del Pinar dirigió el 27 de Mayo de 1875 sobre este asunto, un extenso escrito á los señores presidentes de los Consejos de administración de los caminos de hierro y á los presidentes de los Tribunales de comercio de España y del extranjero.

extranjero; y según los estados que tenemos á la vista, en Diciembre de este año de 75, las estaciones telegráficas de Alava, Guipúzcoa y Navarra, pues Vizcaya era independiente, produjeron 30.499 reales por los sellos de los telegramas expedidos.

En gran movilidad don Carlos, no había verdadera corte en su territorio: solía estar donde el grueso de su ejército, y cuando no había importantes operaciones militares, residía en Durango, en Azpeitia, en Tolosa ó en Estella. Acompañábale su cuarto militar y escolta, desempeñado aquel por el duque de la Roca y luego por Benavides, Tristany y Mogrovejo (1), llevando siempre como secretario de campaña al consecuente y caballero don Isidoro de Iparaguire, que aun continúa al lado de don Carlos. Complacía-se este señor en tomar parte en todos los sucesos, y lo mismo asistía á las juntas de Vizcaya y Guipúzcoa, que al restablecimiento de la explotación de un trozo del ferrocarril; presidía la apertura de los tribunales y de los cursos universitarios, é inauguró el establecimiento de una fábrica de moneda en Oñate, que empezó en seguida á funcionar haciendo monedas de cobre de cinco y diez céntimos.

Grandemente atendida la instrucción pública por los carlistas, lejos de tener hambrientos á los profesores, se inauguraron nuevas escuelas, universidad, institutos y colegios, y se preparaba en Estella la creación

(1) También perteneció á él Paterno, los marqueses de Bondad Real y de Vallecerrato, Cavero, Respaldiza, Orbe, Ponce de Leon, Suelves, Silva, Zubiri, Berriz, Valde-Espina, Zavalza y algun otro.

de una escuela de medicina, que la conclusión de la guerra impidió se estableciera.

La academia de artillería fundada en Azpeitia, y la de ingenieros que estableció en Vergara é inauguró don Francisco Alemany, y la de telégrafos, contaban con distinguidos profesores, y eran un plantel para satisfacer las necesidades de las respectivas armas y ramos.

Suprimidos los consejos de guerra permanentes, se creó el Tribunal Supremo de Guerra y Marina (1), á pesar de la oposición que mostraron las diputaciones á que se aumentaran los gastos; pero se arregló el presupuesto mensual á 8.465 reales, y como los consejos de guerra permanentes importaban mensualmente tambien más de 16.000, se ahorra la mitad y se suprimió además, por verdaderamente innecesario, el ministerio de Estado.

El Tribunal Supremo de justicia establecido en Oñate, despachó en todo el año de 1875, un total de 352 asuntos (2), procedentes en su mayoría de Navarra, porque Vizcaya no envió ninguno al Tribunal, por tener

(1) De que se nombró presidente á don Romualdo Martínez Viñalet, vocales los señores don Bartolomé Benavides y Campuzano, don Gerardo Martínez de Velasco, don Cayetano Freixas y don Emeterio Iturmendi; secretario don Severino Arellano, y fiscal don José Torrecilla.

La sala de togados la componían los señores presidente y vocales en comisión, don Cesáreo Sanz y Lopez, don Francisco García Ramirez, don Manuel Brunetto; fiscal togado don Pedro Echevarría y Puerto, y relator don José Pascual.

(2) De estos fueron pleitos civiles 12; expedientes gubernativos 77, causas criminales 223, y el resto diversos incidentes.

sus autoridades forales; en Alava, la diputación administraba por medio de sus letrados la justicia civil, y en Guipúzcoa entendía el corregidor de la provincia en los asuntos judiciales, en tan lamentable situación por cierto, que produjo reclamaciones de la diputación, y que se delegara para el despacho de lo judicial á don Vicente Aizpurúa.

Encargados de formar un código penal los señores don Salvador Elío, Climent y Sevilla, como individuos del Tribunal de justicia, fué aprobado en Marzo de 1875, y empezó á regir como provisional desde 1.º de Junio, dictándose varias reglas y aclarándose algunos errores, aunque debieran haberse aclarado muchos, porque puede decirse que los carlistas no hicieron más que copiar el código de 1849 reformado en 1851, y tan desgraciadamente, que copiaron íntegro el artículo 145 de aquél, que trata del pase de los rescriptos ó despachos de la córte pontificia: disgustó el que se admitiese la parte restrictiva que se imponía al clero, lo cual fué causa de que al poco tiempo, por un decreto especial de 29 de Julio, se renunciase al *regium execuatúr*, renuncia que se habría evitado con algo más de celo en los encargados de aquella obra tan corregida antes que á regir empezara.

Las diputaciones veían casi con indiferencia aquellos actos que tendían á constituir un verdadero Estado, actos que consideraban innecesarios porque ellas mismas constituían ese Estado. Pero era grande el peso que gravitaba sobre ellas con motivo de la guerra que se sostenía; y á resulta de las conferencias que celebraron en Vergara los repre-

sentantes de las provincias vasco-navarras, se reunieron en Durango el 15 de Enero para cumplir lo en aquellas acordado, y elevaron á don Carlos una reverente y franca exposición, en la que decían que se llevaban dos años de guerra sin escasear sacrificios para sostenerla, y «como se hacía con lujo, como los elementos que exigía en sólo lo principal y necesario, eran de por sí costosísimos, y como lo supérfluo que se pedía, que se arrancaba y que se consumía, montaba aún casi más, había llegado prematuramente el cansancio, la miseria y el ahogo de los pueblos. Si, augusto rey y señor nuestro; la guerra de hoy no es ciertamente la guerra del 33; el armamento, el municionamiento, el uso repetido de la artillería, y las necesidades sin duda de la época, han disipado en la actual, y en sólo dos años, más cantidades que el total de las invertidas en los siete, en la que por cierto el país jamás presupuestó capítulo alguno de gastos por razón de *prest*, y en la que, por otra parte, el tesoro real, por el auxilio de monarcas amigos, allegaba sobre un millon de reales mensuales, con los que alguna que otra vez se daba algun tercio de sueldo y se aliviaban muy frecuentemente los diarios sacrificios del suministro.»

Se quejaban de la multitud de gentes que residían en los pueblos viviendo á su costa, con asistentes soldados, molestando con alojamientos é irritando con sus exigencias; de la profusión del personal en los altos centros, Estados Mayores, direcciones, y el que seguía al Cuartel Real, todo lo cual, no sólo imposibilitaba el sostenimiento de la guerra y el triunfo de la causa, sino que producía

un abatimiento doloroso en el contribuyente, que perdía su energía y su fe ante el convencimiento que nadie disimulaba de «que era inminente una catástrofe, si muy pronto no se adoptaban reformas muy serias y radicales. El país no puede sostener ya la guerra por mucho tiempo con sólo sus agotados recursos, y si no se le ayuda, no será él el responsable de las consecuencias que sobrevengan».

Proponían como único remedio constituir el consejo de don Carlos con las eminencias del partido; no crear gastos sin el concurso del centro vasco-navarro, que debía asistir á los consejos en que se tratasen asuntos administrativo-económicos; reducir los ministerios y direcciones á lo preciso, y sin haber alguno el personal, «porque los recursos de los pobres pueblos de un territorio microscópico de España, no pueden sobrellevar los gastos centrales de un estado que se constituye en frente del que gobierna y manda en la casi totalidad de ellos;» reducir también en lo posible los guardias de á caballo de don Carlos, que no necesitaba en aquel país; suprimir las secciones de Sanidad y Administración militar; los ayudantes y oficiales de órdenes de los generales y brigadieres que no desempeñasen mando, los agregados y supernumerarios de los centros directivos, Estados Mayores y batallones, formando uno ó dos batallones de todos los excedentes, y fueran á operaciones, destinando los ancianos á guarnecer Estella ú otra población, presentando ejemplos de lo que sobre esto hizo Zumalacarreñui, y ordenó don Carlos el 28 de Enero de 1835; no dar paga á los que no es-

tuviesen con las armas en operaciones, y si sólo ración; suprimir los caballos de los oficiales de infantería que no llegasen á comandantes, y ninguno que no fuese brigadier ó general tuviese más de un asistente, y dos á lo sumo los de esta última categoría, y pedían otras medidas de buena administración, además de que se contratara á todo trance un empréstito fuera del territorio vasco-navarro para evitar la crisis monetaria que se echaba encima irremisiblemente.

Lo que en la anterior exposición se pedía, lo pedía el país; las ideas que en ella se consignaban eran las de los vascongados y navarros carlistas, que no sólo se manifestaban en aquel notable escrito, sino en sus conversaciones y en algunos actos. Las diputaciones, además, efectuaban algunas reformas, ó se negaban á ciertos pagos, ó no daban el pase á disposiciones, que no les convenían; y así, aquella grande autonomía de tales corporaciones, mataba la autoridad de don Carlos, mermaba su prestigio real, pues si no iba como los soberanos de la Edad Media pidiendo por villas y ciudades concesión de tributos para hacer la guerra, que sólo otorgaban á cambio de fueros y exenciones, tenían sus ministros que pedir la venia de la diputación hasta para actos que podían parecer como de su incumbencia (1).

(1) Entre la multitud de expedientes de esta naturaleza que tenemos á la vista, es notable el que originó la consulta que el conde del Pinar, como ministro de Hacienda, hizo desde Durango el 12 de Febrero de 1875 á la diputación de Vizcaya, sobre «si podría, sin quebrantar el fuero, imponerse por S. M. á los liberales propietarios, comerciantes ó industriales de nuestro territorio, una contribución que recaudada, distribuida y adminis-

En constante antagonismo las autoridades militares con las civiles, como estas daban los soldados y todos los elementos, estaba su autoridad sobre la de aquellas; y se hubiera ejercido perfectamente la soberanía popular, si esta soberanía no estuviera reconcentrada sólo en unas corporaciones que en nada practicaban los derechos de igualdad. No debemos perder de vista la actitud de las diputaciones, y hasta de alcaldes como el de Segura, que al saber que se iba á establecer en esta villa el batallón sagrado de oficiales, se dirigió á la diputación oponiéndose á ello, fundándose en lo sobrecargada que estaba de alojamientos por el mucho tránsito para Navarra, y hubo que acceder al deseo del alcalde.

Estos alardes de corporaciones y autoridades, no todas las veces eran atendidos, ni por lo general apreciados; eran manifesta-

trada en todo exclusivamente por persona nombrada por V. E., sirva para aliviar en cuanto sea posible la suerte de tanta familia desgraciada, por haberles ocupado sus bienes los liberales».

Se pasó esta comunicación al síndico, y consignando éste que era antiformal lo que se pretendía, porque los fueros eximían de todo tributo á los vizcainos, no pudiendo el señor imponer contribución ninguna en Vizcaya, opinaba sin embargo, que por el estado de la guerra y por las medidas tomadas por el Gobierno liberal, podía ejecutarse lo propuesto, pero destinando lo que se recaudase á cubrir en lo principal los servicios de suministros y el superávit, en todo caso, á las indemnizaciones de las familias despojadas, siendo la distribución y administración de la exclusiva competencia de los delegados nombrados por la diputación. Y el fuero, sin embargo, prohibía en absoluto la confiscación de bienes.

Firmaban la consulta: Serapio de Pértica, Dr. Tollara y Licenciado Sarachu, y fué elevada á decreto por los señores Urquiza y Piñera.

ciones particulares, casi reservadas, que necesitaban la publicidad para ser apreciadas: ya en Navarra don Demetrio Iribas, pidió como diputado de aquel reino, á don Carlos, que para restaurar las antiguas leyes convocara las Cortes de Navarra llamando á los tres estados, y que nombraran los síndicos y diputación permanente del reino, para que durante la suspensión de las Cortes y hasta otra convocatoria, no careciese el país de la autoridad legítima que le debía representar. Esperaba el señor Iribas que las Cortes remediaran los grandes abusos que denunció á don Carlos en su exposición de 7 de Agosto, acusando hasta á la diputación de que formaba parte; y como no obtuvo resultado su petición, «resintiéndose su dignidad personal en tener que volver á tomar parte en las deliberaciones de la corporación, y el país tendría derecho á juzgar en su día al hombre público que no ha correspondido á la confianza que en él se ha depositado,» dimitió su cargo.

El mayor mal que aquejaba á las diputaciones y á la causa carlista era la falta de dinero. Elío escribía: «La necesidad de un poco de metálico es cuestión de vida ó muerte;» y la diputación guipuzcoana contestaba al conde del Pinar, que la pedía contribuyese para proporcionar combustibles y materiales para la fundición de Azpeitia, que tanto necesitaba, «en vez de proporcionarnos algún alivio, se nos piden nuevos sacrificios, que no podemos absolutamente hacer, como hemos dicho hasta la saciedad por escrito y de palabra. Ustedes no quieren convencerse de que este país no puede hacer más de lo que

hace, y quiera Dios que una dolorosa y terrible experiencia no se encargue de persuadirles. Concluiremos manifestando á usted que el mayor sentimiento de la diputación es, y lo sería del país, si estuviera enterado á fondo de todo lo que ocurre, el observar constantemente que no se cuenta con ella si no es para pedirle recursos, y recursos superiores á las fuerzas del país.»

Don Carlos y el conde de Caserta pidieron en Diciembre al comité carlista de Bayona 20 millones de cartuchos que necesitaban para hacer frente á los numerosos ejércitos liberales que se enviaban en su contra; pero se recibían escasos recursos del extranjero, aun cuando no faltaban adhesiones hasta de Méjico (1), mas sin remitir fondos.

Tambien en Puerto Rico se formó una junta superior de gobierno (2), por la gestión del comisario carlista don José Ramos y Gonzalez; pero en su exposición de 24 de Junio sólo ofrecían «todas sus fuerzas y áun la propia vida.»

Algunos concibieron grandes esperanzas

(1) En la enviada á don Carlos de la capital de aquella república el 24 de Agosto de 1875, la firmaban los señores Contador, director del *Mundo Católico*; Poladura, Ollo, Mazo, Piña, presbítero; Barquin, Fernandez, Iturviria, Ugarte, Urrutia, Oronoz, Fellochea, Erriti, Mazquiarán, Múgica, Vidaurrazaga, Gomez, Castillo, Caballero, Arechavala, Echevarría, Barrinaga y Rementería, presbítero; Montel, Ros, Nave, Iriarte, Pagaraurtemdua, Echenique, Mendieta, Aldama, Escurza, Larracochea, Lecanda, Llano, Aramburu y Gayoso.

(2) Compuesta de los señores don Gregorio Ledesma, don Julian Fernandez Cortés, don Camilo Ruil, don Francisco Delgado, don Celestino Diaz, don Ramon Martinez, don Antonio Alvarez, presbítero, y don Juan Miranda.

en los recursos que proporcionaría la Liga Nacional provocada por el centro ultramarino, donde tenían los carlistas cuatro representantes, y como se veía impulsada por miras políticas, no de todas conocidas, aunque toda aquella respetable colectividad servía de inconsciente instrumento de desatentadas ambiciones, basadas unas en la ingratitude y otras en la traición, habiendo hasta revolucionarios de Setiembre que trataron de avenirse con los carlistas para derribar á don Amadeo (1), se consultó desde Madrid por el firmante de la carta de que hemos trascrito las líneas de la nota, la conducta que los representantes carlistas debían observar en el congreso de la Liga, si debían apoyar resueltamente á los que intentaban derribar lo existente á la sazón, aunque se proclamase una interinidad, y despues la constitución de una idea política, ya monárquica con don Alfonso, ó republicana; y prévia consulta á don Carlos, indicarlo á sus representantes, á fin de que lo tuvieran presente para adquirir compromisos ó reservarse su libertad de acción. Marchaban bien los propósitos de la Liga, aunque contribuyeran á aumentar las desgracias de la patria, cuya integridad proclamaban, por lo que en los asuntos de la península se mezclaban, y ayudábanla per-

(1) «Los principales personajes que contribuyeron á la revolución y nombramiento de don Amadeo, no se recatan sobre la actitud que ha de tomarse, y hablan de apelar á la fuerza como única solución y hasta toman posiciones, y se entienden entre sí, elementos antes repulsivos. Hasta han llegado á hacer proposiciones oficiosas y secretas, á alguno de nuestros representantes, demandando nuestro auxilio.»

(Diciembre de 1872)

fectamente los carlistas, aunque no les produjo esto muchos recursos; y justo es consignar que siempre se declaró don Carlos partidario de esa misma integridad, ofreciendo el concurso de sus fuerzas.

En Octubre de 1874 marchó de Madrid al Cuartel Real una comisión del centro Hispano-Americano para tratar con don Carlos asuntos que debieran serle ajenos, sin el carlismo de los comisionados, como lo manifestaba el señor don J. Ignacio Berriz en su carta de recomendación, que hace la apología del presidente de aquella don Francisco Javier de Oteyza. Mayores servicios parecen que hubieran prestado estos señores procurando, si no concluir la guerra, aminorar sus males en vez de alentar esperanzas en unos y estimular conspiraciones en otros.

El comité carlista de Lóndres, continuaba entreteniendo sus ócios denunciando en las cámaras el bombardeo de la costa y pidiendo al gobierno inglés el reconocimiento de la beligerancia en favor de los carlistas, desconociendo, por interés, lo más rudimentario del derecho internacional.

DON JUAN—BARCOS DE GOMA—DOÑA MARGARITA

LXXXIV

Grande importancia tuvo el viaje de don Juan y de doña Margarita á las Provincias Vascongadas. El primero había estado antes y regresó á Lóndres preocupado con la idea de construir unos botes de goma, perfeccionando el que usaba en sus cacerías, con el que bajaba por los ríos y navegaba por mar cinco ó seis leguas, llevándole y cuanto le pertenecía en su coche ó en el de los ferro-

carriles, debajo del asiento, sin molestar á nadie. Construidos ocho botes mayores, hizo con ellos varias pruebas (1) y los trajo para regalárselos á su hijo don Carlos, en nombre de su madre doña Beatriz, que los había costeado y el viaje: se perfeccionaron con algunas obras (2) se ensayaron en Zumaya, y el

(1) «Con sólo dos botes y tablas he hecho un puente sobre un riachuelo de 55 piés de ancho, y una porción de gente pasó sin que los botes mostrasen en nada resentirse, y se hundían muy poco más de cuando va dentro una ó dos personas. Otra experiencia fué ver cuántas personas podían ir en un bote, y fácilmente fueron 12. Otra fué formar sobre un tablado una rada sobre dos botes y pasó un carro cargado de piedras..... y después 30 hombres. La rada ó tablado se puede ya llevar hecha de antemano, y la he usado como carro sólo con ponerle las ruedas. Así sirve como rada y para llevar los botes.»

Carta de don Juan de Borbón desde Lóndres, el 30 de Octubre de 1874.

(2) Azpeitia 27 de Junio de 1875.—Señor don Miguel Dorronsoro.—Apreciable amigo: S. M. el rey padre ha venido con el objeto de forrar de blanco, para resistir mejor el calor y rozamientos, ocho lanchas completísimas de á cuatro remos y una vela, goma elástica, que se plegan como tela y pueden ser conducidas por un macho á lomo, y por medio de resortes y con fuelles á propósito se llena cada una de aire en cuatro minutos, y aparece como por encanto una lancha perfecta y acabada, que pesa sobre dos y media arrobas, de un metro 30 centímetros de ancho y sobre cuatro de largo; que por su forma y extraordinaria ligereza desaloja una gran cantidad de agua. Pueden servir para travesías de canales, tanto separadamente llevando á bordo cañones de montaña, como formando una balsa entre las ocho y con una separación ó distancia una de otra de cuatro piés, enlazándose con tablas que tienen al efecto, y la balsa abraza un perímetro de 20 metros con tres de ancho. Las trae de Inglaterra para vadear los ríos. La expedición piensa ensayar en Zumaya, para apreciar con exactitud sus efectos. Por este motivo y por acompañar á S. M., que están trabajando de día y de noche, estoy ocupado en casa.

Consérvese bueno y mardo á su afectísimo amigo, Ibero.

resultado no pudo ser más satisfactorio ni más aplaudido. En recompensa fué nombrado don Juan ingeniero general con carácter honorífico, por ser así su voluntad y deseo.

La ida de doña Margarita al país vascongado, temida por algunos y deseada por muchos, no produjo los cambios políticos que su anterior viaje: era más grave la situación política. De todos modos, fué grande y sinceramente felicitada, y se la suplicó que no regresara á Francia: «aun cuando suceda lo que quiera, no se vaya y permanezca entre nosotros: nos hace falta V. M., y cuanto más larga sea su permanencia mejor lo conocerá». Así la escribía el jefe del ejército don José Pérula.

EJÉRCITOS LIBERALES

EL CONDE DE CASERTA AL FRENTE DEL EJÉRCITO
CARLISTA

LXXXV

La pacificación de Cataluña había de influir precisamente en el estado de la guerra en el Norte; y para tratar del nuevo plan de operaciones acudieron á Madrid los generales Martínez Campos y Quesada,—27 de Noviembre.—No armonizaron mucho los pareceres de los conferenciantes, en tan interesante asunto, aun cuando Martínez Campos estuvo muy reservado por razones que para ello tenía; se demoraron las conferencias más que lo que el estado del país exigía, y hasta el 14 de Diciembre no se dió el decreto organizando en el Norte dos ejércitos, el de la izquierda que comprendía las Provincias Vascongadas y las del distrito de Burgos, y el de la derecha que ocuparía el territorio de

Navarra, al mando éste del pacificador de Cataluña, cuyo ejército y el del Centro se disolvía, y se encomendó el de la izquierda al general Quesada.

Constaba entonces el ejército de la izquierda de tres cuerpos de tres divisiones el primero y de dos el segundo y tercero, y además de tres divisiones sueltas; en total 10 divisiones con 85 batallones, 33 escuadrones y 110 piezas montadas y de montaña, sumando 88.000 hombres de todas armas y 4.000 caballos. El de la derecha contaba dos cuerpos de dos divisiones cada uno, una división de reserva y una brigada de caballería, ó sea 40 batallones, 25 escuadrones y 74 piezas de montaña todas excepto las de la brigada de caballería, con la fuerza total de 45.000 hombres y 3.000 caballos. Una masa de 133.000 hombres, 7.009 caballos y 184 piezas de artillería iban á caer por el pronto sobre los carlistas de aquella parte del Norte.

Acordadas las operaciones que habían de efectuarse, regresó Quesada á Navarra, tomando de nuevo el mando del ejército el 21 de Diciembre en Tafalla, anunciándolo así en una extensa orden general del día, en la que recordaba lo que se había hecho y había de hacerse. «Nuestro tercer cuerpo, decía, domina por completo los valles de Montija, Mena, Losa y Tobalina, amenazando siempre á Valmaseda y líneas enemigas de Vizcaya. Ocupamos, con leves excepciones, la provincia de Alava, privando de sus recursos al enemigo, así como de los del condado de Treviño y Rioja alavesa, manteniendo por el puerto de Herrera nuestras fáciles y cortas comunicaciones con Logroño, y está

asegurado el paso de las Conchas, sin que los viajeros deban ya temer el fuego frecuente y vandálico que allí sufrían. En Navarra, constituidas sólidamente nuestras líneas del bajo Arga, Esquinza, Larraga, Lerín y Tafalla, las de Aragón é Irati, con Miravalles y San Cristóbal, dominamos todo el territorio comprendido entre ellas, siendo diarias y constantes nuestras comunicaciones hasta sin escolta, de modo que sólo por excepción y en rápidas excursiones penetra en este territorio alguna corta fuerza enemiga.

»En Vizcaya se ocupó el Mazo de Serantes con ventaja reconocida, y nuestra reciente expedición á Murguía, Orduña y Barambio, sin ser inquietados, ha demostrado al país nuestra fuerza y superioridad incontestable.

»Las condiciones de la artillería moderna, y las especiales topográficas de Guipúzcoa, han favorecido el establecimiento de las baterías enemigas contra las poblaciones que ocupamos, sin que haya sido posible contrabaterlas con ventaja. Se ha obtenido grande para nuestras armas, arrojando á los carlistas de Montevideo y recientemente de la importante posición de Urcabe, de reconocida utilidad para el porvenir, y que ha permitido establecer desde luego nuestras comunicaciones regulares con la frontera».

Prosiguió con el general Martínez Campos á Pamplona, y volvieron á Madrid á conferenciar con el gobierno, 30 Diciembre.

El ejército de operaciones de la derecha se constituyó en dos cuerpos, guiados por los generales Blanco y Primo de Rivera, y una división de reserva al mando del general

Prendergast (1); y el de la izquierda más numeroso por ser mayor también su territorio, llegó á ascender á 353 jefes, 3.831 oficiales, 104.105 individuos de tropa, 6.450 caballos y 116 piezas de artillería. Las fuerzas liberales de ambos ejércitos eran 121 batallones bien completos, 64 escuadrones, 24 compañías de ingenieros y 37 baterías: en junto eran más de cuatro veces superiores en número á las carlistas, y con superabundancia de recursos y toda clase de medios. Contando cuerpos francos y toda clase de fuerzas de establecimientos militares, etc. Sumaban en definitiva un total de 14.026 jefes y oficiales, 304.937 tropa, 18.444 caballos y 238 piezas de artillería (2).

Admitida la dimisión que hizo Pérula del cargo que ejercía, aunque se pensó en que le reemplazara Lizarraga, lo hizo el conde de Caserta, don Alfonso de Borbon y de Hapsburgo, hermano del ex-rey de Nápoles, é hijo en segundas nupcias de don Fernando II y de la archiduquesa María Teresa de Austria; tenía á la sazón 35 años, y había sido oficial de artillería en el ejército napolitano; tomó parte en la campaña de 1860-1861, en las postrimerías del reinado de su hermano Francisco, y en defensa de un tro-

(1) Cada uno de los dos cuerpos de ejército tenía dos divisiones, divididas en dos brigadas, mandando aquellas los mariscales de campo señores Terreros, Juárez Negron, Chacon y Calleja, y las segundas los brigadieres Bonanza, Gamir, Bargés, Acellana, Arias, Molins, Cassola y Pardo Montenegro. La división de reserva la componían las brigadas Baile y del Campo, y la brigada de caballería de la Rivera estaba encomendada á Jaquetot y Arcas

(2) Véase el estado núm. 26.

no y una causa perdidos; estuvo en los sitios de Cápua y Gaeta, y se retiró con su familia á bordo de la escuadra francesa, cuando toda esperanza racional quedó desvanecida. Después de la pérdida del trono y de la independencia del reino de las Dos Sicilias, vivió con su familia en los Estados del Papa, haciendo frecuentes viajes á Austria.

Está reputado don Alfonso de Borbon ante personas imparciales y desapasionadas, como uno de los más inteligentes y capaces entre los hermanos del ex-rey de Nápoles. Es frío y observador, circunspecto y muy reservado; de voluntad imperiosa y tenaz en sus propósitos. Se le reconoce cierta instrucción militar, pero no se le creía á la altura del importante cargo que se le confirió. Como extranjero, á pesar de su régia procedencia, encontraba algunas repugnancias y desvíos.

Al darse á conocer en su nuevo cargo, dijo: «Soldados de la fe y de la legitimidad, dignos hijos de la verdadera España, que llevais en vuestras frentes los laureles de Somerrostro, de Abarzuza, de Biurran, de Urnieta, de Lácar y de Lumbier, en vosotros confío para vencer; que confiar en vuestro heroísmo es tener seguridad en la victoria».

Para jefe de E. M. de Caserta, se nombró al oficial precedente del cuerpo de artillería señor Brea: la comandancia general de Navarra se dió á Pérula, y Carasa y Rodríguez continuaron en las de Vizcaya y Guipúzcoa; así como la división castellana quedó á las órdenes de Cavero, y mandaba Ugarte á los alaveses.

Las fuerzas carlistas de Navarra, Vizcaya, Alava, Guipúzcoa y cuerpos centralizados, sumaban en 31 de Diciembre de 1875, un capitán general, dos tenientes generales, siete mariscales de campo, 35 brigadieres, 62 coroneles, 92 tenientes coroneles, 2.063 de comandante á alférez, 2.137 sargentos y 27.670 cabos, soldados y cornetas. Incluyendo la Administración y Sanidad militar, el clero castrense, cuerpo jurídico y veterinaria, arrojaban un total de 32.976 hombres, 1.769 caballos y 630 mulos (1); no incluyéndose las fuerzas de Rioja, Cantabria, Asturias y Aragón, como tampoco los que se encontraban en los hospitales. Constituía su artillería más de 80 piezas de campaña y 29 de plaza, todas de diferentes sistemas y calibres.

Encomendado á don Pedro de Vidal el mando de la provincia de Santander y Principado de Asturias, al hacerse cargo de estas fuerzas se encontró con tres batallones nominales, pues los dos cántabros no llegaban á 600 plazas, y el asturiano contaba unas 200. El escuadrón de Pelayo tenía ocho caballos y 32 hombres, inclusa una docena de oficiales, todos desnudos.

No estaban en mejor estado algunas otras fuerzas, especialmente las valencianas y aragonesas, que escapaban de Francia para volver á las filas carlistas.

Antes de emprender las operaciones, deseó el conde de Caserta proveer al ejército y los almacenes de cartuchos, para poder sostener varios combates seguidos, y ofició á las di-

(1) Véase el número 27.

putaciones para que no faltaran de aquellos. Contestaron favorablemente Vizcaya y Navarra; mas no así Guipúzcoa, que se excusó con la falta de recursos, y no dándolos, «debe V. A. contar muy poco con nuestros esfuerzos (1)». Al ex-diputado de Alava señor Varona, al señor Trelles, hasta al ministro de Gracia y Justicia, negaba las raciones la diputación guipuzcoana, y en la conferencia celebrada el 21 de Enero de 1876 en Vergara por los representantes de las cuatro diputaciones (2), para proveer de calzado y herraduras al ejército, se contestó «que no habiéndose cumplido las condiciones del acta de Estella, no podían las diputaciones facilitar los medios necesarios para hacer frente á los pedidos que se hicieran».

Rompiase algunas veces la buena armonía que debía reinar necesariamente entre aquellas corporaciones; la de Navarra se vió precisada á decir á la de Guipúzcoa que, en igual territorio dominado por las armas carlistas en una y otra provincia, tenía la primera doble número de combatientes, y pagaba el 34 por 100 para gastos centralizados, mientras la segunda solo daba el 22. «Contando la división navarra, añadía, con 12.555 hombres en servicio activo y 729 caballos, habiéndose dictado cuatro llamamientos militares en los dos primeros años de

(1) A esta comunicación fechada en Villafranca en 15 de Diciembre, acompañata una copia del acta de las conferencias celebradas en Estella en Octubre anterior.

(2) Asistieron por Vizcaya los señores Novia de Salcedo y Tollera, por Alava, Mendieta y Guirca, por Guipúzcoa, Zurbano, Dorransoro y Vinuesa, y por el centro vasco-navarro don José Juanmartiñena.

guerra, uno sin excepción alguna, y propicio todo el paisanaje á tomar las armas, como lo había hecho varias veces, hace tiempo que, sin embargo de todo ello, se había pensado en organizar la institución foral de los voluntarios paisanos, y no para el objeto que V. E. parece desear, sino para otro completamente contrario.

»Si llegara á armarse el pueblo, y con las fuerzas del resguardo, guardia y otros institutos que no entran en la cuenta de los 12.555 hombres en combate, pudiera defenderse el territorio, lo que desearia Navarra es que toda su división saliese á pelear en otras provincias, mientras V. E. se lamenta de que los guipuzcoanos sean sacados de la suya propia.

»Los votos y deseos de Navarra son siempre obedecer y secundar sin ostentación, cuanto tiende al fomento de la causa, y tanto quiere que todas las fuerzas del ejército del Norte vengan aquí á combatir al enemigo, como que su división salga á pelear en otras provincias: ama con preferencia á su propio bien, el de la causa y no se cuida de mirar si hace más ó menos que otras provincias, por lo mismo que hace muchísimo más.

»La diputación no ha invertido todavía sus fondos en prensas de imprimir, pero tiene muchas fábricas de municiones abiertas á todas las necesidades, y merced á ello, ha enviado á Alava cerca de quinientas cajas desde el principio de las operaciones, al paso que V. E., á la sazón que todo el ejército enemigo venia á levantar el cerco de Pamplona, no quiso enviar aquí ni un solo cartucho, ni una sóla ración, á pesar de las repetidísimas

órdenes del excelentísimo señor capitán general.

»La mejor prueba de los respectivos sacrificios en suministros son las liquidaciones, y esta diputación por la vigésima vez reitera á V. E. ese asunto. El más terrible compromiso que para siempre puede echar sobre sí el país vasco-navarro es la declaración de la guerra sin cuartel que hace tiempo propuso esta diputación á sus hermanas, sin resultado alguno».

El común peligro las unió algo, y don Sebastian Urrea escribía á la diputación de Guipúzcoa el 28 de Enero: «en las circunstancias que atravesamos, es necesario sobreponerse á los sentimientos egoistas innatos en el hombre, para atender á los intereses de la causa de la religión y de la patria».

Las operaciones se aproximaban: el comandante general de Guipúzcoa disponía se abrieran zanjas y se efectuaran algunas otras obras para impedir á los liberales ocupar el monte Mendaur, llave estratégica del valle del Baztan, y el paso por Berindain á Ancholagaña, Pagabumeo-mugarria, Amaicaurrum y altos de Aranaz, etc.; y en cuanto supo el conde Caserta, que se movían tropas hacia Guipúzcoa y desembarcaban otras en San Sebastián, telegrafió á Junquera, que, con los batallones primero y cuarto de Castilla y dos piezas de montaña, se trasladase á Vera, y en comunicación con el comandante general de Guipúzcoa, impidiese que el enemigo pudiera, forzando la línea, correrse á Vera y la frontera; previniéndole á la vez, que atendiese á las fuerzas que saliendo de Pamplona amagasen la retaguardia

de Navarra y Guipúzcoa: mandó á Larumbe que con los batallones á sus órdenes estorbase la salida de tropas de Pamplona, y reforzó las líneas de Guipúzcoa y de Villarreal con fuerzas de Vizcaya y Alava. Aun trató de provocar á los liberales haciendo una demostración sobre Hernani, pero no dió resultado.

Temióse por Estella, y escribió don Carlos á Pérula «para que la defendiera á todo trance, pues su caída sería un golpe mortal para la causa»: contestó telegráficamente que no temía una sorpresa, y si atacaban, el honor de las armas quedaría bien puesto y daría que hablar en la historia; y á su virtud le replicó don Carlos: «sé que lo que me ofreces lo cumplirás, y Dios da siempre la victoria al que entra en el combate con esa fe y esa resolución. El esfuerzo de nuestros enemigos será supremo, pero por eso mismo encontrarán en él la muerte. Mientras tanto examínalo todo, trata de prevenirlo todo, y no olvides lo que encargué respecto á los fuertes de Estella. Saluda de mi parte á esos bravos voluntarios, y diles que después de Dios todo lo espero de su valor y de su constancia (1)».

1876

VIAJES DE DON CARLOS

LXXXVI

Confianza y á vencer, fué el grito que se dió á los carlistas y el que estampó *El Cuar-*

(1) En Durango á 27 de Diciembre de 1875.

tel Real. Para alentar don Carlos á sus soldados visitó la izquierda de su línea, reconociendo las obras del monte Garate, donde le aguardaban los señores Rodríguez Vera y Aurich; siguió á visitar la fábrica de fundición de Azpeitia; marchó después por Zumarraga y Alsásua á Estella, y acompañado del conde de Caserta, Pérula Mogrovejo y Valde-Espina, reconoció sus posiciones y las de la Sclana; revistó las fuerzas de Morentin, Allo y Dicastillo, y dirigió una pequeña operación militar contra las liberales que ocupaban el monte de San Bartolomé y pueblo de Baigorri. Presenció el 11 el acto de jurar la bandera el batallón cazadores de Victoria, primero de Alava; fué por la tarde á Villatuerta; al día siguiente colocó la corbata de San Fernando en la bandera del tercero de Navarra en premio de su comportamiento en Biurrun, tan bien guiado por don Simon Montoya, su jefe (1), siéndolo Pérula de la división; recorrió don Carlos, á pesar del extraordinario frío que hacía y de lo que nevaba, las extremas avanzadas, el fuerte y batería de Santa Bárbara de Oteiza, y escribió el 16 á Elío una carta, que era un programa ó más bien una alocución, pues le decía que, según su experiencia había previsto, llegaron los momentos críticos, dando gracias al cielo por proporcionarle y á su

(1) Al día siguiente se celebró el acto con una gran comedia, á cuyos postres acudió don Carlos; y como poco antes lo había hecho Montoya, que no asistió á toda ella por continuar enfermo, el jefe de artillería señor Prada, le dedicó el brindis por haber ganado la acción de Biurrun, y Montoya á su vez, pudiendo hablar apenas, manifestó que Pérula fué el jefe de las fuerzas que pelearon.

ejército la ocasión de patentizar que eran dignos sostenedores de la causa de Dios y de la patria; que, como católico imploraba la bendición de Dios antes de entrar en la pelea, y como soldado volvía los ojos al veterano y al maestro, cuyos dolores físicos le impedían compartir los peligros; que ya que no podía acompañarle, tuviera el consuelo que el honor de la bandera quedaría ileso y que, con más suerte que él, ya que no con tanta pericia, la llevarían triunfante; y añadía: «Si llegan hasta tu retiro noticias funestas de mi campaña, no desmayes, mi viejo soldado. Las grandes causas sufren á veces grandes reveses. Semejante al altivo cedro, se doblan á impulso del huracán, pero no se rompen, para levantarse después con majestuosa gallardía. Si perdemos una batalla, buscaremos sobrada revancha. Un triunfo definitivo sin contratiempos, no tiene gloria. La virtud es tanto más meritoria, cuanto más grande ha sido la lucha. Lucharemos, pues, amigo mío, y venceremos, porque Dios está con nosotros. Ruégale que no me abandone, mientras yo le ruego que conserve tu vida».

El 17 regresó por Alsásua á Tolosa, en coche hasta Beasain, y desde aquí en ferrocarril; asistió el 21 á una misa de *Requiem* en San Francisco por el 87 aniversario de la muerte de Luis XVI, y recorrió después los puntos avanzados de la línea.

TEMORES Y ESPERANZAS—CONSEJOS Y RESOLUCIONES—SITUACIÓN DE MORIONES

LXXXVII

Desde que se anunció que los ejércitos del

Centro y Cataluña caerían sobre el Norte, creían los carlistas más avisados que comenzarían las operaciones por la extrema izquierda liberal, por considerarle el punto más estratégico, aunque no el más seguido por todos, continuándolas después por Guipúzcoa. Pérula temía más por Navarra, y escribía, que si el enemigo hacía un supremo esfuerzo y les derrotaba en Navarra, todos sucumbirían sin luchar apenas; de aquí el que temiese más por aquella parte. A ambas, sin embargo, necesitaban acudir los carlistas, porque sobre Navarra y sobre Vizcaya iban á caer cual irresistible avalancha numerosas tropas.

Sospechaban los defensores de don Carlos que el principal objetivo de Martínez Campos sería apoderarse de la frontera francesa, colocando en ella un cuerpo de ejército que, operando á retaguardia de ellos, pudiera invadir todo el país, y producir funestas consecuencias para los carlistas; pero confiaban en que no podrían los liberales forzar sus líneas y llegar á la frontera; y que aún cuando lo consiguiesen, podrían los carlistas dejar aislado el cuerpo de ejército que efectuase aquella operación y concluir con él antes de que pudiesen socorrerle.

Para distraer á las fuerzas liberales, se arreció con escaso éxito, como vimos, en los trabajos para renovar la guerra en Cataluña y en el Maestrazgo, y aún en otros puntos.

Durante la estancia del general Quesada en Madrid en la primera quincena de Diciembre, celebró varias conferencias con el ministro de la Guerra y el general Martínez Campos, sobre la formación de los dos ejér-

citios, á fin de que el rey se pusiese á la cabeza de ambos, llevando como jefe de E. M. G. al ministro de la Guerra. Contrarió Quesada esta organización como opuesta á la unidad de mando sobre las fuerzas que habían de operar en el mismo territorio; insistió en quedar sin mando, evitando así las dificultades que fácilmente surgirían, ó quedar en todo caso á las órdenes del que fuese nombrado general en jefe. No se adoptó ninguna de ambas soluciones, aceptando al fin continuar al frente del ejército de la izquierda, con la dirección de las operaciones centrales combinadas, y en los demás casos obraría cada cual por su propia inspiración é iniciativa.

Resuelto este primer punto, se habló en consejo de ministros y luego en presencia de S. M. del plan general de operaciones, dando Quesada la preferencia á empezarlas sobre Vizcaya para continuarlas en Guipúzcoa, mientras Jovellar se inclinaba á un movimiento central sobre Estella, bajo un pensamiento estudiado por el coronel De Miguel. El general Martínez Campos reservó su opinión, excusándose en la falta de datos del verdadero estado de la guerra y de conocimientos locales.

Sin formularse ningún acuerdo, se resolvió marchasen ambos generales en jefe á organizar los nuevos ejércitos, que se decretaron el 14, y que cuando estuviese ultimada, volvieran á Madrid para fijar el plan, proceder á su ejecución, y á determinar cuándo podía el rey ponerse al frente de ellos.

Había propuesto Quesada que las tropas de los tres extinguidos ejércitos se mezclaran

por igual al refundirse ahora, por la reconocida ventaja de dejar en todas partes cuerpos conocedores del país y de las condiciones especiales del enemigo, y evitar un espíritu de rivalidad que, si puede en momentos dados ser ventajoso sobre el campo de batalla, tiene el inconveniente de extravíarse con facilidad, especialmente dado nuestro carácter; siendo tanto más de temer cuanto que le constaba que así sucedía entre las tropas procedentes del Centro con las de Cataluña. A este pensamiento, que pareció bien al general Jovellar, se opuso Martínez Campos, y se desistió, haciéndose la nueva organización con separación absoluta.

Aunque se había mandado llevase Quesada á las Vascongadas todas las tropas que servían á sus órdenes, indicó espontáneamente quedasen en la derecha siete batallones que constituían la guarnición de Pamplona y puntos fijos, mas dos baterías del sexto montado de 10 centímetros, y á ruego del brigadier Jaquetot, que mandaba antes, como en la nueva organización, la brigada de caballería de la Ribera, apoyándolo su general en jefe, hizo quedar Quesada el regimiento de Farnesio, pasando á sus órdenes el de cazadores de Villarrobledo, pues con razón se lamentaba aquel de quedar con toda la fuerza nueva en el territorio de operaciones, lo que estaba tan acorde con las apreciaciones de Quesada. Este aconsejó, y así se dispuso, no trasportar más tropas por ferro-carril que las que debían embarcarse en Santander para Guipúzcoa, moviéndose las demás en marchas ordinarias; las de nueva entrada por Tudela y las salientes por Azagra y puente

de Lodosa. No quedando más carros que los de los pueblos, ni más viveres que en Tafalla, tuvo Martínez Campos á los dos días que subastar en dos horas la adquisición de carros á precios fabulosos, para racionar Oteiza y Pamplona. En hospitales y factorías de viveres quedó el personal correspondiente, aunque habían de hacerle falta.

En los pocos días que en esta última vez estuvo Quesada en Madrid, se acordó lo que había de hacerse, y avisó el 5 de Enero á Moriones, su próxima salida para Logroño y Vitoria, y su propósito, á no impedirlo el mal tiempo, de comenzar las operaciones, iniciándelas Loma sobre la línea del Cadagua, apoyado directamente por Moriones, á fin de amenazar por retaguardia las fuerzas carlistas que ocupaban á Guipúzcoa; á lo que contestó aquel el 12 desde San Sebastian, que se ajustaría á las instrucciones recibidas en cuanto le fuera posible, pues á la sazón necesitaba aquel cuerpo de ejército completa libertad de acción para salir del círculo que le ahogaba, y poderse colocar en posiciones tácticas y ventajosas, que permitiesen obrar de comun acuerdo; que su situación era especial, por no tener más apoyo que San Sebastián, ni otra comunicación que la insegura por mar, y obligado á permanecer en un terreno reducido y encerrado en una línea enemiga, como pocas fuerte, y sin más objetivo que intentar romperla, para colocarse en disposición de obrar con algun desahogo y ventaja; que nunca podía darse por terminado el estudio de aquellas posiciones, en las que el terreno impedía el desenvolvimiento de la menor maniobra, «robustecido por nu-

merosas obras de fortificación, muchas de ellas permanentes y acasamatadas en alturas inaccesibles, unidas por comunicaciones cubiertas y blindadas, y sembrado todo por innumerables trincheras y fosos; y todo tan hábilmente dirigido y ejecutado, que no hay manera para estas tropas de moverse, sin que no lo hagan siempre á la vista y bajo el fuego cruzado de los enemigos. He conocido, añadía, varias situaciones críticas por las que ha pasado nuestro ejército en esta guerra, y no considero ninguna tan asfixiante y peligrosa como la actual». Que encontrándose aquel cuerpo forzosamente obligado á salvar una mala situación atacando de frente, necesitaba encontrar una solución que llevara consigo las probabilidades de éxito; que aun teniendo á su frente los batallones guipuzcoanos, la empresa sería árdua y el primer choque rudo y sangriento; pero que si era cierto que habían marchado dos de los ocho batallones que reforzaban las líneas, quedaban aún seis, entre ellos el numeroso de Bernaola, por lo que se le oponían 15, que por el ferro-carril de Alsásua á Andoain podían en una marcha ser reforzados con seis ú ocho; que en sus continuas reflexiones había llegado á convencerse de que un ataque parcial, sobre no dar resultados importantes, pudiera ser peligroso siendo necesario que produjese el abandono por los contrarios de toda la línea; porque arrojarle de uno de sus extremos sin amenazar sus comunicaciones, no rompía el círculo de hierro, que sería más resistente; podían caer con mayor empuje sobre Guetaria, que no podía ser auxiliada más que

por la marina, que no contaba con buques á propósito y en un mar como el Cantábrico; que era necesario meditar mucho, estando sin embargo, preparado para cooperar con toda decisión hasta donde le fuera posible dentro de los límites prudentes á que debía sujetarse; que la situación de Hernani no era peligrosa, aunque sí aflictiva, y la de San Sebastián exigía, por la importancia de la parte moral, librarla del fuego de las dos piezas enemigas; que el tiempo no permitía movimiento alguno, sin cuya contrariedad quizás hubiera intentado una operación, que calificaba de importante, aunque exigía que las tropas acampasen diez ó doce días sobre terrenos elevados y á la intemperie, y por último, que todas las obras de los carlistas estaban construidas dentro del cálculo del alcance de la artillería liberal; confiando en que las piezas de 15 centímetros que procedentes de Alemania y Amberes habían llegado á Santander, y esperaba, abrirían el mejor de los caminos para penetrar en sus líneas, puesto que permitirían á larga distancia batir sus reductos y preparar el ataque de la infantería: «ellas y el tiempo son las condiciones precisas para la ofensiva en este territorio».

Hízole Quesada algunas observaciones sobre la importancia de la organización que había dado al ejército, variada algun tanto por Moriones, y sobre los grandes pedidos de víveres y efectos, teniendo considerables existencias (1), y se prepararon á emprender las operaciones.

(1) Comunicación del general Quesada fechada en Vitoria el 19 de Enero.

En el mismo día en que Martínez Campos se quedó solo en Tafalla encargado del mando de la derecha, expidió con profusión una circular levantando los destierros y autorizando que los propietarios cultivaran sus posesiones embargadas.

Quesada había anunciado desde Vitoria el 9, que reunidos en el Norte ejércitos numerosos bien provistos para emprender una campaña vigorosa, todas las consecuencias de la guerra iban á pesar sobre aquellas provincias; é inspirándose el gobierno en sus sentimientos de humanidad, conforme con los suyos, despues de la circular de Martínez Campos, y para celebrar el primer aniversario del advenimiento al trono de don Alfonso XII, se levantaba el destierro, con algunas excepciones de las familias expulsadas. Ya antes había suprimido el general los 100 reales que exigían á las familias carlistas las contraguerrillas y puesto coto á no pocos abusos.

Del ganado recogido por las multas de Quesada, quedaron en Tafalla por equivocación, más de mil cabezas, que dispuso Martínez Campos se devolvieran á los últimos embargados.

ANTAGONISMO. — PLANES. — OPERACIONES EN LA IZQUIERDA.

LXXXVIII

No existía la necesaria armonía que debía reinar entre ambos generales: Quesada resolvió empezar por Vizcaya y la línea del Cadagua, Martínez Campos, marchóse sobre Estella; el primero le contestó no era aquel

el momento ni la estación que debía elegirse para realizarlo, y replicó el segundo que «valido de la autorización que me concede, aunque V. E. sea el responsable en operaciones combinadas, y en ella tome el mando, debo hacerle presente; que cuando estuvimos en Madrid y se trató de las operaciones que se podían emprender, fué en la hipótesis, primero: que el tiempo no había de permitir operar más que en determinadas zonas; segundo: que los carlistas estaban desparados; tercero: que Guipúzcoa estaba seriamente amenazada; cuarto: que para cuando viniera S. M. (mediados de Febrero) estarían concluidas las operaciones preparatorias por un orden natural, y quinto: que éstas eran inmediatas. Contábase también, á lo menos yo, con que podría operar algo: esta fué mi creencia, en todos los puntos que dejo indicados; cábeme la duda de si ha habido falta de comprensiva en mí». — «He meditado detenidamente, respondió Quesada, sobre la muy importante y trascendental comunicación de V. E. del 19 y tengo un verdadero sentimiento en no poder estar conforme con sus apreciaciones y las consecuencias que de ellas se deducen»; consigna que en sus conferencias con el gobierno y el rey, siempre expuso la conveniencia de emprender la campaña por su izquierda; que el movimiento sobre Estella era aventurado, debiendo esperarse con toda probabilidad un fracaso. — El 27 escribió Martínez Campos al presidente del Consejo de ministros: «El general Quesada emprende hoy su movimiento, creo que hácia Vizcaya. En su vista, desisto de mi plan á Estella, mientras no se completa

este movimiento, pues según dije á V. E. en mi anterior, una vez empezado debe seguirse; pero así como me opuse al plan del Centro, y luego yo lo auxilié, enmendé y completé, así ahora pongo de mi parte todo lo que puedo, todo lo que sé». Manifiesta el pronunciamiento que iba á ejecutar Primo de Rivera desde Arroniz por Oteiza á Puente, y añade: «Yo mientras tanto procuraré romper la línea que rodea á San Sebastián y dejar desembarazados los 27 batallones de Moriones. Yo tengo fé; creo que Dios está con nosotros; creo que los carlistas deban concluir pronto y acepto la responsabilidad de este movimiento contrario á la opinión del general Quesada y del general Cevallos, que llenos de buen deseo me condenan á un papel que disgustará á este ejército; para el que desean que desempeñe, me sobran 20 batallones».

Al dar conocimiento al ministro de la Guerra de los telegramas mediados con el general Quesada, añadió Martínez Campos, «y yo, aunque dicho señor general me expresa terminantemente que desea conste no necesita para sus operaciones más, sino que yo amague la línea enemiga, esto me parece más difícil y menos digno para el decoro mío y de mi ejército, que el hacer alguna operación».

Mientras el tiempo mejoraba, hacía Quesada sus aprestos y escribía á Loma que creía más conveniente que establecer la línea del Cadagua, avanzar hasta posesionarse de la del Nervión, iniciando el movimiento con la ocupación de Valmaseda, y sin llegar á Arciniega, procurar que los carlistas

se dirigiesen á dicho punto, como acostumbraban, y continuar por su izquierda eludiendo atacar de frente sus posiciones atrincheradas, marchando sobre Areta. Quesada forzaría en tanto las posiciones de Villarreal y Arlaban, destruiría la fábrica de cartuchos de Arteaga, y continuaría sobre Miravalles para colocarse á retaguardia del enemigo.

Loma, de acuerdo con Villegas, consideró necesario como base de todas las operaciones en Vizcaya, establecer lo primero la línea del Cadagua hasta Bilbao, pues hacerlo en el primer avance sobre la del Nervión, no dejaba, á su juicio, asegurado el terreno á retaguardia, y la línea de comunicaciones y aprovisionamiento; juzgó también sangriento el ataque de Areta por las grandes defensas que tenían los carlistas; aventurado el que Quesada pudiera avanzar hasta Miravalles, atravesando ó costeano el valle de Arratia; y no pudiendo amagar á tiempo la retaguardia de los carlistas, estos no se irían hácia Arciniega como creía, sino hácia Llodio, oponiendo gran resistencia mientras tuviesen asegurada su retirada hácia Darango y toda la parte Norte, no creyendo bastasen las fuerzas de Bilbao para marchar sobre Galdames ó Zornoza.

Loma y Villegas tenían concertado su movimiento, consistente en extender su derecha sobre Viérgol y adelantar por la izquierda hasta Nava, á fin de estar encima de las líneas carlistas del Berron y monte Cevaldilla sobre Valmaseda; permaneciendo unos días en esta situación, el enemigo tenía que estar constantemente en jaque y en las

trincheras, temiendo el inmediato avance y ataque, ó si se confiaba, no le daría tiempo para prepararse, como sucedía donde á la sazón estaba.

Hecho este movimiento de avance de cantones, y quietos unos días, ínterin mejoraba el tiempo y el estado del terreno permitía operar, apoderarse de Valmaseda, cuyas operaciones detallaba, y la otra división, subiendo por entre Nava y Partearroyo á la sierra de Ordunte y campo de Ribacoba, caería sobre Mollinedo y de allí subiría á Górgolas para dirigirse por el camino viejo á la venta de Malabrigo, tomando la altura de la izquierda y dominando la carretera de Valmaseda y Avellaneda. Con este doble movimiento envolvente y haciendo que fuerzas de Bilbao subiesen á la altura de Santa Agueda, corriéndose por la cresta á tomar posición en Galdames ó Triano sobre Sodupe, los carlistas se verían envueltos y atacados por tres puntos á la vez y en gran peligro, sin más retirada que hácia Galdames y Durango.

Tomada Valmaseda y la izquierda del Cadagua, creía necesario fortificar brevemente algunos puntos para asegurar las comunicaciones con Bilbao, y ser dueño de toda la línea del Cadagua y con ella de la gran extensión de terreno hasta la costa. Podía seguirse después á la línea del Nervion, aunque no lo consideraba tan fácil.

Reservándose Quesada contestar á las observaciones de Loma, le telegrafió el 21 hiciera el movimiento preparatorio que proponía, el cual ejecutó el mismo día tan exactamente como lo había propuesto, quedando

las tropas en los nuevos cantones y línea avanzada, ocupada por el general Villegas, después de algún fuego con las avanzadas del Berron, y en el ataque á la torre de Gipano, con algunas pérdidas.

A los ocho días, mejorado algún tanto el tiempo, atacó Goñi con decisión las posiciones de Valmaseda, apoderándose del monte de Celadilla y entrando en la población, á costa de algunas bajas; Villegas realizando un movimiento envolvente por Gordejuela, se situó en Güéñes y sobre Sodupe, recogiendo dos cañones pedreros, 100 cajones de cartuchos, seis carros con 100 fusiles, municiones y efectos, vestuarios, etc.; Espina fué por el valle de Carranza; Cassola, por su parte, efectuó bien su movimiento desde Bilbao, apoderándose de Santa Agueda, Las Cruces, San Felipe y Pan de Azúcar; allí quedó el regimiento de Murcia, avanzando el comandante general con algunas fuerzas por el camino de Serantes hácia Sodupe á practicar un reconocimiento, y ponerse, si era posible, en combinación con el tercer cuerpo: no apercibiendo ninguna señal de la aproximación de este, emprendió la retirada con todas las fuerzas, incluso las de Murcia, á pernoctar en el valle de Baracaldo, conservando no obstante los altos de Santa Agueda, en los que quedó Albuera, y al día siguiente 31, salió el brigadier Marti por Castejana á Sodupe y se unió con Villegas.

Carasa desde Valmaseda fué en la madrugada del 29 hácia Arciniega con los batallones de Murguía, Somorrostro y la artillería, dejando á Bilbao en los puntos avan-

zados del Berron; á las dos de la noche del mismo día dejó Echevarri á Valmaseda marchando á Ortuella de Somorrostro; aquí se encontraba Olascoaga, y por el avance de la columna procedente de Bilbao hasta las alturas Alonsotegui, retiraron las fuerzas de aquella parte: al llegar á Zubieta de Gordejuela se encontraron con la avanzada liberal, quedando prisioneros los dos ayudantes de Echevarri. El batallón Bilbao se vió también atacado en los puntos del Berron, y tuvo que retirarse por San Roque, Arcentalés, Güéñes y Sodupe á Oquendo; Carasa se encontró con los liberales hácia la parte de Respaldiza, tuvo que seguir por los montes de sobre Gordejuela y Oquendo, llegando por la noche á Llodio, y en la mañana del 30 Echevarri con sus fuerzas, y después de celebrar la festividad del domingo oyendo misa, se retiraron todos á Zornoza y sus inmediaciones. El mismo día, el batallón de Arratia, que se hallaba en la línea á la parte de Erandio, subió de orden de Carasa por Yurre á las alturas de Dima desde las que rompió el fuego contra las tropas de Quesada.

Este había ordenado al coronel don Pascual de la Calle atacara las posiciones de Subijana y Morillas donde existía una aduana carlista, y lo ejecutó apoderándose de ambos pueblos y de la ermita después de cuatro horas de fuego; el mismo general en jefe emprendió su movimiento el 28, ocupando la línea de Villarreal como se proponía, apoyando su derecha en Arlaban y su izquierda en Múrua, venciendo escasa resistencia y apoderándose de dos cañones (1).

(1) Cuando fué generalizándose el fuego, se mandó

Las dos divisiones que se hallaban en la Rieja y Miranda, imposibilitadas de moverse por las grandes nevadas y heladas, llegaron en la tarde del 28 á Vitoria; el 29, marchando á vanguardia la brigada Córdova ocupó á Ochandiano y practicó un reconocimiento sobre San Antonio de Urquiola, que al oscurecer del mismo día tomó la brigada Alarcon de la división del general Goyeneche. Asegurada la posesión de tan importante punto, confiada al brigadier Córdova que se situó en Mañaria, enlazando la comunicación con Durango y Bilbao, continuó Quesada su avance, arrojando Ciria con dos batallones, á los vizcainos y compañías de sedentarios de las elevadas alturas en que hicieron frente. Penetró el general en jefe en

al coronel señor Nogués atravesar corriendo á Villarreal, cuyas ventanas y pueras estaban cerradas; y al llegar al extremo opuesto vió que el valeroso teniente coronel de la reserva núm. 25, no podía sacar á los soldados de las tapias de los huertos y de las casas últimas del pueblo de que ya se habían apoderado: ordenóle el general Goyeneche tomar la posición que ocupaba el enemigo, el cual hacía un fuego horrible enfilando la carretera y salida de Villarreal; se puso á la cabeza de su regimiento, previniendo á la primera compañía le siguiese sin disparar un tiro, y entre una lluvia de balas; marchando al lado del brigadier Córdova, jefe de la brigada, sus ayudantes, ordenanzas y unos 14 soldados que pudieren seguirles, rebasar en las trincheras, no abandonándolas el enemigo hasta verlos á diez pasos, dejando atrás las baterías cuyos cañones trataron los carlistas de ocultar en el bosque. Las dos piezas *Ville de Bayonne* y *Notre Dame de Lourdes*, con los mulos, sirvientes y oficial que mandaba la sección, quedaron en poder de aquellos valientes jefes que tanto avanzaron, y fueron glorioso trofeo por ser los primeros cañones cogidos á los carlistas en campo raso en el Norte, y los llevaron á Villarreal los gastadores de Leon y una pareja de caballería.

el valle de Arratia, lo que no pudieron impedir los carlistas á pesar de las excelentes posiciones que le dominan, desde las que opusieron alguna resistencia, y desde las que mataron al brigadier Verdú; se destruyeron las fábricas de pólvora y cartuchos, y se siguió adelante por Ceberio y Arrancudiaga á Miravalles, que era lo mismo que se había propuesto Quesada y anunciara (1). Presentósele á su paso una corta compañía de sedentarios con su capitán y un comandante de E. M. de Carasa; recogieron depósitos de armas y repuestos de víveres, y

(1) Una brigada del segundo cuerpo que el 30 (Enero) marchaba por el monte con dirección á Dima, fué mal conducida por los guías, que la llevaron á un profundo barranco, por el que encajonado entre elevadas alturas corre el Dima. Se hizo penosísima la marcha, teniendo que verificarla las tropas á la desfilada y haciendo frecuentes altos é interrupciones por la impedimenta que se conducía. Esto motivó el retraso consiguiente, y á eso de las ocho de la noche, y cuando la cabeza de la columna se encontraba á unos tres kilómetros del pueblo, se supo por unos paisanos detenidos en la vanguardia, que fuerzas al parecer enemigas ocupaban aquel pueblo, y se tuvo además la noticia de que el cuartel general del ejército había caído aquella misma tarde en una emboscada enemiga, siendo gravemente herido ó muerto un brigadier cuyo nombre se ignoraba. Ante aquellas noticias, el general, despues de haber hecho practicar un detenido reconocimiento, por el que se afirmó de que efectivamente Dima estaba ocupado y no podía tomar la carretera ó camino de Villaro sin ser visto y sufrir bajas, retrocedió en busca de la única senda que daba acceso á la posición denominada de San Blas, sobre Ceanuri y Villaro, distantes sobre media hora, donde se acamó á las tres de la madrugada en las desfavorables circunstancias en que se encontraba la columna por las condiciones del terreno y la difícil marcha que había ejecutado. No se perdió un bagaje, ni se extravió un hombre, debiéndose este feliz resultado principalmente á la enérgica acción del general, que multiplicándose vigilaba por sí propio hasta los menores detalles.

una división fraccionada por medias brigadas recorrió por ambos lados el curso del Nervion hácia su origen, para activar el desarme de los pueblos, obligarles á destruir las trincheras é imponer al país con la presencia del ejército victorioso, que siguió parte de él á Bilbao, donde entró Quesada á la una de la tarde del 1.º de Febrero con una brigada de la división de reserva acogida con entusiasmo. Dejó en las inmediaciones las tropas restantes, mandó al general Ruiz Dana hácia Orduña con seis batallones, para que en columnas de á dos destruyesen las pequeñas partidas que quedaban, y aunque en la tarde del 31 preguntó telegráficamente el ministro de la Guerra á Quesada si podía ir á Durango (1), contestó que pudo llegar, pero no lo efectuó por no convenir á su pensamiento respecto al curso de las operaciones.

Carasa había dejado el 31 los batallones de Arratia y Orduña en Zornoza, y con las demás fuerzas marchó ó Guernica, regresando á Zornoza en la noche del 1.º al 2 de Febrero, quedando en Guernica Echevarri con el batallón de Munguía, y con este y el de Guernica que se había retirado de Larrabezua á Rigoitia, lo hizo al anochecer del 2 á Zugastieta y Muniqueta, y Carasa á Durango y el 3 á Elorrio.

El 1.º de Febrero telegrafió el rey á Quesada diciéndole que, «la rapidez con que caminan las operaciones me hace temer que pueda haber movimientos de trascendencia, sin hallarme yo al frente de mis soldados,

(1) Pudo y debió ir fácilmente desde Urquiola.

con los cuales quisiera ya estar; dígame usted, pues, si cree que debo asistir á las operaciones de la primera quincena de Febrero, de lo que me alegraría. El 15 debo abrir aquí las Cortes, pero podría ir, y venir únicamente con este objeto. Aguardo contestación. Sabe usted que estoy siempre dispuesto (1).» La división de Vizcaya marchó contra el fuerte de Santa Marina, que evacuaron los carlistas, así como las posiciones inmediatas, en las que se emprendieron algunas obras creidas convenientes: todas las fuerzas que se extendían en Valmaseda se replegaron para avanzar al día siguiente algunas á Zornoza y seguir las restantes.

Habiase realizado perfectamente, y sin combatir apenas, el plan que se propuso el general Quesada, y no sólo se halló en breves días sólidamente establecido en la línea del Nervion, sino amenazando á Zornoza y Durango, á cuyos pueblos se retiraron los carlistas sino poner los obstáculos y la resistencia que podían haber opuesto en posiciones favorables.

Aun cuando eran escasas las fuerzas car-

(1) Quesada contestó:—«La protección que Dios dispensa á las armas, cuyo mando se dignó V. M. confiarme, podría traer resoluciones decisivas. El deseo de este ejército, es, verse honrado bajo vuestro mando; por la probabilidad de que el mal tiempo retrasara indefinidamente las operaciones, así como mi adhesión misma, no me permite corresponder á su augusta confianza, contestando resueltamente, y ruego á V. M. que su gobierno acepte la responsabilidad de un acto tan trascendental é importante. Séame permitido felicitarlo calurosamente, y á S. A. R., con todos los generales, jefes y oficiales y clases de estas tropas, por las inmensas ventajas obtenidas en todas partes desde que iniciamos el movimiento».

listas para hacer frente á las numerosas que les acometieron casi á la vez por Villarreal y Valmaseda, no ejercieron tampoco la debida y necesaria vigilancia, y Ugarte se vió sorprendido en el primer punto, cediendo sus magníficas posiciones después de un ligero combate, y sin darle tiempo ni aún para retirar los dos cañones que cayeron en poder de los liberales; si se salvó la artillería rodada, debióse al valor de su jefe el coronel don Rodrigo Velez. Retirada la infantería á Azcitia, dejaron libre al enemigo la entrada de Guipúzcoa y Vizcaya: ocupado fácilmente Ochandiano y con gran fortuna el alto de San Antonio de Urquiola, penetró Quesada en el antiguo señorío por el terreno más difícil, por seguir el plan que se había trazado.

No podía sorprender, y no sorprendió á Carasa el movimiento del ejército de Lerma, que con tanta rapidez y facilidad se situó en la línea de Cadagua, y se puso en comunicación sobre Sadupe con la guarnición de Bilbao. Faltó en Vizcaya á los carlistas acertada dirección y actividad, como la tuvieron los liberales, que no esperaban sin duda hallar tan pocos obstáculos como los que sus enemigos les opusieron.

GUIPÚZCOA—FUERZAS Y FORTIFICACIONES CARLISTAS—OPERACIONES DEL PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO.

LXXXIX

Componíase en Enero de 1876 la división carlista de Guipúzcoa de 4 oficiales generales, 46 jefes, 462 oficiales, 51 asimilados y

5.784 individuos de tropa (1), repartidos en 9 batallones, guías, ingenieros y partidas, y además 152 caballos y 103 acémilas. Estaban armadas estas fuerzas con fusiles Berdan, Remington, Sneider y giratorio, teniendo en plaza 327.534 cartuchos, y en reserva de los cuatro sistemas poco más de medio millón, munición insuficiente, y ocupando una línea de casi constante combatir con más de cien fuertes ó reducos, baterías y trincheras, para ofender á Guetaria, Hernani, San Sebastián, Rentería, Pasages ó Irún, en posiciones bien elegidas revelando acierto é instrucción en los que las eligieron, aunque muchas estaban designadas por la naturaleza, por lo que pudieron ser mejor defendidas de lo que lo fueron.

Por la parte del E. empezaban las obras de defensa de los carlistas en el barrio de Arichulegui, su campo de instrucción, y se extendían por la Peña de Aya y sus vertientes con atrincheramientos en Sorueta, Uniquieta, Lastaola, Puente, Saraya y Amasain, para defender las avenidas del Bidasoa y San Marcial; en Picoquetas para franquear la carretera, y en el monte de Feloaga para poderse correr hasta las ventas de Irún, apoyados por Urcabe y Arcabe, que les hacían dueños de toda la ría de Oyarzun.

La venta de Astigarraga, interesante en todas las guerras por ser el núcleo de las comunicaciones con Francia, con San Sebastián y con la alta montaña, fué ocupada también, y á su interés se unía al que le da-

(1) Eran bajas para el servicio por heridos, enfermos y otros conceptos, 3 jefes, 30 oficiales, un asimilado y 399 de tropa.

ban las posiciones de San Marcos y Choritoquieta, que tanto ofendían á Pasages.

Al S.O. de la venta de Astigarraga, se halla la posición de Santiagomendi, con una batería á su inmediación y otra en Antonea, dirigidas ambas contra Hernani, y varios otros reducos y trincheras próximas.

Las obras construidas entre el Oria y el Urumea en dirección de Fagollaga á Andoain, servían también contra Hernani, y consistían en atrincheramientos en Besadegui y Achilar apoyados en la altura de Adarraza, con una batería avanzada en Basaun.

El alto de Burunza con dos baterías en sus estribaciones del N., los atrincheramientos de Urnieta y Azcorte, y los reducos y baterías de Aguerrieta, Arricarte y Larzabaleta cubrían á la vez las avenidas y ofendían á Hernani y Santa Bárbara. En la acción de Urnieta ocuparon los liberales á Azcorta y Burunza, y su evacuación no pudo ser más favorable para los carlistas.

Al O. de San Sebastián, en la derecha del Oria, establecieron los carlistas una línea de puntos que partiendo de Mendizorrotz, seguía por Arrocaín, Bordacho, Azurrieta, Venta-Ziquin, Ariceta, Celaiaundi, Teresategui, Sosberri y Larzabaleta, con fuertes avanzados en Olo, Gonagorri y Piticar, contra Oriamendi, y en Vidarte y Barcaiztegui frente á Lugariz.

En la izquierda del Oria, fortificaron á Zubieta, San Estéban, Amasco-Echevarri, Zudugaray, Garate, Indamendi y Mendibeltz para guardar los pasos, ocupando la venta de Zárate, como punto estratégico, nudo de las comunicaciones y propio por su

posición central para acudir á toda la línea.

Los liberales contaban con San Sebastián y Castillo de la Mota, y los fuertes del Faro, Igueldo, Hernandez, Calvario, Artola, Lugaritz, Puyo, Molino de Viento, Pintore, San Bartolomé, Ametzagaña, Concorronea, torreón de Alcolea ó de Serres, Oriamendi y torreón de la Antigua. En dirección de Pasajes, se fortificó Miracruz, Alza, Rentería y Oyarzun, continuando después la línea de puestos por el Jaizquibel hasta Irún, que también se fortificó.

El primer cuerpo de ejército, al mando del general Moriones, le constituían tres divisiones, que las formaban cuatro regimientos, 12 batallones diferentes, unas cuatro compañías de minadores é ingenieros, un escuadrón y cinco baterías de artillería.

Más que triplicadas eran las fuerzas liberales que las carlistas; pero las posiciones de estos importaban más que el exceso número de sus enemigos.

Hernani seguía bombardeado; hasta el 20 de Enero la enviaron sus sitiadores 8.584 proyectiles, y se aproximaron á 10.000 con los que lanzaron en el resto del mes y sobre 2.300 á San Sebastián; se acercaba sin embargo, el término de aquel alarde de fuerza sin obtener resultado positivo, porque no decaía el ánimo de los defensores de aquella heroica villa, ni amenguó en lo más mínimo la decisión de los liberales de la ciudad.

Reconoció Meriones la línea enemiga desde Lastaola á Mendizorrot, comprendió los grandes sacrificios de sangre que iba á costar al ejército si se decidía á romperla, bien por su centro defendido por las formidables

posiciones de San Marcos, Choritoquieta y Santiagomendi, ó por su derecha guardada por las peñas de Aya y San Antón, que sólo podían tomarse envolviéndolas por retaguardia, ó bien por su izquierda, donde además de lo fuerte de las elevadas alturas de Mendizorrotz y Arratsain, se proporcionaba á los carlistas mayores ventajas, obligándoles á pasar á la izquierda del Oria; y estudiada la extensa y bien artillada línea enemiga, adquirió el convencimiento de que lo menos costoso sería tomar las posiciones de Garate, quedando por este movimiento en ventajosa disposición para continuar las operaciones, dejando á los carlistas toda su línea de Lastaola á Mendizorrotz, para que invirtieran sus fuerzas en conservarla.

Como para efectuar el desembarco en Guetaria necesitaba noche oscura, se resignó á esperar hasta el 25, día de luna nueva, tomando en el ínterin algunas medidas, tanto para mejorar la situación de San Sebastián y Hernani, como para llamar la atención del enemigo sobre su línea, consiguiendo con la operación que efectuó el 15 situar en Artola una batería de 10 centímetros contra la de Arratsain, y destruir la de Antonenea, merced á las piezas de 15 centímetros que se situaron en el jardín de Murua; practicábase el 25 un reconocimiento saliendo el brigadier Sierra de Rentería sobre Munuandi, Muruchi y Urcabe, y ocupando Arrascularre é inmediaciones, con una carga á la bayoneta, por el primero de Sevilla, retirándose por la tarde á sus cantones con unas 40 bajas: la brigada Otal operó por Montefrío, llegando hasta unos 500 metros de Men-

dizorrotz, ocupando el monte Chalin, dejando rebasado Arratsain; y uno de los medios batallones de Cantabria que estaba al pie del monte Chalin pasó á reconocer el estribo que parte del quinto pico de Igueldo paralelamente al de Artola.

Ordenóse por la tarde la retirada, conforme estaba dispuesto por el general Moriones, y los carlistas salieron de sus posiciones contra los escalones que verificaban bien el repliegue, experimentando la primera brigada la pérdida de dos muertos, 42 heridos y dos extraviados, y la segunda que había llegado á ocupar el caserío de Machalinea, con escasa resistencia, y cañoneado á los carlistas, al retirarse tuvo diez heridos. Algunas fuerzas pernoctaron en las posiciones ocupadas, quedando la brigada Otal en Igueldo y la de Navascués en Hernani. Los carlistas perdieron las trincheras y casa de Piticar y algunos caseríos situados en la vertiente que muere al pie de las ventas de Astigarraga, experimentando y causando algunas pérdidas.

De acuerdo con el contraalmirante don José Polo, envió Moriones al brigadier Mariné sigilosamente á Pasages con seis compañías de las Navas, seis de Estella y dos de migueletes, que á las nueve de la noche se embarcaron en la bahía del conde de Mastí, sin ser vistas, y llevólas á Guetaria el *Pelicano*, la *Sirena* y el *Fernando el Católico*, con lanchas á remolque; y para ayudar á estas fuerzas se embarcaron á las nueve de la mañana del siguiente día 26, en San Sebastián, el resto de los batallones de las Navas, Estella y migueletes, á los que arengó Mo-

riones (1), y á las once la plana mayor de la primera división y la segunda brigada.

De los que con Mariné zarparon en Pasages solo pudieron desembarcar en Guetaria 10 compañías, con las que, y las de Mondoñedo que guarnecían la plaza, atacó valerosamente la elevada posición de Garate; y cuando llegaron los refuerzos que tan aceleradamente se enviaron de San Sebastián, ya era dueño de tan importante punto, quedaba libre Guetaria, y las nuevas tropas que acudieron coronaron la cúspide de Garate. Algunas pérdidas costó esta conquista, en la que se adquirió un mortero, municiones y efectos.

A la madrugada siguiente reunió Moriones en Guetaria 14 batallones, y avisó el 28, que dejando dos en aquellas posiciones avanzaría con 12, sin que pudiera fijar el término de las operaciones, por las escasas fuerzas con que contaba; añadiendo que su objetivo principal sería envolver las líneas enemigas de Guipúzcoa. Extendiéronse unas fuerzas á la cumbre de Garate hasta el puerto de Ostalagaya, y otras ocuparon el pueblo de Asquizu, prolongando su línea por la derecha hasta Atalaya, y por la izquierda á unirse con las anteriores, y ocupó á Zaranz.

Mientras Moriones iba reuniendo elementos y pedía al gobierno le tuviera al corrien-

(1) Diciéndoles: «Soldados: Compañías de las Navas, Estella y migueletes, están atacando las posiciones de Garate. Vuestros compañeros necesitan refuerzos para conservar aquella posición, á la que el ejército y yo acudiremos muy pronto. Espero que respondereis á la confianza que yo deposito en vosotros, como saben hacerlo siempre los soldados españoles.

»Soldados: ¡Viva Alfonso XIII!»

te de la situación de Quesada y Martínez Campos, «porque habiendo llegado ya una división carlista en refuerzo de aquellas líneas, necesitaba conocer siempre cómo y dónde se encontraban las demás fuerzas del ejército», algunas de la segunda división y una sección de migueletes, llegaron por la carretera de Hernani hasta la casa Miramon, emplazaron la batería Krupp custodiada por tres compañías del Rey, y el jefe de la brigada se dirigió con las demás fuerzas contra los carlistas que ocupaban los montes de la derecha de la carretera, tomándoles, con tanta velocidad como arrojo (1), sus trincheras, posiciones, reducto Vidarte y hasta la casa de Barcaiztegui, situada al pié del fuerte enemigo de Celaiaundi, y acampó en las posiciones conquistadas, si bien teniendo que lamentar unas 300 bajas; tanta fué la resistencia que los carlistas opusieron, y continuaron oponiendo desde Celaiaundi.

La primera brigada, que había emplazado en Igueldo cuatro piezas Krupp para batir á Mendizorrotz, Arratsain y Celaiaundi, y proteger al mismo tiempo el avance de las tropas del brigadier Navascués, marchó sobre Mendizorrotz y Arratsain hasta Teresategui, trabándose rudos y porfiados comba-

(1) «Confiero, Excmo. señor, que en aquel momento, al ver su arrojo, y ver también que tardaban en llegar las municiones, situadas á mayor distancia de la que convenía, me hubiese parecido muy poco el ver á mi lado un número de batallones igual al que ellos pueden disponer, por lo que inmediatamente di orden para que subiesen las dos compañías del segundo que habían quedado en Usurbil, y que llegaron á su sitio con la mayor oportunidad».

(Parte carlista).

tes. Se repitieron las cargas á la bayoneta; peleóse cuerpo á cuerpo; consiguieron los liberales dominar el Bordacho, rodeándole, que había sido considerado como inatacable por el mismo Moriones, delante de los generales y brigadieres de su ejército; pero defendían el parapeto unos 40 carlistas mandados por don Leon Tresu, y agotados los cartuchos y las granadas de mano, se defendieron á pedradas, arrojando hasta las tejas, rechazando toda propuesta de rendición, hasta que, auxiliados por Perez Dávila, hicieron retroceder á los que en tan apurada situación les tenían y se consideraban dueños del Bordacho. Ordenada la retirada, protegida por el batallón de reserva número 18, pernoctaron los liberales en Aristigueta, Murúa, Igueldo y Artola, y la artillería en San Sebastian.

Las bajas que tuvieron ambos combatientes se elevaron á 700, pues la brigada Navascués, que no sufrió tanto como la de Careaga, tuvo 232; contándose entre los muertos carlistas el coronel Blanco y el teniente coronel del undécimo de Navarra señor Equiza, que falleció á poco. Así decía el jefe de E. M. en un telegrama á la diputación: «La gran victoria de hoy nos cuesta cara». Los liberales contaron también entre los muertos el valiente coronel del Rey, don Leon Ortega, y herido el coronel Olozabal y otros.

Con las fuerzas guipuzcoanas pelearon cuatro compañías del segundo, dos del séptimo y seis del undécimo de Navarra. El comandante general don Eusebio Rodriguez dió el 30 las gracias á cuantos tomaron parte en el anterior combate, haciendo especial

mención de los jefes de artillería señores Pagés, Torres é Ibarra, así como de los brigadieres Aizpurua y Rodríguez Vera, enviando la suerte de los que, como Salcedo, Garmandia, Aramburu y otros habían derramado su sangre en tan memorable día.

Los carlistas celebraron con repique de campanas el haber rechazado á sus enemigos: necesitaban inspirar aliento y confianza.

De parte de los liberales, nada más elocuente y gráfico que las siguientes palabras de la comunicación oficial del mismo general señor Morales de los Ríos: «Ha habido bravura en las tropas, poca inteligencia en algunos jefes encargados de los detalles, y olvido por parte de los jefes de brigada de las instrucciones que verbalmente y repetidas veces he dado (1)».

Moriones había ordenado el 28 desde Guetaria que se hiciera el 29 una demostración sobre las líneas de Arratsain, procurando no empeñar un combate demasiado rudo si se observaba que continuaban las fuerzas en los fuertes; que el 30 se repitiera el ataque hasta ver si se podía conseguir apoderarse de la derecha del Oria para abrir comunicaciones

(1) «Mis instrucciones, Excmo. Señor, á estos jefes superiores, basadas en las de V. E. á mí, han sido claras, explícitas y terminantemente las de hacer una demostración sobre las líneas de Arratsain amagando las posiciones, simulando envolver las de su izquierda, ocupar las que dejasen obligados por los efectos de la artillería y en movimientos; no empeñar combate formal, y menos rudo, y de ningún modo llegar á las más altas trincheras de Arratsain y Mendizorrotz, y casi tocar los parapetos del primero, sosteniéndose el enemigo en estos como ha sucedido».

Comunicación fechada en San Sebastián el 29 de Enero de 1876, y firmada por A. Morales de los Ríos.

con el cuerpo que estaba en Guetaria, que operaría en el mismo sentido, y que el 31, si se conseguía un paso por el río, continuaría el mismo movimiento, y si no se conseguía, la brigada Navascués se dirigiría hacia Tereategui por una marcha de flanco. No podían ser más precisas estas instrucciones dadas por escrito, y ya vimos cómo se cumplieron. Y no exime de culpa Moriones al general de la división; «que se contradice con una orden general que ha dado á su división, y que de los informes adquiridos por oficiales de E. M. y otros, resulta que tanto el ejército como el público culpa al general y aplauden la conducta de los brigadieres, jefes, oficiales y tropa (1)». El general Morales de los Ríos fué suspendido del mando de la segunda división, esperando de cuartel en San Sebastián el resultado de la sumaria que se mandó formar.

El 1.º de Febrero regresó Moriones á San Sebastián procedente de Zarauz y Guetaria, y recibió tres nuevos batallones, lo cual, dijo, colocaba á aquel ejército en una situación más ventajosa: telegrafiaba Quesada el 3 desde Bilbao que Martínez Campos marchaba sobre Vera, Loma iría al día siguiente á Guernica, al otro á Marquina y al otro á Elgoibar y Deva, haciéndolo Quesada por la

(1) Conferencia telegráfica entre los generales Moriones y Quesada.

Quesada contestó: «Es lamentable el suceso, y desde luego procédase á abrir sumaria para exigir la responsabilidad, con tanto más rigor, cuanto mayor sea la graduación del que haya faltado. Sin embargo, en el favorable aspecto de la guerra, poco influirá tal contratamiento si no se repite, y confío que V. E., reforzado ya, sabrá con inteligencia remediarlo».

derecha á Zornoza, Durango, Ermua y Elgueta; por lo que creía conveniente que aquel último día avanzase Moriones sobre Cestona, ó le indicara lo que creyese más ventajoso. Este contestó desde San Sebastián que, remediada la mala situación en que había quedado la división Morales, esperaba poder embarcar dos batallones para Guetaria, marchando con ellos, si el tiempo lo permitía por estar la mar mala, y que creía poder ayudar á la marcha que se le anunciaba; «pero para dar á V. E. completa seguridad necesito decirlo desde Guetaria».

Satisfechos los carlistas con el resultado de la jornada del 29, reanudaron por la noche el bombardeo de San Sebastián, interrumpido tres días, y le continuaron los siguientes, causando desgracias. Hasta la madrugada del 6 de Febrero, el total de proyectiles lanzados por los carlistas ascendían á 2.177. Una nueva batería construida en una explanada del monte Urteaga, reanudó también el bombardeo de Hernani, contestando Santa Bárbara, que el 30 dirigió un vigoroso cañoneo sobre las posiciones carlistas, especialmente sobre las de Lasarte y Urnieta.

Fortificados los carlistas en Guipúzcoa, como en ninguna parte, y pudiendo mover fácilmente sus fuerzas del centro á la circunferencia, y contando con que por la parte de Vizcaya había de pelearse antes de ceder el terreno, creíanse invulnerables. En frente de ellos Moriones, al que no atemorizaban seguramente los peligros, comprendió lo muy difícil de romper la línea enemiga, y buscó en Garate una nueva base de operaciones, y campo para alguna combina-

ción estratégica, consiguiendo á la vez amenazar seriamente á los carlistas, que no podrían sufrir tranquilos el establecimiento de las fuerzas liberales á espaldas é inmediaciones de la línea del Oria.

Moriones pensaba, y pensaba bien, respecto á las consecuencias ventajosas que debían alcanzarse de la ocupación del monte Garate, que había de suceder una de estas dos cosas: ó que los carlistas no debilitaran considerablemente la línea del Oria, concretándose á reforzar algo los puntos que tenían establecidos desde la venta de Zárate á Indamendi, ó que dejando abierta aquella línea nada más que con la gente indispensable, fueran en grandes masas sobre las alturas frente á Garate. Si lo primero, debía el primer cuerpo apoderarse de Indamendi, y dominada por este medio casi en su totalidad la comunicación con Azpeitia, bajar al valle de Leyola, destruir las fábricas y esperar allí en terreno á propósito los movimientos de los demás cuerpos del ejército; si lo segundo, las operaciones debían efectuarse contra la línea enemiga del Oria, debilitada por la marcha de la mayor parte de los contrarios; pues estando bien defendidas las importantes alturas de Indamendi, Pagoeta y venta de Zárate, que forman una línea terrible por su elevación y aspereza, apoyada por la derecha en el río Oria y por la izquierda en el Urola, debía considerarse como inexpugnable; y como sucedió lo segundo, pues no solo acudieron fuerzas considerables frente á Garate, sino que hasta el mismo don Carlos se presentó en el inmediato pueblo de Aya, hubo que fijarse en las ventajas que

podieran alcanzarse sobre la línea del Oria. Era el plan de Moriones llamar fuertemente la atención de los carlistas sobre Garatemendi, por medio de ataques falsos á las posiciones de Meagas é Indamendi; embarcar al anochecer de aquel día el grueso de las tropas en Guetaria, en dos expediciones, desembarcando una en la misma noche en Pasages, y otra que iría de día á San Sebastián, y con estas fuerzas y la tercera división que permanecía en aquel punto, verificar un ataque sobre las posiciones centrales de la línea enemiga, iniciándole por sorpresa, y apoyándole después tropas que desde San Sebastián por la carretera de Hernani marcharían sobre Santiagomendi.

Era esta operación análoga á la realizada el 26 de Enero para tomar á Garatemendi; pero con la ventaja de hacerse en mejores condiciones por estar ya las lanchas y buques de guerra aleccionados en la parte práctica de la empresa, y porque el desembarque en Pasages era mucho más fácil y ventajoso que en Guetaria.

Resuelto el ataque de la línea del Oria se dieron las órdenes para verificarlo, empezando por la diversión del 29; como esta se convirtió en un combate rudo y de los más sangrientos de la campaña, «y en el cual ni los rasgos de valor más decididos, ni la resolución más enérgica, fué bastante para que aquella jornada no terminara en un descalabro, quedando la primera división quebrantada en su moral y reducida á un efectivo que la imposibilitaba por entonces para tomar parte activa en los combates (1)», se

(1) Consideraciones del general Moriones.

abandonó por completo el plan y se esperaron los movimientos del ejército de la izquierda.

EL EJÉRCITO DE LA DERECHA EN EL BAZTAN—
SANTA BÁRBARA DE OTEIZA—SITUACIÓN DE
LOS CARLISTAS

XC

El ruido de los aprestos liberales no podía pasarse desapercibido para los carlistas; á cuya virtud don Carlos escribió de su puño y letra á su jefe de E. M. G., «que reunidas las fuerzas en Vitoria y Pamplona, base de sus operaciones, tratará el enemigo de obrar en combinación, estableciéndola por la carretera de uno á otro punto. Si á esto se agrega que las fuerzas de San Sebastián se han aumentado, se comprende que obrarán combinadas con las de Pamplona, y es de absoluta necesidad impedir que Martínez Campos avance, sea por la montaña, sea por Lecumberri á Leiza con las fuerzas que sea posible de frente, aunque sea en retirada, y por su flanco izquierdo con las que puedan desprenderse de la Barranca y Borunda. De todos modos es preciso esperar que el enemigo determine su movimiento para obrar con acierto, en cuyo caso yo me trasladaré al punto más amenazado, razón por la que hoy permanezco en Guipúzcoa. — Carlos».

Deseando también impetrar la gracia divina para el triunfo de sus armas, invitó á que lo hiciera al clero castrense y parroquial, ordenándose solemnes rogativas, con misa, etc.

El peligro, en verdad, era grande, aun-

que había que arrostrar no pocos ni pequeños inconvenientes. Si cuando Martínez Campos se empeñó, contra las órdenes del Gobierno, en ir á conquistar la Seo, se telegrafió á Roma que iba á hacer una calaverada y se previniera al Vaticano, pudiera ahora temerse también del éxito de tan importante como atrevida operación, en la que, sin embargo, confiaba por completo aquel general, que no había dejado de pensar en la gravedad de la empresa que acometía.

Iba reuniéndose el ejército de la derecha en Navarra, procedentes casi todas las fuerzas de Cataluña; trató su jefe el general Martínez Campos de inspirar confianza en el país, ordenando que á nadie se molestara por sus opiniones carlistas; cesaron por consecuencia los destierros y los secuestros de bienes, y pudieron regresar libremente á sus hogares los que de ellos habían sido expulsados, terminando así muchos abusos cometidos con formas legales, de los que eran víctimas no solo individualidades, sino pueblos enteros (1).

(1) Desde que el general Zavala durante su mando prohibió las multas que á los pueblos imponían algunos generales y jefes de columnas, fué remediándose este mal, aunque para muchos no lo fuera, pero no se extinguió por completo.

En 11 de Diciembre del 75, en los mismos días en que se formaban los dos ejércitos de derecha é izquierda, salió un capitán del provincial de Toledo de Tafalla conduciendo 50.000 pesetas para la división Delatre, con una escolta de 50 caballos del regimiento de España, mandada por un capitán del mencionado regimiento.

El capitán conductor de los caudales, se adelantó con solo 18 caballos, y penetró en el pueblo de Estaba donde fué herido y le cogieron los fondos. Hubo en este encuentro cinco ginetes extraviados, así como un sargen-

En sus cantones ya todo el ejército de la derecha, deseó su jefe inaugurar las operaciones apoderándose de Estella; pero ya vimos los motivos que obligaron á desistir de tal proyecto, y se pensó entonces por el general iniciar el movimiento que Leon en el último año de la anterior guerra civil, pasando el Arga por Belascoain, Ibero, etc., lo cual, si entonces pudo hacerse, aun á costa de mucha sangre, era operación casi imposible con el armamento moderno, que parece no se quería acabar de comprender su importancia: un telegrama oportuno suspendió esta operación para la que se habían dado algunas órdenes.

Combinado el principio de las operaciones en todo el Norte, en cuanto supo Campos que Quesada había emprendido su movimiento, deseando cooperar todo lo posible y confiando en las probabilidades del buen tiempo, no creyéndose autorizado para dirigir un ataque de frente con todas sus fuerzas á Estella, y con el objeto de llamar por el pronto

to de la contraguerrilla de Sangüesa y el asistente del capitán citado.

Por haber sucedido en Estaba la pérdida de 50.000 pesetas, se le impuso una multa de 1.000 duros, y no se dió recibo más que de la mitad, manifestando que los 10.000 reales restantes eran para gastos de confianzas.

Formada sumaria en averiguación de los hechos, de orden del general Quesada, se vió la causa en consejo de guerra el 5 de Diciembre de 1876, condenando al capitán conductor de caudales, y al que mandaba la escolta, á cuatro meses de castillo. Al primero por haber dado órdenes de salida del convoy antes de reunida la fuerza y penetrar en el pueblo sin el reconocimiento debido, y al segundo por haber dejado tomar el mando del convoy al otro capitán, y por la duda de si pudo incorporarse antes del suceso.

la atención del enemigo, ocupar algun punto de la frontera y aun darse la mano con Moriones, juzgó lo mejor dirigirse al Baztan con el primer cuerpo y seis batallones de la división de reserva, dejando un batallón á la brigada de la Ribera y 12 compañías para la custodia de la línea férrea. Marchó en la tarde del 28 de Enero de Tafalla á Pamplona para disimular su movimiento; dejó al general Primo de Rivera instrucciones para atacar el 30 Santa Bárbara de Oteiza, enviando la brigada de la Ribera á amagar á Monte jurra, llevando el ataque principal contra Santa Bárbara, protegido por toda la artillería de batalla, simulándolo contra Lorca y Cirauqui, y con la brigada Arias otro á Artazu y Santa Bárbara de Mañeru, no prolongándose este más de lo que aconsejasen las circunstancias.

Dos días antes de emprender el movimiento, dijo: «Pasado mañana emprendo la marcha al Baztan. Procuraré después de bajar al valle envolver el monte de San Marcos. Tengo fé en el favorable resultado de la campaña. Creo que Dios está con nosotros, y que los carlistas deben concluir pronto. Acepto la responsabilidad de este movimiento, contrario á la opinión de la generalidad». En efecto, lo fué contra la opinión y deseos del general Quesada y de otros por este impresionados. Así que si no llegó á impedirsele terminantemente, se le dijo cuanto era posible; lo bastante para que otro de menos corazón y fé desistiese. Ni se consiguió flaqueara su ánimo valeroso.

Emprendió Campos su movimiento el 29, tomando las posiciones de Alzuza y Elcano,

en cuyo encuentro se portó bien la brigada Bonanza, que iba de vanguardia, y siguió el ejército su marcha por los altos de Zay y de Zubiri, pernoctando en Saigós aquella después de sostener varios tiroteos durante la marcha, que se hacía por fuera de camino y por bosques frondosos; lo cual, y el estado del piso hizo que la retaguardia no pudiera pasar del alto de Belzunegui, contrariando esto bastante al jefe liberal, porque solo en la tarde del 30 pudo llegar á Zubiri, y ya no le era posible sorprender el puerto de Velate, punto de reconcentración de algunos batallones carlistas. Dudó, sin embargo, si debía ir; pero reflexionando que le costaría muchas bajas, y tendría que abandonarlo, á no detenerse ocho días al menos en fortificarlo y aprovisionarlo, sin tener nunca la seguridad de dejar el camino expedito, á no emplear una división, se decidió á tomar el de Eugui, enviando al general Gamir por el flanco izquierdo á tomar el puente de Azturreta, al pie de los Pirineos, el alto de Osaberri y el puerto de Izagui. Esta operación, además de cubrir el flanco izquierdo, tenía por objeto principal hacer creer á Velate que se atacaba por las alturas.

Con la división Negron salió Campos el 31 de Eugui, y á las nueve de la noche empezó á llegar la vanguardia á Elizondo (1), sin saberse si había ó no enemigos en esta población. La impedimenta y la división Prendergast tardaron un día en poder mon-

(1) La brigada Bonanza empezó á llegar á las tres y media de la mañana del 1.º, haciéndolo el último batallón á las nueve de la misma.

tar los Pirineos, y no llegó hasta la tarde del 2, sosteniendo el día 1.º un batallón del Príncipe y otro de Soria un combate en los altos de Arguinzu y Encoro con los carlistas que acudían á impedir el paso de la columna, haciéndolos retirarse con algunas pérdidas.

En Elizondo se encontró Campos sin raciones, pues aunque había dado tres al soldado y llevaba una en las acémilas, con tan penosa marcha las perdió; el país no estaba organizado para tanta fuerza, y vióse el jefe liberal en gran conflicto, tanto mayor cuanto que esperaban encontrar en Dancharinea los recursos que habían pedido de zapatos y raciones que el ministro de la Guerra le había prometido en Diciembre que lo tendría. No tenía más recurso que avanzar á toda costa para proporcionarse víveres y calzado de Francia, y decidió apoderarse de Dancharinea sin disparar un tiro, por no violar el territorio francés, apoderándose del puente de aquel punto con cuatro compañías: envió al general Blanco el 1.º con la brigada Acellana y el batallón de Llerena, ordenándole que parte de este cuerpo dejase las cartucheras, y con picos abriese paso: quedó así restablecida la comunicación con Francia, y el general Blanco en Urdax; el coronel Alvarez con un batallón de la Lealtad, la sección de tiradores y los forales se posesionó de la aduana abandonada por los carlistas (1); y en el reconocimiento que mandó Blanco practicar el 4 en Zugarramurdi, se

(1) En la fábrica de cartuchos metálicos se recogieron muchos en diferentes estado, y multitud de material y efectos.

cogió la mayor parte de la maquinaria retirada de la fábrica de cartuchos de Urdax.

Pensó el general Campos ir á Vera al día siguiente 2; pero le detuvo el estar descalzos muchos cuerpos, y lo sintió, porque «ahora, dijo, la posesión de Vera me ha de costar bastantes bajas, pues las posiciones que hay que cruzar y las que rodean aquella villa son terribles y pocas fuerzas pueden presentar gran resistencia, doblemente cuando han tenido tiempo de prepararse y estudiar el terreno: la gran nevada que ha caído por espacio de tres días dificulta más la operación». Y añadía en el mismo parte oficial: «Con este movimiento he conseguido llamar hácia aquí de 16 á 20 batallones carlistas, que pudieron acudir á oponerse á los generales Quesada ó Primo de Rivera: les he quitado la aduana de donde sacaban tantos recursos; pero no he podido completar la operación que proyectaba: dificultades que no han provenido de mí ni de mis tropas lo han impedido; ahora tengo que modificar mi plan, sin embargo de tener noticias de que Pérula se ha marchado con seis batallones: primero, por temor de un ataque á Estella; segundo, por falta de raciones, y tercero, porque los tres días que estuvo cerca de la frontera se le han desertado y pasado hasta más de 200 hombres. Tengo bastante enfermería».

Obedeciendo órdenes del general en jefe, se replegó Bonanza el día 1.º desde Arroyoz sobre Irurita, cuyo sitio ocupó á las once de la noche, cubriendo la carretera de Pamplona, que se dirige por el puerto de Velate con el batallón de Manila, y volvió

á situarse el 2 en Arrayoz, desalojando á los carlistas de los altos que ocupaban.

Prendergast ejecutó perfectamente su marcha, aunque con inevitables detenciones, sin que le opusieran tenaz resistencia los carlistas; pues los que se parapetaron en el monte de Oncrocaseoa con ánimo de correrse por el de Quiquiricain para molestar el flanco liberal, eran pocos y no podían hacer frente á las cuatro piezas Plasencia de la batería Vallés, que bien situadas les cañonearon, y menos á los batallones de Soria y del Príncipe; y aunque recibieron los navarros algunos refuerzos con los que pudieron sostener algo más el combate, también se reforzaron los liberales, y sus enemigos abandonaron sus posiciones, en las que dejaron tres muertos, teniendo unos y otros 40 bajas. Grandes penalidades se experimentaron en una marcha de cuatro días y tres noches de campamento, conduciendo por terrenos difficilísimos y sin la menor pérdida, una impedimenta de más de 600 acémilas, con escasez de raciones el último día.

Primo de Rivera, en tanto, se apoderaba el 30 de Enero del fuerte de Santa Bárbara de Oteiza que mira á Montejurra y al que sirve de foso el Ega, cogiendo dos cañones Whithwort, municiones y 24 prisioneros, si bien á costa de muy sensibles pérdidas. Eran de tal importancia las alturas y fuertes tomados, que dejaban á la espalda las obras de Villatuerta, Arandigoyen, etc., y dominaban todo el valle del Ega al frente y derecha, teniendo bajo el cañón gran número de pueblos y á Estella á 3 ó 2 kilómetros.

Calderon, encargado de aquel punto, así

como de la línea de la Solana, tenía cuatro compañías del primero de Navarra en Santa Bárbara de Oteiza, las que reforzó al empezar el fuego con las restantes del batallón. Sostuvieron la lucha cuatro horas, batiéndose los carlistas con gran denuedo, perdiendo más de 200 hombres, y entre ellos el teniente coronel Vergara, un comandante y cuatro oficiales. Durante la acción acudió el conde de Caserta, que se hallaba en Estella y se encargó del mando, dirigiendo la retirada, que fué ordenada: al pasar el Ega destruyeron el puente.

Por otra parte llamaba la atención de los carlistas la brigada Arias, que pasó á la derecha del Arga, sostuvo mucho fuego con los enemigos, y regresó por la noche á su cantón de Puente la Reina, con unas 100 bajas.

Las autoridades francesas, que no habían estado muy deferentes con los liberales (1),

(1) El general Trillo dirigió desde San Sebastián el 4 de Diciembre de 1875 una comunicación al cónsul francés en la misma ciudad, quejándose de la protección manifiesta que las autoridades locales francesas de la frontera acordaban al partido carlista, viéndolo comprobado con los documentos que encontró al apoderarse de las estaciones de Lastaola y Oyarzun; pero tomando además tales proporciones las relaciones de los carlistas con algunas autoridades francesas, consignó en el oficio que «hacia más de quince días que sus comisionados venían observando que del interior de la Francia llegaban á Hendaya por la vía férrea grupos de 20 á 30 hombres, que procedentes de las facciones de Aragón y Cataluña, estaban internados por las autoridades francesas; y estos grupos eran conducidos por agentes franceses y españoles desde Hendaya á Lastaola, de donde marchaban al interior de la provincia, como lo verificó la noche del 29 uno bastante numeroso procedente de la facción Boét.» Reconocía, que en localidades como Beho-

protegiéronles ahora decididamente. En Francia se compraron los viveres y calzado de que tan necesitado estaba el ejército liberal, que producía su detención, aumentada con el temporal de nieves que empezó á reinar,

via, por ejemplo, donde dominaba en absoluto el sentimiento carlista, no pudiera elegirse para el municipio persona verdaderamente neutral en la contienda civil; pero exponía el doloroso asombro de las tropas al considerar que una nación tan poderosa como amiga sincera y cordial de España, neutralizaba sus esfuerzos tolerando que la base de operaciones de los carlistas se extendiera más allá del Bidasoa; reconocía también la dificultad de cerrar en absoluto la frontera, valiéndose de las autoridades, que á la sazón no eran, porque el espíritu mercantil y de partido, encontrarían siempre el medio de abrir una puerta á la protección y al tráfico, por más que el gobierno francés interpusiera todo el peso de su autoridad para impedirlo; y que ya que no fuese fácil hallar en los pueblos fronterizos personas imparciales que ejerciesen la autoridad, enviar comisiones especiales para guardar la frontera de las invasiones carlistas y de la protección que recibían.

Lejos de obtener resultado favorable esta reclamación, por sucesos posteriores y la muerte de una mujer en Briatou, reconoció el ministro de Negocios extranjeros francés la legitimidad de la acción militar, conformándose con enviar un parlamentario que hiciera conocer á los españoles la necesidad en que aquellos estaban de garantizar por las armas la seguridad de los habitantes de la frontera; y no teniendo los carlistas la cualidad de beligerantes, «ce n'est qu'aux troupes du roi Alphonse qu'il nous est possible de faire parvenir, sans engager de questions diplomatiques, semblable communication». Encargábase, pues, á los liberales que lo notificaran á los carlistas, y una vez hecha y no teniendo en consideración, recurrirían los franceses á la acción militar, para proteger su territorio contra los proyectiles de uno y otro partido.

Y cuando las tropas liberales ocuparon á Zugarramurdi, faltóle tiempo á la autoridad militar francesa para telegrafiar á su gobierno que deberían efectuarse reconocimientos sobre Echalar y Lesaca, por lo que era de temer que el territorio francés fuera violado por la

tan terrible en aquel país y en la estación aquella.

Proponíase Campos cuando siguiera la marcha ir á Vera, racionarse en Irún, seguir por la cordillera á colocarse detrás de Oyarzun y continuar triunfando á Hernani; pero los caminos seguían intransitables, y había creído que al llegar á Dancharinea le esperaba un convoy con viveres, y nada encontró; y era esto tanto más lamentable, cuanto que se había apresurado el gobierno á abrir en Bayona un crédito de 500.000 pesetas, y ordenado al comisario señor Corral se ocupase de los servicios administrativos de aquellas tropas para que nada les faltasen (1); y mientras llegaban, tuvo Campos que estar inactivo, y esto, cuando

parte de Sara en las inmediaciones de Peña Plata, y el gobierno de la vecina república encargaba «se rogase al general Martínez de Campos procurase con su prudencia evitar un conflicto de la mayor gravedad.» Y el cónsul de España en Bayona decía: «Clave núm. 7.—A las tres y media de esta tarde me he separado del general Pourcet, quien me dió el telegrama que transcrito á V. E. y en mi presencia recibió; me ha hablado de reconocimientos que las tropas de V. E. han debido efectuar, pero ni una palabra de violación de fronteras ni de nada que le inquiete sobre el particular. Por el correo daré á V. E. más detalles.—Bernal».

(1) Esto produjo energicos telegramas de Martínez de Campos, pidiendo el 3 hasta formación de procesos, y que dijera el 13 (clave 7): «Deseo también que conste que no he avanzado á su debido tiempo porque no había en Bayona lo que pedí á V. E. y á su antecesor uno y dos meses antes. Comprendo que el gobierno haya tenido razones para no tener aprovisionamiento en Bayona; pero no he de cargar yo con la culpa; y para eso está la prensa ministerial.

Arsenio Martínez de Campos.»

En otro telegrama del 5 se quejaba de que nada valían las alpagatas de Bayona.

recibía confidencias de que el grueso de los carlistas marchaba contra él y de que Pérula llegaba á Santesteban. Avisábalo al gobierno; decía á Primo de Rivera que atacase á Santa Bárbara de Mañeru ó á Montejurra, si lo habían desguarnecido los carlistas, y añadía en cifra: «Creo que estando parado por falta de raciones y borceguíes coopero al plan, pues atraigo las fuerzas; ahora conceptúo ocasión para que Quesada se dé la mano con Moriones ó amenace á Alsásua».

Sin la dificultad de las raciones, decía que hubiera marchado á Vera al día siguiente de su llegada á Elizondo; pero con tanta contrariedad y aquel temporal de nieves que duró cuatro días y acampando el soldado á la intemperie, sin poderse apenas relevar en el servicio por la extensión de la línea que ocupaba, la inacción era forzosa; otra cosa, como dijo el mismo Campos, sería un crimen.

Como no podía ménos de suceder, la enfermería fué grande, y el general telegrafaba á Primo de Rivera que convenía habilitar Velate, por lo que mandó ocupar Oricain y Anchoriz, que estaban abandonados, para que el general Primo pudiera subir y franquear la carretera para conducción de los enfermos (1). Mejoró el tiempo, las au-

(1) Y añadía en este telegrama cifrado (clave 7). «Yo creo que con los refuerzos de siete batallones mandados á V. E., queda cubierto el Arga, y puede V. E. con una división hacer este movimiento, á no ser que haya otro mejor que me manifestará V. E. No estoy por la defensiva más que al frente de Estella; es preciso gane yo tiempo perdido» A. Martínez de Campos, y rubricado.

Posteriormente le autorizó para obrar como creyese oportuno.

toridades francesas concedieron la entrada por Dancharinea de viveres y municiones, y hasta las escoltaron, variaron favorablemente las condiciones del ejército, se activaron las obras de defensa y aprestóse Martínez de Campos á obrar.

Si la ocupación del Baztan por los liberales sorprendió á unos carlistas, parece que no la ignoraban otros, que hubieran podido, si no impedirlo, porque no tenían fuerzas bastantes que oponer á las muy superiores de sus enemigos, si estorbarla mucho, y no dejar pasar á alguna columna, porque el terreno favorecía perfectamente la defensiva. Si en los liberales hubo excelente previsión, vióse en sus enemigos algo más que indisculpable confianza y lamentable descuido.

En cuanto supo don Carlos la entrada de los liberales en el Baztan, llamó á Tolosa al conde de Caserta, conferenciaron el 2 de Febrero, se comprendió lo terrible de su situación, teniendo al enemigo á retaguardia, y aunque se confió en que quedando aisladas las fuerzas de Martínez de Campos podían atacarlas con éxito y hacerlas entrar en Francia, lo cual pudieran haber hecho ó intentando á estar más prevenidas, no era ya posible en cuanto el jefe liberal estableció sus comunicaciones con Francia, apoderándose de Dancharinea y se fortificaba en Elizondo. Todo lo que no hubieran hecho los carlistas el primer día, era después inútil.

El conde fué á reunirse á Pérula, que con cuatro batallones estaba en Leiza, á fin de atacar juntos á Campos ó contenerle al menos, y se situaron fuerzas en Vera para im-

pedir que las liberales de San Sebastián se diesen la mano con las de Elizondo, pero otra fuerte nevada detuvo las operaciones. Al detener estas nevadas á unos y otros combatientes, perjudicaron más á los carlistas que á los liberales, porque necesitaban aquellos más movilidad.

Al recibir Junquera el 1.º de Febrero el parte de que los liberales estaban en Elizondo, telegrafió desde Andoain que no podía enviar refuerzos al Baztan, si no se respondía de la línea de Lastaola á Munuandi; y esto que hubiera sido fácil en aquellos momentos, se hizo imposible en cuanto se supo la entrada de Quesada en Bilbao, y que naturalmente seguiría hácia Durango y amenazaría así á Guipúzcoa.

Cuando Martínez de Campos entró en el Baztan, disponía Larumbe de cuatro batallones, un escuadrón y dos piezas, y Junquera con otros dos batallones y el mismo número de piezas, ocupaba Vera y Lesaca; no había más fuerzas desde el valle de Echauri á la frontera. Caserta y Pérula llegaron el 3 á Vera con dos columnas, reuniéndose un total de doce batallones, dos escuadrones y ocho piezas. Tratóse en Echalar de lo que se había de hacer: Larumbe opinó debía irse al puerto de Otsondo; condescendió Caserta en un principio, y convino luego con Pérula en esperar á que mejorase el tiempo, marchando Caserta y Pérula á Narbarte y Larumbe á Peñaplata.

Lerga, que padecía del estómago, quedó encargado de la parte de Estella, y Montoya, sufriendo, porque el estado de su salud no le permitía tomar en aquellos sucesos la

parte que deseaba, tuvo que atender al despacho ordinario de la comandancia general de Navarra. Como Caserta, Pérula, Maestre y otros muchos habían salido de Estella diciendo que iban á atacar á Campos donde le encontrasen, y pasaban días sin participarse ningún encuentro, y los liberales se afirmaban en el Baztan, empezó á nacer la desconfianza en los más avisados, que pensaban, y pensaban bien, que no habiéndose atacado, Campos tenía tiempo de provisionarse y atrincherarse y la guerra concluía.

Recibióse en Estella un telegrama del Cuartel Real diciendo á Lerga que había veintitantos mil hombres en Pamplona, que según noticias se dirigirían enseguida á apoderarse de Irurzun; é importando este punto tanto como Montejurra, marchase allí Lerga con todas sus fuerzas; mas como éste y Montoya sabían las que les amenazaban por la Solana, las que ocupaban á Santa Bárbara de Oteiza, y las que había en Puente la Reina y Valdizarbe, así como las que por la parte de Maestu amagaban la carretera de Estella, y no tenían noticia de la entrada en Pamplona de las tropas que se designaba, no creyeron en la existencia de estas, y aun cuando lo aseguraba el telegrama del Cuartel Real, que suponían fuese de Mogrovejo, y ordenaba además la marcha á Irurzun con todas las fuerzas, parecióle esto grave, pues en el momento que se dirigiesen á Irurzun los liberales que estaban en la Solana ocuparían á Estella, los de Puente se correrían á la carretera de Salinas, y habrían afuido también los de la parte de Maestu. Consultó Lerga si lo que se le man-

daba era levantar la línea de Estella, y en el caso de que este fuese el propósito, que se le ordenase terminantemente; dióse traslado á Caserta, como general en jefe, del telegrama y de la contestación, añadiéndole que se esperaban sus órdenes, y respondió naturalmente que no se acudiese á Irurzun, de aquella parte, que ya estaría él á la mira por la otra.

Lerga telegrafió además, que no tenía fuerzas ni municiones para el ataque que se le preparaba, pues por todas partes concurrían fuertes columnas enemigas, y las suyas estaban desparramadas como en guerrilla. Y tenía que recorrer la línea, y seguía sufriendo del estómago, y como Montoya continuaba enfermo, demostró á varios individuos de la diputación para lo poco que ambos servían y lo mal que estaba Estella de autoridades, bastando esto para que se encomendara á Lizarraga el mando de la ciudad y su zona; así lo propuso la diputación á don Carlos sin contar para nada con el comandante general, y don Carlos nombró á Lizarraga, y Pérula dimitió. Corrió Lizarraga á encargarse del mando; quiso que Montoya continuase despachando los asuntos de la comandancia general, pues todos le consideraban como tal jefe; más agravado el estado de su salud, y hasta peligrando su vida, aún ocupándose sólo de negocios de oficina, encargó el mando de su brigada á Orlandi, comunicó á Lerga y á Pérula que se había dado de baja; sintiólo éste por la confianza que en Montoya tenía; le concedió dos meses de licencia, y corrió Pérula á Estella con el tercero de Navarra.

Por desgracia para los carlistas, rompióse la armonía que había reinado entre algunas autoridades, y todo parecía conjurarse contra la causa (1).

Don Carlos deseaba se atacara y lo mandaba; pero ni Caserta ni Pérula podían hacerlo por la superioridad de fuerzas de su enemigo y las posiciones que había tomado, impidiéndolo también la constante nevada de aquellos días.

Dejó Pérula á Estella y marchó á unirse con sus tropas.

AVANCE DEL EJÉRCITO DE LA IZQUIERDA.—
ABADIANO.—ELGUETA.

XCI

Reunidas en Bilbao las tropas que quedaron operando hácia Valmaseda, avanzaron el 4 á Durango y Guernica, llegando al día siguiente á la primera ocupándola sin la menor resistencia; y es de notar que, tratándose de un pueblo eminentemente carlista,

(1) Conversando Pérula con Montoya sobre tan importante punto, díjole éste: «El hecho es que no se ha atacado y que el enemigo se ha posesionado y abastecido, y se va á unir con las fuerzas de Guipúzcoa y cerrar la frontera; que aquí afluyen fuerzas enemigas por todas partes y que como perdimos Santa Bárbara de Oteiza, no tengo confianza en que se defienda bien Montejurra y la Soiana. Yo estoy enfermo, y como enfermo débil, por lo que puede ser que se me abulten las cosas; pero veo perdida la guerra. Que así lo conceptuaban Caserta, Guzmán, él y todos, contestó Pérula; á lo que replicó Montoya, que si los encargados de dirigirla la consideraban perdida, creía un cargo de conciencia ca la gota de sangre que se derramara desde aquel momento, y que él por sí dimitiría el mando si le tuviese para que don Carlos echara mano de otras personas.

sólo se ausentó el alcalde, y dijo el telégrafo, que «lo demás del ayuntamiento, el clero y vecindario esperó á las tropas confiando en la disciplina que demuestran, y nos han recibido con repique de campanas».

En este día 5, por orden de Carasa salió Echevarri de Zugastieta, á la una de la madrugada, con los batallones Murguía, Guernica y Arratia, halándose éste en Muniqueta por haber entrado los liberales en Zornotza, y con los tres pasó al amanecer por Durango, alojando sus fuerzas en Abadiano. El batallón de Arratia marchó por Berriz, y acudió á Abadiano la partida de Solana recibiendo á la vez aviso Echevarri de que acudía Cervero con sus fuerzas.

La brigada Ciria que, ocupando la vanguardia en la marcha de Bilbao á Durango se había tiroteado con los carlistas en Amorevieta, á costa de un muerto y 22 heridos, siguió á alojarse á Abadiano, y al dejar la carretera de Berriz, á la izquierda, y tomar á la derecha para Abadiano, supo que el enemigo se hallaba en este pueblo y en las alturas de Gastelumendi y Santa Cruz que le dominan á ambos lados de la carretera; trabóse á poco el combate, que duró hasta las ocho de la noche, retirándose los carlistas á Elorrio donde se hallaba Carasa, alojándose los liberales en los puntos que dejaron sus enemigos, contando unos y otros combatientes más de 200 bajas (1).

(1) Las de los liberales ascendieron á dos jefes muertos, los señores coronel Floran y teniente coronel Peirona, ocho oficiales heridos y cinco contusos, y de tropa 28 muertos, 101 heridos y 41 contusos; gastándose 65.970 cartuchos Remington, y 30 disparos de artillería de montaña.

En este día telegrafió el gobierno proponiendo á Quesada que mientras el grueso de sus fuerzas avanzaba hácia la línea del Deva, la división de Alava, convenientemente reforzada, hiciese un movimiento rápido sobre Alsásua, y contestó ser imposible distraer aquella división de su objeto que importaba al éxito de su plan que iba llevando á cabo perfectamente, pues ya veía la facilidad con que había llegado á Durango, y suplicaba al ministro que combatiera impaciencias.

El temporal de nieves que sobrevino, impidió proseguir las operaciones, y las lluvias después, pusieron intransitables los caminos. Todo era cuestión de tiempo. Loma había ocupado á Guernica é inmediaciones, Córdoba aseguraba y mantenía á Ochandiano y San Antonio de Urquiola, protegiendo la comunicación con Vitoria, y con la ocupación de Mañaria enlazaba la comunicación con Durango y Bilbao; habían perdido los carlistas vizcainos la mayor parte de su provincia, y cuando acabaran de perderla toda, ya no serviría la vigilancia que se ejercía para que sucediese en grande escala lo que en pequeña sucedía, las deserciones; pues llegaron á presentarse en tres días 142 individuos. El mando de Cervero contuvo aquel desorden; pero necesitaban una victoria para animar el decaído espíritu de aquellos voluntarios, más dispuestos en general á marchar á sus casas que á batirse (1).

(1) «Cada día la descomposición en sus filas es mayor, habiendo síntomas ostensibles de ella, y anoche mismo el teniente don José María Rodríguez con un cadete se presentó á indulto; me interrogó en nombre de varios de sus camaradas para conocer las ventajas que

Emprendidas de nuevo las operaciones, pernoctó el 13 el tercer cuerpo en Marquina para seguir á Elgoibar y Quesada á Elgueta, habiendo avisado á Moriones para obrar en combinación, dándole las instrucciones que creyó convenientes.

La división carlista de Vizcaya, de la que se nombró el 10 de Febrero jefe de E. M. G. al distinguido joven don Leoncio Gonzalez de Grande, ocupaba el día 11 á Elorrio, Elgueta, Mondragon, Vergara, Mallavia y Zaldúa (1); pues el batallón de Marquina que mandaba Esquiaga se hallaba en Guipúzcoa á las órdenes del comandante general de aquella provincia. La brigada Cántabra, á las órdenes de su jefe superior señor Vidal, compuesta de dos batallones y una compañía de guías con un total de 900 hombres y 30 caballos, estaba agregada á la división, y ocupaba uno de los puntos avanzados de la línea. La suma de las fuerzas de la división en aquel día era de 6.728 hombres, sin con-

podrían prometerse siguiendo su camino, cuya duda se me ha consultado ya por algún otro».

El general en jefe de la izquierda al ministro de la Guerra.—Durango 10 de Febrero.

(1) En esta forma: batallón de Guernica núm. 1, mandado por Galvan, acantonado en Elorrio; Durango número 2, por Orue, en Elgueta; Orduña núm. 4, por Maidagan, en Mondragon; Somorrostro núm. 5, por Echevarría, en Vergara; Munguía núm. 6, en la barriada de....; Arratia núm. 7, por Isasi, en Mallavia, y Bilbao núm. 8, por Valcárcel, en Zaldúa. Había además dos compañías de guías mandadas por Rivaflécha y Zapata, acantonadas en Elorrio, y una compañía de ingenieros en Elgueta.

Una batería de artillería de montaña sistema Whitworth, mandada por Zárate, estaba aneja á la división, teniendo dos piezas en Elgueta y las cuatro restantes en Vergara.

tar las agregadas (1). Había batallón, el de Munguía, que no había asistido á ningún hecho de armas formal, y su coronel llegó á este empleo desde estudiante, sin batirse apenas.

El 10 revistó don Carlos estas fuerzas y los hospitales, y las infundió confianza.

Conferenciaron con Carasa los diputados señores Goiriena y Salcedo; convinieron todos en que Loma y Quesada avanzaban para darse la mano con Moriones y levantar la línea de San Sebastián; trasladaron los efectos de la fábrica de municiones de Arteaga á Villarreal de Zumarraga; se disolvió la diputación, constituyéndose una junta á guerra, compuesta de los diputados generales, el secretario, un consultor y el tesorero, y se ocuparon del racionamiento de las tropas, que tenía que hacerse en Guipúzcoa.

En la tarde del 11 recorrió el jefe de E. M. y el señor Gorordo la línea de Elorrio; se destinó á los cántabros á la ermita de San Lorenzo é inmediaciones; se dictaron las disposiciones convenientes para rechazar el ataque de los liberales; se repitió el reconocimiento en la mañana del 12; se reiteraron las prevenciones y se municionaron las fuerzas: en la madrugada del 13 se recibieron confidencias de Durango y de Marquina del movimiento de los liberales y de sus propósitos. El estado de la salud de Carasa no le permitía dejar la cama á aquella hora; esta-

(1) Las dos brigadas que formaban la división las mandaban los señores Echevarri, y las cuatro medias brigadas Sarasola, Gorordo, Ojascoaga y Gutierrez, todos del país, que sabían batirse, pero tenían escasos conocimientos militares.

ba además muy afectado con lo que sucedía y preveía, y Grande telegrafió al jefe del cuartel militar de don Carlos el movimiento de los liberales, añadiendo que, con las fuerzas que tenía no le era posible atender á la defensa de una línea tan extensa; «por lo tanto debe V. E. disponer se cubra mi extrema derecha para sostener el ataque de mi flanco y evitar envuelva Loma esta línea.» A las dos y media decía que el enemigo se disponía á atacar simultáneamente la línea; que no había fuerzas para contener el avance, y que si Cavero con algunos batallones ocupara las posiciones de Elgoibar, todavía se podría resistir en aquella parte y encaminar algunas fuerzas al Campanzar: «de otro modo es, como V. E. comprenderá perfectamente, imposible resistirnos en ella, toda vez que nuestro flanco derecho, queda descubierto y débil el izquierdo.» Se telegrafió lo mismo á Cavero; Mogrovejo contestó que se llamaba á Cavero para que saliera inmediatamente; éste avisó á las tres y media que iba á palacio á conferenciar con Mogrovejo, y á las cuatro que estaba reuniendo los batallones de Somorrostro, asturianos y tercero de Alava, que son los que llevaba, y dos piezas de montaña; pidióle á Grande enviara las que no se llevase; á las cinco de la mañana se ordenó á Ugarte pasara con el sexto batallón de su división alavesa, dos piezas de montaña y partidas de Castilla á ponerse á las órdenes de Carasa, y á las ocho de la misma llegó á Elgueta, tomando desde luego posiciones. Fueron ocupando los carlistas las que el terreno ofrecía, pues ninguna trinchera ni obra de defensa se construyó, y esperaron á

los liberales que ya á las diez y media coronaban todas las alturas de enfrente, y grandes masas cubrían la carretera de Durango á Elorrio. Descendieron al llano los que ocupaban las alturas, desplegando fuertes guerrillas, que avanzaron hácia las posiciones carlistas, cuya artillería rompió el fuego sobre los liberales, que entraron en Elorrio en medio de grandes demostraciones de alegría y repiques de campanas.

Una hora antes, á las once, sintieron los carlistas fuego por la parte de Mondragon, donde sólo estaba el batallón de Orduña, y atacada, como habían presumido, su extrema izquierda, comprendieron se verían pronto envueltos, y áun por su derecha, disponiendo de tantas fuerzas su enemigo, y no trataron más que de resistir, puesto que se les ofrecía la ocasión de hacerlo. Aun confiaban algunos jefes carlistas en que no habría combate, porque siendo cuestión de tiempo el tenerse que retirar de aquellas posiciones y dejar libre el puerto de Elgueta, podrían pasarle los liberales sin disparar un tiro ni derramar una gota de sangre. Así habría sucedido sin la injustificada impaciencia de Quesada.

Empezada la acción á las doce, trató de salir de la carretera un batallón liberal hácia las posiciones enemigas, y se dispersó á las dos descargas cerradas de dos compañías de Guernica que se hallaban parapetadas sobre la salida de Elorrio; pero por derecha ó izquierda del pueblo desplegaron los liberales varios batallones que avanzaban rompiendo el fuego, que se hizo general; se atacó vigorosamente el Campanzar, el centro y

derecha carlista, que resistieron valerosamente; se reforzaron los liberales, halló Goyeneche un punto sobre la izquierda que consideró vulnerable, fué oportuno y porfiado en el ataque, y se hizo horroroso el fuego, aumentado con los disparos de las baterías de los liberales (mal colocadas algunas), que empezaron á arrojar granadas: á las dos ensordecía el fuego de fusilería y de cañón; sostuvo bravamente el batallón de Arratia el empuje de numerosas fuerzas, rechazándolas; nuevos batallones reforzaron á los liberales; un batallón de Cantabria tuvo que ayudar al de Bilbao, que se batía muy mal, siendo una excepción en aquel ardoroso bragar, alentado por Carasa, Ugarte y Grande, que permanecían en la carretera sufriendo una lluvia de proyectiles, hasta que muerto el caballo del segundo se retiraron, quedando solo el jefe de E. M. con su escolta; no pudo resistir el empuje de los liberales el batallón Durango, y se retiró precipitadamente, protegiéndole desde una altura Solana con los castellanos, que se batían como siempre, con heroísmo, increpando á los vizcainos su poca resistencia; el número abrumaba y no podían impedir el avance de las tropas de Quesada; comprendió Grande (1) la importancia de aquel punto; envió fuerzas á colocarse detrás de Solana para proteger á éste, que se sostuvo valeroso; se re-

(1) Cuando más se afanaba este intrépido jóven en atender á todo, en medio de situación tan crítica, reventó una granada debajo de su caballo destrozándole el vientre y dejándole muerto, quedando ileso el gineete, victoreado por las compañías de Guernica inmediatas.

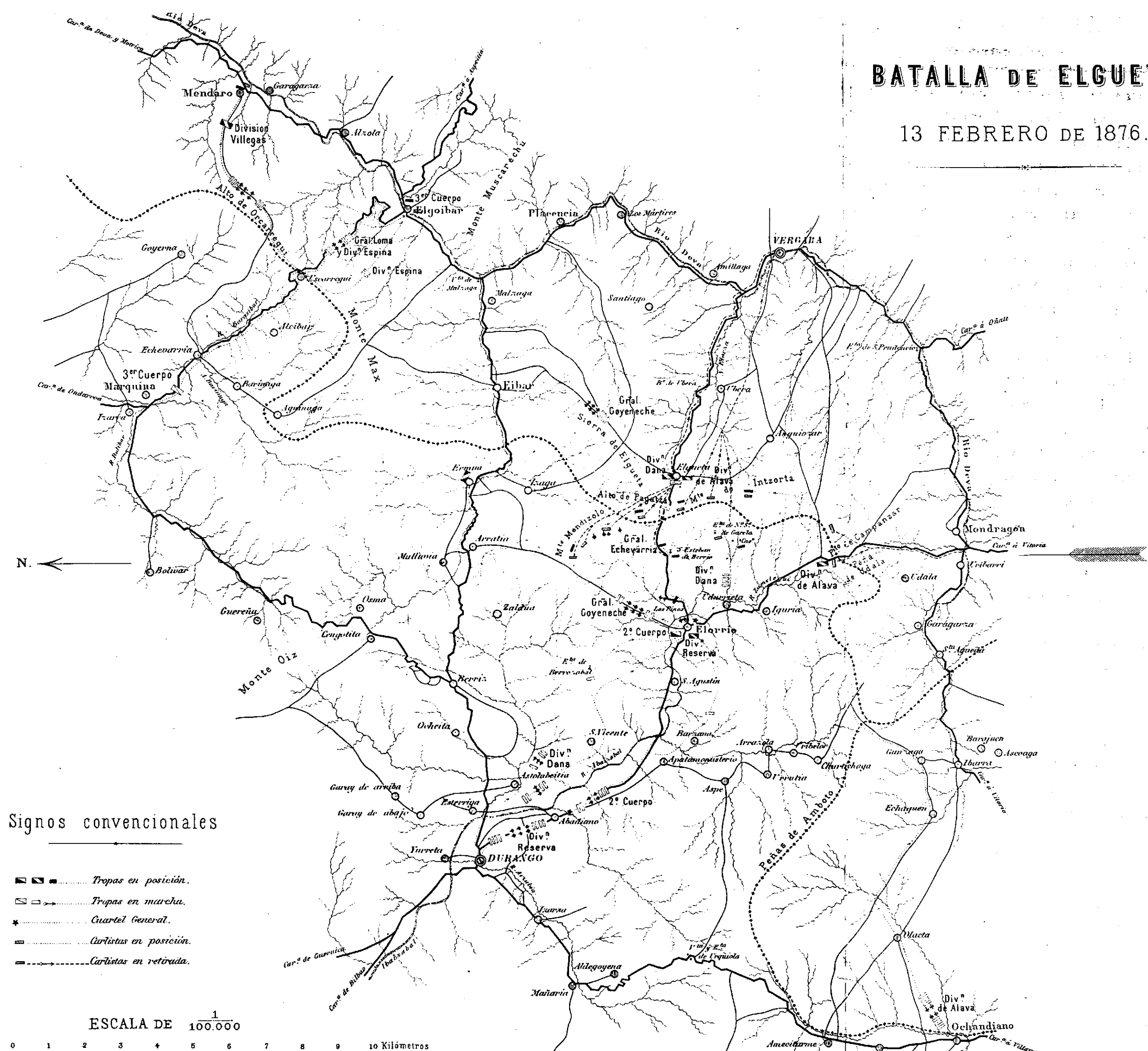
hicieron algunas compañías de Durango y formaron con Munguía; Bilbao se retiró completamente; tuvo que replegarse sobre los cántabros el batallón de Arratia, por no poder ya resistir el empuje de las fuerzas que le atacaban, y por el sitio que abandonó Bilbao avanzaron resueltos los liberales. La escasez de municiones obligó á los carlistas á retirarse á Elgueta para continuar á Vergara, y al tratar de cargarles un escuadrón que avanzaba por la carretera, fué contenido por las compañías de Munguía. Guernica formaba la retaguardia, haciendo fuego en retirada, porque el enemigo avanzaba: hacíanlo resueltamente por la carretera dos escuadrones de tiradores, y al llegar á la vista de Elgueta, las dos compañías de Arratia rompieron el fuego sobre ellos y les hicieron retroceder con algunas bajas. No impidió esto que siguieran después avanzando hasta Elgueta, abandonada completamente por los carlistas, que se retiraron á Vergara, á donde ya había llegado el batallón de Orduña, batido en Mondragon.

Los liberales experimentaron sobre 400 bajas y 300 los carlistas, siendo de lamentar la muerte del jóven coronel de la reserva núm. 25, don Braulio Sedano, que halló temprano y glorioso fin al comenzar el combate; aunque ningún infortunio como el del brigadier Alarcon, que perdió dos hijos en aquella batalla y la patria dos valientes en los que podía fundar grandes esperanzas.

En el ataque que por la derecha efectuó el general Dana con la brigada Alberin,

BATALLA DE ELGUETA

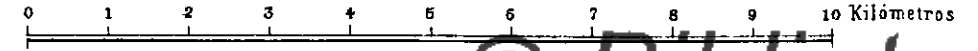
13 FEBRERO DE 1876.



Signos convencionales

- ■ ■ Tropas en posición.
- □ □ Tropas en marcha.
- * Cuartel General.
- Carlistas en posición.
- Carlistas en retirada.

ESCALA DE $\frac{1}{100.000}$



supo vencer los obstáculos varios y la tenaz resistencia que se opuso en su penosa subida, vencióndolos también en su trabajosa marcha la división de Alava que, con el general Maldonado concurrió á la anterior.

Loma, al que se ordenó el 11 desde Durango que su derecha se dirigiese desde las vertientes del monte Oiz á dar vista á Elgueta el 13, evitando así que los carlistas sostuvieran obstinadamente su posición, en el concepto de que Quesada llegaría con sus tropas á Elorrio á la hora que lo hizo, no pudo llegar á Elgoibar hasta las tres de la tarde del mismo 13 con una brigada de la segunda división, y al anochecer entró la otra que había permanecido sobre el monte Aoiz.

El general Villegas con la primera división se dirigió á ocupar los pueblos de Alzola, Mendaro y puente de Sasiola; y al ir á pasar el puente de Mendaro le cañonearon los carlistas, con los que trabó combate; se apoderó el comandante Vicuña del puente que pretendían cortar, así como de la ermita que le enfla y los cerros inmediatos; el resto de la brigada Loresecha, con este á la cabeza, protegió el ataque, y á las siete de la tarde, ya de noche, se hicieron dueños los liberales de todas aquellas posiciones.

Estas fuerzas del tercer cuerpo que salieron el 12 de Guernica, habían pernoctado en Marquina y penetrado en Guipúzcoa sin obstáculo, y por Elgoibar, llegaron á Azcoitia el 14.

Había acudido Cavero contra Loma; y cuando llegó el 13 á la vista de Elgoibar, ya

estaban ocupadas por los liberales las principales posiciones, teniendo él que tomarlas á retaguardia y sobre la carretera de Azcoitia, desde las que rompió el fuego á las nueve, sosteniéndole hasta las cinco y media de la tarde, por concluirse las municiones, y se retiró á Azpeitia: el avance de Loma y el que preparaba Moriones por su flanco derecho, le obligó á retirarse á Beasain, con la gente rendida de cansancio y desfallecida por no haberse racionado desde la salida de Vergara.

En el anterior encuentro, en el que los asturianos y Somorrostro se batieron heroicamente, hubo unas 40 bajas.

Dejando dos batallones en Anzuola á la vista de Vergara, se acantonó la división vizcainas y fuerzas afectas á ella en Villarreal y Zumarraga el 14.

Vizcaya estaba perdida para los carlistas; y la resistencia en Elgueta era más bien una demostración de valor que el cumplimiento de un deber militar. Prescindiendo de que las triplicadas fuerzas de Quesada podían envolver todas las posiciones carlistas, el avance de Loma por Marquina y Elgoibar les envolvía completamente, teniendo que retirarse antes de que llegaran á Vergara si no querían verse copados. Era imposible la lucha con tan superiores fuerzas, que bastaban ellas solas para terminar la guerra. De nada servía que los carlistas se parapetasen en los altos de Descarga, ni en los de Elosua, ni en los que defienden el camino de Azpeitia á Tolosa, cuyos desfiladeros se prestaban á la defensiva, porque en todas partes podían verse atacados por el frente, por los flancos

y por retaguardia, y en tales condiciones no hay defensa posible; la guerra civil podía considerarse terminada.

SITUACIÓN DE LOS CARLISTAS EN GUIPÚZCOA

XCII

La situación de los carlistas empeoraba cada día, y para hacerla más crítica, al pedir el conde de Caserta desde Leiza razones, decía la diputación de Guipúzcoa á don Carlos «que esto equivalía á volver á aquellos tiempos en que no había más administración que la espada; y que cuando no podían racionar la avalancha que los movimientos del enemigo habían arrojado sobre aquella provincia, era altamente injusto que se les quisiera obligar á racionar además fuerzas que operaban en otras provincias (1)».

El mismo día 4 el comandante general de Guipúzcoa señor Rodriguez, suplicaba á la diputación el sacrificio de llamar á las armas á los jóvenes que dentro de dos meses debían ir á ellas, para ayudar á sus hermanos á no perder lo que tan amenazado estaba, y se negó la corporación, fundándose para ello en que aquella provincia no había admitido como otras la sustitución y redención, y si restringido más que ninguna las causas de exención, y como si esto no bastara, había puesto en armas cuatro batallones de tercios, pudiendo decir que todo el país estaba en campaña, y la agricultura, única riqueza de la provincia, poco menos que abandonada.

Casi todo el peso de la guerra caía sobre

(1) Exposición fechada en Villafranca el 4 de Febrero de 1876.

Guipúzcoa: la junta á guerra de Vizcaya la pedía sitio para establecer la maquinaria de cartuchos que retiró de Ugarte y otros puntos, y se estableció en Zumarraga y Cegama; la junta de Castilla, compuesta de unos 60 individuos, llegó el 8 á Ormaiztegui, ocupando todas las casas, y como era de tránsito aquel pueblo y faltaban alojamientos, solicitaba su alcalde de la diputación la trasladara á otro donde no hubiera transeuntes. Todo eran ya apuros, y hasta se suprimió el despacho de la secretaria de la guerra, tomando las armas Berriz y cuantos la componían, que con escolta y asistentes sumaban unos 24.

El periódico carlista publicaba artículos belicosos; decía que el peligro alegraba á los fuertes y entristecía á los débiles; que la constancia era la victoria, repetía el manoseado *no importa*, gritaba adelante, y cuando Quesada penetraba avanzando en Guipúzcoa, decía *El Cuartel Real*: «ellos avanzan, como si la fatalidad los empujase á buscar su tumba; tanto mejor, nos ahorran el camino que deberíamos recorrer para buscarlos».

Aun confiaron los carlistas por ciertos tratos con conocidos federales, que se efectuaría una revolución, y en un telegrama cifrado anunció la diputación de Alava á las de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra el 10, que del 15 al 20 de este mes se hacía la revolución».

Era difícil ya recuperar lo que habían perdido en Navarra, en toda Alava y Vizcaya y en parte de Guipúzcoa: desaprovecharon magníficas ocasiones de hacer algo va-

lios; quisieron acudir á todas partes, y como era lógico, á ninguna acudieron debidamente.

GUIPÚZCOA. —SOBRE EL VIAJE DEL REY.

XCIII

Desde Durango había mandado Quesada el 12 al oficial de Estado Mayor señor Calonge á Guetaria, con instrucciones para Moriones, sobre los movimientos que tenía proyectados al avanzar, y los que él debía hacer por su parte para reunirse con Loma (1); no olvidando las referentes al envío de tropas hácia la frontera; y desde Vergara ordenó que las del primer cuerpo fueran reforzadas por mar con dos batallones de la división de Vizcaya para combinar la acción reunida de todas las fuerzas del ejército del Norte, con la convicción de que Guipúzcoa, por sus condiciones estratégicas naturales, era más bien que Navarra el sitio en que se hallaba el desenlace final del problema.

Dispuesto por Moriones para el 6 el ataque á Indamendi, hubo que suspenderle por el temporal, hasta que al fin el 14, aun sin cesar de llover, se efectuó, sorprendiendo los migueletes antes de amanecer, las importantes obras de aquella posición, quedando prisioneros diez de sus defensores. Protegieron

(1) En los movimientos que se prevenían terminaba el primero del tercer cuerpo en Elosua y Azcoitia, el del primero en Azpeitia y el del segundo en Vergara; yendo despues á Zumarraga, Ecazteguieta, Urrestilla, Narbe, Goyaz y Vidania, á afluir en el tercer movimiento á Tolosa.

esta operación el resto de los migueletes y la brigada Mariné, marchando en reserva Catalán, á la vez que Cuadros ocupaba sin resistencia á Oiquina, Zumaya, Ibañarrieta y caseríos de Maniasoro, quedando establecidas las tropas en Meagas, Elcano y reducto de Indamendi, y en disposición de avanzar hácia el centro de la provincia, pues dueños de las alturas de Indamendi estaba dominado el camino por Cestona y Azpeitia, pudiendo ir también por Oiquina y Zumaya á Deva á darse la mano con las fuerzas de Loma, que habían triunfado en Mendaro y Sasiola.

Contrariado el rey en sus deseos de tomar parte en las operaciones militares cuando se formaron los ejércitos de derecha é izquierda, acordóse en el consejo que entonces se celebró, que el gobierno designaría la oportunidad en que debía hacerlo y creyendo la indicaban la marcha que llevaba la guerra, y no siendo posible que S. M. acompañara al ejército de la derecha, se consultaron á Quesada el 13 los siguientes puntos (1):

«1.º Cuándo y en qué situación de las fuerzas y de la guerra considera V. E. más oportuna la ida de S. M.

»2.º Por donde ha de hacer S. M. su viaje, y qué puntos conviene que visite política y militarmente, teniendo en cuenta su seguridad personal.

»3.º Si conviene que visite el país conquistado y las ciudades de Vitoria y Bilbao, ahora, y más tarde á San Sebastián, an-

(1) Cuya comunicación llevó á mano el sub-secretario del ministerio de la Guerra, señor don Marcelo de Azcárraga.

tes de acercarse á la línea de operaciones.

4.º Qué escolta ó fuerza debe llevar á sus inmediatas órdenes para hacer con seguridad sus expediciones.

»5.º Si conocido por una parte el ardimiento del rey y su anhelo de gloria, no pudiendo ocultarse á V. E. por otra, el supremo interés de la patria, sería oportuno que mientras pueda verificarse el avance sobre las posiciones enemigas, visite su majestad el país conquistado Bilbao y Durango.

»6.º Si será siempre posible que el rey con su escolta, aun en días de combate, ocupe poblaciones ó puntos en que sin menoscabo de su prestigio, no corra riesgo su vida tan preciosa para el país».

La próxima salida del rey no dió tiempo para contestar á este interrogatorio, aunque se extendió la minuta.

Conferenciaron en Vergara, con asistencia del general Azcárraga, los jefes de los cuerpos de ejército, quienes con mejor conocimiento del estado de la guerra en Guipúzcoa, hicieron variar las disposiciones adoptadas por Quesada en Durango, y acordaron los movimientos que cada uno había de efectuar, encomendándose además á Moriones indicar á Martínez de Campos, «la conveniencia de una demostración sobre el monte Arechulegui, antes del ataque resuelto que el primero desde San Sebastián debía dar á la línea del Oria para restablecer las comunicaciones con el tercer cuerpo el día próximo al avance general, bien entendido que para entonces se hallaría S. M. el rey al frente del ejército».

Sin obstáculo alguno marchó Moriones por Cestona á Azpeitia, uniéndose á Loma que estaba en Azcoitia, y extendida la línea liberal desde Oñate y Mondragon hasta Deva y Zarauz, se apoderaron de muchas armas, municiones y efectos en los centros constructores de Placencia, Eibar, Hermua y Elgoibar, y aunque los carlistas se habían llevado alguna parte de la maquinaria é importantes piezas, se ordenó la destrucción de lo que no pudieron menos de dejar y no fuese de propiedad particular. A la vez que perdían los carlistas tierra y elementos, disminuían notablemente sus filas por las presentaciones á indulto, y se recibía en los pueblos á las tropas liberales con repique de campanas.

Abiertas por don Alfonso las primeras Cortes de la nueva monarquía, el 15 de Febrero, manifestó ante ellas su obligación y deseo de contribuir personalmente á la pronta conquista de la paz, y marchó la noche siguiente á Vitoria, el 18 á Vergara, y aquí dió el 19 esta orden general:

«Soldados: Mis deberes de rey constitucional me han impedido acudir antes, como era mi deseo, á compartir personalmente con vosotros los trabajos de esta guerra, en que habeis sabido poner vuestro valor al nivel de la justicia que nos asiste. Todas las restantes provincias de España tienen fija su mirada en esta lucha injustificable, aguardando con afán el regreso de sus valientes hijos, y maldicen la temeraria obstinación de nuestros contrarios. Jamás causa más justa ha encendido el ánimo de un ejército. Pequeñas son las dificultades que ya nos fal-

tan que vencer si las comparais con las muchas que ha sabido allanar vuestro valor. Yo sabré premiar vuestras virtudes, de que soy admirador y testigo.

»Soldados: Un esfuerzo más, y España os deberá todos los beneficios de la paz, coronareis gloriosamente vuestros altos hechos, y os hareis dignos de la eterna gratitud de la patria y del amor que ya os profesa vuestro rey, *Alfonso.*»

Don Alfonso, marchando por Elosua (1), revistó en Azcoitia y Azpeitia algunas fuerzas, y Quesada, como jefe de E. M. G., ordenó á Moriones desde Azcoitia el 19, la urgencia de disponer que la brigada Navascués apoyase el movimiento del general Martínez Campos sobre Vera, que pasó por delante del ejército carlista, en la inteligencia de que el ejército de la izquierda atacaría el 21 las posiciones carlistas del Oria.

(1) Creyendo iría el rey á Azcoitia por Placencia, el general jefe del segundo cuerpo ordenó á los generales Dana y Goyeneche que, con sus respectivas divisiones, cubriera el primero la carretera de Placencia á Elgoibar, y el segundo el monte de Azcárate, y esperasen sus órdenes. Esperando estas hasta el anochecer desde las nueve de la mañana que estaban formados, se resolvió al fin Dana á enviar un ayudante á Vergara que regresó diciendo que por la mañana había marchado el rey por Elosua, é ídole con él el jefe del segundo cuerpo sin dejar orden alguna á sus divisiones. Dana marchó al encuentro de Goyeneche, quien creyó que iba el rey, hasta que se vieron y manifestó que estaba en aquellas alturas—1.492 pies sobre el nivel del mar—esperando órdenes como se le dijo, y pasó allí toda la noche acampado sin recibir las. Dana regresó á Elgoibar, y á las dos recibió un oficio de Quesada, que les mandó fuesen á Azcoitia. Se había olvidado de aquellas divisiones.

XCIV

Los sucesos se precipitaban; los carlistas que se retiraron de Egueta comprendieron su situación, la imposibilidad de resistir en el alto de Descarga; retrocedieron á Ormaiztegui para cubrir la línea del Segura y comunicar con las fuerzas situadas en la Barranca por su flanco izquierdo, y aquel día, 17, convocó don Carlos consejo en Beasain, que se celebró á las once de la noche bajo su presidencia, asistiendo Caserta, Valde-Espina, Argenz, Carasa, Caveró, Brea, Grande y otros, á quienes dijo don Carlos que los reunía por lo crítico de las circunstancias, que le iluminaran con su parecer, y le presentaran los medios que creyeran más oportunos y considerasen justos para salir de aquel estado; «ja veis, añadió, que el enemigo con fuerzas infinitamente mayores que las nuestras, ataca las líneas, forzándonos á levantarlas, y avanza sin temor en todas direcciones; preciso se hace, pues, contenerle en algún punto, porque de otro modo el espíritu de mi ejército decaerá y las consecuencias de esto serán funestas.» Manifestó la confianza que tenían en las fuerzas que había en el Baztan y en los jefes que las guiaban; lo mucho que esperaba de las divisiones de Guipúzcoa y Vizcaya, y terminó diciendo: «quiero salir de esta situación tan anómala, pues estoy muy violento; quiero atacar al enemigo á toda costa y en manos de Dios poner la suerte de mis armas. El nos dará, si lo considera justo, la victoria, como en otras ocasiones también críticas y hasta desespera-

das nos la ha dado, ó si no, que mi causa muera en los campos de batalla, que preferible es esto á huir cobardemente ante las bayonetas enemigas. Hablad ahora vosotros y aprovechemos el tiempo».

Cavero manifestó que correspondía al jefe de E. M. G. presentar el plan que creyese oportuno para discutirlo; y previa la concesión de don Carlos, que ordenó se discutiese sentados, empezó el conde por elogiar al ejército carlista, pues acababa de llegar del Baztan y estaba altamente satisfecho del excelente espíritu que reinaba tanto en los navarros, como en los alaveses y castellanos, deseando todos medir sus armas con las del enemigo, suponiendo que todas las demás fuerzas se hallarían en el mismo estado; que según las últimas confidencias, creía que tanto el avance de Martínez Campos en el Baztan, como el ataque de Primo de Rivera en Navarra y de Quesada, Loma y Moriones por la parte de Tolosa y Vergara, sería en un mismo día, y obedeciendo á planes vastos de campaña tratados entre sí, con el fin de que las fuerzas carlistas no pudieran hacer resistencia en ningun punto, pues siendo muchos los atacadores y pocos los que se podían oponer, serían fácilmente arrollados y lograrían con esto el objeto que se proponían; por lo que en su concepto convenía levantar por completo la línea de Guipúzcoa, formar una división volante con los batallones de ella y unirla á la de Vizcaya para que ambas, bajo las órdenes de Carasa, pudieran obrar contra Quesada y oponerse al paso de éste; que Lizarraga podía obrar en Navarra oponiéndose con las fuerzas que tenía al paso

del enemigo sobre Estella, y en el Baztan se podía conseguir, reuniendo algunos batallones, una gran victoria sobre Martínez Campos, destruyendo de este modo los planes del enemigo. «Esto es, pues, concluyó diciendo, lo que creo debe hacerse; demos movilidad á todas las fuerzas para disputar palme á palmo el terreno al enemigo, y opongámonos resueltamente á su marcha por estas provincias, sacando el mejor partido posible.»

Cavero dijo que respetaba la opinión del conde; pero creía que, dadas las condiciones respectivas de unos y otros combatientes, se hacía necesario determinar un plan ofensivo en vez de defensivo. Apoyaron esta idea Carasa y Valde Espina; inclinóse Argonz por la de Caserta; desarrolló Cavero un nuevo plan ofensivo, diciendo que á todo trance y costase lo que costase debía atacarse á Martínez Campos, que se hallaba en condiciones comprometidísimas, y que derrotado en el Baztan no le quedaba otro dilema que el de capitular ó entrar en Francia; observó Argonz que era muy expuesto lo que proponía Cavero, porque de no poder derrotar á Martínez Campos y perdiendo la acción que se presentase, se exponían á funestas consecuencias para la causa; que no veía tan desesperada la situación, hallándose el ejército en el mejor espíritu y con entusiasmo, teniendo municiones en abundancia y ocupando gran parte de territorio, sin haber perdido en Navarra ningun punto importante, y que, con exquisito tacto militar y una gran prudencia podrían hacer se colocasen á mayor altura que en días pasados. Rechazó Cavero la idea de Argonz, diciéndole que pare-

cia mentira viese de color de rosa lo que á la vista de todos aparecía sombrío y desencantado, y contestóle Argonz reseñando el estado de la causa carlista cuando en 1872 entraba con Olo y un par de docenas de hombres sin más auxilio que la Providencia, y ahora se contaba con 35.000 hombres, artillería y lo necesario para sostener una campaña. «¿Creerémos que estamos peor que cuando sólo un puñado de hombres, sin recursos de ningún género y tenidos por locos pensaban en la gran obra de la restauración de la patria? Pienso que no, y que ni comparación puede hacerse». Demostró Cavero la diferencia de las circunstancias, extendiéndose en consideraciones contra lo expuesto por Argonz; apoyaron á Cavero Caserta, Valde-Espina y Carasa, insistió Argonz hablando mucho y probando poco, y don Carlos dijo: «Hablemos menos y hagamos más. De este modo no concluiremos, y lo que yo deseo es terminar para obrar»; y dirigiéndose á don Leoncio Grande, que estaba á su izquierda, le preguntó: «¿A tí que te parece? indícame también tu opinión»: escusóse modestamente, le mandó don Carlos la emitiera, y empezó por manifestar que no estaba conforme con ninguna de las expresadas, por más que conviniera en el espíritu con lo manifestado por el señor Cavero; hizo la historia de las líneas, considerándolas como una rémora para el adelanto de las operaciones y buen resultado de la guerra, que si en concepto de muchos generales pudieron alguna vez ser indispensables, las consideraba á la sazón ineficaces é insostenibles, «puesto que con el sistema que dicen ser prusiano, y en rea-

lidad es francés, porque ya Napoleón I lo había ensayado al atravesar los Alpes en 1800, haciéndolo con su ejército por el Apennino, por los Bearneses, por los Cárnicos y por los Dináricos á la vez, y que en el arte moderno de la guerra se le denomina de flaqueos, no pueden existir líneas siempre que sus flancos no se hallen limitados, ó por grandes cordilleras, que hagan de todo punto imposible el avance por ellas del enemigo, ó de otros grandes obstáculos naturales que aseguren los costados de la línea; y como esto no es posible en nuestro territorio, y como quiera que tampoco disponemos de fuerza suficiente para formar una tan extensa que ocupe todo el frente de avance del enemigo, creo en mi concepto que, en vez de pensar en establecimientos de nuevas líneas, debemos por el contrario pensar en levantarlas todas y hacer con las tropas que hoy cubren columnas volantes que constantemente molesten al enemigo sin darle reposo ni sosiego, adquiriendo sobre él todas las ventajas que sea posible, y que tan pronto por un punto, como por la retaguardia, ó uno de los flancos, le tengan en continua alarma; esto fuera de los casos en que á una fuerza enemiga se la pudiera batir resueltamente, para lo cual no será difícil la reunión de dos ó más de estas columnas que lo consigan con ventajas positivas»; que para este sistema de guerra se prestaba admirablemente el país que dominaban, el cual sufriría más y también el ejército, pero hallarían su compensación al poco tiempo, porque el enemigo se vería forzado á retirarse de aquellas provincias, abandonando dentro de ellas

una lucha costosa en sangre, y él sería entonces el que tendría que establecer las líneas del Ebro para impedir el paso á los carlistas, si es que querían localizar la guerra en aquellas provincias. Don Carlos y todos sus generales acogieron esta idea, y el joven Grande continuó diciendo que el plan que acababa de exponer no era precisamente para aquellos momentos, pues antes de ponerle en práctica era necesario quebrantar lo primero y á todo trance la moral del enemigo que, con el avance casi sin resistencia hasta el corazón de su territorio, y con lo que llamaba dispersión de los carlistas, se había envalentonado; que se levantara el espíritu de aquellos y se abatiera el del enemigo, no dándole punto de reposo hasta hacerle abandonar el terreno que había ocupado.

Para la realización de todo esto proponía que, con la división de Vizcaya y las demás fuerzas que se pudieran reunir, se atacara uno de los flancos del ejército de Quesada con el ímpetu que en otras ocasiones se había hecho, teniendo el íntimo convencimiento de que una acometida brusca en aquellas circunstancias produciría grandes resultados, porque se conseguiría una victoria parecida á la de Lácar, y con ella las consecuencias consiguientes, necesitándose á la sazón más energía y actividad en todos.

Argonz preguntó en qué se fundaba para que se atacase á Quesada y no á Martínez Campos, y contestó que hacía falta conseguir una victoria, presagio de mayores glorias, y había que evitar que Moriones, protegido por Quesada, pasara á libertar á Mar-

tínez Campos, lo cual debía ser el objetivo de los carlistas, porque en la difícil situación en que se encontraba aquel jefe liberal, no le quedaba otra solución que la expuesta por Cervero, entrar derrotado en Francia ó capitular, pues que con las fuerzas que le rodeaban ni podía avanzar ni retroceder, siendo comprometidísima su situación militar, bajo todos conceptos. «En una palabra, Martínez Campos está asegurado, llevándose á cabo el plan que he propuesto.»

Aprobada por todos la idea expuesta por el inferior á ellos en categoría, no en conocimientos, manifestó don Carlos que se discutiese cuál de los flancos de Quesada estaba en mejores condiciones para atacarle; y con el mapa á la vista se creyó más conveniente atacar el flanco derecho que se apoyaba en Mondragon y Oñate, que el izquierdo, que lo estaba en Garate, por presentar aquel menos resistencia y considerar más fácil su derrota, proporcionando esta el poderse colocar los carlistas á retaguardia del ejército de Quesada. Del exámen que se hizo de las fuerzas con que se contaba, y de las que en el acto se llamaron, cuarto y quinto de Castilla que estaban en el Baztan, y otras de Guipúzcoa, constituían un total de 10.000 infantes, 160 caballos y 14 piezas de montaña. Se nombraron los generales y brigadieres que habían de mandar, se determinaron los puntos por donde se había de operar, y en la designación de los caminos lució Argonz sus profundos conocimientos topográficos. A las cuatro y media de la mañana terminó el consejo, quedando el jefe de E. M. G. encargado de arreglar con don

Carlos todo lo que fuese necesario para el buen éxito de las operaciones que iban á practicarse.

Al día siguiente, 18, se iba haciendo ya imposible la realización del anterior plan. Del batallón de Munguía desertaban los soldados con armas y municiones, y se notaban síntomas de descontento en los que quedaban: desertaban también de la primera compañía de guías, y las noticias que se recibían de Navarra llenaron de confusión y sobresalto, ordenando Caserta desde Villafranca en la madrugada del 19 á Carasa, que marchase á Vidania á las órdenes de Echevarri el batallón de Munguía, para cubrir aquel alto; que Caveró corriese al Baztan con los batallones de Arratia, Cántabros, Asturianos, tercero de Alava y compañías de ingenieros de Alava, quedando á las órdenes de Carasa las fuerzas restantes y las partidas del coronel Solana, quien con otras fuerzas debía operar en Cegama, San Adrian y sobre Oñate; y se prevenía á aquel jefe de Vizcaya, colocase un batallón en Astigarra y otro en Ormaiztegui, á sus órdenes, para acudir á donde hiciese falta, pues su objeto principal era impedir que el liberal pasara á Tolosa y cubriera la carretera de Lecumberri.

Absorto Carasa ante una determinación que contrariaba completamente lo acordado en el consejo, fué llamado á Villafranca, y allí le dijeron que Martínez Campos aprovechando la salida de los batallones cuarto y quinto de Castilla, había roto por el punto que estos ocupaban, y no había sido cubierto, no obstante las órdenes de don Car-

los, por lo que se hacía necesaria la marcha rápida sobre el Baztan con fuerzas bastantes para ver de atajar en su avance á los liberales é impedirles llegar á Vera. Dejáronse algunas instrucciones á Carasa y corrieron á Navarra Caserta, Caveró y Brea, regresando al Baztan el cuarto y quinto de Castilla que acababa de llegar á Villafranca la noche anterior, marchando también los Cántabros.

Carasa quedó abatido: en vano trató de infundir en sus soldados el espíritu que á él le faltaba, y como se sucedían sin interrupción las noticias más tristes para la causa que defendían, se tomaron algunas medidas para que no se hicieran del dominio público, lo cual era poco menos que imposible; aumentaban las deserciones y se expidió un orden general para castigar con todo el rigor de la ordenanza las murmuraciones y conversaciones que trataran de introducir desconfianza en la tropa ó de quebrantar su espíritu, facultando á los jefes para fusilar en el acto, previo consejo de guerra verbal, al desertor que prendiesen.

Los señores Ugarte y Linares habían acudido á Ormaiztegui, donde estaba Carasa: se reunieron á las dos de la tarde del 20 con Lazuriaga y otros para obrar según las circunstancias; avisó Echevarri que el comandante general de Guipúzcoa se había visto obligado á retirarse, abandonando el campo al enemigo; participó Iturzaeta que los liberales avanzaban sobre la Barranca, y marcharon todos á Villafranca, donde se alojaron á las cinco de la tarde, sabiendo que don Alfonso, al frente del ejército, avanza-

ba hácia Tolosa. A las siete de la noche se recibió una comunicación del jefe de Guipúzcoa manifestando que el enemigo le había obligado á retirarse y que sería probable que tuviera que abandonar la línea de San Sebastián, replegándose sobre su derecha.

Marchó en la tarde de este día don Carlos desde Tolosa al Baztan; al siguiente se dirigieron las fuerzas á Lecumberri, á donde se ordenó á Echevarri fuese, por haberle dejado aislado la retirada de los guipuzcoanos, y no poder sostener el ataque con los liberales que le abrumaban. Después de una penosa marcha por Amezqueta, Leaburu y Berástegui, llegaron al medio día del 22 á Leiza, donde estaba el comandante general de Guipúzcoa con sus fuerzas, lamentándose todos de la situación en que se hallaban, manifestándolo así al conde de Caserta y pidiéndole instrucciones; como no contestara, reiteró Rodríguez la comunicación (1). Cual si no

(1) Decíale: «Tengo el sentimiento de manifestar á V. A. que el quietismo de las fuerzas es sin duda explotado por algún malvado ó incauto, produciendo murmullos, que si hasta hoy he podido reprimir, acaso más tarde tuvieran fatales consecuencias, por lo que unido al general Carasa, aquí presente, le suplico conteste á dicho señor que acaba de remitir á V. A. duplicada comunicación, y dándole instrucciones pueda yo, con las fuerzas de mi mando, coadyuvarle á llevar á cabo cualquiera empresa que se le confie, puesto que, como de superior gerarquía y veterano de dotes reconocidas, conseguiría reanimar el espíritu de los 20 batallones que entre las fuerzas de ambos se reúnen, y acaso lograr sobreponerse, ó cuando menos hacernos temibles del enemigo, que enterado de nuestra actual posición y situación poco agradable al soldado por la escasez hasta de alimento, pudiera atreverse á buscarnos en terreno y momentos poco convenientes. Ruego, junto con dicho señor general Carasa, una pronta contestación y

fuera bastante crítica y terrible esta situación, se sublevaron el 23 los artilleros de la batería rodada que había en Lecumberri, matando al amo del meson, y no se les pudo reducir á la obediencia porque la fuerza de infantería les aplaudía. Propuso el jefe de Guipúzcoa la celebración de un consejo con todos los jefes, y se convocó para las ocho de la noche.

EL REY EN TOLOSA, HERNANI Y SAN SEBASTIAN
—NAVARRA—OPERACIONES DEL EJÉRCITO DE
LA DERECHA

XCV

Difícil, si no imposible, el sostenimiento de la línea carlista de San Sebastián, abandonaron los importantes puntos de Mendizorrotz y Arratsain (1), que ocuparon las tropas de Moriones el 18, según lo participó

terminantes instrucciones para operar, que es lo que desea, ó por lo menos evitaría que la tropa se ocupase de apreciar por sí misma nuestra situación».

Esta comunicación se transmitió á Lizarraga, por el mismo Rodríguez, para que si pasaban seis horas sin contestación, pudiera utilizar los servicios y fuerzas de Vizcaya y Guipúzcoa, y con las suyas pudiera prestar algún importante servicio en aquellas circunstancias, y les manifestara su situación á la vez que su intención respecto al deseo que les animaba para unir los esfuerzos de todos.

(1) A las dos de la mañana del 15 de Febrero se decía lo siguiente á la diputación carlista: «El jefe del cuarto militar ha ordenado se prepare la línea izquierda para el caso de tenerse que levantar, y ya el brigadier Vera me ha mandado los cañones gruesos, los fusiles giratorios con municiones, algunos colchones y mantas, todo de Mendizorrotz y Bordacho, esto es, su línea, y está puesto en wagones para llevarlo á esa al primer aviso».

en el mismo día al general en jefe del ejército (1); celebrándose este acontecimiento en San Sebastián con grandes demostraciones de alegría.

Avanzaron los liberales, sosteniendo algunas fuerzas de Loma un ligero combate en el monte Hernio, haciendo los carlistas derramar inútilmente alguna sangre, porque á nada conducía la defensa de aquella posición estando á su frente Loma con 20 batallones y Quesada en la carretera de Azpeitia á Tolosa, en cuya ciudad entró don Alfonso el 21, recibido con verdadero entusiasmo: su presencia era la paz tan anhelosamente deseada.

La división vizcaina batida en Elgueta, y la guipuzcoana, precisada á abandonar la línea del Oria, abandonaron también la provincia, y ocupó el ejército liberal sin dificultad á Tolosa.

Martinez de Campos, que había deseado penetrar pronto en Guipúzcoa, é impidiéronselo las nieves y la falta de aprovisionamiento y de calzado, consiguió, sin embargo, su primer objetivo, que fué la destrucción de las fábricas de Urdax y Vera, y ocupar á Dancharinea, privando á los carlistas de valiosos recursos.

Algunos batallones carlistas bajando el 10 por el camino de Velate, se posesionaron de las alturas próximas á Irurita, rompieron el fuego de cañon y de fusilería, y les hizo frente parte de la brigada Villamil; pero no era posible desalojarles de aquellas escalonadas

(1) Que lo anunció también en su orden general de aquel día en Vergara, y los demás triunfos obtenidos.

posiciones, aunque se les obligara á retirarse de las primeras.

El 17, desde Elizondo, telegrafó Martinez de Campos que mejorado el tiempo y recibido el calzado, avanzaría el 18 á Vera si la brigada Navascués podía favorecer el establecimiento de puentes en Enderlaza para pasar el Bidasoa; «si no, lo juzgo imposible, por ser invadeable y tener los carlistas minado el puente de Vera: reconocen este punto para ocuparlo ó no, segun convenga: para conservar aduana en Dancharinea dejo á Prendergast con seis batallones, porque aquella posición es malísima; si no paso pronto el Bidasoa, volveré sobre Velate, combinado con Primo, porque en Vera no puedo surtirme de víveres. Sin embargo, si V. E.—el ministro de la Guerra—opina otra cosa, sírvase decírmelo». No podía seguramente ser más grave el contenido de este parte, que evidenciaba la situación en que se hallaba aquel distinguido jefe liberal, y que aun pudo empeorarse.

Algunas compañías navarras, cayeron en este día 17 sin disparar un tiro sobre las fuerzas liberales que ocupaban el alto de Anzcue, sosteniendo un rudo y sangriento combate al arma blanca, y apoderándose de aquellas posiciones, con grandes pérdidas de unos y otros, contando los liberales entre los gravemente heridos al jóven y valiente jefe de E. M. señor Bollo y al comandante Fernandez. Los carlistas recogieron 137 fusiles Remington é hicieron 14 prisioneros. En la mañana del 18 atacaron las tropas de Martinez Campos á sus enemigos, aprovechando ocasión oportuna, por las tres Mu-

gas defendidas y Peñaplata, por cuatro batallones á las órdenes de su coronel, que se batieron bizarramente, dando y rechazando cargas á la bayoneta, hasta que cansados y quemado el último cartucho, después de doce horas de faego, se retiraron. Larumbe, que al principio del combate se encontraba en Narbate, no llegó á tiempo de impedir que los liberales ocupasen las tres Mugas y el alto del Centinela, quedando los carlistas en Echalar y alturas de las Palomeras, colocándose en la primera estribación del monte de este nombre cinco batallones, y Larumbe con el resto de la fuerza, en Echalar, pidiendo refuerzos á Pérula, que había ido á Estella, y regresó aquella noche á Santesteban.

Martínez de Campos telegrafió aquel día 18 desde el alto del Centinela que se había efectuado con pocas bajas el paso de los Pirineos y sostenido en el alto del Centinela un rudo combate, tomando sucesivamente todos los picos, excepto Peñaplata, «que no se podía atacar por no violar el territorio francés, habiendo tenido muchos heridos de arma blanca y de fuego de artillería. Hoy espero seguir combatiendo: no sé hasta dónde podré llegar. Como el combate terminó después de oscurecido, no sé las bajas, que han sido bastantes. He gastado mucha munición. Si puedo llegar al alto de Arechulegui con la vanguardia, lo haré (1)».

El combate del 18 había sido rudo y san-

(1) Y añadía en nota: «Diga V. S.—el cónsul en Bayona—también al comandante militar de Irún, que me tenga en aquel punto 600.000 cartuchos y raciones de galletas y etapa, y pienso para tres días para 15.000 hombres y 1.500 caballos».

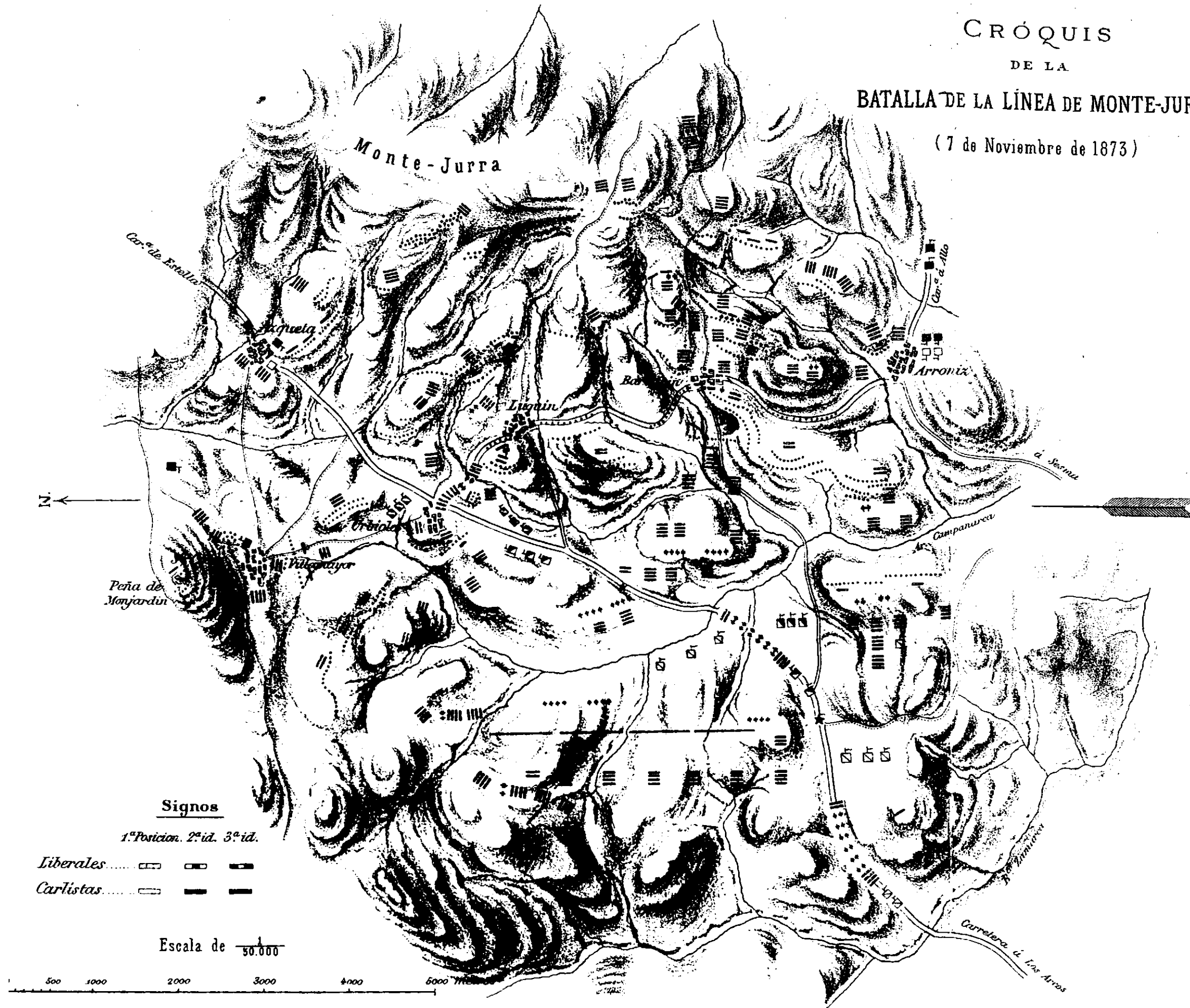
griente. El general Blanco en el punto que ocupaba, los brigadieres Villamil, Bargés y Acellana, los coroneles de casi todos los cuerpos que tomaron parte en tan penoso bregar por la naturaleza del terreno y tenaz resistencia de los carlistas, pelearon con heroísmo; y todo fué necesario para salvar aquella cañada de que se apoderaron Bargés y Aznar, defendida por los fuegos que desde Peñaplata hacían los enemigos. Y tomada esta segunda línea, aún hubo que pelear bravamente para conquistar la tercera, y lo consiguieron Blanco, Bargés y Acellana, ayudados por los jefes Ponzoa, Alvarez y Diaz de la Quintana: el general Negron, denodadamente secundado por Aznar, marchó hasta coronar las posiciones enemigas, guareciéndose sus defensores en los empinados altos de Peñaplata.

En aquel rudo bregar, el batallón de Cataluña, al ser rechazado la tercera vez cruzando las bayonetas con los carlistas, desplegó su bandera, y á pesar de haberle mandado Martínez de Campos retirarse, subió por cuarta vez á la inmensa loma, mandado por el teniente coronel Gasco.

Apoderado el general Blanco de las posiciones que rodean á Peñaplata, atacando á la bayoneta, se estableció en aquella elevada posición dominando el camino de Vera que facilitaba el avance de Martínez de Campos, esperando sus órdenes en Enderlaza la brigada Navascués.

En la mañana del 19, el general Gamir con la brigada Bonanza rompió el movimiento y el fuego, y á la media hora el batallón de Cuiá, que iba á vanguardia, tomó suce-

CRÓQUIS
DE LA
BATALLA DE LA LÍNEA DE MONTE-JURRA
(7 de Noviembre de 1873)



Signos
1.^o Posición. 2.^o id. 3.^o id.
Liberales □ □ □
Carlistas □ □ □

Escala de 50.000
500 1000 2000 3000 4000 5000

sivamente tres posiciones al enemigo, que se hallaba posesionado del alto de las Palomeras, apoyando su flanco izquierdo en Francia. A pesar de hallarse quebrantado de la batalla del día anterior, opuso seria resistencia: no se podía atacarlo más que de frente y por el flanco izquierdo; y era imposible hacerlo á media ladera, pues no se podía desplegar más que tres batallones contra los del enemigo. Tampoco se podía maniobrar ni casi hacer fuego sin entrar en territorio francés, y mandó Campos que los batallones de Arapiles y Barcelona, de la brigada Bargas, marchasen por el flanco izquierdo á envolver la posición, y que el brigadier Bonanza, cuando oyera fuego, avanzase rápidamente con dos batallones. El coronel Monleón y el teniente coronel Marcó á la cabeza del batallón de Cuba, en columna de ataque y seguido del de Manila, subieron rápidamente la pendiente y conquistaron aquellas posiciones, sufriendo los carlistas en su descenso bastantes bajas por los certeros fuegos de Arapiles y Cuba.

Pérola, desde Yaqui, ofició en este día 19 al conde de Caserta, que después de los victoriosos combates del 18 y 19, sostenidos principalmente por las fuerzas de Larumbe, «hubo de ceder el paso á Vera, por falta absoluta de munición Remington, no sin haber causado enormes bajas al enemigo. Para apoyar la retirada he empleado los batallones tercero y quinto de Navarra, únicos que por no usar armamento Remington tienen munición (1).»

(1) Y continuaba: «Las fuerzas del brigadier Larumbe consistían en segundo y primero de Navarra, que se

Con razón, decía después, que era un dolor ver el excelente espíritu de tanto valiente, y tanta sangre derramada, para sostener posiciones que había que ceder en los momentos precisos de sacar el fruto de tanto sacrificio; lo cual hacía decaer el ánimo de los voluntarios, tan animado hasta entonces en la confianza de tener municiones con que defenderse.

La fuerza de Peñaplata se defendió hasta consumir el último cartucho, y para salvarse, penetró en territorio francés, y volvió á incorporarse á su cuerpo. Los batallones alaveses se batieron mal, y desertaron bastantes.

La marcha á Vera no ofrecía ya dificultad alguna.

MONTEJURRA (1).

XCVI

Evidente el peligro de Estella, se insistió en recomendar su defensa, para lo cual, Pérola, como comandante general ordenaba el 9 la reconcentración de las fuerzas de que disponía el gobernador de la plaza, abando-

han batido heroicamente, Guías, segundo de Alava, tercero de Castilla y algunos compañías del segundo de la misma provincia: hemos tenido sensibles pérdidas, contándose entre ellas el teniente coronel don Javier Elío, muerto al frente del batallón de su mando segundo de Navarra, y herido el brigadier Larumbe, el teniente coronel Augusto, primer jefe del primero de Navarra, y varios oficiales y tropa, cuyo número calculo en más de 200.»

(1) Puede verse el croquis que va en el tomo II de esta obra, pág. 936, y el de las posiciones ofensivas del ejército de Maroto en 1838, pág. 1032, tomo II, HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL, tercera edición.

nando los demás puntos cuando la necesidad de atender á Estella lo exigiese. Pronto llegó este caso, y pidió Lizarraga refuerzos que aunque se deseaba enviarle, no se podía, porque en todas partes hacían falta, dado el sistema de cubrir todas las líneas.

El general Primo de Rivera, cuyo ideal y objetivo era Estella, entre los varios planes que formó decidióse por el ataque á Montejurra; dispuso las operaciones que habían de efectuar los generales Chacon y San Martín y los brigadieres Molins y Arias, para llamar á otros puntos la atención de los carlistas, á la vez que en la parte opuesta amagaba la guarnición de Logroño por los Arcos; que Tassara atacara resueltamente á Villatuerta y Arandigoyen, amenazando la línea meridional del Guirguillano; dos días antes hizo que la columna de la Ribera, reforzada, se moviese con los brigadieres Moreno del Villar y Molins, marchando éste y Cortijo á Lerin; formó cuatro columnas de ataque, debiendo ir Molins por la derecha á Allo para envolver por el mismo costado á Dicastillo, que debería tomar Cortijo por su izquierda, y correrse por Morentin y Muniain á darse la mano con Tassara y ponerse en contacto con Molins; Moreno del Villar había de tomar á Arroniz pasando á Arellano para proteger el movimiento de Cortijo; y por el mismo punto de Arroniz, debía dirigirse el brigadier Albornoz, no solo para apoyar á Moreno del Villar, sino para caer por la izquierda sobre los altos de Barbarin, asegurándose de la altura que le domina, debiendo todos atrincherarse y fortificarse en los pueblos conquistados.

Las fuerzas carlistas que los liberales tenían á su frente, mandadas por don Carlos Calderón, eran el primero de Navarra destrozado en Oteiza, el duodécimo de ídem, y en Arroniz cuatro compañías del quinto de Alava, que sumarían todas 1.600 hombres, cuatro piezas de montaña y un escuadrón que mandaba don Luis Ortigosa.

Al amanecer del 17 supo Calderón que acudían contra la línea de la Solana cuatro columnas, bajando otra á la vez de Esquinza, que rompió el fuego sobre Villatuerta. Calderón tenía orden de Lizarraga para que si le atacaban se plegase sobre Arellano, donde hay un bosque, para que fuera llevando á su enemigo á la parte más estrecha y prolongar allí su defensa. Empezó el ataque á las diez, y efectuó Calderón el anterior movimiento, retirándose por escalones, haciendo fuego, quedando á la tarde posesionado el liberal de la falda de Montejurra, de los pueblos en ella asentados, y del alto llamado de Monverde. En este combate habían tenido los liberales sobre 400 bajas y no muchas menos los carlistas.

La situación de éstos era sumamente crítica, y les quedaban pocas municiones (1); el fuerte que se había construído en Montejurra no estaba terminado y hasta carecía de provisiones, y para surtirse de agua sólo había una fuente que aquella noche quedó bajo el fuego de los liberales.

Lizarraga que ofreció mandar los refuerzos que pudiera durante la noche, envió

(1) Había dicho Lizarraga que tendría que cambiar el armamento, por quedar pocos cartuchos Remington en Estella y sólo haberlos Berdan reformado.

ocho compañías de diferentes batallones alaveses, mandadas por el barón de Sangarren.

Para animar un poco á su tropa y no se desmoralizase, intentó Calderón á las diez de la noche un ataque sobre Arellano con dos compañías, sorprendiendo y desalojando al enemigo, al que hizo nueve prisioneros.

Deseó Calderón recuperar Monverde, y recorrió su línea al amanecer el 18, pero comenzó inmediatamente el fuego por tres puntos á la vez: doce compañías alavesas que tenía Sangarren en unas zanjás, el primero de Navarra sobre Monverde, y Calderon con el duodécimo en el bosque sobre Arellano, sostuvieron el empuje de las columnas Moreno del Villar y Cortijo, cargando cinco veces á la bayoneta, y al verse completamente rodeados y abrumados por tantas fuerzas, y fatigada la gente de Calderon, se replegó detrás de las zanjás en que estaban los alaveses, que rompieron el fuego, las cuatro piezas de montaña y las dos que había en el fuerte, sosteniéndole á pesar del que sufrían de las baterías liberales que les enfilaban.

Peléase en toda la línea, toma también parte en la pelea el general Tassara, que se hallaba en Santa Bárbara de Oteiza y pasó el Ega, secundando á Molins, y avanzan los liberales con tal precisión y tal empuje, que se abatieron los carlistas al ver el terreno que perdían, y empezaron á despeñarse huyendo hácia Estella. Pudo reunir Calderon unos 400 hombres que dirigió hácia el foso que rodeaba el fuerte, y para poder efectuar con algun órden esta retirada, hizo cargar á la bayoneta á su jefe de E. M. don Ricardo

Suarep, con dos compañías que quedaban aún de la reserva; pero cayó aquel valiente atravesado el pecho de un balazo (1), retirándose sus fuerzas. Paró el fuego cosa de una hora; se rehicieron los liberales que por aquel lado acometían; marcharon en columnas hácia el frente por dos lados uniéndose las guerrillas de ambas columnas; los pocos carlistas que quedaron en el foso del fuerte rompieron el fuego y lo sostuvieron media hora; hasta que viéndose desbordados y que los liberales avanzaban, se apoderó de ellos el pánico y huyeron también hácia Estella, á pesar de los esfuerzos de Calderon, dejando á éste solo, herido, con su ayudante Henestrosa y los dos oficiales de artillería que había en el fuerte, los cuales se retiraron ante el avance de los enemigos. Arrojáronse estos sobre Calderon y Henestrosa, que debieron la vida á un teniente del batallón de Fígneras, cuyo nombre ignoramos, y que, como valiente, á la par que generoso, iba á la cabeza de la guerrilla, y les hizo prisioneros (2).

El triunfo de los liberales fué completo, si bien á costa de derramarse abundante sangre. Los carlistas tuvieron en todos estos días unas 600 bajas, que probaban la heroica resistencia de aquellas pocas fuerzas, y no fueron mucho menos las de los liberales.

Las posiciones de Montejurra, en cuyas

(1) Curó en Irache.

(2) Formadas las fuerzas que habían atacado, el brigadier Cortijo felicitó á Calderon por la defensa que este hizo, y le devolvió la espada y á su ayudante. También el general Primo de Rivera les felicitó y les dejó prisioneros bajo su palabra.

elevadas crestas anidan las águilas, eran de los liberales, que podían considerarse ya dueños de Estella, así como lo fueron después de Santa Bárbara de Mañeru y de Artazu.

ABANDONO DE ESTELLA

XCVII

Las rivalidades que había entre corporaciones y personas carlistas revestidas de autoridad, fueron descendiendo hasta donde la educación ni la política ocultan los sentimientos del corazón, y se manifiestan en lamentables explosiones. Existía á principios de Febrero tal descontento y desmoralización en algunas fuerzas de Navarra, que algunos pueblos de la provincia y cafés de Estella podían informar tristemente.

Aun perdida Santa Bárbara de Oteiza, esperaban los carlistas defender á Estella, confiando en las montañas que la rodean: seguía siendo aquella ciudad su mansión predilecta; allí continuaba su diputación y se celebraban consejos de guerra, como el que se efectuó para ver y fallar el proceso formado al barón de Sangarren (1).

Perdido Montejurra, era imposible la defensa y conservación de Estella, y el día antes, el 17, cuando se inició el ataque por la

(1) Y como el fiscal dijo que «le encontraba inocente é inculpable de los cargos que motivaron el proceso», por las razones que exponía, el consejo de guerra de oficiales generales, por unanimidad, aprobó esta petición fiscal, y dió sentencia absolutoria, que se leyó en la orden general de aquel ejército y se insertó en el *Cuartel Real*.

parte de Villatuerta, salieron los diputados á pié, para no alarmar á la población, á esperar en Ibiricu la resolución del problema planteado, trasladando la caja y documentos á Echarri Aranz, donde se reunieron después todos, llegando á poco la artillería y dos batallones al mando de Fontecha, y no en el mejor orden, pernoctando el 19 en Huarte Araquil.

En cuanto supo Lizarraga la pérdida de Montejurra, consultó á Caserta y convocó junta de generales para acordar lo más conveniente. Consultó también á don Carlos (1), recorrió las calles á caballo con su E. M., y aquella noche el alcalde don Francisco Beruete reunió al ayuntamiento, pues era llegado el caso que tenía previsto desde el 15 de Enero en que consultó á la diputación lo que le aconsejaba su deber en el caso de verse

(1) Que contestó: «En vista de tu último parte ó telegrama en que me dices que después de la toma de Montejurra no podrias hacer resistir á los fuertes más que uno ó dos días sin conseguir otro resultado que causar más ó menos bajas, y no queriendo yo que se derrame sangre inútilmente, y siendo mi voluntad la de reservar esos bravos voluntarios para próximos días de gloria en que los sacrificios puedan ser útiles á la causa que Dios me ha encomendado, dispongo, que retirando la artillería que sea posible, municiones y pertrechos de guerra, y preferentemente la munición de fusil de toda clase, é inutilizando todo lo que pudiera servir al enemigo, te dirijas con esas fuerzas á las montañas inmediatas, en donde podrás contener al enemigo mientras recibas las órdenes que por conducto del jefe de E. M. G. te comunicaré. Antes de abandonar momentáneamente mi buena y querida ciudad de Estella, dirigirás en mi nombre la palabra á esos admirables voluntarios que, como verdaderos hijos de los héroes de 1808, espero que sabrán responder pronto á este revés con nuevos y provechosos triunfos, y dirás también á esos inolvidables habitantes cuanto para ellos encierra mi corazón».

en peligro Estella: inspirándose en su deseo de velar por los intereses de la ciudad, se nombró una comisión que se acercó á Lizarraga para suplicarle no empeñase acción en la localidad; pero no fué recibida por aquél, y sabiendo que se disponía la retirada de las fuerzas, acordó el ayuntamiento oficiar al jefe liberal que si pensaba entrar en Estella el municipio saldría á recibirlo; así lo participó Beruete á Lerga, y después á Lizarraga, que aprobaron esta determinación, y el ayuntamiento todo aprobó el pensamiento de su alcalde.

La junta de generales y jefes acordó abandonar la plaza y fuertes, incluso el inaccesible Monjardin, y se ejecutó, disponiendo Lizarraga conservar la línea del Echauri y Mañeru, para lo que envió dos batallones á Irurzun. La retirada de Estella se efectuó sin apercibirse de ello los liberales, por lo que debió ser más ordenada de lo que fué.

La situación de Estella era terrible. «Los muchachos, escribe persona competente y no sospechosa de aquella ciudad, se entregaban al robo y al pillaje, excepto algunos de mejor condición que querían impedir los excesos y no podían: cerca de mi casa mataron á un artillero sin más d lito que oponerse á los desmanes de unos cuantos. Cundía el ejemplo; se robaba y saqueaba en cuadrilla, cuando felizmente llegó Pablo Portillo, con unos cuantos de su partida de la Solana; pintóle Beruete la situación del pueblo y la conducta de los voluntarios, y aquel valiente y noble partidario, recorre á caballo toda la población repartiendo mandobles y latigazos; devuelve á cada cual lo que recoge, custodia

la población hasta la entrada de las tropas, y cuando estas entraban por una puerta él salía por otra.»

Habiase enviado en tanto al general Primo de Rivera esta comunicación: «Excelentísimo señor: El ayuntamiento de esta ciudad tiene el honor de poner en conocimiento de V. E. que á las cinco de esta mañana ha sido evacuada esta población por las fuerzas carlistas que la guarnecían, no quedando al parecer del ayuntamiento más que alguno que otro rezagado que anda por las calles. Si V. E. dispone que las fuerzas de su digno mando pasen á ocupar esta ciudad, el ayuntamiento, con el testimonio de su conciencia de haber procurado inspirarse en el cumplimiento de los deberes que su cargo le imponía, tendrá mucha honra en cumplir hoy con lo que también le impone, saliendo á recibir á V. E. y á su valiente ejército con el objeto de ofrecerle su más respetuoso homenaje. El ayuntamiento ruega á V. E. se sirva mandar acusar recibo de la presente comunicación, para su satisfacción y del pueblo que representa.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Estella 19 de Febrero de 1876 (1).»

Primo de Rivera, que había preparado algunos morteros para bombardear la ciudad, cumpliendo las órdenes del gobierno de «que antes de entrar en Estella la hiciera sentir todo el rigor de la guerra», en cuanto recibió la anterior comunicación consideró una inhumanidad el cumplimiento de lo que

(1) Firman, Francisco Beruete, Justo Zorrilla, Florencio Saldias, Miguel García Herreros, José Antonio Barandiarán, Ventura Ibarlucea, Matías Dancausa.

se le mandaba, y contestó que haría su entrada al medio día: hizola Tassara con su división á las once de la mañana, salióle á recibir en las afueras de la puerta de San Nicolás el ayuntamiento, el clero y varios vecinos á ello invitados: el alcalde, que llevó la palabra, suplicó al general acogiera bajo su protección y amparo al vecindario y sus propiedades, al clero y á las religiosas de las comunidades; contestó Tassara que la tropa no cometería el menor desmán, siempre que por los vecinos se tratase bien al soldado; y en efecto, ni pudo ser más generoso el comportamiento del vecindario, ni más noble el del ejército, al que se había presentado como el mayor de los enemigos de la religión y de la sociedad.

A las tres de la tarde entró en Estella el general Primo al frente de una columna. Halláronse grandes almacenes y repuestos de todas clase; y sabiendo que la artillería de los fuertes de San Juan, Arandigoyen, Monte Muru, Leon, San Millan, etc., estaba despeñada en el barranco de Iranzu, dispuso el 23 verificar á toda costa la operación de sacarla, apoderándose de 25 cañones de distintos calibres y sistemas, y gran material de ingenieros. Obligó á los vecinos de la merindad á destruir las trincheras y fuertes, é inspirando completa confianza el digno comportamiento de los liberales, regresaron las familias emigradas, y se multiplicaron las presentaciones.

La pérdida de Estella desmoralizó á los carlistas. Cuando el oficial carlista, á quien Campos dió pase para proporcionar las medicinas que necesitaban los 300 heridos de

Lesaca, participó el suceso, produjo gran desaliento, y deplorables consecuencias para los carlistas, aglomerados en una pequeña extensión de territorio, desprovisto de víveres y de toda clase de recursos, permitiendo Martínez Campos el pase de comisionados á Francia. Mucho influyó el estado de los carlistas en la pérdida de Enderlaza.

FUERZAS DE LA LÍNEA DE ESTELLA
LA DIPUTACIÓN NAVARRA—DESORDEN—CONSEJO
TUMULTUOSO EN LEIZA—DESMORONAMIENTO
DE LOS CARLISTAS

XCVIII

En la confianza de que se defendería Estella, envió Boét cuantas fuerzas pudo, hasta el punto de dejar en guerrilla su línea, si bien no peligraba entonces; pero como los sucesos se precipitaban, quería saber á qué atenerse; envió á Lizarraga más de 30 comunicaciones urgentes, sin obtener la menor contestación, y sólo recibió después un oficio extravagante pidiéndole municiones de sus depósitos, cuando ninguno de éstos existía.

Lizarraga marchó á Salinas de Oro el 19, siguiendo á Ollo (1); devolvió á Boét sus fuerzas, encargándole sostuviera á todo tran-

(1) Desde aquí dió cuenta de su salida de Estella á las cinco de la mañana, haciendo marchar el inmenso convoy de artillería por la carretera de Abarzuza, y acompañado de Fontecha se dirigiese por Lizarraga á la Barranca, y Lizarraga con Lerga y Alemany, cuatro batallones, varias compañías, una sección de artillería de montaña y un escuadrón á Salinas de Oro.

Creiendo inconveniente el sostenimiento del fuerte Santa Bárbara de Mañeru, ordenó su destrucción y concentración de las fuerzas que lo defendían.

ce su línea, y que si se viese envuelto por la parte de Abarzuza, se dirigiese con toda su gente á Arguiñariz, bajando á Valde-Echauri en dirección al puente de Anoz. El comendó después á Lerga se encargase de las fuerzas que guarnecían la línea de Cirauqui para atender á la conservación de l. s Amezcuas, el paso de la Barranca y la parte de Echauri, tomando al efecto el mando de las brigadas Fontecha y Boét, y fué Lizarraga al valle de Ulzama con tres batallones (1), la artillería de montaña y un escuadrón, con ánimo de seguir á Santesteban (2).

Procediendo Boét con loable actividad, pedía instrucciones; no podía dárselas Pérula por la carencia de cartuchos; le recomendó, sin embargo, reconcentrase las fuerzas que pudiera recoger, y oyendo á Mendoza, muy práctico en el terreno, operase desde Echauri á Valde Goñi y Santa Cruz de Campezu, cuidando siempre de salvar su gente; y le añadía: «Comprenderá usted lo difícil de las circunstancias y la imposibilidad de remediar lo que sucede por ser ya tarde (3)». Empeoraban aquellas las divisiones de los mismos jefes. Inlispuestos Pérula y Lizarraga, éste oficiaba á aquél: «saldré maña-

(1) Quedaron descalzos los tres batallones, y ordenó Lizarraga se proveyesen en los pueblos de lo que encontraran, y en la forma que pudieran.

(2) Lerga le oficia el 21 desde Salinas que iba á verse en situación comprometidísima, precisando su retirada, que no podía ser á otra parte que á la Ulzama, deseando se cubriera el puerto de Velate para ir á la regata de Zubiri, único trayecto que dice podrían recorrer para salvarse. En este mismo día retrocedió á Ulzurrun, para proseguir á Irurzun

(3) Santesteban 21 de Febrero de 1876.

na para Lecumberri, si S. A. no me ordena otra cosa, que es la autoridad que me ha de dar órdenes, según la soberana voluntad comunicada por telegrama del 19 de los corrientes.» A virtud de este párrafo dimitió Pérula el mando que ejercía; mas no se le admitió la dimisión; ordenó á Lizarraga se situase en Lecumberri, y lejos de obedecer fué á Zubiri situando el primero de Alava con una sección de artillería en Etulain y Esain, el duodécimo en Larrasoaña y Urdaniz, seis compañías en Agorreta, y la caballería en Espinal y Burguete, oficiándolo así á aquel comandante general.

La diputación navarra que había llegado el 20 á Lecumberri, cuya población era el refugio de todos (1), asistió á la conferencia celebrada al día siguiente en Beteu, en la que reinó completa armonía entre las diputaciones allí reunidas, y como todavía era excelente el espíritu de los batallones que había en Navarra, y corrió entre ellos el rumor de que los diputados deseaban transigir, comenzaron terribles amenazas, y las diputaciones se separaron tristemente impresionadas. La de Navarra fué á Aldaz, de donde salió á poco en vista de los desórdenes que allí ocasionaron víctimas, dirigiéndose por caminos extraviados á la solitaria ferrería de Aizarroz; para entregar la caja de los fondos á don Carlos, comisionaron á los señores Juanmartiñena y Jaurrieta, siguiendo después á Valcárlos; cerca de la ferrería de Donamaria, encontraron los portadores de la

(1) Y tanto, que no pudiéndose alojar bien los diputados, se fueron á dormir á Aldaz, á casa de su compañero el señor Juanmartiñena.

caja á don Carlos, que afectado les mandó entenderse con Lizarraga allí presente; la entregaron en Santesteban al que éste les encomendó (1) y procuraron con no pocos trabajos (2) ganar la frontera, a-oderándose antes del bagaje algunos sargentos, rescatándole los asistentes por ir en él la comida.

La anarquía, en tanto, era grande; quejábanse algunos jefes inferiores de no recibir orden ni instrucción alguna, y Boét dirigió desde Irurzun el 22 una exposición á don

(1) Antes don Julian Echevarri entregó al señor Dubrog 36.000 reales y á otros diferentes sumas de que dió cuenta á la diputación en oficio fechado en Vera el 17 de Febrero del 76.

El 19 entregó en Echari-Aranaz el tesorero don Javier Urtásun á don Ceferino Aldía los fondos existentes en caja, que ascendían á 342.052 reales 75 céntimos; mas 13.522 reales del juzgado de Estella, especificando el acta que tenemos á la vista la clase de monedas de oro, plata y cobre.

En sesión celebrada el 20, acordó la diputación ocultar en manos de persona de confianza toda la plata existente en sus casas, que ascendía á unos 11 000 duros, y la recibió don Lorenzo Ollacarizqueta, y el oro sobre 7.000 pesos se confió á don Leon Petrirena. Los fondos que entregó la diputación el 24 en Santesteban, segun recibo del comisario de guerra don Ramon Murillo, ascendían á 263.000 reales.

En escrito fechado en Bayona el 18 de Mayo de 1876 y firmado por los señores Fernandez, Urrea, Zabala, Jaurrieta y Juanmartiñena, presentan exacta y detallada cuenta de la inversión de los fondos que habian manejado, acreditando así su honrada gestión.

(2) En Iragui, valle de Esteribar, hallándose alojados los diputados, un sargento Lavarro acompañado de otros y soldados, encaróse á uno de aquellos y dijo: «la culpa de todo la tiene la diputación; ella debía haber hecho un convenio, y en lugar de eso se escapa á Francia con el dinero que ha robado. El mayor pedazo que de todos sus individuos debía hacerse, había de ser como un real de vellón.»

Inesperadas intervenciones conjuraron este peligro.

Carlos, lamentándose del desorden que reinaba, por el proceder y aturdimiento de muchos jefes de graduación; que, aunque abandonado en su línea, lejos de retroceder, avanzó sus posiciones hasta Abarzuza, á donde esperó la llegada de Lerga, y pedía una resolución, un plan, instrucciones para que no cundiera el desaliento, no sólo en los voluntarios, que eran el reflejo de lo que veían, sino entre los generales y jefes, pues no se notaba más plan que el de irse acercando á la frontera.

Don Carlos, calurosamente victoreado en las revistas que pasaba á sus tropas, se trasladó de Guipúzcoa á Navarra con Caserta; fué á Erasun y Zubieta; se escalonaron el 20 por la carretera de Pamplona los batallones castellanos y navarros, dándose la mano con los procedentes de Estella que llevaba Lizarraga, que desde Arraiz mandó algunas fuerzas á Zubiri para sostener la única parte de la frontera que quedaba libre á los carlistas; y cuando supo que algunos batallones navarros empezaban á desertar, mandólos á Almandoz, y Pérula los hizo retroceder á Olagüe.

Aumentan las deserciones, cunde el abatimiento en todos; si era lamentable el estado de los carlistas navarros, no lo era menos el de los vizcainos y guipuzcoanos (1), lo que hacía imposible el cumplimiento de algunas órdenes que recomendaban resistir, y se apresuró la celebración del consejo en la noche del 23 en el alojamiento de Carasa, con asistencia de los jefes de ambas divisiones y los

(1) A los tercios movilizados hubo que enviarlos á sus casas.

brigadieres Echevarri, Iturzaeta y Rodríguez Vera. Expuso Carasa el mal estado de las tropas y lo difícil de las circunstancias que se atravesaban, y no queriendo asumir la responsabilidad de los gravísimos sucesos que se presentaban, les reunía para que vieran si era posible continuar ó no la guerra. El comandante general de Guipúzcoa procuró atenuar el mal efecto que causaron las anteriores frases; sometió á discusión el partido y resolución que debía adoptarse con urgencia, en vista de que el jefe de E. M. G. no había dado orden ni instrucción alguna, del mal espíritu de las tropas, de las noticias que se recibían de Navarra y de la falta de elementos, amen de no contarse con la ciega obediencia del soldado, cuya demoralización cun tía. Entonces el señor Escauriaza, jefe del batallón de Somorrostro, presentó sin rodeos la situación que se atravesaba, diciendo que se había llegado al último momento de la guerra, y no quedaba más recurso que presentarse al enemigo ó huir á Francia, si esto se podía, porque el intentar lo acaso costara la vida. Protestan unos de tales palabras, pretenden hablar otros, ármase gran confusión, procura Carasa restablecer el orden, y que se escuche la opinión de todos para hacer lo que acuerde la mayoría, y prosigue el señor Escauriaza, diciendo que no le intimidan voces ni protestas, teniendo la convicción de que todos pensaban como él, aunque les faltaba el valor de declararlo; le interrumpen nuevas protestas; grita hasta hacerse oír, y añade que tiene el deber de salvar los fueros de su país, ya que la causa moría, y que no debía

abandonarse el enemigo, que le impondría la ley del vencedor, que había derramado gustoso su sangre por el rey, el trono y por el altar; pero ahora tenía otros sagrados deberes hácia el país y sus voluntarios, que no los abandonaría, y propuso que aquella misma noche saliera una comisión compuesta de los jefes de ambas divisiones con facultades amplias para tratar con el general Quesada en Tolosa de un arreglo que pusiera fin á la guerra.

Nuevas protestas; el coronel Solana niega autoridad á la junta, y considera como una rebeldía la discusión de lo propuesto y como altamente criminal y deshonesto el discurso del señor Escauriaza, prefiriendo morir gastando el último cartucho á entrar en pactos con el enemigo. Aprueban unos, murmuran otros, pregúntale Carasa si tenía confianza en sus castellanos, y contesta afirmativamente: se emiten varias ideas sin aceptarse ninguna; pregunta el comandante general de Guipúzcoa á los jefes de los cuerpos si confiaban en sus batallones para combatir, respondiendo la mayoría negativamente, y se acordó, por último, dirigir á don Carlos una comunicacion dándole cuenta de la junta y del estado de las divisiones, nombrando dos jefes para que la llevaran (1).

(1) Redactóla don Leocicio González Grande, la firmó Carasa, y la llevaron al amanecer del 24 el coronel Sarasola y el cura de Orio.

Carasa había participado con fecha 23 la celebracion de la junta en la que dijo le expusieron la imposibilidad de racionarse en los pueblos que ocupaban los batallones. la escasez de municiones y dificultad de reemplazarlas, las continuas deserciones y la escasez de calzado y la dificultad de adquirirlo.

La sublevación por la mañana de un batallón guipuzcoano gritando ¡muera los traidores! ¡nos han vendido! obligó á Carasa á salir de Leiza con su E. M. y escolta, sufriendo los insultos de los sublevados y varios tiros, marchando á Lecumberri donde encontró la artillería y batallón de Guernica en mal espíritu, y á Lerga, que marchaban á Santesteban diciendo: «esto ha concluido.» Llegó á poco el comandante general de Guipúzcoa y otros huyendo de Leiza, debiendo su salvación á la velocidad de sus caballos; cundieron las deserciones en el batallón de Munguía y en otros vizcaínos; se trató en consejo de seguir todos á Santesteban, opinando otros por mandar emisarios á Quesada para la entrega de la división con condiciones; algunos propusieron volverse á Vizcaya; Carasa ofreciendo el mando de la división al que quisiera tomarlo, se inclinó á dejar al soldado en libertad de irse á donde quisiera, y después de dos horas de discusión nada se acordó en definitiva.

Algunos jefes ya no querían volver á sus batallones; el cura Rebollar, Escauriza y otros propusieron á Grande tomara el mando, y proclamando paz y fueros le seguirían todos; contestóles que ya era tarde; dió este grito el batallón de Somorrostro y las compañías de guías, en Lecumberri; sublevóse sin querer seguir á sus jefes el batallón de Guernica; el de Orduña pretendió en Beruete matar á Carasa, cuyo alojamiento allanó; se les tranquilizó algún tanto con la promesa de guiarlos á Vizcaya, donde deseaban ir; se puso Carasa y su E. M. y escolta á la cabeza del batallón, pero á los po-

cos momentos se adelantaron hasta perderle de vista y regresaron al pueblo por otro camino.

Lerga oficiaba el 23 desde Iraizoz participando algunos movimientos de sus fuerzas y el mal espíritu del ejército, contándose las deserciones diarias por centenares, y que los que se desertaban á la voz de que ya no hay generales, «roban, insultan y atropellan, y no solo esto, sino que en la armería de Baquedano hubo que sostener el fuego contra alguno de estos grupos, resultando muertos y heridos; sin que pueda mandar auxilio alguno al brigadier director que me lo reclama;» que los soldados se hallaban descalzos, por haber sido presa los depósitos de paisanos y desertores; que no tenían municiones, ni se había podido salvar la máquina, y dimitía el mando. Desde Erro decía el 24 á Boét que había visto y con extrañeza desalojado los pueblos de la regata de Zubiri y valle de Erro, á cuyos puntos deseaba afluyese con fuerzas, y si avanzase el enemigo se retirase á Eugui, pues su objeto era salvar sus tropas; el 25, desde Burguete, dispuso también Pérula la misma retirada á Eugui, y en este día Lizarraga, que había reemplazado á Caserta en el mando, ordenó desde Esain á Boét que al amanecer siguiente marchara con sus fuerzas para la regata de Zubiri.

Al encargarse Lizarraga del mando, dió el de la división de Vizcaya al marqués de Valde-Espina y el de la de Guipúzcoa á Egaña, creyéndoles con autoridad suficiente para reducir á la obediencia á vizcaínos y guipuzcoanos, y lo que consiguió fué sacrificar al segundo. Fontecha reemplazó á Ugarte en

la comandancia de Alava, y se recomendó á los comandantes generales la creación de partidas que operasen en sus respectivas provincias, colocándose á retaguardia de los liberales. Ya era tarde para efectuar este proyecto concebido por Fortun y Argonz en Erasuñ, y presentado por el segundo á don Carlos, que le sometió á una junta de generales, la cual no le creyó conveniente.

No podía ménos de comprender Lizarraga la situación que se atravesaba; aconsejó á don Carlos tomase el camino de la frontera para resistir á su amparo, si aún se podía, ó entrar sino en Francia, y el 24 salió aquel señor de Santesteban, atravesó el puerto de Velate, y en medio de las delirantes aclamaciones de los castellanos, sus más leales y consecuentes defensores y no los ménos bravos, fué á Olagüe. Allí tuvo también la gran satisfacción de encontrar otra brigada leal y bien dirigida, la valenciana de Boét, cuya disciplina era excelente.

La deserción de los navarros era hasta por batallones, sin que ni Pérula ni ningún jefe tuviera el suficiente prestigio para contenerlos; llamóles don Carlos el 21 á Vizcarret para pedirles cuenta de lo que ocurría, pero ya era tarde para usar de rigor, y siguió don Carlos á Burguete.

PROYECTOS DE CONVENIO. —ÚLTIMAS OPERACIONES. —ENTRADA DE DON CARLOS EN FRANCIA

XCIX

La palabra traición circulaba entre los voluntarios, sin hecho concreto que la justificara (1); lo que había de cierto era el deseo de muchos de ajustar cualquiera clase de convenio que salvara los fueros. En una junta reservada de las cuatro provincias, convinieron delegar á los diputados de Navarra, para conseguir de Pérula se pusiera al frente de un movimiento que impulsara á don Carlos á hacer la paz salvando los fueros; Pérula se negó, y propuso por último que las Diputaciones marcharan á Francia, dejando huérfanas las provincias y al ejército, y él obraría entonces; como era de esperar, se negaron á esto.

La síntesis de la proposición de convenio porque tanto trabajó Argonz, era preguntar al general Martínez Campos, «si en el caso de que S. M. por conveniencia propia tratara de entrar en Francia, y en su vista el ejército del Norte, por evitar derramamiento de sangre pretendiera deponer las armas, ¿cuáles eran las garantías que el Gobierno ofrecería?»

Escribió Argonz á Pérula para que contu-

(1) Estando Pérula en Santa Cruz de Campezu en casa del vicario don Andrés llegó un conde francés, comisionado del comité legitimista de París, á preguntarle por el verdadero estado de la guerra, considerándose más verídicas sus noticias que las de las Diputaciones; y á la vez un propio de Pamplona le entregó una carta de don Isidro Vitoria en nombre de don Nazario Carriquiri, reiterándole sus proposiciones para hacer la paz, secundando las reiteradas gestiones sobre lo propio del Marqués de Heredia Spínola, y contestó en la misma carta y á la vista del comisionado francés, que lo escribió, lo siguiente: «No poseo más bienes de fortuna que mi honra. La mancha de infamia jamás cubrirá mi frente. Sangre navarra de este pueblo de héroes corre por mis venas. ¿Puedo ser traidor? Bendiga Dios al indicado para hacer la paz, uniéndonos todos como hermanos.—Pérula.»

viera la deserción y se sostuvieran con las armas en la mano para tener derecho á mayores concesiones, mas nada podía ya Péru-la. Fortun se regó á todo convenio, que consideraba deshonoroso, y un extranjero, monsieur Laborde, se permitió dar á don Carlos consejos poco convenientes, aunque tan belicosos, que no pudo menos Fortun de contestarle que, si tuviera sangre francesa, tambien aconsejaría sacrificar á los españoles.

Con la posesión de Peñaplata coronaba fácilmente Martínez de Campos su atrevida y afortunada operación. Navascués se adelantó hasta una legua de la posición de Endarlaza; la brigada Bargés pasó por el vado del puente de San Miguel para desalojar á los carlistas de algunas lomas, corriéndose para ponerse en combinación con la brigada Acellana que vadeó el rio, con agua á la cintura, hácia Endarlaza, y púsose en contacto con la brigada Navascués procedente de la parte de Irun.

Nada impedía que el ejército de la derecha dominara, no sólo las alturas de Endarlaza, sino cuantas estaban á su vista, y ya vió aquel jefe, que no había las dificultades que creía encontrar, pudiéndose cerrar la frontera desde Irun (1) hasta cerca de los Alduides, y ocupar cuantas posiciones quisieran ambos cuerpos del ejército liberal, pues lejos de

(1) Así dijo en cifra el 19 desde Vera al cónsul de España en Bayona: «Si mañana desde Irun no doy á V. S. parte de haber forzado el paso del Bidasoa, por la noche precisamente me enviará V. S. á la frontera francesa á la parte de Vera, 30.000 raciones de galleta, igual número de etapa, 3.000 de cebada ó avena, cueste lo que cueste, ajustando desde luego los trasportes y dándoles una prima si no se hace uso de ellos.»

hallar enemigos que se les opusieran, se presentaban á indulto por grupos, por compañías y áun por batallones.

Los carlistas, como hemos visto, habían empezado á descomponerse de una manera tan imprevista como acelerada, y no era fácil seguramente que el consejo de generales presidido en Tolosa por S. M. el 21, pudiera acordar operaciones á virtud de la marcha definida y plan del enemigo, porque no tenía ninguno.

La presencia de Martínez en Tolosa sorprendió, porque no creían hubiese podido llegar hasta allí sin caer en poder del enemigo, y no agradó á Quesada que aquella ida supusiera el triunfo del ejército de la derecha. En el consejo celebrado ante el rey, manifestó Martínez Campos que habiendo quedado Primo de Rivera con 18 batallones para cuidar de Pamplona y atacar al carlista, no podía abandonarle, considerando esta operación de tanta importancia, que si se retardaba ó el emprender las que contribuirían al mismo fin, protestaría por escrito: comprendía perfectamente que no se podía perder un día, dada la situación porque atravesaban los enemigos. El no ser el consejo de este parecer, produjo tal enfado en Martínez Campos, que ni aun trató de disimularlo delante del rey, diciéndole éste al fin que podía marchar, y corrió el general á Dos Hermanas, chocando con los carlistas en Berástegui. Suspendido el fuego apenas empezado, se presentaron al general comisionados carlistas para saber las condiciones que se exigían para terminar la guerra, contestó que ninguna, y proclamaron la paz dos batallones que envió intactos á



J. Alaminos

DESPEDIDA DE DON CARLOS AL ABANDONAR EL TERRITORIO ESPAÑOL

© Biblioteca Nacional de España

Lit. - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

Tolosa, como la más evidente demostración de su afán porque se continuaran sin descanso unas operaciones que no podían menos de ser las últimas de la guerra.

El modo de tratar Martínez Campos á los presentados, contribuyó á que solo á él quisieran hacerlo.

El rey fué el 22 á San Sebastián, recibido con arcos de triunfo y aclamaciones, y el 24 regresó á Tolosa, donde se efectuaron las presentaciones carlistas procedentes de las fuerzas que pretendieron disputar el paso á Martínez Campos y no consiguieron los oficiales que los soldados hicieron fuego: en su marcha á Pamplona se acogieron á indulto hasta nueve batallones, además de compañías sueltas y muchos grupos dando cuenta todos los jefes liberales de numerosas presentaciones.

Marchó el rey por Alsásua á Pamplona, recogiendo en el trayecto cañones y pertrechos de guerra abandonados; y don Carlos, que había ido el 26 á Burgueta, no muy activamente perseguido, y teniendo aquella noche el sentimiento de ver que la artillería concentrada en Roncesvalles se deshacía insubordinada, acompañado de los batallones castellanos, tan unidos, y tan leales y tan resueltos como siempre, modelo de heroísmo en los combates y de sufrimiento en las privaciones, fué el 27 á Valcárcos, y ya en la frontera de Francia, y mientras Lizarraga pedía hospitalidad (1), reunió aquellos fieles

(1) «Valcárcos 27 de Febrero de 1876.—Al general que manda la división en Bayona.—Vencido por la fortuna adversa, S. M. el rey Carlos VII, mi augusto amo, ha resuelto no prolongar más una lucha que haría pade-

y valerosos restos de su ejército (1) y con voz conmovida les dió las gracias y admiró su lealtad constante. Las aclamaciones de aquellos castellanos se ahogaban en sus lágrimas: preferían batirse y morir á dejar las armas y despatriarse.

Decretó aquel día don Carlos una medalla á los que le habían sido leales hasta lo último, y queriendo aún darles el postrer adios, formaron todas las fuerzas en la carretera de Valcárcos al puente de Arneguy, límite del territorio español: los víctores y aclamaciones ahogaban los sonidos de las trompetas y clarines que tocaban la marcha real; conmovióse profundamente don Carlos; la pena y amargura que revelaban su semblante se comunicaron eléctricamente á todos, y cuando pisó el suelo extranjero y dió el adiós á España (2), el dolor embargaba la acción de unos, la desesperación hacía á otros romper las espadas y arrojar los fusiles;

cer á España sin provecho para su causa, y pide á la Francia su generosa hospitalidad. De orden de S. M. tengo el honor de informaros que el rey, escoltado por algunas tropas leales, atravesará la frontera por el puente de Arneguy mañana á las nueve de la mañana. Recibid, señor general, la seguridad de mi alta consideración.—El general jefe de E. M. G.—Firmado.—Antonio Lizarraga.»

(1) Eran seis batallones de Castilla, dos de Cantabria, uno de Asturias y tres de Valencia, cadetes, guías del Rey, escuadrón de guardias á caballo, el de húsares de Arlaban, la caballería de Castilla, el regimiento de Borbon y seis baterías Plasencia y Witwort. Entraron con don Carlos en Francia sus jefes don Máximo del Pino y Gomez, don Juan Perez Nájera, don Alejandro Atienza, don Rodrigo Medina, don José María Berenguer, y don Victoriano María Martín.

(2) En fama que reponiéndose, enérgico, exclamó: ¡volveré, volveré!

los franceses contemplaban absortos aquella escena de lealtad y firmeza, y se asombraron al ver desfilan silenciosamente aquellos miles de hombres que habían ayudado á sostener por espacio de cuatro años una lucha verdaderamente titánica.

Don Carlos fué recibido por el subprefecto Mr. Hértz, de grande uniforme, y las tropas francesas formadas, le tributaron honores régios. En Pau dió un manifiesto á los españoles y una alocución al ejército (1).

(1) Las siguientes: «Españoles: deseoso de contener hoy la efusión de sangre, he renunciado á continuar la lucha gloriosa, es cierto, pero por el momento estéril. Si me veo obligado á ceder á la fuerza de las circunstancias, ni mi corazón desmaya, ni se ha quebrantado mi fe, y conservo intactos mis derechos, que son los de la legitimidad en España.

«Ante la gran superioridad del número, y más aún ante los sufrimientos de mis fieles voluntarios, contra quienes todo se había conjurado, es para mí una necesidad volver el acero á la vaina. Siguiendo las tradiciones de mi familia, conoceré el camino del destierro, pero jamás podré prestarme á *convencios* deshonorosos y desleales, contrarios á la dignidad del que, como yo, tiene la conciencia de lo que significa y de lo que representa.

«Conoceis todos los sagrados principios que simboliza mi bandera sin mancha. En tanto que los sostenía con mano firme al frente de mis batallones, he visto caer al suelo la monarquía extranjera y la república, violentamente implantadas en la nación española, y aun cuando el éxito no haya coronado mis esfuerzos, no es esta una razón para que el poder de nuestros enemigos se arraigue, porque las obras de la revolución están destinadas á perecer por obra de la misma revolución.

«Mi bandera queda plegada hasta que Dios fije la hora suprema de la redención para la España católica y monárquica, que no puede menos de estar marcada en los designios de la Providencia después de tantos sacrificios. Hoy, como siempre, tengo fe en la obra de salvación á que esa Providencia me destina; hoy, como siem-

El general Blanco llegó á poco con su división á Valcárlos, empujando á los que emigraban, recogiendo á los rezagados y 25 cañones, armas y pertrechos, y la brigada Bargés quedó guardando los valles del Roncal y Salazar hasta la refundición de los

pre, estoy pronto á sacrificarme por mi patria, á la que amo con tanto amor, y á la que tanto debo.

»Vuestro rey, *Carlos*.

»Pau 1.º de Marzo de 1876.

«A mi ejército: Al pisar de nuevo el suelo extranjero y con el corazón todavía conmovido por vuestra desgraciada despedida, creo que mi primer deber es dirigir una palabra amiga á los que fueron mis compañeros de armas. Testigo de vuestro valor heroico en los días de triunfo y de vuestra abnegación más heroica, si cabe, en la hora de la adversidad, jamás podrá borrarse de mi alma el querido recuerdo de los que me fueron fieles hasta el último momento.

«Todas las hazañas que soñaba cuando en mi primera juventud y en la tierra de proscripción pensaba lo que podía hacer con vuestra ayuda, las habeis realizado. Monte Jurra, Somorrostro, Abarzuza, Urnieta, Lácara y tantos otros nombres ya ilustres, son otros tantos pasos que habeis dado en el camino de la gloria, y gloriosamente seguidos por vuestros hermanos de las demás provincias. Desprovistos de todo, vuestra constancia suplía á todo, y jamás al frente de vuestros adversarios habeis contado su número ni medido la desproporción de vuestros recursos para llegar á la victoria.

«Si fe tan valerosa y resignación tan noble han venido á quedar infructuosas, no os desanimeis.

«Fuertes como yo enfrente de la desgracia, y confiados en el Dios de los ejércitos, mostraos dignos del nombre que habeis adquirido, y esperad siempre en los destinos de una patria que entre sus más humildes hijos cuenta hombres como vosotros.

«Descendientes de aquellos antiguos españoles que á la sombra del altar y del trono ocupan tan alto lugar en la historia, será siempre para mí una gloria, que la desgracia no empequeñecerá jamás, haber estado á vuestro frente, así como hoy es mi mayor dolor el separarme de vosotros.

»Vuestro rey y general, *Carlos*.

»Pau 1.º de Marzo de 1876»

ejércitos de derecha é izquierda en el del Norte.

Pérula, sin otra orden del general en jefe que una fechada el 28 y recibida el 27, es decir, un día antes en Villanueva á las once de la mañana, comunicándole que don Carlos había marchado á Valcárcos donde quemaría el último cartucho, y previniéndole que los liberales tenían una fuerte columna en Pamplona y otra en Aóiz, ordenó, por saber que avanzaba el enemigo por Vigueral, la concentración hácia Orbaiceta y la frontera de todas las fuerzas navarras situadas en la Aezcoa, según había dispuesto Lizarraga, considerándolas muy diseminadas. A las ocho de la noche del citado día 27 llegaron los restos de los batallones cuarto y octavo á la primera borda francesa, y después Pérula con Yoldi, Lerga, Landa, Torrecilla y Pérez de Guzman, con lo que quedaba de los batallones primero, segundo, tercero, sexto, sétimo y duodécimo de Navarra.

En la madrugada del 28 solicitó la hospitalidad francesa para aquellas tropas, continuando la marcha hasta San Juan de Pié del Puerto, y el 29 todavía estaban entrando las últimas compañías del noveno y décimo y caballería, hostilizadas algunas de estas fuerzas por los naturales del país.

Terminada la guerra, se necesitaba consolidar la paz, base del bien público y de la riqueza; afianzar la libertad, como fuente de regeneración y de progreso, curando el bienestar público los males por la lucha causados, borrando la civilización el fanatismo en unos, la intransigencia en otros, y arraigando en el corazón de todos el santo amor á la

patria para que, amada como madre, nos consideremos todos como hermanos.

Háse visto la manera inesperada como concluyó la guerra, aun cuando no podía sorprender su terminación por las numerosas fuerzas que abrumaron á los carlistas. No dejaron de formarse planes de campaña, como no podía menos; pero si las circunstancias permitieron su exacto y completo desenvolvimiento, no todas las operaciones se sujetaron á un plan fijo. Quesada, sin embargo, atribuyó á sus *desvelos sin cuento* el fin de la guerra (1); y el general Martínez Campos, que vió con asombro la publicación en la *Gaceta*—20 de Abril de 1876—el parte del jefe del ejército de la izquierda, contestó de oficio al ministro de la Guerra, el 12 de Octubre desde Barcelona, antes de embarcarse para la Habana, entre otras cosas lo siguiente:

«Dice (Quesada) que el plan de campaña ha costado desvelos sin cuento al jefe. No lo dudo, pero habrá sido el suyo, no el mío, que lo he llevado á cabo sin conocimiento de

(1) Así lo consignó diciendo: «Antes de dar á V. R. cuenta detallada de las operaciones efectuadas hasta dar fin á la guerra, ha de serme permitido entrar en explicaciones sobre las bases que sirvieron para proyectar el plan de campaña llevado á ejecución con los resultados que son notorios ya que hoy día no hay causas que impidan darlas publicidad, á fin de que sirva de satisfacción á mis soldados, el saber que si han ofrecido sus vidas y su sangre en los combates con entusiasmo y contento, lo han hecho, no al acaso, sino como consecuencia forzosa de un plan que ha costado desvelos sin cuento al jefe puesto á su cabeza por la extrema bondad del gobierno de nuestro augusto general en jefe» y consigna como lo que habían hecho ambos ejércitos, estaba en el proyecto que formuló él ante el gobierno.

nadie contra la voluntad tácita ó explícita del general Quesada y estoy por afirmar la del gobierno...» y con *niego en absoluto, es inexacto* y con otras expresiones semejantes, expone sus pretensiones contra el general Quesada, y concluye diciendo: «He dejado pasar desapercibido el parte del general Quesada por no suscitar dificultades, pero si bien he dejado sin correctivo inexactitudes, ha sido en bien del país... y quiero que consten los hechos sin que haya necesidad de publicarlos en la *Gaceta* como pudiera tener derecho á exigir; pero sin que sean reservados».

LA POBLACIÓN—ALOCUCIÓN DEL REY EN SOMORROSTRO—ENTRADA DEL EJÉRCITO EN MADRID.

C

De patriados unos carlistas y presentados otros, terminado todo, aún quedaba en pie ostentando la bandera de don Carlos, el castillo de la Población, cuyo gobernador, don José María Montoya había oficiado al conde de Caserta (1) que se le ofrecían 25.000 duros por la entrega de aquel fuerte, previniéndole el lugar en que podría recibirlos, lo cual rechazó dignamente (2) y se sostuvo hasta el 2 de Marzo que se entregó como no podía

(1) En 14 de Febrero de 1876, cuyo oficio y original poseemos.

(2) Contestó al emisario: «Dí al enemigo que no quiero empañar en un minuto; ni por 25.000 millones de duros, mi acrisolada fidelidad á una causa en defensa de la cual he gastado más de 43 años; que más quiero vivir pobre y con honra que inmensamente rico sin ella; y por último, dile que ni por todo el oro del mundo vendo mi alma al diablo».

menos, al brigadier Araoz, con su guarnición, compuesta de 76 individuos de tropa, cinco oficiales, médico y capellán, un cañón de á 8 y abundantes pertrechos y víveres. Mayor resistencia, fuera más que temeridad, locura, y no necesitaba méritos Montoya para acreditar su bizarría y lealtad acrisolada.

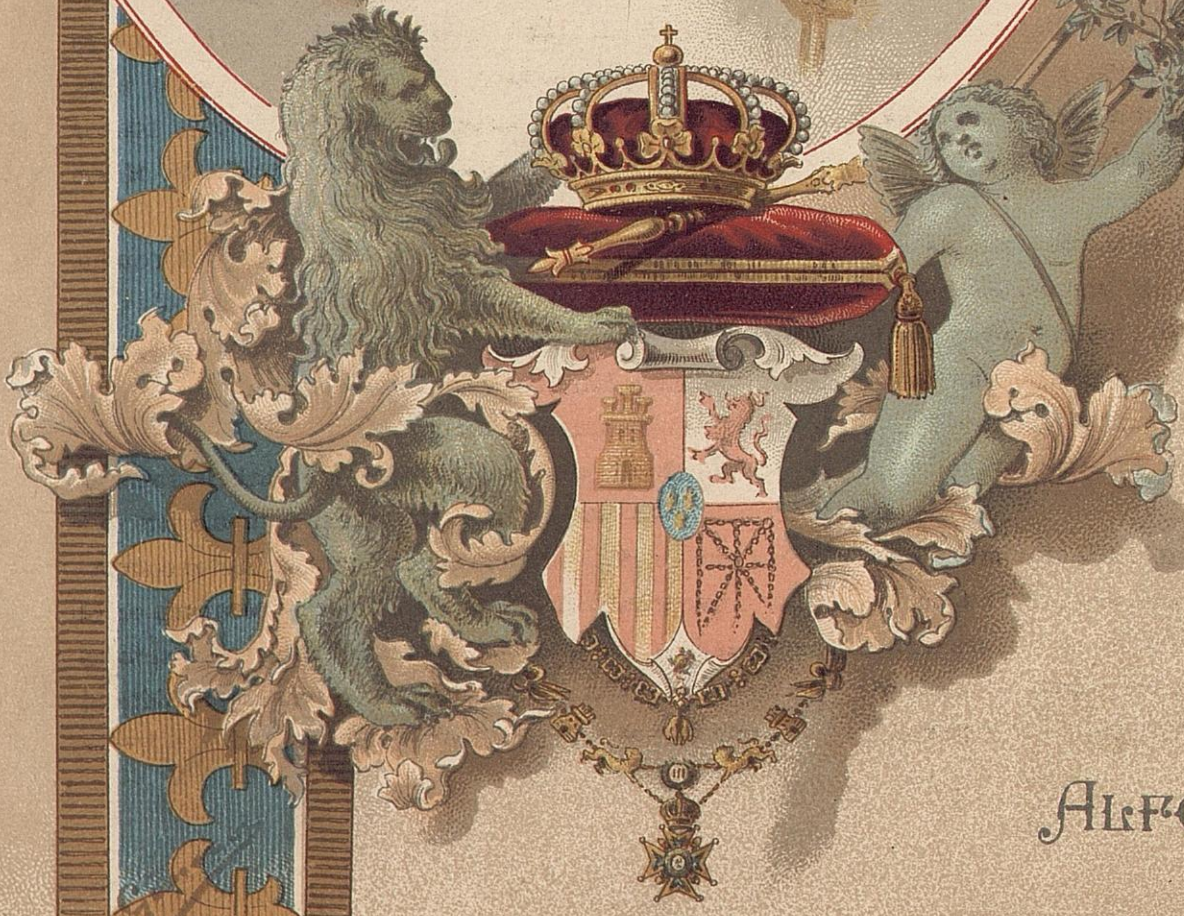
Después de visitar don Alfonso el teatro de la guerra desde Pamplona á Puente la Reina, Estella (1), Los Arcos y Logroño,

(1) Aquí se publicó la siguiente orden general: «Soldados: Desde el día 19 de Febrero tomó en Vergara el mando de sus ejércitos del Norte nuestro amado monarca, sonó la hora de disolución en el campo carlista, y sin resistir ya seriamente ante su espada victoriosa, rindieron las armas casi en totalidad los batallones enemigos, y los restantes ganaron la frontera el día 28 con el Pretendiente, quien sin esperanza alguna de triunfo desde la pacificación del Centro y Cataluña, prolongó tenazmente la lucha haciendo verter sangre y gastar los recursos del país, por sostener algún tiempo más su posición efímera, y hacer alarde de obstinación, desoyendo los consejos de sus más leales partidarios.

»En un mes de operaciones habeis destruido su poder en buena ley, sin transacciones onerosas, ni compromisos para el porvenir, y teneis como trofeos 100 cañones, 40.000 fusiles, trenes de puentes, inmenso material de guerra, de telégrafos y de fábricas, y sobre todo el más importante, de valor inestimable, cual es el haber terminado la guerra, afirmando el trono legítimo y constitucional de nuestro rey.

»Acogiendo al mismo tiempo fraternalmente á los que eran momentos antes vuestros enemigos, y tratando con consideración á los pueblos que nos eran más hostiles, habeis demostrado vuestros sentimientos generosos y vuestra disciplina, mereciendo universal aplauso, por ser este ejemplo poco común en las luchas civiles. A nadie se ha molestado al terminarla, y así se extinguirán ódios y resentimientos en bien de todos y de España.

»Nuestro augusto general en jefe me ordena deciros está satisfecho de vosotros, como lo está tambien el gobierno; y las Cortes de la nación han consignado en



ALFONSO XII.

fué á Vitoria y por Durango á Bilbao, recibido en todas partes con grandes demostraciones de entusiasmo, inspiradas por la deseada paz, tratando los vascongados que se olvidaran recientes desgracias, grandes torpezas, é indisculpables deslealtades, para que se tolerasen antiguos fueros.

Desde la invicta villa visitó á Portugalete, contempló el enhiestado Serantes y el Montañón, las ruinas en su falda del antes de pocos conocido y hoy ya célebre San Pedro Abanto, el pintoresco Somorrostro, y aquellas agrupadas montañas de las Muñecaz, Galdames y Triano, que protestan con su inmensa riqueza mineral de toda guerra destructora de tanto bien como allí se produce. Regresó á Bilbao, el 13 marchó á Castro, y por mar á Santander, firmando al dejar la tierra vascongada, este escrito, redactado por Ayala, anunciando la muerte de los fueros:

»Soldados: No puedo alejarme de vuestra presencia sin manifestaros la profunda gratitud de mi alma. Merced á vuestro esfuerzo ha sucedido á la proclamación de mi nombre primero, el predominio de nuestras armas, y después la terminación de la guerra civil. Vuestras virtudes militares han restablecido la paz, y me han alcanzado el título más glorioso á que puede aspirar un monarca

»Cuando ayer, en tierra extranjera, contemplaba lle-

acuerdo solemne, entusiasta y unánime, votos de aprobación y felicitaciones por vuestro comportamiento.

»Aseguremos de un modo inalterable la paz que habeis conquistado, y es la primera necesidad de nuestra patria, bajo la gloriosa bandera de don Alfonso XII.—El general en jefe de E. M. G. de los ejércitos del Norte, *Genaro de Quesada*.

El general Martínez de Campos dió otra orden general el 26 de Febrero en Pamplona felicitando á los soldados por la pacificación de Navarra, en un mes de crudo invierno, sufriendo hambre, sed y fatigas, con la virtud de héroes y sin haber tenido que corregir una falta.

no de angustia la discordia y ruina de España, solo me consolaba el considerarme de todo punto ageno á tanta desventura. Hoy aquel triste consuelo, lo habeis convertido en inmenso júbilo, dándome ocasión de remediar desgracias, acontecidas en mi ausencia, y de enjugar lágrimas que, gracias al cielo, no han corrido por causa mía. Debo á la Providencia el haber permanecido lejos del mal, y á vosotros la pura satisfacción de haber contribuido á su remedio.

»Gracias, soldados. Grabados quedan en el corazón de vuestro rey los rudos sacrificios de que habeis dado tan constante ejemplo en la presente guerra. Dios hará que no sean estériles para el bien. Su recuerdo no se apartará nunca de mi memoria: él me estimulará constantemente á cumplir como bueno los altos deberes que la Providencia me ha confiado, y mantendrá viva mi fe en el porvenir de la patria, que bien merece y puede alcanzar un poco siquiera del bienestar y sosiego, la que es madre de tan honrados hijos; y harto demuestran los recientes sucesos, que las enconadas pasiones, contrarias á la salud de la patria, no han inficionado el corazón del pueblo español, que afortunadamente en los grandes conflictos, aparece siempre, como hoy en vosotros, valeroso y sencillo, lleno de abnegación y de bravura, sensible á los estímulos del pundonor y de la gloria, y enriquecido, en fin, de todas las cualidades que forman soldados dignos de este nombre, y capaces de garantizar este ejemplo y la prosperidad de las naciones.

»Mejor asunto merecían vuestras proezas que el funesto que os ha dado la guerra civil. Horrible guerra en que el golpe que se da y el que se recibe, todos causan dolor: desgracia superior á todas; y para mayor amargura de nuestros corazones, solo España le ofrece ya en el mundo, frecuentado teatro.

»Espero en Dios que no ha de repetirse; y si comun ha sido la pena, los beneficios de la paz que habeis conseguido, alcanzan en cambio á todos los españoles, y á ninguno debe humillarle su derrota, que al fin, hermano del vencedor es el vencido.

»Soldados: Los ásperos trabajos que habeis soportado, las continuas lágrimas que vuestras honradas madres han vertido; el triste espectáculo de tantos compañeros que gimen en el lecho del dolor ó descansan en el seno de la muerte; todos estos males, aunque espantosos y por todo extremo lamentables, quedan reducidos al espacio de una sola generación; pero fundada por vues-

tro heroísmo la unidad constitucional de España, hasta las más remotas generaciones, llegará el fruto y las bendiciones de vuestras victorias.

«Pocos ejércitos han tenido ocasión de prestar un servicio de tal importancia. Tanta sangre, tantas fatigas, merecían este premio.

»Soldados: Con pena me separo de vosotros. Jamás olvidaré vuestros hechos, no olvideis vosotros en cambio, que siempre me hallareis dispuesto á dejar el palacio de mis mayores, para ocupar una tienda en vuestros campamentos, á ponerme al frente de vosotros, y á que en servicio de la patria corra, si es preciso, mezclada con la vuestra, la sangre de vuestro rey Alfonso.

«Cuartel Real en Somorrostro, á 13 de Marzo de 1876».

Por Palencia, Valladolid y Avila, regresó S. M. á Madrid, y el 20, al frente de una gran parte del ejército en representación de todo él, reunido en la dehesa de Amanuel, hizo su entrada en la corte en medio de las más grandes demostraciones de entusiasmo, abrumándose de coronas y flores á aquellas tropas que representaban el sacrificio que toda España había hecho para conquistar la paz.

CONCLUSIÓN

CI

A extensas consideraciones se presta la conclusión de la guerra que nos ha ocupado, y no pocos documentos podríamos aun presentar, de mútuas inculpaciones y denuncias. Personas tan formales como don Leon Galindo y de Vera dan avisos de importancia, que pudieron haber sido más aprovechados; y desde Madrid y desde Zaragoza se anunciaba á los carlistas con notable anticipación los planes de las últimas operaciones que iban á emprenderse, y se trataba de ello en Estella, á la vez que, viendo algunos el término de la lucha, pretendían aprovechar la

fuerza de que aun disponían para salvar los fueros á costa de la causa. Formáronse proyectos para que don Carlos no se opusiera á sacar el mejor partido posible de lo crítico de las circunstancias, pues estaba en la conciencia de todos que desaparecerían los privilegios vascongados y querían librarlos del naufragio; pero don Carlos no se prestaba á ninguna avenencia que consideraba humillante, y nada se hizo, aunque bastante se intentó. Era ya tarde, y ningún general tenía fuerza ni prestigio suficiente para imponerse.

La conclusión de la guerra, tan inesperada para unos é inexplicable para otros, fué un hecho natural, dados los muchos y varios gérmenes de muerte que el ejército carlista llevaba en su seno. Los que en un principio arrostraban contentos los mayores peligros, prodigaban generosos su sangre y sacrificaban impávidos su vida, habían ido perdiendo aquella fe que producía su heroísmo. Empezaron por desconfiar de sus caudillos, dudaron del éxito de su causa, y acabaron por abandonarla.

En la anterior guerra de los siete años, hubo un partido apostólico, en antagonismo con el elemento joven y distinguido del carlismo; una parte de partido clerical en esta última lucha no pudo hacer del nieto el instrumento que consiguió hacer de su augusto abuelo, y no fué tan preponderante en la política, aunque ejercía influencia en algunas corporaciones y en las masas; y ya predicando la guerra y repartiendo armas, ya efectuando misiones, rogativas y funciones religiosas pidiendo la protección en favor de las armas, sostenía la fe y alentaba el entu-

siasmo; pero como á pesar de tales actos, se contaron desastres, cuando para evitar estos se celebraban aquellos, si el espíritu religioso no amenguaba en los sencillos creyentes, se creó su desconfianza en los que no alegaban mejores títulos que el invocar la eficacia de la intervención divina en el éxito de los combates (1).

El vencimiento de la causa carlista á consecuencia de una gran batalla, se hubiera sufrido con resignación; no el ser vencidos sin pelear, aun cuando se presentara como disculpa la inmensidad numérica del enemigo, que no dejó de ofrecer lados vulnerables, que no se supieron aprovechar, produciéndose aquel desaliento, consecuencia lógica de lo que sucedía. Si la inacción es un moho que corrompe y enerva el espíritu del soldado, la mala dirección le exaspera é insubordina.

En resumen: puede decirse que el partido carlista sufrió en la última guerra las consecuencias de su alejamiento de la vida pública. Al estallar la revolución de Setiembre, los carlistas carecían de hombres políticos propios, y se vieron fatalmente condenados á sufrir la dirección de muchos de sus antiguos enemigos, convertidos al carlismo por la fuerza de las circunstancias, más que por convicciones propias. Los carlistas con gran fe en la legitimidad de su causa, se veían mandados por hombres que carecían de ella, y si no todos, algunos, en previsión del por-

(1) Es fama que cuando empezaron las operaciones que ocasionaron la muerte del general Concha, se quisieron celebrar misiones, y Dorregaray les dijo: «Dejad en paz á los muchachos, que harto tienen que trabajar».

venir, huían de inutilizarse por completo á los ojos de los demás partidos. De aquí la abundancia de teorías y la escasez de hechos verdaderamente importantes que se observó en la vida del partido carlista, si se exceptúa el brillante período en que acudieron á las Córtes hábilmente capitaneados por la reconocida capacidad del señor Nocedal.

Llegó la guerra, y al entusiasmo de los voluntarios, correspondía en varios jefes una frialdad evidente. En algunos de ellos podía percibirse el deseo, ó la esperanza, de hallar la mejor fórmula para que fueran reconocidos del lado de acá los grados que hubieran obtenido en las filas carlistas.

O no se sabía, ó se tenía olvidada la historia de aquel partido; se desconocían ó se desdeñaban sus aspiraciones; no se habían estudiado ó no se comprendían sus necesidades, y se descuidó lo fundamental para atenerse á lo accesorio.

Don Carlos sufrió los sinsabores y asumió las responsabilidades que pesan sobre un monarca, y no disfrutó de las satisfacciones que produce el reinar. Hubo ministros é intrigas palaciegas y no gobierno; y anheloso don Carlos del acierto, buscaba eminencias y encontraba nulidades, consejeros vulgares, cortesanos de grandes pretensiones y escasas facultades, que sólo tenían en su abono la adhesión á la causa ó el propósito de servirla, aunque con poca elevación de miras: creían en su optimismo seguro el triunfo, y en vez de batallas se daban bailes.

En estas condiciones la fe, que traslada montañas, y el entusiasmo, que hace olvidar el propio interés, pudieron prolongar la lu-

cha, pero no bastaron á obtener el resultado á que aspiraban los que creían sacrificarse en beneficio del país; los que sólo veían en la causa carlista el sostelimiento de los santos principios y fundamentos en que descansaba la religión, la sociedad y la familia.

La guerra se localizó, y desde ese momento, el desenlace final ya no pudo ser dudoso para ningún espectador imparcial: cuatro provincias no podían conquistar á toda España, y ni áun sostenerse mucho atendidas á sus propios recursos.

Mirada la cuestión desde esta altura, desaparecen los detalles en que han creído algunos ver la explicación de los últimos acontecimientos narrados. Si no hubo traidores, probados al menos, en los jefes carlistas, hubo débiles, desertores en esperanza de mayor medro, y algunos, muy pocos, en connivencia con el enemigo, no fueron verdaderamente traidores á la causa, á la que hicieron poco daño, sino poco apreciadores de su propia honra. No se esterilizan los sacrificios hechos por un gran partido como el carlista, porque tal ó cual jefe capitulase, ó entregase sus fuerzas al enemigo, ó no las utilizase debidamente. Un partido, cuya historia es casi toda militar, y registra hechos dignos de una epopeya, puede ser vencido por un convenio como el de Vergara, pero no porque le abandonen algunas altas individualidades.

Ninguna tan elevada y del valer de Cabrera: fué desgracia para el partido carlista no haberle tenido á su frente al principio de la guerra; pero sin él, llegó á la altura que

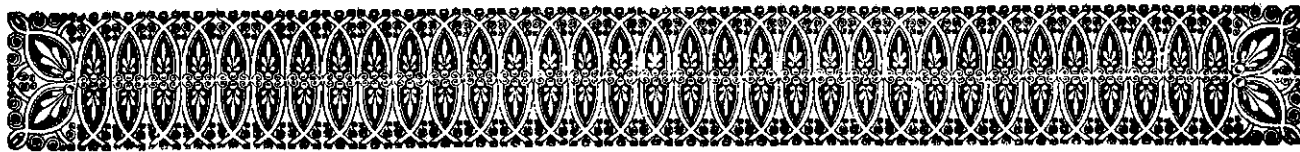
no había llegado en la guerra de los siete años, reuniendo mayores elementos. ¿Los habría tenido mayores con Cabrera? No creemos fácil la respuesta.

La empresa del carlismo era gigantesca, y guardarémonos bien de decir que imposible, atendiendo á lo que la historia de nuestros días enseña. Pero es evidente que, cuando se debía hablar, se hizo la guerra, y cuando se debía pelear se gastaba el tiempo en ocupaciones propias de la paz.

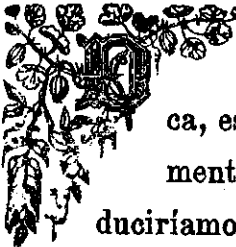
La última guerra civil es ejemplo de que la fe, el entusiasmo y las rectas intenciones, no crean por sí solas hombres de Estado, y de que los políticos prácticos si carecen de aquellas cualidades, solo desventuras pueden acarrear á los que se fian de sus artes empíricas.

La inteligencia que no trabaja se esteriliza: el partido que no se agita dentro de su órbita natural perece. En los partidos políticos, como en la inteligencia humana, la actividad es condición esencial de la vida.

Robusta existencia ha demostrado el partido carlista; pero la ha gastado derramando su sangre y la de sus enemigos: tenía de su lado grandes masas, y como no les guiaban brillantes inteligencias, empleaban lo que poseían, la fuerza, y ya han visto que no basta para vencer. Debemos repetirlo, porque importa á todos, y porque consideramos la guerra civil como la mayor de las calamidades; el partido carlista ha sufrido en la última guerra las naturales é inevitables consecuencias de su alejamiento de la vida pública.



DIARIO DE DON CARLOS.---AUTÓGRAFO

ESDE que don Carlos empezó á ocuparse de política, escribía un Diario verdaderamente interesante, que le reproduciríamos con gusto, si poderosos motivos, razones de conveniencia política, consideraciones á que no podemos faltar, no nos impidieran publicar algunos párrafos, cuya grande importancia está al nivel de su relevante mérito. Copiaremos, sin embargo, algunos bien notables, que sirven para formar la biografía de don Carlos, resultando así escrita por este mismo señor; y que dan perfecta y cabal idea de notables sucesos y de personas que, aunque conocidas, no lo son como debieran serlo.

Este Diario es una verdadera historia del partido carlista y del mismo don Carlos; así dice: «leyendo mi Diario refresco la memoria, veo apreciaciones distintas, hechos, im-

presiones, juicios; por él puedo hacer un buen estudio de mí mismo, y corregirme en lo que encuentre malo y perfeccionarme en lo demás. Es útil, porque en él no hay estudio; es la verdad de lo que pienso, expuesta de prisa y sin ningun cuidado, tal cual la siento en el momento en que emborrongo estos cuadernos; tal cual me la inspira los acontecimientos que estoy presenciando».

Hay en este Diario páginas admirablemente escritas, y tienen sin igual ternura las consagradas á su esposa. Los retratos de cuantos intervenían en los asuntos carlistas, están hechos de mano maestra, y aunque daremos á conocer algunos, no podemos hacerlo de los principales.

Revela también este Diario, gran facilidad en su autor para escribir, pues siendo tan extenso, no hay una línea enmendada.

«El día 30 de Marzo de 1848, á las seis y media de la

mañana, nacía yo en una pobre fonda de Leibach, go-
bierno del reino de Iliria.

Las circunstancias todas de mi nacimiento indicaban
que aquel niño que acababa de nacer, nacía proscrito,
desterrado de aquella patria que aun no conocía, pero
que luego sería el objeto de todo su amor, y le haría re-
petir con ensoberbecido acento estas palabras: «Soy es-
pañol».

Unos miserables trapos que tuvo mi madre para en-
volverme, los recibió de limosna.

Si se hubiese sabido en aquellos momentos que esa
recienparida era archiduquesa de Austria, indudable-
mente hubiera sido víctima del furor revolucionario, y
mucho más si hubiesen averiguado que su marido era
infante de España é hijo de Carlos V.

El obispo de la ciudad fué quien me bautizó á las dos
horas, y tuvo que venir disfrazado á la fonda.

Fueron mis padrinos mis abuelos paternos el rey don
Carlos V y la reina doña María Teresa, y en su repre-
sentación don Juan Dameto y la condesa de Salis, y me
impusieron los nombres de Carlos María de los Dolores,
Juan, Isidro, José, Francisco, Quirico, Antonio, Miguel,
Gabriel, Rafael.

Cuarenta días después salíamos de Leibach para
Londres, atravesando Viena en revolución y París en
república.

En Bruselas encontramos á mi tío el infante don Fer-
nando, que abandonaba el servicio de Piemonte por
proclamarse allí ya abiertamente las ideas revolu-
cionarias, y en Londres nos reunimos al rey don Car-
los VI.

En esta viaje no pudieron seguir á mi madre ni la
dama, ni los criados; pues los sustos y los trabajos los
habían enfermado de gravedad...

El día 12 de Setiembre de 1849 nació en Londres un
niño á quien pusieron los nombres de Alfonso, Carlos,
Fernando, Juan, José; y fueron sus padrinos mi tío Car-
los VI y mi tía la condesa de Chambord, esposa de Enri-
que V de Francia. El día del bautizo eché yo á andar
por primera vez.

El verano de 1850 le pasamos en Baden, cerca de Vie-
na, con mis abuelos paternos, y seguimos á Venecia,
que después de un largo bombardeo se había entregado
á los austriacos.

En ese mismo año se casó Carlos VI con doña Caro-
lina de Nápoles, hermana de la reina Cristina.

En 1851 nos fuimos á Módena, cerca de mi tío el du-

que Francisco V, hombre de principios, muy recto y
muy caballero, que nunca quiso reconocer á Isabel, ni
á Luis Felipe, ni á ningún otro usurpador; que reinaba
y gobernaba un poco á la manera de los antiguos seño-
res feudales; pero con todo, sus súbditos eran felices,
casi no pagaban, y la vida era muy barata.

Francisco V es hombre de carácter ardiente y de mu-
cho corazón, aunque con algunos de los defectos que son
propios de quien ha nacido en un trono, acostumbrado á
mandar y á no oír á nadie que le contradiga; pero tiene
talento y es muy positivo.

A sus defectos debe atribuirse particularmente la sa-
lida violenta de mi padre en Módena y su separación de
mi madre, que tuvo lugar entonces á consecuencia de
una discusión sobre política que se trabó entre los dos,
después de la cual se dejó llevar mi tío hasta el punto
de mandarlo arrestado, abusando así de su autoridad
sobre un príncipe emigrado que al marcharse le dijo:
«Mientras seas duque de Módena no me verás, pero
cuando te echen, lo que no puede tardar en suceder,
tendrás en mí un verdadero hermano, pronto á partir
contigo lo que tenga».

Estas palabras fueron fatídicas: mi padre volvió á
ver á mi tío en Vevey, poco antes del nacimiento de
Jaime: mi tío estaba emigrado como mi padre.

Hasta ahora he tenido que escribir por lo que he oído
contar después: desde este punto puedo empezar á es-
cribir por lo que me acuerdo de los primeros años de mi
niñez.

Pronto pudo conocerse mi carácter ardiente con una
imaginación viva y con un corazón naturalmente incli-
nado á lo noble y á lo bueno, aunque con bastantes de-
fectos, los que suelen ordinariamente acompañar á estas
cualidades. Tenía mucho orgullo; miraba á los demás, si
no con orgullo con altanería, pues me creía muy supe-
rior á ellos, y no sufría de nadie ni una mirada, ni una
palabra que me pareciese impertinente. Amaba la glori-
a con delirio, y soñaba ganarla un día en los campos
de batalla. No comprendía el odio y menos la venganza;
me parecía que la mayor venganza era hacer bien al que
me hubiese hecho mal. Los estudios que animaban mis
pasiones y mis gustos me halagaban; de los demás no
quería ocuparme. Es un milagro si vivo; tales eran las
barbaridades que hacía, los peligros á que me exponía.
Mi cuerpo siempre estaba cubierto de contusiones, po-
rrazos y heridas. A los cinco años empecé á montar á
caballo; lo hacía con furor, pueden imaginarse las atro-

ciudades que haría; á caballo desahogaba mi carácter fogoso; siempre iba escapado; saltaba fosos, setos, todo lo que se me ponía por delante, y desesperaba á los que me seguían.

Mi hermano al contrario, aunque más chico, era más reflexivo, más aplicado y más amable.

Mis primeros maestros ó los que verdaderamente merecen este nombre, fueron Monseñor Galvani, hombre de claro talento, gran corazón y brillantes cualidades, que tuvo el gran mérito de dirigir al bien hasta mis pasiones, inspirándome los sentimientos de hidalguía y nobleza del alma; y el P. Francisco Ignacio Cabrera y Aguilar, que me dió las primeras nociones de latín, aritmética, geografía é historia de España. La lectura de las glorias de mi patria me llenaba de noble orgullo me complacía de ser hijo suyo y juraba de no llevar indignamente el nombre de español. Contemplaba los tiempos gloriosos en que nuestra patria era señora del mundo, y le deseaba otro porvenir de gloria; contemplaba sus héroes y pedía á Dios poder ser de ese número.

No poca impresión me hacían las visitas de los emigrados carlistas allí residentes, gloriosos restos de una guerra de gigantes.

Yo miraba sus heridas con admiración y respeto, y oía con entusiasmo la relación de las batallas en que las habían recibido. Dios, Patria y Rey era su bandera; por esa bandera vivían lejos de su patria, lejos de todo consuelo, lejos de sus familias y en la miseria, y lo sobrellevaban todo con una resignación; con una fe, con un entusiasmo... que los iguala á los héroes de la historia. Yo lo veía, y los admiraba.

La vida militar, aquella franqueza, aquella nobleza del soldado, hacían todo mi encanto. De ahí puede figurarse el gozo, la alegría con que recibiría el día en que cumplí los siete años el siguiente nombramiento que me dió mi tío, con un uniforme completo de sargento de artillería. Dice así: «Habiendo visto á nuestro amadísimo sobrino el infante de España don Carlos de Borbon, el día 19 de Marzo, disparar el cañón haciendo salvas á su tía la duquesa de Módena, nuestra amadísima esposa, y como cumple los siete años y entra en el número de los seres racionales, nombramos á nuestro amadísimo sobrino el infante de España don Carlos de Borbon, sargento cañete de nuestra artillería. Le prometemos además que cuando sepa hablar y escribir correctamente el castellano, le nombraremos oficial.

«Dado en Módena á 30 de Marzo de 1855.—*Francisco* (1)».

El mismo día por la mañana hice mi primera confesión con el P. Venanci.

Estos nombramientos eran de grande estímulo; para lograrlos teníamos que sufrir un exámen delante de mucha gente; luego había la presentación al coronel, la lectura á los soldados de la orden del día, etc. Vestíamos el uniforme todas las fiestas, en las maniobras en que tomábamos parte y los días de gala en la corte.

Por esta fecha mi madre nombró ayo nuestro al marques Camilo Molza, persona muy apreciable, pundonosa y de una de las familias más distinguidas de Módena, pero que tenía á mis ojos el enorme delito de no ser español. La elección de un extranjero debe atribuirse á la posición difícil en que se encontraba mi madre, y á las influencias del tío en cuyo palacio vivíamos tratados como si hubiéramos sido hijos suyos.

En el verano de 1857 llegó á Bolonia el Santo Padre Pío IX, en donde fué recibido con entusiasmo. Mi tío fué á visitarle, y me acuerdo que le acompañamos nosotros, que fué amabilísimo y comimos todos los días en su mesa, lo que no acostumbraba á hacer ni con los soberanos; nos dió, en fin las mayores muestras de cariño: á mí me hizo servir un helado en forma de yelmo y espada porque decía que le parecía que tenía instintos militares, y á Alfonso le dió una medallita como el más devoto. Yo, aunque niño, veía en aquel anciano venerable al Vicario de Jesucristo en la tierra; le miraba con respeto y comprendía que me honraba besándole el pié.

(1) Un año después recibió este otro nombramiento: «Habiendo cumplido mi amadísimo sobrino el infante don Carlos de Borbon con todo lo que establecimos, con el fin de que se hiciese digno de ser promovido á oficial, y habiéndose él mismo perfeccionado en el idioma castellano y adelantado con provecho en algunos estudios, especialmente en la historia, y mostrándose además atrevido en montar á caballo y amante del estado militar, y habiéndole visto laudablemente cumplir con sus deberes de hijo, de hermano, de sobrino, y también con los religiosos, nombramos en el día de hoy en que cumple los ocho años, al infante de España don Carlos de Borbon, subteniente de primera clase en el cuerpo al cual ya pertenece.

«Dado en Módena á 30 de Marzo de 1856.—*Francisco*».

El día 19 de Marzo de 1859, cumpleaños de mi tío el duque, me nombró a teniente de su artillería, queriendo premiar la aplicación que desde algún tiempo había puesto al estudio y por mi buena conducta en lo demás. Así se expresaba en el nombramiento,

El 16 de Junio, Su Santidad nos administró á Alfonso y á mí el sacramento de la confirmación, en una capilla de *San Michele in Bosco*, imponiéndonos el nombre de Pio. Fué padrino mío el duque, mi tío, y de Alfonso fué madrina la duquesa Adeljunda. Tres días nos detuvimos en Bolonia con el Sumo Pontífice, al cabo de los cuales le pidió el tío que honrara sus Estados con alguna visita, á lo cual Su Santidad accedió.—Refiere la magnífica entrada y estancia del Papa en Módena, durante cuyo tiempo estuvo abierto el palacio para todos sin producirse el menor desmán, y el entusiasmo del pueblo con el duque, por lo que había hecho con el Santo Padre, y continúa:—Dos años después—1859—se echaba de Módena á mi tío, y se despojaba al Padre Santo de sus estados.

La víspera de Navidad de 1858 hice mi primera comunión, disponiéndome á ella con tres días de ejercicios espirituales. Aún recuerdo con placer el gozo inefable que probé en aquella ocasión.

—Ocupase de la guerra de Italia y de la marcha de su madre á Praga, hospedándose en el palacio imperial, antigua residencia de los reyes de Bohemia, y entonces de los emperadores Fernando y Mariana, cuya corte describe gráficamente, y prosigue:—Yo rabiaba por tomar parte en la guerra; escribí á mi tío, á todo el mundo, pero me contestaban que era demasiado niño; yo contestaba entonces que nunca es uno demasiado niño para defender una causa justa, para distinguirse y adquirir gloria; que por qué entonces me había nombrado mi tío teniente si no quería que fuese á ocupar mi puesto; que como oficial, tenía derecho y deber de ir allá. Pero no me hacían caso, y yo rabiaba. Sólo el P. Cabrera me dió una contestación que me sosegó algun tanto. Me dijo que si no podía lograr mis deseos, era que Dios quería que la primera vez que desenvainase mi espada, fuese en defensa de España. Concluida la guerra me nombró mi tío capitán, sin duda en premio de mis buenos deseos; pero esta vez recibí con disgusto el nombramiento. *Me han quitado la ocasión de merecerlo*, decía y llorando.

En 1860 tuve otro disgusto no menos grande: se marchó mi querido P. Cabrera. Mi aflicción fué inmensa; me separaba de él tal vez para siempre: veía un tiro directo de los italianos contra los españoles, y no podía sobrellevarlo con paciencia: con esto herían el sentimiento más delicado de mi alma, el amor á España. Yo quería al padre Cabrera, le tenía un amor entrañable; me enseñaba

la historia de España y me la hacía escribir (1); ilustraba mi historia con las armas de todas las provincias y con planos de batallas. Sabía dar un deleite especial á todo lo que enseñaba: su salida fué para mí una pérdida, y yo lo comprendía así. Me quedé, pues, solo con Castañer, único español, fiel lacayo, á quien me prohibían hablar por ser español.

Mi único consuelo en tan duro trance era acudir á los antiguos héroes españoles; ellos eran mis amigos, mis compañeros; escribía sus vidas; me entusiasmaba con sus hazañas; vivía más bien en la antigua España que en la helada Bohemia, y esto me sostenía; si no, de pesar me hubiera muerto. Las vejaciones porque pasé entonces, están tan vivas en mi imaginación, como si fuesen presentes: padezco ahora recordándolas, como entonces sufriendolas: no era á mí á quien se vejaba, era á España á quien querían vejar. Tan presente tengo esa época, tan presente á don Jaime el Conquistador, que fué uno de mi buenos amigos, y sobre el cual escribí, que por el recuerdo de Praga me decidí á llamar Jaime á mi hijo primogénito. El P. Venanzi, que Dios se lo haya perdonado, también jesuita como el P. Cabrera, tenía una influencia grande sobre mi madre, y como buen italiano, se servía de ella en contra de España. Si socorría á Castañer, me negaba la absolución, y Castañer era pobre y con hijos; si socorría á un alemán ó á un italiano, me alababa y me decía que era un acto de caridad muy meritorio.

Por esta época tuvo lugar la expedición de San Carlos de la Rápita: existen en mi secretaría documentos importantísimos sobre ella; se ve cuán vasta era la conspiración; hay nombres que pasaría á cualquiera encontrarlos metidos en ceca carlista. Puede hacerse con ellos una buena historia de aquella desdichada como inoportuna expedición. Los españoles se batían en Africa, España estaba en Africa, España tenía otra vez días de gloria; inoportuna, pues, era la expedición. Siguiéron á ésta la prisión de mis tíos, la renuncia y contra-renuncia de Carlos VI, los manifiestos liberales de mi padre, las contestaciones de mi abuela, cosas todas sobre las cuales quisiera correr un velo, pero no es posible; los hechos hablan por sí. La disolución del partido era casi completa, y la completó la muerte de mis tíos...

Trataban de ocultarme todo esto, pero yo por lo mis-

(1) Hemos visto los voluminosos cuadernos escritos de puño y letra de don Carlos, que aún los conserva.

mo quería saber la verdad; muchas veces el corazón me la revelaba desnuda; entonces decía: «quiero dar por muerto el carlismo, pero el carlismo vive, los principios no mueren: mientras haya almas nobles en España vivirá el carlismo; yo le haré revivir.»

Poco antes de lo de San Carlos vi á Carlos VI en Praga: despues de su muerte, mi imaginación me lo representaba y me parecía oírle decir: «sigue mi obra, sigue la de mi padre, la de la antigua España; no desmayes, sigue adelante y salvarás á España.» Estos pensamientos me turbaban, sólo veía trabas en rededor mío, sólo caras enemigas de España: en mi desesperación miraba á la luna y le decía: ¡dichosa tú que iluminas á España! ¡dichosa tú á quien miran los españoles! y seguía desahogándome con ella, le contaba mis pesadumbres, y hubiese querido que cada rayo suyo se convirtiese en un agente que dijera y pregonase en mi patria que yo quería salvarla, que entre los hielos de Bohemia, á más de 20° bajo cero, había un corazón español, muy español.

Hubo un momento que por la muerte de Carlos VI, y los manifiestos liberales, y sobre todo por la renuncia de mi padre en favor de Isabel, pensaron mis tíos y mi madre en que yo diese un manifiesto á los españoles; idea que luego paró en un folleto que hicieron publicar con el título de la *Legitimé en Espagne et Charles VII*. Siguió á esto un cambio radical, yo lo atribuía á la influencia del P. Venanzi; pero decían que como mi padre no podía renunciar más que por sí, teniendo naturalmente nosotros derechos adquiridos, y no habiendo sido aceptada la renuncia por Isabel, que él era el rey y que yo no debía meterme en nada. Yo encontraba contradicción en varios puntos de este raciocinio; me negaban entonces que mi padre hubiese renunciado, ó lo ponían en duda: temían mi carácter fogoso.

En Praga tuve muy buenos maestros, pero la política me absorbía los sesos, no quería es'udiar; sólo las cosas de España me interesaban, y esas no querían que las estudiase. Tuve á Galvani, pero este se murió muy pronto; el clima de Praga le mató. Luego Neguelli, Magni, Pine, Risci, para lo militar, y otros muchos. Las únicas lecciones que tomaba con gusto, eran la equitación, la gimnasia: asistía con pasión á las maniobras, y adoraba á los soldados.

Se dijo que mi padre había llegado decidido á cogernos á la fuerza; vino Cabrera con La Llana, y mi madre vió en él un agente de mi padre: no le recibió. Yo lo supe

y me desesperé: se cerraban las puertas á un español, esto me desgarraba el corazón. Los temores de mi madre aumentaban de día en día; redobló la vigilancia: dos granaderos húngaros estaban noche y día de centinela en la puerta de nuestro cuarto, un sargento de artillería en la antesala, los guardias de palacio nos acompañaban por los corredores, y en las calles una escolta. A nosotros se nos calló *el por qué* por algun tiempo; luego nos lo dijo mamá en el mayor secreto, y nadie de los que nos rodeaban se apercibió de que lo sabíamos.

Llegué á Praga niño de 11 años y salí de 15. Allí estudié; allí formé mi corazón, allí tuve que luchar y aprendí á ser firme, y á ser fuerte (1); allí amé á España é hice planes que entonces parecían sueños.

Nuestra llegada á Venecia fué muy alegre: despues de un viaje interesante á Alemania, gocé lo que no es decible al respirar el aire del Mediodía, al contemplar un cielo azul despues de cuatro años de Bohemia, donde el cielo es ceniciento y son raros los días en que se puede contemplar el sol en toda su brillantez. Venecia me sonreía, parece que el corazón me decía que en Venecia debía amar, que en Venecia daría mi primer paso hacia España. Allí reanudé mis estudios, tuve otros maestros; sabían adaptarse mejor á mi carácter; aprendí más. Estudié con Sirelli retórica y filosofía, con Veladini y Pradella matemáticas, los clásicos latinos ya los había estudiado en Praga con Naguelli; Ferrari me dió algunas lecciones de física y química; me perfeccioné en el alemán, italiano y francés; luego Puente me dió lecciones de táctica y estratégica y el P. Ramon Capdevila de castellano; mejor podía enseñarme el catalan, pero ya dije el día 30 de Octubre por qué me lo dieron por maestro, y repito que su elección me fué de grande utilidad, porque el P. Ramon era español, amaba á España y me ayudó en mis planes. Yo le amé entrañablemente y lo merecía. Tampoco se descuidaron en Venecia los ejercicios del cuerpo: montábamos á caballo en el picadero de los jardines públicos, hacíamos gimnasia, bogábamos por los canales de la ciudad y nadábamos mucho.

No habían venido á la sazón ni el P. Ramon ni Puente; era Santiago el único español; yo quería españoles, y Alfonso los quería; insistimos con mamá; mamá se enfadó; insistimos segunda y tercera vez; al fin accedió y

(1) Pudiéndole haber costado la vida, pues «en el rigor del invierno me tiraba al agua sudando, y despues de haber corrido á pié ó á caballo.»

nos dió por maestro al P. Ramon y permitió que Santa Cruz, el capitán austriaco, viniese á vernos durante el día. Nos concedieron al P. Ramon porque creían que 30 años de emigración le habría italianizado, y á Santa Cruz por inofensivo y medio austriaco; pero se equivocaron, creían darnos una dedada de miel y en realidad nos dieron más. Hacía más de un año que yo no hablaba con los intrusos—así llamábamos á los italianos—sólo les contestaba sí ó no; esto era para desesperarlos, aburrirlos y que se fuesen. Días enteros estuve encerrado á pan y agua por esto.

Grandes fueron mis padecimientos en Venecia: vino un tal Ortega con cosas importantes, y no quisieron recibirle por ser español; yo, sin embargo, encontré medios para entenderme con él. Vinieron luego otros y pasó lo propio.

Los ocho días que pasé en Trieste en compañía de nuestra abuela, la valiente, la decidida reina doña María Teresa, fueron deliciosos. En Trieste me encontré lleno de españoles, allí gocé. En casa de mi abuela todos son españoles, se come á la española, las camas son españolas, todo es español. En las memorias que escribí en Junio de 1864, cuento rasgos admirables de muchos de los que rodean á mi abuela, cosas heroicas, cosas que sólo se ven en España y en el partido carlista. Cuento la entrega que mi abuela me hizo del glorioso estandarte de la generalísima, la emoción que probé en ese momento y las palabras que pronuncié al recibirlo. «Recibo y beso este estandarte,—le dije—símbolo de religión, patria y legitimidad; yo lo conservaré hasta que llegue el momento en que le presentaré á los héroes que deban defenderlo, y espero en nuestra generalísima que será para vencer». Si hubieran oído estas palabras los de mi casa, delito lo hubieran llamado.

Mi abuela sentía como yo, pero no podía manifestármelo; había puesto mi madre antes de emprender este viaje la condición de que no me hablarían de cosas de España; creo yo que las palabras puchero, garbanzos, toros y no sé qué más, estaban en el índice; mucho más que yo tuviese derechos que sostener y deberes que cumplir. Para estas cosas había excomunión mayor.

Mi vuelta á Venecia fué triste, pero con alientos para mucho tiempo. Estaba resuelto, no quería ya extranjeritos; acudí á una estratagema é hice salir de casa al marqués Molza, ayo nuestro, y resolví á mi madre á tomar uno español. Molza fué mi medianero. Estuvo muy digno en esa ocasión.

Por esa época publicó mi abuela un manifiesto con el título *Mi carta á los españoles*; en él me presentaba al pueblo como su rey legítimo. Se fundaba en las leyes de España para decir que mi padre por la renuncia había perdido todo derecho, que yo era el rey. Concluía con un *¡Viva Carlos VIII!* el primero que se dió.

Esta noticia y la de varios folletos y trabajos mandados hacer por mi abuela, irritaron á mi madre, sobre todo uno, *La voz del partido carlista*, en que se decía que yo estaba cautivo, se contaban las vejaciones porque me hacían pasar, y el aislamiento en que se me tenía de todo español. Es un buen documento para la historia, aunque demasiado vehemente respecto á algunos puntos.

El español de quien hablé, el nuevo apoyo que debía venir, el escogido de mi madre, fué el general don Luis García Puente, antiguo veterano de la guerra de la Independencia y de los siete años. En él cifraba yo todas mis esperanzas; con un ayo español veía el cielo abierto, pero no fué así. Puente, como buen militar, guardó su conigna, aunque poco á poco fué aflojando; con él hubo más libertad. Lo que antes debía hacerse á escondidas y por los medios más ingeniosos, pudo hacerse más abiertamente. Pude escribir y recibir cartas sin comprar á los carteros; pude hacer trabajos de propaganda con algo más de libertad; hasta Puente me ayudó en algunos de ellos. Ya tenía algunas esperanzas más, pero todavía estaba oprimido. Tan poco libre estaba, que vino á Venecia el general Arévalo con el único y exclusivo objeto de hacerme escapar; yo le ví, pero no pudimos hablarnos. Puente estaba presente, tuvimos que hacerle por cartas; Santa Cruz se las llevaba, y despues de leídas se quemaban. Yo dí á Arévalo instrucciones para los amigos; le hice comprender la imposibilidad é inconveniencia de una evasión, le dije cuál era mi corazón y mis sentimientos, le indiqué que pronto me casaría—ya estaba yo enamorado—y que entonces estaría libre y podría obrar, pero que para conseguirlo era preciso ir con mucha prudencia y con gran tino.

Otros españoles vinieron: Marichalar, Algarra, Tristany, Mergeliza, Bas y otros varios. Con éstos completé mis trabajos; éstos consistían en darme á conocer y ser conocido el día que echasen á Isabel. Entonces levantar mi bandera, firme en materia de principios, conciliador en lo demás, bandera nacional, bandera española, no bandera de partido. Este era mi proyecto. Para lograrlo, hacía escribir á Santa Cruz y al P. Ramon; gastaba los

pocos cuartos que tenía en fotografías y sellos de correo. Así empezó nuestra conspiración.

Mi madre escribía entre tanto á mi abuela; la correspondencia entre las dos llegó á ser feroz. Mi abuela defendía mis derechos, quería que se obrase. A mi madre la cegaba el amor de madre; veía en la política un peligro para nosotros, prevía disgustos y hasta catástrofes; quería, pues, borrar de nuestra imaginación hasta el nombre de España, pero esto no era posible. Y ¡cosa rara! como católica y como mujer de principios: nunca hubiera querido que renunciásemos nuestros derechos; quería que los sostuviéramos, pero para no usar de ellos. «Si Dios lo quiere, decía, serás Rey de España;» pero yo contestaba: «Dios dice: ayúdate y te ayudará;» mi máxima era: á Dios rogando y con el mazo dando. Yo no creía posible que amaneciese un día en que, sin obrar nosotros, llegase á Venecia la escuadra española con una comisión que me ofreciese la corona y me llevase á España. Sueños me parecían éstos y nada más que sueños; yo quería realidades, y que se empleasen los medios: veía que el trono de Isabel vaciaba, y quería presentarme el día que cayese á salvar á España. Quería prepararnos y me lo impedían, porque decían que mi padre era el rey, y yo contestaba que de lo que se trataba era de salvar la patria; mi padre deja rodar la corona por los suelos, yo debo recogerla: yo haré como el coronel, que cuando ve que el general cae en el combate toma el mando, pero siempre dispuesto á cederlo al general, en el momento que averigüe que cayó herido y no muerto.

En Enero de 1864 llegó á Venecia la duquesa de Parma y nos visitó en seguida con su hija la princesa Margarita y su hijo el duque de Parma. Alfonso y yo estábamos estudiando; mi madre nos hizo bajar para que viéramos á nuestros primos, que habíamos dejado cinco años antes, siendo ellos y nosotros muy pequeños. Entré en el salón, miré á Margarita, y la encontré hermosa: un pelo rubio que parecía de oro; una tez trasparente; una mirada tímida, que reflejó en mi alma la suya. La miré segunda vez, y dije: «Es hermosa, su alma debe ser grande, quiero que sea mía». Estaba enamorado de ella. Mis confidentes en materia de amores fueron los mismos que lo habían sido en política: les abrí mi corazón, les conté mis nuevas angustias, mis temores; de ellos recibí buenos consejos, y en esto, como en lo demás, me dijeron: adelante.

El 1.º de Febrero de 1864 murió en Venecia la duque-

sa de Parma. Margarita quedó en casa de su tía la condesa de Chambord: su dolor fué inmenso: llegó á decirse que quería encerrarse en un convento, y esta noticia que llegó hasta mí, me traspasaba el corazón.

Poco despues escribí una carta á mi tía la condesa de Chambord confiándole mi secreto y plidiéndole la mano de Margarita. Su contestación fué en son de burla; que era un niño, y que en vez de pensar en casarme que pensara en estudiar.—Hace la historia de sus amores con todo el candor de la niñez y apasionamiento de la juventud, escribiendo páginas verdaderamente poéticas: las escribía el corazón.

—Cuando la guerra de Italia y Prusia contra el Austria quiso ir don Carlos de soldado raso; ofreció llevarle de ayudante su tío el duque de Módena, y «desde este día Alfonso y yo no dormimos en nuestras camas; dormíamos en el suelo para acostumbrarnos á la vida de campaña, y éramos felices»;—pero no quiso el emperador aceptar la cooperación de ningun príncipe extranjero, y fué tan grande la pena de don Carlos, como había sido su contento en ir á la guerra. Pinta gráficamente su situación y la de la corte, y prosigue:

La noticia de la victoria de Custoza reanimó mucho el espíritu, pero decayó luego con la derrota de Sadova. Empezaron á llegar trenes sobre trenes cargados de heridos: eran tantos, que tuvieron que dejar á muchos sobre la paja, sin asistencia de ningun género durante varios días. Nosotros fuimos inmediatamente á socorrerlos; les llevamos dinero, medallas de la Virgen y cigarrillos: estas dos cosas eran las que más agradecían. Puente nos acompañaba y estábamos corriendo todo el día de un punto á otro. Hubo vez en que pudimos prestar grandes servicios á estos desgraciados. Con decir que éramos primos del emperador hicimos que los directores y enfermeros cumplieran mejor con su deber, que era grande su descuido y desidia. Vimos heridos que causaban horror, y vimos morir á algunos nada más que por falta de médico y remedios.

—Habla de la tristeza de la corte imperial por la derrota de Sadova, y continúa:—Para mí había otro motivo de tristeza; nada sabía de España, y me era imposible trabajar sin personas que me ayudasen, y me faltaban desde mi salida de Venecia: acudió Puente en mi ayuda y Manuel Echarri, antiguo servidor de Carlos VI, que en Bourges quedó preso en su lugar, para que mi tío pudiera evadirse; que le acompañó á la Rápita y le cerró los ojos en Trieste. Este, como buen español, me

servió con lealtad y pudo serme muy útil por su grande experiencia y conocimiento del partido.

En Inspruk pude reanudar mejor mis trabajos. A consecuencia de una medida arbitraria tomada en Madrid contra nuestra prensa por el general Hoyos, vino á verme el director de *La Esperanza*, don Vicente de la Hoz; con él arreglamos algo respecto á la publicidad que debía darse á nuestras cosas, punto importantísimo en esos momentos en que no había libertad para la prensa. Pero era preciso que nos conociesen en España. Don Pedro de la Hoz, padre de don Vicente, había levantado mi bandera cuando la renuncia y manifiestos de mi padre; sin embargo, la mayoría de los españoles desconocían todavía mi existencia. Se empezó, pues, por las noticias más insignificantes; anunciar un cambio de residencia; que montáramos mucho á caballo, y cosas por el estilo.

Un pensamiento me perseguía por esa época, pensamiento que me atormentaba desde Praga. Sabía que allí había estado Cabrera y que no se le había recibido. Esto era para mí un gran dolor; no podía sufrir que se cerrasen las puertas de nuestra casa á un español cualquiera, mucho menos á Cabrera; al héroe de nuestra causa; al hombre acribillado de heridas por nuestra familia; á esa gran figura que yo colocaba al lado de mis héroes predilectos; á ese Cabrera, cuyas grandes acciones me entusiasmaban y cuyo valor admiraba. Mi pensamiento fijo desde Praga, fué remediar la falta que á mi juicio allí se cometió. En Venecia hice escribir á Cabrera á escondidas de mi madre, diciéndole cuáles eran mis sentimientos, mis deseos, mi posición; que deploraba lo sucedido en Praga, siendo yo niño; que en él tenía toda mi confianza; que de él lo esperaba todo; que fuese conmigo lo que había sido con mi abuelo, y que juntos salvaríamos á España; y le enviaba unos retratos nuestros, que él hizo devolver por su secretario en tono bastante despreciativo. Si supiese Cabrera, decía yo entonces, si supiese ese hombre de gran corazón por lo que he debido pasar para que se le escribiese; si supiese lo que sin conocerle le amo; si supiese qué riesgos corro dirigiéndome á él ahora, de seguro no me haría este desaire; me lo hace porque no conoce mi posición; no conoce mis sentimientos; porque se acuerda de lo de Praga y aun está resentido: no sabe lo que entonces sufrí por él; cree tal vez que es mi madre la que le hace escribir ahora. La contestación de Cabrera me afligía, pero no desesperaba: estaba resuelto

á hacer cuanto estuviese en mi mano para vencerlo.

Grande fué mi alegría al saber que Cabrera estaba en Viena; tomé valor, me fuí al cuarto de mi madre, á la que conté lo que pasaba en mi corazón desde que no quiso recibirlo en Praga: la dije que estaba obligada á remediar aquello, como madre y como católica, para no exponer mi porvenir y el de todo un pueblo; que deseojase á Cabrera; que las medidas que se habían tomado para extranjerizarme me habían hecho más español: que nadie me había retroceder en la marcha que estaba decidido á seguir por conciencia, etc. etc. Incomodóse mi madre primero, yo volví á la carga, y al fin, escribió á su hermano el duque de Módena para que dijese á Cabrera que deseaba verlo. Mi júbilo entonces rayó en locura; ¡qué cariños le hice á mi madre! ¡qué brincos pegué! Es'aba loco de contento: Iba á ver al hombre de mis sueños, á hablarle, á conocerle... pero en esto llega Cabrera, le veo, quiero entusiasmarme y no puedo.... su mirada nunca fija en uno, ese movimiento continuo que tiene, ese modo de hablar grosero y poco franco, todo, todo, me hizo una impresión fatal. Ahogaba estas impresiones; tampoco llegué á formularlas; me parecía una infamia no encontrar á Cabrera un tipo de caballero, una gran cosa... tan convencido estaba de que lo era, que me esforzaba para encontrarlo, y tales fueron mis esfuerzos, que lo hallé... la impresión primera que produjo en mí la vista de Cabrera, pasó como un rayo, no llegué á fijarme en ella, no pude formularla; no lo pude, porque no quise; quise encontrarle magnífico, y me persuadí que lo era: le hablé, pues, con el entusiasmo, con el amor con que le hubiese hablado pocos días antes; le abrí enteramente mi corazón... Todo lo esperaba de él, me parecía que era yo el hombre más dichoso del mundo hablando á un héroe, á Cabrera. Pero Cabrera estaba frío, flojo, hubiese debido encontrarle mal; pero me pareció que eso era ser político, que eso sería ser un grande hombre, que sabía disimularlo, pero que estaba más entusiasmado que yo. «Es un génio, pensaba, y los génios no se les sorprende.» Me deshice con él en amabilidades y pruebas de afecto; ni sus discursos tan poco españoles, ni lo que le dijo á mi madre, para que se retirase en alejarnos de España, ni nada, me convenció de que Cabrera no era lo que me había imaginado. Le creía el mismo, el Cabrera de mis sueños, el Cabrera con quien salvaría á España; pero desgraciadamente me equivocaba. Es verdad que yo desconocía los tratos que mediaban entonces entre él y ciertos personajes revo-

lucionarios, para llegar á la unión Ibérica, con don Fernando: es verdad... Se marchó de Insprick y yo quedé entusiasmado, prendado de él, bien lo dicen las cartas que entonces empecé á escribirle, cariñosísimas, de hijo á padre, en las cuales le contaba todos mis pesares, le pedía consejos hasta para las cosas más insignificantes.

.....
 Concedida que le fué á don Carlos la mano de doña Margarita, el emperador, el rey de Hannover, los archiduques, todos fueron á felicitarle; «pero esto no me daba el gusto que cuatro renglones de un español cualquiera. Sin embargo, las cartas de España eran pocas, pero las que venían me llenaban de consuelo. El primero á quien participé mi boda después de los parientes, fué á Cabrera. Mi padre me escribió en esta ocasión una carta afectuosísima, á pesar de que no me decía una sola palabra de política. Esa fué la primera carta que me escribió desde que yo tenía uso de razón

El día 4 de Febrero de 1867, nos echó la bendición nupcial en la capilla real de Frohsdorf, monseñor Falcinelli Antoniecci, arzobispo de Atenas y nuncio de Su Santidad en Viena.»

1870.—Ocupándose don Carlos de sus hijos, dice de su primogénito Jaime: Lleva un gran nombre: al grito de Santiago vencieron nuestros padres y libertaron á España; don Jaime de Aragón, si fué el rey de las batallas y de las conquistas, lo fué también de los fueros y de las libertades. Esto dije yo á la comisión asturiana que vino á reconocerle como príncipe y ofrecerle la cruz de las Victorias en nombre de la provincia, y esto espero que no olvidará mi hijo cuando sea hombre. Si algún día caen estas memorias en sus manos, que las lea, están escritas de prisa y mal, pero hay mucho que aprender en ellas. El conocimiento de los hombres, es la principal cosa para los príncipes, y los hombres serán los mismos en 1900 que en 1870. Yo veo esta verdad, cuando leo la historia de 1823 á 33 y la de la guerra civil, esa gran epopeya, que tanto enseña y tanto leo, y aunque escrita por un liberal, por Pirala, es español y es imparcial: el mismo modo de conspirar, las mismas rivalidades que hoy, todo igual, con los nombres solo cambiados. Uno que lea friamente la historia, indica muchas veces y con gran facilidad, remedios que los contemporáneos ni siquiera imaginaron, y esto, no porque fuesen más tontos que nosotros, sino porque las pasiones los obcecaban.

Si llega, pues, Jaime á ser rey, verá en estas mal ali-

ñadas páginas cómo se conspira, cómo muchas veces los hombres en quien uno más confiaba hacen traición, y siempre aprenderá algo. Si se queda en la emigración, aprenderá á amar á España, y sabrá que su padre la amó, y que si conspiró, lo hizo porque era su deber, diciendo muchas veces: «Lo que deseo no es precisamente llegar á ser rey, sino que mi conciencia me diga que por mi parte he hecho todo cuanto estaba á mi alcance para salvar á mi patria.» Con esto estoy contento: con esto soy más fuerte que los acontecimientos. Que Jaime siga por este camino, y será feliz: que estudie y aprenda.

El derecho es una gran cosa, la legitimidad lo mismo; pero es más tener una nación abatida, humillada, vejada, arruinada, que salvar, y tal vez una raza, pues la raza latina tiene que levantarse ó perecer para siempre. No creo que esté destinada á esto. Entonces necesita una unión, pues ha pasado el tiempo feudal; se acaban las naciones y de las razas es el porvenir. Prueba de ello, Alemania, Rusia, los Estados- Unidos. ¿Quién sabe si á los Borbones ha reservado la Providencia esta misión? Pero de todos modos, traten ellos de hacerse dignos. Esto pensaba yo en mi retiro de Benzweyer, luego de casado; tenía entonces 18 años: pensaba en una confederación latina; como español soñaba en unas Cortes de la confederación en Madrid, como punto céntrico entre los latinos de uno y otro mundo, y veía la bandera federal latina respetada por todos. Y porque he hablado de Borbones, no se crea que quería destruir las repúblicas hispano-americanas; al contrario, deseaba darles lo necesario para no ser tragadas por el coloso del Norte. Comprendo que las naciones como los hombres, llegan á una edad en que pueden vivir por sí, y entonces se emancipan; pero para ser fuertes tienen que estar unidas á sus hermanas.

He recibido muchas exposiciones de carlistas pidiendo se les clasifique, y otras cosas: la mayor parte de sus pretensiones son justas, pero noto en muchas de ellas una firma poco respetuosa: esto es debido á la *impunidad*, que no puede menos de existir en circunstancias como las presentes. Sin embargo, en las contestaciones, se les hace notar sus faltas. Cerrar los ojos en ciertos momentos, y sentar la mano cuando es preciso, esta es la gran política.

En la parte diplomática no he sido yo muy activo. Cuando la abdicación de mi padre puse una carta á los soberanos presentándome como heredero legítimo de la corona de España, y les decía que reuniría unas Cortes

en las cuales daría una Constitución que fuese á la vez definitiva y española. Todos ellos contestaron por sus ministros acusando recibo. Inglaterra contestó mal, y el Santo Padre bien, siendo toda la carta de su puño y letra. Las comunicaciones con Roma fueron luego frecuentes y amistosas. En París tuve muy pocas relaciones con Napoleón; las primeras confidenciales, por medio del conde de Fuentes, primo de la emperatriz; luego por la duquesa de Hamilton, prima del emperador. Estas fueron más duraderas. Una vez me hizo preguntar Napoleón qué pensaba respecto á mi tío el conde de Chambord: en una nota que le envié le decía, que el principio que reconocía en España, tenía que reconocerlo en Francia también; pero que, como Enrique V no tenía hijos, y la corona pasaría á los Orleans después, como ante todo era español me inclinaba más bien á los bonapartes, á quienes una vez en España, con mi reconocimiento podía dar más de lo que ellos se figuraban. Me hizo contestar el mismo día agradeciéndome la franqueza, y diciéndome que si le hubiese hablado otro lenguaje no me hubiese creído.

Al llegar Olózaga de embajador en París, me pidió audiencia Lavalette, ministro entonces de Negocios extranjeros; me dijo que venía de parte del emperador, y que era una atención el enviarle á él más bien que al ministro del interior. Se quejó de la conducta de los emigrados de la frontera, y me dijo que comprometían al gobierno; le contesté que agradecido á la hospitalidad de Francia deploraba que por su entusiasmo causasen complicaciones al gobierno, que trataría de impedirlo, pero como él mismo comprendería, era difícil mientras durase la miseria y el deseo de volver á su patria. Añadió que sabía que yo conspiraba en París, á lo cual contesté: «Extraño que el emperador se haya apercibido solo hoy que yo conspiro aquí, pues sola y exclusivamente para conspirar escogí París, pues como es un gran centro se conspira con más libertad que en otro punto, y lo extraño más después de haber pasado notas al emperador relativas á la conspiración, y haberme él contestado en ese mismo sentido.» Confesóme entonces que se había explicado mal, que el gobierno no se oponía á que yo conspirase, sino que deseaba se hiciese con menos publicidad, y que si yo trataba de ir á España, me sería interceptado el paso de los Pirineos. Yo le contesté: «Señor ministro, eso corre de mi cuenta;» y efectivamente, el día que caía Lavalette pisé por primera vez el suelo de mi patria.

En los dos meses que pasé en la frontera de España cuando el movimiento de Julio y Agosto de 1869, fui perseguido como una fiera por las autoridades francesas, teniendo que cambiar de residencia por la noche; viviendo en los bosques ó en los graneros de las casas de aldeanos; comiendo pan de maíz; ajos y nada más; y debiendo únicamente á la lealtad de esos buenos mortales, el poder reunir alguna vez en las altas horas de la noche, en alguna choza miserable, á los jefes carlistas más importantes de dentro y fuera de España.

—Al presentarse la candidatura Hohenzollern, pudo ir don Carlos á París, contó con el concurso más absoluto del Imperio; se ofrecieron á Elío armas y recursos; pero la retirada de aquella candidatura lo cambió todo y tuvo que salir don Carlos de París. No interesó en su causa al emperador de Austria, y el marqués de la Romana sólo obtenía del soberano de Rusia el deseo de que triunfase.

Acababa de morir Narvaez y subir al ministerio Gonzalez Bravo. Se me presenta en Gratz don Miguel Sanchez, presbítero, que ya hacía años me había presentado su comunicación, diciéndome en ella «que la bandera del derecho se dobla, pero jamás se rompe.» Esta vez se dice autorizado por el gabinete Gonzalez Bravo, y me enseña documentos que lo acreditan, pero no quiere entregarlos. Me hace la siguiente proposición; «Que reconocamos á Isabel y seremos reconocidos por infantes de España, con dotación correspondiente, y nos serán devueltos los bienes de mi abuelo Carlos V; y que cuando estemos una vez allá, el partido moderado, que ve inminente una revolución progresista, y no puede evitar la caída de Isabel, se compromete á hacer un movimiento en mi favor y proclamarme rey. Que también podría arreglarse el casamiento de mi hermano Alfonso ó de mi cuñado Roberto con la infanta Isabel, después condesa de Girgenti.» Al oír yo semejante proposición, me levanté y le dije: «Padre Sanchez, jamás reconocí á Isabel por mi reina, porque no debo y no puedo; pero sepa usted que el día que hiciese esa bajeza, que tal la considero, sería su primer súbdito y el primero en defenderla. Y mire usted que me insulta si sigue haciéndome tales ofertas...»

—Pasa revista á algunos personajes carlistas á los que retrata gráficamente; evoca recuerdos de lo pasado respecto á lo que sufrió, y los infinitos é ingeniosos medios de que tuvo que valerse para empezar á escribir á España, darse á conocer y recibir contestaciones de algunos: así se empezó á remover las cenizas del partido carlista,

y escribe: «Nadie hubiera dicho entonces que cuatro ó cinco años despues estaria el partido carlista organizado y dispuesto, tanto para la lucha armada como para la legal; que contaría con más de 2.000 juntas, 90 periódicos y haría una propagación admirable; que enseñaría, en fin, á Europa que existe una España católica una España monárquica...» Cuando piense el principio que todo esto tuvo, veo la mano de Dios. Si esto es un milagro, no hay milagros, y cuanto Dios hace milagros por algo los hace.

Recibo felicitaciones por mis días. Varios emigrados en Bayona me piden un socorro; cosa rara, pues de tantos miles como hay refugiados en Francia ninguno pide dinero; á pesar de que muchos están muriéndose de hambre. No sucede lo mismo con las cruces y empleos; esto prueba el noble orgullo del carácter español.

Los excesos revolucionarios han hecho carlistas á muchos que militaban en otros campos; hombres se me han presentado que de buena fe nos combatían hace poco, y que ahora nos defienden con entusiasmo. Tenemos hombres eminentes que no teníamos; el partido carlista con los años, la emigración y el retraimiento, carecía de hombres: sólo nombres le quedaban que yacían en los cementerios; era preciso buscarlos, y estos han venido; fué una ganancia inmensa, que no comprendo cómo desconocen algunos carlistas, que deben ser ante todo españoles. Ojalá viniesen más, muchos más, pues necesitamos hombres: á cada instante, para cualquier bagatela, nos faltan.

Llauder escribe desde la frontera pintando el estado de los ánimos allí, que es deplorable: murmuraciones sin cuento, voces de antiguos y nuevos carlistas-liberales y neos, puros y no sé cuántos más, ahora que deberíamos estar más unidos que nunca. No se lo que tiene ese Bayona y toda esa frontera para ser siempre un nido de mal contentos: ¡desdichada impunidad! ¡hambre maldita! Vosotras sois la causa de todo esto. Un carlista en España, es cosa enteramente distinta de un carlista emigrado; allí no hay más que sumisión, sacrificio, desinterés y heroísmo; aquí chismes, murmuraciones, deserción y falta de respeto á la autoridad: todas las emigraciones han sido siempre lo mismo; por eso digo: despejar la frontera, á España todos los que puedan, un carlista aquí vale como uno, y tampoco eso, pues tiene que pensar en comer; mientras un carlista en España vale como ciento por sus influencias; porque allí es donde se debe trabajar; porque allí con el látigo del gobier-

no levantado, cada cual piensa en combatir al enemigo con un y no en destrozarse ni despedazarse entre sí. Este es mi pensamiento fijo desde mucho tiempo; de ahí mi orden para que se hiciese saber á todos que no merecería á mis ojos en lo más mínimo el que fuese á España y se acogiese á la amnistía. Si mi abuelo hubiese pensado así, Carlos V hubiese sido rey de España; al poco tiempo hubiese tenido jefes sin cuento y generales en el ejército; en vez de tener coroneles y hasta jefes de más graduación de limpiabotas y chocolateros, los hubiese tenido en donde un día le hubieran pedido, roclamar rey. Esta conducta debida á escrúpulos exagerados, ha hecho que hombres de inmenso mérito, que han vivido miserablemente por una gran causa, esa gran causa no puede emplearlos hoy, porque no sirven; moliendo chocolate, han olvidado lo que sabían, y no han aprendido lo que debe saber un oficial en 1870, que es algo más de lo que le bastaba en 1839.

21 de Noviembre.—Ayer no hubo correo de España; hoy recibimos los diarios de Madrid del 16. Los nuestros vienen muy valientes, especialmente *La Esperanza* que pinta el estado de terror que reina en Madrid, les aparatos de fuerza, y la tropa que recorre constantemente las calles, para que sea libre la elección de rey.

Son las dos de la tarde y aún carezco de noticias de los centros. Veinticinco carlistas han sido presos en la frontera. ¿Si estarán comprendidos en ese número los del Centro?

Comprendo que retarden el movimiento en vista de la actitud de los republicanos y de su manifiesto pacífico, pero no concibo su silencio, que sin un motivo grave no tiene perdón de Dios.

Llamo al coronel don Isidoro Iparraguirre y le mando que mañana mismo salga para la frontera, con carta mía para el Centro é instrucciones. Su conducta no tiene disculpa; era un deber escribir en estos momentos, aunque nada hubiese, lo que no es probable. Yo debo suponer que han escrito y que las cartas se han extraviado, que los han preso, ó que se han muerto.

El conde Faura escribe á su hermano el de Almenara con fecha 19, diciéndole que allí (Biarritz) trinan contra el rey de Prim, y lo mismo en España; que espera que pronto irá allá, pues si no sería mala señal.

Tambien Romana escribe desde Amelle les Bains á Iparraguirre con fecha 17.

Llegan, pues, cartas á unos caballeros particulares, y á mí, á quien se debería tener al corriente de *todo*, en

estos momentos, nada se me dice. Antes se me escribía por cualquier niñería, hoy ni siquiera me participan que se ha elegido rey. Oficialmente no lo sé: aún lo ignoro. ¿Para qué sirven, pues, los centros? ¡Si son tan activos en sus trabajos de la península, nos hemos lucido!

Tengo que contener mi justa ira para que la carta que se lleva mañana Iparraguirre vaya en términos co- medidos. Llega á tal punto mi consideración á ese Cen- tro, que apelo á una suposición poco probable, para ex- cusar una falta que si fuese cierta sería gravísima.

Escribo lo que sigue:

«Al Centro de la frontera: Debo suponer que no una, sino varias cartas vuestras se habrán extraviado, puesto que desde el día 9 no he recibido ninguna.

«Esto en tiempos normales me parecería grave: en las presentes críticas circunstancias me es intole- rable.

«Os envío, pues, por el dador la presente. Decidme por su conducto sin pérdida de tiempo—y sentiría que permaneciese ahí más de veinticuatro horas—qué es lo que sabéis de los republicanos, sobre si aplazan ó no el movimiento; qué sabéis de las personas con quienes cuentan nuestros amigos y que aun sin el alzamiento de aquellos pensaban moverse; y decidme sobre todo qué habeis hecho para estar preparados si llegaba ese caso; ó si estais preparados hoy, pues de un día á otro puede llegar.

«Aprovechando el conducto seguro manifestadme también, aunque sea á rasgos generales, el plan que hayais trazado para el movimiento; si está ya constituido el centro de Madrid; el estado de las provincias y su organización, en especial de las Vasca, Navarra y Cata luña; si tienen todas comandantes generales, con qué gente, armas y recursos se cuenta en cada una; qué di- nero existe, y dónde y en poder de quién. En fin, deci- me todo cuanto sepais y vuestra opinión en circunstan- cias tan extraordinarias.

«El 16 pasó sin novedad; puede haberla el mismo día en que recibais esta carta. Vosotros, que estais ahí en relaciones con el centro de Madrid, á vista del país, y que podeis, por tanto, apreciar exactamente el momento en que con republicanos ó sin ellos, ó con la otra ayuda ó sin ella, exija la salud de España que nos arrojemos á hacer el grande esfuerzo, envidme el telegrama en que convinimos (el amigo está mejor) y me pondré en ca- mino.

«Además de lo que me escribais, dad pormenores al

dador, persona tan de confianza y tan querida nuestra.

«Concluyo repitiendo que debo suponer y supongo que varias cartas vuestras se habrán extraviado.—Dios os guarde.—Carlos.

«P. D. Que entregue Elío al dador la clave, de la cual convendrá usar siempre que haya cosas delicadas que decir.

«La Tour 21 de Noviembre de 1870.»

Escribo una larga carta al duque de Módena relativa á Aosta, á la situación de España en general y de nues- tro partido en particular.....

Hoy he escrito otras cartas de poco interés. Ayer es- cribí á Villadarias y al P. Martín acusándoles recibo de la última afectuosísima carta de Su Santidad, que con- servaré como las demás que tengo, como una verdadera reliquia.

22 de Noviembre.—Iba á salir Iparraguirre cuando recibí una comunicación del Centro de la frontera, fir- mada por su presidente. Lleva el sello de la cachaza de Elío: en un mismo sobre me incluye una carta del 15, que probablemente permaneció cuatro días en su cajón; otra con fecha 18 que debe ser del 19, puesto que los tim- bres del correo llevan esta fecha, y me incluye otra de Belascoain desde Madrid del 17, que ni en globo hubiese podido venir con tanta celeridad. Me paro en estas cosas que á primera vista parecen pequeñeces, y que en rea- lidad son una prueba de desidia y poca formalidad de quien las hace. Látigo, látigo sería lo que merecería; á Elío creo que apenas con banderillas de fuego se le mue- ve. Su pereza es capaz de hacer caer los brazos á cual- quiera. Hé aqui por qué le llaman desgraciado los que no usan de otras palabras que más al caso vendrían; hé aqui por qué todo lo que él toca se lo llevan los demo- nios: pereza, pereza, nada más que pereza.

La carta del 15 se reduce á esto: que para el caso de un movimiento, el Centro ha reunido á los diputados de Navarra y Vascongadas, para consultarles. ¿Y á qué vie- ne consultarles? Si es para enterarse del espíritu del país, pase; pero si es para otra cosa, no se concibe cómo militares cometan semejante torpeza. Que los diputados han dicho que sus provincias, dado caso que por el nom- bramiento de Aosta se lanzasen los republicanos, y des- pués de ellos los carlistas hacen un movimiento en la mayor parte de España, ellos le secundarán enérgicamente ¡Va- liente cosa! Que lo harían incondicionalmente (¿con que ponen condiciones?) si tuvieran dos ó tres mil fusiles más y que lo iniciarían si tuvieran ocho ó diez mil; pero

que si no, «de ninguna manera se atreven á contraer compromiso;» me parece oír hablar á algún jefe de partido no adherido á nosotros que trata de coaligarse en momento grave; este lenguaje no se ha usado desde que existen carlistas en España, «porque sus provincias exponen en un revés su existencia política, y para hacer un levantamiento en ellas necesitan algunas garantías exteriores.» ¿Se ha visto lenguaje más...? Tratan de potencia á potencia; y ¿quiénes son ellos para esto? Verdades que cometida la falta de consultarles sobre cosas que ni saber debían, cualquier cosa se puede esperar. Pero vamos adelante. El Centro trata de modificar el efecto de tales declaraciones, ponderando el excelente espíritu de las provincias en cuestión, cosa de todos sabida, y dice que el comandante general de Cataluña se ha presentado para ponerse de acuerdo; que se persigue á los carlistas en Francia; que se les encarcela en lugar de internarlos; que avisan á Madrid para que cuenten con mi presencia el día preciso; que por Dios no me mueva sin aviso, y que no lleve á nadie más que un gentil-hombre, para que haya más secreto, es decir, ningún militar: ¿es tal vez que temen que si va Arjona se les pinche de masiado? Está en el carácter de Elío, que es quien firma esta sublime carta.

En la del 13, ó más bien en la del 19, el Centro me participa que ha vuelto el mensajero de Madrid; que el general P..... no hará nada (segunda edición de lo de San Carlos de la Rápita), y que es sensible que Belascoain, fascinado por él, haya tanto tiempo puesto dificultades á ese Centro sobre la formación del otro; y, ¿quién más que Elío quiso seguir siempre con paños calientes?..... Que, sin embargo, el mensajero vió gentes animadas en casa de Calderon; pero que es cierto «que los jóvenes son ligeros y no hay que hacer gran caso de ellos.» ¿Y los viejos, qué serán? Su actual conducta lo dice. Que el centro de Madrid se ha constituido así: Belascoain, Revuelta; general Vargas; Mirasol; general Arjona, Lara; general Planas, Bernardo; general de marina, Martínez, Ramiro; intendente Togores, Roman; general Mogrovejo, Castilla; y general Marco, Cuadros. Que hay dudas de que los republicanos se muevan; que el comandante general de Cataluña tiene orden de averiguar lo que de cierto haya respecto á ellos en el Principado; que un jefe republicano ha dicho que se preparan de un modo formidable; que los diputados carlistas reunidos de nuevo y solos —la cosa se va agravando— *habían decidido apoyar todo movimiento que se hiciera en otra*

parte, como fuese respetable y serio. El Centro se congratula de ello.

.....
Si hoy he tenido que escribir como rey, quiero escribir mañana á Elío como amigo, permitiéndole comunicar extraoficialmente mi carta á sus compañeros, que sé que son buenos y leales, y que realmente padecen mucho, en estos momentos sobre todo. Elío, á pesar de sus defectos, es un verdadero mártir: tiene una lealtad á toda prueba y es consecuente cual ninguno. Muchas pruebas tiene dadas... .. Algunos que á sí propios se llaman antiguos, apellidan á Elío; otros traidor; quién inventa que se come los caudales de la causa, y se hace fabricar *chállets*; quién que es fusionista masón y no se qué más. Todo lo sufre con paciencia. Trabaja con toda la actividad que puede, aunque se levanta por la mañana bastante tarde; es verdad que á veces escribe hasta las dos de la noche..... Presidente del Centro trabaja y hace lo que puede, y es allí otra vez víctima de las calumnias y murmuraciones; y como único acto de impaciencia exclama: «Estoy tan aburrido con estas cosas, confío tan poco en los músculos que estoy tentado de refugiarme en la otra mitad del género humano.»

Creo que no habrá uno que no me dé la razón al llamarle mártir; mártir es realmente, y tiene la paciencia de los mártires; hasta en su desesperación se ve hasta qué punto llega su sufrimiento, y en la frase que acabo de citar está pintadito Elío. Siempre galante, siempre caballero.

—Aparisi se me presentó en París, estando Cevallos de secretario mío, y empezó desde luego á trabajar por la causa; escribió folletos y artículos admirables, hizo grandes trabajos de propaganda, me ilustró con sus consejos, aunque no formaba parte, por decirlo así de mi gobierno. Llegó la cuestión Cabrera, y por un momento se hizo el partido carlista revolucionario; estaba en la frontera y le llamé para que me ayudase; vino,—pero no fué lo que yo esperaba,—su corazón, su alma impresionable, los centros revolucionarios que se formaban en el partido, esa gran cosa, que en la realidad es un estado calenturiento, que se llama opinión pública y entusiasmo de la opinión; el no conocer bien á Cabrera, ni los motivos de decoro que yo tenía para oponerme á las pretensiones de los cabreristas, todo esto contribuyó á cegarle. Aparisi no vió claro entonces; Aparisi se engañó, pero se engañó de buena fe, se engañó como se engañan mis más leales servidores, pues en esta cuestión,

yo sólo ví claro, el tiempo lo probó. Aparisi engañado, con la elocuencia que tiene arrastró fácilmente á mis demás consejeros, también engañados. Yo no debía resistir más, y no resistí. Dije solo en un célebre consejo: «Quiere que venga Cabrera, sé que Cabrera no vendrá; si viene será para nuestro mal, de esto estoy bien seguro; pero quiere España, quiere el partido que venga; yo no puedo consentir que en ningún tiempo se diga que Carlos de Borbon por terquedad se opuso á algo que pudiese redundar en bien de la patria; hago pues, el sacrificio de mi amor propio, y por mucho que me cueste, que Vds. nunca podrán apreciarlo en su justo valor, escribo á Cabrera, pero le escribo solo por el amor que tengo á España, y ¡quiera Dios! que este gran sacrificio que hago por ella redunde en su bien y que yo esté equivocado, como quiero esperarlo después de haber oído el parecer de tantos leales, y de hombres de tanto saber, que en este punto ven las cosas diametralmente opuestas que yo.»

Dicho esto, encargué á Aparisi la redacción de la carta á Cabrera; pues á mí me es imposible escribir lo que no siente el corazón. Redactada, la firmé; y una comisión compuesta de Aparisi, los condes de Fuente y Orgaz, y no sé quién más, fué á Baden-Baden á verse con Cabrera. Aparisi al marcharse dijo: «ó traigo á Cabrera ó lo mato;» pero entonces ni lo traje ni lo maté. Obtuvo sí una carta en la cual Cabrera hacía justicia á la honradez y méritos de Ceballos, Lavandero y el doctor Vicente; pero, ¿qué significaba esta declaración cuando en ese momento mismo exigía su separación, y esparcía las voces más calumniosas contra ellos? Nada, así lo comprendí yo; pero mi sacrificio por España debía ser completo. Signieron, pues, las comisiones, las cartas, las intrigas: Cabrera aceptó por un momento la dirección, pero de mala fe, pues luego se retiró enviando un certificado médico, y dejando en muy mal lugar á los comisionados míos, á quien dejó en varias ocasiones por embusteros. El conde de Fuentes, el caballero conde de Fuentes, fué su víctima; conoció que se había engañado, y de dolor murió á los pocos días... Le quise y le lloro.....

Aparisi se engañó como los otros: en la entrevista que tuvo conmigo cerca de Bayona fué duro; me aconsejó que me retirase á Suiza, y dejase á Cabrera de verdadero rey, con facultades régias, Yo debía apurar el cáliz, y por España lo apuré. No me engañé, y seguí su consejo. Al ir á Suiza dije con más razón que Aparisi al

ir á Baden-Baden: «O Cabrera nos sirve, ó le mato».....

Sofocado el movimiento, consumada la traición Escoda, dí mi decreto de suspensión de gracias: formé los centros; Aparisi se identificó conmigo; vió que en varias ocasiones había visto más lejos que él, y me fué utilísimo; y en este momento me es preciso separarme de él, y lo siento; porque está completamente identificado conmigo; me sirve su talento; me son útiles sus consejos y su elocuencia; pero hace falta en otra parte.

—Llamado don Carlos á la frontera, corrió á ella; se hospeda en la casa de campo de Mme. C, y el 7 de Enero de 1871 escribe lo siguiente: «Llegan Elio y Aparisi; les digo por qué he venido, que ellos son los responsables de lo que suceda; que estoy dispuesto á una tragedia, pero no á un sainete, y que esto es lo que temo. Me explican los motivos porque me han llamado, es decir, la inminencia de un movimiento republicano; la reacción que es brillante; la creencia en que estaban de que podríamos echarnos inmediatamente á la calle; creencia entonces fundada, pues era imposible prever que las nieves impedirían el transporte de las armas. Me dan razón de las órdenes que se han dado, de los elementos con que cuentan en las provincias Vascongadas, Navarra, Aragon y Cataluña que, aunque insuficientes en otra ocasión ahora pueden bastar. Que la unión de los partidos de oposición es un hecho: los republicanos se juntan con los nuestros, y alguno hay de sus jefes que se entiende con Elio; los generales moderados han recibido autorización de Isabel para levantarse con el primero que salga al campo, al grito de «viva España abajo el extranjero». Reina y Gaset han tenido entrevistas con Elio; dicen que en el campo de batalla, arrastrados por las masas carlistas, podrán dar el grito de «viva Carlos VII» sin mengua de su honra, pero que hoy es imposible. Gonzalez Brabo y Severo Catalina se manifiestan decididamente carlistas aunque el uno se escuche del otro. El primero quiere verme y yo le recibiré; pues *la causa* es la fe de nuestros padres y la restauración en España de la paz, la justicia y la libertad verdadera. De esa causa yo quiero ser el primer soldado. Tengo derecho, veo en él una obligación: si lo que represento no pudiera salvar á España, nada intentaría. Tengo una gran ambición, la de salvar á España que se hunde. Los que crean que puedo salvarla, que vengan conmigo. Yo no quiero saber más historia de España que desde la revolución de Setiembre acá; todo lo demás lo olvido. Creo que todos los partidos, incluso el

carlista, han errado ó han pecado. Por el solo hecho de ser partidos, son malos; para mí no hay más que españoles. O no tengo una empresa alta que acometer, ó es la de acabar, en cuanto es posible, con los partidos. Yo no soy partido, sino España. Esta empresa no es continuación de otra, es nueva. España se muere y llama á cuantos quieran salvarla, siendo yo el primer conspirador, el primer soldado, el rey. Necesito de muchos para derribar lo existente, de más para establecer un gran gobierno. Comprendo la monarquía legítima y verdadera, ó la república; no comprendo el parlamentarismo. Quiero Cortes para que expongan necesidades ó quejas, voten impuestos, contribuyan á la formación de las leyes, y nada más. Si el partido carlista hubiera mandado cuatro años, siendo parlamentario, estaría tan disuelto y hubiera cometido tantas faltas como cualquier otro partido. Yo no soy liberal, y sin embargo, quiero y puedo ser el rey de la libertad. Mi pensamiento, que ha de manifestarse en forma conveniente, es una gran conciliación de tiempos y de hombres. He dicho que si triunfo quiero honrar á Isabel, sea cualquiera su conducta conmigo. He de llamar á hombres notables de todos los partidos, y si se excusan diciendo que pertenecen á éste ó al otro, yo les contesto que la patria es lo primero, y que yo los llamo para que sirvan á la patria. Por esta razón acojo á Gonzalez Brabo; no quiero acordarme más que es español, y que dice que quiere contribuir á la salvación de España, y que en su concepto sólo yo puedo salvarla.....

13 de Enero.—Poveda ha arreglado la entrevista con Gonzalez Brabo; éste no sabe á casa de quién va, se le ha citado á una estación más lejos que Habas y en otra línea; Poveda va á buscarle y le trae en coche. Nuestra conferencia ha durado desde las ocho de la mañana hasta cerca de las once. Me ha dicho que está completamente decidido á trabajar por la causa que desde la abdicación de Isabel se considera completamente desligado de aquella señora, y que así se lo ha hecho presente; que él debe mucho á los Borbones y que por esto se acoge al único Borbon posible; que puede prestar grandes servicios; pero que para esto debe guardarse bien aún el secreto sobre su adhesión; que los suyos están propensos á reunirse conmigo y que él los decidirá; que cree muy conveniente obligar á Isabel á hacer su sumisión, y que para esto debería echarse mano de un *frailuco*, que, pasándole ciertas cosas, la apretase en otras; que si lo encontráramos él le instruiría de lo

necesario; ponderó la necesidad de dar un paso en las conferencias de Londres, y dijo que sólo con darse en ellas lectura de una nota de un enviado mío, se habría adelantado considerablemente, que por una indicación de Elío había extendido un proyecto de nota, que yo examinaría. Yo le pregunté cuáles eran sus ideas de gobierno para cuando triunfásemos; entre otras me dió una que apunto, y es, según él la necesidad de tener todas las leyes preparadas de antemano y luego decir que despues de lo sucedido en las Constituyentes, yo no quería sujetarlas á otras que aun podrían dejar de ser la representación de la nación; que quiero para las leyes un sufragio más amplio, el plebiscito por *si* y *no*; con esto tendríamos indirectamente y sin faltar á los principios, el voto popular, es decir, el derecho antiguo sobre el cual me apoyo, el nuevo y el de conquista; pues con la espada he de llegar á Madrid. Es una idea, y por eso tomo nota, pues lo que yo busco siempre son ideas, y son tan raras las ideas! Hombres políticos conozco yo que no saben salir de cierto círculo, repeticiones é ideas rumiadas por todo el mundo. Gonzalez Brabo me ha parecido hombre práctico, y si viene de buena fé, como es de suponer, es una adquisición. Tiene una larga historia que conozco, conviene que quede aún tras la cortina. Puede ser utilísimo en donde no tenga oídos. En la conferencia de hoy he hablado poco, le he hecho hablar; al despedirnos le he dicho: «que sea para el bien de España».

—Describe ciertas proposiciones de un comité republicano-universal establecido en Londres, formado en su mayor parte de italianos, los sinsabores que pasaba don Carlos en su escondite cerca de la frontera, dulcificado por la compañía y sincera amistad de un honrado republicano español, lo que le hacía sufrir la poca unión de sus partidarios, la poca actividad de unos y el temor de otros, y dice:

»Escribo á Elío una carta que transcribo para su día. Entonces deberá decirse la verdad, y caiga con la responsabilidad el que la tenga. Papelitos cantan. Entonces deberá prepararse todo de nuevo; otros hombres; otro sistema; abajo contemplaciones; abajo miramientos funestos; al objeto, y nada más que al objeto; y para la primavera, si se puede, una cosa seria. Conozco á los que dirán que debo seguir la política de mi tío Enrique V; pero ésta nunca será la mía. Si se espera que se desacredite Aosta, como se esperó que se desacreditase Isabel, y luego el gobierno provisional, tendremos

que esperar que se desacredite Montpensier, y don Alfonso, y la república, y tendremos para rato.

Mi carta es como sigue:—«16 de Enero, á las diez de la noche.—Querido Joaquín: con gran sentimiento mío he recibido ayer la tuya del 13, á la cual no puedo menos de darte la negativa más terminante. Tu nombre, tu historia, tus eminentes servicios te ponen muy por encima de las habladurías y los chismes de los descontentos y de los mal intencionados. Sigue, pues, en tu puesto de honor, y prescindiendo de la personalidad, castiga á los que se atreven á murmurar de quien merece toda mi confianza; que sepan éstos que obrando así son traidores á la causa y á mí es á quien ofenden.

Adelante, pues, y todo sea por la patria.

Hoy he recibido la tuya del 15, que agradezco: es terminante, hay datos, me das en ella detalles que me han interesado. Procura escribirme siempre así.

La carta de Zulema—Zaratiegui—no me ha hecho muy buen efecto; ha producido en mi ánimo el mismo efecto que en el tuyo:

A J. M. T.—Martínez Tenaquero—que si puede siga en su puesto, que en estos momentos nadie debe retirarse.

A Vitalista—Aparisi—que agradezco sus cartas, me alegro que trabaje á *rabiar*, que espero que los resultados lo probarán. Que no estoy impaciente, pero ya que me han llamado y he venido, no quiero que sea en vano. Que debe ser para algo y pronto; que sé *que en lo humano* se ha hecho lo posible, pero que ahora se deben hacer cosas sobrehumanas. Que no hay más remedio que ir adelante, para morir como buenos, ó triunfar. Que á mí no me espanta lo primero; que lo que me espantaría sería un sainete ridículo; un paseo de madriguera en madriguera para volverme al punto de donde he salido. Que este temor fué el que me hizo dudar al momento de marchar, y que ya que esa duda mía le enfadó tanto, que ahora es cuando debe probar que esa duda fué una duda infundada y que debía venir. Que las nieves y la muerte de don Juan son buenas razones para unos días, pero para más no. Que si me llamó entonces no sería solo para ir á la cola de otros, que tendríamos al menos elementos para acabar bien.

Me desahogo un poquito contigo, porque lo necesitaba, y para eso son los buenos amigos. Hasta ahora estoy satisfecho, pero en áscuas como es natural; en áscuas como vosotros lo estais y tal vez más porque me parece que desde un principio he mirado las cosas con mucha serenidad y sangre fría,

Adios pues, querido Joaquín, y recibe un cariñoso apretón de manos de tu amigo León».

17 de Enero.—Sigo prisionero sin atreverme siquiera á asomarme á las ventanas y teniendo que andar por el cuarto sin meter ruido. Esta vida de pantera es solo soportable si da resultados. En 1869 no tenía las comodidades que aquí, estaba más perseguido; mi cama era un poco de paja ó un colchón lleno de piojos y chinches; comía mal; cuando tenía un poco de tocino lo consideraba como un espléndido banquete, pero entonces estaba más animado y tenía motivos para estarlo, pues sin la traición de Cabrera, sin sus contraórdenes, sin sus intrigas, á pesar de no ser una ocasión como esta, pudo ser una gran cosa. Hasta entonces el partido estaba compacto, todos eran españoles, los antiguos veían venir á los nuevos con gusto y los nuevos admiraban en los antiguos su constancia, su lealtad á toda prueba y su heroísmo.

30 de Enero.—Sale Poveda con la siguiente carta para el Centro, que hace necesaria el estado de la excitación de ánimos que creo fomentan abiertamente Sa... y otros; por bajo de mano L.; en los cafés B. C., y entre los oficiales la misma impaciencia, pues no comprenden por qué se va á las urnas, con que fin se dió esa orden, y sin embargo, juzgan las cosas á su antojo, las resuelven y murmuran sin cesar de sus jefes.

El hambre, la pobreza, la emigración, el estado de España, la impaciencia, todo esto explica la conducta de nuestros fronterizos; no hay necesidad de ir á buscar la causa de todo esto en los trabajos de los contrarios; ¡bastantes trabajos tienen los pobres! Por eso condeno yo en principio las emigraciones, si bien las admito en ciertos casos.

Digo, pues.—«Al Centro de la frontera: Ha llegado á mi noticia que con motivo de las elecciones y á pesar de los acuerdos tomados por la Junta central de Madrid en su manifiesto, hay carlistas y hasta periódicos que se permiten hacer comentarios sobre dicha resolución y como en estos momentos es indispensable la unión entre todos, y sobre todo que se respete el principio de autoridad, os hago saber:

«Que las resoluciones tomadas por la Junta central de Madrid, respecto á las elecciones, han sido aprobadas por mí y las apruebo de nuevo completísimamente, y le mando ir adelante sin consideración de ninguna especie.

»El primer deber del carlista es obedecer ciegamente las órdenes de sus jefes.

»He recibido vuestra comunicación del 17.

»Os recuerdo que los momentos son preciosos y España tiene derecho de exigir mucho de nosotros.—Dios os guarde.—Carlos».

Leo en *La Regeneración* del 28 una carta de la comisión central de abogados para protección y defensa de los carlistas, que se publica de orden de la Junta central, en la cual, aconsejan energía y actividad á sus compañeros en la próxima campaña electoral.

También recibo la triste nueva de haber sido bárbaramente asesinado nuestro valiente Nicolás Hierro, que intentaba evadirse de la cárcel de Búrgos, en donde se le había encerrado contra justicia y contra la misma ley revolucionaria.

La coalición de carlistas y republicanos, al menos aquí en Dax, no puede ser ni más cordial ni más sincera. Después de comer nosotros, oímos tocar á la puerta; nuestra contestación es: ¡viva España! y entra don Evaristo Cañizares el honrado republicano, que viene á buscarnos para nuestro paseo nocturno. Al salir á la calle, al respirar el aire, nuestra primera exclamación es: ¡viva la libertad! Luego encendemos un cigarro y se empieza á hablar ¿de qué se habla? ya se sabe, de España; todos deseamos el bien de España; estamos pues, conformes; no se riñe: ayer me dijo: «Si va usted á España, por Dios, justicia, justicia; que no se haga política de partido, que sea política española». «Tiene usted razón, le contesté, para no llevar la justicia á España, prefiero que venzan ustedes.» A veces me dice: «Si me vieran acompañando á usted mis amigos de por allá, Dios sabe lo que dirían, y serían bien injustos.» Cañizares es republicano por convicción, pero es honrado; es el primero en criticar ciertos actos de sus compañeros; dice que no entienden la libertad, pues quieren imponerla, y que la libertad no se impone; á veces se contradice, pero las más, habla bien, y siempre con recta intención; además es cristiano y humano como él dice, y ama á España. Su aparición es para nosotros como la de un ángel del Paraíso; en este caso sí que se puede decir que la república nos trae la libertad; entonces levantamos nuestro vuelo con las aves nocturnas, respiramos un aire libre y oímos una conversación libre que también nos entretiene y nos distrae, y que yo necesito, pues solo probándolo se sabe lo que es estar constantemente encerrado, y no siempre con los pensamientos más alegres y consoladores.

—Aparisi no es un hombre práctico, es un soñador,

hace planes y pronuncia discursos; no quiere tener carácter oficial, para no tener tampoco responsabilidad, y es quien dirige el centro de la frontera: un sonámbulo guiando á unos ciegos. Ahora dice que yo debo seguir escondido hasta el día 30 de Marzo—esto es, más de dos meses—para ver el resultado de las elecciones, por si entonces saltan los republicanos y nosotros estamos en situación de hacer algo. Esto no tiene pies ni cabeza. Le quiero sin embargo. Lucha como un atleta contra los mismos que hace poco se inclinaban ante él: lo sacrifica todo por la causa, la salud, la familia y hasta su reputación. El hombre es un misterio. A mí mismo no me conozco bien; si me conociese sería perfecto. El hombre es la imagen de Dios, pero el pecado le asemeja á Satanás. El partido carlista, como colectividad, como principios, es perfecto; patriotismo, fe viva, credo inmutable en tres palabras, *Dios, Patria y Rey*. Pero como individuo es muy imperfecto; es compuesto de hombres como los demás, y cada hombre tiene sus defectos, sus ambiciones; cada hombre es hombre. Las masas carlistas son una gran cosa, son el pueblo de Pelayo y de la Independencia, son heróicas, no economizan la sangre, son entusiastas, tienen fe, tienen creencias, siempre irán adelante; pero la plana mayor no es lo mismo, allí sobresalen más las pasiones, si bien tengo la seguridad de acertar afirmando que es brillante, comparada á las demás de España, y brillantísima, si se coteja con las de los partidos buenos de Europa. Yo conozco á Francia, á Italia, á Alemania, á Rusia y á Grecia, y puedo decirlo. Este partido, impropriamente llamado partido, porque es la antigua España y la España del porvenir, está destinado por Dios á una gran cosa. Por milagro se conservó; la sangre de sus mártires fué fecunda: hubo sacrificio, hubo pruebas, y ¡qué pruebas! y se multiplicó como las arenas del mar. Para algo será.

.....
1.º de Marzo 1871.—Esta mañana me dijo Margarita: «Harías bien en apuntar la vida que hacemos aquí, pues nos divertiría dentro de unos años recordar lo que hoy hacemos y las precauciones que tenemos que tomar». No hay mucho que decir, pues la vida del prisionero es bastante monótona; sin embargo, como somos prisioneros *sui generis*, voy á hacerlo. Desde la llegada de Margarita, yo he desaparecido para el público; no hay en casa más que Mme. de C.... amiga de Mme. V.... cuyo marido se figura que es un oficial de marina que acaba de salir para la China. Por esta razón yo no puedo ni

asomarme á la ventana, ni llevar botas, ni hablar alto; sería bastante escandaloso si se supiera que en el cuarto de Mme. C.... habita un hombre, y de ahí podría entrarse en sospecha y averiguar la cosa. Están en el secreto Poveda, su hermana, y el republicano; estos hacen mis encargos, y en su casa se recoge mi ropa blanca para lavar, pues aquí no hay hombres, y chocaría. La mujer de Poveda sabe quien soy hace unos días; me vió en la escalera y me reconoció por el retrato; es una habanera muy bonita, y se parece mejorada á Adelina Patt; pero su marido, que la tiene por muy añiñada, para meterla miedo y para que se calle, le ha dicho que si me describen, el gobierno francés nos entrega al español, y á nosotros nos fusilan y á ellos les encierran en un castillo por toda la vida. Saben la cosa á medias, las dos criadas y una costurera que vive abajo; se les ha dicho que aquí vive un jefe carlista muy perseguido, cuya mujer se había reunido á él desde unos días, y que por Dios no digan una palabra, pues con una palabra podrían quitarme la vida si aquí me descubriesen y me entregasen á las autoridades de España, en donde estoy condenado á muerte. Las tres han tomado la cosa muy á pecho, y sobre todo, la costurera desde que sabe que Thiers nos persigue tanto, pues es muy republicana; republicana de Gambetta. Averigua lo que se dice en el barrio; desvía la opinión, y protege algunas de mis salidas nocturnas. «Si es necesario, ha dicho, estoy dispuesta á esconder en mi cama á ese jefe español»

Además hacen la policía en la ciudad y estación del ferro-carril, Filiberto García, que me ha visto, y Alevany, que si bien ignora que estoy en Dax, cree que ando por estos alrededores. Mi correspondencia nunca se echa aquí al correo; se envía ordinariamente á Pau, Tolosa ó Bayona, donde se la da dirección, si no es cosa tan grave que requiera un emisario. Además se inventan historias relativas á mí, que se hacen correr á los cafés y llegan hasta los periódicos, todos con el objeto de llamar la atención hácia otra parte. Hacen necesarias todas estas precauciones las noticias que tengo relativas á este gobierno, que sabe que estoy aquí y me busca activamente para complacer al gobierno español, á quien temo hoy, y que está haciéndole continuas reclamaciones respecto á mi persona; si me encontrasen, me internarían ó más probablemente me expulsarían de Francia. En Tolosa se ha dicho hace poco en un club, que sabían que andaba por estas provincias un Borbón, y uno se

factó diciendo que si le descubrían abofetearía en su cara al principio monárquico....

Aparisi y Elío han pecado; Aparisi por demasiado corazón, y Elío por demasiado caballerismo. Aparisi soñó en conciliaciones que cada una de ellas nos ha costado tiempo, hombres y dinero. Elío no es soñador, es más práctico que Aparisi; muchas veces conoció la necesidad de romper con éste, despedir á aquel, matar al de más allá, pero no lo hizo, ni lo propuso: porque este es enemigo suyo y podría pensarse que obra por pasión; á aquel cree que debe un favor, y no sabe distinguir al general, al presidente del centro de don Joaquín Elío, marqués de la Lealtad; al de más allá tampoco quiere herirlo, porque no sería digno ni decoroso, y siempre así; siempre hemos llegado á lo que hoy deploramos. Conque Aparisi y Elío son dos mártires heroicos, pero culpables, etc

.....
—Ocupándose de las adhesiones que recibía de personas de valer que hasta entonces habían sido liberales, dice: «Los que vienen hoy tienen gran mérito, y yo veo con dolor que hay carlistas bastante pequeños para no alegrarse con su venida; como si viniesen á chupar algo en unos tiempo en que todo lo exponen con declararse carlistas, fortuna, porvenir y vida. Pero cómo ha de ser, ¡hay tanto miope entre nosotros! tanto, tanto..... No en las masas, porque allí hay grande entusiasmo, cualidades heroicas, sino en una parte de nuestra plana mayor, que no sé por qué la llamo así, y me hacen conocer la necesidad que tenemos de allegar gentes, y el bien que nos hacen los que vienen á nuestro campo, arrastrando siempre consigo otros hombres de menor talla y trayéndonos muchos de los elementos que nos hacen falta, si no para llegar á Madrid, para fundar allí un gran gobierno, digno de España y de la misión que Dios nos ha encomendado.

El gobierno trabaja por nosotros; Suñer y Capdevila y muchos republicanos también trabajan por nosotros; los acontecimientos nos son favorables; los extremos se tocan; no nos queda, pues, más enemigos que vencer que nosotros mismos, nuestras divisiones, nuestra disciplina, nuestra pobreza; pero á estos enemigos los venceremos; el tiempo y yo nos encargamos de ello.—En otras dos épocas de mi vida, épocas de inmensos tormentos, pero de los cuales salí triunfante, dije: el tiempo y yo contra otros dos, y tuve razon; espero tenerla ahora también que cabalmente nos encontramos en situación

análoga. Aparisi, que ve muy lejos, aunque á veces se equivoca en las cosas inmediatas, tal vez porque se eleva demasiado, está en esto conforme conmigo y añade: nunca hemos estado tan mal como ahora, si bien tenemos mucho camino que andar, y nuestra situación es bastante mala.

11 de Marzo.—Así no se puede seguir; es preciso variar de sistema; pienso seriamente en esto.—Lo primero que debo hacer, si no hay movimiento serio posible, es salir de aquí, de esta especie de tutela de Aparisi y sus amigos: debo estar libre para echar mano de todos los hombres útiles y trabajar de veras, pues lo que se está haciendo ahora no es serio, y yo no puedo ver más que á los que quiere Poveda, y á pesar de su buen deseo, esto es pesado y molesto. El cambio debe empezar por un cambio de residencia, pero debe hacerse con gran tacto, pues Aparisi vale mucho para ciertas cosas, obra con recta intención y no debe disgustársele de ninguna manera. Una vez libre puedo ver gentes, deshacer el Centro, dando encargos particulares á cada uno de sus individuos; en una palabra, dar un golpe de Estado sin apariencia de darlo; entrar en una era de verdadera conspiración, reasumiendo en mí todo el poder pues el último sistema iniciado por Aparisi es magnífico en teoría, pero impracticable cuando se conspira; es hasta ridículo tener desde ahora una especie de gobierno con sus ministros y sus Cortes en los consejos.—Estoy preparando todo esto, estoy decidido á hacerlo, pero conciliando lo más posible, evitando ofender á nadie, lo cual no impide que si fuese necesario se desplegara toda la actividad precisa.

12 de Marzo.—Necesito días para preparar bien el cambio; necesito pensar mucho; necesito que Dios me inspire. Ya es tiempo que se trabaje de otro modo.....

15 de Marzo.—Sigo pensando seriamente en el cambio de sistema que tengo proyectado y creo indispensable al triunfo de la causa, si este ha de dilatarse todavía, tal vez para el bien de la misma, pues dudo que pueda fundarse un gobierno fuerte de un sistema que desde el desgraciado movimiento del 69 ha tenido por base la debilidad y falta completa de unión, pues esta no puede existir mientras nos empeñemos en conspirar á lo gobierno establecido con una especie de Cortes y consejos, que nunca podrán pasar de una mala copia de los verdaderos, que sólo son posibles en Madrid, y cuando esté bastante establecido mi gobierno. Entonces será pre-

ciso una dictadura, por algún tiempo al menos, según el parecer de Aparisi, Villoslada, Comin, Cevallos, Gonzalez Brabo y todos cuantos he consultado sobre este punto.....

17 de Marzo.—He hablado largamente con Aparisi: le he expuesto nuestra situación; he concretado las cuestiones, pues él tiende á divagar, y he llegado hasta el punto de que él me proponga cambiar de residencia, y todo lo que necesito para dar el primer paso. Le he indicado algunas de mis ideas, le he consultado, he oído su parecer, he aprendido, he encaminado bien la cosa para que se haga sin disgustar á nadie, pero que *se haga* y no se pierda más el tiempo; he hecho mucho; he sido diplomático, siendo franco y leal.

18 de Marzo.—La batalla de ayer, preparada por la campaña de los días pasados, ha sido una gran victoria que dará mayores resultados. Aparisi ha quedado vencido, le he traído á mi terreno, es probable que me recunde, seguro que no me hostilizará. Es un gran paso; yo debía salir de este estado, debía poder obrar desembarazadamente, había el gran peligro de tener que romper con un grande hombre, con un hombre leal y de corazón; hubiera sido un gran mal, tal vez inevitable; lo he evitado, y en eso consistía la habilidad, en eso la política, en eso el buen comienzo de una nueva era de energía á la par que de conciliación. Estoy contento, y toda la vida recordaré la batalla de ayer, á la cual me arrojé con valentía, y salí vencedor por la táctica y la estrategia. Ahora empieza lo más difícil, lo reconozco, pero me arroja hacia ello sin temor propio, porque tengo confianza en Dios, en el tiempo y en mí mismo...

19 de Marzo.—Vuelvo á hablar con Aparisi y no puedo estar mejor dispuesto; aprueba mi conducta, me aconseja hacer lo que tenía pensado, ve las cosas como yo; si nos alzamos solos hoy, *perdidos* tal vez para mucho tiempo. Si sabemos llevar adelante la coalición, y de las urnas pasar á las armas, el triunfo es nuestro, al menos derribamos á Aosta, y podemos luchar con grandes probabilidades de salir vencedores en la segunda batalla como en la primera, cuyo éxito es seguro.....

21 de Marzo.—M. me habló de su entrevista con Caballero de Rodas, á quien no cree comprometido con nadie y bastante inclinado á nosotros.

22 de Marzo.—Yo faltaría á mi misión, si quisiera enarbolar la misma bandera que en la guerra civil. Yo soy un joven que tiene derecho á la corona de Carlos V. ó Isabel la Católica, pero un joven que ha nacido emi-

grado y ha nacido en pleno siglo XIX; yo tenía corazón español, y ví en mi derecho un deber sagrado. La patria agoniza; salvémosla: ¿cómo? conspirando hoy, guerreando luego y fundando más tarde un gran gobierno.

31 de Marzo.—Vallecerrato ha regresado de París bastante desencantado, y esta mañana ha vuelto y me ha dicho que mi enviado oficioso fué perfectamente recibido por Caballero de Rodas, pero que le dijo que había dado su palabra de honor de no meterse en política por algún tiempo, y que por esta razón no venía á verme, pues sería imposible hacerlo con el sigilo necesario, y podría dársele otra interpretación que la verdadera; que sin embargo, quedaba profundamente agradecido á mi atención, y que hubiese tenido gran gusto en verme si lo hubiese sabido antes; que á los moderados que se le acercaron en Madrid los mandó á paseo, y nada tiene con ellos.

9 de Abril de 1871.—A las diez de la mañana llegué acompañado de la condesa de Barbotas, á casa del antiguo senador Larrabure, donde me esperaban Gonzalez Brabo y Emilio Arjona. Almorzamos y luego salí al jardín con Gonzalez Brabo, á quien dije que sabía á qué venía; á proponerme sus ideas de gobierno, pero que hoy había una cuestión más importante todavía, la de llegar á Madrid, y que deseaba oír su opinión. Grande fué mi satisfacción al saber que sus ideas sobre nuestra conducta actual eran las mías, aunque no podía entrar en detalles por ser de él desconocidos. Esperé; pues en el primer hombre político de los que he visto estos días que juzga tan claramente la cuestión. Creo que sus consejos me serán muy útiles; debe seguir aún tras la cortina, pues así puede serme útil, y de otro modo nocivo. Se lo he dicho claramente y he visto que lo ha agradecido, no porque tema dar la cara, sino por la franqueza. Cree que nuestro triunfo es seguro, si sabemos aprovechar las circunstancias y nos lanzamos en este verano. Para lograrlo, conviene en que nuestros elementos son más que insuficientes, pero coincide conmigo en que es preciso darles cohesión; que yo lo dirija todo por mí, mandando y haciéndome obedecer con energía. Que sepamos desde luego lo que tenemos, lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso; que sepamos también que nuestros jefes obedecerán cuando reciban mi orden sin pretexto ni vacilación alguna; que para ese día se pongan á su lado gentes tan dispuestas á secundarlos, si hacen lo que deben, como á hacerlos saltar la tapa de los sesos si dudan en obedecer. Hablamos muy largamente sobre esto, pe-

ro no teniendo yo allí los datos necesarios, le fué imposible darme consejos concretos. Otro día lo hará, y quedamos en que tendríamos otra entrevista dentro de pocos días. Luego tocamos la cuestión parlamentaria. Su opinión es que el partido se retraiga en un momento dado, y esa sea la señal de la guerra, si estamos dispuestos á ella, ó si no se mantenga en una situación amenazadora, que siempre impondrá al gobierno, y dará que pensar á la nación entera una vez conocida de todas las fuerzas inmensas con que contamos.

También me hizo unos retratos interesantísimos de Nocedal, Catalina, Aparisi y otros; me indicó algunos generales á quienes se podía hablar, y medidas generales que en su concepto convendría adoptar, todas fundadas en la necesidad de un movimiento pronto y poderoso. Pero, todo esto no fué más que el prólogo para conferencias ulteriores.

Yo he quedado muy satisfecho de él y he visto que él también lo ha quedado de mi modo franco y decidido de hablarle y de apreciar las cosas. Este es el resumen de seis horas de conversación animadísima, en la cual he formado muy buen concepto del talento y resolución de Gonzalez Brabo, y me he convencido que viene de buena fe. He logrado en ella hacerme conocer de él, por el lado que me conviene ser conocido, conservando siempre *le dessus* sobre él, como dicen los franceses.

—El golpe de espada que proyectaba está dado: no habido sacudida, he traído á mi terreno á los más recalcitrantes, he hecho lo que me propuse. Ahora falta poner la máquina en movimiento y darla impulso.

Hay una mano de hierro; pues yo me he propuesto ser un rey de acero; me he propuesto imponerme á la nación como su salvador.

Extracto de los papeles traídos por Arjona, felicitaciones de Faura, Florida, Jover, etc., etc., por mi cumpleaños.

5 de Abril.—Copia de una carta del P. Martínez, general de Trinitarios, á Aparisi.

Que por Dios no se haga un movimiento ahora si no es muy serio: que todos nuestros enemigos lo desean, y se alegran, porque sí, como es probable, se hace mal, seremos vencidos para mucho tiempo. Que lo importante es organizar, prepararse y esperar el momento oportuno.

Gonzalez Brabo me envía una carta que le escribe Severo Catalina, que copio por curiosa.

«9 de Abril.—Queridísimo amigo: La carta diaria que la buena manchega recibe ha ido informando á V. pun-

tualmente de mi vida y escasos milagros en esta corte saboyana. Por ella ha sabido V. el aspecto general que esto me ofreció y sigue ofreciendo; y puedo con toda verdad añadirle que la idea que yo traía de la reacción verificada en favor de los en un tiempo anatematizados, no era sino imperfectísima, y apenas reflejo de lo que es la realidad. Todo el mundo me ha preguntado y pregunta por V.: es notoria y aplaudida por tirios y troyanos su actitud digna y severa en el período de la emigración; y cuando V. la dé por terminada, han de estrecharle la mano más de cuatro y más de diez, que no nos saludaban en los días de la influencia política.

»Se necesita estar aquí, para convencerse del profundo desden que inspira, hasta en sus autores, el barullo revolucionario, y la especie de respeto con que se mira á los que simbolizan la doctrina del gobierno. Para mí la cuestión de seguridad personal quedó resuelta desde que fué formado el numeroso y lucido cuerpo de la guardia veterana, cuyo personal y cuyo uniforme son los mismos que antes de la revolución servían de garantía al vecindario. No admito ni la hipótesis de un insulto en la calle, saben los que pudieran cometerlo que en vez de aplauso tendrían la execración de todas las clases. Pasó por completo aquella época. Entre las fracciones dominantes reinan odios feroces; se dicen y escriben improprios horribles; y, sin embargo, las violencias están relegadas y no son ya de moda. No quiero decir con todo esto, que yo en el caso de V. y con las dulzuras de la familia y las comodidades de esa casa, fuera á meterme en Madrid en víspera de los calores; pero si quiero indicar que racionalmente juzgando, no hay motivo grave, ni leve, ni de ningún género, para considerar forzosa la ausencia, ni peligrosa la venida. Sin embargo, de aquí al otoño; y aún dando por respuesta que sea simplemente ordinarlo el curso de los acontecimientos, la vida política ha de ofrecer peripecias quizás de mucha importancia; las Cortes son inmanejables, la minoría del Congreso es intransigente: he hablado con todos los jefes de los varios grupos; á su vez la mayoría está ya exasperada y resuelta á todo. En la primera sesión ahogó materialmente la voz de Nocedal con gritos de *¡fuera!*, que nunca se habían oído en aquel recinto: á pesar de la serenidad y altivez de don Cándido, vióse obligado después de manotear inútilmente algunos minutos, á sentarse lívido. Las batallas van á empezar pronto, y dada la resolución que atribuyen á don Amadeo de no disolver, sino antes bien, considerarse vencido,

si ocurriese una derrota en las Cámaras, los republicanos se las prometen muy felices, y puedo decir á usted que esta solución es la que prevén los *liberales* mal avenidos con la revolución y los desengaños de la gloriosa.

»Los carlistas mal avenidos en cuestión de jefatura (pues son graciosísimas las contestaciones que median sobre este punto), crecen y crecen, á pesar de ellos mismos, y de su infantilidad política; y es de advertir, que elementos poderosísimos y decisivos que han esperado *en vano* la dirección y la iniciativa de otros hombres, y que todavía la esperan *en vano*, acabarán muy en breve por abrazar la bandera carlista; tengo de ello seguridad, y convendría mucho que lo supiesen aquellos á quienes más directamente interesa. Aquí sigue la crisis de palacio, y se presenta grave la crisis del ministerio. Los tres altos cuerpos inamovibles se han declarado en hostilidad. El Consejo supremo de la guerra dimite. El tribunal supremo de justicia desaira por unanimidad al ministro, y el de Cuentas formula una memoria horrible en la que declara inconstitucionales los actos financieros de Figuerola y Moret, ¿Qué le prueba á V. la actitud de estas corporaciones?

»En palacio preocupa mucho la cuestión de Roma: dicen que fué cosa de doña Victoria el párrafo del discurso; pero acerca de esto, que, como digo, es vital aquí, tengo noticias auténticas en carta recibida ayer de Roma, por conducto de un viajero.

»Nuestro amigo me escribe párrafos que á la letra traduzco: «el rey Amadeo y su consorte, antes de partir para España como duque y duquesa de Aosta dieron cuenta á Su Santidad de haber sido llamados al trono de España, y le pidieron la bendición. El Papa respondió á uno y á otra con el título de duque y duquesa; á ésta con sencillez, dándole la bendición, y al primero un poco más largamente, deseándole los auxilios de la gracia de Dios; y al final le manifestaba que desde que había reconocido á la reina Isabel tuvo con ella buenas relaciones, y que era padrino del príncipe de Asturias. Escribióle otra vez Amadeo para notificarle su advenimiento al trono. El encargado Jimenez trajo al efecto una carta, y pidió una audiencia pontificia por medio de Antonelli; pero se le dijo que habiendo leído ya el Papa en los periódicos la carta, no había para qué recibirla ni recibirlo. El encargado suplicó é insistió; lamentóse mucho y no consiguió nada. Los verdaderos motivos por los cuales fué inexorable el Papa, fué el contexto mismo de la carta y el convencimiento adquirido por medio del libro

verde italiano de las disposiciones del gobierno español, en el asunto de la invasión de Roma; por lo cual dirigió congratulaciones al invasor. El encargado no desmayó y pidió el reconocimiento por parte de la Santa Sede, como lo habían hecho las otras potencias. La negativa fué nueva y rotunda; y para que no volviera con nuevas impertinencias, se ha formulado un memorandum de 16 agravios contra las leyes y la religión, irrogados por el gobierno español (empezando por la Constitución), y mientras duren las cuales es imposible toda tentativa. Me dicen que en virtud de esto, Jiménez ha sido autorizado para marcharse de aquí. Muchas otras noticias curiosas contienen los infolios de nuestro buen amigo. La descripción que hace de aquella ciudad es desconsoladora. ¿Qué diré á V. de nuestros antiguos amigos de acá? Por supuesto, aquello del comité supremo quedó en lo mismo que nosotros predecíamos: hablan pestes de los que influyen por allá, y según veo, casi todos son partidarios del proyecto de reconciliación, de que ya ahí teníamos nosotros noticias. Yo procuraré ir dando á V. todas las que verdaderamente interesen. Las aguardo mañana ó pasado de la fiesta famosa que ahí se preparaba, y que á salir tan esp'endida como largos y secretos han sido los ensayos y los arreglos del aparato que su argumento requiere, no hay duda que en adelante habrán de contarse mil y dos las noches de delicias y de encantos.

»Limitame yo á participar con el pensamiento y el recuerdo de la cariñosa compañía de todos Vds., y pídeles en cambio alguna que otra memoria; pues aunque mi casa de ahí desaparezca y los míos dejen esa orilla, siempre seguiré reputando míos á los que quedan con aquel título de propiedad que da el afecto sincero. Abrazos, etc.»

16 de Abril.—Elío me envía una carta de Aparisi y Orgaz, y extraña no haya llegado un mensaje que parece redactó Nocedal y firmó Valls. En vista de esta falta y la de una comunicación del conde de Orgaz, y de lo que la acompaña, dice: el Centro no encuentra inconveniente en que se adopte la organización propuesta por dichos señores, aplazando para meditarlo el plan de ensanchar la Junta Central. Recomienda la urgencia de lo primero.

Sin fecha, debe ser 15.—Aparisi con P. D. de Orgaz, al Centro.—Original remitido por Elío.—Dice que está muy malo y abatido; que razones graves y consejos de prudentes habían hecho que Orgaz detuviese lo que te-

nía orden de hacer; que la minoría carlista había proclamado á Nocedal presidente de las Córtes; que éste redactó un mensaje que firmó despues Valls (no ha llegado y es extraño); que despues se decidió que don Cándido en el Congreso y Tejado en el Senado, dirigieran interinamente; que ha visto y hablado y hasta cierto punto está satisfecho; que todos merecen protección y alabanzas porque todos son buenos; pero que está harta y no ha nacido para político, porque donde hay hombres hay miserias; pero que cree que en todos, á pesar de ceguerras y exageraciones, ha habido buena fé; que una excisión en el partido carlista sería funesta, añade que todos se manifiestan dispuestos á obedecer lo que mande el rey. Que Canga y don Cándido están dispuestos al sacrificio y hasta el ostracismo, por el bien de la causa. En resumen, que lo que conviene, atendidas las circunstancias, es que C. Villoslada, Nocedal, Aparisi, el conde del Valle y Tejado entrea en la junta central, y sea vicepresidente Orgaz. Que Orgaz y Nocedal dirijan los trabajos del Congreso, y el conde del Valle y Aparisi los del Senado, y *tutti contenti*. Esto en conciencia. Que si á primera vista parece que este plan es el primitivo suyo, no es verdad; pues aunque es igual es diferente. Que él está dispuesto á venir á convencer al rey delante de todo el mundo, porque aunque esto parece liviano, es gravísimo asunto. En fin, que aunque habla de sí, se volverá pronto, porque está muy malo Orgaz; atendidas también circunstancias, se adhiere á lo dicho por Aparisi.

Inmediatamente y sin desconocer las consecuencias que esto pueda tener, he contestado:

«Al Centro de la frontera: Con fecha 11, os dije entre otras cosas que el conde de Orgaz constituye inmediatamente la junta que he tenido á bien nombrar, y da parte de haberlo efectuado.

»Supongo que el traslado de esta orden no habría llegado á Madrid cuando Aparisi y Orgaz han escrito.

»Dad sin perder un momento nuevo traslado, y quedan contestadas la carta que me remitís, y la vuestra del 16. Dios os guarde.—Carlos.»

Por la noche Arjona escribió una carta semi-oficial, semi amistosa, en la cual dice en sustancia lo siguiente, llenando bastante papel para darle forma dulce y retórica: que don Rodrigo había ya contestado, y por lo tanto, resuelta la cuestión, no habrá para qué ocuparse de ella; pero que había consideraciones propias y ajenas, que era preciso trasmitirle. Que era notable que todos

hablasen de subordinación y fuesen insurrectos, hasta el mismo don Antonio, por supuesto, sin darse cuenta de ello.

Que el partido estaba en el mayor desorden, y no era toda la culpa, ni de las vacilaciones, ni de la blandura para allegar voluntades, sino muy especialmente, de la costumbre añeja ya, de comentar, variar, mutilar y hasta guardar las órdenes del rey, y que como este señor quería mandar de veras, el persistir en ello sería ocasionado á disgustos. Que el rey creyó que había tiempo de que se hubiese recibido su orden del 11, y lo había sin duda. Que Orgaz debió obedecer. Que el fondo de la cuestión es la misma; en la forma sólo está la diferencia, y siendo, por lo tanto, una cuestión pequeña y de amor propio, debían sacrificarlos, no el rey, sino los de Madrid. Esto es lo importante, lo demás son generalidades cariñosas.

18 de Abril.—Arjona escribe de su parte una carta muy bonita y florida á Aparisi, en la cual le manifiesta poco más ó menos lo que á Elio, y le invita á desplegar toda su influencia para evitar un conflicto, pues yo estoy resuelto á mantener lo dicho.

Escribo á mi hermano felicitándole por su casamiento con la infanta de Portugal, y le manifiesto el sentimiento que tengo de no poder asistir á la boda; pero le digo que el deber me retiene por estas tierras, en donde trabajo lo que puedo por nuestra adorada patria, por su gloria y su grandeza. Luego hago un cuadro general de nuestra situación, para que lo vean los parientes; cuadro brillante, en el cual no digo más que la verdad; pero ella sola conduce á las conclusiones que saco, es decir, que en España no tienen porvenir más que la república ó nosotros; que ésta pierde cada día en Europa, como lo prueban los acontecimientos que estoy presenciando aquí en Francia; que *nuestro triunfo es seguro*; que si me preguntan que si lo creo inmediato, contestaré francamente que no, pero que nunca lo he descubierto tan claramente en el horizonte. Esto en sustancia es lo que le digo, y en verdad, cuando me elevó un poco y pierdo de vista ciertas miserias, anejas á la humanidad, adquiero el convencimiento que en la bandera que tremolo está la única esperanza para España, esperanza que va á convertirse en hechos, pues las corrientes de la sociedad española están por nosotros, y esas corrientes, buenas ó malas, siempre han sido precursoras de grandes acontecimientos. La historia contemporánea lo dice bien claro; pero como en ellas no había principio sólido,

sus consecuencias tampoco pudieron serlo. La corriente del siglo XIX, tiene su origen en la revolución francesa; por ella se explican todas las revoluciones que nosotros y nuestros padres hemos presenciado. De pocos años á esta parte, toma cuerpo en Europa otra idea que es nueva y antigua; yo soy el representante de ella en España, y gracias á la revolución y á mis veintitrés años, la veo desarrollarse como en ninguna otra parte. Estoy seguro que la veré triunfante. Trabajo con fé. Ruego á Dios que me conceda esa gloria.

A pesar de los muchos desengaños, de las dificultades, al parecer insuperables, conservo viva la fé en el triunfo. Sé que hemos de lograrlo á pesar de nosotros mismos; por esto no hago caso de las miserias que presencio, y tan solo me paro á considerar los síntomas inevitables de salvación que veo para España, y tal vez para toda nuestra raza. Estoy convencido, que si han de vivir los pueblos latinos, á España deberán la vida, y esa vida se mantendrá por los grandes principios que están escritos en nuestra bandera, y de los cuales hoy no tenemos más que un ligero índice. El tiempo dirá lo que son y se encargará de su explicación. Nosotros no cejaremos en la grande obra.

1.º de Mayo.—Larga conferencia con Elio sobre el modo de disolver el Centro; organizar luego, tomando por base del movimiento Aragon, Cataluña y las cuatro provincias del Norte; modo de dar cohesión á nuestros elementos, etc., etc.; jefes del ejército que deben enviarse á los diversos puntos.

No puedo entrar en detalles porque me falta tiempo.

2 de Mayo.—Sale Elio para Barrantes, avisará su llegada á Bayona, y entonces empezaremos á obrar.

Calderon llegó de Versalles, y según su carta, los de *la comune* se defienden como diablos. Está tomando informes sobre personas, y luego hará mis encargos. El 27 corrieron un grave peligro mi mujer y Consuelo Arjona, que por poco parecen ahogadas en el lago de Ginebra, en medio del cual las sorprendió una borrasca horrible. Ese día me decía Arjona: «Tengo el presentimiento que algo les sucede á nuestras mujeres en Suiza.» y estaba de muy mal humor sin motivo alguno conocido para ello.

Hoy, *Dos de Mayo*, debe haber grande excitación en España, y espero que pronto probaremos que todavía hay hijos de aquellos héroes que saben morir por la patria.

Escribo varias cartas de familia.

Pronto iré á Bayona para ver toda aquella gente, acallarlos y que sepan que no estoy secuestrado, sino resuelto á mandar por mí y hacerme obedecer de todos.

Escriben á Gonzalez Brabo que ha escandalizado lo que *El Imparcial* dice de él; que *El Eco* ha desmentido su conversión al carlismo, pero que dé instrucciones sobre el particular. Que Nocedal y él son objeto de las más duras calificaciones por los moderados, y él más aún. Le anuncian que se dice continúan los trabajos en favor de don Alfonso, con el auxilio de Montpensier, y que el día que tal cosa se haga pública, la parte sana del alfonsino seguirá su ejemplo.

3 de Mayo.—Estoy muy preocupado con lo de Madrid; los decretos que tengo que dar y la noticia que acabo de recibir que Elío ha sido llamado precipitadamente á Bayona por el general Martinez, ignoro lo que será; probablemente alguna niñería, ó que Aparisi ha llegado de Madrid con algún nuevo pastel; pero si fuese esto ya sé lo que había que hacer.

4 de Mayo.—Por la mañana paseo á la *gar* con Arjona; por la tarde carta de Elío en que me anuncia la llegada de Aparisi, que me espera desde esta mañana con Martinez en casa del cura de Bellocq. No es posible ir esta noche; iré mañana temprano, si no llegan en el tren de las nueve, á este efecto fuimos á esperarlos al puente en donde los encontramos. Aparisi quedó desde luego algo desconcertado, por la manera fría, si bien amable con que le recibí. Luego cogí del brazo á Martinez y nos encaminamos á casa del cura de Blaslacq, pues no quería que supiesen en donde vivo. En el camino le pregunté si había comunicado mi decreto, y me dijo que sí; comprendí á qué venía Aparisi, y no me sorprendió. Una vez en casa del cura fuimos introducidos en un salón con una mesa, dos velas, papel, plumas y tintero, y en el fondo una cama de matrimonio. Aquí empieza el sainete. Aparisi, ó el Mago, como le llama Severo Catalina, tomó la palabra y me hizo una relación de más de tres horas, con grande elocuencia y haciendo resaltar sus trabajos y sufrimientos, y hasta un día que tuvo que pedir un pedazo de pan en la redacción de *La Esperanza*; de todo lo ocurrido en Madrid, con la cuestión Nocedal y las divisiones que éste y Canga Argüelles me presentaron, después de haber obedecido todos á mi mandato. Yo le escuché sin interrumpirle, con una eterna sonrisa en los labios, que comprendo debía ser soberanamente

cargante, y que le hubiese irritado sin duda, si no hubiese llevado atado al dedo el hilito, con el cual nunca se enfada. Luego hubo un momento de silencio, que le desconcertó, después del cual yo dije que podía muy bien haber dejado de venir, pues todo lo que acababa de oír ya lo sabía y con más detalles. Que en cuanto á las resoluciones que había que tomar, ya sabía lo que era preciso hacer. Leyéronse entonces los papeles que traía, entre los cuales había una carta notable de Villoslada. Yo permanecí con la misma cara impasible y burlona, y dije al fin á media voz á Martinez que sólo faltaba llamar á Offenbach para que pusiese en música la sesión de esta noche. Después de la cual se apagaron las velas y yo me recosté en la cama matrimonial. Aparisi quedó sentado en una butaca, Martinez á mi lado y Arjona en una silla. Entonces dijo el Mago: «conste que yo he venido por mandato del general Elío,» y yo contesté: *conste*. «Conste que he dicho todo lo que tenía que decir y no se me ha pedido mi parecer.» A lo cual yo le repliqué con mucha sorna: «conste, y conste que lo que deseas es que te lo pida, pero no lo necesito.» Luego encendimos nuestros cigarros y nuestras pipas, y á las cinco de la mañana del día 5 tomamos chocolate y después nos separamos. Aparisi quedó mirándome como si me preguntase: «¿Pero qué ha sido esto? ¿Debo enfadarme? ¿Debo quedar satisfecho?»

5 de Mayo.—Hé aquí el autógrafo que dirijo al Centro de la frontera con fecha 4 de Mayo:

«En Setiembre de 1870 cree ese Centro, porque, lejos de la frontera, donde era necesaria una dirección activa, inmediata y eficaz, no podía por mí mismo dar el impulso vigoroso que la premura de los momentos exigía.

»Hoy me encuentro casi entre vosotros; puedo oír pareceres, dar órdenes rápidas, y cumplir la oferta hecha al país en la junta de Vevey, y de dirigir por mí mismo la marcha del partido.

»La existencia de ese Centro, es, por lo tanto, innecesaria, y queda disuelto; pero es mi voluntad que sean públicas las razones que determinan esta medida, y pública también mi satisfacción por la manera inteligente, celosa y leal con que todos habeis tratado de llenar la difícil misión que os conlara.

»Cuento utilizar muy en breve los buenos servicios de cada uno de vosotros, en pro del más rápido triunfo de la causa; y entre tanto, sirva esta orden en que doy por terminadas las tareas del Centro, de testimonio de mi cariño y de mi agradecimiento.

«Dios os guarde.—Carlos».

6 de Mayo.—Extiendo los tres decretos y las reales órdenes siguientes:

«EL REY.

Por convenir así al mejor servicio, vengo en nombrar jefe de E. M. G. de mis ejércitos, al teniente general don Joaquín Elío.

El jefe de E. M. G. quedará también encargado interinamente, de todos los asuntos no militares que interesen á la causa.

Dado en la frontera de España, á 6 de Mayo de 1871.
—Carlos».

«EL REY.

Por convenir así al mejor servicio, vengo en nombrar mi primer ayudante de campo, al teniente general don José Martínez Tenaquero.

Tendréislo entendido, y lo comunicareis al interesado.

Dado, etc.—Carlos».

«EL REY.

Por convenir, etc., vengo en nombrar jefe de estado mayor general del ejército de Navarra y Provincias Vascongadas, al mariscal de campo don Eustaquio Díaz de Rada.

Tendréislo, etc.»

«Al jefe de E. M. G.

Dirás de mi orden al presidente de la junta directiva de las Córtes, que enterado de la renuncia de don Cándido Nocedal, del cargo de consiliario de dicha junta, no he tenido á bien admitirla.

Dios te guarde.—Carlos».

«Al jefe de E. M. G.

Dirás etc., etc., que enterado de la instancia que me eleva el conde de Canga Argüelles haciendo dimisión del cargo de consiliario de dicha junta, no he tenido á bien admitirla.

Dios te guarde.—Carlos».

Nuestra situación hoy es gravísima; por ocho ó diez días no ocurrirá probablemente nada de trascendental, pero siempre es verdad que estamos en crisis. Y ¿qué extraño es esto cuando toda Europa lo está? Las ambiciones se despiertan vigorosas, y es natural cuando todas

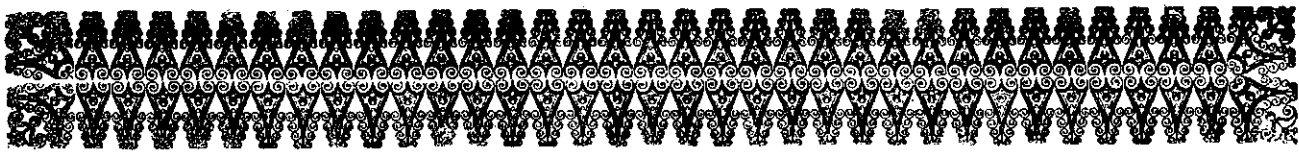
presienten el triunfo. La habilidad consiste en hacerse cargo de la situación, y obrar en consecuencia. Cabrera conspira y lo hace de mala fe. Nocedal brama..... Hay en Madrid una cuestión que puede ser mucho y no es nada. Los tontos hacen mucho mal y no son pocos. Belascoain es sagaz; no lo creo traidor; tiene el don de imponerse; pegó.... á todos los generales; en este concepto *vale*, en otro *no*. La cuestión parlamentaria es esta en resumen. ¿Es una partida carlista nuestra minoría, es decir, es una guerrilla avanzada que tiene la honra de estar destinada á abrir el fuego? ¿Sí? Entonces hago bien en mandarle y, ¡ay del gobierno de don Amadeo! Hago bien entonces de hacerle pasar las órdenes por medio de mi jefe de E. M. G. ¿No? ¿Son nuestros diputados procuradores del reino? Entonces son libres, independientes; tienen derecho de hacer lo que les dé la gana y crean que su conciencia las dicta; pero con esto solo reconocen la legalidad de las Córtes; reconocen á don Amadeo; reconocen su sistema y, ¡ay de España! ¡ay de España!; y diga Nocedal si quiere su bella frase: «El rey es dueño de mi persona, pero no de mi conciencia»: y predique Aparisi conciliación; y digan los carlistas parlamentarios que hoy soy déspota para mañana ser tirano.

No sé lo que saldrá de esto y no me importa saberlo, porque he hecho lo que deber mío era hacer, y sé que hoy la cuestión depende de un general ó hasta de un coronel que tenga resolución y bríos para jugarse la cabeza, ó de un banquero que quiera aventurar un par de millones. He dicho, y he dicho concisamente cuál es nuestra situación, cuáles los síntomas, cuáles las esperanzas, y también he dicho en dónde está el triunfo, pero he guardado silencio sobre el resultado. Claro está que si no hubiese tanto majadero, el triunfo era seguro, pero la partícula *si* lo hace dudoso. Creo que las dos páginas anteriores escritas con la prisa y agitación de estos días, suplen perfectamente mi laconismo de este mes, y dicen también que no engañaba cuando escribía en Dax, «creo que pienso», y tenía razón cuando añadía, «y esta es la mejor noticia que pueden darme». Sí, pensaba, pero no veía tan claro como hoy; como hoy veía el triunfo, pero no creía que nos costaría tan caro, y que quizás lo pondrían en peligro ambiciones bastardas y tontería sobre todo. Es verdad que Aparisi me indicaba algunos animales antidiluvianos, pero lo creíamos que hubiese tantos.

Me llaman *déspota*, buen agüero, porque esto quiere

decir que entra en la conciencia pública que sé mandar, y cuando se conspira, los paños calientes para nada sirven. ¿Se rebelarán los carlistas? Algunos tal vez. ¿Habrá palo? Sí. ¿Se perderá la causa? No. ¿Se adelantará su triunfo? Tal vez se atrase. Pero por fin, ¿qué sucederá? Que no habrá en España más que una solución, y que se sabrá que esa solución sirve para el caso. Eso es lo que sucederá, y probablemente de España, que no de Francia, vendrá la luz que Europa necesita y América también, y á su resplandor podrá empezarse la grande obra que reclama más que nadie esta vieja, abatida y regenerada raza latina, para la que todavía puede haber días de grandeza y bienestar. Dicho *al resplandor del incendio*.





DOCUMENTOS

Núm. 1.—PÁG. 3

Conferencia en Gelida

«Señores: Desde el día que tuve la desgracia de encontrar las fuerzas del señor (señalando á Cabrinety) se notaron los primeros síntomas de insubordinación en mi columna, puesto que la noche del mismo día se dieron por primera vez gritos sediciosos de muera el tirano, aludiéndome á mí, y los soldados de Cabrinety insultaban á los míos llamándoles borregos y serviles; antes de entrar yo en Cataluña no se pasaba lista en ninguna columna; en las poblaciones jugaban los soldados por las calles, y si cometían algún desmán solía disimulárseles: yo consideré indispensable pasar lista todas las tardes, y le dí el nombre de paga; pero á pesar de esto no dejé de dar margen á murmuraciones. No pude corregir la afición de los soldados á disparar al aire y tomar reses por blanco. Puse especial cuidado en corregir todas las faltas de limpieza que notaba, porque no quería que se llenaran los hospitales. Los oficiales de un batallón se presentaron todos con una solicitud, diciendo que si no se les autorizaba para aplicar la ordenanza á los soldados indisciplinados se verían obligados á pedir el retiro. Yo en contestación les hice notar que el paso que acababan de dar constituía un acto de indisciplina, y que en el caso de insistir me vería obligado á pedir al gobierno les diese la absoluta. Al día siguiente se presen-

taron los oficiales de otro batallón con otra solicitud, y les contesté del mismo modo. Cotejando luego las solicitudes, noté que estaban escritas del mismo puño y letra.

»Por no estar satisfecho del comportamiento de un capitán de las Navas, le separé del mando de su compañía, dándole orden de ir á Zaragoza á esperar orden del gobierno. La compañía no dió en un principio señal alguna de descontento; luego me pidieron les nombrara capitán, y nombré á un militar catalán de excelentes prendas. Al pasar lista por la tarde, acto que daba siempre lugar á inconveniencias, algunos soldados de la compañía gritaban zocarronamente ¡viva la federal! pero se pasó sin otra novedad. Al día siguiente por la mañana una persona de mi confianza me avisó de que se tramaba una sedición para asesinar á todos los jefes y oficiales. Llameles á todos y les encargué que estuvieran sobre aviso. Al capitán recién nombrado de la compañía de las Navas le avisó su asistente que los soldados estaban dispuestos á rechazarle si iba á pasar lista. A pesar de esta advertencia se presentó el capitán á sus subordinados, y á la voz de ¡firmes! ¡A las filas! empezaron cuatro soldados á descomponerse, tomaron una actitud agresiva, y entonces el capitán, echando mano al revolver y encarándose con ellos, dijo resueltamente: ¡Al que de un paso adelante le mato! ¡Firmes, y á las filas! Con esta actitud dominó á la compañía. Pero al poco rato sonó un tiro, y sonaron dos tiros, y cien tiros, y diez mil tiros, acompañados de una gritería infernal de ¡Aba-

jo los galones! ¡Mueran los jefes! Mandé instantáneamente tocar llamada, y de pronto no compareció nadie; luego comparecieron 200 guardias civiles, una compañía de Mérida y cuatro compañías del regimiento de Madrid.

«Congregadas estas fuerzas les propuse cargar á los sediciosos, y todas unánimemente me contestaron que irían conmigo donde quiera que las llevase; pero que no podían hacer fuego contra sus compañeros y hermanos. Entonces determiné abandonar la población y ver si podía juntarme con la columna de Padial, que se hallaba en la Poble de Claramunt. Encontré, en efecto, en las afueras de esta población al brigadier Padial. Le pregunté si podía contar con su gente, que se componía del batallón de Aragón, fuerte de 500 plazas. Se reunió la gente y se les propuso ir á cargar á los sediciosos, que sabía yo estaban desalentados, y contestaron lo mismo que habían contestado las fuerzas que yo llevaba. Excuso describir á ustedes la situación de mi ánimo, falto de todo recurso y sin ninguna esperanza de volver por los fueros de la disciplina, nos hemos venido hacia la línea de Valencia con la resolución de ir á aguardar las órdenes del gobierno en Tortosa».

Hasta aquí el general Velarde; tomó la palabra el brigadier Cabrinety, y dijo:

«Si V. E. lo permite diré sólo dos palabras, y después de un signo de asentimiento que le hizo el general con la cabeza, continuó: general, V. E. me ha ajado. Ignoraba que se hubiesen dado gritos contra V. E.: sólo supe algún tiempo después que los oficiales de V. E. estaban quejosos de sus soldados. A haberlo sabido á tiempo, les hubiera castigado; pero si puedo afirmar á V. E., que por indisciplinada que haya estado mi columna, nunca ha llegado hasta el extremo de robar, como la retaguardia de la de V. E.»

El general replicó inmediatamente, que no había sido su ánimo ofender al brigadier Cabrinety, á quien no está él en situación de acusar, dada la falta de insubordinación en que tenía la columna propia.

En esto el diputado Abella preguntó al general Velarde qué partido pensaba tomar, y entonces el general dijo: «Ustedes mismos oirán á los oficiales». Llamóse á los jefes y oficiales de la columna Padial y les manifestó al general Velarde, que la comisión de Barcelona trataba de ver si podía tomarse alguna resolución satisfactoria, y que deseaba saber su opinión.

Uno de los jefes dijo resueltamente: «Yo sigo al ge-

neral, pero fuera de Cataluña». Al oír esto el brigadier Padial manifestó «que extrañaba que un oficial tomara la palabra antes de haber hablado su jefe, y añadió que el regimiento de Aragón estaba á las órdenes del general mientras no estuviese destituido; que para protegerle le acompañaría donde mandase, y que en el caso de aceptársele la dimisión, estaría el regimiento á las órdenes del ministro de la Guerra y haría la campaña en Cataluña si así se lo ordenaban. Que él personalmente lo que más sentía es que se le acusara de alfonsino, á él que fué de los primeros en levantarse en Cádiz con todo el batallón á las órdenes del general Prim, y que si alguna significación tenía en política era republicana».

Después de esto el general Velarde renovó su resolución de pasar á Tortosa á ponerse al habla con el gobierno, y pidió á la comisión que llegada al Matorrell le remitiese el tren aumentado con siete coches para marchar con su gente á Tortosa. Las fuerzas que estaban con el general eran 500 hombres de Navas y Mérida, 500 de Madrid, 550 de Aragón y 200 guardias civiles.

Un individuo de la comisión preguntó incidentalmente al general qué tal se batían los soldados con los carlistas, y contestó que admirablemente, con tanto ánimo y arrojo, que hasta en esto faltaban á la disciplina; y á más dijo: digan ustedes á sus amigos de Barcelona que no exageren las fuerzas carlistas en Cataluña, que en estos dos últimos meses han desertado de sus filas más de 2.000 hombres; que nunca hacen cara á la tropa, que todos los muertos carlistas lo son por la espalda; que siguiendo la táctica del señor (señalando á Cabrinety), que procura dar con ellos al amanecer (Cabrinety se sonrió), se asegura su dispersión; que el peligro está en cargarlos al anochecer, porque entonces al recogerse la tropa es cuando los carlistas cargan.

La comisión se despidió de los señores Velarde y Padial, y subiendo á los coches, algunos individuos de la misma, al pasar por frente de los soldados, dieron el grito de ¡Viva la República federal! Al cual contestaron: ¡Sí, viva en Valencia, en Navarra y no en Cataluña! queriendo decir que no deseaban hacer más campaña en Cataluña.

Regresó la comisión á Martorell con el brigadier Cabrinety, con el cual se acordó dejar descansar á la tropa hasta las cinco de la tarde, y entre tanto que la comisión fuera á Esparraguera á explorar el ánimo de los amotinados. A las cuatro de la tarde llegó la comisión á Esparraguera, hallando á los soldados reunidos en la

plaza, mustios, silenciosos, desconcertados. Eran 53 guardias civiles, 54 movilizados de Solsona, 6 del Xich de la Barraqueta, sobre 600 hombres de Mérida y otros tantos del batallón de las Navas. Los vecinos nos dijeron que habían entrado la noche anterior tan silenciosos como los encontramos. Al aproximarse á la población la milicia de Esparraguera los había tomado por carlistas, y les encaró las carabinas; y fué menester para darles entrada que se convencieran los soldados de Esparraguera de que eran tropas republicanas.

Nuestro corresponsal pasó largo rato hablando con ellos. La mayoría estaban pesarosos de la situación en que se hallaba el general Velarde; decían que había ido á Esparraguera, creyendo que le encontrarían allí y se agregarían de nuevo á la columna; y al anunciarles que iba á llegar de un momento á otro el brigadier Cabrinety se mostraban contentísimos. Decían los guardias civiles que en la confusión de tiros y toques de corneta que hubo en Igualada no supieron á donde acudir, ni acertaron á tomar una determinación. El capitán de Mérida que los mandaba á todos desde la salida de Igualada, había teleografiado por la mañana al general Velarde, que los soldados pasado el primer momento de embriaguez y acaloramiento, estaban arrepentidos y deseosos de militar de nuevo á sus órdenes.

No se deben omitir unas palabras importantes del general Velarde en la reunión de Gélida. «Han de saber ustedes, señores, dijo el general, que en Igualada, ni el alcalde, que es republicano, ni el comité republicano, se presentaron á ofrecerse, y antes de empezar la colisión discurrían por las calles en dirección al cuartel numerosos grupos de paisanos».

Los oficiales creían que de resultas de la insubordinación de aquella noche había muerto un capitán, un teniente y un alférez de las Navas. se habían extraviado siete oficiales de Mérida y nueve de las Navas. Sin embargo, el encargado de Sanidad, que se hallaba en Esparraguera, afirmaba que á él no se le habían presentado más que los cadáveres de dos soldados de las Navas y un oficial herido en una pierna.

NÚM. 2.—PAG. 55.

Capitulación de Cuenca.

«En la ciudad de Cuenca, á diez y seis de Octubre de mil ochocientos setenta y tres, reunidas en casa de don

Manuel Pajarón el segundo comandante general del ejército carlista de la provincia de Valencia don José Santes y Murgui, el coronel de infantería del mismo ejército don Joaquin Cabanes Pedron, el teniente coronel de infantería don Fernando Manglana, de una parte, y de la otra don Miguel Lardiez, gobernador civil de la provincia, los tres individuos de la comisión permanente señores Gimenez Frias, Garrido y Lopez Palegrin, el señor coronel graduado teniente coronel gobernador militar de la provincia don José Perez Oñate, don José Baños, al calde popular de esta ciudad, don Isidoro Arribas, comandante de los voluntarios de la misma, y el comandante capitán de la guardia civil don Pedro Navarro; teniendo en consideración que la población fué sorprendida, que á pesar de esto se ha sostenido el fuego dos horas y media por una y otra parte, en cuyo tiempo las fuerzas sitiadoras han ocupado la parte baja de la población y hecho algunos prisioneros con armas de la reserva y voluntarios, cuya fuerza ocupaba la parte alta de la misma, y siendo ya, si no completamente inútil, muy difícil y ocasionada á grandes desgracias toda resistencia con esperanza de buen éxito, el excelentísimo señor segundo comandante general don José Santes y Murgui pasó una comunicación al señor gobernador de la provincia, intimando la rendición en el término de un cuarto de hora. En este estado el señor gobernador consultó con los señores anteriormente citados y algunos voluntarios, conviniendo todos en celebrar una entrevista con los señores jefes de las fuerzas legitimistas; y celebrada ésta, acordaron en ella la capitulación siguiente:

- 1.º La libertad de todos los voluntarios prisioneros.
- 2.º La de los señores jefes y oficiales de la reserva hechos prisioneros, como igualmente la del comandante capitán de la guardia civil don Pedro Navarro.
- 3.º La de los individuos de la reserva.
- 4.º La entrega de 300 fusiles con sus bayonetas á las fuerzas legitimistas.
- 5.º Esta entrega deberá hacerse con la brevedad posible, ó sea hasta las cinco de la tarde del día de hoy.
- 6.º Asimismo se entregarán y será permitida la requisa de caballos y monturas, previa tasación, y dando al dueño el correspondiente recibo.
- 7.º Recaudar la contribución de un trimestre en la capital según los repartos, pero al tipo del 18 por 100.
- 8.º Los señores jefes y oficiales de toda clase de armas quedarán con sus espadas y rewólver.

9.º Las partes contratantes garantizan el orden público en la capital, respetándose las personas y bienes, sean las que fuesen las opiniones políticas que profesen, obligándose al cumplimiento de este convenio ó capitulación.—José Santes y Murgui.—Joaquín Cabanes Pedron.—Miguel Lardiez.—Victorino Lopez Pelegrin.—Ramon Gimenez.—José Baños.—Pedro Navarro.—Isidoro Arribas.—José Manuel Garrido.—José Perez Oñate.

Adición.—Por un olvido involuntario se ha omitido consignar en el convenio la libertad de todos los señores de ideas carlistas que se hallan presos, y se pondrán inmediatamente en libertad. Que se entienda que el número de fusiles que hay que entregarse; ha de ser, además de los 300 estipulados, los 90 que tiene la fuerza de la reserva y 10 carabinas de la propiedad de ésta.—Cuenca, fecha *ut supra*.—José Santes y Murgui.—Miguel Lardiez.—Isidoro Arribas.—José Perez Oñate.»

NÚM. 3.—PÁG. 99.

Comunicaciones entre los oficiales de artillería.

«Frontera de España 9 de Setiembre de 1873.—Señor don Tomás Reina.—Muy señor nuestro y querido compañero: Como presidente de la junta formada en Madrid para amparar los intereses del antiguo cuerpo de artillería, nos ha parecido que en nadie mejor que en usted encontraríamos la autoridad y representación necesaria para dar curso eficaz á la comunicación adjunta.

En ella, fieles nosotros á la nobleza, la honradez y el compañerismo que caracterizaran las tradiciones de la corporación á que pertenecíamos, al par que explicamos los móviles de nuestra resolución, nos complacemos en reconocer los vínculos que en mejores días nos unieron, damos muestras de quererlos estrechar más fuertemente y expresamos la esperanza de que todos, á quienes nos dirigimos, han de ayudarnos en la obra de restablecer nuestro instituto y volver por el brillo del uniforme que vistieron los hombres más ilustres de la historia militar de España.

Rogamos, pues, á V. que, teniendo la bondad de constituirse en intermediario para con nuestros compañeros y amigos, se sirva también hacer justicia á los levantados propósitos que guían nuestra conducta.

Así nos lo prometemos, y aprovechamos la ocasión de asegurar á V. la profunda consideración con que somos sus compañeros y servidores Q. B. S. M.—En nombre de

los oficiales pertenecientes al ejército real, la comisión autorizada.—Elicio Berriz.—Antonio Brea.—Julian García Gutierrez.»

«Queridos compañeros: La revolución, que se prometía llegar á sustituir con instituciones nuevas las magníficas creaciones de la monarquía tradicional de España, no ha logrado al cabo de cuarenta años de pruebas dolorosas, sino destruirlo todo, y entre las ruinas acumuladas, comprometer la suerte de los intereses sociales, la dignidad y la integridad de la nación.

«Al derrumbarse tantas cosas grandes, no era concebible que la corporación militar á que pertenecíamos fuese respetada y en efecto, desconocidos sus servicios, menospreciadas sus virtudes, sus sacrificios olvidados, fué al fin disuelta, escupiéndose al rostro de los que procuramos imitarlos, la sangre de los héroes que sublimaron nuestra particular historia.

«Aunque, pues, como españoles, tengamos que prepararnos y dolernos, ante todo de las desventuras comunes, como antiguos artilleros no podemos olvidar al imperioso deber de restablecer el *Cuerpo* en que se fundían nuestra vida y nuestro honor; de afirmar su honrada reputación del pasado; de procurarle nuevos y más brillantes laureles para el porvenir.

«He aquí, compañeros y amigos, por qué nos dirigimos á vosotros.

«En cumplimiento de lo que consideramos una obligación sagrada, traemos hoy la bandera de nuestra corporación ilustre al único campo donde sus tradiciones están: donde rodeada de los que han probado rectitud de principios, firmeza de carácter y encendido españolismo, no ha de ser abatida y humillada, sino enaltecida por ellos. Dios, la patria y el rey la bendicen; y al servicio de causas tan sagradas y gloriosas nada hay que no se realice, nada que no se engrandezca.

«Con nuestra bandera, vienen al ejército real las reglas, los hábitos, las costumbres, todo lo que constituía la existencia íntima del noble instituto de los artilleros españoles.

«Al agruparnos de nuevo en torno de la enseña que saludaron respetuosos en Zaragoza y Bailén esclarecidos capitanes de huestes extranjeras, la vida de mejores tiempos reaparece; y de tal modo, que ni ofensa ni agravio ha de haber para ninguno, y cada cual ha de tener el puesto que le corresponde en la organización primitiva, que será rigurosamente observada.

«Porque partimos de promesas solemnemente hechas

por el egregio príncipe, que en estos momentos acomete la generosa empresa de abrir con su espada los caminos de la regeneración universal, nada ha de cambiarse en el modo de ser del cuerpo de artilleros.

»Por eso nos permitimos esperar que, cuantos han sido seguirán siendo al través de cualesquiera vicisitudes, más que compañeros, nuestros hermanos, han de prestarnos su leal cooperación.

»Solo nos desconsolaría, en la confianza que abrigamos, que hubiese alguno, cuya vacilación demasiado prolongada pudiera ser por la fuerza de los Lechos que se consumasen causa injustificada de pretendidos perjuicios.

»No queremos creer que así suceda; y por el contrario, concedores de la alteza de miras y pureza de sentimientos de aquellos á quienes nuestras palabras se encaminan, suponemos que desde luego han de escucharlas y atenderlas.

»Los tiempos son harto duros para que la reflexión no haya madurado el consejo de la conciencia propia.

»La crisis porque pasa el pueblo español es decisiva.

»El remordimiento ó el orgullo del deber cumplido, se ofrecen perentoriamente á nuestra elección, como legado que dejar á nuestros sucesores.

»Nosotros hemos elegido ya.

»¡Compañeros! Expuestos con fraternal franqueza nuestro proceder y propósito, elegid también vosotros, elevando el corazón y el espíritu á la altura de vuestros nombres.

»Mientras tanto, os enviamos un saludo cordial.—En nombre de los oficiales pertenecientes al ejército real, la comisión autorizada.—Elicio Berriz.—Antonio Brea.—Julián García Gutierrez.

»Frontera de España 9 de Setiembre de 1873.

Señores don Elicio Berriz, don Antonio Brea, don Julian Garcia Gutierrez y demás á quien representan el extinguido cuerpo de Artillería.

Apreciables compañeros: Como individuos de la Junta directiva del extinguido cuerpo de Artillería, hemos recibido, por conducto del presidente de la misma, la comunicación que, con motivo de haber abrazado ustedes la causa de don Carlos, y creyéndose en el deber de restablecer el cuerpo en que, como dicen, se fundían nuestra vida y nuestro honor, se sirven dirigir á todos sus antiguos compañeros, invitándoles á imitar su conducta.

Al dar este paso no han recordado ustedes seguramente las repetidas protestas consignadas en diversos escritos de no responder nuestra actitud á ninguna aspiración política. Hija exclusiva de un sentimiento de dignidad, librándose en ella no solo el prestigio de nuestra corporación, sino en cierto modo el de todo el ejército, muchos de cuyos individuos lo han comprendido así, ayudándonos moralmente con sus aplausos y franca simpatía, tenemos un deber, impuesto por nuestra propia consecuencia, y en reconocimiento á nuestros camaradas del ejército, por su leal cooperación, de no dejar desmentido lo tan repetidas veces afirmado. Solo en defensa de los verdaderos principios militares, de la integridad de la ordenanza, de su espíritu caballeroso y recto: solo en defensa de los fueros del honor y de la moral hemos sido arrollados y perdido en un día el fruto de nuestras vigili-
as y servicios. En esta situación infortunada, pero honrosa, continuamos consagrados con redoblado empeño á la defensa exclusiva de aquellas legítimas aspiraciones; de la completa restauración de las leyes eternas de la milicia, abrigando las esperanzas de triunfo que infunden siempre las causas levantadas y justas. En este sostenido combate ningún arma podemos emplear tan poderosa como el espectáculo de nuestro propio ejemplo, como el testimonio elocuente de la severísima disciplina de la firme unión que, contra todo elemento de discordia, sabemos mantener, persuadidos, como debemos estarlo, de que cuando faltan estas condiciones no puede haber ejército ni sociedad, ni nación, ni nada grande, poderoso y respetable.

Sensible es, por lo mismo, que Vds., sin tenerlas en cuenta, y estimando en más sus opiniones particulares que la vida y el sentimiento de la corporación, se hayan decidido á separarse de sus compañeros. No pretendemos negarles su perfecto derecho á abrazar ésta ó la otra bandera; nunca hemos intentado el imponer nuestra unión: ella es voluntaria, espontánea completamente libre. En esto justamente y en subsistir inquebrantable en la desgracia consiste su mayor mérito. No han faltado Vds., en verdad á ningún precepto que estuvieran obligados á cumplir; pero sí, moralmente, al espíritu de cuerpo, á las inspiraciones del compañerismo, á una voz secreta que han debido oír en su corazón contraria á todo acto que pueda ponerlos un día enfrente de sus hermanos de armas, de quienes han compartido con Vds., en los primeros años de su juventud, todos los azares de la educación militar. No es justo, pues, invoquen el compañeris-

mo cuando tan manifestamente incurren en su olvido, ni que hable de restablecer el cuerpo en el acto mismo de quebrantar su cohesión. ¿Qué sucedería si cada cual, siguiendo el ejemplo de Vds., tomase el rumbo de sus propias ideas, sin tener en cuenta para nada los vínculos que nos ligan? Ofreceríamos entonces el espectáculo desastroso y harto común por desgracia, de la descomposición que corroe las entrañas de este infortunado país, en vez del alto ejemplo, con que hoy podemos gloriarnos, de unión, disciplina y abnegación personal.

Por otra parte, las consideraciones todas alegadas por Vds. en justificación de su conducta son exclusivamente políticas, y esta circunstancia no impide el someterlas á discusión. Hay en el cuerpo, como Vds. saben, quienes profesan sus mismas opiniones; otros las diametralmente opuestas; muchos las que se apartan de ambos extremos, y como nosotros hablamos y nos dirigimos á Vds. en nombre de todos, no debemos tocar un asunto en que sólo habríamos de discutir con nuestro particular criterio, dado que, por deferencia á Vds., nos resolviéramos á penetrar en un terreno en el que jamás hemos planteado la cuestión. Pero si en este puede haber discordancias, tenemos otro donde reina la más completa unidad. Todos hacemos un culto del sentimiento del deber; todos rechazamos con igual energía el vergonzoso sistema de cohonestar la infracción de los preceptos más sagrados con el pretexto de las exigencias políticas: todos estamos unánimes en no preguntarlos jamás nuestras respectivas opiniones ni pedirnos otros títulos que los del honor, la decencia y la lealtad para formar parte de nuestra comunión armilera. Mientras Vds. se conserven fieles á ellos, como no dudamos sucederá siempre, los acogemos en nuestro seno con viva efusión, con fraternal cariño: más á la vez esperamos del suyo nos eviten la triste contingencia de que podamos ofrecer un día el desconsolador espectáculo de combatirnos en opuestos campos. No cabe en nosotros el aconsejarles nada contrario á las más delicadas exigencias de la dignidad y el decoro; pero no acertamos á persuadirnos de que Vds. hayan extremado sus nuevos compromisos hasta el punto de prescindir por completo de la inmensa mayoría, de la casi totalidad de sus compañeros que les tienden afanosamente los brazos y esperan verlos venir á ellos si las leyes del honor se lo permiten. Madrid 16 de Setiembre de 1873.—Siguen las firmas

Núm. 4.—PÁG 111.

«Extracto de las diligencias instruidas por la jurisdicción extraordinaria de guerra en averiguación de los crímenes cometidos por el cabecilla carlista Félix Domingo Rosa Samaniego é individuos de su partida.

Mandadas formar estas diligencias en 26 de Octubre de 1874 por disposición del Excelentísimo señor teniente general don Manuel Laserna, que mandaba en jefe el ejército del Norte, dió principio su instrucción en el mismo día, actuando como fiscal el teniente coronel don Juan Floran, y como secretario el teniente del regimiento infantería de Castrejana (hoy Reina, don Claudio Alonso y Gutierrez.

La voz pública que, con insistencia acusaba á Rosa y á los individuos de su partida de haber arrojado á muchas personas de ambos sexos y de diferentes edades, muertas ó vivas á una sima llamada de Iguzquizu, sita en las cercanías de Estella, movió al Excelentísimo señor general nombrado á ordenar la instrucción de este sumario.

Desde luego se comprende, y de los autos resulta, que hallándose los carlistas posesionados de Estella y demás pueblos de su merindad, no había de ser empresa muy fácil poder encontrar un número crecido de personas que declaren como testigos presenciales de unos hechos que, por su índole especial, han debido pasar en la mayor parte de los casos entre las víctimas y sus verdugos, sin que hubiera más espectadores. Pero si bien es cierto que los más de los testigos lo son de referencia, también lo es que existen entre ellos algunas víctimas, como don Gonzalo Pereira y Carasa, Eleuterio Sanz, Andrés Balin, María Santos, José María Amado y Paulino Osés; individuos que han servido en la partida de Rosa, como Melchor Aguacaz, Nemesio Maestu y Pedro Echevarría, ó han presenciado algunos hechos, como don Ramon Moneo; y por último, otros que, sin presenciar las ejecuciones, han recogido de boca de Rosa, Gergon, el Raton y otros partidarios, la confesión de diferentes crímenes cometidos por ellos, vanagloriándose por sus horribles hazañas, tales son, entre otros, don Juan Ucaz y Gimenez, Babil, Vicente Lizalde, Ramon Cabero, Juan Chavarri y doña Dolores Aramendia.

Cuarenta y dos personas han declarado, y todas ellas excepción hecha de don Andrés Soletó y Juan García Ochoa, manifiestan haber oído referir hechos diferentes

ó iguales, atribuyendo la comisión de crímenes sin cuento á Rosa-Samaniago y á su gente.

Doña Francisca Bustamante, al folio 2, acusa á Rosa de la muerte de *Sebastian Zubieldia*, su marido, á quien arrojó á la sima, y Pedro Chasco, al folio 39, cree que así sucedió. Eleuterio Sanz y Andrés Balin, folio 16 y 19, ambos vueltos, presos en Estella, recuerdan haber oído á sus compañeros de cárcel hablar de la muerte de *un alguacil de Pamplona*.

José María Amado, preso como los anteriores, oyó referir que á *un soldado de cazadores prisionero* le arrojaron á la sima,

Ramon Carlizo, al folio 33, sabe de voz pública, que los arrojados á la sima pasan de *ciento cincuenta*.

Don Joaquín Pastor, folio 37 recuerda, por haberlo oído referir, la muerte de dos vecinos de Lumbier, que fueron arrojados vivos por Rosa al río Aragon, con piedras atadas al cuerpo suyo, y que, habiendo hecho preso el mismo Rosa á un amigo, y diciéndole éste que ya sabía la suerte que le esperaba en sus manos, pero que como amigo le suplicaba que no le hiciera padecer mucho, le contestó: «voy á darte gusto;» y asestandole una puñalada al pecho le dejó cadáver.

Javiera Lastra, Jerónimo Gomez, don Cándido García Genaro Berraondo, doña María Munariz y don Angel Echarte, á los folios 40, 44, 45, 49, 59 y 65 respectivamente confirman lo dicho por los anteriores y manifiestan haber oído referir otros crímenes; siendo muchos más los testigos que declaran, también saber por referencia, que Rosa y su partida son el terror de las gentes del país por los horrorosos hechos que cometen, sirviéndose de la ya citada *sima* para arrojar á ellas sus víctimas.

María Santos y Paulina Usés, á los folios 66 y 67, ambos vueltos, declaran que, detenidas por el cabecilla, recibieron cincuenta palos, por llevar aguardiente á las tropas, habiéndolas forzado antes de apalearlas.

Don Gonzalo Pereira y Carasa dice, al folio 7, que detenido por los carlistas como supuesto agente del Gobierno, fué conducido á la cárcel de Estella, donde se encontraban otros presos.

A las tres de la mañana del día de San Lorenzo le sacaron de la cárcel, en compañía de un muchacho de Tafalla de unos quince años de edad, de una joven de Barbarin y de dos hombres, uno de la provincia de Burgos y otro de la de Alava.

Conducidos por algunos individuos de la partida de Rosa á la sima de Iguzquiza, les hicieron sentar á la in-

mediación, trajeron un sacerdote, y después que éste confesó á los cinco, hicieron poner al muchacho de rodillas al borde de la sima y de espalda á ella.

Uno que hacía de jefe, y se titulaba teniente, le preguntó quién fué el hombre que le dió el parte; á lo cual contestó el muchacho que no le conoció porque era de noche, y que le había llevado al general porque le amenazaron; entonces Jergon le dió un bayonetazo diciéndole: «ahí tienes el pago», cayendo el muchacho al precipicio. Seguidamente colocaron á la jóven en igual posición y sin dirigirle pregunta alguna, se acercó al cabo Raton y asestandole un bayonetazo al pecho, la arrojó á la sima. Al declarante y á los otros dos hombres, después de amenazarles con la misma muerte si no hacían las confesiones que les exigían, les volvieron á la cárcel de Estella, de la cual salió el Vicente algun tiempo después en libertad.

El testigo José María Amado, folio vuelto, abona, en parte esta declaración, pues afirma haberse encontrado en la cárcel de Estella con el abogado don Gonzalo Pereira.

Las deposiciones de Melchor Ayucar, Nemesio Maestu y Pedro Echevarría, obrantes á los folios 105, 108 y 112 dan cuenta de un crecido número de crímenes, por haber asistido á su ejecución como individuos de la partida de Rosa, hallándose entre las víctimas, cuyos nombres en muchos casos desconocen, dos muchachos aragoneses á quienes mandó fusilar éste; un anciano el cual después de maltratado le mató de un tiro un partidario llamado Demetrio; un vecino de Estella á quien apalearon hasta dejarlo por muerto, cinco individuos que fueron arrojados al Ega atados con cuerdas, y cuyos cadáveres salieron á flor de agua algunos días más tarde; un hombre de edad arrojado también al mismo río y rematado á tiros después de caer en el agua; un paisano de la Amescos muerto á tiros por los partidarios Joaquín Sanz y Aniceto, y precipitado después á la sima de Loquitz; dos muchachas jóvenes, después de cortarles el pelo fueron muertas á tiros por Jergon y otros partidarios, y arrojados sus cadáveres á la sima; dos paisanos de Genevilla y uno de Villatuerta, llamado Hipólito, que sufrieron la misma muerte; dos muchachos, uno de Villatuerta y otro de Cirauqui, arrojados también á la sima; un paisano de Aldeanueva y cinco más, entre ellos el pregonero de Estella, que recibieron parecida muerte, y otros muchos más de que han oído hablar.

Los mismos acusados Rosa, Gergon, el Raton y otros

han confesado algunos de sus crímenes, á presencia de los testigos don Juan Ucaz, Babil Vicent, Juan Echavarrri y otros que declaran en estas diligencias, diciendo Rosa: «yo soy Rosa, pero huelo muy mal, especialmente para los liberales, que he de matar á todos»; jactándose los segundos de sus crímenes, que decían cometían por orden del primero, y manifestando Jergon que las manchas de sangre que veían en su manta eran de tres *guiris* á quienes había degollado.

Por último, se hace manifestación por algunos testigos, de que Rosa llevó á cabo varios de los hechos referidos por orden de los jefes carlistas, y la entrega á este partidario á los individuos que mandaba de los presos de la cárcel de Estella, que eran conducidos al sacrificio, prueba que, ó se hacía por orden de aquellos, ó al menos con su conocimiento.

Unidas á las referidas diligencias corren también los antecedentes penales y la filiación de Felix Domingo Rosa Samaniego Saez, de los cuales aparece que á la fecha tiene veintiseis años, y que en Setiembre de 1876 fué condenado por la Audiencia de Pamplona á cuatro años y cuatro meses de presidio menor por un hurto, y á veinte meses de presidio correccional por otro, habiendo sido licenciado en 2 de Diciembre de 1870, por alcanzarle los beneficios del Código penal reformado de dicho año, hoy vigente».

Vitoria 9 de Enero de 1876.—*Joaquín Roncal*.

Conforme con lo que resulta de las diligencias originales.—El coronel, segundo jefe de E. M. G., *Manuel de Lascano*.

NÚM. 5.—PÁG. 198.

Sobre las conferencias en la línea de Somorrostro

SEÑOR DIRECTOR.

Muy señor mío: Para que sea notorio al mundo entero el verdadero carácter de las conferencias celebradas por algunos jefes del ejército real con el republicano; para que sea inútil el que los periódicos liberales desfiguren los hechos; para que tengan una prueba irrecusable los partidos radical, republicano-benévolo, republicano intransigente, etc., de la firmeza de principios de don Francisco Serrano y de lo que pueden esperar de él; para que la Europa conozca que nuestros enemigos confiesan que no tienen bandera ni aun ideal político; para

que todos sus lectores puedan comparar el espíritu que anima á uno y otro ejército, le ruego se sirva insertar copia literal de las últimas cartas que han mediado entre unos y otros; advirtiéndole que los originales existen en nuestro poder.

Quebrantadas las fuerzas republicanas con los combates del 25, 26 y 27 del mes pasado al cerrarles nosotros el paso á Bilbao, suspendieron desde ese día sus operaciones de ataque y no han vuelto á romperse las hostilidades.

El día 30 pidieron parlamento solicitando permiso para enterrar los muertos, y coaccedido, empezaron á comunicar ambos campos.

Con este motivo el día 31 tuve ocasión de hablar en el terreno neutral con el coronel don Luis Cappa, persona de mi íntima amistad, y con quien he servido y aun vivido mucho tiempo. Versó nuestra conversación sobre la situación política de España, y cuando acabó y me retiré á mi campamento, creí que podría ser conveniente, ó cuando menos un deber de amistad, escribirle la carta que lleva el número 1. La leí á los señores generales Lizarraga y Velasco, y aprobada la remití.

Pasaron muchos días, y cuando había olvidado ya el asunto, recibí la contestación señalada con el número 2.

No había medio de entendernos, señor director, ya lo presumía yo antes de recibir la carta, como puede usted observar que lo decía en la mía, y por esta razón no contesté, aunque se me rogaba que lo hiciera.

Hace pocos días recibió el señor coronel don Carlos Gonzalez Boet, que mandaba el batallón de Almogávares del Pilar, las anotadas con los números 3 y 4.

No comentaré estos dos documentos, que su simple lectura dice bastante; pero es necesario que sepa el mundo que el coronel Boet es un pundonoroso jefe, lleno de bravura é inteligencia, que ha regado con su sangre generosa los campos de Cuba, y que ha tenido la honra de derramarla también en la batalla de Somorrostro. No hay resquicio por el que haya podido fijarse en este jefe el señor Fernández de Rodas para dirigirle la injuriosa carta que firma.

Recomiendo á todos los republicanos la ligereza de todo un don Francisco Serrano enviando una carta autógrafa tan lata á un coronel Fernandez de Rada, que la remite original á un enemigo, y para conseguir que el jefe del bravo batallón aragonés entregue dichos documentos á su general, y conteste con el desprecio del

silencio. Recomiéndoles también que se fijen bien en la manera clara y neta con que en la carta del coronel *Cappa* escrita con conocimiento de varios jefes y de un bravo general se habla de la cuestión alonsina, cuya bandera, dice, que el ejército ha *patrocinado y admitido*, y que reunan esto con lo dicho por el señor Fernandez de Rada, autorizado por Serrano; de que *hombres darán al país la solución que pide, la que está en consonancia con las operaciones de la unanimidad del ejército*, y saquen la consecuencia.

Soy de usted señor director, seguro servidor, el coronel jefe de E. M. de la división de Aragón, *José Feron Saavedra*.—Hay un rúbrica.

CARTA NÚM. 1.

Señor don Luis Cappa.—Campamento 5 de Abril de 1874.—Querido amigo y enemigo político: Parece que no estará de más que el amigo, que el hombre particular, sin que para nada figure el empleo, escriba á usted por supropia cuenta y le exponga algunas consideraciones ya que el otro día empezamos á hablar de asuntos políticos y con esto me quedará la tranquilidad de haber expuesto á usted que es mi amigo, con la franqueza que sabe me es propia, lo que yo entiendo que es la situación de ustedes y la nuestra.

¿Quién son ustedes?

Si se para usted á considerar la situación actual de nuestra afligida patria; si se fija usted en que no son ustedes republicanos, ni monárquicos; en que no saben lo que buscan; en que no tienen ninguna de las legalidades conocidas en política; en que el gobierno á quien sirven es una mezcla híbrida de elemento de discordia, como aborto de un motín militar; en que no han sido Vds, reconocidos por ninguna potencia de Europa, en que sólo por medio de las medidas más tiránicas encuentra dinero para sostenerse y algunos con que nutrir sus batallones; y en otras mil circunstancias que sería largo enumerar, tendrá V. que convenir conmigo en que son Vds. una partida facciosa muy grande mandada por el cabeçilla Serrano.

¿Quién somos nosotros?

Somos la genuina expresión de la verdadera monarquía española pura y tradicional: buscamos la exaltación del catolicismo, la paz y felicidad de España y la consolidación del trono legítimo, tenemos la legalidad del derecho divino sancionada por los siglos; nos gloriamos de

la inquebrantable union que da la firmeza de principios; tenemos la visible protección de Dios, y es'e avivando nuestra fé, reclamando nuestro entusiasmo y encendiendo nuestro coraje nos hace invencibles; tenemos el *Dios lo quiere y el rey lo manda* de los antiguos cruzados que nos lleva impasibles á la muerte; tenemos el frenético amor de los pueblos que nos incita, que nos mantiene y confía su salvación, y por último, somos aquellos que empezaron por partidas de seis y siete hombres de valor heroico, que puestos los ojos en Dios y obedeciendo el mandato de su rey, lanzaron á los aires su pregon de desafio, desplegaron su vieja y gloriosa bandera, y batiéndose como españoles han creado un ejército en el Norte, otro en Valencia, otro en Cataluña y algunas divisiones en las demás provincias de España mandadas por el rey y secundado por generales, jefes y oficiales á quienes juzga el mundo entero ventajosamente.

Vea usted ahí sin disimulo de ningun género lo que creo que son ustedes y somos nosotros.

¿Cuál es la situación estratégica de ambos ejércitos? Poseen ustedes poderosos elementos; se batirán ustedes bien porque ¿cuándo dejó de batirse bien cualquier parte de ejército español? Pero tienen ustedes que emprender una operación táctica difficilísima, atendiendo á que tienen que hacer una marcha de flanco entre divisiones nuestras, posesionadas convenientemente y con ánimo de defenderlas hasta morir, y á quien tienen ustedes necesidad de dejar su cola en Castro. Por estas razones es muy posible que después de tres ó más combates se convenzan Vds. que no les es posible llegar á Portugal.

Pero supongamos que lleguen ustedes y bien ¿qué importa? Nos iremos á la línea de Castrejana y libraremos allí otras tantas batallas, si quieren ustedes ir á Bilbao por tierra, ó rendiremos á esta última ciudad en los dos meses que les ha de costar el limpiar la ría, si es que quieren ir por mar. Y esté usted seguro que no hay en esto exageración porque los que nos sobran son hombres, y poco nos importan 2.000 más ó menos que á los seis días son reemplazados con exceso.

De todas maneras crea usted amigo mio, que si ese ejército se empeña, va á ser su tumba ese pedazo de terreno, cuyo horizonte limitado por el mar descubre usted desde su tienda.

Si no se empeñan, es decir, si no socorren ustedes á Bilbao y nos obliga á levantar el sitio, si ustedes se retiran, cuando lleguen á Madrid se encontrarán hereda-

dos por un comité de salud pública de los más rojos; y la disolución de ustedes será segura y pronta, y el triunfo nuestro inmediato.

Pero este dilema, de perecer ese ejército en la lucha ó ser disuelto por la demagogía ¿no hay medio alguno de evitarlo?

No existe más de uno, pero me temo mucho que no le empleen ustedes porque creo están sentenciados por Dios á días terribles, y nosotros lo estamos también á que nos cueste mucho nuestro triunfo. Si ese ejército, mirando una vez por sí quisiera dejar desinstrumento de unas cuantas docenas de ambiciosos, ahorraría á la patria torrentes de sangre en una lucha que no se comprende. Si alguno de esos generales antepusiera á su ambición personal el interés de la nación, y el cariño á esos pobres soldados, que han sido arrancados por la fuerza del hogar paterno, la historia le reservaría una de sus doradas páginas. Si la gran mayoría de esos oficiales dejara ese alfonsismo platónico, que ha de ser su perdición y que es además imposible, habría más facilidad para entendernos; y digo que el alfonsismo es imposible, porque los pueblos no lo quieren, y si no puede usted mismo hacer la prueba, y atreverse á gritar al frente de los dos batallones que manda ¡viva Alfonso XII!

El corazón de todo ese ejército es monárquico y nosotros tenemos monarca, y tenemos un rey joven, valiente, galante, aleccionado por la adversidad, con algunos años de escuela que valen por décadas en la buena fortuna, de carácter firme y resuelto y adorando su ejército como quien ha vivido dentro de él.

Si Vds. no tienen bandera ¿cómo hemos de ir nosotros á formar alrededor de ella? Vengan Vds. á abrazarse á la nuestra que es la misma de Recaredo, San Fernando y Carlos V.

Digan Vds. al rey de España: «Señor: V. M. es nuestro rey» y estén Vds. persuadidos que desde ese día serán sus soldados como nosotros, sin preferencia, que todos somos españoles, y así nos mira; y entre todos habremos dado á la patria el día más venturoso que registran los anales.

Concluyo, querido amigo, aunque tendría materia para escribir un tomo diciendo á V. que de todas maneras es su buen amigo.—*José Ferron Saavedra.*

CARTA NÚM. 2.

Señor don José Ferron.—Onton 9 de Abril.—Mi muy

querido amigo: En mi poder ha sido, aunque con algun retraso, su favorecida, del que paso á contestar, aunque ligeramente, toda vez que deseo llegue cuanto antes á su poder.

A sus argumentos, referentes á lo que somos nosotros, y prescindiendo si es posible de la cuestión política, en este momento debo manifestarle, que ocupándonos sobre esto particulares amigos, siendo uno de ellos el jefe de mi brigada señor Barges, sin desconocerlos tampoco un bravo general, he podido comprender cuáles son los sentimientos que nos animan.

El ejército español, por más que admire, respete y considere al que tiene enfrente como otro ejército regular, bien organizado y con oficiales tan dignos, instruidos y competentes como en su seno encierra, no puede abdicar ni por un momento de su gloriosa tradición de considerarse el residuo cuando menos y genuino representante de ella, puesto que los mismos regimientos con que hoy cuenta y con el mismo nombre en días más felices produjeron glorias muy puras á la patria.

Esas tradiciones y esas glorias le imponen estrechos deberes y altivas consideraciones de honor y honra.

Es, pues, imposible, que sin hollar por completo tan atendibles razones que dicho ejército pueda transigir con la idea de aceptar á don Carlos como rey, interin tenga otro ejército á sus órdenes y en aptitud de imponerse. Esto, por lo que respecta prescindiendo de la política, como dejo anteriormente apuntado.

Sentado lo dicho como base, y partiendo de ella, la gran mayoría del mismo, comprendiendo que carece de bandera, y que no sabe á dónde va, sabiendo sólo que viene empujada por el torbellino de una revolución que al principio miró quizás indiferente, pero que hoy detesta y acrimina como causa principal y tangible de los males que al país destrozan, he encontrado, admitido y patrocinado una que, como término medio entre los horrores de la demagogia y el porvenir oscuro por la parte intransigente de ese campo, que dicho sea de paso, por más que don Carlos sea una persona ilustrada y muy por encima de las estrecheces del partido, al fin y al cabo representa una idea, y sólo por ella ha conseguido tener ejército é irremisible é indefectiblemente, sólo con y por ella tendrá elementos de vida, y cuya bandera representando la monarquía constitucional, única forma de gobierno adaptable á la presente generación, que no ha conocido otra, y á las necesida-

des de la época; no puede ser representada más que por el príncipe don Alfonso, porque deber es de todo buen patricio el posponer las personas á las ideas.

Al proclamar nosotros á don Alfonso demostraremos además no queremos imponer, puesto que adoptáramos un término medio entre la república y el absolutismo. No proceden ustedes así al indicarnos que aceptemos á don Carlos.

Una vez á salvo el decoro de ambos contendientes ¿qué inconveniente había en que don Carlos fuese regente ó rey si se quiere, previa explicación de ideas templadas? El país cansado de luchas y desastres anhela encontrar un hombre que empuñando con mano segura y experta el timón le libre pronto del continuo huracán que lo azota. Pero mientras no aparezca ese hombre de una manera clara y evidente y en cuyo caso creo haríamos todos gustosos completa abstracción de ideas, preciso es darle á la nación garantías, y esas sólo encontrarlas puede en los términos medios huyendo de ambos extremos.

Ustedes podrán impedirnos el paso. Podrán ustedes rendir á Bilbao. Podrán ustedes dominar por completo en las cuatro provincias, en Cataluña, en el Maestrazgo, etc., etc..... Pero y qué. ¿Dominarían ustedes el país aun cuando don Carlos se instalase en el palacio real? ¿Nos pueden ustedes negar acaso energía y esfuerzo para sostener la guerra en otras muchas provincias de España y mantener siempre encendida la tea de la discordia? ¿Y qué sucedería entonces? Agotadas por completo en este pobre país todas las fuentes de producción, recordáramos el dicho de Francisco I, «que el vencido vencido y el vencedor perdido». En cuanto á los temores que puedan importarnos los cantonales, hasta el simple soldado detesta á los causantes de nuestra humillación ante el extranjero. Si al calor de los radicales reviviere esa víbora, sería aplastada en el acto.

A tiempo estamos que domine el verdadero patriotismo, y entonces un porvenir ventajoso unirá á ambos ejércitos, que se estiman, respetan y admiran.

Y puesto que la mayor parte de nosotros hemos ganado con nuestro sudor y sangre, y muy honradamente la patente de valiente, unámonos de una vez, y cese esa lucha fratricida.

Que no sea motivo la tardanza de mi contestación ajena á mi voluntad como he dicho para no tener pronto noticias de un buen amigo, á quien agradezco en el alma que de mí se acuerde, y saludando muy afectuo-

samente al señor Costa, á quien puedo añadirle que el general Primo sigue mejor, y ofreciendo sus respetos á los señores Lizarraga, Velasco y Larramendi, en nombre del general Barges y ayudante Franco, envía á usted un abrazo su buen amigo.—*Luis Cappa.*

CARTA NÚM. 3.

Señor don Carlos Gonzalez Boet.—Mi estimado amigo y compañero: La adjunta enterará á usted que estoy completamente facultado para pactar en sentido lato de indulto, rehabilitaciones, premios en la carrera, con arreglo á la importancia del servicio que se preste, y aun para entrega de medios con que por ahora poderse alejar al extranjero.

Amigo mío, nuestro ejército no representa ideal alguno político como ahí se hace creer: sólo representa á la nación, que necesita imponer á sí misma orden, del cual está ávida. Luego de restablecido, nuestros hombres darán al país la solución que pide, la que está en consonancia con las aspiraciones de la unanimidad del ejército en íntima armonía con aquel. *Esto no le quede á usted duda, sucederá.*

Bien sabe usted que la guerra que se tienen no tiene razón de ser, que su ideal, fuera de estas peñas y algunas otras, es rechazado por unánime opinión, por lo que nunca llegarán al triunfo, y que es un dolor que hermanos nos destroceemos, por lo que no ha de ser.

Los sentimientos de humanidad, los de *patria*, que no pueden menos de resonar en los pechos nobles y caballeros cual el de usted y los suyos, me impulsan, no en pretensiones de soborno, eso nunca, sino para que sirviéndome de fundamento se decida usted y sus hombres á que nos demos un abrazo, un abrazo de hermanos y compañeros, que es lo que somos, toda vez que con ello pre taría usted el más importante servicio, no á un partido político, porque no lo hay, sino á *la patria* que se lo pide á usted

Decida, pues, y con garantía de la citada carta que me da el carácter de *comisionado oficial*, hágame usted con la premura que á ella conviene, las proposiciones que crea extensiva á todos los suyos, seguro que de ser aceptables, en el acto le serán ratificadas en forma.

Con respecto al indulto suyo, usted mismo pone la minuta.

Amigo mío, en este terreno ya no caben vacilaciones; de prestar servicios, cuanto más grande mejor; decídase, lo repito, y vengán al lado de sus compañeros,

que les esperan con los brazos abiertos, y en particular su afectísimo buen amigo Q. B. S. M.—*Manuel Fernandez Rodas*.—Hoy 21 de Abril.

CARTA NÚM. 4.—(*Carta autógrafa*)

Ejército del Norte.—General en jefe.—*Particular*.—Señor don Manuel Fernandez de Rodas.—Mi estado amigo: Lo que V. acuerde con la persona que tiene V. que hablar mañana, será aprobado en todas sus partes por su afectísimo amigo Q. B. S. M.—*Francisco Serrano*.—2 de Abril de 1874.—San Martín.

Señor don Valentín Gomez —Arcentales 26 de Abril de 1874.—Mi querido amigo: Remito á V. los adjuntos curiosos documentos que han mediado entre los jefes republicanos y dos nuestros á quienes V. conoce. Preciso es que se entere V. de ellos, saque como periodista hábil todo el partido posible y haga se publiquen ó habiéndelo de ellos *L'Union, L'Univers, et c.*, etc., para que vean los republicanos lo que piensa su ejército y sepan á qué atenerse respecto á los proyectos y tratos para un convenio.

Por orden de los generales escribí un artículo dando mayores noticias sobre dicho asunto; se envió una copia á Elío y otra á S. M., pero no sabemos qué paradero habrá llevado; así que le envío á V. el borrador para que se entere más del asunto, y privadamente le añadire que la proposición de que unido proclamásemos emperador á Serrano fué hecha por el general Palacio al coronel de E. M. de Castilla don Carlos Costa.

Puede V. figurarse lo que nos habremos reído con tan desahellados proyectos, pero aquí no saben sacar partido de ellos, cuando pueden valernos de mucho para hacerles sangre.

Estamos aquí con Elío que ha traído de coadjutor á nuestro general para que despache todos los asuntos de operaciones militares y dicte en su nombre las órdenes oportunas. En efecto, Elío estaba enfermo y abrumado de trabajo, tenemos cerca al enemigo amagando atacarnos por Carranza, pero se nos figura que no lo hará.

Respecto á Aragon siguen los líos entre Marco y Villalain, y grandes deseos de que vaya por allí el general.

Este ha enviado á Navarra al Alto Aragon para que levante partidas, recaude fondos, etc., etc., al mismo tiempo que la caballería hace lo propio por la frontera de Navarra.

Cavero sigue en Zornoza curándose; está bastante mejor.

Ceballos nos tiene puesta la proa y procura hacernos todo el daño posible; Caracuel envolver en una sumaria á Boét, pero el general está contentísimo y quiere ascenderle.

Recibí una de V. que me entregó Ramon Ortega; le presenté á S. E. y le nombré asesor de la comandancia general. Es muy buen chico, y ahora está en Estella con una comisión.

Mis afectos á todos los *desterrados* que haya por esa, á los de Madrid cuando les escriba V.: salude V. á Pilar, y mande á su afectísimo amigo.—*F. Hernando*.

Las proposiciones de convenio que publicó *Le Courrier de la Gironde*, como presentadas al cuartel general carlista y reprodujo *El Cuartel Real*, sin concederle ninguna importancia, son las siguientes:

1.º «El pueblo español será convocado en los comicios para dar su voto en la restauración de la monarquía legítima dentro del término de veinte días, á contar desde el en que se firme el presente proyecto de convenio.

2.º «Si el pueblo se declara por la restauración monárquica, don Carlos subirá al trono de España, obligándose á conservar á todos los oficiales del ejército sus grados y empleos y dar una amnistía para todos los delitos y crímenes políticos.

3.º «Si el pueblo se pronuncia contra la restauración monárquica, el gobierno, presidido por el general Serrano, se obliga por su parte á reconocer todos los jefes y oficiales carlistas, dando una amnistía general para todos los delitos políticos cometidos durante la guerra.

4.º «En el caso de no restauración monárquica, el gobierno español, siempre representado por el general Serrano, señalará una pensión vitalicia en la lista civil á don Carlos, cuya cantidad será fijada por acuerdo de las partes contratantes. Don Carlos se obligará á vivir en el extranjero y á no poner el pie en el suelo español.»

NÚM. 6.—PÁG. 284

La siguiente comunicación aclara algunos pormenores del importante hecho á que se refiere.

Respecto á las órdenes reservadas que pudiera tener el señor Montoya, en el mero hecho de ser reservadas, y

harto graves por su naturaleza, han podido permanecer ocultas, y aunque no lo estén hoy, no hemos de quebrantar nosotros la delicada reserva que se impone el señor Montoya, dejando de arrojar la responsabilidad sobre quienes deban obtenerla. Aquí está la gravedad del asunto, que no desvirtúa, sino que aún acentúa más lo horrible del hecho, como se desprende de este mismo escrito; satisfaciéndonos que no sea el señor Montoya, á quien en mucho apreciamos, el responsable de unos fusilamientos que pueden calificarse en términos más duros que lo hicimos, aunque se hubiesen efectuado en ley de guerra, y fueran liberales los autores de tal hecatombe humana.

Si satisfactoria nos es la irresponsabilidad del señor Montoya, no es menos grato para nosotros el ver que consigna, que no al fiscal, sino á él se debe, la exclusión de algunas víctimas; y él, que tiene madre, y noble corazón, comprenderá las bendiciones que habrá recibido por su generoso comportamiento.

Bayona 22 de Febrero de 1879.

SR. D. ANTONIO PIRALA.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Hablando usted en su importante *Historia Contemporánea*, tomo III, pág. 281, de los fusilamientos de Abarzuza, ejecutados por los carlistas después de la muerte del general Concha y retirada del ejército liberal de las cercanías de Estella, escribe lo siguiente: «Ordenóse á Montoya se encargase de los prisioneros juzgándolos en consejo de guerra y fusilándolos, lo cual no le fué grato, porque más deseaba habérselas con sus enemigos en el campo que en el tribunal; pero tuvo que obedecer, y bajo su presidencia se constituyó el consejo en Abarzuza, etc.»

Si esto sólo hubiese escrito acerca de aquel consejo de guerra, ó me habría yo callado, ó me limitaría en la presente carta á darle las gracias por lo bien que había interpretado en esas líneas los sentimientos de mi corazón. Pero no ha sido así, y como de lo que usted dice de aquellos tristísimos sucesos podría alguno sacar consecuencias desfavorables á mis sentimientos humanitarios, reclamo benévolamente y espero obtener de usted un oscuro y pequeño lugar en su *Historia Contemporánea* para estas líneas que escribo en defensa propia y en defensa de mis compañeros de consejo.

Tiene usted mil razones; no me fué agradable juzgar y fusilar á los prisioneros, y hubiera preferido mil veces habérmelas de nuevo con las aguerridas huestes libe-

rales en Monte Muro que con los inermes presos en Abarzuza; pero yo no abracé la carrera militar en los primeros años de mi vida para hacer mi gusto ni exponer meramente mi existencia en los combates; abracela también para vivir esclavo de la ordenanza, prestar siempre la obediencia debida á mis superiores y dar pruebas en caso preciso de ese valor inmensamente superior al del combate, y necesario para cumplir con lo que uno cree su deber, cuando del cumplimiento de este deber, en vez de recogerse laureles suelen sólo originarse severas críticas, algún dicitario y amarguras sin cuento.

Aquí tiene usted explicada mi intervención en el Consejo. Con el mismo espíritu pero con mayor violencia presidí yo el consejo verbal de guerra de Abarzuza, que la defensa de las posiciones de la ermita y contiguas; en uno y otro puesto defendía mi bandera, obedecía á mis jefes, cumplía lo que conceptuaba mi deber. Si yo hubiera abandonado las trincheras se me calificaría de cobarde, cobarde también me creería si por temor pueril á la crítica y llevado del natural deseo de pasar por blando y generoso, hubiera desobedecido á mis jefes y negádomé á desempeñar el espinoso cargo que se me confiaba.

Se me mandó, y obedecí; se me dió una ley que aplicar, y la apliqué; pero obedecí y apliqué la ley todo lo benignamente que pude, é hice en favor de los prisioneros cuanto estaba de mi parte, como lo prueba la reprensión pública que merecí del general en jefe después de la privada del jefe de E. M. señor Oliver.

.....
.....
El cargo que se me daba de presidir el consejo y ejecutar su fallo en plazo brevísimo, era demasiado espinoso y terrible para que yo no procurase llevar á esos actos todas las órdenes é instrucciones necesarias y áun convenientes para cubrir por entero mi responsabilidad ante Dios y los hombres.

Así es que previsto el caso de que los procesados negasen el cargo de incendiarios, pregunté á mi superior qué haría entonces el consejo; y vive aún el que me llevó la respuesta, previniéndome de parte de aquel que la alocución del general en jefe comprendía á todo el ejército de Concha, y que de consiguiente todos los prisioneros debían considerarse como incendiarios y ser pasados por las armas. Esta fué la ley, buena ó mala, justa ó injusta, necesaria ó innecesaria, que eso no es del caso dilucidar ahora, que se nos mandó aplicar, y que tu-

vimos presente y aplicamos al discutir y votar el fallo.

Pero sucedió, que hecho esto, es decir, emitidos y firmados los votos, tuve que abandonar el local del consejo y distraerme por largo rato en muchas, delicadas y nada agradables ocupaciones, consiguientes al cargo de jefe de las fuerzas ejecutoras del fallo, que también se me había confiado, y al volver á firmar la sentencia, con no menos disgusto que sorpresa, advertí que difería en los fundamentos legales de lo votado. Difícil y hasta moralmente imposible era en tan críticos momentos redactarla de nuevo, pues algunos de los jueces se habían retirado á sus cantones, terminada su penosa misión, y la tarde iba adelante en su carrera, y los prisioneros debían de haber sido fusilados para las seis de la mañana, según instrucciones que recibí por conducto de un ayudante, que felizmente no ha muerto todavía. Estas razones, más ó menos fuertes, la poderosa de que el no citar en la sentencia la alocución del general en jefe, que los vocales del consejo habían tenido presente de *orden superior* para fundar sus votos, no influía de modo alguno en la suerte de los procesados; y por último, la esperanza de que esa omisión pudiera subsanarse por el auditor, todo esto, repito, inclinó mi ánimo á firmar aquel documento. No, no hubo por parte del consejo bárbara aplicación del código militar á los procesados; el consejo aplicó la ordenanza como ley penal, y la alocución del general en jefe como ley, digámoslo así de procedimiento para la apreciación de pruebas y declaración de delinquentes; y esto, señor Pirala, en lo cual nada tiene que ver el consejo, será todo lo *bárbaro* que V. quiera, pero es también muy antiguo, y estoy por decir que corriente en la serie larguísima de nuestras discordias civiles.

Exacto que por mí se exceptuaron 20 de la pena capital por proponerlo al consejo, que si bien compuesto de *oficiales de campo*, se apresuró á salvar por unanimidad de votos á cuantos podía dentro de la ley que se les mandaba aplicar. A los unos salvó, es cierto, por haber caído prisioneros antes de los sucesos prescritos en la alocución del general en jefe, y á los otros por pertenecer á las ambulancias. Y note V, aquí, señor Pirala, varias cosas dignas de notarse. Sea la primera, como el consejo se atiene siempre en sus resoluciones no sólo á la ordenanza, sino muy principalmente á la alocución tantas veces citada, á la cual no quiere ni puede dar efecto retroactivo. Sea la segunda, cómo ese consejo, calificado de *bárbaro* ó poco menos, declara obligatorio al ejército carlista el tratado de Ginebra, á pesar de no estar dicho ejér-

cito reconocido como beligerante, y esto con el exclusivo fin de salvar la vida á unos cuantos prisioneros. Y por último, note V. también que no pudiendo el consejo, por falta de datos y de tiempo, comprobar qué prisioneros lo eran antes de la alocución ó pertenecían á las ambulancias, se fia de los mismos procesados, y exceptúa de la pena capital á cuantos éstos declaran comprendidos en las dos clase precitadas. Me parece que esta manera de proceder, habidos en cuenta el lugar y tiempo en que se hacía, más merece el aplauso que la crítica de la historia.

Respeto muchísimo y aplaudo sinceramente las gestiones de los señores Segura y Sobrino en favor de los prisioneros; mas las razones que usted pone en boca del segundo y que *no hallaban eco ni eran atendidas en el consejo* por ignorancia de sus vocales, según añade usted, me obligan á decir algo sobre el particular. Ante todo permítame usted que le exprese con la ruda franqueza del soldado que, á mi pobre juicio, esos señores pudieron trabajar más eficazmente por los procesados, aceptando Segura la presidencia del consejo, para la que fué designado antes que mi humilde persona, y tomando Sobrino á su cargo la defensa de los presuntos reos, medio creo más adecuado para que sus palabras pudiesen vencer la ignorancia de los vocales y *hallar eco y ser atendidas en el consejo*. Porque, vamos claros; si el señor Sobrino tenía á su cargo el mando de mi batallón, mientras su jefe estaba ocupado en el consejo, y no la defensa de los procesados, ¿cómo pudo dejarse oír eficazmente de los vocales, ni podían sus palabras *hallar eco, ni ser atendidas en el tribunal?*

Pero he dicho que esos señores podrían haber tomado parte oficialmente en los sucesos de aquel día, acaso con ventaja para los prisioneros, y me arrepiento. Porque es claro entonces de su deber, como yo procuré serlo, y perfectos conocedores de la legislación que se les mandaba aplicar, ni habría alegado por ineficaces el señor Sobrino los argumentos que se le atribuyen, ni el señor Segura habría podido gestionar, como gestionó, con gran honra suya, por el indulto de los sentenciados.

Del cual únicamente me resta que hablar y lo haré con la brevedad que me sea posible, y eso que no acabaría si fuese á pintar la lucha tremenda que tuve que sostener entre el cumplimiento de las instrucciones que se me habían dado y el naturalísimo deseo de no imposibilitar ni aun entorpecer los trabajos laudables de Segura

y otros para obtener el indulto. Téngase muy en cuenta que se me había prevenido que para las seis de la mañana debía de estar ejecutado el fallo, y era ya media tarde, y sépase también que mientras yo estaba desempeñando mi cargo en el consejo, habíase procedido no sé por mandato de quién, y con absoluta ignorancia mía, no solo á confesar á los prisioneros, sino también á abrir las zanjias donde debían ser enterrados.

Esto sólo revela mejor que un libro entero la atmósfera moral, digámoslo así, que reinaba en Abarzuza aquel día. En este estado de cosas, y en aquellos supremos momentos, se me pide tiempo para impetrar el indulto, y yo que no puedo conceder ese tiempo por prohibírmelo todas las órdenes é instrucciones recibidas, recuerdo no obstante que antes de pasar por las armas á los sentenciados, era preciso formar relación de los mismos, disponerlos para morir cristianamente y hacer algún otro preparativo, todo lo cual requería algún tiempo, y propongo que se aproveche en pedir el indulto.

Con esto, con haber resuelto terminantemente no llevar á cabo las ejecuciones sucesivas, sino simultáneamente en los tres pueblos que se me designaron en orden anterior á la formación del consejo, y que original obra en mi poder, con haberme prestado á que algunos de mis inferiores tomasen parte muy activa en estas gestiones, y por último, en haber consentido que se emplease hasta mi caballo en tales diligencias, me cupo la inefable satisfacción de ver indultados las nueve décimas partes de los prisioneros, cuyas vidas pendían, por decirlo así, de mis manos pocos minutos antes.

Restaba el sorteo, y el sorteo se llevó á cabo de la manera más beneficiosa para los sentenciados, entrando en él los individuos de las clases exceptuadas que quisieron arrancarse las insignias pues el indulto se limitaba á los simples soldados.

En resumen: de los ciento cincuenta prisioneros que al amanecer de aquel día memorable me entregaron para ser pasados por las armas, habíanse salvado á la tarde ciento cuarenta. Si en este faustísimo suceso me cupo alguna parte, dígalo la presente carta, dígalo la historia, como me lo dice la conciencia satisfecha de haber conciliado el rudo deber militar con la sincera compasión de la desgracia. El íntimo convencimiento que de ello tengo me compensa, señor Pirala, de las amarguras de aquel día tremendo, así como de los disgustos presentes.

Soy de V. con toda consideración su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.

SIMON DE MONTOYA.

NÚM. 7.—PÁG. 296

Estado que demuestra el importe de suministros, servicios, etc. prestados desde el 25 de Agosto de 1870 hasta 31 de Diciembre de 1874 por los pueblos del señorío de Vizcaya con motivo de los alzamientos de Agosto de 1870, Abril y Diciembre de 1872, basado en los datos remitidos.

AGOSTO DE 1870: pan 47.245 rs. 30 cs.; carne, 45.729 rs. 25 cs.; vino, 40.933 rs. 76 cs.; raciones en metálico, 18.087 rs.; maíz, 496 rs. 77 cs.; cebada, 2.464 rs.; salvado, 194 rs. 40 cs.; paja, 585 rs. 75 cs.; alubia, 36 rs. 96 centimos; tocino, 79 rs. 75 cs.; velas 145 rs. 75 cs.; aceite, 37 rs. 75 cs.; carbón, 495 rs.; caballos, 1.540 rs.; monturas y equipo, 2.582 rs.; bagajes, 43.255 rs.; contribuciones y exacciones, 1.886 rs.

ABRIL DE 1872: pan, 687.567 rs. 71 cs.; carne, 725.503 rs. 25 cs.; vino, 664.779 rs. 36 cs.; raciones en metálico, 141.881 rs.; maíz, 33.060 rs.; cebada, 74.848 rs.; salvado, 2.224 rs. 80 cs.; paja, 14.484 rs.; alubia, 1.974 rs.; tocino, 16.288 rs. 25 cs.; velas, 2.717 rs. 91 cs.; aceite, 1.066 reales 81 cs.; carbón, 6.527 rs. 50 cs.; caballos, 37.158 reales; monturas y equipo, 128.804 rs.; bagajes, 225.043 rs.; contribuciones y exacciones, 284.062 rs.

DICIEMBRE DE 1872: pan, 3.841.250 rs. 58 cs.; carne, 12.505.063 rs. 77 cs.; vino, 7.991.172 rs. 40 cs.; raciones en metálico, 742.684 rs.; maíz, 970.527 rs. 93 cs.; cebada, 1.223.496 rs. 22 cs.; salvado, 55.563 rs. 53 cs.; avena, 7.981 rs. 75 cs.; paja, 256.096 reales 25 cs.; alubia, 75.557 reales 65 cs.; tocino, 944.263 rs. 25 cs.; velas, 88.147 reales 59 cs.; aceite, 14.971 rs. 94 cs.; carbón, 23.160 rs.; caballos, 163.767 rs.; monturas y equipo, 400.931 rs.; bagajes, 2.689.277 rs.; contribuciones y exacciones, 3.649.217 reales.

RESÚMEN: Pan, 9.576.063 rs. 59 cs.; carne, 13.337.296 reales 27 cs.; vino, 8.696.825 reales 52 cs.; raciones en metálico, 899.643 rs.; maíz, 1.004.084 rs. 70 cs.; cebada, 1.300.808 rs. 22 cs.; salvado, 57.982 rs. 72 cs.; avena, 7.981 rs. 75 cs.; paja, 271.166 reales; alubia, 77.568 reales 61 cs.; tocino, 960.631 rs. 25 cs.; velas, 91.011 rs. 25 centimo; aceite, 16.076 rs. 50 cs.; carbón, 30.192, rs. 50 cs.; caballos, 202.465 rs. monturas y equipo, 532.317 reales; bagajes, 2.927.588 rs.; contribuciones y exacciones, 3.935.165 rs. Total 43.924.906 rs. 83 cs.

Durango 31 de Diciembre de 1874.—De orden de la diputación general, el secretario. *José Antonio Olascoaga.*

NÚM. 8.—PÁG. 317

Exposición y escrito de don Alfonso á don Carlos

SEÑOR: don Alfonso de Borbon y Austria, infante de España, teniente general del ejército y general en jefe de las tropas reales de Cataluña, Valencia y Murcia, á V. R. M. con el más profundo respeto, hace presente los actos punibles cometidos por don Francisco Savalls, mariscal de campo, hallándose á las órdenes del exponente en el Principado de Cataluña, los cuales quedan consignados en los 25 artículos que figuran en el documento que se acompaña.

En su virtud, ruego á S. R. M. que si considera méritos para ello, se digne disponer se proceda contra el citado general con arreglo á las ordenanzas militares.

Justicia que no duda alcanzar de la reconocida rectitud de V. R. M., cuya importante vida guarde Dios dilatados años para felicidad de todos los españoles.

Estella 9 de Noviembre de 1873.—Señor: A L. R. P. de V. M. C., *Alfonso de Borbon y de Austria.*

ACUSACIÓN CONTRA EL GENERAL SAVALLS

1.º Antes de mi entrada en Cataluña en Diciembre del 72, hizo una grande oposición al general Larramendi jefe de E. M. G., y de esto pueden hablar el mismo Larramendi, el brigadier Ruiz y el cura de Sitjar de la Selva.

2.º Cuando yo entré en Cataluña en 30 de Diciembre del 72, á pesar de saberlo de antemano no quiso salir á recibirme por haber entrado yo con Larramendi, y me dejó abandonado en Cataluña por diez días, y sólo se me presentó después de despedido de mi lado el citado Larramendi, á quien destiné á la provincia de Barcelona; de esto pueden dar testimonio el mencionado Larramendi, Ruiz, Solá de Olot. etc.

3.º En estos días tuvo lugar por orden de S. M. el levantamiento general de somaten: saliendo de la provincia de Gerona más de 10.000 hombres de los cuales según parece 5.000 armados, y sólo por saber que Larramendi estaba allí cerca, Savalls se negó á acudir para proteger á los somatenes y tampoco permitió el ir al brigadier Auguet, fingiéndose Savalls enfermo (teniendo motivos

para dudar de su veracidad). Y el referido Auguet con este motivo contestó que no le dió la gana. Además se me aseguró que Savalls por escrito dió orden al coronel Firigolo de abandonar el somaten. Al mismo tiempo podía tomarse Olot con toda facilidad, impidiéndolo Savalls por su conducta, y fué causa de que todo el movimiento del somaten quedase sin apoyo de las tropas, fracasando como era consiguiente; el día 1.º del 73 las críticas circunstancias de mi llegada á pocas horas de Olot creyendo poder entrar en esta villa en el mismo día, cuanto dejó manifestado lo frustró. De esto pueden hablar muchas personas, entre ellas Larramendi, Ruiz, Solá de Olot y Francisco Cunill.

4.º A últimos de Enero, á consecuencia de un oficio de Larramendi, mandando que el batallón de Guías volviese á la provincia de Barcelona desde donde habían pasado interinamente á las órdenes de Savalls á causa de las sorpresas que había sufrido Castilla, y por ser dicho batallón formado por gente de la provincia de Barcelona, Savalls contestó en términos insultantes á Larramendi, de oficio, el cual conservo en Perpiñan, diciendo que no reconocía á Larramendi como jefe de E. M., pidiéndole al propio tiempo cuentas para saber en qué acción había ganado la faja de mariscal de campo.

5.º Con la misma fecha, poco más ó menos me escribió á mí diciéndome que debía desdecirme anulando la orden comunicada por Larramendi referente á lo prevenido de lo que se hace mérito en el artículo anterior.

6.º Hasta la caída de Amadeo, Savalls con sus intrigas contra Larramendi, impide mi salida al campo, viéndome con tal motivo precisado á permanecer oculto en las montañas con grande riesgo para mí. Por último, salgo al campo el 21 de Febrero del 73, después de aceptar la dimisión de Larramendi, quedando éste como mi ayudante y encargado interinamente del despacho del E. M. G.

7.º Después de la toma de Berga, el 27 de Marzo del 73, en que yo hice gracia de la vida á los prisioneros rendidos bajo esta garantía; al día siguiente, comprometiendo mi palabra de honor, Savalls hizo fusilar sobre el mismo camino de Bagá durante la noche, y sin confesión, á 60 voluntarios republicanos; habiendo llegado esto á mi conocimiento extrajudicialmente al siguiente día. De esto pueden informar casi todos los que asistieron á la toma de Berga.

8.º Los primeros días de Abril se presentó Savalls en San Quirico ostentando un uniforme con los distintivos

de teniente general, y á pesar de advertírsele yo, cinco días después volvió á ponerse el citado uniforme, en público, y entonces le ordené se lo quitase, dando lugar á manifestar su cólera contra mí, expresándose en términos los más groseros y amenazadores públicamente; de esto son testigos los que estaban en San Quirce, y sobre todo el señor Vidal y Llovatera.

9.º El 9 de Abril fuimos á atacar á Puigcerdá, y faltándonos algunos batallones y el único cañon con que contábamos y la bomba del petróleo, dije á Savalls que me parecia una imprudencia esta operación; pero él no quiso desistir, y se fijó atacar á dicha villa á las cuatro de la mañana antes de amanecer, y por la pereza de Savalls se atacó á las cinco, siendo ya de día; y después se atrevió á calumniarme, diciéndome que yo había sido causa del atraso, mientras yo aguardaba á Savalls, á quien esperé cerca de una hora en el pueblo de Alp.

10. El 10 de Abril, de noche y contra mis órdenes, y sin advertírmelo, estando en Alp, manda Savalls retirar á los nuestros que habían entrado en Puigcerdá, y no deja penetrar al primer batallon que acababa de llegar para refuerzo. Todo por miedo á la columna Cabrinetty que iba aproximándose; y de esta manera tuvo mal éxito la toma de dicha población, que probablemente se habría rendido antes de la llegada de la columna Cabrinetty. En la retirada faltó poco para que se perdieran tres compañías que se hallaban en situación de no poder salir de Puigcerdá, y para salir de la plaza hasta donde habían penetrado lo consiguieron abriéndose paso á la bayoneta con grande riesgo en la tarde del mismo día.

11. El 16 de Abril en San Pedro de Torelló después de despedidas parte de nuestra fuerzas y hacerme separar de gran parte de mi E. M. bajo el pretexto de que estorbaban, me hizo presente que él se hallaba enfermo, y que se retiraba con pocos hombres á una casa de campo, y que yo hiciera lo que me pareciese. Con este motivo nos fuimos á San Quirce, viéndonos ya rodeados de las columnas de Velarde en medio de una gran persecución, abandonándome en este estado, manifestándome al propio tiempo Savalls que tampoco queria que Auguet me acompañase. Tomé conmigo al teniente coronel Campo con su batallon de unas 250 plazas y además 150 entre guías y zuavos, y con estas fuerzas me fuí por detrás de Berga á San Lorenzo de Murunys y desde allí á Solsona y Suria donde nos reunimos con Miret, haciendo una expedición de las más arriesgadas, cercados de columnas enemigas.

12. El 25 de Mayo hallándome con Tristany y Miret se mereunió Savalls, y por la tarde despedí á Tristany y Miret quedándome con Savalls, Camps, y los guías y zuavos, pernoctando en Santa María de Olot. Al día siguiente se fijó que Savalls regresase á la provincia de Gerona, y yo con Camps iríamos por el lado opuesto. Al momento de salir de Olot llegó una columna enemiga casi de sorpresa, rompiendo el fuego á nuestra retaguardia. Savalls con un batallon que iba delante, compuesto de más de 400 plazas, tocando nuestra vanguardia su retaguardia, á pesar de que oyó el fuego, en lugar de protegernos huyó á escape, dejándonos abandonados con poca gente y sin municiones, tuvimos que andar cuatro horas perseguidos de cerca por la columna enemiga.

13. Después de la toma de Igualada, el 22 de Julio, llegamos á Prats de Llusanés y allí se determinó atacar á Berga marchando Savalls á la vanguardia con fuerzas de Gerona y en lugar de dirigirse á Aviar directamente y emprender el ataque al anochecer como había dispuesto, se detuvo en Gironella para cenar. El 30 llegué con Tristany con la fuerza de Lérida y parte de las de Barcelona, encontrando todo el pueblo ocupado por Savalls; tuve que enviarle varios recados, pero nunca marchaban, y por último le mandé al general Tristany, tratándole Savalls de mala manera. De todo lo cual podrán hablar el citado Tristany y teniente coronel Camps.

14. Por fin marchó Savalls á Berga, manifestándome el disgusto, y sin cuidar de los cañones, ni del petróleo, ni providenciar lo conveniente. Durante la noche no atacó á Berga y pretextando la falta de guías, siendo esta causa de que la operación fracasase. Por la tarde supo se aproximaban columnas enemigas en apoyo de la guarnición de Berga; quise reunir nuestras fuerzas en Olban, pasé á atacarlas, y Savalls no comprendió ó no quiso comprender mi orden marchándose á B.... De manera que me quedé solo en Olban con escasa fuerza, lo que me obligó á retirarme á Prats de Llusanés, teniendo tres días para reunir las fuerzas. Savalls entonces echó la culpa de todo sobre mí, y diciéndome estaba enfermo se retiró á los montes.

15. Después de la toma de Igualada mandé imprimir el parte oficial que por el jefe interino de E. M. G. de Cataluña se envió al general Elio: este parte dejó de imprimirse porque habiendo llegado á noticia de Savalls se dirigió á la imprenta, y cogiéndolo lo deshizo porque no expresaba que era él el que había tomado Igualada, pues sólo se mencionaban las fuerzas de los generales Tris-

tany y Savalls. Con este motivo dicho Savalls, hizo formar una protesta contra mí por todos los jefes y oficiales de sus fuerzas, la que no llegó á mis manos, en atención á que personas muy prudentes la quemaron, y tampoco supe que el parte no hubiese llegado á imprimirse hasta averiguarlo muchísimo tiempo despues cuando ya no podia remediarse. Esto pueden atestiguarlo el señor Milan de la Roca y creo tambien el intendente Solá.

16. A principios de Agosto pasé á Caserras á fin de sitiar otra vez á Berga con fuerzas de Lérida, Barcelona y Gerona. Llegó Savalls el 5, el 7 ó el 8 desde Gironella donde se hallaba acantonado; vino Savalls á Caserras y en presencia del general Tristany, brigadier Freixá y coronel Miret me pidió permiso para atacar á Berga, prometiéndome entrar en seguida el mismo día, pidiéndome sólo que yo enviase unos 150 hombres por el lado opuesto para proteger su entrada. Los citados 150 hombres al mando del valiente comandante D. José Galcerán, tomaron á las nueve de la noche (hora convenida con Savalls) el arrabal de Rosario batiéndose toda la noche con el mayor valor. Savalls, excusando su falta pretestando carecer de guías, no cumplió lo ofrecido, sin dar ningún aviso á Galcerán; de manera que este jefe se vió abandonado teniendo en frente 2.500 hombres que tenia la guarnición de Berga, los cuales á las diez de la mañana del día siguiente se echaron encima, debiéndose únicamente al valor y serenidad de Galcerán el no quedar prisioneras todas las fuerzas.

17. El 14 de Agosto se acordó dar una sorpresa á una columna enemiga que se hallaba en Belseriny, y despues á subir á Berga. Esta operación no salió del todo bien, aunque se hicieron algunos prisioneros: al siguiente dia yo quise subir otra vez á Caserras con objeto de atacar las columnas que debian subir á Berga, pero á esto se opusieron algunos jefes, alegando varias causas, pero sobre todo, terminantemente, Savalls. En su vista, se determinó dirigirnos á pernoctar á Surias, de donde salimos al próximo dia al amanecer: haciendo una marcha forzada, llegamos á Caserras á las tres de la tarde, en cuya hora llegaban ya las fuerzas enemigas á Gironella, empezando á las cuatro y media el ataque contra dichas fuerzas enemigas, que duró hasta la noche, y gracias á los dos hermanos Tristany que sostuvieron el punto de Caserras contra los deseos de Savalls. A este es debido que aquel dia no tuviésemos una derrota, y de esto pueden hablar el general Tristany, brigadier Freixá y coronel Tristany.

18. En Manlleu el día 6 de Setiembre hizo asesinar por sus trabucaires á cuchilladas, sin consejo de guerra ni confesión, á un particular que fué á visitarle por la noche, y que seguramente parece ninguna mala intención tenia, y de ello pueden dar fe muchos testigos del citado pueblo.

19. En Torello el 7 de Setiembre me despedí de Savalls que debia ir á operar en la provincia de Gerona y estrechar el cerco de Olot, mientras yo pasaba á Prats de Llusanés á estrechar el bloqueo de Berga. A los pocos días llegó á mi noticia extrajudicialmente por personas venidas de Francia, que Savalls había pasado la frontera sin mi permiso, y sin prevenir á mi segundo el darme parte, quedando de esta manera consumada su desertión.

20. Durante la ausencia de Savalls, las fuerzas de Gerona y parte de las de Barcelona, se manifestaron un tanto indisciplinadas, lo cual se manifestaban de dia en dia, llegando al extremo de dar gritos subversivos de traición y muertes. Todo esto puede atribuirse á manejos de Savalls, así como tambien las voces que corrian por todas partes de que yo le había echado de Cataluña postergado y despreciado, llegando estos á poner parte de las tropas y del país contra mí, y sobre todo contra los jefes que me rodeaban.

21. El 2 de Octubre, á su vuelta de Navarra, se me presentó en Montesquiú y en lugar de una actitud humilde cual convenia á la falta que acababa de cometer, se mostró más altanero sin pronunciar frase que se dirigiese á disculparse, saliendo de mi casa echando injurias: en la calle hizo tocar llamada y marchó sin despedirse de mí.

22. Despues de mi salida de Cataluña envió órdenes Savalls á los comandantes de armas de la frontera, ordenándoles que recogiesen todos los caballos y armas de los que habian quedado de mi estado mayor, y el de Castellá de Nuch, se presentó donde yo tenia mis caballos particulares para recogerlos, diciendo que dicho general le había mandado incautarse también de los que habian sido del E. M. de S. A. Esto pueden probarlo los capitanes don Joaquín Martín y don Alejandro Lorenzo.

23. Durante todos estos meses de campaña en Cataluña, Savalls sacó de los pueblos de su provincia las contribuciones sin dar cuenta de nada á nadie, y en varias ocasiones, y en particular cuando se cogieron 10.000 duros á la columna Cabrinety, de los cuales el intendente Solá, encargado de recogerlos, solo encontró 1.200,

hay fundadas razones para creer que haya abusado en este sentido su comandante general.

24. Desde mi entrada en Cataluña hasta mi salida, Sávalls faltó constantemente á las consideraciones que debe el subordinado al jefe. En todas las ocasiones, y sobre todo en Alpens é Igualada, hubo que llevarlo á la fuerza por resistirse á atacar; no me dió partes como debía, desobedeció varias veces, y en fin, fué el mayor estorbo para todos mis trabajos en Cataluña, y tanto la organización militar como la hacienda exterior, de otro modo se hubiera efectuado si él no se hubiese opuesto á toda organización, procurando desacreditarme delante de las tropas y personas, creando una atmósfera que perjudicaba á mi autoridad hasta el punto de hacer incompatible mi estancia en Cataluña.

25. Muchas más serían las acusaciones que se podrían alegar contra él pero estas son las principales y las que serán más fácil dar explicaciones de una manera más conveniente.

Cuartel Real de Estella 8 de Noviembre de 1873 —El infante general en jefe, *Alfonso de Borbon y Austria*.

NÚM. 9.—PAG. 357

Prisioneros de la derrota de Nouvilas.

Las siguientes líneas pertenecen á un periódico de Barcelona:

«Una persona para nosotros muy querida, que asistió á la ceremonia de la inauguración del monumento consagrado á la memoria de los mártires de Llayers, ha tenido ocasión de ver en San Juan de las Abadesas el oficio auténtico en que se daba la orden de los fusilamientos y de la inhumanación de los cadáveres. La citada orden está firmada por un tal Jaime Berga (a) Canova, un tal Valentín Bosch y un tal Jaime Villa.

Estos tres sujetos, después de cometido el sangriento y bárbaro atentado se fueron á San Juan de las Abadesas y en la casa de la persona que hoy desempeña el cargo de alcalde, vaciaron bolsillos y pañuelos en los cuales llevaban dinero, relojes y otras alhajas, todo lo cual fué robado á los infelices fusilados, repartiéndoselo en la mejor armonía.

Ignoramos la suerte que ha cabido á los últimos firmantes de la orden de fusilamiento; pero respecto al primero ó sea el apodado Canova, según nos comunica la persona que nos da la noticia, se pasea impunemente

por la ciudad de Gerona, su habitual residencia, menos los días en que, acompañado de otro sujeto sospechoso, recorre la parte de la montaña que fué en otro tiempo teatro de sus funestas hazañas».

Importantes antecedentes sobre los fusilamientos de Llayers.

Toulouse 31 de Enero de 1874 —Señor don Anselmo Ruiz.—Apreciado amigo: Después de haber echado la carta al correo, fecha 30, que sin duda habrá recibido hoy, llega á mis manos una carta incluyendo un escrito de la mayor importancia que me remite un amigo desde Bañolas, y conociendo la urgencia y utilidad que deben desplegarse en casos semejantes, hoy mismo he comunicado el asunto con don Pedro Torrecilla consultándole lo que debía hacerse, y hemos acordado dos cosas.

1.ª En atención de que don Vicente de Manteola está actualmente en Roma para asuntos de la causa del Rey N. S. (q. D. g.) (por haber recibido carta suya del 26, diciendo que aun estaría en aquella capital unos quince días), remitirle copia tanto de la carta como del escrito, á fin de que esté al corriente de esta trama, y con su tacto y prudencia sondee este asunto.

2.ª Comunicar á usted lo mismo para que S. M. la Reina N.ª S.ª (q. D. g.) y don Guillermo sepan lo que pasa, por si en su elevado criterio juzgan oportuno y conveniente gestionar ó escribir á Roma ó al Real.

Esta noche sin falta echaré al buzón para Roma la carta para Manterola, así como esta para Pau.

Disponga y disimule, aguardando contestación.—
Bruguera.

Señor don Mateo Bruguera.—Mi buen amigo: Deseoso de servir fielmente á los que en mí han depositado una confianza que tanto más me honra cuanto menos merecida la tengo, no he perdonado medio para poder satisfacer su voluntad de una manera cumplida y con toda la escrupulosidad que requieren los asuntos de importancia. Esto ha sido la causa de mi tardanza en dar los detalles pedidos, pues ya se comprenderá que se tiene de proceder con algún detenimiento para depurar la verdad entre las pasiones, hoy día tan exaltadas, que por desgracia ocupan el puesto que solo corresponde á la razón fría y libre de afectos y de prevenciones.

Ahora que tengo adquiridos todos los datos y por conductos tan fidedignos y por medios tan acrisolados

que puedo retar á cualquiera que me desmienta, pues ni un solo ápice se puede desmentir de lo que voy á consignar; ahí traslado los hechos, desnudos de todo comentario y sencillamente tal como acaecieron.

Cuando la columna de Cirlot estuvo en Olot en Julio último, había en el hospital de dicha villa cinco carlistas enfermos, los tres muy graves, y Cirlot luego de llegado fué á visitarlos, les animó y les ofreció toda clase de seguridades, y se lamentó de que hubiesen retirado los demás heridos, diciendo que los hubiera respetado como respetaba los cinco ya referidos. Para mayor seguridad de estos hizo colocar una guardia en el hospital. El día 16 del calendado mes, la columna hizo una salida para desalojar á los carlistas que ocupaban á San Francesch y Montalibet, dos alturas que dominan la villa, y en Montalibet encontraron tal resistencia los republicanos, que tuvieron 50 heridos y 12 muertos, contando los que luego fallecieron. No obstante, los republicanos lograron apoderarse de la altura, porque el jefe del batallón al que pertenecían las dos solas compañías de voluntarios que durante cuatro horas estuvieron defendiendo dicha altura, dicho jefe, repito, no tuvo á bien socorrerlas, y esto que con la restante fuerza del batallón estaba *dulcemente descansando* á no larga distancia. Las citadas compañías al retirarse dejaron siete voluntarios muertos, y los republicanos mutilaron á dos de estos; el uno se llamaba Francisco de Asís Escalé, y el otro cadáver era de un francés cuyo nombre exacto no he podido averiguar. La mutilación fué horrible, pues le cortaron las orejas y...

Otro día y en otra salida los republicanos entraron en el *Hostal del Fat* y en el *Hostal del Serrallo*; en el primero amenazaron al mesonero, y al del segundo le golpearon entre amenazas de cosas peores, é incendiaron un barracón de ramaje sito fuera de la puerta del mesón, y que servía para los que querían beber al aire libre.

Otro día y en otra salida los cipayos llegaron hasta el manso *Subirás*, y en él atropellaron á una mujer anciana, echaron á perder los muebles y pegaron fuego á los pajares. También incendiaron el manso *Casés*, amenazaron de muerte á los colonos, y á uno de estos le dieron varios culatazos.

Respecto á las otras columnas que fueron á Olot para sacar á Cirlot de su atolladero, no he podido averiguar que cometiesen desmanes, y sin duda que, á lo menos de notorios, no cometieron ninguno, pues semejantes cosas no se ocultan.

Aquí tienen ustedes todo cuanto sucedió en Olot y sus cercanías; lo dicho es la pura verdad; lo que en contrario se diga, puedo afirmar y lo afirmo que es pura mentira.

Observo que se ha dilatado tomar la única resolución que podía salvar esto. A propósito he dicho *podía*, pero mucho me temo que hoy no sea ya tarde. Resignémonos á adorar los inescrutables designios de Dios que así permite que el mal... etc.

¡Ah! no se extrañe mi dolor. pues veo que las lecciones de la historia y de la historia de ayer, hoy ya son olvidadas.

Ya me hago cargo de lo de Castelló; pero, la lealtad que debo, me obliga á manifestar que aquella victoria fué *una desgracia*. Me explicaré; digo una desgracia, porque ella habrá detenido una separación que habría salvado lo que en mi concepto está perdido. ¿Qué importan estos triunfos, por muy gloriosos que sean, si falta el talento para sacar de ellos el menor provecho? La historia nos enseña que lo que ha hecho grandes á los capitanes más que el ganar victorias ha sido el saber aprovecharlas.

Desgraciadamente aquí vemos repetirse lo mismo que pasa con el hombre tronera, que al verse hundido en la bancarota toma un billete y tiene la suerte de sacar un premio gordo de la lotería; en vez de utilizar el dinero lo derrocha en francachelas y holgazanerías. Pórdónenme ustedes la comparación, pues es exactísima. Cuando el sujeto que aludo se ve hundido en el abismo del descrédito, toma el billete de emprender una acción; hace lo que el jugador, pues se dirá: «si gano, me rehabilito por una temporada más; y si una bala me lleva la crisma, entences todo se acabó». No obstante, quiere la veleidosa fortuna agraciarlo con el premio gordo de la victoria, y él exclama: «ya estoy salvado»; vengán pueretas en las plazas de los pueblos; vengán algazaras con los camaradas; venga á coronarnos de rosas; vengán meses y más meses de descanso. Habráse advertido que he tratado de *casualidad* el que obtenga victorias; y no se dude que mera casualidad es, pues en los actos no hay plan preconcebido, ni medidas estudiadas ni consecuencias calculadas; allá vamos porque sí. Si sale, bien; no sale, Cristo con todos. ¡Y no hay para abatirse al considerar que á un hombre de cascos tan ligeros está confiada la suerte de importantes provincias!

También me hago cargo de la religiosidad. Si tomar parte activa en bailes fuese rezar el rosario; si pavo-

nearse por los pueblos fuese edificar al público; si proteger y rodearse de calaveras y canallas fuese mostrarse piadoso; si hablar á lo escandaloso fuese glorificar á Dios; si solo oír una misa los domingos, y á las doce, y con un aparato sobradamente ridículo por no decir carnavalesco, fuese muy devoto; si hacer fusilar cerca de dos centenares de infelices prisioneros fuese una acción cristiana, entonces comprendería que fuera estimado como á hombre religioso el sujeto en cuestión, y cuya conducta podrá ser todo lo que se quiera, pero para ser digna de un católico y no más que algo mediano, tiene que reformarse mucho.

¡Ah! ahí precisamente está la grave causa de todo. Por algunos no se ha querido, ó no se ha sabido ver que la presente lucha es una lucha de religión; que nuestros voluntarios no solo son soldados del Rey, si que principalmente adalides de la Iglesia; que nuestra causa ante todo es la causa de Dios; verdad es que banderas y proclamas ostentan el digno lema de Dios, Patria, Rey; empero no es menos cierto que con tales palabras no concuerdan las obras; se llaman católicos, y sus hechos son de liberales. Como éstos blasfeman; como éstos se abandonan al juego; como éstos permiten cundir la corrupción; como éstos esquilman los pueblos; como éstos se entregan á los vicios. ¡Oh, cuánto es de temer que Dios nos abandone!

Perdónenme ustedes tanta libertad como me he permitido; son desahogos de un corazón oprimido al ver cómo se malogran los medios de salvación para nuestra patria. Podrá ser una preocupación mía; empero mientras vea al frente un hombre de corazón nada cristiano, un hombre manchado con la sangre de 184 indefensos víctimas sacrificados á sus sanguinarios instintos, nada de bueno espero; porque sé que Dios no puede bendecir á los cainas, á los asesinos. Ya ve usted que se me acaba el papel, y así tengo que concluir manifestando que abrigo muy tristes presentimientos, que quizás le exponga otro día. Por hoy me despido de usted, repitiéndome su siempre afectísimo amigo y pronto á servirle en lo poco que es y en lo menos que vale lo

Mestre Titas (1).

Barcelona y Noviembre 26, 1874.

P. D. Tal vez me he expresado con un poco de demasiada energía, si bien tengo datos para probar todo cuanto digo. Ver al frente un hombre inepto y orgullo-

(1) Pseudónimo del señor don Francisco Segarra.

so; ver que no se ha hecho nada para reprobear unos asesinatos que han manchado de sangre á todo el partido carlista y llenado de horror á todos los verdaderos legitimistas de acá, ¡ah! esto subleva é irrita. No obstante, usted solo traslade al señor Estrada los datos pedidos sobre Olot, que harto llenande confusión, demostrándome la humanidad en Cirlet y la barbarie en Savalls».

NÚM. 10.—PÁG. 441.

Exposición de Lizarraga á don Carlos.

Señor: Mucho me duele no escribir á V. M. desde que vine á estas provincias, más que para hablarle de cosas tristes, de males graves y de obstáculos que se oponen en ellas al mejor servicio de V. M. y retrasan considerablemente la buena organización de este ejército, el éxito de las operaciones militares y el triunfo de las armas reales; pero consuélame, señor, el que sabe bien V. M. que sólo el amor que le profeso me mueve á dirigirme á V. M. para que ponga á los males que le señalo el oportuno remedio, ya que no está en mi mano el remediarlos, y que no es en ninguna manera mi ánimo molestar la atención de V. M. ó disgustarle con el relato de cosas desagradables.

Debo á mi rey la verdad, es mi máxima, y la verdad he dicho y diré siempre á V. M., por triste y dolorosa que sea. Esto me obliga á escribir hoy á V. M., porque la situación de este territorio es gravísima, y la marcha que llevan los asuntos no es la mejor para dominarla.

Ya expuse á V. M., á mi llegada á Cataluña, el estado de aquellas provincias, y aunque no he tenido la honra de recibir contestación, sé que V. M. ha tomado acertadas disposiciones para vencer la crisis en que se encontraba el Principado.

No ocurre aquí lo mismo, que no es el genio de estos reales habitantes tan altivo y rebelde como el de los catalanes, ni proceden los males que se deploran del carácter del país ó de los vicios generales de su ejército; pero hay también causas que hacen sea grande el descontento y pueda ocasionar funestas consecuencias.

Estas causas, Señor, son el poco acierto y carácter que han tenido unos jefes; la conducta escandalosa é inmoral que han seguido otros, y la debilidad de algunos, que han producido grandes escándalos, muchos ágios, poca dilapidación de la riqueza pública, y de aquí la natural desconfianza y descontento de los pueblos.

La venida del Sermo. señor infante don Alfonso calmóme mucho, porque las condiciones que adornan á S. A., entre ellas la rectitud y la justicia, inspiraron á todos la confianza de que iba á empezar una nueva era para este país, hasta entonces á tan malas manos entregado.

En efecto, S. A. R., movido por el deseo de hacer justicia, acordó la separación de unos jefes, dispuso la prisión de otros que la opinión general, con fundados motivos acusaba; dictó medidas para la mejor administración y régimen del territorio que le estaba confiado, y comunicó con su carácter y energía impulso á las operaciones militares para levantar el decaído espíritu de las poblaciones adictas hasta el entusiasmo á la causa de V. M.

Mucho hizo S. A., pero la facilidad con que pueden influir en un príncipe joven las personas que á su lado viven y logran ganar su confianza, hizo que no siempre fuera bien aconsejado, y que abusando del escaso conocimiento que tenía, por el poco tiempo que aquí estaba, de cosas y personas, le inspirasen disposiciones poco políticas y comprometiesen su reputación militar y la misma causa de V. M., presentándolo como fáciles y sencillas, empresas arriesgadas que han tenido siempre malas consecuencias.

De seguir así, es indudable que S. A. acabaría por perder el buen nombre que tiene tan merecidamente; que las tropas puestas á sus órdenes no marcharían con el mismo valor que ahora les inspira su presencia, y que los pueblos no tendrían en él la misma confianza.

A remediar tan grave mal me apliqué desde mi llegada, pues como amante y fiel servidor de V. M. no podía consentir sucediese tal cosa, y expuse á S. A. con la franqueza que me distingue la situación en que se encontraba, los peligros que temía y la urgente necesidad de poner remedio.

Escuchóme S. A. y agradeció mis consejos; accedió á algunos, confiéme la organización y logré separar de su lado algunas personas que no merecían tener esta honra; pero por desgracia hay otras que inutilizan mis trabajos, desvirtúan mis esfuerzos, contrarrestan mis consejos y siguen haciendo que S. A. se arriesgue á operaciones como los últimos ataques á Teruel y Alcañiz, que solo han servido para dar fuerza moral al enemigo, mientras se deja de combatir á las columnas y hacer otras operaciones provechosas.

En vista de esto he redoblado mis esfuerzos, he sufrí-

do y pasado lo que V. M. no puede figurarse, porque he tenido que sacrificar mi reputación militar, mis sentimientos todos y mi amor propio, limitándome á hacer el bien que pudiera en la corta esfera que se me dejaba libre, hasta que un nuevo suceso me ha demostrado que no puedo remediar el mal que deploro y me obliga á escribir á V. M.

Este suceso es que al saber que el enemigo había atacado con fuerzas superiores á la división aragonesa, y obligádola después de una brillante resistencia á retirarse, propuse ir en su auxilio, como era lo lógico, y no se ha seguido mi consejo, gracias á la influencia de esas personas, y se ha dejado abandonado á Aragon.

Sensible es para mí, encaucido en el servicio de las armas, que no se me atienda; sensible. ¿Por qué he de ocultarlo? Que se hiera mi dignidad de general con estas y otras cosas que diariamente ocurren y que prueban que el cargo de jefe de estado mayor de este ejército con con que me honró V. M. es nominal en mucha parte, pero todo esto sufríralo con paciencia y no me afectara si solo á mi persona se refiriera, porque con rogar á V. M. me destinara á otro punto ó me concediese el retiro para acabar en paz mis años, quedaba resuelta la cuestión personal; mas como además van envueltos en estos hechos el buen nombre del augusto hermano de V. M., el porvenir de este ejército, el acierto de las operaciones militares y hasta el triunfo de la causa, acudo á V. M. para que, en vista de lo que tengo el pesar de indicarle y lo que le añadiré de palabra el dador, se servirá resolver lo más acertado.

Entretanto quedo como siempre rogando á Dios conserve largos años la preciosa vida de V. M. y Real familia para bien de España y todo el mundo.—Señor: A L. R. P. de V. M., *Antonio Lizarraga*.

Segorbe 16 de Setiembre de 1874.

NÚM. 11.—PÁG. 442.

Otra exposición de Lizarraga á don Carlos.

Señor:

Con el alma llena de pena me veo obligado á dirigirme á la sabia prudencia de V. M., porque así lo exigen imperiosamente las necesidades de estos reinos, y también á la justicia de V. M., porque así lo necesita mi honra ultrajada.

Permítame V. M., Señor, que empiece por el final,

que desahogue mi pecho produciendo á V. M. mi queja, porque comprendo que sin este consuelo me será difícil coordinar mi pensamiento.

Por razones que más adelante tendré la honra de exponer á V. M., me vi obligado hace seis días á presentar mi dimisión á S. A. R., fundada en motivos de salud, y con el fin de evitar el más leve asomo de escándalo me quedé en cama. Salí S. A. de Adzaneta, donde esto ocurría, sin decirme nada, y á una legua de camino envió á su gentil hombre de cámara Lazarini, con una sección de la escolta y la orden de que me llevaran á su presencia estuviese ó no enfermo. Salí de la cama y acompañado de esta escolta me presenté á S. A.

Hoy en Gandesa resolvió S. A. dirigirse á pasar el Ebro para trasladarse á Francia, y me llamó para decirme que dejaba encargado del mando interino del ejército al general Velasco, que admitía mi dimisión y me ordenaba hiciese entrega del E. M. G. á dicho señor.

No contesté, como era natural, más que «está bien, Señor», y S. A. se dignó ordenarme que fuera á despedirle á la puerta de su casa al momento de la marcha.

Llegado éste, fui como se me había mandado, y al ir á entrar, el gentil-hombre de cámara me cerró el paso diciéndome que era inútil que pasara, que S. A. no me recibiría, y dió orden á la guardia civil para que no dejara pasar á nadie.

Volvió á dirigirse á mí, y con tono destemplado, aquel criado de S. A., llamado Lazarini, oscuro extranjero, Señor, hecho capitán hace poco, lanzóme á mí, general español, la ofensa de llamarme Judas y traidor delante de soldados y sirvientes. Volvió la espalda aquel mal caballero que así insultó mis canas, cuando le increpaba como se merecía, y me dejó en la calle. Otro criado de S. A. también, pero español, me llevó á su presencia y pude producir mi queja ante su Real persona y rogarle que hiciera justicia: pues mi honra exigía que los tribunales castigasen aquel hombre por su calumnia.

Con profunda pena, Señor, oí á S. A. que trataba de disculpar á aquel oficial, y me acusaba de que otras cosas había yo dicho de su persona; y así al ir á buscar justicia me encontré con el dolor profundo de que su alteza me creyese capaz de haber faltado á lo que se debe á su augusta gerarquía.

Rogué á S. A. que concretase una expresión tan sola que hubiese proferido en ofensa de su Real persona, y entonces se dignó decirme que si no había sido yo, mi

estado mayor acusaba á S. A. la infanta doña María de ser un obstáculo para las operaciones; y aun cuando manifesté á S. A. que si alguno de los señores oficiales de mi estado mayor había cometido tal falta, no era razón para que un general español fuese insultado ante sus soldados por un extranjero sin que se le diera reparación, no se dignó ordenar otra cosa sino que el señor Lazarini me pidiese perdon en la antecámara.

Su A. R. al estampar públicamente al general Marco la nota de cobarde, y al llamar al conde de Abiñó, en oficio que le dirigió, mal caballero, puede haber estado más ó menos justo, que eso Dios y V. M. lo juzgarán, pero ninguno de los dos ha sufrido el rigor de la afrenta mía por los detalles de que ha sido revestida.

Ser llamado traidor en casa de S. A. por un extranjero, que no hay español capaz de tal infamia; leerse en la plaza á las tropas formadas la orden general en que el Sermo. señor infante manifestaba su resolución de abandonar á España, fundándose en las dificultades que le han creado los intrigantes, y en seguida, la que expresaba que era admitida mi dimisión. Oír acto seguido al capellan de zuavos arengar á las tropas desde un balcón y coexcitar los ánimos contra los traidores, haciendo alusión á mi persona, es una pena tan amarga y una injusticia tan grande, que estoy seguro sentirá V. M. se le haya inferido á este viejo soldado, que es su más leal vasallo.

Desahogado mi pecho, y por ello pido perdón á V. M., debo pasar á exponer las poderosas razones que me obligaron á rogar á S. A. admitiese mi dimisión y se dignara darme su permiso para ir á besar la Real mano de V. M.

Sabe V. M., porque en cartas anteriores he tenido la honra de escribirselo, que S. A. el Sermo. señor infante no se ha dignado seguir mis consejos en operaciones militares, pues sobre ellas mi pobre opinión era completamente discordante, opinión que dejé de emitir cuando S. A. se sirvió advertirme, que si creía que había venido yo á desempeñar en el ejército del Centro el papel que el general Dorregaray desempeñaba en el del Norte, estaba equivocado, y de esta manera vine á quedar ejerciendo las funciones de secretario de campaña.

Pero lo que no sabe V. M., porque quería ahorrarle la pena de saberlo, y mi respeto no encontraba forma de decírselo, es que me creí en el deber de hacer presente á S. A., estaba ordinariamente rodeado y admitía en su

confianza personas cuya poca edad y ligereza de pensar en unas, y manchados antecedentes en otras, no convenían ni podían satisfacer la solicitud con que los pueblos miran las personas de sus príncipes.

Los señores hijos de don Enrique de Borbon, cuya ligereza conoce V. M., dos ó tres extranjeros oscuros en su patria y alguno de ellos conocido en el ejército real por sus malas costumbres, y un par de españoles, de los cuales, uno (perdón mil veces, Señor), ha sido condenado en época anterior por delito común á veintitres años de cadena, y el otro, cuyos vicios me impide el respeto nombrar á V. M., han formado el más frecuente trato de SS. AA. ¿Cómo yo había de faltar á lo que debo á V. M. y al cariño y lealtad que profeso á SS. AA. dejando de hacer las respetuosas advertencias que eran convenientes sobre asunto de tanta transcendencia? Todo fué en vano, Señor, y para que V. M. conozca hasta qué punto estaba prevenido S. A. contra estas advertencias, bueno será decir que creyendo don Agustín Valdoví, rico propietario valenciano, prestar un buen servicio á V. M., de quien es amatísimo, manifestó á S. A. que uno de los referidos sujetos había sido condenado cuando estaba en Valencia, y que podía hacer ver testimonios de su condena; y entonces S. A. dijo que esas eran intrigas y que el señor Valdoví era alfonsino. Esta oposición por mi parte á personas tan inconvenientes ha sido uno de los motivos para merecer la desgracia de SS. AA.

Ha sido otro el creer que ha consistido en consejos y trabajos míos la resolución de V. M. separando el ejército real de Cataluña del de el Centro. Sabe V. M. que escribí, como era mi deber, la situación en que encontré á Cataluña á mi paso por ella, y que creía que no era una necesidad la creación de la diputación á guerra que V. M. ha tenido por conveniente aprobar; pero yo nada decía ni me era lícito decir respecto á la separación de los dos ejércitos; y sin embargo, el serenísimo señor Infante no ha querido convencerse que así sucediesen las cosas.

Al verme inutilizado como jefe de E. M.; al ver también que S. A., no siguiendo mi consejo, devolvió á V. M. el nombramiento de capitán general de ejército; al ver que por los de las personas que rodeaban á los señores Infantes se encargaban el mando de las brigadas á Cucala, el cura de Flix, Pancheta y sujetos aun más indignos, y eran separados los jefes dignos y entendidos, resolví escribir á V. M. y esperar sufriendo su so-

berana decisión, pues sabía que había de ser como siempre justa y acertada.

Pero llegó la ocasión en que Cucala se permitió, atropellando la justicia, poner en libertad á un su hermano y dos criminales más, que estaban procesados; llegó también el caso en que se me ordenó poner en libertad á don José Santes, precisamente cuando el fiscal acaba de encerrarle en un calabozo, dando cuenta de que su proceso arrojaba contra él el crimen de alta traición y desfalco de enormes sumas, en que se me mandó reponer en su batallón al comandante don Evaristo Aliaga, procesado por malversador de fondos públicos; llegó el caso en que el capitán de zuavos don Julio Godoy dió de sablazos en medio de la calle al coronel don José de la Nava, y quedó ese delito impune; también quería S. A. separar al brigadier Gamundi y al general Palacios y dejar huérfanos á Aragón de autoridad y á la intendencia general de jefe: me pareció, Señor, que no debía ni directa ni indirectamente contribuir á estas injusticias, que los pueblos creían obra mía, ni tener participación tampoco en medidas que, según mi conciencia, tanto perjudicaban á la causa de V. M., y por estas razones presenté mi dimisión.

Permítame V. M. ahora que le exprese, que no por estas desdichas ha sido completamente estéril mi estancia en estos reinos, que á la pobreza de mis conocimientos ha suplido mi buena voluntad y asiduo trabajo.

Con efecto, desde mi llegada se ha creado una junta clasificadora, que sin cesar informa sobre el empleo que corresponde á cada uno de los señores jefes y oficiales; se ha creado también la sección de requisa y reseña de caballos; se han dado circulares regularizando la administración militar, debiendo advertir á V. M., que ni aun se pasaba la revista de comisario; se ha creado la intendencia, facilitándole un plan completo de hacienda; se han establecido las diputaciones á guerra de Aragón y Valencia: se ha fundado un colegio general militar; se ha escrito un reglamento para gobiernos militares y comandantes de armas; se ha dotado á las divisiones con un hospital más de sangre; se han establecido los tribunales militares de Chelva y San Mateo, y la fundición de proyectiles de artillería de Villahermosa.

Concluiré diciendo á V. M., que S. A. R. ha confiado el mando de este ejército, como general en jefe interino, al general Velasco; que ha admitido mi dimisión, dejándome en libertad para trasladarme donde me parezca; pero como yo fui nombrado por V. M. para el cargo

que ejercía, creo en mi deber esperar á que V. M. se digné enviarme sus soberanas órdenes. Sean éstas las que fueren, siempre estaré dispuesto á dedicar mi vida entera al servicio de Dios y de V. M.

Señor: A. L. R. P. de V. M.—El G. J. de E. M. G., Antonio Lizarraga.

Bot 20 de Octubre de 1874.

NÚM. 12.—PÁG. 542.

Carta de don Alfonso de Borbón.

«Sr. D.....: He recibido de España un gran número de felicitaciones con motivo de mis cumpleaños, y algunas de compatriotas nuestros residentes en Francia. Deseo que con..... sea usted intérprete de mi gratitud y de mis opiniones.

Cuanto me han escrito muestran igual convicción de que sólo el restablecimiento de la monarquía constitucional puede poner término á la opresión, á la incertidumbre y á las crueles perturbaciones que experimenta España. Dícenme que así lo reconoce ya la mayoría de nuestros compatriotas, y que antes de mucho estarán conmigo todos los de buena fe, sean cuales fueren sus antecedentes políticos; comprendiendo que no pueden temer exclusiones ni de un monarca nuevo y desapasionado, ni de un régimen que precisamente hoy se impone, porque representa la union y la paz.

No se yo cuándo ó cómo, ni siquiera si se ha de realizar esa esperanza. Sólo puedo decir que nada omitiré para hacerme digno del difícil encargo de restablecer en nuestra noble nación, al mismo tiempo que la concordia, el orden legal y la libertad política, si Dios en sus altos designios me lo confía.

Por virtud de la espontánea y solemne abdicación de mi augusta madre, tan generosa como infortunada, soy único representante yo del derecho monárquico en España. Arranca éste de una legislación secular, confirmada por todos los precedentes históricos, y está indisolublemente unido á las instituciones representativas, que nunca dejaron de funcionar legalmente durante los treinta y cinco años trascurridos desde que comenzó el reinado de mi madre, hasta que, niño aún, pisé yo con todos los míos el suelo extranjero.

Huérfana la nación ahora de todo derecho público, é indefinidamente privada de sus libertades, natural es que vuelva los ojos á su acostumbrado derecho constitu-

cional, y á aquellas libres instituciones que ni en 1812 la impidieron defender su independencia, ni acabar en 1840 otra empeñada guerra civil. Debíoles, además, muchos años de progreso constante, de prosperidad, de crédito y aun de alguna gloria, años que no es fácil borrar del recuerdo, cuando tantos son todavía los que los han conocido. Por todo esto, sin duda, lo único que inspira ya confianza á España, es la monarquía hereditaria y representativa, mirándola como irremplazable garantía de sus derechos é interese es, desde las clases obreras hasta las más elevadas.

En el entretanto, no solo está hoy por tierra todo lo que en 1868 existía, sino cuanto se ha pretendido desde entonces crear. Si de hecho se halla abolida la Constitución de 1845, hallase también de hecho abolida la que en 1869 se formó sobre la base, inexistente ya, de la monarquía. Si una junta de senadores y diputados, sin ninguna forma legal constituida, decretó la república, bien pronto fueron disueltas las únicas Córtes convocadas con el deliberado intento de plantear aquel régimen por las bayonetas de la guarnición de Madrid.

Todas las cuestiones políticas están así pendientes, y aun reservadas por parte de los actuales gobernantes, á la libre decisión del porvenir. Afortunadamente la monarquía hereditaria y constitucional posee en sus principios la necesaria flexibilidad, y cuantas condiciones de acierto hacen falta, para que todos los problemas que traiga consigo su restablecimiento, sean resueltos de conformidad con los votos y la conveniencia de la nación. No hay que esperar que decida yo nada de plano y arbitrariamente. Sin Córtes no resolvían los negocios árdulos los príncipes españoles allá en los antiguos tiempos de la monarquía; y esta justísima regla de conducta no he de olvidarla yo en mi condición presente, y cuando todos los españoles están ya habituados á los procedimientos parlamentarios. Llegado el caso, fácil será que se entiendan y concierten sobre todas las cuestiones por resolver, un príncipe leal y un pueblo libre.

Nada deseo tanto como que nuestra patria lo sea de verdad. A ello ha de contribuir poderosamente la dura lección de estos tiempos que, si para nadie puede ser perdida, todavía menos deberá serlo para las honradas y laboriosas clases populares, víctimas de sofismas perversos ó de absurdas ilusiones. Quanto se está viendo enseña que las naciones más grandes y prósperas, donde el orden, la libertad y la justicia se adunan mejor,

son aquellas que respetan más su propia historia. No impide esto, en verdad, que atentamente observen, y sigan con seguros pasos, la marcha progresiva de la civilización. ¡Quiera, pues, la Providencia Divina que algún día se inspire el pueblo español en tales ejemplos!

Por mi parte, debo al infortunio el estar en contacto con los hombres y las cosas de la Europa moderna; y si en ella no alcanza España una posición digna de su historia y de consuno independiente y simpática, culpa mía no será, ni ahora ni nunca.

Sea la que quiera mi suerte, no dejaré de ser buen español, ni como todos mis antepasados buen católico, ni como hombre del siglo verdaderamente liberal.

Es su afectísimo, ALFONSO DE BORBÓN.

Yok-Town (Sandurst) 1.º de Diciembre de 1874.

NÚM. 13.—PÁG. 543

Cartas del general Martínez Campos á Su Majestad la reina doña Isabel II y á don Antonio Cánovas del Castillo.

Señora: Hasta hoy, por hallarme preso, no ha podido entregarme el marqués de Fuensanta la carta de vuestra majestad de 31 de Enero. La benevolencia de vuestra majestad, las lisonjeras frases que se digna dirigirme, la insigne honra que me hace, me hubieran ligado tal vez á la dinastía legítima, si mis sentimientos desde luego no hubieran estado conformes siempre con la monarquía, único remedio que creo hay para la paz y felicidad de nuestra querida patria. La esperanza de vuestra majestad es fundada; mi conducta ha tenido siempre por norte la causa de España, que creo unida á la del príncipe de Asturias, y será para mí un día de felicidad aquel en que todos podamos contar un Alfonso más en el trono de los Fernandos é Isabeles, y quedaré satisfecho aunque los que le proclamen sean los que fueron ingratos con V. M. Un sentimiento tengo tan solo: el no haber podido ya por un respeto militar, tal vez mal entendido, levantar, como intenté, la bandera salvadora el 23 de Enero».

Por un respeto militar no levanté la bandera salvadora el 23 de Enero. En esa fecha no estaba en relaciones con el señor Cánovas y tenía 20 batallones á mi disposición. En aquella época era capitán general de Cataluña, nombrado por el señor Castelar, y rota aquella legalidad

el 3 de Enero, estaba yo en libertad de tomar la actitud que creyera conveniente.

«Esto es, continuaba la carta, lo que creo me tiene preso; pero mi prisión no me detendrá en volar á sostener esta causa el día que se levante su pendon; y si alguna vez puedo por mí hacerlo, si hallo el momento oportuno, no vacilaré ni andaré mi camino por etapas; poco soy; pero si yo consiguiera llevar al ejército á la victoria contra don Carlos, mi grito sería después de aquella ¡Viva Alfonso XII!—Dios guarde largos años la vida de V. M. y su augusta familia, etc.—Bellver 2 de Marzo de 1874».

Al señor Cánovas del Castillo.

Bellver 2 de Marzo de 1874.—Muy señor mío y de toda mi consideración: He recibido hoy y contesto la carta de París á que se refiere la muy atenta de usted de 26 del mes pasado: siento en el alma no estar á la altura y en la posición que desearía para corresponder á la honra que se me hace; pero en lo poco que valgo, desde que volví de América, estoy decidido á consagrarme á la causa del príncipe Alfonso, por haberla considerado ahora y desde 1868 la única posible para la felicidad de España: al marchar á Cuba quise separarme de los compromisos que me pudiera traer la amistad con determinadas personas, y ganar tiempo y posición combatiendo por la integridad del territorio. Cuando volví, era poco todavía y no quise tomar mando ni destino con don Amadeo, habiendo dicho al conde de Balmaseda que contase conmigo para el día que fuera necesario.

En Febrero del '73 opiné que nos debíamos lanzar al combate, y al ver las divisiones y pequeñeces de los encargados entonces de la causa, me indigné de que se dejase á un lado, ó poco menos, al conde, y que se perdiera aquella ocasión: no creí nunca viable la República, y acepté mando dos veces con ella, porque si bien desconfiaba de mis fuerzas, no quería que el ejército pereciese por su indisciplina, y que triunfasen don Carlos ó el canton, y pude contribuir algo á mi propósito. En Diciembre fui á Cataluña porque estaba encima Enero, y una ocasión en que rompiéndose la legalidad se podía conseguir algo, lo intenté; pero respetos militares, y no tener noticias favorables de Madrid, me lo impidieron; ha sido una fatalidad, que ha modificado mis ideas.

Mientras esté de cuartel, no seré yo quien gradúe el

momento; siempre estoy dispuesto á levantarme en favor de don Alfonso, en donde se me prevenga; si fracaso en la empresa, me consolaré la idea que me guía.

Colocado esperaré que se falte á la legalidad que entonces haya establecido, ó que si alcanzo prestigio bastante después de un combate glorioso, pueda levantar la bandera de don Alfonso con fuerzas bastantes para que el movimiento sea general. Esta es mi profesión de fe, y he creído debía corresponder á la honra que usted me hace, sin diplomacia. Aprovecha la ocasión de ofrecer á usted las seguridades de su respeto y amistad, su muy atento servidor Q. B. S. M.—*Arsenio Martínez de Campos.*—Es copia».

NÚM. 14.—PÁG. 544

Al señor Cánovas del Castillo.

Excmo. señor don Antonio Cánovas del Castillo —Madrid 27 de Diciembre de 1874.—Muy señor mío y de todo mi respeto: Cuando reciba usted ésta habré iniciado el movimiento en favor de Alfonso XII: cargo con la responsabilidad de este acto, al cual arrastro á mis amigos: no tengo derecho á la protección del partido: ustedes son los jueces de si deben ó no dármele: la deseo, pero he perdido, separándome de la opinión de ustedes, hasta la triste satisfacción de quejarme ó disculparme.

Tengo menos elementos de fuerza para el primer momento que hace mes y medio; casi estoy por decir que tengo menos de la tercera parte, pues he ido perdiéndolas paso á paso; yo creo que por las dilaciones; tal vez esté equivocado: hace mes y medio podía iniciar á la vez Almería, Cádiz, Badajoz, Lérida, Valencia y ejército del Centro; hoy sólo puedo hacerlo en el ejército del Centro: no culpo á nadie; la decisión que tomo hoy la debí tomar hace cuarenta y cinco días.

No me arrojé por amor propio ni por despecho; lo hago por la fe y convicción que tengo: lo hago porque ustedes aseguran que la opinión está hecha: me da miedo la...: las noticias que tiene el Gobierno, la necesidad de que no se siga la desmoralización y el cantonalismo en el ejército de Cataluña...; quiero mejor que se pueda desprender de fuerzas para combatirnos, que esperar á que el ejército esté en operaciones y se nos haga la acusación que se dirigió á los de San Carlos de la Rápita, por más que fuese el caso distinto. Muchos de los que envían en contra mía se me unirán, y si llega el caso,

pues que en Alcolea se derribó á la monarquía, otra victoria la levantará. Me parece que estoy en los tiempos en que Pedro el Ermitaño con «Dios lo quiere» llevó millares de centenares de hombres á los desiertos de Palestina. La voz «Alfonso XII, la paz, religión y libertad», levantará tal vez este postrado país, nos llevará á la conclusión de la guerra civil y nos permitirá acabar la separatista.

No me mezclo en política: daré por manifiesto la contestación de su alteza: exijo, sí, que si el movimiento triunfa en Madrid, sea usted el que se ponga al frente del Gobierno; ruego que si es posible, se encargue del ministerio de la Guerra el general... persona dignísima y muy competente, y que haya además de éste tres ministros del antiguo partido moderado, los otros cuatro del partido más liberal; es necesario que haya conciliación, al menos en los primeros momentos.

.....
Deseo que ya voluntarios, ya sorteados, vayan 60 hombres por batallón á aquella Antilla, sin excluir los de provinciales y reserva; debiendo salir en el mes de Enero, único modo de contrarrestar el mensaje de Grant y salvar la isla.

Si me consideran ustedes un estorbo, estoy pronto á ir allí á mandar una división; si bien deseo que se me deje de cuartel en Barcelona, y que tengo el firme propósito de no aceptar mando, ni ascenso, ni título, ni remuneración alguna. Si consigo mi objeto, el poner á este país en vías de tranquilidad, mi ambición queda satisfecha.

No hay de mí á usted antipatía política alguna, y lo comprenderá usted cuando le diga que no ha estudiado mi pensamiento, y no quiero entender de esas cosas. La diferencia entre usted y yo estaba en los distintos modos de procedimientos en la cuestión de alzamiento.—Se repite de usted afectísimo S. S. Q. B. S. M.—*Arsenio Martínez de Campos.*—Es copia».

NÚM 15.—PÁG. 568.

Capitulación de Cantavieja.

Convenido entre los Excmos. señores tenientes generales don Joaquin Jovellar y don Arsenio Martínez Campos y Anton, generales en jefe respectivamente de los ejércitos del Centro y Cataluña, y don José García Albarán, brigadier del ejército carlista y jefe superior de dicha plaza.

Artículo 1.º Los señores brigadier, jefes, oficiales y voluntarios, así como las corporaciones civiles residentes en la plaza de Cantavieja, se constituyen en prisioneros de guerra, y serán cangeados tan pronto como haya existencia de prisioneros en el campo carlista, siempre que por parte de sus representantes no se ofrezca inconveniente. Entretanto los jefes, oficiales y clases asimiladas residirán en Valencia y Zaragoza, fuera de clausura, y bajo la vigilancia de las autoridades, comprometiendo su palabra de honor de no tomar las armas de nuevo ínterin no sean cangeados. Los jefes militares del punto en que residan estarán autorizadas para dar pases de viaje á los oficiales y cadetes que lo deseen, para puntos que no presenten algun motivo de excepción.

Art. 2.º Los jefes y oficiales sacarán íntegros sus equipajes y papeles de la particular pertenencia.

Art. 3.º Las causas formadas por actos de guerra con arreglo al derecho reconocido de la misma, serán sobreseidas.

Art. 4.º Si en la guarnición hubiera algun procedente del ejército contrario, sea cualquiera su graduación y empleo, será considerado de igual condición que los demás.

Art. 5.º Nunca, sean cuales fueren los casos que en la guerra se presenten, estarán sujetos á represalias.

Art. 6.º Sean cuales fueren las circunstancias de la guerra que sobrevengan, no serán llevados á Ultramar ni á los presidios.

Art. 7.º A cada cuatro oficiales se permitirá un bagaje para la conducción de sus equipajes, y á cada dos jefes uno, si no tuvieren caballo: y á los que lo tuvieren se les permitirá montarlos hasta llegar al punto de su residencia, en que los entregarán.

Art. 8.º A los que tuvieren sus familias en el radio de seis horas, se les permitirá mandar un propio para avisar lo sucedido.

Art. 9.º Los que hubieren cometido delitos comunes con anterioridad á su ingreso en las filas carlistas, quedan sujetos á la legislación común.

Campamento frente á Cantavieja 6 de Julio de 1875.
—Siguen las firmas.

NÚM 16.—PÁG. 578.

Comunicación del general Martínez Campos al ministro de la Guerra.

«En este momento recibo el atento telegrama de

V. E., fecha 16 del actual. En él se sirve V. E. manifestarme, que si la situación de Gerona es tan grave como dicen las autoridades civiles, no marche sobre el Ebro sin mejorar antes aquella. Yo agradezco las facultades que me concede, pero me permitirá V. E. que haga un poco de historia para ser más claro en mi contestación. Cuando vine al distrito de Cataluña, se hallaba éste material y moralmente perdido. Durante un mes, no pensando continuar en él, no dí gran actividad á las operaciones, por temor de dificultar el plan de mi sucesor. El acontecimiento de Bañolas, el envío de dos batallones de la Lealtad, que yo creí definitivo, y los sucesos ocurridos en el Norte, que me quitaron toda esperanza de ir á aquel ejército, me hicieron formar un plan que empecé á poner por obra. Consistía éste en tomar á Olot, perseguir luego á las facciones, recorrer el país, quebrantar el espíritu carlista, ir á la Seo á principios de Mayo, tan luego como los puertos estuvieran viables, y antes de que vinieran los grandes deshielos, fortificar á Ripoll, quitar las aduanas de Camprodon y de la Junquera, aislar de la nación vecina á los carlistas, á lo menos oficialmente, y completando los cuerpos con la quinta, formar columnas de á dos batallones, que operasen por zonas, teniendo por centro los puntos fortificados, y además San Hilario, Amer, San Quirse, Ripoll, Prat de Llusanés, Solsona y Tremp, y levantar, cuando se pudiera, el somaten de la montaña, condonando parte de las contribuciones que se adendan y rebajando á cada pueblo tantos mozos como carlistas aprehendiera. Este era en general, mi plan, en un país en donde no podía dar batallas, en donde es necesario estudiar la índole de los habitantes y la historia de las diversas guerras civiles. Empecé con blandura para hacerme prosélitos, y poco á poco iba templando las medidas. Hice indicaciones de aumento de fuerza, y tal vez mi presunción sea la que me haga creer que hubo un momento en que con los refuerzos que solicité, enviados oportunamente, hubiera podido concluir con la guerra. Si he conseguido humanitarios convenios de canje con los autores de las hecatombes de Llayers y Vallfogona, ¿quién sabe lo que hubiera alcanzado aprovechando el espanto de fines de Marzo, á contar con bastantes medios? Alucinado tal vez por la prosecución de mi plan, atento, puede ser, no más que á Cataluña, desconociendo la falta de recursos del Gobierno, he pasado gran parte de los meses de Abril y Mayo, esperando el momento de marchar á la Seo, creyendo siempre que sería

al día siguiente, y que la toma de aquella plaza pondría en nuestras manos la verdadera llave de nuestro territorio. No sé por qué ni cómo, los carlistas aseguraban á fines de Mayo, que yo no iría; pero su dicho ha resultado verdad. Se han envalentonado aquellos; el país ha decaído, y en poco tiempo, sin que yo pueda señalar las causas, por temor de equivocarme, la guerra ha cambiado de faz. Cuando estuve en Madrid, conferencé con el general en jefe del Centro, entonces ministro de la Guerra. Le dije que estaría el 17 en Miravet y en Flix, y tenía que cumplir mi palabra. Razones de alta consideración, que V. E. no ignora, me han obligado á aceptar un plan de campaña de menos resultados que el que yo habia concebido. No digo que dejaría perder á Cataluña por prestar mi cooperación al ejército del Centro, pero estoy decidido á seguir con rigurosa exactitud el plan de campaña de éste; pues por lo mismo que no me hallo conforme con él, tengo que poner más de mi parte, no vayan á creer algunas almas pequeñas que me opongo indirectamente con miras bastardas. No suponía yo que se había de tardar tanto en Valencia en emprender las operaciones: nada tenía yo dispuesto para estar, mis columnas estaban en la alta montaña, y sin embargo, llegué el 9 á Barcelona, y estaba el 16 en el Ebro. Y ahora creo que no estará demás pintar la situación del distrito el día antes de mi salida de la capital. Los carlistas de Cataluña habían recibido la orden de oponerse á mi marcha al Centro, y aprovechando la coincidencia de tener que escoltar el general Arrando un convoy á Olot, bajaron de la Marina á dos leguas de Mataró. Al mismo tiempo parecía que deseaban impedir la salida del brigadier Araoz de Berga, y yo, que en aquel momento no tenía medios para acudir á ninguno de los dos puntos, me limité á dar órdenes, que han producido su resultado, y salí de Barcelona en aquellos instantes. Efectivamente, la situación de Gerona es grave, no tanto por las fuerzas carlistas que hay en la provincia, como por las medidas que han adoptado. Yo debía haber ido allí por diez ó doce días con la brigada Nicolau, para perseguirlas activamente, en combinación con las dos de Arrando, y anular las órdenes que han dictado contra los pueblos; pero las circunstancias me lo han impedido. Pasado el Ebro no tenía más remedio que dirigir mis esfuerzos contra Flix y Miravet, puntos que el ejército del Centro habia dejado fortificar, sin duda por necesidad. El primero ha caído ya en poder del valiente brigadier Gámir. Ignoro lo que me detea-

drá el segundo: tiene poca guarnición, pero su fortaleza es tal, que no sé si podré abrir brecha con los cañones de á 12, ni si una vez abierta, podré escalarla. La tomaré más por desánimo de la guarnición que por mis esfuerzos é inteligencia; no perdíento además de vista que puedo ser estrechado por Gamandi, que cubre un estrecho semicírculo, cuyo diámetro es el Ebro, y que, en caso de un revés, tengo que retirarme por la orilla de este río, movimiento que en estrategia no es de los más seguros. Lo que tengo el honor de comunicar á V. E. en contestación á su telegrama, repitiéndole las gracias por su deferencia.—Campamento frente á Miravet 20 de Junio de 1875.

NÚM. 17.—PÁG. 607

Fueros vigentes en Cataluña en tiempos de Felipe V, y concedidos nuevamente por S. M. el rey N. S. D. Carlos VII.

- 1.º La incorporación del Principado, lo mismo que los demás Estados de Aragón, Valencia y Mallorca, á la corona de Castilla, es por vía de una unión federativa que le permite conservar su antigua naturaleza, así en leyes y privilegios como en territorio y gobierno.
- 2.º La religión única es la católica apostólica, romana.
- 3.º El rey de Castilla no puede ser reconocido por conde de Barcelona, si antes no jura en las Córtes generales de guardar y defender los fueros del Principado.
- 4.º La sucesión en el Condado de Barcelona está vinculada en la sucesión masculina de sus soberanos.
- 5.º Deben celebrarse Córtes generales en Cataluña cada un año.
- 6.º No puede imponerse ni cobrarse tributo ni impuesto que no sea votado en Córtes.
- 7.º La recaudación y administración de los impuestos corre á cargo de la diputación general de Cataluña.
- 8.º No está exento del tributo general persona alguna, sea quien fuera. Debe pagarla el mismo rey y su familia.
- 9.º No hay quintas en Cataluña; todos los habitantes son soldados de la patria y deben tomar las armas cuando esa peligro, ya por la invasión extranjera, ya por verse amenazada en sus fueros y privilegios.
10. La diputación general de Cataluña consta por

ley inviolable de tres individuos elegidos, uno por cada Estamento de los tres de que se componen las Córtes.

11. Los municipios se rigen independientemente por las leyes municipales y privilegios especialmente concedidos de conformidad á las necesidades de cada cual.

12. No se conoce en Cataluña el impuesto de papel sellado, ni hay obligación de alojamientos.

13. En la administración de justicia todos los jueces y oidores de la audiencia, serán hijos del país.

(Nota). Estos son los más notables fueros que regirán, como todos los demás en Cataluña, salvas las modificaciones que la época reclama, y serán discutidos por el rey en las Córtes catalanas.

Campo del honor, 1.º de Julio de 1875.—El capitán general, Francisco de Savalls.

(Hay un sello: Dios, Patria y Rey.—Capitanía general de Cataluña.)

NÚM. 18.—PÁG. 634

Comunicación de Lizarraga á don Carlos.

Señor: El abandono en que se encontraba según ya dí cuenta á V. M., La Seo de Urgel, ha dado los resultados que eran de esperar. Antes de que la plaza se pusiera en el debido estado de defensa, antes de que su artillería estuviese á la altura de la moderna, se presentó el ejército enemigo, la cercó sin ser molestado por fuerzas exteriores, trajo por Francia cañones, víveres y cuanto le hacía falta, y sin que nadie tratara de impedirsele tampoco, nos atacó con su espantoso poder.

A pesar de verme abandonado de todos, me he defendido cuanto ha sido dable para salvar al menos el honor de las armas reales. Esto lo he conseguido, y pruébalo lo que dice el enemigo sobre la resistencia que ha encontrado.

No he podido hacer más, Señor, porque me han faltado toda clase de elementos, sobre todo lo más indispensables para un sitio: artillería y soldados. En mi parte oficial verá V. M. que la primera quedó casi por completo inutilizada, y que los segundos, faltando á sus deberes, huían, desertaban á docenas, y por su cuenta trataban con el enemigo.

He usado la benevolencia y el rigor para contenerlos, pero el insubordinado génio de los catalanes por una parte, y el no secundarme más que muy pocos jefes y oficiales por otra, han inutilizado mis esfuerzos.

Aun así, no me he rendido, aunque la insubordinación llegó hasta el punto de poner en peligro mi vida y la del señor obispo, sino cuando ya el castillo estaba mal de municiones y carecía completamente de agua; cuando no había en la ciudadela más que para un día, y cuando supe positivamente que el estado de las fuerzas del señor Dorregaray no permitía á éste romper la línea enemiga para socorrernos, y que por la reunión de los ejércitos alfonsinos del Centro y Cataluña en La Seo, era imposible también que lo lograsen las fuerzas de los señores generales Savalls, Castells y Dorregaray, aunque lo intentasen de común acuerdo.

Si V. M. no está satisfecho de mi conducta, si cree que no he hecho cuanto ha sido posible para sostener la plaza, dispuesto estoy á dar cuantas explicaciones se me pidan y á contestar á los cargos que pudieran hacerse-me. ¡Ah, Señor! Si todos hubieran cumplido con su deber como creo haber cumplido con el mío, aun estaría La Seo en poder de V. M.

Como prisionero de guerra me ha impuesto el enemigo la obligación de ir á Madrid, y allí iré contra toda mi voluntad y aguardaré con ansia el momento de recobrar mi libertad para volver de nuevo á combatir por la santa causa que V. M. representa.

Siento ahora más que nunca el verme privado de hacerlo, porque sé que los enemigos engreídos con sus prósperos sucesos y envalentonados con sus muchas fuerzas tratan de abrumarnos.

El general Jovellar ó su ejército recorrerá las provincias de Lérida y Tarragona, para batir á los generales Castells y Dorregay. Martínez de Campos con el suyo ocupará las de Barcelona y Gerona para ir empujando á Francia al general Savalls, de modo que es preciso prevenirse contra este movimiento para que no dé á los alfonsinos el mismo resultado que tuvieron en el Centro.

Sé que reforzarán también el Norte y tratarán de ir ganando terreno y fortificando cuanto adquieran. Yo, Señor, creo por tanto, que es preciso adelantarseles, fortificar mucho los puntos por donde puedan venir y oponérseles en ellos gran resistencia, porque dadas las fuerzas con que cuentan, nuestra guerra, por ahora, ha de ser puramente defensiva.

Mi interés por la causa y mi amor á V. M. y á mi patria, me mueven á hacer estas indicaciones, de las que el elevado criterio de V. M. hará el uso que crea más conveniente.

Hasta que tenga el grato placer de poder besar la real mano de V. M. queda, como siempre, su más leal vasallo.

—Señor: A. L. R. P. de V. M.—*Antonio Lizarraga.*

Pó Villa Midi 3 de Setiembre de 1875.

NÚM. 19.—PÁG. 645.

La memoria á que nos referimos en la página 645, escrita á raíz del desastre de Lácar, por muchos aceptada, y que tanto enaltece al señor Villegas, empieza por una exposición de la guerra, y continúa:

«En semejante situación ¿es reprehensible que un oficial del ejército se permita escribir una memoria sobre los medios de hacer con mayores ventajas la campaña? Yo creo que no, y si lo fuera, falto protestando de mis intenciones leales y pidiendo gracia por mi buen deseo.

»Desde el principio de la guerra, tanto la atención de las personas competentes como la de los profanos, están fijas en la derecha de nuestra línea: todo se espera de Navarra, y los planes de campaña han consistido en mantenerse á la defensiva en la izquierda y atacar por la derecha. Yo creo que este sistema no es bueno, y confirmado en mis opiniones por los resultados obtenidos al cabo de tanto tiempo y con tantos medios, me atrevo á expresar que sería más útil el sistema contrario: que se debe mantener la defensiva en Navarra y tomar la ofensiva por aquí. Dos razones me sirven de fundamento, y voy á consignarlas: la primera es de sentido comun, la segunda de sentido militar.

»1.º Es indudable que cuando dos se batan, cualquiera que sea la unidad, cada uno busca la parte débil de su contrario, por donde le pueda inutilizar. Ahora bien, la parte débil de los carlistas es Vizcaya y Alava, tanto por la organización de sus batallones, cuanto por las defensas acumuladas y el espíritu de los pueblos. Y si se considera que á esta parte podrían correrse los batallones navarros, sobre que cada uno se bate mejor en su país, la clase de alimentación es peor en Vizcaya, donde hay solamente pan de maíz y se carece de vino. Luego segun esta razon de sentido comun, en vez de estarnos á la defensiva aquí y á la ofensiva por la derecha, debiera hacerse lo contrario.

»2.º Pero hay otra razón científico militar que lo demuestra. Es ya por todos conocida, como un axioma, la ventaja que en el actual armamento tiene en el choque el que defiende una posición sobre el que la ataca. Si los

carlistas continúan en el sistema de su defensiva táctica, no tendremos, pues, más remedio que adoptar la ofensiva estratégica, es decir, maniobrar estratégicamente, á fin de penetrar en su territorio, por donde no aguarden, con el fin de colocarnos á la defensiva por los puntos por donde vayamos avanzando, y de unos en otros, evitando por la estrategia los choques mientras no estemos en la defensiva táctica: ó nos abandonan el país, ó tendrán que venir á desalojarnos de las posiciones que con los movimientos estratégicos hayamos ocupado ó vayamos ocupando: de este modo las ventajas estarían en nuestra ayuda.

»Es decir, que á la defensiva táctica debemos oponer una ofensiva estratégica que los burle, y por medio de la cual seamos nosotros los que se hallen á la defensiva en el momento del choque.

»Y esto es fácil, porque ellos no tienen atrincherada toda la línea desde Laredo á Estella, ni gente para cubrirarla: no nos empeñemos, pues, en determinados puntos.

Ahora bien; ¿cómo hemos de tomar la ofensiva por la derecha, si no se puede dar un paso hácia adelante sin tropezar con sus trincheras, ó lo que es peor, dejando en un flanco, si penetramos hácia Francia ó por la Brunca, las Amescoas, Sierra Andía y Sierra Urbasa, que es una fortaleza donde estan concentrados, inexpugnable y de un perímetro tan grande que tiene sus muros sobre Alava, sobre Guipúzcoa y sobre Navarra; que no tenemos por tanto fuerzas para aislar y proseguir, y desde donde con toda seguridad cortarían las comunicaciones del ejército con su base, privándole de recursos, ó se lanzarían sobre él cuando les conviniera para aniquilarle? No, esto no puede ser; si la Sierra Andía, las Amescoas y Sierra Urbasa forman realmente una fortaleza natural, lo cual es indudable que se verifica, no hay más remedio que atacarla como á Strasburgo, ó aislarla como á Metz, porque todo otro movimiento con tanto enemigo en su flanco es peligroso. Ahora bien; no debemos atacarlos ni podemos aislarlos, luego hay que pensar en otro lado.

»La ofensiva la tenemos indicada; por otro lado, es fácil y bonita como la voy á demostrar:

»Desde Castro á Valmaseda hay 26,70 kilómetros: desde Valmaseda á Arciniega 13,42; desde Arciniega á Vitoria 44,97; total 85,09 kilómetros, que comprenden una extensión de 1.200 kilómetros cuadrados desde nuestra línea á la que deberíamos ocupar.

»Si colocáramos tres divisiones en Vitoria, Medina de Pomar y Bilbao, fuertes y sin impedimento, tendríamos comprendido este terreno, donde hoy hacen lo que quieren los carlistas, y entonces no se podrían sostener, y por tanto nos sería fácil restablecer la vía férrea de Miranda á Bilbao, que es donde debíamos hacer la base de nuestras futuras operaciones.

»Fortifíquese, pues, y asegúrese la Ribera de Navarra con caballería, principalmente, y tráiganse las fuerzas á la izquierda inmediatamente; mándeselas avanzar, porque el enemigo está desprevenido; fortifíquese nuestra fuerza en las posiciones que gane, y habremos realizado un problema de este modo.

»Organización.—La división de Medina debe tener 12 batallones, 12 cañones y 500 caballos para maniobrar; las de Bilbao y Vitoria tantas más cuanto mayores fuerzas disponibles haya, pudiendo acumularse en la de Vitoria la caballería que en Vizcaya en gran número no haría más que dificultar.

»Primer movimiento.—Apoderarnos de la izquierda del Cadagua.—La fuerza de Bilbao debe salir á Castrejana, los de Ramales con las guarniciones de Laredo y Castro y otras fuerzas, que según el caso el jefe de la división de Medina conceptúe, á Sodupe, el resto de estas fuerzas de la división de Medina á Arciniega y Orduña, y las fuerzas de Vitoria, después de amagar sobre Villarreal ó Salvatierra, á cubrir el camino de Vitoria á Arciniega y de Miranda á Orduña.

»Dos días ó tres deben tardarse en ocupar completamente estas posiciones (hoy se necesitarían aumentar las fuerzas de Medina, por las muchas trincheras que los carlistas han abierto en algunos pasos, lo que tanto ha facilitado sus defensas).

»Desde Berberana y altos de Altuve se protege directamente á Orduña y Arciniega, y á Castrejana y Sodupe por la izquierda de los ríos Gordejuela y Cadagua, ya por Oquendo, ya por Amurrio, siempre con facilidad, porque es *de arriba á abajo*. Si, pues, desde el momento que avanzasen nuestras tropas, se atrincherasen eligiendo los altos, haciendo blocaos y otras defensas con ayuda de los vecinos de los pueblos á quienes se obligaría á trabajar, se formaría una línea apoyada en sus flancos por dos plazas fuertes, en un espacio de muchas comunicaciones para el abastecimiento de las tropas, y en que se prestan mutuamente auxilio á tiro de fusil, defendible con tanta menos gente cuanto en mayor número y con más inteligencia se construyan las defensas.

Además, colocadas á retaguardia la contraguerrilla de Mena y la que manda (a) Vinagre, natural de Valmaseda, los voluntarios de Frías y Oñaque debían depender de los generales de división, no como lo están ahora de los capitanes generales de distrito, era imposible que los mercedadores carlistas se sostuvieran en los valles de Tobalina, Losa, Mena y las Encartaciones; y por tanto, la línea, no sólo sería segura, sino que estaría en comunicación constante para todas las necesidades y accidentes, pudiendo utilizar para abastecimiento la carretera de Castro, la de Carranza, la de Montija, la de Vitoria y la de Miranda.

»Ventajas.—Entre las ventajas que reportaría este movimiento, la de resultados más inmediatos y tangibles, es la de la ocupación de las minas de Somorrostro: 12, 14 y 16 reales eran los jornales que diariamente sacaban los vizcainos en aquellas minas, que por ser inagotables, reciben á cuantos se presentan en demanda de trabajo. Pues bien; libre aquella zona de facciosos, se presentarían á centenares familias y mozos que verían asegurado el modo de ganarse el sustento más descansadamente y sin la exposición á las balas: se lo he oído á los mismos vizcainos en Valmaseda, las facciones vizcainas quedarían deshechas.

»Segundo movimiento.—Este movimiento no debe emprenderse hasta que los accidentes del terreno queden bien fortificados, porque el enemigo está ya apercebido del pensamiento ulterior, por cuyo efecto, las fuerzas de Navarra y de Guipúzcoa no deben permanecer en la defensiva absoluta, sino hacer excursiones también, que, ó entretengan gente ó les permita mortificar el país ó ocupar algunos puntos de gran fuerza moral, mucho ruido que hiciera impresión, ó estratégicos que fuera trascendental su ocupación.

»Ocupada en la izquierda la posición derecha, restablecida la vía férrea hasta Orduña y en comunicación de torres de señales que por la noche serían hogueras, por lo menos en los puntos fortificados, son pocos los que se necesitan para asegurar la vía férrea hasta Bilbao, objetivo de esta operación, los cuales, como más fácilmente se determinan, es sobre el mismo terreno, ya marchando por Villarreal á Durango, ya dirigiéndose directamente sobre Zornoza desde Bilbao y desde Orduña, ó si el enemigo desatendiera todas sus posiciones por defender ésta, puesto que estaba restablecido el camino hasta Orduña, utilizando la vía convenientemente para llevar las tropas sobre Salvatierra ó Peñacerrada ó

Navarra, y antes de que pudiera defenderlos, ocuparlos. Que esta es la gran cuestión, maniobrar según las circunstancias del momento con celeridad y acierto, pues hay un ancho campo por este sistema (que por eso es bueno) al talento y combinaciones del general.

«Cuanto el enemigo tenía que debilitarse para vigilar nuestro ataque, se comprende sin más que mirar el mapa, pues estaba obligado á extenderse en una *línea paralela á la nuestra*; y cuanto nosotros podíamos concentrarnos en un punto dado, se comprende, considerando que teníamos expeditas las líneas de Miranda á Godejuela y de Miranda á Vitoria con el resto de España, los ferro-carriles desempeñando el papel que les corresponde, y las tropas acantonadas en las inmediaciones, ó á ser posible sobre las vías.

«Si el enemigo se empeñara en aguardar en Navarra, aislarlo; nosotros iríamos dominando el resto del país. Don Carlos huiría presto, porque si no, tal vez tuviera que capitular, pues en horas podíamos poner en un punto elegido sobre las fuerzas disponibles de España, ya sobre Zornoza y Algorta, ya sobre Alsásua, ya sobre las Amescoas, luego que las divisiones ó cuerpos de ejército de Navarra ocupasen siempre con estrategia alguna posición principal.

«El objetivo de nuestras intenciones, debía ser utilizar completamente la vía ferrea, la guarnición de Portugalete á la línea, las de Castro y Laredo á la línea, unidad, cohesión, relación de mando, que es una gran palanca, y no esta desgregación que todo le esteriliza.»

NÚM. 20.—PÁG. 660

Ejército de operaciones del Norte.—Estado mayor general.—Orden general del día 8 de Diciembre de 1874, en Logroño.—Organización del ejército.

General en jefe: Excmo. señor teniente general, don Manuel de la Serna y Hernandez Pinzon.

Jefe de Estado Mayor general: Excmo. señor mariscal de campo, D. Pedro Ruiz y Dana.

CUARTEL GENERAL

Cuerpo de Estado Mayor: Coronel de ejército, teniente coronel segundo jefe de Estado Mayor General, D. Gregorio Jimenez y Garcia.—Coronel graduado teniente coronel del cuerpo, D. Julio Serriñá y Raimundo.—Te-

niente coronel de ejército, comandante del cuerpo, don Carlos Rivera y Julian.—Coronel graduado, comandante de ejército, capitán del cuerpo, D. Trinidad del Rey y Gonzalez.—Teniente coronel de ejército, capitán del cuerpo, D. Julian Menoyo y Martín.—Coronel graduado, comandante de ejército, capitán del cuerpo, D. Alejandro Iriarte y Menendez.

Comandante general de artillería: Excmo. señor brigadier D. Sebastian Prat.

Mayor general de artillería: Coronel del cuerpo, don Juan de Dios Córdova.

Comandante general de ingenieros: Excmo. Sr. D. Pedro Burriel.

Mayor general de ingenieros: Coronel del cuerpo, don Federico Alameda.

Intendente general: Excmo. señor intendente de ejército, D. Joaquin Sanchez Manjon.

Jefe de Sanidad militar: Excmo. señor inspector, don José Fornis.

Auditor general: Excmo. señor D. Mauricio Hernando Navas.

Delegado castrense: Capellan, D. Evaristo Martinez San Miguel.

Gobernador del cuartel general: Coronel graduado, teniente coronel de infantería, D. Patricio Morales.

Aposentador del cuartel general: Teniente coronel graduado, comandante de infantería, D. Sixto Machado.

Tropas afectas al cuartel general: Once compañías de ingenieros, de ellas tercera, cuarta, quinta y sexta pertenecen al primer batallón del primer regimiento; primera, tercera y sexta del primer batallón del segundo regimiento; tercera y quinta del segundo batallón del mismo regimiento; tercera y cuarta de pontoneros del tercer regimiento.—Quinta batería del segundo regimiento de artillería montado, 10 centímetros.—Quinta y sexta baterías del primero montado, 8 centímetros Krupp.—Batería del tercero montado, 8 centímetros Krupp.—Sexta batería del cuarto montado, 12 centímetros.—Un oficial y cuarenta guardias civiles de infantería

PRIMER CUERPO.

Comandante en jefe y capitán general de Navarra: Excelentísimo señor teniente general, don Domingo Moriones y Murillo.

Jefe de Estado Mayor: Excmo. señor brigadier, don Emilio Terrero y Perinat.

Cuerpo de Estado Mayor: Coronel de ejército, comandante del cuerpo, don Juan Pacheco y Rodrigo.—Coronel graduado teniente coronel de ejército, comandante del cuerpo, don Adolfo Rodríguez y Bruzon.—Teniente coronel graduado comandante de ejército, capitán del cuerpo, don Francisco Galvis y Abella.

Brigadieres á las órdenes del comandante en jefe: Excelentísimo señor don Ambrosio Fernández, para que quede en la plaza de Pamplona, donde es indispensable que haya un oficial general para eventualidades.

Comandante de artillería: Coronel de ejército, teniente coronel del cuerpo, don Jaime Sancho.

Comandante de ingenieros: Coronel de ejército, teniente coronel del cuerpo, don Antonio Llotg.

PRIMERA DIVISION. *Comandante general:* Excelentísimo señor mariscal de campo, don Joaquín Colomo.—Oficial de Estado Mayor, teniente coronel graduado comandante de ejército, capitán del cuerpo, don Ricardo González y Francés.

Primera brigada: Señor brigadier, don Francisco Maríné.

Cuerpos: Regimiento infantería de San Quintín, número 31.—Otro idem de Málaga, número 40.

Segunda brigada: Señor brigadier, don Agustín Ruíz Alcalá.

Cuerpos: Regimiento infantería de la Constitución, número 29.—Batallón reserva, número 9 (Ciudad-Real)—Otro id., número 13 (Santander).

SEGUNDA DIVISION. *Comandante general:* Excmo. señor mariscal de campo, don Melton Catalán.—Oficial de E. M., capitán graduado teniente del cuerpo, don Antonio Franco y Crespo.

Primera brigada: Excmo. señor brigadier, don Juan Otal.

Cuerpos: Primer batallón del tercer regimiento infantería de marina.—Regimiento infantería de Sevilla, número 33.—Batallón reserva, número 8 (Toledo).

Segunda brigada: Excmo. señor brigadier, don Alfonso Cortijo.

Cuerpos: Regimiento infantería de Zamora, número 8.—Id. id. de Zaragoza, número 12.

TERCERA DIVISION.—*Comandante general:* Excmo. señor mariscal de campo, don José Mereló.

Brigada única: Excmo. señor brigadier, don Luis Prendergast y Gordon.

Cuerpos: Segundo batallón del regimiento infantería de Guadalajara, número 20.—Primer batallón del regi-

miento infantería de Soria, número 9.—Regimiento infantería de Cantabria, número 39.—Batallón cazadores de Alba de Tormes, número 8.

Artillería: Segunda y quinta compañía del segundo regimiento de montaña.—Primera, segunda y tercera baterías del primer regimiento montado Krupp.—Tercera batería del tercer regimiento montado 10 centímetros.

Ingenieros: Cuarta compañía del segundo batallón del primer regimiento.—Segunda compañía del primer batallón del segundo regimiento.—Segunda y cuarta idem del segundo batallón del segundo regimiento.

Brigada de caballería: Excmo. señor brigadier, don José Jaquetot y Arcos.

Cuerpos: Regimiento lanceros de Sesma, número 1.—Id. id. de Arlabán, número 2.—Id. id. de Lusitania, número 12.

Nota. Están afectas además á este cuerpo, dos compañías de tiradores del Norte.

SEGUNDO CUERPO.

Comandante en jefe y capitán general de Vascongadas: Excelentísimo señor teniente general, don Cándido Pieltain y Jove-Huergo.

Jefe de Estado Mayor en comisión: Coronel del cuerpo, don Rafael Assín y Bazán.

Cuerpo de Estado Mayor: Comandante graduado, capitán del cuerpo, don Rafael Barbarin.—Otro id., id. idem, don Alvaro Lamas.

Comandante de artillería: Coronel del cuerpo, don Emilio Molins.

Comandante de ingenieros: Coronel graduado, teniente coronel del cuerpo, don Manuel Jacomé.

PRIMERA DIVISION. *Comandante general:* Excmo. señor mariscal de campo, don Segundo de la Portilla.—Oficial de Estado Mayor, comandante capitán del cuerpo, don Felipe Lujan.

Primera brigada: Señor brigadier, don Antonio del Pino.

Cuerpos: Batallón cazadores de Barbastro, número 4.—Batallón cazadores de Ciudad-Rodrigo, número 7.—Batallón cazadores de Alcolea, número 15.—Batallón reserva, número 12 (Cáceres).

Segunda brigada. Señor brigadier, don Saturnino Fernández Acellana.

Cuerpos.—Regimiento infantería de Castrejana, número 2.—Otro id. de Castilla, número 16.

SEGUNDA DIVISION. Comandante general: Excmo. señor mariscal de campo, don Rafael Fajardo.—Oficial de Estado Mayor, teniente coronel graduado, capitán don José Perez de Tudela.

Primera brigada: Excmo. señor brigadier, don Jaquin Rodriguez Espina.

Cuerpos: Regimiento infantería de Gerona, número 22.—Id. id. de Leon, núm. 38.

Segunda brigada: Señor brigadier, don Enrique Bargés.

Cuerpos: Regimiento infantería de Valencia, número 23.—Idem id. de Asturias, núm. 31.

TERCERA DIVISION. Comandante general: Excmo. señor mariscal de campo, don Carlos García Tassara.

Brigada única: Señor brigadier, don Antón Moltó.

Cuerpos: Regimiento infantería de Tetuan, núm. 4.—Batallón cazadores de la Habana, núm. 18.—Batallón reserva, núm. 5 (Logroño).—Idem id., núm. 23 (Carmena).

Artillería: Primera, tercera y quinta baterías del cuarto regimiento montado.—Primera y cuarta baterías del segundo regimiento de montaña.

Ingenieros: Primera compañía del primer batallón del primer regimiento.

Brigada de caballería: Excmo. señor brigadier, don Enrique Serrano.

Cuerpos: Regimiento lanceros de Farnesio.—Idem idem de Numancia.—Idem húsares de Pavía.

TERCER CUERPO.

Comandante en jefe y capitán general de Burgos: Excelentísimo señor teniente general, don José de la Loma.

Jefe de Estado Mayor: Coronel graduado comandante del cuerpo, don Rafael Mir.

Comandante de artillería: Teniente coronel comandante del cuerpo, don José Manrique de Lara.

Comandante de ingenieros: Coronel del cuerpo, don Juan Ibarreta.

PRIMERA DIVISION. Comandancia general: Excmo. señor mariscal de campo, don Juan Villegas.—Oficial de Estado Mayor, capitán del cuerpo, don Juan Zamora.

Primera brigada: Excmo. señor brigadier, don José Pazos.

Cuerpos: Regimiento infantería de Mallorca, núm. 13.—Batallón reserva, núm. 3 (Oviedo).—Idem id. núm. 16 (Palencia).

Segunda brigada: Excmo. señor brigadier, don José Velasco.

Cuerpos: Regimiento infantería de Ramales, núm. 5.—Batallón reserva, núm. 4 (Murcia).—Idem id., núm. 24 (Lucena).

SEGUNDA DIVISION. Comandante general: Excmo. señor mariscal de campo, don Ramon Blanco.—Oficial de Estado Mayor, capitán del cuerpo, don Rafael Gomez de la Torre.

Primera brigada: Señor brigadier, don Agustín de Oviedo.

Cuerpos: Regimiento infantería de Murcia, núm. 37.—Batallón cazadores de las Navas, núm. 10.—Batallón cazadores de Estella, núm. 14.

Segunda brigada: Excmo. señor brigadier, don Eduardo Infanzon.

Cuerpos: Regimiento infantería de Luchana, núm. 28.—Batallón cazadores de Puerto-Rico, núm. 19.—Batallón reserva, núm. 18 (Huesca).

Tercera brigada: Señor brigadier, don Mariano Salcedo.

Cuerpos: Regimiento infantería inmemorial, núm. 1.—Primer batallón del regimiento de Africa, núm. 7.—Batallón reserva, núm. 2 (Granada).

Artillería: Tercera y sexta baterías del segundo de montaña.—Quinta batería del tercer regimiento de montaña.

Ingenieros: Segunda compañía del primer batallón del primer regimiento.—Primera y sexta del segundo batallón del segundo regimiento.—Cuarta y quinta del primer batallón del segundo regimiento.

Caballería: Regimiento cazadores de Albuera.

DIVISION DE VIZCAYA. Comandante general: Excmo. señor mariscal de campo, D. Adolfo Morales de los Ríos.—Jefe de Estado Mayor, coronel comandante del cuerpo, D. Mariano Goicoechea.

Primera brigada: Excmo. señor brigadier, D. Pedro Gomez Mendeviela.

Cuerpos: Regimiento infantería de Saboya, núm. 6.—Primer batallón del regimiento infantería de Albuera, núm. 26.—Batallón provincial de Zamora.

Segunda brigada: Señor brigadier, D. Ramón Erenas.

Cuerpos: Regimiento infantería de Galicia, núm. 19.—Batallón provincial de Lugo.—Otro id. de Ecija.

Tropas en guarnición en el distrito de Navarra: Batallón reserva de Cadiz, en Pamplona.—Batallón provincial de Alava, en Tafalla.—Batallón reserva, núm. 11 (Mallorca), en Lerin y Larraga.—Quinto batallón de carabineros, en Tudela y cubriendo la vía férrea de Castejon á Tafalla.

En el distrito de Vascongadas: Un batallón de migueletes, en San Sebastian.—Batallón provincial de Córdoba, en id.—Otro id. de Mondoñedo, en id.—Otro id. de Pontevedra, en Vitoria.—Otro id. de Orense, en id.—Una batería de seis piezas del tercer regimiento montado, en id.—Regimiento caballería de Talavera, en Vitoria y línea del Ebro.

En el distrito de Burgos: Batallón provincial de Badajoz, Haro y línea del Ebro.—Batallón provincial de Málaga y batallón reserva núm. 7 (Ronda), en Laguardia.—Batallón provincial de Segovia, Miranda.—Otro id. de Salamanca, vigilancia de la vía férrea de Miranda y Venta de Baños á Santander.—Batallón provincial de Burgos.—Id. de Valladolid, Burgos.—Batallón provincial de Santander, Santoña.—Batallón provincial de Soría, Santander.—Batallón provincial de Logroño, Logroño.

Lo que de órden de S. E. se publica en la general de este día para su debida publicidad.—El general jefe de E. M. G., *Pedro Ruiz y Dana*.

NÚM. 21.—PÁG. 689.

Comunicado del señor Barges sobre la jornada de Lácar y Lorca.

«Madrid y Enero 29 de 1880.—Señor don Antonio Pihala.—Muy señor mio: Siendo notoria su imparcialidad en el relato de los hechos que en su acreditada HISTORIA CONTEMPORÁNEA con tanto acierto describe, me permito suplicarle admita la siguiente rectificación á lo ocurrido en Lácar el 3 de Febrero del 75.

«Debo antes llamar su atención sobre las mayores garantías de apreciación que entiendo debe ofrecer la defensa del señor brigadier Reina á la refutación del señor general Fajardo, y documentos ambos á que usted se refiere, y trataré de apoyar con razones mi aserto.

«La defensa tuvo que ser redactada, atendiéndose á las resultancias del proceso, y á las responsabilidades que pudiera exigir el consejo, ante el cual fué leída. La refutación en cambio, no creo ofrezca otras garantías que la firma que la autoriza, que si bien de testigo presencial del suceso, fué también actor responsable, y que al ver su desempeño criticado en la defensa, quizá no pudiera apreciar los hechos tan desapasionada y friamente, como mi defensor, ajeno á ellos.

«Hecha esta precisa digresión para que se pueda juz-

gar mejor el valor de los datos y referencias, principio mi rectificación.

«No solo no he podido aun recordar todas las expresiones que me atribuye el señor general Fajardo en la página 278, sino que las que guarda mi memoria, no las cito. Al ofrecerme para seguirle á donde quisiera, á pesar de mi herida, y la de mi caballo sobre el cual me mantenía, y viéndolo pié á tierra y á su lado su ayudante, á éste me dirigi: «Obregón, un caballo para el general», caballo que ví llegar y que no fué aceptado, segun confirma el mismo general, pág. 17, Refutación: ¿es de presumir, pregunto, que quien deseaba ver á caballo á su general y acabando de ofrecerse incondicionalmente, le aconsejara al mismo tiempo «no seguir adelante, que su muerte sería inútil, que todo estaba perdido, etc.?» ¿ni cómo saber aún la dispersión de la otra brigada, para juzgarlo perdido todo, si el mismo general lo ignoraba? Pág. 18, Refutación.

«Sobre los 400 valientes que quedaban en Lácar dispuestos á vender caras sus vidas y que cayeron prisioneros», que dice la pág. 278 y sin duda con referencia á la Refutación, debo aclarar, que en la 44 de la defensa se expresa no aparecer en el proceso más casas defendidas que tres; la ocupada por el sargento primero de Asturias, Manzano, que capituló con 15 á 20 hombres (fólio 962), la idem por el idem del propio cuerpo Fontequé dijo haber caído prisionero con unos 40 (fólio 964), y en la del teniente coronel agregado al mismo regimiento don Juan Ceruelo, que fué hecho prisionero solo (fólio 956). Quedan reducidos á 63 á lo sumo los 400; y como supongo á usted conocedor de Lácar, cuya plaza principal se encuentra á lo último del pueblo viniendo de Lorca, y á ella fuí al regreso de intentar contener la dispersión, y en ella fuí herido y envuelto por dominarla ya el enemigo, que salía el último grupo de fugitivos por la otra calle á mi entrada, y de ella y de allí me sacó mi caballo, que al sentirse herido de bayoneta (segun hice constar en mi declaración), arrolló cuantos á su carrera se oponían, creí entonces suponer abandonado Lácar de los nuestros; que las tres casas que dicen se defendieron, si se encontraban situadas en la hondonada que á la iglesia conduce y correspondientes al alojamiento de Asturias, resultaban invisibles desde la plaza y mi trayecto, en el que no encontré ninguna en defensa.

«Incontestable la sorpresa de Lácar, hubo fuerzas, como las que ocupaban la ermita, que resistieron, etcé-

tera, dice la pág. 287 de dichas afirmaciones; debo rectificar también, que si el jefe de la brigada se encontraba en las afueras del pueblo (pág. 275) y vió enseguida al enemigo, si el coronel de Valencia recordó en su declaración (fól. 130, pág. 39 de la defensa) haberle oído contestar al capitán de la batería, «haga usted fuego, si son de los nuestros que me lo hubieran avisado», y si este declaró haberlo roto sin pérdida de momento (página 31 de la defensa), no entiendo pueda calificársele de sorprendido. Y en el supuesto que la ermita defendida sea la iglesia, que situada á media distancia entre Lácar á Alloz es comun para ambos pueblos, y en la que dijo el coronel de Asturias (fól. 374, pág. 40 de la defensa), dispuse situar una compañía de avanzada, reforzada despues por otra, pues ninguna ermita se ocupó; bien claro expresa la pág. 275 que el no defenderse dicha avanzada dió motivo al resto de la fuerza para dudar si eran nuestros los que llegaban. Oficiales de ella, despues de recibido un empleo como defensores de Lorca, fueron condenados por el consejo de guerra. (Orden del 6 de Abril del 75).

Y por último, si fué mi error (pág. 288) creerme con influencia bastante para contener la dispersión, el haber sido coronel de Asturias, tener dicho cuerpo á mis órdenes desde Octubre del 73 y á Valencia desde Junio del 74; asistir con ellos á todas las operaciones y hechos de armas, siendo el último la toma de Choritoquieta, San Marcos y alturas de Oyarzun, que nos costó unas 200 bajas, ¿no debía creerme con tal influencia? Sólo de haber alcanzado la cabeza de los dispersos y no conseguir

dada, sería entonces fundado el juicio; pero fué tan rápida la dispersión, que llegaban los fugitivos á Lorca, cuando salí en su busca.

»Terminaré tan enojoso escrito y doloroso asunto, copiando algunos conceptos de la defensa pertinente á las referencias de la pág. 289 sobre el proceso que se formó y mi carta (pág. 288). Dice aquella y refiriéndose á las medidas que se adoptaron: «han venido en último resultado á plantear en su conjunto un procedimiento bien poco edificante, el cual consiste en no exigir responsabilidad alguna á los que mayor la tienen; en exigírsela oyéndola en juicio á quienes la tienen solo relativa, y en condenar desde luego sin oírlos á los exentos de responsabilidad, esto es, á los del último rango de la milicia;» y agregando á ello el ascenso que se concedió en seguida al general de la división derrotada, quien no pudo obtener la cruz de San Fernando de cuarta clase pedida y negada por el supremo en acordada de 26 de Febrero del 76, y que al par que se me formaba expediente por haber distribuido impresa mi defensa, apareció la refutación del señor general Fajardo, sin duda con la correspondiente autorización, que no se concedió para contestar, doy por terminada esta rectificación, sintiendo mucho haber tenido que molestar á V. la primera vez que ve la luz pública escrito alguno mio sobre los sucesos de Lácar, y aprovechando gustoso la ocasión para ofrecer á V. las seguridades de mi mayor consideración y reconocimiento por su amabilidad, B. S. M. S. S. S.,
Enrique Bargas.

DIRECCIÓN GENERAL DE ADMINISTRACIÓN MILITAR

ESTA

ESTADO demostrativo de la fuerza que contienen en dicho mes las

Table with columns for PROVINCIAS, CUERPOS Y CLASES, and various ranks like Capitanes generales, Tenientes generales, etc. Rows include Navarra, Vizcaya, Alava, Guipúzcoa, Cuerpos centralizados, and a RESUMEN.

DÍSTICA

MES DE ABRIL DE 1875.

clases y cuerpos del ejército de Navarra y Provincias Vascongadas.

Table with columns for ADMINISTRACIÓN MILITAR, SANIDAD MILITAR, CLERO CASTRENSE, CUERPO JURÍDICO, VETERINARIA, and TOTAL. Rows include various military and medical personnel, clergy, and animals.

ADVERTENCIAS. 1.ª.—Las fuerzas de la división Castellana, compuesta de los cuerpos de Castilla, Cantabria, Aragón, Rioja y Asturias generales, 64 jefes, 516 oficiales y 5.750 individuos de tropa, comprendidos los jefes y oficiales de los cuerpos facultativos y auxiliares del ejército. 2.ª No han sido incluidos los enfermos y heridos, ni tampoco los tercios de las provincias. 3.ª Se hallan en servicio 85 piezas de artillería distribuidas del modo siguiente: 4 de bronce, 8 Krupp, 6 Wawseur, 8 Whitworth y separada, 2 de bronce, 2 Wawseur, 2 Whitworth, 2 Wolvich y 4 morteros en el t. en de sitio, y 8 de bronce, 4 Wolvich, y 2 Krupp Llodio, 15 de Mayo de 1875.—El Intendente-Interventor, Domingo Gallego.—V. B. El Director general Larramundi.

turias, ascienden en el presente mes á un total de 6.335 hombres, 548 caballos y 30 mulos, según á continuación se expresan: 5 oficiales del ejército.

4 Wolvich, en cuatro baterías montadas y una de montaña; 26 Witworth en cuatro de montaña; 3 Plasencia formando una sección en plaza.

NÚM. 23.—PAG. 730.

Carta de don Carlos á don Alfonso.

Mi querido primo Alfonso: No vacilo en llamarte así precisamente porque te combato en los campos de batalla, cumpliendo con un deber de conciencia y porque eres, como yo, Borbón.

Por eso me decido á escribirte, pues no puedo presentarte sin dolor, que lo que no hicieron el duque de Aosta y la república, lo hagas tú, príncipe español y cristiano, ó por mejor decir, te obliguen á hacerlo aquellos mismos que perdieron á tu pobre y bondadosa madre.

Los que te aman sinceramente se aterrarán al ver que se hace de tu nombre bandera de desolación; y tú mismo, cuando te encuentres á solas con tu conciencia, te espantarás al considerar que siendo de la raza de Luis XVI, has podido involuntariamente recordar con tus decretos la raza execrable de sus verdugos.

Como rey y como jefe de nuestra familia en España, debo advertirte que por ese camino tu nombre se mancilla y España se deshonorra.

Los que tales actos te aconsejan, con vanas esperanzas de triunfo, te engañan miserablemente. Así no se concluye con nosotros; así brotarán carlistas por todas partes, como brotaban cristianos con la sangre de los mártires.

Mal conocen á España tus desdichados consejeros. ¿Cuándo los españoles se han dejado dominar por el terror? No llevó tan lejos el desconocimiento de nuestro carácter nacional el príncipe extranjero, que también ocupó fugazmente, antes que tú, el trono que Dios me ha destinado.

No: no hay en nuestras guerras civiles y extranjeras ejemplo de crueldad semejante. Tú mismo no podrías contemplarlo sin horror.

Millares de familias arrojadas brutalmente de sus hogares; madres que al ver á sus pequeñuelos arrastrarse penosamente por los campos, con los pies desgarrados, les enseñan á maldecir tu nombre, ancianos enfermos, gentes inermes é inofensivas, vienen aquí á implorar un abrigo y á pedir el pan que los tuyos le han arrebatado.

Si el ser rey de partido impone esos terribles sacrificios, te compadezco sinceramente. Yo, que he venido á ser rey de todos los españoles, dejo á tus partidarios vivir tranquilamente en mis dominios bajo la égida de la

ley comun. ¿Porqué te empeñas en obligarme á entrar en el fácil camino de las represalias? Recuerda al menos que eres español, y piensa, si puedes, que con tu nombre se ha decretado el robo, el incendio y el saqueo de la patria, de esta patria querida, cuyo carácter distintivo es su indomable resistencia á toda tiranía.

Alfonso: entre el humo de los combates, á la cabeza de un pueblo libre que lucha conmigo por la gloria de España, por sus libertades, por la religión y por mi derecho, tengo absoluta confianza en mi triunfo, porque España no puede perecer entre gobiernos de aventura, y porque el heroísmo de tantos españoles que por mí combaten me garantizan la victoria; pero en todo caso, yo tendré siempre la satisfacción de haber cumplido con mi deber. Mas ¿qué te sucederá á tí, si después de advertido, no abres los ojos á la luz, ni escuchas la voz de la conciencia y del patriotismo?

Piensa en Dios, que ha de juzgarnos á todos, piensa en tu nombre, que consignará la historia, piensa en la patria, que es nuestra madre comun.

Tu primo que te quiere, *Carlos.*

Cuartel Real de Tolosa 21 de Julio de 1875.

NÚM. 24.—PAG. 760.

Correspondencia entre los señores Quesada y Benavides.

«Excmo. señor don Genaro Quesada —Muy señor mío, estimado amigo y antiguo coronel; no es al general enemigo á quien me dirijo, sino al caballero español por educación y por linaje, para demandarle sobre incalificables hechos que por honra de España sería de desear pudiera olvidarlos la Europa.—¿Qué se propone el gobierno de Madrid desterrando millares de familias, maltratando á todos los que simpatizan con la causa carlista, embargando y vendiendo sus bienes en pública subasta, incendiando sus hogares y talando sus campos? ¿Qué se propone usted, mi estimado amigo, sirviendo y apoyando con las armas aquellas medidas extremas sin ejemplo en los fastos de esta nación hidalga?—Concluir la guerra en su favor en un plazo breve. ¡Ah! qué ¡funesto error!—Por estos medios la guerra se prolonga indefinidamente, empobreciendo y deshonorando á España, y á la larga, el triunfo será de aquel que con más abnegación y constancia soporte los sufrimientos; y en esto, creo que convendrá usted conmigo, nadie aventaja

al partido carlista.—Si todos somos españoles, luchemos noble y esforzadamente cada uno en pro de sus principios, pero quitemos á la guerra el carácter cruel que hoy se le ha dado escarneciendo todo principio de moral y de justicia.—Nosotros lamentamos hondamente los procedimientos del gobierno de Madrid, y puedo asegurar á usted que ha de costarnos mucho trabajo imitarle.—En la carta que el rey, mi augusto amo, dirigió á su primo el príncipe don Alfonso de Borbon, decíale amargamente: «¿Por qué te empeñas en hacerme entrar en el fácil camino de las represalias?»—¿Por qué se empeña el gobierno de Madrid en dar á la Europa civilizada el triste espectáculo de un pueblo arrojado de sus hogares, robado y maltratado sin compasión ninguna, provocando la más abominable de las guerras? ¡Ah! ¡Esto es incomprendible é impropio de la hidalguía española! Yo apelo á la caballerosidad de usted y á sus sentimientos para que conteste á mi pregunta. ¿Es este proceder de cristianos y de españoles?—Mas no se crea, amigo mío, que mis palabras son expresión de temor ó desaliento; nada de eso.—Yo que tengo la honra de servir de cerca á S. M. el rey de España, don Carlos VII, puedo asegurar á usted que no le espantan esos procedimientos ni le intimidan los peligros. Su generosidad es bien conocida; quiera Dios que la conducta del gobierno de su augusto primo, no le ponga en el caso de olvidarse de sus nobilísimos sentimientos.—Que la guerra se humanice y España nos lo agradecerá.—Algo puede usted hacer en este sentido.—Tiene el honor de ofrecer á usted la consideración y afecto que se merece su antiguo subordinado y amigo, Q. B. S. M.—*Bartolomé de Benavides á Campuzano*

«Es ella 16 de Agosto de 1875».

El general Quesada le contestó en los siguientes términos:

«Señor don Bartolomé Benavides —Vitoria 18 de Agosto de 1875.—Muy señor mío y amigo: Su antiguo coronel ha recibido con aprecio la carta del que, como teniente coronel de Zaragoza, compartió con él los trabajos de reorganización que con tanto fruto emprendimos en 1844, y pasa con gusto á contestar su carta del 16.—No necesitaré esforzarme para convencer á usted, que, dada mi posición oficial, no debo entrar en la discusión á que usted me invita sobre las medidas adoptadas por el gobierno, de los cuales, desde su punto de vista, con razón se lamenta; pero debo dejar consignado por contestación, que el partido carlista ha dado triste ejemplo,

desposeyendo, desde que empezó la lucha, por completo de sus propiedades, talando los bosques para venderlos, y destruyendo las casas de los que vivían en las Provincias y eran considerados como contrarios á su causa; órdenes originales que tengo á la vista. Sin embargo, en el *Cuartel Real* y los documentos que el mismo publicó con carácter oficial, se procura desfigurar los hechos, inculcando la iniciativa al gobierno, para seguir engañando á los pueblos, ignorantes de lo que pasa, y á los que en Europa lean sólo los periódicos que de aquel toman sus datos.

No ignora usted ciertamente, cuán fácil me sería citar larga lista de personas que conocemos y se hallan en el caso mencionado, las cuales han tenido que expatriarse forzosamente, privadas de todo recurso, aun que tal vez el gobierno carlista, obrando con cautela, no haya publicado las órdenes para tales despojos. Con respecto á otra clase de excesos, bien sabe usted que no me cumple defender lo ocurrido desde Setiembre de 1868 hasta primeros del año corriente; pero la sima de Albeisar, Cirauqui, Cuenca, Daroca, Cariñena, Granollers, Molins del Rey, Olot, Valfogona, los trenes despeñados ó incendiados, así como las estaciones ú obras públicas importantes destruidas, la lista de empleados de sociedades particulares fusilados, y tantos otros crímenes de este período, serán fatales páginas para la historia del partido carlista. Sentados estos precedentes, como usted me indica, cuánto puedo contribuir para humanizar la guerra, debo molestar su atención algun tanto, para que conste lo que en este particular tengo hecho hasta ahora.

Llevado al mando del ejército del Centro el 5 de Enero, lo desempeñé hasta el 18 de Febrero, y fácil le será á usted saber por el señor Dorregaray, el carácter de humanidad que allí imprimí en todo, habiendo oído declaraciones muy satisfactorias en este sentido al representante de su partido don Luis Trelles, cuando á fines de Febrero nos vimos por primera vez para tratar del cange de prisioneros que yo había iniciado con el jefe carlista anteriormente referido. Tomé en seguida el mando del Norte, días después que este ejército y la España acababan de presenciar con horror la matanza de soldados rendidos en Lácar, de la que hablando hace poco tiempo una persona respetable que se halla en ese campo, declaró espontáneamente que creyó, con gran sentimiento, que allí había empezado ya la guerra sin cuartel; y la verdad es que la saña que los batallones

carlistas demostraron, justificaba este recelo, tanto, que su jefe superior don Torcuato Mendiry se ha lamentado de la ferocidad de sus soldados entonces. Poco despues este mismo, contra su voluntad, por la presión de abajo y las órdenes que después de consultar por telégrafo recibió repetidas de don Carlos, mandó fusilar el día 7 de Abril en Estella á ocho de nuestros infelices prisioneros, violando las leyes de la humanidad y de la guerra: y yo, sin dejarme arrebatado por la indignación y dominando la opinión de este ejército, que pedía venganza, declaré por escrito á mi enemigo, con aprobación de S. M. (q. D. g), no la tomaría, aunque teníamos en nuestro poder mucho mayor número de prisioneros, que hubieran podido ser sacrificados tan inhumanamente como aquellos; y aseguro á usted que recordaré toda vida con satisfacción y noble orgullo, haber obrado así enfrente de un adversario que tan mal ejemplo establecía. Desde que ejerzo este mando, no solo el ejército, sino también las fuerzas irregulares, hacen y entregan prisioneros. Devuelvo los que están heridos, anticipándome á toda reclamación, y aunque se corresponde así desde ese campo, he tenido que repetir las yo para que se entregasen ahora un oficial y 21 prisioneros heridos cerca de Mercadillo. Por bando mío del 30 de Marzo y disposiciones complementarias, cesó de exigirse á las familias de los carlistas 100 reales mensuales, estableciéndose el libre tráfico y una tolerancia para con el país, nunca conocida, pero que intencionalmente fué mal apreciada ó interpretada como debilidad por el partido carlista, excitando así á que se marchase en sentido opuesto, porque suponía convenirle; y ahora que se ha establecido el rigor, se queja de él porque siente sus terribles efectos. He citado estos hechos más culminantes, omitiendo otros de menos entidad que podía añadir si aun fuese necesario, para que conste debidamente, que he procurado humanizar la guerra más de lo que pudiera exigirse, secundando los sentimientos nobilísimos del rey don Alfonso y su gobierno, y he procedido, cual usted indica, como cristiano, como español y como caballero. Así, pues, si la amenaza que embozadamente se trasluce de su carta y en distintas ocasiones ha hecho en sus escritos don Torcuato Mendiry, llegara á realizarse, no podrá culpar la historia al que, como yo, ha luchado resueltamente para impedirlo, dominando situaciones harto difíciles. Permítame usted que extrañe ver al enemigo que en los campos de Vergara, reconoció en 1839 á S. M. doña Isabel II y defendió con las ar-

mas su legitimidad veintiocho años, combatir ahora con ellas la de su augusto hijo. Me he extendido más de lo que pensaba, pero ya que he dejado correr la pluma, no he de emplearla nuevamente en tratar sobre los anteriores extremos, que doy por terminados: sin embargo, sobre cualquier otro particular que á usted interese ó pueda contribuir á terminar la guerra, me hallaré siempre dispuesto y gustoso á entrar en correspondencia. De todos modos, sea buena ó adversa la suerte que me depara el destino, será para mí grato demostrar que es su consecuente amigo S. S. Q. B. S. M.—*Genaro de Quesada*.

NÚM. 25 —PÁG. 782.

La declaración de don Manuel Marco la acompañó con una carta fechada en Santesteban el 22 de Noviembre de 1875 y dirigida á D. Rafael Tri-tanv, diciéndole: «ad-junto remito á V. el interrogatorio y mis respuestas en la causa de Dorregaray. No hubiese acabado nunca; pero he huido de hablar de administracion y de personas. Tenía que hablar de Palacios, de Vallés y de Villalain, y no he querido. Bastante digo para patentizar que no había razon para hacer lo que se hizo. Pero aquí se ha cido mucho á los fanfarrones que prometen mucho; cumplir es ya otra cosa. Pero en teniendo empleos y cruces lograron lo que se proponían.»

En la villa de Santesteban á 17 de Noviembre de 1875, el señor fiscal encargado de evacuar este interrogatorio, hizo comparecer en su casa-alojamiento al Excmo. señor general D. Manuel Marco de Bello, etc. etc., y preguntarlo:

8.º (1) Que manifieste lo que pueda contribuir á esclarecer los anteriores hechos y todo lo que se relacione con el mando del general Dorregaray y sus marchas hasta Cataluña y Navarra.

Dijo: Que antes de explanar su opinion sobre el particular, fundada en las razones que la apoyará, necesita decir, que al responder al presente interrogatorio, hace abstracción completa de su cualidad militar y de la calidad y categoría de la persona del general Dorregaray, así como de otras circunstancias que pueden concurrir. Al hacer sus afirmaciones y emitir sus juicios, protesta el declarante bajo su palabra de honor, que sólo habla el

(1) Prescindimos de los anteriores interrogatorios por abaratar este la importancia del proceso.

carlista que, sin consideraciones ni respetos humanos, ni prevenciones anteriores, ni ulteriores miras, dice la verdad cual la siente, no mirando sino al bien de la causa, por la cual ha ofrecido desde su niñez, su vida, su fortuna y todo su porvenir, sin pedir jamás otra recompensa que el que sus servicios fueran gratos y útiles á su Dios, á su Patria y á su Rey.

Es indudable, y lo confiesa todo el mundo, y hasta los mismos enemigos, que la destrucción y el abandono de nuestro distrito militar del Centro ha sido un golpe funestísimo para el buen éxito de nuestra causa. El ejército del Centro se había levantado y hecho temible al enemigo con sus propios recursos, sin que nadie le hubiese auxiliado en nada: como por ensalmo se habían creado allí batallones, numerosa caballería y habían llegado á ponerse cuatro plazas fuertes, si no con las condiciones que militarmente hablando se quieren, al menos eran respetadas por el enemigo, que no se atrevía acercarse á ellas. Soldados que acababan de dejar el arado y la azada, habían empuñado sus malas armas, y perseguidos siempre por fuerzas cinco y seis, y á veces diez veces mayores, habían logrado mejorar bastante su armamento, ya cogiéndoselo al enemigo, ya comprándolo en Madrid, Zaragoza, Valencia ó los puntos donde se podía. Y con estos voluntarios llegaron á formarse batallones y rechazar al enemigo en diferentes ocasiones que quiso apoderarse de la plaza de Cantavieja.

Si para conservar un distrito militar, ó para seguir haciendo en él la guerra, es necesario disponer en más ó menos grado de los recursos que necesite el ejército de un gobierno constituido, desde luego afirmo: que el general Dorregaray obró muy bien al abandonar el distrito del Centro; pero, atendidas las circunstancias de nuestro alzamiento, la razón de ser de él y lo que significa nuestra bandera, es necesario también declarar: que nuestros padres obraron mal en la epopeya de nuestra guerra contra Napoleón; que los héroes del 33 no supieron lo que se hacían, y que esta gloriosa campaña que sostenemos, ha sido dictada más bien por la insensatez que por la sana razón. Los ínclitos jefes de Cataluña, los del Norte y los del Centro, no obraron bien al levantar la bandera contra un gobierno constituido y que disponía de tantos recursos. Y en fin, que todos los hombres que ha producido esta tierra de héroes, desde Viriato y Pelayo hasta Carlos VII, fueron más fanáticos que héroes.

Pero dejando consideraciones, vengamos á exponer las

razones y motivos materiales que había para abandonar ó seguir haciendo la guerra en el distrito del Centro.

Cuando el general Dorregaray, en primeros de Enero del 75, se encargó de la jefatura en jefe de aquel ejército, se encontró con batallones y escuadrones organizados en el número que otros, con más motivos de saberlo con certeza, habrán declarado, pero creo que no bajarían de 18 á 23 batallones y de 12 á 14 escuadrones; de artillería no sé á punto fijo; había algunas piezas de plaza del sistema antiguo y con pocas minuciones: de batalla, una ó ninguna. Es cierto que no estarían en un perfecto estado de organización, porque no lo había permitido la índole de la guerra y persecución constante del enemigo: no es fácil organizar perfectamente en un estado de continua movilidad como en el que allí se estaba en los primeros meses del alzamiento. El declarante conserva su itinerario, desde el día que hizo el alzamiento, y en los ocho meses primeros, no estuvo él ni sus fuerzas de descanso, más que diez y siete días, y eso en diferentes periodos. Pero cuando el general Dorregaray llegó, estaban todas las fuerzas divididas en batallones y brigadas; había batallones que, como el de guías de Valencia, estaban en casi perfecto estado de instrucción; los demás tenían más ó menos nociones; el armamento había mejorado, aunque dejaba muchísimo que desear; por un cálculo aproximado, el diez por ciento del armamento que había sería de fusiles Remington y Berdam, los demás eran del sistema Minié y piston. Esto, que comparado con el armamento del ejército enemigo era para nosotros una desventaja, nos favorecía, sin embargo, por la suma facilidad de tener municiones para estos sistemas antiguos, según tengo dicho respondiendo á la pregunta 5.ª

Para el abandono de aquel distrito he oído aducir las razones siguientes:

- 1.ª La carencia de municiones.
- 2.ª Las grandes fuerzas que acumuló el enemigo.
- 3.ª La falta de recursos para el sostenimiento de nuestro ejército.
- Y 4.ª La suposición de que dividido en batallones para evitar la persecución, era de esperar que los oficiales y soldados se marchasen á sus casas, hostigados por sus familias.

A la primera razón, la contesto refiriéndome á lo que digo á la quinta pregunta y en el párrafo anterior. Medios había más que suficientes para tener municiones; si no las había, culpese á quien no disponía lo necesari-

rio para que las hubiese. Además, sobre lo que arriba he dicho sobre las municiones Remigthon y Berdam, se había adoptado el medio, que daba muy buenos resultados, de recoger todas las cápsulas que quedaban en los encuentros y acciones que había con el enemigo, los cuales volvían á cargarse en Cantavieja, con máquinas al efecto, que ya el declarante había llevado allí en Octubre del año 73.

A la segunda responderé con lo que digo en la contestación á la pregunta sexta, cuyo aserto, si quiere comprobarse, puede verse el parte que el general enemigo Jovellar daba despues de la rendición de Cantavieja, en donde dice el número de batallones de que disponía y los puntos que ocupaban.

A la tercera digo: que no es exacto que faltasen recursos para el sostenimiento del ejército real. Era mucho más numeroso el ejército del Centro en Mayo de 1874, y sobraban recursos para su sostenimiento: y si bien desde entonces hasta que llegó el general Dorregaray, había el enemigo ocupado y fortificado las plazas de Amposta, Vinaroz, Hjar, Molina, Cañete, Segorbe, y no sé si algún otro pueblo hacia la parte del Oeste de Cheiva, esto no obsta para que en las mismas demarcaciones de estos pueblos fortificados se cobrasen las contribuciones como antes. Con más, si al principio de un alzamiento, atendida la persecución incesante del enemigo, la premura con que se entra y se sale de los pueblos, y otras razones que por tan obvias sería hasta casi ridículo enumerar, no puede esperarse ni pedirse una administración regular; despues de establecidas Juntas como las había mucho antes de llegar el general Dorregaray, y una administración, es claro que con los recursos que el mismo país podía dar, y que se habían sostenido mayor número de hombres, podrá atenderse mucho mejor que antes á mayor número de obligaciones. Porque téngase en cuenta, y obsérvese con el mapa en la mano, que las poblaciones que arriba digo, que fueron fortificadas por el enemigo despues de Julio del 74, sólo podían impedir que se hiciese la recaudación en la localidad. Amposta y Vinaroz están á la orilla del mar; y su guarnición no salía jamás, porque nuestros voluntarios estaban por la parte de tierra siempre á sus puertas. Con Hjar, Segorbe y Molina sucedía lo mismo, cobrándose regularmente las contribuciones en sus inmediaciones y bastantes leguas á su retaguardia.

Al rebatir la cuarta, no puedo menos, como hijo de aquel país, de protestar contra una suposición tan falsa

á todas luces. Aquel ejército se componía exclusivamente de voluntarios; no se había echado mano de quintos para formar aquellos batallones, y por el contrario, no se admitieron en mucho tiempo los mozos de muchos pueblos, por carecer de armas para ellos y evitar gastos inútiles. Con estos antecedentes, que nadie podrá negar y otros que no enumero por innecesarios, ¿es lógico, de sentido común, el suponer, que dividiéndolos en columnas pequeñas (dado caso que hubiese sido necesario) se habrían marchado á su casa? El suponer esto, es absurdo. Cabalmente el soldado prefiere siempre el andar en columnas pequeñas á marchar con grandes fuerzas. Y se comprende fácilmente. Se raciona mejor, se aloja más cómodamente y se fatiga menos en las marchas. Protesto, repito, de suposición tan falsa, en nombre de aquellos voluntarios que han sido modelo de abnegación. Los cuatro mil que hay en Francia, los que han llegado aquí, sufriendo penalidades sin cuento, y los que el enemigo lleva á Cuba, responden á una suposición que tan poco les favorece. ¿Que sus familias les hostigarían para que se presentasen á indulto! Lo que hacen sus familias es llorar el abandono en que han quedado, sin garantía ninguna y á merced del enemigo. Lo que hacen y hacen sus familias es llorar con lágrimas de sangre la causa moral por la que Dios ha permitido pasen por prueba tan cruel.

Las razones que se aducen para el abandono, no son exclusivamente militares: por el contrario, son económicas y administrativas las de mayor fuerza. ¿Por qué, pues, no se consultó á las Juntas la conveniencia del abandono ó continuación de la guerra? ¿Por qué no se consultó á los principales hijos del país?

Creo haber probado con lo dicho, que ni convenía, ni se debía abandonar el distrito militar del Centro. Réstame añadir, que no es mi ánimo inferir al general Dorregaray por ello una nota, con la que por desgracia, y quizá para perjuicio de nuestra causa, se denigra á varios con ligereza.

Declaración de don Pascual Gamundi.

La acompañó también con una carta á Dorregaray, fechada en St. Christan 9 de Abril de 1876, diciéndole entre otras cosas: «Mucho me alegraré que por él—el interrogatorio—pueda usted sacar en claro el conocimiento de sus enemigos, si ya no tiene, y en todo caso que le sirva para lo que pueda necesitarlo. Permítame usted

ahora suplicarle me tenga al corriente de todo cuanto sepa acerca de lo que usted me habló del partido que se trata de crear; como son acogidos los hombres de nuestro campo, que proposiciones se les hacen, y últimamente, todo cuanto sea digno de saberse de este asunto, y la resolución que usted adopte, para después obrar yo en consecuencia, no olvidándose usted aconsejarme sobre lo que deba hacer, en la seguridad que su sano consejo pesará mucho en mi ánimo.»

Interrogatorio que debe contestar el excelentísimo señor general don Pascual Gamundi, residente, etc.

1.ª Las generales de la ley.

2.ª En qué fecha tomó el mando del ejército del Centro el general Dorregaray, y qué número de hombres y batallones había en la provincia de Aragón, y cuántos en todo el ejército real del Centro; cuál era su espíritu cuál el del país.—(Contestación). Que el Excmo. señor general Dorregaray tomó el mando del ejército real del Centro á mediados de Enero del año último: Que el número de hombres en Aragón, era entonces el de unos cuatro mil hombres, divididos en seis batallones y seis partidas, ignorando de cuantos unos y otros se componía el ejército real del Centro. Que el espíritu de este era bueno, y regular el del país.

3.ª Cuál era el número de fuerzas reales del Centro, su espíritu militar, su armamento, y cual era el espíritu del país, al abandonarlo con sus tropas el general Dorregaray, y qué territorio dominaban.—(Contestación). Ignora como deja dicho, cuál fuere el número de fuerzas reales del Centro, pero que era bueno su espíritu militar. El armamento variado y bastante malo en su mayor parte. El espíritu del país regular, dominando últimamente el suelo que se pisaba.

4.ª Qué número de enemigos había en el Centro al emprender su retirada el general Dorregaray, y cuál era su situación.—(Contestación). Había en el Centro sobre unos sesenta mil enemigos, que ocupaban los pueblos de la sierra limítrofes á Cantavieja, y en los cuales hacía tiempo no habían entrado.

5.ª Qué municiones llevaban los soldados en sus bolsas, cuántas había de repuesto en las brigadas de los batallones, qué depósitos había de ellas, y en qué puntos se hallaban, y qué dotación de municiones tenía la plaza de Cantavieja.—(Contestación). Escasísimas municiones llevaban los soldados en sus bolsas, no siendo más abundantes las de las brigadas de los batallones.

TOMO III

Cuando había de ellas se depositaban en Cantavieja, cuya plaza contaba con muy corta dotación de las mismas.

6.ª Si sabe los motivos que movieron al general Dorregaray á abandonar aquel territorio, y si hubo acuerdo entre los demás para ello; dónde se efectuó, y si cree posible que el ejército del Centro, sin comprometer su existencia, hubiera podido continuar la guerra en aquel país y defender la plaza de Cantavieja.—(Contestación). Creo que el general Dorregaray al dejar el Centro, lo hizo movido del deseo de salvar al ejército de su mando. Que para esta determinación, tomó acuerdo entre los demás jefes, manifestando todos su conformidad, y no creo posible que el ejército del Centro, sin comprometer su existencia, hubiera podido continuar la guerra en aquel país ni defender la plaza de Cantavieja.

7.ª Si el país suministraba las raciones con regularidad á las tropas, si podía continuar haciéndolo y si se traían recursos de las provincias limítrofes por medio de expediciones, ó si esto era posible.—(Contestación). El país no suministraba con regularidad las raciones, y menos podía continuar haciéndolo, en razón á serle imposible, y no menos el traer recursos de las provincias limítrofes.

8.ª Qué día emprendió su retirada al Ebro el general Dorregaray, si lo hizo con todo su ejército ó dejó parte de él en aquel país, en qué puestos y con qué condiciones, tanto para las fuerzas volantes como para el gobernador de la plaza de Cantavieja y demás fuertes.—(Contestación). Emprendió su retirada al Ebro el general Dorregaray el 1.º de Julio del año anterior, llevándolo á efecto con la mayor parte del ejército, sin perjuicio de dejar algunas fuerzas en el país, ignorando los puntos en que aquellas quedasen, como también las instrucciones que diera á sus respectivos jefes, y las comunicadas al gobernador de Cantavieja y sus fuertes.

9.ª Qué otros motivos indujeron al general Dorregaray á abandonar con su ejército las provincias del Centro.—(Contestación). Ignoro los demás motivos que pudiera tener el general Dorregaray para dejar el Centro.

10.ª Qué día pasó el ejército del Centro el Ebro, por qué barcas y cómo se adquirieron, á qué distancia tenía entonces al ejército enemigo, y qué número de hombres tenía éste.—(Contestación). Pasó el ejército el Ebro el 3 de Julio, por las barcas de Caspe y Chiprana, teniendo entonces á veinte horas de distancia el ejército enemigo, compuesto de unos sesenta mil hombres.

118

11. Si después de pasado el Ebro continuó todo el ejército enemigo la persecución de las fuerzas reales.—(Contestación). Que después de pasar el Ebro el ejército del Centro, el general enemigo Martínez Campos empezó la persecución de las fuerzas reales, ayudando en ello á Delatre, que según confidencia había recibido refuerzo.

12. Diga las marchas por fechas que hizo el ejército del Centro hasta Cataluña.—(Contestación). Las siguientes: 1.º de Julio de Villarlengo á Molinos; día 2, de este último punto á la Vega de Alcañiz, donde se acampó y pernoctó; día 3, paso del Ebro y á pernoctar á Bujaraloz; día 4, de este punto á Castejón de Monegros; día 5, á Berbegal; día 6, pasando por Barbastro á Carbas y pueblos inmediatos; día 7, descansó en estos puntos esperando las fuerzas del general Alvarez; día 8, de Carbas á Boltaña y pueblos limítrofes; día 9, á Ainsa y sus alrededores; día 10, á Campo; día 11, á Pon de Suet (Cataluña).

13. Por qué cree que el general Dorregaray prefirió ir desde el Ebro á Cataluña á no desde el Ebro á Navarra.—(Contestación). Lo ignoro.

14. Qué encuentros tuvo con el enemigo en su marcha, si pudo el general Dorregaray combatir con ventaja contra el general Delatre en el alto Aragón ó tomar á Huesca, ó emprender alguna otra operación ventajosa en su marcha.—(Contestación). Durante su marcha tuvo noticia el general Dorregaray en Barbastro de la aproximación del enemigo, al cual no combatió sin duda por la escasez de municiones: en Ainsa se tuvo fuego el día 10, y en el mismo sostuvo otro en Boltaña el general Alvarez, y sin duda por la razón anterior, juzgaría el general Dorregaray no tener ventajas para combatir á Delatre, sin emprender alguna otra operación ventajosa.

15. Qué día pisó el ejército del Centro el territorio catalán, si sabe dió el general Dorregaray conocimiento de su llegada al general Savalls, qué operaciones realizó en Cataluña al general Dorregaray, qué distribución dió á su ejército y si el país le suministraba las raciones con regularidad, si se le dió munición y en qué número.—(Contestación). El 11 de Julio entraba en Cataluña el ejército del Centro, que repetidas veces oí al general Dorregaray haber noticiado su arribo á dicho país, á su capitán general Savalls; que buscando el medio de poder vivir, distribuyó su ejército el primero de dichos generales, mandando los aragoneses á las órdenes del segundo, que el país no suministraba las raciones con re-

gularidad ni mucho menos: ignoro si dieron municiones al general Dorregaray.

16. Qué operaciones llevaron á cabo nuestros ejércitos del Centro y Cataluña para socorrer la plaza de La Seo, qué número de enemigos asediaban á esta al principio del sitio y á su rendición.—(Contestación). El general Castells con sus fuerzas y dos batallones aragoneses, intentó socorrer la plaza de La Seo; no puede precisar el número de enemigos que la asediaban, aunque oyó decir eran unos 9.000 hombres.

17. Diga si los dos ejércitos en combinación podían haber hecho levantar al enemigo el sitio de La Seo, ó combatir ventajosamente con él.—(Contestación). A haber estado combinados ambos ejércitos, se hubiera podido levantar el sitio de La Seo.

18. Qué comunicaciones mediaron entre los generales Dorregaray y Savalls con ese objeto, y si sabe si el segundo rehusó el apoyo que con su ejército le ofreciera el primero.—(Contestación). Ignora las comunicaciones que pudieran mediar entre ambos generales, pero si le consta que el general Dorregaray se quejaba del silencio del general Savalls á cuantas comunicaciones le había dirigido.

19. Si el general Dorregaray con solo su ejército debió intentar con alguna probabilidad de éxito, obligar á los alfonsinos á levantar el sitio de La Seo, qué operaciones hizo para ello.—(Contestación). Para que el general Dorregaray con solo su ejército hubiera podido intentar semejante operación, le hacían falta municiones y víveres; pero sin embargo, con el fin de auxiliar la plaza sitiada, el general Dorregaray colocó sus fuerzas en todos los pueblos de la izquierda y vanguardia de La Seo. Esperando que el general Savalls acudiese por la derecha para estrechar al enemigo; pero el referido general Savalls no efectuó el indicado movimiento.

20. Si sabe recibiera el general Dorregaray una Real orden, en la que se le mandaba tomase el mando de ambos ejércitos, y procurase salvar la plaza sitiada, en qué fecha la recibió, dónde se encontraba entonces, y si sabe pusiera esto en conocimiento del general Savalls.—(Contestación). Se ignora el contenido de la pregunta.

21. Si intentó el general Dorregaray venir á Navarra durante el sitio de La Seo, con qué fuerzas y por qué no lo efectuó.—(Contestación). Se ignora.

22. Porqué el general Dorregaray, cuando desde Cataluña vino á Navarra con la brigada expedicionaria, no lo hizo con todo su ejército del Centro, y qué instruccio-

nes dejó á los jefes de las fuerzas que quedaron en el Principado.—(Contestación). Se ignora.

23. Explique los motivos de haber entrado las diferentes fracciones del ejército del Centro en Francia y de cuantas noticias conduzcan á formar juicio de ese acontecimiento.—(Contestación). Los motivos de haber entrado en Francia las fuerzas porque se pregunta, son los más poderosos: la falta absoluta de municiones, el hambre, la tenaz é incesante persecución del enemigo, y la irresistible fatiga debida á esta misma persecución

24. Que manifieste las causas de haberse deshecho el ejército real del Centro, y la progresión ó modo con que sucedió.—(Contestación). Por las razones de la contestación anterior.

25. Si en la plaza de Cantavieja había hecho buenas defensas, cuál era su perímetro, qué fuerzas se necesitaban para cubrirlo y hacer la defensa de la plaza.—(Contestación). Hubieran sido regulares las defensas de Cantavieja á haber estado concluidas cuando el enemigo sitió la plaza; el perímetro de ésta puede calcularse en cuatrocientos metros cuadrados, y la fuerza para cubrirlo en dos mil hombres, si parte de estos habían de guardar las trincheras exteriores.

26. Qué fuerzas guarnecían á Cantavieja cuando se comenzó el sitio y se rindió.—(Contestación). La guarnición de la plaza en quella época, era de unos mil quinientos hombres.

27. Si estaba provista de municiones, de víveres y de agua.—(Contestación). Estaba muy poco abastecida de municiones, de víveres y de agua.

28. Si era posible que hubiera alargado la resistencia.—(Contestación). No era posible atendiendo al estado de la plaza.

29. Si había alguna inteligencia dentro de la plaza ó fuera de ella con el enemigo y que la explique.—(Contestación). Se ignora.

30. Si conoce á don Joaquin Malleu Mezquita y diga cuanto sepa de él con relación á las operaciones del ejército al sitio de la plaza, ó por la santa causa del rey nuestro señor.—(Contestación) Conoce á don Joaquin Malleu Mezquita, é ignora el texto de esta pregunta.

31. Si sabe que Malleu haya estado en Valencia con alguna comisión ú otro motivo, y en este caso quién se las dió y con qué objeto.—(Contestación). Se ignora.

32. Si tiene noticia de que la baronesa de Rivesalbes hiciese viajes á Valencia y con qué objeto.—(Contestación). Se ignora.

33. Si en los días 18, 19 y 20 de Junio último se encontraba la baronesa de Rivesalbes en Mosqueruela, y si allí estaban los Excmos. señores generales Dorregaray y Oliver, y si el brigadier Boet vino llamado por el general Dorregaray y concurrió allí en estos días; si estas cuatro personas celebraron alguna conferencia, y qué puede decirse sobre ella.—(Contestación). Solo puede contestar á esta pregunta, que el brigadier Boet fué llamado una vez por el general Dorregaray para conferenciar acerca del movimiento de nuestras fuerzas, no recordando si fué en Mosqueruela ú otro punto.

Núm. 26.—Pág. 802.

CUADRO de la organización y fuerza del ejército en 1.º de Enero de 1876, hecho con presencia de los documentos existentes en el Ministerio de la Guerra por el general Jovellar.

	JEFES Y OFICIALES	TROPA	CABALLOS	BATA- LLONES	ESCUA- DRONES	PIEZAS
TROPAS DE LA CASA REAL						
Alabarderos.....	43	209	8	»	»	»
Escolta real.....	15	147	126	»	1	»
TOTAL.....	58	356	134	»	1	»
INFANTERÍA						
40.—Regimientos de línea de 2 batallones á 8 compañías.....	3.633	84.366	517	80	»	»
1.—Regimiento fijo de Ceuta de 2 batallones á 8 compañías.....	108	2.505	10	2	»	»
20.—Batallones de cazadores á 8 compañías.....	922	22.654	125	20	»	»
40.— Id. de reserva á 8 id.....	1.821	44.271	184	40	»	»
51.— Id. de provinciales á 8 id.....	2.146	49.445	181	51	»	»
8.— Id. de sedentarios á 8 id.....	300	7.738	16	8	»	»
1.—Bata llón provincial de Cáceres.....	36	771	2	1	»	»
TOTAL.....	8.966	211.750	1.035	202	»	»
ARTILLERÍA						
5.—Regimientos á pie de 2 batallones á 6 compañías....	266	7.941	34	10	»	»
6.—Idem montados á 6 baterías con 4 piezas.....	184	4.060	1.063	»	»	144
3.—Idem de montaña de 2 brigadas con 4 baterías 6 piezas cada brigada.....	160	4.598	311	»	»	144
TOTAL.....	610	16.599	1.408	10	»	288
INGENIEROS						
3.—Regimientos de 2 batallones á 6 compañías.....	181	4.788	48	6	»	»
1.—Idem de pontoneros de 2 batallones á 4 compañías.	55	1.467	104	2	»	»
TOTAL.....	236	6.255	152	8	»	»

	JEFES Y OFICIALES	TROPA	CABALLOS	BATA- LLONES	ESCUA- DRONES	PIEZAS
CABALLERÍA						
23.—Regimientos á 4 escuadrones.....	1.076	13.298	10.297	»	92	»
10.—Escuadrones sueltos.....	142	1.564	1.222	»	10	»
1.—Compañía de lanzas de Ceuta.....	4	51	55	»	»	»
TOTAL.....	1.222	14.913	11.574	»	102	»
ADMINISTRACIÓN MILITAR						
1.—Brigada de transportes.....	57	2.262	140	»	»	»
1.—Id. de obreros.....	32	2.092	»	»	»	»
TOTAL.....	89	4.354	140	»	»	»
SANIDAD MILITAR						
1.—Brigada sanitaria.....	24	1.231	»	»	»	»
GUARDIA CIVIL						
14.—Tercios.....	714	13.838	1.900	»	»	»
CARABINEROS						
31.—Comandancias.....	559	14.785	447	»	»	»
CUERPOS FRANCO						
1.—Batallón de miqueletes en el Norte.....	32	770	5	1	»	»
12.—Contraguerrillas.....	50	1.687	»	2	»	»
1.—Escuadrón de id.....	6	128	134	»	»	»
Tiradores del Norte (Pamplona).....	11	218	2	»	»	»
Id. del id. (Burgos).....	5	161	»	»	»	»
Voluntarios de Burgos.....	4	133	»	»	»	»
Id. de Oña.....	3	123	»	»	»	»
Id. de Frías.....	4	96	»	»	»	»
Movilizados de Fuenmayor.....	4	78	»	»	»	»
Voluntarios de Leon (Castilla la Vieja).....	4	91	»	»	»	»
1.—Compañía de id. de Pola. (Id. id.).....	4	91	»	»	»	»
2.— Id. de Alfonso XII.....	9	208	»	»	»	»
12.— Id. de movilizados del Centro.....	54	1.494	»	»	»	»
1.— Id. de id. en Castilla la Nueva....	9	224	»	»	»	»
2.—Batallones francos en Cataluña.....	58	1.017	»	»	»	»
1.— Id. de la Paz.....	35	237	»	»	»	»
12.—Tercios de rondas volantes.....	424	6.002	»	»	»	»
Voluntarios de Ceuta.....	4	113	»	»	»	»
TOTAL.....	720	12.871	141	3	»	»

	JEFES Y OFICIALES	TROPA	CABALLOS	BATA- LLONES	ESCUA- DRONES	PIEZAS
ESTABLECIMIENTOS MILITARES						
Academia de infantería.....	35	173	»	»	»	»
Escuela de tiro.....	6	25	1	»	»	»
Milicias de Canarias.....	28	109	»	»	»	»
Academia de artillería.....	49	77	16	»	»	»
Compañía de obreros de artillería.....	»	284	»	»	»	»
Establecimientos de id.....	6	117	»	»	»	»
Brigada topográfica de ingenieros.....	»	4	»	»	»	»
Tropas de la Academia de id.....	»	51	12	»	»	»
Idem de los talleres de id.....	»	33	»	»	»	»
Academia de caballería.....	32	147	105	»	»	»
Reservas de id.....	47	17	»	»	»	»
Depósitos de instrucción de id.....	113	2.167	989	»	»	»
Id. de id. y doma.....	100	17	»	»	»	»
Id. de caballo sementales.....	64	459	158	»	»	»
Remonta.....	92	699	218	»	»	»
Inválidos.....	160	259	»	»	»	»
Cajas de quintos.....	23	1.549	»	»	»	»
Compañías fijas.....	9	234	»	»	»	»
TOTAL.....	764	6.421	1.499	»	»	»

RESUMEN

Tropas de la casa real.....	58	356	134	»	1	»
Infantería.....	8.966	211.750	1.035	202	»	»
Artillería.....	610	16.599	1.408	»	»	288
Ingenieros.....	236	6.255	152	»	»	»
Caballería.....	1.222	14.913	11.574	»	102	»
Administración militar.....	89	4.354	140	»	»	»
Sanidad militar.....	24	1.231	»	»	»	»
Guardia civil.....	714	13.838	1.900	»	»	»
Carabineros.....	559	14.785	447	»	»	»
Cuerpos francos.....	720	12.871	149	»	»	»
Establecimientos militares.....	764	6.421	1.499	»	»	»
	13.962	303.373	18.438	202	103	288
Infantería de Marina al servicio de Guerra tercer regi- miento.....	64	1.564	6	2	»	»
TOTAL GENERAL.....	14.026	304.937	18.444	204	103	288

Núm. 27 — Pág. 803

EJÉRCITO REAL DEL CENTROADMINISTRACIÓN MILITAR**ESTADÍSTICA**

Mes de Diciembre de 1875

OBSERVACIONES

- 1.º En los datos tenidos á la vista para la formación de este estado, los armeros aparecen incluidos en la clase que militarmente están asimilados.
- 2.º En la casilla de raciones de pienso correspondiente á soldados, se han incluido 680 por igual número de mulos que resultan en la última del resumen.
- 3.º En la relación y ajuste de raciones diarias y haberes mensuales, se han aumentado por notas 598 raciones de etapa, y 17.940 reales vellón por la media ración diaria, y 15 reales mensuales que disfrutaban más que las otras armas del ejército los 1.196 individuos de las clases de tropa de artillería.
- 4.º No están incluidos en este estado los datos de la division castellana y fuerzas de Rioja, Cantabria, Asturias y Aragon, como tampoco los que se encuentran en los hospitales.

Importan los haberes del mes.....	1.490.293,15
1 133.430 raciones de etapa á 3 reales vellon una.....	3.397.290 »
68 800 raciones de pienso á 4 reales vellon una.....	347.200 »
	<hr/>
Importe total del presupuesto.....	5.234.783,15

Vergara 31 de Diciembre de 1875.—El Intendente Interventor, Domingo Gallego.—El General Director Larramendi.—Hay dos sellos, uno de la Intervencion y otro de la Direccion.

Es copia.

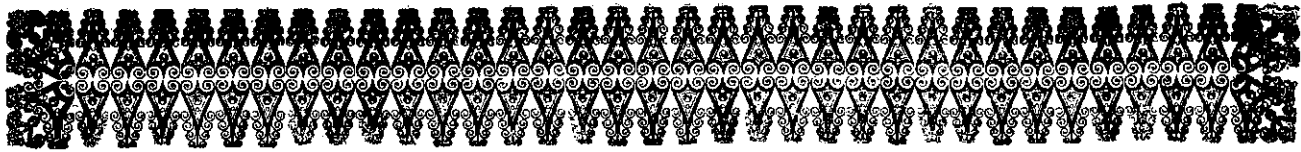
J. R. DE LARRAMENDI.

PROVINCIA	ARMAS É INSTITUTOS	ARMAS É INSTITUTOS													TOTAL			
		Capitanes generales.	Tenientes generales.	Mariscales de campo.	Brigadieres.	Coroneles	Tenientes coroneles.	Comandantes.	Capitanes.	Tenientes.	Alféreces.	Sargentos primeros.	Idem segundos.	Cabos.		Corchetes y trompetas.	Soldados.	
Aragón	Infantería.....	»	»	»	»	8	12	26	95	179	222	210	354	742	151	6.730		
	Caballería.....	»	»	»	1	»	»	8	21	30	27	23	60	10	561			
	Varios institutos.....	»	»	2	11	14	20	45	54	51	44	23	24	2	311			
	TOTAL.....	»	»	2	12	22	32	76	157	251	286	261	397	826	163	7.611		
Baja Navarra	Infantería.....	»	»	»	»	10	20	86	152	193	185	293	653	131	5.778			
	Caballería.....	»	»	»	»	»	»	1	1	»	1	»	3	»	6			
	Varios institutos.....	»	»	»	4	5	10	11	11	6	15	12	2	1	389			
	TOTAL.....	»	»	»	4	5	20	31	98	159	208	198	295	657	132	6.123		
Castilla	Infantería.....	»	»	»	»	4	4	17	39	83	113	160	395	88	3.006			
	Varios institutos.....	»	»	»	3	5	8	14	25	16	14	11	14	»	129			
	TOTAL.....	»	»	»	3	9	12	31	64	99	127	119	171	409	88	3.135		
	León	Infantería.....	»	»	»	»	5	10	15	80	136	213	135	254	579	119	4.346	
Varios institutos.....		»	»	»	2	6	1	3	8	10	7	4	6	1	37			
TOTAL.....		»	»	»	2	11	11	18	88	146	220	139	260	580	110	4.383		
Cuerpos centralizados		Infantería.....	»	»	»	»	1	1	4	8	15	18	26	39	84	18	642	
	Caballería.....	»	»	»	»	1	1	4	9	26	18	24	17	63	17	413		
	Artillería.....	»	»	»	»	5	5	9	9	16	39	33	43	109	16	995		
	Ingenieros.....	»	»	»	»	»	»	3	10	11	36	30	52	100	25	910		
	Varios institutos.....	1	2	5	13	8	10	12	25	18	14	27	6	4	1	155		
TOTAL.....	1	2	5	14	15	17	32	61	86	125	140	157	360	77	3.115			
País Vasco	Navarra.....	»	»	»	»	2	12	22	32	76	157	251	286	261	397	826	163	7.611
	Vizcaya.....	»	»	»	»	4	5	20	31	98	159	208	198	295	657	132	6.123	
	Alava.....	»	»	»	»	3	9	12	31	64	99	127	119	171	409	88	3.135	
	Guipúzcoa.....	»	»	»	»	2	11	11	18	88	146	220	139	260	580	110	4.383	
	Cuerpos centralizados.....	1	2	5	14	15	17	32	61	86	125	140	157	360	77	3.115		
TOTAL GENERAL.....	1	2	7	35	62	92	188	468	741	966	857	1.280	2.832	570	24.367			

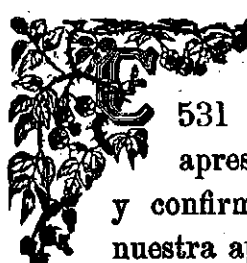
PROVINCIA	ADMINISTRACIÓN MILITAR													SANIDAD MILITAR					CLERO CASTRENSE		CUERPO JURÍDICO		VETERINARIA				TOTAL							
	Mariscales de campo.	Brigadieres.	Coroneles.	Tenientes Coronel.	Comandantes.	Capitanes.	Tenientes.	Alféreces.	Subinspectores de 1.ª	Idem de 2.ª	Médicos mayores.	Primeros ayudantes.	Segundos idem.	Sub-ayudantes	Practicantes.	Sanitari. s.	Vicario general.	Capellanes de 1.ª	Idem de 2.ª	Idem de 3.ª	Audifores de 1.ª	Idem de 2.ª	Asesores	Fiscales.	Primeros profesores.	Segundos idem.	Terceros idem.	Herradores.	Guarnicioneros.	Armeros.	Hombres.	Caballos.	Mulos.	
Aragón	»	»	»	1	»	»	»	»	»	»	1	5	6	5	1	1	»	18	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	8.785	99	99
	»	»	»	1	6	2	8	10	»	3	5	4	4	6	»	»	»	8	»	»	»	»	1	»	2	»	3	14	»	»	743	557	»	
	»	»	»	1	6	2	8	10	»	3	5	4	4	6	»	»	»	8	»	»	»	»	1	»	2	»	3	14	»	»	608	99	51	
	TOTAL.....	»	»	2	6	2	8	10	»	3	6	9	10	11	1	1	»	28	»	»	»	»	1	»	2	»	3	18	9	»	10.226	755	150	
Baja Navarra	»	»	»	»	»	1	6	»	»	»	»	»	9	2	»	»	»	17	»	»	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	7.440	75	81	
	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	11	11	»	
	»	»	»	2	2	1	4	7	»	»	»	1	»	2	2	»	»	4	»	1	»	»	»	1	»	»	»	»	»	»	242	39	25	
	TOTAL.....	»	»	2	2	1	5	13	»	»	»	1	»	11	4	»	»	21	»	1	»	»	»	1	»	1	»	»	»	»	7.993	125	106	
Castilla	»	»	»	»	»	»	»	7	»	7	2	1	2	3	»	»	10	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	4.057	61	70	
	»	»	»	1	2	2	4	4	»	1	3	3	4	6	»	»	5	»	»	»	»	1	»	»	»	1	»	»	»	»	279	29	»	
	»	»	»	1	2	2	4	11	»	1	7	5	4	6	9	»	»	15	»	»	»	1	»	»	»	1	»	»	»	»	4.336	90	70	
	TOTAL.....	»	»	1	2	2	4	11	»	1	7	5	4	6	9	»	»	15	»	»	»	1	»	»	»	1	»	»	»	»	4.336	90	70	
León	»	»	»	»	»	1	6	»	»	»	5	2	8	»	»	»	10	1	»	»	»	»	»	»	»	»	2	»	»	»	5.918	65	41	
	»	»	»	1	2	»	2	1	»	»	»	»	4	4	»	»	1	»	»	»	»	1	1	»	»	2	3	»	»	»	107	14	6	
	»	»	»	1	2	»	1	8	1	»	»	5	2	12	4	»	»	11	1	»	»	1	1	»	»	2	5	»	»	»	6.025	79	47	
	TOTAL.....	»	»	1	2	»	1	8	1	»	»	5	2	12	4	»	»	11	1	»	»	1	1	»	»	2	5	»	»	»	6.025	79	47	
Cuerpos centralizados	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	858	10	7	
	»	»	»	»	»	1	1	»	»	»	»	3	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	»	1	»	4	17	»	»	624	496	»	
	»	»	»	»	»	1	»	»	1	»	»	5	3	»	»	»	»	8	10	»	»	»	»	»	4	1	3	10	»	»	1.325	115	230	
	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1	1	1	»	»	»	3	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1.185	15	20
	TOTAL.....	1	2	»	5	5	3	10	»	2	»	»	3	»	15	43	1	3	»	»	1	2	»	2	1	1	1	1	1	1	404	84	50	
País Vasco	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	4.996	720	307
	»	»	»	2	6	2	8	10	»	3	6	9	10	11	1	1	»	28	»	»	»	1	1	2	»	3	18	9	»	»	10.226	755	150	
	»	»	»	2	2	1	5	13	»	»	1	»	11	4	»	»	»	21	»	1	»	»	2	1	»	»	1	»	»	»	7.993	125	106	
	»	»	»	1	2	2	4	11	»	1	7	5	4	6	9	»	»	15	»	»	»	1	»	»	»	1	»	»	»	»	»	4.336	90	70
	TOTAL.....	1	2	»	6	7	5	11	»	2	»	6	10	1	15	43	1	15	11	3	1	2	»	2	6	2	7	23	1	1	4.336	720	307	
TOTAL GENERAL.....	1	»	4	4	18	12	23	53	1	6	13	26	26	41	33	44	1	69	33	3	2	2	3	3	9	2	13	52	10	1	32.976	1.709	680	

RELACION del suministro diario y haberes que en el presente mes han devengado los cuerpos y clases del ejército de Navarra y Provincias Vascongadas.

ARMAS É INSTITUTOS	CLASES	Número de indi- viduos	RACIONES		RACIONES DIARIAS		HABERES MENSUALES		TOTAL MENSUAL		
			Etapa.	Plenso.	Etapa.	Plenso.	Reales.	Cts.	Reales.	Cts.	
<i>Diferentes armas.</i>	Capitanes generales...	1	4	4	4	4	2.000	»	2.000	»	
	Tenientes generales...	2	2	2	4	4	1.000	»	2.000	»	
	Mariscales de campo...	7	2	2	14	14	666	66	4.666	62	
	Brigadieres.....	35	2	2	70	70	333	33	11.666	35	
	Coroneles.....	62	2	1	124	62	300	»	18.600	»	
	Tenientes coroneles...	92	2	1	184	9	250	»	23.000	»	
	Comandantes.....	188	2	1	376	18	200	»	57.000	»	
	Capitanes.....	468	2	1	936	37	200	»	93.000	»	
	Tenientes.....	741	2	1	1.482	48	150	»	111.150	»	
	Alféreces.....	966	2	1	1.932	48	120	»	1.5.926	»	
	Sargentos primeros...	857	1	1	857	52	60	»	51.420	»	
	Sargentos segundos...	1.280	1	1	1.280	37	50	»	64.000	»	
	Cabos.....	2.832	1	1	2.832	126	40	»	113.280	»	
	Cornetas y trompetas..	570	1	1	570	27	40	»	22.800	»	
	Soldados.....	24.367	1	1	24.367	1.660	30	»	731.010	»	
	<i>Administración mi- litar.....</i>	Mariscales de campo...	1	2	2	2	2	666	66	666	66
		Coroneles.....	4	2	1	8	4	300	»	1.200	»
Tenientes coroneles...		4	2	1	8	4	250	»	1.000	»	
Comandantes.....		18	2	1	36	18	200	»	3.600	»	
Capitanes.....		12	2	1	24	12	200	»	2.400	»	
Tenientes.....		23	2	1	46	23	150	»	3.450	»	
Alféreces.....		53	2	1	106	13	120	»	6.360	»	
Sub-inspectores de 1.ª..		1	2	1	2	1	300	»	300	»	
Sub-inspectores de 2.ª..		6	2	1	12	6	250	»	1.500	»	
Médicos mayores.....		13	2	1	26	3	200	»	2.600	»	
<i>Sanidad militar...</i>	Primeros ayudantes...	26	2	1	52	26	200	»	5.200	»	
	Segundos ayudantes...	26	2	1	52	16	150	»	3.900	»	
	Sub-ayudantes.....	41	2	1	82	41	120	»	4.920	»	
	Practicantes.....	33	2	1	66	»	60	»	1.980	»	
	Sanitarios.....	44	1	»	44	»	30	»	1.320	»	
	Vicario general.....	1	2	1	2	1	666	66	666	66	
<i>Clero castrense...</i>	Capellanes de 1.ª.....	69	2	1	138	69	200	»	13.800	»	
	Capellanes de 2.ª.....	33	2	1	66	33	150	»	4.950	»	
	Capellanes de 3.ª.....	3	2	1	6	3	120	»	360	»	
<i>Cuorepo jurídico...</i>	Audidores de 1.ª clase..	2	2	1	4	2	333	33	666	66	
	Audidores de 2.ª clase..	2	2	1	4	2	300	»	600	»	
	Asesores.....	3	2	1	6	3	200	»	600	»	
	Fiscales.....	3	2	1	6	3	200	»	600	»	
<i>Veterinaria.....</i>	Primeros profesores...	9	2	1	18	9	200	»	1.800	»	
	Segundos profesores...	2	2	1	4	2	50	»	100	»	
	Terceros profesores...	13	2	1	26	13	120	»	1.560	»	
	Herradores.....	52	1	1	52	5	40	»	2.080	»	
	Guarnicioneros.....	10	2	1	20	10	120	»	1.200	»	
Armeros.....	1	2	»	2	»	60	»	60	»		
Fuerza igual al estado.		32.976			35.932	2.800			1.472.353	15	
AUMENTOS. Por media ración de etapa diaria que disfrutaban los 1.196 individuos de tropa del arma de artillería, y por 1.015 Rvn. mensuales que se les abona por razon de plus de campaña.....					598				17.940	»	
Raciones diarias que corresponden.....					36.530		Haber mensual....		1.490.293	15	



ADICIÓN

 Como adición á lo consignado en las páginas 302 y 531 de este tomo relativas al apresamiento del vapor *Nieves*, y confirmación de la exactitud de nuestra apreciación, presentamos los

ANTECEDENTES OFICIALES

RELATIVOS AL APRESAMIENTO DEL VAPOR

ESPAÑOL «NIEVES»

Habiendo sospechas de que este barco se dedicaba á transportar armas con destino á los carlistas, el comandante general de las fuerzas navales del Norte dispuso que el jefe del remolcador núm. 3, don Antonio García, se trasladase con un buque á Socoa y reconociera el *Nieves*, que allí se encontraba, pidiendo su detención en el caso de encontrar á su bordo contrabando de guerra, convoyándolo de cerca, si salía del puerto, y apresándolo en el momento en que saliera de las aguas francesas. Se opuso al reconocimiento el armador del

Nieves, y como quiera que la tripulación, despues de descargar algunos efectos, cuya clase no pudo ce terminarse, había abandonado el buque, el comandante del remolcador núm. 3, se apoderó de aquel á las seis y media de la tarde del 17 de Octubre de 1874 y lo condujo á Pasajes, encontrando á su bordo únicamente un marinero anciano.

Según parece, en la sumaria instruida por el viceconsul español en Socoa, se hizo constar que este funcionario había entregado el *Nieves* al remolcador á causa de estar abandonado; pero esta afirmación se hizo, porque el armador del *Nieves* había promovido demanda contra el capitán del puerto, por haber consentido que el crucero español se apoderase violentamente del buque, y para evitar un conflicto internacional que hubiera dado lugar á su devolución. Lo indudable fué, que la captura la hizo solo el remolcador, sin que los agentes consulares le prestasen auxilio alguno.

Las sospechas que recaian sobre el *Nieves* fueron confirmadas por documentos encontrados á bordo, entre ellos un contrato para la compra y transporte de armas y municiones entre Esteban Perez de Tafalla, Enrique Duchamp y Pablo Aldamiz, propietario del

barco, y unas instrucciones de éste al capitán, encargándole que le comunicase lo que ocurriera, fingiendo pedirle fondos. Para desvanecer estos cargos, Aldamiz, después de la declaración de buena presa, presentó un acta notarial, en la que se hacía constar que dichos contratos habían quedado sin efecto, y otros documentos, según los cuales el barco arribó á Royans por causa de mal tiempo el 2 de Octubre de 1874, que desde allí se dirigió á Bayona el día 11, y que no habiendo podido reconocer la barra, al amanecer del 14 entró en Socoa, todo lo cual estaba conforme con el cuaderno de Vitácora.

El comandante militar de Fuenterrabía manifestó que nada sabía de cierto acerca del desembarco de armas, si bien en el pueblo se decía que tuvo lugar en el cabo La Higuera, á lo que se agrega haberse visto unas carretas custodiadas por carlistas que venían de la costa; y el comandante de las fuerzas navales del Norte añadió, «que creía difícil el desembarco, porque en la noche del 13 de Octubre del 74 estaban sobre La Higuera dos escampavías y el remolcador núm. 3, y de nada se apercibieron, pudiendo las citadas carretas conducir víveres, de que los carlistas carecían en aquella zona.

La declaración de buena presa se hizo por la Junta de presas del Ferrol en 14 de Noviembre de 1874, fundándose en que el desembarco de efectos que hizo el vapor en Socoa, ocultándolos á la vista del remolcador, demuestra que eran ilícitos, y en que la falta de patente cambio de derrota y capitán, no justificados, acreditan el contrabando de guerra, según confirmaba la opinión pública. Pero esta renovación se dejó sin efecto por real orden de 17 de Abril de 1876, mandando que se oyera al propietario, capitán y tripulantes del vapor, como así se efectuó, confirmando la Junta de presas su anterior resolución en 1.º de Julio de 1876.

Oído el Consejo Supremo de la Armada, los fiscales togado y militar del mismo expusieron, que no había constancia legal de que los contratos del *Nieves* para el transporte de armas se hubiesen consumado; que aunque se hubiese verificado el alijo de La Higuera, no parecía imputable al referido vapor, por más que pudiera haber hecho éste otros alijos; y que el comandante del remolcador no se había ajustado á las instrucciones que se le dieron para la captura; añadiendo los fiscales, que únicamente en concepto de buque abandonado pudo hacerse cargo el remolcador del *Nieves*, y que, aun cuando por encontrarse éste al servicio de la causa carlista,

pudo procederse contra el dueño y tripulantes, como coautores del delito de rebelión y por verificarse el comiso del buque, ya esto no era pertinente por el feliz término de la guerra y el indulto otorgado á los carlistas. Pero el Consejo Supremo disintió del parecer de sus fiscales y propuso la declaración de buena presa.

Posteriormente el mismo Consejo Supremo informó en vista de la patente de navegación, que el armador del *Nieves* había presentado (cuya patente dijo había estado en poder de un marinero que la guardó al abandonar el barco), y reproduciendo los fiscales su anterior parecer, con esto se conformó el Consejo.

El Consejo de Estado entendió que no había motivos para la declaración de buena presa, puesto que esta se había verificado en aguas extranjeras, y además cualesquiera que fueran los antecedentes del *Nieves*, ni fué cierto que no tuviera patente, ni cambio de derrota y capitán sin motivos, ni á su bordo había armas, ni los efectos desembarcados en Socoa eran de guerra, ni en fin, constaba haberse hecho el alijo de Fuenterrabía. Añadió el Consejo, que tampoco pudo considerarse el buque abandonado, puesto que tenía á bordo un guardián, aparte de que, reclamado ya el barco por su dueño, procedería su devolución aun en el supuesto de abandono anterior. Y en fin, el Consejo entendía que no precedía el comiso por ser auxiliar el *Nieves* de la rebelión carlista, puesto que esta había terminado con indulto. Por todo lo cual el Consejo informó que procedía cejar sin efecto la resolución de la Junta de presas del Ferrol.

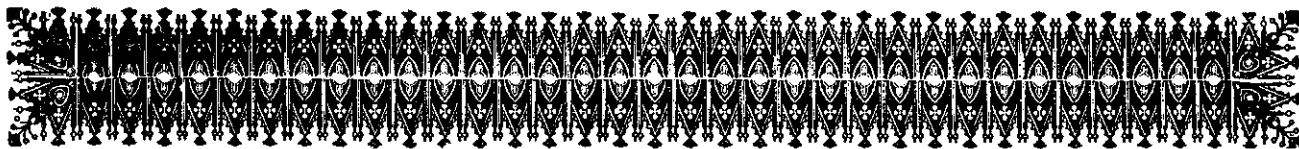
Contra todo lo que era de esperar, según los relacionados antecedentes, el ministerio de Marina dictó Real Orden en 2 de Enero de 1878, confirmando la declaración de buena presa, para lo cual se fundó; en que el *Nieves* fué apresado como resistente á la fuerza armada de un buque de su nación, toda vez que al acercarse á evitarlo en Socoa un bote del remolcador núm. 3, fué recibido por los tripulantes con armas en la mano y ademan hostil, lo que obligó al comandante del remolcador á impedir el permiso de las autoridades francesas, para reducir por la fuerza á dichos tripulantes, y si esto no tuvo lugar fué por haberse fugado de á bordo en el intermedio. Añadía la Real Orden, acerca del principal fundamento aducido por don Pablo Aljemir, relativamente

te á la violación cometida en las aguas francesas en que se hallaba fondeado el *Nieves*, que esta violación no era cierta, puesto que las autoridades francesas dieron permiso para la captura, y que, aparte de esto, la resistencia ofrecida por los tripulantes del *Nieves* al reconocimiento por parte de un buque de guerra de su nación, constituyó á aquel buque en estado de verdadera piratería.

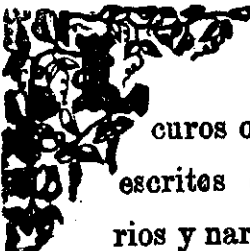
Contra esta Real Orden interpuso demanda contenciosa ante el Consejo de Estado don Pablo Aldemir, y

habiendo consultado la Sección de lo Contencioso que la demanda *era admisible*, se declaró *lo contrario* por Real Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros, fecha 29 de Noviembre de 1878, en el cual se hace constar, que aun cuando el demandante trataba, al parecer, de combatir una Real Orden de carácter administrativo, en rigor iba la demanda contra la ejecutoria del Tribunal de presas del Ferrol, la cual habia creado derechos en favor de los aprehensores al amparo de la ley.

Y así terminó el asunto.



ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICIÓN



A aglomeración de documentos, cifrados unos, oscuros otros, y en su mayor parte escritos detestablemente; los diarios y narraciones, consignado todo al día y con precipitación; la misma variedad de los materiales reunidos para cada asunto, nos han conducido frecuentemente á sacrificar, aun sin quererlo, la forma al fondo del hecho; y hemos solido dejar correr la pluma descuidando el estilo, abandonándole, por atender al asunto que nos preocupaba, y afanándonos, sobre todo, en presentarle con toda su verdad, oculta comunmente en deslumbradores sofismas y simuladas contradicciones. No disculpa esto seguramente la incorrección, el desaliño, si se quiere, en al-

gunas páginas; pero ¿si no lo disculpa, no puede atenuarle?

Al comenzar la publicación de esta obra, creíamos haber escrito lo bastante para que siguiera su curso, sin que la lentitud cansara, ni la premura perjudicase; pero cada suceso exigía nuevas investigaciones, cada descubrimiento abría nuevos horizontes, demandaba repetidas pesquisas, y nos obligaba á consultas y viajes; y el retardo que todo esto originaba, impacientaba al suscriptor que quería recibir periódicamente entregas ó cuadernos, nos atormentaba el deseo de complacerle, y nos arrastraba á satisfacer su impaciente afán: escribíamos capítulos como se escriben artículos de periódicos, al correr de la pluma, y no pocas veces abrasados por

la fiebre. Testigo es la imprenta de esta verdad.

Si en la publicación de cada tomo hubiéramos invertido el tiempo necesario para su mayor corrección, el que suele ser común, pocos habríamos dado á luz, y cansada estaría la paciencia de los suscritores, que tanto nos han favorecido, y muchos tanto nos han

apremiado; pero debemos repetirlo, hemos tenido deseo, pasión vehemente por presentar novedades, revelando hechos desconocidos, y aclarando otros desfigurados; y si en esto hemos acertado, si hemos conseguido dar algún interés á la obra, recompense lo que la historia gana el concepto que nosotros perdamos.

FIN DEL TOMO TERCERO